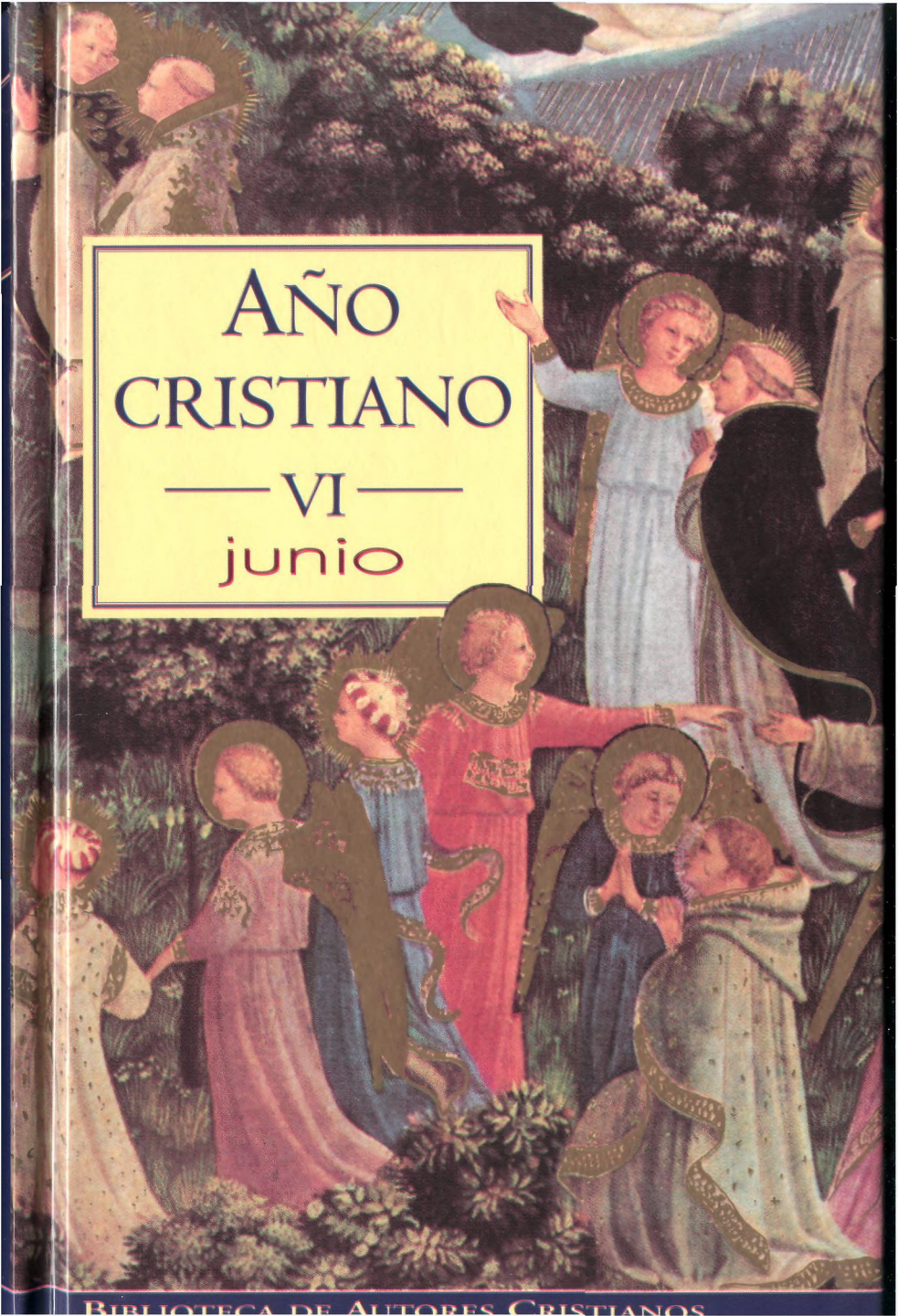


AÑO CRISTIANO

VI

junio

BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS

AÑO CRISTIANO

VI

Junio



COORDINADORES
Lamberto de Echeverría (†)
Bernardino Llorca (†)
José Luis Repetto Betes

BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS
MADRID • 2004

Ilustración de portada: *Juicio final* (detalle), Fra Angelico.

Guardas: *El juicio universal* (detalle), Giovanni di Paolo.

Diseño: BAC

© Biblioteca de Autores Cristianos
Don Ramón de la Cruz, 57, Madrid 2004
Depósito legal: M. 51.998-2002
ISBN: 84-7914-629-X (Obra completa)
ISBN: 84-7914-729-6 (Tomo VI)
Impreso en España. Printed in Spain.

ÍNDICE GENERAL

Págs.

COLABORADORES IX
PRESENTACIÓN XI
NOTA INTRODUCTORIA XV
Santoral de junio (martirologio, biografías extensas y biografías breves) 3
FIESTAS MOVIBLES 739
APÉNDICE 789
CALENDARIO ESPAÑOL: MEMORIAS QUE CELEBRAN LAS DIÓCESIS ESPAÑOLAS 801
ÍNDICE ONOMÁSTICO 803

COLABORADORES

A) BIOGRAFIAS EXTENSAS

ARNALDICH, Luis, OFM
BAYON, Rodrigo, CSSR
BLAJOT, Jorge, SI
BREYDY, Miguel
CANTERO CUADRADO, Pedro
CAPÁNAGA, Victorino, ORSA
CARRO CELADA, José Antonio
CASTÁN LACOMA, Laureano
CORTES, Hernán
CHICO GONZÁLEZ, Pedro, FSC
DIAZ FERNANDEZ, José María
DIEZ O'NEILL, José Luis, SI
ECHEVERRIA, Lamberto de
FERRI CHULIO, Andrés de Sales
FLORES ARCAS, Juan Javier, OSB
GAGO, José Luis, OP
GONZÁLEZ CHAVES, Alberto José
GONZÁLEZ RODRIGUEZ, M.ª Encarnación
GREENSTOCK, David Lionel
GREGORIO DE JESUS CRUCIFICADO, CD
GUELL, Dolores
KRYNEN, Jacqueline
LANGA, Pedro, OSA
LIZCANO, Manuel
LOPEZ ORTIZ, José, OSA
LLABRES Y MARTORELL, Pere-Joan
LLORCA, Bernardino, SI
MAÑAS, Ramón Luis M.ª, OSB (Leyre)
MARTIN ABAD, Joaquín
MUÑOZ ALONSO, Adolfo
NUÑEZ URIBE, Félix
OÑATIBIA, Ignacio
ORDOÑEZ, Valeriano, SI
ORTEGA, Joaquín L.
PERAIRE FERRER, Jacinto
PEREZ SUAREZ, Luis M., OSB (Leyre)
PORTERO, Luis
REPETTO BETES, José Luis

RIBER, Lorenzo
RIFSCO PONTEJO, Pedro, OP
RODRIGUEZ, José Vicente, OCD
RULLÁN FERRER, Pedro Antonio, CR
SANCHEZ ALISEDA, Casimiro
SANCHEZ VAQUERO, José
SANZ BURATA, Luis
SENDIN BLAZQUEZ, José
USSEGLIO, Giuseppe, SDB
VELADO GRAÑA, Bernardo
YZURDIAGA LORCA, Fermín

B) BIOGRAFIAS BREVES

REPETTO BETES, José Luis

PRESENTACIÓN

Tras largos años de total *agotamiento editorial* vuelve ahora felizmente al catálogo de la BAC una obra que ocupaba en él un puesto relevante y que fue, durante décadas, alimento espiritual seguro y sabroso para infinidad de lectores: el AÑO CRISTIANO.

Quede, ante todo, constancia de la satisfacción con que la BAC devuelve al público lector —y en cierto modo a toda la Iglesia de habla española— esta obra preciada que tanto se echaba de menos y que nos era requerida con insistencia por muchos lectores y amigos. Larga ha sido la espera. Pero la BAC se complace ahora en relanzar un AÑO CRISTIANO compuesto y acicalado como lo piden las circunstancias eclesiales y articulado en doce volúmenes que irán apareciendo sucesivamente y que ofrecerán al lector la variedad y la riqueza del entero santoral de la Iglesia católica.

Las razones del dilatado eclipse que ha sufrido el AÑO CRISTIANO a pesar de su notorio éxito editorial de antaño son pocas y escuetas. Y muy fáciles tanto de explicar cuanto de entender.

El proceso de aceleración en canonizaciones y beatificaciones que ha experimentado la Iglesia después del Vaticano II —y muy singularmente en el pontificado del Papa Wojtyla— obligaba obviamente a complementar, corregir y ajustar el venturoso descalabro que el tiempo iba originando en los bosques y jardines de la hagiografía cristiana del pasado. Se imponían una poda y una plantación de renuevos cuya envergadura queda ahora patente en el estirón —de cuatro a doce— que ha experimentado este AÑO CRISTIANO.

Semejante tarea de revisión y actualización la hubiera emprendido la BAC. Era su obligación y su deseo. Pero su efecto habría sido precario. El pontificado de Juan Pablo II estaba ya demostrando con creciente evidencia que la santidad cristiana es una realidad de cada día y de cada latitud; que, por consiguiente, el martirologio o santoral, lejos de ser memoria fosili-

zada, es un caudal fresco y abundante que riega generosamente el hoy de la Iglesia. ¿Cómo intentar la actualización de algo que cambia y crece sin cesar?

Por otra parte, es sabido que el Concilio Vaticano II, en su constitución *Sacrosanctum Concilium,* ordenó la revisión y adaptación de todos los libros litúrgicos. El mandato alcanzaba también al Martirologio o Santoral, libro litúrgico de pleno derecho y de peculiar significación y complejidad dadas sus implicaciones históricas que requerían estudios críticos minuciosos y especializados. La tarea de su revisión podía resultar dilatada. ¿Cómo arriesgarse como editorial responsable a componer un AÑO CRISTIANO sin contar con la referencia obligada del Martirologio romano ya autorizadamente puesto al día? ¿No había que sacrificar las prisas editoriales o comerciales a la firmeza histórica y a la seguridad doctrinal que ofreciera la edición posconciliar? ¿No era ésa la mejor forma de servir a los intereses de los lectores?

El proceso de reforma y adaptación del martirologio romano ha durado desde 1966 hasta 2001, año en que apareció finalmente la llamada «edición típica». Una espera que ha otorgado al Martirologio romano una mayor credibilidad histórica, un orden hagiográfico más acorde con la doctrina y las reformas derivadas del Vaticano II y, en consecuencia, mayor fiabilidad para la vida litúrgica y la piedad cristiana.

Contando ya con la pauta insoslayable del martirologio reformado y renovado, se imponía ponerlo cuanto antes al servicio de los lectores y usuarios de habla castellana, tanto en España como en Hispanoamérica. Es un reto que la BAC ha asumido con responsabilidad editorial y que trata ya de cumplir con prontitud y rigor.

Estoy seguro de que nuestros lectores compartirán con la BAC la impresión de que la larga y obligada espera que ha tenido que observar nuestro AÑO CRISTIANO no le priva de sentido ni de oportunidad. Todo lo contrario. El momento presente, con sus grandezas y miserias, con sus luces y sombras en la parcela de lo religioso, hace especialmente atinada la publicación de un santoral serio y documentado de la Iglesia católica.

Son tiempos, los nuestros, de secularización que quiere decir, lisa y llanamente, de descristianización. A su sombra, las verdades de la fe y los juicios de la moral cristiana pierden vigencia y hasta significado. Algo que ocurre también en el terreno de la hagiografía. No es que haya desaparecido el culto a los santos, pero sí se ha nublado en buena parte su relevancia para la vida cristiana. Con la ignorancia ha sobrevenido la confusión. La cantera del santoral para dar nombres de pila a las personas está en declive. El conocimiento de las vidas de los santos se ha reducido hasta confundirlos con héroes o dioses de los martirologios paganos. Se ha acentuado, aun entre los que se profesan devotos de advocaciones concretas, la brumosidad de los contornos y de los conceptos.

En paralelo con el desconocimiento correcto de las hagiografías, han proliferado las supersticiones y las desviaciones de lo que debería ser una auténtica veneración de los santos. Se observa una notoria reducción de la piedad al utilitarismo. A los santos se los mete cada vez más en la zambra de los videntes, los adivinos, las cartas, la superchería y las voces de ultratumba. Ahora hay santorales para agnósticos y santorales de puro humor a costa de los santos que pueden alcanzar cotas notables de acidez o de impiedad. ¿No es el caso, nada infrecuente, de anuncios y montajes publicitarios a cargo del santoral y al servicio de cualquier producto en el mercado?

El servicio que la BAC pretende prestar con este renovado AÑO CRISTIANO a sus lectores y a la Iglesia tiene perfiles muy precisos.

Principalmente, la mejora de los recursos didácticos para una sabia y atinada catequesis. Los santos, sus vidas y ejemplos, son fuente inagotable para la educación cristiana. No es su utilidad terapéutica o milagrera lo que de ellos nos interesa, sino la enseñanza cristiana que se deriva de sus virtudes y conductas como testigos de Jesucristo, como reflejos de su vida y como *caminos* que nos llevan al *Camino* por excelencia, que es Él.

Este AÑO CRISTIANO no pretende, por tanto, fomentar la *santería* en detrimento de la *cristería,* dicho en términos populares. Muy al contrario, es una contribución a la *Cristología* a través de la *hagiografía.*

Algunos pastores y pastoralistas han alertado sobre el peligro de que el culto a tantos santos y beatos, la proliferación de tantas devociones particulares, pudiera difuminar, como *efecto colateral,* el aprecio central e irremplazable de Jesucristo. Sería aquello de que los árboles no dejaran ver el bosque.

Ni el peligro ni la advertencia son sólo de hoy. Léanse si no las constituciones conciliares *Lumen gentium* y *Sacrosanctum Concilium.* También la introducción que figura en la edición típica del Martirologio romano.

En cualquier caso, la BAC pone ahora en circulación esta nueva edición de su AÑO CRISTIANO como homenaje a Jesucristo cumbre de la santidad y modelo de todos los santos y beatos que la Iglesia ha reconocido a lo largo de los siglos como seguidores e imitadores del Maestro. «Por la hagiografía al Cristocentrismo» podría ser el lema de ese propósito editorial.

Perfiladas las circunstancias y las intenciones de esta obra, nada he de decir sobre su articulación, ni sobre los criterios metodológicos o redaccionales que se han seguido en su elaboración. Tanto estos como otros particulares técnicos que ayudarán en su utilización figuran en la *nota introductoria* preparada por el coordinador de la edición.

Con laudes o elevaciones solían cerrar sus páginas los santorales antiguos. La BAC se suma al amén, así sea, que venía después. Y se permitirá a la vez (no podía ser de otra manera) confiar el buen fruto de esta obra a la intercesión de todos los santos y beatos que —sin distinción de grado, sexo o condición— poblarán las páginas de este AÑO CRISTIANO renacido en los umbrales todavía del tercer milenio.

JOAQUÍN L. ORTEGA
Director de la BAC

NOTA INTRODUCTORIA

Definido el propósito de reeditar el AÑO CRISTIANO, empezamos por fijar criterios que sirvieran de guía para la nueva edición, y que ahora exponemos para información del lector y facilidad de su uso.

En primer lugar se fijó el criterio de que, con muy escasas excepciones, se reeditaría todo el conjunto de artículos que componía la segunda edición, la de 1966. Su texto no ha sufrido revisión ni variación. Va tal cual lo escribieron en su tiempo los diferentes y acreditados autores que lo firman. En el fondo no han tenido más añadidura que la referencia a la canonización de aquellos santos que entonces eran solamente beatos. Y esas excepciones son sobre todo las debidas a las variaciones introducidas por el nuevo Misal de Pablo VI, de 1969, que tiene algunos cambios en la denominación de fiestas, como la del 1 de enero, o en el santoral.

Pero no se quería simplemente reeditar, sino que se quería también completar y poner al día. Para completar, hemos añadido santos o beatos importantes anteriores a las últimas canonizaciones y beatificaciones y que en su día no se biografiaron en las primeras ediciones. Para poner al día, hemos añadido los nombres de muchos santos y beatos que en estos últimos tiempos han sido declarados tales por la Iglesia, y cuyo número, como es bien sabido, es grande.

Nos pareció que saldría una obra demasiado abultada si a cada uno de todos estos santos o beatos les señalábamos una nota biográfica de la misma extensión que las de las ediciones anteriores. Y para evitar ese tamaño demasiado crecido pero para no pasarlos tampoco en silencio hemos dividido las biografías en *extensas* y en *breves*. El criterio seguido para asignar a un santo o beato una biografía extensa o breve ha sido el de su importancia en el santoral: por ser más o menos conocido, por ser significativo de un tiempo o una situación, o por ser intere-

sante al público de habla hispana, o por ser fundador o fundadora de una comunidad religiosa, a todos los cuales fundadores o fundadoras hemos tomado el criterio de dedicar una biografía extensa. Y naturalmente hemos tenido en cuenta el cada día mayor santoral de las iglesias iberoamericanas.

Hemos añadido también artículos referentes a los tiempos litúrgicos, p. ej. *Cuaresma,* ya que son parte importante y vital de lo que se llama el año cristiano.

Y hemos añadido a cada día su martirologio o lista de los santos y beatos que para esa fecha señala el Martirologio romano. De esta forma, cada día puede saber el lector cuáles son los santos que la Iglesia conmemora, y de la mayoría de ellos tiene una nota biográfica, extensa o breve.

Esta obra sigue el nuevo *Martirologio romano* que, como edición típica, ha sido publicado el año 2001. Este seguimiento ha hecho que no demos entrada en el *Año cristiano* sino a los santos y beatos que en dicho Martirologio se recogen, enviando al Apéndice las notas biográficas de otros que no están incluidos en él pero que pueden resultar interesantes, por ejemplo, por celebrarlos, en su propio de los santos, alguna diócesis española. De todos modos son muy pocos. Igualmente ha obligado el seguimiento del nuevo Martirologio romano a resituar no pocas biografías que en las ediciones anteriores se encontraban en otras fechas y que han sido pasadas al día que ahora se les asigna.

Nos parece que este criterio de seguir el nuevo Martirologio no necesita defensa. Pues aunque se le hayan encontrado al texto del mismo algunos fallos de detalle, sustancialmente es un texto definitivo. No olvidemos que el Martirologio es un libro litúrgico, editado por la Congregación del Culto Divino y de la Disciplina de los Sacramentos, promulgado por la autoridad del Romano Pontífice, cumpliendo una determinación del Concilio Vaticano II. Se trata del registro oficial de santos y beatos que hace para su uso la Iglesia Romana y que tiene vigencia en todo el ámbito, tan mayoritario dentro de la Iglesia, del rito romano. Hay que decir que en su actual edición se ha hecho una grande e inmensa labor, verdaderamente meritoria, y que con ella se ha cumplido el objetivo conciliar de máxima historicidad, y el de

poner al día esta lista oficial con la añadidura no solamente de los nuevos santos sino también de los beatos, ya que, aunque en distintos niveles, unos y otros reciben legítimamente culto público en la Iglesia.

Con respecto a la bibliografía digamos que hemos seguido el criterio que se usó en las ediciones anteriores. Se ofrece en el primer volumen una bibliografía general actualizada. En ella se indican las obras que se refieren a todo el calendario o a una parte de él, por ejemplo, el santoral de una nación, el de una congregación u orden religiosa, el de los mártires de una persecución, etc. La bibliografía específica de cada santo o beato de las biografías extensas va al final de cada una de ellas.

Hemos pensado que con estos criterios volvemos a darle al lector el ya clásico AÑO CRISTIANO de la BAC pero con ampliaciones y mejoras que esperamos merezcan su atención.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES
Coordinador

AÑO CRISTIANO

VI

Junio

1 de junio

A) Martirologio [1]

1. La memoria de San Justino († 166), filósofo y mártir en Roma **.
2. En Roma, los santos Caritón y Carita, Evelpisto e Ieraces, Peón y Liberiano († 165), mártires, discípulos de San Justino.
3. En Alejandría de Egipto, santos Ammón, Zenón, Tolomeo, Ingenis, soldados, y Teófilo, anciano († 249), martires.
4. En Licópolis (Egipto), santos Iquirión, jefe militar, y otros cinco soldados († ca.250), mártires.
5. En Bolonia (Emilia), San Próculo († ca.300), mártir
6. En Montefalco (Umbría), San Fortunato, presbítero († s. IV-V).
7. En la isla de Lerins (Provenza), San Caprasio († ca.430), solitario.
8. En Auvergne (Aquitania), San Floro (fecha desconocida).
9. En Bretaña Menor, San Ronano († s VII-VIII), obispo.
10. En Leicester (Inglaterra), San Wistano († 849), mártir.
11. En Tréveris (Renania), San Simeón († 1035), recluso.
12. En el monasterio de Oña (Burgos), San Íñigo († 1068), abad **.
13. En Alba (Pompeya), Beato Teobaldo († 1150), seglar *.
14 En Urbino, del Piceno (Italia), Beato Juan Pelingotto († 1304), seglar, de la Tercera Orden de San Francisco **.
15. En Londres (Inglaterra), Beato Juan Storey († 1571), mártir *.
16. En Omura (Japón), beatos Alonso Navarrete, religioso dominico, Fernando de San José Ayala, religioso ermitaño de San Agustín, presbíteros, y León Tanaka, religioso jesuita († 1617), mártires *
17 En Rochefort (Francia), Beato Juan Bautista Vernoy de Montjournal († 1794), presbítero y mártir *.
18. En Hyng Yen (Tonkín), San José Tuc († 1862), martir *.
19. En Piacenza (Italia), Beato Juan Bautista Scalabrini († 1905), obispo, fundador de las Pías Sociedades del Sagrado Corazón **.
20. En Mesina (Sicilia), San Aníbal María de Francia († 1927), presbitero, fundador de la Congregación de los Rogacionistas del Corazon de Jesus y de las Hijas del Divino Corazón **.

[1] Los asteriscos que aparecen en el martirologio hacen referencia a las biografías que siguen a continuacion, que seran extensas (**) o breves (*)

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN JUSTINO
Filósofo y mártir († 166)

San Justino, hombre de su tiempo, fue filósofo, santo y mártir. Tres dimensiones de la vida humana, cada una de las cuales es suficiente para dignificarla si se realiza con plenitud, conciencia y autenticidad. San Justino cumplió con las tres. Como filósofo, amó la verdad y se entregó a su estudio; como santo, respondió con virtudes a la gracia suficiente, difundiendo la verdad con el ejemplo de su vida tanto o más pulcramente que con sus escritos, con ser éstos, en la opinión de algunos críticos, muy bellos. Su estilo literario es, a decir verdad, harto discutible; su estilo de vida es, sin lugar a dudas, admirable. Como mártir, confesó con valentía y serenidad, pero sin jactancia, su fe en Jesucristo, negándose a sacrificar a los ídolos.

Había nacido en Flavia Neápolis, en los primeros años del siglo II. Flavia Neápolis es la moderna Naplusa, Nabulus o Nablus. El nombre se lo dio a la ciudad Flavio Vespasiano al apoderarse de ella el año 72. El nombre samaritano primitivo fue Siquem; estaba considerada como uno de los puntos más fértiles y hermosos de la Palestina central. Ciudad ancha y fecunda, centro de heredades bíblicas, granero y fortaleza. Contaba con veinticinco mil habitantes. En el siglo II, cuando San Justino nace, se mezclan judíos de origen, resentidos y torvos, con colonos paganos, orgullosos, privilegiados y en expectativa.

El nombre Justino, aunque de clara ascendencia samaritana, no engaña a los naturales. Denuncia el origen de la tierra, pero no supone ascendencia judía del linaje. Abuelo y padre de Justino fueron, a buen seguro, gentiles. Nuestro santo parece tenerlo a gala, fundándose en la mejor disposición que muestran los paganos en abrazar la fe de Cristo y en la más firme voluntad para defenderla que la que demostraban los judíos.

San Justino parece como un primer anuncio de San Agustín. Su itinerario intelectual es muy semejante, y representa entre los apologetas lo que San Agustín significará, con majestad, entre los Padres de la Iglesia.

De la corteza de la lengua griega pasa, afilándola, al corazón de las ideas, sin que las bellezas literarias, que le cantan al oído, le encanten o detengan en la penetración de la verdad.

Sigue en el estudio y en la persecución de la verdad el camino que le señala la sinceridad de la búsqueda. Lee y escucha a los estoicos, porque es el sosiego del alma lo que busca, y en ellos parece que podrá encontrarlo; pero no alcanza la paz consigo mismo porque algo más hondo le grita. Es el primer destello de Dios en el alma de Justino. Un Dios presentido y querido, que los estoicos no aciertan a escuchar. Después asistirá a las lecciones de los peripatéticos, pitagóricos y platónicos, sin que la inteligencia de sus textos ofrezca al corazón de Justino el fervor que el corazón le pide, y sin que el corazón entregue a la inteligencia la claridad y el amor que solicita.

Lo que no consigue la ciencia de los sabios lo logrará el ejemplo, la constancia y la fortaleza de los humildes. Justino advierte en los mártires cristianos cómo la ciencia vana se transforma en sabiduría plena. Al profundizar en las razones misteriosas que ordenan la formación de ejércitos de mártires y la sucesión de los tiranos en los primeros siglos del cristianismo convendrá no echar nunca en olvido la gracia santificadora de los tormentos, derramándose por todos los miembros de los que buscan la verdad por caminos de buena voluntad. La persecución de Adriano y la divinización de Antinoo pudieron abrir, en invitación sobrenatural, los portones del alma de Justino a la recepción de la gracia de la fe.

> «Cuanto más se nos persigue —dice en el *Diálogo con Trifón*— tanto más crece el número de los que se convierten a la fe por el nombre de Jesús. Nos sucede como con la cepa, a la que se podan los sarmientos que han dado ya fruto para que broten otros más vigorosos y lozanos. La viña plantada por Dios y por nuestro Salvador Jesucristo es su pueblo. No hay quien amedrente o reduzca a servidumbre a los que por todo el ámbito de la tierra creemos en Jesucristo».

El fenómeno de la conversión del hijo de Presco a la gracia sobrenatural del cristianismo, algunos años antes de cumplir los cuarenta, la edad de la gracia natural del filósofo, que diría Platón, sólo se explica suficientemente por la virtud y eficacia misteriosa de la gracia divina, es cierto; pero en las galerías del alma

de Justino oímos cómo discurren los pasos de la sinceridad, de la inteligencia, del ejemplo de los mártires en vida y en muerte, de la meditación silenciosa, de la vigilancia de las pasiones y, finalmente, de la lectura de los profetas. Estos pasos andados con humildad ensanchan su mirada y ahondan sus ecos hasta llegar a la fuente divina de la voz primera y esencial. En efecto, Justino abraza el cristianismo sin tener por ello que abandonar la filosofía, sin apagar sus fervores didascálicos, sin renunciar a su pujante vitalidad, sin contradecir a la fe con la razón ni humillar a la razón con la fe.

Justino, convertido al cristianismo, no desfallece en la búsqueda iniciada de la verdad —conviene repetirlo— ni abandona la filosofía. Éste es el alcance que hay que dar a muchas de sus frases entusiásticas y que, lejos de racionalizar la fe, lo que señalan es la posibilidad racional de alcanzarla y la injusticia que supone atacarla. La filosofía no depone contra la fe, sino que el vivir en la fe delata una excelsitud sobre el mero pensar filosófico. En San Justino la fe es siempre un don de Dios, original y sobrenatural. Se opera en Justino una transformación. Es como una elevación del sentido, como un ahondamiento por profundidades, como una transverberación de luces inéditas y sobrenaturales en la constelación intelectual de sus conocimientos anteriores. La conversión al cristianismo le ha enseñado para qué sirve la vida, le ha descubierto una nueva faz de la verdad, le ha iluminado y enfervorizado el anhelo. Lejos de despreciar lo sabido, lo tiene en más, como si el cristianismo fuera la coronación de todos los saberes, por su superación sobrenatural.

> «He procurado —dice al prefecto Rústico— adquirir conocimiento de todo linaje de doctrinas, pero sólo me he adherido a las doctrinas de los cristianos, que son las verdaderas, aunque no sean gratas a quienes siguen falsas opiniones».

Antes de convertirse, su alma era como un desierto, ahora es como una antorcha; y abre escuela en Roma para mostrar y demostrar que la filosofía o conduce a la fe en Jesucristo, Verdad verdadera, voz entre los ecos, plenitud de tiempo y verdades, o se convierte en retórica vana. Para nuestro santo la verdad que persigue la filosofía es una fuerza luminosa y penetrante. Pero no por ello le entregará las llaves de la fe. Grande es, ciertamen-

te, Sócrates —nos dice—; pero a Sócrates nadie le ha creído hasta el punto de dar su vida por mantener esta doctrina. Por la de Cristo, sí; dan su vida los filósofos, los sabios, los artesanos y los humildes. Y ésta es la doctrina a que aspiran los hombres: una verdad por la que valga la pena morir, si llega el caso.

San Justino sabe muy bien que no ha sido la filosofía la que le ha abierto el cielo de su alma, pero no ignora tampoco que la filosofía no es obstáculo para abrazar la fe, y defiende que una filosofía con fe es una filosofía auténticamente humana. San Justino se percató de que cabe hablar de una filosofía cristiana, pues la razón sólo engendra monstruos cuando con ella se comete la monstruosidad de oponerla a la fe en Cristo. Tan fuerte es esta convicción en San Justino que llega a considerar como un deber de filósofo cristiano el predicar la fe con los medios de expresión de que cada uno dispone y que resulten inteligibles y comprensibles. Él se vale de expresiones platónicas. Sólo si algún filósofo arremete contra la fe en nombre de la filosofía impugnará al filósofo y a su filosofía. Justino es antes que nada el filósofo de la sinceridad en la búsqueda, de la autenticidad en la conducta, de la humildad en el hallazgo, del fervor en la predicación de su fe, del heroísmo en el testimonio de su creencia.

La vida de San Justino es un testimonio palpitante de cómo ha de vivir su fe un filósofo cristiano. Cierto que su tiempo no es el nuestro, ni su circunstancia la que hoy nos rodea, ni su estadio es como nuestro anfiteatro; pero no es menos cierto que la situación radical es y seguirá siendo análoga o muy semejante hasta el final de los tiempos. Más aún: San Justino conserva un no sé qué de modernidad palpitante para esta Europa lacerada.

San Justino despliega sus actividades con una sencillez, entusiasmo y sinceridad que sorprende. Como la bondad y la verdad son difusivas, y el consejo evangélico señala que la luz de la inteligencia ha de manifestarse en público y en privado, San Justino escribe, habla, predica y peregrina. Suena un filósofo cínico, enemigo del cristianismo, y Justino entabla polémica pública en términos filosóficos. Surge un judío recalcitrante, y Justino abre diálogo en términos de milagros y profecías cumplidas por Cristo. Arrecian las persecuciones, y Justino alza solemne su voz, proclamando directa y audazmente la verdad y la seguridad

de su fe en un Dios vivo y viviente, creador, conservador, redentor y juez. No hay en San Justino impertinencia, no hay tampoco imprudencia, pero jamás cederá en la defensa de la verdad ni celará su fervor. Su presencia intelectual, moral y religiosa se multiplica oportuna e importunamente, porque los tiempos exigían esta presencia en la importunidad. Resuena en él San Pablo como un eco potente.

San Justino está todo él, de cuerpo entero, en las llamadas *Apologías* y en el *Diálogo con Trifón.* Es de lamentar que otros escritos suyos se hayan perdido, pero sólo con lo que nos resta, San Justino queda retratado maravillosamente. Dedica sus *Apologías* a Antonino Pío y a Marco Aurelio. Les imputa error, debilidad, cobardía e injusticia, basando la acusación en pruebas morales y en el influjo maléfico de los demonios. Las *Apologías* están esmaltadas de pensamientos luminosos y eficaces, relieves de sus lecturas platónicas, purificadas por la sinceridad de su fe cristiana. Conservan hoy su validez intacta. Son los hechos —alega San Justino— los que reflejan la piedad o la iniquidad, el amor o el odio que se esconde en los pensamientos y en el corazón de los hombres. El que acusa al cristianismo de iniquidad bastante castigo tiene con el delito que comete con la acusación. El que castiga a un cristiano quebranta la paz, porque el cristiano, por serlo, la busca y la defiende para él y para los demás. El que, conocida la verdad, la persigue, comete iniquidad. Vosotros —dirá en los comienzos de la *Apología*— os oís llamar por doquiera piadosos y filósofos, guardianes de la justicia y amantes de la instrucción; pero que realmente lo seáis es cosa que tendrá que demostrarse. Vosotros —añadirá— matarnos sí podéis; pero dañarnos, no. Instruidos como estáis, no tendréis excusa delante de Dios si no obráis según la justicia.

En San Justino adquieren relieve expositivo los puntos fundamentales de la teología dogmática, de la moral y de la liturgia. Alcanzan un valor superior al meramente apologético. En él se lee con claridad la divinidad de Jesucristo y su misión redentora. Cristo ha muerto para librarnos de la esclavitud de los demonios que rondan por el mundo desde el pecado del Paraíso. La madre virginal de Cristo aparece vinculada a la obra redentora. En la unidad de todos los cristianos se aprecia la comunión de

los santos, mantenida por la fe. El valor de la tradición es claramente expuesto y defendido. La eucaristía es el misterio en el que «no tomamos el pan consagrado como un pan común, ni el cáliz consagrado como bebida común, sino que sabemos que son el cuerpo y la sangre del mismo Jesucristo, que se encarnó por nosotros». Es quizá el testimonio más expresivo y terminante si se advierte que una confesión tan explícita no podía resultar grata a los paganos ni a los judíos. El testimonio de San Justino sobre la eucaristía, como transubstanciación del pan y del vino en cuerpo y sangre de Cristo, revela la doctrina creída y defendida por todos los cristianos a los que nuestro santo sirve y expresa. Aunque sus *Apologías* sólo nos hubieran legado las reuniones de los cristianos y la liturgia del sacramento, serían un documento maravilloso. Y aunque el *Diálogo con Trifón* se hubiera reducido a los pasajes en los que desarrolla el sacrificio de la misa, ya merecería la honra de todos los cristianos.

San Justino presiente el martirio, porque sabe que los demonios acechan, y ha podido comprobar cómo los enemigos de la fe son por naturaleza calumniadores. Una descripción de las reuniones cristianas como la que San Justino había escrito, y la exposición de la verdad eucarística, no podían menos que armar el brazo de los amigos y confidentes del emperador Marco Aurelio. Ante la doctrina expuesta por San Justino sobraban los testigos. El discípulo era tratado como el Maestro, una vez confesada la divinidad. La fecunda semilla del Verbo Divino fecundó en sangre, que es una de las ramas en que maduran sus frutos cuando la persecución arrecia.

No hubo en la gracia del martirio de San Justino necesidad de purificación de errores doctrinales, pues los que pueden atribuírsele se desvanecen si se atiende bien al siglo en que vivió o se leen las páginas con benevolencia crítica. Que los filósofos griegos bebieran o no aguas de inspiración en lecturas y tradiciones del Antiguo Testamento no es asunto que inquiete demasiado al que lo asegure con denuedo, sobre todo si la convicción esconde una toma de posición subjetiva. Este convencimiento es el que permite al filósofo cristiano asegurar que en Platón o en los estoicos se descubren resplandores anunciadores de verdades más altas y sublimes. La concordia de verdades

cristianas con sentencias estoicas no supone una dependencia de los dogmas cristianos, sino una proclamación, por diversos caminos, de la verdad divina. Es a las sentencias estoicas a las que San Justino obliga a descubrir sentidos que no pueden tener, no es a los dogmas cristianos a los que arrodillará ante la adivinación estoica o platónica. El panteísmo de los estoicos es algo que no cabe en la doctrina de San Justino. Todo aparece claro cuando leemos en San Justino que la fe es un don de Dios que se conquista con la plegaria humilde, y que es la oración la que nos descubre el significado y la inteligencia de las Sagradas Escrituras.

El apostolado seglar —seglar fue nuestro santo— tiene en San Justino un buen maestro. El santo patrono de los filósofos se presenta a su vez, y con los mismos títulos, como el santo abogado de los creyentes humildes y sencillos. Todo un símbolo para nuestra época.

ADOLFO MUÑOZ ALONSO

Bibliografía

Act. SS. Boll., 14 de abril: *Vita*, por P. HALLOIX, SI, basada en los escritos.
BARDY, G., «Justin», en A. VACANT - E. MANGENOT - E. AMANN, *et al.* (dirs.), *Dictionnaire de théologie catholique.* VIII/2: *Joachim de Fiore-Latrie* (París 1925).
BERY, A., *Saint Justin, sa vie, ses écrits* (París 1911).
FRANCHI DE CAVALIERI, P., *Note agiografiche. Fascicolo 8.°* (Roma 1909).
LAGRANGE, M.-J., OP, *Saint Justin, philosophe, martyr* (París 1914).
«Martirio de San Justino y de sus compañeros, bajo Marco Aurelio», en RUIZ BUENO, D, *Actas de los mártires* (Madrid ^{5}2003) 303-316.
RIVIERE, J., *Saint Justin et les apologistes du second siècle* (París 1907).
«Vida y obras», en D. RUIZ BUENO (ed.), *Padres apostólicos y apologistas griegos (s. II)* (Madrid 2002): *Vida*, p.890-1017; *Apologías*, p.1019-1085, *Diálogo con Trifón*, p.1087-1259.
• Actualización:
GIRGENTI, G., *Giustino martire, il primo cristiano platonico, con in appendice «Atti del martirio di San Giustino»* (Milán 1995).
MERLO, P., *Principi e criteri dell'agire morale in San Giustino filosofo e martire* (Roma 1991).

SAN ÍÑIGO
Abad († 1068)

En concordancia con la calenda antigua del cenobio pirenaico de San Juan de la Peña no se encuentra documento alguno,

escrito o cultual, a lo largo de nueve siglos que haya sugerido para San Íñigo patria diversa de Aragón y Calatayud. Gráficamente expresaba esta realidad una representación escénica del siglo XVI en honor de San Íñigo, cuando un actor en figura de demonio sugería a su príncipe:

> «Sábete, gran Belcebú,
> que este santo venerado
> que en Oña está sepultado
> era de Calatayú».

Los escritores y el pueblo bilbilitano han fijado la casa natal de San Íñigo en el barrio de los mozárabes, donde la actual iglesia benedictina, un barrio indefenso que hacia el año mil aguantaba sobre sí los cerros fortificados de los invasores sarracenos y a sus lados el ambiente hebreo que tantas lápidas ha legado. Pocos años después de la muerte de San Íñigo existía ya allí un monasterio benedictino.

Al carácter de San Íñigo en esta primera juventud dedicó su discípulo el abad Juan de Alcocero una sola frase, pero de honda sugerencia: «Fue suave y manso aun cuando estaba en la soberbia del siglo».

Tobed de Calatayud, con su cueva y su culto a la Virgen, es un nombre enlazado en el recuerdo bilbilitano a la retirada de San Íñigo hacia la soledad.

También el monasterio de San Juan de la Peña consideraba a San Íñigo de su escuela y lo resalta en su calenda: «Íñigo, monje del monasterio de San Juan Bautista». Eran los años del implantarse, en los monasterios del viejo reino navarro, la reforma benedictina que el recoleto Paterno y sus compañeros enviados por Sancho III el Mayor habían aprendido y practicado en Cluny.

Un manuscrito inédito del archivo oniense compendia así la estancia de San Íñigo en el monasterio pirenaico:

> «Tomó el hábito de monje en el monasterio real de San Juan de la Peña, el cual poco había que el rey don Sancho el Mayor había ilustrado. Y después de haber vivido en el dicho monasterio algún tiempo, con beneplácito y voluntad de sus superiores, salió a vivir a los desiertos imitando a los Santos Padres».

El prestigio firme de San Íñigo por este tiempo es su vida oculta y anacoreta Cada documento anterior presenta un nuevo rasgo hagiográfico

> «En los comienzos de su edad dispuso de servir a Dios todopoderoso, ayudandole su gracia Y porque esto mas a su voluntad pudiese hacer, estaba apartado fuera de todo poblado en un monte, adonde en una cueva hacia vida de ermitaño y solitaria, y alli estuvo algunos años morando en habito de monje, mortificando su carne con trabajos de vigilias, ayunos y oraciones»
>
> «Durante muchos años llevaba una vida de rigidisima aspereza en la soledad de los montes en habito de monje, preclaro en opinion de santidad»
>
> «Su celebre fama resonaba lejos y ampliamente y con frecuentes milagros»
>
> «Y oyendo los moradores comarcanos su santidad iban a verlo con gran devocion y recibian de el muy saludables consejos y amonestaciones, y con su ejemplo muchos menospreciaban el mundo y entraban en religion»

Todos estos detalles de los viejos documentos, aun a través de su dura corteza latina, configuran la primera imagen historica de San Íñigo: carácter de apacibilidad externa y empuje interior para entregarse a Dios en los rigores y dulzuras contemplativas de la vida eremítica y para entregarse a los hombres desde su cueva y con su hábito monacal como guía y modelo de vida perfecta

Mientras tanto, en un bravio recodo de las estribaciones cantabricas que encuñan de roquedales la vieja astilla burgalesa, el conde don Sancho de Calatañazor, nieto de Fernán González, había aplomado un monasterio con robusta silueta románica de retiro y fortín

Lo entregaba como dote a Tigridia, «nuestra hija dulcisima», que fue la más popular abadesa de este monasterio benedictino de religiosas con capellanía de monjes. La generosa carta fundacional del conde don Sancho de Castilla es del año 1011 La abadesa infanta quedo para la posteridad como Santa Tigridia y su epitafio se escribió sobre un altar de la iglesia de San Salvador de Oña

Posteriormente a la abadesa Tigridia la observancia religiosa aparece lánguida en el cenobio del conde Su yerno Sancho III el Mayor de Navarra, primer emperador de las Españas recon-

quistadas, con facultad pontificia y de los obispos de sus dominios, suprime la Comunidad de monjas e introduce monjes de la regla cluniacense el año de 1033.

El primer abad de la Oña cluniacense fue don García, pero su prelatura sólo duró dos años incompletos. Lo demás lo transmite en este castellano primaveral una memoria antigua y abreviada del archivo de Oña:

> «Quedó este Monasterio de Oña sin Pastor. E cobdiciando el Noble Rey darle Regidor e que la nueva planta, que había ordenado, permaneciese siempre en mayor virtud y santidad, finalmente, la fama (que casi todas las cosas quenta) vino a las sus Orejas de este piadoso Rey, e fuele dicho la vida santa y loable, que el Bienaventurado S. Íñigo facía, y habiendo el su Consejo con varones sabios e discretos, que consigo siempre traía, envió a rogar con ellos a este Santo Varón que le pluguiesse vinirse para él, porque le quería encomendar el regimiento de este su Monasterio de Oña; porque con su exemplo, y la buena vida, los Monges que aquí estaban, fuesen informados en toda Santidad.
>
> E como el bienaventurado S. Íñigo a los primeros y segundos Mensageros respondiesse que lo non faría en ninguna guisa, en fin viendo el Noble Rey la su voluntad, el mismo Rey olvidando su dignidad Real, fue en persona a le rogar que sí quisiesse venir, e después que se hobo mucho excusado, en la conclusión constreñido por la devoción del Rey hóbolo de aceptar contra toda la su voluntad. E assí fue este Santo varón ordenado por Abad de este Monasterio de Oña, de común consentimiento y clamor de todos los sus Monges, según que la Regla de nuestro bienaventurado Padre S. Benito lo dispone y ordena, e con grande aplauso, beneplácito e gusto del dicho Señor Rey que a todo fuesse presente».

El manuscrito de fray Íñigo de Barreda redondea de monaquismo el llamamiento de Sancho el Mayor con esta composición de escena:

> «Obligado de las exhortaciones del Rey y assimismo de los mandatos de su Abad de la Peña (porque entrambos estaban presentes y le hacían las debidas instancias), temiendo desagradar a Dios si resistía a su vocación, aceptó el cargo y dexó el consuelo de aquellos riscos, testigos de sus penitencias, con harto desconsuelo suyo y de aquellos sus Hermanos y Compañeros Monjes, y... vino a descender de las montañas de Xaca para levantar las de Burgos».

Ciertamente, el nombramiento de abad de Oña recayó sobre San Íñigo con anterioridad al 21 de octubre de 1034, fecha

en que confirma una donación de Sancho el Mayor al monasterio de Leyre con la fórmula *Enneco Abbas Honiensis.*

El gobierno interno de San Íñigo aparece en el juicio de su discípulo fray Juan de Alcocero como de una paternalidad discreta, espiritual y popular:

> «No vivió para sí solo, sino para nosotros, porque todo el día estaba él para nosotros. Nunca se indignó de manera que en su indignación olvidase la benignidad; y no podía airarse un hombre que despreciaba las injurias y evitaba los rencores. Nunca juzgó sin comprensión, como quien sabía que el juicio de los cristianos ha de ir revestido de misericordia. El Espíritu Santo otorga su don de justicia a los más benignos, y concede a los suyos tanta equidad y justicia como gracia y piedad; de ahí que nuestro padre Íñigo guardaba rectitud al examinar lo justo y misericordia al decidir la sentencia. En la solicitud de su monasterio e iglesias imitó la fe y caridad de todos los apóstoles, obispos y abades».

Con razón alude el discípulo ferviente al cuidado de «las iglesias». Al entrar San Íñigo en Oña recibía la prelatura de una verdadera diócesis y el gobierno —según aquel tiempo feudal— de un auténtico señorío. Las escrituras comprueban ciento cincuenta nombres de iglesias y pertenencias que tenía que regir el abad Íñigo en diáspora caprichosa por las actuales provincias de Burgos, Logroño, Palencia y Santander. Todas estas solicitudes del obligado feudalismo de entonces imponían al anacoreta aragonés, ya en plena madurez de vida, largos y penosos viajes. Su firma de prestigio se repite con frecuencia en los documentos monásticos y reales de la época. Y su presencia aparece frecuentemente junto al rey navarro García, hijo de Sancho el Mayor, lo mismo en las tierras riojanas de Nájera, su corte, que en la fratricida batalla de Atapuerca, a cuatro leguas de Burgos, donde sucumbió traidoramente Don García, que vino a morir en los mismos brazos y oraciones de San Íñigo. San Íñigo no se separó de su rey, lo mismo anteriormente en el sitio victorioso de Calahorra que en su desastre de Atapuerca, hasta confiarlo al sepulcro en Santa María la Real de Nájera. Los esfuerzos pacifistas de San Íñigo hasta el momento mismo de la batalla tenían razón. Por eso la actuación de San Íñigo dejó invariable el afecto de Fernando I de Castilla hacia el capellán de su hermano, como aparece en diversas donaciones mu-

tuas, especialmente en las hechas en 1063 cuando fue convocado San Íñigo a León para recibir el cuerpo de San Isidoro.

A pesar de esta obligada dispersión, las primeras atenciones pastorales de San Íñigo se centraban en su monasterio de Oña. Y con éxitos reconocidos.

> «La santa regla —repiten insistentemente los monjes onienses— se observaba sin interpretación, sin dispensa, sin privilegio. El silencio era silencio, el ayuno, ayuno, la clausura, clausura; y todo en aquel peso y medida del santo legislador. Con tal pastor era el rebaño como él».

Y hablan de aquel monje de agrio carácter que termina reducido y blando ante la psicología y oraciones paternales del santo abad. Y de su bendición manifiesta sobre los campos y vecinos de Oña. Y del castigo sensacional de aquellos dos hidalgos que injuriaron a San Íñigo y al día siguiente, sin causa, se agredían entre sí con sus espadas para perecer ambos locamente bajo sus mutuas heridas. Y ante el pueblo vibrarán con aureola legendaria la serenidad, la oración y la hoguera de San Íñigo para aniquilar un fantaseado serpentón y el espectáculo ridículo del «jorobado de Tamayo», atribuido a su mala intención de pastor al meter su ganado en la viña del monasterio recién plantada por el abad junto al río.

> «Abrió sus alhóndigas a los pobres y sus despensas a todos los que venían a él. A cuántos levantó que estaban oprimidos. A cuántos puso en libertad que estaban cautivos. Con una sola diligencia enjugaba las lágrimas de los deudores y renovaba el gozo de los acreedores».

Así comenta la acción social de San Íñigo su discípulo fray Juan de Alcocero.

Y la voz popular no teme envolver en prodigios su veneración por San Íñigo. La parálisis remediada del conde leonés Gonzalo Muñiz, de un peregrino traído de más allá de los Pirineos y de un mendigo tendido ante las tapias de la huerta del monasterio. El hijo concedido a las oraciones de San Íñigo para una mujer atribulada sin familia después de quince años de matrimonio. La vista restituida a una humilde joven. Diversos casos mentales extraños totalmente normalizados. Lluvias conseguidas. Hambres subsanadas.

Eran tiempos de reconquista, y la caridad de San Íñigo tuvo que suavizar las frecuentes refriegas entre los barrios moros y cristianos, próximos al monasterio. Cierto día en que la composición ofrecida por San Íñigo fue aceptada por ambos bandos, menos por el jefe moro, se trabó la batalla y sólo pereció el jefe disconforme, según el prenuncio del abad, que pronto logró cristianar con sus monjes aquellos rescoldos agarenos.

«El caminante pobre cantando va entre los salteadores», respondió San Íñigo, con el proverbio latino en su granja de Solduengo a unos ladrones que le habían cercado inútilmente toda la noche; y, al replicarle ellos que, si no la bolsa, al menos le podrían quitar la vida, les respondió que para él quitarle la vida era sólo quitarle de muchos cuidados. Y su entereza cristiana fue el comienzo de una amistad que acabó con el arrepentimiento y la disolución de aquella banda temida. Otra famosa conversión del apostolado de San Íñigo, fue la de un bandido profesional, causante de verdaderas batallas campales entre dos pueblos vecinos al monasterio.

Pero la flor más perfecta de la dirección espiritual de San Íñigo fue San Adón, o, como él mismo se firmaba, *Atto, Aukensis episcopus;* Ato, obispo de Oca y Valpuesta, por los años de 1034 y 1039. San Adón, dejando sus obispados, se puso bajo la obediencia de San Íñigo, quien le asignó un eremitorio en los montes de la Peralada junto a la aldea del Portillo de Busto. Su fama de santidad perdura juntamente con su sepulcro en el monasterio de Oña, donde fue enterrado por el mismo San Íñigo, que le sobrevivió casi quince años.

La estampa final de la vida de San Íñigo se aromatiza de un lirismo de romance místico. Los manuscritos monásticos detallan la misma narración fundamental.

> «Había salido San Íñigo a visitar las iglesias que tenía a su cargo. En Solduengo se sintió enfermar gravemente. Al ser llevado al monasterio de noche le pareció que iban delante dos muchachos con hachas encendidas. Compadeciéndoles el varón de Dios la fatiga del camino, pues creía que eran muchachos cuando en realidad eran ángeles, vuelto a los circunstantes les exhortaba a que aliviasen a los muchachos, cuando nada semejante veían los que le acompañaban, sino sólo una gran claridad. Todos los monjes recibieron al abad moribundo. San Íñigo les daba saludables consejos de amor, hermandad y observancia. Pidió y recibió los auxilios sa-

> cramentales humilde y devotamente y, como despedida y promesa de amparo, dio su ultima bendicion de padre y abad»

Era el 1 de junio de 1068 Los arrebatos sin tasa del discípulo Juan de Alcocero en el sermón de honras fúnebres recogen el ambiente de aquel entierro «en la claustra vieja»·

> «Vimos como se nos quita el justo sin que la mente se haga a ello ¿Que lugar hay en la tierra que no se haya conmovido con el transito de nuestro santisimo padre Iñigo? »

En una arqueta de plata y piedras preciosas se conservan en la iglesia de Oña las reliquias de San Íñigo, el patrono medieval de los cautivos, que enrejaron de exvotos su altar, el patrono de Calatayud y de Oña. Su popularidad taumatúrgica le siguió durante los siglos de la Reconquista y del esplendor de España, cuando todas las familias nobles imponían a alguno de sus hijos el nombre del abad de Oña Íñigo de Loyola se llamaba el fundador de la Compañía de Jesús y un autor de fines del siglo XVI llama al abad de Oña San Ignacio de Calatayud. Dos nombres y dos símbolos fundidos de un cristianismo apostólico, entero y perenne

VALERIANO ORDOÑEZ, SI

Bibliografía

Act SS Boll, 1 junio *Vita*, de alguna importancia
Arts en *Analecta Bollandiana* 52 (1934) 448s, 69 (1951) 295s
FITA, F, Arts en *Boletin de la Real Academia de la Historia* 27 (1895) 7s, 38 (1901) 206s
KEMP, E W, *Canonization and authority in the Western Church* (Londres 1948) 83s
SERRANO, L, *El obispado de Burgos y Castilla primitiva Desde el siglo V al XIII*, II (Madrid 1935)
— *Cartulario de San Millan de la Cogolla* (Madrid 1930) 135s, 163s

BEATO JUAN PELINGOTTO
Seglar († 1304)

El inefable Francisco de Asís había fallecido, como un pajarito, el 3 de octubre de 1226, catorce años antes de que Juan Pelingotto abriera los ojos a la luz del hermano sol.

Esta diferencia de años es la que nos va a dar la pista para comprender la vida de este humilde hermano de la Orden Tercera de San Francisco. Catorce años no son nada para la vida de una orden religiosa, pero en esos catorce años ya había surgido en la familia franciscana un incipiente cisco que luego adquiriría caracteres de cisma. Veamos lo que pasó.

Juan Pelingotto y Francisco de Asís, a pesar de la diferencia de edad, ya tenían un parecido que les unía desde la cuna. Los dos eran hijos de mercaderes. Los dos padres querían emplear a sus hijos en sus respectivos negocios y los dos críos empezaron como aprendices de sus correspondientes comercios.

Los dos obedecieron y los dos lo hicieron a regañadientes. Por eso, los dos lo dejaron. Francisco se quedó desnudo delante del obispo y de su padre, con sólo el cilicio sobre sus carnes.

Y Juan lo hizo más suave, pero dejó a su padre con dos palmos de narices cuando le dijo que no le interesaba la tienda. El padre le responde que bien, pero que no se le ocurra entrar en ninguna orden religiosa. Quedan de acuerdo y Juan hace su vida.

Pero al poco tiempo, decide entrar en la Tercera Orden de San Francisco, que al fin y al cabo era la rama seglar de una Orden recién fundada. Nunca sería fraile. Siempre sería seglar. El padre pensó: «Este pollo ya me la ha jugado». Pero se tuvo que conformar con la decisión de su hijo, y eso que en aquellos años los padres aguantaban muy poco.

Juanito había nacido en un precioso lugar, mitad ciudad y mitad pueblo. Se llama Urbino, está situado a 80 kilómetros de Asís, por lo que se podría suponer que, al hacerse mozo el niño Juan Pelingotto, le entraron ganas de entrar en la Orden que acababa de fundar San Francisco. Porque la fama de este hombre fue tan grande en aquellos años, que todo el mundo quería entrar a formar parte de su hermosa familia religiosa. Uno de ellos fue Juan.

Urbino está a 20 kilómetros del Mar Adriático, donde está la ciudad de Pésaro. Por situarnos un poco, a 200 kilómetros de Roma, hacia el norte. A pesar de ser un pueblo, no creamos que era una «birria» de pueblo. De eso, nada. Pasarán 230 años y allí nacerán dos monstruos del arte: uno de ellos, Rafael, el pintor; y el otro, Bramante, el arquitecto.

Rafael nació en Urbino en 1483; fue el mejor pintor del Renacimiento italiano, siempre en rivalidad con Miguel Ángel. Pintó los frescos de las cámaras y de las logias del Vaticano. Fue autor de la Transfiguración del Señor y las Madonas, obras inimitables. Murió en Roma en 1520, a los 37 años de edad. Y el otro, Bramante, se llamaba Donato D'Angeli Lazzari, autor de la plaza de San Pedro, en Roma, reformada después por Miguel Ángel. Nació en Urbino en 1444 y murió a los 70 años.

Juan siguió los pasos de Francisco, quien había nacido en 1182. Cuando Francisco armó aquella revolución espiritual en los alrededores de Asís, Juan se integró al grupo de forma discreta. Porque, apenas difunto el gran Seráfico, empezó la disensión en el seno de la familia franciscana. Veamos un poco la historia.

1182: Nace Francisco.
1207: Francisco se despoja de sus vestidos.
1209: Nacimiento de la Orden Franciscana.
1212: Profesión de Santa Clara.
1221: Empieza la Tercera Orden Franciscana.
1223: Llega la aprobación pontificia para la Orden.
1224: Aprobación de las clarisas.
1226: Muere Francisco. A los 45 años.
1228: Canonización de Francisco.
1240: Nace Juan Pelingotto.

Francisco había ideado su gran familia para evangelizar. Los grandes santos siempre se han movido por la misma razón, la de San Pablo: «Ay de mí si no evangelizare».

Por ello, mandó emisarios a Marruecos en 1213; luego se fue a Egipto, en 1219 y de allí llegó a Palestina, donde dejó los primeros franciscanos al cuidado de los lugares santos. Se sabe que Francisco estuvo en España, visitó muchas ciudades, entre ellas Vitoria, y peregrinó a Santiago de Compostela.

Poco más tarde nacería la Tercera Orden Franciscana, en la que entró Juan Pelingotto. El brote de espiritualidad era tan fuerte que muchas personas de ambos sexos querían formar parte de la Orden; deseaban hacer penitencia. Unos, como estaban casados, no podían abrazar la vida religiosa. Otros, como Juan, por motivos familiares, no podían tampoco ser «religio-

sos». El caso es que nació la Tercera Orden (la segunda era la de las clarisas), para gente seglar que quería vivir el espíritu franciscano desde su vida en el mundo.

No es fácil saber cuándo San Francisco les dio por escrito la «Regla» de la Tercera Orden. Se llamaban hermanos y hermanas de la penitencia.

Además de los preceptos sobre la oración y los ayunos, los terciarios tenían que vestir modestamente, abstenerse de fiestas y bailes, ayudarse mutuamente, socorrer a los pobres y enfermos, pagar las deudas, hacer a tiempo el testamento, apaciguar las riñas, no llevar armas y no jurar sin necesidad.

La Tercera Orden tenía un administrador y dos ministros que cesaban en su cargo cada año. Tenían un visitador y un religioso que les daba instrucciones espirituales. O sea, era una Tercera Orden bien organizada.

Y allí entró Juan, con todo el espíritu de su enamorada juventud. Le tocó vivir plenamente la lucha interior franciscana. Durante su vida, la Orden había crecido de tal forma, que a finales del siglo XIII existían 1.500 conventos franciscanos; había entre 30.000 y 40.000 frailes. Aquello era una algarabía, un alboroto, un sueño imposible de llevar adelante.

¿Por qué parecía un sueño imposible? Porque lo que había sido precioso en sus principios, se había vuelto imposible de gobernar. Había serias dificultades para seguir con la primera regla de San Francisco.

La extensión de la orden obligaba a una organización seria; por ejemplo, los frailes necesitaban conventos capaces de albergar a todos, en lugar de aquellos míseros tugurios donde vivían antes; se había empezado a evangelizar las ciudades, lo cual obligaba a que los frailes estudiasen, y eso obligaba a tener libros y bibliotecas; era preciso que se mitigara la pobreza primitiva porque todo el plan nuevo no se podía llevar a cabo sin dinero, por tanto era necesario poner personas para recoger dinero.

Es decir, había que cambiar los estatutos. Y el papa Nicolás II aprobó estas reformas incipientes en 1279, cuando Juan Pelingotto tenía 39 años.

Pasó algún tiempo y eligieron el tercer general de la Orden, que se llamaba Elías de Cortona. Éste era fraile, no sacerdote, y

tenía una gran facilidad para organizar la vida de los demás y desorganizar la suya. Hizo cosas grandes: difundió la orden, envió gente a las misiones, encargó a otros que fueran a estudiar. Sin embargo, él llevaba una vida poco franciscana, inclinado al gasto excesivo y la ostentación. Recogió grandes cantidades de dinero y con ellas hizo la gran basílica de San Francisco. O sea, era un buen empresario, capaz de sacar dinero debajo de las piedras, pero poco más.

Naturalmente, una persona así fomentó todo lo que pudo la reforma de la Orden. Y tanto la quiso reformar, que incluso los reformadores mitigados —no digamos nada los rigoristas— convocaron un capítulo general en Roma en 1239 para destituirlo; cosa insólita. Por esa misma razón, él no había querido nunca disponer un capítulo general, pues veía cuáles podían ser las consecuencias. Indudablemente era una persona muy lista.

Pero tampoco llegó la paz con esta destitución. Entonces, el papa Inocencio IV tomó una decisión drástica: puesto que se trata de pobreza, todos los bienes de los franciscanos pasan a propiedad de la sede apostólica, de forma que los franciscanos podrán hacer uso de sus propiedades, pero nada más; no podrán enajenarlos sin permiso del Papa.

¿Vino con eso la paz? Tampoco. Sería San Buenaventura el artista que supo imponer disciplina en la Orden y, desde 1257 hasta 1274, restableció la tranquilidad. Suprimió la relajación de algunos, urgió la pobreza y austeridad para todos, promovió los estudios En una palabra, supo ponerse en medio de los contendientes para apaciguar a ambas partes, con amabilidad y sosiego. Fue un fenómeno.

¿Llegó con esto la paz? Tampoco. Los seres humanos, tanto hombres como mujeres, tenemos ansias irrefrenables de discutir y volvieron los conflictos.

Veinte años más tarde seguía la discusión. Había distintos grupos los espirituales, que no hacían mucho honor a su nombre puesto que su único espíritu era armar follones por todas partes, eran «intransigentes, derechones y fascistas». Por otra parte, estaban los observantes o espirituales moderados, gente con sentido común y buen espíritu franciscano.

En este ambiente llegó un Papa curioso, llamado Celestino V, abad de un monasterio benedictino, fundador de una congregación de celestinos, y Papa el año 1294. Ese año y nada más, porque renunció en cuanto «vio las orejas al lobo». Era un señor bendito y santo del que nadie supo por qué le habían nombrado Papa.

La razón de su nombramiento estaba en que, en aquellos días, dos familias, los Orsini y los Colonna, se disputaban el que uno de sus miembros fuera nombrado Papa. El enfrentamiento fue tal que, al fin, Carlos II de Anjou y Carlos Martel, su hijo, tuvieron que intervenir para intentar acelerar el proceso y que saliera elegido Papa cualquiera que sirviera un poco. El objetivo era «quitar de en medio» a las dos familias contrincantes. De esta manera nombraron a Celestino, el pobrecito y santo.

Celestino V era un eremita perfecto, pero un Papa inútil. Era tímido, ingenuo y rústico. No tenía experiencia alguna en los negocios, no conocía a los hombres y menos a las mujeres. Era Papa y apenas sabía latín. El caso es que este ingenuo Papa autorizó a los espirituales a unirse a los celestinos —aquellos frailes que el Papa, sin ser Papa, había fundado—. El Papa que le sucede, Bonifacio VIII, anuló esta autorización. Entonces, ellos se enfadaron, atacaron al Papa, dijeron que no eran Papas legítimos ni él ni sus sucesores, se separaron de la Orden y se empezaron a llamar *fraticelos*. Esta secta duró hasta el siglo XV.

Así las cosas, en esta maravillosa familia franciscana quiso entrar, y entró, nuestro amigo Juan Pelingotto y pidió hacerse hermano de la Tercera Orden de San Francisco. Cuando dio este paso, le ocurrió lo que ha sucedido muchas veces: que le trataron de loco. Como era austero y no le gustaba derrochar, estaba loco. Como era rico y prefería vivir como pobre, estaba loco.

Juan, la verdad sea dicha, se reía de todas estas críticas e incluso se alegraba de que le trataran así. Sin embargo, no todo eran críticas. Con su vida logró que un hermano suyo —ése sí que vivía locamente— volviera al buen camino y se convirtiera de su desastrosa vida.

Juan tomó el hábito en la iglesia de Santa María de los Ángeles, la primera iglesia franciscana de Urbino, y vivió austeramente. Se privaba de lo más necesario para ayudar a los pobres, se

quitaba de la boca el pan para dárselo a los necesitados. En fin, que en Urbino lo tenían todos como santo.

Llegó el año 1300 y sucedió en Roma un acontecimiento inusual. El papa Bonifacio VIII había convocado el primer jubileo de la historia de la Iglesia. Y Juan se presentó allí. Fue un jubileo raro. Había sido convocado por el Papa, suprema autoridad, pero no se presentó ninguna persona destacable. Sólo aparecieron los peregrinos que, como Juan Pelingotto, habían acudido a la llamada del Papa devotamente. Ante esta situación, al Papa se le ocurrió la idea de formar con todos ellos una nueva cruzada a Tierra Santa. Al final no se hizo nada, ya que de otra forma, Juan, a sus 60 años, quizá habría cogido la ballesta y el bocadillo para marchar a conquistar Tierra Santa.

De esto ya se libró, pero no lo hizo de un acontecimiento insospechado: apenas llegado a Roma, donde nunca había estado, un señor que andaba por allí dijo en alta voz: «¿No es éste aquel santo hombre de Urbino?». Y empezó a correr de boca en boca su fama de santidad.

Volvió a su pueblo, Urbino, y siguió viviendo su espíritu franciscano con más intensidad. Sólo deseaba llegar a su patria verdadera, el cielo. Padeció una grave enfermedad por la que perdió hasta el habla, que sólo recuperaría en sus últimos días.

Fue imitador de San Francisco en los dolores de su última enfermedad. Se pareció a él al nacer y fueron iguales al morir. En medio de escrúpulos que le hacían pensar que había sido un gran pecador, abrió la boca y dijo: «Y ahora, vamos con toda confianza». Le dijeron: «Padre, ¿adónde vas?». «Al Paraíso», respondió él. Y poco después expiró. Era el día uno de junio de 1304. Tenía 64 años de edad.

Juan había pedido que le enterrasen en la iglesia de Francisco, pero no cumplieron su deseo. Lo enterraron en el cementerio de los franciscanos, en el claustro del convento. Pero era tal la peregrinación de gente que acudía a su sepultura que los frailes decidieron llevarlo por fin a la iglesia de San Francisco. Y allí está, con un altar sobre su tumba donde se continúan diciendo misas. Su culto, aprobado por Benedicto XV en 1918, ha perdurado a través de los siglos.

FÉLIX NÚÑEZ URIBE

Bibliografía

AAS 10 (1918) 268; 513, 527.

«Beato Juan Pelingotto», en J. L REPETTO BETES, *Mil años de santidad seglar* (Madrid 2002) 57-58.

CONGREGATIO DE CULTU DIVINO ET DISCIPLINA SACRAMENTORUM, *Concessionis et approbationis officii et missae propriae necnon elogii in martyrologio inserendi in honorem B. Joannis Pelingotto tertii ordinis S. Francisci Minorum Conventualium* (Roma 1919).

LLORCA, B., SI - GARCIA VILLOSLADA, R., SI - LABOA, J M.ª, *Historia de la Iglesia católica,* II: *Edad Media* (Madrid ⁶2003) 671-689.

BEATO JUAN BAUTISTA SCALABRINI

Obispo y fundador († 1905)

«Apóstol del catecismo» le llamó en una ocasión Pío IX, y «padre de los emigrantes» fue el título que le otorgó Juan Pablo II en la homilía de su beatificación. En efecto, Juan Bautista Scalabrini fue en estos dos campos un auténtico pionero, pues llevó a cabo la iniciativa, novedosa para su tiempo, de fundar dos revistas mensuales dedicadas a estas tareas pastorales: *Il catechista cattolico* (1876), primera publicación catequística italiana, y *L'emigrato italiano* (1903) sobre el drama de las migraciones, la gran preocupación de este beato, obispo de Piacenza, y uno de sus carismas, que fructificaría en la congregación de Misioneros y Misioneras de San Carlos para la atención de los emigrantes.

En Fino Mornasco, muy cerca del lago de Como, en la Lombardía italiana, nació el 8 de julio de 1839 Juan Bautista Scalabrini y ese mismo día recibió las aguas bautismales. Era el tercer hijo de los ocho que tuvieron Luis y Colomba, muy religiosos, pero de recursos modestos, pues la familia vivía de un pequeño negocio de vinos. Esta posición económica tan poco boyante le permitió, sin embargo, estudiar en el instituto «Volta di Como», donde el chico brilló por su inteligencia y aplicación. Continúa su formación en el seminario diocesano comasco, donde cursa filosofía y teología con excelente aprovechamiento, y recibe la ordenación sacerdotal el 30 de mayo de 1863.

Se estrenó pastoralmente en una parroquia de Valtellina, pero al poco tiempo fue nombrado formador y profesor de humanidades en el seminario menor de San Abundo, del que durante un bienio llevó la dirección. En 1870 ya lo tenemos de pá-

rroco en un barrio obrero de la ciudad de Como. La feligresía de esta parroquia de San Bartolomé fue testigo de una infatigable actividad, volcada principalmente en la juventud, en la organización de una escuela de catequesis, y en una sensible dedicación a los problemas sociales —laborales y de marginación— que se presentaban en el barrio. Con todo, le quedaba tiempo e ilusión para el seguimiento del gran acontecimiento eclesial que se celebraba en Roma, el Concilio Vaticano I, sobre el que impartió en la catedral de Como varias conferencias, publicadas después en libro, cuyos ecos llegaron al propio Pío IX. Se dice que fue Don Bosco el que le sugirió al Papa su nombramiento de obispo, como así se cumplió. Tenía tan sólo 36 años cuando recibió la ordenación episcopal, el 30 de enero de 1876, y tomó posesión de su diócesis de Piacenza.

Para entonces el apostolado sacerdotal de Scalabrini era sobresaliente. Su vocación misionera, que orientaba su mirada a otras tierras de evangelización, fue aconsejada por su obispo con este comentario: «tus Indias están en Italia»; su actitud samaritana con los enfermos de la epidemia del cólera que diezmó su parroquia en 1867 fue recompensada oficialmente con una medalla por «benemérito de la salud pública»; y su vocación catequética ya le había inspirado «un precioso regalo para los niños», el *Pequeño catecismo,* editado en Milán en 1875, muy apreciado por sus innovaciones.

«Hacerse todo para todos» era su frase y convicción preferida como pastor. Tenía un gran don de gentes y unas cualidades humanas que no pasaban inadvertidas, una voz persuasiva y una brillante inteligencia. Su conocida competencia pedagógica para la enseñanza del catecismo fue una de las columnas de su pastoral diocesana. Consciente de la necesidad de una educación cristiana, y no sólo de una instrucción, que diera respuesta a la progresiva laicización de Italia, publicó muy pronto una carta pastoral para organizar la catequesis en Piacenza: había que formar catequistas con una profunda vida espiritual y poner en práctica una catequesis menos memorística y más dialogada. Para apoyar esta actividad pastoral no sólo fundó una revista mensual sobre catequesis sino que publicó un importante libro sobre *El catecismo católico,* y fue el alma del I Congreso Catequís-

tico (1889) celebrado en Italia, donde propuso el catecismo único, iniciativa que sería aceptada más tarde por el papa Pío X.

Otra de las atenciones predilectas del obispo Scalabrini era la formación de los aspirantes al sacerdocio. Había sido profesor y rector del seminario antes de ser obispo y siguió considerando los tres seminarios de Piacenza como su casa, donde se presentaba a menudo. Actualizó el plan de estudios eclesiásticos, instituyó una cátedra de gregoriano y, anticipándose a León XIII, introdujo en los estudios filosóficos y teológicos el tomismo. Con todo, considerando importante el cultivo de la inteligencia, siempre ponía por delante la virtud, y lo explicaba en comentarios como éste: «Aunque un párroco sea de corto ingenio, si es virtuoso, puede hacer y de hecho hace mucho bien».

Como pastor de Piacenza recorrió cinco veces cada una de las 365 parroquias de la diócesis durante sus veintinueve años de obispo. Dada la situación geográfica de muchos pueblos, tuvo que trasladarse con frecuencia a pie y a caballo para cumplir con la visita pastoral, que —según decía— era «el más querido de mis oficios». Convocó tres sínodos diocesanos, uno de ellos dedicado al culto eucarístico, y se distinguió por la práctica de la caridad: asistió a enfermos del cólera, visitó encarcelados, y socorrió a muchos pobres, campesinos y obreros, vendiendo para este fin, incluso, sus caballos y el pectoral que le había regalado Pío IX. Se entregó con toda el alma a poner en marcha instituciones y sociedades de ayuda, cooperativas, cajas rurales y fundó un instituto para chicas sordomudas. Eran los tiempos que alumbraron la encíclica *Rerum novarum* de León XIII sobre la cuestión social.

Un buen día viendo el hormigueo de emigrantes —«hijos de la miseria y del trabajo»— que había en la estación de Milán, a la espera de tomar el tren que les llevaría a otros países de Europa o camino de un barco que les dejara en un puerto de América, le empezó a bullir en su corazón de pastor el impulso de atender a tanta gente que «por encontrar el pan del cuerpo, les falta el del alma, no menos necesario». Unos 25 millones de italianos habían emigrado en sólo diez años, el 12 por ciento de sus diocesanos de la montaña —según comprobó en su primera visita

pastoral— estaban fuera del país. ¿Qué podía hacer?, se preguntaba el obispo Scalabrini ante este drama humano de tantas caras, con repercusiones económicas y sociales, pero también culturales y religiosas.

Sus propios diocesanos emigrantes en el Orinoco le pedían angustiosamente un sacerdote, lo que hoy se llama un capellán de emigrantes. Y lo que hizo fue tomar conciencia de la gravedad del problema y trabajar para que el estado italiano practicara una política migratoria y la Iglesia se comprometiera en una pastoral específica. Pero sobre todo fundó el 28 de noviembre de 1887 la Congregación de los Misioneros de San Carlos, aprobada por León XIII, dedicada a la asistencia religiosa, moral, social y legal de los emigrantes. Años después, el 25 de octubre de 1895 nació la rama femenina, las Misioneras scalabrinianas. Una y otra siguieron a los emigrantes italianos en América e implantaron la iglesia de los emigrantes italianos con su lengua, historia, sacerdotes, religiosidad popular, fiestas propias Misioneros y misioneras abrían y mantenían escuelas, hospitales, orfanatos, oratorios, iglesias y publicaciones —el obispo Scalabrini fundó en Piacenza en 1903 una publicación sobre emigración— para que sirvieran de alimento espiritual y de comunicacion Este carisma lo fue madurando y contagiando Juan Bautista Scalabrini en numerosas publicaciones, propuestas en congresos, conferencias y libros. Y de modo particularmente solemne lo hizo en un famoso *Memorial* sobre la congregación o comision *pro emigratis catholicis* que ya en 1905, veinte días antes de morir, escribió a Pío X, donde denunciaba la parte de culpa de la Iglesia en la pérdida de la fe de millones de católicos emigrados a América y no atendidos. Calcula que en diez años de emigracion, la Iglesia católica ha perdido más fieles que los que habia bautizado en trescientos años de evangelización. Y pedía que la Iglesia se sintiera interpelada por esta realidad y la utilizase como «vehículo de su misión evangelizadora».

Sobre el problema migratorio tenía el Beato Scalabrini informacion de primera mano de sus misioneros y de sus visitas pastorales a la «porción abandonada de su grey» emigrante en Estados Unidos (1901) y en Brasil y Argentina (1904). Estos viajes le convencen de que «es necesario que el emigrado se en-

cuentre con nuestra iglesia y nuestra escuela», conserve la identidad cultural italiana para conservar la religión católica: «Para mí el tratado de unión de los italianos en el extranjero debe ser la fe». Para entonces ya había completado el arco de sus fundaciones con la Obra de San Rafael, una asociación laical que se hizo presente en puertos de embarco y desembarco de Italia y América, prestaba servicios de acogida y de información, e influía decisivamente en sacar adelante normativas parlamentarias relacionadas con la emigración. No llegó Scalabrini a conocer una respuesta del *Memorial* entregado al Papa en 1905, pero sus propuestas no habían caído en saco roto pues en 1912 se instituía oficialmente lo que en la actualidad se llama Consejo pontificio para la pastoral de los emigrantes.

Escribió cartas pastorales dedicadas al catecismo, a Jesucristo, a la Iglesia, a la eucaristía y a la oración. Todas ellas constituyen un buen índice de su magisterio y de sus preocupaciones como pastor, y esta faceta suya de pastor sobresale más que la de docto. Su lema fue hacerse todo para todos, con un corazón rebosante de caridad, de fina sensibilidad para responder al drama de los más pobres. El obispo Scalabrini era partidario de trabajar codo con codo con el Estado y con los políticos siempre que estuvieran en juego los intereses de los pobres. De hecho, en una carta a sus diocesanos les decía que era «necesario participar en la vida pública, sirviéndose de todos los medios lícitos, para el triunfo de la verdad y de la justicia». También llegó a escribir: «Debemos salir del templo si queremos realizar una acción auténtica dentro del templo». Por eso apoyó multitud de iniciativas de carácter social. Vivió —como dijo Juan Pablo II el 9 de noviembre de 1997 en la homilía de la beatificación— «sirviendo a Cristo pobre y crucificado en los numerosos necesitados y personas que sufrían, a quienes amó con predilección en su corazón de pastor solidario con la propia grey». A propósito de su labor con los emigrantes, el Papa añadió: «Estaba convencido de que, con su presencia, los emigrantes son un signo visible de la catolicidad de la familia de Dios y pueden contribuir a crear las premisas indispensables para el auténtico encuentro entre los pueblos».

Su piedad eucarística queda expresivamente reflejada en que quisiera ser enterrado con lo necesario para decir la misa, con el

caliz y la patena, y asi estar preparado a celebrarla otra vez el dia de la resurreccion. Murio en Piacenza el 1 de junio de 1905, día de la Ascensión del Señor Las últimas palabras que pronunció antes de morir fueron de disponibilidad para partir a la casa del Padre «¡Señor, estoy listo! ¡Vamos!». Cuatro años antes le había confiado por escrito al papa León XIII este juicio sobre su vida.

> «Si miro las obras realizadas con tanto esfuerzo, tengo muchos motivos para alegrarme en el Señor, pero si con el pensamiento escudriño el interior de mi espiritu, no veo sino materia de remordimiento por lo que deje de hacer o no hice bien Una cosa puedo asegurarle, Beatisimo Padre, y es que en todas las circunstancias no tuve otro guia que la gloria de Dios y la salvacion de las almas que me fueron confiadas»

JOSE ANTONIO CARRO CELADA

Bibliografía

AAS 90 (1998) 945 946

FIORENTINI, B , *Il beato Giovanni Battista Scalabrini* (Piacenza 1997)

FRANCESCONI, M , *Giovanni Battista Scalabrini, vescovo di Piacenza e degli emigrati* (Roma 1985)

MARIN, U , *Todo para todos Beato Juan Bautista Scalabrini Obispo y fundador* (Buenos Aires ^{2}1997)

L Osservatore Romano (9 11 1997) 7, (10/11 11 1997) 6 8

L Osservatore Romano (edicion en español) (7 11 1997) 9, (14 11 1997) 7 8

SAN ANIBAL MARÍA DE FRANCIA

Presbitero y fundador († 1927)

En 1909, el canónigo de la catedral de Messina, don Aníbal di Francia, escribió una carta a Su Santidad Pío X y en ella podia decir con toda sinceridad·

> «Desde mi juventud quedaron grabadas en mi corazon aquellas palabras evangelicas "La mies es mucha y los obreros pocos, rogad al Dueño de la mies para que envie obreros a su mies" y en todas mis pequeñas obras —en las que siempre se procura hacer el bien—, los huerfanos, los pobres, los sacerdotes y las religiosas, cada dia derraman sus oraciones en presencia de los Corazones de Jesus y de Maria, del Patriarca San Jose y de todos los apostoles, rogando para que la Iglesia sea provista de santos y elegidos sacerdotes que trabajen entre las misticas mieses de las almas»

Aníbal nació en Messina, Italia, el 5 de julio de 1851 de la noble familia de los Marqueses di Santa Caterina dell'Ionio. Su padre era el vice-cónsul pontificio en Messina. Fue el tercero de cuatro hijos. Estudió sus primeros años en el colegio cisterciense de San Nicolás donde fue ingresado como interno a los siete años tras la muerte de su padre. Esta amarga experiencia infundió en él un especial amor y comprensión hacia los huérfanos y niños abandonados. Inclinado a la piedad, se distinguió por un gran amor a Jesús sacramentado y precisamente ante el Santísimo Sacramento intuyó la necesidad de orar por las vocaciones y que Dios le tenía predestinado a rogar permanentemente para que el «dueño» de la mies envíe a su Iglesia santos y esforzados sacerdotes. Tuvo como director espiritual a un monje cisterciense, don Ascanio Foti, que al conocer la gracia que la providencia había infundido en el alma del joven Aníbal le permitió, cosa rara en la época, que pudiese comulgar diariamente.

A los diecinueve años, después de haber continuado sus estudios en la escuela del literato y poeta italiano Felice Bisazza, sintió la llamada del Señor, a la que respondió generosamente, dedicando al ministerio sacerdotal las cualidades que había recibido de capacidad literaria y oratoria. Siempre fue considerado como un literato y un gran orador, aunque sabía acomodar su palabra y su verbo a toda clase de oyentes, de modo que hasta las más humildes gentes y especialmente los niños, captaban perfectamente la doctrina que les transmitía. Su facilidad en la retórica le sirvió de mucho para las numerosas publicaciones que su misión y su carisma necesitaron.

Vistió la sotana en 1869 juntamente con su hermano Francisco, que, más tarde, fundaría las Capuchinas del Sagrado Corazón. En 1870 obtuvo los grados como maestro y con su nuevo oficio y sueldo pudo pagarse en adelante sus estudios eclesiásticos y no ser un gravamen para su familia. Recibió la ordenación sacerdotal el 16 de marzo de 1878 y en 1882 fue nombrado canónigo de la catedral por su arzobispo mons. José Guarino, que también va por el camino de los altares. Cargo, el de canónigo, al que por cierto renunció repetidamente pero del que nunca se vio libre, ya que su dimisión nunca le fue aceptada. Desde el primer momento de su ministerio ya se puede decir de él que

gastó toda su vida en promover el apostolado de las vocaciones sacerdotales y religiosas y siempre tuvo en cuenta en su ministerio el aspecto evangelizador y el socorro a los pobres.

Aníbal, iluminado por la frase de Jesús en el Evangelio: «Rogad al Dueño de la mies para que envíe operarios a su mies», siempre sintió que esa petición de Jesús en el evangelio no era una mera exhortación, sino un riguroso mandato de Cristo, y sobre ese precepto basó toda su vida. Dijo muchas veces que esta oración era «el gran medio para alcanzar todos los bienes y para alcanzar la salvación ahora y en la eternidad». Ésta fue su vocación y su específico carisma: rogar continuamente por las vocaciones y encontrar por todos los medios el modo de despertarlas. Para realizar su vocación fundó dos congregaciones religiosas y diversas organizaciones.

La espiritualidad de don Aníbal se caracterizó siempre por un profundo espíritu de fe. En su vida interior, la fe se actuaba y se desarrollaba con una vida de gran intimidad con Dios. Externamente se manifestaba esto con un intenso ejercicio de oración, un serio empeño en caminar en perfección y una no común práctica de la vida de austeridad y mortificación. Su vida santa se transmitía a los demás mediante las que él llamaba sus «industrias espirituales», que eran geniales obras llenas de piedad y entusiasmo para avivar la fe cristiana especialmente entre los pobres y los huérfanos. Se distinguió, además, por su intensa devoción al nombre de Jesús, al Sagrado Corazón de Jesús y a la Pasión del Señor, confiando siempre e ilimitadamente en la Divina Providencia. Ni que decir tiene que siempre tuvo un amor inextinguible a su Señora, la Virgen Santísima.

En el plano histórico hay que señalar que el joven Aníbal nunca tuvo la intención de fundar una congregación religiosa. Pero apenas ordenado sacerdote dio comienzo a sus visitas apostólicas al barrio de Messina llamado «Casa Avignone» (por el nombre de su propietario) gracias al providencial encuentro que tuvo con un pobre de esa barriada siendo ya diácono. Según la descripción hecha por el propio don Aníbal en 1881, aquel barrio estaba compuesto por unas 200 personas, hombres, mujeres, niños, jóvenes, adultos y viejos, sanos y enfermos, hábiles e inhábiles, necesitados de todo, amontonados en

tugurios oscuros y húmedos, que durante el día marchaban por las calles de la ciudad, tratando de escabullirse de la vigilancia de la policía, pues en aquellos tiempos, pobres y malhechores eran una misma cosa como amenaza pública.

Don Aníbal se sintió llamado por Dios para poner remedio concreto a tales miserias desde los primeros días como sacerdote y, con permiso de su obispo, abandonó su casa y estableció su morada en aquel mismo barrio. Limpió tugurios, compró camas, alimentos, vestidos, organizó reuniones de catecismo, estableció una escuela y buscó trabajos y empleos para todos los que podía.

Al comenzar esta misión, tuvo no sólo la comprensión y la admiración de muchos, sino la ayuda voluntaria de varios cooperadores. Sin embargo, pronto sintió la necesidad de cooperadores estables y preparados espiritualmente para tales ministerios de caridad y apostolado cristiano. Buscó entre las diversas congregaciones para que se hiciesen cargo permanente de todo ello, pero fue en vano. Así fue como, ante la necesidad, comenzó a madurar en él la idea de fundar, una tras otra, las dos congregaciones que lo tienen por padre. Ambas congregaciones estuvieron encaminadas desde el principio a la práctica de la caridad y a la evangelización de los niños y de los pobres y al mismo tiempo a orar por las vocaciones, siguiendo el mandato de Jesús: «Rogad al Dueño de la mies que envíe obreros a su mies». Consideraba a Jesús sacramentado el fundador de ambas congregaciones, mientras que él se tenía solamente como su iniciador.

La primera en ser fundada, el 19 de marzo de 1887, fue la de las religiosas «Hijas del Divino Celo». Su nombre está en relación con el carisma de don Aníbal de orar celosamente, como Cristo, por la abundancia de vocaciones. Y fueron puestas, además, bajo la especial protección de la Virgen del Carmelo. Establecidas en el barrio «Avignone» para ayudar en la obra social y caritativa del Padre, pronto tuvieron que trasladarse a una casa mayor, en el antiguo monasterio cisterciense del Espíritu Santo, que ha sido considerada como la Casa madre. Pasadas las primeras dificultades, que en alguna ocasión hicieron dudar de su misma existencia, como sucedió tras el terremoto de Messina en 1908 en que murieron trece religiosas, pronto se afianzaron y

empezaron a extenderse no sólo por los pueblos de los alrededores de Messina, sino por diversas regiones de la península italiana. La primera madre general fue M. Nazarena Maione († 1939), que fue una hija «obedientísima y fidelísima» de don Aníbal. Hoy la congregación, aunque no muy numerosa (en 1974 eran casi 800 religiosas), está extendida por Italia, Australia, España, Brasil y Estados Unidos de América.

La congregación religiosa de varones, que se llamó *Congregatio Rogationistarum a Corde Jesu,* o *Rogacionistas,* se fundó diez años después (1897) pero no obtuvo su aprobación diocesana hasta casi treinta años más tarde, el 6 de agosto de 1926, un año antes de la muerte del fundador. Y obtendría el paso a congregación de derecho pontificio en 1958. La sustancia y los objetivos de su finalidad apostólica, tal como los deseaba el fundador, se pueden resumir según las formulaciones hechas por el Capítulo general de los *Rogacionistas* en 1980:

> «El carisma de la congregación es la inteligencia y el celo por la palabra del Señor que dijo: La mies es mucha y los obreros pocos. Rogad al Dueño de la mies para que mande obreros a su mies».

Los miembros de la congregación tienen un cuarto voto, el de rogar siempre por las vocaciones religiosas y sacerdotales.

Ejercen su carisma, primero, mediante la oración cotidiana por las vocaciones; segundo, propagando por todas partes ese espíritu de oración por *los obreros de la mies;* tercero, siendo buenos obreros de los campos del Señor y trabajando por el bien espiritual y material del prójimo, principalmente en la educación y perfeccionamiento de los niños y de los jóvenes, especialmente los pobres y abandonados.

La congregación está dedicada al Sagrado Corazón y a la Inmaculada. Para poner en práctica el apostolado del *Rogate,* todos los días ofrecen al Señor su vida y sus obras para obtener vocaciones y hacen media hora de oración comunitaria por las vocaciones ante el Santísimo. Celebran también la «Jornada mundial de las vocaciones», que consideran la jornada «rogacionista» por excelencia, y el «Día mundial de las misiones». Las derivaciones e instituciones de todo tipo que son producto del carisma de don Aníbal se han extendido por muchos países de Europa y por los cinco continentes.

Don Aníbal organizó otras sociedades persiguiendo siempre el objetivo de su vocación. En 1897 fundó la «Sacra Alianza», unión espiritual de sacerdotes, prelados y obispos. A su muerte se habían adherido a ella 50 cardenales, cerca de 400 obispos, 60 superiores generales y más de 1.000 sacerdotes, de los que se conservan numerosas cartas de entusiástica adhesión a la obra *rogacionista* de su fundador. Entre ellos nos encontramos con el beato cardenal Ferrari, el beato don Orione, y el siervo de Dios cardenal Merry del Val.

La «Pía Unión de la Rogación Evangélica» quedó establecida en 1900 mediante el decreto del arzobispo de Messina mons. D'Arrigo. Se trataba de reunir en ella a todos los fieles para que, bajo la consigna del «rogad», esta oración se convierta en universal y se pueda obtener del Señor y de su divina bondad la más grande de sus misericordias, o lo que es lo mismo, la abundancia de obreros para su mies. Don Aníbal para cooperar con la Pía Unión escribió numerosos artículos, y más tarde, en 1938, sus hijos fundaron la revista *Rogate ergo.*

En el campo social su labor fue grande desde los primeros momentos de su ministerio sacerdotal. Su cariño y comprensión por los huérfanos, con los que había tenido su primer contacto en el barrio «Avignone», cristalizó en el Orfanatorio de San Antonio de Padua. Y en aquel clima de afecto y caridad, en 1887, surgió la práctica del «Pan de San Antonio para los huérfanos», con tres años de precedencia a la homónima de Tolón en 1890. Voces de reconocimiento de los huérfanos a sus muchísimos bienhechores fue la publicación periódica *Dios y el prójimo.*

El apostolado caritativo de don Aníbal, sin perdonarse esfuerzos ni penas, hasta llegar a pedir en la misma vía pública y por las casas, se volcó sobre todos los necesitados, tanto sobre los que se presentaban en su casa como con aquellos que se encontraban por la calle misma. Por esta razón era conocidísimo en Messina y en toda la región como «la boca que nunca dice no». Él se fió siempre en la Divina Providencia, ante la que hizo voto personal de absoluta confianza en su auxilio y socorro.

Otra de sus obras fue el templo dedicado al Sagrado Corazón de Jesús con una sola misión: que en él todos los cultos y oraciones se elevasen al Señor para rogar por las vocaciones. En

ese templo fue sepultado tras su muerte, ocurrida el 1 de junio de 1927 a los 76 años de edad. Su cadáver fue paseado con el fervor popular por toda la ciudad de Messina, aun contra la voluntad sediciosa de las autoridades civiles y el poderío de la masonería, que, al fin, tuvieron que ceder y otorgar el singular permiso, en aquellas fechas, de que pudiera ser enterrado en el templo.

La fama de santidad fue ya grande en vida. Todo el pueblo lo tenía por santo, y al decir el pueblo se quiere incluir a todo tipo de personas, las de alta alcurnia, las intelectuales, las sencillas, e incluso las más alejadas de la Iglesia en sus opiniones y vida, como lo pudo testificar el arzobispo mons. Ángel Pajno El Beato don Orione fue uno de los primeros en solicitar la apertura de la causa de canonización de don Aníbal, sin embargo, se hubo de esperar a que terminase la segunda guerra mundial. Así pues, la causa diocesana fue iniciada el 21 de abril de 1945 y concluida en 1952. Examinados sus escritos y cumplidos otros trabajos del proceso, en 1979 se abrió en Roma el proceso apostólico. Y el 7 de noviembre de 1989 fue declarada la heroicidad de las virtudes del siervo de Dios. En el decreto firmado el 21 de diciembre se reconoce que Aníbal de Francia unio de forma eminente en su vida los rasgos de un contemplativo, por su intensa oración, y los de un hombre de acción, por sus muchísimas obras sociales y caritativas en bien de los más pobres y necesitados, dando muestras así de tanta perfeccion evangélica que merece la admiración de la Iglesia.

Finalmente, el 7 de octubre de 1990, el papa Juan Pablo II lo declaró beato en la plaza de San Pedro En su homilía dijo del Beato Aníbal:

> «El fuego de amor por el Señor y por los hombres marco toda la vida y la obra del beato Aníbal Maria di Francia [] La multitud de personas a las que todavia no ha llegado el Evangelio y el numero insuficiente de los evangelizadores fueron el tormento de su corazon de apostol y sacerdote Para tal fin fundo dos familias religiosas y promovio numerosas iniciativas para difundir entre los fieles la conciencia de la necesidad de rezar intensamente por las vocaciones»

Amó profundamente su sacerdocio, lo vivio con coherencia y exaltó su grandeza en el pueblo de Dios Repetía con frecuen-

cia que la Iglesia, para desarrollar su misión, tiene necesidad de sacerdotes «numerosos y santos», «según el corazón de Dios». Sentía que éste es un problema de importancia esencial e insistía en que la oración y la formación espiritual ocupasen el primer puesto en la preparación de los presbíteros; de lo contrario —escribía— «todos los esfuerzos de los obispos y de los rectores de los seminarios se reducen a un cultivo artificial de sacerdotes...». Para él toda vocación auténtica es fruto de la gracia y de la oración aun antes de las necesarias mediaciones culturales y organizativas. Pero a su oración por las vocaciones unió una atención concreta a las necesidades espirituales y materiales de los sacerdotes y de los seminaristas.

> «Además, dondequiera que había necesidades a las que había que hacer frente: niños sin familia, muchachas en graves peligros, monasterios de contemplativas con problemas materiales, él estuvo presente oportunamente y con amor. Fue padre y bienhechor de todos; siempre pronto a pagar personalmente, ayudado y sostenido por la gracia».
>
> «El mensaje que él nos transmitió es actual y urgente. La herencia que dejó a sus hijos e hijas espirituales es comprometedora. Que la obra que él inició pueda seguir dando frutos generosos en beneficio de toda la comunidad cristiana, y por su intercesión, que el Señor conceda a la Iglesia sacerdotes santos, según el corazón de Dios».

Y en otro discurso, el Papa, al día siguiente de la beatificación, añadía:

> «El beato Aníbal María di Francia, despreciando los ideales terrenos, sediento sólo de Dios y de su gracia, se convirtió en instrumento dócil de la misericordia divina y propagador intrépido de la infinita caridad del Señor. Las dificultades y las incomprensiones no atenuaron nunca su ascensión hacia el Absoluto; en cada tendencia egoísta y temporal prevaleció siempre la confianza en la Providencia. Por esto el Señor lo bendijo. Y vosotros, que os inspiráis en su ejemplo, no debéis dejar nunca de seguir sus huellas; así podréis anunciar también con vuestra existencia "las maravillas de Dios" (Hch 2,11)».

Canonizado por Juan Pablo II el 16 de mayo de 2004.

LUIS M. PÉREZ SUÁREZ, OSB

Bibliografía

AAS 82 (1990) 441-445, 84 (1992) 109 111
L Osservatore Romano (ed en español) (14 10 1990) 12
PELLICCIA, G ROCCA, G (dirs), *Dizionario degli Istituti di Perfezione* III *Conventua li Figlie di Santa Rita* (Roma 1976) cols 495 496, 1580 1581, VII *Pio II Rzadka* (Roma 1983) cols 1882 1886

C) BIOGRAFIAS BREVES

BEATO TEOBALDO
Seglar († 1150)

Teobaldo Roggeri nació en Vico, provincia de Asti, Italia, hacia el año 1100 en una familia acomodada. Huérfano en su adolescencia, dejó su pueblo para irse a vivir a Alba, en el Piamonte, habiendo dado todo su dinero a una pobre viuda y teniendo en adelante que ganarse la vida con su trabajo. Se colocó como zapatero y el dueño del taller lo hospedó en su casa y le ofreció luego en vano la mano de su hija, porque Teobaldo, además de cumplir exactamente sus deberes como obrero, tenía su vida dedicada a Dios y a la piedad así como a las obras de misericordia

Cuando murió el dueño del taller, hizo una peregrinación a Santiago de Compostela, y a la vuelta de la misma trabajó otra vez como zapatero y también como mozo de cuerda y dedicaba sus ganancias al socorro de los pobres Humilde, piadoso, amable, servicial, fue un ejemplo para toda la comunidad cristiana Por espíritu de pobreza y penitencia se quedaba a dormir en las gradas de la iglesia de San Lorenzo, y hacía ademas de sacristán de esta iglesia. En este género de vida persevero hasta su muerte el 1 de junio de 1150. El pueblo lo tuvo enseguida por santo y comenzo a darle culto

BEATO JUAN STOREY
Mártir († 1571)

Juan Storey o Story nace en el norte de Inglaterra hacia el año 1504, es hijo de Nicolás y Juana Estudia derecho en Ox-

ford en el Hincsay Hall, obtiene el doctorado en ambos derechos el 29 de julio de 1538. Acreditado muy pronto como buen jurista, ejerce como profesor en el propio Oxford y es también director del Broadgates Hall, a lo que renuncia para ser admitido a los *Doctor's Commons.*

Hay que decir que prestó el juramento de supremacía exigido por Enrique VIII y se adaptó, por tanto, a la situación religiosa creada por este monarca. Contrajo matrimonio y, muerto el rey, fue miembro del primer Parlamento de Eduardo VI, representando a Hindon en el Witshire. Pero ya en la segunda sesión (noviembre de 1548) se opuso abiertamente a las reformas religiosas de signo protestante que se abrían camino tanto en la doctrina como en la liturgia, y no dudó en decir públicamente el versículo del Eclesiastés (10,16) que dice que «pobre tierra la que tiene a un niño por rey». Arrestado inmediatamente, fue llevado a la Torre, donde estuvo preso desde el 21 de noviembre de 1548 hasta el 2 de marzo de 1549 en que se le puso en libertad. Entonces se marchó del país y con su familia se fue a Lovaina.

Cuando murió Eduardo VI y consiguió el trono María I, pareciendo que regresaba el catolicismo, volvió a Inglaterra en agosto de 1553. Fue nombrado canciller de las diócesis de Oxford y de Londres y decano de Arches. Como canciller del obispo Bonner, su intervención agrió aún más las de suyo severas medidas tomadas por la reina María contra los protestantes y fue procurador en el proceso contra Tomás Cranmer.

Pero María I murió muy pronto y al subir al trono Isabel I las cosas cambiaron a la dirección que tomaban bajo Eduardo VI. Como no dejó de oponerse a la repuesta *Acta de supremacía,* fue detenido y llevado a la cárcel de Fleet (20 de mayo de 1560), y poco después liberado. Nuevamente fue arrestado tres años más tarde, pero pudo escaparse y volver a Lovaina. Su necesidad económica le llevó a aceptar el puesto de inspector de libros heréticos y objetos de contrabando de las naves inglesas que atracaban en el puerto de Amberes, cargo que le fue otorgado por orden de Felipe II de España. Y estaba cumpliendo este cargo con la escrupulosidad que solía cuando el barco, según lo convenido con los espías de la reina inglesa, zarpó inme-

diatamente y lo llevó a Inglaterra. Trasladado a Londres y preso en la Torre, fue objeto de juicio en el Queen's Bench el 26 de mayo de 1571, donde se le condenó a muerte por alta traición. No le sirvió alegar que era súbdito del rey de España. Fue ahorcado y descuartizado en Tyburn el 1 de junio siguiente. El papa León XIII lo beatificó en 1886.

BEATOS ALONSO NAVARRETE, FERNANDO DE SAN JOSÉ AYALA, LEÓN TANAKA

Mártires († 1617)

El día 1 de junio de 1617 fueron degollados en Omura, Japón, los beatos Alonso Navarrete, dominico, Fernando de San José Ayala, ermitaño agustino, ambos sacerdotes, y León Tanaka, que en unas fuentes y en el nuevo Martirologio aparece como religioso jesuita, y en otras en cambio se le llama simplemente catequista compañero de los misioneros jesuitas.

ALONSO NAVARRETE nació en Logroño el 21 de septiembre de 1571. En su juventud sintió la vocación religiosa y entró en la Orden de Predicadores, en el convento de Valladolid. Terminados sus estudios con aprovechamiento y ordenado sacerdote, se ofreció para las misiones de Oriente y el año 1598 fue enviado a Manila. Una vez en Filipinas, se le destinó a Nueva Segovia donde ejerció con fruto su ministerio. Habiendo enfermado fue enviado a España y una vez restablecido, hizo propaganda del ideal misionero entre sus hermanos de hábito y volvió a Filipinas en 1611 con treinta de ellos. Pero conociendo que Japón estaba muy necesitado de misioneros, aquel mismo año obtuvo permiso para marchar a este país. Fundó una casa de niños expósitos, y una hermandad de la caridad para el socorro de los pobres, siendo muy distinguida su caridad con los necesitados. Abordó los peligros inherentes a la persecución desatada contra el cristianismo y se decidió a trasladar su residencia a la zona de Omura donde sabía que no quedaban misioneros. Obtuvo la licencia de su superior, el beato Francisco de Morales, e invitó al beato Fernando de Ayala, religioso agustino y buen amigo suyo, a que lo acompañara. Llegados a Omura, dieron a conocer su presencia a los cristianos, los cuales se alegraron sobremane-

ra de tener entre ellos a dos sacerdotes y pudieron recibir así los santos sacramentos. Ambos sacerdotes pudieron hacer una gran labor. Pero ésta no pasó inadvertida y muy pronto las autoridades pudieron dar con ellos, apresándolos y condenándolos a muerte.

El P. FERNANDO DE SAN JOSÉ AYALA era natural de Ballesteros, en el arzobispado de Toledo, donde nació el año 1575 en el seno de acomodada e hidalga familia. Dieciocho años más tarde se decidía por la vida religiosa y tomaba el santo hábito en el convento agustino de Montilla (9 de mayo de 1593). Hecha la profesión religiosa fue enviado a estudiar a Alcalá de Henares y se ordenó sacerdote. Destinado a México en 1603, se ofreció para las misiones y fue enviado a Japón con el cargo de vicario provincial. Fue un varón apostólico infatigable. Trabajó sobre todo en Oxaca, pero también en muchos otros sitios, y atrajo a numerosas almas a la fe cristiana. Cuando el P. Navarrete le propuso pasar a Omura a cuidar de los cristianos que se habían quedado sin sacerdote, no lo dudó, siendo apresado y condenado a muerte por orden de Hidetada.

LEÓN TANAKA nació en Japón en el seno de una familia ya cristiana. Se dedicó desde niño al servicio de los misioneros jesuitas como catequista y se le asignó al P. Juan Bautista Machado para que fuera su acompañante y auxiliar. Con este heroico y bienaventurado misionero trabajó cuanto pudo por el evangelio. Preso con él, hubiera podido evadirse de la prisión de la isla de Goto y de la cárcel de Cori pero no quiso dejar nunca al Padre e incluso pudo acompañarlo en su viaje a la prisión, prefiriendo ser encarcelado con él. Hubiera deseado morir con el misionero pero éste fue sacrificado sin que León le acompañara en el martirio. Quedó en la cárcel y cuando se dispuso la ejecución de los dos anteriores, fue sumado a ellos y recibió con ellos la palma del martirio. El Martirologio nuevo lo llama religioso jesuita pero incluso el P. Celestino Testore en su conocido libro *Santos y beatos de la Compañía de Jesús* no lo considera jesuita sino catequista y compañero del Beato Machado.

Los tres fueron beatificados el 7 de julio de 1867.

BEATO JUAN BAUTISTA VERNOY DE MONTJOURNAL

Presbítero y mártir († 1794)

Juan Bautista Ignacio Pedro nació el 17 de noviembre de 1736 en Moulins, de donde su padre, Juan Bautista, era presidente-tesorero. Su madre se llamaba Catalina Desbouis de Beaufort. Habiendo sentido la vocación eclesiástica, hizo los estudios, se ordenó sacerdote y el año 1763 (22 de febrero) fue investido como canónigo de la colegiata de Notre Dame de Moulins, siendo nombrado dos años más tarde el colector del trigo perteneciente al cabildo.

Llevó una vida honesta y piadosa, cumpliendo con sus obligaciones como canónigo, con fama de muy buen sacerdote y excelente director de conciencias hasta que, llegada la Revolución, su cabildo fue suprimido como lo fueron los demás. Permaneció en Moulins y cuando se le ordenó prestar el juramento de acatamiento a la constitución civil del clero, se negó firmemente alegando que era contrario a la fe católica y a su conciencia. Por ello las autoridades del departamento de l'Allier le mandaron arrestar en 1793, figurando en la lista de los que se negaban a prestar el juramento de libertad-igualdad (18 de mayo de 1793). Llevado a la cárcel alegó enfermedad para no ser deportado, pero no le sirvió. Hubo de dejar Moulins en el convoy de noviembre por las costas de la Charente inferior. En abril del año siguiente consta que estaba detenido en el barco Borée, pasando luego al llamado Les Deux Associés, donde murió de miseria y enfermedad el 1 de junio de 1794, siendo una de las primeras víctimas de Rochefort. Fue beatificado con sus compañeros mártires el 1 de octubre de 1995.

SAN JOSÉ TUC

Mártir († 1862)

Había nacido en el pueblo tonquinés de Hoang-Xa en 1842. Fervoroso cristiano, aunque era de profesión obrero del campo, mostraba mucho interés por todo lo que era aumentar su cultura.

Le acusaron de ser cristiano y lo arrestaron en su propio pueblo, de donde fue llevado a la cárcel de Hung-Yen y pasó de ahí a la de Dong-Ket. Esta cárcel fue muy dura. Apenas comía ni bebía, recibía muy mal trato y estaba, además, cargado con la canga y con grilletes y cadenas. Aquí pasó cuatro terribles meses, que no minaron su resistencia moral ni la firmeza de su fe pues se negaba constantemente a pisotear la cruz y renegar del cristianismo. Devuelto a la cárcel de Hung-Yen, mantuvo su confesión de fe, pese a que fue amenazado de muerte y no se volvió atrás teniendo en cuenta su juventud. Por fin, lo condenaron a muerte y lo degollaron el 1 de junio de 1862 con sólo veinte años. Fue canonizado el 19 de junio de 1988.

2 de junio

A) MARTIROLOGIO

1. Los santos Marcelino, presbítero, y Pedro, exorcista († ca.304), mártires en Roma **.
2. En Lyón (Galia), los santos Potino, obispo, Blandina y cuarenta y seis compañeros: Zacarías, presbítero, Vecio Epagato, Macario, Asclibíades, Silvio, Primo, Ulpio, Vital, Commino, Octubre, Filomeno, Gemino, Julia, Albina, Grata, Emilia, Potamia, Pompeya, Rodana, Biblis, Cuarcia, Materna, Helpis, Santos, diácono, Maturo, neófito, Atalo, natural de Pérgamo, Alejandro, natural de Frigia, Póntico, Isto, Aristeo, Cornelio, Zósimo, Tito, Julio, Zótico, Apolonio, Geminiano, otra Julia, Ausona, otra Emilia, Jamnica, otra Pompeya, Domna, Justa, Trófima y Antonia († 177), mártires **.
3. En Formio (Campania), San Erasmo († 301), obispo y mártir.
4. En Roma, San Eugenio I († 657), papa *.
5. Junto al Bósforo en Propóntide, San Nicéforo († 829), obispo de Constantinopla, defensor de las sagradas imágenes *.
6. En Acqui (Piamonte), San Guido († 1070), obispo.
7. En Train (Apulia), San Nicolás († 1094), peregrino.
8. En Sandomir (Polonia), beatos Sadoc, presbítero, y compañeros de la Orden de Predicadores († 1260), martirizados por los tártaros *.
9. En Au Thi (Tonkín), Santo Domingo Ninh († 1862), mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SANTOS PEDRO Y MARCELINO

Mártires († ca.304)

Sus nombres los oíamos repetidos en el antiguo canon romano de la misa antes de la última reforma del misal. Los sacerdotes al rezar el oficio de su día, 2 de junio, encontraban unas líneas de introducción donde se sintetizaban los momentos fundamentales de su vida. Su popularidad ahora no ha decaído. Es el justo tributo a la celebridad de que vienen gozando estos dos santos que derramaron su sangre por Cristo a finales del siglo III o principios del siglo IV. A su sepulcro todavía acuden los devotos repitiendo la famosa invocación: «Marcelino y Pedro, poderosos protectores, escuchad nuestros clamores».

Marcelino era un sacerdote que gozaba de muy bien ganado prestigio en Roma. Le servía de ayuda Pedro, exorcista, que ejercía con gran poder su oficio sobre los demonios y sus enfermedades, algo que irritaba a los gentiles, hasta el punto de levantarse contra él.

Denunciado ante el juez vicario Sereno, el exorcista fue acusado de ser el mayor enemigo de los dioses romanos. Llevado a prisión, soportó los azotes y tormentos con tal entereza que entre cantos y oraciones daba gracias al Señor porque le permitía sufrir por él. Incluso le sirvió de estímulo para seguir su obra evangelizadora sin perder un ápice de su ilusión de predicador.

Su actitud llamó la atención de su propio carcelero Artemio, que vio en él un hombre especial, conectado con lo divino, hasta el punto de pedirle que sanara a su hija poseída de los demonios. El milagro una vez más se hizo tan patente que Artemio, abrumado por la evidencia, se convirtió al cristianismo, en unión de su mujer Cándida, su hija Paulina y numerosos familiares y amigos.

Pedro, ante la magnitud de las conversiones, comunicó la noticia a Marcelino, su presbítero, quien asumió la responsabilidad de adoctrinar a los convertidos en los misterios de la religión cristiana, acudiendo para ello con frecuencia a la prisión.

El éxito fue de tal magnitud que muy pronto recibieron el bautismo no sólo Artemio y los suyos sino incluso otros muchos de los encarcelados.

Sereno, el vicario, enterado de los hechos mandó llamar a Pedro y Marcelino como responsables de lo que estaba ocurriendo. Se trataba de aplicar el decreto de Diocleciano, que por un edicto fechado en abril del año 303 mandaba encarcelar a todos los dirigentes del cristianismo, con el fin de dejarlo totalmente acéfalo. Ahí se incluían no sólo a los obispos sino también a presbíteros y exorcistas.

Pedro y Marcelino fueron llevados a su presencia, y ante sus mismos ojos, mandó despedazar con azotes las carnes inocentes del pobre Artemio. Furioso, mientras presenciaba tan sanguinario espectáculo, gritó encolerizado:

> «Si ahora mismo no ofrecéis incienso a nuestros dioses, vosotros también seréis tratados de la misma manera».

Marcelino contestó con convencido aplomo:

> «No lo haremos jamás. Nosotros no conocemos más que un solo Dios verdadero, al que amamos y servimos».

Irritado Sereno por la segura contestación, mandó apalear sin piedad a Marcelino. Cuando lo miró molido, destrozado, ordenó que lo llevaran al calabozo y que allí lo dejasen tirado en el suelo entre cascotes de vidrio, sin agua ni alimento alguno.

A Pedro, temeroso de su popularidad, lo trasladó a otra prisión distinta, cargado de cadenas y grilletes para evitar cualquier huida o rescate.

Al llegar la media noche un ángel bajó a la prisión donde se hallaba Marcelino, sanó sus heridas, hizo pedazos sus cadenas, le mandó que tomase sus vestidos y lo instó para que lo acompañara a la prisión de Pedro, para repetir parecidos hechos.

Sanos y salvos, ambos se encaminaron a la casa donde estaban refugiados los cristianos bautizados por Marcelino para confirmarlos en la fe y prepararlos al que se presumía próximo martirio. No tardó en llegar. Enterado Sereno de los hechos, descargó toda la responsabilidad en Artemio, ya antes cruelmente azotado, y mandó que él con su familia fueran llevados al templo de Júpiter para que ofrecieran sacrificios. Ante la tajante

negativa de todos, dio órdenes para que fueran enterrados vivos y sus sepulturas se cubrieran con piedras con el propósito de sumirlos en el olvido.

Mientras eran conducidos al martirio, inspirados por el Señor, Pedro y Marcelino les habían salido al encuentro y delante de ellos caminaron alentándoles al martirio.

Sereno mandó detenerlos también y ordenó prenderlos nuevamente con la intención de que fueran degollados junto a ellos. Pero, temeroso de la popularidad de las víctimas o de que se repitiera otra vez alguno de los hechos milagrosos y consciente de la fama de los condenados, quiso evitar todo tipo de protestas y mandó que la sentencia se ejecutase fuera de Roma, eligiendo el llamado Bosque Negro, que luego cambiaría su nombre por el de Bosque Blanco en honor a los santos. Allí, entre zarzas y malezas, debieron excavar sus propias sepulturas.

Sus cuerpos fueron arrojados a las profundidades de una sima hedionda para que fueran olvidados hasta sus nombres. Pero el plan de Dios era muy otro. Los propios mártires se aparecieron a una mujer llamada Lucina, quien recogió los cuerpos y les dio piadosa sepultura. Algunos cronistas afirman que el propio verdugo, admirado de tan ejemplar muerte, se convirtió al cristianismo y fue él mismo quien declaró el lugar de los enterramientos. Los cuerpos fueron trasladados muy pronto al cementerio llamado «Ad duas lauros», en la cuarta milla de la Via Labicana.

Sucedía todo esto hacia el año 304 de nuestra era.

No cabe duda de que en el relato que hemos trazado, van mezcladas la historia y la leyenda. Encontramos rasgos comunes con las historias legendarias de otros santos. Pero conviene recordar que las mismas leyendas, en lo profano y en lo religioso, son formas elegidas por el pueblo para magnificar y soñar con sus santos y sus héroes. Pedro y Marcelino forman parte de esa galaxia mística y misteriosa donde brillan las estrellas seleccionadas por Dios para ser veneradas por su pueblo. Y ese pueblo es el que los sublima hasta los altares.

El cementerio de ambos santos, en la misma Via Labicana, hoy Casilina, se hizo famoso en extremo. Dentro de él la familia del emperador Constantino levantó una amplia basílica en ho-

nor de los mártires, justo al lado de la basílica donde más tarde reposaron inicialmente los restos de la emperatriz Santa Elena, su madre.

Antes de ser destruida por los godos esta basílica de Roma era una de las más llamativas por la riqueza y abundancia de pinturas bíblicas, representaciones de santos y escenas alegóricas. Tenía una cripta amplia y lujosa, también decorada con llamativas pinturas donde se celebraba el triunfo definitivo de Pedro y Marcelino en el reino celestial. El papa Vigilio la restauró entre los años 537-555. Él mismo introdujo sus nombres en el canon romano de la misa, fijando el 2 de junio como celebración de su glorioso martirio.

Los visitantes podían leer la famosa inscripción mandada grabar por el papa San Dámaso y que incluía el testimonio de su admiración personal:

> «Marcelino, Pedro, recibid la memoria de vuestro triunfo. Siendo yo niño, el verdugo me refirió a mí, Dámaso, que el furioso perseguidor había ordenado que os cortaran la cabeza en medio de los zarzales, a fin de que nadie pudiera conocer dónde se hallaban vuestros cuerpos.
>
> Vosotros, triunfantes, con vuestras propias manos os preparasteis esta sepultura. Después de haber descansado por breve tiempo en esta Selva Blanca revelasteis a Lucina que queríais descansar aquí».

San Dámaso fue papa desde 366 a 384. Muy cercano a los años del martirio, recoge los extremos más importantes que en su tiempo circulaban sobre tan celebrados santos.

La certificación histórica de los hechos recibió nueva ratificación cuando el arqueólogo Stevenson excavó la cripta el año 1887.

JOSÉ SENDÍN BLÁZQUEZ

Bibliografía

LLORCA, B., SI - GARCÍA VILLOSLADA, R., SI, *Historia de la Iglesia católica.* I: *Edad Antigua* (Madrid 1976) 132s.
Libro de las Horas, II, p.1261.

SANTOS MÁRTIRES DE LYÓN

(Potino, Blandina, Zacarías, Vecio Epagato, Macario, Asclibíades, Silvio, Primo, Ulpio, Vital, Commino, Octubre, Filomeno, Gemino, Julia, Albina, Grata, Emilia, Potamia, Pompeya, Rodana, Biblis, Cuarcia, Materna, Helpis, Santos, Maturo, Atalo, Alejandro, Póntico, Isto, Aristeo, Cornelio, Zósimo, Tito, Julio, Zótico, Apolonio, Geminiano, otra Julia, Ausona, otra Emilia, Jamnica, otra Pompeya, Domna, Justa, Trófima, Antonia)

(† 177)

Corría el año 177 de nuestra era; y con él, a su postrimería, corrían los días de Marco Aurelio, emperador meditabundo. La inminencia de la celebridad anual que en Lyón, ciudad cabecera de la Galia, situada en la confluencia del Saona y del Ródano, se solemnizaba todos los años en las calendas del mes sextil (agosto), reunía en derredor del altar de Roma y de Augusto a los legados de las tres Galias. En esta famosa conmemoración, las jóvenes y aguerridas cristiandades de Lyón y de Viena del Delfinado sostuvieron una serie de luchas cruentísimas y triunfales. Lavaron sus estolas en la sangre del Cordero y volaron a los brazos de Cristo con alas plateadas de paloma. De los episodios de estas luchas nos queda una relación auténtica pormenorizada, salvada por Eusebio en el libro V de su *Historia eclesiástica,* que yo —*spatiis exclusus iniquis*— me veo forzado a resumir.

Los siervos de Cristo que habitan Viena y Lyón, en la Galia, a sus hermanos del Asia y de la Frigia, que profesan la misma fe e idénticas esperanzas en la redención que nosotros, paz, gracia y gloria de parte de Dios Padre y de Cristo Jesús, Nuestro Señor.

[...] No tenemos palabras con que expresar en este mensaje la intensidad de la opresión y la saña de los gentiles contra los santos y los tormentos que los bienaventurados mártires soportaron. El Fuerte Armado descargó en nosotros toda la furia y el poder de su brazo. Se nos echó de nuestras casas, se nos privaron los baños, el foro y hasta la pública convivencia. Con todo, la gracia de Dios combatió contra ellos; alejó a los débiles; pero quedaron enhiestos y firmes los sólidos pilares de la fe, que demostraron que las tribulaciones temporales no merecen consideración ante la perspectiva de la gloria que en nosotros será re-

velada. La plebe frenética les infligió toda suerte de sevicias: escarnios, golpes, lapidaciones y cárcel indistinta; mientras no llegaba el gobernador...

Fueron interrogados por este orden:

Vetio Epagato, el más conspicuo de nuestros hermanos. Había llegado a la plenitud del amor de Dios y del prójimo, y hervía de Espíritu Santo. Varón representativo en nuestra comunidad, no se avino al expeditivo procedimiento y reclamó que se le oyera; la plebe aulló; el presidente se limitó a la pregunta escueta: «¿Eres cristiano?». Su respuesta fue afirmativa y tajante: «Soy cristiano». La pequeña grey fiel le calificó de paráclito de la cristiandad lionesa.

[...] En las detenciones en masa de fieles de ambas iglesias, que de día en día y con ritmo creciente íbanse haciendo, como la cizaña en el trigo, anduvieron mezclados con los santos algunos paganos que estaban al servicio de los nuestros; los cuales, caídos en la paranza de Satán, declararon que nosotros hacíamos cenas como las de Tiestes e incestos como los de Edipo. Entonces pareció tener realidad la palabra evangélica: *Día vendrá cuando el que os diere muerte creerá haber rendido culto a Dios.*

[...] Llegó el segundo interrogatorio de mártires, iniciado por Vetio Epagato. Abriólo el diácono de Viena (del Delfinado), Santo de nombre y de vida; siguió el de Maturo, simple neófito pero invencible púgil; continuó Atalo, originario de Pérgamo, columna y sostén de la cristiandad lionesa, y Blandina finalmente. En ella Cristo hizo gallardísimo alarde de que lo que es ruin y rahez, sin atractivo físico, desdeñable a los ojos de los hombres, se juzgó digno de gloria muy grande ante el acatamiento de Dios. Todos nosotros recelábamos, y hasta su propia ama según la carne, que estaba con nosotros, mártires designados, que Blandina no pudiera dar testimonio de su fe, tanta era la flaqueza de su cuerpo. Para acabar con ella los verdugos se relevaban; a cada momento parecía que iba a quebrarse el tenue hilo de su vida; mas en la confesión se rejuvenecía y para ella constituía una insuflación de nueva vida decir: *Soy cristiana; y nosotros no hacemos ningún mal.* Y en diciéndolo parecía embellecerse.

Santo, de Viena, se mantuvo firme como un risco marino en medio del oleaje, combatido de sal asidua. No se dignó decir su

nombre, ni el de su nación, ni el de su ciudad, ni su condición de esclavo o libre, ni su grado eclesiástico. A todas las preguntas capciosas contestaba en latín paladino: *Soy cristiano.* A las más delicadas partes de su cuerpo aplicáronsele láminas de bronce al rojo. Santo perseveró inconmovible en su silencio y en su confesión. La fuente de agua paradisíaca que brotó del costado de Cristo le comunicaba refrigerio y reciedumbre. También la tortura para él era fuente de juventud.

[...] En gran ansiedad y congoja teníamos el caso de Biblis, dama conspicua de nuestra cristiandad, que en el primer asalto de terror había renegado. Creídos estábamos que Satanás la había ya engullido; mas el asalto segundo la despertó de su ceguera y de su momentánea embriaguez. Aquel dolor pasajero hízola pensar en la gehena de fuego; y con vehemencia echó en rostro a los calumniadores: «¿Cómo podéis pensar que esta gente coma carne de niños si les está mandado abstenerse de sangre de animales?». Biblis abjuró de su abjuración y se sumó al grupo de los mártires.

[...] Satanás inspiró a los verdugos una nueva suerte de martirio exangüe: el encierro colectivo y promiscuo en noche perpetua de una zahurda más que plutónica, con ambos pies en un cepo, separados el uno del otro *hasta el quinto agujero.* En número muy grande, anónimamente, murieron de asfixia en aquellas tinieblas palpables, irrespirables; y sus almas volaron en canoros bandos, como alondras, al aire vivo del amanecer, allá, hacia la esfera que huye más del suelo...

[...] El bienaventurado Potino, a quien el Espíritu confiara el episcopado de Lyón, había ya colmado la rotación de nueve decenios. Era como un ángel que hubiese envejecido. Apenas respirar podía. Fue sacado de las tinieblas y arrastrado por la venerable melena al tribunal. El gobernador le preguntó cuál era el Dios de los cristianos. Respondió: *Si tú lo merecieras le conocerías.* Atado de manos y pies, por que no huyese, saturado de oprobios se le volvió a sepultar en la carceral negrura y en el aire irrespirable. Dos días después, silenciosamente como un ave cautiva, dio suelta a su acérrimo espíritu aleluyante.

En la tartárea confusión de la mazmorra, en desconcertante promiscuidad, andaban mezclados los creyentes y los renega-

dos a quienes la apostasía de nada les valiera. En este comedio iba a producirse una poderosa intervención de Dios y una inconmensurable misericordia de Jesús. Quienes tras el primer arresto habían renegado de su fe compartían los sufrimientos con los que la habían confesado. Aquéllos permanecían detenidos por sospecha de las cenas de Tiestes y de los incestos de Edipo, y su castigo había de ser más fiero que el de los cristianos partícipes de sus cadenas. Roíales trágicamente la conciencia de su cobardía, al paso que los cristianos exultaban por la proximidad de su liberación y por beber el cáliz inebriante del martirio.

[...] Maturo, Santo, Atalo y Blandina fueron excarcelados; vencedores de la sevicia de los hombres, iban a encararse con la voracidad de las fieras. Éste era el postrer y sensacional programa de los festivales olímpicos con que las tres Galias solemnizaban las calendas de agosto, en derredor del altar de *Dea Roma* y de Augusto, en el cerco del anfiteatro.

A Maturo y Santo sólo les faltaba la postrera fase del combate para merecer la corona incorruptible: sufrieron azotes, zarpazos y dentelladas de bestias, todos los crudelísimos antojos de una multitud delirante. Ambos se ofrecieron en espectáculo al mundo, a los ángeles y a los hombres. De Santo no se oyeron más palabras que las de su confesión: *Soy cristiano.* Maturo soportó toda la variedad de luchas que se veían en los gladiadores profesionales.

Quedaba Atalo como olvidado. El populacho, que harto bien le conocía, le reclamó a gritos. Se le hizo dar la vuelta al ruedo, con un letrero infamante: *¡Atalo, cristiano!* Enteróse el gobernador de su condición de ciudadano de Roma. Tuvo escrúpulos el melindroso gobernador; determinó que se le devolviera al báratro infernal del que se creía ya redimido, mientras consultaba con el emperador qué debía hacerse con ese delincuente honrado. Esta obligada demora no fue ni inútil ni estéril. En este lapso de tiempo la inconmensurable misericordia de Cristo tuvo una espléndida manifestación en la misma cárcel. Los vivos vivificaron a los muertos. Allí estuvo el dedo de Dios. Esta mudanza ocasionó un júbilo inenarrable de nuestra Madre Virginal. El milagro fue que quienes anteriormente renegaron de

Cristo quisieron de nuevo medirse con el perseguidor; se reanimaron a nueva vida. Dios, que no quiere la muerte del pecador, sino que se enmiende y viva, les tornó sabroso y fácil el regreso a la casa del Padre de familia.

En el ínterin llegó la orden del César: Decapitación para Atalo, ciudadano romano; para los restantes, la voracidad de las fieras. Cristo fue magníficamente glorificado por quienes le negaron; y su Iglesia les incorporó en el ejército de mártires que visten túnicas blancas. Mientras duró el interrogatorio individual, Alejandro, de nación frigio y médico de profesión, avecindado de muchos años en la Galia lionesa, conocido y amado de todos por su amor a Dios, por su libertad de palabra, copiosamente dotado del carisma apostólico, de pie cerca del tribunal, exhortaba con señas a los interrogados que proclamasen su fe. Se le culpó de haber sido él quien promovió aquella retractación colectiva. Se le preguntó que quién era, respondió: *Cristiano.* Fue condenado a las bestias.

Dios, que eligió lo más flaco de este mundo para confusión de lo más fuerte, había reservado para la lucha final a dos seres entecos. Blandina fue sacada al anfiteatro, llevando de la mano a Póntico, mozuelo en su primer bozo, de quince años escasos. Con refinadísima perversidad, todos los días se les había sacado por que viesen los suplicios de sus hermanos en la fe. La plebe, ebria y sedienta de sangre, no se apiadó de la niñez del muchacho venerando ni respetó el augusto carácter de la mujer. Ambos recorrieron todo el ciclo de los tormentos. A Póntico infundíale bríos la muchacha. Póntico le precedió en la muerte y en la liberación. *Libróse, como gamo, del cazador; como pájaro, del lazo del parancero.*

Quedaba Blandina, la última de todos, madre virgen y feliz de haber enviado al Rey de los siglos, inmortal e invisible, a muchos hijos victoriosos. Sobreabundaba de gozo como partícipe en un festín nupcial. Recorrió toda la cadena de los tormentos ya conocidos y superados. Se la brindó, por fin, a un toro furioso, que, como arista leve, la proyectaba hacia arriba, como en un ansia de vuelo y de cielo... Fue inmolada por fin.

Los cadáveres de los mártires de Lyón, durante seis días, quedaron insepultos, en la gran inverecundia de la muerte, bajo

las miradas de Dios y el estupor de los cielos. Incinerados al fin, llevó solemnemente al mar sus pavesas leves el Ródano sonoroso y raudo, *fluviorum rex,* majestuoso rey de los ríos de Francia.

LORENZO RIBER

Bibliografía

CHAGNY, A., *Les martyrs de Lyon de 177* (París 1936).

EUSEBIO, *Historia eclesiástica,* l.5 c.1: PG 5,1409s. Cf. *Historia eclesiástica.* Ed. bilingüe preparada por A. VELASCO-DELGADO (Madrid 2002) 266-284.

GRIFFE, E., *La Gaule chrétienne à l'époque romaine.* I: *Des origines chrétiennes à la fin du IV^e siècle* (París 1947).

JULLIAN, C., *Histoire de la Gaule* (París 1914-1920) t.IV, p.436s; t.VI, p.515s.

«Lyon», en F. CABROL - H. LECLERCQ (dirs.), *Dictionnaire d'archéologie chrétienne et de liturgie.* X/1: *Lyon-Manosque* (París) cols.72s; 399s.

«Martirio de San Potino y los otros mártires de Lyón, bajo Marco Aurelio», en D. RUIZ BUENO, *Actas de los mártires* (Madrid ^5^2003) 317-348.

TILLEMONT, L. S. DE, *Mémoires pour servir à l'histoire ecclésiastique des six premiers siècles...,* III (Venecia) 1s.

QUENTIN, H., art. en *Analecta Bollandiana* 39 (1921) 113s.

• Actualización:

Les martyrs de Lyon (177). Colloques internationaux du Centre National de la Recherche Scientifique, Lyon, 20-23 septembre 1977 (París 1978).

TROUBNIKOFF, A., *Les martyrs de Lyon et leur temps* (París 1986).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN EUGENIO I

Papa († 657)

El papado de Eugenio I hay que encuadrarlo en las difíciles circunstancias por que pasó la sede romana ante las violencias y abusos de la corte bizantina. La santa libertad con que había procedido el papa San Martín I haciéndose consagrar sin esperar el placet imperial y condenando abiertamente el monotelismo, irritó de tal forma al emperador Constante I que dio orden al exarca Teodoro Caliope de que detuviera al pontífice romano, lo que hizo con toda violencia en la noche del 19 de junio de 653. El papa detenido fue llevado a Constantinopla, procesado, privado del palio y exiliado en el Quersoneso, Crimea, donde murió el 16 de septiembre de 655.

Pero ya antes de que el Papa muriera, el clero romano, que tan adicto se había mostrado con Martín en el sínodo que condenó el monotelismo, cedió a las presiones imperiales y se permitió elegir un sucesor, como si la sede romana estuviera vacante. Reunido, pues, en agosto del 654, eligió a Eugenio como obispo de Roma y se tuvo la consagración episcopal el día 10 del mismo mes.

Con independencia de la legalidad de la elección, para la que el propio desterrado Martín se mostró comprensivo, es claro que el elegido era una persona dignísima, sobre cuya rectitud moral y dotes religiosas no cabía duda. Eugenio era romano, hijo del también romano Rufiniano, y había servido con lealtad y honestidad a la Iglesia en las filas del clero romano.

No mostró servilismo alguno respecto a la corte bizantina y a su posición doctrinal. El patriarca Pedro, sucesor de Pirro y monoteleta como él, le envió una carta en 656 comunicando su elección y conteniendo una ambigua profesión de fe en la debatida cuestión de las dos voluntades y energías de Cristo. Leída la carta en Roma en la reunión tenida en Santa María ad Praesepe, tanto el Papa como el pueblo y el clero rechazaron la epístola y así se lo comunicaron a Pedro, lo que no pudo menos que irritar a la corte imperial. Muy probablemente hubiera corrido la misma suerte que Martín, pero la muerte le sobrevino el 2 de junio de 657, dejando una estela clara de santidad.

SAN NICÉFORO DE CONSTANTINOPLA

Patriarca († 829)

Nicéforo nació en Constantinopla hacia el año 758, hijo de Teodoro y Eudoxia, padres nobles y religiosos. El padre era tesorero imperial y, llegada la ola de iconoclastia, se negó a abjurar de las sagradas imágenes, lo que le valió ser azotado y exiliado al Ponto. Llevado otra vez a la capital, repitió su adhesión a las sagradas imágenes, lo que le valió ser de nuevo torturado y relegado a Nicea de Bitinia donde murió al cabo de seis años. Por ello la educación de Nicéforo hubo de correr a cargo de su madre, persona muy religiosa también que terminaría sus días en un convento.

Llegado a la juventud obtuvo el cargo de secretario imperial, en el que tuvo como jefe al futuro San Tarasio, por entonces seglar. En calidad de tal secretario tomó parte en el Concilio II de Nicea, y compuso poco después un poema contra la iconoclastia. Pero la vida secular no llenaba su corazón y entonces se decidió por la vida eremítica y fundó un monasterio, en el que, sin embargo, no tomó formalmente el hábito monástico. Hubo de dejar su amada soledad cuando la corte lo llamó, bajo propuesta del ya patriarca San Tarasio, a que se encargara de la dirección del asilo de los pobres *(ptocotrofo).*

Muerto San Tarasio (18 de febrero de 806) y pese a que Nicéforo no era sino un seglar, fue elegido por el emperador para suceder al difunto en la sede bizantina, obteniendo la elección imperial la aquiescencia del clero. El elegido, en cambio, puso objeciones que no valieron. Tomó el hábito monástico el 5 de abril, siendo seguidamente ordenado de las diferentes órdenes hasta que el día de Pascua de 806 (12 de abril) recibió la consagración episcopal. Como la corte bizantina no aceptaba la coronación de Carlomagno efectuada el año 800 por el papa León III, Nicéforo no pudo enviar su carta entronística y profesión de fe al Papa hasta el 811, cuando el emperador Nicéforo I murió.

Preocupado por la disciplina eclesiástica y la ortodoxia, Nicéforo tuvo problemas con los monjes estuditas y con grupos poco ortodoxos. El futuro León V el Armenio antes de llegar al trono imperial le aseguró su propia ortodoxia, y Nicéforo le hizo prometer por escrito que no introduciría novedades religiosas, y con esta tranquilidad pasó a coronarlo. Pero en diciembre de 814 el emperador instaba al patriarca a retirar del culto las sagradas imágenes, a lo que el patriarca contestó organizando una celebración en honor de las mismas y convocando una nutrida reunión de obispos y monjes que juraron dar la vida en defensa de las sagradas imágenes y anatematizaron al iconoclasta obispo Antonio de Silea. Nicéforo escribió cartas en defensa de la ortodoxia y avisando que renunciaría a la sede antes que apartarse de ella. Pero las cosas siguieron adelante: un grupo de obispos se atrevieron a citarlo ante ellos constituidos en tribunal, a lo cual respondió Nicéforo deponiéndolos, y el empera-

dor, quitada del todo la venda, le invitó a dejar el patriarcado. Cayó enfermo, hubo un tumulto popular en su favor, y se dio la orden de detenerlo, pero Nicéforo, por amor a la paz, presentó su dimisión del patriarcado. La noche del 12 al 13 de marzo de 815 fue llevado a Millo, donde habría podido ser asesinado, pero finalmente se le internó en un convento y se le llevó luego a una isla de la Propóntide. Muerto León V, se procuró que el nuevo emperador Miguel II repusiera a Nicéforo en el trono patriarcal pero Nicéforo no se avino a componendas doctrinales. Era en su destierro el santo y seña del movimiento de defensa de las sagradas imágenes. Murió el 2 de junio de 829.

BEATO SADOC Y COMPAÑEROS

Mártires († 1260)

Quiere una consolidada tradición que cuando los tártaros asediaron y conquistaron la ciudad polaca de Sandomir o Sandomierz, junto al Vístula, fue masacrada por ellos toda la comunidad de frailes dominicos del convento de Santiago, compuesta por el prior, fray Sadoc, y cuarenta y nueve religiosos, de los que solamente se salvó uno que pudo ser así testigo del martirio de sus compañeros. Este asalto se sitúa en sus incursiones de los años 1259-1260, aunque algunos autores han propuesto otras fechas (como 1241, 1250, etc.).

Se cuenta que el día anterior al asalto de la ciudad, cuando ya era evidente que la misma no podría resistir, el fraile que recitaba en el coro el *Martirologio* del día siguiente añadió: «En Sandomir cuarenta y nueve mártires». El prior lo tomó como un aviso del cielo y exhortó a la comunidad a prepararse al martirio. En efecto, en vez de dormir, todos pasaron la noche en oración, disponiendo sus almas al supremo sacrificio si ésa era la dignación de Dios, y cuando llegó la hora del asalto y los bárbaros se hicieron presentes en el convento hallaron a la comunidad reunida y cantando la *Salve Regina.* Entonces atacaron a los frailes, que cayeron todos, uno tras otro, bajo las espadas inmisericordes de los asaltantes.

La tradición presenta a Sadoc como el prior de aquella comunidad y se dice que muy joven se hizo discípulo del propio

Santo Domingo, y que asistió al capítulo general de Bolonia de 1221, recibiendo el encargo de ir con los frailes que, enviados por Santo Domingo, se disponían a fundar conventos en Hungría, Polonia y más allá si pudieran llegar. De Hungría pasó luego a Polonia y estaba de prior en el convento de Santiago de Sandomir. Unas fuentes lo llaman húngaro y otras lo tienen por polaco.

La Orden de Predicadores, que venía venerando como mártires a estos religiosos, solicitó la confirmación del culto que les era dado y luego de presentar los documentos históricos oportunos logró del papa Pío VII que el 18 de octubre de 1807 fuera confirmado su culto. En el *Index* de la Sagrada Congregación de las Causas de los Santos se dice expresamente que eran «XLVIII los compañeros mártires», pero luego en el *Apéndice* no da sus nombres, como es lo regular. Éstos, en cambio, vienen en la *Bibliotheca sanctorum* (t.XI col.564) y son éstos: Pablo, vicario; Malaquías, predicador; Andrés, limosnero; Pedro, guardián del huerto; Abel, síndico, Simon, penitenciario; Santiago, maestro de novicios, Clemente, Bernabé, Elías, Bartolomé, Lucas, Mateo, Juan, Felipe; los diáconos Tadeo, Moisés, Abraham y Basilio; los clérigos David, Aarón, Benito, Onofre, Domingo, Miguel, Matías, Mauro y Timoteo, los estudiantes profesos: Gordiano, Feliciano, Marcos, Juan, Gervasio, Cristóbal, Donato, Medardo y Valentín, los novicios Daniel, Tobías, Macario, Rafael e Isaías; y los hermanos conversos Cirilo, sastre, Jeremías, zapatero, y Tomás, organista.

Del canto de la *Salve* por estos mártires a la hora de su martirio parece que viene la costumbre dominicana de cantar la *Salve* a la hora de la muerte de los religiosos.

SANTO DOMINGO NINH

Mártir († 1862)

Domingo Ninh fue un joven vietnamita que dio un alto testimonio de fortaleza moral en la profesión y confesión de la fe cristiana, por la que dio la vida. Había nacido en Trung-Linh el año 1842. Se dedicaba a la agricultura, y siendo un adolescente fue literalmente arrastrado por su padre a contraer matrimonio

con una joven a la que él no amaba. Por ello reaccionó negándose a consumar el matrimonio y a tener por válida aquella unión. Aficionado a la lectura, procuraba su formación humana y religiosa.

Acusado de ser un cristiano fervoroso fue arrestado y conducido delante del tribunal. El joven confesó su fe sin ambages y no sirvieron amenazas ni promesas para llevarlo a pisotear la cruz y renegar de Cristo. Fue torturado y maltratado y metido en una dura prisión donde hubo de padecer muchísimo, sin que las miserias de su detención debilitasen su fuerte ánimo. Por fin fue condenado a muerte y decapitado en An-Triem el 2 de junio de 1862. Fue canonizado el 19 de junio de 1988.

3 de junio

A) MARTIROLOGIO

1. En Namugongo (Uganda), la memoria de San Carlos Lwanga y doce compañeros († 1886): Mbaya Tuzinde, Bruno Seronuma, Santiago Buzabaliao, Kizito, Ambrosio Kibuka, Mgagga, Gyavira, Aquiles Kiwanuka, Adolfo Ludigo Mkasa, Mukasa Kiriwanvu, Anatolio Kiriggwajjo y Lucas Banabakintu, mártires **.
2. En Cartago, San Cecilio († s. III), presbítero, que convirtio a San Cipriano.
3. En Carcasona (Galia Narbonense), San Hilario († s. VI), obispo.
4. En Tours (Galia Lugdunense), Santa Clotilde († 545), reina *.
5. En Meung-sur-Loire, en el territorio de Orleáns, San Lifardo († s. VI), presbítero y solitario
6. En Anagni (Campania), Santa Oliva († s. VI-VII), virgen.
7. En Glendalough (Irlanda), San Coemgeno o Kevin († 618), abad *.
8. En Auvergne (Aquitania), San Ginés († ca.650), obispo de Clermont.
9. En Córdoba (Andalucía), San Isaac († 851), monje y mártir *.
10. En Luca (Toscana), San Davino († 1051), peregrino.
11. En Altkirch (Alsacia), San Morando († 1113), presbítero y monje *.
12. En Spello (Umbría), Beato Andrés Caccioli († 1254), presbítero, religioso franciscano *.

13. En el monasterio de Santa María de Cadossa (Lucania), San Cono († 1118), monje.

14. En York (Inglaterra), Beato Francisco Ingleby († 1586), presbítero y mártir bajo el reinado de Isabel I *.

15. En Jerez de la Frontera (Andalucía), San Juan Grande († 1600), religioso de la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios **.

16. En Rochefort (Francia), Beato Carlos Renato Collas du Bignon († 1794), presbítero, de la Sociedad de San Sulpicio y mártir *

17 En Au Thi (Tonkín), San Pedro Dong († 1862), mártir *

18. En Bellegra, junto a Roma, Beato Diego José Oddi († 1919), religioso franciscano *.

19. En Roma, Beato Juan XXIII († 1963), papa, que convocó el Concilio Vaticano II **.

B) Biografías extensas

SANTOS MÁRTIRES DE UGANDA

(Carlos Lwanga, Mbaya Tuzinde, Bruno Seronuma, Santiago Buzabaliao, Kizito, Ambrosio Kibuka, Mgagga, Gyavira, Aquiles Kiwanuka, Adolfo Ludigo Mkasa, Mukasa Kiriwanvu, Anatolio Kiriggwajjo, Lucas Banabakintu)

(† 1886)

«Quién fue el que primero introdujo en África la fe cristiana se disputa aún, pero consta que ya antes de la misma edad apostólica floreció allí la religión, y Tertuliano nos describe de tal manera la vida pura que los cristianos africanos llevaban, que conmueve el ánimo de sus lectores. Y en verdad que aquella región a ninguna parecía ceder en varones ilustres y en abundancia de mártires Entre éstos agrada conmemorar los mártires escilitanos, que en Cartago, siendo procónsul Publio Vigelio Saturnino, derramaron su sangre por Cristo· de las preguntas escritas para el juicio, que hoy felizmente se conservan, se deduce con qué constancia, con qué generosa sencillez de ánimo respondieron al procónsul y profesaron su fe. Justo es también recordar los Potamios, Perpetuas, Felicidades, Cipnanos y "muchos hermanos mártires" que las Actas enumeran de manera general, aparte de los mártires aticenses, conocidos tambien con el nombre de "masas candidas", o porque fueron quemados con cal viva, como narra Aurelio Prudencio en su himno XIII, o por el fulgor de su causa, como parece opinar Agustín Pero poco después, primero los herejes, despues los vándalos, por último los mahometanos, de tal manera devastaron y asolaron el África cristiana que la que tantos ínclitos héroes ofreciera a Cristo, la que se gloriaba de más de trescientas sedes

> episcopales y había congregado tantos concilios para defender la fe y la disciplina, ella, perdido el sentido cristiano, se viera privada gradualmente de casi toda su humanidad y volviera a la barbarie».

Así comienza Benedicto XV las letras apostólicas de beatificación de los siervos de Dios Carlos Lwanga, Matías Murumba y sus compañeros, más conocidos con el nombre de los Mártires de Uganda.

En efecto, ya hacia fines del siglo XIX, cuando las glorias del África cristiana habían pasado a una remota perspectiva histórica, mientras los exploradores iban penetrando en los misterios del continente negro, los misioneros emulaban, y en no pocas ocasiones superaban, sus trabajos y sus esfuerzos. Entre ellos destacaba un insigne hijo de Bayona, el cardenal Lavigerie, a quien correspondió la gloria de restituir la gloriosa sede de Cartago. Él fue quien, con el deseo de promover eficazmente el apostolado misional en África, instituyó los «misioneros de África», más conocidos con el nombre de Padres Blancos.

Ya en los principios del apostolado, los Padres Blancos se encargaron de la región de Uganda, como parte del Vicariato del Nilo superior, el año 1878. Consiguieron entrar en la región, y hasta obtener no pocos neófitos. Establecida una estación misional, la de Santa María de Rubaga, acudieron a ella por centenares los negros, y hubo momentos en que podía esperarse una rápida cristianización de toda aquella región. El mismo rey, llamado Mtesa, al principio les favoreció, aunque luego, por temor a que la nueva religión fuera obstáculo para el floreciente comercio de esclavos que él mantenía, obligó a los misioneros a alejarse. Pero, muerto el rey Mtesa, le sucedió su hijo Muanga, amigo de los cristianos, con lo que volvieron a renacer las esperanzas.

Aún más: con ocasión de una conjuración que fue descubierta, el nuevo rey decidió rodearse de cristianos, y así gran parte de su corte estuvo compuesta por jóvenes bautizados, con alguno de los cuales había llegado el rey a establecer auténtica amistad. Pronto, sin embargo, aquel panorama iba a verse enteramente turbado.

Se interpuso, de una parte, la política. El primer ministro, que había tenido cierta intervención en la conjura descubierta y

no podía perdonar a los cristianos su lealtad, empezó a tramar su destrucción. Acabó de exasperarle la noticia de que el rey pensaba nombrar para su cargo a José Mñasa, un cristiano. Pero acaso sus maniobras hubieran fracasado si no hubiese intervenido otra causa: la lujuria. Por influjo de las costumbres mahometanas, el rey, que hasta entonces había llevado una vida pura, cayó en la lujuria en su forma más abyecta y opuesta a la naturaleza. Y se encontró con que los jóvenes que formaban parte de su corte y eran cristianos oponían una negativa rotunda a sus infames solicitaciones. Lo que debiera haber servido en honor de la religión fue utilizado como pretexto para la persecución.

Nada faltaba al esquema clásico. Como motor, las pasiones. La codicia, excitada por el temor a perder el comercio de esclavos. La ambición de los políticos, temerosos de verse al margen del poder. La lujuria, en su forma más baja y repugnante. Nada iba a faltar tampoco para ese mismo esquema clásico en el desarrollo. Las escenas que habíamos leído en los primeros tiempos del cristianismo las vamos a encontrar reproducidas, en algunas ocasiones casi a la letra, en 1886, en el corazón del continente africano.

En efecto, el rey, irritado por aquella resistencia que encontraba, decretó la persecución contra «todos los que hicieren oración», que ésta fue la preciosa definición de los cristianos que se dio en el decreto persecutorio. E inmediatamente se desataron las furias de los paganos contra aquella cristiandad naciente. Cuántos fueron los que perecieron no lo sabemos, ni será fácil que se sepa nunca, habiendo ocurrido aquellos martirios en sitios donde la escritura era desconocida prácticamente y donde, por tanto, no podían perpetuarse los hechos ocurridos. Dios quiso, sin embargo, que conociéramos siquiera el martirio de algunos africanos que, por ocupar puestos más relevantes, dieron su vida en condiciones que permitieron luego averiguar lo sucedido. Tales son los mártires que Benedicto XV beatificó solemnemente el 6 de junio de 1920.

Pueden dividirse en dos grupos, de los que hablaremos sucesivamente. El primero está constituido por unos cuantos jóvenes, cuyas edades fluctúan entre los trece y los veintiséis años. A última hora se les agregó un compañero de treinta años. To-

dos ellos tienen como nota común el formar parte de la corte y estar viviendo como pajes en el palacio del rey. Todos fueron martirizados un mismo día, y casi todos con un mismo martirio.

Puede tenerse como principal a Carlos Lwanga. Tenía veintiún años el día de su martirio y podía considerarse como el favorito del rey, que había contado con él siempre para sus encargos más delicados. Siempre, hasta el día en que el rey se atrevió a pedirle lo que él no podía en manera alguna darle. Entonces fue arrojado al calabozo, y allí vinieron muy pronto a acompañarle sus compañeros de martirio. Entre ellos Mbaya Tuzinde, hijo de Mkadjanga, el principal y el más cruel de los verdugos. Era catecúmeno cuando empezó la persecución, y el mismo Carlos Lwanga le bautizó poco antes de ser condenado a muerte. Con él sucedió una escena que ya habían conocido los cristianos en las actas de las Santas Perpetua y Felicidad: su padre se presentó en el calabozo para pedirle una y otra vez que abjurase la religión católica, o que, al menos, dejase que le escondieran y que prometiera no volver a orar. A lo que el adolescente, pues no había cumplido todavía dieciséis años, respondió, con la firmeza que tantas veces hemos contemplado en los mártires cristianos, diciendo que prefería perderlo todo antes que abjurar. El padre tuvo que limitarse a utilizar su cargo para obtener para su hijo un triste privilegio: encargó a uno de los verdugos que estaban a sus órdenes que, cuando ya estuviera su hijo junto a la pira, le diera un golpe en la cabeza para que perdiera el sentido y así fuese quemado sin sufrir tanto.

No es posible dar, ni siquiera en síntesis, las biografías de los trece mártires que forman este primer grupo. Dos de ellos, Mgagga y Gyavira, de dieciséis y diecisiete años, fueron bautizados en la misma cárcel por Carlos Lwanga. Otro, Santiago Buzabaliao, intentó repetidas veces la conversión del mismo rey, con quien le había unido buena amistad antes de su elevación al trono. Los demás, jóvenes todos, resistieron impávidos todas las amenazas. Pero entre ellos destaca la figura angelical y encantadora de Kizito, niño aún de trece años, que fue, sin embargo, el que dio la nota de máxima valentía. Él levantó el ánimo de los que desfallecían. Él fue también el que, camino del patíbulo, invitó a todos a cogerse de las manos, de tal manera que

se llevaran unos a otros, si alguno decayera en su ánimo. Él fue, en fin, el que con mayor fuerza rechazó proposiciones libidinosas del rey.

Nota curiosa constituye la presencia en el grupo de Mukasa Kiriwanvu. Formaba parte del grupo de los pajes de la corte, pero aún no estaba bautizado. Cuando sus compañeros salían hacia el lugar del suplicio, uno de los verdugos le preguntó si era cristiano. Él contestó que sí y se unió a los condenados. Y así, sin haber recibido el bautismo de agua, sino únicamente el de sangre, ascendió a los altares.

Es hermoso también el caso de Lucas Banabakintu. No pertenecía a la servidumbre regia, sino a la de un gran señor. Había recibido hacía cuatro años el bautismo y la confirmación, y, cuando después recibió la primera comunión, se distinguió por su extraordinaria pureza de vida y su fervor en las cosas santas. Al estallar la persecución le hubiera sido fácil evitar ser apresado. Con gran fortaleza de ánimo se presentó, sin embargo, a su dueño, y éste le entregó a los soldados del rey. Así, a pesar de que su edad era superior a la de sus compañeros (tenía treinta años), mereció padecer el martirio con ellos.

Amaneció el día 3 de junio de 1886. Agrupados todos los mártires, salieron del calabozo camino de una colina llamada Namugongo. No todos, sin embargo, llegaron a ella. Algunos, que no pudieron andar con la suficiente presteza, fueron alanceados por el camino. Los que quedaban llegaron, por fin, al lugar del suplicio. Les ataron de pies y manos; les envolvieron en una red hecha de cañas y les pusieron en pie sobre unos haces de leña, para que sus cuerpos se fueran consumiendo lentamente. Y entonces se produjo la maravilla que colmó de admiración a los verdugos, que jamás habían visto cosa parecida: empezó a arder la leña y comenzaron las llamas a lamer los pies de los mártires; quedaron éstos envueltos en una nube de humo. Y, en lugar de salir de ella gemidos o maldiciones, salieron únicamente murmullos de oración y cánticos de victoria. Exhortándose unos a otros estuvieron firmes sobre el fuego, hasta que, por fin, sus voces se fueron extinguiendo. *Grex immolatorum tener,* tierna grey de los inmolados, les llama Benedicto XV, aplicándoles la frase que la sagrada Liturgia dedica a los Santos Inocentes.

Pasemos al segundo grupo de mártires, formado por nueve de ellos. En realidad, sin embargo, muy bien pudieran agregarse cinco al grupo anterior, pues, aunque no fueron martirizados el mismo día ni de la misma forma, pertenecían también, como los anteriores, a la corte, estaban unidos con ellos por lazos de íntima amistad, eran jóvenes de la misma edad, y sólo circunstancias fortuitas hicieron que no fuesen atormentados el mismo día 3 de junio.

Junto a ellos nos encontramos con otros mártires, que también repiten, por su parte, las más hermosas páginas de los primeros tiempos del cristianismo.

Recordemos en primer lugar a Matías Kalemba Murumba. Era ya un hombre hecho, pues tenía cincuenta años y ejercía la profesión de juez. Había sido primero mahometano y después protestante, para terminar recibiendo el bautismo en la Iglesia católica el 28 de mayo de 1882. Entonces, temiendo las dificultades de su profesión, la dejó, y se dedicó con alma y vida a la propagación de la religión, no sólo mediante la educación cristianísima de sus propios hijos, sino también con una labor de ardiente proselitismo. Llamado a la presencia del primer ministro, confesó abiertamente la fe y fue condenado a morir con muerte horrible. Sus verdugos le llevaron a un lugar inculto y desierto, temiendo que la piedad de los espectadores pudiera poner obstáculos a la ejecución de la tremenda sentencia. Allí fue Matías, con sus verdugos, alegre y contento. Empezaron por cortarle las manos y los pies. Después le arrancaron trozos de carne de la espalda, que asaron ante sus propios ojos. Finalmente, le vendaron con cuidado las heridas, para prolongar su martirio, y le dejaron abandonado en aquel lugar desierto. Tres días después, unos esclavos que estaban cortando cañas oyeron la voz de Matías, que les pedía un poco de agua. Pero, al verle desfigurado, mutilado, temieron al rey y se horrorizaron de tal manera que huyeron dejándole abandonado. Solo por completo, expiró al poco tiempo.

Tiene también un corte evangélico el martirio de Andrés Kagwa, pues nos recuerda la escena del de San Juan Bautista. Unido con íntima amistad al rey, había dado muestras de una gran caridad con ocasión de la peste que había invadido a la re-

gión. Fueron muchos los enfermos a los que, después de haberles atendido con caridad ardiente, bautizó y enterró después con sus propias manos. En su apostolado llegó a intentar catequizar a los hijos del primer ministro. Éste juró su ruina, hasta el punto de prometerse que no habría de cenar aquel día sin que el verdugo le trajera a la mesa la mano cortada de Andrés. Así se hizo aquel 26 de mayo en que el mártir, a sus treinta años de edad, voló a los gozos del cielo.

El mismo primer ministro consiguió también que el rey le entregase a Juan María Lamari, conocido con el sobrenombre de Muzeyi, es decir, el anciano. Hombre de gran prestigio, lleno de prudencia, misericordioso con los pobres, daba su dinero y su actividad para conseguir la redención de los cautivos, a los que catequizaba. Cuando vio que eran perseguidos los cristianos rehusó huir. Antes al contrario, se presentó con toda naturalidad ante el rey. Éste le envió al primer ministro. Algo sospechaba el mártir, pero, como dicen las letras de beatificación, «pensé que era absurdo temer por algo que tuviera relación con la causa de la religión». Y, en efecto, al presentarse al primer ministro, éste ordenó que le arrojaran a un estanque que tenía en su finca. Allí pereció ahogado.

Terminemos la relación, que puede parecer monótona, pero que, sin embargo, es gloriosísima, con la primera de las víctimas: José Mkasa Balikuddembé. Había servido ya al rey Mtesa como ayuda de cámara. Su hijo Muanga, al llegar al trono, le conservó junto a sí y le puso al frente de la casa regia. El mártir se dedicó a un apostolado activísimo entre los jóvenes que formaban parte de la corte. Todo iba bien, y el rey le tenía en gran consideración y afecto, hasta que José hubo de oponerse a las obscenas pretensiones del rey. Entonces cambió todo. Fue condenado a muerte. Y llevado a un lugar llamado Mengo, donde fue decapitado. Antes, sin embargo, de que la sentencia se ejecutara el mártir declaró públicamente que perdonaba de todo corazón al rey y que encargaba a us verdugos que le pidieran, por favor, en su nombre que hiciese penitencia cuanto antes.

Tal es la historia de los Mártires de Uganda. Otros muchos martirios hubo en aquella misma persecución, de los que, como hemos dicho, no conservamos memoria pormenorizada. Lo

que ciertamente sabemos es que al poco tiempo cambiaba por completo la situación. Los perseguidores morían con muertes miserables. Y, en cambio, las multitudes acudían en masa a los misioneros solicitando el bautismo. Hoy las tierras de Uganda se han transformado en una de las más florecientes cristiandades. Establecida la jerarquía eclesiástica con un arzobispado y seis diócesis sufragáneas, florece el clero indígena, y alguno de los obispos puestos al frente de las diócesis es descendiente directo de los beatos mártires. Los católicos de aquella región se cuentan por muchos millares y ha vuelto a cumplirse la frase de Tertuliano. Como en los primeros tiempos del cristianismo, la sangre de los mártires ha sido semilla de cristianos.

Su causa de beatificación fue introducida por San Pío X el 15 de agosto de 1912. Declarado que constaba el martirio el 10 de marzo de 1920, el 6 de junio del mismo año eran solemnemente beatificados por Benedicto XV. Su fiesta se celebra en todas las casas de Padres Blancos, y en todas las circunscripciones encomendadas a su Congregación. Pablo VI, en la homilía de canonización, en 1964, dijo: «El África, bañada por la sangre de estos mártires, surge libre y dueña de sí misma».

LAMBERTO DE ECHEVERRÍA

Bibliografía

AAS 12 (1920) 82; 168s; 272-281; 57 (1965) 693-703.
ANDRE, M., *Les martyrs noirs de l'Ouganda* (París 1936).
BEDUSCHI, G., *Los mártires de Uganda* (Madrid 1964).
STREICHER, H., *The blessed martyrs of Uganda* (Quebec 1928).
VALLERY-RADOT, R., en R. RICARD - M. VAUSSARD *et al., La légende dorée au-delà des mers* (París 1930).
• Actualización:
«San Carlos Lwanga y compañeros mártires», en A. BALL, *Santos de nuestro tiempo,* I (Lima 2003).

SAN JUAN GRANDE
Religioso († 1600)

La vida de San Juan Grande es verdaderamente admirable, porque fue un continuado ejercicio de todas las grandes virtudes cristianas. Desde su infancia lo llamó el Señor a conocerle y

amarle y Juan respondió con prontitud y constancia a la llamada del Señor, según en cada momento la captaba.

Su nacimiento tuvo lugar en Carmona, en la hoy provincia de Sevilla, el sábado 6 de marzo de 1546 en la calle que se llamaba del Caño y que hoy lleva el nombre del santo y conserva su casa natal Su padre, Cristóbal Grande, era herrero y sostenía la casa con su trabajo y algunos bienes que tenía y que naturalmente legó a sus hijos. Su madre se llamaba Isabel Román, llamada «Romana» por feminización del apellido. Debieron contraer matrimonio en 1543, ya que tuvieron su primera hija en enero de 1544. Este matrimonio tuvo siete hijos de los que sobrevivieron tres. Juan fue el segundo hijo y primer varón, el último, nacido el 27 de septiembre de 1557, fue un hijo póstumo, pues el padre murió en los primeros nueve meses de este año. Tenía Juan, por tanto, once años cuando su padre murió. Fue él quien situó al niño Juan como acólito o niño de coro de la parroquia de San Pedro, donde se acreditó el pequeño por su bondad y su piedad, siendo notable ya para entonces su tierna devoción a la Virgen María Aunque más tarde y por humildad Juan se presentará como analfabeto, el hecho es que consta haber escrito y firmado algún documento, lo que indica que sabía leer y escribir y sería en la parroquia de San Pedro donde lo aprendería. Vistas las buenas cualidades del niño, el párroco le propuso optase por el sacerdocio, ofreciéndose a ayudarle, pero el muchacho respondió que no se sentía con tal vocación.

Muerto su padre en 1557, su madre contrajo nuevo matrimonio con Cristóbal de Fontanilla, con quien Juan siempre se llevó bien y que con la madre terminaría viviendo en Jerez, naciendo de este matrimonio cuatro hijos de los que sobrevivió solamente una hija. Y, o bien antes de este segundo matrimonio, o bien ya casada de nuevo, la madre de Juan lo llevó a Sevilla y lo situó de aprendiz de pañero con un maestro de la Cal de Escobas para que le enseñara el oficio. Aquí el jovencito Juan volvió a acreditarse por su bondad y buenas cualidades, siendo tanto el afecto que el maestro le cobró que, cuando pasaron los cuatro años y tocaba volver a Carmona, el maestro insistió con gran empeño ante la madre para que lo dejara como socio del negocio en Sevilla Pero la madre no se avino y lo llevó consigo

a su pueblo para que allí ejerciera el oficio de pañero que había aprendido. Esta vuelta a Carmona hay que situarla en 1562 o 1563. En Carmona se dedicó a vender telas por las calles en compañía de un joven llamado Álvaro López. Lo que vendía era tela blanca o lino. Muy pronto Juan se sintió mal en este oficio, por un problema de delicadeza de conciencia. Entendía él que para llevar de forma económicamente provechosa el oficio había algunas veces que mentir y no quería hacerlo. Este escrúpulo le provocó una verdadera crisis interior, que culminó en un viaje que hizo al puerto de Sanlúcar de Barrameda para adquirir telas, y en el cual por no mentir tuvo una notable pérdida económica, y entonces decidió abandonar el oficio de pañero y vuelto a su casa de Carmona así se lo dijo a su madre y lo hizo. No salió más a vender.

¿A qué dedicar su vida? Esta pregunta era inevitable cuando acababa de abandonar el oficio para el que había sido preparado pero en el que se encontraba espiritualmente incómodo. Un día toma una determinación firme: abandonar su casa e irse a pensar en su vocación verdadera. Lo hizo. Marchó a la vecina población de Marchena y en la ermita de Santa Olalla se dedicó a la oración, pidiendo al Señor lo iluminase. Aquí llega a una conclusión primera y fundamental: dedicará su vida a Dios viviendo en castidad y pobreza. Se despoja no sin trabajo de su ropa seglar y se viste una tosca túnica. Y decide abandonar su nombre y llamarse en adelante Juan Pecador. Él logrará que apenas nadie sepa que se llama Juan Grande y que todos, especialmente fuera de Carmona, le llamen hasta su muerte Juan Pecador. Dios será siempre en adelante el centro de su vida. Su pasión será el amor a Dios y su ilusión más honda que todos amen a Dios. Él repetirá por las calles de Jerez: «Amemos mucho a Dios. Oh Señor, si todas tus criaturas te amasen...». La opción por Dios es su opción fundamental, de manera que todo cuanto haga en adelante será sobre la base de esta opción. Todo lo hará movido por el amor de Dios.

Decidido a servir al Señor, se preguntaba Juan cómo querría Dios que lo sirviese, y un encuentro casual, providencial, con unos ancianos pobres y abandonados le dio la solución: los llevó consigo y se dedicó a cuidarlos, pidiendo limosnas por las

calles de Marchena para poder sostenerlos. Cayó en la cuenta de que Dios lo quería siervo de los pobres y humildes.

Tomada esa decisión, toma Juan otra que sus primeros biógrafos atribuyen a una expresa indicación divina, y fue la de establecerse en Jerez de la Frontera. Que sepamos no tenía Juan ninguna relación humana con Jerez. Por ello, comentando este paso de la vida de San Juan Grande, el primer obispo de Jerez, mons. Bellido Caro, llamó al santo «regalo de Dios a Jerez».

Hay constancia documental de que Juan estaba ya en Jerez el 10 de mayo de 1566 cuando se dirige al Consistorio jerezano y le pide ayuda para la obra que estaba realizando y que era la de cuidar de los presos pobres de la cárcel real y atender a algunos enfermos en una sala aneja a la Capilla de los Remedios. Según su primer biógrafo, cuando él llegó a Jerez confesó con un franciscano y le preguntó qué necesidad más urgente había en Jerez, y el religioso le contestó que estaban muy necesitados los pobres detenidos en la cárcel real. Juan entonces se dedicó a atenderles, pidiendo para ellos limosnas por las calles y socorriéndolos con ellas El alcaide de la cárcel, viendo la buena obra que el joven Juan Pecador hacía, le dio albergue en la misma prisión, asignándole una habitación en la que residir No siempre los presos se mostraron agradecidos con su bienhechor y hubo de soportar, y lo hizo con paciencia, ingratitudes y malos tratos, pero muy pronto Jerez se dio cuenta de que Juan Pecador era un hombre de Dios dedicado a santas obras. Y fue él, recorriendo Jerez para pedir limosnas, el que cayó en la cuenta de que había un sector muy abandonado y necesitado de auxilio: los enfermos convalecientes que eran despedidos de los varios hospitales y los incurables a los que dichos establecimientos benéficos no daban acogida Muchos de ellos languidecían por las calles e incluso aparecían muertos en los soportales y calles «como atunes en las playas». Y decidió Juan atenderlos hasta donde pudiera. Consiguió que la Hermandad de Nuestra Señora de los Remedios le diera una sala aneja a la capilla y en ella estableció ocho camas donde empezó su obra hospitalaria. Cuentan sus biógrafos que Juan se vio alentado a esta obra de misericordia por una visión que tuvo de Cristo, todo llagado, y que le pidió que lo atendiera en sus enfermos. Esta obra de

Juan en Los Remedios duró quince meses, al cabo de los cuales la Hermandad despidió a Juan, porque Juan quería ampliar la obra hospitalaria e incluso le pidió al Concejo jerezano le dieran un corralito que había detrás de la capilla. Todo Jerez estaba muy edificado de la buena obra que hacía Juan y por ello vio con malos ojos que se le despidiera. La Hermandad se defendió como pudo y fue puesto en entredicho el buen nombre de Juan. Pasó Juan por una tormenta interior, pues se preguntaba si estaba haciendo las cosas bien, pero se serenó pensando que lo hacía todo por Dios y era en definitiva el Señor el que era servido en los pobres.

Juan se marchó de Los Remedios con sus enfermos a un sitio que no se ha podido localizar, pero que él calificó en escrito dirigido al Concejo de sitio estrecho e inapropiado. Pasó entonces a formalizar lo que sería el ideal de su vida: un buen hospital para pobres convalecientes e incurables. En abril de 1567 se dirige Juan al Concejo municipal jerezano y le pide un sitio donde edificar un nuevo hospital y cartas de presentación para ir a Roma a solicitar del Papa indulgencias para quienes le ayuden a la buena obra. El Consistorio jerezano le asignó un sitio junto a la capilla de Las Angustias y le dio la solicitada carta de presentación al Papa en la que llena de elogios a Juan. Naturalmente el Concejo para autorizar a Juan a edificar un nuevo hospital tenía que obtener licencia real, y creyó el Concejo que la obtendría, pero no fue así y el 13 de junio de 1567 hubo de intimar a Juan la orden real de que cesase en la empezada construcción de su hospital. Debió ser un momento difícil para Juan, pero tenía lógica que si el Rey y el Papa se proponían reducir los hospitales españoles y concentrar muchos pequeños en unos cuantos mejor atendidos, no se diera licencia para hospitales nuevos.

La negativa fue acompañada de una propuesta que era una solución, no óptima pero mejor que nada, y fue la de que Juan se hiciera cargo de la hospedería de San Sebastián, a cargo de la Hermandad de San Juan de Letrán y contigua a las capillas de Letrán y de San Sebastián. Eran varias salas en las que era posible que Juan colocara y atendiera a sus enfermos. Juan aceptó y allá se trasladó con sus pobres. Hasta entonces en aquellas salas la obra de misericordia que se había hecho era albergar a pobres

sin techo; ahora se dedicarían a enfermos. Y tenía aquello la ventaja de su legalidad: pues existía legalmente el Hospital de San Sebastián y Juan lo que entraba era a regentarlo No era necesario pedir un permiso de nuevo hospital. Pero Juan nunca abandonó la idea de hacer un hospital materialmente nuevo para convalecientes e incurables, y todo indica que entre 1569 y 1572 estuvo ahorrando con la idea de hacerlo, y para ello encontró el sitio: el camposanto contiguo; el 11 de mayo de 1572 pedía licencia a la Hermandad de Letrán a fin de construir en su terreno nuevas salas destinadas a enfermerías para ampliar y mejorar la obra que se venía haciendo. Juan ayudado de un mozo atendía con gran celo a los enfermos, y la Hermandad había podido ver la magnífica conducta y cristianas obras de Juan. Se llegó a un acuerdo: Juan edificaría en el cementerio un nuevo pabellón de enfermerías a sus expensas y lo regentaría hasta el final de sus días. En muriendo Juan la Hermandad quedaba libre para destinar la construcción a los fines que quisiese. Como puede verse, Juan no pensaba en la continuación de su obra más allá de su muerte. Era obviamente un luchador solitario. Y bajo este supuesto empezó la obra y se fue llevando adelante durante los años 1573 y 1574, no siendo hasta 1575 cuando se completa y la dedica a Nuestra Señora de la Candelaria. Pero para entonces en la vida de Juan hay novedades.

Novedades grandes. En una fecha desconocida del año 1574 Juan Pecador había ido a Granada y había profesado como hermano de la entonces recientemente formalizada Congregación de Juan de Dios. Bien sabido es que aunque San Juan de Dios había vestido un hábito de tipo religioso, había vivido en pobreza y castidad en el seno de su hospital, obediente a su director espiritual y a su prelado, y teniendo compañeros que compartían su género de vida, en realidad el grupo no había sido formalizado como congregación religiosa. A petición de los hermanos de Granada que seguían llevando la obra de Juan de Dios y que ya se había extendido a otros varios hospitales, el papa San Pío V erigió formalmente la Congregación de Juan de Dios el 1 de enero de 1572 con los hermanos de los cuatro hospitales *juandedianos* que había entonces y dejando la puerta abierta para que otros hospitales y sus servidores pudieran integrarse

en la misma. Les dio el Papa la Regla de San Agustín y puso cada hospital bajo la autoridad del respectivo obispo diocesano. Por esa puerta abierta dejada por el santo pontífice entró en la Congregación Hospitalaria San Juan Grande, empezó a vestir el escapulario típico de los *juandedianos* y a observar las costumbres que le señalaron como propias en el hospital granadino. Una vez profeso, vuelve a Jerez y es claro que trae la consigna de agregar no sólo su persona sino también su hospital a la nueva Congregación, y es lo que Juan solicitó de la Hermandad el 10 de enero de 1575, de forma que a su muerte el hospital en vez que quedar a disposición de la Hermandad, como era lo acordado en 1572, quedara para su comunidad religiosa. La petición de Juan es estudiada por la Hermandad y el 4 de julio de ese mismo año 1575 se sustancia un nuevo acuerdo por el cual el hospital quedaba para la Congregación de Juan de Dios. Juan expresaba su confianza de que Dios le daría compañeros que colaboraran y prosiguieran su obra.

Juan recibió en el hospital vocaciones hospitalarias a las que educó y llevó hasta su plena integración en la vida religiosa. Entre los novicios que tuvieron por maestro a Juan se cuenta el que será el primer general de la congregación española de la Orden, fray Pedro Egipcíaco. Los religiosos formados por Juan fueron muy apreciados en todas partes.

El hospital de Juan Pecador tenía un orden admirable. Muy temprano Juan Pecador y sus hermanos se levantaban para hacer oración, oír luego la santa misa, y acudir enseguida a atender a los enfermos. Juan personalmente iba cama por cama preguntando a cada enfermo cómo estaba y si necesitaba algo. Luego de tomar el desayuno, los enfermos eran arreglados y curados, y Juan y sus hermanos hacían las diferentes tareas precisas, entre ellas la de pedir limosna por las calles y por los campos de Jerez. Luego de almorzar los hermanos continuaban su trabajo. Juan visitaba enfermos también por las casas y repartía todos los días limosnas a las puertas del hospital e igualmente visitaba a numerosas familias pobres vergonzantes y les llevaba socorro. Se cuenta que un año multiplicó el pan, dada la cantidad de pobres y la gran necesidad que hubo en la ciudad. Había un médico que pasaba visita diaria y un enfermero mayor al que acompa-

ñaban Juan y sus hermanos al hacer las curas. Llegada la caída de la tarde y luego de la cena tenía lugar la oración comunitaria, que Juan nunca veía la hora de terminarla. Y luego cada hermano pasaba a su celda, salvo el que atendía a los pobres que eran acogidos para pasar la noche en una sala y que no durmieran al raso e igualmente se atendía a los internos del hospital que necesitaban cuidados de noche. En las celdas había mucha austeridad, porque los hermanos vivían con mucha intensidad la pobreza evangélica, pero, además, en la de Juan no había cama pues dormía en una tabla sobre el suelo. Los enfermos tenían buenas camas con colchones y sábanas, y tenían camisas de dormir. Pensando que procedían de las calles donde habían dormido y languidecido en los soportales, entrar en el hospital de la Candelaria sería para ellos como entrar en un lujoso hotel. El trato que se les daba era exquisito y Juan se llamaba a sí mismo «el pobrecillo esclavo de los pobres de Cristo». Cuando morían los enfermos del hospital, Juan les hacía un digno entierro y mandaba celebrar misas por sus almas y pedía limosna por las calles expresamente para esta obra de caridad de hacer sufragios por los difuntos. Los hermanos que vivían con Juan participaban de su ideal hospitalario y de su entrega. Y toda la comunidad cristiana de Jerez estaba muy edificada, como quedó claro cuando se recogieron informaciones sobre los hospitales jerezanos.

Juan tenía permiso para pedir por algunos pueblos de la diócesis sevillana, a la que entonces pertenecía Jerez, y así sabemos que pedía en Sanlúcar de Barrameda, en el Puerto de Santa María, etc., y tenía también licencia para pedir en el vecino obispado de Cádiz, cosa que hacía. Mucha gente acudía a Juan no solamente a solicitar ayuda en sus necesidades materiales sino también consejo y consuelo en sus problemas espirituales y morales. Cada día, cuando volvía al hospital de haber estado pidiendo por las calles o visitando pobres en sus casas, le esperaban para recabar sus consejos y orientaciones numerosas personas, muchas de ellas de las familias más principales de la ciudad, entre las cuales tenía un enorme crédito y le ayudaban generosamente en sus obras de caridad. Mucha gente le pedía que fuera el padrino de bautismo de sus hijos, y se han localiza-

do varios cientos de partidas de bautismo en las que el hermano Juan Pecador figura como padrino.

Les tocó a los hospitales jerezanos la anunciada reducción y reestructuración de hospitales, que hemos dicho acordaron el Rey y el Papa. La comisión nombrada al efecto escuchó a todos los gerentes o dueños de los hospitales jerezanos, y por ello también a Juan, el cual declaró el origen del hospital, el tipo de hospitalidad que se hacía en él, los ingresos y gastos, etc. Y debió dar su opinión sobre cuál debiera ser la forma concreta que en Jerez adoptara la reducción. Juan entregó un *Memorial,* que fue luego, en la causa de beatificación, el único manuscrito personal suyo que pudo hallarse. Cuando llegó la hora de tomar decisiones se acordó en bastante medida lo aconsejado por Juan y se le encomendó a él la parte ejecutiva de la reducción. Esto le acarreó grandes sinsabores porque, como su hospital era uno de los tres que subsistían y se le convertía en hospital general de hombres, los fondos de otros hospitales venían a parar al suyo, y de ahí vino que se le lanzara la calumnia de que era un acaparador y avaricioso y le motejaran de Juan «Pescador». Hubo de pasar un tiempo de tribulación que soportó con admirable paciencia. La reducción se efectuó el 11 de febrero de 1593 y Juan tuvo de todos modos la satisfacción de ver que la hospitalidad jerezana quedaba muy mejorada en su estructura y su eficiencia. A poco, además, se le dio para uso del hospital la contigua iglesia de San Sebastián, en la que el propio santo sería enterrado.

En vida de Juan hubo novedades en la estructura formal de la Congregación de Juan de Dios, a la que Sixto V convirtió en orden religiosa autónoma. Juan no acudió a las reuniones en que se preparó esta nueva modalidad ni acudió tampoco a los capítulos generales celebrados en Roma. No hizo mudanza en su modo de adhesión a la Congregación y se atuvo a la bula fundacional de San Pío V. Clemente VIII desharía posteriormente la obra de Sixto V y aun parte de las concesiones de Pío V, perseverando Juan en su manera discreta y silenciosa de comportarse.

Juan era un alma de altísima oración, a la que dedicaba, pese a su mucha actividad, muchas horas del día. El Señor le favoreció en numerosas ocasiones con éxtasis evidentes y que muchas

personas de su entorno pudieron comprobar. Su devoción central era la Trinidad, sobresaliendo también por su singular devoción a la humanidad de Cristo, especialmente a los misterios de su encarnación y pascual. Era igualmente singularmente devoto del Santísimo Sacramento, al que visitaba y adoraba con fervor ardoroso. Era igualmente devotísimo de la Virgen María, a la que decía que llevaba en su corazón desde su nacimiento, y a la que rezaba cada día los quince misterios del rosario. Su especial estima de la virtud de la castidad le llevó a una tierna devoción a San Juan Evangelista y a Santa Inés. Su confesor dijo al año siguiente de la muerte de Juan, cuando tuvo lugar el primer traslado de sus restos, que Juan había muerto virgen, había conservado todo el tiempo de su vida la flor de la pureza.

Tenía Juan cincuenta y cuatro años cuando el Señor lo llamó a su reino. Había logrado hacer la obra de su vida: un buen hospital para los pobres enfermos. En mayo de 1600 se declaró la peste bubónica en Jerez en una epidemia que desde el norte recorrió la geografía española. Juan y sus hermanos no solamente acogieron en el hospital a cuantos enfermos pudieron sino que, además, se lanzaron a la calle a atender y cuidar a los que pudieran. Juan se contagió del mal y el 26 de mayo caía en plena calle impotente ya de continuar con su obra hospitalaria. Fue llevado a su celda. Vio venir la muerte. Recibió algunas visitas, y con los santos sacramentos se dispuso al encuentro con Dios. Murió solo en su celda en el mediodía del sábado 3 de junio de 1600. Lo hallaron muerto abrazado a una cruz. No hubo entierro solemne para él. Arrastrado hasta un foso en el corral del hospital, allí estuvo hasta que al año siguiente sus restos fueron solemnemente trasladados a la iglesia de San Sebastián, donde estuvieron hasta 1840. Desde entonces hasta 1928 estuvieron en la parroquia jerezana de San Dionisio, y ese año pasaron a la nueva casa que los Hermanos de San Juan de Dios tienen en Jerez y que ahora lleva su nombre. Juan Grande fue beatificado el 13 de noviembre de 1853 y canonizado el 2 de junio de 1996. El 3 de marzo de 1980 el papa Juan Pablo II creó la nueva Diócesis Asidonense-Jerezana y de ella confirmó patrono a Juan Grande el 10 de diciembre de 1986.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

MASCAREÑAS, J., *Vida, virtudes y maravillas del Venerable Juan Grande, denominado Pecador* (Cádiz ^{5}1981).
REPETTO BETES, J. L., *El Hermano Juan Pecador. Biografía crítica del B. Juan Grande* (Jerez 1984).
— *San Juan Grande, apóstol de la misericordia* (Madrid 2001).
SANCHO DE SOPRANIS, H., *Biografía documentada del B. Juan Grande,* 2 vols. (Jerez 1960).

BEATO JUAN XXIII
Papa († 1963)

El 3 de septiembre de 2000, en la ceremonia de beatificación de Angelo Giuseppe Roncalli, el papa Juan Pablo II pronunciaba estas palabras:

> «Contemplamos hoy en la gloria del Señor a Juan XXIII, el Papa que impresionó al mundo por su afabilidad de trato, en el que se trasparentaba la singular bondad de su alma [...] Del Papa Juan permanece en el recuerdo de todos la imagen de su rostro sonriente y de sus brazos abiertos en un abrazo al mundo entero. ¡Cuántas personas fueron conquistadas por la sencillez de su alma, unida a una amplia experiencia de hombres y de cosas!» *(Ecclesia,* 16-9-2000).

Estas breves pinceladas papales suponen ya un sustancial retrato o testimonio no sólo de Juan XXIII sino también del impacto universal que su vida y su muerte dejaron en el corazón de sus contemporáneos.

Juan XXIII había muerto el 3 de junio de 1963 entre un plebiscito mundial de popularidad y de cariño. Su breve pontificado —apenas cinco años— había resultado sorpresivamente fecundo y atractivo, pletórico de un estilo pastoral abierto y entrañable que le valió apelativos de tanto aprecio como «papa bueno», «papa de todos», «párroco del mundo». Por otra parte, las previsiones formuladas a la vista de su avanzada edad, 77 años, pronosticándolo como un «papa de transición», quedaron pulverizadas por iniciativas suyas tan resonantes y comprometidas como la convocatoria del Concilio Vaticano II, que apuntaba hacia un *aggiornamento* o actualización de la Iglesia ante la faz del mundo en la segunda mitad del proceloso siglo XX.

El candor entre infantil y campesino de Juan XXIII, su talante afectuoso y bien humorado, la serena audacia de sus deci-

siones, dieron pie a infinidad de actuaciones suyas y de anécdotas que confluían siempre en la bondad de su corazón y en su confiado abandono a la Providencia, así como en una disposición permanente a tener más en cuenta lo mucho que une a los hombres, y aun a las iglesias, en comparación con lo poco que, según él, los separa.

De su talante y de su perfil espiritual derivaron las gentes una suerte de «franciscanismo» atribuido a Juan XXIII. Amén de las muchas «florecillas» que de él se contaban, algunas encuestas y cuestionarios con motivo del tránsito al tercer milenio señalaban a Francisco de Asís como el personaje cristiano más relevante del segundo milenio y a Juan XXIII como la figura más atractiva y benéfica del siglo XX. Era un emparejamiento que evocaba aquel pasaje de *Las Florecillas* en que fray Masseo le preguntaba a San Francisco: «Dime por qué toda la gente corre detrás de ti». La respuesta de Francisco, alegrándose de que así fuera y atribuyendo todo a la gloria de Dios, podría haber salido también de los labios de Juan XXIII.

Esta opinión generalizada de bondad, y aun de beatitud, no era, en el caso del papa Roncalli, un mero sentimiento piadoso o popular. Fue el cardenal Alfred Suenens, uno de los grandes protagonistas del Vaticano II, quien al comienzo de la segunda sesión conciliar, en octubre de 1963, sintetizó la vida y el pontificado del recién fallecido Juan XXIII con estas palabras: «Hubo un hombre enviado por Dios cuyo nombre era Juan», elogio que el cuarto evangelista dedicara al precursor de Jesús, Juan el Bautista (Jn 1,16).

Por su parte, el cardenal Montini, que le sucedería como Pablo VI, había bendecido ya su memoria diciendo a renglón seguido de la muerte de Juan XXIII que la herencia que dejaba a la Iglesia ni cabía en su sepulcro ni podía quedar encerrada en él.

Angelo Giuseppe Roncalli, hijo de Battista Roncalli y de Marianna Mazzola, nació en Sotto il Monte, provincia de Bérgamo, siendo el cuarto de doce hermanos. Recibió el bautismo dentro de la fecha de su nacimiento: el 25 de noviembre de 1881. En su misma parroquia haría la primera comunión en 1888, a los siete años. El ambiente sano, sencillo y rural en que

se desenvolvió su infancia lo describiría él mismo con estas palabras siendo ya Papa:

> «Éramos pobres pero vivíamos felices en nuestra condición y confiados en la Providencia. Faltaba el pan en la mesa, sustituido por la polenta. Pocas veces veíamos la carne. Apenas en Navidad y Pascua un trozo de dulce casero. La ropa y el calzado de ir a la iglesia tenía que durarnos años. No obstante, cuando un mendigo llamaba a la puerta mi madre se apresuraba a sentarlo a la mesa con nosotros» *(Diario del alma,* 411).

De 1892 a 1900 su vida transcurrió en el seminario de Bérgamo, hasta concluir allí el segundo año de teología. De notar que ya en el seminario, en 1896, con solo 15 años, dio comienzo a su *Giornale dell'anima,* diario espiritual que prosiguió hasta el 1962, el año anterior a su muerte, y fuente imprescindible para conocer el alma y el talante de Juan XXIII.

En enero de 1901 es enviado a Roma con una beca para residir en el colegio de la diócesis de Bérgamo, asistiendo en el Apollinare a las clases de teología del Seminario Mayor de Roma. Enseguida hubo de interrumpir los estudios para cumplir el servicio militar en un regimiento de infantería del que salió en noviembre de 1903 con el grado de sargento.

Un sacerdote de Bérgamo

En el mes de julio de 1904 recibió el doctorado en sagrada teología, asistiendo a sus exámenes el profesor Eugenio Pacelli, futuro Pío XII. Pocos días después, el 10 de agosto, era ordenado sacerdote en la iglesia romana de Santa María in Monte Santo, en la Piazza del Popolo. Tras la ordenación fue recibido en audiencia por el papa Pío X y en los días sucesivos celebró sus primeras misas en iglesias de Roma, Florencia y Milán, haciéndolo solemnemente en Sotto il Monte en la festividad de la Asunción, fiesta patronal de su pueblo.

Cuando —ya en 1905— había reemprendido los estudios superiores en el Apollinare, mons. Radini-Tedeschi, que acababa de ser nombrado obispo de Bérgamo, lo llamó a su lado para desempeñar el cargo de secretario y capellán suyo. El influjo de este obispo en el sacerdote Roncalli, la huella que dejó en su sa-

cerdocio, lo pondera así él mismo en una carta de 1953, al ser nombrado cardenal·

> «He tenido siempre a Mons Radini Tedeschi por la estrella de mi juventud sacerdotal y el maestro de mi vida eclesiastica y de servidor de la santa Iglesia y del Papa»

Junto a Radini-Tedeschi, que en octubre de 1906 le nombro profesor de Historia eclesiástica en el Seminario de Bergamo, adquirió don Angelo una amplia experiencia, como secretario también de la visita pastoral y del XXXIII Sínodo diocesano de Bergamo celebrado en abril de 1910 La proximidad a mons Radini-Tedeschi le proporcionó igualmente, entre los años 1905 y 1914, la ocasión de viajar por Europa asistiendo a reuniones y congresos múltiples

En agosto de 1914, a los dos días del fallecimiento de Pío X, murió también mons Radini-Tedeschi. Don Angelo Roncalli proseguía en sus tareas de investigación histórica relativas a las diócesis de Bérgamo y Milán, trabajos que quedaron interrumpidos al ser movilizado como consecuencia del estallido de la primera guerra mundial. Esta nueva experiencia militar en su vida se extendería desde mayo de 1915 hasta diciembre de 1918, tiempo en que realizó funciones de asistencia religiosa y sanitaria dentro del ejército italiano. Terminada la guerra, el sacerdote Roncalli volvería a su diócesis de Bérgamo donde inmediatamente fue nombrado director espiritual del Seminario.

Esta etapa de su vida, señalada por la concentración espiritual y los estudios que llevaba entre manos, concluyó inesperadamente, en enero de 1921, al ser llamado a Roma por el papa Benedicto XV para que, dentro de la Congregación de Propaganda Fide, desempeñara el cargo de Presidente del Consejo Central para Italia de la Pontificia Obra de la Propagación de la Fe. En los años siguientes don Angelo recorrió las diócesis de Italia dedicado en plenitud a la labor de la animación misionera, menudeando también los viajes a otros países con los mismos fines misionales y sin perjuicio de que se ocupara, en 1924, de la cátedra de patrística en el Pontificio Ateneo Lateranense de Roma.

En el servicio diplomático de la Santa Sede

El rumbo de la vida de Angelo Giuseppe Roncalli cambia notablemente en 1925. En marzo de ese año era nombrado visitador apostólico en Bulgaria, por Pío XI, cargo que comportaba su elevación al episcopado. El 19 del mismo mes recibía la ordenación episcopal en la iglesia romana de San Carlos del Corso y en abril estaba ya en su residencia de Sofía, guiado por el mote o lema que había elegido para su escudo episcopal: *Obedientia et Pax*. Era el mismo que había lucido y cumplido en el siglo XV el admirado cardenal Baronio de sus estudios históricos. En los apuntes de su diario tomados en los ejercicios espirituales previos a la ordenación episcopal (13-17 de marzo de 1925) figura esta explicación: «Estas palabras son, en cierto modo, mi historia y mi vida» *(Diario del alma,* 281). Curiosamente, en 1959, siendo ya Juan XXIII, repetirá en su diario la misma persuasión:

> «Éste es el misterio de mi vida. No busquéis otras explicaciones. Siempre he repetido la frase de San Gregorio Nacianceno: "Voluntas tua pax nostra". Es el mismo pensamiento que aletea en esas otras palabras que me han acompañado siempre: "Obedientia et Pax"» *(Diario del alma,* 407).

A los seis años de ejercer en Bulgaria su cargo de visitador apostólico con gran celo ecuménico y misionero, la Santa Sede lo nombró delegado apostólico. Era un ascenso en el rango de su representación sin moverlo de Bulgaria, donde él había alternado sus obligaciones diplomáticas con las de carácter pastoral: predicación, retiros, ejercicios espirituales, etc.

Finalmente, en noviembre de 1934, mons. Roncalli era trasladado a la Delegación apostólica de Turquía y Grecia con residencia en Estambul, donde estaba ya en los primeros días de 1935. Su estancia al frente de esta doble Delegación apostólica iba a durar nueve años. Mons. Roncalli los vivió con la intensidad que tanto Turquía como Grecia brindaban a su preparación humanística, a sus conocimientos históricos y a su sensibilidad religiosa ecuménica y evangelizadora. Recorrió lugares y monasterios sagrados para el clasicismo griego y el cristianismo oriental, siempre con ánimo bondadoso y conciliador. Frases

como: «Seré amable con todos como si no tuviera otra cosa que hacer que ocuparme de cada uno» *(Diario del alma,* 303), o «Proseguiré con mi esfuerzo tranquilo por ser por encima de todo bueno y benigno, sin debilidades, pero con perseverancia y paciencia para con todos» (ibid., 307), aparecen en su diario de aquellos años. Ni la idiosincrasia local ni las consecuencias, luego, de la segunda guerra mundial hacían siempre fáciles las aspiraciones del delegado apostólico. Por otra parte, en un mundo tan ajeno a su tierra natal, mons. Roncalli supo culminar algunos de los meritorios trabajos de investigación histórica que logró publicar. Así, *Actas de la visita apostólica de San Carlos Borromeo a Bérgamo* (1936) y *Los comienzos del Seminario de Bérgamo y San Carlos Borromeo. Notas históricas con una introducción sobre el Concilio de Trento y la fundación de los primeros seminarios* (1939).

En las vísperas de la Navidad de 1944 el papa Pío XII, con sorpresa de muchos y del propio mons. Roncalli, le nombraba nuncio apostólico en Francia. Hizo diligentemente sus maletas y, tras haber mantenido en el Vaticano una conversación con el papa Pacelli, el 1 de enero de 1945, presentaba ya sus cartas credenciales al general Charles de Gaulle, presidente del gobierno provisional de la República Francesa. A pesar del trasiego y la precipitación, el nuncio Roncalli no había perdido la serenidad de su alma. Por una parte a mons. Pappalardo, en carta de 26 de diciembre de 1944, le decía:

> «No habiendo buscado ni imaginado nada de cuanto me ha sucedido, gozo de gran paz de corazon y de una serena confianza en el Señor» *(Diario del alma,* 342)

De otro lado, a sus familiares, en tono mucho más llano, les explicaba que, como Habacuc, se había sentido cogido por los cabellos y transportado de repente de Estambul a París. Incluso echaba mano de un refrán latino para, quitando importancia a su nombramiento, hacerles saber que «cuando no hay caballos tienen que trotar los burros».

La Nunciatura de mons Roncalli en París duraría desde enero de 1945 hasta enero de 1953. Tanto en el tejido social de Francia como en los asuntos de relación de la Santa Sede con el Estado francés, y en la provisión de las diócesis que al Nuncio le correspondía gestionar, estaba aún muy viva la huella de la

segunda guerra mundial. Roncalli supo alternar la habilidad diplomática, basada en la llaneza y sinceridad del trato, con sus desvelos pastorales a favor de los que habían sufrido las consecuencias del conflicto bélico. Dejó en Francia, lo mismo entre las autoridades civiles que en la Iglesia o en el pueblo, un aroma de intensa y religiosa humanidad, como se deduce de muchos testimonios contemporáneos. Siendo Nuncio en París, en abril de 1950, de regreso de una breve estancia en Argelia y Túnez, visitó privadamente algunos santuarios y localidades españolas como Cádiz, Sevilla, Granada, Córdoba, Toledo, Madrid, Burgos y San Sebastián. De todas esas visitas quedaron testimonios y anécdotas que tenían que ver con su piedad, su amabilidad y su buen humor.

Roncalli, patriarca de Venecia

El año 1953 se abrió para mons. Roncalli con nuevas e inesperadas perspectivas. El papa Pío XII le creaba cardenal el 12 de enero y sólo tres días después anunciaba su nombramiento para Patriarca de Venecia. En ambas circunstancias dio prueba de su profunda serenidad espiritual. Siguiendo una vieja tradición, recibió la birreta cardenalicia de manos del Presidente de Francia, a la sazón el socialista Vincent Auriol, en brillante ceremonia celebrada el 15 de enero en el palacio del Elíseo, que se convirtió en su despedida de Francia. Ya en una ocasión semejante, el Nuncio había remitido a su hermano Saverio su interpretación del acto protocolario tan sencilla y candorosa como ésta:

> «Ayer tarde me encontraba en el esplendor más fulgurante de París, en el Palacio del Elíseo, que es la residencia del Presidente de la República. Allí me acordaba de la Colombera. Me parecía estar viendo a nuestra madre asomar por alguna parte y exclamar: "Virgen Santísima, hay que ver a dónde ha llegado mi Angelino"» (Carta, de 1 de enero de 1950).

Su designación para regir como cardenal la importante y antigua diócesis de Venecia la recibió con honda conmoción espiritual. Era, por fin, la oportunidad de ser y actuar como verdadero pastor de almas, su más secreta vocación. Buena prueba de

ello se encuentra en la homilia de su presentacion a los fieles de Venecia ante los que comparecio el 15 de marzo de 1953 En ella les dijo, entre otras cosas

> «Desde que naci no he pensado nunca mas que en ser sacerdo te No hay cosa que mas me interese Vengo de gente humilde y fui educado en una pobreza gozosa y bendita Desde que me vi joven sacerdote no aspiraba a otra cosa que a ser un buen cura rural Pero la Providencia me hizo recorrer los caminos del mundo en Oriente y Occidente antes de llegar aqui Siempre me he preocupado mas de lo que une que de lo que separa Asi sera mi ministe rio entre vosotros No mireis, pues, a vuestro patriarca como a un politico o a un diplomatico Buscad al sacerdote, al pastor de almas que ejerce entre vosotros su oficio en nombre de nuestro Señor»

Angelo Giuseppe Roncalli, como nuevo cardenal-patriarca de Venecia, dio rienda suelta a su vocación pastoral y a su estilo de gobierno basado en la solicitud y en la bondad de corazón Era el tono de sus visitas pastorales y de su trato con sacerdotes y fieles Habiendo superado ya para entonces los setenta años de edad, se consideraba en la plenitud de su sacerdocio y en el comienzo del declinar de su vida De ahí que en uno de sus múltiples retiros espirituales, en junio de 1954, redactara su testamento espiritual y algunas disposiciones consiguientes que luego, ya Papa, completaría con una nota escrita el 12 de septiembre de 1961, según consta en su *Diario del alma* (p 427)

En el verano de 1954 el Cardenal Roncalli hizo un segundo viaje a España que el planteaba como *peregrinacion* ya que se proponia visitar los lugares y las memorias mas estelares de la espiritualidad española Entre el 15 y el 28 de julio visito Loyola, Javier, Covadonga, Santiago de Compostela, Alba de Tormes, Ávila, Zaragoza, Montserrat y Manresa entre otros lugares y santuarios De este su segundo periplo español dejó constancia personal en apuntes y reflexiones que fueron publicadas y glosadas por uno de sus acompañantes (cf J I Tellechea, *Estuvo entre nosotros,* Madrid 2000)

La placidez de su pontificado veneciano y su gustosa inmersión en la pastoral diocesana, entre cuyos afanes habia celebrado el 10 de agosto de 1954 sus bodas de oro sacerdotales, se interrumpieron y quedarían definitivamente modificadas

con la muerte de Pío XII, ocurrida el 9 de octubre de 1958. Los acontecimientos iban a precipitarse inesperadamente para el Patriarca.

Tres días después, el 12, partía para Roma con escaso equipaje y la esperanza de regresar pronto a su sede. El 25 dio comienzo el cónclave para la elección del sucesor de Pío XII. En la tarde el 28, tras once votaciones, resultó elegido el cardenal Angelo Giuseppe Roncalli, patriarca de Venecia.

A pesar de lo sorpresivo de la elección aceptó con serenidad, diciendo pausadamente: «Inclino la cabeza y la espalda ante el cáliz de la amargura y el yugo de la cruz». Enseguida respondió al preguntársele sobre el nombre que elegiría: *«Vocabor Joannes»* («Me llamaré Juan»), y aportó como razones, entre otras, que Juan se llamaba su padre y que el de Juan era el nombre más común entre los papas ya que 22 habían llevado ese nombre.

> «Casi todos —explicó el recién elegido Juan XXIII— tuvieron un pontificado muy breve. He preferido esconder la pequeñez de mi nombre detrás de esa magnífica galería de pontífices romanos».

Tenía Juan XXIII setenta y siete años. La liturgia de su coronación papal tuvo lugar, por especial deseo suyo, el 4 de noviembre, fiesta de su admirado San Carlos Borromeo. Así se lo hacía saber a su gran amigo el arzobispo Montini, a la sazón arzobispo de Milán, en carta escrita momentos antes de bajar a la Basílica de San Pedro para la solemne ceremonia. En la misma carta, de 4 de noviembre de 1958, tras anunciarle a Montini su propósito de nombrarle cardenal, le decía:

> «Puesto que en todo lo que me ha ocurrido no hay nada que sea mío, excepto el "suscipe, Domine, universam meam libertatem", permanezco absolutamente tranquilo frente a cualquier acontecimiento».

Ya para entonces había circulado por el mundo entero la previsión de que sería el del papa Roncalli un pontificado «de mera transición». Pronto se conocieron los primeros destellos de su talante sencillo, bondadoso y sereno y algunos rasgos de su atrayente y sorpresiva personalidad.

Juan XXIII llama a Concilio

No habían pasado tres meses de su elección, cuando el 25 de enero de 1959 anunciaba, en el curso de un acto litúrgico celebrado en la Basílica de San Pablo Extramuros, su propósito de poner en marcha la revisión del Código de derecho canónico, la celebración de un sínodo para la diócesis de Roma y, sobre todo, la convocatoria de un concilio ecuménico. La sorpresa dentro y fuera de la Iglesia fue inmensa. Pero él mismo anotaría más tarde en su diario, durante el retiro preparatorio al concilio que practicó en el Vaticano del 8 al 16 de septiembre de 1962, lo siguiente: «El primer sorprendido ante esta propuesta mía fui yo mismo ya que nadie me había hablado de tal cosa» *(Diario del alma,* 407).

Desde el momento del audaz anuncio del concilio, el pontificado de Juan XXIII quedó marcado por la magnitud de la tarea de prepararlo y por las esperanzas que universalmente suscitó su convocatoria. Sería sólo dos años más tarde, el 25 de enero de 1961, cuando por medio de la carta apostólica *Humanae salutis,* haría oficial la convocatoria, fijando luego el 11 de octubre de 1962 para su comienzo.

Entre tanto, el 29 de junio de 1959, día del Apóstol San Pedro, publicó la primera encíclica de su pontificado con el título de *Ad Petri cathedram.* La encíclica pasó un tanto inadvertida pero en ella latía entero el optimismo eclesial de Juan XXIII. Dentro del mismo año haría públicas otras tres: *Sacerdotii nostri primordia,* en el centenario de la muerte del Cura de Ars, *Grata recordatio,* sobre la devoción al santo rosario, y *Princeps pastorum,* en el XL aniversario de la *Maximum illud* de Benedicto XV.

En mayo de 1961, en medio de los afanes crecientes de la preparación del Vaticano II, apareció la encíclica *Mater et Magistra,* una de las joyas de su pontificado. Con el pretexto de conmemorar el LXX aniversario de la *Rerum novarum* de León XIII, exponía en ella su visión de la Iglesia en el mundo contemporáneo. Era el mejor anticipo posible del concilio y desarrollaba ya todo el pensamiento eclesial de Juan XXIII desde su rica sensibilidad histórica y pastoral. Todavía dentro del mismo año, el 11 de noviembre, daría a conocer otra encíclica, *Aeterna Dei,* al cumplirse el XV centenario de la muerte de San León Magno.

En ese mismo mes de noviembre, el día 25, Juan XXIII cumplía los ochenta años. Durante los ejercicios espirituales con que quiso celebrarlos (del 26 de noviembre al 2 de diciembre) escribió en su *Diario del alma* la siguiente confesión:

> «Disfruto de la complacencia que me proporciona la fidelidad de mis prácticas piadosas: santa misa, oficio divino, rezo meditado de las tres partes del rosario, unión continua con Dios y con las cosas espirituales» *(Diario del alma,* 400).

En esos mismos días revisó y actualizó el testamento que había redactado siendo patriarca de Venecia, en 1954. De ese su testamento son estos párrafos que bien manifiestan la calidad de su espíritu y la pureza de su alma:

> «Nacido pobre pero de gente humilde y honrada, me siento particularmente contento de morir pobre» [...]; «doy gracias a Dios por esta gracia de la pobreza, de la que hice voto en mi juventud, pobreza de espíritu y pobreza real que me ayudó a no pedir nunca nada, ni puestos ni dinero ni favores: nunca, ni para mí ni para mis parientes o amigos»; «a mi querida familia, según la sangre, de la que no recibí riqueza material alguna, no puedo dejarle más que una grande y especialísima bendición» *(Diario del alma,* 425).

Y refiriéndose a la muerte, referencia que es serenamente habitual en sus notas espirituales, consignaba en su testamento:

> «Espero y acogeré sencilla y gozosamente la llegada de la hermana muerte en las circunstancias en que al Señor le plazca enviármela» (ibid., 427).
>
> «[...] vestimentas y cruces o anillos, que se vendan y se dé el dinero a los pobres de Venecia» (ibid., 428).

Su testamento espiritual (ibid., 424-437) fue publicado en *L'Osservatore Romano* del 7 de junio de 1963, a los cuatro días de su muerte.

El 1962 iba a ser ya el año de la apertura del Concilio. Pero también el tiempo en que se manifestara la enfermedad que habría de poner fin a su vida. El 1 de julio de este año publicó la encíclica *Poenitentiam agere,* en la que pedía oraciones y sacrificios por el éxito del Vaticano II. Tras el mismo objetivo realizó sendas peregrinaciones a Loreto y a Asís, dos lugares muy queridos para él.

Con el 11 de octubre llegó la fecha de la inauguración del magno acontecimiento de su pontificado y de la historia recien-

te de la Iglesia. El alcance histórico y eclesial de la ceremonia lo sintetizó Juan XXIII así en su *Diario del alma:*

> «Este día marca la inauguración solemne del Concilio Ecuménico. Doy gracias a Dios por haberme hecho no indigno del honor de abrir en su nombre este comienzo de grandes gracias para su santa Iglesia. Él dispuso que la primera ráfaga que preparó durante tres años este acontecimiento brotase de mi boca y de mi corazón. Estaba bien dispuesto a renunciar a la alegría de este comienzo. Con la misma calma repito ahora el "fiat voluntas tua"».

Con ánimo sereno y confiado pero ya con las molestias y limitaciones propias del proceso canceroso que soportaba, Juan XXIII afrontó los trabajos y tensiones que se derivaban de la celebración del Concilio y de la atención a los padres conciliares y a las personalidades y representaciones presentes en el Vaticano durante la sesión conciliar. Pretendía infundir en todos la serenidad y la audacia apostólica que a él le alentaban. Trataba de neutralizar el derrotismo de los que veían en el mundo, y aun en el Concilio, peligros y amenazas más que razones para la esperanza. Ya lo había dicho en su discurso de la sesión inaugural:

> «Me parece que tengo que disentir de estos profetas de desventuras que no anuncian más que acontecimientos infaustos».

El 8 de diciembre el papa Juan XXIII cerraba con un discurso de agradecimiento y estímulo para todos, de hondo y confiado espíritu de abandono en la Providencia, la primera sesión del Concilio Vaticano II. En su despedida de los dos mil doscientos obispos presentes los convocaba para la segunda sesión conciliar, prevista para septiembre de 1963. Era él el que no asistiría ya a esa cita.

Al encuentro con la hermana muerte

Ya antes del cierre de la primera sesión, en el otoño de 1962, los médicos habían alertado a Juan XXIII de la gravedad de su dolencia tumoral y de la rápida evolución de su proceso. El Papa entendió que le quedaban pocos meses de vida y decidió sabia y serenamente, dentro de la normalidad de su trabajo, de-

dicar sus mejores esfuerzos a la causa de la paz, entendida como un don y como una prioridad para la Iglesia y para el mundo de su tiempo.

Así 1963 sería el año de su muerte pero también el de la entrega a la Iglesia y al mundo de la gran encíclica de su pontificado: *Pacem in terris.* Quiso que fuera publicada el 11 de abril, día de Jueves Santo, como un acto de amor, y en su encabezamiento introdujo la novedad de dirigírsela no sólo a la Iglesia sino también «a todos los hombres de buena voluntad». La aceptación de esta encíclica postrera de Juan XXIII fue intensa y jubilosa en la Iglesia y más allá de sus fronteras. Fue entendida como un gran regalo para la humanidad, como la herencia doctrinal que el papa Juan dejaba a la Iglesia y a sus hermanos los hombres.

Unas semanas después, el 10 de mayo, la prestigiosa «Fundación Eugenio Balzán» entregaba al papa el Premio Internacional de la Paz. Juan XXIII, en su última salida del Vaticano, acudió a recibirlo al Palacio del Quirinal, residencia del Presidente de la República Italiana y antiguo palacio de los papas. Sus condiciones de salud eran ya precarias y el gesto papal era una vez más novedoso y hasta revolucionario, ya que ponía fin, en ese punto, a un distanciamiento institucional entre el Papado y el Estado Italiano que había durado más de un siglo. Era, por su parte, otro gesto de paz.

El 20 de mayo celebró el papa las últimas audiencias. El 22, víspera de la Ascensión, habló por última vez a los fieles congregados en la Plaza de San Pedro para el rezo del *Regina coeli.* Con voz tenue pero animosa invitó a todos a mirar al cielo siguiendo a Cristo resucitado. El 23 tuvo que limitarse ya a recitar la oración y bendecir a la multitud sin añadir una sola palabra. Era su despedida amable y silenciosa. El 31 recibió piadosamente los santos sacramentos e hizo las últimas recomendaciones personales y ministeriales. La enfermedad había entrado en estado crítico. Finalmente, el 3 de junio, coincidiendo con el final de la misa que se celebraba en la plaza de San Pedro, a las 19,49 horas, expiraba serena y santamente. La inmensa multitud que se apiñaba en la plaza y el mundo entero que seguía con intensa emoción su larga agonía, conocieron la triste noticia al ilu-

minarse la ventana del apartamento pontificio. Era el púlpito, ya vacío, desde el que Juan XXIII, como «párroco del mundo», había hecho llegar a todos sus luminosos y entrañables mensajes.

Mons. Loris Capovilla, su secretario privado y la persona más próxima al papa ya desde sus tiempos de Venecia, describió sus últimas horas, rodeadas del cariño universal, «como una solemne misa papal en la que Juan XXIII había enseñado a la humanidad la belleza del bien morir». Por su parte, el P. Giulio Bevilacqua, su paisano y amigo, revelaba una de las últimas confidencias del Papa: «Ahora entiendo cuál ha de ser mi aportación personal al Concilio: mis sufrimientos».

Tampoco el sentido ecuménico que perfumó su entero pontificado le abandonó en el lecho de su muerte. Así lo manifiesta esta confesión postrera:

> «El secreto de mi sacerdocio esta en el crucifijo que he colocado enfrente de mi cama El me mira y yo le hablo En las largas y frecuentes conversaciones nocturnas, el pensamiento de la redencion del mundo me ha parecido mas urgente que nunca "Tengo otras ovejas que no son de este rebaño" (Jn 10,16)»

Juan XXIII contaba, a la hora de fallecer, 81 años y 6 meses. Había cumplido 59 de sacerdocio, 38 de episcopado y 5 de papado. Tras los solemnes funerales oficiados en la Basílica y Plaza de San Pedro con presencia de representaciones de todo el mundo religioso, político y laico, en una especie de plebiscito universal de afecto y agradecimiento, sus restos fueron enterrados en la cripta papal, bajo la basílica vaticana. Allí, desde el primer momento y ya sin cesar, recibieron el homenaje de los fieles a su memoria, para todos bendita.

La espiritualidad de Juan XXIII

La muerte de Juan XXIII había dejado en la Iglesia y en el mundo entero un intenso olor de santidad. En cuanto se escribió y dijo a su muerte, aparecían siempre, como denominador común, su sencillez y afabilidad, su serena audacia pastoral, su abandono confiado a la Providencia, su cercanía humana y espiritual, su buen humor habitual. Y, por encima de todo, su bon-

dad de corazón y de trato. De ahí surgiría enseguida el cariñoso apelativo de «Papa bueno» que le fue universalmente atribuido.

Pero la lectura de sus cartas personales y de su *Diario del alma,* que él consideraba el espejo fiel de su vida y de su espíritu, revela que ni su bondad era simple campechanía bonachona ni su santidad mera apariencia. En las páginas de este diario, al que fue fiel desde que era seminarista hasta poco antes de su muerte, hay pruebas evidentes de su esfuerzo diario y tenaz por ser bueno y santo además de parecerlo. La vida espiritual de Juan XXIII se presenta como un ejercicio continuado de ascética y de piedad. Era fiel a sus devociones diarias, las más comunes y tradicionales, y fidelísimo a la práctica de ejercicios espirituales y retiros frecuentes. Sus reflexiones y anotaciones personales en ellas, son el nervio central del *Diario del alma,* el mejor testimonio del cuidado exquisito y esforzado que ponía en su vida interior.

Valga un ramillete de algunos de sus pensamientos y propósitos para entender mejor su nítida y sencilla espiritualidad.

El abandono a la Providencia llena toda su vida, pero aparece formulado lo mismo en sus retiros de joven sacerdote que siendo ya papa. «Mantenerme siempre abandonado a la Divina Providencia» es una de las seis máximas que formulara en un retiro en Castel Gandolfo, en agosto de 1961, con la siguiente conclusión:

> «El papa ha de permanecer tranquilo ante cualquier acontecimiento. Serán la Providencia y la bondad las que guíen mis pasos» *(Diario del alma,* 391).

La aspiración a la santidad es otra de las constantes de su vida interior. Así lo consigna en un retiro de sus tiempos de Bulgaria, en 1928:

> «En este retiro he sentido una vez más y de forma intensa la obligación que tengo de ser santo de verdad» (ibid., 288).

Y así lo ratifica ya en el Vaticano, en agosto de 1961:

> «Estoy muy lejos de ser santo pero el deseo y la voluntad de serlo los siento vivos y decididos. Ya que todos me llaman Santo Padre debo y quiero serlo de verdad» (ibid., 382).

Él mismo, al cumplir el primer aniversario de su pontificado, el 5 de diciembre de 1959, se confiesa sencillamente audaz:

> «Me siento siempre "en obediencia" y constato que el sentirme así, in magnis et in minimis, otorga a mi pequeñez tanta fuerza de sencillez audaz que, siendo tan evangelica, reclama y consigue respeto general y es motivo de edificación para muchos» (ibid , 378)

Por lo que se refiere a su bondad, el *Diario del alma* la presenta no como un corolario de su buena pasta psicológica sino como el resultado de su trabajo esforzado y perseverante en la virtud. En noviembre de 1927, al llegar a Eslovenia, escribe:

> «En mi relacion con todos, catolicos u ortodoxos, chicos o grandes, tratare de dejar siempre una huella de dignidad y de bondad, de bondad luminosa y de dignidad amable» (ibid , 286)

No siempre le resultaría tan fácil cuando, en 1930 y también en Bulgaria, anotaba lo siguiente: «Me dejaré aplastar, pero quiero ser paciente y bueno hasta el heroísmo» (ibid., 293).

Esta *dignidad amable* y esta *bondad luminosa* eran la mejor herencia que Juan XXIII había dejado a los cristianos y a todos los hombres de buena voluntad.

Bajo los auspicios de Pablo VI, el 21 de diciembre de 1974, se abrió el proceso ordinario para su posible beatificación. Fue ya Juan Pablo II quien proclamó la heroicidad de sus virtudes y lo declaró beato el 3 de septiembre del año jubilar 2000. Su beatificación estuvo acompañada de la de otros cuatro *siervos de Dios:* el papa Pío IX (1846-1878), el arzobispo de Génova Tomás Reggio, el fundador de los marianistas Guillermo José Chaminade y el monje benedictino Dom Columba Marmión La hermana Caterina Capitani, religiosa de la Caridad, que en 1966 había quedado milagrosamente curada de una severa afección estomacal por intercesión de Juan XXIII, como se acreditó durante el proceso, estuvo presente en la solemnísima ceremonia de su beatificación.

JOAQUIN L ORTEGA

Bibliografía

CAPOVILLA, L , *Giovanni XXIII, un santo della mia parrocchia* (Bergamo 1993)
GONZALEZ BALADO, J L , *Vida de Juan XXIII* (Madrid 1995)
— *El bendito Juan XXIII* (Madrid 2003)
JUAN XXIII, *Il Giornale dell'anima e altri scritti di pieta* (Roma 1964), ed española *Diario del alma* (Madrid 1964)
— *Mensaje espiritual* (Madrid 1969)
— *Cartas a sus familiares* (Madrid ^{2}1978)

MARTIN DESCALZO, J. L. (dir.), *El Concilio de Juan y Pablo. Documentos pontificios sobre la preparación, desarrollo e interpretación del Vaticano II* (Madrid 1963).
ORTEGA, J. L., «La luminosa bondad del Papa bueno»: *Alfa y Omega* (14-9-2000).
ROUQUETTE, R., *Le mystère Roncalli* (París 1963).
TELLECHEA IDIGORAS, J. I., *Estuvo entre nosotros. Mis recuerdos de Juan XXIII en España* (Madrid 2000).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTA CLOTILDE
Reina († 545)

Clotilde fue la esposa del rey de los francos Clodoveo, en cuya conversión al catolicismo se dice haber tenido tanta parte. Su santidad de vida admiró a sus contemporáneos y dejó una estela de lo que puede la mansedumbre y el amor cristianos cuando se practican con profundidad.

Ella era hija del rey Chilperico de Borgoña y era católica, pese a que muchos de sus parientes eran arrianos. Contrajo matrimonio en 492 con Clodoveo, el rey de los francos, que entonces era pagano y poco amigo del cristianismo. Consiguió licencia de su esposo para bautizar a su primer hijo pero la muerte del niño aquel mismo día hizo dudar al rey de la prometida protección del Dios cristiano. Logró ella licencia para bautizar al segundo hijo que, aunque enfermo, logró sobrevivir, y habiéndose encomendado los soldados francos al Dios de Clotilde, la batalla que ganaron movió al rey a cumplir la promesa que había hecho de bautizarse si se lograba la victoria. La preparación al bautismo estuvo bajo la dirección de San Remigio, obispo de Reims. Por fin el rey se bautizó el año 496. Muchos francos siguieron su ejemplo.

Muerto el rey en 511, a Clotilde le quedaban muchos años en los que tuvo que sufrir no pocos problemas familiares, empezando por el asesinato de su hijo Clodomiro, cuyos hijos adoptó, y luego el de dos de sus nietos. Clotilde dejó París y se fue a vivir a Tours junto a la basílica de San Martín, dedicando su vida a la piedad y las buenas obras, singularmente a las obras de misericordia. En esta cristiana forma de conducta perseveró hasta su muerte el 3 de junio del año 545.

SAN COEMGENO
Abad († 618)

Coemgeno o Caoimhghin o Kevin, como más comúnmente se le llama en Irlanda, es un santo de cuya juventud se conoce poco, aunque se tiene por seguro que pertenecía a la nobleza de Leinster, que fue bautizado por San Cronan y que fue educado en el monasterio de Kilmanach, junto a Dublín, por San Petroc. Luego de su ordenación hizo vida solitaria durante unos años, pero luego se reunieron junto a él discípulos y con ellos fundó el monasterio de Glendalough, del que él fue abad.

Rigió santamente el monasterio durante muchos años, y al morir con 120 años de edad, fue enseguida venerado como santo, surgiendo muchas leyendas en torno a su memoria. Es uno de los santos patronos de Dublín.

SAN ISAAC DE CÓRDOBA
Monje y mártir († 851)

Isaac era hijo de padres ricos, vecinos de Córdoba y cristianos, los cuales dieron a su hijo una magnífica instrucción. Conociendo a la perfección el idioma árabe pudo ocupar el cargo de notario público.

Pero no le llenaba la vida secular y se decidió por la vida religiosa, ingresando como monje en el monasterio de Tábanos, situado en la sierra cordobesa. Era un monasterio doble, de hombres y mujeres, y había sido fundado por su tío paterno Jeremías, cuya esposa Isabel también se había hecho religiosa.

Era superior del monasterio el abad Martín, hermano de la citada Isabel. Llevaba Isaac tres años en dicho monasterio cuando tomó la resolución de confesar públicamente a Cristo, y por ello dejando el monasterio bajó a Córdoba y en plena plaza pública le pidió al cadí que le diera explicaciones acerca del Islam, el cual accedió a hacerlo, quizás esperando que Isaac pensaba convertirse. Pero Isaac no le dejó terminar sino que, interrumpiéndole, denostó a Mahoma como falso profeta. El cadí reaccionó abofeteando al joven monje, pero pensando si estaría loco o borracho, quiso comprobar primero si

de verdad estaba en su juicio. Cuando comprobó que lo estaba, mandó detenerlo y llevarlo a un calabozo. Seguidamente dio cuenta al Emir de lo sucedido a la vista de todos, y el Emir no titubeó en decir que Isaac merecía la muerte, como todo el que insultara a Mahoma.

Fue llevado a la orilla opuesta del Guadalquivir y decapitado el 3 de junio de 851. Su cuerpo fue colocado en un palo hacia abajo para que todos pudieran verlo y sirviera de escarmiento. Unos días más tarde fue quemado y sus cenizas arrojadas al río. Nos cuenta su historia San Eulogio de Córdoba en su libro *Memorial de los santos.*

SAN MORANDO

Presbítero († 1113)

Morando nace de noble familia en el Valle del Rin, junto a Worms, a mediados del siglo XI. Recibió adecuada educación e instrucción en la escuela catedralicia de esta ciudad, y se ordenó seguidamente de sacerdote.

Decidió hacer una peregrinación a Santiago de Compostela y en el camino fue albergado por los monjes de Cluny, de donde era entonces abad San Hugo. La vida de oración y trabajo de los monjes impresionó notablemente al peregrino, que vio que era una forma muy provechosa de gastar la vida y servir a Dios. Continuó su peregrinación, visitó la tumba del Apóstol y volvió sobre sus pasos; pero ya no se dirigió a Worms sino a Cluny, donde pidió el hábito benedictino y se hizo monje, integrándose con gran satisfacción de su espíritu en la vida de la comunidad. Fue enviado a una de las casas filiales de Auvergne.

El conde Federico Piers, un noble de la baja Alsacia, reconstruyó la iglesia de San Cristóbal, en Altkirch, y pidió a Cluny que se establecieran en ella monjes que además del culto divino evangelizaran los alrededores. Como Morando era alemán de nacimiento y conocía, por tanto, su lengua que era la hablada en aquella zona, fue enviado como superior de la nueva fundación. Este encargo lo llevó adelante con gran dedicación y realizó una magnífica labor apostólica en todo el contorno que visitó

asiduamente y con cuyos habitantes estableció cordiales relaciones. Murió el 3 de junio del año 1113 o poco después. Su culto aún está vivo en Alsacia.

BEATO ANDRÉS CACCIOLI

Presbítero († 1254)

Nacido en Spello, diócesis de Espoleto, en la Umbría, en 1194, se sintió inclinado desde muy joven al sacerdocio y en plena juventud recibió la consagración sacerdotal, siendo destinado con posterioridad a una parroquia, acompañándolo en su casa su madre y su hermana. Fue un párroco celoso y amante de sus feligreses, que le estimaban por sus virtudes. Pero permitió el Señor que murieran en breve intervalo de tiempo tanto su madre como su hermana. Y aquello le impactó al extremo de decidirse por la vida religiosa. Había oído hablar de San Francisco, y, habiendo vendido sus bienes y dado su importe a los pobres, acudió a Asís y se puso a sus pies rogándole le admitiera entre los Hermanos Menores, a lo que el santo accedió, siendo el primer presbítero recibido en la Orden.

Vivió junto a Francisco los años que a éste le quedaban de vida y tuvo la fortuna de contarse entre los que estuvieron a su lado a la hora de su muerte. La cercanía de Francisco sirvió a Andrés para estimularse más y más en la vida interior y el seguimiento de Cristo con la práctica de todas las virtudes. En 1233 viene a España y asiste al capítulo que convoca el general fray Juan Parente en la ciudad de Soria. Se atribuyó a su oración el fin de una sequía que angustiaba a los hombres de Castilla por entonces.

Vuelto a Italia, ejerció el ministerio apostólico por las provincias de Lombardía, y hubo de padecer contradicciones y amarguras, pues quería preservar el verdadero espíritu de la Orden. Vivió los últimos años en el convento llamado de Le Carceri. Murió el 3 de junio de 1254. Su culto fue confirmado por el papa Clemente XII el 25 de julio de 1738.

BEATO FRANCISCO INGLEBY

Presbítero y mártir († 1586)

Francisco Ingleby o Ingelby nace en Ripley, en el Yorkshire, hijo del caballero Guillermo Ingleby y de la noble señora Ana Mallory. El año de su nacimiento se duda si es 1551 o 1557.

Decidido por el sacerdocio, marchó al Colegio de Reims, donde realizó los estudios, ordenándose en Laon en diciembre de 1583 y marchando después a Inglaterra el 5 de abril de 1584. Inmediatamente fue apreciado por los fieles católicos de la zona de York a causa de sus magníficas cualidades y evidentes virtudes, siendo muy lamentado el hecho de su pronta prisión.

Su proceso tuvo lugar en York por el tiempo de Pentecostés del año 1586. Los jueces lo condenaron como traidor sin haberle podido achacar otra cosa que el haberse ordenado sacerdote en el extranjero y haber ejercitado el ministerio sacerdotal en Inglaterra. Quisieron forzarlo a prestar un juramento de decir la verdad, con el que pretendían sacarle los nombres de las personas católicas que le habían hospedado. Pero el mártir no cayó en el engaño. Cuando recibió la sentencia de muerte, dijo: «Credo videre bona Domini in terra viventium» (Sal 27,13). A su vuelta al castillo donde estaba preso, los católicos lo rodearon pidiéndole la bendición y él dijo: «Qué dulce juicio». El mismo carcelero elogiaría la alegría con que vivió los días posteriores a su condena. Fue ahorcado y descuartizado el 3 de junio de 1586. Fue beatificado el 22 de noviembre de 1987.

BEATO CARLOS RENATO COLLAS DU BIGNON

Presbítero y mártir († 1794)

Nace en Mayenne el 25 de agosto de 1743, hijo de un abogado del Parlamento, Esteban, llamándose su madre Renata Perrine Davoines.

Decidido por el sacerdocio, ingresó en el seminario de Angers el 10 de octubre de 1764, pasando luego a la Sociedad de San Sulpicio en 1766. Ordenado sacerdote, estuvo en el seminario de Orleáns como superior de los filósofos y luego ecónomo, pasando en 1777 al seminario de Angers y en 1785 como supe-

rior al seminario menor de Bourges. Aquí se encontraba cuando estalló la Revolución y con sus compañeros sulpicianos rehusó prestar el juramento a la constitución civil del clero, por lo que fue expulsado del seminario el 15 de junio de 1791. Con sus compañeros se marchó a una casa particular. No se expatrió sino que se quedó en Bourges, siendo arrestado en 1793 y encerrado en el exconvento de San Francisco. En diciembre estaba en la prisión Sainte-Claire. En febrero de 1794 encabeza la lista de eclesiásticos que debían ser deportados, llegando a Rochefort el 5 de mayo siguiente y siendo detenido en el Deux-Associés, barco inmundo, en el que muy pronto cae enfermo. Llevado a la llamada chalupa-hospital, murió el 3 de junio siguiente, aunque alguna fuente sitúa su muerte el 23 de mayo. En el curso de su estancia en Rochefort, dijo a un compañero: «Es verdad que somos los más desgraciados de los hombres, pero los más felices de los cristianos». Fue beatificado el 1 de octubre de 1995.

SAN PEDRO DONG

Mártir († 1862)

Hemos dejado, por respeto al *Martirologio,* el nombre de Pedro para este mártir pero no sin decir que, en las «Letras decretales de la canonización» *(AAS* 93 [1991] 378s), así como en el folleto repartido en la Cappella Papale el día de la dicha canonización, viene con el nombre de Pablo.

Nacido en Vuc-Duong en 1802, era de clase social distinguida, estaba casado y tenía varios hijos. Fervoroso cristiano, recibió de la misión el encargo de administrar los bienes de la comunidad. Una vez arrestado por ser cristiano, fue llevado a la cárcel de la capital, An Triem, donde fue golpeado y maltratado por negarse a pisar la cruz. Hizo cuanto pudo por impedir que le grabaran en la cara la expresión «falsa religión», y cuando se lo hicieron por la fuerza, consiguió que un cristiano corrigiera la expresión poniendo «verdadera» en vez de «falsa». Esto aceleró su muerte pues el mandarín dispuso que fuera decapitado. Se dijo él mismo la recomendación del alma y su última palabra fue Jesús. Murió el 3 de junio de 1862. Fue canonizado el 19 de junio de 1988.

BEATO DIEGO JOSÉ ODDI
Religioso († 1919)

José Oddi, que en religión tomó el nombre de Diego, nació en Vallinfresa, diócesis de Tivoli, Italia, el 6 de junio de 1839. A los 32 años ingresó en la Orden franciscana en el convento del Sagrado Retiro de San Francisco, de Bellegra. Como en 1871 no se permitía hacer el noviciado, entró como simple terciario. No pudo por ello vestir el hábito seráfico y llamarse fray Diego hasta el 12 de febrero de 1884. El 14 de febrero del año siguiente, completado el noviciado, emitió la profesión religiosa simple, y la solemne el 16 de mayo de 1889.

Destinado a la cuestación a favor de la comunidad, sus dotes de humildad, mansedumbre, amabilidad y caridad evangélica le atrajeron el amor de todos, siendo en todas las casas en que entraba un ángel de bondad y de consuelo, y llenando con el perfume de sus virtudes seráficas toda la zona recorrida por él. Su fe, su devoción, su atención a los humildes, su sensibilidad ante todos los problemas llevaron a muchos a encomendarse a sus oraciones y le atribuyeron ya en vida favores milagrosos. Se le atribuyó el don de profecía y la bilocación.

Alabando a la Virgen María, a la que tanto amaba, murió santamente el 3 de junio de 1919. Lo beatificó el papa Juan Pablo II el 3 de octubre de 1999.

4 de junio

A) MARTIROLOGIO

1. En Sabaria (Panonia), San Quirino († 309), obispo de Sisak, en el Ilírico, mártir.
2. En Constantinopla, San Metrófanes († 325), obispo de Bizancio, que consagró a Dios la Nueva Roma *.
3. En Milevis (Numidia), San Optato († 387), obispo *.
4. En Cornualles, San Petroco († s. VI), abad.
5. En Serviliano, del Piceno (Italia), San Gualterio o Walter († s. XIII), abad *.

6. En Cerdeña, los santos Nicolás y Train (antes del s. XII), ermitaños.

7. En Cerano (Sicilia), Beato Pacífico Ramati († 1482), presbítero, de la Orden de Menores *.

8. En Agnone, de los Abruzos, San Francisco Caracciolo († 1608), presbítero, fundador de la Congregación de Clérigos Regulares Menores **.

9. En Lecce (Apulia), Beato Felipe Smaldone († 1923), presbítero, fundador de la Congregación de Hermanas Salesianas de los Sagrados Corazones **.

10. En el campo de concentración de Dachau (Baviera), beatos Antonio Zawistowski, presbítero, y Estanislao Starowieyski († 1942), mártires *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN FRANCISCO CARACCIOLO
Presbítero y fundador († 1608)

San Francisco Caracciolo nace el 13 de octubre de 1563, el mismo año en que se clausura el Concilio de Trento. Sus biógrafos toman tal coincidencia por un presagio, pues este santo está plenamente dentro del espíritu de la reforma tridentina.

Al clausurarse el concilio fue como si la Iglesia hubiera lanzado un suspiro de alivio. Quedaba salvaguardada la integridad del dogma frente a los desvíos protestantes, se había formulado una legislación pastoral capaz de renovar el espíritu del clero y la piedad de los fieles, se habían sentado las bases justas para toda la renovación de la vida cristiana.

A mayor abundamiento, Dios había concedido a la cristiandad un Papa santo que la librase de la amenaza turca, y se mostrase decidido a aplicar con toda energía la verdadera reforma. Puso en orden la curia pontificia, exhortó a mayor austeridad a los cardenales, obligó a guardar la residencia a los obispos, envió misioneros a los países recientemente descubiertos, y según escribían los embajadores venecianos, Pío V llevaba trazas de hacer de Roma un convento.

Al inflexible dominico sucedieron los papas Gregorio XIII, Sixto V y Clemente VIII, los mismos que llenan el último tercio

del siglo XVI y las primeras fechas del XVII, contemporáneos todos de San Francisco Caracciolo.

Estamos en toda la gloria del Barroco, esa manifestación compleja que desborda el arte para invadir la literatura, el teatro y las mismas formas devocionales.

¡Qué diferencia entre los comienzos del siglo XVI y su coronación! La orgía del Renacimiento había sacudido con un viento de locura a la Ciudad Eterna. Fue una fiebre que embotó los sentidos para no ver siquiera el alcance de la rebelión de Lutero. Dios tuvo que enviar contra la urbe distraída el castigo del *sacco.* Pero, misericordioso también, le envió una racha de santos reformadores. Pudiéramos decir que abren la marcha San Cayetano y San Ignacio; pero después son pelotón, como cuando avanzan juntos los ciclistas de la «vuelta».

Se reforman las Órdenes antiguas y nacen Órdenes religiosas nuevas, atentas a las necesidades de los tiempos y como enfrentándose al protestantismo. Ellos negaban el valor de las buenas obras, el culto a la Eucaristía, la eficacia de la confesión, la veneración a los santos... Las nuevas Órdenes se dedican a la enseñanza, al cuidado de los enfermos, a la educación de la juventud. Se exalta la adoración al Santísimo, hasta llegar a establecerse las «cuarenta horas», que regula Clemente VIII. La dirección espiritual llena de confesonarios los templos y San Felipe Neri emplea largas horas en este ministerio. El culto llega a fastuosidades no conocidas antes, los templos se hacen hermosos, ricamente decorados, las imágenes inflan sus ropajes desde las altas hornacinas, los cuadros tocan los temas del martirio, de la beneficencia, de los éxtasis milagrosos. El arte se pone en línea de batalla para dar réplica contundente a cada una de las negaciones protestantes.

Y con el arte, la teología en Salamanca y Alcalá, y la historia en los volúmenes de Baronio y la patrística en los de Petavio, y la mística teología en la prosa castellana de Santa Teresa y San Juan de la Cruz.

Ahora los decretos del concilio no serán cánones muertos en las colecciones sinodales. Una pléyade de santos obispos estimulará la reforma con su ejemplo. Giberti y Santo Tomás de Villanueva, San Carlos Borromeo y San Francisco de Sales, fray

Bartolomé de los Mártires y el Beato Ribera serán el ejemplo viviente para estímulo de pastores. Podemos decir con plena justicia que la época postridentina es, con el siglo XIII, el momento de mayor eclosión de santidad que ha conocido la Iglesia.

Entonces precisamente nace en un pueblo italiano de los Abruzos, en Villa Santa María, un niño hijo de familia distinguidísima en Italia y enlazada con las principales casas de aquella región y aun del reino de España Don Francisco Caracciolo y su esposa, la noble dama doña Isabella Baratuchi, tuvieron la dicha de tener cinco hijos, que consagraron al servicio del Señor, excepto el primogénito, que llevó la casa. El segundo fue el santo a que nos estamos refiriendo, a quien dieron en el bautismo el nombre de Ascanio, que después, en decisiva circunstancia, cambiaría por el de Francisco.

Puede suponerse la esmerada educación que tan ilustres progenitores darían a sus hijos. Con Ascanio, además, cualquier esfuerzo rendía copioso fruto. A los seis años le aplicaron al aprendizaje del latín, y por estar dotado de un excelente ingenio, ya a los nueve podía formar discursos y entablar conversaciones en esta lengua. No menos prodigiosos fueron sus progresos en la retórica y en las letras, haciendo su conversación agradable y elocuente, según el gusto depurado de la época.

Llegado a la juventud destinóle su padre al ejercicio de las armas Ascanio era un apuesto mancebo, de ojos negros, cabellos ensortijados, piel ligeramente morena Un joven agraciado, como los italianos del Sur, con la viveza y desenvoltura propia de esta raza de artistas.

Los autores advierten que Ascanio consiguió superar la prueba de la milicia sin menoscabo de su virtud; era un joven piadoso, devotísimo de la sagrada Eucaristía y de la Santísima Virgen, que diariamente rezaba el oficio parvo y el rosario y ayunaba los sábados. Pero estas devociones eran por entonces patrimonio de muchas almas. Propiamente en Ascanio no había surgido aún el problema vocacional. Fue necesario que Dios le visitase con la enfermedad A los veinte años hallóse cubierto de un mal repugnante que los médicos diagnosticaron como lepra Sus amigos le desampararon por temor al contagio. En tales circunstancias es cuando hace voto de abrazar el estado religioso si un milagro le devolvía la salud.

Y Ascanio curó. Marchó a Nápoles para estudiar teología. Allí visitaba las iglesias, sobre todo las menos frecuentadas de público, donde le era más fácil entregarse a la oración. Y en 1587 recibió el sacerdocio. Para hacer útil su ministerio se inscribió al año siguiente en la cofradía de los *Bianchi*, los Blancos, una congregación sita en la iglesia de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro, que se ejercitaba en oficios de caridad con los enfermos, los presos, los condenados a galeras y aun los ajusticiados. Porque Nápoles es tierra volcánica donde la sangre hierve en las venas, como la lava en el Vesubio, y donde acudían a repostar las naves del rey católico, que sin tregua ni descanso hacían la guerra a turcos y berberiscos. ¿Y quién puede contener en tierra a marinos y soldados dispuestos a compensarse de la dura disciplina del mar? Las pendencias y las reyertas estaban a la orden del día, y frecuentemente acababan en sangre. Recuérdese que Tirso de Molina sitúa en Nápoles las hazañas de Enrico, de su obra *El condenado por desconfiado.* Siendo entonces los procedimientos judiciales muy expeditivos y el virrey español inflexible en aplicar las sentencias, con esto está dicho que a los hermanos de la Cofradía de los Blancos no les faltaría tarea en que emplearse.

Por entonces vino a Nápoles un genovés, Juan Antonio Adorno, a quien San Luis Beltrán pronosticara en Valencia que había de ser fundador de una nueva religión. Comunicando tal vaticinio con su director espiritual, el padre Basilio Pignatelli, le alentó al cumplimiento de tal aviso, llevándoselo consigo a Nápoles, para que, fuera de su país —Italia estaba entonces dividida en muchos Estados—, pudiera ejecutarlo con menos obstáculos.

Ordenóse Adorno de sacerdote y se inscribió también en la Cofradía de los Blancos, y allí conoció a un pariente de Ascanio, don Fabricio Caracciolo, abad de Santa María la Mayor, hombre de mucho mérito, en quien puso los ojos para realizar sus ideas. De común acuerdo determinaron ambos escribir a un tercer pariente de nuestro santo, llamado también Ascanio, a quien dirigieron una citación. Por error del emisario la carta fue llevada no al verdadero destinatario, sino a su homónimo, quien consideró providencial la equivocación y aceptó complacidísimo in-

tervenir en aquel asunto, viendo el dedo de Dios, que así le indicaba la religión en la cual era gustoso que ingresase.

Reunidos los tres con los vínculos de la más pura caridad, se retiraron a la abadía de los padres camaldulenses, cerca de Nápoles, para redactar en el retiro y la oración las constituciones del futuro instituto, lo que llevaron a cabo en el espacio de cuarenta días.

Pasaron Adorno y Ascanio a Roma para solicitar la aprobación de la Orden del papa Sixto V, quien la reconoció con fecha del 1 de julio de 1588, dándoles el nombre de «clérigos menores». A los tres votos habituales añadían un cuarto de no aceptar dignidades eclesiásticas. Vueltos a Nápoles hicieron su profesión en manos del vicario del arzobispado en el oratorio de la Virgen del Socorro el día 9 de abril de 1589, en cuyo acto se mudó Caracciolo el nombre de Ascanio por el de Francisco, por la gran devoción que profesaba al seráfico patriarca, a quien se propondría imitar en toda su vida.

En Nápoles se les agregaron diez clérigos, completando así el número de doce, como en el colegio apostólico. Para atraer hacia el nuevo instituto las bendiciones de lo alto, ayunarían por turno a pan y agua una vez a la semana y se relevarían de hora en hora junto al Santísimo, a fin de que la adoración fuese perpetua.

Adorno pensó marchar a España para recabar de Felipe II permiso para establecer en sus reinos la nueva congregación, pues un decreto reciente del Consejo de Estado prohibía admitir nuevas religiones, por la exuberancia de fundaciones que en todas partes se llevaban a cabo. Francisco Caracciolo le acompañó, y después de un viaje penosísimo por mar llegaron a Madrid, donde les colmaron de honores, pero no encontraron solución favorable en la corte a sus demandas. Vueltos a Italia obtuvieron nueva confirmación del instituto del papa Gregorio XVI. Adorno, después de grave enfermedad, fallecía en Nápoles el 18 de febrero de 1591. Entonces fue elegido Caracciolo para sucederle en la congregación general que se celebró el día 9 de marzo de 1593, poniendo él como condición que dicho cargo sólo durase un trienio. Contaba entonces Francisco treinta años, edad considerada entonces como demasiado juvenil

para tareas de tan grave responsabilidad, pero su eminente virtud y consumada prudencia decidió la elección.

El 10 de abril de 1594 se le presentó nuevamente ocasión favorable de volver a España. Pasando de Nápoles a Madrid don Juan Bautista de Aponte, nombrado presidente del Supremo Consejo de las Indias, le invitó a acompañarle, costeándole los gastos del viaje. Sin embargo, no consiguió que se hospedase en su casa de Madrid, haciéndolo en el hospital de los italianos, con objeto de poder asistir a los pobres enfermos, en cuyo oficio y en otros no menos admirables brilló su heroica caridad para edificación de todos.

Fue al Escorial para entrevistarse con Felipe II y lograr despacho favorable a su demanda, pero halló la más tenaz oposición entre los miembros del Consejo, no logrando resultados positivos.

Sin embargo, como se agravasen los dolores de gota del rey, dio en pensar Felipe II si eran consecuencia de la negativa dada a Caracciolo, haciéndole llamar al instante para que se cumplimentase su solicitud; hecho esto, al punto cesaron los dolores. Entonces, agradecido, le remitió al arzobispo de Toledo, con orden de que se apoyase el establecimiento en España del nuevo Instituto, lo que logró con la ayuda de un caballero principal que le cedió una casa para ello. Allí se recogió el santo con algunos compañeros, ejercitándose en las funciones del confesonario y púlpito con tanto celo y notorio aprovechamiento de las almas, que mereció el nombre de predicador del amor de Dios, conciliándose con esto y su virtud la veneración de toda la corte.

Pero la persecución es patrimonio de las obras de Dios, y el mismo caballero que le protegía iba a ser el origen de la tempestad que se levantó en contra de los clérigos menores. Porque dicho señor comenzó a mezclarse en los asuntos privados de la Congregación, y como Francisco resistiese a semejante abuso, tomó tal inquina al santo que comenzó a propalar contra él y sus compañeros tal suerte de calumnias que, informado siniestramente el Consejo, dio orden de que se cerrase la iglesia y que saliesen los religiosos de la corte en el espacio de seis días.

Recibió Caracciolo con su acostumbrada mansedumbre tan terrible determinación, y pasando al Escorial logró que se sus-

pendiese la ejecución de lo mandado; pero, como los enemigos no desistiesen de molestarle, sufrió por espacio de dos años otras muchas contradicciones con admirable paciencia.

En medio de estas tribulaciones le fue preciso pasar a Italia a establecer su instituto en varias partes que lo deseaban con vivas ansias, y en Roma logró, con el favor del cardenal Montalvo, protector de la Orden, informar al papa Clemente VIII, quien, condolido de los sucesos de Madrid, le dio la más expresiva recomendación para el rey católico, que fue capaz de sosegar todas las contradicciones.

De allí volvió a Nápoles, donde la ciudad le hizo un honorífico recibimiento, arrodillándose los fieles a su paso y besándole las manos. Esto era demasiado para su humildad. Tomando el crucifijo, se hincó de rodillas en la plaza pública y pidió perdón a todos por los escándalos de su juventud.

En Nápoles le esperaba una gran alegría. Su pariente Fabricio Caracciolo, que había alentado la fundación de la nueva Orden sin decidirse a ingresar en ella, lo hizo finalmente con fecha del 15 de agosto de 1596.

En el capítulo de 1597 Francisco fue reelegido nuevamente general. Las cosas se habían sosegado en España y a Felipe II le sucedió su hijo Felipe III, que se mostró más favorable a los clérigos menores que su padre. Entonces Francisco partió por tercera vez a esta nación con cuatro de los suyos. Fundó una casa en Valladolid, donde se hallaba la corte, merced a una cuantiosa limosna que recibiera del rey. Esto fue en 1601. También fundó un colegio en Alcalá, para que sus religiosos pudieran seguir los cursos de aquella célebre universidad.

Es admirable cómo un hombre solo pudo desplegar tan asombrosa actividad y llevar a cabo tal número de fundaciones privado de recursos. Pero todavía es objeto de mayor sensación su inalterable conformidad con la voluntad divina entre tantas contradicciones como padeció, sin que saliera de sus labios la más mínima queja contra sus opositores. Aunque agasajado en medio de las cortes, supo conservarse pobre y humilde. En este punto están concordes todos los que le conocieron. Se tenía por el más despreciable de los pecadores y nada le ofendía tanto como la estimación y aplauso que hacían de su persona.

Tampoco se dispensó de la mortificación en medio de su ajetreada vida. Ayunaba a pan y agua tres días a la semana, añadiendo a éstos en el Adviento, Cuaresma y cuarenta días precedentes a la Asunción de la Virgen muy sangrientas disciplinas, que destrozaban sus carnes. De continuo llevaba pegado al cuerpo un jubón de cilicio, sobre una plancha de hierro adherida a la carne, que costó mucho trabajo despegarla cuando después de su muerte se trató de amortajar su cadáver. Tan abrasado estaba del amor divino que le bastaba poner los ojos en un crucifijo para salir fuera de sí, cayendo en éxtasis y deliquios no pocas veces, acompañados de admirables resplandores de todo su rostro, consecuencia del fuego interior que le abrasaba, según aquellas palabras del salmo: «El celo de tu casa me devora».

De aquí resultaba aquella caridad sin límites para con los prójimos, por cuya salvación suspiraba incesantemente, tomando sobre sí rigurosas penitencias para satisfacer por sus pecados, pidiendo limosnas por las calles para socorrer a los pobres, privándose no pocas veces de lo necesario para socorrerlos, brillando su piedad con los enfermos que visitaba en sus casas y en los hospitales.

Su devoción a la Santísima Virgen era tal que sólo oír su dulce nombre le producía una emoción que se desbordaba en lágrimas. Fue propagador incansable de las glorias de Nuestra Señora, a la que llamaba con ternura su piadosa madre.

Después de nuevas fundaciones en Roma, donde le fue concedida la iglesia de San Lorenzo in Lucina y la de Santa Inés en la plaza Navona, consiguió de su Orden que se le exonerase del cargo de general, para mejor entregarse al retiro y a la oración. Eligió para habitación un hueco de la escalera del convento, donde se ocupaba día y noche en altísima contemplación y ejercicios de penitencia, acreditando Dios su eminente santidad con los dones de profecía, discreción de espíritus, lágrimas y milagros.

Era feliz en su nuevo género de vida cuando en 1608 fue requerido para marchar a Agnone, en el reino de Nápoles, por ofrecerle a la Orden una iglesia y casa los padres de San Felipe Neri, a fin de que estableciese allí el nuevo Instituto. Expuesto el caso al nuevo general, le ordenó que fuera personalmente, lo

que hizo al punto; pero apenas llegado a aquella tierra, presintiendo que su fin estaba próximo, pronunció estas palabras de la Escritura: «Aquí será mi descanso por los siglos». Y, en efecto, a los pocos días de su estancia en Agnone una fiebre altísima le obligó a guardar cama. En estas disposiciones escribió a los cardenales Gimnasio y Montalvo encargándoles encarecidamente la protección de su religión. Al traerle el viático se levantó del lecho para recibirlo de rodillas, y al punto entró en agonía. No cesaba de pronunciar los nombres de Jesús y de María. Sus últimas palabras fueron: «Vamos, vamos». Y como uno de los asistentes le preguntara adónde quería ir, contestó: «¡Al cielo, al cielo!». Eran las siete de la tarde del 4 de junio de 1608 cuando entregó su alma al Creador. Tenía cuarenta y cuatro años.

Su cuerpo, que desde el instante de expirar despedía una suave fragancia, fue expuesto por tres días a la veneración de los fieles, sin que durante los mismos, aun siendo riguroso verano, se notasen síntomas de descomposición. Más tarde, en 1629, fue transportado a la iglesia de Santa María la Mayor, de Nápoles, cuna de su Orden, donde se conserva. San Francisco Caracciolo fue beatificado por el papa Clemente XIV en 1769 y canonizado por Pío VII en 1807, quien mandó incluir su oficio en el breviario romano. Se le representa con una custodia en la mano, para resaltar la devoción que tuvo su Orden al Santísimo Sacramento.

CASIMIRO SÁNCHEZ ALISEDA

Bibliografía

CENCELLI, A , *Compendio storico della vita e miracoli del beato Francesco Caracciolo, fondatore dei Chierici Regolari Minori* (Roma 1769)

PISELLI, C , *Compendio della vita, virtù e doni del venerable servo di Dio P F Caracciolo* (Roma 1705), ed facsímil *S Francesco Caracciolo, fondatore dei Chierici Regolari Minori e dell'adorazione perpetua* (Roma 1989)

TAGLIALATELA, G , *Terzo centenario di S Francesco Caracciolo* (1908)

• Actualizacion

PORCARO, G , *Francesco Caracciolo* (Napoles 1967)

BEATO FELIPE SMALDONE

Presbítero y fundador († 1923)

La atención y el cuidado solícito de cuantos sufren discapacidades, de orden psíquico o físico, ha sido distintivo constante de los seguidores de Cristo y ha provocado el nacimiento en la Iglesia de congregaciones religiosas y asociaciones de fieles, que manifiestan ante el mundo la multiforme caridad de Dios, palpable en sus hijos, cercana a cuantos padecen, en su cuerpo o en su espíritu, el peso de deficiencias y malformaciones y, tantas veces, de la injusticia o marginación de sus semejantes. Tal atención, compartida por muchos hombres y mujeres de buena voluntad de nuestros días, bien puede ser calificada de «signo de los tiempos», augurio de una sociedad más solidaria y fraterna, en que los discapacitados encuentren acogida y lugar digno.

Para los creyentes en Cristo, para el Beato Felipe Smaldone, esta entrega generosa y sin reservas a los disminuidos físicos o psíquicos dimana del amor de Jesús, que «todo lo hizo bien: hizo oír a los sordos y hablar a los mudos» (Mc 7,37). No sólo personalmente este sacerdote diocesano del mediodía de Italia siguió la pauta del divino Maestro, médico corporal y espiritual, sino que dotó a la Iglesia, por el carisma recibido del Espíritu, de una nueva congregación que cuidara maternalmente e instruyera adecuadamente a los sordomudos.

Nació Felipe Smaldone en Nápoles el 27 de julio de 1848. En su adolescencia y juventud, vivió los tiempos difíciles para la Iglesia del conflicto por la unidad de Italia. A esta unidad política quedó agregado el Reino de Nápoles, en el que surgieron no pocos atropellos y persecuciones hacia la comunidad católica porque en la contienda eran beligerantes el papado y los Estados pontificios. A pesar de las dificultades ambientes, Felipe decidió hacerse sacerdote a los 12 años.

Desde sus tiempos de seminarista vio nacer en su corazón una preocupación especial y una compasión profunda por los que se veían privados del oído o del habla: pobres criaturas, pobres de espíritu, pobres en bienes intelectuales, a cuyo corazón y mente faltaba la luz de la fe. Empezó ya entonces a atender a estos discapacitados con vivo interés y ánimo apostólico. Adoctrinado por el Apóstol, Felipe sabía que la fe entra por oír la

predicación (Rom 10,17). Parecía, pues, que los sordomudos quedaban al margen de la escucha del Evangelio y de la proclamación de la fe.

Ordenado sacerdote el 23 de septiembre de 1871, renueva e intensifica su apostolado. Entonces ya se siente completamente absorbido por el ministerio que había iniciado. Con humildad, sin protagonismos, con un corazón lleno de confianza en Dios, inicia su camino sacerdotal con los sordomudos y con plena dedicación a ellos, en los Institutos de San Agustín en Nápoles y en el de Apicella en Molfetta. Quiere ser, ya en estos primeros pasos de su ministerio sacerdotal, testigo de la misericordia de Dios y de la materna solicitud de la Iglesia hacia los necesitados. Va realizándose más y más como maestro y padre de los sordomudos. Con asiduidad visita también a los enfermos y educa en la fe, por medio de la catequesis, a los niños en un oratorio-escuela que él mismo en su infancia había frecuentado.

Esta solicitud apostólica y caritativa le llevó a entregarse sin reservas, heroicamente, al cuidado de los afectados por el cólera morbo que asoló Nápoles en los meses de verano de 1884. Con su celo, arriesgó su vida. Quedó contagiado, en efecto, de la terrible enfermedad, de la que fue curado milagrosamente por la intercesión de Nuestra Señora de Pompeya, a quien del todo se había confiado.

De su trato con los sordomudos, surgió en su corazón generoso y apostólico la iniciativa de crear un instituto prioritariamente dedicado a su instrucción especializada y eficaz y a su educación. En la primavera de 1885 decidió trasladarse a Lecce, en la región de Apulia, donde abrió un colegio para sordomudos. En esta actividad, se asoció a algunas mujeres, dirigidas espiritualmente por él. Con ellas puso los cimientos de una congregación religiosa que denominó «Congregación de Hermanas Salesianas de los Sagrados Corazones». La fundación se inició el 25 de marzo de 1885, fiesta de la Encarnación y de la Anunciación a María. A estas vírgenes consagradas, Felipe les encomendó la tarea maternal de ser intermediarias de la comunicación verbal, restituyendo la voz y la palabra a quienes estaban faltos de oído. Aquel sacerdote diocesano, con la cooperación de sus religiosas, repetía en el hoy de la historia el milagro de Jesús, el

Éffeta del evangelio de Marcos (7,31-37): por su ministerio, los oídos de los alumnos se abrían y se soltaba su lengua para hablar correctamente. La congregación, fundada por don Felipe Smaldone, recibió la aprobación canónica requerida del Ordinario de la diócesis de Lecce, el siervo de Dios Salvador Luis Zola, en enero de 1895.

> «Don Smaldone —enseñó Juan Pablo II en 1985— supo ver la presencia de Cristo en la persona de los sordomudos, en él los amaba, los servía, los educaba. Dejó a su Instituto, como mensaje y como programa, la pedagogía del amor, hecha de comprensión, de paciencia, de bondad sin límites».

Este bienaventurado sacerdote diocesano, luego canónigo ejemplar de la Catedral de Lecce, vio multiplicada su labor con la ayuda de sus colaboradoras salesianas. Levantó muchas casas religiosas y colegios en varias ciudades del sur de Italia, acogió, educó e instruyó a un ingente número de sordomudos, se dedicó también a instruir a ciegos y a cuidarlos con paternal solicitud.

En su espiritualidad, cultivó especialmente la devoción y el culto a la Eucaristía, promocionando la espiritualidad eucarística que fue tan fecunda, en el siglo XIX y a principios del XX, para el progreso en la santidad de fieles, de personas consagradas y de sacerdotes. El sacerdocio, para don Smaldone, era una relación personal con Cristo. De aquí nacía su ferviente devoción a la Eucaristía: ésta era el centro de su vida, el alma de su existencia. Su fe y amor a la Eucaristía constituyeron el más firme apoyo de su apostolado fecundo en la Iglesia. Cuando lo veían celebrar sus hermanos sacerdotes, sus religiosas, sus sordomudos, lo veían transfigurado: hacía creíble el misterio del Dios hecho pan de vida con el temblor y el fervor de su fe. Animado por su espiritualidad y su apostolado eucarísticos, fundó la «Asociación de sacerdotes adoradores y de damas eucarísticas». Fue asimismo confesor prudente y sabio director de seminaristas, de sacerdotes y de comunidades religiosas.

Era hombre de una intensa vida de oración, de penitencia, de trato íntimo con Dios, que luego se manifestaba en la caridad pastoral hacia el prójimo, sobre todo hacia el más desvalido y necesitado.

Un ministerio muy solicitado y de gran provecho para las diócesis era el de la evangelización a través de las misiones populares. Don Felipe fue nombrado presidente de la Asociación de misioneros de San Francisco Javier para las misiones populares.

Tras arrostrar con paciencia cristiana, durante varios meses, su última enfermedad, entregó su postrer suspiro al Creador el día 4 de junio de 1923. Murió rodeado de fama de santidad

El periódico de Lecce, *L'Ordine,* publicó esta nota el siguiente 8 de junio·

> «Con el desaparece una de las figuras mas venerables de nues tro Cabildo Catedral, uno de los sacerdotes mas integros y mas santos Con él nuestra ciudad pierde al fundador y al director de una obra benefica y altamente humanitaria el Instituto de los sordomudos Debe ser, por lo tanto, imperecedero el reconocimiento de Lecce y de su provincia por este hombre que ha dedicado toda su vida a la regeneración espiritual de tantos seres infortunados Fue sacerdote, copia fiel del Maestro divino Paso entre nosotros haciendo el bien»

La herencia de don Smaldone, la recibieron con amor y la han cuidado sus hijas salesianas de los Sagrados Corazones: con fe, con vocación misionera —atestiguada en Brasil y en Ruanda—, con una sólida preparación en las técnicas más avanzadas de su dedicación primordial. Siguen cumpliendo y prolongando en nuestro tiempo la consigna del bienaventurado fundador:

> «Los sordomudos, mas que los que oyen y hablan, tienen necesidad de una mano amorosa y amiga que les ayude, les instruya, les ayude a ser buenos hijos y ciudadanos honestos»

En 1949 se comprobó que él había sido el único y verdadero fundador de las Hermanas Salesianas de los Sagrados Corazones. El arzobispo de Lecce inició la causa de beatificación y canonización con el proceso informativo ordinario en 1964. En 1995 el papa Juan Pablo II aprobó sus virtudes heroicas y lo declaró venerable. La Congregación para las Causas de los santos aprobó un milagro, obrado por la intercesión del siervo de Dios en Bari en 1937, aprobación ratificada en enero de 1996 por el mismo papa, el cual procedio a su beatificación. Ésta, con la del cardenal Schuster y con la de otros tres bienaventurados, fue

celebrada por Juan Pablo II en la plaza de San Pedro del Vaticano el domingo 12 de mayo de 1996.

En la homilía de la celebración eucarística, el Papa afirmó:

> «La caridad para con Dios y para con el prójimo fue intensamente vivida y encarnada por el sacerdote de Lecce Felipe Smaldone, cuya existencia se volcó en una constante atención hacia los pobres y en un extraordinario empuje apostólico. Este gran testigo de la caridad intuyó que era su deber cumplir la propia misión en el sur de Italia, dedicándose de una forma especial a la educación de los sordos para integrarlos activamente en la sociedad. Su intensa y sólida espiritualidad sacerdotal, alimentada de oración, de meditación y de penitencia también corporal, le empujó a un servicio social abierto a aquellas instituciones asistenciales que la auténtica caridad pastoral sabe suscitar. Este generoso sacerdote, perla del clero meridional, fundador de las Hermanas Salesianas de los Sagrados Corazones, dedicadas prioritariamente a la educación de los sordomudos, es hoy propuesto a la veneración de la Iglesia universal, para que todos los fieles, siguiendo su ejemplo, sepan dar testimonio del Evangelio de la caridad en nuestro tiempo, en particular mediante la solicitud hacia los más necesitados».

PERE-JOAN LLABRÉS Y MARTORELL

Bibliografía

AAS 90 (1998) 12-14.

CONGREGATIO DE CAUSIS SANCTORUM, *Canonizationis servi Dei Philippi Smaldone, sacerdotis fundatoris Sororum Salesianarum a Sacris Cordibus (1848-1923).* Relatore mons. José Luis Gutiérrez (Roma 1989).

MONTONATI, A., *Due cuori, una voce. Il beato Filippo Smaldone, apostolo dei sordomuti* (Cinisello Bálsamo 1997).

L'Osservatore Romano (12-5-1996) 10; (13/14-5-1996) 4-5.

PORSI, L., *Filippo Smaldone, apostolo dei sordomuti* (Cinisello Bálsamo 1990).

RUPPI, C. F., *Filippo Smaldone servo della carità. Fondatore Suore Salesiane dei Sacri Cuori* (Lecce 1996).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN METRÓFANES
Obispo († 325)

Metrófanes era sobrino del emperador Probo, en cuanto hijo de su hermano Domecio, el cual, tras su conversión al cristianismo, se fue a vivir a Bizancio, y allí el obispo Tito de Hera-

clea lo ordenó, siendo luego su sucesor. Le sucedió su hijo mayor Probo y luego su otro hijo Metrófanes, que es tenido por el primer obispo de Bizancio. Ciertamente lo era cuando Constantino decide trasladar a aquella hasta entonces pequeña ciudad la capital del Imperio.

Metrófanes no acudió, debido a su edad avanzada, al concilio de Nicea pero envió al presbítero Alejandro para que lo representara, y a su vuelta lo nombró su sucesor. Metrófanes recibió la visita de Constantino aquel mismo año. Murió a los siete días de ella, el 4 de junio de 325. Todos le tenían por santo y no pasó mucho tiempo sin que le dedicara una iglesia. El *Martirologio* dice que él fue el que consagró al Señor la Nueva Roma.

SAN OPTATO DE MILEVI

Obispo († 387)

Este insigne obispo tuvo por sede la ciudad de Milevi en Numidia, y se distinguió por sus escritos contra los donatistas, la herejía que tanto alteró la vida de la Iglesia africana en los siglos IV y V.

En sus escritos hizo ver que los donatistas se habían separado de la Iglesia universal, contra cuya doctrina y costumbres ellos se habían levantado, y que igualmente se habían separado de la sede de Pedro, a quien el Señor entregó las llaves de la Iglesia. Trató otros muchos temas útiles, y su enseñanza fue muy apreciada por San Agustín. Vivía aún en 384 pero tres años después parece seguro que ya había muerto. Sus obras se conservan.

SAN GUALTERIO

Abad († s. XIII)

Gualterio o Gualtiero es un abad del monasterio de Servigliano, en la diócesis de Fermo, Italia, que dejó fama de santidad y cuyo culto está comprobado a lo largo del tiempo desde el siglo XIV, pareciendo que la fecha de su santa muerte hay que ponerla a mediados del siglo XIII. El papa Inocencio X (5 de mar-

zo de 1652) concedió indulgencia plenaria a todos los fieles que visitasen la parroquia de San Marcos, de Servigliano, a donde se habían trasladado sus reliquias, desde las primeras a las segundas vísperas del día de su fiesta. Su fiesta se sigue celebrando en la diócesis de Fermo. Ahora su nombre ha sido introducido en el *Martirologio romano.*

BEATO PACÍFICO RAMATI

Presbítero († 1482)

Pacífico nace en Cerano, Italia, en el seno de la noble familia Ramati o Ramota el año 1424. Habiendo quedado huérfano cuando era muy niño, su educación fue confiada a los benedictinos de Novara, de cuyo monasterio era abad un tío suyo. Aquí se instruye convenientemente y madura su vocación religiosa pero elige la Orden franciscana y es admitido en ella por San Juan de Capistrano.

Hechos con gran aprovechamiento los estudios teológicos y ordenado sacerdote, sobresale enseguida por su ciencia religiosa, que le lleva a componer magníficos escritos, especialmente la llamada *Summa Pacifica,* muy celebrada en su tiempo. Igualmente se dedica a la predicación popular, con notable fruto de incremento de la vida cristiana en las almas. Erige en su pueblo natal una capilla que dedica a la Santísima Virgen. Atiende de modo particular a los pobres y los enfermos, brindándoles toda clase de consuelos.

Nombrado legado papal de Sixto IV para Cerdeña a fin de predicar allí la resistencia a la anunciada invasión turca de la isla, se despide de sus paisanos y marcha a la isla, donde es recibido con gran alborozo. Pero en plena predicación de la cruzada, el 4 de junio de 1482 le sorprende la muerte en Sassari con gran sentimiento de todos. Los habitantes de Cerano, al conocer su muerte, gestionaron que su cuerpo les fuera entregado, como así lograron, siendo depositado en la misma capilla de la Virgen María que él había levantado. Más tarde lo proclamaron patrono de la villa y levantaron un templo en su honor. El papa Benedicto XIV confirmó el culto que ya se le daba el 7 de julio de 1745.

BEATOS ANTONIO ZAWISTOWSKI Y ESTANISLAO STAROWIEYSKI

Martires († 1942 y 1941)

En el campo de concentracion de Dachau dieron su vida por Cristo los mártires Antonio Zawistowski, presbítero, y Estanislao de Kostka Biberstein Starowieyski, seglar, pero en fechas distintas uno y otro· el sacerdote en 1942 y el seglar en 1941, sin embargo, el *Martirologio* engloba las memorias de ambos.

El sacerdote había nacido en Strumiamy, Polonia, el 10 de noviembre de 1882, y había estudiado en el seminario de Lublín, de donde pasó a la Academia eclesiástica de Petersburgo, donde se graduó Ordenado sacerdote el año 1906, fue profesor del seminario, vicario parroquial de la catedral, censor de libros y finalmente canónigo y vicerrector del seminario Tuvo a su cargo las «Damas de la caridad» Excelente predicador y confesor, publicó varios libros. Pudo evitar su arresto con la huida, pero prefirió quedarse, siendo arrestado el 17 de noviembre de 1939 junto con los obispos de la diócesis y otros sacerdotes. Llevado al campo de concentración de Sachsenhausen, un año más tarde pasó al de Dachau Aquí trabajó cuanto le fue posible en su ministerio sacerdotal de forma clandestina. El día del Corpus de 1942 un guarda le dio un golpe a consecuencia del cual murió.

Estanislao nació en Ustrobna, Polonia, el 11 de mayo de 1895 en el seno de una noble y rica familia. Llegada la I Guerra Mundial hubo de servir en el ejército imperial austriaco, pero terminada la guerra y recuperada la independencia de Polonia se alistó en el ejército de su país y fue condecorado por su valor en la guerra contra los bolcheviques de 1920. En 1924 contrae matrimonio con la condesa María Szeptycka de Labunie y pone su residencia en Tomaszow, diócesis de Lublín. Tuvo seis hijos a cuya cristiana educación se dedicó con esmero, al tiempo que administraba los bienes familiares. En 1931 organizó la Acción Católica, de la que es elegido presidente en 1935. El papa Pío XI reconoce su labor cristiana nombrándole camarero secreto de Su Santidad. Llevaba una gran vida interior, daba un magnífico ejemplo como cristiano y estaba siempre pronto a todas las actividades apostólicas como seglar comprometido.

Llegada la guerra, es apresado por los soviéticos pero logra evadirse, y al ser ocupada su zona por los alemanes es arrestado el 19 de junio de 1940. Pasa por la cárcel de Zamosc, luego por la de Lublín, el campo de concentración de Sachsenhausen y finalmente lo llevan a Dachau, donde maltratado y enfermo no soportó las duras condiciones del campo y murió en el día de Pascua, 13 de abril de 1941.

Fueron beatificados el 13 de junio de 1999.

5 de junio

A) MARTIROLOGIO

1. La memoria de San Bonifacio († 751), obispo y mártir, evangelizador de Germania **.
2. En Egipto, santos Marciano, Nicandro, Apolonio y compañeros († s. III), mártires.
3. En Tiro de Fenicia, San Doroteo († s. IV), obispo y mártir.
4. En Auvergne (Aquitania), San Ilidio († 384), obispo.
5. En Como (Liguria), San Eutiquio († 539), obispo.
6. En Dokkum (Frisia), santos Eoban, obispo, Adelario y nueve compañeros: Vintrungo y Gualterio, presbíteros, Amundo, Sevibaldo y Bosa, diáconos, Vaccaro, Gundecaro y Atevulfo, monjes († 755), martirizados todos ellos con San Bonifacio.
7. En Córdoba (Andalucía), San Sancho († 851), mártir **.
8. En Azerigo, en los Abruzos, San Franco († 1270), ermitaño *.
9. En Hanoi (Tonkín), San Lucas Vu Van Loan († 1840), presbítero y mártir *.
10. En Tang-Ya (Tonkín), santos Domingo Toai y Domingo Huyen († 1862), mártires *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN BONIFACIO
Obispo y mártir († 755)

Bonifacio o Winfrido es justamente designado como apóstol de Alemania, si bien es verdad que ya antes de él otros mi-

sioneros habían predicado el Evangelio en diversas regiones de este territorio, y a pesar de que algunas de estas regiones, como Baviera y Turingia, constituían ya importantes núcleos de cristiandad. A él se debe, en efecto, por una parte, haber generalizado y sistematizado, mucho más que los anteriores misioneros, la evangelización de la mayor parte de Alemania, y, por otra, haber organizado de una manera definitiva la jerarquía de estos vastos territorios, procediendo en toda esta labor en inteligencia con los romanos pontífices. Mas con todo este trabajo de evangelización de Alemania y organización de sus iglesias no se agotó la actividad de este gran apóstol. Ésta comprende una segunda parte, a la que suelen atender menos los historiadores, pero que tuvo extraordinaria importancia en la vida de San Bonifacio. Es la regeneración y reorganización de la Iglesia de los francos, que se hallaba en gran decadencia. Así, pues, San Bonifacio es apóstol de Alemania y reorganizador de la Iglesia franca.

Llamábase Winfrido y nació hacia el año 680, según todas las probabilidades, en el territorio de Wessex, de una familia profundamente cristiana. Contando sólo cinco años, atraído por el ejemplo y las palabras de unos monjes, manifestó a sus padres el deseo de seguirlos, y, después de vencer su persistente oposición, pudo dirigirse a la escuela del monasterio de Exeter. Contaba entonces sólo siete años y durante otros siete pudo poner los más sólidos fundamentos a su formación humanística y sacerdotal. A los catorce se trasladó al monasterio de Nursling, de la diócesis de Winchester, donde, ingresado en la Orden, recorrió los estudios superiores del llamado *trivio y cuatrivio,* en los que salió tan aventajado que bien pronto pudo ser allí mismo renombrado maestro. De ello nos dejó una excelente prueba en una gramática latina que compuso en este tiempo.

Pero mucho más que en los estudios profanos, que constituían la base de la formación humanística y filosófica, aventajóse Winfrido en los eclesiásticos, que más directamente debían servirle para los ideales apostólicos que ya entonces acariciaba en su interior. Por esto consta que estudió de un modo especial la Sagrada Escritura y la dogmática o teología, tal como entonces se proponía, al mismo tiempo que realizaba los primeros ensayos de predicación entre la gente humilde y sencilla del

pueblo. Todo esto, unido a un espíritu profundamente religioso, a la práctica de todas las virtudes monásticas y a un abrasado amor de Dios y del prójimo, le prepararon convenientemente para la grande obra a que Dios lo destinaba.

Precisamente entonces eran frecuentes las salidas de Inglaterra de monjes misioneros, que partían para el centro y norte de Europa, donde se entregaban con toda su alma a la evangelización de aquellos territorios, todavía paganos. Hallábase entonces en la región de Frisia (la actual Holanda) el gran apóstol San Willibrordo, y continuamente llegaban a los monasterios de Inglaterra e Irlanda voces en demanda de nuevos misioneros. Winfrido, pues, que se hallaba a la sazón en la plenitud de su vida, sintióse llamado por Dios a este inmenso campo de apostolado, y, después de obtener, tras largas luchas, el permiso de su abad, partió para el continente, junto con otros dos compañeros, el año 716.

Mas no había llegado todavía la hora de Dios. La situación del norte de Europa era insegura, por lo cual Winfrido se convenció de que su labor apostólica sería inútil. Así pues, volvióse a su monasterio de Nursling, donde, a la muerte del abad Wimbert, trataron los monjes de elegirlo a él. No sin mucho esfuerzo consiguió, al fin, verse libre de esta dignidad, pues su única obsesión era volver al continente para entregarse de lleno a su evangelización. Convencido, pues, de que, para dar verdadera eficacia a su labor, era necesario recibir una comisión directa del Papa, dirigióse el año 718 a Roma.

Era el primer viaje que hacía a la Ciudad Eterna. El papa San Gregorio II le recibió con muestras de extraordinaria satisfacción, cambióle su nombre de Winfrido por el de Bonifacio; instruyóle ampliamente sobre el modo de introducir en los pueblos germanos la doctrina cristiana, la liturgia y administración romana, y en la primavera de 719 le dio una comisión especial para los pueblos del centro de Europa.

Atravesando, pues, Bonifacio la Baviera y el centro de Alemania dirigióse a Frisia, donde providencialmente había muerto su rey Radbod, y su sucesor, unido con los francos, se mostraba favorable a la predicación del Evangelio. Allí, pues, al lado del veterano apóstol San Willibrordo, pasó el novel misionero Bonifacio tres años. Este aprendizaje fue de grandísima utilidad

para él. Sin embargo, resistiendo a las instancias de San Willibrordo, quien, ya anciano, deseaba nombrarle sucesor suyo, y siguiendo las instrucciones del Papa, se dirigió a Hesse, donde inició su primera gran campaña de predicación. En este tiempo se le unió uno de sus más fieles colaboradores, llamado Gregorio. Para dar más firmeza y regularidad al trabajo misionero estableció pronto su primer monasterio en Amöneburg. El resultado de sus primeros trabajos fueron millares de conversiones y el establecimiento de numerosas cristiandades.

Ante las primeras noticias de los éxitos obtenidos el Papa le llamó a Roma, donde, bien informado de su espíritu y de sus métodos de predicación, así como también de los nuevos campos que se abrían al Evangelio, le consagró obispo el 30 de noviembre, fiesta de San Andrés, del año 722. A esta dignidad, que tanto ascendiente debía dar a Bonifacio, añadió el Papa una carta especial para Carlos Martel, con el objeto de que obtuviera de éste su apoyo oficial para tan importante empresa, y asimismo gran cantidad de reliquias, el *Código oficial* canónico y otras cosas que contribuían a dar mayor autoridad al misionero.

Armado, pues, Bonifacio de su nueva autoridad episcopal y de todas estas nuevas armas, dirigióse a Carlos Martel, quien, a la vista de la carta pontificia, puso al servicio del misionero todo el apoyo de su poder. En esta forma entró de nuevo Bonifacio en Alemania y se dispuso a continuar la obra comenzada en Hesse. Para ello realizó entonces una de las más sublimes hazañas de su vida misionera, con el objeto de deshacer la superstición pagana, que constituía el principal obstáculo del Evangelio. Efectivamente, en un día señalado con anticipación, para hacer presencia de gran multitud de paganos, dio con sus propias manos algunos golpes de hacha y luego hizo derribar la encina sagrada de Geismar, a la que los gentiles profesaban gran veneración. Al ver, pues, los paganos que sus dioses no hacían nada para vengar aquel ultraje, reconocieron su impotencia, y a partir de este hecho se mostraron mejor dispuestos para recibir el Evangelio. Con la madera de aquella encina hizo Bonifacio construir una iglesia dedicada a San Pedro, y a corta distancia de ella levantó el monasterio de Fritzlar, que fue en adelante uno de los puntos de apoyo de su obra misionera.

Puesta ya en marcha la misión de Hesse, el año 725 pasó a Turingia, donde ya anteriormente había sido introducido, pero no había arraigado el cristianismo, y allí continuó desarrollando su actividad apostólica. En todas partes encontraba al pueblo dispuesto a escuchar la palabra de Dios. Lo único que faltaba eran misioneros. Por esto insistió constantemente a los monasterios ingleses en demanda de nuevas fuerzas, y, en efecto, fueron llegando muchos monjes misioneros durante los años siguientes. Bien pronto fundó en Turingia, cerca de Gotha, el monasterio de Ordruf, que fue su base de operaciones en aquel territorio. Entre los nuevos misioneros son dignos de mención San Lull, que fue el sucesor de San Bonifacio en la sede de Maguncia, y San Esteban, su futuro compañero de martirio. Llegaron asimismo religiosas, que iniciaron la rama femenina del monacato en Turingia y Hesse. Entre ellas se distinguieron Santa Tecla, Santa Walburga y sobre todo la prima del mismo San Bonifacio, Santa Lioba.

Cerca de diez años hacía que trabajaba en estas regiones de Hesse y Turingia, alentado siempre por San Gregorio II, cuando este gran Papa murió en 731. Su sucesor, San Gregorio III (731-741), conociendo perfectamente el celo y la santidad de San Bonifacio, le envió en 732 el palio arzobispal, constituyéndole metropolitano de toda la Alemania al otro lado del Rhin, a lo que añadía una amplia facultad para fundar nuevos obispados en todos aquellos territorios.

Algunos años más tarde, en 737, hizo su tercer viaje a Roma, con el objeto de tratar detenidamente con el romano pontífice sobre la organización definitiva de las iglesias germanas. Entonces recibió de Gregorio III el nombramiento de legado apostólico con poder general sobre todos aquellos territorios, y en Montecassino obtuvo uno de sus mejores auxiliares, el monje San Willibald, y otros misioneros. Con estos nuevos poderes y nuevos auxiliares dirigióse, ante todo, a Baviera, cuyas cristiandades reorganizó e introdujo una plena jerarquía con los obispados de Salzburgo, Ratisbona, Freising, Passau y otros.

Una vez organizada la iglesia de Baviera, volvió a su campo de operaciones de Hesse y Turingia, donde creó los obispados de Erfurt para Turingia, Buraburg para Hesse y Wurz-

burgo para Franconia; algo más tarde organizó el obispado de Eichstätt. El año 741, mientras realizaba esta obra fundamental de estabilización de aquellas iglesias, fundó la abadía de Fulda, tan célebre en lo sucesivo, y donde debían luego descansar sus restos mortales.

Este mismo año 741 entró San Bonifacio en un nuevo campo de su actividad, al que tal vez han prestado menos atención los historiadores, y que da una idea completa de la magnitud de su obra apostólica. En efecto, su encendido amor de Dios y su celo por las almas no se contentó con la evangelización y organización de las iglesias germanas, sino que realizó también una completa regeneración y reorganización de la Iglesia en Francia. Ésta se encontraba en un estado de general decadencia. Muerto el año 741 Carlos Martel, su hijo Carlomán heredó los territorios orientales de Austrasia y Pipino los occidentales de Neustria. Entonces, el piadoso Carlomán, que conocía perfectamente el celo apostólico de San Bonifacio, le invitó para que acudiera a sus dominios con el fin de reformar la disciplina eclesiástica. Aceptó Bonifacio la invitación y comenzó al punto su tarea. Ésta se dirigió principalmente a los elementos eclesiásticos, los clérigos, obispos y monasterios. Mas, para dar más eficacia a su acción reformadora, apoyada siempre por Carlomán y más tarde por Pipino, celebró una serie de concilios, célebres en la historia de la Iglesia de Francia.

El primero tuvo lugar en Austrasia en 742. Es el primer *concilio germánico.* El resultado que con él obtuvo San Bonifacio puede juzgarse por las disposiciones reformadoras que se tomaron. Se atacó a la raíz del mal, ordenando la devolución de los bienes eclesiásticos. Se urgió el derecho de los obispos y se dieron severas disposiciones contra los vicios de simonía e incontinencia del clero. Todas estas disposiciones fueron luego proclamadas como leyes del Estado. En 743 celebráronse otros dos sínodos en Austrasia. El año siguiente solicitó también Pipino la intervención de San Bonifacio en los territorios de Neustria, donde se celebraron dos sínodos y se introdujeron todas las normas reformadoras de Austrasia. El año 745 se pudo celebrar ya un concilio general para ambos territorios. El resultado fue a todas luces visible. A los cinco años de la-

bor de San Bonifacio la Iglesia franca quedaba completamente regenerada.

El concilio general germano del año 747 fue la mejor confirmación de los resultados obtenidos por la grandiosa obra de San Bonifacio. En él todo el episcopado franco firmó la llamada *Carta de la verdadera profesión de fe y de la unidad católica* y la mandaron a Roma. De este modo toda la Germania y toda Francia quedaban, por la obra de San Bonifacio, íntimamente unidas con Roma.

Pero esto mismo señala otro punto culminante de la vida de San Bonifacio. Hasta este tiempo poseía una comisión general para todos aquellos territorios. El nuevo papa Zacarías juzgó llegado el tiempo de nombrar a San Bonifacio arzobispo de Maguncia, constituyendo esta sede como primada de Alemania y Francia. De este modo se completaba la unidad de la obra de San Bonifacio. Apenas realizado esto perdió, el mismo año 747, a su principal apoyo, Carlomán, quien se retiró a un monasterio. Pero su hermano Pipino el Breve, que unió entonces toda Francia, continuó prestándole el mismo apoyo. La obra de Bonifacio continuó, pues, produciendo los más sazonados frutos, no obstante los disturbios promovidos por algunos caracteres turbulentos.

Pero, entretanto, San Bonifacio, ya de avanzada edad, obtuvo el nombramiento de su discípulo y colaborador Lull como sucesor suyo en la sede de Maguncia. Pero su ardiente espíritu misionero no encontraba mejor descanso que el campo de sus primeros trabajos apostólicos. Dirigíase, pues, entonces a la región de Frisia, donde con aliento juvenil se entregó de lleno al trabajo misionero entre los gentiles, todavía numerosos en aquel territorio. Los primeros éxitos de esta nueva y última campaña del veterano apóstol le rejuvenecieron extraordinariamente. Sentíase allí como en su propio elemento. Organizaron las cosas para celebrar una confirmación en el campo de Dokkum; y el 5 de junio de 755, cuando esperaba a los nuevos cristianos para administrarles este sacramento, cayeron sobre él unos gentiles fanáticos y le martirizaron junto con cincuenta y dos compañeros. Enterrado primero en Utrecht, más tarde fue trasladado a Maguncia y luego a Fulda.

Con justicia se le ha dado el título de apóstol de Alemania en el más amplio sentido de la palabra. San Bonifacio es uno de los más excelentes ejemplos de los grandes misioneros de la Iglesia católica de todos los tiempos. Su encendido amor de Dios y de las almas le comunicó la fuerza necesaria para vencer las mayores dificultades y trabajar hasta derramar su sangre por la fe que predicaba. El resultado de su obra apostólica, verdaderamente admirable, se extendió a toda Alemania y a Francia.

BERNARDINO LLORCA, SI

Bibliografía

Act. SS. Boll., 5 de junio· *Vita*, de S. WILLIBALD y otros.
Art. en *Dictionnaire d'histoire et de géographie ecclésiastique.* IX: *Bishop-Boutlli* (París 1937) col.883s.
HAUCK, A., *Kirchengeschichte Deutschlands.* II· *Die Karolingerzeit* (Leipzig ⁴1912).
KURTH, G., *Saint Boniface (680-755)* (París ³1902).
LAUX, J., *Der hl. Bonifatius* (Friburgo 1922).
LESNE, E., *La hiérarchie episcopale. Provinces, métropolitains, primats en Gaule et Germanie depuis la réforme de saint Boniface jusqu'à la mort d'Hincmar 742-882* (París 1905).
LEVINSON, W , «Vitae sancti Bonifatii archiepiscopi Moguntini», en *Monumenta Germaniae Historica.* Abt. 1. *Scriptores.* 7. *Scriptores rerum germanicarum in usum scholarum separatim editi* (Hannover 1905; reimp. anastática: Hannover 1999).
SCHNÜRER, G., *Die Bekehrung der Deutschen. Bonifatius* (Paderborn 1909).
— *Kirche und Kultur im Mittelalter,* I (Paderborn 1927) 288s. Ed. española: *La Iglesia y la civilización occidental en la Edad Media,* I (Madrid 1955) 381s.
TANGL, M. VON (ed.), «S. Bonifatii et Lulli Epistolae», en *Monumenta Germaniae Historica.* Abt. 4 *Epistolae.* 3. *Epistolae selectae* (Berlín 1916)
• Actualización:
MASCHERPA, E. (ed.), *Vita e lettere di San Bonifacio* (Noci, Bari 1991).
ROMAIN, W.-P., *Bonifacio precursore dell'Europa* (Turín 1991).
TOMLIN, E. W. F., *The world of St Boniface* (Exeter 1981).

SAN SANCHO
Mártir († 851)

El martirio de este joven santo se sitúa en la próspera ciudad de Córdoba en el reinado del emir Abderramán II. Este martirio nos lo narra San Eulogio, y tiene que encuadrarse en unas muy concretas circunstancias.

Cuando se fue realizando la invasión musulmana de España, se fueron pactando convenios entre los conquistadores y la población hispana, y una parte de esos convenios era la licencia a

los cristianos para seguir practicando su religión, quedando como sometidos y por ello sujetos política y socialmente a los conquistadores. Poco a poco una parte importante de la población se pasó al Islam, pero siguió habiendo una amplia capa de población que seguía fiel a su religión cristiana y a su lengua latina. Se llegó —como señalan los historiadores— a una convivencia relativamente pacífica, sin que faltaran movimientos de signo nacionalista, diríamos hoy, que obligaban a los soberanos omeyas a contenerlos y sofocarlos en defensa de la unidad del Emirato. Estos conatos exacerbaron la suspicacia de la población descendiente de los conquistadores y tomaron las medidas de defensa que estimaron oportunas, viendo no pocas veces los árabes en estas revueltas o movimientos una connivencia de los mozárabes con los bereberes o con los españoles conversos al Islam, llamados muladíes. Se produjeron deportaciones, confiscaciones e impuestos exorbitantes, que no podían menos que provocar un generalizado descontento en la población cristiana. La población peninsular había conservado casi intacta la organización política, judiciaria, económica y también la eclesiástica. Pero se guardaban leyes coránicas, que venían a ser peligrosas para los mozárabes, como por ejemplo las blasfemias o el hablar mal contra Mahoma o el Islam, y asimismo la obligación de que todos los hijos de matrimonios mixtos tuvieran que practicar la religión islámica, no estándoles permitidos a estos hijos el abrazar la religión de la madre, el cristianismo, y, si lo hacían, ello se consideraba delito tan grave que se castigaba con la muerte. Por este motivo, a comienzos del reinado de Abderramán II, fueron martirizados los hermanos Adolfo y Juan, hijos de un matrimonio mixto de clase alta. Y parece que siempre existió cierta animosidad entre cristianos y musulmanes, pues los primeros se sentían dominados y discriminados por los segundos. Avanzado ya el reinado de Abderramán II y cuando numerosos cristianos estaban instalados en cargos de la administración civil, se empezó una política equívoca respecto a los cristianos, pidiéndoseles a los cristianos el convertirse al Islam o el asistir al menos a ceremonias oficiales en las mezquitas y a mezclarse con ellos en los espectáculos públicos, teatros, baños y festejos. Se dice que esto trajo consigo una relajación de las costumbres cristianas hasta el punto de alarmar a los cristianos

más fervorosos, y a empezar en el seno de la comunidad cristiana una evidente confrontación entre los relajados, motejados como vitizas, y los cristianos más fervorosos y atentos a la conservación de la identidad cristiana. Para San Eulogio, Paulo Álvaro, el obispo Saulo de Córdoba y otros, la pretensión de preservar la identidad cristiana aun a riesgo de la vida era una forma no sólo legítima sino santa de ser fiel a Cristo. Para otros, en cambio, aquello pareció provocación, exaltación fanática, y este mismo punto de vista lo podemos ver en historiadores de hoy. El martirio de San Perfecto, un sacerdote que animado a proclamar su fe, declaró que Mahoma era un falso profeta, por lo que fue delatado como blasfemo y posteriormente ejecutado (18 de abril de 850), abrió un período de confesiones voluntarias de fe ante el cadí de la aljama mayor de Córdoba que por envolver calificaciones de falso al Islam terminaban en muerte de los confesores.

Dice así San Eulogio de Córdoba *(Memorial de los santos,* l.II, c.I):

> «Este gran crimen cometido con el sacerdote (San Perfecto) obligo a muchos que gozaban de la divina contemplacion en las fragosidades de los montes y en la soledad de los bosques a detestar de forma espontanea y publica y maldecir al fementido profeta y dio a todos el impetu de un mayor ardor para morir por la justicia»

El primero en presentarse espontáneamente y abrir así el martirologio cordobés del 851 fue el monje San Isaac que, «alumbrado —dice San Eulogio— por divina inspiración, corrió a presentarse al juez y [...] sufrió martirio [...] el 3 de junio de 851».

Y el segundo fue nuestro santo de hoy, San Sancho, del que cuenta el martirio San Eulogio en el breve capítulo III del citado *Memorial de los santos.*

Si leemos bien a San Eulogio, debemos decir que el santo era natural de la ciudad gala de Albi, en la Galia Comata. Éste era su origen o procedencia. Había llegado a Córdoba porque había sido capturado, y habrá que suponer seguramente que se había alistado en algún ejército cristiano y en alguna batalla había sido cogido prisionero. Por ese camino había llegado hasta Córdoba, y aquí su suerte había mejorado. Pues había consegui-

do la libertad y había sido alistado en la guardia personal del propio emir *(militares regis pueros,* dice literalmente San Eulogio), siendo comensal del propio palacio regio. Disfrutaba por tanto de una buena y envidiable posición.

Sancho, ni por estar al servicio del monarca ni por comer de la mesa real, había perdido el fervor de su fe. No sólo no se había hecho musulmán sino que era fervoroso cristiano y nutría su fe con los consejos y las palabras vibrantes de San Eulogio, que lo llama su «auditor», su discípulo, es decir, persona que escuchaba al santo sacerdote y se dejaba guiar por él.

Al martirio —dice el mismo San Eulogio— lo llevó la confesión de la fe. ¿Espontánea? Por el contexto en que se cuenta este martirio podríamos pensar que sí, pero San Eulogio no subraya esta espontaneidad en la confesión, de forma que queda espacio para la especulación: ¿se le invitó a hacerse musulmán y él replicó entonces que el Islam es una religión falsa y él no podía abrazarla, con lo que cometió el crimen de blasfemia contra el Islam? ¿Se sentía llamado él a dar un testimonio especial de fe por vivir en circunstancias sociales favorables y estimular así a los cristianos a no preferir las ventajas de la vida temporal al logro de la vida eterna? ¿Se le dijo que lo propio era que fuera musulmán quien ocupaba un puesto de confianza en el entorno del emir? Cualquiera de las alternativas es posible. San Eulogio se atiene a la causa de la muerte: la confesión de la fe, porque era esta confesión la que acreditaba su inclusión en el número de los santos.

Sancho era un joven *(adolescens)* y no era clérigo, como dice expresamente San Eulogio y como hubiéramos supuesto de todos modos al saber que era un joven militar del emir. Tenía ante sí la vida, y ésta hubiera podido conservarla haciéndose musulmán, alternativa segura a la muerte, porque la profesión de fe musulmana lavaba la injuria que hubiera podido decir contra el Islam. Pero Sancho no quiso. Se atuvo a su fe y a su conciencia, y se dejó matar por ella.

El martirio consistió en obligar al joven a tenderse en la tierra sobre un palo al que fue fijado y fue luego levantado hasta que expiró en ese patíbulo. Era el tormento del empalamiento. Podemos suponer que con su cuerpo se hizo lo que dice San

Eulogio del cuerpo de San Isaac, que fue abrasado en voraz hoguera y reducido a pavesas y luego arrojado al río para borrar su memoria Esto lo pensamos, puesto que dice San Eulogio que al cuerpo de los demás que murieron imitando su ejemplo se les hizo lo mismo. Sucedió el martirio del glorioso joven en la ciudad de Córdoba el día 5 de junio del año del Señor 851 La Iglesia de Córdoba celebra su memoria litúrgica el día mismo de su martirio, el 5 de junio.

JOSE LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

EULOGIO DE CORDOBA (SAN), *Obras completas* Ed bilingue (Cordoba 1959)
REPETTO BETES, J L, *Andalucia, tierra de santos* (Jerez 1982)
SÁNCHEZ ALBORNOZ, C, *La España musulmana segun los autores islamitas y los cristianos medievales* (Madrid ^{6}1982)
SIMONET, J, *Historia de los mozarabes* (Madrid 1903)

C) BIOGRAFIAS BREVES

SAN FRANCO
Ermitaño († 1270)

Franco nace en Roio (L'Aquila) hacia 1159. Luego de hacer los primeros estudios bajo la direccion de un sacerdote se hizo monje benedictino en San Jorge de Lucoli, y vivió con entrega y devoción la vida del monasterio durante unos veinte años Luego obtuvo permiso para llevar vida eremítica, que llevó por diversos sitios hasta que finalmente se estableció cerca de Assergi, junto a los Montes Sabinos Bajaba varias veces al año en las principales fiestas a la iglesia de Santa María in Silice a fin de recibir la sagrada comunión En torno a su memoria surgieron tradiciones acerca de hechos milagrosos, uno de ellos el de haber librado a un niño de las fauces de un lobo, milagro representado de ordinario en su iconografía Tras su muerte fue llevado a enterrar a la iglesia del monasterio y los fieles comenzaron a darle culto La diócesis de L'Aquila celebra su memoria

SAN LUCAS VU VAN LOAN

Presbítero y mártir († 1840)

Bajo la terrible persecución desatada contra el cristianismo por el emperador Minh Mang, a quien los cristianos comparaban con Nerón, murieron numerosos misioneros, sacerdotes y seglares tonquineses, en cualquiera de los dos vicariatos en que las misiones del país se hallaban organizadas. Pero fue particularmente feroz la persecución en el vicariato oriental por obra del gobernador Quang-Khanh, llamado el carnicero de los cristianos. En esa persecución tuvo lugar el martirio del sacerdote tonquinés Lucas Vu Van Loan, el cual fue arrestado, llevado a la cárcel y sometido a juicio, y se hizo todo lo posible para obtener su apostasía, permaneciendo firme el mártir en confesar la fe hasta que, condenado a muerte, murió degollado el 5 de junio de 1840. Fue canonizado el 19 de junio de 1988.

SANTOS DOMINGO TOAI Y DOMINGO HUYEN

Mártires († 1862)

Amigos y compañeros de trabajo, compartían estos dos padres de familia la misma fe cristiana, y ella les llevó al martirio y a la gloria. El día 5 de junio de 1862 en el pueblo de Tang-Ya ambos fueron introducidos en sendas chozas de cañas secas, a las que prendieron fuego, pereciendo los dos quemados vivos.

Domingo Toai había nacido en Dong-Thanh hacia 1810. Estaba casado, tenía tres hijos y se ganaba la vida como pescador. No disfrutaba de buena salud. Arrestado en el otoño de 1861, parece que habría podido sobornar a alguna autoridad para obtener la libertad pero no quiso apelar a ese medio y hubo de padecer nueve meses de cárcel. Aquí encontró otros cristianos presos, a los que animó a perseverar en la fe, como él mismo perseveraba, negándose repetidamente a apostatar.

Domingo Huyen era del mismo pueblo que su amigo y compañero en el oficio de pescador y más o menos de la misma edad. También estaba casado y tenía hijos. Arrestado por el mismo tiempo, pasó a la cárcel de Tang-Ya, donde dio continuo testimonio de fe.

Ambos fueron canonizados el 19 de junio de 1988 con los demás mártires vietnamitas.

6 de junio

A) MARTIROLOGIO

1. San Norberto († 1134), obispo de Magdeburgo, fundador de la Orden Premonstratense **.
2. En Roma, en la Via Aurelia, en el miliario segundo, santos Artemio y Paulina (fecha desconocida), mártires.
3. En Hesete (Egipto), San Besarión († s. IV), anacoreta *.
4. En Grenoble (Borgoña), San Ceracio († ca.452), obispo.
5. En Milán (Liguria), San Eustorgio Segundo († 518), obispo.
6. En Irlanda, San Jarlath († ca.550), obispo de Armagh.
7. En el Monte Jura, San Claudio († ca.703), obispo de Besançon y abad de Condat.
8. En el territorio de Bolonia (Emilia), San Alejandro († 823), obispo de Fiésole y mártir *.
9. En Constantinopla, San Hilarión († 845), presbítero y hegúmeno.
10. En las Islas Orcadas, San Colmán (ca.1010), obispo.
11. En el monasterio de Cava (Campania), Beato Falcón († 1146), abad.
12. En Auvergne (Aquitania), San Gilberto († 1152), abad, de la Orden Premonstratense.
13. En Udine (Véneto), Beato Bertrando († 1350), obispo de Aquileya y mártir *.
14. En Ortona, de los Abruzos, Beato Lorenzo de Villamagna († 1535), presbítero, de la Orden de Hermanos Menores *.
15. En Londres (Inglaterra), Beato Guillermo Greenwood († 1537), monje cartujo, mártir bajo el reinado de Enrique VIII *.
16. En Saint-Chamond (Galia Lugdunense), San Marcelino Champagnat († 1840), presbítero, de la Sociedad de María, fundador del Instituto de los Hermanos Maristas **.
17. En Lung-Mi, Tonkín, santos Pedro Dung, Pedro Thuan y Vicente Duong († 1862), mártires *.
18. En Ciudad de México, Beato Rafael Guízar Valencia († 1938), obispo de Veracruz **.
19. En Sachsenhausen (Alemania), Beato Inocencio Guz († 1940), presbítero, de la Orden de los Franciscanos Conventuales, mártir *.

B) Biografías extensas

SAN NORBERTO
Obispo y fundador († 1134)

He aquí unos pies anchos, seguros, infatigables, que caminan bajo la ternura de la primavera, por las orillas del Rhin, esponjados gozosamente sobre la caricia de los praderíos, que los unge de un perfume de hierbabuena. Yo he visto estos pies, en el verano, polvorientos y morenos de sol, sudorosos por la enorme fatiga, recogerse al descanso, a la sombra de la catedral de Colonia, y, al quedar reverentes, de rodillas, todos los santos, los ángeles y los grifos, que cantan un misterio de fe sobre la gloria del pórtico, han sonreído beatamente, en la frialdad de la piedra sagrada y maravillosa. Y los vi sobre los montes de Spira, en lucha amarga con las tormentas de invierno, ir dejando en la nieve un camino de sangre. Pero su vida y su gloria —la de estos pies extraordinarios— resplandece en caminar sin vacilaciones, sin pausas. ¿Qué buscan con tan ardorosa impaciencia estos pies? ¡Las almas!

Los pies pueden definir la existencia de un hombre. En los Libros Sapienciales hay toda una impresionante teología de los pies, como mandatarios de nuestro libre albedrío, cuando siguen las huellas del Señor y cuando caminan por las tinieblas del pecado, a la condenación eterna. Y, en el Evangelio, una ordenanza, sin apelaciones, de Jesucristo: «Si tu pie te escandaliza, córtalo y arrójalo lejos de ti; porque más te vale entrar cojo en el cielo que con los dos pies perderte en la gehena».

Pero estos pies —para siempre, ahora, descalzos, mendicantes apostólicos— calzaron en su juventud finos escarpines de pieles, labradas en oro y pedrería. Eran esbeltos y ágiles para la danza en las fiestas de corte del emperador Enrique; cautelosos para tantear los laberintos sutiles de la política; raudos en la ambición de prebendas y honores.

Son los pies de Norberto. Noble en las marcas de la Germania, arzobispo de Magdeburgo, fundador de los canónigos regulares premonstratenses, santo en el cielo de Dios. Y, según la historia que os voy a referir, estos pies, como dos columnas inconmovibles de la santa Iglesia de Cristo, en la edad turbada del

siglo XII, donde hay antipapas, confusión de la fe con las herejías, mientras atardece en un crepúsculo deslucido de sombras toda la grandeza del Sacro Imperio.

Había nacido el año 1080, en la pequeña ciudad de Santes, del Estado de Cleves, en las márgenes alemanas del Rhin, que tiene castillos de leyenda, viñedos dorados por un embrujo de sol, para que destilen sus vinos, como la sangre encendida. La crónica laudatoria del XVII atribuye a su padre Heriberto ascendencia de césares. Era realmente noble y emparentado con el emperador. Su madre, Haduvije, «traía origen de la serenísima Casa de Lorena, raíz fecunda de donde han descollado, en todas las edades, muy cristianos héroes». Pues nada sorprende que, con semejantes ejecutorias en su cuna, tuviera Norberto entre sus manos la estrella de los elegidos y la fortuna asomada a sus ojos anhelantes y limpios. Sería un puro intelectual de la época, libre de toda servidumbre a las armas y a las artesanías.

En las escuelas monásticas y episcopales se refugiaba entonces todo el humano saber. Turbas de copistas, en la calma serena y oracional de los *scriptorios,* ponían a punto las humanidades clásicas, junto a las últimas novedades de Anselmo de Bec, de Escoto Eriúgena, de Rabano Mauro. El *Trivium,* con el estudio de la gramática y de la dialéctica, con la pompa de los retóricos, interpretaba la historia y la poesía, mientras la austeridad del *Quadrivium,* apretado de números secretos, de astrologías y geometrías, se humanizaba también admitiendo los simples pentagramas de Guido de Arezzo, para reducir a un lúcido orden las melodías de la música. En la inquietud de estas escuelas se preludiaba ya el advenimiento feliz de la escolástica, que casaría valientemente las verdades de la fe con la filosofía de Aristóteles. Y un gran viento de mística espiritualidad agitaba a toda la Europa, empujando a las gentes al heroísmo de las Cruzadas, a la quieta y dolorosa contemplación de Dios en la penitencia y silencio de los claustros.

Norberto ha vivido estos mundos alucinantes de la sabiduría. Tiene una inteligencia despejada y aguda; imaginación dulce para los madrigales, una palabra vital, que hace impacto de llagas en quien le oye.

Sigue las disciplinas eclesiásticas porque le prima en la sangre el ejemplo de su tío, Federico de Carinthia, arzobispo de Colonia. Y asciende al subdiaconado, pero sin intenciones de consagrarse al Señor en la plenitud de entrega del sacerdocio. Su tonsura le traerá un estado de vida magnificada por los honores y por las prebendas. Su propio tío le confiere una capellanía en la imperial iglesia de Santes, donde se muere de tedio y de nostalgias bajo el meridiano del demonio, dando a sus pasiones placer y a su ambición conquistas. Un canonicato en la catedral de Colonia le introduce triunfalmente en la vida cortesana. El emperador le hace su limosnero. Y ya está Norberto sobre los lujosos escenarios de la intriga palatina, para decir su papel, en alegres justas de amor, que han de terminar en drama. De cuerpo bien plantado y hermoso, maestro de humanidades, de cetrerías y poesías, insinuante y bien compuesto el ademán, la palabra caliente..., y una turba de damas, como gacelas, que ansían el venablo del cazador.

Hay para Norberto, en este tiempo de vanidades, un viaje imperial a Roma, porque Enrique desea zanjar con el papa Pascual II el escándalo de las investiduras que trae envilecida a la cristiandad. Han precedido unas conversaciones en Sutri, donde ambas partes llegaron a un esquema de convenio. Sólo falta la solemnidad de la firma, en la gran ceremonia que se celebra en San Pedro, con pausada pompa papal. Pero entonces, lejos de suscribir el emperador las estipulaciones de Sutri, «con la mayor alevosía que se lee en las historias —según papeles del tiempo—, hace una seña en alemán a sus tropas, que se echan sobre el Pontífice y los cardenales, les despojan de sus sacras vestiduras y los reducen a prisión». Fuera, los regocijos de Roma por la visita de tan insigne viajero naufragan en sangre inocente, en tropelías de la soldadesca, en incendios de destrucción. El alma exquisita de Norberto se turba y reprueba la conducta indigna de su amo: corre a la cárcel del Pontífice para reverenciarle y llorar con él tan grandes desventuras, y, ya de regreso en Alemania, no quiere admitir el obispado de Cambray, con el que desea investirle el emperador. Es el principio de su salud.

La crónica jesuita de Anvers desliza otra interpretación a esta renuncia obispal, como si el joven subdiácono amase más

su vida desarreglada que el servicio divino, y pone la misma intención mundana a un cierto recreo que Norberto se toma, un día luminoso de abril, jinete de elegante caballo, cuando se dirige con su paje a un conventillo de Freten de Westfalia. ¿Le llevaba el impulso ciego del amor? Pero allí sería su camino de Damasco. Iba así nuestro caminante, huyendo de la luz hacia las oscuras regiones de tan ruines pensamientos, «cuando vino sobre la espalda de este fugitivo de Dios una palabra poderosa, que derriba en tierra al caballo y al caballero». Claro que esto es la pintura un poco barroca del *Cronicón*. Porque la realidad fue que aquella calma radiante de primavera —todo el cielo perfumado de lirios y de rosas— se cerró en una colosal tormenta. Nubes cárdenas restallando truenos, los árboles de la selva bamboleantes, las golondrinas atolondradas sin poderse recoger a seguro, y Norberto acurrucado en los temblores de su miedo, aterido entre el furor de las lluvias. Un rayo cae a los pies de su cabalgadura y sepulta a Norberto, con su paje, entre el lodo y las hierbas ardientes, como en un infierno.

Se repite la historia de Saulo. Norberto encuentra su Ananías en el santo abad del cenobio de Ligeberg, en cuyas soledades se convierte a la contrición de sus pecados, a la penitencia. Entonces decide ascender hasta el sacerdocio. Su primera misa en la iglesia natal de Santes se configura, como una perfecta crucifixión, con el Cristo vivo de su sacrificio. Es escarnecido por clérigos y por labradores, que le recuerdan los regalos carnales de su vida mundana; pero el sermón primero que les dirige impresiona hasta las lágrimas a todos sus paisanos, porque les confiesa con extrema humildad los escándalos de su vida y les invita a seguir a Jesucristo, en la vida nueva que él va a emprender.

Y sus pies inician la gran epopeya. Reparte entre los pobres sus tesoros; renuncia a los cargos eclesiásticos y se hace sembrador del Evangelio por todas las marcas del Rhin, con milagros, carismas y don de lenguas, como los mismos apóstoles, que recibieron en Pentecostés al Santo Espíritu. Andar y andar, a la sola conquista de las almas. Los auditorios que abarrotan los templos vienen de largas distancias para oírle: pastores, letrados, clérigos, y todos quedan embebidos en los ardores de su

caridad. Acusado falazmente por su propio Cabildo de Colonia al concilio de Hesse, en 1118, alcanza del Papa una legación para predicar en todo el orbe. Llega a Valenciennes con la salud rota, agotado de una misteriosa fiebre, y, sabiendo que allí se encuentra su buen amigo Burcardo, obispo de Cambray, le visita. Asiste a la conversación el capellán de su excelencia, Hugo, que, desde tiempo, había tomado el propósito de renunciar al mundo. Y, oyéndole, le suplica que le tome de compañero para aquel apostolado de evangelización rural. Y así la Providencia une estos dos corazones en un mismo destino: la fundación de una Orden que remedie las necesidades de la Iglesia.

En 1119, muerto el papa Gelasio, le sucede el arzobispo de Viena, Calixto II, quien convoca un concilio en Reims para la reforma de las costumbres y el arreglo de la cuestión de las investiduras. Asisten cuatrocientos obispos, el rey de Francia y nuestros dos apóstoles, Norberto y Hugo. En el curso de las sesiones conocen al obispo de Laón, don Bartolomé, quien, movido del Espíritu, ofrece edificar un monasterio allí donde lo determine Norberto. Y así nace el Premontré. En la selva de Coucy, pantanosa, sombría, dantesca, circundada de montes pelados y rocosos, hay un prado —*pratum monstratum*— donde Norberto presiente que debe nacer su obra. Y en la Navidad de 1121, sobre las ruinas de una pobre ermita, se alza el primer monasterio de la Orden Premonstratense. El drama de su propia vida —la traición que hizo al estado eclesiástico con su vida desarreglada— va a encontrar aquí un muy original y divino remedio. Bajo la regla de San Agustín no busca Norberto a los monjes, sino a los clérigos: en una vida común, tan rigurosa como la de los cenobios, sus canónigos regulares aseguran en el estudio, en la penitencia y en el silencio ese potencial de vida interior que es la clave de todo apostolado: no permanecerán en clausura, ni adscritos de por vida a un monasterio, como los monjes, sino que deben andar y andar a la conquista de los pecadores, derramando el cáliz de su corazón, que está lleno de Cristo, sobre las almas abandonadas e ignorantes. Y así van por las ciudades y las campiñas, con su hábito de lana blanca, como ángeles de la buena noticia, adoradores del sacramento y heraldos de Santa María.

El suceso del Premontré conmueve a toda Europa. Las grandes órdenes monásticas que obedecen a Cluny han entrado en una crisis de decadencia; las riquezas territoriales y el amplio poder de jurisdicción han corrompido al Císter; la soberbia de su gran abad Pons de Melgueil siembra de rivalidades la paz de los monjes, hasta conducirles a la excomunión y a la apostasía. Por eso Francia, Alemania, Bélgica acogen a los premonstratenses como la medicina celeste que Dios les envía. En los cuatro primeros años Norberto preside ya nueve monasterios y atiende a la formación de sus canónigos, a quienes empuja y calienta el ejemplo santo de su vida.

En este nacimiento afortunado de la Orden hay un signo que la consagra definitivamente: el encuentro de su fundador con la herejía maniquea. Importada de Asia a Europa en el siglo III, reaparece con nuevos bríos en Amberes y Brujas, en el Delfinado, Provenza y Languedoc. Un cierto Tanchelim, fingiéndose obispo, nada menos que de consagración papal, embauca a turbas de mujeres con sus palabras histéricas. Cuando aparece en los campos o en las plazas públicas —él odia los templos, a los que llama guaridas del diablo—, centellea, como un ídolo, cubierto de púrpura y de oro. Es risible, pero dramático. Porque se hace acompañar de un verdadero ejército de tres mil hombres, que, en su fanatismo, siembran de libertinaje y de muerte las dulces tierras de Flandes. Muere a manos de un clérigo. Pero su muerte aumenta el número de los seguidores, encolerizados y rebeldes. Y es Norberto, con sus canónigos, llamados por el obispo de Cambray, quienes combaten el error y devuelven la paz y el orden a las gentes.

Semejante suceso le hace concebir una idea genial y salvadora. Su Orden tendrá otra rama, completamente secular, donde hombres y mujeres, que viven en el mundo, observan una vida cristiana a la sombra de sus abadías, lucrándose de las instrucciones, del ejemplo, de la oración y de la compañía de sus canónigos. Son, ya entrevistas, las *Órdenes Terceras,* que los mendicantes Asís y Domingo han de fundar, después, como pilares ciclópeos de la grandeza espiritual de la Alta Edad Media.

Y ahora la apoteosis de sus pies descalzos. Peregrinantes, celosos de la gloria de Dios. Por el 1126 se reunía en Spira lo

más selecto de Europa; del sacerdocio y del Imperio. La entrada triunfal del emperador Lotario aterra a los vencidos, que buscan el valimiento del obispo de Maguncia para que la victoria no les tiña de sangre ni les humille con cadenas. Y corre, de pronto, la voz de que Norberto se encuentra en la ciudad. Le conocen bien: le saben piadoso y justiciero; y le suplican que, en aquella hora de amargura, les consuele su palabra, ungida de tantos carismas. Lotario asiste al sermón y queda transido del amor de caridad en que se abrasa el apóstol. Y sin saber cómo —¡el Santo Espíritu sopla donde quiere y como quiere!—, arrebatado el auditorio se echa sobre Norberto, clamando, «¡Norberto, arzobispo de Magdeburgo!». Queda anonadado y se resiste, con violencias, por su auténtica humildad. Pero aquel fervor de multitud mueve a Lotario a confirmar la elección de Norberto y después al Papa. A los pocos días hace su entrada en la catedral. Va, como siempre, descalzo, con su pobre túnica blanca, para recibir el homenaje de los obispos, de los nobles, de los cabildos y del pueblo. Cuando la solemnidad termina y se dirige a su palacio, el guardián le niega la entrada al verle tan pobre y descalzo: «Llegas tarde —le dice—, porque ya se dio la comida a los necesitados». Y cuando le avisan que aquél es su señor, el nuevo arzobispo, se arrodilla confuso para besarle los pies. Y así queda, para la historia, la apoteosis de unos pies anchos, seguros, inconmovibles, que sólo se movieron para la honra de Dios y la caridad del prójimo.

Durante los ocho años de su pastoreo arzobispal Norberto culmina, en sus obras, el ejemplo de San Pablo. Pone a su discípulo Hugo como gran abad de toda la Orden, que se extiende por ciento veinte monasterios. Predica y escribe. Es perseguido como el Apóstol, salvando por dos veces la vida de manos criminales. Viaja con el emperador a Roma y consigue deponer al antipapa Pedro de León. Asiste al concilio de Reims, donde su sabiduría brilla con los mismos resplandores de su santidad y de su celo.

El 6 de junio de 1134, dentro de la octava de Pentecostés, este siervo humilde, a quien San Bernardo llamaba «Maestro», apóstol fidelísimo del Espíritu Santo, agotado de la fiebre, en suaves transportes de divino amor, se fue para el cielo a festejar

los gozos de su Pascua Os dejaré una divisa para que la maduréis dentro del alma. La que sin cesar repetía a sus discípulos:

> «Yo he frecuentado las cortes de los príncipes y abunde en riquezas No perdone los deleites Pero tened por cierto, hermanos míos, que la mayor abundancia de bienes de este mundo reside en la pobreza del espíritu Solo fui rico cuando de ellos carecí Porque lo mismo fue arrojar de mi corazon los bienes de la tierra que llenarse de los de la gloria, mucho mejores sin comparación, de suavidad inefable y de una duracion eterna»

FERMIN YZURDIAGA LORCA

Bibliografía

ABAD ILLANA, M , *Historia del gran padre y patriarca San Norberto, fundador del Orden Premonstratense* (Salamanca 1755)

Act SS Boll, 6 de junio *Vita Norbertu*, por un contemporaneo

DEREINE, C , «Les origines de Premontre» *Revue d'Histoire Ecclesiastique* 41 (1947) 352s

KIRKFLEET, C J , *History of Saint Norbert, founder of the Norbertine (Premonstratensian) order, apostle of the blessed sacrament, archbishop of Magdeburg* (Londres 1916)

MAIRE, E , *Saint Norbert (1082 1134)* (Paris ^{3}1922)

PETIT, F , *La spiritualite des Premontres aux XII et XIII siecles* (Paris 1947)

«Premontre», en A VACANT E MANGENOT - E AMANN, *et al* (dirs), *Dictionnaire de theologie catholique* 13/1 *Preexistence Puy* (Paris 1936)

• Actualizacion

DAUZET, D M , *Petite vie de Saint Norbert (1080 1134)* (Paris 1995)

JIMENEZ HERNÁNDEZ, E , *San Norberto, apostol itinerante* (Baracaldo 2000)

SAN MARCELINO CHAMPAGNAT

Presbítero y fundador († 1840)

Nació este varón de Dios el 20 de mayo de 1789, en la aldea de Rosey, de la parroquia de Marlhes, departamento de Loira, diócesis, desde 1801, de Lyón Fueron sus padres Juan Bautista Champagnat y María Chirat, este matrimonio tuvo diez hijos El padre era hombre recto, bastante instruido, de buen juicio y muy estimado en la comarca; sus convecinos acudían a él para que dirimiera sus diferencias El aprecio de que gozaba y su relativa buena hacienda le merecieron el nombramiento de jefe del municipio de Marlhes, mantuvo el cargo con rectitud inflexible y protegió decididamente a la Iglesia, por lo cual fue juz-

gado desafecto a la Revolución, sometido a procesos y vejado con pérdidas cuantiosas.

La madre era muy piadosa, devota ferviente de la Santísima Virgen, solícita con sus hijos, excelente ama de casa y consejera a la que acudían a su vez vecinas y amigas. Llegada la noche rezaba en familia el rosario con las últimas oraciones y daba lectura a *Las vidas de los santos.* La divina Providencia le avisó que, como al Sabio (Sab 8,19), a Marcelino le «cupo en suerte un alma buena», pues al cuidar a su infante advirtió más de una vez una llamita que se levantaba del pecho del niño, subía a su frente y se esparcía hasta esfumarse por la alcoba; María Chirat ofreció su hijo a la Virgen, y se dispuso a esmerarse en la educación de Marcelino.

El ambiente familiar era propicio por demás para la adecuada formación del alma de nuestro beato. Tenía la madre un hermano llamado Marcelino, piadoso como ella, y que, alborozado y diligente, apadrinó en la pila a su sobrino y le impuso los nombres de Marcelino, José y Benito. En la misma casa vivía refugiada la tía Rosa, hermana de su padre, expulsada por el Terror de su convento; esta santa mujer ayudó a la madre en la educación cristiana de Marcelino; le hablaba de Dios, de María, de los ángeles custodios y de los estragos de la Revolución. Las instrucciones, consejos y ejemplos de la edificante tía calaron hondo en el alma de Champagnat, como más tarde lo reconocía y comentaba agradecido.

Frutos del cristianismo práctico de aquel hogar fueron, entre otros, el bautismo sin dilación de Marcelino, al día siguiente de nacer, fiesta de la Ascensión; la preparación esmerada de Marcelino a la comunión primera, que recibió a los once años en la primavera de 1800; la mayor frecuencia en comulgar, ya en la casa, ya en el seminario, de lo entonces en uso y que hubo que conceder a Marcelino, y la consagración a Dios de otros hermanos que siguieron el ejemplo de nuestro beato.

Rosey era un lugarejo situado en la zona elevada y montañosa del sudoeste de Lyón, región agreste de los montes Pilat, donde aún se guardaban costumbres patriarcales; la vida de los Champagnat-Chirat la constituían los deberes religiosos, la atención a los hijos, el cuidado de una granja-molino, la ganadería, la agricultura, en ocasiones la albañilería, la carpintería y el

oficio de herrero, y siempre una sobria y prudente administración en la que eran expertos los padres; en todas estas prácticas iba iniciando a sus hijos Juan Bautista, y de todas ellas sacó Marcelino buen provecho para sus empresas posteriores.

Ésta fue cortada al talle de la de Nazaret, la primera acreditada escuela cristiana de Marcelino, en la que aventajó mucho y mereció promoción a más altos destinos.

La Revolución había maltrecho la Iglesia en Francia; era arzobispo de Lyón el insigne y piadoso cardenal Fesch, tío de Napoleón Bonaparte, quien decidió restaurar la vida cristiana en su diócesis y empezó por restablecer y poblar los seminarios; mandó que su vicario general enviase sacerdotes emisarios que hallaran jóvenes aptos para el sacerdocio; el párroco de Marlhes enderezó los pasos del visitante que le correspondió hacia la granja de los Champagnat; no eran llamados por Dios los hermanos mayores de Marcelino, pero éste, que, por muerte del último hijo, había quedado el benjamín, si bien perplejo al pronto, reaccionó enseguida con decisión y aceptó la vocación divina en la que jamás vaciló a pesar de las dificultades muy grandes que tuvo que vencer. La escuela de Cristo en la granja de Rosey había dado su floración esplendente: un sacerdote.

Y pasó Marcelino a la escuela superior de la formación de su alma, el seminario. En octubre de 1805 ingresó en el Seminario Menor de Verrières, y en él acreció la piedad, ejercitó la fortaleza, aprovechó las humillaciones, fue dechado de paciencia y regularidad y ganó el afecto de sus colegas, el aprecio de sus superiores y maestros y el nombramiento de prefecto de disciplina durante las noches, de las que se sirvió para el estudio, realizando una evolución que sorprendió a profesores y condiscípulos y acortó los cursos de su carrera.

En octubre de 1813 ingresó en el Seminario Conciliar de Lyón. La divina gracia le condujo a perfección más alta; escogió por virtud predilecta la humildad, con la que su santidad resultó hondamente cimentada; gozó en los estudios que le hablaban de Dios; formó parte de un grupo de doce seminaristas resueltos a emplear sus vidas en la restauración cristiana del mundo, por medio de la devoción y culto de María, el apostolado de las misiones y del catecismo, y de su ejemplo; comunicaron sus pla-

nes al rector del seminario, subieron con él al santuario de Fourvière y se consagraron a María; de aquel cenáculo mariano salieron más tarde los padres y los hermanos Maristas, y, entre aquellas almas selectas había un santo, el Cura de Ars; un beato, Marcelino Champagnat, y un venerable, Juan Claudio Colin, fundador y primer general de la Sociedad de María.

El 22 de julio de 1816 fue ordenado sacerdote en la metropolitana iglesia de Lyón, cuando pasaba poco de los veintisiete años de edad; muy luego subió otra vez a Fourvière y ofreció a María su sacerdocio. Fue nombrado coadjutor de La Valla, pueblo situado en las estribaciones del Pilat, con extensa feligresía diseminada entre montes y comunicada por pésimos caminos; al llegar Marcelino a la vista de la torre de la iglesia de su cargo se arrodilló y, con oración sentida, se dispuso a emprender la etapa de ejercitación heroica de virtudes apostólicas con las que iba a consumar su perfección.

Fue el consuelo del anciano párroco, que le reputó irreprensible; levantó el caído esplendor de su iglesia; cuidó de que ningún enfermo muriera sin sacramentos, sin reparar en la hora, en el rigor de las estaciones, en el cansancio o el desfallecimiento por tiempo transcurrido sin alimento para poder comulgar, ni en la distancia y mal camino. Predicaba con unción; y las notas conservadas de sus sermones y avisos de buen gobierno requieren talento y densa cultura eclesiástica. Se ganó la confianza de los jóvenes, de los ancianos, enfermos y de todos sus feligreses. Acabó con el vicio de la embriaguez, con las fiestas mundanas y las malas lecturas: un día entero se alimentó su hogar con libros esparcidos por la Revolución; fundó una biblioteca y regaló lecturas con prodigalidad. Se granjeó el corazón de los niños, a los que tanto gustó su catequesis que vez hubo en que, engañados por la luna, creyeron que amanecía y los hubo de recoger en la iglesia antes de salir el sol; sus lecciones de catequista eran recordadas treinta años después con agrado por los mayores que le oyeron. La transformación de La Valla fue completa y su buen suceso recuerda el cabal éxito apostólico de su condiscípulo Juan María Vianney.

Y, así preparado por Dios, surgió el fundador que nos presentan sus hijos, los hermanos maristas, como muy joven fun-

dador de la Iglesia, pues contaba algo más de veintisiete años al fundar, y moría a los cincuenta y un años de edad; nos lo describen los maristas diciendo:

> «Fue de elevada estatura, robusto y bien constituido: de carácter enérgico y dulce a la vez. Hombre alto en su aspecto físico y *hombre gigante en la virtud...*».

En los coloquios apostólicos marianos decía Marcelino a sus compañeros que necesitaban hermanos que ayudaran a los sacerdotes misioneros y enseñaran el catecismo; insistió reiteradamente en su idea, y sus amigos, al fin, le dijeron que, pues era idea suya, se encargara él de su ejecución; pero tuvo además Marcelino la ratificación del cielo para la empresa de fundación; dice un marista:

> «... Tuvo la personal inspiración de fundar un Instituto de hermanos [...], la recibió el año 1816, en una de sus frecuentes visitas al santuario de Nuestra Señora de Fourvière, en Lyón».

Una placa de bronce recuerda en el santuario este suceso. Pero el momento escogido por Dios para lanzar a Marcelino a su obra fue a fines de octubre de 1816, cuando fue requerido para asistir en su muerte a un adolescente llamado Francisco Montaigne, que expiraba en total desconocimiento de los rudimentos de la doctrina cristiana; Marcelino, lleno de amor y de celo, le instruyó y dispuso a morir como un ángel, y se retiró con el tiempo justo para haber salvado un alma. Champagnat se conmovió y, meditando en el ingente número de niños y adolescentes que se hallarían en el mismo caso que Montaigne, resolvió proceder a la fundación de sus hermanos.

El Instituto comenzó el 2 de enero de 1817; la primera casa fue, por su pobreza, un auténtico portal de Belén. Animado Marcelino por sus superiores eclesiásticos y probado con la cruz de la adversidad, solicitados sus hermanos por los párrocos que le pedían escuelas, acometió las obras de su *casa* en el valle que desciende de La Valla a Saint-Chamond, a las orillas del Gier. El día de la Asunción de 1825 fue bendecida esta *casa,* que él denominó Nuestra Señora del Hermitage. Allí murió Marcelino el 6 de junio de 1840, sábado, día de la semana en que deseaba morir, a la hora del amanecer, en que sus hijos, por su mandato, cantan la Salve. En el Hermitage dictó su testa-

mento al hermano Luis María y lo hizo leer a sus hijos en su presencia antes de expirar; es modelo de santidad y muestra de talento y buen gobierno; recomienda la obediencia, la caridad, delicada para con todos los demás Institutos; la sencillez, la perseverancia marista como prenda de salvación, el oficio de ángeles custodios con los niños y el amor a María, primera superiora del Instituto. Al morir dejaba Marcelino en Francia 280 hermanos, con 40 casas.

La pedagogía marista tiene características propias, aprovechamiento de progresos que halló reconocidos, enmienda de fracasos frecuentes en la enseñanza y aciertos de orientación en bien de la Iglesia. Es Instituto dedicado a Dios por el apostolado exclusivo de la enseñanza; muy adicto a la jerarquía eclesiástica; amigo del clero secular desde su comienzo y a lo largo de su historia: el caso del párroco de Saint-Chamond, señor Dervieux, ayudando generosamente al fundador en un momento difícil de su incipiente obra, era el preludio de una mutua cooperación entre hermanos y sacerdotes que había de ser nota distintiva de los maristas.

Marcelino padeció un maestro que no supo discernir un retraso mental por falta del cultivo del alma de una inteligencia escasa; no quiso pisar más en una escuela en la que vio maltratar a un niño, y lloró siempre la exasperación y desvío de la Iglesia de un niño al que motejó un sacerdote en la catequesis con tan desgraciada fortuna que los condiscípulos le abochornaban con el apodo molesto. Prohibió para siempre los remoquetes en sus casas; desterró de sus aulas los castigos aflictivos; para estímulo de instrucción y educación se sirvió del canto en la escuela; aprovechó el método simultáneo de enseñanza establecido por Juan Bautista de la Salle; introdujo el uso docente de las consonantes seguidas de vocal, práctica muy suya que se generalizó enseguida en Francia y ha pasado a la pedagogía universal; fue precursor de la escuela activa por la participación de los alumnos en su propia formación; entre los maristas ha habido en este último aspecto aventajados seguidores de Champagnat...; inculcó en sus hijos el cultivo de la intuición; un día explicaba con una manzana la forma de la tierra y la existencia de infieles en apartadas regiones; un niño que le oía con interés fue

más tarde monseñor Epalle, misionero de Oceanía y mártir en las islas Salomón. Así quería Champagnat a sus hijos, los hermanos maristas, catequistas perfectos, y para esto les manda: una hora diaria de estudio religioso y que enseñen el catecismo cada día en sus clases y en la primera hora de lección del día...

Pero la quintaesencia de la pedagogía marista es la devoción, culto y amor a María; el lema del Instituto es el de Marcelino: *Todo a Jesús por María y todo a María para Jesús;* a María llamaba y tenía el fundador por su recurso ordinario; encarga a sus hijos que den culto brillante al mes de María; decía así Champagnat:

> «En el Instituto todo pertenece a María; bienes y personas; todo debe emplearse a su gloria; amarla [...], inculcar su devoción a los niños [...] como medio de servir fielmente a Jesucristo [...] es el fin y el espíritu de la Congregación».

Así se ha podido publicar en la beatificación de Champagnat, 29 de mayo de 1955 —por Pío XII—, que en poco más de un siglo este Instituto había llegado a 8.500 hermanos con 5.500 formandos o novicios, de 700 colegios en 52 países y más de 250.000 alumnos. En 1997 los hermanos maristas, en número superior a los 4.900, estaban presentes en 74 países.

Marcelino Champagnat fue canonizado por Juan Pablo II el 18 de abril de 1999.

HERNÁN CORTÉS

Bibliografía

Beato Marcelino Champagnat, fundador de los hermanos maristas: 1789-1840 (Zaragoza 1964).

El superior perfecto. Virtudes y cualidades que ha de poseer según la doctrina del venerable siervo de Dios J. B. Marcelino Champagnat (Zaragoza 1952).

• Actualización:

ALBERTI, C., *Il figlio del giacobino. Marcellino Champagnat* (Génova 1981).

BOI, S., *La figura catechistica del Beato Marcellino Champagnat* (Roma 1993).

JUAN BAUTISTA, HNO., FMS, *Vida de José-Benito-Marcelino Champagnat: 1789-1840* (Madrid 1990).

JUAN MARÍA, HNO., FMS, *Marcelino cautivado por Dios. Rasgos del centro personal* (Madrid 1991).

MASSON, R., *Marcelino Champagnat. Las paradojas de Dios* (Madrid 1999).

MESONERO SÁNCHEZ, M., *Espiritualidad de San Marcelino Champagnat. A partir del estudio crítico de su biografía* (Madrid 2003).

BEATO RAFAEL GUÍZAR VALENCIA
Obispo († 1938)

«Yo daría mi vida por la salvación de las almas», era la frase repetida constantemente por el obispo mejicano Rafael Guízar Valencia, beatificado por Juan Pablo II el 29 de enero de 1995.

Había nacido en Cotija, diócesis de Zamora, en el estado mexicano de Michoacán, el 26 de agosto de 1878 dentro de una familia numerosa y sólidamente cristiana. Prudencio y Natividad fueron sus padres. Terminados los estudios primarios en su ciudad natal, a los 18 años ingresó en el seminario de Zamora para cursar los eclesiásticos y cinco años más tarde, en 1901, fue ordenado sacerdote.

Dedicó los primeros años de su ministerio a la predicación de la Palabra de Dios y, siendo todavía muy joven, fue nombrado director espiritual y profesor de «Ascética y mística» en su seminario diocesano de Zamora. Al propio tiempo se le confió la tarea de misionero apostólico, a la que se entregó plenamente por medio de las misiones populares, propagando con entusiasmo la devoción al Sagrado Corazón de Jesús y el apostolado de la oración. Por entonces le llamaban *el padrecito que mueve corazones.*

En 1912 el obispo de Zamora le hizo canónigo de su catedral. Dejaron honda huella sus encuentros personales con el clero cuando acompañaba al obispo en las visitas pastorales.

Desde 1913 se intensificó la lucha abierta contra la Iglesia y sus ministros. En este clima adverso le tocó vivir hasta el final de su carrera.

Para poder enmarcar el heroísmo de su vida pastoral es muy conveniente recordar, en mirada sintética, la situación de la Iglesia mexicana durante los años de su singladura.

La historia de México durante el siglo XIX y el primer tercio del XX se movió en constante inestabilidad, con guerras civiles, anarquía política, militarismo y ásperos conflictos entre el Estado y la Iglesia.

Lo mismo que en otros países de Hispanoamérica, también en el virreinato de la *Nueva España,* la Iglesia, mejor organizada, hubo de renunciar al contexto favorable del antiguo régimen, entrando en un proceso virulento de la laicización hostil que se afianzó e institucionalizó en la constitución de 1857, vigente

hasta 1917. En ella se limitaron los espacios de acción de la Iglesia y se abolieron los derechos civiles del clero. Muchos sacerdotes fueron torturados y asesinados en la guerra civil de 1858-1861. Las iglesias fueron saqueadas y nueve de los once seminarios, confiscados.

El 1874 se incluyeron en la carta constitucional las llamadas «leyes de reforma» promulgadas por Benito Juárez. Con ellas se completó el proceso que iba mucho más allá de un régimen de separación. La Iglesia era considerada como una fuerza «centrífuga» que debía ser aniquilada. El gobierno mexicano consideraba al Papa como un soberano extranjero cuya autoridad rechazaba de plano. Se intentó incluso sustituir el culto católico por el laico de la Patria.

La asamblea constituyente parecía, en frase de J. Meyer, un concilio de padres; y el presidente, un pontífice que hacía declaraciones dogmáticas con una fraseología político-religiosa: la constitución era sagrada. Se llegó a hablar del «sacramento de la patria». Ocampo redactó una «epístola» a los casados —que todavía hoy se lee en los matrimonios civiles— intentando crear ritos y liturgias paralelas (cf. J. Meyer, *La cristiada* [México 1980] t.II, p.26s).

A partir de 1876, Porfirio Díaz se erigió como el hombre de la conciliación capaz de conseguir la convivencia, si no en armonía, al menos en beligerancia, de las tendencias opuestas: políticas y religiosas.

Este largo paréntesis, que duró un cuarto de siglo, permitió a la Iglesia una profunda renovación de su vida y de sus estructuras. La reforma interna del clero —que fue en aumento— y la de los laicos, favoreció las organizaciones, la escuela y la prensa católicas con un nuevo arraigo personal en las zonas campesinas, llegando a celebrarse varios concilios provinciales. El floreciente catolicismo mexicano se inspiró en la *Rerum novarum* y su doctrina social estudiada a fondo en congresos nacionales.

De este modo la Iglesia se presentaba, no como una supervivencia conservadora del pasado sino como una realidad viva, inserta en la sociedad y en los compromisos político-sociales.

Pero en 1914 se desencadenó una nueva fase revolucionaria más larga y violenta que la anterior, prolongándose durante tres

décadas. Casi todos los obispos y no pocos sacerdotes, religiosos y laicos comprometidos, se vieron obligados a exiliarse. Los seminarios y colegios fueron clausurados. Catorce sacerdotes y religiosos fueron asesinados.

La sangrienta persecución llegó al ápice en 1917 con la nueva carta constitucional que perjudicó profundamente la libertad religiosa. Se prohibió a la Iglesia toda actividad educativa, la profesión de los votos religiosos y la fundación de órdenes monásticas así como toda adquisición, posesión o administración de propiedades. Iglesias, seminarios y conventos fueron considerados bienes estatales. Las prácticas religiosas sólo estaban permitidas dentro de los edificios de culto. Según el artículo 130, cada Estado de la Federación tenía derecho a determinar el número máximo de los ministros del culto, sin voto activo o pasivo, ni libertad de asociación.

Tras el breve paréntesis de Obregón (1920), en el que pudieron regresar del exilio los obispos, Plutarco Elías Calles —su sucesor— atacó frontalmente a la Iglesia. En 1925 provocó el cisma de la «Iglesia apostólica mexicana», que nunca pudo arraigar. En julio de 1926, el episcopado difundió una carta en la que anunciaba la suspensión del culto hasta que cesaran las aplicaciones drásticas de la constitución.

La llamada «guerra de los cristeros» fue una reacción popular de los campesinos que se alzaron espontáneamente al grito de «¡Viva Cristo Rey!». Causó gran sorpresa, lo mismo en el Estado que en la Iglesia. No faltaron verdaderos mártires, como el P. Miguel Agustín Pro, beatificado en 1988, y los 22 sacerdotes y 3 obispos beatificados en 1992. Habían dado su vida por Cristo entre 1915 y 1937.

Estos últimos períodos reseñados, tan llenos de violencia, son los que vivió Rafael sin que se apagara su celo apostólico y su entrega a la misión recibida.

Consciente de su deber, se dedicó ardorosamente a la defensa de los derechos de la Iglesia y, trasladado a México, Distrito Federal, intensificó su fructuoso apostolado. Perseguido, preso y condenado a muerte, y a punto de ser fusilado, logra escapar y se ve obligado a marchar al destierro. Busca refugio en Guatemala y más tarde en Cuba. Allí pudo desarrollar sus anhelos apostólicos.

Cuando se encontraba en Cuba, el año 1919, fue nombrado por la Santa Sede obispo de Veracruz, inmenso y rico territorio, estado y puerto mexicano que fundó en 1519 Hernán Cortés y cuyo castillo-fortaleza de San Juan de Ulúa fue el último reducto español en 1821; y tan apetecido y tomado por los piratas, por los franceses en 1847 y por los norteamericanos en 1914.

Allá se trasladó nuestro obispo en 1920, después de ser ordenado por el Delegado apostólico en las Antillas. Llegado a la diócesis se entregó a la ingente tarea de la visita pastoral continua en tan dilatados horizontes. Se preocupó primeramente del cuidado y preparación de los seminaristas, incluso cuando el seminario estaba clausurado, atendiendo esmeradamente como paso previo a la formación de los niños en la catequesis y velando con especial mimo por los enfermos y por los pobres. Trágica ocasión para esos desvelos le dio el terremoto impresionante que asoló y devastó gran parte de la diócesis.

No olvidó las misiones populares, en las que estaba especializado. Fundó la Congregación de Nuestra Señora de la Esperanza.

Nuevas persecuciones le obligaron en 1927 a un segundo destierro. En los Estados Unidos y más tarde en la América Central, concretamente en Colombia, siguió desarrollando su apostolado fecundo durante dos años. Pudo volver a la diócesis, pero por poco tiempo, porque en 1931 fue desterrado por tercera vez y en el destierro permaneció hasta 1937. Entonces, pacificada en parte la nación, volvió a su sede, pero ya enfermo y agotado por las fatigas apostólicas. Una grave dolencia le acarreó la muerte en México el 6 de junio de 1938.

Fue sepultado en la catedral de Jalapa (dedicada a la Inmaculada), capital de Veracruz. La heroicidad de sus virtudes, su celo apostólico, su paciencia y fortaleza en las adversidades, su modestia y su humildad, su gran caridad con los enfermos, pobres y perseguidos, su prudencia y discreción en los asuntos difíciles, su pobreza personal y la intensidad de su vida interior, fueron proclamadas en el decreto del 27 de noviembre de 1981.

En el día glorioso de su beatificación, 29 de enero de 1995, el papa Juan Pablo II, en su homilía, exaltó su ejemplaridad con estas palabras:

«El camino de la caridad. En este camino de la caridad entró con paso firme el obispo Rafael Guízar Valencia Ejerció su apostolado como sacerdote y como obispo, casi siempre perseguido o en situaciones peligrosas. Por muchos años no tuvo domicilio fijo, sin que las dificultades le impidieran desempeñar su acción misionera, repitiendo: "Yo daría mi vida por la salvación de las almas", al estilo del Buen Pastor. Quienes le conocieron pudieron afirmar que no había fuerza ni contrariedad que debilitase su afán evangelizador

La enseñanza del catecismo y las misiones populares fueron los polos sobre los que centró su actividad Así, su México natal, los Estados Unidos, Guatemala y Cuba se beneficiaron de su celo pastoral.

Su espiritualidad estaba basada en la devoción eucarística y en el amor a la Virgen María El fomento de las vocaciones sacerdotales, la administracion de los sacramentos, particularmente la penitencia y el matrimonio, regularizando así muchas uniones de hecho; la predicación de la palabra de Dios, además de una dedicación asidua a la oración, hicieron también de él un hombre de fe y de acción, preocupado por la salvación de las almas.

La nueva evangelización, a la que he convocado en repetidas ocasiones y en la cual está comprometida también la Iglesia en América, encuentra en figuras como Rafael Guízar Valencia un modelo a seguir A su intercesión queremos confiar el trabajo apostólico por la extensión del Reino, que realizan tantos hombres y mujeres, en todas partes y aun en medio de situaciones difíciles como la que vivió el nuevo beato»

Poco tiempo después, en la alocución del *Ángelus* de ese mismo domingo 29 de enero añadió el Papa:

«El Beato Rafael Guízar Valencia, obispo mexicano, afrontó con valentía la dramática situación de su país católico en el que la Iglesia era perseguida. Lo sostuvo en ello y le inspiro siempre la íntima unión con la Eucaristía y con María Santísima, pilares de su vida espiritual En efecto, quiso que en su escudo episcopal figurase la Virgen de Guadalupe de rodillas ante el Santísimo Sacramento».

BERNARDO VELADO GRAÑA

Bibliografía

AAS 87 (1995) 367s

JUAN PABLO II, «Ángelus del 29 de enero de 1995» *Ecclesia* (1995) n 2724, p 237

— «Homilia en la beatificacion del obispo Rafael Guizar Valencia, 29-1-1995», en *Ecclesia* (1995) n 2724, p 235 236

— «Discurso a los peregrinos en la audiencia del 30-1-1995» *Ecclesia* (1995) n 2724, p 238-239

REPETTO BETES, J. L., *Santoral del clero secular. Del siglo XIII al siglo XX* (Madrid 2000) 547.

RICCARDI, A., *El siglo de los mártires* (Barcelona 2001).

ZAMALLOA, T., «Guízar Valencia, R.», en *Bibliotheca sanctorum. Appendice prima* (Roma 1987) 635-636.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN BESARIÓN

Anacoreta († s. IV)

Besarión nace en Egipto de padres cristianos y es todavía un muchacho cuando se siente atraído por la vida de los anacoretas del desierto, vida que le parecía más propia de ángeles que de hombres y que deseó ardientemente compartir. Se hizo discípulo de San Antonio Abad, a cuyo lado perseveró durante muchos años. Producida la muerte de San Antonio, pasó al lado de San Macario de Escete, y años más tarde decidió hacerse mendigo y peregrino por amor de Dios. Floreciente en vida interior y santas obras, el Señor lo prestigió haciendo por su mano algunos milagros, como la curación de un paralítico, la liberación de un poseso, la conversión de agua salada en agua dulce... Mostró una gran caridad con los pobres, por los cuales se desprendió de su capa, de su túnica, vendió su evangelio para socorrerlos, y dio testimonio de un gran espíritu de mortificación y austeridad. Su memoria la celebran los calendarios o martirologios copto, bizantino y romano.

SAN ALEJANDRO DE FIÉSOLE

Obispo y mártir († 823)

Era natural de Fiésole y nació en el seno de una familia noble. Inclinado desde joven a la vida eclesiástica, fue adscrito al clero catedralicio y llegó a ser el arcediano del obispo Leto. Acreditado en este cargo, fue elegido por el clero y el pueblo para suceder a este prelado. Acudió a Roma a pedir la confirmación papal, y el propio romano pontífice lo consagró obispo.

Como obispo, hubo de encarar una difícil situación: los señores feudatarios habían reducido a la ruina económica a la Iglesia de Fiésole al quedarse con todos sus bienes. Apeló entonces el obispo al emperador Lotario para que hiciera justicia y acudió personalmente a visitarlo en Pavía. El emperador escuchó al obispo, se dio cuenta de la justicia de su causa y determinó se le devolvieran los bienes secuestrados al tiempo que le hacía otras generosas donaciones. Pero cuando esta noticia se adelantó a su vuelta a Fiésole, los señores fesulanos decidieron su asesinato, que tuvo lugar el 6 de junio de 823 cuando volvía de ver al emperador. Cuando iba a atravesar el río Reno, junto a Bolonia, simularon ayudarle a hacerlo pero en realidad lo empujaron a la corriente donde se ahogó. Llevado su cadáver a Fiésole, fue pronto objeto de culto popular como obispo y mártir, y con el tiempo se le dedicó una basílica.

BEATO BERTRANDO DE AQUILEYA

Obispo y mártir († 1350)

Bertrando nace hacia el año 1260 en la diócesis de Cahors, en la localidad de Saint Geniès. En su juventud marcha a Toulouse donde estudia derecho y se gradúa *in utroque,* pasando a ser profesor de dicha Universidad. Cuando en 1316 llega a papa su paisano Jacques Duèse, Juan XXII, se ve favorecido con varias prebendas y es nombrado capellán papal. Participa en la causa de canonización de Santo Tomás de Aquino y en 1321 es nombrado deán de Angulema. Cumple varias misiones por encargo de la Santa Sede, hasta que el 4 de julio de 1334 es nombrado por el papa patriarca de Aquileya. Tenía ya entonces unos setenta y cuatro años y pese a su ancianidad se dispuso a ser un buen patriarca, afrontando tanto el ministerio pastoral de su patriarcado como el gobierno de los territorios en que el patriarca era señor temporal.

Hizo frente a numerosas actitudes hostiles, sin por ello dejar de preocuparse por el progreso material de sus súbditos, procurando el incremento de la agricultura, de la industria y del comercio, así como la extensión de la escolarización. Convocó varios sínodos diocesanos y un concilio de su provincia

eclesiástica, fomentó los monasterios e institutos religiosos, así masculinos como femeninos. Se negó a practicar el nepotismo y vivió con austeridad y modestia, dando ejemplo de persona de oración y de vida interior, procurando la moralidad pública y las buenas costumbres. Tenía voluntad de diálogo y prefería componer las diferencias por caminos de paz pero se vio obligado a tomar las armas, aunque personalmente no combatía sino que oraba mientras sus hombres combatían. Iba camino de Udine, y estaba a varias millas de Spilimbergo cuando fue asaltado por sus enemigos que pudieron con su escolta y asesinaron al patriarca. Era el 6 de junio de 1350.

Tenido por mártir, recibió culto popular, que aunque no ha sido confirmado por la Santa Sede, sí ha recibido refrendos autorizados, como la permisión de Clemente XIII de que se rezase en las diócesis de Udine y Gorizia su oficio como de confesor pontífice, con título de beato.

BEATO LORENZO DE VILLAMAGNA

Presbítero († 1535)

Nace en Villamagna, del Abruzo citerior, el 12 de mayo de 1476 en el seno de la familia De Masculis. Educado cristianamente en el seno de su acomodada familia, en cuanto llega a la adolescencia manifiesta su deseo de ser franciscano, a lo que sus padres se oponen. Concretamente su padre intentó utilizar así los halagos como las amenazas para apartarlo de lo que creía un capricho del joven, pero éste se mantuvo firme en su deseo. Logra, por fin, que su padre dé la licencia e ingresa en el convento de Santa María de las Gracias, de Ortona, perteneciente a la rama de los observantes. Hace el noviciado y la profesión religiosa y, concluidos los estudios, es ordenado sacerdote. Entienden los superiores que tiene cualidades y aptitudes para la sagrada predicación y a ella lo dedican.

Su palabra atraerá multitudes que corren a escucharlo, porque su palabra llena de unción y fuerza evangélica arrastraba a quienes lo escuchaban. Pero él no subía jamás a un púlpito a predicar sin haber hecho antes oración por largo tiempo, de modo que cuanto decía había sido primero meditado en la ora-

ción. Logra sonados frutos de penitencia y conversión así como que muchas almas se decidan por la búsqueda de la perfección cristiana.

En este ministerio perseveró toda su vida hasta que, estando predicando la cuaresma en la catedral de Ortona, se sintió repentinamente enfermo. Llevado a su convento, estuvo un tiempo en el lecho, hasta que el 6 de junio de ese año 1535 el Señor lo llamó a su reino. El culto que recibió enseguida fue confirmado por el papa Pío XI el 28 de febrero de 1923.

BEATO GUILLERMO GREENWOOD

Monje y mártir († 1537)

Guillermo Greenwood era hermano converso en la Cartuja de Londres, de la que era prior San Juan Houghton. Cuando llegó la orden de jurar las nuevas disposiciones dictadas por Enrique VIII, se atuvo al criterio de su prior y con él juró lo que se le pedía con la restricción de «en cuanto no fuese contrario a la ley de Dios». Producido el martirio del prior y colocado un nuevo prior en la Cartuja, éste dio el paso adelante en 18 de mayo de 1537 de aceptar la supremacía religiosa del monarca, lo que significaba la separación respecto de la autoridad del Papa. Diez religiosos, entre ellos nuestro mártir, se negaron a esta apostasía, siendo encarcelados y sometidos a la tortura de la argolla y la cadena, dejándoseles morir de inanición. El primero en sucumbir fue nuestro mártir, que expiró el 6 de junio de 1537. Fue beatificado el 9 de diciembre de 1886.

SANTOS PEDRO DUNG, PEDRO THUAN Y VICENTE DUONG

Mártires († 1862)

El día 6 de junio de 1862 fueron muertos a causa de su fe cristiana los santos Pedro Dung y Pedro Thuan, en Lung-Mi, y Vicente Duong, en Doang-Trung-Mi-Nhue.

Los dos primeros eran pescadores, y tras su arresto padecieron un período de cárcel en Lung-Mi. Pese a la insistencia de las

autoridades, se negaron a pisotear la cruz y apostatar. Encerrados en cabañas de paja, fueron quemados vivos en ellas.

Pedro Dung era natural de Dong-Phu, estaba casado y tenía varios hijos, y era un excelente padre de familia. Cargado ya con la canga tras su arresto, logró que lo llevaran a la puerta de su casa, se despidió de su familia y pidió que todos perseveraran en la fe.

Pedro Thuan, amigo y paisano del anterior, había sido anteriormente arrestado varias veces y se había librado de las represalias porque pisó la cruz. Pero se arrepintió y volvió al ejercicio de su religión, lo que le valió un último arresto y el paso por varias cárceles, hasta que habiendo confesado la fe, esta vez sin titubeo, fue quemado vivo.

Vicente Duong era también padre de familia, de profesión agricultor. Arrestado por su fe, la confesó abiertamente, y no cediendo a ninguna amenaza, por ella fue quemado vivo.

Fueron canonizados el 19 de junio de 1988.

BEATO INOCENCIO GUZ

Presbítero y mártir († 1940)

José Adalberto Guz nació el 18 de marzo de 1890 en Lvov, siendo bautizado a los pocos días en la parroquia de San Andrés Apóstol. Hechos ya los estudios primarios y el bachiller, optó por la vida religiosa e ingresó en la Orden de Hermanos Franciscanos Conventuales el 25 de agosto de 1908, tomando el nombre de fray Inocencio. Hizo los primeros votos el 26 de agosto de 1909, y pasó al convento de Cracovia donde hizo los estudios filosóficos y teológicos. Hecha la profesión perpetua el 8 de diciembre de 1912, se ordenó sacerdote el 2 de junio de 1914. Fue destinado sucesivamente a los conventos de Hanaczow, Czyzki, Halicz, Varsovia, Lvov y Radomsko. Luego fue destinado a la casa de Grodno, donde se encontró con San Maximiliano Kolbe, que por entonces dirigía la revista *El Caballero de la Inmaculada.* Pasó luego al convento de Niepokalanów y fue confesor de la comunidad, vicemaestro de coristas, y profesor de canto en el seminario menor seráfico. Pasó en 1936 a Grodno y aquí estaba cuando se declaró la II Guerra Mundial.

Arrestado por los soviéticos el 21 de marzo de 1940, pudo huir de la cárcel de Grodno, pero al atravesar las líneas fronterizas ruso-alemanas fue detenido por los alemanes, y llevado al campo de concentración de Dzialdowo, del que pasó luego a Sachsenhausen. Aquí padeció muchos malos tratos, enfermó y fue muerto a manos de la guardia del campo el 6 de junio de 1940. Fue beatificado el 13 de junio de 1999.

7 de junio

A) MARTIROLOGIO

1 En Irlanda, San Colman († s VI), obispo y abad de Dromore *
2 En Cordoba, santos Pedro (de Ecija), presbitero, Walabonso, diacono, Sabiniano, Wistremundo, Habencio y Jeremias (de Cordoba), monjes († 851), martires *
3 En Newminster (Inglaterra), San Roberto († 1159), abad, de la Orden Cisterciense *
4 En Amberes (Brabante), Beata Ana de San Bartolome († 1626), virgen, de la Orden de las Carmelitas Descalzas **
5 En Piacenza (Emilia), San Antonio Maria Gianelli († 1846), obispo de Bobbio, fundador de la Congregacion de las Hijas de Maria Santisima del Huerto **
6 En Paris (Francia), Beata Maria Teresa de Soubiran La Louviere († 1889), virgen, fundadora de la Sociedad de Maria Auxiliadora **

B) BIOGRAFIAS EXTENSAS

BEATA ANA DE SAN BARTOLOMÉ
Virgen († 1626)

La Beata Ana de San Bartolomé es un satélite que se mueve por completo en la órbita de Santa Teresa de Jesús. Tiene con ella un punto de contacto excepcional: la vida de ambas está dominada por los fenómenos místicos, constituyendo un válido testimonio de la existencia de lo sobrenatural, prueba patente de la presencia de Dios en el mundo de las almas. Ambas nos han descrito sus experiencias. Teresa como maestra, con la

exactitud y riqueza de sus minuciosas descripciones; Ana con la sencillez de su mente inculta y campesina, pero con una sinceridad y una transparencia que encantan.

La *Autobiografía* de la beata está tan llena de hechos extraordinarios, que resulta poco atrayente para los espíritus críticos y desconfiados de nuestro siglo, pero está escrita con un estilo tan directo y con una tal convicción, que no pueden menos de ser aceptados, por lo menos, como experiencia vivida, por quienes se acerquen a ella con un criterio adicto a lo divino.

Nació Ana en El Almendral, pueblo de la provincia de Toledo, el 1 de octubre de 1549, en una familia cristiana y campesina, de costumbres austeras y acendrada piedad, siendo la sexta entre siete hermanos. Un vulgar episodio de su infancia parece señalar el destino de su vida. Ella misma lo cuenta en su *Autobiografía:*

> Cuando todavía era muy niña y apenas podía tenerse en pie la dejaron un día solita sus hermanas para que se entrenara en andar. Pasando por allí su madre, les dijo:
> — Mirad que la niña no caiga, que se matará.
> Una de las hermanas replicó:
> — Dios la haría merced, si se muriera: que ahora iría al cielo.
> Y la otra repuso:
> — Déjala, no se muera, que si vive podrá ser santa.
> Mas la primera objetó:
> — Esto está en duda, y ahora no tiene peligro, mas en llegando a los siete años pecan los niños.

Nos asegura la beata que este diálogo, sólo vagamente comprendido, causó un impacto terrible en su alma. Cobró horror al pecado, y, levantando los ojos al cielo, le pareció que se le mostraba claramente la majestad divina.

Es posible que una elaboración posterior fuese llenando de contenido la primitiva impresión, pero lo cierto es que su vida queda marcada desde sus albores con el signo de lo sobrenatural. Y cuando cumplió siete años la encontraban con frecuencia llorando y, preguntada por el motivo, respondía: «Porque tengo miedo de pecar y condenarme».

Cuando contaba apenas diez años perdió a sus padres, y sus hermanos la obligaron a guardar el rebaño que poseía la familia. Ana aprendió con el contacto del campo a relacionarse con

Dios, a quien veía presente en la creación. Gustaba de pasar las horas muertas con el pensamiento en el cielo, absorta en contemplación, y ya desde entonces se entrenó en continuos coloquios con Cristo, que, nos asegura, se le aparecía continuamente en figura de niño que conversaba con ella. Lo sentía junto a sí y le hacía partícipe de sus pensamientos y preocupaciones. La beata interpreta estas experiencias como si se tratara de una presencia real y corporal de Cristo, mas acaso no pasasen de visiones imaginarias producto de su fantasía infantil excitada por el pensamiento de Cristo, hacia el cual encauzaba toda la capacidad sensitiva de su alma. Lo cierto es que vivía en continua presencia de Dios, nota que fue la característica de su vida toda bajo diversos aspectos, conforme al desarrollo de la gracia en su alma y al diverso grado de madurez espiritual.

Al llegar a los veintiún años, sus hermanos quisieron casarla y le buscaron para marido un mozo gallardo y de buena posición. La joven estaba decidida a consagrarse al Señor y, con hábil estratagema, logró burlar las pretensiones familiares, presentándose ante su presunto esposo tan desastradamente ataviada, que no fue aceptada. Durante mucho tiempo continuó la insistencia de sus familiares y fue tanta la guerra que le hicieron, que faltó muy poco para que se rindiera.

> «Si yo hallara un hombre muy rico, muy agradable, muy santo y que me ayudara al servicio de Dios, que me holgara con tal compañía».

Mas Cristo, que en su infancia se le hacía sentir como niño, se le mostró entonces con rasgos juveniles y le susurró al oído: «Yo soy el que tú quieres, y conmigo te has de desposar», y desapareció.

Desde entonces todos sus pensamientos y deseos se encaminaron al claustro, y por consejo de su confesor, el párroco del pueblo, se dirigió al convento de San José de Ávila pidiendo ingresar entre las hijas de Santa Teresa. Sus hermanos se opusieron en un principio y su hermano mayor, cuando cierto día le reclamaba el dinero para el viaje, tuvo un acceso tan terrible que poco faltó para que la atravesase con su espada. Mas finalmente, amansado, él mismo la acompañó a Ávila, donde ingresó el 1 de noviembre de 1570.

La beata carecía por completo de instrucción y no sabía leer ni escribir, lo cual suponía un grave inconveniente para su admisión por su incapacidad para el rezo del coro. Mas la santa Madre, que nunca había querido admitir legas en sus conventos, hizo una excepción con ella para no perder una vocación tan privilegiada, y la recibió para «freila», siendo la primera lega de la descalcez. Hay que notar, sin embargo, que no se tuvo en cuenta para nada la cuestión económica, ya que aportó su dote correspondiente.

En el convento la probó el Señor con duras pruebas espirituales, retirándola el suave sentimiento de su presencia y presentándosele como Cristo doliente que la invitaba a caminar por el sendero de la cruz. En una visión se le mostró afligidísimo y descargó en su corazón la pena que tenía.

> «¡Mira las almas que se me pierden! ¡Ayúdame!, mostróme la Francia como si estuviera presente allí y millones de almas que se perdían en las herejías».

Dios la probó con graves enfermedades, efecto de su vida de oración, en la que incluso pasaba las horas de la noche, con lo que gastaba su cuerpo no muy robusto. Pero un día la madre Teresa, encontrándose enferma nuestra beata, le ordenó por obediencia que se convirtiera en enfermera de las demás y, superando su debilidad, se dio tal maña en el oficio, que se convirtió en «priora de las novicias», como donosamente la llamaba Santa Teresa.

Fue la santa la que moldeó su espíritu con sus enseñanzas y con su familiaridad, ya que la convirtió en su confidente, su enfermera, su ayuda de cámara y hasta en su secretaria. Ella misma confiesa que «la Santa estaba ya tan acomodada a mis pobres y groseros servicios, que no se hallaba sin mí».

Como la Beata Ana no sabía escribir se lamentaba Teresa de ello, porque hubiera querido que la ayudase a llevar su copiosa correspondencia. Por dar gusto a la Madre se empeñó con tal entusiasmo en conseguir aprender a escribir, que lo consiguió con sólo copiar la letra de la santa y con tal rapidez que se tuvo por todos como verdadero milagro.

Cuando en 1579 se autorizó de nuevo a Santa Teresa para que reanudase la visita de sus conventos y su actividad de fun-

dadora, tras el obligado reposo de dos años en Ávila, quiso llevar como compañera a la Beata Ana de San Bartolomé, que la acompañó en sus últimas peregrinaciones, las más duras y trabajosas, a lo largo de todos los caminos de Castilla. A la pluma de la beata debemos las vívidas descripciones de estos trabajos, que completan las trazadas por Teresa en el libro de las *Fundaciones.*

Ana la acompañó a las de Malagón, Villanueva de la Jara y Burgos, y se hizo su presencia tan necesaria a la santa, que no sabía ponerse en camino sin su compañía.

En la última enfermedad de Santa Teresa la Beata Ana no se apartó de su lado, olvidándose de comer y de dormir, y tal era el consuelo que le daba el verse por ella atendida que, cuando se alejaba, reclamaba insistentemente su presencia. Ella la asistió en su agonía y tuvo reclinada entre sus manos durante varias horas la cabeza de la santa Madre hasta que en ellas expiró.

Muerta la santa, se convirtió Ana de San Bartolomé en oráculo para las descalzas, que a ella acudieron en su ilusión de conocer los detalles de la vida y enseñanzas de su Madre, que ella mejor que nadie conocía.

Cuando el cardenal P. de Bérulle vino a España para llevarse a Francia un grupo de carmelitas, se acordó Ana de la revelación que respecto de Francia le había hecho el Señor en otro tiempo y de los deseos de Santa Teresa, y acogió la idea con entusiasmo, formando parte de la primera expedición.

En Francia la obligaron los superiores a tomar el velo negro de corista y la nombraron priora primero de Pontoise y luego de París. La madre Ana tuvo que hacerse al trato de las damas y personajes de la corte, que dieron en la moda de visitar las descalzas y someterse a su dirección. Las primeras vocaciones francesas al Carmelo pertenecían a la nobleza francesa, y fue Ana encargada de su formación, trasvasando en ellas el espíritu teresiano de que el suyo rebosaba. A ella se debe también la fundación del convento de Tours.

Una grave dificultad presentaba la permanencia en Francia de las descalzas. El cardenal Bérulle, una de las más grandes figuras de la espiritualidad francesa, quiso moldear a las carmelitas conforme a su propio espíritu, aunque siguiendo la línea de

Santa Teresa. Las españolas estaban acostumbradas a la dirección de los padres y no podían hacerse a vivir sin consultar su espíritu con ellos. La Beata Ana aguantó cuanto pudo; mas, no bien comprendió que el Carmelo en Francia podía continuar por sus propios medios, aceptó la invitación de trasladarse a Bélgica, donde podría dirigirse con los descalzos, que estaban ya establecidos allí.

Llegó a Bélgica a los sesenta y tres años de su edad y fueron los años que allí vivió hasta su muerte los más fecundos de su vida. Su recuerdo está unido en Bélgica a la fundación de Amberes por ella realizada y que se convirtió pronto en un potente foco de irradiación espiritual. Desde la reja de su locutorio y a través de su correspondencia ejerció poderosa influencia sobre la sociedad belga, colaborando al desarrollo de la espiritualidad y vida de oración entre aquellas gentes que se han distinguido siempre entre las más dispuestas para la vida sobrenatural.

Cuando Mauricio de Nassau intentó por tres veces tomar por sorpresa la fortaleza de Amberes, la población atribuyó a las oraciones de la Beata Ana y de sus monjas la liberación, y la infanta y los generales acudieron al locutorio para agradecerle su intervención.

Murió la Beata Ana de San Bartolomé el 7 de junio de 1626, precisamente el día de la Santísima Trinidad, cuya presencia sintió de manera especial en su alma durante los últimos años de su vida.

Su memoria perdura viva en el Carmelo y en la ciudad de Amberes, que en los días terribles de la guerra mundial volvió a encomendarse a ella, atribuyendo a su mediación protectora el haberse visto libre de la destrucción.

GREGORIO DE JESÚS CRUCIFICADO, CD

Bibliografía

Anne de Saint-Barthélémy. Obra en colaboración en el III centenario de su muerte (Chévremont 1949).

Autobiografía. Fue publicada en 1646 y se conserva en el convento de las carmelitas de Amberes. Traducida al francés como: *Autobiographie de la vénérable mère Anne de Saint-Barthélémy, compagne inséparable de Sainte Thérèse... et fondatrice des Carmels de Pontoise, Tours et Anvers* (París 1869; nueva ed.: Gent 1989).

ENRÍQUEZ, C., *Historia de la vida, virtudes y milagros de la venerable madre Ana de San Bartolomé* (Bruselas 1622).

FLORENCIO DEL NIÑO JESUS, CD, *La Beata Ana de San Bartolomé, compañera y secretaria de Santa Teresa de Jesús. Compendio de su vida* (Burgos 1917).

La vie et les instructions de la vénérable mère Anne de Saint-Barthélémy, compagne et coadjutrice infatigable de la sainte et séraphique mère Thérèse de Jésus, fondatrice de plusieurs couvents de carmes déchaussés en France et de celui d'Anvers en Belgique, vues des plus illustres de ses filles, por un solitario (París 1897; repr. de la ed. de 1708).

Une nouvelle glorie du Carmel. Vie de la bienheureuse Anne de Saint-Barthélémy, compagne de Sainte Thérese (Rodez 1918).

• Actualización:

JIMENEZ DUQUE, B., *Ana de San Bartolomé (1549-1626)* (Madrid ²1988).

MACCA, V., «Ana de San Bartolomé», en L. SAGGI, *Santos del Carmelo* (Madrid 1982) 226-228.

SAN ANTONIO MARÍA GIANELLI

Presbítero († 1846)

Había nacido nuestro santo el 12 de abril de 1789 en Cereta (Italia) durante las fiestas pascuales, de una pobre familia de campesinos de los que aprendió la caridad, el espíritu de sacrificio y la capacidad de condivisión.

A los 19 años entró al seminario de Génova y cuatro años después fue ordenado sacerdote el 24 de mayo de 1812. Siguió en el seminario como profesor de literatura y retórica.

Los años que van del 1826 al 1838 lo ven como arcipreste de Chiávari y como vicario del Valle di Vara. Fue un tiempo dedicado intensamente a la vida parroquial con la creación de varias instituciones, como un seminario propio, y el redescubrimiento de la *Suma teológica* de Santo Tomás de Aquino para la preparación de los candidatos al sacerdocio.

El fundamento de toda actividad en la Iglesia debe ser el amor, que nuestro santo consideraba el principio pedagógico indispensable.

Entre sus creaciones e innovaciones se cuenta la llamada «Sociedad Económica» que confió a los cuidados de las señoras de la caridad para la instrucción gratuita de las niñas pobres; no era sino la preparación de lo que más tarde sería la fundación de las Hijas de María Santísima del Huerto, conocidas también como Hermanas Gianelinas, que nacieron un 12 de enero de 1829. Les dejó escrito en las constituciones:

> «Fidelidad al carisma, viviendo en vigilante caridad evangélica, olvidando el propio interés y las propias comodidades; estar aten-

tas a las necesidades de los tiempos, alegrándoos de haceros todas a todos mediante un compromiso que no conozca otro límite que la imposibilidad o la inoportunidad» *(Constituciones,* n.2).

Insistió mucho en la pobreza, que debía de ser «el verdadero distintivo del instituto». Además del amor fiel a la pobreza, no debía faltar jamás el espíritu de sacrificio, con la certeza diaria de que una Hija de María «no puede estar sin cruz». Entre las cualidades que debían tener las Hijas de María Santísima del Huerto, San Antonio María Gianelli pone de relieve una gran confianza en Dios. Vivir abandonadas a él; esto les ayudará a que no las turben los aparentes fracasos, sino que, al contrario, les permitirá sostener a las personas angustiadas y desorientadas. A las primeras hermanas les decía:

> «Cuando las cosas no van bien, o incluso cuando van mal, no se turbarán, ni lo considerarán un verdadero mal, sino que se humillarán ante Dios y confiarán en que él sabrá sacar algún bien de ellas».

También creó una pequeña congregación misionera que puso bajo el patronazgo de San Alfonso María de Ligorio, para la predicación de misiones particulares al pueblo y para la organización del clero, llamados por ello «ligorianos» y más tarde «Oblatos de San Alfonso». Fueron una ayuda insustituible cuando fue nombrado en el año 1838 obispo de Bobbio.

Fue llamado «santo de las hermanas» especialmente en la América Latina, donde más se extendió su obra y donde aún hoy —especialmente— siguen ayudando en la pastoral, evangelización y catequesis en parroquias y centros de atención espiritual.

Recomendaba a sus hijas espirituales:

> «Procuren, en primer lugar, amar de verdad y demostrar un gran amor a las jóvenes que se les confían, porque nadie ama a quien no ama; y si no las aman, ni siquiera irán a la escuela, o no estarán a gusto con ellas y no aprenderán ni la mitad de lo que aprenderían amando a sus maestras y sintiéndose amadas por ellas».

Moriría relativamente joven el 7 de junio de 1846, tras una vida de sacrificios y privaciones, de tisis en Piacenza a los 57 años. Fue declarado beato el día 21 de octubre de 1925, por

Pío XI, siendo canonizado por Pío XII el 21 de octubre del año 1951. El 4 de junio de 2000 fue proclamado patrono del Valle di Vara por la curia episcopal de La Spezia.

El papa Juan Pablo II ha dicho recientemente de él («Discurso del Santo Padre Juan Pablo II al capítulo de las Hijas de María Santísima del Huerto», 17 de febrero de 2003) que «vivió con vigor y pasión su misión al servicio del reino de Dios». Solía repetir: «Dios, Dios, Dios solo». Toda su acción estaba animada por el ardiente anhelo de pertenecer a Cristo. Deseaba servir al Señor en los pobres, en los enfermos y en las personas sin instrucción, así como en los que aún no conocían o no habían encontrado a Dios en su existencia. Abría su corazón a la acogida de los hermanos y se interesaba por toda persona.

JUAN JAVIER FLORES ARCAS, OSB

Bibliografía

BAUDOT, J. - CHAUSSIN, L., OSB, *Vie des saints et des bienheureux.*, VI· *Juin* (París 1948) 139.
«Breve de beatificacion»: *AAS* 17 (1925) 176-179.
«Bula de canonización»· *AAS* 45 (1953) 124-136.
FREDIANI, G., *S. Antonio Maria Gianelli. Profilo biografico* (Roma 1951).
GAROFALO, S., *Sant'Antonio Maria Gianelli. Un grande vescovo per una piccola diocesi* (Cinisello Balsamo 1989).
SANGUINETI, L., *Il beato Antonio Maria Gianelli, vescovo di Bobbio, fondatore delle Figlie di Maria SS. dell'Orto* (Turín-Roma 1925).
SCHAUBER, V. - SCHINDLER, H. M., *Heilige und Namenspatrone im Jahreslauf* (Munich 2001) 278-279

BEATA MARÍA TERESA DE SOUBIRAN

Virgen y fundadora († 1889)

María Teresa de Soubiran, en el siglo Sofía-Teresa-Agustina-María de Soubiran La Louvière, virgen, fundadora de las Hermanas de María Auxiliadora, vino al mundo el 16 de mayo de 1834 en el castillo de Castelnaudary, cerca de Carcassonne (Aude, Francia), dentro de los confines de esta diócesis, en el seno de una ilustre familia de raíces cristianas. Sus padres, José Pablo, barón de Soubiran La Louvière, y Noemí de Gélis, saga de los Albigeois, pertenecían a un árbol genealógico de mucho abolengo, siglo XII, entre cuyas ramas, por razones de afinidad

y consanguinidad, había príncipes, reyes, papas —el Beato Urbano V— y hasta santos, como Elceario, conde de Sabran, y su esposa la Beata Delfina de Signe y Santa Roselina de Villeneuve. Por defender la fe católica cuando en Francia se desató furiosa la revolución civil, uno de sus abuelos se vio despojado de los bienes y sufrió el exilio, ese otro despojo del hábitat y de la cultura que tantas veces sufren los humanos.

En el bautismo, administrado al día siguiente de nacer, vigilia de Pentecostés, su padre José Pablo le impuso los cuatro nombres arriba dichos. La verdad es que desde el punto de vista del éxito inmediato y del brillo temporal su vida fue un rotundo fracaso, y no por falta de formación cristiana, como veremos. Educada en Cristo ya desde la cuna, el cielo se volcó en ella con el espíritu de oración a raudales. No ha de extrañar, pues, que en este clima hogareño de fe Sofía creciese en medio de una vida austera, que, después de todo, se ajustaba de lleno a su atractivo por la soledad, la oración y la penitencia. Temerosos de Dios, de conducta irreprochable, amigos del silencio y de la sobriedad, sus padres la habían recibido al nacer como se recibe, o debe recibirse, un regalo del cielo, y desde entonces no habían hecho sino esmerarse cada día más y más por infundir en su tierno corazón el santo temor de Dios procurándole una formación según los misterios del cristianismo. Se comprende por eso que, desde la tierna infancia, diera muestras de atesorar mucha virtud.

Cumplidos los tres años, más bien mediado el cuarto, le sobrevino un grave mal de fiebres tifoideas, del que se repuso aplicándole un escapulario de la Bienaventurada Virgen María. En vista de lo cual, se consagró desde entonces a la Señora en la Congregación Mariana. Mujer de carácter, discreta, humilde y afable a la vez, Sofía supo vivir siempre dócil a sus padres, en actitud reverente, dispensándoles con el gesto y la palabra cariñoso trato. A pesar de su precocidad, de su vehemencia si se quiere, firme en la vocación a la vida religiosa, dio sobradas pruebas de vivir al amparo de la inefable inspiración divina. Ajena a las diversiones infantiles, interesada en cambio por el embeleso de la oración, cabe afirmar que de igual modo que la planta se vuelve hacia el sol, del que recibe luz y calor, es decir,

vida, así su distinguida espiritualidad se volcaba con indecible ternura y querencia por el Corazón de Jesús.

Comensal del banquete eucarístico a los doce años, con el espíritu pronto para emprender las mejores hazañas, como una pequeña heroína de la santidad más legítima, implora con vivas ansias al divino huésped que incite su alma hacia la vocación religiosa. Después de lo cual, por completo ajena como ella estaba al matrimonio y al entretenimiento de las criaturas, recibe en el sacramento del Crisma la fuerza del Espíritu Santo, que templa su persona toda, como las cuerdas de una lira, para las mejores melodías ascético-místicas. A sus catorce años, noviembre de 1848, hace voto de castidad hasta la muerte. Dedica sus fuerzas a cultivar sobremanera tan excelsa virtud poniendo como valedora suya en el empeño a la Virgen, contenta de pertenecer al número de los aludidos por el apóstol cuando dice: «Mas vosotros no estáis en la carne, sino en el espíritu, ya que el Espíritu de Dios habita en vosotros» (Rom 8,9).

En septiembre de 1854, sacrifica sus ansias del Carmelo para darse a un beaterio que le viene rondando la cabeza a su tío Luis de Soubiran, canónigo y vicario general de la diócesis de Carcassonne. Y puesto que la vocación religiosa es en ella evidente, su tío Luis, que había rehusado tiempo atrás la dignidad episcopal, y el obispo de Carcassonne la envían a Gand (Bélgica), para que, bajo la dirección de una consumada maestra, estudie sobre el terreno el género de vida denominado en Francia «béguinage», o sea, conventual, pues rápidamente el beaterio toma un rumbo netamente religioso. Buscaba su tío repristinar la antigua institución de este género de vida terciaria a favor de aquellas jóvenes que ni se sentían inclinadas a entrar en un instituto religioso ni, por otra parte, querían casarse.

De vuelta en Francia, el 29 de septiembre de 1854, año del dogma de la Inmaculada, y luego de haber superado la repentina muerte del padre, abre con sus primeras compañeras en Castelnaudary «El Buen Socorro», casa para jóvenes indigentes. Daba inicio así al capítulo de las fundaciones. A los 25 años, es ya fundadora y superiora. Gasta luego su herencia para construir «La Preservación», nueva y grande casa que apenas terminada es pasto de un voraz incendio en 1861. La capilla, sin em-

bargo, a la que Sofía acude presurosa y desafiando a las llamas para salvar el Tabernáculo con la Eucaristía, quedó ilesa. Salieron asimismo indemnes las hermanas y las niñas, gracias sin duda a la Virgen María, en cuyo valimiento la intrépida Sierva de Dios había puesto su esperanza arrojando al fuego con ese fin su escapulario.

En memoria de tanta gracia, consagró con triple voto la familia religiosa de su fundación a la Virgen María. A tal fin determinó asimismo introducir la adoración expiatoria a la santísima Eucaristía, que las religiosas, salvas e incólumes, acordaron hacer en la noche aniversario del incendio. La joven, pues, no se arredra, ni se desanima, antes al contrario, recomienza su obra con redoblado brío bajo la dirección de los jesuitas, e instituye la «Congregación de María Auxiliadora», siempre a favor de jóvenes pobres y extraviadas. Con su pequeña comunidad decide profesar los tres votos el 8 de septiembre de 1862, reconociendo a la Virgen como primera superiora y disponiendo que cada religiosa tome a partir de entonces el nombre de María.

En mayo de 1864, Sofía, llamada en lo sucesivo Teresa, tras un reposado discernimiento en el transcurso de un retiro de treinta días en Toulouse bajo la dirección del jesuita Paul Ginhac, se siente llamada a fundar una congregación propia y verdadera, una nueva forma de instituto, en suma, con nuevas reglas, nuevo nombre, nuevo vigor y hasta nuevo carisma. El proyecto toma vida el 16 de mayo de 1864, y su título «María Auxiliadora» indica el espíritu y el objetivo, a saber: conciliar las necesidades de un apostolado al servicio de las jóvenes hijas más desfavorecidas con las exigencias de la vida contemplativa. Es cierto que por un bienio se llamó *Santa María de Béguinage,* pero después cambió definitivamente a *María Auxiliadora.* El 7 de junio, hace un voto especial de desapropio, de suerte que «por María Auxiliadora y por mí —precisa— Nuestro Señor me sea todo», comprendida la posibilidad misma de ser un día rechazada en la Congregación. El nuevo régimen de vida pretendía combinar vida activa y contemplativa según las hermanas lo solicitaren para propia virtud y utilidad ajena. Objetivo este a conseguir mediante la adoración nocturna y diurna del Santísimo Sacramento en cada casa de la congregación y también,

por supuesto, con la recitación diaria del oficio del sacratísimo Corazón de Jesús.

En julio de 1864 sus hermanas, acogidas en Toulouse por el arzobispo Julien Desprez, abren la primera «casa de familia» y continúan la adoración nocturna iniciada en Castelnaudary el año 1862. La fisonomía del nuevo Instituto ofrece una imagen estrechamente ligada a la espiritualidad ignaciana y al espíritu de reparación, con los añadidos de la adoración reparadora, común en muchas fundaciones francesas del XIX, así como al espíritu misionero. Por casi diez años trabaja en la formación de las religiosas y en la redacción de las Constituciones. Funda casas en Francia y consigue establecer la *obra* en Inglaterra. De hecho, el P. Ginhac suplica el 13 de diciembre de 1868 el decreto de alabanza de la Santa Sede, a lo que pocos días después accede el Beato Pío IX por *Letras apostólicas* del 19 de diciembre de 1868 dirigidas al arzobispo de Toulouse. Siguen en 1869 las fundaciones de Amiens y de Lyón, y poco más tarde las de Bourges (1871), París (1872) y Angers (1873). Lo de Inglaterra responde a que por el año 1870 estalla la guerra entre franceses y alemanes, y a María Teresa no le queda más alternativa que huir con sus monjas y sus hijas ante el avance del ejército invasor, hasta que encuentra refugio en Londres. León XIII aprueba en 1901 el Instituto y las Constituciones, y Pío XI confirma esta decisión de su predecesor el año 1924.

Después de la derrota regresa de Londres bajo las condiciones de una dura paz impuesta por los vencedores. Hace falta su obra por doquier. La gente necesita calor humano, reconciliación, fraternidad, justo lo que le van a negar a ella muy pronto, cuando la reduzcan a persona ruin y despreciable. Porque en las cuadernas y techumbre del sólido edificio de su Congregación ha surgido mientras tanto lo que algunos biógrafos denominan «carcoma negra», es decir, una anciana señora tardíamente consagrada a la vida religiosa que va a ser el instrumento del que Dios se valga para purificar a la madre María Teresa Soubiran. Los fusilazos de la tormenta dibujan ya el horizonte de lo que se avecina, y es en 1874, efectivamente, cuando suena la hora de la terrible prueba: la madre María Teresa es acusada por esta inteligentísima, soberbia, intrigante y ambiciosa mujer, asistente

María Francisca, de ser la causa de la ruina inminente de la Congregación.

María Francisca acusa de mala administración a la madre María Teresa, precisamente a quien había empleado herencia y sudores y lágrimas para bien del Instituto por ella fundado y dirigido. Bajo el consejo de Monseñor Charles de la Tour d'Auvergne, entonces obispo de Bourges, y del P. Ginhac (que no la consideraba exenta de culpa), ambos seguramente embaucados por las maniobras de tan ladina mujer, María Teresa se ve precisada a presentar la dimisión de superiora general. Pero María Francisca, la nueva superiora, no contenta con esto, humilla más y más a María Teresa, la hostiliza, la critica y no para hasta conseguir que en 1874 abandone el Instituto y se vaya. Una expulsión en toda regla. Y aquí no para la cosa porque, puesta ya a todo, expulsa también a la hermana, que va a juntarse en París con María Teresa y por quien la afligida ex general y siempre fundadora viene a saber así que su Congregación ha dejado de ser lo que ella soñó. La «carcoma negra» ha destruido también el espíritu.

Pasados siete meses en el hospital de Clermont-Ferrand, después de haber peregrinado de un lado para otro y de haber ido llamando de puerta en puerta con reiteradas negativas de varios conventos, es por fin acogida el mes de septiembre de 1874 por la congregación eudista de las Hermanas de Nuestra Señora de la Caridad del Refugio (rue St-Jacques, París), donde permanece durante casi tres meses entre las señoras seglares. De fundadora a novicia. De maestra y superiora general en su Congregación a humilde portera en la nueva familia religiosa que la acoge. Ella, no obstante, sabe dar ejemplo de virtud en todo.

Profesa en el nuevo Instituto el 29 de junio (alguna fuente prefiere el 29 de agosto) de 1877 bajo el nombre de María del Sagrado Corazón, y en 1882 añade a los de la profesión el voto de «víctima» (no raro en quienes seguían la espiritualidad de la reparación). María del Sagrado Corazón no murmura, ni critica, ni maldice. Tampoco habla de los tiempos en que fue madre María Teresa Soubiran. Confía en Dios, simplemente. De ahí que ore, confíe y espere en él. Deja por eso que él disponga se-

gún su beneplácito, haciendo suyas las palabras finales del *Te Deum:* «En ti, Señor, confié, no me veré defraudada para siempre». Y Dios dispone que María Teresa muera lejos de sus hermanas, apartada de su Congregación, ignorada incluso, si es que no despreciada.

María del Sagrado Corazón, en efecto, la que por tantos años se había llamado María Teresa Soubiran, fallece el 7 de junio de 1889 en el Monasterio de San Miguel (París), entre el cariño de sus nuevas hermanas y los ojos vueltos hacia su entrañable y nunca olvidada Congregación. Inhumada primero en la cripta de las Hermanas de San Miguel, Monte Parnaso del cementerio, su cuerpo es trasladado más tarde a un lugar vulgarmente conocido como «Villepinte», donde las Hermanas de María Auxiliadora, en tardía reparación, acabaron haciéndose con un sepulcro. Allí reposan hoy sus restos, en aquella institución de las cercanías de París dedicada al cuidado de los enfermos.

Bajo el «irregular» gobierno de María Francisca, la Congregación camina de mal en peor y sufre profundos trastornos y pierde de día en día vitalidad. De tal desaguisado no se repondrá sino después de muerta la fundadora y tan pronto como María Francisca presenta la dimisión, cosa que ocurre en febrero de 1890. Elegida en su lugar durante el mes de septiembre de 1890 Isabel de Luppé, una de las fieles a la difunta fundadora (¿dónde estaban éstas cuando el pedrisco?), rehabilita inmediatamente a madre María Teresa de Soubiran, y corre presurosa a recoger su cuerpo. Con este acto de reparación, vuelven a la *obra* el fervor y el bienestar. Dios misericordioso, en quien María Teresa siempre había confiado y a quien se abandonó con absoluta fe durante los relámpagos y truenos de la tormenta, y en el que permaneció contrita y humillada hasta el fin, hizo reflorecer a la Congregación de María Auxiliadora. El evangelio había vuelto a dar en la diana: «Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda él solo; pero si muere da mucho fruto» (Jn 12,24).

Uno de los más bellos textos místicos del siglo XIX nos lo dejó la Beata María Teresa de Soubiran con sus *Notes spirituelles,* unas páginas estremecidas de misticismo auténtico por las que

refulge la profunda doctrina de su vida interior, a la vez que su heroísmo, transparencia y magníficos dones del cielo. Movida por «el deseo de la expiación en unión con Nuestro Señor trabajando por el sufrimiento redentor» (p.102), dedica sus religiosas a la adoración nocturna y el día a las obras de caridad. Su vida de total sufrimiento y humillación le vale una fe desnuda de adherencias, y, por tanto, de radical identificación con Cristo-Cruz:

> «Quienes no han sufrido —escribe en 1883— estas dolorosas agonías, tampoco pueden gustar la nada de la criatura, única capaz de volvernos ricos de Dios» (p.436).

Las gracias místicas y las virtudes teologales hacen de ella un alma en permanente estado de unión con Dios. Su espiritualidad es netamente ignaciana.

Asistida desde la niñez con «vivas luces sobre la hermosura del trabajo apostólico» y deseosa de «sacrificarse para procurar la gloria de Dios», marcará las orientaciones esenciales de su Congregación a partir de esta primera llamada y en armonía con las corrientes espirituales de la época:

> «El pensamiento que ha presidido la formación de esta sociedad ha sido el deseo de la expiación en unión con Nuestro Señor trabajando para la redención por el sufrimiento y la abnegación activa» (p.102).

A este espíritu de reparación va fuertemente ligada la vida eucarística:

> «La adoración nocturna del Santísimo Sacramento expuesto nace de este doble principio de expiación y de celo [...] La adoración diurna aviva (el alma) en medio de las ocupaciones de su vida activa, en la ofrenda generosa de sí misma» (p. 104). La Eucaristía será siempre «el centro del que todo parte y al que todo vuelve» *(Directoire,* p.4).

Hay que relacionar con la misma corriente espiritual la insistencia sobre la devoción al Sagrado Corazón *(Notes,* 59, 281, 424). Los *Ejercicios espirituales* de San Ignacio jugaron un papel decisivo en la evolución interior de María Teresa y en su fundación. Hizo de ellos un medio privilegiado de formación y de recurso y no paró hasta inspirar su Instituto en las

Reglas ignacianas. En sus *Notes* personales, redactadas en gran parte después de la gran crisis de 1874, aflora también la influencia de la Escuela franciscana que ella descubre por la lectura de San Juan Eudes, en quien halla nueva comprensión de la «vida de Jesucristo en nosotros», acorde con el cristocentrismo ignaciano.

Los últimos años, va de suyo, marcan a la vez la etapa más dolorosa y la coronación de su experiencia mística; su lenguaje sobrio y poderoso es de una profundidad doctrinal nada común. Jalonan esta ascensión espiritual gracias que se decantan por una muerte progresiva a todo lo creado y una vida radical, que se adelgaza y se acendra y se llena casi constantemente de la plenitud y de la paz de Dios. Todo ello contribuye a que su alma vaya penetrando con mayor hondura y más profética intuición prospectiva en la inteligencia de la vida de Cristo en nosotros:

> «Yo he como gustado y experimentado —dice— que Cristo reside en nosotros. He comprendido que, residiendo, viviendo en nosotros, se une a nuestro espíritu, a nuestra alma; él actúa en ella cuando ella le es fiel, especialmente en la santa comunión: una de las grandes gracias de mi vida» *(Notes,* p.320).

Al mismo tiempo se intensifican su celo apostólico y su deseo «de abrazar a Jesucristo y, por él, al mundo entero» (p.385). Había hecho ella el 15 de junio de 1882, no se olvide, el voto de «víctima». Hay, pues, que inscribir la supervivencia y el desarrollo de su obra sobremanera en la fecundidad de su sacrificio.

Brilló con luz incomparable en aquella caridad por la que quiso ser siempre, y lo fue, «hija de amor», y en la mística estrechura asociativa con el divino Redentor, de quien le nace su incesante ansia de imitar la Pasión, y de propagar su gloria, a fin de procurar la salud de las almas, inmolándose por los pecados de los hombres. Ejemplo de virtudes teologales en grado heroico, la fama de santidad empezó a difundirse por doquier a raíz de su muerte. Sus Hermanas de María Auxiliadora, en el corto espacio de un año, conforme había ella predicho asistida de espíritu profético antes de morir, una vez iniciado el retorno al primitivo esplendor, empezaron a practicar las diligencias opor-

tunas para incoar cuanto antes la causa de beatificación de la madre fundadora.

Instruido el proceso ordinario en Carcassonne y en París, Pío XI firmó el 9 de mayo de 1934 la comisión encargada de introducir la causa. Pío XII, por su parte, luego de haber examinado las virtudes, declaró por decreto del 7 de agosto de 1940 la heroicidad. En cuanto a la parte de los milagros incoada el 24 de abril de 1945, el mismo Pío XII declaró por decreto del 21 de mayo del mismo año la constancia de dos, para cuyo examen se procedió según el régimen jurídico anterior a las reformas conciliares. El 13 de noviembre de 1945, el papa Pacelli declaró estar todo listo para la solemne beatificación.

Finalmente, por *Letras apostólicas* dadas en Roma junto a San Pedro, bajo el anillo del Pescador, el 20 de octubre de 1946, el mismo Papa facultó para que en adelante la Sierva de Dios María Teresa de Soubiran, fundadora de la Sociedad de María Auxiliadora, fuera honrada como Beata, y su cuerpo y reliquias pudieran ser veneradas conforme a lo establecido por el derecho, es decir, en la diócesis de Carcassonne y en la archidiócesis de París, así como en las capillas todas del mundo donde las Hermanas de María Auxiliadora tengan casas. Arrodillado en San Pedro ese 20 de octubre de 1946, Pío XII veneraba así, en aquella humilde religiosa tan duramente probada y hasta derrotada aquí en la tierra, a la Sierva de Dios ya Beata y triunfante para siempre allá en el cielo. Había sabido sufrir en silencio hasta la muerte una calumnia que ahora, a la luz de Dios, cobraba la nueva dimensión de ser en el cielo su preciado tesoro. Una vez más se habían adverado en ella, en la sufrida y humilde María Teresa, las palabras de Jesús: «El que se enaltece será humillado; y el que se humilla, será ensalzado» (Mt 23,12).

PEDRO LANGA, OSA

Bibliografía

AAS 39 (1947) 17-25.

ANNICK BARON, M., «Soubiran la Louvière, Marie-Thérèse de», en G. PELLICCIA - G. ROCCA (dirs.), *Dizionario di Istituti di Perfezione.* VIII: *Saba-Spirituali* (Roma 1988) cols.1930-1931.

BARGELLINI, P., *Mille Santi del giorno* (Florencia ^{8}1991).

DELLMAS, M.-T , *Bienheureuse Marie-Thérèse de Soubiran La Louviere, fondatrice de la Société de Marie-Auxiliatrice 1834-1889* (París 1946).

— *Voie spacieuse. Bienheureuse Marie-Thérèse de Soubiran, fondatrice de la Société de Marie-Auxiliatrice (1834-1889) Discours de Sa Sainteté Pie XII, 22 octobre 1946* (Paris 1955).

DERS, S , Art. en W. KASPER *et al.* (eds.), *Lexikon fur Theologie und Kirche* IX. *Rom bis Tetzel* (Friburgo ^{2}1964) 899

GIRARD, A., *Marie-Thérèse de Soubiran (1834-89), fondatrice des soeurs de Marie Auxiliatrice, et la maison de Bourges* (Bourges 1975).

IRIMIA-TUCHTENHAGEN, S., Art. en F. W. BAUTZ (ed.), *Biographisch-bibliographisches Kirchenlexikon.* XVIII: *Erganzungen V* (Herzberg 2001) 1.333-1.334.

LANZ, M., *La Beata Maria Teresa de Soubiran* (Roma 1946).

LAWSON, W., *A life of blessed Marie Thérèse de Soubiran, foundress of the Society of Marie Auxiliatrice* (Londres 1952).

MARTINDALE, C. C., *Marie Thérese de Soubiran, 1834-1889, foundress of the Society of Marie Auxiliatrice and Marie Elizabeth de Luppé, 1841-1903* (Londres 1921).

Martyrologium romanum, o.c , 310, n.6*; 733.

MATHON, G., «Soubiran, Marie-Thérèse de», en *Bibliotheca sanctorum.* XI. *Ragenfreda-Stefano* (Roma 1968) cols 1329-1331.

MONIER-VINARD, H. (ed.), *Notes spirituelles de la bienheureuse Marie-Thérèse de Soubiran* (París ^{2}1948).

PERRET, G., *Marie-Thérèse de Soubiran. Pauvre avec Jésus-Christ pauvre* (París-Montreal 1980).

PHILIPPONNAT, M -F , «Marie Thérèse de Soubiran», en *Dictionnaire de spiritualité ascétique et mystique.* X: *Mabille-Mythe* (París 1980) 594-596.

RAYEZ, A , *De la revolution au debut du XX^{e} siecle,* en *Dictionnaire de spiritualité ascétique et mystique.* V. *Faber-Fyot* (París 1964) 953-997, esp. 994.

THELOZ, J., *La fondatrice des soeurs de Marie-Auxiliatrice* (París 1894)

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN COLMÁN

Obispo y abad († s. VI)

Nacido en Irlanda de noble familia, fue encomendado muy joven a la dirección de San Cailano, abad de Noendrum, y estudió la Sagrada Escritura con San Ailbeo de Emly. El obispo Macnisa de Connor lo impulsó a fundar el monasterio de Dromore, en la orilla del río Lagan. Este monasterio se convierte en cabeza de un obispado, del cual fue igualmente el primer abad prelado su fundador. Gastó su vida en regirlo santamente hasta su muerte. Murió a mediados del siglo VI y su nombre figura desde antiguo en los santorales irlandeses.

SANTOS PEDRO DE ÉCIJA, WALABONSO, SABINIANO, WISTREMUNDO, HABENCIO Y JEREMÍAS DE CÓRDOBA

Mártires († 851)

Seis mozárabes fueron martirizados en Córdoba el 7 de junio del año 851 por haber confesado la fe cristiana al tiempo que denostaban al islam como falsa religión. Se presentaron juntos y espontáneamente ante el cadí y ofrecieron su profesión de fe. El martirio consistió en que fueron degollados. Sus cuerpos estuvieron unos días atados a unos palos y luego fueron quemados y sus cenizas arrojadas al Guadalquivir.

PEDRO, el primero del grupo, era natural de Écija (Astigis), y era sacerdote. Había ido a Córdoba a ampliar estudios, y estando allí había sido nombrado capellán del monasterio femenino de Cuteclara.

WALABONSO era natural de Elepla. Era diácono y había ido a Córdoba con la misma intención que Pedro y estaba, como él, al servicio del monasterio femenino de Cuteclara. Tenía una hermana monja, María, que lo seguiría meses después en el martirio.

SABINIANO, natural de Froniano, un pueblo de la sierra cordobesa, era una persona entrada en años y había profesado como monje en el monasterio de Armelata.

WISTREMUNDO era natural de Écija, como Pedro, y hacía poco que había ingresado en el monasterio de Armelata.

HABENCIO, natural de Córdoba, ya en la edad madura había ingresado en el monasterio de San Cristóbal, en las cercanías de Córdoba, y llevaba vida eremítica dentro del monasterio.

JEREMÍAS, también natural de Córdoba, era persona noble y rica que, luego de años de matrimonio con Isabel, decidieron ambos retirarse a sendos monasterios, en Tábanos. Era tío del mártir Isaac (3 de junio).

San Eulogio de Córdoba, que es quien nos narra este martirio, llama a este grupo místico senario, y no cabe duda que se hizo famoso que un grupo tan numeroso desafiara junto la ira del cadí.

SAN ROBERTO DE NEWMINSTER
Abad († 1159)

Era natural de Gargrave en el Yorkshire. En su juventud marchó a estudiar a París y, terminados los estudios, regresó a su tierra, luego de ordenarse sacerdote. Aquí ejerció su ministerio pero se decidió finalmente por la vida religiosa e ingresó como monje en la abadía de Whitby. Un tiempo después supo que un grupo de monjes había obtenido licencia del arzobispo Thurston para fundar una nueva abadía en Skeldale y le fue concedido unirse a ellos.

Así se hizo, en 1133, la fundación de la abadía de Fountains. Sus monjes, deseando vivir muy rigurosamente la santa Regla, adoptaron el camino cisterciense y se dispusieron a vivir con mucha intensidad el lema de la oración y el trabajo. Roberto se acreditó como un monje cumplidor y ejemplar.

En 1138 el señor de Morpeth que visitó la abadía, quedó tan edificado de su regularidad, que quiso fundar una similar en sus estados y así lo propuso. Se escogieron doce monjes de la comunidad y se les envió a fundar el que se llamó Newminster, teniendo a Roberto por abad. Lleno de celo por la gloria de Dios y dando ejemplo con su gran espiritualidad, Roberto no sólo rigió con santidad y sabiduría el monasterio sino que pudo fundar otros tres monasterios más. Escribió un comentario a los salmos. Quiso conocer personalmente a San Bernardo, a quien visitó y del que no logró la aceptación de su dimisión como abad. Pudo también visitar en Francia al papa Eugenio III, que era cisterciense. Vuelto a su monasterio, lo siguió presidiendo hasta su santa muerte, el 7 de junio de 1159. Su tumba fue objeto de culto popular y peregrinaciones.

8 de junio

A) MARTIROLOGIO

1. En Aix-en-Provence (Francia), San Maximino (fecha desconocida).
2. En Ruán (Francia), San Gildardo († ca.511), obispo.
3. En Soissons (Francia), San Medardo († 560), obispo de Vermand **.
4. En Fano, del Piceno (Italia), San Fortunato († s. VI), obispo.
5. En Metz (Austrasia), San Clodulfo († ca.660), obispo.
6. En York (Inglaterra), San Guillermo Fitzherbert († 1154), obispo **.
7. En Londres (Inglaterra), Beato Juan Davy († 1537), diácono, monje cartujo, mártir *.
8. En Ambiate (Madagascar), Beato Santiago Berthieu († 1896), presbítero, de la Compañía de Jesús, mártir **.
9. En Oporto (Portugal), Beata María del Divino Corazón Droste zu Vischering († 1899), virgen, de la Congregación de Hermanas de la Caridad del Buen Pastor **.
10. En Kuzhikkattussery, en Kerala (India), Beata María Teresa Chiramel Mankidiyan († 1926), virgen, fundadora de la Congregación de Hermanas de la Sagrada Familia **.
11. En Cagliari (Cerdeña), Beato Nicolás de Gesturi (Juan A. S. Medda) († 1958), religioso capuchino *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN MEDARDO
Obispo († 560)

San Medardo es un santo merovingio. Un santo de aquella Francia recién convertida al catolicismo por obra del obispo San Remigio, que hizo bautizar en Reims a Clodoveo, bárbaro sicambro.

San Remigio conocía bien a su regio catecúmeno, y, después de prepararle concienzudamente cuanto daba de sí la rudeza del belicoso monarca, organizó toda una fiesta en la catedral de Reims. La oportunidad lo demandaba. Tapices, colgaduras, cruces gamadas, lámparas en los intercolumnios, reflejos dorados

de los mosaicos, melodías de clérigos y chantres, aclamaciones de los fieles.

Clodoveo se sintió conmovido, transportado. Hombre de guerras y torneos, no conocía las bellezas del culto cristiano.

—Padre —exclamó al penetrar en la basílica deslumbrante—, ¿es esto el cielo de que me tenéis hablado?

—No, hijo —respondió el obispo—, esto es solamente la antesala del cielo.

Esta anécdota nos sirve muy bien para introducirnos en la vida de un santo merovingio. Con aquellos pueblos francos, regidos por Meroveo, que habían estado al servicio de la Roma imperial, a la cual prestaron buena ayuda en la derrota de Atila el año 451, había que proceder así, con suavidad y energía, como con niños grandes, deslumbrándoles con algo que ellos no poseían: tradición y cultura.

Al desaparecer el Imperio de Occidente, el rey Childerico comienza a construir el reino franco, aunque el verdadero creador de aquella nacionalidad es Clodoveo, que da a su pueblo la unidad de territorio y de religión.

Por la batalla de Tolbiac (496) vence a los francos ripuarios y a los alamanes, y posteriormente abraza la religión católica por influencia de su esposa, la princesa borgoñona Clotilde, y del obispo San Remigio.

Por otra batalla, la de Vouillé (507), se apodera de los dominios visigóticos, eficazmente apoyado por el clero, que veía con agrado la expulsión de los arrianos de las Galias. Posteriormente, y aplicando toda clase de procedimientos, logró adueñarse de todos los dominios de los demás pueblos francos del Rhin y Cambray.

Clodoveo era un gran político y un gran militar, que recurría a todos los medios para consolidar su poder. La frase que San Remigio pronunciara, al tiempo de administrarle el bautismo: «Adora, sicambro, lo que has quemado, y quema lo que hasta ahora has adorado», la entendió siempre a medias, o, mejor, según le convenía. Su talento político iba por encima de su conciencia, y por eso su reinado, abundante en aciertos de primer orden, lo es también en violencias y desmanes.

En este clima crece San Medardo. Sería ya un adolescente cuando ocurrió la muerte de Clodoveo el año 511, en que su

reino fue dividido entre sus cuatro hijos: Thierry, Clodomiro, Childeberto y Clotario, reino que no volvería a reunirse hasta muchos años después, en 558, en manos de Clotario, cuando a San Medardo sólo le restaban dos años de vida.

Los reyes francos tenían, como los restantes monarcas bárbaros, psicología de nuevos ricos. Todo les venía ancho, en especial el derecho y el respeto hacia los otros. Aquella mesura de los romanos, que con las legiones llevaban las formas jurídicas y la ordenación social, no la poseían los bárbaros pueblos de la selva, gentes en estado tribal. Fueron los monjes y los obispos quienes penosamente hubieron de educarlos en la moderación y el uso ponderado de la fuerza. Y —¡oh maravilla!— el caballero, el hombre que pone su espada al servicio de las más nobles empresas teniendo por norma el honor, es un producto del feudalismo cristianizado. La Edad Media sería el equilibrio entre religión y poder.

San Medardo nació en Salency. Su padre, Néctor, pertenecía a una gran familia franca, y su madre, Protagia, era galorromana. Buena fusión para un santo que habría de influir poderosamente en su pueblo.

De su padre heredaría la fortaleza, la decisión e incluso el prestigio para que nadie le tomara por sospechoso. De su madre mamaría la delicadeza, las finas maneras, el gusto depurado.

Naturalmente, con una madre así había que pensar en una educación esmerada para el hijo; que, seguramente, también el padre apoyaría. Los padres quieren vengarse de su ignorancia dando carrera a sus hijos, sobre todo si ellos prosperaron solamente por audacia y fortuna.

San Medardo estudió en Augusta Veromanduorum. Esta población del norte de Francia, cerca ya de la actual Bélgica, corresponde hoy a una ciudad que tiene para los españoles recuerdos imperiales y nos valió El Escorial: Saint Quentin.

Allí estudiaría en la escuela episcopal y adelantaría en los estudios; pero más en la virtud. Tratándose de un santo, y de un santo merovingio, esto es de todo punto imprescindible. No es que estuviera predestinado a la santidad; el joven escolar pondría grandes esfuerzos, derrocharía todo su empeño en los estudios, pero no menos en superarse en el bien.

Está probado por los biógrafos primitivos el sentido limosnero del joven Medardo. Compartía con los estudiantes más pobres su comida, socorría largamente a los menesterosos y, en una ocasión, dio un caballo a un pobre peregrino a quien los ladrones habían dejado a pie, robándole su cabalgadura. Cuando su padre notó la falta en la caballeriza, se admiraría ante el suceso y presentiría que su hijo, si algún día alcanzaba fama, no sería como guerrero, sino como clérigo.

Efectivamente, el obispo de su diócesis le promovió a las órdenes sagradas, y ascendiendo por los grados de la jerarquía llegó al sacerdocio. Por entonces debió volver a Salency para hacerse administrador de las propiedades paternas en beneficio de los pobres, aunque no de los ladrones.

Una de las cosas que debían aprender los francos, acostumbrados a la ley de la selva, era el respeto a la propiedad. Parece que San Medardo tuvo en parte esta misión. Pero el santo no necesitaba llevar a los rateros a los tribunales civiles. Resolvía él mismo, con milagros y caridad, los casos.

Tres anécdotas, como de *Flos sanctorum,* han llegado hasta nosotros, y ungidas, además, con su propia moraleja, como los apólogos orientales.

El santo tenía una viña junto a su casa. Eran los comienzos del otoño, cuando un sol en declive va dando toques de oro a los racimos de las cepas. Una noche los ladrones asaltaron la heredad. Llenaron sus capachos y pretendieron huir con el objeto de su depredación. Todo fue inútil; no encontraban la salida de la finca. A la mañana siguiente la aurora y San Medardo, que salía al predio para cantar los salmos de su oficio, encontraron a los rateros. El santo no tuvo reproche alguno para los infelices. Tal vez, con un dejo de ironía, pudo decirles:

> «¿Veis? El pecado ciega. ¡Con lo fácil que era dar con la puerta! Podéis marchar, y que os aproveche vuestra vendimia».

Otro día fue un ladrón goloso que asaltó las colmenas de la casa parroquial. Pero tan apurado se vio de las abejas que le picaban implacables, que tuvo que solicitar socorro del santo.

> «Mira, lo mismo ocurre con el pecado. Sus comienzos son dulces, pero las consecuencias tienen veneno y picor de abejas».

Por último, el caso más gracioso y educativo fue el de la vaca. San Medardo tenía una vaquita. Debía de ser preciosa, como cuidada por un santo. Y daba mucha leche. El santo soltaba su vaquita al prado, y para saber si se alejaba, para conocer sus correrías, San Medardo puso una esquila a su vaca. La becerra pacía aquí y allí, bajaba hasta la ribera del río, se metía entre los juncos y espadañas de la orilla. El santo oía la cencerra, escuchaba su sonido, y sabía las andanzas de su vaca. Si alguna vez el animalito se extraviaba demasiado, San Medardo lanzaba un silbido profundo y la vaca volvía a la querencia del establo. El santo la ordeñaba, la apiensaba, y hasta el día siguiente. Pero un día la vaca se alejó. Al principio San Medardo oía el cencerro de su vaca. Después sólo muy lejanamente, por último, nada, ni un eco. San Medardo silbó a su vaca, esperando hallar la respuesta de su esquilita; pero la vaca no contestaba, porque un ladrón la había robado. San Medardo se acostó triste aquella noche, sin tomarse su cuenco habitual de leche espumante. Pero a la mañana siguiente se presentó el ladrón solo, por su voluntad, sin que nadie le obligara. Mejor dicho, venía obligado por la esquila de la vaca. Cuando la robó, para que no sonara, le quitó el cencerro, y lo escondió en sus alforjas; pero el cencerro sonaba, sonaba y sonaba. Después lo enterró en el suelo, y el cencerro seguía sonando. Por fin en su casa lo atascó con paja y lo escondió entre el heno. Mas el cencerro no dejaba de sonar. Aquella noche el hombre no pudo pegar ojo, oyendo incesantemente la esquila de la vaca de San Medardo. Cuando a la mañana siguiente le explicó al santo lo ocurrido, le respondió éste:

> «Hijo, eso es la esquila de tu conciencia. El remordimiento no te ha dejado dormir. Es la consecuencia de todo pecado».

Estos hechos y aún otros más portentosos debieron hacer subir el crédito de santidad de Medardo. Y nada puede extrañar que fuera elegido obispo a la muerte de Alomer, que regía la sede de Vermandois. Parece ser que fue consagrado por el propio San Remigio, y para poder seguir atendiendo a sus posesiones familiares, y para enseñar costumbres cívicas a sus cristianos, recién salidos de la idolatría, o, como quieren otros biógrafos más dudosos, porque Noyon ofreciera mejores con-

diciones de defensa en aquellos tiempos calamitosos de invasiones y guerra, trasladó a esta ciudad la sede episcopal.

Aquí comenzaría su lucha enérgica y suave contra los restos de paganismo que se resistía a cristianizarse, contra las supersticiones, contra las duras costumbres, contra la ignorancia, contra la rapiña y la haraganería, contra la intriga y el asesinato. Oscura tarea que llevaron a cabo aquellos obispos galos del siglo VI, que lograron cambiar la mentalidad de los francos recién convertidos.

El prestigio de San Medardo aparece en todo su esplendor cuando vemos a la reina Radegunda postrada a sus pies pidiendo con humildad y energía el hábito de diaconisa.

Radegunda era esposa de Clotario, que la había conseguido como botín el año 531, cuando las luchas intestinas de Turingia permitieron a los reyes francos apoderarse de aquel reino. Los hijos de Bertario, hijo del rey derrotado, Hermanfrido, cayeron prisioneros, y entre ellos venía Radegunda, princesa que había recibido una educación refinada en la corte de su tío. Clotario consiguió finalmente casarse con ella, dentro de la legalidad, aunque venciendo la repugnancia natural de la derrotada.

Mucho debió de sufrir ésta al lado de su regio consorte, quien no sabía percibir del cristianismo nada más que el temor del infierno, y las noticias que la historia nos ha dejado de él nos lo presentan como príncipe violento y lujurioso, aunque capaz de arrepentirse de alguna mala decisión si se interponía el gesto enérgico de algún prelado. Así, después de haber decidido apoderarse del tercio de las rentas de las iglesias, renunció a su proyecto ante una simple protesta del obispo de Tours.

Radegunda supo conducir la corte de Clotario dentro de una alta vida religiosa, sin descuidar un momento sus deberes de soberana. Mas, como dijimos, tenía ella un hermano que había sido hecho prisionero en 531, cuando la destrucción de la Turingia. En 555 esta región se sublevó contra Clotario, y éste hizo asesinar brutalmente al hermano de la reina.

Radegunda pidió y obtuvo permiso de abandonar la corte y, con su ascendiente moral, obligó a San Medardo a que le diera el velo de consagrada. El santo duda, no por miedo a la cólera del rey o de los presentes que le advierten: «Obispo, cuida mu-

cho de no arrebatar al rey su legítima esposa, la cual él desposó solemnemente», sino más bien temía ir contra los sagrados cánones, que prohíben la separación de marido y mujer. Mas, como Radegunda ya había obtenido la autorización del rey, venció los últimos escrúpulos del santo prelado cuando se presentó ante él revestida de los hábitos religiosos y le dijo:

> «Si dudas de consagrarme, si tienes miedo de un hombre más que de Dios, sabe, pastor, que el te pedira cuenta del alma de tus ovejas»

Estas palabras decidieron al buen pastor, que impuso las manos a Radegunda, consagrándola diaconisa. Y no parece que Clotario tomara a mal la conducta del santo, a pesar de lamentar el haberse quedado sin tan santa esposa. Ésta marchó a Poitiers y fundó un monasterio, que puso bajo la regla de San Cesáreo de Arlés, y donde Venancio Fortunato hacía como de capellán y consejero del regio cenobio.

San Medardo murió poco después, avanzado de edad y cargado de méritos, probablemente el año 560. Al siguiente moría también Clotario, y otra vez la dinastía franca se hacía reino cuatripartito en sus hijos.

El cuerpo de San Medardo fue llevado muy pronto a Soissons, donde se levantó un célebre monasterio, comenzado por el propio Clotario. La fama taumatúrgica del santo creció tan rápidamente que al año podía escribir San Niceto de Tréveris que era parangonable con la de San Martín de Tours, San Hilario de Poitiers y San Remigio.

Los prisioneros liberados por su intercesión acudían a su templo a dejar sus cadenas como exvotos. Al principio del siglo X los monjes de Soissons, huyendo de los normandos, llevaron sus reliquias de Dijon.

San Medardo es uno de los santos más populares de la Francia de la Edad Media. No es raro que alrededor del mismo hayan proliferado las leyendas. Dom Leclercq, en el *Diccionario de arqueología y liturgia,* tiene un denso artículo sobre las «vidas» de este santo. La que más fe hace es la escrita el año 600 por un monje merovingio, y que se atribuyó durante muchos siglos a Venancio Fortunato, pero que indudablemente no es suya.

Otro hecho muy curioso es la leyenda que hace hermanos gemelos a San Medardo y San Gildardo, los cuales habrían sido bautizados el mismo día, ordenados sacerdotes y consagrados obispos el mismo día y habrían entrado igualmente en el cielo el mismo día. Un dístico medieval lo dice en latín litúrgico: *Una dies natos utero viditque sacratos, albis indutos et ab ista carne solutos.*

Pero esta leyenda absurda y sin fundamento la refutó el mismo Mabillon en 1668, en carta al prior de San Medardo, demostrando la imposibilidad de coincidencias cronológicas entre el obispo de Noyon y San Gildardo, que es anterior a San Medardo.

San Gregorio de Tours nos dice que ya en su tiempo se representaba a San Medardo con la boca entreabierta y enseñando la dentadura, para significar de esta manera ingenua que era patrón contra los dolores de muelas. Este gesto del santo ha pasado a la paremiología francesa, en que se dice: *Ris qui est de saint Médard le coeur n'y prend pas grand part* («En la risa de San Medardo el corazón no toma mucha parte»).

La abadía de San Medardo de Soissons llegó a ser famosa y poseer pingües riquezas, jugando un papel importantísimo bajo los reyes merovingios y carolingios.

CASIMIRO SÁNCHEZ ALISEDA

Bibliografía

Act. SS. Boll., 8 de junio: diversas fuentes. Asimismo, en *Monumenta Germaniae Historica.* Abt. 1: *Scriptores. 1: Auctores antiquissimi.* 4/2: *Venanti Honori Clementiani Fortunati presbyteri Italici Opera* (B. KRUSCH, ed.).

Art. en F. CABROL - H. LECLERCQ (eds.), *Dictionnaire d'archéologie chrétienne et de liturgie.* XI/1: *Maximin-Miniaturistes* (París) cols.102s.

DUCHESNE, L., *Fastes épiscopaux de l'ancienne Gaule.* III: *Les provinces du nord et de l'est* (París 1915).

LEBRETON, G. - ZEILLER, G. (eds.), *Storia della Chiesa dalle origini ai giorni nostri.* V: *Gregorio Magno, il Papato, Bisanzio e l'Occidente (590-756),* eds. L. BRÉHIER y R. AIGRAIN (Turín 1946).

POQUET, A. E., «Une lettre de Mabillon»: *Bulletin historique et philologique du Comité des Travaux Historiques et Scientifiques* (1892) 24s.

SAN GUILLERMO FITZHERBERT
Obispo († 1154)

El historiador y monje benedictino Dom Knowles concluye así sus notas históricas acerca del arzobispo de York, San Guillermo Fitzherbert:

> «Thus ended, in a manner not wholly free from enigma, the story of William Fitzherbert, which had throughout its course abounded in unexpected changes of fortune and episodes which, to us at least, must remain in some measure enigmatic» («Así acaba, de un modo no totalmente libre de enigma, la vida de Guillermo Fitzherbert, cuya historia, recorrida por abundantes e inesperados episodios y cambios de fortuna, nos deja, en cuanto a nosotros se refiere, no exentos de perplejidad e incertidumbre»).

En realidad, acercarse a la biografía de San Guillermo es como asistir a un largo e interminable proceso canónico, un episodio más del siglo XII, fruto de la larga lucha de la reforma gregoriana. Y si bien, como se ha apuntado, el juicio histórico queda de alguna manera en suspenso, los datos que se tienen de aquel prolijo proceso y que han llegado hasta nosotros son abundantes.

Guillermo fue hijo de Herbert de Winchester, del que sólo se sabe que tuvo un cargo en la corte real de Inglaterra, y de su esposa Emma, hermanastra ilegítima del futuro rey de Inglaterra, Esteban. Estaba relacionado con otros personajes: era sobrino y ahijado de Enrique de Blois, obispo de Winchester y legado pontificio (algo así como nuncio o embajador permanente) en Inglaterra del papa Inocencio II.

Guillermo fue educado en medio de una corte lujosa y extrovertida y, como muchos hijos segundones de la época, fue destinado al estado eclesiástico; joven todavía, fue incorporado al Capítulo catedral de York como canónigo. Y en esa ciudad y región, habitada por muchos de sus parientes ricos e influyentes, Guillermo pudo obtener del rey tierras y feudos y otros muchos beneficios eclesiásticos. En 1138 —otros señalan ya el año 1114— fue elegido como canónigo tesorero (ecónomo) del Capítulo catedral.

De esta época de su vida, sólo se sabe que no brilló precisamente por su santa vida; fue, probablemente, un producto más

de aquellas vocaciones semi-obligadas en que las circunstancias imponían a muchos hijos de nobles una vida eclesiástica para la que no tenían vocación. Las consecuencias eran evidentes y nos son conocidas desde hace mucho tiempo: una vida en búsqueda del bienestar, de las riquezas, a veces también de todo tipo de placeres, incluso los ilícitos... Es probable que algo de todo esto hubiera, durante bastante tiempo, en la vida de Guillermo. Sin embargo, un rasgo de su carácter, que reflejan los historiadores, nos advierte que el escándalo no llegó a graves extremos. Guillermo, dicen, era un tipo tranquilo, quizá algo indolente, que, de por sí, no fue nunca amante de meterse en problemas; eso probablemente le libró de caer en lamentables desórdenes, en la primera parte de su vida.

Con la muerte de arzobispo Thurstan en 1140, durante muchos meses la sede quedó vacante por no ponerse de acuerdo el Capítulo catedral en elegir un sucesor. El Capítulo tenía un candidato, Waldef, prior de los canónigos regulares de Kirkham, pero fue objeto del veto real a causa de sus lazos de parentesco con la casa real de Escocia.

Quisieron entonces los capitulares de York elegir a Enrique de Sully, abad de Fécamp, sobrino del rey, pero rehusó el nombramiento pues no quería abandonar su monasterio. Entonces el conde de York hizo saber al deán del Capítulo, Guillermo de Ste-Barbe, que el rey deseaba ver en la sede arzobispal de York a otro de sus parientes, el tesorero capitular Guillermo Fitzherbert. La mayoría de los capitulares se inclinaron por esta solución y eligieron a Guillermo en enero de 1141; sin embargo, una minoría rehusó aceptar la sugerencia real por considerar a su tesorero indigno no sólo a causa de sus costumbres relajadas, sino por haber comprado simoníacamente algunos votos a cierto número de capitulares y poniendo de manifiesto que, canónicamente, la intrusión de los poderes no eclesiásticos en aquella elección era causa de irregularidad para el elegido.

La minoría estaba dirigida por el más antiguo de los arcedianos del Capítulo de York, Walter de Londres, y vigorosamente apoyada por los abades cistercienses ingleses de Rievaulx y Fountains, como ardientes defensores de la reforma gregoriana y que, además, con motivos o sin ellos, temían que el nuevo ar-

zobispo electo se mostrase hostil para con aquellos dos nuevos monasterios recién fundados en Inglaterra.

Mientras tanto, Guillermo marchó a encontrarse con el rey en Lincoln para recibir los derechos temporales pertenecientes a su sede. Pero sus adversarios no tardaron en presentarse ante el legado pontificio, Enrique de Winchester, presentándole una demanda judicial contra Guillermo por simonía (compra de votos para ser elegido para un cargo sagrado). Ante la causa presentada, el arzobispo de Canterbury, Teobaldo, rehusó consagrar al dudoso electo arzobispo de York.

El legado pontificio, que se hallaba inmerso en otros conflictos político-militares que a él le parecían de mayor importancia en aquellos momentos, pues correspondían a personajes de mayor altura —como el rey Esteban y la emperatriz Matilde—, reenvió la querella ante el tribunal del Papa. Guillermo partió para Roma, en 1142, acompañado de sus leales. En el entretanto, sus adversarios habían alertado a San Bernardo de Claraval, que, desde aquel momento, hizo causa con ellos, instando a la Santa Sede continuamente para que aquella elección fuese tenida por irregular y nula. No hay que extrañar tal conducta, pues las historias de aquel tiempo están llenas de tales peripecias, y como se ha dicho, la vida y conducta de Guillermo hasta aquel momento no daba para pensar otra cosa. En efecto, en esa correspondencia se apuntan, de nuevo, las acusaciones de las que se culpan al electo: no observancia de sus obligaciones del celibato eclesiástico, simonía y presiones del poder civil en la elección. Y fue precisamente en este tercer punto en el que el arcediano Walter y los dos abades cistercienses hicieron más hincapié, pues se trataba de hacer ver que podían volver los tiempos de «las investiduras»...

En Roma los cardenales y curiales estaban divididos; desde el punto de vista jurídico, los métodos o modo de proceder de los acusadores no estaban al abrigo de toda sospecha, y en cuanto al fondo de la cuestión, muchos, en la Curia romana, estaban predispuestos a favorecer la potestad episcopal contra las presiones «rigoristas» de los monjes cistercienses.

Sea como fuere, Guillermo logró explotar hábilmente los resortes del proceso canónico a su favor ante el tribunal roma-

no y finalmente, después de meses de discusiones, Inocencio II, estimando que las pruebas que presentaban sus adversarios no eran ni firmes ni claras, decidió en marzo de 1143 volver a enviar la causa a su legado Enrique. En la carta de reenvío —encontrada recientemente en un manuscrito de Oxford— ordena el Papa que se interrogase bajo juramento al deán del Capítulo de York, en cuya presencia se había hecho la elección: «Si el capítulo, o él mismo, se habían visto libres, o no, de las presiones políticas que se le achacaban». Pero sucedió que al volver Guillermo a Inglaterra, el antiguo deán había sido elegido obispo de Durham, y éste encontró excusas suficientes para decir que, a causa de asuntos urgentes en su nueva diócesis, no podía acudir a comparecer ante el legado pontificio. Todo hace pensar, según escribe San Bernardo, que el nuevo obispo de Durham no parecía estar muy dispuesto, por la cuenta que le traía, a presentarse ante un tribunal a declarar bajo sagrado juramento.

Entonces Guillermo Fitzherbert «se sacó un as de la manga», diríamos hoy, y presentó una carta del Papa autorizando que, si el deán no estaba libre, pudiese ser sustituido por otro testigo. Esta carta parece ser algo sospechosa, pues de ella no se encuentra ningún rastro en los archivos vaticanos correspondientes a aquella época, por lo que algunos suponen que, o es una falsa carta, o es una carta obtenida de modo poco regular de algún curial romano. De todos modos la carta fue aceptada como válida y el legado aceptó la declaración del obispo de Orkney, sufragáneo de York, y de otros dos abades benedictinos, el de York y el de Whytby, algo rivales de los cistercienses; estos dos últimos no juraron como testigos del hecho de la elección sino como *purgatores* o testigos a favor de la moralidad del sujeto sometido ante el tribunal.

Con todo, aunque el tribunal declaró válida la elección, el arzobispo de Canterbury a quien correspondía por tradición consagrar al de York se negó a hacerlo por no ver del todo claro el asunto. Entonces fue el mismo legado quien lo ordenó como obispo el 26 de septiembre. Ante los hechos consumados, San Bernardo escribió una carta llena de indignación al nuevo papa, Celestino II, estigmatizando al nuevo arzobispo como *homo bis intrusus, primo quidem per regem, deinde per Legatum* (hombre doble-

mente intruso, primero por el rey y después por el legado). El hecho es que el Papa no envió a Guillermo el palio arzobispal que, como signo de unidad y comunión, suele entregar a todos los metropolitanos.

Guillermo fue, en conjunto, bien acogido como arzobispo de York, y su carácter afable y su generosidad conquistó el afecto de muchos. Pero la oposición de los cistercienses, instigada por el propio San Bernardo, continuó acechando y alimentando la discordia. Al fallecer el abad de Fountains, el propio Bernardo designó al nuevo abad Enrique Murdac, conocido adversario de Guillermo. El nuevo arzobispo comenzó a ejercer sus actividades pastorales, incluso las de metropolitano, aunque todavía no había recibido el palio.

Al poco tiempo murió el papa, y su sucesor, Lucio II, menos dispuesto que su antecesor para escuchar a los cistercienses, mandó a su nuevo legado para Inglaterra, el cardenal obispo de Túsculo, Imar, un cluniacense, que entregara el palio a Guillermo. Mas al pasar por Clairvaux, Bernardo, que en algunas ocasiones parece ser que se creía ser más que el papa (él mismo lo dice que de él lo referían sus adversarios), hizo prometer al legado que antes de entregar el palio haría jurar al obispo de Durham, antiguo presidente del Capítulo en la elección de Guillermo, según lo estipulado por Inocencio II. Y otra vez la suerte le fue adversa a Fitzherbert, pues antes que la comitiva llegase a las costas, el papa Lucio murió, por lo que, automáticamente, quedaba cesado en su oficio el legado Imar, que tuvo que volverse a Italia sin entregar el palio.

Para suceder a Lucio fue elegido Eugenio III, cisterciense discípulo del mismo San Bernardo y amigo personal del abad de Fountains, Enrique Murdac. Volvió entonces Bernardo a la carga y se apresuró a escribir a Roma, y aunque la mayoría de los cardenales estaban por dejar pasar el asunto de Guillermo y dar por concluidas las disputas, el abad de Clairvaux consiguió que el nuevo Papa abriese de nuevo la querella. Guillermo tuvo, pues, que viajar de nuevo a Roma a finales del año 1145, confiando en la mayoría del sacro colegio que estaba a su favor. Pero Eugenio III, bajo las presiones de San Bernardo, concluyó, en febrero de 1146, por suspender en su oficio a Guillermo

mientras el obispo de Durham no jurase ante el tribunal que la elección había sido libre y canónica. Entonces, las fuerzas le fallaron a Guillermo, y decidió abandonar la contienda canónica. Viajó hacia el sur de Italia y se encaminó a la corte de Roger de Sicilia, uno de sus reales parientes. Unos meses más tarde, ante el silencio de Guillermo, a primeros del año 1147, el papa declaró vacante la sede de York por nulidad de la anterior elección y mandó que se procediese a una nueva elección. El elegido, probablemente para dar gusto a los que entonces mandaban, fue el abad Enrique Murdac, que fue consagrado por el mismo Eugenio III el 7 de diciembre de 1147. Pero no quedó así la cosa, pues el Papa en el concilio de Reims, a pesar de todo lo hecho, se vio obligado a declarar solemnemente la deposición de Guillermo, lo que nos hace sospechar que no todos estaban de acuerdo con lo hecho y acontecido en contra del despojado arzobispo.

Guillermo por estas fechas ya estaba de vuelta en Inglaterra y se había ido a vivir con su tío, el obispo de Winchester. Asistimos, entonces, a lo que podríamos llamar una conversión. La mayoría está de acuerdo en que vivió desde entonces como un monje más en el monasterio adjunto a la catedral y comenzó a edificar a todos por su piedad, espíritu de oración, disciplina y austeridad aquel que, hasta hacía poco, había vivido en el lujo y la prodigalidad. Es posible que estos testimonios sean en parte fruto de la visión hagiográfica propia del tiempo, pero parece ser que Dios se sirvió de esos revueltos caminos para llevarle a una remodelación de su conciencia como cristiano y como eclesiástico.

En 1153 moría Enrique Murdac, a quien Guillermo nunca perturbó en su cargo; y también había muerto poco antes Eugenio III y Bernardo. Entonces fue cuando Guillermo decidió hacer valer sus razones y recuperar sus derechos. Partió para Roma una tercera vez a presentarse ante el nuevo papa Anastasio IV. El papa y la mayor parte de los cardenales le dieron la bienvenida con agrado y en poco tiempo logró ser reconocido en su puesto como arzobispo de York que, esta vez, sí pudo recibir el palio de las mismas manos del Papa. En 1154 estaba de vuelta en Inglaterra, recibiendo una acogida triunfal por parte

del pueblo de York. Un acontecimiento, que pudo haber sido un presagio funesto para la mentalidad de la época, aumentó su fama y su popularidad; al paso del cortejo del arzobispo, una multitud de gente se encontraba observándolo en un puente viejo de madera, el cual se hundió sin causar ninguna víctima, lo que fue tenido como un verdadero milagro.

Guillermo, haciendo gala de magnanimidad cristiana, visitó el monasterio de los cistercienses de Fountains y les aseguró que siempre sería su protector. Sin embargo, una parte del alto clero continuó siéndole hostil, teniendo como cabecilla al arcediano Osbert, que se atrevió a renovar las antiguas acusaciones ante Teobaldo, el arzobispo de Canterbury; pero antes que éste tuviera tiempo de atender a aquellas demandas, inesperadamente, Guillermo, tras celebrar la misa del domingo de la Santísima Trinidad, sufrió un colapso y a los tres días, el 8 de junio de 1154, falleció, justo al mes de haber recuperado su sede arzobispal. Muerte tan súbita como imprevista no podía sino levantar sospechas, y más en aquella época, en que no pocas veces ocurrían defunciones misteriosas de altos cargos. El caso es que uno de los capellanes de Guillermo, llamado Sinforiano, aseguró que se había echado veneno en el cáliz del arzobispo y que la mano del arcediano Osbert estaba detrás de todo ello. El caso se llevó a los tribunales y llegó hasta Roma; Osbert nunca dio explicaciones satisfactorias sobre las acusaciones vertidas contra él.

Guillermo fue enterrado en una capilla de su catedral. Su fin trágico aumentó su popularidad, y también sus repetidas desgracias y la serenidad con que las había aceptado; todo fue causa del impulso que la devoción del pueblo encontró en Guillermo. Pronto su tumba fue lugar de peregrinación donde la gente sencilla encontraba consuelo y según se cuenta se obraban numerosos milagros. Ante las pruebas presentadas en Roma, el papa Honorio III lo canonizó oficialmente en 1227; y en 1284, en presencia del rey Eduardo I sus restos, introducidos en una nueva caja, fueron trasladados y colocados detrás del altar mayor de la catedral de York. Tras el cisma anglicano se respetó su tumba pero en el siglo XVIII alguien hizo desaparecer sus reliquias.

LUIS M. PÉREZ SUÁREZ, OSB

Bibliografía

Art. en A. BAUDRILLART - R. AUBERT (dirs.), *Dictionnaire d'histoire et de géographie ecclésiastiques.* XXII: *Grégoire-Haeglsperger* (París 1988) cols.900-904.

BAUDOT, J. - CHAUSSIN, L., OSB, *Vie des saints et des bienheureux...,* VI: *Juin* (París 1948) 150-151.

RE, N. DEL, «Guillermo Fitzherbert», en *Bibliotheca sanctorum.* VII: *Giustiniani-Lhuilier* (Roma 1966) cols.489-492.

BEATO SANTIAGO BERTHIEU

Presbítero († 1896)

Nació el 28 de noviembre del año 1838 en Monlogis (Aurillac), donde vivía su familia, unos modestos campesinos habitantes en una región fértil, rica en agua y pastos, de arraigadas costumbres cristianas. Su padre, Pedro Berthieu, había esposado en 1836 con Catalina Lamoure, procreando siete vástagos, cinco varones y dos mujeres, entregándose al trabajo agrícola en una heredad familiar situada en Marnejol que, a su muerte (1865), administró su viuda con señalado empeño.

En un ambiente de austeridad, mutuo respeto y fidelidad al deber crecieron los hijos de este matrimonio. El 29 de noviembre de 1838 recibió las aguas bautismales, asistiendo a la escuela de Marnejol, próxima a su casa, regentada por una maestra que observó su carácter dócil, voluntarioso y su interés por la lectura, más que por las labores del campo. Creció en un ambiente familiar donde la caridad para con los pobres era signo destacado.

En torno al año 1850, contando con unos doce años, marchó con su hermano Pedro a los Hermanos de las Escuelas Cristianas de Aurillac, donde celebró su primera comunión y progresó en los estudios. Tres años más tarde reconoce su vocación al sacerdocio, ingresando en septiembre de 1853 en el seminario de Pleaux, donde no destacaría como alumno brillante pero sí en tenacidad y diligencia. Sus superiores comprobaron en su comportamiento el espíritu de fe y su afable paciencia, evitando siempre las eventuales discordias entre sus compañeros. Durante el tiempo vacacional colaboraba con su padre en los trabajos del campo, ayudando a su familia. En 1859 pasó al seminario de Saint-Flour donde transcurrieron los cinco años de formación, preparándose para el sacerdocio bajo

la atenta mirada de los Padres de la Misión (Paúles), que dirigían espiritualmente a los seminaristas, acrisolando las virtudes de los futuros párrocos, avivando en ellos el deseo de los discípulos de Cristo con la severa disciplina de su vocación, haciendo que los jóvenes asimilaran la doctrina de la Iglesia, clara y segura, basada en la Sagrada Escritura. Uno de los antiguos directores de esta casa de formación fue un auténtico mártir, San Juan Gabriel Perboyre, muerto en China en 1840 y canonizado por Juan Pablo II en 1996.

El 29 de junio de 1862 recibió el subdiaconado, al año siguiente el diaconado y, finalmente, el 21 de mayo de 1864 fue ordenado presbítero, recibiendo al día siguiente el primer nombramiento pastoral como vice-párroco de Roannes Saint-Mary, cargo que desempeñó durante nueve años. Las relaciones con el anciano párroco, enfermo y siempre descontento, no resultaban fáciles, pero a su muerte su sucesor fue un auténtico padre para el joven sacerdote, entregándose ambos a reparar la fábrica parroquial y visitar a las familias. Esta colaboración resultó verdaderamente eficaz. Además, el estudio de la teología fue una de sus preocupaciones principales durante este tiempo, y también la actividad misionera de la Iglesia. Su entrega a los parroquianos no le resultaba complicada pues conocía perfectamente sus necesidades, sus cualidades y defectos, como campesino que era. Utilizaba un lenguaje comprensible por todos en sus sermones, ayudando con paciencia y generosa bondad, especialmente a los pobres faltos de lo más necesario.

Desde hacía tiempo acariciaba la idea de llegar a Roma, incluso durante la guerra de 1870 pensó en enrolarse como capellán militar, pero su salud no se lo permitió, permaneciendo en la parroquia. La muerte en 1865 de su padre le convirtió en el consejero especial de su familia, aunque lamenta «valer hoy cien veces menos que al principio. Es triste, pero es verdad [...] cuántas cruces y espinas que no me servirán de nada, porque no he hecho buen uso de ellas». Su espíritu le anima a liberarse de lo material. Se interroga por la perfección y la vida misionera. Cada día estaba más convencido de la llamada de Dios a sacrificarse, abriendo su ánimo al abate Revillaic, su director espiritual, que le animó a consagrarse a la salvación de las almas en la

Compañía de Jesús. El obispo de Saint-Flour rehusó, en principio, que abandonase su parroquia, aunque finalmente le concedió su permiso. Más duro fue separarse de su madre y sus hermanos, encargando a Gabriel, también sacerdote, que ocupara su puesto de consejero con verdadera decisión, aunque lo hizo por poco tiempo pues pronto siguió los pasos de su hermano. El 31 de octubre de 1873 ingresó en el noviciado de los jesuitas de Pau, con treinta y cinco años de edad. El ambiente de este colegio era bien distinto al de su parroquia, adaptándose de inmediato a la rígida disciplina de la regla ignaciana. Llegaba para obedecer, aceptando todo, sin perder la serenidad y el buen humor de los campesinos. Un año de formación, de vida interior y apostólica, en donde a punto de concluir llegó su hermano Gabriel, también deseoso de hacerse jesuita.

Su pensamiento se orientó hacia tierras lejanas, en países de misión, ardiendo en deseos de seguir el ejemplo de tantos hombres que habían dado su vida por Cristo. Y consiguió su deseo. Fue destinado como apóstol de los malgaches a la isla de Madagascar. «Es el Señor quien lo ha dispuesto y yo soy muy feliz». Antes de partir se despidió de su madre y hermanos, y peregrinó al célebre santuario del Sagrado Corazón de Jesús de Paray-le-Monial, donde se ofreció decididamente como misionero. El 26 de septiembre de 1875 junto con otro jesuita, el padre Jalbert, partió desde el puerto de Marsella rumbo a Madagascar, a donde llegaron el 23 de octubre. El padre de la Vaissière, superior general de la Misión, le asignó la isla de Santa María. El 13 de noviembre emitió sus votos. No había tiempo que perder. Observa que «la población es un poco superficial pero simple y buena, que ama al buen Dios con todo el corazón en la santa Eucaristía». El 7 de diciembre deja la isla de Réunion y llega a Santa María el 14 del mismo mes, un islote de proporciones limitadas, con apenas 8.000 habitantes y con un clima caluroso y húmedo que daña la salud, y mantiene viva las prácticas supersticiosas y más absurdas. Una cristiandad no verdaderamente formada.

La ignorancia sobre la fe era grande, el alcoholismo evidente y las costumbres disolutas, resultando de este modo poco atractivo el mensaje evangélico. Existían dos escuelas, la de los mu-

chachos a cargo de los jesuitas, y la femenina que dirigían las Hermanas de San José de Cluny.

Su poca facilidad para los idiomas le llevó a dedicarse con empeño largo tiempo en el estudio de la lengua local, convencido de la importancia de conocer el malgache para evangelizar a los naturales de aquel país. Al poco tiempo contrajo unas fiebres malignas que le pusieron a las puertas de la muerte. De nuevo en 1878 tuvo que ingresar en el hospital, devorado por la fiebre. Regresa sano con una gran idea: ¿por qué no disfrutar de aquella tierra fértil, pero improductiva, enseñando a los jóvenes en la agricultura?

> «La indolencia innata de los indígenas podía corregirse inculcándoles trabajar y cultivar la tierra, haciendo fructífero el cultivo del café y el cacao» Siempre caritativo y generoso, desea instruir a esta pobre gente, «pero antes es necesario nutrirla, para administrarles los sacramentos hace falta vestirlos [] El Corazón de Jesus, que hasta ahora ha hecho todo, resolverá todo [] Convertirlo todo en un medio de salvación debe ser labor del misionero, siguiendo el ejemplo del Salvador»

A pie o a lomos de un mulo recorre la isla enseñando el catecismo, preparando a los neófitos a recibir el bautismo y la eucaristía, aunque muchas veces constata su fracaso. Al cabo de diez años qué cortos eran los frutos evangélicos, pero todos se alegran de verle. Era realmente un hombre bueno, y poco a poco, se iba ganando la confianza y el afecto de los indígenas Todo era cuestión de saber administrar la paciencia Una paciencia que en Francia no parecían valorar de idéntico modo. El 29 de marzo de 1880 el gobierno promulgó la expulsión de los jesuitas, encontrándose en París en ese momento el superior de la Misión de Madagascar, obteniendo permiso del Ministerio de Asuntos Exteriores para que este decreto no entrase en vigor en el Océano Índico, aunque, finalmente, se llevó a efecto en las islas de Réunion y Santa María. El 14 de octubre de 1881 escribía:

> «Les dejo con el corazon destrozado, porque amo a estos pobres, a pesar, o sobre todo, por su espantosa miseria ¡Pobre gente!»

Su nuevo destino fue Fianarantsoa, en la provincia de Betsileo, en la parte meridional de la isla de Réunion, un territorio

más vasto que Francia, con un problema latente debido a que los protestantes se oponían al esfuerzo evangelizador de los católicos alegando el derecho de prioridad al haber comenzado su labor antes. La reina Ranavalona II se había convertido al protestantismo, y con ella, la mayor parte de los cargos importantes. La rivalidad era evidente y los problemas por esta cuestión muy numerosos.

Fue nombrado vice-párroco del padre Fabre en Ambohimandroso, al sur de Fianarantsoa, pasando en 1882 a Mananjary, un pequeño puerto en la costa oriental. «Quiero a mis malgaches, también con sus miserias». Pero la antigua rivalidad entre Francia e Inglaterra no conocía tregua, católicos y protestantes se disputaban el derecho de ejercer su influencia sobre la reina y sus ministros. La situación se agravó al ocupar el almirante Pierre la ciudad de Majunga. El 25 de mayo de 1883 el gobierno de Madagascar ordenó la expulsión de los franceses sin excepción. En Famatave permanecieron reunidos todos, y allí mismo, con gran tenacidad el padre Berthieu sembró verduras, plantó un huerto, y debido a este gran esfuerzo enfermó gravemente de disentería. Concluida la grave persecución en 1885, al año siguiente fue enviado a la misión de Ambositra, punto de encuentro entre el norte y el sur. Una zona extensa y montañosa entregada al cultivo del arroz, que constituye el principal alimento de la población. Su llegada colmó de alegría a los católicos. El gobernador Rarivo, autoritario y sin escrúpulos, no toleraba oposición, y como era contrario a los católicos obstaculizaba su labor. A su muerte (1889) le sucedió en el cargo un católico, lleno de buena voluntad, pero sin la energía que se supone en su cargo.

El 18 de noviembre de 1891 partió rumbo a Merina, al norte de Tananarive, entregándose en cuerpo y alma a los enfermos. El distrito progresa y se organiza, consumido por la salvación de las almas y probado constantemente por la fatiga. Pero su excepcional bondad le rebosa en el corazón, insaciable en el deseo de salvar a sus hermanos. El año 1894 resurgió el conflicto franco-malgache, produciéndose graves atentados contra personas y bienes franceses. Se avecinaba un nuevo enfrentamiento. El 20 de octubre de 1894 sus superiores le ordenan que

abandone su cargo y celebra su última misa. El 7 de enero de 1895 se hallaba en Tamatave; al mes siguiente estaba en la isla de Réunion. La guerra estalla, concluyendo el 30 de septiembre con la rendición del gobierno de Tananarive al general Duchesne. El tratado de paz firmado el 1 de octubre estableció el protectorado de Francia sobre Madagascar, respetando el ordenamiento del gobierno nativo bajo el poder de los ministros, pero la reina quedaba bajo la autoridad de los franceses. Una paz escrita, pero poco duradera. Un mes después un grupo de aborígenes se levantaron en armas apoyados por la reina. La tribu de los Zanakantitra se rebeló, asesinando al gobernador de Arivonimano y a una familia de misioneros protestantes. Otra tribu, la de los Ménalamba, dirigió la insurrección general contra los blancos y los cristianos, más con motivos religiosos y fetichistas que políticos, colocando a los misioneros en el punto de mira de los rebeldes.

En marzo de 1896 la rebelión se afianza y no tardan en armarse, extendiéndose por la región. Los católicos y el padre Berthieu no contaban con ayudas, y organizaron un pequeño ejército al mando del general Vayron.

> «Cuántas confrontaciones, cuántas lágrimas. Trabajamos y nos afanamos por ganarnos la vida, es justo, pero sin olvidarnos del paraíso. Los tiempos son difíciles; estemos atentos y tengamos siempre presente, en todo, el fin que no acabará nunca».

Las tropas y los paisanos deben alcanzar Tananarive, pero la larga caravana avanza lentamente, mientras el P. Berthieu, a caballo, vigila la columna. Los Ménalamba logran dividir la columna, quedando la mayor parte del convoy sin protección, dispersándose por el campo. En el pueblo de Ambiate, a 60 kms. de Tananarive, el día 8 de junio de 1896 le hacen prisionero, maltratándole de palabra y obra, con golpes de machete. Tiene 67 años. Le proponen salvar la vida a cambio de renunciar a predicar el evangelio, pero él responde: «Prefiero morir. Cierto que rezaré hasta la muerte». No respondió a los insultos, no protestó contra la brutalidad de sus enemigos. Rezaba por ellos y los perdonaba. Le disparan y lo rematan a bastonazos. Su cuerpo fue arrojado al río Mananara al caer la noche, siendo localizado al día siguiente en Ankonakaly, pero su cadáver no

pudo recogerse y todo hace pensar que fue presa de los caimanes. El 17 de junio de 1896 se celebraron en la catedral de Tananarive solemnes funerales en sufragio del protomártir de la Isla Roja. Su madre contaba con 85 años.

El proceso ordinario informativo para la beatificación comenzó en 1933, concluyendo en 1935. La causa se introdujo en 1940, quedando interrumpida por la Segunda Guerra Mundial, siendo retomada en 1960. Fue beatificado por Pablo VI el 17 de octubre de 1965, resaltando en su discurso:

> «Un misionero con una vida tan normal y unas cualidades tan discretas que apenas se había caído en la cuenta de ello... Su vocación misionera demuestra su pasión por las almas, la caridad por los hombres que se complace en mostrarse excelsa en practicarse con afabilidad y gratuitamente, sobre todo con extraños desconocidos [...] El primer fruto de su muerte fue que algunos de los que participaron en su asesinato pidieron años más tarde recibir el bautismo. Fue un testimonio heroico de la caridad misionera llevado hasta el martirio, un buen pastor que generosamente trabajó por la Iglesia de Cristo [...] Un asceta profundamente unido a Dios y un vigoroso hombre de acción [...] Sacrificó su vida por el Señor y por la salvación de los malgaches».

ANDRÉS DE SALES FERRI CHULIO

Bibliografía

BONETTI, A. (ed.), *Pablo VI cantore dei santi.* III: *Beati e santi canonizzati da Paolo VI* (Ciudad del Vaticano 1996) 70-76.
SARTRE, V., SJ, *Il primo martire dell'Isola Rossa. P. Giacomo Berthieu, S.J.* (Turín 1965).
Martyrologium romanum, o.c., 310-311.

BEATA MARÍA DEL DIVINO CORAZÓN DROSTE ZU VISCHERING

Virgen († 1899)

Esta ilustre hija del catolicismo alemán vivió su vida de solo treinta y seis años como un continuado acto de amor y reparación al Divino Corazón de Jesús, objeto de su adoración y adhesión continuas. Para ella la devoción al Corazón de Cristo era una forma perfecta de vivir el cristianismo, y en esta devoción destacaba singularmente la consagración al Corazón divino, entrega mediante la cual Cristo se hace dueño de los corazones y

reina en ellos. Por eso su gran anhelo era, y no podía ser otro, la consagración del mundo entero al Sagrado Corazón. María del Divino Corazón vivió de forma muy destacada la espiritualidad de su tiempo, toda ella, máxime en el pontificado de León XIII, basculando en torno a la devoción al Sagrado Corazón.

Pertenecía por su padre y su madre a dos grandes y nobles familias católicas: su padre era el conde Clemente Droste zu Vischering y su madre la baronesa Elena von Galen. Él era miembro del parlamento de Berlín. Ella era pariente de mons. Ketteler, el arzobispo de Maguncia, y tía del futuro cardenal Von Galen, arzobispo de Münster, que se opondría a las medidas racistas del régimen hitleriano. María nació en Münster el 8 de septiembre de 1863. Su infancia transcurrió en el castillo de Darfeld y estuvo en él rodeada de un clima de amor y piedad que despertaron en la niña los más bellos y nobles sentimientos. Es en esta etapa en donde comienza en ella la devoción al Corazón de Cristo, porque en su casa se practicaba con mucho fervor. En la capilla doméstica la familia tenía una imagen del Sagrado Corazón.

Cumplidos los ocho años fue llevada como alumna a las Damas del Sagrado Corazón, que le procuraron una sólida instrucción cultural y una magnífica formación moral. Aprendió varias lenguas, se formó en humanidades y recibió excelentes conocimientos de música y pintura, para lo cual se mostró muy hábil. Al cumplir los quince años volvió a su casa, y a sus habituales obras de religión añadió la de visitar y ayudar a familias necesitadas.

Su vocación religiosa surge a partir del impacto que le causó un sermón que escucha el 21 de noviembre de 1878 y en el que se habla de la entrega plena de la Virgen María a los planes de Dios. Ella sintió que Dios la atraía de tal manera que no podía ser sino sólo para él. No obstante no tomará una decisión rápida sino que irá madurando durante años esta vocación en su corazón. En 1882, cuatro años después de aquel sermón, se la manifestó a sus padres, los cuales le dijeron que no se opondrían en absoluto a su vocación y que se sintiera libre para seguirla cuando lo estimara conveniente. Ella perseveró todavía unos años en su vida piadosa y caritativa hasta que se decidió por la

Congregación de las Hermanas de la Caridad del Buen Pastor. Surgieron entonces algunas dificultades ya que su salud era endeble y ello podría significar menor capacidad para llevar con normalidad la vida religiosa. Por fin en 1888 la aceptaron como postulante y el día 10 de enero de 1889 tomaba el santo hábito y comenzaba el noviciado. No le cambiaron su nombre bautismal de María pero añadieron al mismo el gran amor de su alma: el Divino Corazón de Jesús. Todos los biógrafos recalcan que ese mismo día en Lisieux tomaba el hábito carmelita Santa Teresita del Niño Jesús.

Para sor María el noviciado fue un tiempo de encuentro con los aspectos más íntimos de su personal vocación. Ya el Señor le mandó algunas experiencias místicas y en ellas comprendió que era llamada a amar y a reparar por las muchas ofensas con que Dios es ultrajado pese a su amor y su misericordia. Y comprendió que la reparación no tiene otro camino que la asociación a la cruz y los dolores de Cristo. Tomó la determinación de que ningún dolor, humillación o abandono le parecerían demasiado con tal de reparar al Corazón sacratísimo de Cristo. Y en este estado de plena entrega y disponibilidad a lo que Dios quisiera de ella, a comienzos de 1891 emitió los votos religiosos.

La rehabilitación de la mujer es el propósito de su Instituto y a este noble fin dedica sus actividades. Sor María se centró en ellas atendiendo con obediencia y humildad los trabajos que le asignaron, y revelándose enseguida como religiosa prudente y eficiente, capaz de afrontar responsabilidades de liderazgo. La superioridad se dio cuenta de que sor María sería una magnífica superiora, y contando con su cultura y buenas dotes, en 1894 la destinó a superiora de la casa que la Congregación tiene en Oporto, Portugal. Sor María hubo de dejar su tierra y marchar al extranjero, sin que ello supusiera para ella ningún quebranto interior pues estaba entregada por completo a la obediencia y al ideal de su comunidad.

Sor María se hizo cargo de la casa de Oporto con la voluntad de organizarla y dirigirla del mejor modo posible. Muy pronto quedaron claras sus dotes como administradora y su firmeza como superiora. El buen orden, la regularidad, la eficiencia fueron siempre compañeros de su mandato. Pero sobre

todo imprimió un clima de espiritualidad y fervor religioso que facilitó la labor que la casa quería llevar adelante. Logró con exquisita caridad tener las mejores relaciones con el entorno social y con la comunidad católica de Oporto, cuyo clero y autoridades religiosas enseguida estimaron a sor María y apoyaron la labor social importante que llevaba su casa adelante. No limitó a la casa su actividad: su caridad también se extendió a personas de fuera.

Y todo tuvo que hacerlo viviendo el carisma de la enfermedad. En efecto, se le declaró una mielitis que la obligaba a estar en el lecho y le paralizaba las extremidades inferiores. Ella la tomó como su cruz, su concreta manera de participar en los dolores de Cristo, y la hizo más capaz de hablar con convicción de la necesidad de reparar a Dios por tantos pecados y ofensas y ser ferviente apóstol de la devoción al Corazón de Jesucristo.

Se confesaba con el sacerdote Teotonio Ribeira de Castro, quien dirigía su alma por los senderos que Dios iba marcando, y a quien ella le confió un deseo de su corazón: dirigirse directamente al Papa y pedirle que consagrara el mundo al Sagrado Corazón de Jesús. El confesor, futuro patriarca de Lisboa, la animó a hacerlo y en 1898 por dos veces la humilde religiosa le escribió al Papa. Su súplica no fue en vano. Porque el Santo Padre se sintió impactado por la súplica y las razones de sor María y consultó a algunos teólogos al respecto. Llegó a la conclusión de que era oportuna la solicitada consagración y la anunció en la encíclica *Annum sacrum* (15-6-1899), con la que convocaba el Año Santo de 1900. La consagración se haría el 11 de junio de 1899, precedida de un triduo solemne. Sor María no pudo menos que recibir la noticia con inmensa alegría, pero su salud estaba ya tan debilitada que no viviría para el día de la consagración sino que el 8 de junio de aquel año 1899 entregaba su alma al Señor en la casa de Oporto.

Enterrada entre los pobres en el cementerio de Oporto, muy pronto, sin embargo, su fama de santidad saltaba a toda la Iglesia. Introducida su causa de beatificación, Pablo VI la beatificaba el Año Santo de 1975, el día 1 de noviembre.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

AAS 68 (1976) 489-492.

HANLEY, M. L., *Vita della Serva di Dio Maria del Divino Cuore Droste zu Vischering* (Roma 1944).

KERDEUX, M. DE, *Comme une flamme, Marie Droste zu Vischering, religieuse du Bon Pasteur* (Mulhouse 1968).

RICCIARDI, A., *Più nobile per carità. Beata Maria Droste zu Vischering (1863-1899)* (Roma 1975).

BEATA MARÍA TERESA CHIRAMEL MANKIDIYAN

Virgen y fundadora († 1926)

María Teresa Chiramel Mankidiyan nació en uno de los Estados más habitados de la India, el de Kerala, franja poblada entonces por unos veinte millones de habitantes, situada entre la costa malabar del Océano Índico y la zona occidental de los montes Ghates. Allí se vivía la pobreza, amortiguada por los ricos cultivos de arroz y otras especies vegetales propias de las zonas boscosas, aunque el comercio estaba entonces dominado por el señorío de unos pocos nobles ricos, simbolizados en los restos del palacio del Rajá que preside la capital. La aldea cercana de Puthenchira no era numerosa en población, pero sí excelente en virtudes. Abundaban los católicos de rito siromalabar, organizados en 1887 en cuatro vicariatos y varias diócesis. Su estilo de vida se sentía en la población, por ejemplo en el respeto con que eran tratadas las mujeres, algo poco frecuente en una sociedad de castas, que era la que numéricamente predominaba.

La ciudad de Trichur, también llamada de Tirushavaperur, era diócesis y de su obispado dependían la mayor parte de los templos y capillas siromalabares de la región. Los católicos de rito latino dependían del obispo católico de la más lejana Verapoly.

En ese ambiente, rito y estilo de vida, una de las muchas familias católicas fue la formada por los padres de la que sería fundadora de las «Hermanas de la Sagrada Familia de Trichur». El hogar en que nació esta mujer excepcional tenía problemas, como todos los de una región con suave clima, abundante en cosechas, multiforme en creencias, original en bellezas artísticas y naturales. Se multiplicaban las tradiciones curiosas y se respiraba la necesidad de corazones que aliviaran

la pobreza de los ancianos, la soledad de los huérfanos y el dolor de los enfermos.

Dios bendijo a la aldea de Puthenchira, lugar rural, tranquilo, sencillo y austero, perteneciente a la provincia de Trichur, enviando un ángel de caridad y de piedad, pues tal fue la niña Teresa, nacida el 26 de abril de 1876 y bautizada el 3 de mayo de 1876. Fue la tercera de los cinco hijos que en el hogar se criaron, dos chicos y tres niñas.

Sus padres fueron Tomás y Thanda (María) Chiramel Mankidiyan. La familia, de origen noble, que había vivido con desahogo en sus grandes propiedades y terrenos, se empobreció cuando el abuelo paterno de Teresa tuvo que dotar para el matrimonio a sus siete hijas con abundantes bienes, según las costumbres de la región. Ésa fue la causa de que su fortuna quedara reducida casi a la nada. El padre de Teresa, llegado así a una pobreza no aceptada, cayó en el vicio de la bebida para olvidar, y también el primero de los hijos pronto siguió su ejemplo. Esto hizo del hogar de Teresa un lugar de frecuentes conflictos y sufrimientos.

Sin embargo, la madre era ferviente católica y trató de sembrar en sus hijos una fe profunda y una piedad sólida. Teresa recibió semillas sanas, abundantes y prometedoras. Aprendió a rezar con su madre y, precoz e inteligente como era, empezó a entender desde muy pequeña lo que era el amor de Dios, la penitencia y la oración. La devoción a Jesús crucificado fue para ella una intuición o acaso un don divino. Brilló a lo largo de su vida de manera especial. Ella misma lo relataría luego en su *Autobiografía* (un pequeño cuaderno que con mucho esfuerzo tuvo que escribir por orden de su director espiritual).

Ya con ocho años experimentó un intenso deseo de amar a Dios, fue después de una de sus primeras y misteriosas visiones divinas de las muchas que acompañaron su caminar terreno. En ella descubrió el rostro de Jesús crucificado y entendió que el Señor sufría por amor y le reclamaba, precisamente a ella, una respuesta de amor y de sacrificio. Al mismo tiempo entendió la importancia para su vida de tener gran devoción a María Santísima, la Madre de Jesús, a quien tomó como modelo. Y parece que fue en una aparición de la Virgen cuando comenzó a añadir

a su nombre de Teresa el de María, por indicación de la misma celestial Señora. Ella misma recordaría después que desde entonces rezaba cuatro veces a la semana largas oraciones y que recitaba varias veces al día el santo rosario.

Tenía 10 años cuando consagró con inocencia infantil su virginidad a Dios, según ella misma declaró. Al cumplir los once años, el párroco ya la encargó de enseñar el catecismo y las oraciones a otros niños pequeños de la parroquia. Y comenzó a multiplicar sus austeridades y sacrificios, a fin de tener contento al Señor crucificado. Su madre, Thanda, trató de disuadirla para que no pasara, siendo tan niña, largos ratos de oración y en ocasiones se quedara por la noche haciendo penitencia. Pero ella la convencía con ternura de que era Dios quien se lo pedía. Teresa quería ser cada vez más santa y seguir los dictados de su corazón. Sobre todo lo hacía para conseguir la conversión de los pecadores, tal vez pensando en la situación de su padre y de su hermano mayor.

Contaba doce años cuando, en 1888, murió su piadosa madre. Este hecho significó para ella el final de su vida infantil feliz y protegida y también el abandono de la escuela local, en donde había recibido su primera formación elemental, con la que habría de defenderse toda su vida.

Huérfana y entregada a las tareas del hogar, comenzó al mismo tiempo un proceso de búsqueda sobre lo que debería hacer en la vida. Se aficionó a la soledad y a la silenciosa oración en la parroquia de su aldea. Siguió con frecuentes e intensas prácticas de penitencia y se entregó cada vez más a múltiples obras de caridad.

En 1891, a sus quince años, planeó seguir un camino nuevo en la vida religiosa de algún convento. Pidió ser admitida como criada en uno de los cercanos, pero fue rechazada cuando supieron que era de familia noble venida a menos. Intentó entrar en otro de carmelitas, pero también fue rechazada por no tener dinero para pagar la dote exigida. Entonces pensó en vivir como ermitaña en una región abandonada y solitaria, y una noche marchó a la soledad de los montes cercanos a su aldea natal. Comprendió pronto que no era su camino y que esa idea era ingenua e insuficiente, a pesar de su afán de oración y de penitencia.

Siguió frecuentando la Iglesia parroquial junto con un grupo de compañeras que se unieron a ella en sus compromisos apostólicos. Al principio fueron tres amigas las que más seguían sus consignas y se comprometían a imitar sus acciones. Se ofrecían generosamente para limpiar y adornar el templo y el altar. Y se dedicaban con preferencia a visitar enfermos, a asistir ancianos solitarios, a ayudar y promover acciones y recursos para los más abandonados y necesitados.

Los pobres eran abundantes en la región. Y los huérfanos y enfermos sin asistencia eran numerosos en las cercanías. Ella entendió pronto que la oración y el amor a Jesús debía traducirse en obras de misericordia y fue adquiriendo cada vez más exigentes compromisos parroquiales. Fueron sobre todo los enfermos los que llamaron su atención y se dedicó a cuidar a los más abandonados, incluso a diversos leprosos a los que nadie quería atender. También tomó bajo su cuidado algunos niños huérfanos y abandonados. Su entrega en estos tiempos de su primera juventud comenzó a ser admirable. No faltaron las críticas, como acontece en todas las obras buenas. Y al ver la audacia de aquellas muchachas, cosa sorprendente en un ambiente en el que las jóvenes apenas podían salir de casa, hubo quien las señalaba con el dedo y las denominaba «las chicas de la calle». Pero ningún obstáculo las acobardaba sabiendo que había muchas personas que, en medio de sufrimientos, las esperaban y de ellas dependían.

En medio de esa generosa entrega, y hasta heroica abnegación, fue cuando llegó su mejor director espiritual. Fue en 1902. Ella tenía ya 26 años. La figura providencial de un nuevo párroco de Puthenchira, don Joseph Vithayathil, pronto descubrió que aquella parroquiana era singular. Se sintió sorprendido por su entrega apostólica. Prácticamente fue su guía durante el resto de su vida. A él le abrió el corazón y le confió las experiencias misteriosas que la desconcertaban, sus pruebas y sus tentaciones, la voz interior que la guiaba. La confianza entre ambos fue total, sincera, profunda. Y en todo lo relativo a los caminos de su espíritu, ya no hizo otra cosa que seguir las consignas que del piadoso sacerdote procedían. De las 55 cartas que de ella se conservan, 53 a él están dirigidas.

Entre 1902 y 1909 se fue configurando su orientación definitiva, entre los trabajos de caridad y la intensa vida de oración que llevaba. Como otra Gema Galgani, tuvo que enfrentarse a intensas y desconcertantes tentaciones contra la fe, contra la esperanza y contra la virtud de la castidad.

En 1903 solicitó al obispo de Trichur permiso para abrir una casa de oración. Mons. John Menachery quiso primero probar su vocación. La dio una respuesta evasiva y la recomendó que intentara de nuevo el ingreso en las clarisas franciscanas de Trichur; pero ella se dio cuenta que no era lo que le pedía su voz interior.

Se multiplicaron sus visiones misteriosas y situaciones extáticas. Veía a la Virgen María y ella la conducía a la visión del Santo Niño Jesús. Los ángeles la traían la sagrada forma para que recibiera la comunión. El crucifijo la miraba y la hablaba. La Sagrada Familia entera la reclamaba para que trabajara por los pobres y por los hogares destrozados. Tantos encuentros con los personajes celestiales la hacían dudar entre la acción de Dios y el riesgo de que sus visiones procedieran de los espíritus malignos. Tenía la impresión de ver el cielo, el infierno, el purgatorio. Veía ángeles bellos y demonios en forma de animales. Sintió el «desposorio espiritual», al estilo de Santa Catalina de Siena; y la «transverberación», al modo de Santa Teresa de Ávila. Incluso tuvo desde 1905 la experiencia de la crucifixión y vio cómo sus manos y pies quedaban sellados con los estigmas o llagas de crucificado, como lo había experimentado San Francisco de Asís.

Era demasiado para una mujer sencilla, que no quería otra cosa que servir al Señor en la forma más humilde y sacrificada. Sus dones sorprendentes resultan casi inaceptables en nuestros días, pero han quedado consignados, refrendados y aceptados en su proceso canónico de beatificación por multitud de pruebas y testimonios irrefutables.

Su director espiritual la guiaba con discernimiento en lo que acontecía en su interior. Él mismo consultaba las situaciones que con frecuencia se escapaban de sus propias luces. Y llegó incluso el momento de las pruebas humillantes, pues el obispo diocesano, mons. John Menachery, recomendó, incluso impuso,

unos exorcismos y la prohibición de recibir la sagrada comunión hasta que su situación se aclarase. Ella aceptó con total obediencia, humildad y paciencia. Fue su director mismo quien la sometió a diversos exorcismos para acatar las órdenes del obispo, aunque estaba persuadido de que en su dirigida sólo brillaba la luz de Dios.

Cuando pasó este período de dones, pruebas, desconfianzas y apoyos, desconciertos y esperanzas, la luz se fue haciendo y la serenidad volvió a las revueltas aguas de su espíritu y de su entorno. Mientras tanto ella siguió su intensa entrega a los más pobres y su plena dedicación a los enfermos y abandonados. Comenzó a pensar en que había que incrementar su vida de servicio y de penitencia y fue suavemente proponiendo a sus compañeras de apostolado dar algunos pasos más para formar un grupo más estable en la Iglesia. Incluso proyectó un hogar en común, lejos de los propios familiares, para contar con más posibilidades de dedicación y trabajo, cosa que para la mujer en su tiempo y ambiente era una medida audaz y arriesgada.

En 1912, por orden del obispo, que la vigilaba con desconfianza, intentó de nuevo orientar su vida hacia un convento de monjas carmelitas en Ollur. Estuvo unas semanas en el convento, edificando a todas las religiosas con su ejemplo. La hubieran admitido con gusto, dada la pureza de sus intenciones y la claridad de su vida apostólica, pero de nuevo comprendió que no era su camino por buenas que fueran sus actitudes y propicia su plegaria en aquella vida solitaria y contemplativa.

Finalmente, en 1913, mons. Menachery permitió construir la casa de oración proyectada y envió a su secretario a bendecirla. Con sus compañeras de obras caritativas inició la empresa que daría nueva dimensión a su existencia. El obispo comprendió que estaba en juego una nueva congregación para el servicio de los pobres de su diócesis, tan abundantes, y se mostró a favor de la nueva obra. El 7 de octubre ella se trasladó a su nueva casa. Sus tres compañeras tardaron un poco más y se reunieron en enero del año siguiente. El 14 de mayo de 1914 se erigió canónicamente con el nombre de «Congregación de la Sagrada Familia (CHF)» y comenzaron oficialmente la vida de comunidad. El mismo obispo recibió la profesión perpetua de María

Teresa. Las tres más adictas quedaron en la casa como postulantes y luego novicias. Ella fue nombrada superiora del grupo por el obispo. El 22 de julio del mismo año de 1914 el obispo aprobó las Constituciones, que él había buscado en las Hermanas de la Sagrada Familia de Bordeaux, establecidas en la casa de Jaffna, en Ceilán, hoy Sri Lanka, y que había traducido al malayo y adaptado personalmente para la nueva Congregación. En ellas se dejaba claro que «el objetivo del Instituto era la oración y la penitencia, las visitas a las familias pobres, la asistencia a los enfermos y la educación de la juventud femenina».

El grupo fue creciendo con nuevas jóvenes que se unieron pronto. El celoso párroco Joseph Vithayathil, nombrado capellán del Instituto, fue el animador que alentó la intensa vida de oración, de intensa penitencia y de apostolado que comenzaron a llevar las reunidas.

La regularidad y la fidelidad fue el distintivo del grupo. Su preocupación primera fue la conversión de los pecadores. Decía en una carta (la 4 a su director espiritual) que «Dios da con seguridad la vida eterna a los que convierten a los pecadores y les regala la paz en la tierra». Personalmente su espiritualidad recia, serena y adornada con los misteriosos dones que Dios la concedía, la transformó en una mujer fuerte en todo el sentido bíblico del término. Se pasaba largas horas delante del Santísimo Sacramento, sobre todo en interminables meditaciones nocturnas, contemplando los sufrimientos de Jesús como fuente de inspiración personal.

Al comulgar, su rostro irradiaba una sonrisa cautivadora y luminosa. El amor a Jesús era su fuente de vida y el secreto de su capacidad para persuadir a los demás. Su sentido de penitencia silenciosa la movía a elegir todos los sacrificios más sencillos e imperceptibles.

La salvación de los hombres y la conversión de los pecadores era para ella una obsesión espiritual y apostólica. Tenía un tacto misterioso para atraer a los que se cruzaban en su camino. Era un alma selecta, a quien las luchas de la vida la habían hecho imperturbable ante las dificultades y totalmente confiada en la acción de Dios. Su esperanza en la victoria final de la cruz era total.

Pequeña de estatura y aparentemente frágil, la piadosa fundadora irradiaba un atractivo singular por su energía, por su confianza en Dios, por la sencillez de su trato. Fueron muchas las muchachas que, después de haber hablado con ella, sin saber por qué sentían el deseo de entrar a trabajar en una comunidad tan heroica, pobre y evangélica como aquélla. Hablaba con tal persuasión de la familia y de la necesidad de educar a la mujer para renovar la familia, que quien la escuchaba se sentía desafiado por su mensaje tan arrollador. En un ambiente en el que el nacimiento de una niña era una desgracia, sus palabras sonaban a revolución. Ella fue un eslabón poderoso en la valoración de la mujer en su entorno cultural. Por lo tanto fue un imán poderoso y arrollador en la cristianización de las costumbres, en el respeto a la mujer, en la promoción cultural de los valores femeninos.

Durante la I Guerra Mundial y en los años inmediatos, las obras se fueron incrementando bajo su clarividente gobierno, basado en el sentido común, en la piedad y en la total confianza en la Providencia. Su primera fundación tuvo lugar en 1917 en Kuzhikkattussery, que fue casa generalicia hasta 1970. Tres conventos más se formaron, dos escuelas, dos asilos, una casa de estudios y dos hospicios para huérfanos surgieron bajo su gobierno antes de que la guerra terminara. La ayuda del padre Joseph Vithayathil continuó hasta su muerte en 1964, por lo que bien mereció el título de cofundador de la obra.

Ella murió en la casa central el 8 de junio de 1926, casi de forma inesperada y a causa de una llaga en una pierna, ocasionada por un objeto que la hirió en una de sus acciones de caridad. Su diabetes impidió que la herida curara. Sólo tenía 50 años y dejaba en ese momento 55 hermanas en 11 casas, 30 hospicianas y 10 huérfanas acogidas.

Su fama de santa y sus virtudes de penitencia, piedad y bondad se extendieron rápidamente por todas partes. Sobre todo fueron los prodigios y milagros que siguió realizando desde el cielo lo que transformó su sepulcro y su recuerdo en motivo de devoción y de piedad.

La Congregación de la Sagrada Familia conoció una interesante expansión. En el año 2000 el Instituto comenzó el nuevo

siglo con 1.592 hermanas y 119 novicias. Tenía ya 176 casas organizadas en siete provincias en la India, en Alemania, en Italia, en Ghana. El 1 de agosto de 1978 había recibido el decreto romano que la reconocía como Congregación de «Derecho pontificio».

Lo que más quedó como dato interesante en el ambiente delicado y espiritual de la cultura hindú fueron los comprobados dones místicos que en vida había tenido la fundadora. Una vida mística intensa y un apostolado ardiente y agotador con mendigos, enfermos, moribundos, jóvenes, niños, que por lo demás parecía incompatible con tan inmenso abanico de dones misteriosos sorprendentes. Sin embargo, mística y apostolado en ella estuvieron compenetrados. Su eficacia y su carisma para convertir pecadores llamaban la atención. Hasta en los momentos más difíciles supo conservar la paz, la humildad y la obediencia. No le faltaron las amarguras finales, por ejemplo cuando el obispo, por una mala interpretación de sus intereses, la prohibió en 1918 dirigirse personalmente a él y ni siquiera poner el pie en la capital de Trichur. Obedeció hasta su muerte con toda fidelidad y ni una palabra de crítica salió de sus labios ante tan inusual medida.

Las milagrosas curaciones y las gracias a ella atribuidas siguieron multiplicándose para desconcierto de quienes la habían considerado sólo como una visionaria. Tal fue la cantidad de atribuciones milagrosas, que menos de cincuenta años más tarde, en 1971, una comisión diocesana comenzó a recoger documentos y testimonios sobre su vida y virtudes.

En 1983 se presentaron en la Eparcia, o diócesis, de Trichur, ante el tribunal diocesano constituido al efecto. Así se formalizó su causa diocesana de beatificación. El 28 de junio de 1999 la Congregación para las Causas de los Santos promulgó el decreto sobre la heroicidad de sus virtudes y otorgó autorización para llamarla «Venerable».

Entre los numerosos milagros y curaciones que se la atribuyeron, los hubo de diversa naturaleza. Fueron examinados canónicamente en 1992. Y sirvió para elevarla al honor de los altares el obrado en Mateo Pellissery, nacido en 1956 con una deformación congénita en ambos pies y que fue curado a los 14

años de manera sorprendente y científicamente inexplicable, después de 33 días de oraciones intensas por parte de sus padres. En la noche del 21 de agosto de 1970 fue curado del todo en uno de los pies. Y en la noche del 28 de agosto de 1971 lo fue del otro. Esta doble curación fue declarada inexplicable por los nueve médicos que analizaron en India e Italia tan singular y doble curación y aceptada por la Congregación romana de los santos el 27 de enero de 2000.

El papa Juan Pablo II la declaró beata el 9 de abril de 2000, estando presente el agraciado con la curación y haciendo conocer al mundo a la que, medio siglo antes que se hiciera famosa por su caridad la Madre Teresa de Calcuta, había sido la «mensajera de la caridad y la defensora de la familia» en la India.

Al elevarla a los altares con otros cuatro beatos, Juan Pablo II dijo de ella:

> «Desde niña comprendió que el amor de Dios le pedía una profunda purificación personal. Por eso se empeñó en una vida de oración y penitencia, abrazó la Cruz de Cristo, permaneció firme ante las frecuentes incomprensiones y en las difíciles pruebas espirituales. La Beata india no olvidó al prójimo más abandonado, por el que se prodigó junto a las jóvenes que siguieron su ejemplo. Los más pobres, los enfermos incurables y todos los necesitados fueron objeto de sus cuidados. Es el secreto de la santidad. Porque "si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda él solo; pero, si muere, da mucho fruto" (Jn 12,24)».

PEDRO CHICO GONZÁLEZ, FSC

Bibliografía

CONGREGACION DE LA SAGRADA FAMILIA, *Mother Mariam Theressia* (Roma 1967).
The life of Mother Mariam Theressia (Trichur, Kerala 1981).
Stigmata of Kerala. Th. Moothedan (Trichur, Kerala 1970).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

BEATO JUAN DAVY

Diácono y mártir († 1537)

Era religioso de la Cartuja de Londres, donde había profesado los votos y ya había sido, al tiempo de su martirio, ordenado

diácono, pero aún no había recibido el sacerdocio. En abril de 1534 los delegados reales se acercaron a la Cartuja londinense y exigieron a todos y cada uno de los monjes su adhesión plena a la supremacía real y a lo dispuesto sobre la sucesión. El padre prior contestó que los monjes no entraban a discutir temas como el de la sucesión sino que acataban la autoridad real en materia de sucesión. Pero entonces se le obligó a declarar, en presencia de la comunidad, que él estaba por la legitimidad del primer matrimonio del monarca, lo que provocó su detención. Esto hizo que el obispo de Londres interviniera y les convenciera de que no era una cuestión de importancia y así el 6 de junio toda la comunidad prestó el juramento, pero añadiendo: «En cuanto no fuere contrario a la ley de Dios».

El 4 de noviembre el Parlamento declara que el rey es la cabeza suprema de la Iglesia en el reino sin que el obispo de Roma tenga autoridad alguna en él. El prior, entonces, reunió a la comunidad y manifestó su decisión de no desgajarse de la autoridad papal y de morir por la fe católica si fuere preciso. Toda la comunidad hizo especiales ejercicios espirituales como preparación a un posible martirio. Se produjo el martirio del prior y de los otros dos priores que con él fueron a entrevistarse con el ministro Cromwell. Al día siguiente de la ejecución del prior, San Juan Houghton, volvieron a la Cartuja los delegados reales y ante sus inútiles esfuerzos para que suscribieran la supremacía real, apresaron a tres monjes más que fueron martirizados (19 de junio de 1535). El monasterio se vio sometido a duras medidas represivas, pero lo peor fue el nuevo prior, que sí había prestado el juramento, cuyo dominio hizo salir a varios monjes, algunos de los cuales serían también martirizados. El nuevo prior logró por fin seducir a una parte de la comunidad y el 18 de mayo de 1537 suscribieron el acta de supremacía; sin embargo, diez religiosos se negaron rotundamente, entre ellos Juan Davy. Con los demás fue llevado a la cárcel, sometido a la tortura de la argolla y las cadenas y dejado morir de inanición. Juan Davy murió el día 8 de junio de 1537. Fue beatificado el 9 de diciembre de 1886.

BEATO NICOLÁS DE GESTURI
Religioso († 1958)

Juan Medda nació en Gesturi, Cagliari, el 4 de agosto de 1882, hijo de campesinos pobres. Sus padres lo educaron religiosamente, pero ya era huérfano Juan cuando tenía 13 años y debió colocarse muy pronto como obrero agrícola y cuidador de ganado. Era un joven piadoso y puro, que a los 31 años decidió ingresar en la Orden Capuchina (octubre de 1913), en la que profesó los votos como religioso lego con el nombre de fray Nicolás de Gesturi. Estuvo destinado en el convento de Oristano y posteriormente en el de Sanluri, hasta que en 1924 fue destinado al convento de Cagliari donde permanecería el resto de su vida. Se le asignó el oficio de limosnero. Él se echaba a la calle todos los días con su modestia y humildad, su amabilidad y agrado con todos, granjeándose el aprecio universal. Todos acudían a él a solicitar sus oraciones, pedirle consejos y buenas palabras, ser consolados en sus enfermedades o problemas. Visitaba los hospitales y llevaba consuelo a los enfermos. Cuando regresaba al convento, siempre había gente esperándolo para escuchar de sus labios alguna palabra de aliento. Llegada la guerra mundial, acudía a los sitios bombardeados para tratar de prestar ayuda a los afectados y estar al servicio de todos. Murió santamente el 8 de junio de 1958. Fue beatificado el 3 de octubre de 1999.

9 de junio

A) MARTIROLOGIO

1 En Edesa (Mesopotamia), San Efren Siro († ca 373), diacono y doctor de la Iglesia **

2 En la Via Nomentana, los santos Primo y Feliciano, martires (fecha desconocida)

3 En Nicea de Bitinia, San Diomedes, martir (fecha desconocida)

4 En Vernemet, junto a Agen (Aquitania), San Vicente († s IV), martir

5 En Siracusa (Sicilia), San Maximiano († 594), obispo

6. En Iona (Escocia), San Columba o Columcille († 597), abad **.
7. En Andria (Apulia), San Ricardo († s. XII), obispo *.
8. En Londres (Inglaterra), Beato Roberto Salt († 1537), monje cartujo, mártir bajo el reinado de Enrique VIII *.
9. En Reritiba (Brasil), Beato José de Anchieta († 1597), presbítero, de la Compañía de Jesús **.
10. En Rochefort (Francia), Beato José Imbert († 1794), presbítero y mártir *.
11. En Roma, Beata Ana María Taïgi († 1837), madre de familia **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN EFRÉN SIRO

Diácono y doctor († ca.373)

La Iglesia estaba todavía en los inicios de su cuarto siglo de vida y las persecuciones no faltaban, cuando en el pueblo de Nisiben, en la Mesopotamia, nacía Efrén, hijo de José, varón piadoso y justo, habiendo conseguido la nobleza más apreciada y alabada entre los cristianos: la de pertenecer a una familia rica en el número de sus miembros martirizados por la fe de Cristo. Érase el año 300 (otros suponen el año 306). Su nombre significa, como el del hijo de Jacob en el libro del Génesis (41,5), Dios me hizo *fecundo*. Es un nombre, por tanto, auténticamente religioso y bíblico, y por ello nos creemos con derecho a escoger aquellas biografías que hacen de San Efrén hijo de cristianos y no de paganos. Es que muchos escritores tejieron variadísimos y a veces legendarios cuentos sobre su vida, de manera que nos resulta difícil distinguir lo legendario de lo histórico. Es sabido, sin embargo, que los nombres bíblicos no eran adoptados sino por los cristianos en la Mesopotamia, y no por los paganos o por sus hijos convertidos al cristianismo a pesar de sus padres. Es cierto, además, que a Efrén le gustaba realizar en su vida y en sus pensamientos los datos y detalles que leía en la Sagrada Escritura, aplicándose a sí mismo lo que hallaba escrito sobre Efraím, el hijo de Jacob.

En esta perspectiva recogeremos los datos que más se compaginan con la verdad del origen cristiano de San Efrén. En el

«testamento» que se le atribuye nos revela el santo el sueño que le ocurrió en su niñez, diciendo:

> «Vi aparecer sobre mi lengua una vid que creció tanto hasta que sus ramas cubrieron casi el mundo entero; de sus numerosísimos racimos picoteaban los pájaros del cielo y nunca la uva venía a menos, sino aumentaba a cada picoteo».

Este sueño se realizó proféticamente por la innumerable cantidad de creaciones poéticas cristianas que dejó San Efrén a la posteridad, pues sus obras no tardaron en ser traducidas al griego, armenio, latín, eslavo, etiópico y hasta en varios idiomas modernos, aventajando a cualquier otra época y región cristiana del mundo por el caudal de testimonios a favor de la fe católica encerrados en sus versos y sus ritmos.

Cuenta la tradición que, después de los años de adolescencia, Efrén fue a ver al obispo de Nisiben, San Jacobo, viviendo con él y sirviéndole hasta que llegó la reunión del concilio ecuménico de Nicea en 325 y entonces acompañó a su obispo como diácono y secretario al concilio. De allí volvió con su obispo para realizar públicamente la decisión tomada en el concilio de que cada obispo fundase en su ciudad una escuela episcopal. San Efrén siguió enseñando en esta escuela con todo el empeño de su alma ardiente e iluminada por el Espíritu de sabiduría y caridad hasta la muerte de su obispo en 338. En esto los persas limítrofes empezaban a atacar a los habitantes de Nisiben por despecho a los romano-bizantinos que imperaban en Mesopotamia.

De esta época son conocidas las *Carmina Nisibena,* donde Efrén canta en términos y figuras bíblicas las gestas y las peripecias ocurridas en la ciudad de Nisiben para defender su fe católica y no caer bajo el dominio de los paganos de la Persia. Por una vez Efrén pudo salvar milagrosamente a la ciudad con sus oraciones: el rey persa Sapor la tenía asediada desde hacía varios meses y había decidido la muerte de todos sus habitantes, si no por el saqueo, por el hambre. El Señor, escuchando las oraciones de su fiel y confiado siervo, mandó una enorme cantidad de insectos y reptiles, que atacaron a los caballos y ahuyentaron a todo el ejército enemigo, dejando en paz a la ciudad, que se había reunido cerca de su obispo implorando el perdón y la gracia

divina. Años más tarde el rey Sapor volvió al ataque saqueando y destruyendo, hasta que en 350 ocupó la ciudad definitivamente, haciendo que clero y cristianos huyesen lejos, prefiriendo el exilio a la esclavitud pagana. También Efrén se fue con ellos, y la Providencia le condujo hasta Edesa, otra ciudad de la Mesopotamia más hacia el interior (llamada también Orfa y al-Rocha en la hodierna nación del Irak).

En Edesa la ciencia bíblica de los siros estaba en su apogeo. Su sede episcopal (tercera entre las doce metrópolis del Oriente) dependía del patriarcado de Antioquía. Allí había estudiado el famoso Taciano, escribiendo luego su obra *Diatessaron,* resumen sintético de los cuatro evangelios, utilizado muchísimo y comentado por los escritores eclesiásticos posteriores. También San Efrén lo comentará, pero este texto efrenítico nos llegará tan sólo en su versión armena.

Y el discutido Bardesanes, filósofo naturalista de aquella época, se dice que nació en ella (154-222). Hizo escuela, y sus discípulos exageraron tanto sus opiniones científicas, que fueron luego considerados como herejes y combatidos acerbamente como tales por San Efrén. Armonio el Bardesanita había recurrido a las razones astrales para negar la resurrección de los cuerpos, y, empleando una táctica humana de mucho éxito, compuso muchas poesías con ritmo popular, donde inculcaba sus doctrinas erróneas. San Efrén se hizo cargo de la situación y recurrió a la misma arma, combatiendo la secta bardesanita con tanta superioridad en el arte poético y en la ciencia bíblica, que fue posteriormente llamado «cítara del Espíritu Santo» y «magno poeta de los siros». Con cánticos suaves, melodiosos y persuasivos rogaba a sus contemporáneos que dejasen de lado las ciencias de este mundo y meditasen más la Sagrada Biblia y los misterios del cristianismo, considerándolos la fuente de mayor seguridad para una vida intelectual digna de todos los hombres de bien.

En Edesa, pues, San Efrén buscó primero la soledad de los montes vecinos y la vecindad de santos monjes y eremitas, admirando sobre todo la sabiduría del pueblo, que tanto provecho había sacado de la presencia en aquella ciudad de la famosa escuela episcopal «de los siros de Edesa». Se cuenta que hasta las

mujeres iban repitiendo frases inspiradas en la doctrina bíblica, tanto que una de ellas a quien San Efrén reprochaba sus miradas provocativas le contestó:

> «Yo tengo que mirarte porque de ti he sido tomada, mas tú tienes que rebajar tu mirada hacia la tierra, de donde has sido tomado».

Se decidió, por tanto, Efrén a quedarse en Edesa, pero lejos del remolino de la vida social. En las chozas monacales no dejó, sin embargo, de escribir bajo el empuje y la inspiración de su fe y la gracia del Espíritu Santo, exponiendo y comentando los libros sagrados, y empezando por el Génesis, según el texto de la versión sira llamada *Peschitta* o «versión llana y simple». Seguía el método exegético de la «Escuela de Antioquía». Pero en sus cánticos acudía a las alegorías y expresiones místicas, que convienen mejor al cantor de los misterios cristianos.

No tardaron los profesores de la Escuela de Edesa en notar sus dones, y el obispo le ofreció pronto la dirección de la Escuela. Se supone que en este período (350-363) haya sido elevado a la dignidad sacerdotal, según la opinión de los que quieren considerarle como tal. De hecho vemos que toma parte, a pesar de su amor al retiro monástico, en todas las cuestiones pastorales, didácticas y patrióticas de la «cristiana ciudad de Edesa».

Sin embargo, el apostolado didáctico ha sido la mayor labor de San Efrén. En Nisiben, como en Edesa, le encontramos siempre enseñando o dirigiendo en las escuelas episcopales. Sus escritos poéticos, como también los otros en prosa, tienen por blanco principal e inmediato el de exponer los dogmas cristianos, contrarrestar las herejías, desterrar los vicios, mejorar las costumbres, aniquilar las malas influencias de los sectarios y herejes y aumentar la fe en los fieles cristianos. De ahí que actualmente, como hace dieciséis siglos, sus obras sean de grandísima utilidad no sólo para la historia de las herejías y de los dogmas católicos, sino también, y muy en especial, para predicar la doctrina de la Iglesia y sostener la verdad católica. En sus libros, como en su cátedra y desde el púlpito y el altar, San Efrén ha sido siempre «el doctor de la Iglesia» que expone los divinos misterios con la admiración entusiasta del poeta contemplativo y místico, a la vez que con su conducta ascética y austera ejerci-

taba una influencia preponderante en todo el Oriente siro a través de su fama y sus consideraciones sobre la vida y las virtudes cristianas. Encomendaba para «el combate espiritual» de cada cristiano el ayuno, la oración, lección de los libros sagrados, penitencia y humildad como las mejores armas contra los vicios. Y para la perfección no cesaba de aconsejar la vida de caridad, la virginidad y la filial devoción hacia la «Madre de Dios, purísima y sin mancha alguna». De ella, a la que siempre llama «María Madre de Dios», afirmaba la perpetua virginidad e inmaculada concepción en varios lugares de sus himnos, particularmente cuando comparaba la santidad de María a la de su Hijo Jesús: «Tú solo, ¡oh Jesús!, y tu Madre sois puros bajo todos los aspectos, y vuestra pureza supera la de cualquier otro, pues en ti no hay mancha alguna, ni tampoco en tu Madre».

La otra fuente de santidad para los cristianos es la Iglesia misma a través de la vida sacramentaria, y muy particularmente la comunión inquebrantable con la jerarquía, parte esencial del cuerpo místico, exaltando el sacerdocio y la primacía de Pedro, «fuente del sacerdocio y por donde los sacerdotes reciben sus poderes santificadores»; además, no encontraremos quizá en toda la antigüedad un autor patrístico que haya tan categóricamente declarado la presencia real de Cristo en la Eucaristía y demostrado con tanta fe y amor los efectos de la comunión sacramental:

> «Tu cuerpo, Señor, se ha mezclado con mi cuerpo, y tu sangre con la mía; por eso las llamas del infierno se alejarán de mí y no me quemarán».
>
> «Tu cuerpo, que he comido, y tu sangre, que he bebido, resucitarán mis pobres miembros de las tinieblas de la tumba».

En esto, como en otros temas tratados por él, los escritos de Efrén y sus sermones eran «teología viva». Entre las actividades pastorales de San Efrén han de recordarse su celo para la formación de apóstoles, su organización de las funciones litúrgicas, tan útiles en pro de las almas y del culto, y, en fin, su amor a los pobres y enfermos.

En el himno laudatorio que San Jacobo de Sarug (451-521) consagró a la memoria de San Efrén, le comparaba a Moisés, quien, para provecho de las mujeres y para solemnizar el culto

divino, había ordenado a su hermana María que cantara los cánticos suyos junto con las demás (Éx 15,20-21). Así hizo Efrén: para evangelizar a los fieles y catecúmenos reunía un grupo de «vírgenes» que se llamaban «hijas del pacto», a quienes enseñaba los resúmenes poéticos de la doctrina evangélica y apostólica; y éstas, colocadas a su alrededor en las funciones litúrgicas, le hacían coro. Para cada fiesta del Señor, de los mártires, de los difuntos, como también para las veladas en honor a la Madre de Dios, las voces armoniosas de las «vírgenes» alegraban la comunidad de los fieles asistentes, repitiendo en varios tonos y melodías los conceptos de la fe cristiana, los preceptos de la moral y las reglas de vida honrada en composiciones de estilo piadoso y popular, que se grababan en la memoria y eran repetidas en los hogares y en los campos de trabajo.

Y cuál fue la grandeza de su caridad y la actividad de sus esfuerzos cuando, acudiendo en ayuda de sus compaisanos diezmados por el hambre de un año de mala cosecha y sequía, se enfrentó con la avaricia de los ricos y las lágrimas de los enfermos sin techo y de los harapientos labradores. Con palabras de máxima austeridad hallaba como una llave milagrosa para abrir los corazones y las arcas de los que acaparaban el trigo. Con ejemplar abnegación y a pesar del peso de los años que tenía, logró hacer, bajo los pórticos de Edesa, el primer hospital conocido: camas buscadas por doquier a disposición de pobres, enfermos y hambrientos. Siguió pidiendo él mismo la limosna, mendigando y recogiendo alimentos y abrigos para todo un año, hasta que, acabada la sequía y llegado el momento de nueva y abundante cosecha, se retiró otra vez a su vida de soledad y de oración mezclada con el estudio y el servicio de la Iglesia en su culto y funciones litúrgicas.

Cuando murió dejó dispuesto en su testamento que no le enterrasen en la iglesia debajo del altar (como era costumbre en el Oriente antiguo para con los sacerdotes), sino en el cementerio de los peregrinos y extranjeros, insistiendo tan sólo en que se acordasen de él en los santos sacrificios, «porque los sacerdotes del Hijo de Dios pueden perdonar los pecados de los difuntos por medio de sus sacrificios y sus oraciones». La fecha de su muerte no es muy fija, pero es muy probable que sea la del 18

de junio de 373 (según otros 378), y por eso el papa Benedicto XV, quien le declaró doctor de la Iglesia universal en el año 1920, la designó como día de su fiesta. Sin embargo, los maronitas y otros siros celebran su fiesta el 28 de enero; en el último *Martirologio romano,* figura su fiesta el 9 de junio.

Sus restos, distribuidos después en reliquias, llegaron por mano de los cruzados en el siglo XII hasta Roma y varias ciudades europeas.

Que la familia universal de los cristianos en el mundo halle en este santo el mejor acicate y protector para reunirse y seguir unida «en la misma única barquilla de Pedro».

MIGUEL BREYDY

Bibliografía

Arts. en A. VACANT - E. MANGENOT - E. AMANN, *et al.* (dirs.), *Dictionnaire de théologie catholique.* 4/2: *Dinouart-Emser* (París 1939); *Dictionnaire de la Bible,* 2 (París 1899).
ASSEMANI, S. E. (ed.), *Ephraem Syri opera omnia in sex tomos distributa* (Roma 1732-1746) t.I p.XXXIII; t.III p.XXXV.
BEDJAN, P. (ed.), *Acta martyrum et sanctorum,* III (París 1892) 665s.
— «Testamento de San Efrén», ibid., 693s.
CHABOT, J.-B., *Littérature syriaque* (París 1934) 25s.
EMERAU, E., *Saint Ephrem le Syrien. Son oeuvre littéraire grecque* (París 1918).
GREGORIO NISENO, SAN, *Panegírico de San Efrén:* PG 46,819s
HIKARY, B. E., *Petite biographie de St. Ephrem, docteur de l'Église universelle* (Beirut 1952-1953).
LAMY, T. J. (ed.), *Sancti Ephraem Syri Hymni et Sermones,* I (Malinas 1882) 5s.
RICCIOTTI, G., *Sant'Efrem Siro. Biografia, scritti, teologia* (Turín 1925).
TILLEMONT, L. S. DE, *Mémoires pour servir a l'histoire ecclésiastique des six premiers siècles...,* VIII (Venecia).
• Actualización:
BOU MANSOUR, T., *La pensee symbolique de Saint Ephrem le Syrien* (Kaslik, Líbano 1988).
PERNIOLA, E., *Sant'Efrem Siro, dottore della Chiesa e cantore di Maria* (Montefiascone 1989)

SAN COLUMBA O COLUMCILLE
Abad († 597)

Es uno de los tres grandes patronos de Irlanda. Nacido en el clan principesco de los Ui Nelly el jueves 7 de diciembre de 521, su bisabuelo fue el célebre Conall Gulban, hijo de Niall, rey supremo de Irlanda, hacia finales del siglo IV. Niall junto

con sus dos hermanos había conquistado el norte-oeste del Ulster y estableció su reino en Ailech. Tres primos de Columba eran reyes y el mismo Columba habría sido probablemente rey si no hubiera preferido la vida monástica. La influencia de su familia, a la que pertenecían la mayor parte de los monjes a los que él reclutó para sus monasterios, fue un factor determinante en el predominio ejercido más tarde por la *paruchia* de Colum-cille, como se llamaba al dominio del conjunto de iglesias y monasterios de un jefe de la Iglesia irlandesa.

El nombre de Columba fue, originariamente, el de Crimthann, que significa «zorro». El de Colum (Columba o Paloma en latín) lo recibió en el claustro, probablemente para indicarle el cambio o transformación que debía dar a su vida, cambiar de zorro a paloma. Mas tarde se le dio el nombre de Colum-celle o Columcille que San Beda explica como «Columba de la Iglesia» o Columba, el fundador de iglesias o monasterios = «celle». El niño se educó en el monasterio de Cill-Enna en la isla de Aran, fundado por San Enda hacia 542, y posteriormente en Morville y Clonard. De su infancia y juventud se cuentan diversos episodios que hacen transparentar las dificultades con las que sus educadores tuvieron que luchar para reconducir un carácter lleno de orgullo, bravura, obstinación y fuerza. Recibió el diaconado estando en Morville y después marchó a ponerse bajo la tutela de un viejo maestro bardo en Leinster, para poder perfeccionar la lengua y la literatura de su país. Pasó luego a Clonard, regido por el abad Finnian. Parece ser que este abad según unas costumbres de organización eclesiásticas del todo irregulares en el pueblo celta, que luego se comenta, quiso tener a su disposición a un obispo y mandó a Columba para que recibiera la ordenación doble, de presbítero y de obispo, de manos del obispo San Etchan, pero éste no le quiso ordenar más que de presbítero. Otros dicen que se ordenó en Moví cerca de Dublín y que allí permaneció algún tiempo hasta que una epidemia dispersó aquella comunidad.

A Columba, durante quince años, se dio la tarea de misionar pueblos y tribus de Irlanda, levantando iglesias y fundando monasterios, que siempre le estarían sujetos, según costumbre celta, siendo el principal de ellos el de Dair-mag (Valle de la enci-

na), actualmente Durrow, en el condado de Offaly; los otros fueron Daire-Calgaich o Daire-Columcille, hoy Derry, Kells y el de Raphoe. Se conserva un poema atribuido a Columba en el que el joven y arrebatado poeta o bardo canta:

> «Cuando tenga todos los tributos de Escocia, desde el interior a todas sus fronteras, yo querré una sola cosa, tener una pequeña celda en mi bello Derry. Ved por qué es para mí tan hermoso Derry: es a causa de su paz y de su pureza. Sobre cada una de las hojas de encina de Derry ¡veo posado un ángel blanco! ¡Querido Derry, querida pequeña encina, querida morada, querida celdita! ¡Oh eterno Dios, que habitas en el cielo! ¡Maldito quien las profane! ¡Muy amados son Derry y Durrow; muy amada Raphoe, la pura; muy querida es Drumhome, la de los frutos abundantes; muy amadas Sords y Kells! Todas son deliciosas, pero mucho más lo es, y sobre todo, el mar salado, sobrevolado por los gritos de las gaviotas, cuando remo de lejos hacia la orilla de Derry; todo respira paz, no hay más que delicia, ¡oh, sí, delicioso!...».

En 563, a sus cuarenta años, Columba deja Irlanda, siendo ya sacerdote y abad. Se ha discutido mucho sobre la causa que motivó su partida. Según diversas tradiciones, unos dicen que fue a causa de un remordimiento o como castigo penitencial. Otros opinan que fue motivada por la repulsa de sus compatriotas después de unas luchas sangrientas por él originadas. La causa de la contienda no está completamente fuera de la realidad histórica y el hecho de que se haya conservado en la tradición, incluso como algo que desfavorece la vida del santo, la hace más que probable. Según esta tradición, años atrás, estando Columba en Clonard copió a escondidas un salterio que le había gustado mucho. Esto no podía hacerse, y llegado a conocimiento del superior le exigió la entrega de la copia; la virtud de Columba no debería estar muy formada, cuando no sólo se negó a entregarla sino que presentó querella ante el rey de la región. Éste, llamado Diarmaid, sentenció contra Columba diciendo: «Que el ternero siga a la vaca»; es decir, que la copia era propiedad de quien tenía el original. No debió sentarle bien tal sentencia y el resentimiento anidó en su corazón. Años más tarde un pariente suyo, hijo del rey Connaught, huyendo de un homicidio involuntario se asiló en sagrado en el monasterio de Columba; pero el rey Diarmaid lo manda sacar y ejecutar. La ira de Columba estalló, y azuzando contra el rey a sus muchos pa-

rientes clamó venganza. La sangrienta batalla que posteriormente aconteció, escandalizó tanto, al conocerse los hilos de la intriga y los resentimientos de Columba, que entre avergonzado y probablemente excomulgado o castigado tuvo que exiliarse de su país. El hecho de que Adamnán, el biógrafo más autorizado de Columba, así como San Beda el Venerable no señalen semejante motivo a la partida de Columba de su país, no es del todo concluyente. De hecho Adamnán habla del deseo de «exiliarse por Cristo» *(pro Christo peregrinare volens),* que sería un modo discreto de explicar el deseo de expiar una culpa con toda la sinceridad de un penitente que en adelante dormiría siempre en el suelo y que ayunaría todos los días de su vida. Beda, en cambio, entiende ya la frase de Adamnán como una muestra del celo apostólico *(praedicaturus verbum Dei)* que siempre le devoraría, dispuesto a marchar lejos para predicar el evangelio. En verdad una cosa no desmiente la otra, y se sabe que Dios siempre saca bienes de males. Por otra parte, se da otra explicación a esta marcha: es de todos conocida la incapacidad de los isleños irlandeses a quedar fijos en su territorio y la necesidad de salir de la isla en busca de mayores horizontes. Y con esto, aplicado siempre a los misioneros irlandeses de todos los tiempos, que a ejemplo de San Columba, devorados por un vivo celo apostólico y un fuerte deseo de abnegación, marcharon lejos hasta de su propia patria, tenemos más que motivos suficientes para afirmar que Columba marchó *peregrinante pro Christo.*

El nombre de Columba ha pasado, además, a la posteridad como el del fundador del monasterio de «I» o de «Hii» (Iona), porque el nombre actual de la isla de Iona es el resultado de una falta de grafía derivada del adjetivo «ioua». Beda cuenta que Columba recibió la isla de Iona de manos de los pictos, pero según los anales irlandeses, fue Conall Mc Comgaill, rey de Dal Riada, quien le hizo la donación. La isla, a ciento quince kilómetros de Irlanda, está situada junto a las costas escocesas y había sido quizá propiedad de los pictos, mas los scots tenían sobre ella, en aquellos momentos, derecho de feudo. Sea como fuere, Columba se asentó en ella con toda tranquilidad y se estableció en esta pequeña isla, de poco menos de cinco kilómetros, desde la que podía extender su radio de acción sobre muchas de estas

tribus y poblaciones. Y este *Insulanus miles* (soldado isleño), como lo llama Adamnán en su *Vita Columbae,* una de las biografías irlandesas más valiosas, vivió allí 34 años en Iona. Y sobre la tumba de uno de sus compañeros que murió nada más llegar a ella, fundó una de las más importantes abadías del mundo céltico. Acerca de este monasterio tenemos muchos y preciosos detalles consignados por Adamnán († 704), noveno abad del monasterio y biógrafo de Colum-cille.

Doce compañeros se llevó consigo a Escocia. Pero, los discípulos que Columba atrajo, no tardaron mucho en formar una gran comunidad en Iona. Enseguida se tuvieron que fundar monasterios y ermitas por todos los alrededores y regiones vecinas: Ethica, Elena, Himba y Scia. Estos establecimientos junto con los de Irlanda y de Escocia, cuya dirección Columba nunca abandonó, formaron una gran confederación monástica que los textos designan como *Muinitr Colum-cille,* o *Familia de Columba.* Llegaron a ser más de cuarenta iglesias y monasterios en Irlanda y casi sesenta en Escocia las sometidas jurisdiccionalmente al Monasterio de Iona. Y fue en este monasterio donde empezaron a prepararse los futuros apóstoles de los pictos y de los anglosajones.

La evangelización de las cercanas tribus comenzó enseguida. Conviene, no obstante, recordar que, antes de Columba, un bretón, en fecha desconocida, instruido en Roma en la fe y doctrina cristiana, fue el primero en predicar el Evangelio por el norte de Gran Bretaña a los bretones de Strat-Clut y a los pictos de Galloway; se trata de San Ninian. Con respecto a este misionero, los datos que de él ofrece la historia son muy pocos. Se sabe que se estableció en la península de Galloway, lugar que más tarde se llamó «Cándida Casa», a causa de las piedras blancas y brillantes con las que él edificó un monasterio, cosa rara, pues, en general, los celtas construían sus iglesias de madera. Pero los pictos del sur convertidos por Ninian no perseveraron en la fe. Pues San Patricio, en una carta que se conserva de mediados del siglo V, los trata como apóstatas. Corresponderá a Columba y a los monjes de Iona y Lindisfarne recuperar la obra de Ninian y reevangelizar aquellas rudas tribus y ganarlas de nuevo para Jesucristo. Pero su misión no acaba en estas tierras.

Desde el siglo V los *scots* de Irlanda se habían asentado en la actual Escocia, al sur de los pictos en Dal Riada *(colonia de los scotti),* región que ahora corresponde al actual condado de Argyle *(Airer Gaidhel* o territorio de los galeses). En el siglo VIII, San Beda llama a esta región: *provincia Scottorum* o *septentrionalis Scottorum provincia,* o, lo que es lo mismo, Provincia de los irlandeses *(los scotti asentados al norte de Gran Bretaña).* Irlanda, en efecto, era la Scottia propiamente dicha. Y fueron estos scotti o escoceses-irlandeses de Albión los que dieron origen a la actual nación de Escocia, puesto que el elemento *scotti* triunfó sobre los *pictos* después de las victorias del rey Kenneth Mc Alpin, a mediados del siglo IX.

Los scots de Dal Riada eran cristianos, al menos de nombre. Los pictos del sur, evangelizados por San Ninian, habían perdido la fe, como se ha dicho. Los pictos del norte, que habitaban en la región más septentrional, la menos accesible de la isla, al norte de Grampians, eran todavía paganos. Con éstos era precisamente con los que soñaba el celo apostólico y misionero de San Columba, al fundar Iona.

Para arrancar a los pictos del paganismo, Columba no dudó en presentarse ante su jefe, el rey Brudo, que estaba rodeado de los sacerdotes druidas, que evidentemente estaban muy opuestos a la obra misional evangelizadora de los monjes cristianos. Se cuenta que el rey Brudo lo encerró a cal y canto en una prisión pero Columba con el signo de la cruz desmoronó la entrada y Brudo no tuvo más remedio que aceptar la fe cristiana. Columba aplicó, pues, los mismos medios que empleaba San Patricio para convertir aquellas tribus casi salvajes, pues, después de convertir a Brudo, la conversión del resto del pueblo y de las otras tribus del norte fue cosa relativamente fácil. Los sacerdotes druidas continuaron haciéndole oposición, incluyendo sesiones de magia y conjuros de tempestades, hasta el día en que oyendo cantar a Columba, con voz poderosa, a la vez que delicada y conmovedora, el salmo *eructavit cor meum* se sintieron verdaderamente intimidados y tuvieron que huir o rendirse a la gracia. La influencia de Columba entre las tribus de Dal Riada fue enorme. Después de la muerte de Conall, su rey, fue Columba el que consagró a su sucesor, Aedhan Mc Gabhrain, en la misma Iona.

En 575 hallamos a Columba de viaje por Irlanda, asistiendo a un concilio en Drumceatt, en la que se muestra contrario a la desaparición de los bardos o trovadores, pues él mismo se sentía poeta, y en cambio manifiesta ser contrario al servicio militar femenino.

Columba no fue obispo, a diferencia de muchos otros abades irlandeses de su tiempo. Sin embargo, ejerció sobre toda su confederación eclesiástica de Irlanda y Escocia una jurisdicción que hoy llamaríamos de Metropolitano. Este estado de cosas sorprendente, todavía se aceptaba en la práctica aun en tiempos de San Beda, que nos ha dado una descripción de tan inhabitual organización de la *Iglesia de Iona:*

> «La isla —cuenta Beda— estaba gobernada por un presbítero-abad, con jurisdicción eclesiástica en toda la provincia, incluyendo en ella hasta los mismos obispos, que, de modo insólito, le estaban sometidos. Tal era, concluye Beda, la condición y estado de este Doctor que no era obispo, sino sólo presbítero monje».

El monasterio de Iona fue muy visitado; muchos venían a consultarle, a admirar al héroe, al taumaturgo, al profeta. El santo siempre fue muy duro consigo mismo; lecho de roca, ayuno perpetuo. Con los años su carácter se dulcificó con todos. El abad biógrafo nos da un retrato muy atrayente de su primer predecesor, aunque podemos entrever las acostumbradas y piadosas exageraciones propias de las hagiografías de la época:

> «Tenía cara de ángel; su carácter era excelente; su palabra, arrebatadora; sus obras, santas; admirable en sus consejos. Nunca dejó pasar el intervalo de una hora sin hacer oración, lectura o escritura o alguna otra ocupación. Se dio a las vigilias nocturnas y al ayuno sin relajar nunca su propósito, noche y día. El peso del trabajo de la menor de sus empresas habría excedido las fuerzas de cualquier otro. Él, en cambio, en medio de sus fatigas y trabajos se mostraba afable, sonriente, perfecto. Llevaba consigo el gozo del Espíritu Santo en lo íntimo de su corazón».

Cuando su vigor corporal disminuyó, su trabajo consistió en copiar manuscritos. Pocos días antes de morir estaba trabajando en un salterio y después de escribir el verso del Salmo 32: «Los que buscan al Señor no carecen de nada», se paró y dijo: «Lo dejo aquí, Baithin lo continuará», haciendo referencia a un monje pariente suyo que más tarde le sucedería en el abadiato.

San Columba murió en la medianoche del sábado al domingo 8-9 de junio de 597. Los monjes que entraron en el oratorio para las vigilias nocturnas, lo encontraron moribundo echado a los pies del altar y parece ser que aún tuvo tiempo para esbozar un gesto de bendición.

Un siglo después de su muerte el clero de su confederación monástica dominaba todavía la pastoral y la jurisdicción eclesiásticas de Irlanda, Escocia y Northumbria. La célebre *Vita Columbae* de Adamnán nos hace notar que el nombre del patriarca de Iona era venerado y conocido no sólo en Francia sino en España y más allá de los Apeninos, en la misma Roma. Inglaterra tiene contraída una deuda de especial gratitud con el apóstol de Iona, puesto que fueron sus hijos, Aidan, sus compañeros y sus sucesores los que, viniendo a establecerse en Lindisfarne, misionaron y convirtieron al cristianismo a los anglos del norte. Columba murió precisamente el mismo año en el que Agustín y sus monjes romanos pusieron sus pies en la región de Kent, al sur de Inglaterra.

Recientemente algunos historiadores se han esforzado en reducir la zona del apostolado de Columba, sobre todo en los territorios ocupados por los pictos. Es posible que la influencia de Columba se haya exagerado un tanto por los hagiógrafos irlandeses; pero los historiadores escoceses que tratan de minimizar la zona de su ministerio no aportan sino textos tardíos.

En la época de las incursiones escandinavas, las circunstancias obligaron a transportar las reliquias de San Columba de un lugar a otro de Irlanda y Escocia. Pero cuando el rey Kenneth Mc Alpin reunió en su cabeza la corona de los scots y los pictos mandó colocar los restos de San Columba en la iglesia de Dunkeld, edificada para ese menester en el año 849. La leyenda de que el cuerpo de San Columba está enterrado junto a los cuerpos de San Patricio y Santa Brígida, en Dunpatric, es tardía. Columba comparte el triple patronazgo de Irlanda, sin haber nunca dejado de ser patrón de Escocia; en ella Columba siempre fue mucho más venerado popularmente que San Andrés aun después que reliquias de este santo fueran recibidas y veneradas en la ciudad que ahora lleva su nombre, St. Andrews.

El culto a San Columba no solamente se extendió por Escocia e Irlanda, sino que fue muy venerado en Francia y otras regiones europeas. Ya se cita su nombre en las letanías romanas del siglo IX y su oficio se celebraba en la Abadía de la Trinidad en Vendôme en el siglo XIII, con solemnidad, pues en maitines las 12 lecciones se cantaban con capas. El calendario de San Willibrordo introdujo su culto en los países germánicos ya en el siglo VIII. A San Columba, como se ha apuntado, se le atribuyen varios poemas, especialmente el *Amra Colum-cillem,* obra bastante conocida en la edad media, pero por su redacción literaria algunos sospechan que es de tiempo mucho más tardío. Con todo, se demuestra que la fantasía celta es una «barda» que une fraternalmente a los poetas, atravesando los siglos.

LUIS M. PÉREZ SUÁREZ, OSB

Bibliografía

BAUDOT, J. - CHAUSSIN, L., OSB, *Vie des saints et des bienheureux...*, VI: *Juin* (París 1948) 159-163.

CARDONA Y TUR, J. (Obispo de Sión) (ed.), *El cristianismo y sus héroes,* III (Madrid 1903) 579-586.

CORISH, P., Art. en *Bibliotheca sanctorum.* IV: *Ciro-Erifrido* (Roma 1964) cols.126-127.

O'BRIAIN, F., art. en A. BAUDRILLART - R. AUBERT (dirs.), *Dictionnaire d'histoire et de géographie ecclésiastiques.* XIII: *Clinge-Czorna* (París 1956).

BEATO JOSÉ DE ANCHIETA

Presbítero († 1597)

La obediencia le desplazó a la otra ribera del Atlántico, impulsado el envío por un legítimo deseo de favorecer una resquebrajada salud, ya que primaba en la época la creencia de que el clima de ultramar —en este caso, muy parecido al nativo— podía al menos parchear los diecinueve lastimados años del canario.

En Brasil, ilusionado y con un buen bagaje cultural a cuestas, impartiendo catecismo en la misión jesuítica portuguesa.

Me estoy refiriendo a José de Anchieta, nacido el 19 de marzo de 1534 en San Cristóbal de La Laguna, donde el emigrante vasco —Juan López de Anchieta, castellanización de «Antxia»— que le dio vida y apellido había casado con la joven viuda tinerfeña y madre de dos hijos Mencía Díaz de Clavijo,

de ascendencia judía. Tercero, nuestro protagonista, entre ocho hermanos.

Alumno aventajado de los dominicos, con quienes aprendió las primeras letras, destacó también en los ambientes universitarios de Coimbra, donde se estrenó en 1548. En el centro de enseñanza superior lusitano completó el trienio en artes, compartiendo aulas y entablando amistad con jóvenes estudiantes jesuitas. La fundación ignaciana, recién nacida, ya tenía presencia en Portugal y sus colonias. Presencia y simpatía y favor real traducido en el incesante envío de expediciones misioneras a Brasil.

Aquel roce humano más la contagiante ilusión epistolar de Javier, misionero en Oriente, abrieron horizontes de generosidad derivando en la vocación religiosa del español. Así las cosas, el primero de mayo de 1551, diecisieteañero, dio el paso adelante. Un paso que no tendría marcha atrás.

Decidido, pues, a sumarse a los seguidores de Ignacio de Loyola —aún viviente, en Roma—, estrena convivencia con los novicios de Coimbra. Pero... frecuentemente, surgen pegas y dificultades a los propósitos, a las iniciativas, a los proyectos humanos en marcha. En este caso por culpa de un serio accidente. Una escalera que se le vino encima a José de Anchieta, lesionándole gravemente la columna vertebral. Culpable, al parecer, no sólo la escalera. Que, según el padre Nieremberg, ciertos excesos penitenciales también influyeron negativamente en la resquebrajada salud del novicio canario.

En consecuencia, el futuro religioso del joven jesuita se vio muy comprometido. Aparte, naturalmente, el persistente dolor. El provincial, Simón Rodríguez, compañero del fundador, borró preocupaciones e inquietudes: «Perded, hijo, ese cuidado, que no os quiere Dios con más salud». «Tranquilo».

A trancas y barrancas, sus hombros y su espalda aguantan, y ya con votos, en los primeros días de junio de 1553, embarca en Lisboa, con dos sacerdotes y otros tres hermanos legos, rumbo a Brasil tras la búsqueda de la salud, que parcialmente remediaría, y encargado de desmenuzar a los nativos las sublimes verdades de la fe.

Cuarenta días de navegación le «plantarán», el 13 de julio, en San Salvador de Bahía de Todos los Santos.

Los biógrafos Berettari y Nieremberg presentan las primicias apostólicas de Anchieta en ultramar: compartiendo con el provincial Manuel de Nóbrega, al año de su arribo, la puesta en marcha de la aldea de Piratininga, tierras adentro —a un puñado de kilómetros de la costa—, versión de las famosas «reducciones» jesuíticas del Paraguay.

Una década en Piratininga en cuyas modestas aulas el joven religioso canario, con gran facilidad para las lenguas y a diario más familiarizado con el tupiguaraní, instruiría gramaticalmente a los indios y a los hijos de los portugueses. Diez años frenando el nomadismo y organizando socialmente a los indios; frenando su incultura; enderezando sus instintos tribales; enseñándoles a hablar el lenguaje común en la región costera. Y gastando energías esforzándose en la corrección de la mala estampa ofrecida por no pocos colonos.

En ciernes, la figura pionera de la historia literaria brasileña. Autor, entre otros títulos, de *Arte de gramatica de lingoa mais usada na costa do Brasil* y de una *Doutrina christiâa e misterios da Fé, dispostos a modo de dialogo em beneficio dos indios catecúmenos,* una colección de homilías, cantos y poemas en portugués, tupí y guaraní. Amén de publicaciones poéticas en latín e histórica local. Y de sus *Cartas,* valiosa documentación abundando en la presentación de hechos y costumbres de su tiempo.

Adoctrinando en el guaraní; ofreciendo una moral nueva; enseñando a conocer y amar a Dios; y, a fin de cuentas, estrenándose en la formación humana y cristiana de los indígenas, desde la perspectiva evangélica, objetivo de su generosa dedicación misionera, nacía también con toda justicia el apodado «apóstol del Brasil».

> «Una cosa deseamos todos aquí —escribe en 1555— y pedimos mucho a nuestro Señor: que esta tierra sea muy poblada de cristianos que la tengan sujeta, porque la gente es tan indómita y está tan empecinada en comer carne humana y es tan reacia a reconocer superior, que será muy difícil que permanezca lo que se planta si no hay este remedio».

Con el tiempo la agrupación residencial indígena en los campos de Piratininga, baluarte de la expansión portuguesa hacia el interior, derivaría en la moderna y mastodóntica São Paulo.

Sólo primicias, que la hoja de servicios de José de Anchieta dará muchísimo más de sí. Hasta resultar brillante religiosa y civilmente.

Nos ofrecerá la estampa del hombre emprendedor creando poblados, residenciando indígenas, fundando y dirigiendo centros escolares.

Nos pintará al políglota español, con dominio perfecto del portugués, latín, tupí y guaraní. Hábil en el aprendizaje de las diferentes lenguas autóctonas, que habla, escribe, enseña, estructura gramatical y léxicamente. Se trata de un plural conocimiento que le permitirá delicadas y apostólicas funciones de intérprete.

Dibujará al misionero culto que redacta también catecismos, poemas, dramas y obras históricas. Protagonizando múltiples actividades pastorales, instruye, adoctrina, educa, promociona y defiende frente al avasallamiento colonizador.

Resumirá al jesuita de cuerpo entero. Lanzado sin reservas a la proclamación evangélica, contemplativo en la acción, virtuoso, culto, dialogante, pacificador, abnegado, caritativo.

Silueteará al superior y provincial bondadoso e itinerante.

En definitiva retratará al hombre de Dios, sacrificado y pobre, que sabe hacerse nativo con los nativos, indio con los indios. En una palabra, todo para todos.

Extremadamente delicada fue su inicial importante misión. Y meritoria, pues pudo haberle costado el pellejo. En 1563 era acompañante, en calidad de intérprete, del provincial empeñado en el logro de la paz entre los feroces y belicosos tamolos y los mestizos portugueses. Fueron cinco meses de tensión, extremadamente angustiosos: rehén Anchieta de las tribus indias mientras el padre Nóbrega negociaba en São Paulo.

Cinco meses con riesgo no sólo de la vida. También la virtud del religioso tinerfeño estuvo en peligro, pues los indígenas, no comprendiendo que un hombre joven viviera sin mujer, intencionadamente le presentaban y ofrecían sus hijas y esposas. ¡Qué trance, Señor!

La Virgen le guardó. La Virgen, a la que invocó e idealizó poéticamente, memorizando los cerca de tres mil dísticos lati-

nos escritos con un palo en la arena, a la vera del río. Un poema mariano que vio la luz, en Lisboa, en 1663.

Fue una paz difícil y perezosa. Una pacificación que no llegaba. Una espera no exenta de repetidas amenazas de muerte al rehén. Mas él, firme, sin abandonar la esperanza; fiado ciegamente en la Madre que le había anunciado no ser aún su hora. Por eso exteriorizaba: «Yo sé que no me mataréis, que no ha llegado aún el tiempo de mi muerte». Esperanzado y desbordando su ardiente celo apostólico. Asiduo en la predicación del amor a Dios y a los hombres.

Afortunadamente los buenos oficios de Nóbrega instaurarían una tranquilidad estable en la región.

El intérprete pacificador misiona, en 1565, en São Vicente, donde abriría aulas y lograría unas instalaciones hospitalarias. Al año siguiente, coronados los estudios teológicos, recibe la ordenación sacerdotal y las riendas del colegio de São Paulo, adonde retorna.

Es el estreno de una década fecunda. Con más de lo ya conocido: suma y sigue de las «reducciones», predicación a colonos y nativos, redacción de un diccionario y una nueva gramática, producciones sacroteatrales y catequísticas, inicio de una historia de los jesuitas en Brasil.

Una plural actividad académica que no estorba la presencia física en la realidad nómada india, la penetración apostólica itinerante, naturalmente favorecidas por los conocimientos lingüísticos de Anchieta. Él va con ellos de caza, se gana confianzas y, paulatinamente, consigue que algunos le confíen la educación de sus hijos. Éstos acabarían adoctrinando a sus padres, futuros ciudadanos de vida sedentaria.

Tarea sacrificada, ardua, el apostolado itinerante. Fácil sí, en el caso del políglota Anchieta, la relación y el trato, pero no desprovista de situaciones de verdadera angustia. Como en la ocasión que trae a cuento el biógrafo Nieremberg. Cuando el misionero canario, implícitamente reconociendo la agobiante dureza de un trayecto, anima al hermano acompañante:

> «Yo os digo que no hay género de muerte mejor que dejar la vida anegada entre el cieno y el agua de estas lagunas, caminando por obediencia y el bien de nuestros prójimos...».

En 1567, nuevamente aparece colaborando con el padre Nóbrega, haciendo con él camino, ahora para dar vida al núcleo humano que, impensablemente desarrollado, sería el futuro Río de Janeiro.

Y, tras el paréntesis, la etapa de superior en São Vicente. Donde recordaría a los jesuitas compañeros de enfermería en Coimbra:

> «Mucho tenéis, carísimos hermanos —les escribe—, que dar gracias al Señor porque os hace participantes de sus trabajos y enfermedades, en las cuales mostró el amor que nos tenía; razón será que lo sirvamos, a lo menos algún poquito, con tener gran paciencia en las enfermedades y en ellas perfeccionar la virtud [...] Por lo que en mí experimenté, os puedo decir que esas medicinas materiales poco hacen y aprovechan [...] Las medicinas son trabajos y tanto mejores cuanto más conformes a Cristo».

Insistente:

> «Porque no tenía purgas ni regalos de enfermería —refiriéndose a la época de Piratininga—, muchas veces era necesario comer (y aun casi lo más común) hojas de mostazos cocidas, con otras legumbres de la tierra y otros manjares que allá no podréis imaginar, junto con entender en enseñar gramática en tres clases diferentes desde por la mañana hasta la noche, y a las veces estando durmiendo me venían a despertar para preguntarme; y en todo esto parece que sanaba, y es así, porque en haciendo cuenta que no estaba enfermo, comencé a estar sano».

Y una curiosidad:

> «He aprendido un oficio que me enseñó la necesidad, que es hacer alpargatas, y soy ya buen maestro y he hecho muchas a los Hermanos, porque non se puede andar por acá con zapatos de cuero por los montes».

Y, ya al final de la comunicación epistolar, una llamada de atención a los misioneros en ciernes:

> «Os digo, carísimos Hermanos, que no basta con cualesquiera fervores salir de Coimbra, sino que es menester traer alforja llena de virtudes adquiridas porque, de verdad, los trabajos que la Compañía tiene en esta tierra son grandes y acaece andar un Hermano de la Compañía entre indios seis y siete meses, en medio de la maldad y de sus ministros, sin tener otro con quien conversar sino con ellos, donde conviene ser santo para ser Hermano de la Compañía de Jesús...».

Estuvo al frente de la misión de São Vicente hasta 1578.

Llegó el momento de su mayor responsabilidad. Máxima fronteras adentro del país. El general de los jesuitas «le ha cargado» con la titularidad de la provincia jesuítica. Aproximadamente centenar y medio de seguidores ignacianos —sacerdotes, hermanos y estudiantes— dispersos a lo largo de la costa brasileña. Menuda tarea.

Ya no se tratará exclusivamente de patearse descalzo charcos, barrizales y espesura vegetal. Necesitará ahora medios de locomoción marítima. Así, se hace con una embarcación: la *Santa Úrsula,* que le acerca y facilita compañía a los jesuitas del litoral. ¡Los 2.500 kilómetros de costa entre Pernambuco y São Vicente que surcará tantísimas veces!

Anchieta, impaciente a lo Javier, no para. Incansable. De aquí para allá, por tierra y por mar, estimulando, apoyando, creando, repartiendo estratégicamente los recursos humanos a su disposición. Y no perdiendo ocasión en sus desplazamientos para relacionarse con los nativos.

Siempre sumamente caritativo y delicado, atento principalmente al beneficio espiritual de sus gobernados. Y, consiguientemente, aceptadas de buen grado las pertinentes correcciones. Personalmente consecuente con la norma que había dado:

> «Ninguna culpa ha de saber el superior de sus subditos, que primero que llegue avisar al culpado no la haya llorado dos o tres veces delante de la divina misericordia, que esto es cuidar de las ovejas encomendadas por Cristo al cuidado del superior»

Curiosa, por otra parte, la recomendación del padre Anchieta al religioso revestido de autoridad que justificaba su aspereza de trato a un subordinado:

> «El superior que me encomendo este oficio me encargo con el que no dejase pasar ninguna ocasión en que pudiese ejercitar la paciencia a cualquiera de los súbditos»

El criterio y la norma del provincial:

> «Pues yo, en el nombre de Dios, ordeno a vuestra reverencia que desnude ese afecto y se vista de otro de mansedumbre y blan dura y, en cuanto pudiere, procure no dar a nadie ocasión de enojo, sino a todos se muestre afable y benevolo»

Él encarnaba el consejo. Y es por lo que, aun siendo riguroso en el mantenimiento de la disciplina, merecía la confianza y el cariño de los religiosos, quienes, según los biógrafos de la época, la preferían para volcar sacramentalmente la propia conciencia.

Cuando en 1588 culmina su mandato, la provincia jesuítica brasileña está crecida y en plena madurez.

Ahora va de superior a la residencia costera de Vitoria donde, sin pérdida del entusiasmo juvenil, repetirá presencia misional entre los indios nómadas y seguirá literariamente adoctrinando con nuevos autos sacramentales. Su cuerpo acusará desgaste y sus energías irán a menos, pero sin hacer mella en el espíritu. Que por algo plantó cara hasta el último momento a su parcheada mala salud.

Fresca aún su presencia en la geografía americana, se confiaba epistolarmente: «La salud del cuerpo es flaca; mas tal que, ayudada con las fuerzas de la gracia, dura».

Y también, anteriormente:

> «Ninguna diferencia hay de mí a un sano, aunque algunas veces no dejo de tener algunas reliquias de las enfermedades pasadas. Pero no hago más cuenta de ellas».

Y, a propósito de la alusión personal, una referencia a las atenciones de Anchieta con los enfermos. Recortamos del mismo envío postal:

> «En el tiempo que estuve en Piratininga —empalma epistolarmente— serví de médico y barbero, curando y sangrando a muchos de aquellos indios, de los cuales vivieron algunos, de quienes no se esperaba vida por haber muerto muchos de aquellas enfermedades».

Describe Nieremberg:

> «Era su médico y enfermero; visitábales, ordenábales la comida, sangrías y otras medicinas. Más los curaba sobrenaturalmente con su oración que por medicamentos naturales».

Cariñosa solicitud con los enfermos de la residencia. A cualquier hora. Siempre presto a su servicio y alivio. De manera que «cuando alguno le buscaba —anota el mismo autor— no iba a su aposento sino al de los enfermos, donde le hallaban de ordinario».

Una noche se levantó para servir un jarabe. Un acto de caridad recompensado nada menos que con una mala caída. En consecuencia hubo de guardar cama y sus normales dolencias dorsales recobraron un vigor que ya no perderían.

Pesaban los castigados años. La dedicación misionera. Sumados a la de por sí ardua labor de evangelización, la sobriedad alimentaria, horas y horas robadas al descanso, ásperos cilicios e implacables penitencias.

Eran, a modo de ejemplo, largos trayectos y penosas correrías apostólicas a pie descalzo. Eran noches dedicadas a la oración; cuando al sueño, sobre una tabla y con un zapato por almohada o sobre el suelo y con un manojo de varas en suplencia del cabezal. Eran voluntarias privaciones fruto de un espíritu de pobreza que no le permitía la más mínima propiedad —ni una simple pluma de ave para escribir— y no le consentía ropa de recambio —sin otras prendas que las que vestía, gastadas y raídas.

Se imponía abandonar la primera línea. Y los superiores le ofrecieron que eligiera residencia. Lo explica en comunicación epistolar:

> «El Padre Provincial me ha dado opción de elegir la casa que quisiere pero no me agrada tanta libertad [...] Y fuera grande yerro, habiendo cuarenta y dos años entregádome todo al arbitrio de mis Superiores, querer ahora en estos últimos años disponer de mí por mi parecer».

Nada de voluntad propia. Obediente hasta el postrer aliento.

A los achaques se sumaron molestias y sufrimiento nuevos. El cuerpo ya no aguantaba. Y se derrumbó. En puertas, el verano.

A trancas y barrancas José de Anchieta aún había logrado corresponder a la solicitud de un auto sacramental para la vecina festividad de la Visitación de Nuestra Señora. Se fue sin conocer el estreno, el 9 de junio de 1597. Frescos aún sus premonitorios versos marianos:

> «Ya me marcho, sin marchar
> de Vos, oh Madre y Señora,
> confiado que, en la hora
> de mi vida abandonar,
> seréis mi visitadora».

Y sin la soñada palma martirial. Había escrito:

> «Ya que no puedo alcanzar la corona del martirio, me suceda por lo menos dejar la vida por mis hermanos en alguna peña de estos montes, entre las asperezas de los caminos y suma falta de todas las cosas, desamparado de todos y destituido de todo humano consuelo».

Tenía reservada una muerte dulce, tranquila, entre sus compañeros de ideales y fatigas. Cumplidos 63 años, 47 de religioso y tres menos de evangelización. Los restos mortales del «incansable y genial misionero canario» —en palabras de Juan Pablo II—, inicialmente sepultados en Vitoria —la actual Anchieta—, por voluntad del general Aquaviva descansan, desde 1611, junto al altar mayor del colegio jesuita de Bahía.

Venerable desde 1617 por la heroicidad de sus virtudes, Juan Pablo II honró con la beatificación al jesuita español el 22 de junio de 1980.

Brasil le considera fundador de la nación y de la Iglesia local. Y, en merecido reconocimiento a su inmensa labor humana y social, le proclamó patrono nacional.

JACINTO PERAIRE FERRER

Bibliografía

CARDOSO, A., *O Bem-aventurado Anchieta* (São Paulo 1991).

CASTRO, S. - SIMÕES, M. G. (eds.), *La scrittura e la voce. Atti del Convegno Internazionale sui gesuiti José de Anchieta e António Vieira* (Padova 1999).

CAXA, Q., *Breve relação de vida e morte do Pe. José de Anchieta* (Río de Janeiro 1958).

ESCRIBANO, J., *El Beato Padre José de Anchieta* (Santa Cruz de Tenerife 1883).

IRABURU, J. M., «Beato José de Anchieta, apóstol del Brasil», en ID., *Hechos de los Apóstoles en América* (Pamplona ²2001).

NIEREMBERG, J. E., *Varones ilustres de la Compañía de Jesús.* III: *Misiones de Filipinas, México, Canadá, Brasil* (Bilbao 1889).

L'Osservatore Romano (22 y 29-6-1980).

PORTUGAL, W. A., *Vida de Padre José de Anchieta. O apóstolo do Brasil* (Aparecida, SP 2001).

BEATA ANA MARÍA TAÏGI

Madre de familia († 1837)

Un día cualquiera de julio de 1837. Un trágico clamor se esparce por toda la ciudad: ¡el cólera ha hecho su aparición en

Roma! El pánico cunde y la gente abandona sus hogares evitando todo contacto con los contaminados. En el nuevo cementerio de Campo Verano una muchedumbre se halla en oración ante una tumba aún reciente: piden al Señor que, por intercesión de la allí sepultada, les libre del azote que ha caído sobre ellos. En la pequeña cruz que preside la tumba unos débiles trazos de pintura, aún no del todo seca, componen un nombre: Ana María Taïgi, y dos fechas: 1769-1837.

¿Qué influencia puede tener esta mujer para que ahora todos acudan a implorar su ayuda? Su historia es la más corriente y la más extraordinaria a la vez que se pueda imaginar. Su vida, la vida de una simple mujer.

Nacida en Siena el 29 de mayo de 1769, su existencia transcurre durante uno de los períodos más críticos para la Iglesia y Europa. La corte de Luis XV, hundida en la lucha de intrigas y voluptuosidades, prepara activamente su ruina al tiempo que la de la cristiandad. La Enciclopedia adquiere resonante brillo. Voltaire reina e inunda el mundo con su filosofía pagana. Todo está minado: la Iglesia, la moral, la realeza. En Roma, Clemente XIV va a suprimir la Compañía de Jesús a ruegos de los Borbones. Las naciones más católicas, como España, Polonia, Austria e Italia, se ven arrastradas por el torbellino que producen los acontecimientos. La masonería impera por doquier.

Ana María pertenece a una honorable familia: su abuelo, Pietro Giannetti, dirige en Siena una farmacia. Su hijo Luis, después de seguir los estudios que le permitan suceder algún día a su padre, se casa con una buena cristiana: María Santa Masi. Nuestra beata es el único fruto de este matrimonio. Casi al mismo tiempo, dos meses más tarde, nace en Córcega, frente a esta tierra toscana, Napoleón I.

Bautizada al día siguiente de su nacimiento, recibe los nombres de Ana María Antonia Gesualda. Durante los seis primeros años la vemos jugar entre los viñedos, olivos y rosales que, como muralla roja, coronan las arenosas llanuras de la Toscana.

Pero esta época feliz ha de durar poco: el espíritu algo disipado y extravagante de su padre va produciendo la falta de recursos en la familia. Muy pronto vende todo lo que tiene en Siena y marcha a Roma con esperanza de hacer allí fortuna. Sin

embargo, ésta no se muestra propicia y la pequeña familia ha de ir a habitar una mísera casucha en el barrio denominado de los Montes.

En esta situación viven ocho años. Nada sobresaliente hay en su infancia que haga prever la misión que la Providencia le tiene reservada. Cada mañana Annette mete su comida en un pequeño serillo y marcha a la escuela gratuita de la Via Graziosa, regentada por hermanas del Instituto Maestre Pie fundado por Santa Lucía Filipini. Junto a las clases de religión y cálculo recibe la pequeña Giannetti las enseñanzas propias del hogar. Los domingos asiste en la parroquia a la catequesis semanal.

Mas los reveses de fortuna endurecen poco a poco el carácter de sus padres. Tristes, irascibles, en lugar de conformarse con su suerte y unirse en la adversidad, avivan cada vez más la llaga. Luis, el primer responsable, en vez de remediar su culpa, vuelve sus malos humores contra su hija, maltratándola a diario sin razón. Hay que trabajar para comer.

Despedida a poco de ir a la escuela por causa de una epidemia de viruelas, no podrá volver a ella por tener que ayudar a su madre en los oficios de la casa. Ha aprendido a leer, pero no a escribir, y jamás sabrá otra cosa que apenas garabatear su firma.

Ana María tiene ahora trece años. En este tiempo no se habla de otra cosa sino de las innovaciones financieras de Necker y de guerras. Inglaterra lucha contra sus colonias americanas y termina por reconocer la independencia de los Estados Unidos. Las nuevas ideas triunfan: Roma, París se apasionan por Diderot, D'Alembert. *El contrato social* y los aeróstatos. ¡El hombre, se canta, ha conquistado los cielos y derrotado a los dioses! La multitud aplaude clamorosamente las sarcásticas e hirientes representaciones en las que se hace mofa de los reyes, señores, religión y moral. En cambio, Voltaire es sublimado y su nombre figura en las letrillas populares.

A pesar de sus pocos años Annette comienza a darse cuenta de todo esto. Oye las conversaciones de la calle y las noticias que cuentan las compañeras del taller donde ha comenzado a trabajar. Para llevar algún refuerzo al vacío erario familiar carda la seda y corta las viejas ropas en una pequeña tienda propiedad de dos hermanas solteras. De regreso a su casa lava la ropa y

hace la comida, mientras su madre sirve de asistenta en varias casas para sacar con qué comer. Durante estos trabajos siempre tiene la sonrisa en los labios, tratando de alegrar un poco la amargada vida de sus padres.

Poco a poco su cuerpo va desarrollándose: su cimbreante tipo, interesante rostro y serena mirada atraen la atención de cuantos la ven por las calles de Roma. La llaman Anita la guapa. Como todas las chicas italianas de su edad, ella sueña con fundar un hogar maravilloso, adora los romances sentimentales y le gusta bailar.

En 1787 abandona el taller para ocupar una plaza de doncella en el palacio donde trabaja su padre. La patrona, encantada de sus condiciones domésticas, ofrece también un empleo a su madre, y desde entonces los Giannetti trasladan su residencia a dos habitaciones que amablemente les ha cedido la señora Sierra, su patrona. La indigencia de la familia ha terminado: su madre no tendrá ya que ir de asistenta por las casas y, al menos, no les faltará comida y techo en que cobijarse.

En este palacio, mezcla de fortaleza y de convento, como todos los antiguos de Roma, es donde conoce a un criado que, dos veces por semana, les lleva provisiones desde el palacio Chigi. Domenico Taïgi es hombre de buenas costumbres, de sólida piedad, aunque rudo, inculto y de vivo genio. Poco tiempo después se celebra la boda en la iglesia de San Marcelino y, como en todas las demás, hay una buena comida, se baila y se canta hasta el cansancio. Annette acaba de cumplir veinte años y su esposo veintiocho.

El príncipe Chigi les cederá dos habitaciones de su palacio y allí pasarán su luna de miel y les nacerán seis de sus siete hijos. Estamos en 1790 y la tempestad que va a purificar al mundo se encuentra próxima. Pero aún Dios no cree llegada la hora de su conversión. Durante los tres primeros años de su matrimonio Ana María sigue siendo la muchacha bonita, alegre y entusiasta de la vida mundana.

Un día Domenico y su esposa, arrastrados por la multitud, ganan la plaza de San Pedro. En París ha estallado la revolución y la noticia corre de boca en boca entre el estupor de algunos y la alegría de no pocos. Mas Dios ha elegido ya a su sierva: junto

a la columnata de Bernini su dulce mirada se cruza con la de un religioso servita, el padre Angelo. Éste no había visto nunca a la joven, pero una voz interior le anuncia de repente:

> «Presta atención a esa mujer. Yo te la confiaré un día; tú trabajarás por su conversión. Ella se santificará porque yo la he escogido para santa».

Ana comienza a no gustar las cosas de este mundo. Se despoja de su vanidad y busca el consuelo a su insatisfacción en la piedad. Va de uno a otro confesor en busca de consuelo y apoyo, hasta que un día entra en la iglesia de San Marcelo, donde se casó. Hay allí un confesonario y a él se dirige nuestra Beata. El confesor, un religioso servita, el padre Angelo, la reconoce por la voz y le dice:

> «¡Ah, al fin habéis venido, hija mía! El Señor os llama a la perfección y vos no debéis desatender su llamada».

Y acto seguido le cuenta el mensaje recibido en la plaza de San Pedro.

Han pasado tres años de matrimonio en medio de las vanidades del mundo. Una nueva vida comienza para Ana María: vida de penitencia, de mortificación. En casa se impone el sacrificio de la sed, y no bebe agua sino cuando su marido se extraña de su conducta. Castiga su cuerpo con cilicios y correas, y es el propio confesor el que ha de advertirle de su condición de esposa para que no maltrate su cuerpo, que no le pertenece enteramente. En 1808 toma el hábito de terciaria trinitaria y quiere perfeccionarse más.

Pero la verdadera perfección consiste, como le dijo el Señor en una de sus apariciones, en la mortificación de la propia voluntad, en ocultar dentro de lo posible a los ojos de los hombres las obras que se hacen, en ser buena, caritativa y paciente. Y Ana María sigue fielmente estos consejos del Maestro.

Quizá lo que más llama la atención de su vida es cómo ha sabido conjugar o ser perfecta en su estado matrimonial. Máxime cuando Domenico no era precisamente un San José. Ella deberá tener presente cada día sus deberes de esposa y de madre.

En su casa todo debe de seguir igual. Atiende a sus hijos con maternal solicitud. Se levanta temprano para tener preparado el

desayuno, arregla la casa, hace la comida e inculca a sus hijos el amor al trabajo, la economía y el orden. Los manda al colegio y les enseña sus deberes para con Dios y la sociedad; pero jamás usará la violencia contra ellos, sino la persuasión, la bondad.

Con su marido, de mal genio, ha de mostrar continuamente su paciencia: ni una disputa, ni un mal gesto en sus cuarenta y ocho años de matrimonio. Ella sabe que Domenico, como jefe de familia, debe ser respetado y obedecido. Sabe los derechos que sobre su persona tiene y nunca se opone a su legítimo cumplimiento. Humildad y confianza en Dios fueron siempre sus armas para salir de los malos trances. Porque Dios le ha dicho: «Yo seré tu guía en la vida de perfección».

Mas él quiere que su sierva sea víctima expiatoria por los pecados ajenos. Y uno tras otro tiene que soportar dolores, vejámenes y sufrimientos. Ve morir a cuatro de sus hijos con santa resignación, aceptando siempre la voluntad del Todopoderoso; sufre calladamente las burlas de muchas personas que la consideran visionaria. Jamás protesta por su humilde condición. Poco a poco su alma se va purificando.

Ya Napoleón Bonaparte ha dado el golpe del 18 brumario y se ha erigido emperador de los franceses. Sus ejércitos avanzan incontenibles por todos los suelos de Europa. Se profanan las iglesias, se hace mofa de la religión, se predice por doquier el fin de la cristiandad. Las ideas revolucionarias alcanzan su máximo esplendor.

Ana María es la respuesta de Dios a todas estas cosas: al racionalismo triunfante, al orgullo de los poderosos, al materialismo del siglo. El Señor sigue fiel a su promesa: «Ensalzaré a los humildes y abatiré a los orgullosos».

En su cotidiano vivir esta mujer nunca ha dejado de ser pobre, sencilla. Buena madre, fiel esposa y modelo de suegras. Inculta y sin apenas saber firmar, es a ella a la que se le concede uno de los más extraordinarios dones con que santo alguno haya sido distinguido: desde el año de su conversión podrá ver en una especie de globo luminoso el pasado, el presente y el porvenir. Los principales personajes políticos desfilan ante su mirada con sus sinceridades e hipocresías. Los designios de Dios para confundirlos, los complots y reuniones de las sectas

secretas, los acontecimientos futuros en todo el mundo, las almas que padecen en el purgatorio, las que se condenan y se salvan. Todo lo ve con una claridad meridiana.

Las circunstancias extraordinarias por las que van a pasar el mundo y la Iglesia son la probable explicación, dice el decreto de beatificación, del prodigio, único en los anales de la santidad, con que la Providencia distinguió a esta simple mujer.

Pobres, cardenales y embajadores vienen a pedirle consejo o solución a sus problemas. Ella trata a todos igual. Nunca rehúsa el consuelo y la ayuda a nadie y jamás admite regalo ni limosna alguna. Y cuando, como en alguna ocasión, una reina, desterrada en Roma, quiere ayudarla dándole oro, ella le responde: «Señora, yo sirvo al más grande de los reyes y él sabrá recompensarme espléndidamente».

Con su santidad —Ana María Taïgi es la única santa que murió estando casada— Dios ha querido darnos dos estupendas lecciones: que la santidad no es patrimonio de ricos ni de clases y que, además, no está reñida con estado alguno. Cada persona puede ser santa en medio de su quehacer habitual, en el convento o en la calle, guardando la virginidad o cumpliendo los deberes matrimoniales.

Su actuación en esta vida habrá de servir de ejemplo a las muchas almas que pretenden ser perfectas en medio de los peligros del mundo. Durante su permanencia en él no dejó sino constancia de las virtudes que deben adornar a las madres y esposas. Sus milagros fueron incontables: ve desde Roma la muerte de Pío VI en el destierro, contempla día a día las tribulaciones de Pío VII durante los cinco años de su cautividad. Cura enfermedades, anuncia muertes y señala las fechas de elección de los nuevos papas. Así quiso la Providencia premiar su oscura y pobre vida, concediéndole a sus ruegos el que la peste no entre en Italia hasta después de su muerte.

Pero aún debe purificarse más. Como si fuera poco lo que ha tenido que sufrir, Dios le reserva siete meses de dolorosa agonía. A pesar de ello su eterna sonrisa no desaparece de sus labios. Lleva con alegría esta última prueba, sabiendo que sus días están contados. Por fin el 9 de junio de 1837, rodeada de su marido y tres hijos, deja de existir a los sesenta y ocho años de

edad. Al día siguiente es enterrada en el nuevo cementerio de Campo Verano. Ocho días más tarde la peste entra en Roma.

Beatificada por Benedicto XV el 30 de mayo de 1920, es declarada patrona de las madres de familia y su cuerpo descansa, incorrupto, en la basílica de San Crisógono, de Roma.

LUIS PORTERO

Bibliografía

ANTIGNANI, G., *Anna Maria Taigi. Storia di una mamma dai documenti e dal diario inediti* (Siena ^{2}1983).
BESSIÈRES, A., SI, *Wife, mother and mystic. Blessed Anna-Maria Taigi* (Rockford 1982).
LUQUET, J. F. O., *Notice sur la vie et sur les vertus de l'humble servante de Dieu Anna-Maria Ant. Gés. Taigi née Giannetti* (Roma 1849).
— *Notizia sulla vita e sulle virtù dell'umile serva di Dio Anna Maria Antonietta Gesualda Taigi nata Giannetti* (Roma ^{3}1951).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN RICARDO DE ANDRIA
Obispo († s. XII)

No hay muchas noticias sobre este santo obispo de Andria, diócesis sufragánea de Bari, en Italia, y su santo protector. La tradición quiere que fuera inglés, lo más seguro monje benedictino en alguna de las muchas abadías benedictinas de Europa, y que llegase al episcopado en el pontificado de Adriano IV († 1159), también él inglés y benedictino. Se sabe que participó en el III Concilio Lateranense en 1179 y que él recibió las reliquias de los santos Ponciano y Erasmo, trasladadas solemnemente a Andria a cargo del sacerdote Manerio y del monje Juan, abad de Civitella. Las sagradas reliquias fueron depositadas en la iglesia de San Bartolomé. Todos pudieron ver con cuánta alegría y devoción recibía el obispo las reliquias. Ricardo tenía entre sus fieles fama de santidad y en vida se le atribuyeron muchos milagros, por lo que a su muerte, quizás el último año del siglo XII, comenzó enseguida a dársele culto como santo, culto que fue confirmado con la canonización que efectuó el papa Bonifacio VIII el 23 de abril de un año cercano a 1300. Sus reliquias fueron llevadas al llamado «altar de la confesión» en la ca-

tedral, de donde desaparecieron luego para aparecer en 1438. Actualmente se conservan en una bella capilla de la catedral.

BEATO ROBERTO SALT

Monje y mártir († 1537)

Roberto Salt era hermano converso de la Cartuja londinense y fue uno de los diez monjes que, cuando el 18 de mayo de 1537 otros monjes de la comunidad hicieron el juramento cismático de acatar la supremacía religiosa de Enrique VIII, se negaron a separarse de la comunión del Papa y de la Iglesia. Por este motivo él y los demás monjes renuentes fueron arrestados y llevados a la cárcel, donde se les sujetó con argollas y cadenas, y se les dejó morir de hambre. Una buena mujer intentó, y logró unos días, llevarles alimentos, pero, descubierta, no pudo volver a entrar y, dejados en inanición, los monjes prisioneros fueron muriendo uno tras otro. El hermano Roberto Salt murió el 9 de junio de 1537. Fue beatificado el 9 de diciembre de 1886.

BEATO JOSÉ IMBERT

Presbítero y mártir († 1794)

No se sabe a ciencia cierta si nació el 5 de septiembre de 1719 o en la misma fecha del año 1721. Nació, ciertamente, en Marsella y entró en la Compañía de Jesús en el noviciado de Aviñón en 1748. Hizo sus primeros votos el 29 de junio de 1750 y recibió las órdenes sagradas en 1754. Fue destinado a la enseñanza y desempeñó su tarea docente, sucesivamente, en los colegios jesuitas de Chalon-sur-Saône, Besançon y Grenoble, donde estaba cuando en 1762 fue suprimida la Compañía de Jesús. Quedó entonces adscrito a una de las iglesias de Moulins.

Llegada la Revolución, cuando todos los obispos legítimos habían sido expulsados de Francia, el Papa nombró al P. Imbert como vicario apostólico de Moulins y su territorio. Los verdaderos fieles se unieron a él, pero el cargo no podía menos que atraerle el odio de los revolucionarios. Arrestado y encarce-

lado, consta su presencia en la cárcel de Moulins en julio de 1793. De allí, con otros ochenta eclesiásticos del departamento de l'Allier, fue llevado a Limoges ya de camino hacia la deportación. Aquí hubieron de presenciar la ejecución de un sacerdote. Luego, en Saintes, él compuso una letra misionera para la música de «La marsellesa». Llegado a Rochefort, fue embarcado en el barco *Les Deux Associés,* luego de haber sido cacheado y despojado de sus pertenencias. Dio gran ejemplo de piedad, mansedumbre, caridad y celo por sus hermanos sacerdotes, y murió de las penalidades del embarque el 9 de junio de 1794, siendo enterrado en la isla de Aix.

10 de junio

A) MARTIROLOGIO

1. En Auxerre (Galia Lugdunense), San Censurio († s. V), obispo.
2. En París, San Landerico († ca.660), obispo *.
3. En Rochester (Inglaterra), San Itamar († ca.656), obispo *.
4. En Dobrow (Polonia), San Bogumilo († 1182), obispo de Gniezno **.
5. En Bolonia (Emilia), Beata Diana de Andaló († 1236), virgen, religiosa dominica.
6. En Treviso (Véneto), Beato Enrique de Balzano († 1315), seglar *.
7. En Buda (Hungría), Beato Juan Dominici († 1420), obispo de Ragusa *.
8. En Londres (Inglaterra), beatos Tomás Green, presbítero, y Gualterio Pierson († 1537), monjes cartujos, mártires bajo el reinado de Enrique VIII *.
9. En Moerzeke-lez-Termonde, junto a Gante (Bélgica), Beato Eduardo Poppe († 1924), presbítero **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN BOGUMILO DE GNIEZNO
Obispo († 1182)

El nombre polaco de Bogumilo corresponde al de Teófilo o Amadeo, que significa «Dios te ama». Nace de familia noble en la villa de Kozmin a la orilla del río Wartha, al sudeste de Poznan, hacia el año 1116, juntamente con un hermano gemelo al que llamaron Bogufal. Los dos hermanos estudiaron en Gniezno al este de Poznan y más tarde concluyeron su formación universitaria en París.

De regreso a Polonia, Bogufal ingresó en la orden cisterciense, mientras Bogumilo se dedicó a ocuparse de la administración de las vastas propiedades de la familia. Una de las primeras cosas que nos adelanta su piedad, incluso como simple cristiano, es que, por aquellas fechas, levantó a sus expensas una iglesia en su pueblo de Dowrobo, que se dedicó a la Santísima Trinidad.

Viendo la devoción y piedad de Bogumilo, un tío suyo que era arzobispo de Gniezno, le indicó que lo mejor que podía hacer con su vida era hacerse sacerdote. Ordenado presbítero, fue, durante algún tiempo, cura de su pueblo natal y más tarde fue reclamado para hacerse cargo del deanato de la catedral de Gniezno, aunque conservando su cargo pastoral en su pueblo, pues no estaba tan lejos que no pudiese ir a pie todos los días festivos de uno a otro lugar.

Se cuenta que, en estas idas y venidas, en más de una ocasión atravesó el ancho río Wartha a pie enjuto, sobre las aguas. En otras ocasiones para socorrer a los fieles, dicen que, acercándose con ellos al río, llamó a los peces para que saltaran a la orilla y pudieran servir de alimento a los necesitados, y haciendo soltar a los sobrantes les decía: «Marchad, creced y multiplicaos».

En el año 1167, fue elegido arzobispo de Gniezno, no sin haber pasado un tiempo resistiendo a esa elección y teniendo que mediar en ello el papa Alejandro III que le obligó a aceptar dicho cargo por el bien de los fieles. Fue un pastor extremadamente celoso, sin renunciar en nada a llevar una vida en la que

la oración y la ascesis tenían un puesto preponderante. Gracias a sus bienes personales pudo sostener y crear escuelas para la educación de los niños y también fundar y dotar abundantemente un monasterio cisterciense, con la ayuda de su hermano, en la localidad de Coronawa en la diócesis de Poznan.

Tras cinco años de trabajos intensos en la diócesis pidió al papa Alejandro III permiso para retirarse a la soledad. Al parecer estaba un tanto deprimido porque su labor como pastor, especialmente con el clero, no estaba dando buenos resultados. Marchó primero a Hungría a una camáldula, pero volvió pronto a un paraje solitario no lejos de su patria chica, donde pasó diez años en retiro y oración, sin descuidar, no obstante, salir a predicar o confesar según las necesidades del pueblo del que había sido párroco y obispo. Murió santamente el 10 de junio de 1182. Sus reliquias fueron veneradas en la iglesia parroquial desde 1232. El 27 de mayo de 1925 la jerarquía polaca obtenía del papa Pío XI un decreto por el que se aceptaba oficialmente en la Iglesia el culto de San Bogumilo.

Ésta es la nota biográfica oficial de San Bogumilo; sin embargo, la crítica histórica no está tan segura de a quién, de verdad, se da culto y veneración en este caso. En efecto, cuando Pío XI aprobó su culto en 1925, ya se le daba, de modo inmemorial a San Bogumilo, primero en la iglesia parroquial de Dowrobo, donde estuvo su tumba, y después en la Colegiata de Uniejów. Los primeros documentos oficiales sobre ese culto datan de 1443 y 1462, emanados por el arzobispo de Gniezno para regular las ofrendas *ad tumbam sancti Bogumili.* En 1580 con ocasión de la *recognitio corporis,* se encontraron en la tumba un báculo, un anillo y el cadáver revestido con un hábito pretendidamente camaldulense.

En 1584 se escribe en Dowrobo una biografía asegurando que Bogumilo descendía de la familia de San Adalberto, que fue arzobispo de Gniezno entre 1170 y 1182; en ella se explicaba que, perseguido por los poderosos de la época, renunció a su cargo y buscó la soledad donde acabó su vida, no sin haber hecho donación de sus bienes a Dowrobo, a los pueblos vecinos y a los cistercienses, orden a la que pertenecía su hermano Bogufal. Esto último era razón suficiente para que Bogumilo fuese

también venerado en el cercano monasterio cisterciense de Coronawa. Y fue también en este monasterio donde se escribió otra biografía de Bogumilo, muy parecida a los datos aquí aportados, aunque las fechas difieran levemente. Después de su muerte fue sepultado en la iglesia de Dowrobo hasta que en 1668 fue trasladado a la Colegiata de Uniejów. Esta *Vita* apunta que se basa en un documento de 1232 por el cual el príncipe Vladimir Odonicz confirmó a los cistercienses de Sulejów la villa de Dowrobo y otras circunvecinas que, por sucesivas donaciones, habían ido a parar a aquel monasterio.

Hay, no obstante, ciertas dificultades para aceptar los datos de esta biografía. Tenemos en primer lugar que Duglosz, en su obra sobre la *Vida de los obispos del Reino de Polonia,* ni tampoco en el necrologio, no cita a ningún Bogumilo, arzobispo de Gniezno por aquella época. En efecto, por los años en que se supone ocupó el cargo pastoral, Duglosz señala a dos obispos, a Juan Zdzislao y a Pedro. Alguno ha querido identificar a Bogumilo con este Pedro, pues el arzobispo Pedro era también descendiente de San Adalberto y tenía sus bienes alrededor del río Wartha; pero hay de él otras noticias más que alejan la posibilidad de confundir uno con otro.

También se ha querido identificar a Bogumilo con otro del mismo nombre fallecido en 1092, y que tuvo que dimitir de su sede por estar a favor del papa Gregorio VII en la lucha contra las investiduras. Pero esta posibilidad habría destruido la teoría del documento cisterciense de 1232.

Otros, como Martín Baronio, Bzowski y Tadeo Mini, confunden a Bogumilo con Wloscibor, que fue elegido por el Capítulo de Gniezno en 1279, y que por ciertos problemas con el príncipe Przemyslaw, no pudo gobernar su sede. Renunció, pues, a su elección y se retiró al cercano monasterio de Dowrobo, donde murió. Mas tampoco esta hipótesis parece ser aceptable. Por lo que la conclusión que se impone es que, en el episcopologio de Gniezno, no hay lugar para Bogumilo.

Pero queda una teoría que tiene visos de probabilidad; el tal Bogumilo, no habría sido un obispo sino un abad. El historiador Pedro David propone que el ermitaño enterrado en Dowrobo no es un arzobispo sino un abad benedictino de Molgi-

no. El abad habría renunciado a su cargo y, retirado en un lugar solitario, murió el 28 de noviembre de 1179. Este abad también pertenecía a la familia de San Adalberto y también sus tierras y bienes familiares estaban en la vecindad de Dowrobo. De este modo serían explicables el lugar de su muerte y las fechas aproximadas con Bogumilo. También sería fácil, entonces, explicar la transformación popular de un abad en obispo que la tradición ha sustentado.

En el *Acta sanctorum* se recoge la biografía publicada en 1668 que es bastante extensa, aunque común y predecible en ese tipo de hagiografías; sin embargo, parece más oportuno y discreto haber dado aquí una somera noticia y resumen de ella, como se ha hecho al principio de estas líneas, y dejar para futuras investigaciones el aclarar la verdad ante los problemas que surgen entre la tradición popular y los datos históricos comprobables.

LUIS M. PÉREZ SUÁREZ, OSB

Bibliografía

Acta sanctorum, Junii, t.II cols.337-356.

BAUDOT, J. - CHAUSSIN, L., OSB, *Vie des saints et des bienheureux...,* VI: *Juin* (París 1948) 185-186.

NARUSZEWICZ, P., Art. en *Bibliotheca sanctorum.* III: *Bern-Ciro* (Roma 1963) cols.227-229.

BEATO JUAN DOMINICI
Obispo († 1420)

¡Ignorante y tartamudo! No son éstas, padre prior, las mejores cualidades para un dominico.

Y Juan fue rechazado. Aquella noche Paula y Domingo lamentaron su pobreza. Su hijo era un obrero y cualquier otra aspiración fracasaría por la escasez de medios económicos. Aquel muchacho tendría que continuar partiendo el pan áspero con sus duras manos. Sin embargo, en aquel hogar pobre ardía una llama inextinguible y poderosa: Dios. Y lo llenaba todo, y todo lo envolvía y transformaba. El trabajo, duro y necesario, era un paréntesis que se abría, de madrugada, en la

iglesia de los dominicos de Santa María-Novella, y se cerraba allí mismo con la tarde.

Su carácter viril y la voz de Dios vitalmente sentida le determinan a pedir nuevamente el ingreso en la Orden de Predicadores. Los Padres comprendieron que aquel joven tenía en su vida un camino único, que nacía allí, en Santa María-Novella. Y, sin querer parar mientes en su aspecto rústico y la torpeza de su decir, Juan fue admitido.

El año de noviciado fue una línea ascendente: desde los primeros días, en que su estilo torpe constituía motivo para la sonrisa vana, hasta el respeto y la admiración por el hombre esforzado y por el religioso entregado a Dios plenamente. El silencio, la oración, el ascetismo de su vida, la amabilidad entregada, el amor absoluto a Dios y a los suyos constituyeron la meta ganada con la gracia de Dios y el esfuerzo continuo y vigilante. Desde el principio dio con la clave que transforma lo mínimo e insignificante. El detalle delicado, la palabra cálida, el gesto y la mirada reprochando dulcemente, todo habla de amor. La observancia exacta, la rúbrica sentida, la disciplina cruel, el sueño domeñado y la entrega absoluta y sencilla, todo habla de amor. Y Dios con él, impulsando aquel brío irresistible. Fray Juan tenía una misión difícil en la Orden: vitalizar la observancia. Por eso convenía que él probase hasta dónde puede el hombre y en qué punto ha de esperar.

La profesión constituyó para él la autonomía de la austeridad y de la exigencia. Frecuentemente era pan y agua su única refección. Dormía escasamente sobre un saco y vestía muy pobremente, pero con limpieza.

El estudio, tan sagrado en la Orden de Predicadores, constituyó su pasión. Hombre inteligente y fino, terminó la carrera, siendo propuesto para graduarse académicamente. Renunció, sin embargo. Se lo sugirió una humildad sencilla y cierta.

La fatiga del estudio busca compensaciones. Fray Juan es artista. Y llenará los libros corales con sus delicadas y sugestivas miniaturas. Así comenzó su predicación. El dibujo cariñoso y sugerente de la vida de Cristo y sus milagros orientaba la salmodia hacia la meditación. Esta preocupación por el arte al servicio de Dios le acompañará más tarde a los conventos que visite y funde.

Con la ordenación sacerdotal el amor a las almas culmina en un anhelo impetuoso por la predicación. Sólo una pena ensombrece el gozo de su vida. Su lengua sigue torpe y ridícula. Estando en Siena le invadió la tristeza. Se sintió inútil. Lloró. Las lágrimas dieron transparencia a su mirada y aquella noche se arrodilló ante una imagen de Santa Catalina. Y le pidió un milagro. Se lo exigió por amor de Dios y el prodigio se realizó. Su lengua se torna ágil y expedita.

Florencia girará en torno de este extraordinario y súbito predicador. Su ciencia, su prodigiosa memoria, su pasión avasalladora y serena se conjugan en un decir limpio y cautivador. Predicará durante muchas Cuaresmas en Florencia. Habrá días que suba al púlpito cinco y seis veces. Nunca el cansancio en él. Siempre el interés en los que le escuchan. «El hombre tiene un alma generosa y se deja convencer más difícilmente por la dulzura que por el rigor». Eso dijo y así obró. Recorre las principales ciudades y villas de Italia. Censura los vicios con un patetismo profético e invita a los pueblos a una renovación de la vida cristiana. El flagelo en su palabra suscita el rencor hasta el punto de ser amenazado con el exilio. Por amor de la paz abandona Venecia y se retira a Florencia. Allí conjuga el aislamiento monástico con la predicación cíclica en los tiempos litúrgicos. San Vicente Ferrer renuncia a predicar en Florencia: «¿A quién queréis oír teniendo al padre Juan Dominici?».

Una idea le obsesiona: la restauración de los conventos. La terrible peste de 1348 y los cinco años siguientes arrasó los monasterios. El de Santa María-Novella vio morir en cuatro meses a setenta de sus frailes. Los supervivientes se retraían y se sentían incapaces del rigor primitivo. Juan Dominici predicaba. Los jóvenes eran su presa. Necesitaba muchachos generosos y decididos, y los tuvo en gran número después de su predicación.

Acepta el priorato de varios conventos con el ánimo de imponer la reforma ansiada. La labor es dura y surge la oposición. Santo Domingo de Venecia, el convento de Città di Castello, el de Fabriano y otros recibieron el impulso de su espíritu emprendedor. Posteriormente es elegido vicario general de los conventos observantes en los Estados de Venecia y de la provincia romana. Ha llegado el momento. Comprende que la la-

bor es áspera y lenta. Por eso dedica su vitalidad y esfuerzo a la creación de una Casa noviciado. Es la clave. Que el espíritu y la vida no se improvisan. Es preciso nacer y respirarlo para que se haga sangre en cada uno. Con este fin nació el convento de Cortona, situado en un paraje delicioso, donde el clima y el cielo empujan hacia Dios.

Las religiosas, pensó el padre Juan, están íntimamente vinculadas a nuestra vida dominicana. Con este convencimiento restauró el convento del Corpus Domini y el de San Pedro Mártir, de Florencia. En este monasterio su anciana madre terminó sus días. La labor tenía sólidas bases.

Una labor gigantesca exige un hombre fabuloso. El cisma de Occidente estaba enconado.

A la muerte de Inocencio VII es elegido Gregorio XII. Éste y Benedicto XIII pudieron llegar a un acuerdo e intentaron reunirse en Saona. Tal entrevista no llegó a realizarse. Siete cardenales de Gregorio XII le abandonan. Lo mismo le sucede a Benedicto XIII. Ambos grupos convocan un concilio general en Pisa y allí eligen nuevo antipapa a Pedro Philargi, que toma el nombre de Alejandro V. A éste sucede Juan XXIII.

La labor diplomática del padre Juan Dominici en el cónclave de elección de Gregorio XII fue tal que el nuevo Papa, a quien hizo prometer la renuncia al Papado en el momento conveniente, le mantuvo junto a sí. Fue elegido arzobispo de Ragusa y posteriormente cardenal. La crítica se cebará en él. «Acepto esta dignidad como Cristo aceptó su corona de espinas».

Gregorio XII le envía a Alemania para tratar con el emperador Segismundo el modo de terminar con el funesto cisma. Fiel a Gregorio, le convence de la urgencia de renunciar a la dignidad papal por el bien de la Iglesia. Por fin el Papa convoca el concilio de Constanza, en el que los tres papas renunciarán a su pretendida dignidad. Juan XXIII promete su asistencia. Benedicto XIII anuncia un representante suyo y Gregorio XII delega en Juan Dominici, quien, con la renuncia escrita, envolverá hábilmente a los presuntos papas. Anuncia que Gregorio XII abdicará si los otros dos lo hacen igualmente. Juan XXIII aceptó. Fue el momento. Juan Dominici leyó con gran emoción la renuncia escrita de Gregorio.

La huida de Juan XXIII y la rebeldía de Benedicto XIII fueron suficiente razón para que aquellos hombres perdieran el prestigio.

Juan Dominici convoca nuevamente el concilio en nombre de Gregorio XII y el 11 de noviembre de 1417 es elegido verdadero papa Martín V. Pero antes un gesto generoso de Juan Dominici emocionó a los cardenales. Él, que había aceptado la púrpura cardenalicia para el bien de la Iglesia, renuncia ahora humildemente. Ahora que su labor parecía ya terminada. Despojándose de los distintivos fue a sentarse entre los obispos. Aquel gesto hizo que los cardenales volvieran a incorporarle al Sacro Colegio.

La unión anhelada ha sido conseguida. El prestigio de Juan Dominici no disminuye, como tampoco se apaga su dinamismo y trabajo por el bien de la Iglesia. Ahora es el encargo de extender en los reinos del Norte los decretos del concilio y vencer las herejías de Wiclef y de Hus. Acompaña a Martín V hasta su nombramiento de legado apostólico en Hungría y Bohemia.

Cuando trabajaba en el proyecto de una grandiosa obra apostólica y de evangelización de aquellos reinos, el Señor le llamó cariñosamente a su gozo.

Murió a los setenta años, el día 10 de junio de 1420. En plenitud de vida y santidad, dedicado entusiásticamente, juvenilmente, a la salvación de los hombres.

Él ha muerto. Ahí queda su obra, su testimonio, su martirio, su figura como un hito sublime. Murió un hombre perfecto, un religioso terminado, un dominico íntegro. Un santo. Que, al fin, fue su máxima obra.

JOSÉ LUIS GAGO, OP

Bibliografía

Act. SS. Boll., 10 de junio: *Vita*, de SAN ANTONIO DE FLORENCIA y JUAN CAROLL.
DOMINICI, G., *Lucula Noctis*. Ed. por R. Coulon (París 1908).
FINKE, E. (ed.), *Acta Concilii Constanciensis* (Münster 1846-1928; nueva ed. 1976-1982).
HOLLERBACH, J., Art. en *Römische Quartalschrift für christliche Altertumskunde und Kirchengeschichte* 23 (1909); 24 (1910).
MORTIER, D. A., *Histoire des maîtres généraux de l'Ordre des Frères Prêcheurs*. IV: *1400-1486* (París 1909).
• Actualización:
VIGLIONE, A., *The idea of christian reform in Giovanni Dominici* (Washington 1978).

BEATO EDUARDO POPPE

Presbítero († 1924)

Eduardo Juan María Poppe nació en Temse, diócesis de Gante (Bélgica), el 18 de diciembre de 1890 del matrimonio compuesto por Desiderio Luis Poppe, panadero, y Josefa Ogiers, quienes tuvieron once hijos y los educaron cristianamente ya desde el primer momento, de tal forma que, de entre ellos, otro hermano también sería sacerdote y cinco hermanas serían religiosas. De su padre aprendió el amor al trabajo y a los pobres, y de su madre, una gran capacidad para la oración y, a la vez, claridad de mente y sabiduría de corazón.

De temperamento movido y de carácter enérgico, sintió bien pronto la llamada al sacerdocio. Cuando murió su padre en 1907, Eduardo quiso hacerse cargo del negocio familiar pero su madre le insistió en que no abandonara sus estudios. No comenzó a ser seminarista hasta 1909, después de tomar su decisión el 20 de mayo. En su vocación sacerdotal había influido notablemente la llamada que había experimentado para atender a los pobres, heredada de su padre, y un movimiento apostólico juvenil en el que participaba.

Cuando comenzó sus estudios eclesiásticos siendo estudiante-soldado en las milicias universitarias de Lovaina, la vida dura en el cuartel no le impedía crecer en su vocación sacerdotal y dedicar sus ratos libres al estudio. En este tiempo su libro de compañía espiritual era la *Historia de un alma* de Teresa de Lisieux, que configuraría también su alma.

Por fin el 13 de mayo de 1912 entró en el seminario «León XIII» en el que, según su propio testimonio, recibió los medios para su futura felicidad: la consciencia de la presencia de Dios y de su amor a él así como la humildad y devoción hacia la Santísima Virgen María. En su escala de valores mantenía por encima de la licenciatura en filosofía, que obtuvo en la facultad de Lovaina en 1913, la espiritualidad de la esclavitud mariana de San Luis María Grignion de Monfort y la infancia espiritual de Teresa Martin, Santa Teresa del Niño Jesús. En el seminario imitó también los ejemplos de San Juan Berchmans, para seguir sus pasos presurosos hacia la santidad mientras se preparaba para el sacerdocio.

Durante sus vacaciones trabajaba ya pastoralmente, con ardor apostólico y con firmeza de espíritu, en el mismo movimiento apostólico en el que se había formado. Animaba a sus compañeros por la emancipación de su querido «pobre Flandes» con un método precursor de la «revisión de vida»: «ver, juzgar y actuar». Cuando estalló la guerra tuvo que interrumpir forzosamente sus estudios. En Bouriers, un pueblecito valón, durante el encargo que le había hecho el párroco para la preparación de los niños de primera comunión, ya de seminarista descubrió su carisma para la catequesis y educación de la fe. Leyendo la *Vida del Padre Chevrier* vio reflejada en ella su propio ideal sacerdotal, en la pobreza («el pesebre»), su ofrecimiento («la cruz») y su amor («el sagrario»).

Fue ordenado presbítero el 1 de mayo de 1916. Nombrado vicario parroquial en la Parroquia de Santa Coletta, dentro de un barrio obrero de Gante, Eduardo Poppe encontró el lema para su ministerio y vida en el texto de Lucas 4,18: «El Espíritu del Señor sobre mí, porque me ha ungido, me ha enviado a anunciar el evangelio a los pobres, a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, para dar la libertad a los oprimidos». En esa parroquia fue como otro «cura de Ars», pobre entre los pobres, buscando con preferencia a los que vivían en casas miserables de aquella ciudad secularizada y herida por la guerra, creciendo de día en día en amor por su pueblo encomendado. Formó un grupo de maestras catequistas para educar a los niños y fundó una asociación para la comunión frecuente. Conocía y vivía la doctrina social de la Iglesia y mostraba una predilección singular por los niños abandonados de la gente pobre, haciendo vida la intuición espiritual de Santa Teresa de Lisieux: «Practicar el amor en las cosas pequeñas y hacerse pequeños hasta el heroísmo». Dos años en esta parroquia le convirtieron en auténtico padre de los pobres, los marginados y los niños, pero le arruinaron su salud.

Para reponerse y cuando ya terminaba la guerra mundial fue a Moerzeke, un pueblo rural no lejos de Temse, como rector de una comunidad de religiosas que regentaban un hospicio. Durante el cuatrienio que va desde 1918 a 1922, en el que estuvo casi más tiempo en cama que en pie, su enfermedad le ofrecía la posi-

bilidad de tener tiempo para la oración, el estudio y la reflexión. Ayudaba como podía a los sacerdotes de las parroquias próximas y abrió su casa a todos —sacerdotes, religiosos y laicos— como lugar de oración, quienes al mismo tiempo requerían los consejos de su ministerio sacerdotal. Estos pocos años fueron tiempo de gran maduración interior. Su experiencia de amor a la Virgen María, siguiendo las huellas de San Luis M.ª Grignion, lo preparaba para la época que se echaba encima con los embates que sobrevenían de secularismo, materialismo y marxismo.

El estudio de la teología —especialmente de mariología— y de las ciencias humanas —particularmente de pedagogía—, junto a su conocimiento de las vidas de los santos lo fueron convirtiendo en verdadero maestro de religiosidad popular, magisterio que ejercitó también a través de sus escritos *El libro eucarístico del catequista,* de 1920, y otro estupendo librito, *El amigo de los niños,* de 1922.

En Moerzeke también puso en marcha, a pesar de su salud quebrantada, diferentes obras de apostolado: la unión sacerdotal, la obra del catecismo, la educación en la fe a través de la cruzada eucarística, la renovación litúrgica, el apostolado de los laicos y el movimiento social flamenco.

El 15 de septiembre de 1920 pudo llegar a Lisieux para visitar la tumba de Santa Teresa del Niño Jesús, y esta experiencia fue para él de una conmoción espiritual enorme, pues, según contaba, recibió «las gracias más grandes de su vida». En enero de 1922, siguiendo la estela de «infancia espiritual» abierta por esta santa y, tras la consulta a su director espiritual, hizo como ella el ofrecimiento de sí mismo al amor misericordioso del Señor. Esto significó en él la renuncia total a su voluntad para abandonarse totalmente en manos de Dios Padre.

Quienes se acercaban a don Eduardo encontraban en él la respuesta adecuada a su necesidad: ánimo, consuelo, paz y reconciliación, en su país flamenco donde las divisiones manifestaban el rescoldo de la guerra. Movilizó a los educadores para una re-evangelización cuyo punto de partida y de llegada debía ser la eucaristía.

El cardenal Mercier, arzobispo de Malinas, hizo que Poppe se trasladara a Leopoldsburg el 6 de octubre de 1922, nombra-

do director espiritual de los eclesiásticos, seculares y religiosos, de todo el país que acudían a realizar su servicio militar al campo de Beverlo. Éste fue su tercer y último nombramiento. Los «cibistas», pues así eran llamados aquellos eclesiásticos que realizaban su servicio militar en el «centro de instrucción de camilleros y enfermeros», recibieron su impulso sacerdotal a través de conferencias y retiros espirituales, entrevistas personales y, sobre todo, su ejemplo contagioso. Les inflamaba el corazón en el amor al Señor, a la Iglesia y a la Virgen María. Dedicaba sus horas libres a escribir o responder cartas y redactar artículos.

Una carta de 1923 reflejaba, sin él quererlo, su propia espiritualidad:

> «¿Cuál es mi espiritualidad? Reza más bien por mí un "Ave María" y no me hagas hablar de mi espiritualidad. Qué se yo, hermano, si es benedictina o ignaciana. Lo que sé es que, habitualmente, busco los fundamentos en el Evangelio y en la Sagrada Escritura. Sólo después de la acción constato si tiene más de San Ignacio o de San Benito. Todo lo que sé decir es que esa acción vive humildemente unida a la vida de Jesucristo en su santa Iglesia y plenamente sometida a todos aquellos por medio de los cuales Nuestro Señor nos dirige; que no busca sus elementos en cosas extraordinarias, sino en los deberes, en las cruces, en las situaciones en las que nos pone la providencia de Jesús, aquí y ahora; que quiere llevarnos simplemente a la renuncia más completa interna y externa y a la pura conformidad con Jesús de tal modo que nos transformemos en otros Jesús, en hermanicos extraordinariamente asemejados a Jesús, vivientes por Él y en Él, en todos nuestros pensamientos, oraciones y acciones, sobre todo en nuestra caridad hacia los hermanos, todos los hombres, amigos o enemigos; que en esta espiritualidad el altar está en el centro, sobre el que está el Cordero divino, como en el Calvario está el crucificado en el centro de la historia... ¿Dónde vamos a estar mejor que con María, al pie de la cruz, en pie con la Corredentora, saciando la sed de nuestra alma en el altar, nutriendo nuestro espíritu con la Hostia? ¿Cuándo podremos beber, en plena y perfecta unión de deseos, de amor y de disposición con María, los largos y dulcísimos sorbos en la fuente de la energía constituida por las llagas de Jesús? Queridísimo hermano, no me preguntes por un nombre de mi espiritualidad, no he pretendido nunca tener una especial. Benedictina en el sentido que entiendes tú, no, no lo es de hecho. Repito: piedad sentimental en ningún modo, mi vida de fe y de amor. Se apoya preferentemente en la confianza, porque se deriva una mayor generosidad para morir del todo a sí mismo, en Jesús. Lo encuentro en el modo más íntimo en Grignion de Monfort, en los escritos sulpicianos y de San

> Francisco de Sales. También en el método de San Ignacio se encuentra, en forma simplificada, mi enseñanza sobre el examen de conciencia, la meditación, etc. Debo añadir que me es imposible indicar en todo eso la mínima partecica que me pertenezca exclusivamente...».

Siendo tan joven, vivía, pues, su sacerdocio tras las huellas de los santos que más le habían impactado en su vida. Anunciaba la Palabra en el sentir con la Iglesia gracias a su gran carisma de predicador y maestro espiritual. Llamaba a sus hermanos de sacerdocio a la santidad por el ejercicio del ministerio y a santificarse para la santificación de los hermanos. Recababa ayudas para los contemplativos e impulsaba a los religiosos para el fruto apostólico de sus compromisos con el mundo. Respecto a los laicos, reconoció la prioridad de la formación cristiana en medio de la autonomía de la sociedad.

Don Eduardo había escrito:

> «Oblatus est [...] Jesús se ha ofrecido, él me ha amado, él se ha inmolado por mí. Oh Jesús, aquí me tienes para ser ofrecido por ti, inmolado contigo. Aquí me tienes, adherido a la cruz, unido a ti hasta la locura de la cruz. O Salutaris Ostia! Por medio de tu muerte tú nos has engendrado a la vida. He aquí el Cordero de Dios [...] el buen Pastor que ha dado la vida por sus ovejas y, por medio de la muerte, ha vencido al mundo. Oh Jesús, soy feliz de ser tu sacerdote-víctima, muerto y sepultado contigo, resucitado contigo».

Había vuelto a Moerzeke para celebrar la Navidad cuando una grave enfermedad le impidió ya regresar a Leopoldsburg.

En abril de 1924 expresaba su felicidad a un compañero:

> «Hermano, es maravilloso vivir así, dependiente de la Madre, para ser transformado en otro Cristo en su seno de gracia».

Al igual que Santa Teresita, había aprendido a vivir como a morir diciendo:

> «Encuentro bueno tanto morir como vivir; esto significa que, si pudiera escoger, preferiría morir. Pero como el buen Dios elige por mí, yo quiero lo que Él quiera. Quiero hacer mejor lo que él escoja».

En su testamento había ofrecido su vida por la santificación de sus hermanos sacerdotes.

Murió el 10 de junio de 1924, de un ataque al corazón, mientras miraba a una imagen del Corazón de Jesús, en cuya misericordia había puesto toda su confianza.

El cardenal Mercier, arzobispo de Malinas, escribió en una carta de pésame a su madre:

> «Querida señora, comprendo vuestro dolor porque he tenido la suerte de conocer a quien usted llora. No habríais podido desear un hijo más virtuoso. Él llevaba a Cristo no sólo en el alma sino en su lenguaje y en su comportamiento. No se podía entrar en contacto con él sin desear ser mejor. El Sagrado Corazón le conceda aceptar con ánimo esta prueba. Por mi parte, rezaré y ofreceré la Santa Misa por él, pero no dudaré en invocarlo porque tengo la convicción de que su hijo es santo y que el Dios de la paz lo ha acogido ya en su gloria. Lo recomendaré a su "Cruzada eucarística" y a nuestra juventud del "Centro de instrucción de camilleros y enfermeros", de los que era la guía luminosa y el amigo querido profundamente».

En 1924 apareció la primera parte de su «trilogía» pedagógica: *El método eucarístico* que, junto a las otras, el *Amigo de los pequeños* y *Salvemos a nuestros obreros,* se difundieron ampliamente en ambiente francófono, también en África y en Asia. Como pedagogo de la religión inventó un método educativo para poner en el centro —«hacia» y «desde»— a la eucaristía: educar (actuar justamente) y enseñar (saber justamente) como objetivos equivalentes tal y como están presentados y vividos en el ejemplo divino de Jesús, el maestro educador perfecto.

En su familia se había encontrado con un ambiente plural: su padre seguía a Daens, su tío —tutor de su familia desde la muerte de su padre— era liberal y presidente de la fundación Willems, y su única prima fue mujer del fundador del partido socialista de Temse. Conoció a los jefes del movimiento social y pedagógico flamenco e intentó la conciliación de las diversas tendencias de ese movimiento, después de la primera guerra mundial. Propuso un «intento de solución práctica» en el conflicto entre el movimiento estudiantil y la jerarquía. En tan pocos años de sacerdocio mantuvo contactos con sacerdotes de Flandes, valones y de los Países Bajos (Breda, Haarlem, Meersen, Nimega, Tilburg).

En la espiritualidad de Poppe la misa era el centro de su vida y su pedagogía consistía en promover, con palabras, escritos y con la dirección espiritual, la eucaristía como centro de la vida cristiana. Su vida, su sacerdocio y el ejercicio de su ministerio fueron puestos bajo la protección filial y gozosa de la Virgen

María conforme a la esclavitud mariana de San Luis M.ª Grignion. Optó por el «pequeño camino» de la «infancia espiritual» de Santa Teresa de Lisieux, su santa predilecta, como él denominaba graciosamente: un «atajo en el camino de la santidad». Pero incorporaba en esa síntesis todo lo santo que había encontrado en la vida de los santos: San Agustín, San Francisco de Asís, San Ignacio, San Francisco de Sales, San Juan María Vianney...

A petición de los fieles fue incoado su proceso de beatificación y canonización por el obispo de Gante, porque los que lo habían conocido habían expresado ya desde el momento de su muerte que este sacerdote joven —aún no había cumplido 34 años— verdaderamente había vivido como un santo.

El papa Juan Pablo II declaró Venerable a este Siervo de Dios el 30 de junio de 1986 y el 3 de julio de 1998 dio el decreto sobre el milagro de la curación completa, pronta y duradera —de una tuberculosis pulmonar— en la niña Godelieve Delanghe, cuando en el año 1928 no tenía posibilidades de curación.

Eduardo Poppe fue beatificado por el mismo Juan Pablo II en la plaza de San Pedro de Roma el 3 de octubre de 1999. En su homilía el Papa dijo sobre él:

> «La acción pastoral es fecunda sólo en la contemplación. Se nutre en el encuentro con el divino Maestro, que unifica el ser interior para que cumpla su voluntad. Invito a los sacerdotes a poner siempre a la Eucaristía en el centro de su vida y de su ministerio, como el beato Eduardo Poppe. Dejándonos iluminar por Cristo es como podremos transmitir la luz».

JOAQUÍN MARTÍN ABAD

Bibliografía

AAS 98 (2001) 131-133.
BUCKINX-LUYKX, A., *Don Edoardo Poppe, profeta della povertà* (Roma 1975).
DE ROOVER, E. R., O.PRAEM, *Priester Poppe* (Roma 1987).
LEKEUX, M., OFM, *L'ardua ascesa. Vita eroica di don Edoardo Poppe* (Milán 1966).
L'Osservatore Romano (3-10-1999).
POPPE, E., *Pláticas y cartas a los sacerdotes* (Barcelona 1954).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN ITAMAR DE ROCHESTER
Obispo († ca.656)

Itamar (Ythamar) pasa a la historia por ser el primer anglosajón que alcanzó la dignidad episcopal. A la muerte de San Paulino, lo elige San Honorio, el primado de Canterbury, para la sede de Rochester. Él procedía de Kent y —según dice San Beda— mantuvo en la sede la dignidad y la sabiduría de sus predecesores. Se comportó santamente y le tocó a él consagrar en 655 al arzobispo Deusdedit, sucesor de Honorio. Parece que murió el año 656 y es cierto que enseguida tuvo culto como santo y que se le dedicaron numerosas iglesias.

SAN LANDERICO DE PARÍS
Obispo († ca.660)

Landerico o Landry era un clérigo piadoso y honesto que fue elegido obispo de París el año 650 en el reinado de Clodoveo II. Sobresalió en su episcopado por su enorme interés por los pobres y marginados de la sociedad, a los que socorría con cuanto le era posible. Llegada la gran hambre de 651 vendió todas sus posesiones personales para alimentar a los pobres y no dudó en poner a la venta los vasos sagrados de las iglesias con tal de obtener fondos para dar de comer al hambriento.

Esta misma caridad suya le llevaba a lamentar la mala atención a los enfermos pobres, para quienes no había otra cosa que una pequeña casa de alojamiento sin estructura sanitaria ni benéfica alguna, dependiendo los allí alojados de las limosnas que quisieran hacerles. Él pensó entonces que era necesaria una seria institución llevada por la Iglesia y en la que se ofreciera a los enfermos pobres cama, atención sanitaria y comida, y fundó por ello el Hospital de San Cristóbal, cerca de la catedral de Notre Dame, y que más tarde se llamó el Hôtel-Dieu.

Estuvo de acuerdo en la exención de la abadía de St. Denis de la autoridad episcopal. Aún vivía en 660, pero parece que muy poco después o ese mismo año tuvo lugar su santa muerte.

BEATO ENRIQUE DE BALZANO

Seglar († 1315)

El Beato Enrique, al que en Italia llaman popularmente San Rigo, nació en Balzano en la segunda mitad del siglo XIII en el seno de una familia pobre. Contrajo matrimonio y tuvo un hijo, no siéndole la vida familiar obstáculo para la intensidad de su vida religiosa. Era analfabeto, pero persona de finos sentimientos y delicadas palabras, y no cejaba en su empeño de santificarse uniéndose más y más a Dios cada día mediante su trabajo de obrero y sus obras diarias de piedad. Se levantaba muy temprano, acudía a la iglesia a confesar diariamente sus pecados y a oír la santa misa, obteniendo licencia para comuniones frecuentes y dedicando las horas que podía a la oración. No le importaba que se metieran con él por su mal aspecto, pues hallaba en ello ocasión de humildad y paciencia. A los treinta años se marchó a vivir a Treviso, donde perdió a su mujer y a su hijo y siguió su estilo de vida santa. Cuando ya era mayor y se había quedado solo, un vecino de Treviso le dio una habitación en su casa y se preocupaba de que comiera, pero él aceptaba las limosnas que le daban y las empleaba en su propio sustento y en los pobres, recibiendo para dar. Su dulzura y bondad le conquistó el amor de los ciudadanos de Treviso que a su muerte, el 10 de junio de 1315, veneraron su cadáver como el de un santo, y por tal lo tuvieron, atribuyéndole muchos milagros. Benedicto XIV confirmó su culto el 23 de julio de 1750.

BEATOS TOMÁS GREEN Y GUALTERIO PIERSON

Monjes y mártires († 1537)

Entre los diez monjes de la Cartuja de Londres que el día 18 de mayo de 1837 se negaron firmemente a suscribir el juramento que los hubiera apartado de la comunión con el Papa y con la Iglesia para adherirlos al cisma de Enrique VIII estaban el sacerdote Tomás Green y el hermano converso Walter (Gualterio, Gautier) Pierson, que en aquella santa casa habían profesado la vida monacal y con sus demás hermanos habían tenido

que vivir las azarosas circunstancias por las que pasaba el país bajo el impulso cismático del monarca.

Al contestar un no definitivo al requerimiento de los visitadores regios fueron llevados a los pocos días a la cárcel, donde fueron sujetados con argollas y cadenas y donde se les dejó morir de inanición, obteniendo ambos el 10 de junio de 1537 la corona del martirio. Fueron beatificados el 9 de diciembre de 1886.

11 de junio

A) MARTIROLOGIO

1. San Bernabé († s. I), apóstol **.
2. En Nápoles (Campania), San Máximo († s. IV), obispo *.
3. En Bremen (Sajonia), San Remberto († 888), obispo de Hamburgo y de Bremen *.
4. En Maguncia (Alemania), Beato Bardón († 1051), obispo *.
5. En el monasterio de La Cambre, junto a Bruselas (Bélgica), Santa Aleidis o Adelaida († 1250), virgen, de la Orden Cisterciense *.
6. En Treviso (Véneto), San Parisio († 1267), presbítero, de la Orden Camaldulense *.
7. En Gniezno (Polonia), Beata Violante o Iolenta o Yolanda († 1298), abadesa *.
8. En Saluzzo (Italia), Beato Esteban Bandelli († 1450), presbítero, de la Orden de Predicadores.
9. En Salamanca, San Juan de Sahagún González de Castrillo († 1479), presbítero, de la Orden de Ermitaños de San Agustín **.
10. En Tortosa, Santa María Rosa de los Dolores Molas Vallvé († 1876), virgen, fundadora de la Congregación de Hermanas de Nuestra Señora de la Consolación **.
11. En Roma, Santa Paula Frassinetti († 1882), virgen, fundadora de la Congregación de Hermanas de Santa Dorotea **.
12. En Ragusa (Sicilia), Beata María del Corazón de Jesús Schininà († 1910), virgen, fundadora de las Hermanas del Sagrado Corazón de Jesús **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN BERNABÉ
Apóstol († s. I)

Pocas son, relativamente, las noticias que nos ha conservado la historia de este apóstol de Jesucristo, procedente de la diáspora e incorporado tempranamente al número de los que fueron los pilares de la Iglesia primitiva. Nada sabemos de los años de su infancia, que pudo haber pasado en Chipre o en Jerusalén, ni del tiempo en que entró a formar parte de la comunidad cristiana. San Clemente de Alejandría y Orígenes creen que la conversión del levita José —llamado más tarde Bernabé por los apóstoles— fue en vida de Jesucristo, siendo del número de sus setenta y dos discípulos. Con todo, otros Santos Padres y autores antiguos y modernos opinan que Bernabé se convirtió en discípulo de Cristo en los días que siguieron inmediatamente a la venida del Espíritu Santo sobre los apóstoles, en la festividad de Pentecostés.

Reunidos los apóstoles y sus inmediatos colaboradores en el Santo Cenáculo, descendió sobre ellos el Espíritu Santo, tal como Jesucristo se lo había profetizado en vísperas de su pasión y muerte. La acción del Espíritu se dio a conocer por un conjunto de prodigios que anunciaron su venida y dejaron constancia de la profunda transformación operada en los apóstoles. «Hombres religiosos de toda nación de las que están debajo del cielo» (Hch 2,3), que habían ido en peregrinación a Jerusalén, quedaron pasmados al oír a los apóstoles hablar cada uno en su propia lengua. Algunos se mofaron de aquella súbita transformación, achacando al vino lo que era obra divina; otros, en cambio, intrigados, se preguntaban: «¿Qué querrá ser esto?» (Hch 2,12). San Pedro tomó pie de la interpretación torcida que se daba al hecho para señalar la verdadera naturaleza del milagro que se había obrado, logrando una conversión en masa. Entre los espectadores de aquel milagro se contaba muy probablemente Bernabé, de familia levítica, originario de Chipre y radicado de tiempo en Jerusalén, quien, tocado por la gracia, abrazó el cristianismo y se convirtió muy pronto en íntimo colaborador de los apóstoles. ...

Entre los miembros de la primitiva comunidad cristiana reinaba la caridad hasta el extremo de que se dijese de ellos que tenían todos un solo corazón y una sola alma (Hch 4,32). Una importante modalidad de esta convivencia fraternal aparece en la decisión de los propietarios de enajenar sus bienes de fortuna y depositar su producto a los pies de los apóstoles para que lo distribuyeran equitativamente entre todos los miembros de la comunidad. En virtud de este desprendimiento heroico «ninguno decía ser propia suya cosa alguna de las que poseía, sino que para ellos todo era común» (Hch 4,32). Este movimiento en favor de la comunidad de bienes vigía entre los esenios que residían en el desierto de Judá. Pero ni el ejemplo de estos sectarios ni su legislación influyeron directamente en la conducta de los primeros cristianos, sino el consejo de Cristo a un joven que le pedía mayor perfección: «Si quieres ser perfecto, ve, vende cuanto tienes, dalo a los pobres [...] y ven y sígueme» (Mt 19,21). Aligerado el apóstol de la carga de los bienes materiales, podía entregarse de lleno al servicio de Cristo. Lo que no hizo el joven aludido lo practicó Bernabé, como nos lo atestigua el texto de los Hechos de los Apóstoles, al decir: «José el apellidado por los apóstoles Bernabé, que traducido es lo mismo que *hijo de la consolación,* levita, chipriota de linaje, como poseyese un campo, lo vendió, trajo el dinero y lo puso a los pies de los apóstoles» (Hch 4,36-37).

La venta que hizo Bernabé debió de causar sensación entre los primeros cristianos de Jerusalén, tanto por el valor del campo enajenado como por el total desinterés demostrado al entregar a los apóstoles el precio íntegro de la venta. Esta generosidad de Bernabé, junto con su compasión por los indigentes, movieron a la comunidad cristiana de Antioquía a confiarle la misión de ir a Jerusalén para distribuir entre los fieles menesterosos las limosnas para este fin recogidas en aquella ciudad (Hch 11,30). Acaso por ser él de espíritu generoso, caritativo y abnegado recibió de los apóstoles el sobrenombre de Bernabé, término derivado de dos palabras aramaicas: *bar nebuah,* que significan «Hijo de la profecía» o «Hijo de la consolación». Efectivamente, José era para la primitiva Iglesia a la vez consolador y profeta, es decir, predicador inspirado. Además de un corazón

sensible poseía una palabra fácil, dulce y persuasiva, con la cual ganábase inmediatamente el favor de todos. De él dice San Lucas que era un hombre bueno, lleno del Espíritu Santo y de la fe (Hch 11,24). Por estas cualidades temperamentales o adquiridas con su cooperación a la gracia, unidas a una extensa cultura lograda en la escuela de Gamaliel, llegó a desempeñar un papel preponderante en la organización de la Iglesia primitiva.

Tenemos una prueba del prestigio de que gozaba entre los apóstoles en el incidente ocurrido a San Pablo con ocasión de su primer viaje a Jerusalén, pocos días después de haber sido derribado del caballo en el camino de Damasco. Refiere el libro de los Hechos que, habiendo Pablo llegado a Jerusalén, trataba de juntarse con los discípulos; mas todos recelaban de él, no creyendo que fuera discípulo. Bernabé, que lo había tratado en Tarso, o había sido su condiscípulo en la escuela de Gamaliel en Jerusalén, le sacó de aquella situación embarazosa al tomarlo consigo y llevarlo a los apóstoles, a quienes declaró cómo en el camino de Damasco había Pablo visto al Señor y le había hablado, y cómo en Damasco se había despachado bien en el nombre de Jesús (Hch 9,26-27). Bernabé, que conocía la entereza de su amigo Pablo, sabía que éste no mentía al referirle su conversión y no dudaba de la sinceridad de la misma y de la perseverancia de Pablo en el camino de la verdad. Bastó que Bernabé intercediera a favor de Pablo para que los apóstoles y discípulos depusieran su actitud recelosa y admitieran sin vacilación en el seno de la Iglesia jerosolimitana al que poco tiempo antes había sido su acérrimo enemigo. A Bernabé cabe la gloria de haber descubierto el genio de Pablo y de haberle encaminado hacia las obras de apostolado.

Otro ejemplo de la reputación de que gozaba Bernabé entre los apóstoles se manifiesta en la incorporación de los gentiles a la Iglesia en tierras de Siria. La tribulación sufrida por la Iglesia de Jerusalén, que culminó con la lapidación de San Esteban, indujo a muchos a dispersarse hacia Fenicia, Chipre y Antioquía, anunciando únicamente a los judíos la palabra de la buena nueva. Pero algunos de entre ellos, chipriotas y cirenenses, llegáronse a Antioquía y, contra la costumbre, anunciaron la buena nueva a los griegos, convirtiéndose muchos al cristianismo. La

noticia de la conversión de gran número de gentiles llegó a oídos de los apóstoles, quienes se interesaron por las condiciones en que se efectuaba aquella innovación. Para cerciorarse enviaron los apóstoles a Bernabé a Antioquía, el cual, al llegar y ver la gracia de Dios, alegróse en gran manera y exhortaba a todos a perseverar fieles al Señor. Al sancionar Bernabé aquel movimiento proselitista, contribuyó eficazmente a derrumbar el muro que cerraba a los gentiles el acceso a la religión del que, según Simeón, era «luz para iluminación de las gentes» (Lc 2,32). Durante su estancia en Antioquía «se agregó crecida muchedumbre al Señor» (Hch 11,24), de tal manera que Bernabé juzgó conveniente recabar la ayuda de su amigo y recién convertido Pablo de Tarso para atender al servicio espiritual de los convertidos. Por espacio de un año ambos apóstoles trabajaron juntos en Antioquía, dedicados a instruir en la fe a los conversos del paganismo. Por aquel entonces, y por primera vez en la historia, los discípulos de Cristo residentes en Antioquía comenzaron a llamarse «cristianos». ¿Fue esta palabra invención de Bernabé? No lo sabemos. La historia únicamente nos refiere que el apostolado de Bernabé fue muy fecundo en Antioquía.

Ante el éxito conseguido en Antioquía, Bernabé y su amigo Pablo juzgaron que las tierras de la gentilidad estaban sazonadas para recibir la siembra de la buena nueva, y de ahí su propósito de emprender la evangelización del mundo pagano para dar testimonio de Cristo hasta los confines de la tierra. La decisión de los dos apóstoles fue trascendental y revolucionaria. Hasta entonces la Iglesia se nutría preferentemente de judíos conversos y por alguno que otro prosélito procedente del paganismo, en adelante, las fuentes de salud se irán cerrando a los judíos a causa de su dura cerviz y fecundarán el corazón humilde de los que durante siglos anduvieron por las sendas del error. Al llamamiento interno que sintieron los dos apóstoles siguió el testimonio público y solemne del Espíritu Santo al declarar en un acto litúrgico en honor del Señor por boca de los profetas de la comunidad: «Segregadme a Bernabé y a Pablo para la obra a que los llamo» (Hch 13,3). Entonces los profetas y doctores de la comunidad, después de orar y ayunar, les impusieron las manos para conferirles la misión de predicar a los gentiles, invo-

cando sobre ellos la bendición del Señor a fin de que cumplieran dignamente su cometido. Con esta ceremonia solemne salía la Iglesia de su aislamiento y se lanzaba, por decisión de Bernabé y Pablo, a la conquista del mundo pagano.

Chipre fue el primer campo de apostolado de Bernabé y Pablo. La isla era famosa en la antigüedad por la feracidad de su suelo, sobre todo el de la amplia llanura que corre de un extremo a otro del territorio regado por las aguas del Pediacus y flanqueado a los dos lados por dos montañas que se extienden en dirección Este-Oeste. Producía Chipre vino, aceite y trigo en abundancia; las lomas de sus montañas estaban recubiertas por frondosos bosques y en sus entrañas se albergaban minas de cobre. Desde los tiempos macabaicos (1 Mac 15,23) existía en Chipre una colonia judía que se incrementó extraordinariamente con la adjudicación por Augusto de las mencionadas minas a Herodes el Grande. Aunque expatriados, los judíos de Chipre se mantuvieron fieles a sus creencias religiosas, tratando de ganar prosélitos para su causa. En los grandes núcleos urbanos disponían de sinagogas adonde acudían los sábados para oír la lectura de la Ley y de los profetas. Bernabé, de ascendencia judía, y su compañero Pablo frecuentaban estas reuniones, aprovechando la coyuntura para predicar la palabra de Dios a los judíos y a los prosélitos procedentes del paganismo. En este apostolado viéronse asistidos por Juan Marcos, primo de Bernabé, y por algunos cristianos residentes en la isla (Hch 11,20). En su obra de apostolado los dos apóstoles atravesaron la isla y llegaron a Pafos.

Aunque Chipre fuera pagana en su inmensa mayoría y sus habitantes se entregaran al culto licencioso de Afrodita, había, sin embargo, almas selectas que sentían necesidad de una religión más perfecta. Entre éstas cabe mencionar al procónsul de la isla, Sergio Paulo. Tan pronto como tuvo noticia de la presencia de los dos nuevos apóstoles mandó llamarlos, deseoso de oír de sus labios la palabra de Dios. Vencida la oposición de un sabio llamado Elimas, el mago, por la enérgica actitud de Saulo, y en vista de la ceguera con que fue castigado por Dios, el procónsul Sergio creyó en el mensaje cristiano.

Bernabé y Pablo —nombre que adoptó Saulo en honor del procónsul Sergio Pablo— embarcaron en Pafos, rumbo a Perge

de Panfilia. Ante las dificultades de la empresa, Juan, que les había acompañado, se separó de ellos volviéndose a Jerusalén. De Perge marcharon a Antioquía de Pisidia, en donde los judíos tenían una sinagoga. A la invitación que se les hizo de decir una palabra de exhortación al pueblo improvisó Pablo un discurso por cuyo efecto «muchos de los judíos y prosélitos adoradores de Dios siguieron a Pablo y a Bernabé, que les hablaban para persuadirlos que permaneciesen en la gracia de Dios» (Hch 13,43). Al sábado siguiente acudió gran concurso de pueblo; pero, envidiosos los judíos de aquel éxito, contradijeron a Pablo y a Bernabé, los cuales valientemente contestaron: «A vosotros os habíamos de hablar primero la palabra de Dios, mas puesto que la rechazáis y os juzgáis indignos de la vida eterna, nos volveremos a los gentiles» (Hch 13,46). Sintiéronse éstos muy halagados al oír tales palabras, y se alegraban y glorificaban la palabra del Señor, creyendo cuantos estaban ordenados a la vida eterna (Hch 13,48). Un tumulto promovido por los judíos obligó a Bernabé y Pablo a marcharse a Iconio, «mientras los discípulos quedaban llenos de alegría y del Espíritu Santo» (Hch 13,52). También de esta ciudad escaparon a uña de caballo a causa de un tumulto de gentiles y judíos con sus jefes, que pretendían ultrajar y apedrear a los dos apóstoles. Pero también en Iconio «creyó una numerosa multitud de judíos y griegos», confirmándose en la fe por las señales y prodigios que obraba Dios por sus manos.

El celo por la gloria de Dios les llevó a Listra, ciudad donde existía una reducida colonia judía carente de sinagoga y célebre por la colonia de soldados establecida allí por Augusto en el año 6 a.C. Un milagro obrado en la persona de un paralítico de nacimiento puso en efervescencia a toda aquella población, que clamaba en dialecto licaónico: «Dioses en forma humana han descendido a nosotros», y llamaban a Bernabé Zeus y a Pablo Hermes, «porque éste era el que llevaba la palabra» (Hch 14,12). Los mismos sacerdotes de los ritos paganos se contagiaron de aquel entusiasmo hasta el punto de que «el sacerdote del templo de Zeus trajo toros enguirnaldados y, acompañado de la muchedumbre, quería ofrecerles un sacrificio» (Hch 14,11-13), homenaje que los dos apóstoles rechazaron enérgicamente, haciendo

ver a aquellos infelices que eran hombres iguales a ellos, que habían ido a sus ciudades para convertirlos de las vanidades terrenas al Dios vivo y verdadero. Tampoco en Listra viéronse libres los dos apóstoles de la persecución de los judíos, que soliviantaron a las muchedumbres que antes les habían conceptuado como dioses, apedreando a Pablo y arrastrándole fuera de la ciudad, donde le dejaron por muerto. A pesar de estas contrariedades Bernabé y Pablo volvieron a visitar las comunidades de las ciudades que habían evangelizado, «confirmando las almas de los discípulos y exhortándoles a permanecer en la fe, diciéndoles que por muchas tribulaciones nos es preciso entrar en el reino de Dios» (Hch 14,22).

De regreso a Antioquía de Siria encontraron a aquella comunidad envuelta en una grave discusión provocada por los cristianos judaizantes de Jerusalén, que proclamaban la necesidad de la circuncisión para ingresar en el seno del cristianismo. Bernabé se opuso rotundamente a tales pretensiones y, junto con su compañero de fatigas y de ideales, Pablo, se incorporó a la embajada que marchó a Jerusalén para conocer la mente de los apóstoles en esta cuestión. La influencia de Bernabé en el debate fue decisiva, tanto por su predicamento como por la narración que hizo de las señales y prodigios que había hecho Dios entre los gentiles por medio de ellos (Hch 15,12). La contienda promovida por los judaizantes fue resuelta a favor de Bernabé y Pablo. Vuelto Bernabé a Antioquía, permaneció allí algún tiempo confirmando a los hermanos en la fe.

Cuando se planeó el segundo viaje de evangelización de los gentiles determinó Bernabé acompañar a Pablo, pero quería al mismo tiempo llevarse consigo a su pariente Juan Marcos, que se había separado de ellos en Panfilia. San Pablo se negó a admitir en su compañía al que no tuvo valor para sobrellevar las incomodidades anexas al apostolado entre infieles. Acaso por haberse enfriado las relaciones amistosas entre San Pablo y Bernabé a consecuencia de haberse dejado arrastrar este último por el ejemplo de San Pedro en lo que se refería a comer con los gentiles (Gál 2,13), o por simples razones de parentesco, Bernabé renunció a aquel viaje, quedándose con su primo hermano Juan Marcos (Col 4,10). Mientras Pablo y Silas marcharon rum-

bo al Asia Menor con ánimo de visitar allí a los hermanos que habían sido evangelizados en el primer viaje, Bernabé y Marcos se embarcaron en dirección a Chipre, en donde, desde este momento, se pierde la memoria histórica de Bernabé. Según 1 Cor 9,6, trabajó Bernabé con Pablo en la evangelización de Corinto.

La epístola pseudoclementina se ocupa del apostolado de Bernabé en Alejandría, Roma y Milán, y de su martirio en Chipre. Las tradiciones conservadas en esta isla tienen una base histórica más sólida, aunque no pueden aceptarse en todos sus pormenores. En las *Actas y martirio de San Bernabé, apóstol,* que escribió cierto chipriota llamado Alejandro, se dice que Bernabé murió en Salamina, lapidado por los judíos. Cuenta asimismo dicho autor que el santo se apareció al obispo de Salamina para indicarle el lugar de su tumba. Abierto el sepulcro, encontróse su cadáver, sobre cuyo pecho descansaba un ejemplar del Evangelio de San Mateo, que Bernabé, siempre según el mencionado autor, había escrito con su propia mano. Sucedía esto en el año 488, en tiempos del emperador Zenón. El obispo aprovechó el hallazgo para defender los derechos de la Iglesia de Chipre contra los proyectos de anexionarla al patriarcado de Antioquía. El Evangelio de San Mateo que se halló en la tumba fue enviado por el obispo Antemas al emperador Zenón, quien mandó que se conservara en su palacio y se construyera una espléndida basílica en su honor.

San Bernabé fue considerado por muchos Santos Padres como verdadero apóstol de Cristo, con todos los privilegios inherentes a dicho cargo. Por este motivo se le atribuyó una epístola, que muchos Santos Padres consideraron como canónica, en la cual se contiene una apología contra los judíos. En el códice sinaítico dicha epístola figura a continuación de los libros canónicos del Nuevo Testamento, lo que induce a pensar que la Iglesia de Alejandría la consideraba como inspirada. También se le atribuye un evangelio en el catálogo gelasiano de libros sagrados —que nada tiene que ver con el Evangelio de San Mateo hallado en su sepulcro—, lo que debe rechazarse por tratarse de un evangelio herético y de sabor gnóstico.

La Iglesia latina y la griega celebran la fiesta de San Bernabé el 11 de junio. La Iglesia católica lo ha tenido siempre en gran

estima y veneración, como lo atestigua el hecho de que su nombre figure desde muy antiguo en el canon de la misa. En la liturgia ocupa Bernabé un rango casi igual al de los apóstoles y su oficio litúrgico es sacado del común de los mismos apóstoles.

En su breve paso por el mundo dejó San Bernabé constancia de su recia personalidad. Espíritu abierto a la verdad, abrazó prontamente la doctrina de Cristo y se alistó en el número de sus discípulos. Deseoso de entregarse al servicio del Señor, vende todos sus bienes y se consagra de lleno a la evangelización del mundo pagano. Con su ejemplo nos enseña a que busquemos en primer lugar el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se nos entregará por añadidura.

LUIS ARNALDICH, OFM

Bibliografía

Act. SS. Boll., 11 de junio: diversos documentos antiguos.
BONNET, M., *Acta Philippi et acta Thomae. Accedunt acta Barnabae,* en R. A. LIPSIUS - M. BONNET (eds.), *Acta apostolorum apocrypha,* vol. 2/2 (Leipzig 1903).
BOVER, J., «¿Bernabé, clave de la solución del problema sinóptico?»: *Estudios Bíblicos* 3 (1944) 55s.
BRAUNSBERGER, O., *Der Apostel Barnabas* (Maguncia 1876).
BRUNS, H., *Barnabas, ein Junger Jesu* (Berlín 1937).
BURGER, D., «L'énigme de Barnabas»: *Museum Helveticum* 3 (1946) 180s.
DUCHESNE, L., Art. en *Mélanges G. B. de Rossi* (París-Roma 1892) 41s.
KAPPELER, A., «S. Barnabas in vita Sancti Pauli»: *Verbum Domini* 22 (1942) 129s.
POLZL, F. X., *Die Mitarbeiter des Weltapostels Paulus* (Ratisbona 1911) 8s.

SAN JUAN DE SAHAGÚN

Presbítero († 1479)

Las nobles piedras de Salamanca cantan la leyenda áurea de San Juan de Sahagún. Él comparte, juntamente con Santa Teresa, el patronazgo de la ciudad. Las calles de Tentenecio, Traviesa, Pozo Amarillo, Padilleras, plaza de la Concordia multiplican su recuerdo de taumaturgo y pacificador de las discordias de otros tiempos. Fueron sus padres dos próceres leoneses, don Juan González del Castrillo y doña Sancha Martínez, cuyo seno, estéril durante mucho tiempo, floreció en hermosura y olor de santidad. Después de una novena de preces, ayunos y limosnas, Santa María de la Puente les hizo el regalo deseado. Juan nació

probablemente en el año 1430 o 1431, estando ausente del hogar su padre en la guerra de Juan II contra los moros. El niño fue educado por los monjes benedictinos del pueblo nativo, Sahagún. Como se le vio inclinado a los estudios eclesiásticos, nadie contrarió su vocación. Muy joven recibió la tonsura y estudió artes y teología, favoreciéndose de las rentas de un beneficio que cobraba su padre, aunque pronto, por delicadeza de conciencia, renunció a él. Por sus buenas prendas puso los ojos en él el obispo de Burgos, Alonso de Cartagena, que le tomó para su familiar y camarero. Él mismo le ordenó de sacerdote y le hizo canónigo de la catedral. Pero ni el canonicato ni otros beneficios le dieron el sosiego que andaba buscando para vivir más unido a Dios. Renunció, pues, a todo, dejando el palacio episcopal, y tomó cura de almas en la parroquia de Santa Gadea, o Santa Águeda, famosa en nuestra historia medieval por los juramentos de los nobles. Allí el Cid Campeador tomó juramento al rey Alfonso VI de no haber tomado parte en la muerte de Sancho, su hermano y predecesor.

El estudio, el ministerio de la predicación, las atenciones pastorales, el socorro de los pobres, dieron buena ocupación al nuevo párroco. Pero pronto un viento extraño le empujó de allí, como a un pájaro que no encuentra su nido. Y a Salamanca le guió la Providencia para ser allí su predicador de la paz y taumaturgo. Sin duda la causa de su traslado fueron los estudios. Probablemente tenía entonces unos veintisiete años de edad. El antiguo canónigo de Burgos se hizo pobre estudiante de cánones. Mas pronto le dio a conocer el resplandor de su buena estrella.

Al año siguiente de llegar allí fue invitado a predicar en la fiesta de San Sebastián, patrono del famoso colegio de San Bartolomé, y agradó tanto su panegírico que le hicieron ingresar en él como capellán interno. Todavía una estatua del frontispicio recuerda al antiguo y glorioso capellán. En aquel colegio, fundado a principios del siglo XV para estudiantes pobres y virtuosos por don Diego de Anaya, obispo de Salamanca, quince colegiales y dos capellanes, vestidos de manto y beca, con certificado de limpieza de sangre, vivían sometidos a una rígida disciplina. Por los muchos personajes que salieron del colegio para las letras, la Iglesia y los altos puestos de la nación, se divulgó la fra-

se: «Todo el mundo está lleno de bartolomicos». Juan de Sahagún levantó a mucha honra el grupo. En el *Memorial* antiguo del colegio, contra costumbre, se estampa este elogio en su favor:

> «Éste es aquel verdadero israelita en quien no se halló engaño, y que por su bondad y honestidad de vida y por la entereza de sus costumbres fue nombrado capellán de adentro».

A los recuerdos del colegio va unido el emblema del *ciprés luminoso,* porque un día de trabajo y fatiga, recogida ya la comunidad para el descanso de la noche, vínosele a la memoria que le faltaba por rezar una parte del oficio divino, y lleno de sobresalto, tomando el breviario a toda prisa, se disponía a salir de la habitación en busca de luz cuando comenzó a entrar en su habitación un chorro luminoso de claridad, que, filtrándose por el ramaje del ciprés del claustro, le llenó de alegría el alma y la celda para cantar sin molestar a nadie las divinas alabanzas. Aquel ciprés, perpetuado en relieves y pinturas, fue tenido en mucho respeto y de él se tomaron astillas para hacer imágenes del santo. Unos tres o cuatro años duró la permanencia de Juan en el colegio, dedicándose al estudio, a la cura de almas y predicación de la divina palabra. Alojóse después en casa de un virtuoso sacerdote llamado Pedro Sánchez, dedicándose de lleno a la predicación. Iba con sencillo traje de clérigo, de color pardo durante la semana y de azul celeste en los días de fiesta. Fue entonces como el predicador oficial de Salamanca, y vivió sostenido por la caridad pública. Una penosísima dolencia y difícil operación de la que salió bien dieron el último rumbo a su espíritu.

A este episodio alude con estas palabras, que refiere el padre Antolínez:

> «Lo que pasó aquella noche entre Dios y mi alma Él solo lo sabe; y luego, a la mañana, fuime a San Agustín, (a lo que creo) alumbrado por el Espíritu Santo, y recibí este hábito».

Lucía entonces en Salamanca como un foco de sabiduría y santidad el convento de San Agustín, y allí, el 18 de junio de 1463, vistió el hábito el bachiller fray Juan de Sahagún. Con sus treinta y tres años de edad, mezclado entre compañeros oscuros y jovencitos, púsose bajo la dirección del padre Juan de Arenas, maestro de novicios, celebrado por su virtud, grande espíritu y

penitencia. El nuevo novicio abrazó con alegría los oficios humildes en que se ejercitaban los aspirantes a la perfección religiosa. Al antiguo canónigo de Burgos y predicador de Salamanca le tocó hacer de refitolero, cuidando de la limpieza de las escudillas y de los vasos. Servía el vino a la comunidad, e hizo famosa *la cuba de San Juan de Sahagún,* que después de dos siglos todavía se guardaba con veneración en el convento, según el testimonio del padre Vidal, por haber multiplicado milagrosamente el vino. El día 28 de agosto, fiesta de San Agustín, de 1464 rubricó el acta de su profesión, afiliándose a la Orden agustiniana.

Siempre fray Juan se mostró como un religioso observante, modelo de virtudes, afable con todos, devotísimo del Santísimo Sacramento y amigo del coro y de la oración. «Estaba en el coro como un ángel», dice un biógrafo suyo. Fue hombre de mucha paz y de equilibrio interior. Amaba el estudio, sobre todo el de la Sagrada Escritura, algunos de cuyos pasajes apuntó y comentó de su puño y letra.

Aunque amigo del retiro, un suceso trágico le sacó a la calle.

Dos nobles caballeros, de la familia de los Manzanos, dieron muerte, y a uno alevosamente, a dos hijos de una viuda principal, llamada doña María de Monroy. Los asesinos huyeron a Portugal, pero María —llamada la Brava—, disfrazándose de varón y sirviéndose de espías, descubrió su paradero y allí los buscó y mató y, cortándoles las cabezas, las trajo a Salamanca y las puso en la iglesia sobre el sepulcro de sus dos hijos. Al fin se amansó y lavó con lágrimas de arrepentimiento su venganza. Pero la consecuencia de aquel suceso fue la división de Salamanca en dos bandos guerreros. Los apellidos de los Manzanos y Monroyes se hicieron bandera de discordia y turbulencia.

> «Todo es armas, todo espantos,
> afrentas, voces, injurias,
> venganzas, asombros, furias,
> heridas, muertes y llantos».

Dice un poeta describiendo aquella situación.

En el convento de San Agustín se comentaban con pena los sucesos de la ciudad, abrasada de odios. Sobre todo a fray Juan le daban pena tantos pecados, tanto desorden y miseria pública.

Había que purificar la ciudad con lágrimas, oraciones, penitencias y palabras de fuego. Y se decidió a levantar la voz y dar la batalla del amor, lanzándose a la calle a predicar la paz. Como predicador era ameno, dulce y persuasivo. «Vamos a oír al fraile gracioso», decían las gentes embelesadas. Pero sabía también sacar los registros pavorosos de la elocuencia. Arrullaba y tronaba a la vez. Y comenzó su apostolado pacífico predicando en las iglesias y en las calles. Se metía por las casas, hablaba a las personas de más influencia, amenazaba a los más turbulentos, cantaba la bienaventuranza de la paz y de los pacíficos. A veces todo el día gastaba en su trabajo, sin acordarse de volver a casa a tomar los alimentos.

Era una misión peligrosa y dura, en que tuvo que oír muchos insultos y palabrotas sucias y padecer persecución por la verdad. Dos atrevidos mozos, instigados por uno de los más turbulentos caballeros de la ciudad, quisieron una vez apalearle, pero, llegada la hora, se quedaron con las manos yertas y alzadas, temblando de pavor.

A la postre, fray Juan cosechó el fruto de su siembra, mereciendo la bienaventuranza de los hombres pacíficos. En 1476 los dos bandos contrarios con juramento se perdonaron y abrazaron en testimonio de concordia. Unos veintidós apellidos ilustres —los Maldonados, Anayas, Acebedos, Nietos, Arias, Enríquez, etc.— firmaron un documento público, «deseando el bien e paz e sosiego de esta ciudad, e por quitar escándalos, ruidos e peleas e otros males e daños dentre nosotros, e por nos ayudar a faser buenas obras unos a otros, queremos y prometemos de ser todos de una parentela e verdadera amistad e conformidad e unión». Todavía la *Casa y la plaza de la Concordia* de Salamanca recuerdan este hecho social importante, en que tuvo tanta parte el humilde fraile agustino.

Fray Juan fue un predicador libérrimo y sincero, perseguido por la verdad y la justicia. En un sermón predicado en Alba de Tormes habló con tanto rigor contra los señores que tenían vasallos, que sus palabras se tomaron como una descortesía contra los nobles. Pero el valiente fraile respondió a las quejas del duque: «Sepa vuestra señoría que al predicador conviene hablar la verdad y morir por ella, e reprender los vicios y ensalzar las

virtudes». Por la misma libertad evangélica fue arrojado de la villa de Ledesma, donde cantó verdades muy claras a los nobles que maltrataban a los colonos y dependientes. Afrontó también serenamente los agravios y maledicencia de las mujeres elegantes, por haber reprendido su liviandad en el vestir.

Aunque la Orden le ocupó en algunos cargos como el de prior y consejero provincial varias veces, no por eso dejó sus obras de celo y misericordia. Los huérfanos, los enfermos de las casas y hospitales, las viudas le tuvieron por su bienhechor. Miró con particular lástima a las mujeres extraviadas, y con sus sermones en la iglesia de San Lázaro logró el cambio de muchas, a las que recogió y mantuvo con sus socorros hasta conseguirles un estado decoroso, porque para él la pureza de las costumbres era la sal de las ciudades.

Los milagros dieron auge a su autoridad y fuerza a su palabra.

Libró de la peste a su pueblo y curó a muchos enfermos. Todavía una lápida e inscripción de la calle llamada del Pozo Amarillo recuerda un famoso milagro con que salvó la vida a un niño que en él se cayó. La madre comenzó con gritos a pedir socorro, sin que nadie la oyera, cuando se presentó el bendito fraile. La llevó al brocal del pozo y sin titubear fray Juan alargó la correa hacia lo hondo de él, y al punto el agua subió, trayendo en la superficie al niño, el cual, asido de la correa, salió libre y sano. Arremolinóse la gente gritando: «¡Milagro, milagro!», y el buen fraile, para huir de las aclamaciones de la multitud, echó a correr hacia la inmediata plaza de la Verdura y, tomando allí una banasta de pescado que estaba vacía, se la puso en la cabeza en la forma que acostumbran los muchachos para jugar al toro, y, corriendo, comenzó a gritar: «¡Al loco, al loco!». Toda la chiquillería se fue detrás de él con grande algazara y diversión. Así el milagro acabó en una fiesta y algarabía increíble.

Fray Juan no se hizo viejo, pues el 11 de junio de 1479, a los cuarenta y nueve años, murió en el convento de San Agustín, sospechándose que acabó sus días envenenado. Una despechada mujer a la que privó de la compañía de su amante, traído a buen camino con una plática que pronunció el año 1479 en la iglesia de San Blas, juró venganza contra él. «Yo haré que no

acabes el año», dijo la irritada hembra. «Y así fue que murió secándose todo, con señales que todos afirmaron que le habían dado veneno con que muriese».

Premió su muerte el Señor con la pena y el regocijo general de Salamanca, enviando una copiosa lluvia a los campos, después de muchas rogativas a las que se había asociado el bendito enfermo. Fue sepultado debajo del coro del convento de San Agustín, y pronto su sepulcro fue centro de devoción y de milagros. «Después de la muerte de este santo religioso excede de doscientos el número de los milagros que fueron vistos ante su sepulcro», dice el Beato Alonso de Orozco, testigo de algunos. Fue beatificado en 1601 por Clemente VIII y canonizado el 15 de julio de 1691 por Inocencio XII, con grandes festejos cívicos y religiosos en Salamanca y otras partes. La misma ciudad costeó en 1692 una urna de plata primorosamente cincelada para guardar los restos del santo, los cuales, después de varias traslaciones, se colocaron en el año 1835 en la catedral, donde se veneran todavía en el altar mayor al lado del Evangelio, así como en el lado de la epístola otra urna similar contiene algunas reliquias de Santo Tomás de Villanueva.

Salamanca honra a San Juan de Sahagún como su patrón especial y la España eucarística le cuenta entre sus extáticos adoradores del divino sacramento. Su lentitud en la celebración de la misa se debía a sus visiones. Dios le hablaba y se le manifestaba en la Santa Hostia. Por eso fue tan extremadamente celoso de la pureza interior. Antes de celebrar solía confesarse siempre, aunque algunos sacerdotes le acusaron de ello; pero él se mantuvo en su costumbre, porque admiraba, adoraba y amaba el candor de la Hostia santa, de la Hostia pura, de la Hostia inmaculada de nuestros altares.

VICTORINO CAPÁNAGA, ORSA

Bibliografía

Act. SS. Boll., 12 de junio. Trad. en latín de la *Vida*, de JUAN DE SEVILLA.

ALFONSO DE OROZCO, SAN, *Vida...*, reproducida en M. VIDAL, *Agustinos de Salamanca. Historia del observantissimo convento de San Agustín NP de dicha ciudad*, I (Salamanca 1751).

ANTOLINEZ, A., OSA, *Vida de S. Ioan de Sahagún, de la Orden de S. Agustín. N.P.* (Salamanca 1605).

CAMARA Y CASTRO, T., *Vida de San Juan de Sahagún, del Orden de San Agustín, patrono de Salamanca* (Salamanca 1891).
CHEVALIER, U., «Jean de Sahagún», en F W BAUTZ (ed.), *Biographisch-bibliographisches Kirchenlexikon.* III: *Jedin, Hubert bis Kleinschmidt, Beda* (Herzberg 1992).
ROBINE, N., *La vie de Saint Jean Gonçalez de Sahagún, ou de saint Facond, religieux de l'ordre de Saint Augustin* (París 1692).
• Actualización:
GARCIA ABAD, A., *San Juan de Sahagún. Fenómeno social del siglo XV* (León 1994)
GONZALEZ DAVILA, G., *Vida del gloriosísimo patrón de esta ciudad de Salamanca, San Juan de Sahagún de la orden de San Agustín* (Salamanca 1973)
LOPEZ, F, *Vida y milagros de San Juan de Sahagún, patrono principal de Salamanca* (Salamanca 1979).
LUNA GARCIA, P., *San Juan de Sahagún, ángel de la paz* (Madrid 1998).

SANTA MARÍA ROSA DE LOS DOLORES MOLAS

Virgen y fundadora († 1876)

«En el Calvario, a los pies de Jesús, se halla todo consuelo y alivio». Consuelo para Cristo, que sufre la noche de su Pasión, cuando, pasada la medianoche del Jueves al Viernes Santo de 1815, nace Rosa Francisca María de los Dolores, como un capullo abierto al contacto con el rocío de la sangre preciosa de Jesús agonizante. Consuelo para los hombres, para los más pobres y necesitados, a cuyos corazones llevará ella el bálsamo del amor de Dios.

Es el 24 de marzo. Al ver que peligra su salud, José Molas y María Vallvé deciden ese mismo día bautizar a su pequeña hija. «Doloretes» se la llamará en casa desde ahora, quizá por la devoción de su padre a la Virgen de los Dolores de la Prioral de San Pedro, adonde se le ve encaminarse con su hija de la mano. Otras veces, a la Virgen de la Misericordia, Patrona de Reus, donde vive la familia, ante la que pasan largos ratos. La niña contempla en silencio cómo las lágrimas surcan el duro rostro de aquel artesano con la mirada fija en la Señora. También ella mira el rostro de la Virgen: llora, ¿por qué llora? Y en su corazón infantil nace el deseo de consolar a María...

Es el encanto de sus padres por su carácter abierto y gracioso. Tiene un hermanito, José, y otros dos, fruto del primer matrimonio de su madre. Ya desde pequeña, sin pretenderlo, empiezan a sobresalir en ella dotes de organización y gobierno: dirige a las demás niñas en los juegos, que se desarrollan en un ambiente de piedad y orden, merced a la educación que está re-

cibiendo de sus cristianos padres. Practica la caridad con los más necesitados: aquel pobre que pasa a su lado, la ancianita de enfrente, a la que lleva a escondidas todo lo que puede... La mamá se lo prohíbe: «¿Qué sabes tú quién es esa señora?»; y por primera vez en su corazón infantil surge la pregunta: ¿qué es antes, la obediencia a mamá o la caridad? Dios, que instruye con su luz el corazón que busca la verdad, le hace ver que su voluntad se manifiesta en la obediencia a sus representantes, a mamá en este caso. Pero crecen las olas de la caridad en ese pequeño corazón enamorado de Jesús.

Doloretes crece: crece su amor por la Eucaristía, y arde en deseos de que Jesús venga a su pecho. Todo el día es corto para estudiar el catecismo, que «sabe de corrido», por lo que el párroco le concede permiso para recibir la primera comunión a los 10 años, dos antes de lo permitido. Pero a partir de ese día, le asalta una noche oscura que la acompañará toda la vida: duda si tiene la necesaria preparación para recibir a Jesús sacramentado, y se considera indigna de amarle. El resplandor de la luz divina que acaba de entrar en su corazón posesionándose de él, ha cegado su alma. No importa: Le buscará a través de las tinieblas de la fe.

Siempre había abrigado el deseo de consagrarse al único amor. Ahora, a sus 16 años, cree llegado el momento, y decide hablar a su padre. Contra lo que esperaba, don José se niega, y le prohíbe hablar más de ello. Así, de un golpe, la figura de su padre como modelo de fe cae por tierra, y se levanta un muro que pondrá fin a esa confianza que siempre había existido entre los dos. Su alma se sume en la más profunda soledad, pero no lo utiliza como una escapatoria para encerrarse en sí misma: durante diez años largos se entregará alegre al cuidado del hogar, y de los más pobres y desvalidos, viendo en ello la adorable voluntad de Dios.

Dolores tiene ya 26 años. No puede contener por más tiempo esos deseos que, como un mar en crecida, le demandan su entrega total. Lo consulta: ya no es necesaria a su padre. Y un día, como si nada, sale de casa para ingresar en el hospital que las Hijas de la Caridad tienen en Reus. Es el 6 de enero de 1841. Al día siguiente viste el hábito de las Paúlas, llamándose desde ahora sor María Rosa. Salta de gozo el corazón de esta joven, en

la que la comunidad intuye un mundo de promesas. Se lanza al trabajo más duro, sin reservarse nada, viendo en los enfermos el rostro de Jesús doliente, a quien ella quiere consolar.

La situación política del país está enrarecida, y se hace notar en el tipo de enfermos que van llegando al hospital; hay tensiones políticas, encono anticlerical, ambición económica. La novicia se multiplica con su abnegación habitual: el trabajo es sólo expresión de ese amor interno que la consume. Es la delicia de los enfermos en sus turnos de vela: «Esta noche sí que vamos a estar bien, porque vela la sor M.ª Rosa».

Poco después de su profesión, es enviada a levantar la «Casa de caridad» de Reus, en un estado lamentable. Allí organiza el trabajo para todos: niños, ancianos, minusválidos. Y nace en ellos la felicidad perdida al sentirse útiles y ver que alguien los necesita. En unos días la «Casa» parece otra: los suelos relucientes, la ropa limpia y todo en orden. Es también maestra en el colegio de señoritas, haciendo con las niñas una intensa labor de formación material y espiritual. Se gana su confianza. Ella es para todos, pero su corazón lo reserva sólo para Dios.

> «No era de las que esperaba el día de mañana para hacer el bien —dice su confesor—, pues que un instante sabía importa una eternidad».

Pero el trabajo es agotador, y su frágil salud se resiente: continuas jaquecas y una disentería fuerte durante un año la debilitan. Tiene que dejar ayunos y penitencias, y pasa las noches en vela. Arrecian los escrúpulos al pensar que no es fiel: le cuesta comprender que Dios quiere de ella sólo su abandono confiado. Sufre la más espantosa noche interior: se siente la más ruin de todas, piensa que sus faltas son infidelidades al amor de Dios, del que se considera indigna, y emergen las espinas de los escrúpulos, que van engarzando en su corona las perlas de la mansedumbre y humildad. Su mirada de fe le hace ver a través de todo la disposición divina. Tiene para con su superiora la apertura más sincera. Sor Estivill, mujer demasiado activa y autoritaria, conoce bien a M.ª Rosa; deposita gran confianza en ella, lo que acarrea a la joven religiosa envidias y pequeños celos de sus hermanas. Ella se da cuenta y sufre en silencio; su espíritu vuela libre a posarse en el corazón de su Dios, fuente y ma-

nantial de toda obra buena. Pero no siempre sale ilesa: «Tropezaba de vez en cuando», nos dice su confesor, pero llora sus faltas, que le sirven de trampolín para sumergirse más de lleno en el océano de la caridad.

Una mañana llega al Hospital un aviso del Ayuntamiento de Tortosa: pide a las hermanas se hagan cargo de la Casa de Misericordia del arrabal del Jesús, ante el deplorable estado en que se encuentra. Se piensa en M.ª Rosa. A los pocos días sale de Reus en dirección a Tortosa con cuatro hermanas. El coche de caballos cubre los 70 kilómetros de distancia, mientras ella va recordando a sus enfermos de Reus, pero sin nostalgia. Ahora son otros rostros, pero el mismo Dios quien alienta en sus almas. M.ª Rosa se lanza a la tarea desde el primer momento. Tras una mirada rápida, percibe el desorden e inmundicia que reina en la casa. El recelo y desconfianza de los asilados ante las recién llegadas, va cediendo ante el cariño y la sonrisa de las hermanas, a la vez que prende en sus corazones el fuego del amor de Dios. Esto es lo que pretende M.ª Rosa, sorda a los halagos del Ayuntamiento ante el éxito de la empresa: ella sabe, como Juan de la Cruz, que «el que con puro amor obra por Dios, no solamente no se le da nada de que lo sepan los hombres, pero ni lo hace porque lo sepa el mismo Dios...». Organiza la formación, la frecuencia de sacramentos en la Casa, el rezo comunitario con los asilados... Comienza una tarea de seguimiento personal de cada uno; se sienten amados de la madre M.ª Rosa, que los escucha como si sólo su problema le interesara. Defiende los derechos de sus pobres ante el Ayuntamiento. Ante la decisión municipal de expropiar el huerto de la Casa de Misericordia hace gestiones, y consigue que la Casa siga gozando de sus espacios verdes para que los ancianos paseen, los niños jueguen, puedan cultivar las verduras y hortalizas que constituyen su sustento, y todos alaben al Señor, dador de todo bien.

Por otro lado, le hace sufrir la situación de las niñas del barrio y arrabales vecinos, no escolarizadas, que, por no tener nada que hacer, con frecuencia adquieren vicios y malas costumbres. Decide abrir para ellas una escuela en la Casa de Misericordia. Llegan tantas alumnas que no se pueden admitir más por falta de espacio material.

Ante la labor de M.ª Rosa, las autoridades le proponen dirigir una escuela pública para niñas. Lo comunica a sor Estivill, a quien acude en todo, pues sabe que nada le saldrá bien si no lo consulta, y son enviadas cuatro hermanas desde Reus. Crecen las responsabilidades de M.ª Rosa, ahora con dos comunidades y dos obras apostólicas a su cargo. Pero la caridad no conoce el cansancio, y asume con alegría la nueva tarea. La escuela se inaugura el día de San José de 1851.

El año siguiente se hacen cargo del Hospital de la Santa Cruz de la ciudad, que se encuentra en muy malas condiciones en cuanto a higiene y asistencia. La labor de M.ª Rosa y las hermanas en Tortosa ha sido el rayo de sol que ha llenado de luz corazones sumidos en la tiniebla, llevándoles calor y alegría.

Sor Estivill pide a M.ª Rosa saque el título de maestra; ésta lo ve lógico por su cargo de directora-administradora de la escuela, pero le resulta extraño que tenga que realizarlo en el más absoluto secreto. ¿Cómo hacerlo? Encuentra la solución: busca un auxiliar que la ayude en la administración, a la vez que le dará las explicaciones necesarias a las materias de estudio; así nadie podrá sospechar. Pero pronto comienzan los rumores y las críticas: tantas horas juntos, ¿qué pasa entre el administrador y la madre? M.ª Rosa sufre, más cuanto que las murmuraciones vienen a veces de sus mismas hermanas. Su fama no le importa, pero le es doloroso que éstas abriguen contra ella sentimientos tan bajos. En 1852 saca por fin su título de Magisterio.

M.ª Rosa sigue sospechando: las órdenes de sor Estivill son a veces extrañas. Ya se le había comunicado el cambio de hábito... Pronto descubre la verdad: la comunidad de Reus está desvinculada de las Hijas de la Caridad de San Vicente de Paúl y de los PP. Paúles, y no está bajo la jurisdicción de autoridad eclesiástica alguna: sor Estivill es autoridad única, independiente en su pensar y proceder. ¡Doloroso descubrimiento para M.ª Rosa! Como antaño cayera de repente la imagen de su padre, así ahora la de esta mujer que ha sido para ella confidente, amiga, guía y madre, además de superiora, con quien la unía una estrecha relación de confianza. Se siente más sola que nunca. Intenta el diálogo, pero todo resulta inútil ante la obstinación de sor Estivill en su idea de independencia.

Pasa horas ante el Santísimo pidiendo luz. Su alma grande se arroja confiada en los brazos de su Padre Dios: él irá diciendo. M.ª Rosa y las hermanas que han querido seguirla presentan, el 14 de marzo de 1857, una solicitud a la Iglesia de Tortosa en la persona de su vicario capitular y gobernador eclesiástico, puesto que entonces la diócesis es sede vacante. También acuden al Ayuntamiento en reconocimiento de su nueva situación. A los pocos días llegan afirmativas ambas respuestas. «¡Al fin, Señor, hija de la Iglesia!». El vicario da a M.ª Rosa el título de superiora de las tres comunidades de Tortosa, y al día siguiente va a la Misericordia de Jesús a recibir los votos de las hermanas. Gozo y acción de gracias en el alma de todas.

Enseguida piensan nombres para la naciente congregación: «consolar» es su carisma, consolar a Dios de la ingratitud de los hombres, consolar las almas redimidas por Cristo... Se llamarán Hermanas de la Consolación. El alma de M.ª Rosa derrama gotas de sangre por el dolor de la separación, pero siente el gozo inmenso de saberse ya dentro de su madre la Iglesia.

No rompe con el pasado: hay una continuidad en cuanto a la forma de vida y espiritualidad, porque nada ha cambiado excepto su status jurídico. Ahora hay que dar forma y consolidar esa obra que Dios está haciendo surgir: noviciado, legislación, hábito, para evitar confusiones... Llegan las primeras novicias, fruto de la bendición divina ante la fidelidad de la madre. Pero M.ª Rosa sabe discernir. Despide a una postulante por pegar a un niño, mientras le dice: «No puede ser Hermana de la Consolación». O cuando, con firmeza dolorida, niega la vuelta a la Congregación a quienes la han abandonado.

Pronto reclaman a las hermanas desde Castellón para atender un Hospital. La petición se hace por medio del obispado, lo que constituye una felicidad para M.ª Rosa que, por primera vez, se ve requerida por la Iglesia para prestar un servicio a los más necesitados. Al año siguiente se hacen cargo de una Casa de Misericordia en la misma ciudad. Su entrega es incondicional: las hermanas se multiplican para colaborar con el Ayuntamiento en el envío de material sanitario a las tropas que están librando la campaña de África, bajo el mando de O'Donnell y Prim.

Es ahora cuando Dios pone en su camino a quien va a atender la obra y confortar a su fundadora: el obispo de la diócesis, don Benito Vilamitjana. Pronto se establece entre ambos una corriente de confianza, infundiendo en la comunidad aliento en momentos de prueba:

> «No hay motivo para acobardarnos. Somos probados y, si somos fieles, la prueba terminará en triunfo, y después de esto vendrá la corona. No se escandalicen si hay defecciones. Cuando el viento sacude los árboles, los frutos agusanados caen al suelo».

La congregación continúa su expansión fecunda: quiere llegar al corazón de cada hombre, para prender en él una chispa del amor divino que la consume. «Evangelizar no es gloria para mí, sino necesidad, y ¡ay de mí si no evangelizare!» (1 Cor 9,16). Fundaciones en Ulldecona, Mora del Ebro, Burriana, Vinaroz... hasta la benjamina, un colegio en Benicarló, cuatro meses antes de su muerte. No traspasó en vida las fronteras de Tortosa y Castellón, porque es reclamada en su diócesis para estar presente en todas las parroquias; pero el impulso misionero que alienta dentro de ella, lo legará a su congregación. El campo de trabajo que se abre ante sus ojos es vastísimo, a la vez que escasean las hermanas con título académico. El Inspector de Enseñanza de Tarragona recomienda a la madre acudir a Isabel II, rogándole «autorice con su real asentimiento que las hermanas de la Congregación de la Consolación puedan abrir sus escuelas privadas, aunque carezcan de títulos profesionales». Llega la respuesta afirmativa: se lanzan a velas desplegadas al mar de la enseñanza.

Pero la escuela de Tortosa fue, desde sus comienzos, motivo de preocupación y lucha para M.ª Rosa. Para asegurarla había sacado el título de maestra, y por su cargo de directora se había acarreado ciertas envidias. La situación política de su tiempo es muy inestable, y el Ayuntamiento tortosino, que tanto antes la había ayudado y loado su labor, comienza a poner inconvenientes, haciendo imposible ya la permanencia de las hermanas en la escuela pública, que abandonan para abrir un colegio privado de la congregación. Estaba claro: los planes anticatólicos de 1868 querían llevar la educación por derroteros laicistas. Todo lo que sonara a Iglesia sobraba y, por tanto, las hermanas. La re-

volución no sólo se hizo notar en Tortosa; también sus hijas de Ulldecona y Vinaroz son perseguidas. M.ª Rosa salva todas las dificultades: su alma grande y su deseo de llegar al corazón del hombre es más fuerte, y defiende ante las autoridades la estructura de sus obras apostólicas como medio de que Dios sea conocido y amado.

Mientras el ambiente está alborotado, el alma de M.ª Rosa es un lago en calma: el silencio y la oración son el consuelo de su alma siempre atenta, como la Virgen, a escuchar la voz de Dios, y generosa para lo que él le pida. Enseña a sus hijas con la vida: su testimonio es la mayor lección. «Sea la primera en humillarse», porque ella así lo practicaba. «Haga todas las cosas sólo por dar gusto a Dios». Si en alguna ocasión, siendo superiora, se olvidan de servirle la comida, ella calla, sintiéndose dichosa de poder carecer de algo por Jesús.

Atiende personalmente a cada una de sus hijas. En los capítulos comunitarios se transparenta su vivencia interior, su grandeza de espíritu, consecuencia del continuo trato con Dios. Exhorta con dulzura y caridad, pero también con energía cuando es necesario. Decía: «Tenemos una ley para vivirla», porque para ella no era algo frío, sino la manifestación del amor que tributaba a su Señor: su voluntad manifestada. Cuando en 1858 son aprobados sus estatutos por la autoridad eclesiástica, no cabe la madre en sí de gozo: ya puede cantar su *nunc dimittis.* Pero aún le quedará tiempo para consolar a sus pobres. Tras diez años de experiencia, en 1868, son revisados los estatutos con la ayuda de su gran protector, el obispo Vilamitjana. Pocos días antes, dirige una circular a sus comunidades:

> «Fuerza es que nos esmeremos unánimes en corresponder a tan preclaro regalo del cielo, permaneciendo fieles a los votos que delante de Dios y de los ángeles hemos pronunciado, privándonos de los bienes y cosas materiales por la santa pobreza, de las personas y afectos terrenos por la santa pureza, y de nuestras inclinaciones y hasta de nosotras mismas por la santa obediencia».
>
> «Las Hermanas de la Consolación tienen por monasterios los establecimientos de los pobres, por clausura la obediencia, por rejas el temor de Dios y, últimamente, por velo la santa modestia».
>
> «Nuestro fin es amar, honrar y hacer conocer y venerar a Nuestro Señor Jesucristo, sirviéndole corporal y espiritualmente en la persona de los pobres, enfermos, niños, encarcelados y otros cualesquiera necesitados».

Al final de la noche, cuando todo calla, M.ª Rosa vela; vela a sus enfermos prodigándoles toda clase de cuidados; o para acabar tareas a las que no han podido llegar las hermanas. En las noches que tiene libres para descansar, se la ve encaminarse por los corredores del convento hacia una tribunita de la capilla donde su Esposo la espera para tener Sus delicias con su alma enamorada. Y allí da rienda suelta a los afectos del corazón. «En el Calvario, a los pies de Jesús...», de su Jesús sacramentado, en un trato continuo de amor. Anhelando la Comunión del día siguiente. Consultando a Jesús asuntos importantes de la congregación. Pidiendo paz para la pobre España.

Las vigilias de Jueves Santo y Navidad, las pasa en vela acompañada de las hermanas. Cuando al final de sus días no pueda ya asistir, gustará de que las celebren sus hijas, con las que ella se siente unida.

La débil salud de M.ª Rosa se resquebraja cada día más. Padece un ahogo continuo que le impide dormir, pasando las noches en vela en una especie de silloncito, contenta de poder sufrir algo por Quien todo lo dio por ella, olvidada de sí. «A mí todo me sobra, y cuántos pobrecitos hay sin amparo ni consuelo». Pero a pesar de las noches interminables, el día siguiente aparece contenta y animosa para continuar con las mil ocupaciones de la congregación. Así hasta cuatro meses antes de su muerte.

En 1870, el Ayuntamiento de Tortosa, que acaba de conseguir que las Hermanas dejen la Escuela pública de la ciudad y ha sido el origen de una persecución de falsas acusaciones contra ellas, acude de nuevo a M.ª Rosa pidiendo su ayuda para prevenir la fiebre amarilla que está causando estragos en Barcelona. La madre consulta a las hermanas y acepta. Ella no guarda rencores, ni en su corazón anida el menor resentimiento. «Si es preciso, hasta morir víctimas de la caridad».

Pero una caridad basada en la justicia. Como cuando, recién profesa en la Comunidad de Reus, pedía de puerta en puerta el pago retrasado debido al trabajo de las hermanas; ahora reclama a las autoridades las mensualidades de las amas de lactancia de la Casa de Misericordia; y acude al administrador del Hospital de Castellón defendiendo los derechos de las hermanas y su permanencia en el hospital.

En plena guerra carlista, una noche tiene que desalojar a todos los enfermos y asilados ante el aviso de un bombardeo inminente. Acalla el alboroto reinante en un principio, y tranquiliza los ánimos. Pone en juego sus dotes de gobierno ante la confusión y el pánico de todos; y el desalojo se produce sin el menor altercado.

Un día la madre M.ª Rosa sufre una grave congestión cerebral que hace temer por su vida. Pero se recupera. No obstante, va en aumento la hinchazón de las piernas ulceradas. Tiene 61 años: es el declive de una vida que M.ª Rosa ha desgastado más aprisa de lo normal. No piensa en sí misma; sólo lamenta no poder ayudar a sus hermanas en el trabajo ni seguir la vida comunitaria. Se siente pobre internamente, la menor de todas... Dios está acrisolando su alma para obrar la transformación definitiva.

Un jueves por la noche se ve sorprendida por agudos dolores de vientre, con un temblor general muy violento. La enfermera llama rápidamente a la comunidad. Acude el confesor. Por la mañana llega el médico, que califica la situación de irreversible. La muerte está cercana. Corre la noticia por la Misericordia y las demás Casas: las lágrimas afloran a los ojos de niños y ancianos... Sólo M.ª Rosa se mantiene serena en medio de su dolor.

El viernes por la mañana le es administrado el viático con toda solemnidad. Todos callan a su alrededor, ante el misterio del corazón de la madre, que no quiere dramatizar el momento y, olvidada por completo de sí, consuela y anima a sus hijas, incluso contando algún chiste. Consuela... hasta el final. Pero a partir de ahora, ya parece más del cielo que de la tierra.

El sábado, a las 6 de la tarde, recibe la extremaunción. Pide permiso a su confesor... hasta para morir: «¡Déjeme marchar!». «Cúmplase la santísima Voluntad de Dios», fue la respuesta del padre León, conmovido.

Pasa tranquila todo el domingo. Ve cercano a su Esposo, que viene ya a arrebatar la joya preciosa de su alma. A las doce menos cuarto de la noche, ansiosa de abismarse para siempre en el seno de la Santísima Trinidad, cuya fiesta celebra ese día la Iglesia, le entrega su alma hermosísima. Es el 11 de junio de 1876.

Cuando profundas noches oscuras cercaban su alma, pensando que no era fiel a Dios, había temido su muerte como un final «poco tranquilo y edificante». Pero fue un dulce despertar a ese Dios a quien se había entregado sin reserva.

Le vistieron hábito nuevo, corona en la cabeza, palma entre las manos, símbolos del martirio virginal, sereno y gozoso, que ha vivido día a día M.ª Rosa.

Sus hijas, los asilados, las autoridades, gentes de todas clases, pasan a darle el último adiós: los pobres se sienten los presidentes del duelo, y con razón, pues se sabían los más queridos de la madre.

A las seis y media de la tarde trasladan el cuerpo de M.ª Rosa al cementerio del Jesús, donde al día siguiente es depositado en un pequeño nicho, pobre, como ella se sentía, pero del que empezó a expandirse la fragancia de su testimonio y espiritualidad, perfumando su presencia los cinco continentes, en la persona de sus hijas y en el carisma legado a su congregación: «Consolad, consolad a mi pueblo, dice vuestro Dios, hablad al corazón de Jerusalén, gritadle» (Is 40,1).

El papa Pablo VI, que la beatificó el 8 de mayo de 1977, la llamó *maestra en humanidad,* porque «vivió el desafío humanizador de la civilización del amor». Juan Pablo II, al canonizarla en 1988, dijo de la madre M.ª Rosa:

> «Consolaba sosteniendo la esperanza de los pobres, defendiendo su vida y sus derechos, curando heridas del cuerpo y del alma; consolaba luchando por la justicia, construyendo la paz, promoviendo a la mujer; consolaba con humildad, con mansedumbre, con bondad y misericordia; consolaba con la libertad de los hijos de Dios que nada temen. La existencia de esta mujer impregnada de caridad, totalmente entregada al prójimo, es un anuncio profético de la misericordia y la consolación de Dios».

ALBERTO JOSÉ GONZÁLEZ CHAVES

Bibliografía

LEÓN TOMAS, S., *Instrumento de misericordia y de consolación. Compendio de la vida de la Beata María Rosa Molas y Vallvé* (Roma 1977).

JAVIERRE, J. M.ª, *María Rosa Molas, mujer misericordiosa* (Madrid 1975).

CURI, M., *María Rosa, o don de consolar* (São Paulo 1979).

ROSILLO, M.ª T., *Por dentro* (Zaragoza 1989).

CASAUS CASCÁN, M.ª E., *Historia de las Hermanas de Nuestra Señora de la Consolación*, 9 vols. (Madrid 1985-1993), esp. I: *María Rosa Molas, dimensión humana.* II: *María Rosa Molas, su perfil espiritual.* III: *La fundación.* IV: *María Rosa Molas, gobierno y fundaciones.*

SANTA PAULA FRASSINETTI

Virgen y fundadora († 1882)

El 11 de marzo de 1984, primer domingo de Cuaresma, canonizaba Juan Pablo II a Paula Frassinetti. Y lo hacía proclamando con fuerza que «los santos son el fruto maduro de la redención de Cristo». Paula Frassinetti, añadía, es, en efecto, un espléndido fruto de la redención, siempre operativa en la Iglesia.

Tercera hija de Juan Bautista y de Ángela Vitale, nació en Génova el 3 de marzo de 1809. La bautizaron el mismo día de su nacimiento y la ofrecieron sus padres a la Virgen María. Se le impusieron los nombres de Paula, Ángela y María. Los primeros rudimentos de las letras se los enseñó su propio padre, temeroso de que la chiquilla fuera a perder la inocencia en la escuela pública. Cuando contaba nueve años murió su madre. Tuvo que ocuparse de ella y de sus otros hermanos una señora que, a su vez, murió en 1821. Desde entonces, sobre Paula, a sus 12 años, caen todos los cuidados del hogar, teniendo que atender a su padre y hermanos.

El mayor de éstos, José, se ordenó de sacerdote en 1827. Se le asignó la parroquia de Quinto, no lejos de Génova. Preocupado por la salud de la hermana, y temiendo que se pusiera tísica, convenció a su padre para que la dejara ir con él y pudiera gozar así de aires más sanos.

En la parroquia «el alma de la joven comenzó a iluminarse y fue naciendo en ella un gran ideal»: el de consagrarse a la educación de las niñas. Su hermano José pensaba también en la educación de las niñas más pobres de la parroquia y puso al frente de un grupo de ellas a Paula.

Yendo a más aquel pequeño grupo, el 12 de agosto de 1834, día de Santa Clara, dio comienzo en Génova-Quinto al «Instituto Religioso de las Hijas de Santa Fe», que tenía como objetivo

propagar las verdades reveladas, a través de la catequesis que impartían en las parroquias.

Más adelante, en 1838, entró en comunicación con el sacerdote don Lucas Passi de Bérgamo que había dado inicio a un Instituto muy parecido al suyo y así la santa cambió el nombre primitivo llamando a su obra «Hermanas de Santa Dorotea». Por consejo insistente de algunos sacerdotes —el mencionado don Passi, mons. Teloni y el jesuita padre Costa— se dirigió a Roma con su hermano José y dos novicias para pedir al papa Gregorio XVI la aprobación de las constituciones del Instituto. En Roma amplió sus horizontes fundacionales. Instaladas en la Ciudad Eterna, ya en 1842 comenzó a funcionar un convictorio para muchachas jóvenes, una escuela popular y un noviciado junto a Santa María Mayor.

La fundadora se movía de Roma a Génova, de Génova a Roma y a otros puntos para animar, esforzar y consolar a sus hijas y poner en marcha nuevas fundaciones.

> «Aprobado el Instituto por la Santa Sede en 1863, las hermanas, como un gran enjambre, pasaron a Brasil, Portugal y sus colonias, a la isla de Malta y a otros muchos puntos de Europa y de América Latina».

En todo este desarrollo de su obra no podían faltar dificultades, y no pequeñas. El Papa al canonizarla puntualizaba muy bien:

> «No faltaron a la santa tormentos interiores y los de la persecución: calumnias, infamias, insultos, burlas y vejaciones. Pero ella supo soportarlo todo con fortaleza cristiana, convencida de que de la misma manera que el terreno tiene necesidad de lluvias fecundantes, así también su naciente instituto debía ser bañado por sus lágrimas. No se arredraba por nada y solía decir: "¡Ah, cualquier castigo, pero que no se me quite la cruz!"».

La voluntad de Dios era su norte y la estimaba como la piedra preciosa más grande. Se la oía decir con frecuencia: «¡Voluntad de Dios, mi paraíso!», y le daba carta blanca a Dios. Le sucedió que alguna de sus religiosas no hacía más que desear la muerte; ella, con gracia y verdad, le decía: «Como no persuadí al Señor acerca del día de mi nacimiento, no quiero tampoco sugerirle cuándo me ha de sacar de esta vida». En medio de las

más grandes contradicciones y pruebas que tuvo que soportar, se la oía decir:

> «Nos preparamos la cruz nosotros mismos cuando no obedecemos a la voluntad de Dios: pues los planes del Señor son siempre santos. Por otra parte cuando nuestra voluntad va de acuerdo con la de Dios, no hay ninguna cruz que llevar: pues las líneas paralelas no configuran la cruz; pero cuando nuestra voluntad se atraviesa transversalmente con la de Dios, ya tenemos formada la imagen de la cruz, y no desaparecerá hasta que volvamos a la primera conformidad».

Como se recuerda en el decreto de canonización, le tocó vivir en Roma grandísimos acontecimientos: la muerte de Gregorio XVI, la elección de Pío IX; la definición del dogma de la Inmaculada Concepción, la celebración del Concilio Vaticano I; los mil tumultos de los enemigos de la Iglesia con ocasión de la sepultura de Pío IX, la elección de León XIII, etc. Aun siendo, como era, tan fogosa, supo encajar con mirada providencial los acontecimientos adversos, manifestando una entereza singular. Hizo un viaje a Portugal para establecer allí su congregación. Y en sus días la vio crecer admirablemente. Ella seguía pensando con toda humildad que su obra era una cosa insignificante. Y en algo así como un borrador de constituciones dejó escrito:

> «Entre otros muchos y grandes Institutos se encuentra también el Instituto de Santa Dorotea, del que el Señor se sirve con benignidad para suscitar en los padres cristianos el deseo de entregarse a la educación religiosa de sus hijas. Y esto han de tener muy presente nuestras Hermanas: que las niñas que se educan en nuestras casas serán el día de mañana las esposas y madres de familia y que de la mujer verdaderamente cristiana nacerá un bien inmenso para la sociedad».

Paula Frassinetti moría el 11 de junio de 1882 en Roma, en la casa de San Onofre a los pies del Janículo. Allí se conservan y veneran sus restos. Visitándola ya enferma, San Juan Bosco dijo a sus hijas: «A la corona de vuestra madre ya se le ha dado la última mano». León XIII, que tanto había favorecido a la fundadora y a su Instituto, a los pocos meses de la muerte de Paula, recibió a las hermanas de la congregación llegadas a Roma para elegir a la nueva superiora y sucesora de la madre. Las admitió en su capilla privada y allí les dijo la misa. Vino a decirles:

> «Os he mandado llamar para resarciros de alguna manera de tan gran pérdida como habéis sufrido. Levantad el ánimo. Es seguro que vuestra Madre fundadora está ya en el paraíso. Vuestra santa Fundadora, de cuya muerte nos lamentamos, y cuyos méritos a favor de la Iglesia son inmensos, por la fundación de su Obra, creédmelo, ya ha recibido el premio. Vuestra madre es santa».

A pesar de esta declaración pontificia, se fueron siguiendo los trámites corrientes. Se hicieron los procesos correspondientes en Roma y en Génova. La causa se introdujo en 1906; los procesos apostólicos se hicieron entre 1907 y 1917. La declaración de la heroicidad de sus virtudes es de agosto de 1928. Finalmente, aprobados los dos milagros, Pío XI la beatificaba el 18 de junio de 1930 en una ceremonia solemnísima. Y en 1984 la canonizó Juan Pablo II.

¿Cuál es el mensaje de Santa Paula Frassinetti? Juan Pablo II lo presentaba así en la homilía de la canonización:

> «El mensaje que brota de la vida sencilla pero profundamente devota de Santa Paula, toda pureza y pobreza, pero también rebosante de celo ardiente por las jóvenes marginadas de la sociedad, es una invitación a los verdaderos valores de la mujer, a la expresión de las más delicadas dotes femeninas, a la afirmación de la identidad y dignidad de la mujer que la Iglesia ha protegido y apoyado siempre para el incremento moral de la sociedad y para la venida del reino de Cristo [...] Deseo que dicho mensaje sirva de estímulo a las beneméritas hermanas doroteas para que continúen perfectamente llevando a todos los continentes, en los que se levantan sus casas, el espíritu y el celo de su santa fundadora».

JOSÉ VICENTE RODRÍGUEZ, OCD

Bibliografía

«Breve de beatificación»: *AAS* 22 (1930) 316-319.
«Bula de canonización»: *AAS* 77 (1985) 923-928.
DA LANGASCO, C., «Frassinetti, Paola», en *Bibliotheca sanctorum.* V: *Erizzo-Galdino* (Roma 1964) cols.1959-1960.
JUAN PABLO II, «Homilía en la canonización... (31-3-1984)»: *Ecclesia* (1984) n.2168, p.11-12.
PEZZO, A. DEL - REPETTO, F., «Frassinetti, Paola», en G. PELLICCIA - G. ROCCA (dirs.), *Dizionario degli Istituti di Perfezione.* IV: *Figlie di Santa Teresa-Intreccialagli* (Roma 1977) 588-590.

BEATA MARÍA DEL CORAZÓN DE JESÚS SCHININÀ

Virgen y fundadora († 1910)

María Schininà es una de las destacadas figuras que, en el momento en que la Iglesia tomaba renovada conciencia de su responsabilidad apostólica en orden a la después llamada «cuestión social», empeñó toda su vida en el heroico servicio a las personas y sectores más necesitados de su entorno. Tenía 47 años cuando en 1891 el papa León XIII promulgó la trascendental encíclica *Rerum novarum,* que puso las bases a la moderna doctrina social de la Iglesia, y acababa de fundar en Ragusa (Sicilia, Italia), en un ambiente muy marcado por el gran distanciamiento entre ricos y pobres, el Instituto del Sagrado Corazón de Jesús, aglutinador de las distintas «clases» sociales mediante el abnegado ejercicio de la caridad. El 17 de marzo de 1889 había suplicado a dicho pontífice que aprobara esta fundación y el 10 de junio de 1890 la había recibido personalmente en audiencia, otorgando su bendición apostólica al Instituto que acababa de iniciar.

María pertenecía a una familia noble y de sólida formación cristiana. Nació en Ragusa, en el palacio más destacado de la ciudad, el 10 de abril de 1844, quinta hija del matrimonio formado por Juan Bautista Schininà Cosentini, hijo de los marqueses de Sant'Elia y barones de San Filippo y del Monte, y por Rosalía Arezzo Grimaldi, de los duques de San Filippo delle Colonne. El apellido Schininà, que aparece por primera vez en 1500, era netamente ragusiano.

D. Juan Bautista y D.ª Rosalía se habían casado en Ragusa el 2 de enero de 1836, y de ellos nacieron ocho hijos: Francisca, Ángela, Manuel, Rafael, María, Ana, Vicente y Francisco. Todos fueron bautizados el mismo día en que vieron la luz, muy probablemente en el domicilio familiar. Dos de ellos, Ana y Francisco, murieron de niños. Otros dos, Rafael y Vicente, fueron padres de numerosa descendencia. Con quien más se relacionó María fue con Manuel, quien, casado con Elisa, por ser el mayor de los hijos varones permaneció junto al hogar de la familia, según la costumbre local.

El 2 de noviembre de 1850, cuando el arzobispo de Siracusa, mons. Miguel Manzo, se acercó en visita pastoral a Ragusa,

María, que había cumplido ya los 6 años de edad, recibió el sacramento de la confirmación. En 1851 hizo la primera comunión, precedida de su primera confesión con el sacerdote don Juan Boscarino, apostólico y virtuoso, que continuó ayudándola espiritualmente mientras vivió.

Como correspondía a su elevada situación social, desde los 4 a los 8 años acudió a la escuela privada de dos institutrices, las hermanas Capodicasa, bondadosas y de vida ejemplar, que cuidaron de su formación inicial, educándola para el ambiente noble en que había de desenvolverse. Después, el sacerdote don Vicente di Stefano, a quien tenían en casa como preceptor de la familia, le enseñó a leer y escribir. Recibió también una buena y prolongada educación musical, como correspondía a su rango.

María, igual que sus hermanos, respiró desde niña el aire de una familia que se distinguía por su antigua nobleza y por las buenas maneras, y también por un destacado sentido humanitario y religioso. El padre era un hombre muy piadoso, a quien gustaba que se rezara el rosario en la casa todas las tardes. Murió en 1865, cuando María contaba 21 años de edad. La madre había sido educada por las monjas benedictinas; tenía muy buena formación y era mujer muy virtuosa y amable. Respetaba mucho a sus hijos y todos aprendieron de ella las primeras lecciones de catecismo. La familia sufrió un dolor muy intenso cuando en 1850, durante el corto espacio de un mes y medio, perdió a dos de los hijos más pequeños: Ana, de cinco años, y Francisco, de uno.

De niña, María fue acogida, custodiada y seguida con escrupulosa admiración por sus padres, familiares y educadores. Cariñosamente solían llamarla «Rosita». De temperamento vivaz y expansivo, gozó del afecto de todos y, por su parte, asimiló bien cuanto sembraron en ella de bondad y de compasión.

Durante su adolescencia vivió como correspondía a su ambiente, a su edad y a su carácter fogoso y simpático. Le gustaba la danza y sobre todo la música, que cultivó con asiduidad y constancia. También tenía a gala vestir a la moda, distinguiéndose por su buen gusto y porte elegante. A los 16 años fue ella la animadora de la primera banda musical que se creó en Ragusa para las fiestas que celebraron la unidad de Italia, y —lo que

era insólito en su tiempo— tuvo el honor de que el maestro de la orquesta le cediera la batuta para dirigir una actuación en una conocida plaza de la ciudad, adyacente a la actual catedral de San Juan Bautista.

Animada y animosa, supo disfrutar, divertirse sanamente y hacer felices a los demás. También buscaba la propia felicidad, que, a pesar de todo, no encontraba en seguir las costumbres de su ambiente social. En su cuidada y elegante sencillez, le atraía lo bello y había empezado pronto a percibir el gusto de la oración. Además, al mismo tiempo que gozó viendo desposarse a todos sus hermanos, personalmente rechazó varias propuestas de matrimonio, quedando con la madre cuando en 1874 se casó Vicente, su hermano menor.

Poco a poco, sobre todo desde 1869, había ido dando mayor espacio a la vida espiritual, lanzándose a una búsqueda de Dios que parecía requerirle la entrega total. Su madre la animaba en este propósito, aún sin vislumbrar cuál había de ser el modo concreto de su consagración al Señor.

El verdadero cambio de rumbo de María tuvo lugar el día en que, sustituyendo sus vestidos de dama de la alta nobleza por los de las mujeres del pueblo, decidió dedicarse al servicio de los pobres, dispuesta a afrontar todas las críticas que de ello pudieran seguirse. Tenía 30 años de edad. No es de extrañar que sus hermanos la llamaran «loca», o «deshonra de la familia», lo cual no sólo no la hizo retroceder en el camino emprendido, sino afirmarse interiormente de que su toma de postura a favor de los más necesitados era fruto de la auténtica sabiduría del evangelio, que ve en los desvalidos de este mundo los herederos del Reino de Dios. Su madre fue la única que la comprendió desde el principio, mostrándose contenta de verla progresar en la virtud. Es más, al poco tiempo el testimonio de auténtico cristianismo que, con su vida, humildemente estaba ofreciendo María, comenzó a tener una fuerte incidencia en su ambiente, lo cual contribuyó de modo decisivo a abatir el muro que separaba a los ricos de los carentes de recursos, a los nobles del pueblo.

El alcance de esta decisión vocacional, que no sólo tuvo carácter personal, porque la convirtió en fundadora de una congregación religiosa, cobra su sentido más pleno a la luz del con-

texto de la ciudad de Ragusa, situada en el sur-este de Sicilia, donde se desarrolló toda su existencia.

Esta isla del Mediterráneo, dominada sucesivamente por los griegos, romanos, bizantinos, árabe-musulmanes, normandos, angevinos y aragoneses, se había ido beneficiando del valioso patrimonio cultural de estos pueblos, presente en el arte, en la lengua y en las costumbres. Fue después base británica contra la invasión napoleónica, y también los Borbones de Nápoles se habían refugiado en ella esperando recuperar los territorios perdidos en la península. Éstos la reconquistaron en 1734, llegando el futuro Carlos III a ser a la vez rey de Nápoles y Sicilia. Después de haber sido elevado al trono de España, con su hijo Fernando I creó en 1816 el reino de las Dos Sicilias, gobernado por virreyes. A Fernando I le sucedió Francisco I (1825-1830), y a éste Fernando II (1830-1859), durante cuyo gobierno nació María Schininà. El último virrey de los Borbones fue Francisco II, quien gobernó sólo dos años porque en 1861 las tropas unificadoras de Italia procedentes del norte conquistaron Sicilia, siendo sometida a la misma legislación que toda la península convertida, con sus islas adyacentes, en un solo Reino. Se planteó entonces de modo dramático la llamada «cuestión meridional», porque el sur resultaba explotado económicamente por el norte, viéndose los pobres abandonados a su indigencia o en la obligación de emigrar. Ni siquiera eran considerados dignos de recibir instrucción.

Durante el siglo XIX el número de aristócratas de la isla era notoriamente elevado. Podían contarse en Sicilia casi 150 príncipes, más de 750 marqueses y unos 1.500 entre duques y barones. Y este hecho no beneficiaba al conjunto de la sociedad. Cerrados en sí mismos, vivían galantemente en palacios suntuosos y ajenos a la problemática social, excepto algunas familias —como los Schininà— que, por su sólida formación cristiana, se interesaban por los pobres y practicaban obras de beneficencia.

La plebe constituía el 90 por 100 de la población, mísera y analfabeta, con una arraigada moral que justificaba los robos, los homicidios y las venganzas personales. Su actitud ante los ricos, dueños del poder y de los recursos económicos, era o de

resignación sumisa y obsequiosa, o de rebelión sangrienta y reaccionaria. La escasa clase media, normalmente comerciantes advenedizos, servía a los nobles y se aprovechaba del pueblo.

La Iglesia había construido en Sicilia a lo largo de los siglos gran número de iglesias y monasterios y, aliada con la aristocracia gobernante, estaba bastante alejada de Roma. La religiosidad popular, vivida con mucha intensidad, era excesivamente supersticiosa, o dada a un anacrónico masoquismo. El clero, con mentalidad de poder temporal y bajo nivel cultural, solía estar sometido a los nobles.

La ciudad de Ragusa, equidistante de Siracusa y Catania, participaba plenamente de este contexto siciliano. En tiempo de María Schininà, eclesiásticamente pertenecía a la archidiócesis de Siracusa y el pueblo, muy religioso a su modo, llenaba las iglesias y los conventos. Pero el clero no llevaba, en general, una vida demasiado fervorosa, excepto algunos sacerdotes, como don Juan Boscarino, que elevó notoriamente el tono espiritual del pueblo ragusano mediante el rezo del rosario. Con la unidad de Italia, en las últimas décadas del siglo XIX esta ciudad estaba participando intensamente de todos los avatares del ámbito meridional: latifundios, pobreza generalizada en el pueblo, emigración, analfabetismo, miseria. Era evidente que, por parte de los fieles, faltaba una obra que atendiera a los pobres, ancianos, enfermos y marginados. Es lo que atrajo la atención de María Schininà.

Aun perteneciendo a una de las numerosas familias nobles que daban aire aristocrático y elegante a la ciudad, como ya hemos señalado, cuando contaba 30 años de edad eligió una vida de sencillez y humildad para atender personalmente en sus propios tugurios a los más pobres de entre los pobres, a los abandonados de todos en esa sociedad siciliana con clases tan distanciadas entre sí. Convertida pronto en la «madre de los pobres», María solía llamarlos «la pupila de Dios» porque veía en ellos el rostro de Jesucristo.

Distintos factores contribuyeron a este cambio tan notorio, que no pasó inadvertido en su ambiente. El primero, y seguramente el más decisivo, fue la buena formación religiosa recibida en su familia y el apoyo de la madre, que siempre la ayudó. Con-

taba también con la guía espiritual del padre Boscarino, uno de los sacerdotes más virtuosos de la ciudad. Pero hubo otras circunstancias más puntuales que incidieron mucho en su cambio, como la muerte de su padre el 22 de marzo de 1865, golpe muy duro para ella, a raíz del cual comenzó a pensar en entregarse sólo a Dios. No obstante, pasado el obligado tiempo de luto, había vuelto a su habitual vida social. «Este modo de vestir no va bien con la vida de piedad», le advirtió por entonces cordialmente una amiga, causando en ella considerable impresión. Y los padres jesuitas predicaron en Ragusa una misión, también de honda incidencia en su vida.

Todo ello la había ido decidiendo interiormente, ya desde 1869, a consagrarse por entero al Señor. Pero la manifestación externa de este deseo, cinco años después, fue dejar sus trajes habituales y presentarse con un vestido sencillísimo: «Abandoné todo para dedicarme a una vida distinta de la llevada hasta ahora». Y desde 1874 abrazó una vida intensa dedicada a la oración y a servir a los pobres acudiendo a sus propios domicilios. En ellos les lavaba sus ropas, les vendaba las llagas, intentaba remediar cualquier necesidad.

Desde niña se había caracterizado por su honda devoción mariana, que afloró con más intensidad al producirse este cambio de vida. Era el momento en que se estaba organizando en Ragusa la «Pía Unión de Hijas de María», en cuyo primer grupo pronto se integró. En 1877 se constituyó el Consejo de la Pía Unión, y ella fue elegida primera directora. Con la ayuda cercana del padre Boscarino, llamado «el apóstol del rosario», fue creando un ambiente de piedad que atraía a las jóvenes, muchas de las cuales, a ejemplo de María, se sentían llamadas a seguir los consejos evangélicos.

De hecho, con la numerosa juventud de Ragusa que empezó a polarizarse en torno a ella, dio vivacidad y fervor a nuevas formas de actividad apostólica, como la catequesis a los niños para prepararles a la primera comunión o a las principales fiestas litúrgicas, la atención a los pobres en su propio domicilio y la colaboración con las distintas iniciativas de la Iglesia local.

La beatificación de Margarita María de Alacoque y la difusión del «Apostolado de la oración» dieron gran consistencia en

la Iglesia a la devoción al Corazón de Jesús, actividad apostólica en la que se insertó pronto, y muy activamente, María Schininà. Esto contribuyó de modo muy eficaz a su propia formación, ya que hizo suya toda la espiritualidad contenida en las enseñanzas eclesiales sobre el Corazón de Jesús, devoción de la que llegó a ser una gran propagadora entre los fieles e incluso el clero. Hay que tener muy en cuenta que el papa León XIII fue gran impulsor de la devoción a la humanidad de Cristo expresada en el Corazón de Jesús, y a él consagró repetidamente la actividad social de los cristianos, de modo especial en la carta apostólica *Annum sacrum* (1899), declarando Año Santo a 1900, en el cambio de siglo del XIX al XX. De hecho la espiritualidad de María Schininà quedó decisivamente marcada por este ambiente religioso, en el que con tanto entusiasmo participó.

Como era muy conocida en Ragusa, en este momento de su opción vocacional deseaba alejarse de todos y recluirse en un claustro. Había elegido para ello un monasterio de Malta, que conoció durante un viaje con su familia, donde «soñaba vivir completamente separada del mundo y escondida en Jesucristo». Pero quienes la atendían espiritualmente pronto la disuadieron de ello, invitándola a que continuara con sus actividades con las jóvenes de Ragusa y sirviendo a los más necesitados. Así, el arzobispo de Siracusa mons. Benito La Vecchia Guarneri, franciscano, conocido por su caridad con todos y por crear casas religiosas, que había tratado a María durante sus estancias en Palermo y tenía noticia de su dedicación a los pobres de Ragusa. Del mismo modo el teólogo mons. Mario Mineo Janni, y el P. Juan Guimmarra, confesor de María después del P. Boscarino, que acababa de morir. Todos la animaron a seguir con las obras de caridad emprendidas en su ciudad, teniendo en cuenta, además, la edad avanzada de su madre, a quien no debía abandonar.

Al faltar la madre el 4 de junio de 1884, María dio todo a los pobres, incluso la herencia de un hermano de su padre, dispuesta a seguir su antigua vocación monástica. Acompañada de su hermana Francisca, viajó a Palermo a comienzos de 1885, y en el mes de marzo escuchó la predicación cuaresmal de mons. Mario Mineo. Se sintió llamada a pedirle consejo, y este conoci-

do teólogo, autor del libro *El papado y la Iglesia,* le dijo que rezara una novena al Sagrado Corazón de Jesús. Era un momento de sufrimiento y soledad para María, y también de disponibilidad y libertad interior. «Obedece a mis ministros», creyó oír decir durante su oración, y fomentó en ella esta actitud.

En el grupo de las «Hijas de María» había conocido a las hermanas Carmela y Lucía Boscarino. Cuando en 1877 la eligieron a ella directora, Carmela había ocupado el cargo de presidenta del Consejo y Lucía el de 1.ª asistente. Carmela, que estaba sufriendo porque su madre no le permitía ser Hija de San Vicente de Paúl, intimó mucho con María, que también discernía su propia vocación. María recordaba, a este respecto, un importante coloquio entre ambas, que tuvo lugar en 1885. Además, ese año había comenzado ella a asociar a algunas compañeras a sus actividades en favor de los pobres de Ragusa. Es en este momento cuando recibió de mons. La Vecchia el encargo de fundar un Instituto.

Después de un tiempo de oración y de intensa actividad apostólica, y de ver agruparse en su entorno un pequeño grupo de jóvenes de su ciudad, la decisión llegó en 1889, cuando María escribió al papa León XIII pidiendo autorización para la apertura de un «Pío Instituto en el que dedicarse al servicio de los enfermos y al mantenimiento de las huérfanas pobres».

El 15 de marzo de este mismo año 1889 recibió aprobación diocesana la nueva fundación y su estatuto el 8 de abril. El arzobispo La Vecchia, con carta de 15 de abril de 1889, restituyó al P. Guimmarra, confesor y párroco de María, el estatuto «aprobado para las Hermanas Adoratrices del Sagrado Corazón de Jesús». Poco después, el 9 de mayo, María formaba comunidad con las primeras cinco jóvenes que, junto a ella, dieron origen al Instituto del Sagrado Corazón de Jesús, nombre definitivo de la nueva fundación. El arzobispo consagró a María y a sus cinco compañeras, quienes, recibido el hábito religioso y pronunciados sus votos, se instalaron en el antiguo colegio de Santo Tomás, tomado en alquiler.

El nuevo Instituto nacía con la finalidad de acoger a las huérfanas abandonadas y pobres y a las personas ancianas o inválidas, además de ayudar a la instrucción catequística en Ragu-

sa y alrededores, y atender a los enfermos en los hospitales. Su actividad apostólica llegó también a los encarcelados y a los obreros de las minas cercanas a la ciudad. Era notorio el sentido de vida religiosa comunitaria y la dedicación al ejercicio de la caridad espiritual y material con los más necesitados.

Un paso muy importante para la consolidación inicial de esta obra fue el hecho de que el 10 de junio de 1890 la fundadora, sor María del Sagrado Corazón de Jesús Schininà, fuera recibida en audiencia por el papa León XIII, obteniendo la bendición apostólica para el naciente Instituto.

Las actividades fueron ampliándose en consonancia con el proyecto fundacional. Así, el 30 de noviembre de 1891 el Ayuntamiento de Ragusa decidió confiar a María el hospital municipal de la ciudad, trasladándose ella allí en agosto de 1892. También desde 1892, y ya durante toda su existencia, las numerosas actividades de María a favor de los más necesitados se completaron con una intensa acción apostólica en las cárceles de Ragusa.

Con el fin de dar consistencia a la nueva fundación, ese mismo año 1892, el 10 de noviembre, se comenzó a construir la Casa Madre del Instituto de las Hermanas del Sagrado Corazón, que había de ser centro espiritual y referente de toda actividad. Por su parte, María, el 9 de mayo de 1894 hizo voto perpetuo de castidad, escrito con su propia sangre, y el 16 de agosto se trasladó a la Casa Madre desde el hospital municipal donde había vivido dos años.

Por estas fechas, 1894, amplió la ya intensa acción apostólica con otra nueva actividad: la atención a los obreros que trabajaban en los yacimientos petrolíferos, base para la elaboración de asfaltos, que constituían la riqueza del subsuelo ragusano.

Dispuesta a favorecer cualquier obra de la Iglesia y a atender toda necesidad, en noviembre de 1894, cuando surgió en Ragusa la «Asociación de las damas de caridad» y fue llamada para colaborar en su organización, prestó gustosa su ayuda. Favoreció también el establecimiento del primer Carmelo en la ciudad, para lo cual desde 1906 a 1908 hospedó en un ala de la Casa Madre a la primera comunidad de monjas carmelitas. En 1908-1909 puso los locales del Instituto a disposición de los prófugos del terremoto de Mesina y de Calabria.

Mientras tanto iba tomando forma propia la nueva obra, tanto en la organización como en las actividades. El 20 de marzo de 1895 obtuvo del arzobispo mons. La Vecchia la primera aprobación del *Proyecto de reglamento interno para las Hermanas del Sagrado Corazón de Jesús,* escrito por la fundadora; en 1898 el arzobispo mons. Fiorenza otorgó su beneplácito al Instituto; el 17 de marzo de 1900 está fechada la aprobación definitiva del *Reglamento para las huérfanas,* y el 18 de marzo de 1901 mons. Fiorenza aprobó de modo definitivo el *Reglamento* de las hermanas.

Pero lo que sin duda sor María consideró más decisivo para la consolidación del Instituto fue el haberlo consagrado a la Santísima Virgen «hasta el final de los siglos», para que dispusiera de él «como cosa y posesión» suya. El hecho tuvo lugar en 1904, cincuentenario del dogma de la Inmaculada Concepción de María.

Y, mientras tanto, se ampliaban las actividades: el 1 de agosto de 1902, se ponía la primera piedra para construir una sección dedicada a las ancianas.

En localidades cercanas a Ragusa era notorio el ambiente de incredulidad. Ya desde 1895 María se había opuesto enérgicamente a que la influencia de estas corrientes llegara a su ciudad, y en 1902 promovió misiones populares en Vittoria, Santa Croce Camerina, Marina de Ragusa, etc., con la misma finalidad de combatir la increencia.

Convencida de que su obra habría de extenderse y prosperar, en 1908, ya al final de su vida, se dedicó personalmente a revisar las *Constituciones del Instituto de las Hermanas del Sagrado Corazón de Jesús de Ragusa.* Pero no pudo ultimar esta tarea. El 11 de junio de 1910, después de haber dado sólidas bases a sus hijas, confiándoles el mandamiento del amor: «amad, amaos», María Schininà murió en la ciudad donde siempre había vivido, a los 66 años de edad. Fue sepultada al día siguiente en el cementerio municipal. Dos años después, en 1913, se trasladaba su cuerpo a la Casa Madre del Instituto del Sagrado Corazón de Jesús.

La vida de María Schininà estuvo impregnada de amor, de oración y de fe. Dotada de un corazón abierto a las necesidades espirituales, morales y materiales de las personas de su entorno, no ahorró energías ni sacrificios para dar a las jóvenes una ade-

cuada formación cristiana, la más evangélica atención a los pobres y necesitados, y a los que sufren y a los ancianos, tantas veces abandonados, la debida asistencia cristiana.

Sus obras, además de manifestar por sí mismas la grandeza de corazón y la destacada capacidad de ingenio y de sacrificio de esta mujer noble de alcurnia y de espíritu, revelan el genuino cuño de una santidad sólida y sufrida, fruto inequívoco de su entrañable amor a Jesucristo. Se había escrito sobre el pecho el nombre de *Jesús* con un hierro candente y había hecho suyas las palabras de Pablo: «El amor de Cristo nos apremia». Además, en 1891, queriendo definir su «programa» o «bandera», había grabado en el frontispicio del Instituto: «Todo lo puedo en Aquel que me conforta».

Junto a su ilimitada confianza en el Señor, María fue siempre consciente de la responsabilidad personal de hacer fructificar los talentos recibidos de él. Es lo que casi al final de su vida pone de manifiesto en esta entrañable oración a nuestra Señora, que es también prueba evidente de su firme y arraigada devoción mariana:

> «Reina preciosísima, Madre de Dios y Madre mía, María. Heme aquí, hoy, 29 de abril de 1908. Éste es el mes de mi venida a este mundo y, ahora que os entrego mi alma, vos sois responsable; vos debéis otorgarme la correspondencia a la gracia; vos me debéis conceder saber manejar —o sea, traficar— los talentos que Dios me ha dado para salvarme. Sí, sí, sí, Madre mía; me tenéis que salvar; mi alma debe expirar en vuestros sacratísimos brazos y, apenas liberada mi alma, la debéis llevar al cielo. Ahora, en este mes de mayo, ¿cuántas gracias me concederéis? Cuando muera os agradeceré personalmente en el paraíso todo lo que me habéis hecho. Vos sois la causa de todo el bien que he practicado; vos sois la causa de que yo no esté en la perdición y pudiera ir al infierno. Madre, Mamá. Dadme vuestro santo Amor con la gracia final.
>
> Vuestra hija indignísima, Sor María del Corazón de Jesús».

Para quienes la conocieron y trataron, sus virtudes características fueron la reparación eucarística, la humildad, la pobreza y el amor a los pobres. Como afirman sus biógrafos:

> «No hubo lágrimas que no fueran por ella enjugadas; no hubo mano tendida para pedir limosna que no recibiese el óbolo de su caridad; no hubo un corazón oprimido que no fuera aliviado por ella; no hubo llaga que no vendara».

Sin embargo, no siempre recibió la recompensa que parecían merecer estas obras. Algunos, que preferían permanecer en su indigencia, se obstinaban en no recibir sus ayudas, obligándola con no buenos modos a alejarse de su presencia.

> «No son ellos —afirmaba—. Son la ignorancia y la pobreza las que les impulsan a comportarse de esta manera. Tienen razón; tienen razón [...] También nosotros debemos recordar las palabras de Jesús: perdónalos, porque no saben lo que hacen».

María Schininà, que, junto a su intensa actividad apostólica fuera del Instituto, se dedicó intensamente a esta fundación, no vio, sin embargo, que inicialmente prosperara como hubiera sido de esperar. Pero, de hecho, la dotó de bases muy consistentes y sólidas, que hicieron posible el notable desarrollo posterior. «La comunidad era el Instituto en miniatura», afirman quienes vivieron aquellos comienzos. Porque en ella, en este grupo primero, había ido trazando las líneas esenciales del espíritu, fisonomía, disciplina religiosa y prácticas de piedad que habían de caracterizar después a su fundación. Por su parte, no vivió con inquietud el hecho de que no fueran muchas las Hermanas que ingresaran en la congregación, porque estaba convencida de que, por la gracia de Dios, el Instituto del Sagrado Corazón de Jesús de Ragusa había de extenderse y prosperar. Con gran confianza en el Señor y segura de su voluntad, no dudaba en afirmar:

> «La obra es del Sagrado Corazón; yo soy un vil instrumento en sus manos. El Corazón de Jesús me quiere humillada con él, pero veréis que después de mi muerte vendrán las vocaciones...».

En una ocasión, interrogada por el motivo que provocaba su evidente alegría, respondió con toda sencillez:

> «¡Cómo no voy a estar contenta! Veo que este humilde Instituto se hace grande, se extiende [...] ¡Y yo lo siento! Veo ampliarse la casa del Sagrado Corazón [...] ¡Qué bueno es Jesús!».

En efecto. Entre 1910 y 1946 se fundaron en Sicilia 26 casas; de 1946 a 1951 la congregación se extendió fuera de la isla y se iniciaron otras seis casas. En 1962 el Instituto fue llamado por los padres jesuitas a Madagascar y pronto las hermanas indígenas de ese país comenzaron a sostener y a dirigir importantes actividades apostólicas. Entre 1951 y 1971 se fundaron otras

22 casas, entre ellas las de Estados Unidos y Canadá. Después se han añadido más, como la de Manila, en las Islas Filipinas, estando hoy presente el Instituto del Sagrado Corazón de Jesús de Ragusa en varios países de cuatro continentes.

La causa de canonización de Sor María del Sagrado Corazón de Jesús comenzó en Siracusa el 2 de abril de 1937, extendiéndose la fase diocesana hasta 1945. Previo el juicio de los censores teólogos sobre los *Escritos* en 1947, se promulgó el decreto correspondiente el 2 de enero de 1949. Por algunas cuestiones planteadas al examinar el proceso ordinario en Roma, fue necesario instruir en 1956 un nuevo proceso en Ragusa, que desde el año anterior había sido constituida en diócesis distinta de la de Siracusa. Introducida la causa de beatificación en la Congregación de Ritos de Roma en 1975, durante 1977-1978 se desarrolló el necesario proceso apostólico sobre la vida y virtudes de la Sierva de Dios, así como el del milagro atribuido a su intercesión, obteniendo los respectivos decretos en 1983. Sor María del Sagrado Corazón de Jesús Schininà fue beatificada por el papa Juan Pablo II el 4 de noviembre de 1990.

MARÍA ENCARNACIÓN GONZÁLEZ RODRÍGUEZ

Bibliografía

FRANCINI, M., *La Beata Maria Schininà, coraggio senza clamori* (Roma 1990).
LA SCALA, P., *Suor Maria Schininà fondatrice e superiora dell'Istituto delle Suore del Cuore Eucaristico di Gesù 1844-1910* (Ragusa 1924).
RANIOLO, M., *Maria Tarcisia, pensieri ed esempi di madre Maria Schininà, fondatrice dell'Istituto del Sacro Cuore di Ragusa* (Ragusa 1978).
— (ed.), *La Beata Maria Schininà nei ricordi di Suor Maria Boscarino* (Ragusa 1996).
SUORE DEL SACRO CUORE DI RAGUSA, *Maria Schininà, la madre dei poveri* (Albano Laziale 1987).
TORNELLO, B. A., *L'angelo della carità: Madre Maria Schininà del Sacro Cuore* (Palermo 1985).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN MÁXIMO DE NÁPOLES
Obispo († s. IV)

Máximo sucede al obispo Fortunato en la sede napolitana como décimo de sus obispos. Partidario fervoroso de la orto-

doxia nicena, la defiende en los momentos en que el arrianismo parecía imponerse y por ello en 355 es relegado al exilio con los demás obispos ortodoxos. Parece que el sitio de su destierro fue el Oriente. Aquí supo que un arriano, Zósimo, se había atrevido a usurpar su sede y no dudó en enviar desde el exilio la excomunión para el intruso, del que se dice que aunque abandonó el arrianismo fue castigado por Dios con la imposibilidad de hablar en público. De todos modos Máximo murió en el exilio antes de que en 362 Juliano el Apóstata decretara el levantamiento del exilio a todos los obispos desterrados.

SAN REMBERTO DE HAMBURGO

Obispo († 888)

Remberto fue colaborador, sucesor y biógrafo del gran San Óscar, que lo estimaba tanto que decía de sí mismo que no era digno ni de ser el diácono de Remberto.

Era natural de Brujas y había profesado como monje en el monasterio de Torhout, cuando el arzobispo San Óscar pensó en él para que le acompañase en su misión evangelizadora por el norte de Europa. Así lo hizo con total entrega y a plena satisfacción del infatigable obispo misionero. A la muerte de éste en 865 fue elegido Remberto para sucederle en la sede de Hamburgo-Bremen, y se esforzó en seguir los pasos de su predecesor y estar atento no solamente a apacentar el rebaño de Cristo ya reunido sino a extender el evangelio por Noruega, Schleswig y países eslavos. Escribió la vida de San Óscar y perseveró como buen pastor de sus ovejas hasta el 11 de junio de 888 en que pasó al Padre, recibiendo muy pronto culto como santo.

BEATO BARDÓN DE MAGUNCIA

Obispo († 1051)

Nace en 981 en Oppertshofen en el seno de una familia noble emparentada con la familia imperial. En su adolescencia sintió la vocación monacal e ingresó en el monasterio de Fulda, donde muy pronto fue considerado un monje modelo, por su

caridad, humildad y mansedumbre. Su abad, valorando sus buenas cualidades y conducta, lo nombró preboste de Neumünster. Estando aquí acertó a conocerlo el emperador Conrado II, cuya esposa Gisela era pariente de Bardón. Le parecieron tan buenas sus dotes que lo nombró en 1029 abad de la abadía imperial de Werden en el Ruhr, a la que se unió en 1031 la de Hersfeld.

Ese mismo año, vacando la sede arzobispal de Maguncia, el emperador lo presentó para la misma, lo que no agradó a los cortesanos, que hubieran preferido un hombre más de mundo. No lo recibieron todos en su diócesis de buena gana, empezando por el podestá de la ciudad, pero Bardón se dispuso a ser un buen obispo como había sido un buen monje, y sin hacer caso de los desprecios de que era objeto, se dedicó con celo y entrega a su tarea pastoral. Estableció un modo sencillo y evangélico de vida, haciendo de su casa no el palacio de un príncipe sino la casa del padre de todos, especialmente los pobres y humildes, que empezaron a ver que podían acudir a él con confianza y se les recibía en cualquier momento. El secreto de sus santas obras era su intensa vida interior: se pasaba las noches en oración en la iglesia. Muy consciente de que su primer deber como pastor era dar abundante pasto de la divina palabra, fue un celoso predicador, y el Señor le acompañó con el don de la elocuencia, atrayendo a muchos a la vida cristiana con sus sermones y homilías.

Tuvo el honor de recibir en Maguncia al santo pontífice León IX que en la primavera del año 1049 presidió allí un sínodo. El año 1051 moría en Dornloh, junto a Paderborn, el 11 de junio. Muy pronto comenzó a ser nombrado e invocado como santo y a celebrarse su fiesta litúrgica.

SANTA ALEIDIS

Virgen († 1250)

Aleidis o Alix o Adelaida nace en Schaerbeek, junto a Bruselas, en el primer tercio del siglo XIII. Desde muy pequeña es confiada al monasterio cisterciense de La Cambre para su educación, mostrando la niña magníficas dotes de inteligencia y corazón.

Llegada a la juventud opta por la vida religiosa y profesa en el mismo monasterio, teniendo muy pronto experiencias místicas que la prepararon a la dura prueba que iba a ser su vida: contrajo la lepra que poco a poco se apoderó de su organismo y la dejó incapaz de todo, salvo de sufrir por amor de Dios y ofrecer su enfermedad por el bien de la comunidad cristiana, mostrando una paciencia y dulzura admirables. Solamente se lamentaba de no poder comulgar bajo las dos especies, pero el Señor le reveló que bastaba una sola de las especies para recibir la gracia del sacramento. Finalmente, en 1249 la enfermedad la dejó ciega, lo que ella ofreció a Dios por el éxito de las empresas de San Luis de Francia. Murió el 11 de junio de 1250. Su culto está autorizado en la Orden Cisterciense y en las diócesis de Bélgica.

SAN PARISIO
Presbítero († 1267)

Parisio murió años después de cumplir los cien años. Tenía 108 según el *Martirologio* y 116 según algunos biógrafos. Nació en el seno de la familia Parigi en Bolonia, y apenas había dejado la infancia cuando optó por la vida religiosa tomando el hábito camaldulense en el monasterio boloñés de los Santos Cosme y Damián. Hizo los votos religiosos y fue oportunamente ordenado sacerdote. Dentro del monasterio llevó una vida ejemplar como monje en el silencio y en la guarda de la disciplina monástica.

Llevaba ya veinticuatro años de monje cuando la obediencia le destinó como director espiritual y capellán del monasterio camaldulense femenino de Santa Cristina, en Treviso, necesitado de renovación espiritual. Este monasterio tenía adjunta una hospedería de peregrinos y hospital de enfermos, bajo la advocación de Todos los Santos, cuya dirección igualmente correspondía al capellán. Parisio atendió con celo y constancia sus obligaciones, logrando la renovación de la vida religiosa en el monasterio y mostrando una gran caridad con los enfermos y peregrinos. Aunque se vio obligado a vivir fuera de su comunidad camaldulense, fue fidelísimo a su regla en lo que se refiere al régimen de vida y a las penitencias, de las que no quiso ser

dispensado ni siquiera cuando ya era muy anciano y el propio obispo diocesano de Treviso le ofreció la dispensa.

En 1196 varias personas piadosas erigieron el monasterio camaldulense femenino de Santa María de Belén en Bolonia y quisieron que estuviera bajo la dependencia del de Santa Cristina de Treviso a fin de que gozase de la dirección de Parisio, como así se hizo, prestigiándose enseguida por su exacta regularidad, hasta que, consolidado, se hizo autónomo en 1214. Lleno de méritos y virtudes Parisio murió el 11 de junio de 1267. Desde entonces ha recibido culto popular.

BEATA VIOLANTE DE POLONIA

Abadesa († 1298)

Violante, Yolanda o Iolenta era hija de Bela IV, rey de Hungría, y de su esposa la princesa bizantina María. Estaba emparentada con numerosos santos: sobrina de Santa Eduvigis y Santa Isabel de Hungría; prima de Santa Isabel de Portugal y tía de San Luis de Anjou, y hermana de las santas Cunegunda y Margarita.

Habiéndose casado su hermana Cunegunda con el rey de Polonia Boleslao el Casto, Violante fue enviada a la corte polaca para ser educada allí. Recibe una esmerada educación cristiana que hace florecer en ella muy tempranas virtudes. Apenas sale de la adolescencia cuando es dada en matrimonio al gran duque Boleslao el Piadoso. Ella, además de cumplir sus deberes en el hogar, se dedica a obras de piedad y misericordia, siendo una verdadera madre para todos los pobres y necesitados. Funda con su esposo iglesias, dota hospitales y contribuye generosamente a la difusión de la Orden franciscana en el país. De su matrimonio tuvo tres hijas, cuya educación cuidó con gran dedicación.

Muerto su esposo en 1279, cuando ya dos de sus hijas estaban casadas y la menor había declarado su vocación religiosa, opta por dirigirse junto con esta su hija Ana al monasterio de Santa Clara que su hermana Cunegunda había fundado en Gandeck y donde a su vez había ya profesado. Hace el noviciado, emite los votos y se dispone a vivir, sin excepción alguna, como

una religiosa más de la comunidad. Habiéndose mudado el convento por razones de seguridad a Gniezno en 1292, es elegida contra su voluntad abadesa del cenobio y, adornada de muchas virtudes, rige con santidad y sabiduría el monasterio hasta su edificante muerte el 11 de junio de 1298. León XII confirmó su culto el 26 de septiembre de 1827.

12 de junio

A) MARTIROLOGIO

1. En Lorio, en la Via Aurelia, en el duodécimo miliario desde Roma, San Basílides, mártir (fecha desconocida).
2. En Egipto, San Onofre († 400), anacoreta *.
3. En Roma, San León III († 816), papa *.
4. En Utrecht, San Odulfo († 865), presbítero.
5. En Suecia, San Eskil († 1080), obispo y mártir *.
6. En Cortona (Toscana), Beato Guido († 1250), presbítero, discípulo de San Francisco *.
7. En Ocre, de los Abruzos, Beato Plácido († 1248), abad *.
8. En Città di Castello, en el Tiferno (Italia), Beata Florida Cevoli († 1767), virgen, de la II Orden de San Francisco *.
9. En Verona (Italia), San Gaspar Bertoni († 1853), presbítero, fundador de la Congregación de las Sagradas Llagas de Cristo **.
10. En Capránica, junto a Viterbo, Beato Lorenzo María de San Francisco Javier Salvi († 1856), presbítero, de la Congregación de la Pasión **.
11. En Riobamba (Ecuador), Beata Mercedes María de Jesús Molina († 1883), virgen, fundadora del Instituto de Santa Mariana de Jesús **.
12. En Ragusa (Italia), Beata María Cándida de la Eucaristía Barba († 1949), virgen, monja de la Orden de Carmelitas Descalzas *.

B) BIOGRAFIAS EXTENSAS

SAN GASPAR BERTONI
Presbítero y fundador († 1853)

El día 1 de noviembre de 1989 tuvo lugar la canonización de Gaspar Bertoni por el papa Juan Pablo II. La bula corres-

pondiente se inicia con una conmovedora proclamación: «San Gaspar Bertoni hizo de su vida un holocausto perfecto unido al sacrificio de Cristo».

Verona tiene que ser, por fuerza, una de las ciudades que más repetidamente figura en el santoral: tantos son los santos y santas con que cuenta. En ella nació Gaspar el 9 de octubre de 1777. No puede repetirse aquí el tópico *de padres cristianos*. De situación muy acomodada y ambos notarios de profesión, su tenor de vida era muy diferente. Francisco Luis Bertoni no fue un esposo fiel, descuidó su función notarial, administró muy mal su rico patrimonio y vivió desentendido de la educación de su hijo.

Su madre, mujer de gran fortaleza cristiana en su vida conyugal tan poco feliz, dedicó los mayores cuidados a la educación de su hijo y, verdaderamente, recibió el premio ya en esta vida. En sus últimos años, cuando por las enfermedades apenas podía moverse, Gaspar era su báculo espiritual y corporal hasta el extremo de confiarle, como a sacerdote, todos sus problemas de conciencia. Lo de *holocausto perfecto* para él ya comenzó en los primeros años: no puede haber un dolor comparable al de un niño que vive avergonzado de su padre.

Su primera comunión, a los doce años, ya estuvo marcada por una experiencia mística. Cursó sus primeros estudios en la escuela de San Sebastián, convertida en municipal tras la supresión de la Compañía de Jesús a la que había pertenecido. Algunos de los antiguos jesuitas, ahora convertidos en sacerdotes seculares, continuaron en Verona como profesores y atendiendo a la Congregación Mariana. Gaspar tuvo la suerte de tener como profesor y director espiritual a Luis Fortis, que llegaría a ser General de la Compañía de Jesús tras su restablecimiento.

La experiencia mística de la primera comunión continuó actuando en él. A los 18 años la vocación sacerdotal era ya flor cuajada y comenzó los estudios eclesiásticos como alumno externo del seminario de Verona. En la bula de canonización se cita especialmente al egregio profesor de teología moral, Nicolás Galvani: fue su maestro y guía espiritual. Eran tiempos muy convulsos para Verona: el 1 de junio de 1796 se produjo la invasión francesa, seguida de veinte años de sufrimientos y desdi-

chas, ocasión para que Gaspar desplegase su ardor caritativo en favor de enfermos y heridos.

Terminó los estudios teológicos a los 22 años. Las tensiones entre sus padres habían ido en aumento y ya no hubo otro remedio que el de la separación consensuada en abril de 1800. Un verdadero drama del que Gaspar jamás dijo ni escribió palabra alguna. Con esta espina clavada en el alma recibía la ordenación sacerdotal unos meses después, el 20 de septiembre. Contaba 23 años.

Había entonces en Verona, como en tantas otras diócesis, verdadera sobreabundancia de clero. Su misma parroquia natal de San Pablo, de poco más de 2.500 feligreses, contaba con una docena de sacerdotes y algunos religiosos. Se explica así que no se pensase en Gaspar para cargo alguno relevante: continuó en su propio domicilio, prestando ayuda al párroco de San Pablo. Eran para Verona tiempos especialmente difíciles. Todo el Véneto había sido *vendido* a Austria en el tratado de Campofornido. La ciudad se vio ocupada por los austriacos desde el 31 de enero de 1798, la fecha aciaga en que las autoridades veronesas entregaron en una bandeja de plata las llaves de la ciudad al procónsul imperial. Las escaramuzas entre los ejércitos de Francia y Austria continuaron y el detrimento de toda la vida ciudadana se hacía sentir sobre todo en el sector juvenil. Las desventuras de Verona llegaron al colmo cuando el 9 de febrero de 1801 la ciudad fue dividida en dos: a los franceses correspondía el centro histórico, con cerca de 36.000 habitantes, y a los austriacos la zona norte, con poco menos de 20.000. En esta situación, el experimentado párroco, don Girardi, le dijo a su ayudante Bertoni: «Oh querido Gaspar, para mí tienes aire de misionero». Don Gaspar apuntilló: «Misionero sí, pero misionero de los jóvenes».

Comenzó con una docena de muchachos con edades comprendidas entre los 12 y los 15 años, analfabetos casi todos ellos y aprendices de algunos oficios. El local de reunión era el propio archivo parroquial. Sus iniciativas eran de lo más sencillo: buenas lecturas, pequeñas pláticas instructivas y animadoras, momentos de juegos y entretenimiento. Y se repitió lo que tantas veces sucede en ambientes de gente mayor: el ruido y alga-

zara en los locales parroquiales resultaban inaguantables. ¿Solución? Todos los domingos después del catecismo se los llevaba a su casa y allí pasaban la tarde alegremente. Por lo visto, don Gaspar se limitaba muchas veces a exclamar: «Oh, si conociésemos sólo un poquito lo bueno que es Dios». Y concluía: «Amemos a Dios, amemos a Dios». Poco después los grupos eran tres, divididos en razón de la edad. Las monjas de San Francisco de Paula (Mínimas) le permitieron distribuirse en algunos de sus locales: los más pequeños en la antesacristía, los grandecitos en la sacristía misma y los jóvenes en la iglesia conventual. Pronto sus muchachos sobrepasaron el número de 400 y supo ganarse a otros clérigos que le ayudaron. Como no podía ser menos, el *Oratorio de San Pablo* se hizo muy famoso y no tardó en implantarse en otras parroquias. Era necesario dotarlo de una estructura adecuada que denominó *cohorte mariana,* dividida en las secciones de «seniores» y «juniores», buen precedente de las ramas de la Acción Católica en el siglo XX. Don Gaspar supo escoger entre sus seguidores a algunos especialmente entregados: fueron sus *agregados,* pronto divididos en *decurias* que le acompañaban en sus expediciones para implantar nuevas cohortes, siempre bajo la protección de María.

Las horas del joven sacerdote estaban del todo dedicadas, y no sólo a los jóvenes: también se volcó en las visitas a los presos de la cárcel local, y cuando en 1806 se fundó un pequeño hospital para reclusos enfermos, fue allí D. Gaspar, muy unido espiritualmente con el médico Barbieri, quien endulzaba aquellas existencias humilladas y rotas. Precisamente entonces (1808) escribió su *Memoriale privato,* un diario que no excede las 25 páginas, más que suficientes como radiografía espiritual de este apóstol.

Apenas había rebasado los treinta años. Él florecía en medio de las dificultades y lo mismo sucedía en la misma Verona con otras almas grandes con las que sintonizó de maravilla. Su obra recibió un golpe durísimo con el decreto gubernamental de 1807, prohibiendo «las fraternidades, congregaciones, compañías y, en general, todas las sociedades religiosas laicales». En adelante debió prescindir de toda forma de organización externa, difuminando su obra en las actividades parroquiales, siempre vigilado por la policía.

Vivió con su madre hasta el fallecimiento de ésta, el 6 de febrero de 1810, después de una dolorosa enfermedad, asistida espiritualmente por su propio hijo. Después se fue a vivir con su tía materna Rosa Ravelli, casada con Giuseppe Scudellini. Poco después, el 25 de abril, Napoleón decretaba la supresión de todas las órdenes religiosas, masculinas y femeninas. Las reacciones fueron muy diversas, esclareciéndose las posturas de los verdaderamente fieles y los acomodaticios. Lo más grave era la situación interna del Seminario. El obispo mons. Lituri encomendó a don Gaspar la dirección espiritual del mismo. En 1815 un notable escritor señalaba el cambio experimentado en los siguientes términos, que deben ser leídos en su contexto: «El seminario de Verona es un monasterio de monjes más que de jóvenes eclesiásticos».

Quizás la experiencia de su propia soledad y la de tantos otros sacerdotes fue lo que le inspiró el deseo de agruparse con otros viviendo en común. La cosa comenzó por reuniones de estudio en su propia casa con un grupo de cinco jóvenes presbíteros: temas bíblicos, teológicos y humanísticos. El 4 de noviembre de 1816 se retiraba con dos de ellos a una vivienda junto a la suprimida iglesia de los Sagrados Estigmas de San Francisco. Comenzaba así un servicio enteramente gratuito a la Iglesia y a la sociedad, en vida común de estricta observancia y rígida penitencia, intensa vida de contemplación y amplio apostolado que comprendía la educación de la juventud, la formación del clero, la predicación de misiones populares, todo ello en perfecta disponibilidad a las órdenes del obispo.

Ya en 1812 había sufrido una grave enfermedad. El verdadero martirio comenzó en 1824 y fue en aumento hasta la muerte: 19 años de creciente padecer. Primero fue una hinchazón de la pierna derecha, pronto apareció un tumor que fue creciendo hasta la rodilla... Las intervenciones quirúrgicas, con los medios rudimentarios de entonces, se sucedieron continuamente —bueno será ahorrarnos las descripciones de los testigos, que hoy nos resultan escalofriantes—; se habla de más de 200 intervenciones dolorosas, y se comprende así muy bien la proclamación con que comienza la bula de su canonización.

La advocación de las Sagradas Llagas de San Francisco resultó premonitoria: también él se convirtió en un Cristo llagado como el Serafín de Asís. Así, configurado con Cristo dolorido, siguió en la brecha del trabajo. Acomodado en una butaca de brazos, seguía la marcha espiritual de los alumnos que le rodeaban y dirigía retiros y ejercicios espirituales. Sólo interrumpía su actividad cuando el dolor era demasiado fuerte. Y se producía en los oyentes una sensación inefable: las palabras de aquel hombre crucificado rezumaban dulzura y alegría. Es considerable la lista de fundadores de otras congregaciones que recabaron sus orientaciones y consejo: el Beato Carlos Sleeb, el Siervo de Dios Nicolás Marza, don Antonio Provolo y hasta el famoso filósofo Rosmini, fundador de dos familias religiosas, aparte de varias santas fundadoras.

Su propia fundación, llamada la Congregación de las Sagradas Llagas de Nuestro Señor Jesucristo, iba creciendo con ritmo lento, pero seguro. Bertoni quería, ante todo, asegurar la concordia y la fraternidad. Los aspirantes parecía que entraban con cuentagotas, pero sorprendía su calidad, como fue el caso de don Vincente Raimondi, egregio profesor de teología, cuyo ingreso causó gran admiración en todo Verona. Se llegó a hablar de curaciones milagrosas por la imposición de las manos de don Bertoni: tal fue el caso de mons. Castori, provicario de la curia diocesana, y otros enfermos clínicamente desahuciados.

La comunidad de don Bertoni amaba la vida escondida, en pobreza alegre, laboriosa y desprendida. Hace mucho al caso la observación del capellán de la Corte imperial, Luis Schlor, que pasó nueve meses en Verona entre 1837 y 1838. En su librito titulado *La vida de la Iglesia de Verona en los últimos tiempos* retrata maravillosamente al fundador y a su congregación:

> «Estos sacerdotes hacen del retiro y el recogimiento la nota distintiva de su vida y su trabajo, y es tan grande el esplendor de su virtud y la eficacia de su celo apostolico que toda la ciudad, clero y pueblo, los ama profundamente y tiene por santos Su superior don Gaspar Bertoni, conduce su comunidad con tanta suavidad y firmeza que en todos resplandece el mismo espiritu y todos difunden una misma vida»

Schlor, al escribir lo que precede, no hace más que reflejar la fama creciente de santidad que difundían cuantos le trataban:

cardenales, obispos, monseñores de sumo prestigio, como Antonio María Traversi, confesor del papa Gregorio XVI.

Llegado al año de 1841, todavía tenía por escribir la regla de su congregación. Le bastó con formular por escrito lo que tenía muy claro en su mente desde el año 1817, cuando la Congregación de Propaganda Fide le había otorgado el título de *Misionero apostólico.* También le bastaba con reflejar fielmente lo que sus seguidores practicaban con fruto creciente. Su estilo debía ser el de servir a la Iglesia con absoluta gratuidad, «ajenos a dignidades, residencia fija, beneficios perpetuos», «dispuestos a ir a cualquier lugar de la diócesis o del mundo», «siempre bajo la dirección y dependencia de los obispos de los lugares en que ejerciesen su ministerio».

Las señales de crucifixión fueron en aumento. El 10 de septiembre de 1843 celebró su última misa. Le restaban aún diez años de vida que no fueron estériles, a su habitación de enfermo acudían incesantemente, sobre todo, numerosos sacerdotes buscando orientación espiritual. Nada tiene de extraño que algunos personajes muy adinerados legaran sus bienes a la Congregación de las Santas Llagas. A todo ello renunciaron tanto él como sus discípulos, para más identificarse con Cristo pobre.

Sus biógrafos se extienden en detallar los dolores agudizados en los últimos tres años. Al final ni siquiera podía recibir alimento alguno. Pudo seguir comulgando, eso sí, hasta el último día, 12 de junio de 1853. «Padre», le preguntó el enfermero, «¿quiere alguna cosa?». Y respondió: «Necesito partir». Fueron sus últimas palabras.

A las tres de la tarde, las campanas del templo de las Santas Llagas anunciaban a Verona la muerte de un santo. Tenía 62 años.

JOSÉ M.ª DÍAZ FERNÁNDEZ

Bibliografía

CERESATO, G., *Il volto e l'anima del ven. Gaspare Bertoni: fondatore dei preti delle Sacre Stimate de N.S.G.C.* (Verona 1952).

DALLE VEDOVE, N., *San Gaspare Bertoni: fondatore degli Stimmatini* (San Giovanni Lupatoto 1989).

MUZII, L., *Voglia di santità. San Gaspare Bertoni, fondatore degli Stimmatini, 1777-1853* (Roma 1989).
ZAUPA, L., *Gaspare Bertoni, un santo per il nostro tempo* (Verona 1994).

BEATO LORENZO MARÍA DE SAN FRANCISCO JAVIER SALVI

Presbítero († 1856)

La santidad cristiana consiste en reproducir en la propia persona y en el seno de la comunidad cristiana el misterio salvador de Jesucristo. Él es único y culminante en el misterio pascual; pero cada uno de los pasos de la vida terrena de Jesús, hasta su muerte y su resurrección, encierran un valor salvífico y son pauta y norma de vida para sus seguidores: desde la encarnación del Hijo de Dios, hecho hombre en las entrañas de Santa María Virgen, hasta su cruz y su glorificación a la derecha del Padre, cuando es constituido verdaderamente Hijo de Dios poderoso (Rom 1,4), fuente de salvación eterna para cuantos creen en él (Heb 5,9). En la historia de la santidad cristiana, comunidades y personas han vivido con preferencia, han meditado y se han asimilado misterios concretos de la vida del Señor. Se trata de los acentos, de las preferencias con que las diversas espiritualidades han primado aspectos, gestos, palabras, signos, misterios de Jesucristo, que con su encarnación, nacimiento, predicación, pasión —como paso de la vida terrena hacia la vida nueva a través de la muerte— y glorificación eterna junto al Padre, en el Espíritu, ha obrado nuestra redención y nos ha conformado a sí mismo, para que, ya desde nuestra peregrinación terrena, vivamos en la fe de que Dios, rico en misericordia, tanto nos ha amado que en su Hijo ya nos ha dado la vida nueva, ya nos ha resucitado, ya nos ha entronizado con Cristo en el cielo, para que en esta vida mortal realicemos las obras que él practicó mientras convivió con los hombres (cf. Ef 2,4-10).

Vivir el misterio de la Encarnación y la infancia del Dios hecho hombre fue la elección espiritual del Beato Lorenzo María de San Francisco Javier Salvi, sacerdote pasionista.

Romano por su nacimiento y por la parroquia de su bautismo, Lorenzo abrió los ojos a la luz de esta tierra en la Ciudad Eterna el 30 de octubre de 1782, hijo de Antonio Salvi y de Ma-

ría Ana Biondi, y al día siguiente recibió el baño de la regeneración en la iglesia —entonces parroquia— de San Eustaquio, junto al Panteón, recibiendo los nombres cristianos de Lorenzo, Cayetano, Manuel.

Recibió una muy buena educación en la familia Salvi y se inició en los estudios de humanidades y eclesiásticos en el colegio romano, donde tuvo como profesor particular por algún tiempo a Dom Mauro Cappellari, camaldulense, que más tarde sería papa con el nombre de Gregorio XVI.

El 14 de noviembre de 1801, cuando contaba 19 años, ingresó en la Congregación de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo. Cumplió su noviciado en la casa de retiro de San José del Monte Argentario, fundado por el mismo San Pablo de la Cruz. En la congregación adoptó el nombre religioso de Lorenzo María de San Francisco Javier. El 20 de noviembre de 1802 pronunció los votos perpetuos. El 29 de diciembre de 1805 recibía la ordenación sacerdotal en Roma. Inmediatamente inició su actividad apostólica.

Pero la invasión de Roma y de los Estados Pontificios por Napoleón, que decretó la supresión de las órdenes religiosas, lo sacó del convento. El P. Salvi rehusó, por otra parte, prestar juramento de fidelidad al emperador francés. Por espacio de algún tiempo, prosiguió su ministerio sacerdotal en la iglesia de Santa Maria in Publicolis, en el barrio de San Eustaquio, y luego en la región del Piceno. Allí cayó gravemente enfermo. Su maravillosa curación fue atribuida por el bienaventurado religioso a una aparición del Niño Jesús. Esta visión cambió el rumbo de su vida y la orientación de su ministerio apostólico.

Tras el regreso a Roma del papa Pío VII, liberado del cautiverio napoleónico (24 de mayo de 1814), el P. Lorenzo volvió también a la Urbe y reanudó con renovado fervor su oficio de predicador, ministerio propio de los pasionistas. Entre 1815 y hasta su muerte, acaecida en 1856, recorrió como misionero popular, de forma casi ininterrumpida, la Italia central: el Lacio, las Marcas, la Toscana y el Abruzzo. Ejerció también el cargo de superior en los conventos de la Congregación de Terracina, Todi, de la casa general de los santos Juan y Pablo de Roma y de Vetralla. Fue asimismo consultor provincial, elegido varias veces.

Además de las misiones populares, predicó ejercicios espirituales al clero, a religiosas y a monjas; se dedicó intensamente a oír confesiones y a la dirección espiritual. Se cuentan en unas trescientas las misiones populares y ejercicios espirituales que predicó. Siguiendo el carisma de su congregación, difundía y predicaba la devoción a la Pasión de Jesucristo. Cultivaba también el culto a la Eucaristía y profesaba devoción filial a Nuestra Señora. Pero su predilección, en su espiritualidad y en su apostolado, se cifraba en el amor apasionado al misterio de la Encarnación y al de la infancia del Niño Jesús, devoción que se había obligado él mismo a difundir con un voto particular.

Sin duda esta entrañable piedad y devoción hundía sus raíces en la misma infancia del P. Lorenzo, en la piedad popular romana que profesa singular y secular veneración a la imagen del Dios Niño, en la iglesia del Ara coeli, junto al Capitolio; devoción pupular que en las fiestas navideñas se mantiene con gran concurso de niños y de otros fieles de cualquier edad. Cultivó el fervor religioso en su vida espiritual, un amor creciente al Verbo Encarnado y se sentía verdaderamente llamado a ser apóstol ardiente de esta devoción. Por todos los medios, con su predicación, con sus exhortaciones y con sus escritos, se esforzaba por atraer a todos al amor del Dios hecho niño. Meditaba asiduamente la Encarnación, repartía imágenes del Niño Jesús, muchas de ellas esculpidas con sus propias manos, instituía asociaciones de fieles enfervorizados con su piadoso objetivo. Era tan conocido y popular su apostolado que pastores y fieles familiarmente lo llamaban: «Padre Lorencito del Niño Jesús». De todos era conocido como el «apóstol de Jesús Niño». Llevaba consigo siempre la imagen del Niño Dios: con ella en sus manos, predicaba, bendecía, realizaba prodigios, pues se dice que acompañaba su predicación apostólica con gracias y curaciones extraordinarias que la gente de aquel tiempo consideraba milagrosas. En 1855 la ciudad de Viterbo se vio liberada del cólera morbo después de que el bienaventurado religioso, llamado por el obispo, hubiera predicado un triduo sobre el Niño Jesús en la catedral, ante gran concurrencia de fieles.

Pero su celo de predicador incansable, en un momento de su vida, le hizo entrever un nuevo campo de apostolado: el diá-

logo entre las Iglesias anglicana y romana. De buen grado hubiera querido acompañar a su amigo, el Beato Domingo Barberi, a Inglaterra para ayudarle en la tarea ecuménica que éste había iniciado; pero la obediencia no se lo consintió y tuvo que permanecer en Italia.

El celoso apóstol popular se vio agraciado también con dones místicos extraordinarios.

Acompañó sus palabras de apóstol de la infancia de Jesús con sus escritos: la novena de Navidad que prepara la fiesta del 25 de diciembre; ejercicios piadosos sobre el Adviento; visita espiritual a la cueva de Belén; visita a la santa cuna. Divulgó otras obras para estimular la devoción y las asociaciones piadosas: *I gradi della santa Infanzia de N.S.G.C.; La devota lega per la difusione della devozione a Gesù Bambino; Il cameriato di Gesù Bambino; L'anima innamorata di Gesù Bambino; L'anima mistica nutrice di Gesù Bambino.*

De esta devoción personal y de su predicación sobre la infancia de Jesús niño, el Beato Lorenzo Salvi aprendió a ambientar toda su vida cristiana en la «infancia espiritual». El abandono filial en brazos de Dios, como niño en el regazo de su madre (Sal 130,2; Is 66,12-13), la simplicidad y humildad en todas las ocasiones de la vida, eran la constante de su espiritualidad, vivida con todo el fervor del espíritu, traducida en la práctica de todas las virtudes teologales y morales.

Lleno de trabajos y méritos, se durmió santamente en el Señor el 12 de junio de 1856, en Capránica, en la casa señorial de los Porta, insignes benefactores de los pasionistas. Rodeado de gran fama de santidad, fue sepultado en la casa de retiro de su congregación, en el pueblo de Sant'Angelo, en Vetralla, diócesis de Viterbo.

En Roma y en otras diócesis, fueron incoados los procesos ordinarios de beatificación entre 1891 y 1894. El proceso apostólico se desarrolló entre 1923 y 1927. Juan Pablo II proclamó sus virtudes heroicas en 1978. El milagro para la beatificación fue aprobado en 1988. Ésta se celebró solemnemente en la plaza de San Pedro del Vaticano el día primero de octubre de 1989, juntamente con la de otros 26 religiosos pasionistas, mártires durante la persecución religiosa en España.

En su homilía, Juan Pablo II resaltó:

> «Lorenzo combatió el "buen combate de la fe", según el espíritu de su Congregación religiosa, ocupándose intensamente en la predicación de las misiones populares, en cursos de ejercicios espirituales, en el ministerio de las confesiones. Buscaba infundir en cuantos se le acercaban el amor a Cristo pobre y humilde, mediante la devoción a la infancia de Jesús y a su Pasión, momentos en los que se revelan sobre todo la humildad y la dulzura del Salvador. Convencido de la infinita misericordia del corazón de Cristo, no se cansaba de exhortar las almas a la confianza, proponiéndoles el ejemplo del niño que se confía en todo a los brazos amorosos y fuertes del padre».

Ante el primado de Canterbury, Dr. Robert Runcy, que asistía a la beatificación, recordó el propósito del nuevo beato romano de trabajar por abrir un fructuoso diálogo entre la Iglesia anglicana y la Iglesia de Roma.

PERE-JOAN LLABRÉS Y MARTORELL

Bibliografía

AAS 82 (1990) 939-942.

ANDREA DELLA MADONNA DEL BUON CONSIGLIO, CP, *L'apostolo di Gesù Bambino, o, Vita del servo di Dio P. Lorenzo M.ª di S. Francesco Xaverio, pasionista* (Roma 1987); repr. facsímil de la ed. de Viterbo 1906.

NERONE, C., *L'infanzia spiritale nella dottrina e nella prassi di un asceta del secolo XIX* (Roma 1958).

BEATA MERCEDES MARÍA DE JESÚS MOLINA

Virgen y fundadora († 1883)

Nació en Baba, provincia de Los Ríos, entonces Departamento de Guayaquil, el 24 de septiembre de 1828. Fue hija de don Miguel Molina y Arbeláez y de doña Rosa Ayala y Aguilar, hacendados locales que llevaban una vida piadosa, desahogada y tranquila, pero con amplias relaciones sociales por sus múltiples amistades.

El hogar fue bendecido por Dios con tres hijos, dos niñas y un chico. Ella fue la menor y por lo tanto el centro de las atenciones familiares. Tenía sólo dos años cuando falleció su padre, después de corta enfermedad. La madre se trasladó entonces a

Guayaquil, para estar más cerca de otros familiares. En la elegante e industriosa ciudad, rival de Quito por su industria, su puerto y su gente emprendedora, en la ribera del río Guayas a cincuenta kilómetros de la desembocadura en el inmenso Pacífico, pasó su infancia, asistió a la escuela, hizo sus primeras amistades y descubrió lo que era el estudio, la convivencia y la alegría de la juventud inicial.

Su madre, que era muy piadosa, seria y responsable de lo que la educación significaba para sus tres hijos, la enseñó a rezar y a conocer la doctrina cristiana. Se preocupó con esmero de infundirla buenos sentimientos y relacionarla con personas piadosas que en la parroquia y en la escuela la ayudaran en su vida cristiana. La niña respondió con dulzura, aunque de carácter vivo y un tanto propensa a las evasiones estimuladas por el ambiente festivo y amistoso en el que se movía.

A los quince años de edad el idilio familiar quedó interrumpido ante la muerte de la madre. Ella quedó bajo la tutela de su hermana mayor, que hubo de tomar las riendas de sus dos hermanos huérfanos. Entonces era ya una bella e inteligente jovencita, admirada por su ingenio decidido, por su claridad de mente y que, como es natural, atraía a muchos galanes que rondaban su casa con pretensiones amorosas. De buen carácter, nada pretenciosa, llena de ilusiones vitales que apenas su hermana mayor podía dominar, apenas podía resistirse ante tantas solicitudes y diversiones que se presentaban y ante el desahogo económico en el que los tres hermanos habían quedado.

Pero en 1849, cuando acababa de cumplir veintiún años, tuvo un accidente providencial. En uno de sus esparcimientos juveniles se cayó de un caballo y se rompió un brazo. Tuvo que pasar muchos días inmovilizada por los médicos y los dolores de la herida. No la quedó otro remedio que resignarse a la lectura, a la reflexión y sobre todo a la contemplación de un crucifijo que presidía el hogar. Fue en esta situación donde los sentimientos nobles, infundidos por la madre y latentes en su corazón sano, tomaron cuerpo. Una nueva vida se abrió a sus ojos espirituales en medio de sus pensamientos. Y la posibilidad de «otra vida» se la presentó como un desafío.

Renunció a un brillante matrimonio que se le ofrecía y que antes la había seducido. Cambió de rumbo en sus ideales y fue dejando sin estridencia las amistades algo frívolas que frecuentaba hasta ese momento. Incrementó sus limosnas y comenzó a pensar en los que sufrían y en los pobres que esperaban ayudas de los poderosos. Cuando se restableció del todo había tomado determinadas opciones con la claridad de un espíritu maduro, que hasta entonces no había demostrado del todo. Inició un estrecho camino de obras de misericordia y de caridad. Se entregó a la asistencia de huérfanos en un hospicio cercano a su domicilio.

Fue su plataforma de despegue hacia el heroísmo y su consagración a Dios. Incluso decidió trasladarse a vivir con los huérfanos, para actuar con ellos como educadora y como madre cariñosa, recordando por experiencia propia lo que era la orfandad. Su corazón, decidido a no vivir a medias, se inclinó hacia decisiones de entrega total a Dios. Después de madura reflexión y algunas consultas a directores espirituales que la entendían, repartió todos los bienes que la correspondían de la herencia familiar en obras de asistencia a los pobres. El asombro de sus conocidos y cierto desconcierto de sus otros dos hermanos no la asustaron. A todos tranquilizó con su serenidad y alegría. También se hizo con este motivo miembro activo de la incipiente Junta de beneficencia de Guayaquil. Y terminó en breve siendo elegida como directora de la Residencia de huérfanas.

Su opción de vida no se contentó con lo exterior. Al mismo tiempo creció en su vida de oración. Probablemente fue en estos meses de desprendimiento cuando experimentó sus primeros dones místicos y espirituales. Como fruto de ellos fue la emisión de un voto de virginidad perpetua, consciente de que tomaba el camino del sacrificio, de la bondad, de la entrega definitiva a Dios y a los hombres por Dios.

Parece que fue también entonces cuando, estando en oración contemplativa y admirando los pasos de la santa ecuatoriana Mariana de Jesús, a quien imitaba en su amor a Dios, vio un rosal florido, en cuyo símbolo entendió que Dios la pedía fundar un colegio, una familia o un Instituto religioso dedicado a dar flores y frutos de santidad para la Iglesia.

Su vida intensa de oración se fue acrecentando. Al menos desde 1862 hubo testigos que la vieron en levitación en algunos momentos de oración. Supieron también que perdía los sentidos en esos momentos y entraba en éxtasis después de comulgar. Y descubrieron que en su vida acontecían hechos misteriosos que ni ella misma podía explicar.

Su fama de piadosa, de caritativa, de mujer extraordinaria, se extendió por toda la ciudad ocasionando muchos comentarios, unos favorables y otros despectivos, como tantas veces aconteció en la vida de los santos. Fue justamente por esa época cuando conoció a Narcisa de Jesús Martillo Morán, con quien compartió su casa por largo tiempo para ayudarse mutuamente en el camino de la cruz y practicar juntas la virtud, la oración y la penitencia.

En 1870 su director espiritual, el jesuita italiano Domingo Bovo, que se había cambiado el nombre en P. García, para resultar más familiar a los nativos, la invitó a participar en una misión con los indígenas jíbaros, en el Oriente del Ecuador. Con él partió al principio a Gualaquiza y luego a otros lugares. Actuó como catequista, maestra y enfermera, en unión con las tres compañeras que con ella convivían. Fue una misión difícil. Los jíbaros, diseminados en la zona selvática amazónica y en los montes cercanos a la cordillera del Sur, resultaban peligrosos por sus costumbres guerreras y su manía primitiva de cortar las cabezas y empequeñecerlas para guardarlas como trofeo de guerra. Precisamente su nombre de jíbaros significaba «salvajes», aunque antropológicamente se les conocía como tribus shuares, achuales o yaruros. La misión no resultó definitiva ni aparentemente exitosa, pues la peste y las luchas tribales que se desencadenaron, obligaron a interrumpirla esperando mejores circunstancias. Pero la empresa había durado tres años, que fueron provechosos para todos.

Regresó a Cuenca por algún tiempo y prosiguió su labor educativa y asistencial con más huérfanos, con niñas y mujeres, así como con la asistencia domiciliaria a los enfermos y moribundos.

Y fue entonces cuando sonó la hora de la Providencia. Las circunstancias la condujeron a la ciudad de Riobamba, donde se

estableció a la espera de lo que convendría hacer: o reanudar la misión al mejorar las condiciones de la selva o regresar a su ciudad de origen. Pero ni una cosa ni otra era el plan divino. Más bien había llegado el momento de hacer realidad la antigua visión del rosal florido. Vio cristalizado su deseo de fundar un Instituto religioso ante la invitación de quedarse, organizar un centro educativo para los necesitados y atraer vocaciones para incrementar la obra. Organizado el grupo, el 14 de abril de 1873, con dos de las compañeras, formuló los votos de pobreza, castidad y obediencia. Y así nació la pequeña semilla que pronto se desarrollaría con exuberancia.

El nombre elegido para la obra se debió a la gran devoción que ella sentía por la primera santa ecuatoriana, Mariana de Jesús, nacida en 1654 en Quito. Había sido beatificada esta singular mujer por Pío IX en 1850. Un día lejano de 1950 sería declarada santa por Pío XII. En honor de la entonces admirada Beata Mariana, el centro y el grupo se denominaron con su nombre y la gente sencilla añadió el adjetivo de «marianitas».

El mismo P. García (Domingo Bovo) redactó las Constituciones después de diversas conversaciones con ella y con el grupo de las que seguían a la incipiente fundadora. Habían hablado del tema durante la misión entre los jíbaros. El objetivo de la obra quedó claro. Sería la acogida de niñas huérfanas pobres, para educarlas y preservarlas del mal. Se añadirían otras labores, como acogida de arrepentidas, atención a presidiarias, recuperación de doncellas en peligro.

Tenía la fundadora al iniciar la hermosa obra educativa de las «marianitas» cuarenta y cinco años y la quedaban por delante veinte al servicio eclesial. Fue un trabajo difícil, que caminó en paralelo con sus progresos espirituales, alentados por su sentido de penitencia, por las pruebas morales por las que atravesó su alma, por las temporadas de bonanza en el mar de su espíritu. Sobre todo la hicieron sufrir mucho las tensiones originadas por las intromisiones de los directores espirituales externos, de algunos jesuitas en clara rivalidad con otros redentoristas, los cuales ofrecían y promovían nuevas ocupaciones a las Hermanas que no respondían a su carácter institucional.

El trabajo social y las actividades eficaces de la fundadora y de sus compañeras llamaron la atención de los gobernantes locales. Y el eco de sus aciertos llegó hasta el Presidente de la República, el ferviente católico Gabriel García Moreno, quien decretó ayudas y subvenciones a la obra de las marianitas. Ello contribuyó a acelerar su proceso de expansión. Nuevas jóvenes se fueron adhiriendo al grupo inicial y pronto el trabajo se hizo más amplio y los frutos más visibles. Incluso otros grupos de atención a huérfanas y marginadas se fueron extendiendo por otros lugares del país. La desaparición del Presidente de la nación, asesinado en 1875 por esbirros masónicos y cuyas últimas palabras al caer mortalmente herido fueron: «Dios no muere», creó dificultades. Su sucesor bloqueó las ayudas a las obras sociales del Instituto y algunas de las obras entraron en crisis.

Ante la imposibilidad de librarse de la influencia o coacción de los directores externos, la fundadora decidió dimitir de su cargo en la congregación y dejar en 1876 el gobierno a otra persona. Fue la hermana María Urquillas, quien durante un tiempo toleró actividades fuera de la clara orientación educativa y de atención a las mujeres marginadas, encarceladas o necesitadas.

Ella siguió como maestra de novicias y entregada a la oración, en espera de que Dios defendiera lo que claramente Él había inspirado.

Los últimos doce años los pasó, como ocurrió con otras fundadoras, apartada de la dirección de su obra y dedicada a la formación, a la oración y a rigurosas penitencias, dando ejemplo de paz y de humildad. Llena de virtudes y méritos, murió el 12 de junio de 1883. Sus restos serían llevados luego al lugar de su primera obra. Y hoy descansan en la ciudad de Riobamba, en la misma casa donde fundó la congregación de las marianitas.

La devoción de los que la habían conocido y los signos milagrosos que pronto se fueron multiplicando en torno a su recuerdo y a su sepulcro, movieron a las autoridades eclesiásticas a iniciar su proceso de beatificación, que comenzó en 1886 en la Diócesis de Bolívar. La oposición de personas contrarias a la obra y las grandes convulsiones políticas surgidas en Ecuador en los últimos decenios del siglo XIX tuvieron el proceso detenido hasta 1929, en que se siguieron recogiendo testimonios. Se

reanudó en 1929 y el 8 de febrero de 1946 el papa Pío XII decretó la introducción de la causa de su beatificación.

El 27 de noviembre de 1981, Juan Pablo II expidió el decreto sobre las virtudes heroicas y le dio el título de Venerable. Cuatro años más tarde, el 1 de febrero de 1985, «La Rosa del Guayas» fue beatificada durante la visita pastoral que el Santo Padre realizó a la ciudad de Guayaquil.

PEDRO CHICO GONZÁLEZ, FSC

Bibliografía

VILLAFUERTE, E., *Vida de la Sierva de Dios Sor Mercedes de Jesús de la Congregación de la Beata Mariana de Jesús, muerta en olor de santidad el 12 de junio de 1883* (Barcelona 1886; Quito ²1984).

FAJARDO, E. L., *La Rosa del Guayas* (Quito 1961).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN ONOFRE
Anacoreta († 400)

Conocemos de la vida y muerte de San Onofre por el relato que un viajero por el desierto de la Tebaida nos hace en una narración llena de sentido sobrenatural y místico. Según ella Onofre fue primeramente monje en un monasterio de la Tebaida, Egipto, pero luego se sintió llamado a la vida solitaria para estar dedicado por completo a la divina contemplación. Entonces se adentró en el desierto, donde vivió en una cueva, comiendo los dátiles de una palmera y ofreciendo continuamente plegarias al Señor.

Llevaba ya sesenta años en el desierto cuando el citado viajero lo encontró. Onofre llevaba cabellos y barba hasta los pies, tenía el cuerpo cubierto de pelos y se cubría con una falda de hojas. Le contó su historia al viajero y le dijo que el Señor lo había llevado hasta allí para que asistiera a su muerte y lo enterrara. Le pidió solicitara las oraciones de la comunidad cristiana por él y que a su vez no se hiciera anacoreta porque la voluntad del Señor para él era otra. Murió Onofre y lo enterró el viajero en la cueva, cubriéndola bien para preservar el cuerpo de las fieras.

Este viajero se llamaba Pafnucio, y se duda si era San Pafnucio el Grande o el abad Pafnucio de Escitis. San Onofre tiene dedicada una iglesia en Roma y devotos en todo el mundo.

SAN LEÓN III
Papa († 816)

León era romano e hijo de Azupio. Había ingresado en su juventud en el clero de Roma y había llegado a ser prepósito de la custodia de Letrán, y como cardenal era presbítero y del título de Santa Susana. Al día siguiente de la muerte del papa Adriano I (25 de diciembre de 795) fue elegido por unanimidad obispo de la ciudad por el clero y el pueblo. Se consagró pacíficamente el día 27 del mismo mes y año. Comunicó enseguida a Carlomagno la muerte de Adriano y su propia elevación a la sede de Pedro, a lo que contestó el monarca exhortándolo a ser fiel a las normas de los Santos Padres y a orar por la Iglesia como Moisés hiciera por el pueblo de Dios durante la batalla. La carta de Carlomagno no ofrecía duda sobre la decidida voluntad de intervenir activamente en los asuntos de la Iglesia. Al mismo tiempo le envió al papa presentes con los que enriqueció las iglesias de Roma. El papa nombró a Carlomagno portaestandarte de la Iglesia, a cuyo fin le envió el estandarte y también las llaves como señal de que el rey era el guardián honorífico del sepulcro de San Pedro. Nombrado Carlomagno patricio romano, el pueblo le juró fidelidad ante sus delegados.

Bajo León III siguió adelante el tema del adopcionismo español, condenado en los sínodos de Ratisbona (792) y Francfurt (794), pero cuyos corifeos no se echaban definitivamente atrás. León convocó un sínodo en Letrán (798) y condenó a Félix de Urgel, el cual al año siguiente compareció ante el sínodo de Aquisgrán, desde donde ya no pudo volver a su diócesis. Parece que se arrepintió pero Elipando no lo hizo.

En Roma se formalizaba una conspiración a cargo de algunas familias nobles contra el pontífice que el 25 de abril de 799 en la procesión de las Letanías fue atacado físicamente, malherido y salvado milagrosamente de manos de sus enemigos por un grupo de personas conscientes y valerosas. Refugiado en San

Pedro, convaleció el papa de sus heridas sin que sus enemigos cejasen en su voluntad de acabar con él, levantándole, además, las más viles calumnias. Por fin el duque de Espoleto llegó con tropas, auxilió al pontífice y se lo llevó a su ciudad. De allí partió para el reino franco, donde Carlomagno, como toda la cristiandad, oyó con horror lo sucedido en Roma. Esta ciudad quedó a merced del saqueo de los enemigos del papa, que, además, redactaron un memorial con las acusaciones contra el pontífice. Reunido el papa con Carlomagno, éste determinó la vuelta del papa a Roma, donde sus enemigos no se atrevieron a oponerse a un papa amparado por Carlomagno. Salió el clero y el pueblo a recibir al pontífice, y se dispuso a esperar a Carlomagno que iba a celebrar en Roma la Navidad del año 800. Recibió León a Carlomagno con toda solemnidad y fueron congregados abades y obispos para examinar las acusaciones contra León, pero los prelados se negaron a juzgar al papa, pues los inferiores no juzgan al superior. Y entonces León espontáneamente se sinceró de su conducta delante de los reunidos y declaró falsas las acusaciones habidas contra él.

Al día siguiente, mientras Carlomagno asistía a los divinos oficios de Navidad, el papa León III coronó emperador a Carlomagno, restituyendo así el Imperio de Occidente. El pueblo aclamó entusiasmado al emperador.

León fue un buen pontífice que buscó en todo el mayor bien de la cristiandad. Murió después de Carlomagno, el 12 de junio de 816.

SAN ESKIL

Obispo y mártir († 1080)

Aunque se piensa que tenía sangre vikinga, Eskil era natural de Inglaterra y acompañó a su pariente San Sigfrido, monje de Glastonbury, cuando éste fue en misión evangelizadora a Noruega a petición del rey Olavo Trygvasson. Sigfrido puso su sede episcopal en Vajxo, mientras que Eskil desarrolló su labor itinerante por Suecia, singularmente en Södermanland. Eskil también fue consagrado obispo y tuvo su sede en la isla de Strägnäs, comprendida hoy en Estocolmo, siendo probable que

fuera todavía un obispo regionario y no propiamente un obispo con diócesis organizada.

Cuando el rey Inge, que había apoyado la labor misionera cristiana, fue asesinado, se produjo una reacción pagana y se organizó una gran fiesta en honor de los antiguos dioses, a la que acudieron a participar no solamente paganos sino también algunos que ya habían sido bautizados. Eskil se hizo presente, solicitó de los fieles cristianos que no participaran de los sacrificios paganos y, como señal divina de que dichos sacrificios paganos eran abominación, pidió a Dios que destruyera el altar y los sacrificios paganos, lo que efectivamente sucedió a causa de una repentina tempestad de pedrisco, que dejó salvos a Eskil y sus oyentes. Entonces, lleno de rabia, el rey Sewyn ordenó que Eskil fuera ejecutado. La multitud así lo hizo matándolo a pedradas. Parece que fue el 12 de junio de 1080.

BEATO GUIDO DE CORTONA

Presbítero († 1245)

Guido nació en Cortona hacia el año 1190, y era un joven honesto y puro cuando en 1211 conoce a San Francisco al visitar éste su ciudad. Se siente impactado por el santo y le pide el hábito, despojándose inmediatamente de sus bienes y diciendo adiós a su familia para vivir en la pobreza del seguimiento de Jesucristo y de Francisco.

Francisco, viendo sus buenas cualidades, le manda ordenarse sacerdote y le confía el ministerio de la predicación, al que se dedicará con gran celo, acreditándolo al mismo tiempo con una vida llena de las virtudes del evangelio. Su muerte se sitúa el 31 de mayo de 1245 pero el *Martirologio* lo celebra el 12 de junio. Gregorio XIII, el 29 de mayo de 1583, aprobó su culto.

BEATO PLÁCIDO

Abad († 1248)

Nació en Rosi, de los Abruzos, a finales del siglo XII en el seno de una familia campesina que lo educó cristianamente,

aunque no pudo darle oportunidad de instruirse. Fue un joven diligente y modesto, que anhelaba su propia formación humana y cristiana y ayudaba a su familia en el trabajo del campo.

Sin avisar, dejó su casa y empleó un año en peregrinar a Santiago de Compostela, de donde volvió enfermo. Estuvo cinco años en la cama, padeciendo mucho, pero por fin se curó, reemprendiendo la vida de peregrino que le llevó a Roma y a otros santuarios. Llevó vida eremítica un tiempo, pero cuando se le unieron muchos discípulos que querían ser dirigidos por él fundó el monasterio de Ocre (1222), donde organizó la vida de oración, de trabajo y de estudio, dando un altísimo ejemplo de virtud a todos y consolidando su fundación. A fin de unirla a alguna cadena de monasterios lo hizo a la Orden cisterciense. Murió el 12 de junio de 1248, y tuvo culto como santo desde su muerte.

BEATA FLORIDA CEVOLI
Virgen († 1767)

Lucrecia Elena Cevoli nace en Pisa, Italia, el 11 de noviembre de 1685, hija de los condes Curzio Cevoli y Laura della Seta. Primero recibe una esmerada educación cristiana en el hogar y a los 13 años es llevada como pensionista al convento de capuchinas de San Martín donde estuvo cinco años. Allí, prendada del ejemplo de las monjas, surge su vocación religiosa.

A los 18 años ingresa en el convento de capuchinas de Città di Castello y al tomar el hábito (7 de junio de 1703) cambia su nombre por el de Florida. Tuvo como maestra de novicias a Santa Verónica de Giuliani, que la orientó eficazmente en el camino de la vida religiosa y de la vida interior, profesando el 10 de junio de 1704.

Fue una religiosa ejemplar, que intentó vivir siempre con total entrega los votos religiosos y hacer el mayor bien a su comunidad. Fue primero cocinera, despensera, panadera y encargada de la farmacia, llamándola luego la comunidad a cargos de mayor responsabilidad. Cuando en 1716 Santa Verónica es elegida abadesa, Florida es su vicaria, confidente y secretaria. Y al morir la santa en 1727, la comunidad la elige a ella como abadesa,

siendo reelegida muchos trienios hasta su muerte. Fue también maestra de novicias. Impregnada del espíritu de Santa Verónica, ella formó a las jóvenes novicias en el verdadero espíritu de San Francisco y en la devoción a la pasión del Señor y los dolores de María. Cuando a la muerte del papa Benedicto XIV (1758) hubo un levantamiento popular contra el gobierno papal, Florida fue un ángel de paz y un instrumento de pacificación. Llena de méritos y con gran fama de santidad, murió el 12 de junio de 1767. Fue beatificada el 16 de mayo de 1993.

BEATA MARÍA CÁNDIDA DE LA EUCARISTÍA

Virgen y religiosa († 1949)

María Barba nació el 16 de enero de 1884 en el seno de una familia de origen siciliano, hija del consejero del Tribunal superior, Pedro Barba. Cuando tenía dos años su familia regresó a Palermo, en cuyo colegio de Santa Maria al Giusino se educó. Inclinada a la piedad desde muy niña, esperaba a que su madre regresara de la iglesia de comulgar para pedirle le echara su aliento y la niña entendía percibir así algo del Señor que su madre había recibido. A los 10 años hizo su primera comunión y procuraba desde entonces comulgar con frecuencia. En 1899 sintió con toda claridad la vocación religiosa, pero halló la tenaz oposición de su familia. Hubo de pasar largos años de espera y de sufrimiento interior, pero se mantuvo firme en su piedad y en su fidelidad al propósito de la vida religiosa. Osciló entre elegir la Visitación o el Carmelo y se decidió por este último. Murió su madre en 1914 y sus deseos de recibir la comunión frecuentemente se vieron frustrados pues no se le permitía salir sola de la casa. Por fin, el 25 de septiembre de 1919 lograba entrar en el Carmelo teresiano de Ragusa. Eligió el nombre de María Cándida de la Eucaristía, y se propuso acompañar a Jesús, en su condición de eucaristía, lo más que pudiese. Hizo los primeros votos el 17 de abril de 1921 y, llegado el tiempo, los votos solemnes el 23 de abril de 1924. Y con gran sorpresa de ella misma, a los pocos meses de pronunciada la profesión solemne, fue elegida priora (10 noviembre) con la natural dispensa. Este cargo lo llevaría adelante con tal celo y tal dedicación y tan a sa-

tisfacción de la comunidad, que fue repetidamente reelegida: 1927, 1933, 1937, 1940 y 1944, dispensando la autoridad eclesiástica las veces que la dispensa fue necesaria. Infundió a su comunidad un profundo amor a las constituciones de Santa Teresa de Jesús y contribuyó directamente a la expansión del Carmelo con la fundación de Siracusa y la vuelta a Sicilia de la rama masculina de su Orden. Fue también sacristana y maestra de novicias entre 1930 y 1933.

Su vida espiritual fue muy notable, centrada en lo que ella llamó «mi vocación a la Eucaristía», apoyada siempre en la espiritualidad carmelitana y muy concretamente en la doctrina de Santa Teresita del Niño Jesús. A partir de la fiesta del Corpus Christi de 1933, que era el Año Santo de la Redención, comenzó a escribir su obra sobre la Eucaristía, a la que se ha llamado verdadera joya de la espiritualidad eucarística vivida. Ella descubría en la Eucaristía el sentido profundo de los votos religiosos y una progresiva conformación al único modelo, Jesucristo. Llamaba a la Eucaristía alimento, encuentro con Dios, fusión del corazón, escuela de virtud, sabiduría de la vida. Para ella el verdadero modelo de vida eucarística es la propia Virgen María, deseando ser María para Jesús y teniéndola siempre presente en sus comuniones.

En 1949 se le declaró un cáncer de hígado. Ella soportó la enfermedad con gran ánimo y entereza, sobrellevando el mal con silencio y paciencia, y mostrando una gran disponibilidad a la voluntad de Dios. Declaró que se encontraba felicísima de amar y sufrir por Jesús, reafirmando que nunca se había arrepentido de dedicarse a él por entero. Murió invocando a la Virgen María el 12 de junio de 1949. Fue beatificada el 21 de marzo de 2004.

13 de junio

A) MARTIROLOGIO

1 En Padua, San Antonio († 1231), presbítero y doctor de la Iglesia, de la Orden de Menores **

2. En la Via Ardeatina, en el miliario séptimo desde Roma, Santa Felícula († s. IV), mártir.
3. En Alejandría de Egipto, el bienaventurado Aquiles († 312), obispo.
4. En Nicosia (Chipre), San Trifilio († 370), obispo.
5. En los Abruzos, San Ceteo o Peregrino († 600), obispo de Amiterno, mártir.
6. En Alejandría de Egipto, San Eulogio († 607), obispo *.
7. En Limoges (Aquitania), San Salmodio († s. VII), ermitaño.
8. En la Galia Lugdunense, San Ragneberto († 680), mártir *.
9. En el Valle de Larboush, en los Pirineos, San Aventino († 732), ermitaño y mártir *.
10. En Córdoba, San Fándila († 853), presbítero y mártir **.
11. En el monasterio de Claraval (Borgoña), Beato Gerardo († 1138), monje, hermano de San Bernardo *.
12. En Hué (Annam), santos Agustín Phan Viet Huy y Nicolás Bui Duc The († 1839), mártires *.
13. En Naumowicze (Polonia), Beata Mariana Biernacka († 1943), madre de familia y mártir **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN ANTONIO DE PADUA

Presbítero y doctor de la Iglesia († 1231)

Uno de los santos que más se han granjeado el corazón y la estima del pueblo cristiano es San Antonio. Llámasele, según famosa frase de León XIII, «el santo de todo el mundo»; pero es conocido, amado e invocado preferentemente por el pueblo humilde, que ha vislumbrado en él al dispensador de los tesoros celestiales y al protector decidido de los intereses de los pobres. La historia, principalmente la más antigua biografía del santo paduano, conocida por el nombre de *Asidua,* nos da en síntesis una perfecta semblanza del mismo.

Escasas e imprecisas son las noticias de los primeros biógrafos sobre la cuna e infancia del santo. Ninguno de ellos señala el año de su nacimiento, que, por conjeturas y deducciones, los autores modernos fijan entre los años 1188 y 1191. Según el más antiguo biógrafo, nació en Lisboa, «ciudad situada en los confines de la tierra», en una casa que poseían sus padres cerca y al norte de la catedral, en cuyo baptisterio recibió las aguas

bautismales a los ocho días de su nacimiento, imponiéndosele el nombre de Fernando. Sus años juveniles deslizáronse en el seno de la familia, convertido en el hechizo de sus padres, por ser el primogénito y por aparecer dotado de índole buena, probidad e integridad de costumbres Desde su más tierna edad profesó una especial devoción hacia la Virgen Santísima, a la cual se consagró y escogió por institutriz, guía y sostén de su vida y muerte. El historiador Surio dice de él que visitaba a menudo las iglesias y monasterios de la ciudad y que era compasivo con los pobres, a quienes socorría en sus necesidades.

Juntamente con la educación religiosa proveyeron sus padres la educación intelectual de su hijo al confiarle a los desvelos del maestrescuela de la catedral, para que lo iniciara en los rudimentos de la gramática, retórica, música, aritmética, geografía y astronomía, materias que constituían el plan de estudios de las escuelas catedralicias de aquel tiempo.

Dicen sus biógrafos que el santo fue acometido en su juventud por la violencia de las pasiones, pero añaden que el «casto joven nunca, ni por un instante, se rindio a las exigencias de la pubertad y del placer». Estas crisis pasionales que asaltan a la juventud, y que para muchos jóvenes son el principio de una vida de pecado, fueron para el santo la piedra de toque que le movió a encauzar su vida por otras sendas que estuvieran al abrigo del demonio de la impureza. De ahí su decisión de ingresar en el monasterio de San Vicente de Fora, situado en las afueras de Lisboa, sobre una pequeña colina, y habitado por hombres honorabilísimos por su piedad.

Dos años moró el santo en el monasterio de San Vicente, hasta que, a causa de las frecuentes visitas de familiares y amigos que le impedían la paz y recogimiento, decidió pedir su traslado a la casa madre de Coimbra, en donde ingresó a los diecisiete años de edad. Aquí llevó una vida tan fervorosa que los antiguos biógrafos aseguran que en este tiempo escaló Fernando las cimas de la santidad. Al intenso trabajo espiritual acompañaba siempre el estudio, que consideraba como complemento y perfección de su vida de piedad. Aunque muy amplios, sus estudios tendían exclusivamente al conocimiento más perfecto de la Sagrada Escritura.

Atendiendo al ambiente político-religioso del monasterio de Santa Cruz durante los tiempos en que moró allí el santo, sacamos la conclusión de que su santidad y ciencia fueron más bien producto de su esfuerzo personal y de la gracia que imposiciones del medio ambiente. En una atmósfera de luchas, intrigas y defecciones dolorosas vivía el joven Fernando entregado a la oración y al estudio. La virtud se robustece en la adversidad, y, lejos de escandalizarse por la conducta equívoca de algunos prohombres del monasterio, se impuso una vida más intensa de espiritualidad. Sin embargo, más de una vez soñó en la posibilidad de abrazar otro género de vida más perfecto y más al abrigo del mundanal ruido. La vida simple de los pobrecillos hijos de San Francisco de Asís del eremitorio de San Antonio de Olivares, de Coimbra, le atraía irresistiblemente. Tuvo Fernando su primer contacto con dichos frailes al hospedarse en el monasterio los protomártires franciscanos de Marruecos, a su paso por Coimbra en dirección a África. Además, los frailes de Olivares acudían al monasterio en busca de limosna, a los que atendía el joven monje, que, según testimonio de Azevedo, tenía a su cargo la hospedería.

A este cenobio fueron después traídos los cuerpos de los protomártires de Marruecos. ¿Qué impresión producirían en el ánimo de Fernando los despojos mortales de aquellos intrépidos soldados de la fe? Despertaron en él el deseo de consagrarse al apostolado entre infieles y morir mártir de Cristo. Era imposible realizar sus sueños mientras permaneciera en Santa Cruz de Coimbra, porque el monasterio no tenía en su programa de vida las misiones entre infieles y sólo podía llevarlo a cabo en el supuesto de profesar en una Orden como la franciscana; pero para efectuar este tránsito debía contar con la autorización de los superiores de ambas Órdenes.

Un día, según costumbre, los frailes de San Antonio de Olivares acudieron al monasterio en busca de limosna y Fernando, en secreto, les contó su propósito, diciéndoles:

> «Hermanos, recibiría con entusiasmo el hábito de vuestra Orden si me prometierais enviarme, luego de haber entrado, a tierra de sarracenos para que sea partícipe de la corona de los santos mártires».

Los frailes le dieron palabra y fijaron para la mañana siguiente el ingreso en la Orden franciscana. Aquella noche, según el biógrafo más autorizado, arrancó Fernando a duras penas y a base de muchos ruegos el permiso del prior del monasterio. Con el fin de vencer dificultades de parte de sus familiares y de algunos monjes de Santa Cruz se convino en cambiar su nombre de Fernando por el de Antonio, que era el titular del eremitorio donde residían los franciscanos, y en mandarle cuanto antes a tierra de infieles. La ceremonia de la imposición de hábito al nuevo candidato fue rápida y sencilla, por razón de que el prior, el monasterio, la diócesis y todo el reino estaban en entredicho por el arzobispo de Braga, y, según el derecho, se prohibía la celebración pública de la santa misa y del oficio divino.

En el verano de 1220 vestía Antonio la librea franciscana y a primeros de noviembre desembarcaba en Marruecos. Una terrible enfermedad le retuvo todo el invierno en cama y los superiores de la misión juzgaron conveniente repatriarlo para que atendiera a su convalecencia. Con este propósito hízose a la mar: pero un recio viento empujó la nave hacia Oriente, obligándola a atracar en las costas de Sicilia. Antonio se refugió en el convento franciscano de las afueras de Mesina y de allí marchóse al Capítulo general, convocado en Asís por el seráfico fundador para el 20 de mayo de 1221. Antonio pasó inadvertido en medio de aquella multitud, de tal manera que, terminado el Capítulo, los frailes se reunieron en torno a sus provinciales y en su compañía regresaban a sus respectivas provincias, mientras él quedaba a disposición del ministro general. A ruegos del santo el provincial de Romaña se lo llevó consigo y con su permiso retiróse al eremitorio de Monte Paolo para consagrarse a la soledad. De su vida en aquel eremitorio dice el primer biógrafo:

> «Cierto fraile habíase arreglado una cueva que debía servirle de celda para retirarse allí y dedicarse a la altísima contemplación. Cuando Antonio, que iba explorando el bosque, la vio, prendóse de ella y, con muchos ruegos, se la pidió al devoto fraile, que, vencido por las reiteradas súplicas del Santo, se la cedió fraternalmente. Desde entonces todas las mañanas, después de haber tomado parte en la plegaria común, retirábase allí, llevándose consigo un

> poco de pan y un vaso de agua para todo el día, obligando a la carne a servir al espíritu. Pero, fiel a las prescripciones de la regla, asistía por la tarde a la conferencia espiritual que se tenía en el convento. Sucedía a menudo que, cuando al toque de la campana quería reunirse con sus hermanos, hallábase su pobre cuerpo tan debilitado por las vigilias y tan extenuado por el ayuno, que se tambaleaba y rehusaba sostenerse, teniendo necesidad de apoyarse en otro hermano para poder llegar al eremitorio».

Pero aquella alma privilegiada no debía vivir sólo para sí, sino ser útil y provechosa a los demás. No quiso Dios que aquella lámpara de la ciencia y santidad permaneciese por más tiempo debajo del celemín. Y pronto presentóse la oportunidad de revelarse al mundo con ocasión de un sermón predicado en Forlí en las cuatro témporas de septiembre de 1221, ante los religiosos franciscanos y dominicos que fueron ordenados sacerdotes. A ruegos del superior habló de tal manera que todos quedaron maravillados del torrente de sabiduría que fluía de sus labios. Su ciencia había traicionado a su humildad y no era posible esconderla por más tiempo. Aquella intervención de Antonio sorprendió gratamente al provincial, que pensó en dedicarle inmediatamente al apostolado.

Su primer campo de acción apostólica fue la Romaña, región infectada por los herejes cátaros y patarinos. Antonio entró en liza con ellos, poniendo en juego todas las reservas espirituales acumuladas anteriormente en la soledad y sus extensos conocimientos teológicos y bíblicos. En Rímini encontró fuerte oposición de los herejes, que impedían al pueblo que asistiera a sus sermones. Entonces recurrió el santo a la eficacia del milagro. Ante la apatía del público por la palabra de Dios fuese a orillas del Adriático y empezó a predicar a los peces, diciendo:

> «Oíd la palabra de Dios, vosotros peces del mar y del río, ya que no la quieren escuchar los infieles herejes».

A su palabra acudieron multitud de peces, que sacaban sus cabezas fuera del agua con grandísima quietud, mansedumbre y orden. Aquel milagro despertó gran entusiasmo en la ciudad, quedando corridos los herejes. Fue tan eficaz su acción apostólica contra los mismos, que los antiguos biógrafos le llamaron incansable *martillo de los herejes.*

Al cabo de unos años de apostolado eficaz fue nombrado Antonio profesor de teología Cerciorado San Francisco de su sabiduría y santidad, convencido de la necesidad del estudio de sus frailes para el más completo desenvolvimiento de la Orden, envióle la siguiente carta:

> «A fray Antonio, mi obispo, fray Francisco, salud en Cristo Me place que interpreteis a los demas frailes la sagrada teologia, siem pre que este estudio no apague en ellos el espiritu de la santa oracion y devocion, segun los principios de la regla Adios»

Con el beneplácito del santo fundador fue San Antonio el primer lector de teología que tuvo la Orden franciscana.

Poco duró su magisterio en el estudio de los franciscanos de Bolonia, por cuanto las necesidades generales de la Iglesia reclamaron su presencia en Francia, para combatir allí la herejía albigense. Santo Domingo había trabajado incansablemente para reducir a los herejes, pero, a pesar de su acendrado celo y de su actividad incansable, la herejía mostrábase cada día más pujante Ante aquel peligro movilizó el Papa a todos los predicadores que por su celo, ciencia y santidad de vida fueran aptos para acometer una cruzada eficaz de apostolado, para persuadir a los herejes de la falsedad de su doctrina. Entre los escogidos figuraba San Antonio.

El primer puesto de batalla fue Montpellier, en donde enseñó Antonio sagrada teología a los religiosos de su Orden, de allí pasó a Tolosa para ejercer el mismo ministerio, que alternaba con el apostolado entre el pueblo

> «Dia y noche —dice Assidua— tenia discusiones con los here jes, exponiales con grande claridad el dogma catolico, refutaba victoriosamente sus prejuicios, revelando en todo una ciencia admirable y una fuerza suave de persuasion que penetraba en el animo de sus contrarios De Toulouse paso el Santo a Le Puy, Bourges, Limoges y Arles Por razon de ocupar el cargo de custodio de Limoges viose obligado a asistir al Capitulo general convocado por fray Elias en Asis para el 30 de mayo de 1227, y en el cual fue elegido Antonio ministro provincial de Romaña, cargo que ejercito con exito hasta el año 1230»
>
> «A finales de 1229 mando Dios a Padua —dice Rolandino— de los confines de la Hesperia y de los paises de Occidente, esto es, de las tierras de Galicia, Sevilla y Lisboa, al hombre religioso y santo, celebre por sus virtudes y conocimientos literarios, arca del Antiguo Testamento y forma del Nuevo y, si me es licito usar de

esta expresión, poderoso en obras y palabras. Éste habitó con sus hermanos de Padua; pero espiritualmente habitaba en el cielo».

Por indicación del cardenal de Ostia se dedicó allí Antonio a la composición de sermones para todas las festividades de los principales santos y domínicas del año. La soledad y el retiro del convento de Arcella, cerca de Padua, invitaban al recogimiento y al estudio, necesarios para llevar a término la composición de una obra de tan vastas proporciones. También se le atribuye una exposición del salterio y algunas otras obras.

Al llegar la Cuaresma suspendía Antonio el estudio para dedicarse de nuevo a la predicación. Era tan vivo el celo que devoraba su corazón, que se propuso predicar durante cuarenta días continuos, y lo llevó a cabo, a pesar de la maligna hidropesía que le aquejaba. Era tanto el fervor del pueblo por su persona, que se abalanzaban sobre él las gentes para recortar pedazos de su hábito. Con el fin de impedir estas escenas se dispuso que, terminado el sermón, desapareciera Antonio ocultamente o saliera escoltado por un piquete de hombres valientes que impidieran acercársele.

Consumido por el esfuerzo y la enfermedad retiróse San Antonio al eremitorio de Camposampiero. Junto al mismo había un espeso bosque y en él un nogal gigantesco con un tupido ramaje en forma de corona. El santo, movido por divina inspiración, pidió por caridad que se le construyera una celdita entre la enramada del árbol, como lugar apartado y apto para la meditación. Aparte del sabor poético de la escena, ¿no encierra este hecho un poco de filosofía cristiana? Los monjes y los pájaros son hermanos. Las alondras y las tórtolas amaban a San Francisco, y es probable, aunque las *Florecillas* no lo cuenten, que los pajaritos no huían del árbol cuando Antonio subía en él. Los monjes y los pájaros son pobres y confían en la Providencia, que da a los unos las migajas de la caridad y a los otros los ligeros granos que levanta el viento; teje para los primeros un vestido glorioso con el oro de sus virtudes y prepara para los segundos un manto real con la variedad de su plumaje.

Un día la enfermedad que le aquejaba anunció un fatal desenlace. Recibidos los santos sacramentos, cantó Antonio un cántico a la Virgen mientras fijaba su mirada hacia un punto lu-

minoso, invisible para los allí presentes, con una sonrisa beatífica en sus labios. El religioso que le asistía le preguntó en la intimidad qué cosa veía, a lo que respondió el santo: «Veo a mi Señor». Después alargó los brazos, juntó las palmas de las manos en actitud humilde y alternaba con los religiosos en el rezo de los salmos penitenciales. Al terminar entró en un profundo éxtasis que duró media hora; vuelto en sí miró por última vez a los presentes, sonrióles y su alma santísima, desligada de los lazos de la carne, fue absorbida en los abismos de los resplandores divinos. Era viernes, día 13 de junio del año 1231. Tan pronto como expiró, los niños de Padua recorrieron la ciudad al grito de: «¡Ha muerto el Santo! ¡Ha muerto San Antonio!».

Dios quiso glorificar su sepulcro obrando por su intercesión gran número de milagros, lo que movió a las autoridades eclesiásticas a pensar en su canonización, lo que hizo el papa Gregorio IX aún no transcurrido el año de la muerte. El mismo Gregorio IX le concedió, al canonizarle, la misa de doctor, que ininterrumpidamente se ha celebrado en su fiesta, por los tesoros de altísima sabiduría de que fueron testigos y panegiristas los romanos pontífices. Pío XII se hizo intérprete de esa tradición secular cuando el día 16 de enero de 1946 le proclamaba doctor de la Iglesia, asignándole el título de *Doctor Evangélico,* por las letras apostólicas que empiezan con el siguiente elogio:

> «Alégrate, feliz Lusitania; salta de júbilo, Padua dichosa, pues engendraste para la tierra y para el cielo a un varón que bien puede compararse con un astro rutilante, ya que brillando, no sólo por la santidad de su vida y gloriosa fama de sus milagros, sino también por el esplendor que por todas partes derrama su celestial doctrina, alumbró y aún sigue alumbrando al mundo entero con una luz fulgentísima».

San Antonio no ha perdido actualidad y su memoria es evocada constantemente por el pueblo cristiano, que ve en él al santo que resucita los muertos, que cura las enfermedades, que está dotado del don de bilocación, que habla a los peces, que convierte a los herejes, que aligera el bolsillo de los ricos en provecho de los pobres necesitados, que asegura y multiplica las provisiones, que allana los obstáculos que dificultan el contraer matrimonio, que halla las cosas perdidas, que conversa amigablemente con el Niño Jesús. La experiencia cotidiana enseña

que San Antonio no defrauda nunca la esperanza de sus devotos, que confían en su valimiento ante el trono del Altísimo.

LUIS ARNALDICH, OFM

Bibliografía

ARNALDICH, L., *San Antonio, doctor evangélico* (Barcelona 1958).
CALLEBAUT, A., «Saint Antoine de Padoue. Recherches sur ses trente premiers années...»: *Archivum Franciscanum Historicum* 24 (1931) 441s.
CONCONI, F., *San Antonio di Padova. Saggio storico critico* (Padua 1932).
DAL-GAL, G., OFM.CONV., *Nuova luce d'Italia. Il santo di Padova nella storia* (Roma 1932).
FACCHINETTI, V., *Antonio di Padova, il santo, l'apostolo, il taumaturgo* (Milán 1925).
KERVAL, L. DE (ed.), *Sancti Antonii de Padua vitae duae quarum altera hucusque inedita* (París 1904).
SPARACIO, D., *San Antonio di Padova, taumaturgo francescano, nella vita, nel pensiero, nella gloria,* 2 vols. (Padua 1923).
• Actualización:
BAUDOIN-CROIX, M., *San Antonio de Padua* (Burgos 1999).
CONFERENCIA DE MINISTROS PROVINCIALES FRANCISCANOS DE ESPAÑA, *Para conocer a San Antonio de Padua. VII Centenario de su nacimiento, 1195-1995.* 33.ª Semana CONFRES (Madrid 1995).
DOBRACZYNSKY, J., *San Antonio de Padua, gran predicador y hombre de ciencia* (Madrid 1990).
HARDICK, L., *Antonio il santo di Padova* (Roma 1995).
LOPEZ SAINZ, C., *Vida de San Antonio de Padua* (Oñate 1978).
PEREZ SIMÓN, L., *San Antonio de Padua. Vida, doctrina, devoción* (Madrid 2003).
— *San Antonio de Padua. Exposición sistemática de su predicación* (Murcia 1998).
— *San Antonio de Padua. Mensajero del Evangelio* (Segovia 2003).
SALVINI, A., *San Antonio de Padua* (Madrid ^{2}1966).
STRAPPAZZON, V., *Vida de San Antonio de Padua* (Madrid 2002).

SAN FÁNDILA

Presbítero y mártir († 853)

En la constelación de santos que configuran el martirologio mozárabe se encuentra como muy principal Fándila, mártir de Córdoba.

Nacido en Guadix (Granada), estudió en una de las escuelas mozárabes de Córdoba. Llegado a la adolescencia se sintió atraído por la vida monástica, «agradándole el trato y la vida de los monjes y se les juntó para servir siempre a Dios».

El monasterio de Tábanos, donde se hizo monje, lo describe San Eulogio:

> «Sito a unas millas al norte de Córdoba, rodeado de rocas escarpadas y de bosques impenetrables y habitado por una comunidad dúplice de monjes y de religiosas, muy ejercitados en la austeridad de la vida monacal [...] Un varón lleno de temor de Dios, llamado Jeremías, notable por sus riquezas en el siglo, había edificado el monasterio, y juntamente con su santa esposa Isabel, sus hijos y toda su parentela, hacía tiempo que todos vivían allí, entregados a la contemplación y a la lectura de las Divinas Escrituras».

Aquí vivió Fándila y aquí se templó su espíritu. Pasó después al monasterio de San Salvador de Peñamelaria, sito al norte:

> «Y no lejos de la ciudad, al pie de una roca de la sierra de Córdoba, en la que hacían la miel artificiosas abejas. De aquí le vino el nombre».

Los moradores de este monasterio, también mixto —de monjes y religiosas, de padres y madres con sus hijos—, le insistieron a Fándila para que se ordenase de sacerdote. No le costó poco aceptar la propuesta y, al fin, se le ordenó. En el monasterio todos le reverenciaban y le tenían por santo. De su vida virtuosa dan fe «las alabanzas y relación que de él hacen los monjes y monjas que le tenían por pastor».

Poco después de ordenarse estalló la persecución contra los cristianos movida por Mohamed I, hijo de Abderramán II; éste, en sus últimos años, había «hecho» 29 mártires. Una de sus últimas proezas fue mandar que quemasen los cuerpos de los mártires Emila y Jeremías, colgados de la horca. Y cuenta San Eulogio narrando la muerte del tirano:

> «Aquella boca que mandó quemar a los santos de Dios, herida por el ángel, quedó al punto cerrada, y la lengua no pudo emitir más sonidos. Llevado de este modo a su lecho, entregó su espíritu aquella misma noche, antes de que el fuego consumiera los cuerpos de los santos».

Después de esta memoria del padre, recuerda:

> «Dejó por sucesor del reino a su primogénito Mohamed I, enemigo de la Iglesia de Dios y malévolo perseguidor de los cristianos. Heredó con la sangre el odio a los católicos, oponiendo continuamente dificultades y trabas a los fieles; no parecía inferior en méritos a aquel cuyo nombre llevaba: Mohamed (Mahoma)».

Da todavía San Eulogio otras noticias más concretas de la tiranía de Mohamed I: el mismo día que comenzó a reinar echó

a todos los católicos de sus alcázares y los declaró indignos de cualquier oficio palaciego. Los cargó con tributos y privó de sueldos y manutención a otros muchos. En estas circunstancias tan adversas —lo dice con pena San Eulogio— «la tristeza era tan grande y tan sañuda la persecución, que muchos caían en el lazo de la prevaricación». El mismo santo escritor sigue cargando las tintas sobre la persecución. Al levantarse el pueblo contra Mohamed I por sus arbitrariedades, aquella especie de

> «[...] guerra civil le dio ocasión para descargar con más furia su odio contra nosotros y nos trituró y pisó como al barro de las plazas, haciéndonos sentir su poder, ayudándole a ello la maldad de algunos cristianos (si cristianos merecen llamarse), o más bien obreros de la iniquidad».

Por presión del emir se celebró un concilio de obispos en Córdoba en 852, «en que se desaprobaba la presentación voluntaria al martirio». Hubo una cierta tregua, pero los emisarios del rey se mofaban y envalentonaban, y decían «en tono de guasa»:

> «¿Qué se ha hecho ya de aquel valor de vuestros combatientes? ¿A dónde huyó su magnanimidad? ¿Dónde se oculta su osadía confundida y su fortaleza quebrantada? Los que vinieron resueltamente a blasfemar contra nuestro Profeta, han perecido, castigados como merecían; vengan, pues, que se presenten ahora, a combatir si se sienten divinamente inspirados» (San Eulogio).

Y Mohamed prometía nuevas crueldades contra los cristianos.

Aquí y ahora entra en escena Fándila renovando la nueva serie de mártires voluntarios. San Eulogio lo introduce con unas buenas pinceladas:

> «Un joven llamado Fándila, agraciado de rostro, sacerdote de vida santa y virtuosa, y lleno de temor de Dios, abrió el primero el camino al martirio, entre estas matanzas y crueldades decretadas en la persecución del Emir».

Cuenta luego algunos datos de su vida, su formación cordobesa, su entrada en el monasterio, etc. Cree que las virtudes heroicas de Fándila «se ponen más de manifiesto cuando, posponiendo con arrojo sus años juveniles, se va al encuentro de la espada que le corona con el martirio». De hecho, un buen día, Fándila, abandonando el monasterio, se presenta ante el juez y

tranquilamente le explica el evangelio, ataca a Mahoma y «dijo y protestó con juramento, que los que observaban aquella perniciosa secta, la cual permitía tales impurezas, pagarían las penas en las llamas eternas, a no ser que, arrepintiéndose, abrazasen la fe cristiana». Terminado su discurso se le apresó inmediatamente y le metieron en la cárcel con los ladrones y le cargaron de cadenas. El cadí (juez) comunicó el caso al rey. Fándila, como blasfemo contra Mahoma, etc., fue condenado a muerte: a ser degollado.

> «Rodo la cabeza del valeroso Fándila, y colgaron su cuerpo en un patíbulo, al otro lado del Guadalquivir, obedeciendo los verdugos las ordenes del Emir»

El martirio tuvo lugar el 13 de junio del año 853.

La tristeza de la apostasía de algunos cristianos ante la persecución quedaba de alguna manera resarcida por la valentía de estos otros testigos de Cristo y auténticos mártires. Su ejemplo cundía y seguía aumentando el número de mártires, como fue el caso de Santa Pomposa que salió también para el martirio del mismo monasterio de San Salvador de Peñamelaria, del que había bajado San Fándila.

A finales del siglo XVI se celebraba con gran solemnidad la fiesta de este santo mártir en Guadix, su ciudad natal, y existía una floreciente cofradía.

San Fándila es uno de esos cristianos que, después de haber entregado todo lo suyo en la vida monástica, en la penitencia y en la oración, termina por entregarse a sí mismo en oblación martirial.

El tipo de monasterios en que se santificó puede ser una sugerencia asumible en nuestros tiempos, en los que se andan ensayando tantas formas de vida consagrada. Los monasterios de Tábanos y San Salvador de Peñamelaria han sido llamados «monasterios dúplices», o mejor, «monasterios familiares», integrados por religiosos y religiosas, separados unos de otros, aunque también a ellas las gobernaba un solo y único abad.

JOSE VICENTE RODRIGUEZ, OCD

Bibliografía

EULOGIO DE CORDOBA (SAN), *Obras completas* Ed bilingue Traduccion de A S RUIZ, OB (Cordoba 1959) Vease «Memorial de los santos» Libro III, especial

mente, cap.VII, p.245-249. Puede verse también el tema del Concilio de Córdoba del año 852, las diversas incidencias y pareceres de los obispos: ibid., XXX-XXXIV.

VILLAPADIERNA, I. DE, «Fandila», en *Bibliotheca sanctorum.* V: *Erizzo-Gladino* (Roma 1964) 450-451.

VIVES GALETI, J., «Fándila», en Q. ALDEA VAQUERO - T. MARÍN MARTÍNEZ - J. VIVES GALETI (dirs.), *Diccionario de historia eclesiástica de España,* II (Madrid 1972) 905.

BEATA MARIANA BIERNACKA

Madre de familia y mártir († 1943)

La heroicidad de los mártires demuestra con su mansedumbre y fortaleza la fuerza del amor de Cristo que en ellos actúa. Y aun siendo todos mártires, en algunos se manifiesta este amor de forma especial. Es el caso de Mariana Biernacka, seglar católica, que llevando al extremo la verdad del amor al prójimo dio su vida por la salvación de otra vida, o por mejor decir, por la salvación de dos vidas, la de una madre y la del hijo que llevaba en sus entrañas.

Constando que nació el año 1888 y que fue bautizada en la Iglesia católica, no consta, sin embargo, la fecha del nacimiento ni la del bautismo. No se sabe si el registro parroquial de bautismo se perdió luego o si ni siquiera se registraban los bautismos dada la difícil situación por la que pasaba el catolicismo uniata al que Mariana pertenecía. El lugar de su nacimiento fue Lipsk, diócesis de Lomza, y su apellido originario era Czokalo. En 1905 ella y los suyos se pasaron al rito latino, de lo que queda documentación.

En 1908 se casó por el rito latino con Ludwik Biernacki, y de este matrimonio nacieron seis hijos, cuatro de los cuales murieron muy pronto, en plena infancia. Solamente le quedaron la hija Leocadia y el hijo Estanislao. Toda la familia trabajaba y se mantenía de un terreno de veinte hectáreas. Leocadia contrajo matrimonio y dejó el hogar paterno y Estanislao siguió con sus padres compartiendo con ellos la casa y el trabajo. Pero la muerte visitó aquel hogar y Ludwik fue llamado por el Señor. Mariana aceptó con cristiana resignación la pérdida de su marido, y siguió viviendo sola con su hijo.

El muchacho encontró una chica con quien quería compartir su vida, y así el 11 de julio de 1939 contrajo matrimonio con

Ana Szymanczyk. La pareja podría haberse ido a vivir sola y habría quedado sola a su vez Mariana, pero los jóvenes pensaron que era mejor que se mantuviera la convivencia con Mariana, y así se hizo. Mariana entonces puso lo mejor de sí misma al servicio de la joven pareja, volcando en la esposa un amor de madre que la muchacha apreció enseguida. Llegaron al hogar varios hijos, que Mariana amó con intenso cariño de abuela, siendo sus servicios de mucha utilidad a la joven pareja.

Mariana, aparte sus virtudes naturales, era una cristiana convencida que vivía con intensidad su fe. Ya desde pequeña había sentido una gran devoción por la santa misa, que oía con gran devoción los domingos y festividades desde sus años de adolescencia y tenía la costumbre de comulgar con frecuencia. Era una persona abierta a Dios, de gran espíritu de oración y, por ello mismo, abierta igualmente al prójimo.

Cuando tras su martirio se pidieron testimonios sobre ella, su nuera dijo:

> «He vivido en la misma casa con Mariana a lo largo de cuatro años. Y en base a lo que he observado sostengo que Mariana era una mujer y una madre ejemplar. En nuestra familia había siempre una atmósfera de amor, de paz y de concordia. No asistí jamás a una discusión. Mariana me trataba como a una hija, y ella se dirigía siempre a mí con afecto y amor».

Mariana era querida igualmente por los vecinos, que veían en ella una mujer activa y serena, cuidadosa del bien de su hogar y de repartir afecto y ayuda al prójimo, y era tenida por una mujer muy piadosa porque su devoción era evidente. Aquella familia vivía en paz y amor y fueron sucesos muy ajenos a su acontecer interior los que vendrían a llenar de luto el hogar de los Biernacki.

El 1 de septiembre de 1939 Hitler invadía Polonia y esto trajo consigo la declaración de la II Guerra Mundial. Comenzaron las invasiones de nazis y soviéticos sobre aquellos pueblos que nada podían hacer por impedir las crueldades y represalias que los invasores cometían.

No hay prueba alguna de que los Biernacki intervinieran en política o manifestaran agresividad alguna contra los ocupantes. Pero había el propósito por parte de los nazis de aterrorizar a la gente con represalias masivas sobre la población inocente.

Fue el 1 de junio de 1943. Las fuerzas alemanas hacen pública una lista de personas a las que por represalia se las arrestaba. Y resultó que en aquella lista estaban incluidos Estanislao Biernacki y su esposa Ana. Y Ana estaba encinta de ocho meses. La población quedó anonadada. Porque detrás del arresto era muy posible la muerte, era lo ordinario, y estaba en peligro, por tanto, la vida de Ana y la del hijo aún no nacido.

Mariana no hubo de pensarlo mucho. Se armó de valor y fortaleza espiritual y se dirigió de forma espontánea a la autoridad nazi, y le propuso que en vez de llevarse a su nuera, dado su estado de gestación, se la llevaran a ella. Tenía cincuenta y cinco años. Todavía podía vivir muchos años. Era muy peligroso ofrecerse porque el arresto podía terminar en muerte. Mariana miró a Dios, miró a su corazón y se acordó de aquello del evangelio: «Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por los que ama» (Jn 15,13). Pensó que si su nuera era arrestada, aquel hijo no nacería, aquella alma no llegaría al bautismo. Pensó que su nuera era el amor de su hijo y que podía darle a éste esta suprema muestra de amor maternal ofreciéndose por ella. Pensó que la caridad cristiana no dejaría de darle fuerza para soportar cuantas cosas tuviera que afrontar una vez arrestada y que la gracia de Dios, el consuelo de los afligidos, no iba a faltarle. Se juntaron en su corazón el amor natural y el amor cristiano en simbiosis perfecta, aunándose la naturaleza y la gracia para que diera este heroico paso. Y se ofreció a la autoridad militar. La autoridad militar accedió. Su nuera fue dejada en la casa y ella en cambio fue constreñida a ir con los que la arrestaban. Solamente pidió un favor al ser arrestada: que le permitieran tomar su rosario consigo. Y pertrechada con esta arma poderosa afrontó su calvario.

Mariana y los demás arrestados fueron llevados a la cárcel de Grodno. Aquí pasarían doce días, en los que la oración fue la fuerza de Mariana. Apegada a su rosario, debió rezarlo una y otra vez para solicitar del Señor fuerzas y aceptar con amor el cumplimiento de lo que fuera su santísima voluntad. Llegó el 13 de junio. Cincuenta habitantes de Lipsk iban a ser fusilados, entre ellos Mariana. Se les dio orden de salir. Anduvieron hasta las fortificaciones cercanas a Naumowicze, no lejos de Grodno, y

allí fueron colocados en fila y fusilados. Aquella tierra, ahora integrada en Bielorrusia, recibió el cuerpo inerte de Mariana, mientras que su alma piadosa iba a recibir de Dios el premio de la gloria.

El gesto heroico de Mariana que culminaba una vida religiosa y pura no pudo menos que ser apreciado por la comunidad católica. Comprendida entre los mártires polacos como el más destacado de los seglares, fue beatificada con ellos el 13 de junio de 1999.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

«Beata Mariana Biernacka», en J. L. REPETTO BETES, *Mil años de santidad seglar* (Madrid 2002) 391-392.

CONGREGATIO PRO CAUSIS SANCTORUM, «Decretum super martyrio. Beatificationis seu declarationis martyrii servorum et servarum Dei Antonii Juliani Nowowiejski [...], Mariannae Biernacka laicae atque CIV sociorum († 1939-1945)»: *AAS* 91 (1999) 1180-1192.

KACZMAREK, T. - PELOSO, F., *Lights in the darkness. 1939-1945* (Varsovia 1999).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN EULOGIO DE ALEJANDRÍA
Obispo († 607)

Eulogio era antioqueno. En su ciudad fue monje. Siendo monje se ordenó de sacerdote, y como tal sacerdote escribió ya algunas obras que fueron apreciadas y le dieron prestigio. Tuvo a su cargo la iglesia de Santa María, iglesia llamada «la Justiniana». Su prestigio le valió ser elegido patriarca de Alejandría, el 46.°, y hay que situar la fecha de su elección entre el 578 y el 580.

Como tal patriarca se propuso, ante todo, defender la ortodoxia, rechazando principalmente el monofisismo, pero también a los llamados samaritanos, novacianos, teodosianos, cainitas, agnoítas y otros. Esta labor la realizó convocando sínodos y escribiendo libros. Fue un tenaz defensor de la famosa epístola dogmática de San León Magno en la cuestión monofisita.

Construyó una magnífica iglesia en honor del mártir San Julián de Antínoe, en el mismo sitio de una anterior que ya estaba en ruinas, y se dice que lo hizo movido por una aparición del santo al patriarca.

Se mantuvo en relación con el papa San Gregorio Magno, a quien había conocido personalmente cuando el futuro Papa estuvo de apocrisario en Constantinopla, y se conservan las cartas que Gregorio le dirige. El Papa apreciaba en Eulogio su fortaleza frente a todas las herejías y la energía evangélica que ponía en su rechazo. Ambos intercambiaron también regalos.

Lleno de méritos murió el año 607, según parece, recibiendo enseguida culto como santo.

SAN RAGNEBERTO

Mártir († 680)

Era de Borgoña, de donde su padre, el duque Radeberto, era gobernador. Su nombre aparece como Ragneberto o Ramberto. Educado esmeradamente por su padre, llegó a ser un joven piadoso y un buen caballero, valeroso en las acciones de guerra.

Su sentido de la justicia le llevó a manifestar su desacuerdo con la conducta caprichosa y tiránica de Ebroino, el maestro de palacio del reino de Neustria. Éste no dudó en hacerlo arrestar y condenarlo a muerte como enemigo público. San Audoeno, arzobispo de Ruán, intervino a favor del condenado a muerte y logró que le fuese conmutada la pena por la de destierro. Fue deportado a los confines con el Bugey y confiado a la vigilancia del feudatario Teudefredo. Pero éste recibió la secreta consigna de acabar con la vida del desterrado y se disponía a hacerlo cuando lo detuvo la bondad y mansedumbre de Ragneberto. Poco después Teudefredo murió. Ebroino envió entonces dos emisarios que localizaron a Ragneberto a la orilla del río Albarine y le dieron muerte a lanzazos el 13 de junio de 680. Los monjes del vecino monasterio de San Domiciano recogieron su cuerpo y lo sepultaron en su claustro. La fama de mártir —había muerto en defensa de la justicia— acompañó enseguida su

memoria y se empezaron a contar milagros obrados en su tumba. En el lugar de su muerte se erigió una cruz.

SAN AVENTINO
Ermitaño y mártir († 732)

Aventino, natural de Bagneres, en los Pirineos, había decidido dedicar su vida a la divina contemplación y para ello se había instalado en el Valle de Larboush. Además de sus continuas oraciones, movido por la caridad, de cuando en cuando se acercaba a los poblados de las cercanías y exhortaba a todos, con cálidas palabras, a amar y seguir a Jesucristo. Su modestia, pobreza y humildad hablaban con más fuerza que sus propias palabras.

Pero en una incursión de las que hacían los sarracenos por los Pirineos lo hallaron y no dudaron en darle muerte, siendo muy pronto tenido por mártir. Se suele señalar como fecha el año 730, aproximadamente, es decir, poco después de la toma musulmana de España. Sin embargo, hay quien retrasa su muerte hasta el siglo IX.

BEATO GERARDO DE CLARAVAL
Monje († 1138)

Gerardo, hijo de Tescelino de Fontaines y de su esposa Alicia, era hermano de San Bernardo, de más edad que el santo, y debió nacer hacia el año 1088. Militar de profesión, persona de pocas letras y de carácter extrovertido, desoyó el llamamiento de su hermano a entrar con él en el Císter, pero cuando se repuso de una herida grave recibida en el sitio de Grancy, decidió acudir al monasterio y pedir él también el hábito monástico.

Designado su hermano como abad de la nueva fundación de Claraval, marchó a ella con Bernardo y estuvo unido a él no sólo por el amor fraternal sino por una gran sintonía espiritual. Designado encargado de las celdas, y hábil en todos los trabajos manuales, quitó a su hermano muchas ocupaciones temporales dejándole libre para su vasta obra teológica, abacial y eclesial.

Entregado por completo a su vocación monástica, dio altos ejemplos de todas las virtudes y cumplió el lema benedictino de la oración y el trabajo. Cuidaba con singular amor de las limosnas y auxilios a los pobres.

En 1137 acompañó a su hermano en el viaje a Italia y enfermó gravemente en Viterbo, pero se repuso y pudo volver a Claraval, donde finalmente moriría al año siguiente, el 13 de junio de 1138. San Bernardo sintió mucho su muerte e hizo de él los públicos elogios que merecía. La Santa Sede aprobó en 1702 el culto que se le venía dando en la Orden y confirmó más tarde su inclusión en el «Propio de los santos cistercienses».

SANTOS AGUSTÍN PHAN VIET HUY Y NICOLÁS BUI DUC THE

Mártires († 1839)

Cuando en 1838 y tras un viaje a la corte del emperador Minh-Manh, el gobernador del Tonkín occidental regresó dispuesto a acabar con el cristianismo en su zona, decidió empezar por la depuración del ejército. Llamó a todos los cristianos enrolados en las filas y les exigió la apostasía. Apostataron todos menos tres: nuestros dos santos y su compañero Santo Domingo Dat. Fueron los tres cruelmente torturados, sin que apostatasen, y como esto no se lograba se recurrió al truco de drogarlos. Drogados, en efecto, pisotearon la cruz. Fueron entonces dejados libres, licenciados y se les dio dinero para volver a sus casas.

Pero, pasada la droga, los jóvenes se negaron a ser tenidos por apóstatas y así se lo hicieron saber al gobernador, el cual volvió a torturarlos y, no logrando nada de ellos, mandó que fueran remitidos cada uno a su respectivo pueblo, tenidos por apóstatas e impedidos de volver con la alegación de que su apostasía no era válida. Entonces los jóvenes decidieron ir en persona a la capital, Hué, y entregar su profesión de fe al propio emperador. La familia de Domingo no lo dejó ir, y partieron Agustín y Nicolás. Entregada su profesión de fe al emperador, éste les puso en el dilema de la apostasía o la muerte. Los dos jóvenes eligieron la muerte. Llevados a un barco en alta mar, fueron cortados por

medio y sus cuerpos arrojados al mar, a fin de impedir que los cristianos los tomaran y veneraran como cuerpos de mártires. Fueron canonizados el 19 de junio de 1988.

14 de junio

A) MARTIROLOGIO

1. En Samaría o Sebaste (Palestina), San Eliseo (s. IX-VIII a.C.), *discípulo de Elías y profeta* **.
2. En Aquileya (Véneto), San Proto, mártir (fecha desconocida).
3. En Soissons (Galia), santos Valerio y Rufino († s. IV), mártires.
4. En Nápoles (Campania), San Fortunato († s. IV), obispo *.
5. En Vienne (Borgoña), San Eterio († s. VII), obispo.
6. En Constantinopla, San Metodio († 847), obispo **.
7. En Córdoba, santos Anastasio, presbítero, Félix, monje, y Digna, virgen († 853), mártires *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN ELISEO

Profeta (s. IX-VIII a.C.)

La narración bíblica sobre la vida y el mensaje del santo profeta Eliseo, compañero y continuador de la de Elías, «el profeta ígneo cuya palabra quemaba como una antorcha» (cf. Eclo 48,1), «el buscador del Dios único», ocupa doce capítulos del Segundo libro de los Reyes, del 2 al 13, en el llamado «ciclo de Eliseo», una de sus fuentes principales. Ya en 1 Re 19,16s, se nos refiere la especial y directa elección de parte de Dios llamándole *por sorpresa al seguimiento de Elías.*

Estamos en el siglo IX antes de Cristo. La figura de Eliseo se destaca a través de sus últimas décadas y las primeras del VIII. Gobernaban en Israel, el reino del Norte donde se desenvolvió principalmente el ministerio del profeta, Ajab (874-853), Jorán (852-841), Jehú (841-814), ungido rey por iniciativa de Eliseo, Joacaz (814-798) y Joás (798-783), durante cuyo reinado falleció Eliseo según 2 Re 13,25. En Judá se sucedieron Josafat

(870-848), Jorán de Judá (848-841), Ocozías-Atalía (841-835), Joás (835-796) y Amasías (796-781).

Conocemos el nombre de su padre, Safat, y sabemos que su familia era acomodada (cf. 1 Re 19,16-19), originaria de Abel Meholah, al sur de Bet-san.

A Eliseo, nombre que significa «Dios es mi salvación», le llegó la llamada directa y sorprendente de Dios al seguimiento del gran profeta Elías, quien, en el monte Horeb, había recibido el mandato del Señor: «Vuelve a tu camino, en dirección al desierto de Damasco. Cuando llegues, unge rey de Aram a Jazael; rey de Israel a Jehú, hijo de Nimsí, y profeta sucesor tuyo a Eliseo» (1 Re 19,15-16).

> «Partió de allí y encontró a Eliseo, hijo de Záfate, que estaba arando. Tenía frente a él doce yuntas y él estaba con la duodécima. Elías pasó a su lado y le echó el manto encima. Entonces Eliseo abandonó los bueyes y echó a correr tras Elías diciendo: "Déjame ir a besar a mi padre y a mi madre y te seguiré". Le respondió: "Anda y vuélvete, pues ¿qué te he hecho?". Volvió atrás Eliseo, tomó la yunta de bueyes y los ofreció en sacrificio. Con el yugo de los bueyes asó la carne y la entregó al pueblo para que comieran. Luego se levantó, siguió a Elías y le servía» (1 Re 19,19-21).

En realidad será Eliseo el que llevará a cabo esas misiones. La unción se daba a los reyes (Éx 30,22s), no a los profetas. Aquí se usa el término «unción» sólo por exigencias del paralelismo. El manto simboliza la personalidad y los derechos de su dueño. El de Elías tiene una eficacia milagrosa, como se verá más adelante. Así adquiere un derecho sobre Eliseo al que éste no puede hurtarse.

Destruyendo el yugo y sacrificando la yunta de bueyes, Eliseo indica la renuncia a su anterior estado con diligente prontitud. Es heredero del espíritu profético de Elías en la misma medida en que heredaban los primogénitos: el doble que los demás herederos (cf. 2 Re 2,1-15).

En la iconografía, que es muy abundante, aparece siempre como discípulo y heredero, acompañándole en todo, hasta el episodio más significativo, cuando Elías es arrebatado al cielo en el torbellino. La narración tiene un ritmo casi litúrgico y está envuelta en un halo de misterio, llena de simbolismo. El maestro y el discípulo reproducen las etapas peregrinantes del pue-

blo de Dios y el paso del Jordán. El coro de profetas les acompaña de lejos. Aunque Elías insiste por tres veces en ir solo, lo hace para probar la fidelidad de Eliseo, que ha de ser testigo de su ascensión en el carro de fuego y heredero de su espíritu y de su misión.

«Esto es lo que sucedió cuando Yahvé arrebató a Elías en la tempestad hacia el cielo. Elías y Eliseo partieron de Guilgal. Elías dijo a Eliseo: "Quédate aquí, pues Yahvé me envía a Betel". Eliseo dijo: "¡Por el Dios vivo y por tu propia vida, yo no te dejaré!". Y bajaron a Betel.

Los discípulos de los profetas que había en Betel salieron al encuentro de Eliseo y le dijeron: "¿Sabes que Yahvé va hoy a arrebatar a tu señor por encima de tu cabeza?". Respondió: "Ya lo sé yo también. ¡Callad!". Elías le dijo: "Eliseo, quédate aquí porque Yahvé me envía a Jericó". Pero él respondió: "¡Por el Dios vivo y por tu propia vida, yo no te dejaré!". Y llegaron a Jericó.

Los discípulos de los profetas que había en Jericó se acercaron a Eliseo y le dijeron: "¿Sabes que Yahvé va hoy a arrebatar a tu señor por encima de tu cabeza?". Respondió: "Ya lo sé yo también. ¡Callad!". Elías le dijo: "Quédate aquí, porque Yahvé me envía al Jordán". Respondió: "¡Por el Dios vivo y por tu propia vida, yo no te dejaré!". Y los dos continuaron caminando.

Cincuenta hombres de los discípulos de los profetas iban también de camino y se pararon frente (al Jordán) a cierta distancia de Elías y Eliseo, que se detuvieron al lado del Jordán. Elías se quitó el manto, lo enrolló y golpeó con él las aguas, que se separaron a un lado y al otro y ambos pasaron sobre terreno seco. Mientras pasaban, Elías dijo a Eliseo: "Pídeme lo que quieras que haga por ti antes de que sea arrebatado de tu lado". Eliseo respondió: "Que pasen a mí dos tercios de tu espíritu". Replicó: "Pides algo difícil; si alcanzas a verme cuando sea arrebatado de tu lado, entonces pasará a ti; si no, no pasará".

Iban caminando y hablando, y de pronto un carro de fuego con caballos de fuego los separó a uno de otro. Elías subió al cielo en la tempestad. Eliseo lo veía y clamaba: "¡Padre mío, padre mío! ¡Carros y caballería de Israel!".

Cuando dejó de verlo, agarró sus vestidos y los desgarró en dos. Recogió el manto que había caído de las espaldas de Elías, volvió al Jordán y se detuvo a la orilla. Tomó el manto que había caído de las espaldas de Elías y golpeó las aguas, pero éstas no se separaron. Dijo entonces: "¿Dónde está Yahvé, el Dios de Elías?". Golpeó otra vez las aguas, que se separaron a un lado y al otro y Eliseo pasó sobre terreno seco.

Cuando los discípulos de los profetas lo vieron venir hacia ellos, dijeron· "El espíritu de Elías se ha posado sobre Eliseo".

> Fueron a su encuentro, se postraron en tierra ante él, y le dijeron: "Tus siervos cuentan con cincuenta hombres de guerra. Deja que marchen y busquen a tu señor. Tal vez el espíritu de Yahvé se lo ha llevado y lo ha arrojado sobre alguna montaña o algún valle". Él dijo: "No enviéis a nadie". Pero tanto le insistieron que exclamó abochornado: "Enviadlos". Ellos enviaron cincuenta hombres que estuvieron tres días buscándolo, pero no lo encontraron. Cuando volvieron a Eliseo, que se había quedado en Jericó, les dijo: "¿No os ordené: no vayáis?"» (2 Re 2,1-18).

Las claves de lectura de este pasaje hay que buscarlas en el paralelismo con el paso del Mar Rojo y del Jordán hacia la tierra prometida. Aquí el manto de Elías hace lo que allí la vara de Moisés. Experiencia profunda inspira el relato. Al último encuentro, el hombre llega solo, alejándose misteriosamente de los presentes sobrecogidos ante la presencia sentida de Dios.

El ritmo convierte el viaje casi en procesión litúrgica: Betel, Jericó, paso del Jordán. Es como la peregrinación al santuario, subida al monte, paso por los atrios a la nave, entrando sólo los elegidos, quedando fuera los demás. Y en el «Sancta Sanctorum», sólo está el Sumo Sacerdote. Elías, el profeta, ya no vuelve a salir. Ha visto al Señor. Dios se le acerca, lo arrebata. Y el profeta sube en el fuego como un sacrificio vivo.

El relato se concentra en el maestro y el discípulo, heredero y sucesor, no por dinastía de sangre sino por elección divina. Las imágenes del torbellino y el carro de fuego tirado por caballos envuelven una teofanía como la que describe el salmo: «Las nubes te sirven de carroza, avanzas en las alas del viento» (Sal 104,3b); «Volabas a caballo de un querubín cerniéndose sobre las alas del viento» (Sal 18,11).

Después de un rito de luto, cuando ya no lo vio más y rasgó su túnica en signo de dolor, recoge el manto del padre y maestro y en él recibe su herencia y queda investido de su misión y sus poderes, cuyo traspaso real testimonia el milagro de las aguas divididas. Lo mismo la división del Jordán, a semejanza del Mar Rojo, testifica que Josué es el sucesor de Moisés (cf. Jos 3,7; 4,14). La fuerza del Dios de Elías está en el manto, y Eliseo lo va a vestir.

Como Eliseo no volvió a ver a Elías vivo, y los profetas, fracasados en la búsqueda de su cadáver, no lo hallaron muerto, la posteridad pensó que Elías había sido arrebatado en vida y

sólo habría de volver en cercanía a la llegada del Mesías (cf. Eclo 48,10). A esta creencia alude Jesús cuando afirma rotundamente: «Elías ya vino», refiriéndose a Juan Bautista, el precursor, que vestía como el profeta. Y en el espíritu y misión de Elías preparó los caminos al Salvador (cf. Mt 17,10-13).

Los profetas, discípulos de los profetas, a quienes el texto llama «hijos de los profetas», vivían juntos, agrupados en hermandades. Con ellos Eliseo mantiene una buena relación, al contrario de Elías, profeta solitario.

En el profeta Eliseo sobresalen dos dimensiones: la primera es su carácter taumatúrgico; y la segunda, su relevante intervención en la política de aquel tiempo, hasta cambiar dinastías.

Por el número ingente de los milagros que aureolan su figura, destaca entre todas las del Antiguo Testamento. Y, como veremos, sus prodigios aparecen simbólicamente vinculados no pocas veces a los milagros y signos del Evangelio. Muchos tienen relación con el agua, como el de Jericó cuando sanea el agua de la fuente (2 Re 2,19-22) sobre la que pesaba la maldición de Josué, paralelo al milagro de Moisés en Éx 15,25.

El llamado «profeta de las aguas» interviene cuando el líquido elemento es cuestión de victoria o derrota, de vida o muerte, en la expedición del rey Joram de Israel contra Mesá de Moab, que se había negado a pagarle tributo. Le ayudaban Judá y Edom como aliados. Después de rodear el sur del Mar Muerto durante siete días faltó el agua para los soldados y las acémilas.

> «Mientras el músico tañía, la mano de Yahvé vino sobre Eliseo que dijo: "Así dice Yahvé: Excavad en este valle albercas y más albercas, pues así dice Yahvé: No podréis vislumbrar viento ni lluvia y, sin embargo, esta torrentera se colmará de agua y beberéis vosotros, vuestros ejércitos y vuestros ganados". Y Yahvé no se contenta con esto, pues entregará también a Moab en vuestras manos.
>
> A la mañana siguiente, a la hora de la ofrenda, comenzó a llegar agua de la dirección de Edom y la tierra se cubrió de agua» (2 Re 3,15.20).

El oráculo exige la fe y la obediencia, al no explicar cómo sucederá todo. La música ayuda a procurar el éxtasis o entrar en trance profético.

Eliseo toma parte activa y comprometida en los acontecimientos políticos de Israel, con una gran influencia a través de sus oráculos y milagros.

En la guerra de Ben-Hadab II —rey de Damasco— contra Israel, intervino revelando al rey Joram los planes del enemigo (cf. 2 Re 6,8-23) y le indica la estrategia «astuta» que ha de emplear para «cazar» a los soldados enemigos.

En otra ocasión, durante un asedio del mismo rey de Damasco a Samaría, el profeta predijo el final de la carestía angustiosa y del asedio (2 Re 6,24-7,20). Y en la enfermedad del mismo rey Ben-Hadab, anunció su muerte a manos de un sicario en Hazael, que lo ahogó y luego reinó en su lugar (2 Re 8,7-15).

A través de un discípulo suyo, Eliseo hizo ungir secretamente a Jehú en Ramot-de-Galaad, alrededor de los años 841-814 antes de Cristo, cambiándose así la dinastía, con el encargo de exterminar la casa del impío Ajaz (2 Re 9,1-10).

Poco antes de su muerte, ocurrida antes de 796, hizo su última aparición en la escena política, anunciando al rey Joás, segundo sucesor de Jehú, tres victorias sobre Siria. «¡Flecha de victoria de Yahvé...!» (cf. 2 Re 13,14-19).

Eliseo es un profeta itinerante, reconocido por las comunidades locales y respetado en las altas esferas. Probablemente tuvo casa propia en la capital de Samaría.

El panorama internacional contemporáneo de Eliseo es la paz entre Judá e Israel, hostilidades con Damasco. Asiria todavía no es mencionada. En Eliseo se comprueba que los profetas y sus oráculos no son monopolio de uno solo de los reinos y que se abren a un horizonte universal.

También queda patente que sus intervenciones políticas no se pueden reducir al ámbito de lo temporal sino que en el fondo tienen mucho que ver con la alianza y los planes y designios salvíficos del Dios fiel y con los pecados repetidos de infidelidad del pueblo y de sus gobernantes que, según la expresión bíblica, «hacían lo que no agradaba al Señor».

Más que en la multitud de sus milagros, en acumulación minuciosa de un anecdotario un tanto pintoresco, la figura y la personalidad de Eliseo va más allá de esa imagen de milagrero taumaturgo popular, y está delineada en el profeta indomable

que dirige los movimientos políticos que abren camino a la historia de la salvación, manteniendo la fe en el único Dios vivo y verdadero, frente a los falsos dioses como Baal, frente a la idolatría, tentación universal de todos los tiempos y personas.

Uno de los episodios más significativos en la vida del profeta Eliseo —citado en el Nuevo Testamento (Mt 3,13-15; Lc 4,27), en la liturgia y en los Padres— fue la curación del general sirio Naamán, llegado desde su patria para que Eliseo le curara la lepra. Con la conversión de este pagano, una vez más el Señor enseñaba a su pueblo elegido que su misericordia abarcaba a todos los pueblos y razas y que ésa era la misión profética: anunciarlo en favor de todos.

> «Naamán, jefe del ejército del rey de Aram, era hombre notable y muy estimado por su señor, pues por su medio Yahvé había concedido la victoria a Aram. Pero este hombre (siendo un gran militar) era leproso. Unas bandas de arameos habían hecho una incursión y habían traído de la tierra de Israel una muchacha que pasó al servicio de la mujer de Naamán.
>
> Ella dijo a su señora: "Ah, si mi señor pudiera presentarse ante el profeta que hay en Samaría. Él le curaría de su lepra". (Naamán) fue y se lo comunicó a su señor diciendo: "Esto y esto ha dicho la muchacha que procede de la tierra de Israel". El rey de Aram dijo: "Anda y ve; yo enviaré una carta al rey de Israel".
>
> Tomó en su mano diez talentos de plata, seis mil siclos de oro y diez vestidos nuevos y llevó al rey de Israel la carta que decía: "Cuando te llegue esta carta, sabrás que te envío a mi siervo Naamán, para que lo cures de su lepra". Cuando el rey leyó la carta, rasgó sus vestiduras, diciendo· "¿Soy yo Dios para repartir muerte y vida? Éste me encarga nada menos que curar a un hombre de su lepra. Daos cuenta y veréis que está buscando querella contra mí".
>
> Cuando Eliseo, el hombre de Dios, oyó que el rey de Israel había rasgado sus vestiduras, envió a decir al rey: "¿Por qué has rasgado tus vestiduras? Que venga a mí y sabrá que hay un profeta en Israel". Naamán llegó con sus caballos y carros y se detuvo a la entrada de la casa de Eliseo. Éste envió un mensajero a decirle: "Ve y lávate siete veces en el Jordán. Tu carne te renacerá y quedarás limpio".
>
> Naamán se puso furioso y se marchó diciendo: "Yo me había dicho: ¡Saldrá seguramente a mi encuentro, se detendrá, invocará el nombre de su Dios, frotará con su mano mi parte enferma y sanaré de la lepra! El Abaná y el Farfar, los ríos de Damasco, ¿no son mejores que todas las aguas de Israel? ¡Podía bañarme en ellos y quedar limpio!".

> Se dio la vuelta y se marchó furioso. Sus servidores se le acercaron y le dijeron: "Padre mío, si el profeta te hubiera mandado una cosa difícil ¿no la habrías hecho? ¡Cuánto más si te ha dicho: Lávate y quedarás limpio!".
>
> Bajó, pues, y se lavó en el Jordán siete veces, conforme a la palabra del hombre de Dios. Su carne volvió a ser como la de un niño pequeño y quedó limpio. Él y toda su comitiva volvieron ante el hombre de Dios. Al llegar, se detuvo ante él y exclamó: "Ahora conozco que no hay en toda la tierra otro Dios que el de Israel. Recibe, pues, un presente de tu siervo". Pero él replicó: "Vive Yahvé ante quien sirvo, que no he de aceptar nada". Le insistió que aceptara, pero él rehusó. Naamán dijo: "Entonces, que al menos se entregue a tu siervo tierra, la carga de un par de mulos, porque tu siervo no ofrecerá ya holocausto ni sacrificio a otros dioses más que a Yahvé. Que Yahvé perdone a su siervo por esto: cuando mi señor entra en el templo de Rimón para postrarse allí en adoración, se apoya en mi brazo de manera que yo tengo que postrarme en el templo de Rimón. Así que cuando me postro en el templo de Rimón, que Yahvé perdone a su siervo por ello". Él le dijo: "Ve en paz"» (2 Re 5,1-19).

Un milagro, en apariencia doméstico, se convierte en asunto de política internacional, porque sirios o arameos e israelitas mantenían una paz inestable que las bandas de guerrillas aprovechaban para sus correrías. La criada cautiva da cuenta del profeta a su señora, ésta a su marido, que se lo cuenta al rey. Éste escribe recomendando al rey de Israel que atienda a su general. Del rey de Israel se apela al poder divino por la intercesión del profeta.

Se trata de un poder absoluto, de repartir muerte y vida, salud o enfermedad. La técnica literaria de la narración repite siete veces la raíz verbal de la palabra «lepra» y opone al movimiento ascensional, en contrapunto, un movimiento-contraste de humillación, bajando del rey al profeta, de éste a su criado mensajero y por fin descender al Jordán.

Una vez curado, pedirá tierra sagrada para alzar en ella un altar y dar culto al Dios de Israel. La confesión monoteística del Dios universal es solemne y exclusiva de otros dioses.

Eliseo multiplica el aceite de una pobre viuda y resucita al hijo de la Sunamita. Y en muchos de sus pasos prefigura a Cristo. La ovación entusiasta con que es acogido en Jericó prefigura la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén. Las inesperadas burlas de los muchachos por su calvicie, cuando sube a Betel, son ima-

gen de los escarnios y befas de que es objeto Jesús en el palacio de Caifás. La curación de Naamán el leproso, a quien ordena bañarse siete veces en las aguas del Jordán, es imagen espléndida y elocuente del bautismo cristiano, así como la resurrección del hijo de la Sunamita prefigura la de Lázaro obrada por Jesús. El hallazgo del hacha que flota de las aguas es símbolo de Cristo que sale del sepulcro.

En una homilía de San Juan Crisóstomo predicada en Antioquía se subraya cómo en la entrega del manto, veía prefiguración de los poderes transmitidos por Cristo a los apóstoles.

Todas estas y otras conexiones simbólicas aparecen reflejadas en la riquísima iconografía del profeta, unas veces en unión con Elías, y otras, en episodios independientes. La tipología es muy clara y casi invariable en comparación con los demás profetas. Siempre calvo, vestido de carmelita porque esta Orden le considera segundo patrono y fundador, con Elías.

Los atributos suelen ser: una alcuza de aceite, el hacha del hallazgo, a veces una paloma bicéfala posada sobre su espalda que recuerda la doble posesión de espíritu heredado de Elías, aludiendo a la doble parte de herencia que entre los israelitas se reservaba al primogénito.

Las principales escenas de su vida, desde la vocación, se suceden. En torno a su sepulcro en Samaría se obraron prodigios similares a los que había obrado en vida, tal como la resurrección de un muerto a quien precipitadamente arrojaron en la tumba de Eliseo unos enterradores acosados por los moabitas. En contacto con los huesos del profeta, recobró la vida.

En tiempos de San Jerónimo se conocía su sepulcro vacío, que había sido violado por Juliano el Apóstata. Pero se salvaron algunas reliquias veneradas más tarde en Rávena, Alejandría y Constantinopla.

El culto al santo profeta se extendió de Oriente a Occidente como el de Elías, aunque un poco menos. La fiesta de los dos se celebró fundida en Oriente, con iglesias a ellos dedicadas, por ejemplo, en Constantinopla. El *Martirologio romano* la celebra el 14 de junio. Los carmelitas difundieron su culto. Su oficio litúrgico lo compuso Roberto de Bale († 1503) inspirándose en otros dos que se venían utilizando ya.

El gran elogio de Eliseo lo hace el autor del Eclesiástico (48,12-14):

> «Cuando Elías fue arrebatado en el torbellino, Eliseo se llenó de su espíritu. Durante su vida ningún príncipe le hizo temblar, nadie pudo dominarle. Nada era imposible para él, hasta en el sueño de la muerte su cuerpo profetizó. Durante su vida realizó prodigios, y después de muerto fueron admirables sus obras».

BERNARDO VELADO GRAÑA

Bibliografía

ALONSO SCHOKEL, L., *Reyes* (Madrid 1973) 167-226.
SPADAFORA, F., «Eliseo. Culto e iconografía», en *Bibliotheca sanctorum.* IV: *Ciro-Enfrido* (Roma 1964) 1131-1135.
STRAMARE, T., «Eliseo», en ibid., 1125-1131.

SAN METODIO DE CONSTANTINOPLA
Obispo († 847)

Patriarca de Constantinopla entre los años 842-846, San Metodio nació en Siracusa a finales del siglo octavo, hacia el año 789. Hijo de una familia acomodada, recibió desde la cuna una educación esmeradísima. Trasladóse muy pronto a Constantinopla buscando obtener un puesto en la Corte, confiado en sus nobles ascendientes familiares.

Allí, casualmente, se encuentra con un monje asceta, posiblemente Eutimio de Sardes (del que Metodio escribió una *Vida);* este encuentro le hace cambiar de rumbo y entra en el monasterio de Chenolacco en Bitinia, a unos 70 kms. de la capital. Aquí también destaca enseguida por su talento, perfeccionando su cultura y demostrando sus hábiles cualidades de mando. Enseguida el patriarca Nicéforo I se lo lleva como colaborador personal.

El desempeño de su cargo coincidió con la segunda persecución iconoclasta, bajo el emperador León V, apodado el Armenio, entre los años 813 y 820. Casi todos los monjes de su orden y de otras se le opusieron frontalmente.

El patriarca Nicéforo fue destituido y nombrado en su lugar Theodotus (815-821). Metodio se vio obligado a huir a Roma

para informar al papa Pascual I, que ocupaba la silla pontificia desde el año 817. Allí Metodio siguió convertido en un acendrado defensor del culto a las imágenes. En Roma fue ordenado sacerdote, no sin antes ser calumniado por una perversa mujer. Permaneció en la Ciudad Santa hasta que el emperador León V fue asesinado en el año 820, sucediéndole en el cargo Miguel II.

Por consejo del Papa, Metodio regresó a Constantinopla confiado en el cambio y portando una carta en la que el Pontífice instaba al nuevo emperador a cambiar su política y a reponer al patriarca, antes injustamente depuesto, en su silla patriarcal de Constantinopla.

Todo fue inútil y contraproducente porque nada más entregar la carta papal y exhortar al emperador a seguir las doctrinas y normas pontificias, Metodio fue castigado recibiendo los setenta latigazos legales. Desterrado a la isla de San Andrés, archipiélago de los Príncipes, fue encarcelado en un oscuro calabozo y, más tarde, en Antigoni, en una cripta vieja abandonada, sin los más elementales espacios, que aún se conserva en la iglesia de San Juan Bautista.

Siete años permaneció en esta situación, hasta que el 828 el emperador Miguel II, sintiendo ya próximo su final, concedió un amplio perdón y una total amnistía. Beneficiado de ello, Metodio regresó a Constantinopla visiblemente agotado por tantos sufrimientos padecidos, mas su espíritu recio y sus afianzados convencimientos doctrinales no habían muerto, antes, al contrario, siguió defendiendo la vieja doctrina ahora ratificada por Roma.

A Miguel II le sucedió su hijo Teófilo en el año 829 y siguió y acentuó cruelmente las consignas de su padre. Metodio fue nuevamente azotado y llevado a la cárcel, pero ahora en los mismos calabozos imperiales. El emperador vigilaba de cerca la actitud de su encarcelado y convencido de que no lograría doblegar su ánimo con castigos físicos quiso vencerlo con argumentos doctrinales que fueron rebatidos por las firmes razones de Metodio, las cuales, incluso, llegaron a hacer mella en el propio emperador.

Quizás por eso o porque se sentía impotente ante tan serio valladar, mitigó sus penas y le concedió una especie de libertad

vigilada, tratando de lavar su imagen, ya que Metodio se había convertido en uno de los exponentes más relevantes de la corte bizantina.

Con todo, no recuperó la libertad hasta la muerte de Teófilo, el 20 de enero del 842, pero Metodio, ya cansado, decepcionado, se retiró al convento de los Eligmoi.

A Teófilo le sucedió su esposa Teodora como regente de su hijo Miguel III. Esta circunstancia favoreció a Metodio ya que la emperatriz había sido siempre partidaria de sus doctrinas. Inmediatamente empezó a restaurar el culto a las imágenes, dejando en libertad a todos los encarcelados defensores del viejo culto, proclamando como doctrina cultual la dictada por el II Concilio de Nicea en el 787.

El patriarca de Constantinopla, Juan VII el Gramático, que regía la iglesia desde el año 832 —impuesto por el antiguo emperador, acérrimo iconoclasta—, fue depuesto y Metodio fue nombrado nuevo patriarca el 4 de marzo de 842. Un sínodo reunido en Constantinopla aprobó la destitución de Juan VII y las normas del concilio ecuménico tomaron definitiva vigencia.

El 19 de febrero de ese mismo año las imágenes habían sido devueltas a los templos en solemne fiesta y procesión. Esta celebración, denominada «Fiesta de la ortodoxia», se repetirá en toda la Iglesia bizantina el primer domingo de cuaresma de cada año.

La tarea que tenía delante Metodio no resultaba ni fácil ni grata, ya que debía comenzar por el propio clero. Destituyó a los obispos y abades afectos a las ideas iconoclastas, mientras que perdonó a los sacerdotes y religiosos pero sin posibilidad de ser promovidos a más altos cargos. Al proveer las nuevas sedes episcopales se encontró con notabilísimos opositores que no tuvieron inconveniente en calumniarle valiéndose sobre todo de una mujer que, instigada por sus enemigos, aseguraba haber sido violada por el patriarca. Más tarde esta misma mujer reconoció su calumnia y haber sido comprada por los enemigos de Metodio.

No pocos, entre ellos los monjes estuditas, exigían una actitud más severa contra los antiguos iconoclastas. Incluso se llegó hasta las cercanías del cisma cuando Metodio, después de haber

trasladado solemnemente a Constantinopla los restos mortales de San Teodosio Estudita y su hermano José, hacia el año 846, anatematizó sus escritos. Hecho del que luego se arrepentiría con la consecuente rectificación.

Otro suceso muy significativo de su patriarcado fue la adquisición de las reliquias de su antecesor Nicéforo, muerto en el exilio, y que fueron enterradas con toda veneración en la iglesia de los Santos Apóstoles.

La muerte de Metodio tuvo lugar el 14 de junio del año 847, siendo sepultado también en la iglesia de los Santos Apóstoles de Constantinopla. Le sucedió el patriarca Ignacio, en cuyo tiempo desgraciadamente se inició el gran cisma de Focio.

A pesar de una vida tan frenética y complicada, encontró tiempo para dejarnos importantes y numerosos escritos. Se conservan aún algunos de ellos relacionados con su actividad, en los que se deben contar muy interesantes himnos sagrados. Además, como buen monje, realizó también copias de manuscritos.

Conocemos, entre otros, los *Cánones penitenciales; Cartas y sermones* (dos importantes sobre San Nicolás) y *Elogio de San Dionisio Areopagita.*

Las dos iglesias, latina y oriental, coinciden en celebrar su fiesta el 14 de junio, día de su muerte.

JOSÉ SENDÍN BLÁZQUEZ

Bibliografía

LILIE, R.-J., *Die Patriarchen der ikonoklastischen Zeit: Germanos 1. Methodios 1 (715-847)* (Berlín 1999).

«Methodios», en A KAZHADAN (ed.), *The Oxford Dictionary of Bizantium,* II (Oxford 1991).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN FORTUNATO DE NÁPOLES

Obispo († s. IV)

Le tocó a Fortunato regir la iglesia napolitana en mitad del siglo IV, en plena diatriba arriana. Fortunato se adhirió a la orto-

doxia y profesó la divinidad de Jesucristo y procuró mantener su rebaño limpio de la herejía. Unos obispos orientales, huidos del concilio de Sárdica, llegaron a Nápoles e intentaron atraer a Fortunato a su partido arriano, pero Fortunato se mantuvo firme en la fe católica.

Hizo construir una basílica-cementerio, que sería conocida con su nombre, donde él mismo fue enterrado a raíz de su santa muerte, y en ella estuvieron sus restos hasta que a mediados del siglo IX un sucesor suyo llevó sus reliquias a la catedral napolitana. Su deposición fue un 14 de junio, como consta por el famoso calendario de mármol. Su culto en la diócesis de Nápoles es muy antiguo.

SANTOS ANASTASIO, FÉLIX Y DIGNA DE CÓRDOBA

Mártires († 853)

Tal día como hoy del año 853 confesaron intrépidamente la fe cristiana en Córdoba y fueron martirizados por ello los santos Anastasio, presbítero, Félix, monje, y Digna, virgen y monja. Su martirio lo narra San Eulogio de Córdoba.

Anastasio se había criado y educado en la basílica de San Acisclo, a cuyo clero se adscribió llegando a recibir el diaconado. Entonces optó por la vida monacal, y cuando ya era un hombre entrado en años ascendió finalmente al sacerdocio.

Félix era bereber de raza y natural de Alcalá de Henares *(Complutum)*. Era de religión musulmana pero hizo un viaje a Asturias y en ese viaje conoció el cristianismo, que le atrajo, y se decidió por el bautismo. A continuación decidió servir a Dios en la vida monástica. No se sabe por qué motivo se hallaba en Córdoba.

Ambos decidieron presentarse al cadí, ante el que denostaron como falsa la religión islámica y confesaron abiertamente la divinidad de Jesucristo. El cadí mandó que en el mismo punto y hora ambos fueran degollados y sus cuerpos colgados en un patíbulo a la otra orilla del Guadalquivir.

Mientras los sagrados despojos de los dos mártires eran colgados, llegó de su monasterio de Tábanos la monja Digna, la

cual estaba muy descontenta de su nombre pues decía de sí misma que era mejor la llamaran *Indigna.* Venía con la intención de confesar también a Cristo ante el juez, a lo que la había exhortado una aparición de Santa Águeda que había tenido. Eran las tres de la tarde. Entró a ver al cadí, le echó en cara haber sacrificado a ambos mártires y confesó ante él a la Santísima Trinidad, rechazando el islam como impostura.

El cadí mandó que fuera inmediatamente degollada y su cuerpo colgado en un patíbulo al lado de los de los otros dos mártires.

15 de junio

A) Martirologio

1. La conmemoración de San Amós († s. VIII a.C.), profeta **.
2. En Doróstoro (Mesia), San Hesiquio, soldado.
3. En Lucanio, San Vito, mártir
4. En Auvergne (Aquitania), San Abraham († ca.480), monje *.
5. En Crepy, San Landelino († 686), abad.
6. En Séez, San Lotario († 756), obispo.
7. En Córdoba, Andalucía, Santa Benilde († 853), mártir *.
8. En Espalion (Rouergue), San Hilariano († 793), mártir.
9. En Mont-Joux (Valais), San Bernardo de Menthon († 1081), presbítero, canónigo de Aosta **.
10. En Ratzburg (Alemania), San Isfrido († 1204), obispo *.
11. En Londres (Inglaterra), Beato Tomás Scryven († 1537), monje cartujo y mártir bajo el reinado de Enrique VIII *.
12. En York (Inglaterra), beatos Pedro Snow, presbítero, y Rodolfo Grimston († 1598), mártires bajo el reinado de Isabel I *.
13. En Pibrac (Francia), Santa Germana Cousin († 1601), virgen **.
14. En Bérgamo (Italia), Beato Luis María Palazzolo († 1886), presbítero, fundador de los Hermanos de la Sagrada Familia y de las Hermanas Pobrecitas **.
15. En Qianshengzhuang (China), Santa Bárbara Cui Lianzhi († 1900), mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN AMÓS

Profeta († s. VIII a.C.)

A mediados del siglo VIII antes de Cristo, se produce un hecho totalmente nuevo y de gran trascendencia en la historia de Israel. Hasta entonces la profecía contaba ya con una larga nómina de personajes famosos, como Samuel, Ajías, Natán, Elías y Eliseo, por no citar sino los más notables. Ahora se inicia una etapa nueva: aparecen los profetas que nos legaron su mensaje por escrito, sea en directo por sí mismos, o recogido por sus discípulos en diferido.

Esto se debe no tanto a la mayor difusión de la escritura cuanto a la sorprendente novedad de un mensaje que no se podía relegar al olvido. La novedad está en el rechazo radical del reformismo predicado hasta entonces por los profetas que pretendían resolver los problemas morales dentro de las estructuras vigentes.

A partir de Amós ya no se sigue esta línea: todo el sistema está podrido y convertido en estructura de pecado. La catástrofe es inevitable. De ella, en el resto de Israel, brotará una semilla santa.

El libro bíblico del profeta Amós abre esta etapa nueva. Es el más antiguo de los oráculos proféticos transmitidos por escrito. Tanto el canon hebreo como la Biblia griega agrupan con el número y título de doce, *Dodekapropheton,* los opúsculos atribuidos a los profetas a quienes la Iglesia cristiana apellida «menores».

Esta denominación se refiere únicamente al tamaño y brevedad de los libros. Sería engañosa si con ella se prejuzgara e infravalorara su importancia en comparación con los «mayores» o más extensos.

Algunos, sin duda, como el de Amós, tienen la singular trascendencia de ser los primeros en los que empieza a resonar la profecía clásica en todas sus dimensiones: libertad de palabra frente a reyes y poderosos, vigorosa preocupación por las exigencias de la Alianza en las relaciones sociales y en el culto verdadero; lucidez para diagnosticar esas plagas de la sociedad que

son las injusticias del desorden establecido; y las fulgurantes intuiciones del misterio de Dios, de su justicia, su misericordia y su ternura.

Aunque el hebreo y la Vulgata nos lo presentan en tercer lugar, después de Oseas y Joel, Amós con toda probabilidad histórica los precede. Y, aunque entre los profetas «menores», es un gigante de la fe, proclamador de la Palabra de Dios.

No conocemos el nombre de los padres de Amós, pero sí su lugar de origen. Era de Tecua (o Tecoa), pequeña aldea, pocos kilómetros al sudeste de Belén, y a diecisiete al sur de Jerusalén, en el límite del desierto de Judá. Tecua es nombrada en la Biblia, y en la historia de David (cf. 2 Sam 14,1-24). En ella habitaban únicamente pastores y labradores junto con un reducido destacamento militar. La zona es quebrada y el paisaje semidesértico.

Amós era sencillamente un pastor y cultivador de sicómoros. Más bien ganadero y granjero que guardián asalariado. La compraventa de animales y el cultivo de sicómoros, que no se daban en Tecua, le obligaban a frecuentes viajes a zonas menos desérticas como la Sefela o las cercanías del Mar Muerto. Esta obligada movilidad nómada de profesión, le proporcionaba amplitud de horizontes, sin perder la proximidad al lenguaje expresivo y a las hondas experiencias del mundo rural.

La vida austera de Amós en esos ambientes, en pleno contacto con la naturaleza, favoreció el desarrollo de aquella rica personalidad que se manifestará después en su etapa profética: vivo sentimiento de la asombrosa grandeza de Dios y de su poder sobre el mundo, constantemente experimentado en las inmensas soledades del paisaje; espíritu indomable de independencia y altivez; lenguaje enérgico y expresivo, no exento de cierta rudeza; aversión al lujo y la frivolidad. Con este talante y esos criterios juzgará la vida y costumbres del reino de Israel a donde le envía el Señor:

> «Yo no soy profeta, ni hijo de profeta; yo soy un vaquero y picador de sicómoros. Pero Yahvé me tomó de detrás del rebaño y Yahvé me dijo: "Ve y profetiza a mi pueblo Israel"» (Am 7,14-15).

Amós no pertenecía a ninguna familia o comunidad de profetas como era frecuente y usual. A este hombre, sin ninguna

relación con el profetismo o los grupos proféticos, sin ser funcionario del culto ni estar ligado a la corte, le envía Dios a tierra extraña, desde el reino de Judá, donde vive, a profetizar en el reino del Norte.

Independizado de Judá a la muerte de Salomón en 931, este reino había atravesado situaciones difíciles al ser invadido por Siria, pero a comienzos del siglo VIII, con Joás, conquista el territorio y vence a Judá. Su sucesor, Jeroboán, extiende sus dominios desde Jamat hasta el Mar Muerto (787-747). Es el reinado más próspero de la historia en el reino del Norte. Durante este período, el eclipse de las grandes potencias rivales que atenazaban a los pequeños reinos, les permitió un respiro de libertad.

Gracias al comercio con Arabia, Fenicia, el Mar Rojo, y las minas de cobre de Arabá, se logra una prosperidad material desconocida, con esplendor y lujosas edificaciones; crecen los recursos económicos y agrícolas, junto con la industria textil y la del tinte en florecimiento.

Pero este progreso puramente material ocultaba una terrible descomposición social. La suerte de los ciudadanos modestos era durísima y el Estado no hacía nada por ayudarles. Se daban flagrantes injusticias y brutales contrastes entre ricos y pobres. El pequeño agricultor, amenazado de sequías, plagas y fallos de la cosecha, estaba a merced de prestamistas inmisericordes que los exprimían con hipotecas y embargos, obligándoles a tener que servir como esclavos si no saldaban sus deudas.

La ambición de ricos y comerciantes aprovechaba la ocasión falsificando pesas y medidas, acudiendo a trampas legales y sobornando a los jueces. La situación era insoportable.

A la descomposición social iba unida la corrupción religiosa. Los grandes santuarios estaban en plena actividad, repletos de adoradores, magníficamente equipados y provistos. Pero el culto no se conservaba en su pureza y autenticidad. Muchos santuarios eran paganos. Fomentando los cultos de la fertilidad y la prostitución «sagrada» (?). Otros, la mayoría, aunque se presentaban como yahvistas ortodoxos, cumplían una función totalmente negativa: apaciguar a la divinidad con ritos y sacrificios externos que garantizaban la tranquilidad de conciencia y el bie-

nestar del país. Con la falsa seguridad de estar protegidos por Yahvé, sin conversión interior alguna.

A esto se añadía un enfoque desviado del pasado: los beneficios de Dios, la elección, la liberación de Egipto, la alianza, no estimulaban la generosidad sino la permisividad e indiferencia, la apatía, la falsa seguridad, la seguridad antes mencionada, y el complejo de superioridad en relación con los otros pueblos. La alianza recordada en la liturgia se convirtió en letra muerta sin el mínimo influjo en la vida social.

En esta situación de prosperidad económica y estabilidad política, de desigualdades sociales e injusticias, de paganismo y corrupción religiosa, aparece el primer profeta con oráculos escritos, Amós, llamado irresistiblemente por Yahvé a su misión: «Ruge el león, ¿quién no teme? Habla el Señor, ¿quién no profetiza?» (Am 3,8).

¿Cuánto duró la actividad profética de Amós? Lo más probable es que predicase durante algunas semanas o meses, y en diversos lugares o santuarios: Betel, Samaría, Guilgal, por los años 783-743.

El libro de Amós señala al comienzo estos datos cronológicos: «En tiempo de Ozías, rey de Judá, y en tiempo de Jeroboán, hijo de Joás y rey de Israel, dos años antes del terremoto ..». Este seísmo, tal vez atestiguado por excavaciones de Jasoc en la alta Galilea, habría coincidido con estas fechas, a mediados del siglo VIII. Según Zac 14,5, a consecuencia del terremoto, quedaron obstruidos algunos valles.

En este fenómeno catastrófico ve el libro una manifestación divina que venía a confirmar el mensaje de Amós cuando dice en su hermosa doxología:

> «¡El Señor Yahve Sebaot [], el que toca la tierra y ella se derrite, y hacen duelo todos sus habitantes, se eleva toda entera como el Nilo de Egipto! El que edifica en el cielo sus altas moradas y asienta su boveda en la tierra, el que reune a las aguas de la mar y las derrama sobre la faz de la tierra ¡Yahve es su nombre!» (Am 9,5-6)

El santuario cismático de Betel, émulo del templo de Jerusalén, con sacerdotes y funcionarios reales, con un culto espléndoroso al «toro de Yahvé», fue el escenario donde irrumpió, como una tromba inesperada, la vigorosa predicación de Amós.

Allí es donde chocó frontalmente con la oposición de los dirigentes.

El sacerdote Amasías se escandaliza principalmente por los ataques de Amós al rey Jeroboán II y por el anuncio del inminente destierro del pueblo. Lo denuncia a la corte, le impone silencio y lo expulsa de Israel.

> «El sacerdote de Betel, Amasías, mandó a decir a Jeroboán, rey de Israel: "Amós conspira contra ti en medio de la casa de Israel"; el país no puede soportar todas sus palabras. Porque Amós anda diciendo: "A espada morirá Jeroboán, e Israel será deportado de su tierra"». Amasías dijo a Amós: «Vete, vidente; huye al país de Judá; come allí tu pan y profetiza allí. Pero en Betel no sigas profetizando, porque es el santuario real y la Casa del reino» (Am 7,10-13).

Este episodio, el más conocido de la vida de Amós, ocupa un lugar central en la significación de su mensaje profético. Está íntimamente vinculado a la visión que el profeta relata en los versículos precedentes: «El Señor dijo: "[...] Serán devastados los altos de Isaac, asolados los santuarios de Israel, y me alzaré con espada contra la casa de Jeroboán"» (Am 7,9).

La mención de los altozanos y de los santuarios y de Jeroboán, explica la confrontación entre Amós y Amasías; señala las consecuencias del anuncio profético con el trasfondo político, institucional y religioso.

En el episodio se enfrentan dos visiones de la realidad radicalmente opuestas. Amasías tiene una concepción localista, reductiva, de la fe, cual si estuviera vinculada a la casa y dinastía regia y al santuario de Betel como templo real. Para preservar su territorio acusa al profeta Amós de conspirador y, tal vez intentando salvarlo, lo expulsa del santuario: «Vete, vidente», precisamente lo contrario de lo que le había ordenado Dios.

Amós, por el contrario, se abre desde lo particular a un horizonte universal como es la voluntad de Yahvé. La fe de Israel no queda confinada a uno u otro reino, ni condicionada o reducida a una dinastía. Si el sacerdote es un funcionario real, el hombre de Dios debía haber aprendido que debe distinguir entre lo puro e impuro ritual; el profeta es el hombre de lo imprevisto de Dios, de su palabra inesperada.

El enfrentamiento de estas dos visiones de la realidad se resuelve con el anuncio de que esos muros levantados por el rey y el sacerdote van a desaparecer. La tierra del sacerdote será repartida y él será enviado a una tierra impura. La tierra de Israel quedará sin sentido cuando el pueblo tenga que partir desterrado a tierras extrañas (Am 7,8-9 y 17).

Es un relato ejemplar de la historia del profetismo en Israel El profeta que denuncia allí los pecados del pueblo y de quienes utilizan la religión en provecho propio, es perseguido y se convierte en símbolo de la libertad y de la fe de Israel Su palabra sostiene a los creyentes frente a los poderes que intentan subyugarla.

Algunos opinan que con esto terminó la actividad profética de Amós. Otros la prolongan en el Sur, en Judá.

El libro de Amós contiene oráculos de juicio contra los países limítrofes de Israel· Damasco, Gaza, Filistea, Tiro, Fenicia, Edom, Amón, Moab, Judá. Y contra el mismo Israel, que es el más desarrollado en la denuncia de los pecados y con el anuncio del castigo Dios es el defensor de la justicia en todas las naciones (cf Am 1,3-2,16)

A continuación los oráculos contra Israel (Am 3,1-6,14) denuncian las injusticias, el falso culto, la negativa a convertirse, el lujo y el orgullo de la clase alta y corrompida de Samaría Dios va a tomar cuenta de todo, va a encararse con su pueblo, a pasar entre él sembrando la oscuridad y la muerte.

Pero para comprender el mensaje de Amós en su totalidad se debe comenzar por las visiones, aunque están al final del libro. Éstas nos revelan la profunda experiencia que Dios hizo vivir al profeta y la actitud que adoptó en su predicación. Se advierte una continua progresión. En las dos primeras (7,1-16), Dios manifiesta su voluntad de castigar al pueblo con una plaga de langosta y una sequía. El profeta intercede. «Perdona, por favor, Señor Yahvé, ¿cómo va a resistir Jacob, que es tan pequeño?» (Am 7,2). Y el Señor se compadece y perdona· «Se arrepintió Yahve de ello: "No sucederá", dijo Yahvé» (Am 7,3).

En las visiones 3.ª y 4.ª, Dios le obliga a fijarse en la situación del pueblo.

> «Esto me hizo ver el Señor Yahvé: Estaba aplicando a una pared una plomada que tenía en la mano. Y me dijo Yahvé: "¿Qué ves, Amós?". Yo respondí: "Una plomada". El Señor dijo: "He aquí que voy a aplicar plomada en medio de mi pueblo Israel. Ni una más le volveré a pasar"» (Am 7,7-9).
>
> «Esto me hizo ver el Señor Yahvé: Una canasta de fruta madura. Y me dijo: "¿Qué ves, Amós?". Yo respondí: "Una canasta de fruta madura". Y Yahvé me dijo: "Ha llegado la madurez para mi pueblo Israel. ¡Ni una más le volveré a pasar! Los cantos de palacio serán lamentos aquel día —oráculo del Señor Yahvé—, muchos serán los cadáveres, se arrojarán por todas partes, ¡silencio!"» (Am 8,1-3).

Amós comprende que el muro ya no puede sostenerse en pie; el mal no está fuera (langosta, sequía) sino dentro. Por eso Amós ya no se atreve a interceder. Calla.

La fruta madura está a merced del primero que pasa. Lo mismo le ocurre al reino del Norte. Basta que una potencia extranjera venga a derrocarlo.

La visión 5.ª (9,1s) añade la imagen del terremoto, que da paso a una catástrofe militar y a una persecución del mismo Dios. La progresión llega al máximo. De un castigo injustificado en apariencia (langosta, sequía) se pasa a revelar la corrupción del pueblo (muro, cesto de higos), que hace inevitable la catástrofe.

Todo esto sucederá 40 años más tarde cuando las tropas asirias conquisten Samaría y el reino del Norte desaparezca en la historia.

Decir esto en medio de la prosperidad de Jeroboán II, era pasar por loco. Pero éste fue el mensaje que Dios confió al profeta y él lo proclamó con valentía y claridad, sin eufemismos.

El tema del castigo es constante, ya en expresiones generales (Am 2,13; 5,17), ya en detalle, con explícita alusión al ataque enemigo, y sus consecuencias: devastación, ruina, muerte, deportación.

Pero Amós no se limita a anunciar el castigo inminente, sino que explica al pueblo las causas que lo han motivado y denuncia constantemente las injusticias, el lujo, el falso culto a Dios y la falsa seguridad religiosa. En el fondo, lo que critica duramente es la falta de comprensión solidaria de los ricos, que atesoran, no arcas de marfil ni cobertores de damasco, sino violencias y

crímenes, pues las riquezas se han acumulado oprimiendo a los pobres y maltratando a los míseros, hasta llegar a vender a inocentes como esclavos (Am 2,6), falseando las medidas y aumentando los precios (Am 8,5)

La venalidad de los jueces agrava la situación de inmoralidad pues aceptan ser sobornados y hacen injusticias a los pobres en el tribunal (cf Am 5,7-12).

Mayor pecado es pretender hacer compatibles estas opresiones e injusticias sociales con una vida religiosa esplendorosa en apariencia: peregrinaciones a Betel y Guilgal, sacrificios matutinos, diezmos, plegarias, votos, fiestas, pensando que basta para agradar a Dios el culto externo. Dios los rechaza. Sólo sirven para aumentar los pecados. No responden a la voluntad de Dios sino al capricho del hombre. El Señor no quiere ofrendas, holocaustos ni cantos, sino derecho y justicia (Am 5,21-24).

La falsa seguridad religiosa del pueblo que se sabe elegido y liberado le hace sentirse inmune, protegido y privilegiado, en espera del «día de Yahvé», de triunfo y bienestar. Amós dice tajantemente· Israel no es mejor que otros reinos (cf. Am 6,2). Salir de Egipto no es un privilegio, porque Dios también puso en movimiento a filisteos, y a los sirios. Un beneficio especial es para una especial responsabilidad.

> «Solamente a vosotros conocí entre todas las familias de la tierra, por eso, os visitare por todas vuestras culpas» (Am 3,2) «El día del Señor sera tenebroso y oscuro» (Am 5,18-20)

El único modo de evitar lo que parece inevitable, es la conversión.

> «Porque asi dice Yahvé a la casa de Israel· "¡Buscadme a mí y vivireis!"» (Am 5,4)
>
> «Buscad el bien, no el mal, para que vivais, y que este así con vosotros Yahve Sebaot, tal como decis Aborreced el mal, amad el bien, implantad el derecho en la Puerta, quiza Yahve Sebaot tenga piedad del Resto de José» (Am 5,14-15)

El pueblo no escuchó este consejo y el castigo llegó.

Pero la última palabra de Dios no es la condena. El libro de Amós lo predica de otro modo. Se cierra con dos oráculos de liberación:

> «Aquel día levantaré la cabaña ruinosa de David, repararé sus brechas y restauraré sus ruinas; la reconstruiré como en los días de antaño [...] He aquí que vienen días —oráculo de Yahvé— en que el arador empalmará con el segador y el que pisa la uva con el sembrador; destilarán vino los montes y todas las colinas se derretirán. Entonces haré volver a los deportados de mi pueblo Israel; reconstruirán las ciudades devastadas y habitarán en ellas. Plantarán viñas y beberán su vino, cultivarán huertas y comerán sus frutos. Yo los plantaré en su tierra y no serán arrancados nunca más de la tierra que les di, dice Yahvé, tu Dios» (Am 9,11.13-15).

Tanto las doxologías del libro de Amós como los himnos, según los estudiosos, son añadiduras posteriores a la época del profeta.

Muchos de sus textos hallan eco en el Nuevo Testamento referidos a Cristo, aunque, a primera vista, no tiene especial relieve la dimensión mesiánica de su mensaje. Se advierten ecos del Deuteronomio. *El pueblo será bendecido, si es fiel a la alianza, pero, si la rompe, será castigado.*

Su género literario es el profético, con toques sapienciales.

El *Martirologio romano* reciente menciona a Amós el primero del día 15 de junio: «Conmemoración de San Amós profeta. Siendo ganadero en Tecua y cultivador de sicómoros, lo envió el Señor a los hijos de Israel para que vindicara su justicia y santidad a la vista de las prevaricaciones de ellos».

BERNARDO VELADO GRAÑA

Bibliografía

ALONSO DIAZ, J., *De pastor a profeta* (Madrid 1966).
ALONSO SCHÖKEL, L. - SICRE, J. L., *Profetas,* II (Madrid 1980) 951-993.
ASURMENDI, J. M., *Amós y Oseas* (Cuadernos bíblicos, 64; Estella [Navarra] 1989).
BALLARINI, L., «Amós», en *Bibliotheca sanctorum.* I: *A-Ans* (Roma 1961) 1020-1028.
WOLFF, H. W., *L'enracinement spirituel d'Amos* (Ginebra 1974).

SAN BERNARDO DE MENTHON

Presbítero († 1081)

A un papa milanés y alpinista, en el sentido estricto de la palabra, pues fueron precisamente los Alpes los montes preferidos para sus escaladas, le correspondió declararle patrono de

los habitantes de los Alpes y de todos los alpinistas. Nos referimos a Pío XI. Pero, sin necesidad de esta declaración, ya San Bernardo era famoso en todo el mundo por los dos abrigos o refugios que preparó en lo alto de la cordillera y por los famosos perros que llevan su nombre.

Había nacido en el corazón de Europa. Menthon es un pueblo al borde del lago de Annecy. Dista tan sólo unos diez kilómetros de esta ciudad episcopal, célebre por estar ligada al recuerdo de San Francisco de Sales, Santa Juana de Chantal y el nacimiento de la Orden de la Visitación. Un plácido recorrido por el maravilloso lago basta para trasladarse de Annecy a Menthon, pueblo que hoy ha añadido a su nombre el de su más glorioso hijo: Menthon-Saint Bernard. Nos encontramos en el mismo corazón de Europa. A un paso, Suiza. Tras los montes, Italia. En tierras de Saboya, desde hace cosa de un siglo francesas. La vida de San Bernardo había de responder a este claro designio europeo.

Nació, según parece, pues su discutida cronología se mueve holgadamente en un siglo entero, hacia el año 996. Como en el caso de tantos otros santos, recibe su formación en París. Al terminarla vuelve a su castillo natal de Menthon. Allí le espera su padre, que tiene trazados ya para él ambiciosos planes. En concreto, un ventajoso matrimonio. Tan preparado estaba todo, que, cuando quiere darse cuenta Bernardo, es ya la víspera de la boda. Su padre no quiere atender a las razones del hijo, que aspira a hacerse sacerdote. Todo aquello que él dice que ha madurado largamente durante su estancia en París no pasa de ser una locura. Así las cosas, no quedaba a Bernardo más que un remedio heroico: escapar por una ventana del castillo. Dicho y hecho. Aún hoy se muestra a los visitantes el barrote que hubo de romper para lograrlo.

Inmediatamente quiso aprovechar la libertad recobrada. Y llamó a las puertas de los canónigos regulares del valle de Aosta, al otro lado de los Alpes. El arcediano del valle le ha acogido con cariño y comprensión. Recibe el sacerdocio y años después se ve colocado en ese mismo cargo de arcediano.

Fue entonces cuando pudo darse cuenta a fondo de una urgente necesidad que existía. En sus predicaciones por los pue-

blos del valle, en sus contactos con los curas de las montañas, había visto ya algo. Pero no todo. Ahora, cuando su cargo de arcediano le imponía la obligación de atender con limosnas a los pobres peregrinos que tenían que atravesar los Alpes, se dio cuenta de la tragedia en todas sus dimensiones. No era sólo que el camino fuese áspero, arriesgado y, sobre todo en invierno, mortalmente peligroso. A los rigores de la naturaleza se añadían otros, provenientes de la malicia de los hombres. Aquellas caravanas, que tenían que pasar días enteros sin encontrar abrigo alguno frente a los elementos desencadenados, eran no pocas veces cruelmente saqueadas por los sarracenos, los húngaros o simplemente por gentes sin entrañas del mismo país.

Y se repitió entonces lo que tantas veces ha ocurrido y seguirá ocurriendo en la historia de la Iglesia. San Bernardo salió, como Santo Domingo de la Calzada, como San Vicente de Paúl, como San Juan de Mata... y como tantos otros santos, al paso de aquella necesidad. En verdad, la empresa era difícil, casi diríamos que descabellada. Enterrar a unos hombres en la nieve, obligarles a recorrer aquellos intransitables caminos de montaña en pleno invierno, obligarles a permanecer siempre atentos a la llamada de cualquier caminante, es mucho hoy, cuando se puede contar con medios que entonces ni siquiera podían entreverse. Pero era inmensamente más entonces. Y, sin embargo, pese a todo, se hizo. La caridad llegó a tanto. Y, pese a todas las dificultades, San Bernardo logró edificar, en lugar de los miserables refugios de tablas que hasta entonces existían, dos sólidos hospicios en Mont-Joux y Colonne-Joux. Como en tiempo de Nehemías, fue necesario tener en una mano la espada mientras con la otra se edificaba, pues las bandas de salteadores no dejaron de intentar hacer imposible la empresa. Pudo más la caridad del santo. Y los dos hospicios llegaron a ser una feliz realidad.

Pero los edificios no bastaban. Había que poblarlos. Un grupo de canónigos regulares venidos de Aosta, se establecieron en ellos y sirvieron de núcleo inicial a la Congregación Hospitalaria de San Nicolás y San Bernardo del Monte de Júpiter, como hoy se llama oficialmente por haber elegido San Bernardo a San Nicolás como patrono del más importante de

los dos hospicios, el que hoy se conoce como el Gran San Bernardo.

Vida dura, heroicamente dura, la de los canónigos en aquellas alturas. Solos en la agreste soledad de las montañas, aislados del mundo, esperaban la primera señal para ponerse en movimiento en busca del viajero perdido. Sus célebres perros, maravillosamente adiestrados, les servían de ayuda. Y miles de caminantes debieron la vida a esta ingeniosa caridad de San Bernardo.

Tranquilo estaba en medio de sus hijos cuando vinieron a buscarle. El emperador Enrique, según parece el cuarto de este nombre, estaba irritado por una revuelta que había tenido lugar en Pavía. Se le pedía con angustia al santo que interviniera para aplacarle. Y así lo hizo. Se puso rápidamente en camino, descendió a la planicie y realizó plenamente su labor de paz. Pero esta caridad suya le iba a suponer un serio sacrificio: el morir lejos de sus hijos.

Caminando, ya de vuelta, hacia sus amados Alpes, se sintió enfermo en Novara. Halló acogida entre los benedictinos. Y atendido por ellos, expiró plácidamente el año 1081 al parecer. Nacido en tierras saboyanas, educado en la capital de Francia, canónigo regular en el valle de Aosta, rincón hoy día de habla francesa en Italia; fundador en Suiza, iba a descansar, fiel a este destino europeo, en la planicie lombarda, no lejos de Milán. Pese a las protestas, mantenidas tensamente durante siglos, de sus hijos los Canónigos del Gran San Bernardo, su cuerpo permanecerá en Novara. Primero en la iglesia de los hospitalarios benedictinos, que le habían acogido en su última enfermedad. Y después, hasta nuestros días, en la catedral misma de Novara, a la que fue trasladado en 1454.

Ya en 1123 se procedió, según el procedimiento entonces usual para declarar la santidad de una persona, a levantar su sepulcro sobre el suelo. La fecha de esta elevación, o la de su traslación a la catedral, parece que fue el 15 de junio, día en que durante siglos se ha venido celebrando su fiesta. Desde 1922, sin embargo, su elogio se hace en el *Martirologio romano* el 28 de mayo, sin que por eso se haya trasladado su fiesta en las diócesis en que se celebra.

En 1923 se celebró solemnemente su milenario. No obstante, hoy se da como más segura la cronología que hemos indicado, ya que el encuentro con el emperador, de que nos habla su biógrafo Ricardo de Val d'Isère, tiene todas las características de haber ocurrido con Enrique IV, lo que sitúa a San Bernardo en pleno siglo XI.

La congregación por él fundada continúa existiendo, y tiene en la actualidad (1959) setenta y dos miembros. Por influjo de un insigne prelado vasco, el abad don Fernando Urquía, se ha confederado con las demás Congregaciones de Canónigos Regulares de San Agustín, medida esta que permite esperar un glorioso resurgimiento.

El hospicio del Gran San Bernardo ha perdido, como es lógico, la mayor parte de su utilidad con la perforación de los túneles bajo los Alpes, que hacen innecesario atravesarlos durante el invierno. No obstante, la congregación continuó viviendo fielmente su primitivo espíritu, e intentó emprender tareas similares en tierras de misiones, lo que, desgraciadamente, no pudo lograrse por las circunstancias políticas que el mundo atravesaba.

LAMBERTO DE ECHEVERRÍA

Bibliografía

Analecta Bollandiana 26 (1907) 135-136; 63 (1945) 269-270.
BAUDRILLART, A. - AUBERT, R. (dirs.), *Dictionnaire d'histoire et de géographie ecclésiastiques.* VIII: *Benoît-Bisconi* (París 1935) col.690.
«Documento de proclamación del santo como patrono de los alpinistas»: *AAS* 15 (1923) 437-442.
LUTOLF, Art. en *Theologische Quartalschrift* 61 (1897) 179-207.
PIDOUX DE LA MADUERE, P.-A., *Saint Bernard de Menthon, l'apôtre des Alpes Sa vie, son oeuvre* (Lille 1923).
REGIA DEPUTAZIONE DI STORIA PATRIA (ed.), *Miscellanea di storia italiana,* XXXI (Turín 1894) 269-270.
• Actualización·
ANTET, D., *Bernard de Montjou* (Martigny 1980).
Bernardi di Aosta, il santo dei monti. Nel nono centenario della morte, 1081-1981 (Novara 1981).
QUAGLIA, L., *Saint Bernard de Montjou* (Aosta 1988).

SANTA GERMANA COUSIN
Virgen († 1601)

El pueblo de Pibrac, a unos kilómetros de Toulouse, se levanta en las vertientes de una colina por cuya falda corre un arroyo llamado «El Courbet». No muy lejos, en la llanura que domina este arroyo, en medio de un paisaje muy descubierto cuya vista se extiende hasta los Pirineos al sur, se encuentra una casa rústica de ladrillos y adobes donde nació Germana Cousin en 1579. Su llegada al mundo pareció señalar el fin tan deseado de las guerras de religión, que habían ensangrentado durante años el reino, y especialmente el Languedoc.

Maître Laurent, el padre de Germana, honrado labrador, gozaba en el pueblo de cierta consideración, puesto que llegó a ser cónsul, o sea alcalde, en 1573 y 1574. Era modesta su alquería, pero la explotación de varias fincas le proporcionaba una renta decente. Entre los años 1575 y 1578 casó en terceras nupcias con la que iba a ser madre de nuestra santa, con Marie Laroche. Nació Germana enclenque, escrofulosa e impedida de la mano derecha; desde los años más tiernos quedó huérfana. Hugo, su hermanastro, nacido de la primera mujer, quedaba por amo de la casa. Le llevaba a Germana unos treinta años. Su mujer, Armanda Rajols, despiadada, mandona, regentaba sus cosas con mano dura; trataba reciamente a la pobre tullida, que no valía para las labores de casa y sólo podía prestar insignificantes servicios, como hilar el copo o guardar las ovejas; la mantenía arrinconada como pestífera con el fin de evitar que a nadie se le pegara su repugnante escrófula. Con Germana hacía las veces de madre una pobre sirvienta llamada Juana Aubian, quien descubría sus llagas, las lavaba y curaba, llevando a la chiquilla a su lado al amor de la lumbre, partiendo con ella la comida y la cama hasta que la juzgaron bastante crecida para que se echara a dormir sola debajo de las escaleras del establo contiguo a las habitaciones de la casa. La bondadosa Juana Aubian era una mujer profundamente caritativa: no sabía leer ni escribir, pero poseía esa intuición de las cosas sobrenaturales que el Señor deposita en las almas sencillas y puras. Ella fue quien instruyó a Germana en las verdades de la fe y abrió su corazón al amor de

Dios, hablándole de las maravillas que el Salvador obra en favor de los desventurados.

Puesto que no valía para ser empleada en las faenas del campo, Germana fue arrinconada como pastora, sin que los suyos pudieran sospechar que este título, al igual que el de los patriarcas, el de Genoveva —la pastora de Nanterre— o de Juana de Arco —la pastora de Domrémy—, iba a ser más adelante su gloria y la característica de su santidad, aunque la suya debía de realizarse dentro de los estrictos límites de una vida del todo oculta en Dios. Los vecinos de Pibrac sólo sabían de ella que era tullida y vivía atormentada por los duros tratos de su madrastra: era sonriente y bondadosa, se dedicaba a la oración y frecuentaba la iglesia, lo que le valió el apodo de *la beata.* En el campo, mientras vigilaba su rebaño se la veía postrarse de rodillas tan pronto como se oía el tañido del *Ángelus;* a veces dejaba pacer su rebaño y echaba a correr hasta la iglesia: no se le desmandaban sus ovejas, que seguían paciendo la hierba alrededor del huso, que quedaba clavado en la tierra todo el tiempo que duraba su ausencia. Fue notorio el hecho de que nunca las atacaron los lobos, a pesar de que la selva de Bouconne cercana era la guarida de fuertes bandas, que solían encarnizarse contra rebaños, niños y hasta labradores. Una secreta virtud parecía salir de su huso y tenerlos a raya.

Ésta era la vida de Germana durante todo el año: en los fuertes calores del verano como en las recias heladas del invierno, cuidadosa y silenciosa, vigilaba su rebaño. Cuando cerraba la noche se recogía con él y se pasaba las noches durmiendo bajo las escaleras del establo, junto a sus ovejas, tan cerca del Niño Dios en el aprisco de Belén como los pastores de Navidad. Por la mañana, cuando salía a los pastos, se llevaba en el delantal una ración de pan, no el mejor de casa por cierto: se le reservaban los mendrugos, y ella misma los iba a recoger en el arca, pan de la humillación voluntaria de la pequeña Cenicienta, que no aspiraba a más que al último lugar en casa. Este pan que se le consentía, como las migajas caídas de la mesa de los ricos, Germana lo compartía con los más pobres. En aquel entonces se viajaba a pie; ¡cuántos vagabundos, peregrinos y menesterosos en busca de pan iban y venían por los caminos pidiendo de-

lante de las puertas y a la entrada de los pueblos! Germana los veía acercarse desde lejos, se iba hacia ellos y, abriendo su delantal, compartía con ellos el consuelo del pan y de su sonrisa. Quiso el Señor manifestar con un prodigio notorio cuán agradable era delante de él la caridad de Germana.

Se aproximaba el término de su vida. Armanda, que tenía barruntos de la prodigalidad de la joven para con la gentuza, viéndola cierto día marcharse de casa con una provisión que abultaba más de lo acostumbrado, resolvió seguirla con un garrote en la mano, con ánimo de confundirla delante de testigos presenciales de su fechoría, hizo que parara delante de unos vecinos, tirándola bruscamente del delantal, y ocurrió el milagro: a los pies de la joven, desparramadas en el suelo, se le caían como llovidas del cielo unas flores silvestres. Los testigos contemporáneos tuvieron cuidado de añadir: «Y no era la estación de las flores». Armanda, aterrorizada por el prodigio celeste, quería volver a mejores sentimientos. «Vuelve con nosotros, te acomodaremos una buena habitación, comerás con nosotros». Pero Germana rechazaba con suavidad sus propuestas. Tenía afición a su camaranchón: ¿acaso no era el mísero alojamiento en el que Jesucristo Nuestro Señor le había comunicado su consuelo y su alegría?

Tan estupendo milagro ocurrió algunos años antes de su muerte; pero ya había sido glorificada por Dios delante de los vecinos del lugar. El párroco de Pibrac, don Guillermo Carné, se hacía lenguas de la santidad de la joven, tan devota a los oficios y tan caritativa con todos. Sabedor de las luces que Dios le deparaba en los misterios de la fe, le dio permiso para que diera la doctrina a los niños. Fue Germana una maravillosa catequista; acudían a ella las criaturas en los campos para oírla hablar de Dios, valiéndose de las cosas visibles para poner al alcance de sus oyentes los altos secretos de la realidad invisible, no de otra manera que Nuestro Señor cuando enseñaba a los corazones puros y sencillos en un maravilloso lenguaje de parábolas. A todos les inculcaba su ardiente amor a la Eucaristía, puesto que solía comulgar cada domingo, sin faltar en ninguna de las fiestas de la iglesia. Un día, pues, dirigiéndose a la parroquia, cuando se preparaba a vadear el arroyo se encontró con que las aguas sali-

das de madre le impedían el paso. Las gentes se reían de la beata. Pero Germana, con santo atrevimiento, se preparó a cruzar las aguas como solía. Y ocurrió el milagro: las aguas arremolinadas y sucias se apartan, dejándola pasar a pie enjuto. Volvió a reproducirse el prodigio después de la misa. La noticia se difundió en la comarca y corrió la voz de que la pequeña pastora del tío Lorenzo era una santa. En una canción popular muy divulgada aparece Germana: se la llama la violeta de Pibrac. Pero la santa no hace caso de lo que dicen de ella; sigue con su vida oculta, aguantando con admirable paciencia sus miserias y trabajos, fiel a su condición humilde, de secreto martirio, hasta su muerte.

Un sacerdote de la diócesis de Auch, al hacer de noche el viaje a Toulouse, y dos religiosos que habían encontrado asilo en las ruinas de un antiguo castillo cercano a Pibrac, afirmaron que en medio de la noche habían visto doce formas blancas dirigirse hacia la llanura y levantarse después hacia el cielo haciendo escolta a una joven vestida de blanco y coronada de flores silvestres. Al entrar de madrugada en el pueblo, se enteraron de que había muerto en la noche una joven tullida tenida en fama por sus virtudes. Había muerto Germana Cousin en aquella noche de junio de 1601, sin ruido, sola, tal como había vivido, debajo de las escaleras del establo.

Fue enterrada en la iglesia de Pibrac, frente al púlpito, en la concesión que poseía su familia. En 1644, al enterrar una allegada de Germana, el sepulturero Guillermo Cassé descubre aterrorizado un cuerpo en perfecto estado de conservación casi a ras del suelo. Era el cuerpo de una joven que parecía haber sido enterrada el día anterior. La noticia se difunde en el pueblo. Los ancianos reconocen a Germana Cousin: su cuello lleva todavía las señales de sus lamparones, la mano derecha no se parece a la otra. Entonces vuélvense a contar los milagros ocurridos en vida de Germana; queda expuesto su cuerpo en la iglesia y se produce el primer milagro póstumo: la señora del castillo de Beauregard fue curada de un absceso del seno que ponía en peligro la vida de su recién nacido. En testimonio de gratitud hizo donación de un ataúd de plomo, en el que quedó depositada la preciosa reliquia del cuerpo de la santa.

Así empezaron una serie de milagros tan manifiestos, tan frecuentes y sonados, que hacen de Santa Germana una de las más grandes taumaturgas de todos los tiempos: paralíticos y ciegos, personas atacadas de abscesos infecciosos o de incurables llagas purulentas, enfermos y tullidos que se acercaban al sepulcro de Germana, se encontraban súbitamente curados durante la santa misa. Los expedientes en los que constan los primeros milagros fueron consultados en 1661 por don Jean Dufour, arcediano de la catedral de Toulouse, y más tarde, en 1700, por el párroco de la Dalbade; no obstante, tardaba el proceso de beatificación a pesar de las curaciones milagrosas, que no cesaban. Un legajo de documentos fue confiado en 1739 a un misionero apostólico en Mesopotamia para que lo entregase, a su paso por Roma, a la Sagrada Congregación de Ritos; dichos documentos debieron de extraviarse, puesto que nunca fueron remitidos a Roma. En 1793, en pleno período revolucionario, los miembros del Comité de Salvación Pública, queriendo llevar a cabo un designio sacrílego de sustraer los «cadáveres» a la devoción de las muchedumbres, se encarnizaron sobre el cuerpo de Germana, arrojándole en un foso de cal viva, mientras se mandaba el ataúd de plomo a Toulouse para que sirviera para la fabricación de balas. Pasada la oleada revolucionaria, se descubrió por segunda vez el cuerpo: apareció casi intacto, a pesar de haber permanecido durante años bajo la acción de la cal viva. Entonces se volvió a tratar del proceso de beatificación.

En enero de 1845 el expediente era entregado, por fin, a la Sagrada Congregación de Ritos. Gregorio XVI dio su firma dos días antes de morir para aprobar los trabajos de la comisión apostólica. Fue Pío IX quien tuvo la alegría de proclamar Beata a Germana en 1854, y Santa en 1867. Al terminar el siglo no se contaban menos de cuatrocientos milagros realizados por la intercesión de la santa. Para el proceso de beatificación sólo se retuvieron los cuatro más conocidos: en 1845 la casa de las religiosas del Buen Pastor, de Bourges, a quienes faltaba hasta el pan, debe a su intervención dos multiplicaciones milagrosas de pan y harina; en 1828 Jacquette Cathala, niña de siete años, fue instantáneamente curada de un raquitismo incurable; Felipe Lucas, niño de doce años, igualmente de una fístula en la cadera.

Entre los numerosos milagros realizados por la intercesión de la Santa de Pibrac señalaremos el que favoreció a María Teresa de España en febrero de 1845. La esposa de don Carlos, que vivía exiliada en Bourges, padecía de un hipo tan alarmante con congestión de la garganta, que los médicos habían abandonado toda esperanza de salvarla. Doña María Teresa se puso al cuello una medalla de la Santa, se durmió y despertó al día siguiente totalmente curada.

Las fiestas de la canonización se celebraron con un esplendor incomparable tanto en la Capilla Sixtina como en la ciudad de Toulouse, en medio de un alborozo general, que destaca la gran popularidad que disfruta la Santa de Pibrac. Hoy en día la aldea de Santa Germana sigue siendo un centro de peregrinación donde acuden los fieles todos los domingos. Cuando se celebra la gran peregrinación anual el 16 de junio, la muchedumbre no cabe en la pequeña parroquia. Empezó a levantarse en su honor una basílica para recordar a la santa, cuyo resplandor sigue iluminando las tierras de Languedoc, a las que tanto había amado. Todo resulta maravilloso en la historia de Santa Germana. Dios ha revestido a la flor de los campos y el lirio de los valles de la gloria de los santos para manifestar una vez más al mundo cómo se complace en revelar a los humildes sus secretos misterios, ocultos en su seno desde los orígenes de la creación.

JACQUELINE KRYNEN

Bibliografía

DANIEL-ROPS, *Légende dorée de mes filleuls* (París 1950).
GHEON, H., *La bergère au pays des loups. Un conte sur la vie merveilleuse de Sainte Germaine Cousin de Pibrac en esprit de dévotion et de louange* (París 1931).
SUPERCAZE, P., *Sainte Germaine de Pibrac. Vie nouvelle et complète* (Toulouse 1929).
VEUILLOT, L., *Vie, vertus et miracles de la B. Germaine Cousin, bergère, d'après les documents authentiques* (París 1854).

BEATO LUIS MARÍA PALAZZOLO

Presbítero y fundador († 1886)

Metido en no sé qué inquietudes y actividades caritativas, que eran su ilusión y le absorbían pastoralmente, aún le bailaba

insistentemente en la cabeza un proyecto de generosidad. Y una mujer empujó la idea. Adelante...

El de la iniciativa era el sacerdote diocesano de Bérgamo Luis María Palazzolo. La colaboración femenina decisiva la puso la compaisana Teresa Gabrieli. Atención a cada singularidad.

Palazzolo, hijo de Octavio y de Teresa Antonia. Nacido el 10 de diciembre de 1827, en Bérgamo, la misma geografía provincial lombarda que, en las últimas colinas alpinas, abriga el modesto puñado de casas de Sotto il Monte.

Sotto il Monte que, unas décadas más tarde, recibiría el honor de acunar al futuro «Papa bueno», Juan XXIII. A Giuseppe Roncalli, chavalín —aún por cumplir cinco años—, le había sonado por primera vez aquella identidad una tarde primaveral, exactamente el 15 de junio de 1886, cuando, en la iglesia parroquial de San Giovanni, el sacerdote concluyó los cultos vespertinos con una noticia que sembró visible tristeza en los semblantes de la feligresía. Informó: «Ha llegado de Bérgamo la noticia de que ha muerto, en la ciudad, D. Luigi Palazzolo».

Comentando a renglón seguido: «¡Verdaderamente era un santo!».

Naturalmente, el niño no era consciente de la significación de la realidad anunciada, desconocía la personalidad del finado. Después, en los futuros años de seminario y aun antes, tendría sobradas referencias que habrían de derivar en admiración personal, estímulo y mucho más que simpatía. Y a quien, más tarde, gloria del clero secular italiano, en una venidera liturgia solemnísima con marco en la basílica vaticana, gozosamente presentará como modelo a sus compaisanos que abarrotarán el templo, a la Iglesia, al orbe creyente.

Palazzolo venía al mundo en el seno de una acomodada familia cristiana y como último eslabón de una cadena de ocho hermanos, coronando una fecundidad matrimonial prematuramente destrozada. A dentelladas mortales. Pues corrían tiempos en que la mortalidad infantil campaba a sus anchas, implacable, sumando dolor y lágrimas en los hogares jóvenes. Aún no habían llegado las vacunas y los antibióticos.

Con la hiriente espina de la orfandad paterna clavada en sus tiernos diez años. Reincidente el doloroso pinchazo estrenada la

juventud, cuando a los veintitrés, pierde a Aquilino y queda también sin hermanos. Solos mamá y él.

Ella es virtuosa y le ha educado en el amor a Dios y a los hombres; particularmente a los pobres y los enfermos, a quienes el muchacho viene ofreciendo cariño y ayuda material en sus periódicas visitas a domicilio, en los míseros tugurios urbanos, y hospitalarias.

La ejemplar orientación materna y una sabia dirección espiritual —en la que tienen parte, entre otros, los presbíteros Pietro Sironi y Alejandro Valsecchi, futuro obispo auxiliar de Bérgamo— empujan al muchacho por caminos de generosidad. Tanto que, en 1848, rompe amarras profesionales familiares, abandona una posición social prometedora y se planta en el seminario diocesano.

Alumno externo, «dotado de una inteligencia superior a la normal» —proclamará al mundo su compaisano papa—, admirable en la oración, la obediencia, la mortificación y la humildad, como recordarán quienes compartieron aulas con él. Notas estupendas para adornar una semblanza.

Entre 1847 y 1849 recibe la tonsura, las órdenes menores y el subdiaconado. Posteriormente el diaconado. Y en fecha 23 de junio de 1850 el titular de la diócesis, mons. Carlo Gritti Morlacchi, le confiere el presbiterado. Sacerdote a los veintidós años.

Ministro de Dios en total e ilusionada disposición de servicio al pueblo cristiano, en la parcela diocesana que el prelado señale y fiel a sus orientaciones pastorales. Y metida entre ceja y ceja, pero más en el corazón, la idea de que *el sacerdote debe amar preferentemente a los pobres, como hizo Jesús.*

El obispo tiene en cuenta los loables ideales del joven presbítero. Y, dispuesto a complacerle, le asigna actividad ministerial en la parroquia urbana de San Alejandro cuya demarcación incluye la mísera calle suburbial de La Forpa, llamada a bautizar, por extensión, el barrio y la realidad caritativa del cura Palazzolo.

La Forpa no le es extraña. La conoce y la ama. Clérigo aún, había sido escenario de sus ilusionadas y generosas primicias apostólicas.

La Forpa, donde preferentemente guerras, calamidades públicas, pestes y toda suerte de desgracias sumaron miseria. Son familias numerosas hambrientas. Vidas adultas mordidas por la enfermedad sin posibilidad de acceso hospitalario. Cuerpos haraposos o poco menos que desnudos. Criaturas a sus anchas, escapadas a la explotación laboral cuando no a la venta. Incultura, dolor, rabia y lágrimas.

El destino le viene como anillo al dedo. Pero ahora metido de lleno en *La Forpa.* Responsablemente. Desbordándose infatigable, ilusionada, generosamente con los niños sin escolarizar, robados a la calle y al hambre.

Con ellos consume horas, gasta energías, es feliz. Les reúne, les entretiene, les alfabetiza, les estimula al estudio, les abre futuro. Y ellos contagian, estiran presencias.

A diario las asistencias van numéricamente a más. Viento en popa a toda vela *La Forpa,* hasta la presencia súbita de la borrasca, el tremendo contratiempo de 1859. Cuando el propietario del inmueble que enmarca la acción caritativa del joven presbítero rescinde unilateralmente el contrato y deja la perla sin concha. Planta al cura y a los chicos en la dura calle.

Bueno: más que en la calle, en el bosque. A cielo abierto. En las cercanías de la ciudad. Y aún sólo los domingos.

Nadie se lo esperaba. Mayúscula la sorpresa. Dramática. Claro que no resultaba igual la oferta sin techo. Había perdido interés. Los pequeños se retraían, dejaban de venir. Desgarrador.

Menos mal que la buena Teresa Antonia reúne medios para acabar con la dolorosa erosión infantil. Acude en alivio de la angustiosa situación que asfixia al hijo. Y decide la solución: la compra de un edificio.

Los Reyes de 1864 traen a *La Forpa* un nuevo oratorio y el estreno de vocaciones en el nacido marco de la asociación laical de Santa Dorotea. Una realidad, en manos de Luigi María, generosamente abierta a la redención humana y cristiana de la infancia pobre y abandonada del barrio.

Inicialmente tendrá vida únicamente los domingos, pues el celoso padre y motor institucional sólo tiene dos brazos. Y no alcanzan más. La mies es mucha... ¡Tanta...!

Su abandono irremediablemente le aguijonea. Soñó con colaboradores voluntariosos. Soñó con una fundación femenina. Soñó con la persona idónea para materializar el cosquilleo ilusionado que le robaba horas de merecido descanso.

Ha llegado el momento. El momento de la entrada en escena de la tal Teresa Gabrieli.

También natural de Bérgamo. Respirando por primera vez fuera del vientre materno el 13 de septiembre de 1837. Fruto de un cristiano matrimonio hortelano que, con no poco sacrificio, la hizo maestra.

Tenía decidido enclaustrarse con las religiosas canosianas, de las que fue alumna. Es verdad que el hombre propone y Dios dispone. Pues asuntos familiares, tras la muerte sucesiva de sus padres, la frenaban. El propósito, vivo pero en vía muerta.

En éstas que suena el clarinazo. Una muy oportuna llamada del obispo diocesano a las conciencias urgiendo atención pastoral a la juventud. Y en consecuencia, la Gabrieli, que tiene sensible fibra de apóstol, abandona las verduras y las frutas y se planta en la parroquia de San Alejandro. Abre un centro escolar.

Tres años lleva de actividad apostólica, bregando en la formación de hombres y de cristianos. Y aportando también brazos y entusiasmo al puñado de voluntades que bautiza Santa Dorotea. A don Luigi le ha abierto los ojos.

Don Luigi está en que aquella voluntariosa y dinámica colaboradora parroquial reúne condiciones para convertirse en la pieza clave. La pieza humana que viene buscando para encauzar su crecida y madurada inquietud sacerdotal. Le presenta la propuesta. La ilusiona. Y manos a la obra.

Así, el 22 de mayo de 1869, inicia andadura la primera, y por el momento única, «dorotea». Puntal y futura superiora general de la institución.

Tras el compromiso canónico matinal, al que precedió toda una noche de oración, la cofundadora y la niña huérfana, llagada y coja, que ya llevaba seis meses cuidando, hollaban el umbral de la humilde vivienda.

Brecha abierta. Brecha caritativa que ha de resultar un coladero de lástimas y miserias, afortunadamente aún no taponado,

moderno testimonio eclesial paralelo a las realidades con sello del Cottolengo o Teresa de Calcuta.

Luis María Palazzolo explicará humildemente:

> «Yo busco y recojo todo lo que otros rechazan. Donde ellos ponen dedicación atienden mejor de lo que yo podría hacerlo. Allí donde otros no llegan, yo miro de hacer algo, todo lo que puedo».

En los rechazos entra lo más tirado del mundo. Son basuras humanas: huérfanos abandonados, familias numerosas en penuria, enfermos pobres desprovistos de atención hospitalaria, jóvenes y adultos analfabetos.

Una novedad, en la plural realidad religiosa femenina de la Iglesia, de almas consagradas plenamente a Dios —*consagradas a la caridad de Cristo,* en palabras de Luigi Palazzolo— para servir con total entrega a los pobres.

Luis María Palazzolo quiere a sus hijas «conscientes de que hemos de movernos siempre entre los pobres, dedicarnos a los pobres, amar a los pobres. Cada una debe pedir a Dios que la adorne de espíritu maternal hacia los pobres».

Dedicación absoluta e incondicional. Incluso en circunstancias de contagio y de peste. Y amor auténtico, evangélico:

> «Nada de inútiles palabras y superflua amabilidad [...] Sí pan, vino, fuego, justos consejos y ayuda concreta a tenor de cada necesidad».

Porque:

> «Los pobres son el mismo Jesús [...] ¡Dijo que lo que hagamos con los menesterosos se lo hacemos a él!».
>
> «Los ricos son fácilmente atendidos pero los desheredados no tienen quien les sirva [...] Reservémonos para los más pobres y abandonados».
>
> «Nuestro amor a la Iglesia consiste en servir a los pobres».

Preciosas perlas ilustrativas de una trayectoria y un carisma. Vive para los pobres.

Pero aún no está totalmente satisfecho. Quiere más. Quiere vivir con ellos.

En consecuencia, fresca aún la muerte materna, vacía el hogar familiar, vende todo y se marcha a residir a *La Forpa,* compartiendo mesa, techo y calor humano con los acogidos. Nunca había conocido lujos en su casa.

Un paso más. En adelante exagerará hasta encarnar una extrema pobreza a fin de que otros puedan pasarlo mejor.

De resultas, el colchón de lana es sustituido por una colcha de paja; en lugar de sillas, toscas banquetas; fuera exquisiteces en la comida.

Total que, gracias a la venta del viejo inmueble familiar, logra la deseada ampliación de sus instalaciones asistenciales. Necesaria, porque las llamadas de socorro a la puerta no cesan.

Todo para la promoción de los desheredados: bienes de fortuna, experiencias de vida, recursos de ingenio, renuncias sobrehumanas, sacrificios sin fin. Todo. La caridad de Cristo, igual que al apóstol Pablo, le urge. Le quema en las entrañas.

Y, así, crea la versión masculina de las «suore» o hermanas. Serán los hermanos o «Fratelli della S. Famiglia», que pone en marcha, en Torre Boldone, en la festividad de San Francisco de Asís —4 de octubre— de 1872. Dios les había reservado una vida corta. Pues murieron, treintañeros, en 1912.

Había dicho:

> «Me viene a la mente la estampa de Jesús desnudo en la cruz y entonces me entra un deseo vehemente de dar hasta la última gota de mi vida por amor a los pobres».

La dio. Gastado, envejecido, enfermo entró en la primavera de 1886. El 16 de abril subió por última vez al altar. Fue su postrera celebración eucarística. Se había quedado sin fuerzas. Hubo de acostarse. Y se le pegaron las sábanas al cuerpo.

Quieto en la cama, donde aguantará dos meses sin moverse, hasta su adiós a la vida. Murió lentamente el pastor y padre bueno.

Murió el sacerdote obediente hasta el heroísmo. Dijo:

> «Estoy dispuesto, si el obispo lo desea, a abandonar todo y correr al momento al último rincón de la diócesis para hacer de coadjutor».

Pobre y humilde; de inteligencia viva, creativo, dinámico, organizador.

Murió el popular predicador de misiones y ejercicios espirituales. El fundador de escuelas nocturnas. El extraordinario animador del tiempo libre y gran titiritero. El promotor de vo-

caciones eclesiásticas que acompañó a una cuarentena de jóvenes al altar.

Murió, en definitiva, el apóstol —pastoralmente mezcla del canónigo Cottolengo y de Juan Bosco—, pionero de caminos eclesiales nuevos, impulsor de la atención pastoral a la acción caritativa y el celo en el campo social.

El punto final llegó cuatro semanas más tarde, cuando estaba para saltar la fecha del 15 de junio.

Se fue con la bendición personal de mons. Guidani, que le había honrado con su visita —el día 18 de mayo anterior— para comunicarle personalmente el visto bueno diocesano a la andadura de las «doroteas».

Los restos mortales del Beato Palazzolo, glorificado canónicamente el 19 de marzo de 1963, son honrados en la iglesia principal de las «Suore delle Poverelle», en Bérgamo. En 1912, con la aprobación oficial romana, sus hijas espirituales se desprendieron del «Santa Dorotea». Simple cambio de nombre. Con respeto absoluto al carisma de nacimiento. Y, a lo largo de los veintidós años siguientes a la muerte del fundador, bajo la máxima responsabilidad de la Gabrieli.

Consolidándose y en expansión la nueva familia religiosa en el período de referencia. Pues los 11 centros, con 270 enfermos y 70 mujeres consagradas puestas al cuidado de la primera superiora general, sumaban respectivamente 27 casas, 217 hermanas y una treintena de novicias cuando ella, en 1908, dejó huérfana a la institución.

La crecida aún seguiría. La estadística de 1963 abultaba el censo real. Ahora eran 233 presencias colectivas distintas, 1.400 vocaciones ligadas con votos y centenar y medio de novicias y postulantes.

Estirón y presencia elocuentes. Iniciados, es verdad, aún vivo Palazzolo; burlando fronteras de Bérgamo para cobrar realidad física primeramente en Vicenza, donde se repetirán por dos veces más; en Brescia...

Sorprendentes estirón y presencia en contraste con la humildad de medios y pese a las no pocas dificultades en el empeño de las intrépidas y entusiastas mujeres. Siempre ellas corres-

pondiendo a las carencias y los obstáculos con enorme riqueza de ánimos.

Y andando el tiempo, no demasiado, saltarán Italia, donde, en el año de referencia, tienen 220 puntos de atención caritativa. Generosas y caritativas ellas, auténticos ángeles de amor, en Luxemburgo, Bélgica, Suiza, Francia y en el continente negro.

Abren brazos indistintamente a huérfanos, ancianos, enfermos crónicos, tuberculosos, obreros, delincuentes infantiles, presos, débiles mentales, heridos de guerra, prófugos, deportados, inmigrantes. Y porque todo cabe en el bondadoso corazón de las «sorelle», la maravillosa generosidad de las hijas espirituales de Palazzolo rompió no sólo moldes. También barreras continentales. Viajeras incansables que incluían en el humilde equipaje acompañante una confianza total y absoluta en el Dios bueno que alimenta a los pájaros y viste de color y perfume las flores silvestres.

Su aparición, en 1952, en el hospital congoleño de Kikwit, en el abrasado corazón de África, marca la inicial andadura de una soñada ilusión misionera. Y más. Del Zaire a Kenia, pasando por Costa de Marfil, Malawi y por las favelas del Brasil.

Extremadamente pobres en el vestido. Extremadamente pobres en la vivienda. Extremadamente pobres en la mesa. En todo. Bueno, menos en la anchura de sentimientos cristianos.

Repitiéndose maternalmente en las instalaciones sanitarias, en las aulas, en los orfanatos, en los suburbios; luchando a brazo partido, pacíficamente, a favor de la promoción femenina y contra el hambre, la enfermedad, la incultura y la miseria. Jugándose brava y heroicamente la vida; perdiéndola para salvar otras. Reciente botón de muestra al respecto es la formidable realidad zaireña, en 1995, cuando la conocida epidemia de Ébola...

Estirando admiración. Y contagiando. Pegando entusiasmo e ilusionado compromiso personal, particularmente desde que los aires conciliares, unas décadas atrás, soplaron a favor de una mayor responsabilidad y participación de los laicos en la misión apostólica de la Iglesia.

En consecuencia, en 1977, nace la «Fraternidad Don Luigi Palazzolo», marco de la colaboración seglar en el carisma de la

fundación. Abierta a hombres y mujeres, a matrimonios cristianos simpatizantes. Laicos formalmente comprometidos a encarnar e irradiar el espíritu evangélico en la familia, en el ambiente parroquial y en el entorno social que les envuelve.

Europa aparte, presente en la actualidad en el Congo, en Costa de Marfil y en el Brasil. Todo un estilo de vida engarzado en la problemática realidad postindustrial europea y en las situaciones de injusticia y pobreza tercermundistas. Son brazos, codo a codo con las «suore», monumentalizando en el espacio y en el tiempo la realidad caritativa, el poema de humildad y de sacrificio de Luigi María Palazzolo, gloria del clero secular italiano, que su coterráneo Juan XXIII honró canónicamente con la beatificación en la mañana de San José, 19 de marzo de 1963.

JACINTO PERAIRE FERRER

Bibliografía

CASTELLETTI, C., *Vita del Servo di Dio don Luigi Palazzolo* (Bérgamo 1920).
MEDA, M., *Un avventuriero della carita* (Bérgamo 1963).
L'Osservatore Romano (20/21-3-1963).
VALOTI, P M., «L'Istituto del Palazzolo»: *L'Osservatore Romano* (16-12-1951).
www.istitutopalazzolo.it

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN ABRAHAM
Monje († ca.480)

Nace en Mesopotamia en la ribera del río Éufrates. Siendo un joven se decide a ir a visitar a los ermitaños de los desiertos de Egipto, pero es capturado por una banda de ladrones paganos que lo tienen prisionero cinco años, al cabo de los cuales puede escapar. Embarca y la nave lo lleva a las costas galas. Va a Auvergne y se establece como solitario cerca de Clermont. Aquí llevó una vida de gran espiritualidad y virtud. Finalmente entró en el monasterio de St. Cyrgues, donde tuvo lugar su santa muerte hacia el año 480.

SANTA BENILDE
Mártir († 853)

Benilde era una mujer cordobesa de mucha piedad y decisión, ya entrada en años. Al día siguiente del martirio de los santos Anastasio y compañeros, es decir el 14 de junio de 853, concurrió ella animosamente al cadí y confesó abiertamente la divinidad de Jesucristo al tiempo que rechazaba la religión del Corán. Fue inmediatamente degollada por ello y su cuerpo unido a los de los mártires anteriores hasta que días más tarde se ordenó su cremación y sus cenizas fueron arrojadas al Guadalquivir. Narra su martirio San Eulogio de Córdoba.

SAN ISFRIDO
Obispo († 1204)

Habiendo profesado los votos religiosos en la Orden Premonstratense en el convento de Cappenberg en Westfalia, su buen crédito le obtuvo el nombramiento de prepósito del convento de Jerichow en 1159. Era un sacerdote amable y activo, lleno de piedad y de espiritualidad.

En 1180 fue elegido obispo de Ratzburg, diócesis que venía siendo ocupada por religiosos de su Orden. Él no cambió un ápice el género de vida mortificado y austero que llevaba hasta entonces sino que quiso simultanear sus obligaciones como obispo con las del verdadero religioso. Cuando él ya era obispo tuvo lugar la destrucción, por un pavoroso incendio, del convento de su Orden en Floreffe, junto a Namur. Isfrido tomó a su cargo restaurarlo y devolverlo a los religiosos.

Su otra gran tarea fue la de continuar la evangelización de los vendos que ya había comenzado su predecesor San Evermondo, y a la que él dedicó grandes energías. No le fue sencillo realizarla porque de muchos sitios le surgieron dificultades, pero tuvo ánimo para sortearlas y proseguir una labor tan necesaria para la gloria de Dios y el bien de las almas.

Murió el 15 de junio de 1204 y fue tenido enseguida como santo. La Orden Premonstratense obtuvo del papa Benedicto XIII, en 1725, la aprobación del culto que se le venía dando.

BEATO TOMÁS SCRYVEN

Monje y mártir († 1537)

Era uno de los diez monjes cartujos del monasterio de Londres que el 18 de mayo de 1537 se negaron a suscribir el acta que los hubiera separado de la comunión con la Iglesia y con el Papa para adherirse al cisma de Enrique VIII. Se trataba de un hermano converso que prefirió, con sus otros compañeros, antes perder la vida que perder la fe.

Llevado a la cárcel fue cargado de cadenas y sometido a la tortura de la argolla, y abandonado a su suerte, pues se le negó la comida, y por ello pereció de inanición el día 15 de junio siguiente a su detención. Fue beatificado el 9 de diciembre de 1886.

BEATOS PEDRO SNOW Y RODOLFO GRIMSTON

Mártires († 1598)

Ambos mártires eran naturales del Yorkshire y, aunque tenemos de ellos pocos datos, su martirio está bien atestiguado. El primero era sacerdote, se había ordenado en el continente el año 1591 y había vuelto a Inglaterra, ejerciendo su ministerio sacerdotal en York. Rodolfo Grimston era de Nidd y era un caballero, esto es, persona de clase acomodada, que practicaba la fe católica y no había dudado en hospedar y favorecer al sacerdote. Ambos iban por la calle a finales de abril de 1598 cuando el sacerdote fue rodeado de quienes se disponían a arrestarlo. El caballero sacó la espada y quiso defenderlo, pero ambos vinieron a quedar presos. Comparecieron en juicio y ambos declararon su fe, siéndoles aplicado el estatuto de Isabel por el cual se prohibía ordenarse en el extranjero y dar protección a los ordenados, recayendo sobre ellos la pena de traición. Se negaron a apostatar para salvar la vida. Fueron ahorcados y descuartizados en York el 15 de junio de 1598. Fueron beatificados el 22 de noviembre de 1987.

SANTA BÁRBARA CUI LIANZHI
Mártir († 1900)

Bárbara era una cristiana china que fue martirizada en la persecución de los boxers. Había nacido en 1849 en Toan Kiau y en su juventud había contraído matrimonio con Andrés Ts'oei y tenido varios hijos con él, dos de los cuales estaban en el seminario estudiando para sacerdotes mientras que otro, Vicente, estaba ya casado. Estallada la persecución, Andrés marchó con diligencia al seminario a llevarse a sus hijos para intentar salvarlos al tiempo que buscaba otro domicilio más seguro que su pueblo. También Bárbara, su hijo, su nuera y varias personas salieron del pueblo en varias carretas intentando esquivar a los boxers cuya inminente llegada temían. Logró Bárbara reunirse con su esposo, pero entonces apareció una banda de boxers que rodeó los carros y obligó a bajar a todos. Andrés y Bárbara lograron esconderse y pudieron presenciar cómo mataban a su hijo y a su nuera luego de que ambos se negaran a apostatar. Ambos entonces se dieron a la fuga, pero mientras el marido pudo salvarse, ella fue alcanzada a causa de sus pies malformados y fue muerta por los perseguidores. Bárbara era una mujer de sólidas convicciones cristianas, alma de oración y plegaria constante que supo hasta el final dar un limpio testimonio de fe. De su familia fue elegida ella para figurar en la causa de beatificación y canonización. Su martirio tuvo lugar el 15 de junio de 1900 en Qianshengzhuang, junto a Liushitao, en la provincia de Hebei. Su marido volvió a buscar su cuerpo y le dio conveniente sepultura. Su canonización fue el 1 de octubre de 2000. Ponemos su nombre en la grafía que figura en el *Martirologio.* En la causa de beatificación y canonización se transcribe como Ts'oei-Lien-Cheu.

16 de junio

A) MARTIROLOGIO

1. En Asia, los santos Quirico y Julita, mártires († 304) *.
2. En Besançon (Galia Lugdunense), santos Ferreolo y Ferrucio († s. IV), mártires.
3. En Nantes (Galia Lugdunense), San Siciliano († s. IV), obispo.
4. En Amathus, hoy Limassol (Chipre), San Tichon († s. IV), obispo.
5. En Maguncia (Alemania), santos Áureo, obispo, Justina, su hermana, y compañeros († s. V), mártires.
6. En Lyón, la deposición de San Aureliano († 551), obispo de Arlés *.
7. En Carrara (Toscana), el tránsito de San Cecardo († 860), obispo de Luni y Sarzano *.
8. En Meissen (Sajonia), San Benón († 1106), obispo **.
9. En el monasterio de Auwières (Brabante), Santa Lutgarda († 1246), virgen, de la Orden Cisterciense **
10. En Londres (Inglaterra), Beato Tomás Reding († 1537), monje cartujo y mártir bajo el reinado de Enrique VIII *.
11. En Rochefort (Francia), Beato Antonio Constante Auriel († 1794), presbítero y mártir *.
12. En Lang-Coc (Tonkín), santos Domingo Nguyen, Domingo Nhi, Domingo Mao, Vicente y Andrés Tuong († 1862), mártires *.
13. En Ingenbohl (Suiza), Beata María Teresa Scherer († 1888), virgen, religiosa y cofundadora de las Hermanas de la Caridad de la Santa Cruz **.

B) BIOGRAFIAS EXTENSAS

SAN BENÓN DE MEISSEN
Obispo († 1106)

Benón era originario de una familia condal sajona (los Woltingerode o Woldenberge). En una carta de Goslar del 3 de marzo de 1062 se hace mención del conde Cristóbal y de su hermano el capellán Benón. Se sabe por el historiador Lamberto de Hersfeld, el único fiable por su antigua documentación, que Benón fue canónigo en Goslar y que fue nombrado obispo de Meissen por Enrique IV en 1066 y ordenado como tal por el arzobispo de Magdeburgo, Werner.

Lamberto lo presenta como un varón amante de la austeridad y pobreza evangélica y amigo de la sencillez, incluso como obispo. En la guerra que estalló poco después entre los sajones y Enrique IV, Benón se alineó, como todos los demás obispos sajones, al lado de sus compatriotas. Se dice que Benón no participó activamente en esas contiendas, y al cesar las hostilidades no parecía haber mayores obstáculos para retornar las cosas como antes estaban. Sin embargo cuando, en septiembre, el rey marchó a guerrear, en represalia contra el marqués Egbert, al pasar por las tierras del obispo permitió que la tropa se diera al pillaje e incluso que tomara como prisionero a Benón. El rey pretextó que durante la guerra con los sajones Benón no le había dado muestras de fidelidad ni le había mandado mensajes de amistad; Benón fue puesto a buen recaudo en casa de otro obispo afecto a Enrique.

Mas la excomunión pontificia a que por estos actos se hizo acreedor Enrique, así como otros cambios políticos que entonces sucedieron, aconsejaron al rey liberar a Benón y llamar del exilio a los otros obispos sajones para negociar con ellos en Maguncia. Según el biógrafo, el rey les dio la libertad bajo promesa de fidelidad. Según otra versión, Enrique trató de exigirles un precio por soltarles, pero habiéndose producido un tumulto en la ciudad, a su abrigo los obispos prisioneros tuvieron la oportunidad de fugarse.

En estas circunstancias Benón no se creyó en el deber de cumplir su palabra y juntamente con otros siete obispos acudió a la Dieta de Forchheim en 1078 para elegir como rey a Rodolfo de Suabia, y, tras la muerte de éste, se alió con el partido de Hermann de Salm. Con su metropolitano, Hartwig de Magdeburgo, asistió en 1085 a la reunión de Berchach del partido pontificio. También tomó parte Benón en el sínodo celebrado en Quedlinburg bajo la presidencia del Legado pontificio Otón de Ostia. Y como los otros obispos fieles al papa, Benón fue depuesto y exiliado cuando poco después, en la ciudad de Maguncia, se tuvo otro sínodo de los obispos partidarios de Enrique.

En lugar de Benón fue colocado en la sede de Meissen un clérigo llamado Félix. Mas, después de la muerte de Grego-

rio VII, Benón marchó a Italia y se sometió al antipapa Clemente, partidario del emperador. Entonces regresó a Alemania con una carta de recomendación ante el emperador y otra para Félix, y logró recuperar su sede de nuevo, aun con la oposición del arzobispo de Magdeburgo, Hartwig.

Hasta 1088 fue considerado como obispo del partido del emperador y ocupó su sede sin dificultades. Durante este período la diócesis de Meissen recibió muchas donaciones de parte del emperador. En general, Benón siempre buscó estar a bien con todos. La obra que Benón escribió, *De unitate Ecclesiae conservanda,* favorable al emperador, nos hace suponer que él no criticaba con acritud a sus colegas los obispos partidarios del papa. En todo caso, desde 1097, reconoció al papa Urbano. Y a partir de ese momento las fuentes documentales callan.

Se ha dicho que durante los últimos años de su vida, Benón se consagró a la evangelización de los wendos; pero esta noticia sólo se apoya en la vida de Emser y no tiene certeza ninguna documental. En cuanto a la mayoría de los escritos que se le atribuyen, son asignaciones erróneas o, cuando menos, dudosas, especialmente en cuanto a la titulada *Expositiones breves super evangelia dominicalia.*

Benón murió entre 1106 y 1107 en fecha desconocida. Una *Vita* escrita por Mecer, aunque excesivamente legendaria, en esta ocasión no sin cierta verosimilitud, señala su muerte el 16 de junio de 1106, fecha en la que se fijó después su fiesta. Su culto se remonta al momento en que, por motivos de la reconstrucción de la catedral de Meissen, sus restos fueron de nuevo sepultados con gran veneración en 1285. Con tal ocasión el obispo Wegetho acordó dar 40 días de indulgencia a los que visitaran su tumba. Encontramos una prueba de la popularidad de su culto en algunos manuscritos en los que se relata una larga serie de milagros atribuidos a su intercesión y ocurridos ante su tumba. A partir de esas circunstancias fue cuando el clero de Meissen, en 1497, se propuso que fuera canonizado oficialmente por Roma. Esta causa fue apoyada por el duque Jorge de Sajonia así como por el autor de la *Vita* de Emser. Así fue como el 31 de mayo de 1523 el papa Adriano VI lo canonizó solemnemente y fijó su fiesta el 16 de junio. El día de su fiesta, en

1524, se procedió a un nuevo reconocimiento y traslado de sus reliquias, lo que provocó un panfleto de Lutero aparecido pocos días antes de la fiesta. Lutero escribió: *Widder den newen Abgott und allten Teuffel, der zu Meyssen sol erhoben werden* (El macho cabrío —por el Papa— ha levantado, en Meissen, un nuevo ídolo del antiguo diablo), a lo que replicó Emser: *Antwurt auff das lesterliche Buch wider Bischoff Benno zu Meissen* (Al literato —por Lutero— sólo le faltaba un panfleto contra el obispo de Meissen).

Y con esto ya estuvo servida una nueva polémica entre protestantes y católicos. Y como después el ducado de Sajonia se pasara al protestantismo, el altar y la tumba de San Benón fueron destruidos; mas el obispo Juan VIII de Meissen, antes de que aquello sucediese, tuvo tiempo para llevarse las reliquias a su castillo de Stolp. De allí fueron trasladadas primero a Wurzen y más tarde a Munich, no sin haberse dado unas largas negociaciones, llevadas a cabo por el Chambelán de la Kommerstädt, entre el obispo de Meissen, Juan IX, y el duque de Baviera, Alberto V. En Munich se las veneró primero en la capilla de la corte ducal y posteriormente en 1580, bajo el reinado de Guillermo V, fueron trasladadas a la catedral. Allí actualmente reposan.

Benón es venerado como patrón de Meissen y Munich, y, desde 1698, de toda Baviera. Se le invoca para obtener la lluvia y su patronazgo se extiende a los tejedores y a los pescadores. A San Benón suele representársele con un pez y una llave. La leyenda, aunque pudiera ser sólo eso, merece, al finalizar estas notas biográficas, que la narremos dando la palabra, o mejor, la pluma, al benedictino Dom Hünermann, que escribió una bella página en su libro *El coro de los santos:*

> «Amanecía el día de Navidad del año 1075. Un mensajero del rey Enrique IV entraba a caballo en la ciudad de Meissen y hacía entrega al obispo Benón de una misiva de su señor. El príncipe de la Iglesia leyó con el ceño fruncido el escrito sellado, repitiendo para sí y a media voz las últimas palabras y dando muestras de un disgusto que iba en aumento. "[...] Y os intimo a presentaros en Worms para tomar parte en un sínodo que se reunirá el 24 de enero y en el que los arzobispos, obispos y abades del reino celebrarán juicio sobre el monje Hildebrando, que a sí mismo se llama papa Gregorio VII".

Benón echó una fulgurante mirada al mensajero y, rasgando furioso el escrito, lo arrojó a sus pies. ¿Es ésta vuestra respuesta, señor?, preguntó, temblando de indignación, el caballero portador del mensaje. ¡Sí! ¡Ésta es!, contestó el obispo, sin miedo. ¡Pero esto equivale a un acto de rebelión contra vuestro rey!, gritó el caballero mientras su mano se crispaba sobre la empuñadura de su espada, que colgaba de su cinto. En las cosas lícitas obedezco gustosamente a mi rey, contestó con tranquilidad Benón. Pero eso, continuó, señalando con un gesto de la mano la rasgada misiva que yacía en el suelo, eso va más allá de mis atribuciones. No es falta de deseos de obediencia. Es mi dignidad la que me impide hacerlo.

No es la primera vez que habéis despreciado una orden real, señor obispo, dijo el mensajero. Lo sé, asintió Benón. Esto sucedió el año 1073, cuando el rey dispuso las levas para el ejército destinado a ir contra el duque de Sajonia. Entonces me negué. ¿Quién podía esperar que un obispo marchase contra sus hermanos alemanes, hasta contra los parientes de su linaje, con quienes le unían mil vínculos de consanguinidad? Tendréis que responder de vuestra falta de diplomacia, exclamó el mensajero. Y, dando media vuelta, abandonó la estancia.

No había empezado aún el nuevo año, cuando entraban en Meissen dos escuadrones de caballería y cogían preso al obispo. Prefiero antes las cadenas que no sucumbir al deshonor, dijo, ecuánime, Benón, y se dejó conducir sin resistencia. Enrique le retuvo en la cárcel durante un año. Pero creyendo que podría atraerse con dulzura al hombre a quien la violencia no era capaz de doblegar, mandó ponerle en libertad. Mas se engañó, pues el obispo se negó entonces, como se había negado antes, a apoyar a Enrique IV y a su favorito el antipapa Clemente III en su lucha contra la legítima cabeza de la Iglesia.

El mismo año en que moría Gregorio VII, Enrique, que entretanto había recibido la corona imperial, separaba a Benón de su dignidad efectiva. Benón marchó entonces a Roma cruzando los Alpes. Pero antes de abandonar su ciudad episcopal ordenó a un canónigo que arrojase al Elba la llave de la catedral, por si el excomulgado emperador o alguno de su corte se atrevía a entrar en ella.

Tres años después (1088) se reconciliaba con Enrique IV y regresaba a la capital de su diócesis, donde fue recibido con clamoroso júbilo por el clero y por el pueblo. El intrépido obispo trabajó aún durante veinte años por el bien de su obispado con fuerza y brío inquebrantables; pese a lo avanzado de su edad, trasladábase incansablemente de ciudad en ciudad y de pueblo en pueblo para visitar a su rebaño y hacer el bien donde hacía falta. Su obra apostólica llegó incluso a atravesar las fronteras de su diócesis para internarse en el territorio de los paganos wendos, de tal manera que se le dio el apodo de "Apóstol de los Eslavos". Falleció en el convento de Naumberg, donde se retiró en los últimos años de su vida

para prepararse a emprender el viaje de regreso a la casa del Dios Padre, cuando casi tenía cien años.

La diócesis de Meissen venera como a su patrón al inflexible obispo. En recuerdo de él ha adoptado en su escudo un pez cuya boca sostiene una llave. La leyenda nos aclara el sentido de tal emblema. Cuéntase que cuando el obispo Benón volvió de Roma, los canónigos le anunciaron que, en cumplimiento de su indicación, habían arrojado al Elba la llave de la catedral antes de hacer entrega de ella al pastor instituido por el emperador. Al mediodía, al sentarse a comer con sus convidados fue servido a la mesa un gran pescado. Cuando lo cortaron, se encontraron con que en su interior había una llave, en la que, con santo asombro, reconocieron la llave de la catedral, que creían perdida.

Así fue cómo una hermosa leyenda sirvió para las armas del obispado. Pero con ello no debe quedar en segundo término la simbología paleo-cristiana, puesto que también se puede interpretar como un símbolo de fidelidad a Cristo, a quien la primitiva iconografía cristiana representa bajo la figura del Pez, y de la fidelidad a su vicario en la tierra, aquel que lleva en sus manos las llaves del reino del Señor».

LUIS M. PEREZ SUAREZ, OSB

Bibliografía

BAUDOT, J. - CHAUSSIN, L., OSB, *Vie des saints et des bienheureux*., VI· *Juin* (París 1948) 264-265.

BILGERMAIR, A., Art. en A. BAUDRILLART - R. AUBERT (dirs.), *Dictionnaire d'histoire et de géographie ecclésiastique* VII *Bavière Benoist* (París 1934) cols.1363-1365.

HÜNERMANN, W., *El coro de los santos* (Barcelona 1955) 327-328.

ZIMMERMANN, A M., Art. en *Bibliotheca sanctorum* II: *Ans-Bern* (Roma 1962) cols.1243-1244

SANTA LUTGARDA DE AUWIÈRES

Virgen († 1246)

Con Santa Lutgarda florece en la Iglesia la contemplación mística del amor del Corazón de Jesucristo. Para narrar su vida nos aprovechamos, resumiendo mucho, de la *Vita* escrita por su director, el dominico Tomás de Cantimpré, y de su versión, pasada a un castellano algo vetusto, como podrá comprobar enseguida el avisado lector, y que puede releerse en Croisset. Nació la santa en Tongre, en 1182, de padres honrados, probable-

mente mercaderes, en el antiguo ducado de Bravante. Viéndola despierta y llena de cualidades, quisieron prepararla con la mejor instrucción que en aquel momento se le podía dar y, con apenas doce años, la ingresaron en el monasterio benedictino de Santa Catalina, aunque, a lo que parece, no con intento formal de ser monja, porque pretendiendo un joven caballero casarse con ella, le dio oídos. Pero el Señor, que la había escogido para esposa suya, estando un día hablando en el locutorio con aquel pretendiente se le apareció, y descubriéndose la llaga del costado, que destilaba sangre, le dijo:

> «Mira: de aquí en adelante no te entretengas en falsas ternuras de amor necio; contempla aquí lo que debes amar, y por qué lo debes amar, que yo te prometo desde ahora todos los gozos y las finezas más castas y seguras».

Con esta visión, Lutgarda quedó tan arrepentida de su vida anterior y, a la vez, presa del amor de Cristo, que cerró las puertas de su corazón y sus oídos a las palabras de aquél y de otros que después la pretendieron, como si fueran silbos de venenosas serpientes.

Lutgarda, que había sido hasta entonces una muchacha alegre, parlanchina, bulliciosa y amiga de bromas, comenzó a darse a la oración y meditación de las cosas espirituales con tanto fervor como para parecerles a algunas de las monjas que aquello no podía ser sino entusiasmo pasajero, y que presto se resfriaría, y como ella misma temiese su flaqueza, y se entristeciese, se le apareció la Virgen y con rostro alegre y sereno le dijo que no temiese, porque ella la ampararía, y la haría crecer en la vida de perfección. También se le apareció Santa Catalina, la patrona del monasterio, y la confortó, y prometió el don de perseverancia.

A los dieciséis o diecisiete años profesó como monja. Y Dios, para confirmar la amistad entablada con Lutgarda, inició en ella una serie de favores sensibles que hacían patente su amistad y su amor para con la joven monja. Así, las hermanas la podían contemplar en el coro puesta en oración y levantada en el aire un metro sobre el suelo, y por la noche en vigilias veían sobre ella una luz tan resplandeciente, que parecía el mismo sol. Además, el Señor le dio la gracia de que, tocando cualquiera en-

fermo con su mano, luego sanaba; y como por esta causa concurriese al monasterio gran multitud de enfermos para que los sanase, se volvió a su Cristo y le dijo: «Señor, ¿para qué me has dado esta gracia, pues me estorba el estar más contigo? Quítamela, y dame otra de más provecho para mí». Y como el Señor le preguntase: «¿Qué gracia quieres?». Ella dijo: «Quiero tu corazón, Señor». A lo que Jesús respondió: «Pues yo también quiero el tuyo». Y de allí en adelante quedó el corazón de Cristo tan unido y tan impreso en el corazón de Lutgarda, que ni tuvo movimiento ni pensamiento sensual, por un solo momento, en toda la vida.

En una ocasión, a la puerta de la iglesia se le apareció Cristo crucificado y ensangrentado; y bajando el brazo de la cruz lo extendió hacia ella, y la abrazó, y puso los labios de Lutgarda junto a la llaga de su costado, del cual bebió una suavidad tan celestial y divina, que la saliva de su boca le quedó más dulce que la miel. De este modo, para remedio de cualquier trabajo y fatiga, no tenía necesidad sino de mirar la imagen del Crucifijo, porque con solo mirarle, cerrados los ojos del cuerpo, se arrobaba en su espíritu y veía a Cristo, y su sagrado costado abierto; y con este regalo y dulzura del Señor se consolaba, de modo que ninguna cosa le daba pena ni aflicción.

Doce años estuvo en el monasterio de Santa Catalina, y al morir la priora, y teniendo ella solos veinticuatro años, la comunidad la eligió como nueva madre del monasterio. Condescendió en un primer momento con la voluntad de las monjas; pero poco después, por consejo de su director de entonces, conoció que Dios no la quería para aquel oficio y determinó dejar aquel monasterio y buscar otro donde pasar inadvertida y con más estrecha observancia. Con gran tristeza y sentimiento de todas las monjas de Santa Catalina, que perdían en Lutgarda una madre y una hermana, se despidió Lutgarda no sin antes prometerles y asegurarles que el Señor y la Virgen se ocuparían de ellas en todo momento en lo espiritual y en lo temporal.

Quiso refugiarse en la abadía cisterciense de Herkenrode, fundada el mismo año de su nacimiento. Pero estando en estos trámites, su confesor, Juan de Liro, y la religiosa Cristina de Brustem le pidieron que se uniese a un pequeño grupo de mu-

jeres piadosas que vivían en la pequeña población de Awirs (hoy Gleixhe) cerca de Lieja, que, aunque vivían bajo la regla de San Benito, estaban deseosas de pasarse al *Ordo* cisterciense. Lutgarda se les unió antes de junio de 1206; y al año siguiente el obispo de Lieja, Hugo, les confirió la consagración de vírgenes. A este pequeño grupo le fue ofrecido, por el alcalde, unos terrenos en Lillois al norte de la villa de Nivelles, y la comunidad se estableció allí en 1210. El 30 de octubre del mismo año, Inocencio III tomó bajo su protección «el monasterio de Nuestra Señora de Awirs de la Orden de Cîteaux». Finalmente, en 1215, Godofredo, Vizconde de Bruselas, invitó a las monjas a edificar una abadía en Couture-Saint-Germain, y antes de 1217 ya se había trasladado la comunidad allí, conservando el mismo título de «Nuestra Señora de Auwières».

Cuando se supo que Lutgarda se había pasado a aquel monasterio, otros muchos de la misma Orden, que a la sazón se fundaban, la desearon y pretendieron como abadesa. Al conocer ella estas pretensiones se entristeció mucho, y suplicó al Señor que la librase de estas preocupaciones y cargas, y la Virgen nuestra Señora se le apareció y la tranquilizó. Aquí hay que hacer notar un detalle del que la Providencia se sirvió para ampararla en todos estos menesteres. La actual Bélgica, es un lugar fronterizo que incluye etnias y lenguas distintas. Lutgarda era de habla alemana en Tongre y Santa Catalina, pero en Auwières, cerca de Lieja, se hablaba el francés. A pesar de las muchas gracias que tenía, Dios no le dio el de la facilidad para aprender lenguas, y así, aunque pasó cuarenta años en Auwières, nunca pasó de chapurrear malamente el francés; esto, para ella, fue una bendición pues con ello quedó excluida del mucho locutorio y de cargos que necesitasen comunicarse con el exterior.

En aquel tiempo surgió en Francia la herejía albigense y tuvo una visión de Nuestra Señora con el rostro triste y lloroso; al preguntarle Lutgarda por la causa de aquella tristeza, respondió que «porque los herejes y malos cristianos escupían y crucificaban otra vez a su Hijo Jesucristo»; entonces la Madre del Salvador le pidió que estuviese en continua penitencia y llanto, y que ayunase siete años por los pecados del mundo, para que su Hijo pudiera perdonarles, pues la ira de Dios pendía sobre

aquellos pueblos; y ella ayunó los siete años continuos, no comiendo sino un poco de pan, y bebiendo un poco de cerveza; y aunque los superiores la mandaron algunas veces comer más, y ella por obediencia quería comer, nunca pudo tragar de otro manjar la más pequeña cantidad. Pasados estos siete años de este ayuno riguroso, le fue mandado por revelación divina que hiciese otro ayuno por todos los pecadores; y esto lo hizo con gran voluntad, y ayunó otros siete años, comiendo cada día un poco de pan y algunas yerbas, sin más.

Un caballero alemán noble y rico, llamado Simón, renunciando a las vanidades del mundo, había entrado en la Orden del Císter, y siendo abad había pasado a mejor vida. Hizo mucha oración y penitencia la santa virgen por el alma de este religioso, porque había sido muy amigo suyo; y el Señor la oyó, y se le apareció, trayendo consigo el alma de Simón; la cual después se le apareció muchas veces, dándole gracias por la gracia que por sus oraciones había recibido de Dios; porque decía que, si no fuera por ellas, tendría que haber estado mucho tiempo entre las penas del purgatorio. Otras visiones maravillosas tuvo de personas, o que estaban en el purgatorio, para que les ayudase, o que ya estaban en el cielo, y le daban noticia de su gloria y bienaventuranza; porque era tanta la caridad de Lutgarda que todos los males y los bienes de sus prójimos los tenía por suyos propios.

Comulgaba todos los domingos, y como en aquel tiempo esto fuese algo singular, madre Inés, la abadesa, le ordenó que no comulgase tan a menudo; y ella le respondió: «Madre, haré lo que me manda; pero tengo por cierto que esto lo va a pagar con su salud». Diole luego a la abadesa una grave enfermedad, que no podía ni siquiera ir a la iglesia. Conoció su culpa, pidió perdón, y cobró salud; así Lutgarda pudo proseguir la santa costumbre de comulgar cada ocho días. De este o parecidos modos fueron amonestadas otras monjas que murmuraban de ella, para que conocieran su error.

Temíanla terriblemente los demonios, y no osaban llegarse a ella, ni al lugar de su oración; y aunque Lutgarda sabía poco latín, cuando cantaba el verso: *Deus in adiutorium meum intende,* y algunos otros, veía huir los demonios llenos de temor, y así en-

tendía la eficacia que tenían las palabras divinas para ahuyentar al maligno, aunque no las entiendan los que las oyen o cantan.

Estaba Lutgarda tan llena de celestial luz, e ilustrada de un conocimiento tan sorprendente y profundo de la soberana majestad de Dios y de su nada, que en medio de tantas virtudes, grandezas, prerrogativas y regalos que tuvo del Señor, la vanagloria nunca la molestaba. Si este conocimiento fue tan excelente y su humildad tan grande, no lo fue menos su caridad y el deseo encendido que tuvo de darlo todo por Cristo; una noche tuvo un deseo tan ardiente de imitar a la mártir Santa Inés y morir como ella por Cristo, y fue este deseo tan encendido, que se le rompió una vena cerca del corazón, y salió tanta sangre de ella, que bañó el hábito y pensó allí expirar. Vio entonces a Cristo que le dijo que tendría en el cielo el mismo premio que había tenido Santa Inés, «porque aunque no había derramado la sangre por él, como ella, había deseado derramarla»; y toda la vida le quedó la señal de la vena rota y soldada.

Era tanto su fervor y amor, especialmente cuando meditaba la pasión de Cristo, que se arrobaba, y parecía quedar como teñida en sangre. De esta fuerza y virtud interior le brotaba una fuerza maravillosa, y Dios daba a las oraciones de Lutgarda la virtud de convertir a los pecadores, dar salud a los enfermos, y obrar muchos otros portentos. Un caballero, soldado, noble y rico, pero muy vicioso y perdido, a ruegos de una hija suya monja, pidió a Santa Lutgarda que le encomendase a Dios. Así lo hizo Lutgarda con grande instancia; y al poco tiempo el caballero perdió sus bienes, y de muy rico vino a gran pobreza, sufriéndola con gran paciencia; finalmente se hizo religioso, y vivió y murió santamente. A una monja, que por debilidad no podía ayunar, alcanzó del Señor fuerzas para poder seguir en todo la comunidad, y hacer sus penitencias; a otra, que por una fuerte tentación estaba para desesperarse, la detuvo y consoló; y lo mismo le aconteció con otro hombre, que por sus grandes pecados desconfiaba de su salvación... Sanó con sus oraciones a una mujer del todo sorda, y a otro enfermo de epilepsia. Penetraba las conciencias de las personas con quienes trataba, y los pecados ocultos que tenían, y que aun ni a sus mismos confesores querían manifestarlos. Sucedía también que hablando Lut-

garda en su lengua vernácula, el alemán, con algunas personas de lengua francesa, que no sabían alemán, la entendían inexplicablemente. Y en otras muchas y muy señaladas cosas mostraba el Señor cuán dulce esposa era para él Lutgarda, y los favores que le hacía.

Mas como la perfección de la vida cristiana no consiste tanto en hacer cosas grandes y maravillosas, cuanto en padecer con alegría las duras y dificultosas por Cristo, once años antes que muriese Lutgarda, se quedó ciega para que así se ejercitase más su paciencia, y para que, cerrados los ojos del cuerpo, abriese más los del alma, y gozase más puramente de la divina luz. Un año antes se le apareció su dulce Esposo, y le dijo:

> «Va llegando el tiempo en que has de recibir el premio de tus trabajos, y estar eternamente conmigo, pero quiero hagas tres cosas en este año la primera, que me des muchas veces gracias por las gracias que de mi has recibido, y pidas a los santos que hagan lo mismo por ti, la segunda, que ruegues con gran fervor por los pecadores a mi eterno Padre, y la tercera, que, dejando de preocuparte por cualquier otra cosa, con grande ansia desees venir a reunirte conmigo»

Finalmente cayó enferma con fiebres muy altas, y confortada con los santos sacramentos de la Iglesia, y la visión de muchos santos y de las almas bienaventuradas de las monjas de su monasterio, que ya gozaban de Dios, entregó su alma al Señor el 16 de junio de 1246, a los sesenta y cuatro de su edad. Quedó su cuerpo blando y tratable, y el rostro blanco y resplandeciente. Muchos al tocar su cuerpo quedaron sanos de enfermedades de alma y cuerpo.

La figura espiritual de Lutgarda, como hemos apuntado al inicio de estos apuntes, se nos ha hecho accesible gracias a la *Vita* escrita por el dominico Tomás de Cantimpré, cuya primera redacción se remonta a 1248 y que él mismo retocó entre 1254 y 1255.

Un estudio atento refleja que, cuando se trata de contar hechos extraordinarios, el dominico siempre se apoya en al menos dos testigos; en cambio, es él mismo el único que da fe de la vida interior de Lutgarda. Y si uno compara la *Vita* con las obras anteriores de Tomás, y poniendo aparte los hechos extraordinarios, se constata que el director se ha con-

vertido en un atento y más competente conocedor en materia de teología mística. En resumen, la *Vita* es una fuente documental seria.

Tomás recoge muchos detalles de la juventud de Lutgarda y de su período como benedictina, de su formación intelectual esencialmente monástica; la encuentra un poco «tosca y muy simple en su modo habitual de expresarse». Lutgarda dice de sí misma que «no tiene instrucción», y que es inculta y «laica» (= desconocedora del latín).

Tomás se dedica sobre todo a mostrar el ensanchamiento o dilatación mística del «corazón» de Lutgarda ante el misterio del Salvador según la escuela de San Bernardo; explica cómo la que estaba prendada del «amor carnal», es decir, del amor de sí y la generosidad natural hacia el otro, pasa al amor «mercenario» de su Señor (en busca del premio) para llegar finalmente al amor filial (gratuito) de Dios. Pero el itinerario queda muy personalizado.

El biógrafo pone de relieve el encanto y la sensibilidad empática de Lutgarda y que impregna toda su vida, aunque transformada por la gracia. De ahí sus muchas amistades, como las que tuvo con el dominico Bernardo, penitenciario del papa Inocencio IV, los abades Juan de Affligem y Simón de Foigny (citado más arriba), con la Beata María de Oignies, con Cristina «la admirable», con Sibylle de Gages, duquesa de Brabante, con Jacques de Vitry (que le escribió desde Palestina) y con el Beato Jordán de Sajonia, sucesor de Santo Domingo de Guzmán.

Lutgarda heredó de la escuela benedictina el gusto por la liturgia, que fue la base nutricia de su vida espiritual. Vivió el misterio cristiano a través de la celebración de la Palabra y de los sacramentos. Después de los oficios litúrgicos Lutgarda siempre retenía alguna frase para «rumiarla» y poder así prolongar la plegaria. San Bernardo, en cambio, le dio el sentido de una austera ascesis (hizo Lutgarda tres ayunos de siete años cada uno) y de la dulzura del amor impregnado de humildad.

El autor de la *Vita* queda impresionado de las gracias místicas recibidas por Lutgarda, al haber sido su confidente y como

el testigo de su intimidad sobrenatural con Dios. Lamentablemente no se extiende en este campo y sólo describe algunas de las visiones, que, por su coherencia y progresión, tienen todas las trazas de la mejor autenticidad espiritual.

La primera visión narrada es la de la llaga del costado de Cristo, que lleva a Lutgarda a ser la primera en la historia de la espiritualidad cristiana en descubrir el Corazón de Cristo y en poder orar así al Señor:

> «Quiero tu Corazón [...] derrama el amor de tu Corazón en el mío. Que yo ponga mi corazón en el Tuyo, bajo tu protección, que quede allí con toda seguridad, para siempre».

La segunda visión es la del abrazo que tuvo con el Crucificado, para significar la participación que Lutgarda debía tener en la obra de la redención. Está también la del águila que transforma su amor «carnal», mediante la humanidad de Cristo, en amor espiritual por el Verbo de Dios. Otras cinco visiones ulteriores están en relación con el pensamiento espiritual central de Lutgarda: unir su amor al amor redentor y propiciatorio que mana del Corazón del Señor.

En los once últimos años de su vida, Lutgarda, al quedarse ciega, se fue preparando para su muerte. Desde aquel momento sus visiones no hablan sino de acción de gracias y de intercesión por los pecadores. Lutgarda sólo desea estar junto a los santos y sobre todo «ver» al Señor, como describe emotivamente en una visión que tuvo del rostro de Cristo.

Tomás nos ha descrito a Lutgarda como una discípula perfecta de Bernardo. Con todo su amor (la razón es aquí secundaria) ella vivió en tanto que le fue dado a conocer el misterio de la Cruz y, consecuentemente, el amor de Cristo. La ascesis la perfeccionó en el camino de la Cruz. Las experiencias místicas la introdujeron al amor que mana de la Cruz. Lutgarda no supo describir el amor que abrasaba su interior porque su atención estuvo polarizada por la pasión redentora de Cristo. Fue la primera en descubrir el Corazón de Jesús, y a la espiritualidad bernardina ella añadió la «satisfacción por sustitución». Testigo de todas esas gracias, Tomás de Cantimpré pensó que se podía comparar a Lutgarda con la esposa del Cantar de los Cantares,

convencido de que *sic affici deificari est* («amar así, es estar ya deificada»).

LUIS M. PÉREZ SUÁREZ, OSB

Bibliografía

BAUDOT, J. - CHAUSSIN, L., OSB, *Vie des saints et des bienheureux...*, VI: *Juin* (París 1948) 266-267.

CROISSET, J., SJ, *Año cristiano, o ejercicios devotos para todos los días del año* (Barcelona 1862) 283-284.

DEBOUTTE, A., en *Dictionnaire de spiritualité ascétique et mystique.* IX: *Labadie-Lyonnet* (París 1976) cols.1201-1204.

SOMER, M. DE, Art. en *Bibliotheca sanctorum.* VIII: *Laadan-Marzi* (Roma 1967) cols. 396-397.

BEATA MARÍA TERESA SCHERER

Virgen y fundadora († 1888)

Ana María Catalina Scherer, en religión María Teresa, virgen (1825-1888), cofundadora y primera superiora general de la Congregación de las Hermanas de la Caridad de la Santa Cruz de Ingenbohl, diócesis de Curión (Suiza), nacida el 31 de octubre de 1825 en Meggen (Lucerna, Lago de los Cuatro Cantones, Suiza), murió en Ingenbohl el 16 de junio de 1888. Cuarta de los siete hijos que trajo al mundo la familia Scherer-Sigrist, fue bautizada con el nombre de Ana María Catalina. Sus padres Carlos José Scherer y Ana María Sigrist, modestos propietarios y matrimonio de arraigado cristianismo, se encargaron de ir sembrando en el tierno corazón de su pequeña la buena semilla de la divina Palabra, a ese Cristo, por decirlo en resumen paulino, fuerza de Dios y sabiduría de Dios que, andando el tiempo, se habría de hacer revelación de amor en su alma para comprender, en medio de vicisitudes y contratiempos, de todo hubo en su vida, que «la necedad divina es más sabia que la sabiduría de los hombres, y la debilidad divina, más fuerte que la fuerza de los hombres» (1 Cor 1,25). El amor de su madre se trasluce con palmaria claridad, bien se puede comprobar, hasta por los dos primeros nombres recibidos en el bautismo.

Prematuramente huérfana con la súbita muerte de su padre el año 1833, se tuvo que ir a vivir en casa de unos parientes,

quienes, célibes ellos, la educaron según los severísimos principios de la religión y le dieron una sana educación cristiana. En los tiempos libres se ocupaba de los trabajos de la casa y del campo. Por deseo de su madre, a los 16 años entró como enfermera en el hospital cantonal, hospital civil si se quiere, de Lucerna, encomendado a las Hermanas de la Caridad de Besançon (o Hermanas de la Caridad bajo la protección de San Vicente de Paul). Más que nada con el propósito de completar su preparación doméstica. Llevó hasta el fin, sin embargo, aquel duro régimen de incomodidades, con el que poco a poco se fue adiestrando para sentirse, *así lo solía decir ella*, «*siempre y sólo unida* con la desventura y la enfermedad». También hubo de ocuparse más adelante de los pobres y los enfermos.

A sus 17 años ingresó en la Tercera Orden de San Francisco y en la Congregación de Hijas de María. Durante una peregrinación a Einsiedeln sintió el llamamiento a la vida religiosa. El 1 de marzo de 1845 ingresó en el Instituto de las religiosas enseñantes, fundado hacía poco por el capuchino P. Teodosio Florentini para la instrucción cristiana de la juventud, y que estaba dando sus primeros pasos en Menzingen (Zug, Suiza). Soplaban los primeros vientos del otoño con la caída de la hoja amarillecida y los dorados atardeceres cuando el 27 de octubre de 1845 emitió la profesión religiosa en Wurmsbach (San Gallo), según la regla de la Tercera Orden franciscana. Las superioras la destinan a Galgenen (Suiza) para que allí ejerza de maestra en la escuela elemental local. Un año después la envían a Baar y luego a Oberägeri (Zug, Suiza), como profesora y superiora en ambas comunidades. Período aquél, por cierto, de dudas y dificultades, superadas gracias a un austero ascetismo y a la ciega obediencia prestada a su director espiritual. En 1850, el P. Florentini la escoge de nuevo como directora esta vez del hospicio de los pobres y huérfanos en Näfels (Glarona), donde atiende también, entre otros menesteres, la enseñanza del trabajo doméstico en la escuela femenina local. En 1852 las circunstancias indujeron al P. Florentini a prevalerse de las hermanas de su Instituto para asegurar la dirección de un hospital por él fundado en Coira, encargo que encomienda una vez más, cómo no, a María Teresa. Acepta ella, por supuesto, convencida de que el

carisma del fundador abarca el aspecto escolar-educativo y el caritativo, aunque sin advertir entonces de las complicaciones que esta nueva opción podría acarrear, y acarreó de hecho, en la congregación.

La nueva actividad pedida a las hermanas enseñantes de Menzingen suscitó el problema de la oportunidad o no de que el Instituto añadiese a su fin originario el de la asistencia caritativa propiamente dicha. Ante la divergencia de opiniones, agudizada sobre todo por la acción de personas extrañas al Instituto, la autoridad eclesiástica cortó por lo sano decidiendo que las hermanas dispuestas a abrazar la asistencia caritativa constituyesen un instituto autónomo. Éste tuvo inmediatamente la propia casa-madre en Ingenbohl. Aquellas medidas hicieron sufrir a sor María Teresa, que no terminaba de ver con buenos ojos a la congregación escindida de pronto en dos.

El hecho es que en 1856 las religiosas enseñantes acordaron separarse del fundador para continuar por su cuenta el apostolado educativo. Sor María Teresa sufrió mucho por ello: oró, se asesoró sobre el caso y acabó comprendiendo que Dios deseaba que ella se ocupase, en el futuro, de las obras de misericordia espirituales y corporales El 13 de octubre de 1857 fue elegida superiora general de las «Religiosas al servicio de la escuela y de los pobres», cargo para el que fue sucesivamente reconfirmada hasta la muerte. Al lado del P. Teodosio guió el Instituto de las Religiosas de la Caridad de la Santa Cruz, que muy pronto empezaron a registrar un desarrollo sorprendente. A Ingenbohl llegaban un día y otro día solicitudes para que las religiosas se ocupasen de pobres y huérfanos, del servicio en correccionales y en lazaretos: tareas arduas eran éstas, desde luego, pero al fin y al cabo estaban en sintonía con el pensamiento de la madre María Teresa.

Abrió escuelas y hospitales especializados para inválidos, es cierto, pero lo que no terminaba de encajar en su espíritu era eso de ver a las religiosas como responsables de empresas Todo ello, como es natural, originó tensiones con el fundador, sólo superadas después de serias reflexiones y a base más que nada de oración y buenos propósitos. De todas formas, ella estaba persuadida de que la intención del P. Teodosio era resolver

la cuestión obrera con justicia y solidaridad, razón por la cual le ayudó cuanto pudo, y supo ser fiel a dicho apostolado incluso después de su muerte, acaecida el 15 de febrero de 1865. De ahí que no sólo recibiese su herencia espiritual sino que se hizo cargo también de la material, por cierto, y dicho sea sin espíritu descalificador hacia el difunto, teniendo que trabajar ella y las hermanas durante años hasta saldar las deudas que el P. Teodosio había contraído en su apostolado social. Luchó por salvar las constituciones por éste dadas al Instituto, y lo hizo aun a costa de oponerse al celo reformador de sus sucesores.

Había desempeñado el oficio próxima siempre al fundador, y madre de los pobres, de los enfermos, de los huérfanos y abandonados, a los que procuró ayudar siempre no ya sólo en sus necesidades materiales, sino también en las espirituales, mostrándose solícita de la salud de sus almas. No era cuestión ahora de echarlo todo por la borda. Bajo su guía, el Instituto prosperó hasta rebasar pronto las fronteras de Suiza y afincarse en el Baden, Bohemia, Moravia, Austria, Prusia, Hungría, Eslovenia, Croacia e Italia. Gracias también a los trabajos y valimiento de madre Scherer, el Instituto superó momentos difíciles, debidos sea a las consecuencias de las no felices experiencias industriales y otras iniciativas del inquieto cofundador, sea a las condiciones políticas adversas a la vida religiosa y a las instituciones católicas, en Suiza sobre todo.

La madre María Teresa, no obstante, que era la regla viviente de las hermanas, fue pocos años antes de su muerte criticada por la forma de guiar la congregación y de observar y hacer observar la pobreza. Sufrió los crueles zarpazos de la calumnia y hubo de soportar una lluvia de sufrimientos físicos, que no le impidieron emprender viajes y más viajes para animar a sus hijas y exhortarlas a vivir según el espíritu del P. Teodosio. Dio en todo momento espléndido testimonio de fe, de súplica y de sacrificado amor, de recogida piedad en la Eucaristía, cuidadosa siempre del culto y enamorada de la gloria de Dios, de ardiente caridad con todos, en particular los indigentes, haciendo que las dificultades y dolores de tanto personal sufrido como a diario encontraba por la calle tuvieran humana resonancia en su Instituto. Plenamente confiada en el auxilio de la Providencia y de-

sapegada de las cosas terrenas, procuraba servirse de ellas sólo para ayudar a los pobres. En su maternal corazón se dejaban sentir ya, con una suerte de premonitorio adelanto a los tiempos actuales, las certeras palabras del Concilio Vaticano II:

> «Dios ha destinado la tierra y cuanto ella contiene para uso de todos los hombres y pueblos En consecuencia, los bienes creados deben llegar a todos en forma equitativa, bajo la egida de la justicia y con la compañía de la caridad» (GS 69)

Cultivó con esmero la prudencia, la fortaleza, la justicia y la pobreza. Decía a sus Hermanas: «Mientras seamos pobres, nuestra congregación existirá». Mujer de índole fuerte, firme y constante, abnegada consigo misma, sin preocuparse de sus cosas y sin intermisión laboriosa y trabajadora por el bien de su congregación, que, con las bendiciones del cielo, creció enseguida y se extendió, según ya he dicho, por casi toda Europa. Soportando con paciencia el grave dolor de cuerpo que padecía, fue capaz de seguir por todos los caminos para visitar a sus Hermanas allí donde estuvieran. Las exhortaba a seguir fielmente a Cristo portando con amor la cruz de cada día. Hasta que, tras dolorosa enfermedad, sobrellevada con gran presencia de ánimo, el 16 de junio de 1888 rindió su alma al Creador, segura de conseguir el cielo.

Falleció en olor de santidad en el convento de Ingenbohl. A su muerte, el Instituto contaba ya con 1.689 religiosas profesas, más de 100 novicias, y habían sido abiertas 422 casas. La memoria y el recuerdo de sus virtudes eminentes permanecieron con su agradable perfume sobrenatural en quienes la habían conocido en vida, que eran muchos, y sobre todo en sus hijas espirituales, para las que había sido regla viviente de fidelidad al Evangelio, de amor a la Iglesia, así como acabado ejemplo de solicitud hacia los huérfanos, sordomudos, pobres, enfermos, ancianos, obreros, mutilados de guerra, y sacerdotes impecunes. Su fama de santidad se vio pronto confirmada por signos prodigiosos.

El cardenal Van Rossum, conmovido ante la bondad de vida de la madre María Teresa, y dada la veneración que despertaba entre el pueblo de Dios, aconsejó incoar la causa de canonización, de modo que la máquina burocrática de beatificación tar-

dó poco en moverse: el proceso ordinario informativo a nivel diocesano se celebró entre los años 1931-1934. A éste siguió el *additicio.* Después del decreto *Super causae introductione* (año 1949), llegó el proceso apostólico (años 1950-1951). La causa quedó lista y pasó a la entonces llamada Sagrada Congregación de Ritos el 6 de diciembre de 1952. Recorrido el iter ordinario y extraordinario conforme a lo establecido por el derecho canónico de 1917 y examinada la «positio» sobre virtudes por los consultores teólogos y el promotor general de la fe el 27 de octubre de 1992, hecha finalmente la prescrita relación por el cardenal prefecto de la congregación ante el papa Juan Pablo II, éste mandó que se redactase por correspondiente decreto que la madre María Teresa Scherer había cultivado en grado heroico las virtudes teologales, cardinales y anejas.

La Congregación de las Causas de los Santos admitió a trámite la sorprendente curación obrada el 10 de agosto de 1951, por intercesión de la Venerable sierva de Dios, a favor de la niña Bruna Hötzel. Tratado el caso en proceso apostólico de la curia arzobispal de Viena celebrado el año 1955, fue declarado válido por decreto el 21 de febrero de 1992. El consejo de médicos de la Congregación de las Causas de los Santos, en sesión del 27 de abril de 1993, falló favorable. Y el 22 de junio de 1993 lo hizo el Congreso peculiar de consultores teólogos. Y el 16 de noviembre, la sesión plenaria de cardenales y obispos. Oída la relación del cardenal Angelo Felici, prefecto del dicasterio, Juan Pablo II ordenó publicar con fecha de 23 de diciembre de 1993 el correspondiente decreto sobre la curación milagrosa. El mismo Juan Pablo II beatificó a María Teresa Scherer el 29 de octubre de 1995, junto a otras dos hijas espirituales de San Francisco, a saber: María Bernarda Bütler (cf. 19 de mayo) y Margarita Bays (cf. 27 de junio).

> «María Teresa Scherer —dijo Juan Pablo II en la homilía de la beatificación— libró el buen combate. A través de su vida y su obra nos recuerda el aspecto esencial del misterio de la cruz, con la cual Dios manifiesta su vida y concede la salvación al mundo. Mediante la fe, la esperanza y el amor, el hombre participa, con la totalidad de su existencia, en el misterio de la cruz del Salvador, y así logra participar también en el misterio de la resurrección. Además, la cruz tiene un aspecto cósmico: eleva todo el universo a Cristo, el Señor de la historia».

Hizo notar asimismo el Papa que María Teresa había dejado traslucir desde muy niña una disposición interior a la gracia, y, teniendo que tomar a veces decisiones difíciles, había sabido comprometerse con la divina llamada en y a través de su Iglesia. Sin embargo, la naturaleza de su personalidad y de su vida no se había opuesto a su profunda fe, a sus exigencias morales, fundamento del diario quehacer. Al contrario, había acertado a desarrollar sus talentos lo mismo en su vida privada que en su apostolado con los demás. El mensaje de su vida, por tanto, nos permite descubrir el misterio de la unión de todo hombre con Dios. Y es que la respuesta a la llamada de Cristo y su seguimiento nos hacen libres de un modo admirable, y consiente que desarrollemos plenamente nuestros talentos, que son, a la postre, sus dones.

Comprendidos el dolor y el destino de los enfermos, resolvió consagrar su vida al Señor en las Religiosas de la Caridad de la Santa Cruz de Ingenbohl, por ella fundadas, ante todo, para servir a la juventud y, más tarde, a los más pobres y marginados. Lo hizo con tal empeño que la gente no tardó en conocerla como la «madre de los pobres». Dejada a un lado su actividad docente para seguir de cerca la voluntad de Dios, María Teresa comprendió que la obediencia, como Santa Teresa dejó escrito para siempre, «es el camino más rápido para alcanzar la cumbre de la perfección» *(Fundaciones,* n.5). En ella encontró nuestra Beata la verdadera felicidad, porque hizo de su vida un don de amor al Señor y a los pobres, a los que él ama como a sus predilectos.

El Papa propuso a María Teresa como un ejemplo a seguir. Su fuerza interior brotaba de su vida espiritual: dedicaba muchas horas ante el Santísimo, donde el Señor comunica su amor a todos los que viven profundamente unidos a él. Aunque no entregó su amor a ningún hombre, no por ello dejó de desarrollar todas las virtudes que en el amor se dan. El aumento de su vida interior se acompasaba con el de su sensibilidad ante las necesidades del mundo de su tiempo. En las difíciles circunstancias de la Europa del XIX, llegó hasta los pueblos de Europa central con las fundaciones. Ella repetía que es preciso tener «la mano en el trabajo y el corazón en Dios». Es cierto. Aquella Europa de los tiempos que la Beata María Teresa vivió, es la que ahora

> «[...] ha pasado a formar parte de aquellos lugares tradicionalmente cristianos en los que, además de una nueva evangelización, se impone en ciertos casos una primera evangelización [...], necesita una verdadera y auténtica misión ad gentes» (JUAN PABLO II, *Ecclesia in Europa,* 46).

La Beata María Teresa vivió animada de una preocupación particular por ser fiel al compromiso bautismal y a sus votos religiosos. El compromiso de imitar a Cristo es el triunfo del amor de Dios, que se adueña del hombre, y le pide que se esfuerce hasta límites sólo propios de un amor oblativo y de servicio, que se entrega y se dona sencillo y por completo, aun a sabiendas de la debilidad humana. María Teresa supo claramente que la garantía de su fidelidad consistía en ser consciente de la limitación de sus propias fuerzas y en abandonarse incansable a la oración contemplativa y a la vida sacramental.

Según es costumbre, Juan Pablo II tuvo al día siguiente palabras de aliento para los numerosos peregrinos que habían acudido a Roma para celebrar a las nuevas beatas.

> «María Teresa Scherer, María Bernarda Bütler y Margarita Bays, cada una a su manera —dijo—, vivieron el carisma propio de San Francisco de Asís. Deseo vivamente —prosiguió— que las celebraciones en Roma sean aliento para vuestra consagración religiosa, ayuda para llevar una vida de oración como la de ellas, y renovado impulso en los numerosos servicios prestados a la Iglesia y a la humanidad en todo el mundo. Me complazco especialmente por todos los esfuerzos para ayudar a las personas que se encuentran en situaciones difíciles de pobreza y de enfermedad, y que tienen derecho a toda nuestra solicitud. Cuando acudís a asistirlas, les mostráis de manera explícita el rostro de Dios, que oye el clamor de su pueblo y que manifiesta así toda su ternura de Padre infinitamente bueno. Vuestra dedicación a los niños y a los jóvenes es también importante. Su educación humana y cristiana debe atraer vuestra atención, tanto en el ámbito escolar como en el de la formación religiosa. Sabed aceptar la invitación a seguir a Cristo por el camino de la humildad y la obediencia, camino que María Teresa, María Bernarda y Margarita recorrieron con intrepidez, inspirándose y sacando fuerzas, aun en situaciones muy diversas, de los ejemplos y de la espiritualidad de San Francisco de Asís. Su historia humana y espiritual muestra cuán maravillosas son las obras que el Señor realiza en los corazones sencillos y dóciles a su gracia».

María Teresa Scherer, cofundadora de las Religiosas de la Caridad de la Santa Cruz, se entregó desde joven a la práctica de

la caridad en el campo de la enseñanza y de la asistencia a los pobres y a los enfermos. Tuvo que pasar para ello por situaciones difíciles en la vida religiosa, por momentos duros que le hicieron vivir con intensidad el misterio de la cruz. Concluyó el Papa, en fin, con esta elocuente síntesis:

> «Mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado (Jn 4,34). María Teresa Scherer, siguiendo el ejemplo y las disposiciones del Señor Jesús, que hizo la voluntad del Padre hasta el sacrificio, trató de hacer la voluntad de Dios pronta y diligentemente. Ella misma puede decir con toda seguridad: no deseo otra cosa que hacer la voluntad de Dios».

PEDRO LANGA, OSA

Bibliografía

BARBEY, L., *La mère des pauvres* (Friburgo 1950).

BUONO, G., *La porta aperta* (Roma ^{3}1978).

CONGREGATIO DE CAUSIS SANCTORUM, «Decretum Canonizationis servae Dei Mariae Theresiae Scherer (in saec.: Annae Mariae Catharinae). Confundatricis et Primae Moderatricis Generalis Congregationis Sororum a Caritate S. Crucis ab Ingenbohl (1825-1888). *Super dubio* [2-4-1993: A. card. Felici, *Praefectus*]»: *AAS* 85 (1993) 723-726.

CONGREGATIO DE CAUSIS SANCTORUM, «Decretum Beatificationis Ven. Servae Dei Mariae Theresiae Scherer (in saec.: Annae Mariae Catharinae). Confundatricis et Primae Moderatricis Generalis Congregationis Sororum a Caritate S. Crucis ab Ingenbohl (1825-1888). *Super dubio* [23-12-1993: A. card. Felici, *Praefectus*]» *AAS* 86 (1994) 350-352.

JUAN PABLO II, «[Homiliae] in Vaticana basilica habita, ob decretos beatis Mariae Theresiae Scherer, Mariae Bernardae Butler, Margaritae Bays, Sanctorum caelitum honores [Die 29 octobris 1995]»: *AAS* 88 (1996) 633-638; 692-694.

Martyrologium romanum, o.c., 323, n. 13 *; 733.

MURB, M., *Eine Wohltaterin der Menschheit* (Ingenbohl 1930).

RUTISHAUSER, C., *Liebe erobert die Welt* (Ingenbohl ^{2}1967).

SECCHI, M. C., *Suor Maria Teresa Scherer* (Milán 1959).

SEGESSER, A. V., *Generalobern Sr. M. Theresia Scherer* (Lucerna 1939).

SNIDER, C., «Scherer, Anna Maria Katharina», en G. PELLICCIA - G. ROCCA (dirs.), *Dizionario degli Istituti di Perfezione.* VIII: *Saba-Spirituali* (Roma 1988) cols.1034-1035.

www.franciscanos.org/santoral: *Directorio franciscano. Santoral franciscano:* «Beata María Teresa Scherer (1825-1888)», textos de *L'Osservatore Romano* edición en español) (27-X-1995; 3-XI-1995).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTOS QUIRICO Y JULITA

Mártires († 304)

Según la tradición, Julita era una dama de familia noble y rica y Quirico era su hijo. Llegada la persecución de Diocleciano es juzgada en Tarso y, teniendo a su hijo a su lado, ella contestó con claridad y firmeza a todas las preguntas que se le hicieron. Quedó claro que era cristiana y que no pensaba dejar de serlo, y entonces el gobernador Alejandro la condenó a ser desgarrada y azotada. Cuando fueron a llevársela, el niño se negaba a separarse de su madre y el gobernador lo sentó en sus rodillas intentando pacificarlo. Pero cuando empezaron a torturar a Julita y ésta gritó: «Soy cristiana», el niño a su vez gritó: «Yo también lo soy». Y en un intento por soltarse mordió al gobernador. Éste, lleno de rabia, lo empujó y tiró por las escaleras, de cuyas resultas se partió el cráneo y murió. Julita dio gracias a Dios por haber dado a su hijo la gracia del martirio, y ella seguidamente fue nuevamente torturada y posteriormente ejecutada.

Posteriormente su martirio se haría muy popular, y en París le fue dedicada a San Quirico una abadía benedictina, St. Cyr, convertida luego en célebre academia militar.

SAN AURELIANO DE ARLÉS

Obispo († 551)

Aureliano, elegido arzobispo de Arlés, es honrado por el papa Vigilio con el palio y nombrado vicario papal para la Galia. Tuvo mucho interés en el fomento de la vida monástica y por ello fundó dos monasterios, uno de hombres y otro de mujeres, a los que dotó de una estricta y severa regla que lo tenía a él como autor.

Hay que decir que en la famosa cuestión de los «Tres Capítulos» actuó Aureliano con mayor libertad y firmeza que la del propio papa Vigilio que, presionado por el emperador, terminó aceptando la condenación de los dichos «Tres Capítulos», es decir, de las obras de Teodoro de Mopsuestia, Teodoreto de Ciro

e Ibas de Edesa. Aureliano, convertido en portavoz de los obispos galos, le dijo al Papa que no se debía permitir la intromisión del emperador en las cuestiones doctrinales y que en ningún caso la condenación de los «Tres Capítulos» podía entenderse con menoscabo de la enseñanza del concilio de Calcedonia. Aureliano murió en la ciudad de Lyón el año 551.

SAN CECARDO DE LUNI

Obispo y mártir († 860)

El *Martirologio romano* recoge la tradición según la cual San Cecardo, obispo de Luni y Sarzano, se hallaba en las canteras cuando fue asesinado por los marmolistas y por ello fue venerado como mártir. Esta tradición añade que el santo obispo se hallaba en las canteras de Carrara procurándose mármol para las devastadas iglesias de Luni, que había sufrido la incursión normanda. Los bolandistas dan la fecha del año 892.

Pero una reciente investigación histórica sostiene que la incursión normanda fue el año 860 y coloca por ello la muerte del prelado en esa fecha. Carrara tiene como protector a este santo obispo.

BEATO TOMÁS REDING

Monje y mártir († 1537)

Tomás Reding o Redyng era hermano converso de la Cartuja de Londres y siguió las peripecias de su monasterio cuando el cisma de Enrique VIII. Luego del martirio del prior, San Juan Houghton, y cuando se intimó de forma definitiva a la comunidad la orden de suscribir el acta de supremacía por la que se repudiaba la autoridad del Papa en Inglaterra, Tomás fue uno de los diez monjes que rehusaron firmarla, por cuyo motivo fue arrestado y llevado a la cárcel, en donde se le sujetó a una argolla, se le cargó de cadenas y se le dejó morir de hambre. Su alma voló al cielo el 16 de junio de 1537. El papa León XIII lo declaró bienaventurado el 9 de diciembre de 1886.

BEATO ANTONIO CONSTANTE AURIEL
Presbítero y mártir († 1794)

Se llamaba Antonio por su bautismo pero se le conocía por el nombre de Constante. Nació en Fajolles, Francia, el 19 de abril de 1764, hijo de un procurador. Optó por el sacerdocio y recibió la tonsura clerical el 7 de marzo de 1789, ascendiendo después por las órdenes hasta el sacerdocio, recibido el 29 de noviembre de 1790 con dimisorias de su obispo, el de Cahors.

Una vez ordenado sacerdote, fue enviado como vicario a las parroquias de Calviat y Sainte-Mondane, donde comenzó a ejercer su ministerio con dedicación y celo. Llegada la orden de suscribir la «constitución civil del clero», se negó desde primera hora firmemente, lo que trajo primero su expulsión de la parroquia y posteriormente su reclusión en la prisión de Notre Dame de Périgueux, en la que el 12 de diciembre de 1793 fue hallado apto para la deportación. Llegado a Rochefort, fue embarcado en la nave Deux Associés, y se ofreció para enfermero del hospital donde tantos pobres y algunos ya ancianos sacerdotes sufrían de diferentes males. Su amabilidad, bondad, caridad y ternura como de hijo fue un consuelo para todos. Muy pronto el que enfermó fue él y murió el 16 de junio de 1794. Fue beatificado el 1 de octubre de 1995.

SANTOS DOMINGO NGUYEN, DOMINGO NHI, DOMINGO MAO, VICENTE TUONG Y ANDRÉS TUONG
Mártires († 1862)

El cristianismo no se implantó en la tierra vietnamita solamente en las clases populares y modestas. También hubo personas ricas y de clase acomodada que se abrieron al evangelio y lo hicieron el centro de sus vidas. Los perseguidores del nombre cristiano quisieron dejar claro que la posición social no iba a ser una defensa frente a las medidas persecutorias y que no se pensaba permitir el cristianismo ni a los pobres ni a los ricos. El prefecto de Xuang-Trang quiso dar un escarmiento en su distrito arrestando y sometiendo a juicio a cinco hombres de clase

distinguida y rica, cuyo cristianismo le había sido asegurado, y cuya apostasía esperaba lograr como ejemplo para que gente más modesta les siguiera.

El arresto tuvo lugar en diciembre del año 1861 y se les intimó la orden formal de apostatar del cristianismo, amenazándoles con severos castigos si se negaban. Los cinco se negaron de forma unánime sin que las amenazas les hicieran la mínima mella. Entonces ideó el prefecto una pena de destierro que iba a ser acompañada de una verdadera tortura: deberían ir andando hasta Lang-Coc, en la prefectura de Vu-Ban, pero cargados ya con la canga y con cadenas en las manos y pies. Los confesores de la fe se dispusieron a abordar su martirio con generosa entrega al Señor. Pasaron en el camino grandes penalidades, llegaron agotados al sitio de su destierro y una vez allí se les recluyó en la cárcel, pero ninguno de ellos mostró debilidad moral sino que se mantuvieron firmes en la verdadera fe. Sabiendo que la perseverancia final es gracia de Dios, a todas horas la pedían al Señor con ánimo humilde, y para hacerse capaces de ella decidieron ayunar tres veces en semana en la cárcel solicitándola de la misericordia de Dios. La vida en la cárcel estuvo animada por la fe, la caridad mutua y la intensa oración. Separados de sus familias, debieron pasar muchos malos tratamientos y privaciones que ofrecían al Señor con entrega y confianza.

El 15 de junio de 1862, luego de seis meses de dolores pasados desde su arresto, fueron llevados a la subprefectura de Yau a padecer un nuevo interrogatorio y juicio. El juez volvió a intimarles la orden de apostasía y ellos manifestaron que eran hombres hechos y derechos que no se volvían atrás de sus convicciones por torturas y malos tratos y que con la ayuda de Dios pensaban perseverar en la fe cristiana hasta la muerte. El juez, frustrado e impotente ante aquella confesión de fe, mandó que al día siguiente fueran decapitados. Los cinco se dispusieron en la oración al martirio y rogaron al verdugo que los degollara de tres golpes para que su martirio, como su bautismo, fuese en el nombre de la Trinidad. Y así sucedió.

Domingo Nhi era natural de Ngoc-Cuc, donde vivía y era un rico terrateniente; Domingo Mao era natural de Fu-Yen, en la provincia de Nam-Dinh, y se había establecido en Ngoc-Cuc

como rico agricultor; Domingo Nguyen era de Ngoc-Cuc, donde ejercía con gran crédito la profesión de médico; Andrés Tuong era natural de Fu-Yen y se había trasladado a Ngoc-Cuc, donde vivía como rico terrateniente; y Vicente Tuong era igualmente de Fu-Yen, y se había venido a vivir a Ngoc-Cuc, donde era juez suplente y vivía de su rico patrimonio.

Todos ellos fueron canonizados el 19 de junio de 1988.

17 de junio

A) MARTIROLOGIO

1. En Roma, en la Via Salaria antigua, los santos Blasto y Diógenes, mártires (fecha desconocida).
2. En Apolonia (Macedonia), santos Isaurio, Inocencio, Félix, Hermas, Peregrino y Basilio, mártires (fecha desconocida).
3. En Doróstoro (Mesia), santos Nicandro y Marciano († 297), soldados y mártires.
4. En Besançon (Galia Lugdunense), San Antidio († 411), obispo y mártir.
5. En Bitinia, San Hipacio († 446), hegúmeno *.
6. En la Bretaña Menor, San Herveo, ermitaño († s. VI).
7. En Orleáns (Galia), San Avito († 530), abad.
8. En Pisa (Toscana), San Rainerio († 1160), peregrino *.
9. En Lorvao (Portugal), Santa Teresa († 1250), reina de León y luego monja cisterciense **.
10. En Venecia, Beato Pedro Gambacorta († 1435), ermitaño, fundador de la Orden de Ermitaños de San Jerónimo **.
11. En Nápoles (Campania), Beato Pablo Burali († 1578), obispo de Piacenza y luego de Nápoles, cardenal, de la Orden de los Clérigos Regulares Teatinos **.
12. En Rochefort (Francia), Beato Felipe Papon († 1794), presbítero y mártir *.
13. En Qua Linh (Tonkín), San Pedro Da († 1862), mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SANTA TERESA DE PORTUGAL

Reina y monja († 1250)

Hoy podía presentarse a esta santa portuguesa como modelo relevante para tantos matrimonios o personas que tienen problemas —justificados o no— dentro de sus vidas conyugales. La solución dada a su situación hay que juzgarla como heroica, aunque sea la única normal y aceptable para la Iglesia.

Teresa nació en Coimbra el año 1175. Sus padres fueron el rey D. Sancho I de Portugal y D.ª Aldonza o Dulce de Aragón. Fue educada en la misma Corte, dentro de los más subidos valores cristianos, en aquellos siglos medievales, cuando se gestaba la estructura regional de la Península Ibérica, consecuencia de los avances de la Reconquista. Sucedía entonces con harta frecuencia que los asuntos políticos entre los reinos nacientes, además de las conquistas de las tierras varios siglos bajo dominio musulmán, se dirimieran con casamientos cargados de importantes connotaciones temporales, a veces lejos de las mismas normalidades de la persona, marginando incluso las exigencias de la fe eclesial.

Algo de esto se hizo patente en la joven infanta Teresa, que con 15 años de edad, dotada de extraordinaria hermosura y talento, la casaron por razones de Estado con Alfonso IX, joven de 19 años, rey de León en España, ambos primos hermanos. De la normal y feliz convivencia marital nacieron dos hijas y un hijo en los solos cinco años de vida conyugal.

Al llegar a la Santa Sede las informaciones sobre el hecho acaecido en España, el matrimonio fue anulado, como consecuencia del grado de parentesco entre los cónyuges, ya que no se había concedido la debida dispensa, exigida por las leyes canónicas. Este tipo de enlaces eran rechazados en aquellos tiempos por la sociedad y no eran dispensados por la Iglesia.

No se conformaron los esposos alegando que se trataba de un impedimento civil, que ellos mismos podían resolver. Por otro lado alegaban que su matrimonio era de interés público.

La Iglesia era gobernada entonces por Clemente III, que defendió la licitud y obligatoriedad de la doctrina pontificia.

Tampoco su sucesor Calixto III, el famoso cardenal Jacinto, que había intervenido en las negociaciones iniciales sin resultado positivo, cambió un ápice en las exigencias dictadas por el concilio que había tenido lugar en Salamanca en 1192, al que faltaron los obispos de Salamanca, Astorga, León y Zamora, ya que entendían también que se trataba de un impedimento civil, del que ellos, los reyes, podían dispensarse. Los prelados ausentes fueron excomulgados y los dos esposos regios, en 1195 o 1196, no tuvieron otra alternativa que la de aceptar su separación.

Teresa regresó a su tierra con sólo veinte años, llevándose únicamente a su hija pequeña, mientras los dos mayores siguieron con el padre. En esta situación el rey de León se casó nuevamente con doña Berenguela, hija de Alfonso VIII de Castilla y también primos entre sí y que después sería anulado, casándose nuevamente con una dama noble llamada Teresa Gil de Soberosa. Para entonces ya había engendrado otro hijo, el que luego sería Fernando III el Santo.

El hijo varón del primer matrimonio, Fernando, murió a los 14 años de edad. Las dos hijas, Sancha y Dulce, y la madre, ingresaron en el monasterio cisterciense de San Benito de Lorvao, muy próximo a Coimbra.

Allí la que fuera reina cumplió escrupulosamente las normas monacales. Ni un solo privilegio, ni la más leve excepción, ya en vida la convirtieron en llamativo aunque humilde ejemplo de religiosa entregada por completo a Dios.

De su boca jamás salió la más leve queja, ni en su corazón anidó por un instante el menor atisbo de rencor hacia quienes habían ensayado en ella otro tipo de vida, cuando aún era una auténtica niña. A quienes se acercaban hasta las rejas claustrales, más dolidos que ella misma, los adoctrinaba con ejemplaridad y los prevenía contra todo tipo de rencor o venganza. Es la madera de la que están hechos los santos.

Su conducta consiguió para España un acuerdo pacífico que hizo posible la actual España. Dos mujeres, una religiosa contemplativa y una reina dinámica, fueron las verdaderas artífices de la unión entre León y Castilla, que es tanto como decir el camino de la definitiva España.

Para asegurar los derechos de su hijo, Fernando III, doña Berenguela se entrevistó con Teresa en Valencia de Don Juan. Teresa renunció a todos los derechos de sus hijas mediante una pensión muy generosa, a pesar de que la última voluntad de Alfonso IX era favorable a las hijas. Además, como la mayoría de la nobleza no se había declarado por Fernando, ante el temor de una guerra civil, la sabiduría y la prudencia de las dos reinas allanó el camino, dando paso a la unión de Castilla y León, cimientos de nuestra actual España. Un favor que España no puede olvidar.

Murió como había vivido, en olor de santidad, a los 75 años, una larga vida para entonces. Era el 17 de junio de 1250. Fue enterrada en su mismo monasterio, junto a la tumba que ella había preparado veinte años antes, para su hermana Sancha, virgen clarisa, también santa, cuyos restos habían llegado hasta allí gracias a una argucia de Teresa, muy propia de aquella época. Fue beatificada por Clemente XI el 23 de diciembre de 1705. Su fiesta se celebra el día de su muerte. Los restos mortales se conservan aún dentro de la urna de plata primitiva, en el monasterio de Lorvao.

Las dos hermanas unidas en un mismo destino: la corte, el convento y la gloria. Se convierten así en un signo claro de los distintos caminos por los que se llega a la santidad. Desde entonces los sepulcros de ambas hermanas se convirtieron en el centro espiritual de Lorvao. Algo que comenzó ya en los tiempos de doña Sancha con claros signos del cielo.

Don José M.ª de Llanos nos lo recuerda:

> «Dicen que junto a ella —la tumba de Sancha— Doña Teresa pasaba horas y horas postrada en oración. Y dicen las crónicas del tiempo que en cierta festividad de San Bernardo la abadesa, Doña Goda, vio en el coro que Doña Sancha cantaba al lado de su hermana. Ésta también lo advertía y no permitió que la abadesa se dejase llevar de su admiración. Después, Doña Goda manda, en virtud de santa obediencia, a la ex reina Doña Teresa, que le diga si su hermana se le ha aparecido estando ya en el cielo o todavía en el purgatorio. "Ojalá usted y yo estuviésemos donde está ella", ha respondido la santa religiosa. No había modo de separarlas, ambas nacidas del mismo tronco, ambas se unían en el mismo amor. ¡Ah!, y también en una idéntica burla y olvido del mundo, en lo cual dejaban a los hombres de su patria y de la Iglesia todo un maravilloso tratado de las vanidades del siglo y de los encantos misteriosos del

convento [...] Teresa hizo el recorrido a través del matrimonio y su cruz más espantosa; Sancha por vía de la virginidad y su más heroico escondimiento».

JOSÉ SENDÍN BLÁZQUEZ

Bibliografía

Art. en *Enciclopedia universal ilustrada Espasa,* t.60, p.1222.

«D. María Teresa», en *Dicionário histórico, corográfico, heráldico, biográfico, bibliográfico, numismático e artístico,* IV (Lisboa 1904) 844.

LLANOS, J. M.ª DE, SI, *El desfile de los santos* (Madrid 1956) 602.

BEATO PEDRO GAMBACORTA

Ermitaño y fundador († 1435)

Pedro Gambacorta, ermitaño de la Tercera Orden Regular y fundador de la Congregación de Ermitaños Pobres de San Jerónimo, conocidos comúnmente como los *Girolamini,* nació el 15 de febrero de 1355 en Pisa (Etruria), de ahí el nombre de Pedro Gambacorta Pisano, o simplemente Pedro de Pisa con que también se le conoce. Hijo del matrimonio Gerardo Gambacorta y Niera Gualandi, llegó al mundo precisamente cuando la noble familia gambacortiana, políticamente venida a menos, había sido vencida por los enemigos. Su padre, Gerardo, de la antigua saga de los Gambacorta oriunda de Alemania, fue moderador de la República pisana. Su madre, Niera, mujer de gran piedad, estuvo en íntima relación epistolar con Santa Catalina de Siena. Pedro Gambacorta no pasaba de ser todavía un bebé, tendría sólo tres meses, cuando hubo de partir con sus padres al destierro de Florencia. Creció no obstante fuerte y robusto, normal y sano, como digno vástago heredero del ilustre linaje que hasta en el exilio conservaba intacta su ambición, unida todavía por entonces a un inolvidable poderío político.

La genealogía de los Gambacorta pone de manifiesto que se trata de una linajuda familia italiana, concretamente de Pisa, valga repetirlo, que intervino de forma activa en la cosa pública de dicha ciudad. Familia, por otra parte, en cuyo seno abunda de todo: conjuras, altercados, muertes más o menos violentas, éxitos y fracasos, emboscadas, rencores, recelos, envidias, rebelio-

nes y también, por supuesto, gestas, como la heroica defensa de la ciudad de Pisa. Llega esta famosa generación hasta el siglo XVIII De hecho, en 1701 Cayetano Gambacorta, príncipe de Macchia, es el jefe de la conjura contra la dominación española en Nápoles, intento por cierto que fracasa, razón por la cual Cayetano tiene que poner tierra por medio huyendo de la quema hasta encontrar refugio en Viena, donde acabará sus días corriendo el año 1703. El último de los Gambacorta será Francisco, muerto en 1725. Pues bien, a este clan pertenecieron la Beata Clara (1362-1420), fundadora del monasterio de Santo Domingo, y Pedro (1355-1435), asimismo fundador de la Congregación de los Eremitas de San Jerónimo, también llamado Beato Pedro de Pisa, o sea nuestro protagonista, que en 1381 instituyó la Orden de los frailes mendicantes de San Jerónimo, según vamos a ver.

Cuando su hermana Tora (diminutivo de Teodora) huyó de casa para convertirse en la Hermana Clara, Pedro no vaciló en unirse al hermano mayor Andrés para, ambos a dos, forzar la puerta conventual y llevarse de allí a la muchacha, maniobra que, a la corta o a la larga, acabaría siendo inútil En efecto, Teodora había sido prometida al joven Simón de Massa después de haberse ella ofrecido a Dios mediante ayunos y oraciones y dedicada de cuerpo y alma al servicio de los enfermos más repugnantes. Pero resulta que un buen día, apenas frisando ella los quince años, Simón su galán murió inesperadamente. Tora entonces se cortó los cabellos, abandonó los ricos vestidos que solía lucir y se refugió en un convento de clarisas donde cambió el viejo nombre de Teodora por el de Clara. Pero sus hermanos, que veían con malos ojos la repentina y ardiente vocación de su joven hermana conversa, no dudaron en arrancarla por la fuerza de aquellos claustros y llevársela consigo a casa, donde la tuvieron prisionera cincuenta meses, al cabo de los cuales, y en vista de que seguía en sus trece, tuvieron que desistir, respetar la granítica voluntad de la criatura y consentirle la entrada en las dominicas de Pisa, donde, después de no pocas vicisitudes, una consagración comprometida y una vida religiosa a toda prueba, además de la fundación en 1384 del monasterio pisano de Santo Domingo, acabó sus días en olor de santi-

dad, impresión corroborada por unas cartas suyas llenas de poética ternura franciscana y de lirismo ascético.

Aquel comportamiento de Teodora huyendo del mundo para encerrar a cal y canto su vida en un convento, la férrea voluntad de consagración demostrada en trance semejante y, en fin, el empeño de seguir contra viento y marea el rumbo emprendido, sin dar en ningún momento su brazo a torcer, impresionaron profundamente a Pedro el hermano. Más aún, puestos ya en el capítulo de estupores y sorpresas, diríase que fue aún más grande y desestabilizadora la huella que en su abatido corazón abrieron las muertes tanto del hermano como de la madre. En vista de lo cual, y de vuelta ya en Pisa el año 1369, abandonadas las ambiciones temporales, dejados a un lado los deseos de poder, apasionado por la vida ascética y con singular devoción a San Jerónimo, Pedro hizo primero un alto en el camino con los ermitaños de Bartolomé Bonone en Santa María del Santo Sepulcro, cercanías de Florencia, en la localidad denominada «alla Colombaia» o Camporese, conoció luego las otras sedes a la sazón famosas de la vida monástica, verbigracia Valumbrosa, Camáldula y la Verna, y terminó por retirarse definitivamente a la soledad, cerca de Urbino, en un silvestre paraje llamado Montebello.

Fue la vida de Pedro de veras admirable, luminosa, evangélica y aleccionadora por múltiples y diversas razones, ello es bien cierto, pero de manera especial, si se quiere, por la pobreza: ni tenía riquezas ni quería tenerlas. Hasta tal punto había arraigado en él esta hermosa virtud evangélica que dispuso para sus hermanos eremitas que se llamaran en adelante y fueran en verdad pobres de Cristo y pobres por Cristo. Era el camino que siglos atrás habían recorrido las Iglesias de Macedonia según recuerda San Pablo a los corintios:

> «Aunque probados por muchas tribulaciones, su rebosante alegría y su extrema pobreza han desbordado en tesoros de generosidad» (2 Cor 8,2). Era sobre todo el que Jesús de Nazaret había señalado con su invitación al joven rico: «Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes y dáselo a los pobres, y tendrás un tesoro en los cielos; luego ven, y sígueme» (Mt 19,21).

Cuentan los biógrafos que Pedro maceraba su cuerpo casi diariamente con ayunos y disciplinas, nunca se desentendía de la oración y un día sí y otro también ocupaba tiempo y habilidad

en las humildes labores diarias del monasterio Observaba escrupulosamente el ayuno en Cuaresma, desde el día de rogativas hasta Pentecostés; desde primeros de agosto hasta la Asunción, y desde el día de los difuntos hasta la Natividad del Señor: y ello en las ferias segunda, cuarta, sexta, y en el Sábado. Maceraba el cuerpo, valga repetirlo, casi a diario con ayunos, privaciones y aspérrimas disciplinas, salmodiando mientras tanto tres veces el *Miserere,* tres veces el *De profundis,* la *Salve Regina,* y recitando de igual manera otras oraciones. Tejía para sí rudos aunque limpios vestidos, y sobre la desnuda carne solía llevar el cilicio. Se alzaba siempre a media noche para alabar al Señor. Sólo dormía lo necesario sobre unas tablas cubiertas por una humilde estera De su boca no se escuchaban sino pensamientos santos y buenos consejos. Como era de buen conformar, en cuestión de aguante toleraba con mucha paciencia las calamidades de sus eremitas, a quienes regía con gran humildad y benignidad.

Un régimen de vida, como se ve, austero y penitente al que apunta el Concilio Vaticano II cuando en la constitución *Sacrosanctum concilium* dice:

> «El cristiano, llamado a orar en comun, debe, no obstante, entrar tambien en su cuarto para orar al Padre en secreto, mas aun, debe orar sin tregua, segun enseña el Apostol Y el mismo Apostol nos exhorta a llevar siempre la mortificacion de Jesus en nuestro cuerpo, para que tambien su vida se manifieste en nuestra carne» (SC 12)

Género de vida que había practicado siglos atrás San Antonio abad, padre y modelo de ermitaños, el cual, según refiere su biógrafo San Atanasio, para mejor resistir a la tentación cuando ésta arreciaba insidiosa en extremo y turbulenta velaba gran parte de la noche, si es que no la noche entera, comía una sola vez al día, después de la puesta del sol, y a veces pasaba dos y hasta cuatro días sin saciar el hambre, durmiendo en el suelo y limitando su refección a sólo pan y agua

Fue en Montebello donde Pedro tomó el hábito de la Tercera Orden de San Francisco, viviendo de limosnas Entregado a la referida vida austera y penitente, llegó a construir una iglesita y un minúsculo monasterio el año 1380. Sajanello, uno de sus mejores biógrafos e historiadores, escribe:

> «Establecido en un monte, llamado Cesana, junto a Urbino, con las ofrendas de los fieles erigió un cenobio con una iglesiuca dedicada a la Santísima Trinidad» (o.c., 3).

En tiempos de Urbano VI (1378-1389), empezó a llevar túnica negra con escapulario pendiente por la espalda, y áspero manteo del mismo color. Ordenó, sin embargo, andar con los pies descalzos, sólo protegidos por unas elementales sandalias, algo duras por lo demás, que se llevaban mucho por Lombardía en tiempos de Martín V (1417-1431), cuando fueron aprobados. No se obligaban en cambio por profesión alguna de ningún voto, y conservaban la libertad de volver cuando quisieran al siglo: hasta que, reformados bajo San Pío V (1566-1572), se comprometieron con los tres consabidos votos de la vida religiosa y, en 1569, con la práctica de la vida en común bajo la Regla de San Agustín. Quedaron, eso sí, divididos en dos provincias, una y otra de las Marcas, a saber: Tarvisina y Anconitana, en cuyos eremitorios, hasta 46 llegaron a contar, sobresalía el convento napolitano Santa María de las Gracias.

Junto a nuestro joven eremita —tendría entonces unos 25 años— se recogieron otros ermitaños y discípulos, dando así vida a una fraternidad de eremitas que veneraban a San Jerónimo como patrón y maestro. La verdad es que los primeros compañeros fueron algunos malvivientes por él convertidos y transformados luego en devotos ermitaños, para quienes dictó una regla penitente y meditativa. Así es como empezó el rodaje ascético su Congregación de Hermanos Eremitas de San Jerónimo, también conocida como Pobres Ermitaños de San Jerónimo y, a partir de la muerte del fundador, Pobres Ermitaños del Beato Pedro de Pisa, o, más comúnmente aún, sobre todo en el lenguaje de la calle, los *Girolamini.*

Algunas fuentes refieren lo dicho con más lujo de detalles. De paso por tierras de la Etruria Pedro de Pisa, podemos leer en ellas, fue de pronto asaltado por una turba de malvivientes o desarrapados. El Espíritu del Señor se apoderó de Pedro con tal fuerza persuasiva que, transformado por dentro, cayó en la cuenta no sólo de que debía renunciar enteramente al siglo, sino también de trabajar con entrega y dedicación por la salud de estos infelices. Y se cuenta que, al desgaire de su discurso, aquellos corazones empezaron a reblandecerse y, excitados así a

penitencia según el ejemplo de San Jerónimo, o sea con la esperanza puesta en el perdón divino, decidieron seguirle por aquellos ásperos montes y establecerse con él lejos del mundanal ruido. Convictos de sus delitos, Pedro entonces suplicó para ellos la venia al Duce de Urbino, y con ellos se retiró a los amenos collados de Cesana, disfrutando del cielo saludable del lugar: fundó después en Montebello el primer oratorio de la nueva Congregación bajo la invocación de la Santísima Trinidad. Corría el año 1380, tiempos de Urbano VI (1378-1389).

Entre los numerosos grupos eremíticos italianos que a Gambacorta se unieron, sobresalen los de los bienaventurados Beltrán de Ferrara, Nicolás de Forca Palena y Ángel de Córcega, estos dos últimos arrastraron consigo a otros compañeros. Conviene, pese a todo, precisar que, en la segunda mitad del siglo XIV, las «observancias» se multiplicaban un poco por todas partes y reinaba por doquier gran confusión. Tanta, que algunos conventos franciscanos pasaron al movimiento de Pedro, como si se tratase de una nueva «observancia», y no ya de lo que eran en verdad: una institución eremítica y autónoma. Del Beato Nicolás de Forca Palena, sacerdote, ermitaño de la Tercera Orden Regular (1349-1449 [memoria el 1 de octubre]), que vivió a caballo entre los siglos XIV y XV y falleció el 1 de octubre de 1449, a la longeva edad de 100 años, se cuenta, por ejemplo, que en Roma, Monte Esquilino, fundó el eremitorio y la iglesia de San Onofre, que luego sería célebre andando el tiempo por haber hospedado dentro de aquellos muros al poeta Torcuato Tasso. Y bien, allí también se encontró varias veces con el Beato Pedro Gambacorta de Pisa, quien venía a Roma para impetrar la aprobación de su Congregación de San Jerónimo, es decir, de sus ermitaños *Girolamini*. Los dos santos se estimaban y se amaban con fraternal afecto.

La prueba del nueve llegó para nuestro Beato Pedro cuando, desprendido ya, según él creía, de su viejo mundo, vino a saber en 1393 que su padre había sido asesinado por instigación de un adversario, después de que allí mismo hubieran muerto tiempo atrás, y misteriosamente además, tres hermanos suyos. La antigua sangre de los Gambacorta hervía por dentro con un deseo irreprimible, casi pasión, de venganza. Sólo después de

un tenaz esfuerzo de autodominio consiguió serenarse y perdonar, recobrando la paz de su alma. El Evangelio acabó imponiéndose a la espada justiciera y la mansedumbre cristiana al odio vengador. La proverbial humildad y sencillez de los pobres de Cristo consiguió doblegar en el hondón de aquel espíritu atribulado a la prepotencia y al terror de los miserables que viven sólo de revancha, presa del ojo por ojo y diente por diente. Porque fue un momento difícil de verdad, de honda y sorda y terrible guerra interior. Pero la gracia había conseguido dulcificar lo bastante a este humilde siervo de Cristo como para superar un trance tan duro.

En los siguientes decenios Pedro Gambacorta, llevado del celo por la salvación de las almas, multiplicó las fundaciones de la Congregación en Urbino, Fano, Pésaro, Treviso, Padua, Roma y, sobre todo, Venecia, ciudad donde los ermitaños de San Jerónimo se fundieron con un grupo de terciarios franciscanos, en cuya compañía llegaron a fundar un hospital y un monasterio. Pedro iba a menudo a los diversos eremitorios donde sentía que era necesaria, o por lo menos oportuna, su presencia de guía espiritual, de padre y maestro en la fe, con el fin de formar y confirmar con el ejemplo y con la palabra en la vida eremítica y cenobítica a sus cada vez más numerosos discípulos.

Así y todo, su residencia ordinaria era Montebello, el apartado rincón al que desde el principio se había retirado, y donde con mayor facilidad podía gustar la más íntima unión con Dios en la oración común y privada, en la recitación salmódica y en el canto litúrgico, en la contemplación de las verdades de la fe, en el estudio y en el trabajo, en una vida, por decirlo de una vez, heroica de mortificación y penitencia, totalmente regulada por sabias normas disciplinares. Estos reglamentos o constituciones produjeron frutos de verdadera santidad: son, de hecho, diecisiete los beatos venerados en los altares que a ellas ajustaron su vida y muchos asimismo los venerables y religiosos muertos en olor de santidad cuyo espíritu, de acuerdo con tales normas, informó su espiritualidad.

La característica de los ermitaños era la extrema pobreza y el reclamo a la vida apostólica. Así viene a subrayarlo el jefe de

la República de Venecia, Antonio Venier († 1400), en un documento del 2 de diciembre de 1393 —lo aporta Sajanello— cuando escribe: «Hemos concedido a fray Ángel de Córcega y a sus compañeros, eremitas pobres, que conducen la vida de los Santos Apóstoles...». De tal suerte ardía Pedro de Pisa en caridad hacia Dios que muy pronto empezó a dar pruebas de poseer dentro de sí grandes y providenciales dones del cielo: mediante sus plegarias curaba de enfermedades, liberaba de los demonios y sacaba de apuros en no pocas ocasiones a sus propios Eremitas, como cuando, faltos de pan y vino, les abastecía milagrosamente de sobrado y sabroso alimento.

Pedro murió en Venecia el 17 de junio de 1435 a la edad de 80 años, después de haber visto aprobada su Congregación de los *Girolamini* el año 1421. Los papas Martín V y Eugenio IV (1431-1447) animaron vivamente y enriquecieron de privilegios esta nueva Institución religiosa, puesta sin tardanza bajo su protección y objeto frecuente de predilecciones por parte de la Sede Apostólica. Este instituto se extendió con rapidez por Italia y allende sus fronteras: Francia del norte, Bélgica, Hungría, Austria y sobre todo Alemania del sur En cuanto congregación eremítica alcanzó gran desarrollo y en el año 1444, nueve después de la muerte del fundador, se dio las constituciones, que la Santa Sede presentó más tarde como modelo para nuevas similares.

Pedro, pues, siguió de cerca el desarrollo del Instituto desde su eremitorio de Montebello de Urbino, atalaya monástica que raras veces dejó, y cuando lo hizo fue sólo por las causas arriba dichas. Sus hijos espirituales, los Eremitas de Fray Pedro de Pisa, profesaron austeridad y penitencia propias del eremo. Precisamente su fundador, ya octogenario, viajó, como he dicho, en 1435 a Venecia, en cuyos confines contaba con varias casas, para encontrarse con los que allí vivían alojados en una estrecha habitación junto a la parroquia de San Rafael. Viajó, pues, por asuntos de su congregación. Y en Venecia justamente, una vez anunciado el día de su muerte, recibidos con profunda veneración los sacramentos de la Iglesia y luego de haber exhortado a los suyos con pacíficas palabras a tener caridad recíproca, murió a los pocos días. Hay una corriente de opinión cuya tesis sostie-

ne que recibió cristiana sepultura junto al convento de las monjas agustinas, en la iglesia del monasterio de San Jerónimo. La realidad, sin embargo, es que el sitio exacto no se conoce con precisión: las pesquisas y búsqueda hechas especialmente en la iglesia del monasterio de San Jerónimo en Venecia, lugar el más probable, resultaron en su día infructuosas.

Inocencio XII (1691-1700) aprobó el culto al Beato Pedro Gambacorta el 9 de diciembre de 1693, historia ampliamente descrita en la biografía de Ferrara. Al fundador le fue reconocido por equivalencia el título de Beato (decreto del 10 de enero de 1693) y, algunos años más tarde, la Santa Sede autorizó el oficio religioso para la Orden y para la diócesis de Pisa, Urbino y Venecia. Fue San Pío V quien denominó Beato a Pedro de Pisa, decorándolo con tan alto honor, y por constitución del mismo pontífice impresa en el Bulario el 30 de marzo de 1571, concedió a la congregación por él fundada todos los privilegios de los mendicantes. También Clemente VIII (1595-1605) denominó Beato a Pedro de Pisa por Motu proprio fechado el 7 de septiembre de 1600, tal y como está en la constitución del mismo pontífice impresa el 23 de diciembre del mismo año en el Bulario. Toda la Iglesia católica asumió sin asomo de ninguna duda y de modo constante dicha denominación, hasta tal punto que nuestro Siervo de Dios fue comúnmente y por doquier así llamado y considerado. En 1729 se aprobaron el oficio y la misa del beato. Desdichadamente la Orden, andando el tiempo, iría decreciendo hasta que Pío XI (1922-1939) tuvo que suprimirla el 12 de enero de 1933 por falta de vocaciones: tan reducida había quedado que se hacía imposible la vida en común.

PEDRO LANGA, OSA

Bibliografía

Acta sanctorum, Junii, t.IV cols.533-549.

ADAUTO, P., *Compendio della vita del B. Pietro da Pisa* (Vicence 1929).

Art. en *Bibliotheca sanctorum.* VI: *Galena-Giustiniani* (Roma 1965) cols.26-28.

Art. en SOCIÉTÉ DES BOLLANDISTES (ed.), *Bibliotheca hagiographica latina antiquae et mediae aetatis,* II (Bruselas 1900-1901) 975.

BONUCCI, A. M., *Historia della vita e miracoli del b. Pietro Gambacorta, fondatore della congregazione de Romiti di Ss. Girolamo* (Roma 1716).

FERRARA, P., *Luci ed ombre nella cristianità del secolo XIV. Il B. Pietro Gambacorta da Pisa e la sua congregazione* (Ciudad del Vaticano 1964).

GALUZZI, A. M, «Gambacorta, Pietro, beato», en G. PELLICCIA - G. ROCCA (dirs.), *Dizionario degli Istituti di Perfezione* IV· *Figlie di Santa Teresa-Interccialagli* (Roma 1977) cols 1025-1026.

Martyrologium romanum, o c., 324, n. 10 *; 747.

PASCADOPOLI, E., «Gambacorta, Pietro», en *Enciclopedia católica.* V: *Ea-Gen* (Ciudad del Vaticano 1950) col.1919.

PASCHINI, P., «Gerolamini», en· *Enciclopedia Italiana.* Vol 16: *Franck-Guian* (Roma 1932) 827.

PIO XI, «Litterae apostolicae Ordo S. Hieronymi Congr. B. Petri de Pisis supprimitur (12-1-1933 [E. Card. Pacelli, a Secretis Status])»: *AAS* 25 (1933) 147-149.

PUCCI, B., *Vita del B Pietro Gambacurti da Pisa* (Foligno 1665).

RAHNER, H., «Einsiedler», en W. KASPER *et al.* (eds.), *Lexikon für Theologie und Kirche* III: *Damon bis Fragmentenstreit* (Friburgo 1959) 767-769.

SAJANELLO, G. B., *Historica monumenta Ordinis s. Hieronymi Congregationis b. Petri de Pisis,* I (Venecia 1728) 3-63.

BEATO PABLO BURALI D'AREZZO

Obispo († 1578)

La palabra «reforma» fue reiteradamente proferida a lo largo del siglo XVI con las más dispares intenciones y con muy variada fortuna. Eran los días del Renacimiento. Toda Italia, hondamente sacudida por el afán de la cultura grecolatina, vivía en la embriaguez de la belleza y de las formas estéticas. Pero el retorno al clasicismo, perdida la moderación, no pudo verificarse sin grave daño para la piedad y la vida cristiana. El espíritu del paganismo se infiltraba en las artes plásticas y en la literatura, en las diversiones públicas y en las costumbres, llegando a contaminar al mismo clero.

Lutero, en los castillos de Germania, lanzaba su grito de reforma aprovechando la corrupción reinante en ciertas esferas clericales para rebelarse contra el pontificado y propagar los errores de su secta. El papa León X reunía en 1512 el V Concilio de Letrán para promover una auténtica y sana reforma de costumbres, bajo el lema con que Egidio Canisio de Viterbo iniciaba el programa de renovación en el discurso inaugural del concilio: «Los hombres han de ser trocados por la religión, no la religión por los hombres», pero la legislación conciliar había quedado en letra muerta por la ineficacia de la acción oficial ante los estragos de la Roma pagana, que intentaba arrollar a traición la Roma de Pedro y de Pablo.

El Oratorio del Amor Divino, aparecido en Roma y otras ciudades de Italia como un cenáculo de almas selectas dedicadas totalmente al servicio de Jesucristo y su Iglesia, brindaba un fermento de enorme capacidad constructiva y renovadora, creando un clima de austeridad y de vida sobrenatural que iniciaba la tan ansiada Reforma sobre las bases seguras de la santificación personal.

Uno de los fundadores del Oratorio romano fue San Cayetano de Thiene, protonotario apostólico en la corte pontificia. Pronto comprendió el virtuoso prelado que las metas del Oratorio del Amor Divino debían ser rebasadas con un despliegue más general de fuerzas y una estrategia más acusadamente sacerdotal y apostólica. Para ello, en aquel mismo ambiente de fervor religioso, elaboró su plan genial de reforma católica, cifrado en la restauración de la forma de vida apostólica para la santificación del clero, a fin de que, restituido éste a su excelsa categoría de sal de la tierra y luz del mundo, fuera digno instrumento para lograr, a las órdenes del Papa, la ansiada renovación de la vida cristiana.

Con tan santos y ambiciosos proyectos fundaba Cayetano de Thiene en la basílica de San Pedro, el día de la exaltación de la Santa Cruz de 1524, la Orden de los Clérigos Regulares, llamados después «teatinos», en compañía de Juan Pedro Carafa, arzobispo de Brindis y obispo de Chieti, que había renunciado a las dos sedes; de Bonifacio de Coille y de Pablo Consiglieri. Sobre el mismo sepulcro de San Pedro, del centro de la iglesia santa, como escribió Pío XI, surgió, pues, el gran movimiento de la reforma católica encabezado por Cayetano y sus hijos, los cuales abrieron un nuevo capítulo en la historia del estado religioso al señalar rutas inéditas a la vida canónica sacerdotal y dar paso a las sucesivas Órdenes de clérigos regulares.

Este fermento renovador de la obra de San Cayetano penetró en las altas esferas eclesiásticas y transfundió su savia a los más delicados órganos del gobierno pastoral. Cuando el papa Paulo III decidió, por fin, convocar un concilio ecuménico que acometiera la reforma católica con garantías de éxito, no podía fiarse del ambiente frívolo que le rodeaba, so pena de repetir la triste experiencia de una legislación inoperante. Era de absoluta

necesidad crear un clima adecuado e instalar en la curia romana a los personajes más caracterizados por sus ardientes deseos de reforma para encargarles la preparación del concilio. Con tal motivo fueron llamados al Vaticano para recibir la púrpura cardenalicia las figuras más señeras del Oratorio del Amor Divino, y en primera línea el obispo de Chieti, Juan Pedro Carafa, el más ilustre compañero de San Cayetano y que más tarde fue Papa con el nombre de Paulo IV.

Cuando, reunido ya el concilio de Trento, los Padres acuñaban en sapientísimos cánones todo el vasto programa de reforma católica, las Órdenes de clérigos regulares ofrecían en numerosas e importantes facetas de la vida y del apostolado sacerdotales la norma justa y esplendente que había preparado e hizo fructificar la reforma tridentina. Una vez terminado el concilio debía comenzar la ingente y humanamente ingrata tarea de poner en marcha todo el colosal engranaje de la legislación reformadora, la cual, sin un nutrido cuadro de obispos celosos y competentísimos, podía quedar reducida a un mero código, ineficaz.

Uno de los mayores méritos que puede atribuirse a la obra de San Cayetano es el haber brindado a la sede apostólica una cantera de varones integérrimos que, elevados a las sillas episcopales, supieron infundir espíritu y vida a la legislación del Tridentino para implantar con firmeza y sabiduría en sus diócesis la auténtica reforma católica. Entre ellos destaca, con fulgores de santidad y exquisitas dotes de gobierno, el Beato Pablo Burali d'Arezzo.

En la población de Itri, situada cerca de la costa meridional de Italia, entre Fondi y Gaeta, nacía en 1511 el segundo de los cuatro hijos que concedió el cielo a los nobles esposos Pablo Burali de Arezzo y Victoria Olivers, siéndole impuesto en el bautismo el nombre de Escipión. La antigua familia de los Burali procedía de la ciudad toscana de Arezzo y se había distinguido por los meritorios servicios prestados a la monarquía en el reino de Nápoles. El padre de Escipión era gentilhombre del rey católico de España y diplomático al servicio de Clemente VII. Su madre, Victoria Olivers, pertenecía a la alta nobleza de Barcelona.

La infancia del gentil retoño de los Burali se caracterizó por precoces manifestaciones de una inteligencia despejada, ardien-

tes muestras de amor a Dios y generosos sentimientos de compasión y afecto hacia los pobres y desgraciados. En el año 1524, en que Cayetano de Thiene fundaba en Roma su Orden de clérigos regulares, la antigua universidad de Salerno abría sus puertas al joven Escipión, que en la flor de sus trece años emprendía la ruta de sus estudios literarios para ser más tarde gloria fulgente de la misma Orden.

Pocos años después fue Bolonia, la milenaria y docta ciudad de las cien torres, la que con el prestigio de su rancio abolengo cultural atrajo las miradas y el corazón del joven D'Arezzo. En su célebre universidad, que resplandecía como «antorcha del derecho», completó su formación intelectual y cursó con brillantez los estudios de derecho civil y canónico, desentrañando ágilmente los áridos latines del *Digesto,* del *Decreto* de Graciano y de las decretales de los pontífices, que eran los textos vigentes en aquel tiempo. En la grave teoría de sus togados profesores emerge la relevante figura de Hugo Buoncompagni, el futuro Papa reformador del calendario, del cual será Burali, al correr de los años, colega en el Sacro Colegio Cardenalicio. En una época en que no existía una clara línea divisoria entre las disciplinas sacras y profanas, el novel jurisconsulto fue investido a los veinticinco años con la birreta doctoral en ambos derechos, avalando su ciencia jurídica con una profunda formación en teología dogmática y moral.

El foro napolitano fue la palestra donde, por espacio de doce años, ejerció el flamante jurista su carrera de abogado. Sus excepcionales dotes de prudencia y sinceridad, su insobornable lealtad y su acrisolado amor a los pobres, le granjearon bien pronto las generales simpatías de los napolitanos, los cuales rindieron homenaje a su sabiduría y a su virtud al designarle con este mote asaz honorable y expresivo: «el doctor de la verdad».

En 1550 una fuerte crisis religiosa, acompañada de lacerantes escrúpulos, le obligó a dejar las ocupaciones del foro para retirarse a su amada soledad de Itri y buscar en el silencio y trato íntimo con Dios la ruta definitiva que diera paz y consuelo a su espíritu. A los dos años el virrey de Felipe II, don Pedro de Toledo, le llamó otra vez a Nápoles y le nombró consejero regio

y juez de lo criminal. Con repugnancia, y sólo por consejo de su director espiritual, aceptó Burali estos importantes cargos, que procuró servir con toda fidelidad y diligencia.

Pocos años antes, en 1547, había fallecido santamente, en la casa teatina de San Pablo el Mayor, Cayetano de Thiene. La bella Parténope, que había recibido con gozo el apostolado multiforme del fundador de los teatinos, postrada ahora ante su sepulcro, se nutría de su enjundiosa espiritualidad e imploraba su celestial protección. El padre Juan Marinonio, compañero e íntimo amigo de Cayetano, había recogido su herencia y presidía la Casa de San Pablo con la madurez de un magisterio lúcido en la dirección de los espíritus.

El jurisconsulto Burali frecuentaba la Casa de San Pablo y era hijo espiritual de Marinonio, lo mismo que otro abogado famoso, Andrés Avelino, que era ya sacerdote. Conquistados ambos por la espiritualidad teatina, suplicaron a su director y prepósito de la Casa su ingreso en la Orden, haciendo juntos el noviciado bajo la sabia dirección del mismo Marinonio. Exquisita amistad de tres almas excelsas, que se compenetraron tan intensamente hasta escalar las tres cumbres de la santidad y ser venerados en los altares. Más tarde un discípulo de Avelino, el padre Lorenzo Escúpoli, acuñará en uno de los más famosos libros de ascética, *El combate espiritual,* esa recia espiritualidad teatina que provocó el clima de la reforma católica y troqueló tan egregias figuras de santidad.

Al ingresar Burali, en 1557, en la Orden de clérigos regulares cambió su nombre de Escipión por el de Pablo, cuyo amor a Cristo deseaba imitar. La humildad y el desprecio absoluto de los bienes terrenos son notas básicas de la espiritualidad teatina. Por ello, al solicitar a sus cuarenta y seis años su entrada en la Orden, pidió ser admitido en calidad de hermano coadjutor, porque se reputaba indigno del ministerio sacerdotal. Marinonio no sólo no accedió a sus deseos, sino que, antes de terminar el noviciado, le mandó recibir las órdenes menores y el subdiaconado. En la festividad de la Purificación de María de 1558 emitió el antiguo consejero regio su profesión religiosa, y pocos meses después fue ordenado diácono y presbítero, celebrando su primera misa el domingo de Pascua de Resurrección.

Entonces comenzó la lucha entre la humildad del padre Burali, que desplegaba toda su sagacidad para esquivar honores y dignidades, y la providencia del Señor, que se complacía en elevarlo a los más altos cargos para que fuera uno de los mejores adalides de la reforma católica. Venció el brazo de Dios, que quiso hacer cosas grandes en su siervo. Pero éste exclamará humildemente a lo largo de su vida, con los ojos arrasados en lágrimas: «Dios le perdone al padre Juan, que quiso que yo me ordenase sacerdote».

El capítulo general le nombró en 1560 prepósito de la Casa de San Pablo, y poco después Felipe II le ofreció el obispado de Cortona y el arzobispado de Brindis. El padre Burali los rehusó muy de corazón, no sin haber recibido un aviso del papa Pío IV, que le decía: «Te ruego aceptes estos cargos, que podrán ser gravosos para ti, pero serán provechosos para las almas».

En 1565, temerosos los napolitanos de que Felipe II implantara en el reino la Inquisición española, decidieron enviar a Madrid una embajada prestigiosa que disuadiera al monarca de tal propósito. La ciudad escogió al padre Burali para llevar a término tan delicada misión diplomática. La elección fue vista con muy buenos ojos por el virrey don Perafán de Ribera, duque de Alcalá, y por la misma Santa Sede. Burali se resistía con todas sus fuerzas. Carlos Borromeo, secretario de Estado de Pío IV, tuvo que escribirle varias cartas en nombre del Papa y, por fin, un mandato formal para que aceptara la embajada.

El padre Burali fue acogido en Madrid con singulares muestras de consideración y de afecto. Felipe II le recibió con toda deferencia, escuchó atento el mensaje de la ciudad y prometió estudiarlo con cariño, queriendo que el embajador napolitano celebrara la misa en su presencia en la capilla del real alcázar. Con motivo de las fiestas de Navidad se ausentó el monarca de la capital, esquivando dar en un asunto tan vidrioso como el de la Inquisición una respuesta categórica. Burali se mantuvo impertérrito en la corte, fiel a su legacía. Después de varios meses de ausencia regresó Felipe II a Madrid y accedió, en parte, a los deseos de los napolitanos, a los cuales prometió en breve una visita. Conmovida la ciudad, tributó a su embajador un recibimiento triunfal, que revistió caracteres de fervoroso plebiscito.

Nombrado en abril de 1567 prepósito de la Casa de San Silvestre, de Roma, el padre Burali pasó a residir en la Ciudad Eterna. El papa San Pío V desplegaba una enérgica actividad apostólica para convertir en sustancia y vida de la Iglesia los decretos reformadores del concilio de Trento. San Carlos Borromeo, cardenal arzobispo de Milán, implantaba en su sede la reforma con celo enardecido. La vecina diócesis de Plasencia vegetaba en franca decadencia religiosa. El padre Burali fue preconizado obispo de la misma en el consistorio de julio de 1568. Esta vez su humildad no pudo hallar escapatoria. Obligado por el Papa, recibió la consagración episcopal el 1 de agosto siguiente en la propia iglesia de San Silvestre, de manos del cardenal de Pisa, monseñor Escipión Rebiba, haciendo su entrada solemne en la diócesis el 29 de septiembre.

El celo pastoral del prelado, unido al talento y sentido humano del antiguo jurista, transformaron en plazo breve la diócesis placentina, promulgando en ella la legislación del Tridentino. Animado por el espíritu litúrgico de la Orden, restauró la catedral y veló por el esplendor del culto divino, asistiendo cada domingo a la misa mayor y a las vísperas. Llamó a los teatinos, capuchinos y somascos para que fundaran en la diócesis. Pero centró toda su actividad apostólica en tres empresas importantísimas, pilares básicos de la reforma católica: la visita pastoral, que realizó meticulosamente varias veces; el sínodo diocesano, que celebró dos veces, y la fundación del seminario, uno de los primeros de Italia, y cuyo primer director espiritual fue San Andrés Avelino, el cual se multiplicaba para complacer a sus dos amigos Burali y Borromeo.

En el consistorio del 27 de mayo de 1570, San Pío V creó al obispo de Plasencia cardenal presbítero del título de Santa Pudenciana. Otra gran «tribulación» para el obispo teatino —así calificaba él a los honores—, al cual no quedó más remedio que ir a Roma para recibir el capelo de manos de Su Santidad. Al retornar a su diócesis, toda Plasencia saltó de júbilo y dispensó al que llamaba «el obispo santo» un recibimiento apoteósico.

Mas los cantos de alegría se trocaron en lágrimas de dolor al ser promovido en 1576 a la sede arzobispal de Nápoles. Durante ocho años había laborado incansable en la diócesis placenti-

na, en amigable colaboración con San Carlos Borromeo, asistiendo al III Concilio provincial de Milán que éste convocó. Reunido en 1572 el cónclave que debía dar sucesor a San Pío V, los votos de los purpurados se polarizaron en torno a dos grandes figuras del sacro colegio: Hugo Buoncompagni y Pablo Burali. Elevado aquél al solio de San Pedro con el nombre de Gregorio XIII, quiso recompensar el celo reformador de su antiguo alumno de Bolonia enviándole a la sede de San Jenaro.

En Nápoles desplegó el cardenal Burali el mismo celo apostólico y renovador. Pero a los dos años escasos, macerado por las mortificaciones y agobiado por los achaques, la fractura de una pierna le llevó al sepulcro. Devotísimo siempre de la Santísima Virgen, había hecho edificar un templo en su honor y visitaba con fervor sus imágenes más veneradas. Con frecuencia se le veía con el rosario en la mano y cada noche lo rezaba con sus familiares. Postrado ahora en el lecho del dolor, recibidos con ejemplar piedad los Santos Sacramentos, hizo colocar junto a su cama una imagen de María y, fijando en ella su mirada de hijo amantísimo, expiró santamente en el ósculo del Señor el día 16 de junio de 1578, a los sesenta y siete años de edad.

El papa Clemente XIV, el día 18 de junio de 1772, procedió a la beatificación de este hijo insigne de San Cayetano, que por su extraordinario celo en favor de la reforma católica mereció el título de «obispo ideal del renacimiento tridentino».

PEDRO ANTONIO RULLÁN FERRER, CR

Bibliografía

BAGATTA, G. B., CR, *Vita del venerable servo di Dio Paolo Burali d'Arezzo della religione de Chierici Regolari* (Verona 1698).

BONAGLIA, J. B., CR, *Vita del Beato Paolo Burali d'Arezzo, Chierico Regolare* (Turín 1772)

VERGARA, C., *Vida del venerable siervo de Dios Paolo Burali d'Arezzo* (Madrid 1772).

MOLINARI, P., «Il card. teatino Beato Paolo Burali e la riforma tridentina a Piacenza»: *Analecta Gregoriana* (1957).

• Actualización:

LINARI, C., *Il Beato Paolo Burali d'Arezzo, C.R. (teatino), vescovo di Piacenza, arcivescovo di Napoli, cardinale del titolo di S. Prudenziana. Cenni biografici nel 4 centenario della morte (1578-1978)* (Vicenza 1978).

PONTIERI, E., *Un arcivescovo riformatori nella Napoli post-tridentina: il cardinale Paolo Burali d'Arezzo* (Nápoles 1971).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN HIPACIO
Hegúmeno († 446)

Parece que era natural de Frigia e hijo de un letrado que quería que su hijo siguiera sus pasos y por ello no veía con agrado la inclinación del muchacho a la vida monástica. Hipacio terminó por huir de su casa y luego de haber trabajado como pastor en Tracia se unió a un asceta, Jonás, con el que fundó un monasterio que empezaba a ser floreciente cuando lo destruyeron los hunos en una de sus correrías.

Entonces se fue con Jonás a Constantinopla a pedir limosnas para la región devastada por los bárbaros y aquí encontró a su padre, con el que hizo las paces. Mientras Jonás se quedaba en Constantinopla, Hipacio pasó el Bósforo y se hizo cargo del monasterio llamado de los rufinianos —por el nombre de su fundador— en el sitio conocido como La Encina, en un suburbio de Calcedonia, y donde se tuvo un célebre sínodo contra San Juan Crisóstomo. Retirados de él los monjes en 393, el monasterio se hallaba en ruinas. Superando dificultades Hipacio lo reconstruyó y ayudado de dos compañeros, Timoteo y Mosquión, logró una numerosa comunidad en el monasterio y se acreditó como hegúmeno del mismo, recibiendo la visita de personas de la casa imperial y aun del propio emperador Teodosio II. Comenzó a tener fama de santo y a atribuírsele muchos milagros. Fue un campeón de la ortodoxia frente al nestorianismo. Se opuso a la restauración de los juegos olímpicos porque los veía como un resurgir del paganismo. Murió el año 446, el 17 de junio según los menologios.

SAN RAINERIO DE PISA
Penitente († 1160)

San Rainerio es el patrón de Pisa y su tumba se halla en la bella catedral de la ciudad. Su nombre era Rainerio (o Raniero) Scaccieri, hijo de una acomodada familia pisana. En su juventud

fue frívolo y disipado, pero un familiar suyo, preocupado por él, lo puso en contacto con Alberto Leccapecore, religioso del monasterio de San Vito, con fama de santo, el cual supo infundirle el deseo eficaz de vivir una vida de estrecha unión con Dios. Hizo una peregrinación a los Santos Lugares, donde tuvo notables experiencias místicas y de donde regresó al cabo de años, vistiendo una túnica basta y dedicado por completo a su santificación. Vuelto a Pisa y recibido por toda la ciudad con gran respeto y veneración, vivió, sucesivamente, en la abadía de San Andrés y en la de San Vito, pero sin emitir nunca los votos religiosos ni recibir las sagradas órdenes.

Se sentía llamado a hacer apostolado entre sus conciudadanos, y por ello hablaba muchas veces en público, predicando las verdades eternas y señalando a todos el camino del evangelio. La gente, que le escuchaba con gran interés, le atribuyó numerosos milagros. Murió el 17 de junio de 1160, y parece que lo canonizó el papa Alejandro III.

BEATO FELIPE PAPON

Presbítero y mártir († 1794)

Felipe Papon nació en Saint-Pourçain, en el Allier, el 5 de octubre de 1744, hijo de un boticario. Parece que hizo sus estudios en Moulins y consta que ya en 1763 había recibido la tonsura. Se ordena sacerdote en 1768 y tiene como destino ser vicario en la parroquia de Contigny, a donde llega en junio de 1769.

En 1772, a la muerte del párroco de Contigny, es designado para sucederle y en los años siguientes él cumple con regularidad y honestidad sus funciones como pastor de esta comunidad cristiana. En 1790 era, además de párroco, alcalde de la población. Y se ve en la difícil circunstancia de tener que prestar el juramento de aceptación de la constitución civil del clero. Lo prestó el 30 de enero de 1791 pero con restricción, lo que le desagradó al directorio del distrito, por lo que hubo de repetir el juramento el día 27 de febrero siguiente, igualmente con una restricción, pero esta vez el directorio no dijo nada, y por ello su nombre apareció en la lista de sacerdotes juramentados del día

2 de marzo. A partir de este momento él estuvo dividido entre su deseo de permanecer fiel a la Iglesia, por un lado, y su deseo de no ser alejado de sus feligreses, por otro. El 8 de mayo él expuso esta perplejidad a los feligreses y su sermón causó un gran revuelo, que provocó una investigación abierta por el directorio. Se llevó a cabo el día 19 de mayo y al siguiente día se decretó que estaba cesante de su cargo de párroco, llegando un sustituto el día 22. Con lágrimas en los ojos hubo de dejar su parroquia, pero prometió que la Pascua del año siguiente la celebraría con sus fieles.

Se quedó en el pueblo, lo que no podía menos que resultar peligroso. Le escribió al legítimo obispo de Clermont, mons. De Bonnal, explicándole el sentido de su juramento (20 de enero de 1793). Le mandan en febrero una carta pastoral sobre la Cuaresma y él no duda en repartirla entre sus cercanos. Como era de esperar, el 16 de marzo, el directorio de Moulins toma una determinación contra él y el directorio del departamento la confirma. El 12 de abril comparece ante el juez Pélassy, del tribunal de Moulins, y como resultado del interrogatorio se le dice que sus juramentos con restricciones no pueden ser aceptados y se le declara no juramentado o renuente. El 17 de mayo comparece ante el tribunal de lo criminal del Allier y se le imputa haber perturbado el orden público con propósitos fanáticos y sediciosos al haber distribuido una publicación de estas características. El juez lo condena a una corrección y a un año de arresto. En carta a las autoridades afirmó que él deseaba ser fiel tanto a la patria como a la Iglesia pero que le ponían en condiciones muy difíciles de compatibilizar ambos amores.

Como igualmente se niega al juramento de libertad-igualdad, es condenado a la deportación y se le envía a Rochefort, constando que estaba ya a bordo del Borée el día 13 de abril de 1794, de donde pasa al Deux Associés. Aquí enferma prontamente y muere el 17 de junio de aquel año, siendo enterrado en la isla de Aix. Había logrado llevar consigo hostias consagradas, que fueron de gran consuelo entre los detenidos. Cuando se vio muy enfermo se las dio a los sacerdotes que hacían de enfermeros. Pudo así, pese a las pesquisas que se hicieron para quitarles a los sacerdotes todo objeto religioso, conservar tan gran te-

soro y poder recibir al Señor antes de morir, y lo había dado con gran celo a otros moribundos. Lo beatificó el papa Juan Pablo II el 1 de octubre de 1995.

SAN PEDRO DA
Mártir († 1862)

Pedro Da era del mismo pueblo, Ngoc-Cuc, que los cinco mártires vietnamitas de ayer, y fue detenido con ellos el mes de diciembre de 1861. Pero no acompañó a sus correligionarios al mismo punto de destierro sino que se le envió a Quang-Linh y aquí fue encerrado en la cárcel. Él no era un rico terrateniente como los otros cinco mártires, sino un modesto carpintero que, además, colaboraba con la Iglesia siendo el sacristán de la iglesita del pueblo. Luego de unos meses en la cárcel fue decapitado el 17 de junio de 1862. Lo canonizó el papa Juan Pablo II el 19 de junio de 1988.

18 de junio

A) MARTIROLOGIO

1. En Roma, en el cementerio de Balbina de la Via Ardeatina, los santos Marcos y Marceliano († 287), mártires.
2. En Trípoli (Fenicia), San Leoncio († s. IV), soldado y mártir.
3. En África, los santos Ciriaco y Paula († s. IV), mártires *.
4. En Burdeos (Aquitania), San Amando († s. V), obispo *.
5. En Sicilia, San Calogero († s. V), ermitaño *.
6. En Schönau (Renania), Santa Isabel († 1165), virgen, abadesa benedictina **.
7. En Mantua (Lombardía), Beata Hosanna Andreasi († 1505), virgen, terciaria dominica **.
8. En Padua (Véneto), San Gregorio Barbarigo († 1697), obispo y cardenal **.

B) Biografías extensas

SANTA ISABEL DE SCHÖNAU
Virgen y abadesa († 1165)

Cuando afrontamos la vida de Isabel de Schönau, abordamos simultáneamente uno de los fenómenos más peculiares de la vida religiosa: la vida mística en su vertiente visionaria. Sin duda, ha sido la Edad Media uno de los momentos en los que más intensamente se ha vivido este fenómeno. Prueba de ello son Isabel de Schönau y su contemporánea, Hildegarda de Bingen, natural también de las mismas tierras. Ambas, magníficos exponentes de lo que habría de ser una zona fecunda en lo que a la mística se refiere: las comarcas bañadas por el curso medio del Rin.

Conviene preguntarse al introducir una figura como Isabel de Schönau el porqué de esa abundancia de visiones místicas en la Edad Media. Un estudioso de este fenómeno señala que esta época de la historia de occidente se encuentra, más que ninguna otra, invadida por el pensamiento en la vida que se encuentra después de la muerte. De ese modo, para la gente de aquel momento, sólo teniendo en consideración lo que sucede en el lado de allá, puede cobrar sentido lo que acaece en este lado de acá. Sólo en la hora de la muerte y del Juicio Final se tocan ambos mundos. A través de las visiones se le concede la posibilidad al hombre de tener, todavía desde este lado de acá, una mirada hacia lo que pueda ser la vida del otro lado.

Los monasterios del curso medio del Rin se encontraban fuertemente influidos por la mística de Bernardo de Claraval, que junto a la enseñanza de la escuela de San Víctor de París facilitó que la mística de Dionisio el Areopagita encontrara en estos claustros un lugar apto para su florecimiento. Y es en este marco, místico a la vez que escatológico, en el que se inscriben las visiones de Isabel de Schönau. Mientras que la mística de su contemporánea Hildegarda llega a unas cumbres solitarias que la sitúan fuera de su contexto histórico, por el contrario Isabel es un reflejo del estado de la experiencia espiritual de su época.

Una leyenda posterior habla de su origen en una casa sencilla y pobre, pero la verdad es que procede con toda seguridad de una familia nobiliaria renana que no carecía de importancia. Si bien de la familia paterna no tenemos demasiados datos, su procedencia materna es más clara. Entre otros, se conoce un tío abuelo del lado materno, el obispo Egberto de Münster (muerto el 9 de enero de 1132), íntimo consejero del emperador Lotario. Este pariente, que, como obispo, ardió en un piadoso celo, fue además predicador famoso, activo reformador monástico y estuvo siempre preocupado por la mejora de las costumbres del clero, todo lo cual hace pensar en los rasgos de la obra y de la manera de ser de Isabel.

Isabel nació en una familia numerosa, de la que se conoce sólo el nombre y la dedicación a la vida religiosa de dos de sus hermanos. El más querido por ella, que más tarde sería su más íntimo consejero espiritual, Egberto (1130-1184), fue canónigo de San Casio y San Florencio (hoy, Münster) de Bonn, una de las iglesias más relevantes de la diócesis de Colonia. En respuesta a los ruegos insistentes de su hermana, de aquí pasaría en 1155 a ser monje en Schönau.

Isabel, por su parte, que había nacido en 1129, siguiendo las costumbres de su época, fue encomendada a los doce años de edad (en 1141 o 1142) al monasterio de Schönau, monasterio benedictino dúplice fundado en 1117 por el Conde Tuto de Laurenburg como Priorato del conocido monasterio de Todos los Santos de Schaffhausen. En 1126 se convirtió en Abadía independiente. Parece que muy pronto surgió la comunidad de monjas no lejos del monasterio de los monjes, de cuyo abad dependía, pero que estaba guiada por una propia *magistra* (maestra).

En el año 1147 tuvo lugar la vestición monástica de la joven Isabel a sus dieciocho años. Desde la niñez había padecido enfermedades que la habrían de acompañar a lo largo de su vida. De los primeros cinco años de vida conventual no tenemos ningún dato relevante, pero muy pronto se vio afligida con diversas enfermedades, ansiedad y depresiones.

En medio de incesantes mortificaciones, a cada nuevo sufrimiento que el Señor disponía para ella, añadía ella, por su parte,

voluntariamente, el sacrificio de otras tribulaciones, como la cadena que permanentemente llevaba debajo de su áspero vestido, o la increíble frugalidad de sus comidas.

En el año 1152, en torno a Pentecostés, cayó Isabel en una depresión muy profunda. Rechaza todo tipo de alimentación, experimenta simultáneamente un intenso miedo al pecado y dudas en la fe, todo lo cual hace que se le presente como única salida el suicidio. Finalmente, después de diez días, la crisis se resuelve en una serie de éxtasis visionarios que serían recurrentes desde este momento hasta su muerte.

Desde el principio se diferencian el carácter extático de las visiones de Isabel de las historias relatadas por Santa Hildegarda. Esta última recibió la gracia de la visión profética desde la niñez. Según ella misma, sus ojos estaban abiertos, no la asaltaba ningún tipo de éxtasis, sino que veía día y noche, despierta y no durmiendo.

En Isabel nada sugiere que hubiera tal tipo de dones innatos. Con los éxtasis anteriormente descritos comienza repentinamente su vida visionaria a los 23 años de edad, acompañada desde el principio por serias molestias físicas, como fuertes dolores en los miembros, opresión del corazón, estado de angustia, convulsiones y parálisis. A menudo quedaba inconsciente, quedando como muerta. A continuación pronunciaba palabras tomadas de la Biblia, algunas veces en latín y otras en alemán. Según Egberto, Isabel nunca había recibido de nadie ningún tipo de instrucción en el latín hablado o escrito, aunque seguramente podía entender algo por el uso diario el Salterio y la Escritura.

A menudo le asaltaron a Isabel los éxtasis durante la celebración de la liturgia, en el momento en el que es más intenso el recogimiento y devoción de los fieles. Con frecuencia entró en éxtasis durante la celebración del oficio matutino por la mañana temprano, en estado de ayunas, perdiendo a continuación la conciencia.

Entre los años 1152 y 1155 se desarrolla progresivamente su vida visionaria. Tras la depresión del año 1152, se le acerca el *tentador* bajo diversas formas, siendo consolada por una aparición de la Madre de Dios. Lentamente se hacen las visiones más

frecuentes, estando su contenido en estrecha relación con la fiesta del santo recurrente en el calendario. Posteriormente se introducirán diálogos con las apariciones que se prolongarán a lo largo de diversas visiones. Isabel tiene también un trato frecuente con la Sagrada Escritura, en particular de los Salmos y el Apocalipsis, lo que encuentra en sus visiones un lugar privilegiado. Junto a los acontecimientos bíblicos, se representa dramáticamente en su visión interior la pasión de Cristo.

El lugar que ocupa Isabel en la historia de la mística se sitúa entre el temor de Hildegarda y el fervor de los místicos posteriores. Así, por ejemplo, en Isabel, María es Reina del cielo, mientras que el Niño Jesús aparece como el sublime Redentor, no como un niño encantador, como lo sería en la devoción posterior.

Tras estas primeras visiones, la entrada en 1155 de su hermano Egberto como monje en Schönau supone para Isabel un corte decisivo en su vida. Con la llegada de éste, que gobernaría el monasterio como abad tras Hildelin hasta su muerte en 1184, empieza a experimentar Isabel el consuelo y una gran paz. En consecuencia, éste habría de ejercer un gran influjo sobre Isabel, siendo él el que nos ha transmitido la obra de su hermana, plagada, sin duda, de rasgos femeninos que la hacen indudablemente auténtica. Lo que el abad Hildelin anteriormente había hecho aisladamente en alguna ocasión, se convertirá en una costumbre en el caso de Egberto. Invita a que su hermana consulte sobre aspectos de sus visiones que son dudosos o contradictorios con la teología de su época, convirtiéndose así en el verdadero espíritu que guía el tema unificador de diversas visiones. Su fama como vidente, a partir de este momento, se extiende más allá de los estrechos muros de Schönau gracias a Egberto.

La fertilidad visionaria de Isabel alcanza su punto más alto justo después de la entrada de Egberto en Schönau. Así, de esta época (1156-1157) proceden los grandes ciclos de visiones *Liber viarum Dei, Liber revelationum de sacro exercitu virginum Coloniensium,* así como la mayor parte del pequeño ciclo *De resurrectione beatae Mariae virginis.* El *Liber viarum Dei,* tanto por el título como por el contenido, es una imitación del libro de Ildegarda, *Scivias* (de

1151). Como Ildegarda, Isabel ve una alta montaña, sobre cuya cima hay una figura divina fulgurante. Su rostro brilla como el sol, sus ojos, como las estrellas, y de la boca sale una espada de doble filo. En la mano derecha tiene una llave y en la izquierda un cetro real. Diez caminos ascienden a lo alto del monte. Representan los diversos estados de los cristianos: los contemplativos, los activos, los mártires, los casados, los continentes, los superiores eclesiásticos, los viudos, los eremitas, los jóvenes y los niños inocentes. Prosigue con diez advertencias en forma de sermón dirigidas a cada uno de estos estados.

Como el libro *Scivias,* el *Liber viarum* es una llamada a la penitencia, una invitación a mejorar las costumbres morales de su época en cualquiera de los estados religiosos del cristiano.

Incluso después de hacerse conocida, la vida de Isabel apenas cambió en nada en su comportamiento exterior. En el año 1157, tras la muerte de la primera «maestra» de la comunidad de monjas de Schönau, fue elegida Isabel como su sucesora, cargo que sólo pudo ejercer pocos años. La extrema ascesis, sus continuos padecimientos y los éxtasis hicieron que su cuerpo débil perdiera progresivamente las fuerzas. Dos días después de la Solemnidad de Pentecostés del año 1164 o 1165 (los testimonios sobre el año de su fallecimiento son contradictorios) enfermó gravemente. Durante esta enfermedad, que duró tres semanas, padeció dolores inaguantables, además de una fuerte tos que le impedía la alimentación normal e incluso el recibir la Sagrada Eucaristía. Alternaron momentos de éxtasis con momentos de total claridad espiritual.

En los últimos momentos de su vida se muestra preparada para la muerte. Declara entonces, en sus últimos momentos, que el don recibido, no lo ha sido para su beneficio, sino por misericordia del Señor, haciendo de esta manera cosas maravillosas en ella y en su tiempo. El 18 de junio se hizo más difícil su respiración, no pudiendo hablar más. Finalmente se durmió tranquilamente entre las oraciones de los monjes y de las monjas de su comunidad, siendo enterrada junto al altar de la iglesia conventual.

Después de la muerte de su hermana, Egberto proclamaría que a través de ella el cielo se abría para la tierra, por medio de

su voz, fluían los misterios de Dios escondidos desde la eternidad. Por su medio, hablaban los ángeles con los hombres y el Altísimo, Príncipe del Cielo, por su mediación, era condescendiente y amigo de los hombres. Es quizá ésta la mejor síntesis de la impresión que causó Isabel en sus contemporáneos. Para ellos, mediante las visiones extáticas de Isabel, Dios mismo estaba presente en la tierra. Es ésta, sin duda, la vocación a la que también está llamado todo cristiano: hacer real la presencia de Dios de manera profética en medio de los hombres.

JUAN JAVIER FLORES ARCAS, OSB

Bibliografía

CLARK, A. L., *Elisabeth of Schonau. A twelfth-century visionary* (Filadelfia 1992).

KOSTER, K., «Elisabeth von Schonau (1129 bis 1165)», en *Nassauische Lebensbilder,* III (Wiesbaden 1948) 35-59

— «Elisabeth von Schonau. Werk und Wirkung im Spiegel der mittelalterlichen handschriftlichen Uberlieferung». *Archiv fur mittelrheinische Kirchengeschichte* 3 (1951) 243-315.

PRAMONSTRATENSER-CHORHERRENSTIFT TEPI IN KLOSTER SCHONAU (ed.), *Schonauer Elisabeth Jubilaum 1965. Festschrift anlaßlich des 800 jahrigen Todestages der heiligen Elisabeth von Schonau* (Schonau 1965); cf. *Analecta Praemonstratensia* 42 (1966)

BEATA HOSANNA ANDREASI

Virgen seglar († 1505)

Hosanna Andreasi, vinculada por parte materna a la nobleza de los Gonzaga, ha quedado para la iconografía, por obra de algunos pinceles de cámara, vestida con el hábito blanco y negro de la Orden Tercera de la Penitencia de Santo Domingo. Su vida, relacionada estrechamente con la historia política y religiosa del estado de Mantua, recuerda en cierto modo algunas intervenciones de Santa Catalina de Siena. Existen, al menos, tres retratos suyos: uno pintado por el renacentista Francisco Bonsignori que se conserva en el Palacio de Mantua, donde aparece la beata con los signos de la Pasión de Cristo pisándole la cabeza a un diablo, otro de Andrés Mantegna conservado en la *Camera degli sponsi* del mismo palacio, en el que está la familia Gonzaga al completo, y el tercero representa a la beata orando en la

parte inferior de una Asunción, obra de su familiar Hipólito Andreasi, que preside el retablo de una iglesia en Carbonara de Po.

Cerca de Carbonara, en Carbonarola, a orillas del río Po, provincia de Mantua (Italia), nació el 17 de enero de 1449 Hosanna Andreasi, hija primogénita de Nicolás Andreasi y de Inés Mazzoni, que muy pronto tuvo que hacerse cargo de la protección y educación de sus muchos hermanos al quedarse huérfanos. A los quince años contrarió los deseos y planes de sus padres que la querían ver casada, pues ella, siguiendo su inclinación a la vida ascética, decidió hacerse terciaria y vestir el hábito penitencial de las dominicas seglares que ya no abandonaría hasta su muerte.

Los quehaceres domésticos y el cuidado de sus hermanos dieron buena cuenta de una mujer hacendosa y responsable, valores que unidos a su preocupación por adquirir un nivel cultural que se les hurtaba a las mujeres, la movieron a poner todo su empeño, aptitudes e irrefrenable deseo en conocer la Sagrada Escritura y los Santos Padres. Ya de niña había manifestado en casa querer asistir a un centro humanístico de Mantua, exigencia que al padre sólo le parecía extravagante, y eso que Hosanna en la escuela daba muestras de gran aprovechamiento.

Su hábito dominicano fue siempre el recordatorio de una piedad ejemplar, de ese largo noviciado que le permitió el cultivo y crecimiento de su vida interior, una intensa experiencia ascética y mística, pero también el ejercicio de la caridad con los pobres y el consejo sabio y prudente a los gobernantes. Hizo posible la armonización entre vida contemplativa y vida activa, pudo vivir con los ojos abiertos a la realidad social y política mantuana, y al mismo tiempo transitar por el camino de la perfección y foguearse en una unión con Dios manifestada con verdadero privilegio.

Tenía Hosanna Andreasi una personalidad carismática muy apreciada por sus conciudadanos, que acudían a ella para exponerle sus problemas y para solicitar consejo y consuelo. Sus bienes, y también su influencia para conseguirlos en las instancias políticas y sociales pudientes, los puso a disposición de los más necesitados, huérfanos y viudas, chicas sin dote y encarcelados.

Y se fijó sobre todo en ella, en sus cualidades y en la calidad de su servicio la familia de los Gonzaga, que gobernaba Mantua, con la que Hosanna Andreasi estaba emparentada, de tal modo que llegó a ostentar una cierta responsabilidad en la gobernación de la vida política durante algunos períodos particularmente graves.

Así, en 1478, cuando Federico I se ausentó por motivos de guerra para defender la confederación de Mantua, Ferrara y Milán contra Nápoles y Roma, le pidió a Hosanna que cuidase de su mujer Margarita de Baviera —murió en 1479— y de sus hijos, y que asumiese la regencia del ducado de Mantua, cometido que desempeñó con gran humildad y competencia. Se lo planteó como una obligación moral antes que política y lo ejerció sin entrar en los juegos de poder ni en los intereses mundanos. Las relaciones con la nobleza continuaron y se intensificaron años más tarde en tiempos del sucesor Francisco II, de quien también fue consejero, y de su esposa Isabel d'Este, a la que asesoró en el gobierno cuando su consorte marchó a Francia en 1498 para apoyar a Luis XII. Ambos la consideraron como su guía espiritual, y a las oraciones de Andreasi atribuyeron el logro tardío de un heredero, Federico II, nacido en 1500, y llamado por este motivo «hijito de oración».

La vida de la Beata Hosanna está llena de predilecciones místicas y de sucesos extraordinarios que trascendieron a todos los estratos sociales de la ciudad de Mantua. Cundió entre la gente su austeridad de vida, la práctica de la penitencia mortificando su cuerpo con ayunos y su devoción a la Pasión de Cristo, hasta tal punto que en 1477 experimentó en su propia carne la señal de los estigmas —sin herida, como simple inflamación— y fue recompensada por el don de los esponsales místicos. Su itinerario espiritual lo cuenta ella misma en sus cartas —escribió un centenar— y en su *Libello,* memoria autobiográfica incluida en la vida de la beata publicada por Jerónimo Scolari, monje olivetano, que la conoció personalmente y se enteró de primera mano de sus vivencias interiores. Esta biografía de Hosanna Andreasi, editada en 1507, y la que apareció dos años antes, a raíz de su muerte, escrita por el dominico Francisco Silvestri de Ferrara, ofrecen un testimonio vivo y apasionado, muy

entretejido con sucesos milagrosos atribuidos a la beata, y son expresión fiel de cómo esta mujer extraordinaria fue apreciada por sus contemporáneos y venerada como una santa.

En el epistolario de Hosanna de Mantua están descritos los momentos más intensos de su experiencia mística, sus arrobamientos y el gozo de su unión con Dios, al que invoca como «luz perpetua que trasciende a todas las luces creadas» y a quien pide la purificación de los secretos de su corazón. El deseo de su encuentro definitivo con Dios lo expresa con estas palabras: «¿Cuándo llegará el dichoso y ansiado momento en que me sacie con tu presencia?», pero mientras vive las imperfecciones de este mundo le ruega por la paz: «Tú que dominas el poderío del mar y amansas el furor del viento en las montañas, ayúdame, convence a los que declaran las guerras, atráelos a la virtud, muestra, te ruego, tus grandes hazañas, y sea glorificada tu diestra, para que en mí no quepa otra esperanza que no seas tú, Señor Dios mío».

Hosanna Andreasi murió como una santa en Mantua, el 18 de junio de 1505, acompañada por el afecto de su familia, de los Gonzaga y de todos los mantuanos. Y por bienaventurada la honró el pueblo en un funeral multitudinario y emotivo. Su cuerpo fue enterrado en una capilla de la iglesia de Santo Domingo que enseguida se llenó de exvotos, pero desde 1813 sus restos se veneran en la catedral de Mantua. Si ya en vida la gente la tenía por santa debido a sus estigmas, a su don profético y a la atribución de extraordinarios prodigios y curaciones, después de su muerte no hizo sino aumentar su fama de santidad, de tal manera que el papa León X autorizó su culto público para la diócesis de Mantua por medio de un Breve pontificio, el 6 de enero de 1515, confirmado por Inocencio XII con una Bula, el 27 de noviembre de 1694, que fue aplicada tres meses más tarde en la orden dominicana.

Hosanna Andreasi ha quedado en la memoria de los mantuanos, que la consideran desde entonces protectora de la ciudad, como una mujer entregada al ejercicio de la caridad, una «madre de pobres y consejera de príncipes», lúcida en el juicio histórico sobre aquellos momentos azarosos de la vida de Italia y de la Iglesia. Este carisma de discernimiento lo compartía con

una intensa vivencia de la pasion de Cristo, centro de su meditacion y de su espiritualidad

JOSE ANTONIO CARRO CELADA

Bibliografía

Art en *Enciclopedia catolica* I *A Arn* (Ciudad del Vaticano 1948) col 1207
BAGOLINI, G FERRETI, F , *La Beata Osanna Andreasi da Mantova* (Florencia 1905)
«Beata Hosanna Andreasi», en J L REPETTO BETES, *Mil años de santidad seglar* (Madrid 2002) 104-105
FERRARA, F S DE, *Beatae Osannae Mantuanae de tertio Ord Fratrum praedicatorum vita* (Milan 1505)
GANAY, H C DE, *Les bienheureuses dominicaines* (Paris 1924)
MAGNAGUTI, A , *La Beata Osanna degli Andreasi* (Padua 1949)
MORABITO, G , Art en *Bibliotheca sanctorum* I *A Ans* (Roma 1961) cols 1170 1174
SCOLARI, G , *Libretto de la vita et transito de la beata Osanna da Mantua* (Mantua 1507)

SAN GREGORIO BARBARIGO

Obispo y cardenal († 1697)

Gregorio Juan Gaspar Barbarigo nació en Venecia el 16 de septiembre de 1625, primogénito de cuatro hijos del matrimonio de Juan Francisco Barbarigo y Lucrecia Lion. Era tradición heredada en la familia de los Barbarigo que la educación religiosa y moral la impartiese personalmente el padre a sus hijos En este caso fue imprescindible, además, porque Gregorio quedó huérfano de madre a sus seis años Su padre era un hombre de profunda fe, hasta el punto de que rezaba diariamente el oficio de la Santísima Virgen María. Vivió hasta 1687 y siempre representó para su Gregorio un verdadero amigo y consejero, a quien podía confiarse verbalmente o en las incontables cartas que le escribía

Hizo su primera confesión a los siete años y a los diez la primera comunión. Comulgaba con la mayor frecuencia entonces posible, cada domingo, y esa fidelidad era verdadera muestra no solo de su piedad sino también de su responsabilidad en todo y la formación que ya recibía. Así como para el aprendizaje del latín y del griego, de la música y de la esgrima tenía otros profesores, de la enseñanza de la filosofía y de las matemáticas quiso

encargarse directamente su propio padre. A los 18 años fue uno de los primeros miembros de la Academia fundada en Venecia para formar capitanes de tierra y de marina, pero tuvo que abandonarla poco después, ya que el 11 de agosto de 1643 partió, con su primo Pedro Duodo, para Münster como secretarios de Alviso Catarini, embajador de la república veneciana en el congreso de paz de Westfalia.

Un día, en Colonia, el nuncio papal Fabio Chigi lo vio recitar el oficio de la Virgen María. Se admiró tanto que, desde entonces, entabló con él una relación de amistad que se acrecentó cuando Chigi fue destinado también a Münster como mediador de paz. Este mismo nuncio lo introdujo en la lectura y espiritualidad de San Francisco de Sales, lo preparó para un estudio más concienzudo del latín y de las ciencias sagradas y eclesiásticas sin que por eso tuviera que abandonar el estudio de sus ciencias predilectas, que eran la matemática, la astronomía, la geografía y la cartografía. Durante esta estancia en Westfalia pudo hacer algunos viajes, los que le permitían su oficio de secretario del embajador Contarini, quien al mismo tiempo lo iba introduciendo en la diplomacia y la política.

Después de regresar de Münster, obteniendo el título de especialidad en artes, continuó su relación por correspondencia con Chigi, quien fue nombrado cardenal en 1653. Fue a entrevistarse con él a Roma y le aconsejó que se laurease en leyes; por eso, a su vuelta se estableció en el palacio que la familia tenía en Padua y allí fue alumno de los mejores profesores de derecho y también de teología, como Jerónimo Ercolani. Aunque no lo había dicho, se estaba preparando, pues, claramente para el sacerdocio, no obstante que seguir su vocación implicaría abandonar a los suyos que estaban en el gobierno de la república veneciana, como escribía a Chigi en 1654. Finalmente, recibió en ese mismo año la tonsura clerical.

Mientras tanto, el 7 de abril de 1655, nada menos que su amigo Fabio Chigi era elegido papa con el nombre de Alejandro VII. En este mismo año, Gregorio recibía las órdenes menores de manos del patriarca de Venecia, Morosini, el 2 de septiembre se laureaba *in utroque iure* y, a sus treinta años, el 21 de diciembre, fue ordenado presbítero por el mismo patriarca.

El Papa lo invitó a Roma y se estableció en una casa, capaz para sus muchos libros y sobria para su vida, y al poco tiempo fue nombrado prelado doméstico de Su Santidad, referendario de las dos signaturas y canónigo de la catedral de Padua. Sin embargo, él se mantenía en una máxima, que escribía a su padre en carta del 1 de abril de 1656:

> «No pedir jamás nada, porque sé lo poco que soy, y no rechazar nunca nada, sabiendo que tengo buenos dueños que aceptarán mi buena voluntad».

Conjugaba su trabajo con el estudio, sin dejar las matemáticas y la historia eclesiástica y teología, que le apasionaban.

Cuando se desató una tremenda peste (el tifus negro) en 1656, murieron quince mil personas en Roma, y aunque tenía tal miedo que se sentía morir, aceptó el encargo de organizar la sanidad pública en el Trastévere y, para desempeñar bien su trabajo, se fue a vivir al mismo barrio.

El 19 de abril de 1657 le fue comunicado que el Papa quería elegirlo obispo de Bérgamo; después de todo aceptó, hizo ejercicios espirituales y fue ordenado en San Marcos de Roma, el 29 de julio, por el cardenal Bragadin, sin haber cumplido todavía 32 años.

Regaló la mayor parte de sus libros, para evitar los gastos del transporte, y se preocupó de preguntar si encontraría en Venecia las *Actas de la Iglesia milanesa,* de San Carlos Borromeo, «porque si no están, es necesario que las lleve desde aquí, siendo el solo libro —por decirlo así— del que tendré necesidad en Bérgamo». Esa obra, y la biografía de San Carlos, serían siempre su guía pastoral, de tal forma que algunos empezaron a llamarlo «el otro Carlos». Fue retenido en Venecia, por la cuarentena que se había declarado, y desde allí escribió a sus diocesanos una carta del 16 de febrero de 1658 en la que les decía:

> «Queridísimos, esperáis un pastor y procuraremos que lo tengáis como esperáis [...] Sabemos que el nombre de pastor es nombre de trabajo y de afán [...] Pero confiando sólo en Dios, nada podemos temer. No rehusamos la fatiga ni la muerte [...] Será alegre la vida en medio de vosotros y alegre también la muerte por vosotros [...] Todo se comprenderá en la palabra que todo lo abraza: os amaremos. El distintivo del pastor es la caridad».

Entró en Bérgamo privadamente el 27 de marzo de 1658. Allí se dedicó con todas sus fuerzas a la renovación de la diócesis y del clero aplicando los decretos del concilio de Trento.

La diócesis se encontraba en una situación bien triste, como él relató en un informe de 1660 para la Congregación de obispos, en el que también enumera las iniciativas que iba a tomar en esos primeros años de ministerio episcopal: la renovación del clero; para dar las licencias de confesión tenían que presentarse a él o a su vicario general y dar un examen, prohibió la asistencia de los clérigos a los teatros, distribuyó mejor a los párrocos y vicarios parroquiales, estableció la formación permanente del clero cada mes y un retiro también mensual, distribuyó gratuitamente a sus sacerdotes obras de San Francisco de Sales, introdujo la práctica de los ejercicios espirituales anuales para el clero y el pueblo, seleccionó a los candidatos al sacerdocio.

En 1658 se le habían presentado 200 candidatos y, después de entrevistas personales con todos, ordenó sólo a 8. Renovó la disciplina del seminario mayor y estableció seminarios menores en Alzano y Zogno. En dos años realizó la visita pastoral a las doscientas sesenta y nueve parroquias de la diócesis, en verano y en invierno. Justamente cuando la concluía, Alejandro VII, el 5 de abril de 1660, antes de cumplir treinta y cinco años, lo nombró cardenal. Los milaneses dirían a los bergamascos, comparando a Borromeo con Barbarigo: «Nosotros tenemos un cardenal santo muerto, vosotros tenéis uno vivo».

A su vuelta de Roma, después de haber recibido la birreta cardenalicia, convocó un sínodo diocesano, que celebró del 1 al 3 de septiembre del mismo año, y en él, como había escrito a su padre, sin dar órdenes nuevas bastaba recoger las de los sínodos anteriores para hacer cumplir lo que hasta ahora no se había observado. Los canónigos de dos capítulos, no queriendo renunciar a los abusos que se habían hecho costumbre, le pusieron pleito civil ante el gobierno de Venecia, pero no se amilanó, sino que con autoridad y respeto prosiguió su obra reformadora, también en los monasterios masculinos y femeninos, y, a pesar de las oposiciones y las burlas, supo superar todo con in-

mensa caridad. Promovió escuelas e instituciones benéficas, especialmente la «Misericordia Mayor de Bérgamo».

Alejandro VII, que lo estimaba tanto, lo llamó a Roma para un oficio que nunca le había gustado, ver y estudiar causas y sentencias, y, por obediencia, tuvo que permanecer lejos de su diócesis desde enero de 1663 a febrero de 1664, hasta que le arrancó al Papa el permiso para volver a Bérgamo, bien preocupado porque había oído rumores de su traslado a Padua. Cuando pensó que aquellas habladurías podían ir en serio, escribió a Alejandro VII para que no cargara a su salvación un nuevo encargo de almas, y a su padre, a quien le enviaba copia de la misma carta al Papa, le decía el 19 de marzo:

> «Si el Papa, sabiendo mi intención, lo quiere hacer, me alegraré mucho. Si no lo quiere hacer, también me alegraré porque será la voluntad de Dios y yo no habré perdido nada».

Pero Alejandro VII firmó la bula de traslado el 24 de marzo y entonces el joven cardenal Barbarigo se confiaba así a mons. Viero: «Me conviene ahora comenzar otro noviciado después de haber terminado uno».

Tomó posesión de Padua por procurador el 24 de abril siguiente, confió esta misión al arcipreste de la catedral y así tener un gesto cercano al cabildo, pero, abusando de su confianza, el procurador —en nombre de su cardenal— juró observar y hacer observar las leyes y estatutos de aquella institución. Era el primer aviso que el capítulo canonical iba a originarle, incluso le hicieron retrasar dos meses su entrada, que hizo de incógnito el 22 de junio sin que se pudiera presentar al pueblo hasta el pontifical de la Asunción. En una homilía programática reconocía a sus diocesanos el derecho a visitas, audiencias, y cualquier trabajo pastoral, que no le molestaría nunca con tal que fuera para el bien de las almas.

Comenzó en Padua de nuevo su trabajo pastoral como había ensayado en Bérgamo. No faltó de la diócesis más que durante los cónclaves a los que tuvo que asistir: en 1667 en el que salió elegido Clemente IX, en 1670 Clemente X, en 1676 Inocencio XI (beato), en 1689 Alejandro VIII y en 1691 Inocencio XII. Participó, pues, en la elección de cinco papas.

Fue nombrado visitador de monasterios y conventos, era miembro de las Congregaciones del Concilio, de Propaganda Fide y sirvió en muchas ocasiones para intermediar entre la Santa Sede y Venecia. En sus ausencias, como después de la elección del Beato Inocencio XI, que por el mismo papa tuvo que permanecer tres años fuera de Padua, seguía rigiendo la diócesis y el seminario con una correspondencia frecuente.

Cuando volvió se dedicó otra vez, con alma, vida y corazón a la formación del clero y a la educación cristiana del pueblo, directamente y a través de sus cartas pastorales. Trabajó para que los eclesiásticos no vistieran de seglares o asistieran a espectáculos mundanos, promulgó unas *Reglas para vivir las personas eclesiásticas,* introdujo también la formación permanente del clero, tanto espiritual como intelectual, los retiros mensuales y ejercicios espirituales anuales, y divulgó las obras espirituales que pudieran renovar a los sacerdotes y a los religiosos y religiosas. Fundó la «Congregación eclesiástica de San Gil» para la renovación espiritual y pastoral de sus sacerdotes y abrió una residencia sacerdotal para que pudieran vivir y ejercitar mejor su ministerio.

En Padua convocó dos sínodos diocesanos, el primero en 1667 y el segundo en 1683. Con el mismo estilo que había hecho en el de Bérgamo, confirmó las constituciones sinodales de sínodos anteriores, porque según él no se trataba de dar normas nuevas sino de cumplir las establecidas. Tenía y trataba a sus sacerdotes como auténticos «coadjutores del obispo».

En el seminario instituyó en 1671 una «Congregación de oblatos de los santos Prosdocimo y Antonio» para favorecer en los futuros sacerdotes su disponibilidad al servicio de la Iglesia. Realizó continuadamente la visita pastoral, nada más entrar en Padua hasta siete días antes de su muerte, y las actas de esas visitas ocupan treinta y cuatro volúmenes, pues fueron varias veces las que estuvo en las 390 parroquias. Al final de la visita a cada arciprestazgo o vicaría se reunía primero con todos los sacerdotes y luego en entrevistas personales con cada uno de ellos. Además de la visita pastoral formal, visitaba también improvisadamente parroquias e instituciones eclesiales.

Dos cosas le preocupaban, porque decía que de ellas tendría que dar gran cuenta a Dios: la «imposición de las manos» y el nombramiento de párrocos y vicarios. Igualmente la formación de los nuevos sacerdotes, porque afirmaba que, más que echar remiendos a vestidos viejos, valía más hacer trajes nuevos. Cuando llegó, el seminario sólo tenía doce alumnos en un edificio pequeño y viejo. El 30 de marzo de 1669, como ya tenía cuarenta seminaristas, compró el edificio de un monasterio suprimido y lo transformó en seminario con capacidad para doscientos seminaristas. Cuando lo abrió en 1670 ya había ciento veinte, y, poco después, ciento cincuenta. Redactó un Plan de formación para su seminario, teniendo por modelo la *Ratio studiorum* de los jesuitas, que promulgó sólo en 1690, una vez que había sido experimentada con buenos frutos en los lustros anteriores.

Al pertenecer a la Congregación de Propaganda Fide hizo que su seminario fuera también un vivero de misioneros para el cercano y medio oriente, preparando sacerdotes para trabajar pastoralmente entre ortodoxos y en ambiente musulmán. Por eso introdujo en el plan de estudios asignaturas de griego y de lenguas orientales. Imprimió libros de texto en estas lenguas con gastos enormes, que no le importaban porque había que hacer lo que estaba en su mano, que Dios ya haría lo que estaba en la suya. Renovó el claustro de profesores, trayéndolos también de otras diócesis o incluso del extranjero. Asistía personalmente a los exámenes de los seminaristas aunque duraran cuarenta días al año. Como él manifestaba, en el seminario encontraba su esparcimiento dentro de las muchas espinas de su gobierno episcopal.

Organizó la enseñanza católica en escuelas y colegios, incluso promoviendo profesores y maestros y procurando la economía suficiente a cuenta de la diócesis o de las parroquias, con el fin de que se impartiera la doctrina cristiana junto a los demás saberes. No dejaba a otros la visita pastoral y permanecía con los niños o con los adultos horas y horas en catequesis que él mismo impartía, para explicar personalmente la religión y moral católicas, sometiéndose durante largos ratos a preguntas y respuestas.

Al final de su pontificado, en la ciudad había cuarenta y dos colegios de doctrina cristiana, con seiscientos profesores y seis

mil alumnos. En el total de la diócesis eran trescientas catorce escuelas, casi tantas como parroquias.

A los pobres, para la instrucción cristiana, los recibía en su mismo palacio episcopal, todos los viernes, cuando se llegaban para recibir también la caridad del obispo. En la catedral instituyó un curso trienal de filosofía cristiana con una cincuentena de profesores para que pudieran seguirlo los intelectuales de la diócesis. A la vez que fundó una escuela para nobles abrió un colegio gratuito para niños y niñas pobres. En sus cartas y sermones dialogaba con el ambiente universitario y más de una vez fue en persona a predicar a cuatro parroquias contra los errores «quietistas» que se estaban propagando en su diócesis.

Escribió unas «Reflexiones», como un «diario del alma», con las meditaciones, propósitos y programas de los ejercicios espirituales que él mismo había ido haciendo desde 1656 a 1693.

En mayo de 1697 visitó durante siete días las nuevas parroquias del arciprestazgo de Veggiano cerca de la ciudad. El 6 de junio, en la solemnidad del Corpus Christi, llevó la custodia en la larga procesión por la ciudad de Padua. Fue después a otro arciprestazgo lejano, Beduina sull'Adige. El 12 de junio, ya de vuelta, visitó la tipografía en la que se imprimía *Alcorani textus completus* y la *Summa theologica* de Santo Tomás. En la fiesta de San Antonio de Padua, el día 13, celebró pontifical en la basílica del santo y, al día siguiente, dijo a su hermano Antonio y otros familiares que habían venido a verlo, que no se encontraba bien. A las dos de la noche llamó a su familiar y secretario último, el oratoriano José Musoco, y cuando él se lamentaba de sus pecados, Musoco lo animó a la confianza en Dios, expresándole que, si temía de sí mismo, esperase en Dios y recitaron el *Te Deum* hasta la conclusión: «En ti, Señor, esperé, no seré confundido eternamente». A la mañana siguiente, el obispo de Famagusta junto con su familiar, que lo acompañaban, le decían que, cuando se curara, tendría que cambiar el modo de vivir trabajando menos. En cambio, él respondió que «San Carlos ha dicho que el Obispo debe morir fatigándose por su Iglesia». Cuando el domingo 16 de junio, después de una noche agónica, le administraron un calmante reconstitu-

yente, exclamó: «Ay de los pobrecillos que no tienen estas comodidades».

Murió a las 5,30 del 18 de junio, después de cuarenta años de un ejercicio directo del ministerio episcopal fecundo e incansable.

Al ir a embalsamarlo, el corazón se lo dieron a su hermano Antonio. La familia Barbarigo lo regaló después al Monasterio de Vanzo y, cuando éste fue suprimido en 1812, pasó al seminario de Padua que él solía llamar «el corazón de mi corazón».

Fue sepultado en la tumba de los obispos de Padua y, después de concluir el proceso de beatificación, en 1724 y en distintas diócesis, fue trasladado a otro sepulcro por su sobrino y segundo sucesor en la de Padua, el cardenal Juan Francisco Barbarigo.

Fue beatificado por Clemente XIII el 16 de julio de 1761, quien antes también había sido obispo sucesor suyo en Padua.

En 1912, San Pío X, quien había sido alumno del seminario de Padua, reasumió la causa.

Juan XXIII, quien como buen bergamasco había conocido la santidad, en ministerio y vida, de Gregorio Barbarigo —de quien era muy devoto pues también el beato papa Roncalli había escrito a ejemplo suyo otro «diario del alma»—, para que esta causa no se prolongase la concluyó el 26 de mayo de 1960 con una «canonización equipolente». La fiesta del santo se anticipó entonces del 18 al 17 de junio, al extenderse el culto que como beato se le daba en Bérgamo, Padua y Venecia, a toda la Iglesia universal.

JOAQUÍN MARTÍN ABAD

Bibliografía

Art. en *Bibliotheca sanctorum.* VII: *Giustiniani-Lhuilier* (Roma 1966) cols.387-403. «Bula de canonización»: *AAS* 52 (1960) 437-447.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTOS CIRIACO Y PAULA

Mártires († s. IV)

El *Martirologio* de Baronio decía que estos santos padecieron en Málaga y que su martirio fue por lapidación. En cambio el nuevo *Martirologio* sitúa este martirio en África sin ulterior determinación. Estos santos son los patronos de Málaga.

Esta nueva redacción del *Martirologio* parece deberle mucho a la *Bibliotheca sanctorum,* cuyo artículo relativo a estos santos es original de Gian Michele Fusconi (t. III, cols.1306-1308), en el cual se reseña ciertamente la tradición que atribuye estos santos a Málaga y se da su fundamento pero se aducen también los argumentos que avalan su atribución a África y se decanta por esta última posición.

Resumiendo, hay que decir que hay una fuente de ordinario bien informada porque las noticias españolas las tomó de su viaje por España, que es el *Martirologio* de Usuardo, el cual afirma que el martirio de estos santos tuvo lugar en Málaga, España, que Paula era virgen, y que su martirio se realizó por lapidación. La fecha que da es el 18 de junio. Esto nos asegura que la Iglesia mozárabe que informó a Usuardo celebraba la memoria de estos santos como malagueños. Pero otro calendario español del siglo X, el de Racemundo, complica el tema, pues coloca el martirio de estos santos no en Málaga sino en Cartagena. Otros calendarios mozárabes contemporáneos traen la memoria de estos santos pero sin especificar su lugar. Se concluye de esto que ciertamente estos santos eran venerados en la Iglesia mozárabe y que se les tenía por españoles (Málaga o Cartagena).

Pero se aduce un manuscrito del British Museum procedente de la abadía de San Pedro de Cardeña, y datado en el siglo X, el mismo en que se escribió el calendario de Racemundo, y en este ms. se contiene una *Passio* de estos santos, llamados por cierto *Siriace et Paule* y que sitúa su martirio en Tremeta, África, siendo procónsul Anolino y emperadores Diocleciano y Maximiano. Ahora bien, en África no hay trazas de culto a los santos Ciriaco y Paula si no es una inscripción descubierta en Pavillier, Túnez, relativa a las reliquias de un

San Ciriaco, sin nombrar a Paula. Y esta *Passio* unida a esta inscripción le parecen a Fusconi suficientes para concluir que estos santos pertenecen a la hagiografía africana y no a la española, aventurando la hipótesis de que su culto en España se debe a haber sido traído por los monjes que huyendo de las persecuciones vinieron luego a refugiarse en España y que terminaron por adquirir color local. Este discurso está muy lejos de ser un argumento apodíctico. Entendemos que sigue teniendo toda su probabilidad que los santos sean españoles y, dado el crédito de Usuardo, malagueños.

Reseñamos ahora la tradición relativa a cómo se llegó a su patronato sobre Málaga. Se dice que estando los Reyes Católicos en Córdoba preparando la conquista del reino de Granada, un monje jerónimo, que tenía crédito de santo, fray Juan de Carmona, le dijo a la Reina que hiciese voto a Dios de construir una iglesia a estos santos mártires si conquistaba la ciudad de Málaga y que confiase en que con el poder de Dios la conquistaría con relativa facilidad. Y que, movida por esta exhortación del religioso, se animó la Reina a emprender la campaña para conquistar Málaga, ciudad que efectivamente conquistaron. Dieron los Reyes cuenta de su victoria al papa Inocencio VIII, el cual respondió diciendo que Málaga había sido consagrada con la sangre de Ciriaco y Paula como Jerusalén lo fuera con la de San Esteban, igualmente lapidado. Se edificó el templo y los malagueños tomaron a estos santos por patronos, y todavía continúan honrándolos como a tales.

SAN AMANDO DE BURDEOS

Obispo († 431)

Nace en la segunda mitad del siglo IV y recibe su educación religiosa junto al obispo San Delfín, el cual lo agrega al clero diocesano. A la muerte de San Delfín el año 404, el clero y el pueblo lo eligen como obispo.

Trabaja con gran celo en la evangelización de los paganos y en el interior de la comunidad lucha contra la influencia priscilianista. Fue él quien preparó al bautismo a San Paulino de Nola, con quien le unió una sólida amistad cristiana. Paulino

nos asegura que Amando era un pastor muy versado en las sagradas Escrituras y que llevaba una vida casta y austera con la que daba ejemplo y estímulo a la vida cristiana de sus fieles. Se cuenta que avisado por Dios resignó la sede en San Severino, pero que, muerto éste, tomó de nuevo las responsabilidades pastorales de Burdeos. Mantuvo correspondencia epistolar con San Jerónimo. Murió hacia el año 431.

SAN CALOGERO
Ermitaño († s. V)

Este santo ha venido teniendo mucha veneración en el occidente de Sicilia. Se le tiene por un santo ermitaño que vivió en una cueva. Una tradición quiere que fuera griego de nación y cultura, concretamente bizantino, y que acudió a Roma, donde obtuvo la bendición del papa para llevar vida eremítica, que simultaneó con la evangelización en las islas Lípari y en el monte Gemmariaro donde tuvo su sede. Parece que vivió en el siglo V.

19 de junio

A) MARTIROLOGIO

1. San Romualdo († 1027), anacoreta y padre de los monjes camaldulenses, que murió en Val de Castro **.
2. En Milán (Liguria), conmemoración de los santos Gervasio y Protasio († s. II), mártires *.
3. En los Vosgos (Borgoña), San Diosdado († 679), obispo de Nevers.
4. En el monasterio de Fécamp (Neustria), Santa Childomarca († 682), abadesa.
5. En Zaragoza, San Lamberto († s. VIII), mártir **.
6. En Caltagirone (Sicilia), Beato Gerlando († s. XIII), caballero de la Orden de San Juan de Jerusalén *.
7. En Florencia (Toscana), Santa Juliana Falconieri († 1341), virgen, fundadora de las Hermanas de la Orden Servita **.
8. En Pésaro, en el Piceno (Italia), Beata Miguelina († 1356), viuda, terciaria franciscana *.

9 En Londres (Inglaterra), beatos Sebastian Newgate, Hunfredo Middlemore y Guillermo Exmew († 1535), presbíteros y monjes cartujos, mártires en el reinado de Enrique VIII *

10 En Londres (Inglaterra), Beato Tomas Woodhouse († 1573), presbítero, de la Compañía de Jesus y mártir bajo el reinado de Isabel I *

11 En Wuyi (China), santos Remigio Isore y Modesto Andlauer († 1900), presbíteros, de la Compañía de Jesus, y mártires *

B) BIOGRAFIAS EXTENSAS

SAN ROMUALDO
Anacoreta y fundador († 1027)

San Romualdo, como fundador de la Orden contemplativa de los camaldulenses, es uno de los mejores representantes de la tendencia reformadora de fines del siglo X y del siglo XI, como reacción contra el deplorable estado de relajación en que se hallaba la Iglesia católica y gran parte de la vida monástica del tiempo El movimiento renovador más conocido y más eficaz para toda la Iglesia en este tiempo fue el cluniacense, inicia do a principios del siglo X en el monasterio de Cluny Pero en Italia tuvo manifestaciones características de un ascetismo más intenso, que tendía a una vida mixta, en que se unía la más absoluta soledad y contemplación con la obediencia y vida de comunidad cenobítica El resultado fueron las nuevas Órdenes de Valleumbrosa y de los camaldulenses y los núcleos organizados por San Nilo y San Pedro Damiano

San Romualdo, de la familia de los Onesti, duques de Rávena, nació probablemente en torno al año 950 y murió en 1027 Es cierto que su biógrafo San Pedro Damiano atestigua que murio a la edad de ciento veinte años, pero ya los bolandistas corrigieron este testimonio, que, como resultado de modernos estudios, no puede mantenerse Educado conforme a las máximas del mundo, su vida fue durante algunos años bastante libre y descuidada, dejándose llevar de los placeres y siendo víctima de sus pasiones Sin embargo, según parece, aun en este tiempo experimentaba fuertes inquietudes, a las que seguían aspiraciones y propósitos de alta perfeccion Así se refiere que, yendo

cierto día de caza, mientras perseguía una pieza, se paró en medio del bosque y exclamó:

> «¡Felices aquellos antiguos eremitas que elegían por morada lugares solitarios como éste! ¡Con qué tranquilidad podían servir a Dios, apartados por completo del mundo!».

Un hecho trágico le dio ocasión para abandonar el mundo. En efecto, su padre, llamado Sergio y hombre imbuido en los principios mundanos, se lanzó a un duelo con un pariente, obligando a Romualdo a asistir como testigo. Terminado el duelo con la muerte del adversario, Romualdo sintió tal remordimiento por aquella muerte y tal repugnancia por el mundo, que se retiró al monasterio benedictino de Classe, cerca de Rávena, con el fin de hacer penitencia. Tres años pasó allí entregado a las mayores austeridades, y al fin se decidió a suplicar su admisión en el monasterio. El abad tuvo especial dificultad por no contrariar a su padre Sergio; mas, por intercesión del arzobispo de Rávena, antiguo abad de Classe, le permitió al fin vestir el hábito benedictino, en aquel célebre monasterio.

Pero entonces comenzó un nuevo género de dificultades. La vida de observancia y penitencia del nuevo monje constituía una tácita reprensión para muchos religiosos de aquel monasterio, más o menos relajados. Por esto, se fue formando tal oposición contra Romualdo, que, de acuerdo con el abad, se vio obligado a retirarse a un lugar solitario cerca de Venecia, donde se puso bajo la dirección de un tal Marino. Éste, con sus formas rudas y su austera ascética, contribuyó eficazmente al adelantamiento de Romualdo en la perfección religiosa, y tal fue el ascendiente de santidad que ambos llegaron a alcanzar, que el mismo dux de Venecia, San Pedro Orseolo, se sintió impulsado a abandonar el mundo y entregarse a la vida solitaria. Así pues, ambos, juntamente con Pedro Orseolo, se dirigieron a San Miguel de Cusan, donde se entregaron a la más rigurosa vida solitaria. Movido por el ejemplo de su hijo, también el duque Sergio se retiró al monasterio de San Severo, cerca de Rávena, para expiar sus pecados. Sin embargo, después de algún tiempo, vencido por la tentación, intentaba volver a su antigua vida; pero entonces su hijo Romualdo, abandonando su retiro, acudió a su

lado y consiguió mantenerlo en aquella vida de penitencia, en la que perseveró hasta su muerte.

La vida de San Romualdo durante los treinta años siguientes constituye un verdadero prodigio de ascetismo cristiano. En el monasterio de Cusan se puso bajo la dirección del abad Guérin, de quien obtuvo el permiso de retirarse a un lugar solitario, próximo a la abadía, donde se entregó durante tres años a las mayores austeridades.

Ponía ante sus ojos la vida de los santos y procuraba imitar los excesos de penitencia que ellos habían practicado. Como los antiguos anacoretas del desierto se habían impuesto ayunos rigurosísimos, Romualdo quiso también seguir su ejemplo. Durante estos años, Romualdo no comía más que el domingo, y aun entonces, una comida sumamente frugal.

En medio de todo esto, lo acometió el enemigo con las más molestas tentaciones. Poníale ante los ojos con la mayor viveza los atractivos de la vida del mundo, mientras, por otra parte, le representaba la inutilidad de los esfuerzos que realizaba y de la vida que llevaba. Frente a los repetidos asaltos del enemigo, Romualdo se entregó más de lleno a la oración, de donde sacaba la fuerza necesaria para mantenerse firme en la lucha. Según se refiere, el enemigo llegó a maltratar cruelmente su cuerpo, con el objeto de apartarlo de aquella vida de austeridad. Más aún, excitando en su imaginación durante la noche imágenes feas y espantosas, trataba de amedrentarlo con el ejercicio de la vida de perfección.

Pero Romualdo, fiel a la oración y puesta su confianza en Dios, salió victorioso de todas estas batallas. Hacia el año 999 volvió a Italia y se incorporó de nuevo al monasterio de Classe, donde, en una celda solitaria, continuó la vida de penitencia y de retiro que había comenzado. Allí se renovaron los asaltos del enemigo. Las crónicas antiguas refieren que, habiéndolo el demonio flagelado cruelmente un día en el interior de su celda, Romualdo se dirigió al Señor con estas palabras: «Dulcísimo Jesús mío, ¿me habéis abandonado por completo en manos de mis enemigos?». Al oír el demonio el nombre de Jesús, huyó rápidamente, a lo que siguió una gran tranquilidad y dulzura del alma.

Pero Romualdo tuvo que superar otras muchas dificultades, con las que se fue purificando su alma y aquilatando su virtud, hasta disponerlo definitivamente a la fundación de la nueva Orden de los Camaldulenses. Estas dificultades le vinieron de sus mismos monjes. Viviendo él en su retiro, no lejos del monasterio de Classe, un rico caballero le envió una limosna de siete libras para que las distribuyera entre los monjes pobres. Así lo hizo él inmediatamente, repartiéndolo entre otros monasterios más pobres que el suyo, por lo que los de su monasterio se enfurecieron contra él, y como ya estaban resentidos por sus grandes austeridades, lo tomaron aparte y, después de azotarlo bárbaramente, le obligaron a retirarse.

Pero, precisamente entonces, quiso el Señor valerse de él para la reforma de aquel monasterio de Classe. En efecto, hallándose a la sazón en Rávena el emperador Otón III, lleno siempre de los más elevados ideales de reforma eclesiástica, trabajó eficazmente para la reforma del monasterio de Classe, y para ello obtuvo de sus monjes que eligieran como abad a Romualdo. Él mismo en persona fue en busca del solitario y lo introdujo como abad y reformador en la célebre abadía. Efectivamente, durante dos años entregóse con toda su alma a la importante obra de la reforma del monasterio; pero, viendo que no lograba su intento, acudió al arzobispo de Rávena y al mismo Otón III, y puso en sus manos su báculo, renunciando a la dignidad de abad.

Tal fue el momento preparado por la Providencia para que iniciara su obra de fundador. En efecto, con toda la experiencia adquirida durante los largos años dedicados a la vida solitaria, e impulsado siempre por sus ansias de vida contemplativa y de la más absoluta soledad, pidió entonces a Otón III le concediera los terrenos y los medios para la construcción de un monasterio, donde pudieran entregarse a una vida mixta de contemplación, soledad y obediencia, y, efectivamente, el emperador le hizo construir uno en el lugar denominado Isla de Perea dedicado a San Adalberto, a donde se retiró Romualdo con algunos caballeros del séquito de Otón III, que se decidieron a seguirle. Poco después organizó otros centros de vida eremítica en Italia y en la Istria, y concibió el plan de construir uno en Val de Cas-

tro, consistente en un conjunto de celdas separadas, cuyos moradores debían llevar una vida de rigurosa soledad, entregados a la oración y penitencia, pero manteniendo la unión y vida de comunidad. Con esto debía realizarse su ideal de consagración a Dios.

Entre tanto, movido del ansia de derramar la sangre por Cristo, que siempre había sentido, obtuvo del Papa el permiso de predicar el Evangelio en Hungría. Púsose, en efecto, en marcha; pero, cuando estaba a punto de llegar a la meta de sus aspiraciones, se sintió atacado por una enfermedad, y como esto se repitiera cada vez que intentaba continuar su empresa, comprendió que no era aquélla la voluntad de Dios, y así volvió a Italia.

Entonces, pues, se entregó con toda su alma a la realización definitiva de su ideal monástico. Afianzóse la fundación de Val de Castro; continuó organizando otros centros semejantes. Llamado a Roma por el romano pontífice, dedicóse algún tiempo al apostolado y, con la santidad de su vida y sus ardientes exhortaciones, logró la conversión de muchos pecadores; mas, volviendo a su ideal monástico, fundó diversos centros en las proximidades de Roma, entre los que sobresale el de Sasso Ferrato, donde permaneció algún tiempo. Precisamente en este lugar quiso el Señor que resplandecieran de un modo especial sus virtudes. En efecto, según refieren sus biógrafos, un señor, a quien Romualdo había tratado de convertir de su desordenada vida de impureza, lanzó contra Romualdo la más inicua calumnia. Dios permitió que los monjes, demasiado crédulos, se dejaran convencer, y así, impusieron al santo una severa penitencia y le prohibieron celebrar la santa misa. Romualdo sobrellevó aquella deshonra con el más absoluto silencio durante seis meses; pero, transcurrido este tiempo, Dios mismo le ordenó que no se sometiera por más tiempo a una sentencia abiertamente injusta, pronunciada contra él sin autoridad y sin ninguna sombra de verdad. La primera vez que celebró la santa misa después de esta prueba apareció, según se refiere, arrobado en éxtasis.

Después de esto, ya iniciado el siglo XI, pasó seis años en Monte-Sitrio, donde había organizado un nuevo centro de vida ascética conforme a su ideal. Él mismo era un ejemplo viviente de la vida de consagración a Dios: guardaba el más absoluto si-

lencio; observaba las más rigurosas austeridades; rehusaba a sus sentidos todo lo que pudiera darles alguna satisfacción. El emperador Enrique I, sucesor de Otón III, en su primer viaje a Italia, quiso visitar a Romualdo, de cuya santidad y austeridades estaba informado. El resultado de la entrevista fue entregarle el monasterio de Monte-Amiato, en Toscana, para que introdujera en él algunos de sus discípulos. Así lo realizó él, en efecto, durante los años siguientes. A este tiempo se refieren diversos hechos milagrosos, que las crónicas le atribuyen; pero estas mismas observan que Romualdo procuraba siempre obrar los milagros de tal manera que no se le pudieran atribuir a él. Así se refiere que, cuando enviaba a sus discípulos a alguna misión, les daba pan y diversos frutos benditos, con los que Dios quiso obrar algunos milagros. Durante un sueño que tuvo por este tiempo al pie de los Apeninos mientras andaba en busca de un lugar apropiado para sus monjes, según refieren las crónicas, vio en sueños una escala que subía de la tierra al cielo, por donde subían muchos religiosos en hábitos blancos.

Con esto, dio la forma definitiva a sus fundaciones. Así, al fundar en 1012 el monasterio de Campo Maldoli (que se abreviaba Camaldoli) puso en práctica el ideal de vida en celdas independientes, del más riguroso silencio, gran austeridad de vida, pero bajo la obediencia a un superior, vida común y demás obligaciones impuestas por la regla, a lo que se añadió el hábito blanco. En realidad, pues, la obra del fundador de los camaldulenses, San Romualdo, no comienza en 1012 con el establecimiento del monasterio de Campo Maldolo o Camaldolo. Esta fundación, significa más bien el complemento final de San Romualdo. Su obra se prepara con la práctica de sus largos años de vida solitaria en los monasterios de Classe, Cusan y otros lugares en que vivió vida solitaria, y se realiza, desde principios del siglo XI, en la Isla de Perea, en Val de Castro, Sasso Ferrato, Monte-Sitrio, Monte-Amiato y, finalmente, en Camaldolo.

El motivo de haber tomado la Orden por él fundada el nombre de camaldulense fue, como se interpreta comúnmente en nuestros días, porque en Camaldolo se realizó plenamente el ideal de San Romualdo. Por lo demás, es conocida la explica-

ción que se ha dado tradicionalmente a esta denominación. Se supone que aquel monasterio se llamó Campo Maldolo por ser donativo de un caballero llamado Maldoli. Pero frente a esta explicación, se ha averiguado que la donación fue hecha por Teobaldo, obispo de Arezzo. En todo caso, consta que el nombre del monasterio fue Campo Maldolo o Camaldolo.

Tal fue la obra de San Romualdo que halló en este monasterio su más perfecta realización, con lo cual se consolidó definitivamente este nuevo tipo de vida, mezcla ideal de la vida anacorética y cenobítica, que luego imitaron los cartujos y otras órdenes. Una vez establecido y bien organizado este monasterio, Romualdo volvió a su vida ambulante, visitando y afianzando los demás centros por él fundados. Finalmente, sintiendo que se aproximaba su fin, se retiró a Val de Castro, donde expiró el 7 de febrero de 1027 estando enteramente solo en su celda. Según se atestigua, veinte años antes había profetizado que moriría en este lugar, en esta fecha y en esta forma.

La Orden de los camaldulenses fue aprobada definitivamente por Alejandro II en 1072. Contaba entonces con nueve monasterios. El cuarto general, Beato Rodolfo, redactó en 1102 las constituciones definitivas, en las que se mitiga un poco el extremado rigor primitivo.

BERNARDINO LLORCA, SI

Bibliografía

Act. SS. Boll., 7 de febrero: *Vita*, por SAN PEDRO DAMIANO, fuente principal.
CASTAGNIZZA, J. DE, *Historia de San Romualdo* (Madrid 1597).
FRANKE, W., *Quellen und Chronologie zur Geschichte Romualds vom Camaldoli und seiner Einsiedlergenossenschaften im zeitalter Ottos III* (Berlín 1910).
MABILLON, J. - D'ACHERY, L., *Acta Sanctorum Ordinis Sancti Benedicti*, IV, prima pars (París 1680) 280s.
«Obras de San Pedro Damiano»: PL 144,653s.
PAGNANI, A., *Vita di S. Romualdo abbate, fondatore dei Camaldolesi* (Sassoferrato 1927).
• Actualización:
BARTOLETTI, R. (ed.), *San Romualdo. Vita, iconografia* (Fabriano 1984).
DAMIANO, P., *Vita di San Romualdo* (Verucchio 1988).
LASSUS, L.-A., *San Romualdo di Ravena, eremita e profeta* (Seregno 1994).

SAN LAMBERTO

Mártir († s. VIII)

En la noche del 13 al 14 de agosto de 1808 volaba, con horrísono estruendo, la fábrica secular del monasterio de Santa Engracia, de Zaragoza. Los franceses dejaban ese triste recuerdo al tener que levantar el sitio. Conservamos una descripción contemporánea, en la que se nos narra la pena de los zaragozanos cuando, al día siguiente, contemplaron aquel espectáculo de desolación y de horror. La voladura había arrastrado consigo la destrucción de valiosísimos elementos arqueológicos y de un archivo que nos podría ilustrar sobre muchos aspectos de la historia de la gloriosa sede cesaraugustana.

No obstante, aunque, como consecuencia de tan triste acontecimiento, la actual cripta de la parroquia de Santa Engracia no presente prácticamente nada de su primitiva planta ni casi de sus primeros materiales, sabemos que se trata de uno de los templos más antiguos y venerables de la cristiandad. Se construyó la cripta en época constantiniana, para recoger en ella los restos de los mártires zaragozanos. Un sarcófago del siglo IV, en el que arqueólogos y teólogos quieren ver la primera representación iconográfica del misterio de la Asunción de Nuestra Señora, es testimonio de la gran antigüedad de la cripta. En ella se conservaban, y se conservan, las cenizas de los mártires de Zaragoza, las «santas masas», junto a las de Santa Engracia y a las de San Lamberto.

De todos estos mártires hace mención el 16 de abril el *Martirologio romano.* No obstante, la fiesta de San Lamberto se celebra en la diócesis de Zaragoza y en algunas otras de Aragón el día 19 de junio, impedida como está la fecha del 16 de abril por la fiesta misma de Santa Engracia. Por otra parte, en este mismo día 19 se encontraba su fiesta en alguno de los antiguos martirologios, incluido el romano, en sus primeras ediciones.

Esta coincidencia en una misma fecha de la conmemoración de los mártires de Zaragoza y de San Lamberto dio pie a una antigua leyenda, que, según los Bolandos, y según el unánime criterio de todos los historiadores modernos, en manera alguna puede sostenerse a falta, por completo, del más mínimo apoyo documental o arqueológico. Según la leyenda, San Lamberto,

por los mismos días de Daciano, había sido decapitado por odio a su religión cristiana. Tomando entonces su cabeza entre las manos, había marchado al lugar en que estaban las cenizas de los mártires, y su cuerpo se había unido a ellas, conservándose únicamente la cabeza. Ni el nombre de Lamberto, de clara estirpe nórdica y desusado, por tanto, en la España romana, ni el corte de la narración, claramente inspirada en una errónea interpretación de la costumbre medieval de presentar a los mártires decapitados con su cabeza entre las manos, ni la debilidad del fundamento, de dar algún martirologio su nombre el mismo día que el de los otros mártires, permiten tomar esta leyenda en serio.

Nos queda, pues, bien poca cosa. La existencia de un mártir llamado Lamberto. La época probable de su martirio, muy verosímilmente, cuando Zaragoza gemía bajo la dominación de los moros. El dato de que ese martirio ocurrió en Zaragoza. Y la tradición, que parece tener cierto fundamento, de que se trataba de un labrador. Esto es todo.

El caso de San Lamberto no es único, ni mucho menos, en el *Martirologio.* Son legión los mártires de los que sólo nos ha quedado la mención escueta de sus nombres. Y aun algunos ni eso nos han dejado. Santos hay, como los cuatro coronados, que han pasado incluso al mismo culto litúrgico universal sin que sepamos cómo se llamaban. Fenómeno este que se presta a muy provechosas reflexiones.

Limitar la santidad únicamente a los santos de los que se ha tenido pormenorizada noticia y cuyo martirio o heroicas virtudes constan de forma plena y con todos los trámites jurídicos, sería hacer grande injuria a la verdad que todos los días presenciamos. En el siglo XX nos consta la existencia de martirios, tras el telón de acero por ejemplo, de los que nunca llegará a saberse con exactitud qué es lo que ocurrió. Dígase lo mismo de las virtudes heroicas. ¡En cuántas diócesis y en cuántas casas religiosas se conserva viva la memoria del olor de santidad que tras sí dejaron sacerdotes, seglares o religiosos, que luego, por circunstancias a veces de orden político, en ocasiones de tipo económico, en otras ocasiones de simple descuido humano, no se llegó a recoger y plasmar jurídicamente! La Iglesia recuerda a todos

ellos en la fiesta de Todos los Santos. Y conserva con cariño la mención que la historia le ha legado de algunos desconocidos, como San Lamberto, en su universal *Martirologio.*

Los modernos hagiógrafos nos explican lo sucedido en estos casos. Lamberto era un labrador santo que dio su sangre por Cristo. A los primeros destinatarios del martirologio que recogió su nombre no hacía falta decirles más. Unos le recordarían personalmente, otros habrían oído hablar de él a sus padres o amigos. La simple mención de su martirio, el día de su natalicio para el cielo, bastaba. Pero los años pasaron; las circunstancias, que antes eran tan conocidas, se fueron borrando de la memoria de los hombres, y la hermosa y edificante historia del santo labrador quedó reducida a sólo su nombre en el martirologio. Es decir, no a eso sólo, porque Lamberto gozaba ya en el cielo del premio a su heroísmo e interponía su mediación en favor de quienes, como los labradores de las tierras de Teruel, se refugiaban bajo su glorioso patrocinio.

Para el cristiano, su nombre, como el de tantos otros a quienes pudiéramos llamar «santos sin historia», es fuente de gran consuelo. Lo que al tender a la santificación buscamos no es una gloria humana, efímera y frágil, como lo demuestra el caso de estos hombres que un día hicieron actos heroicos que hoy desconocemos por completo, sino una gloria mil veces más firme y duradera. Lo que hoy no sabemos lo supo y lo sigue sabiendo Dios, que es quien se lo premia. Nuestras acciones buenas, aun las mal interpretadas por los hombres que nos rodean, son bien conocidas por Dios, nuestro supremo y último Juez. Y este su definitivo juicio, y no el contingente de la Historia, es el que verdaderamente nos interesa. Nada sabe la historia hoy de San Lamberto. Pero él goza de la visión de Dios, que con sus desconocidas acciones mereció en sus tiempos.

Nos quedan, en cambio, sus reliquias. Perdida la memoria de la existencia misma de la cripta de Santa Engracia, el 12 de marzo de 1389, al realizar unas obras, apareció de nuevo, y se reavivó con esta ocasión el culto de los mártires. Pero todavía recibió mayor impulso con motivo del paso del papa Adriano VI por Zaragoza. Sabido es que este papa fue elegido encontrándose en Vitoria y que desde esta ciudad emprendió su

viaje hasta Tortosa, donde embarcó para ir a Roma. Forzoso le era, siguiendo el curso del Ebro, pasar por Zaragoza, y así lo hizo, visitando entonces la iglesia de las Santas Masas, o de Santa Engracia. Mostró con esta ocasión particular devoción a Lamberto, glorioso homónimo de otros santos de ese mismo nombre, muy venerados en su tierra natal de Flandes. Y tanta fue su devoción, que mandó el Papa abrir el sepulcro para tomar de él alguna reliquia. Y ocurrió que, al separar una quijada del santo cuerpo, salió tanta copia de sangre, según nos cuenta el célebre historiador padre Risco, que fue necesario recibirla en una fuente de plata, y hoy se conserva una buena porción de ella en un relicario de cristal.

La devoción mostrada por Adriano VI y el suceso prodigioso de salir sangre fresca del cuerpo santo, acrecentó la devoción de Zaragoza hacia San Lamberto. Por eso se determinó edificar en el sitio en que San Lamberto fue martirizado un convento de la Orden de la Santísima Trinidad. Se comenzó éste el año 1522, concurriendo los zaragozanos con copiosas limosnas. Para estimularles en esta tarea expidió el Papa el 22 de junio del mismo año un breve, en el que expresa con gran ternura su devoción hacia este santo. Cuenta Adriano VI cómo se había dirigido a él el padre Juan Ferrer, de la Orden de la Santísima Trinidad, exponiéndole el propósito que tenían de edificar el convento en el sitio en que se había verificado el martirio, y en el que aún se conservaba una mata plantada por el mismo santo.

> «Nos, considerando el grandísimo afecto de devoción que ya desde hace tiempo teníamos a ese Santo, y continuamos teniéndole [...] concedemos las indulgencias solicitadas».

Concluido el convento, se trasladó a él una canilla del brazo de San Lamberto con parte de la sangre de que se ha hecho memoria. En los tiempos siguientes se mejoró todavía más su fábrica, llegando a ser, cuando el padre Risco escribe, «un convento suntuoso, que mantiene un buen número de religiosos, cuya virtud y observancia hacen resplandecer el espiritual edificio».

Desaparecido el convento con los tristes avatares de la desamortización, la devoción a San Lamberto se refugió únicamen-

te en la cripta de la iglesia de Santa Engracia. La voladura del monasterio, ocurrida en 1808, respetó las reliquias de los santos. Llevadas a la Seo, pasaron después a la sacristía del Pilar y a una de las parroquias de Zaragoza, hasta que, restaurada la cripta entre los años 1813 a julio de 1819, pudieron volver a ella. La cripta no tiene ya el carácter vetusto y primitivo que un día debió de tener. No obstante, los zaragozanos, a cuya diócesis se incorporó recientemente la parroquia de Santa Engracia, que durante siglos perteneció a la de Huesca, continúan siendo fieles a la devoción a sus gloriosos mártires, a los que el 26 de abril de 1480 tomaron por patronos de la ciudad. El Concejo de ésta ejerce, a su vez, patronato sobre la misma cripta.

LAMBERTO DE ECHEVERRÍA

Bibliografía

Acta sanctorum, Aprilis, t.II.

FLÓREZ, E., *España sagrada,* t.XXX, p.295-300.

SOCIÉTÉ DES BOLLANDISTES (ed.), *Bibliotheca hagiographica latina antiquae et mediae aetatis,* II (Bruselas 1900-1901) 975.

SANTA JULIANA FALCONIERI

Virgen y fundadora († 1341)

Santa Juliana de Falconieri es la fundadora de las Religiosas Terciarias Servitas, organizadas en 1306 en Florencia y designadas comúnmente en Italia con el nombre de *Mantellate,* o «de la mantilla». Deben, pues, distinguirse bien, por un lado, de los servitas, o siervos de María, insigne Orden mendicante que debe su origen a los célebres siete santos fundadores florentinos, y, por otro, de las religiosas servitas, fundadas por San Felipe Benicio, de carácter puramente contemplativo. Sin embargo, Santa Juliana está, en cierto modo, emparentada con ambas Órdenes, pues, por una parte, pertenece a la familia de los Falconieri, de la que procedía su tío, San Alejo Falconieri, uno de los siete fundadores de los servitas, y, por otra, se inició en la vida religiosa con las religiosas servitas y bajo la dirección de su fundador, San Felipe Benicio.

Nacida del hermano de San Alejo Falconieri, llamado Carisino, recibió en Florencia una educación profundamente cristiana. Su padre, que había reunido con su comercio grandes riquezas, levantó a sus expensas la magnífica iglesia de Nuestra Señora de la Anunciata, y no mucho después murió. Juliana, por su parte, según refieren sus antiguos biógrafos, dio desde sus primeros años las más expresivas muestras de eximia piedad y, sobre todo, de su predilección por la Santísima Virgen y por la virginidad cristiana. Por esto se refiere que San Alejo, su tío, llegó a decir a la madre de Juliana que había traído al mundo, no una niña, sino un ángel.

Efectivamente, cuando contaba sólo catorce años, en 1284, renunciando al ventajoso matrimonio que se le ofrecía y ansiando consagrar a Dios su virginidad, recibió de San Felipe Benicio el hábito de terciaria de las religiosas servitas por él fundadas, y hasta la muerte de su madre vivió en su propia casa conforme a las normas recibidas del santo. Su ejemplo fue imitado por algunas damas de la buena sociedad florentina, y aun su propia madre se puso bajo su dirección en la vida de piedad. Un año más tarde recibía San Benito Benicio su profesión religiosa, y al morir poco después confió a Juliana la Orden por él fundada y la alentó de un modo especial en la Congregación de terciarias servitas iniciada por ella, que bien pronto, a causa de la mantilla que todas ellas llevaban, fueron vulgarmente designadas con el epíteto de *Mantellate.*

Después de la muerte de su madre su vida de consagración a Dios fue tomando una forma más rigurosa y definitiva. Se impuso ayuno riguroso los miércoles y viernes, no tomando en estos días más que un poco de pan y agua. El sábado lo empleaba entregándose por completo a la contemplación de los dolores de la Virgen, y el viernes lo dedicaba por entero a la meditación de la Pasión, en cuyo obsequio tomaba una sangrienta disciplina. De este modo fue creciendo rápidamente la fama de sus virtudes y de la sublimidad de la vida que llevaba, por lo cual fue aumentando el número de las mujeres que se le iban juntando. Todas ellas llevaban, como ella, en sus propias casas una vida de piedad y de la más absoluta consagración a Dios, sobre todo por medio de su virginidad. Entre las que ya entonces se le jun-

taron en este género de vida merecen especial mención una de sus primas, llamada Juana, que se distinguió por su eximia virtud, y una hermana del mismo San Felipe Benicio.

Sin embargo, todo esto significaba únicamente una vida de consagración al Señor puramente individual o privada. Ella y sus compañeras deseaban algo más, es decir, convertirse en Congregación religiosa canónicamente reconocida por la Iglesia. Así, pues, cuando ya estaban todas ellas habituadas a aquella vida de consagración y penitencia, el año 1306 se establecieron en vida común en una casa preparada para ello en Florencia. Por esto se considera esta fecha como la de la fundación de la congregación. Ya los papas Honorio IV (1285-1287), Nicolás IV (1288-1292), Bonifacio VIII (1294-1303) y Benedicto XI (1303-1304) habían aprobado su primer género de vida; pero la aprobación definitiva de la congregación propiamente tal de las Servitas Terciarias de Santa Juliana de Falconieri se la concedió el papa Martín V (1417-1431) por medio de la bula *Sedis apostolicae providentia.*

La vida de la nueva congregación, conforme al contenido de la misma bula, se distinguía por un conjunto de prescripciones de una alta perfección y por su austeridad en los ayunos y en otras penitencias. Sin embargo, estas constituciones de las servitas terciarias ya no tienen valor en nuestros días. Las diversas ramas de dicho Instituto tienen actualmente reglas particulares, canónicamente establecidas y acomodadas a los tiempos presentes.

Una vez, pues, organizada y canónicamente establecida la congregación, Juliana se vio forzada, bien contra su inclinación natural, a admitir el cargo de superiora general, que mantuvo durante treinta y cinco años, hasta su muerte. Bien persuadida de que, precisamente por ser la organizadora y por estar al frente de la congregación, tenía más obligación que nadie de observar sus constituciones, procuró desde el principio ser modelo de observancia aun de las más mínimas prescripciones de la regla, pues, como para las demás, también para ella constituía la voluntad de Dios. Por otra parte, sintiendo en su interior un ansia, cada día más intensa, de corresponder a las gracias que había recibido del cielo, entregábase de lleno a la oración y a la

práctica de las mayores austeridades. De un modo muy especial se pondera el empeño con que procuró ejercitar la humildad y caridad con los demás, buscando siempre los empleos más humildes y siendo la esclava de todas sus hermanas.

En este punto son interesantes los datos concretos que nos comunican las biografías e historias antiguas de la Orden de los servitas, de la que esta congregación es considerada como una rama femenina. Algunas de estas prácticas, que en nuestros días nos parecen excesivas y aun extravagantes y desde luego no aconsejables, responden al espíritu de religiosidad y austeridad propio de la Edad Media. Así se refiere que pasaba a veces veinticuatro horas seguidas en oración, sea porque se sentía arrebatada por el espíritu interior, sea porque quería por este medio librarse de graves tentaciones. Por otro lado, dormía con frecuencia sobre la tierra desnuda, y para mortificar su carne usaba disciplinas, cuerdas, cilicios en la cintura; ordinariamente no tomaba más que un poco de alimento cuatro veces por semana. Los demás días solamente la comunión.

En medio de una vida tan austera, entregada por entero a la contemplación y a la penitencia, es admirable lo que se refiere sobre el influjo que llegó a tener sobre el mundo que la rodeaba. La fama y el aroma de su santidad había trascendido de tal manera fuera de la casa donde habitaba, que producía más provecho espiritual que muchas predicaciones. Así consta que en varias ocasiones obtuvo la conversión de grandes pecadores, y, sobre todo, que logró poner término a enconadas enemistades, discordias y odios individuales y aun públicos.

Tanta penitencia y austeridad llegaron, por fin, a causar trastornos en su estómago y producirle agudas enfermedades. Pero ella supo sobrellevarlo todo con la mayor resignación. Próxima ya a morir, según refieren antiguos testimonios más o menos fidedignos, no pudiendo recibir el viático, rogó ella que, al menos, le trajeran el copón y lo depositaran sobre su pecho, sobre el cual se extendieron los corporales. Así se hizo; pero al punto desapareció la «sagrada forma» que en él se contenía. Y añaden las mismas crónicas que, después de su muerte, se encontró grabado sobre el pecho, encima del corazón, un sello a manera de hostia. Precisamente como recuerdo de esta tradición, sus

religiosas, las *Mantellate,* llevan sobre el lado izquierdo de su escapulario la imagen de una hostia.

Santa Juliana Falconieri murió el 19 de junio de 1341 y desde un principio fue sumamente venerada por su eximia santidad.

BERNARDINO LLORCA, SI

Bibliografía

Act. SS. Boll., 19 de junio: *Vita,* trad. al latín de A. GIANI.
Act. SS. Boll., octubre, p.403s; y diciembre: *Propylaeum ad Act. SS.*
LÉPICIER, A.-H.-M., *Santa Giuliana Falconieri, fondatrice delle Suore Mantellate Serve di Maria. La sua vita, il suo tempo, la sua opera* (Pistoia 1922).
PANICHELLI, P., *Una vittima dell'amore eucaristico: Santa Giuliana Falconieri* (Pisa 1928).
POLETTI, E. M., OSM, *Storia di s. Giuliana Falconieri fondatrice delle suore Mantellate del Terz'Ordine dei Servi di Maria* (Florencia 1903).
• Actualización:
ROSSI, A. M.ª, OSM, *Santa Giuliana dei Falconieri* (Postulazione Generale dei Servi di Maria 1954).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTOS GERVASIO Y PROTASIO

Mártires († s. II)

La vida y martirio de estos dos mártires no se conocen, pero la invención de sus reliquias por San Ambrosio está bien atestiguada. Según cuenta el santo en carta a su hermana Marcela, se hicieron todos los preparativos para la dedicación de la iglesia catedral milanesa. Y, entonces, Ambrosio tuvo el presentimiento de que en el cementerio de la iglesia de los Santos Nabor y Félix se hallaba la tumba de algunos antiguos mártires. Se hicieron las averiguaciones necesarias y aparecieron los cuerpos de dos hombres decapitados, que pudieron ser identificados como los mártires Gervasio y Protasio, de los cuales sólo se conocía el nombre y la condición de mártires. Los cuerpos de los santos fueron trasladados a la catedral y en el traslado se produjo el milagro de la curación de un ciego llamado Severo, que vivió luego muchos años en Milán y pudo dar testimonio del favor divino obtenido por la intercesión de los santos mártires.

Estuvieron presentes, junto a San Ambrosio, otros dos santos: San Paulino de Nola y San Agustín. Desde entonces se conservan los cuerpos de los santos en Milán junto al de San Ambrosio que fue sepultado con ellos.

BEATO GERLANDO

Religioso († 1279)

Gerlando era un alemán de la Orden de San Juan de Jerusalén y que en tiempos del emperador Federico II se encargó de la iglesia de Nuestra Señora del Templo, cerca de Caltagirone, Sicilia. Aquí desarrolló una intensa actividad benéfica socorriendo a las viudas y a los niños desprotegidos mientras que llevaba una vida de gran austeridad y penitencia. Muerto en 1279, su culto comenzó cuando sus reliquias fueron trasladadas a la iglesia de Santiago de Caltagirone.

BEATA MIGUELINA METELLI

Viuda († 1356)

Nacida en Pésaro hacia el año 1300 en el seno de una familia acomodada, apenas llegada a la adolescencia fue dada en matrimonio a un joven de la familia Malatesta, con quien tuvo un hijo. Vivió felizmente en su matrimonio, pero en poco tiempo murieron su esposo y su hijo.

Ella, impresionada por la vida piadosa de una amiga, se decide por dedicarse a Dios y toma el hábito de terciaria franciscana. Con resistencia y escándalo de su familia se desprende de todos sus bienes, que reparte entre los pobres. Peregrina a Tierra Santa donde tuvo especiales experiencias espirituales. De vuelta en Pésaro lleva una vida dedicada por entero a la piedad, en austeridad, humildad y modestia y acepta que una mujer piadosa la recoja en su casa, viviendo así de limosna quien todo lo había dado en limosnas.

Al morir, el 19 de junio de 1356, todo el mundo la alabó como santa y empezó a dársele un culto que la Santa Sede confirmó el 24 de abril de 1737.

BEATOS SEBASTIÁN NEWGATE, HUNFREDO MIDDLEMORE Y GUILLERMO EXMEW

Presbíteros y mártires († 1535)

Eran tres monjes de la Cartuja de Londres: Hunfredo era el vicario de la comunidad, Guillermo el procurador y Sebastián uno de los padres de la comunidad. Acaecido el martirio de su prior, San Juan Houghton, por negarse a suscribir la supremacía religiosa del monarca, al día siguiente los delegados reales acudieron de nuevo a la Cartuja e intimaron a los monjes a que prestaran el juramento pedido. Como no lo conseguían, prendieron a estos tres religiosos, los tres sacerdotes, y los llevaron a la cárcel donde los sujetaron al muro con una argolla que les obligaba a estar de pie, de lo contrario habrían perecido ahogados, y les sujetaron las manos con cadenas y los pies en un cepo. Como el P. Sebastián había sido íntimo del rey, acudió éste en persona para hacerlos suscribir el juramento pedido, pero no lo logró. Entonces mandó llevar a Sebastián a la Torre.

Los dos primeros fueron juzgados el 11 de junio y condenados a muerte, pero como Sebastián no cedía, la condena se extendió a él y el 19 de junio de 1535 fueron llevados a la plaza de Tyburn donde fueron ahorcados y posteriormente descuartizados. Sebastián había nacido en Harefield y se había educado en Cambridge. Contrajo matrimonio y perdió años después, en 1524, a su esposa. Tenía mucha amistad y predicamento con el rey, pero advertido por su hermana de las inmoralidades del monarca, decidió abandonar la corte e ingresó en la Cartuja, donde profesó y se ordenó sacerdote. León XIII beatificó a estos mártires el 9 de diciembre de 1886.

BEATO TOMÁS WOODHOUSE

Presbítero y mártir († 1573)

Se sabe de este mártir inglés que se ordenó sacerdote en Inglaterra en el último año del reinado de la reina María Tudor, cuando el catolicismo fue reinstalado en el reino, y se le nombró rector de una pequeña parroquia del Lancashire. Pero cuando en 1555 murió la soberana y subió al trono Isabel I, y ésta

volvió a los pasos cismáticos de su padre y a los protestantes de su hermano Eduardo VI, Tomás, al no someterse a estas novedades religiosas, perdió su parroquia y se ganó la vida dando clases en Gales.

En 1561 fue arrestado y acusado de ser católico, toda vez que se le encontró diciendo misa, y fue encerrado en la prisión de Fleet. Le esperaban doce años de prisión. El director de la carcel lo trató con blandura, le dejó decir misa e incluso hacer propaganda catolica con los otros presos, convirtiendo así a algunos. En 1563, con motivo de una epidemia, fue llevado con los otros presos a la cárcel de un condado.

En 1572 solicitó ser admitido en la Compañía de Jesús y recibió por carta la admisión a la misma. Pero, producida la excomunión de Isabel I por el papa Pío V, Tomás escribió a Lord Burleigh instándolo a que recomendara a la reina se sometiera al Papa. Esto provocó que se le hiciera un interrogatorio en el que el mártir defendió calurosamente la primacía papal, motivo por el cual hubo de comparecer a juicio en Guildhall. Negó la autoridad de un tribunal secular para juzgar a un sacerdote por asuntos religiosos y defendió su propia fe con convicción y ardor. Fue condenado a muerte como traidor y llevado a Tyburn para ser ejecutado el 19 de junio de 1573. En el propio patíbulo volvió a demandar a la reina que se sometiera a la autoridad apostólica del Papa. Fue ahorcado y descuartizado. Beatificado el 9 de diciembre de 1886.

SANTOS REMIGIO ISORÉ Y MODESTO ANDLAUER

Presbíteros y mártires († 1900)

En plena persecución de los boxers contra el cristianismo, estos dos misioneros jesuitas que se hallaban en el poblado chino de Wuyi, en la mañana del día 19 de junio de 1900, al comprobar la cercanía de los boxers, se dirigieron a la capilla donde se postraron ante el altar y se entregaron a la oración poniendo sus vidas en las manos de Dios. Llegaron los boxers, rompieron las puertas y se dirigieron hacia ellos, matándolos a golpes con sus lanzas y salpicando su sangre el altar en el que tantas veces se había celebrado la santa misa.

REMIGIO ISORE había nacido en Bambeque, Francia, el 22 de enero de 1852. En su juventud, sintiendo la vocación sacerdotal, ingresó en el seminario de Cambrai y se preparaba para el sacerdocio, pero, atraído por la vida religiosa, pidió un tiempo de reflexión y al cabo del mismo decidió su ingreso en la Compañía de Jesús. Entró en el noviciado de St. Acheul el 20 de noviembre de 1875 y una vez hechos los votos se ofreció para las misiones. Fue enviado a China, donde completó los estudios y se ordenó sacerdote el 31 de julio de 1886. Fue un misionero enérgico y celoso. Estaba en la estación misionera de Weishien, Tientsin, cuando empezó la revuelta de los boxers, pero fue enviado a Changkiachwang para una temporada de descanso. Cuando le llegó la noticia de la revolución, quiso volver enseguida a su puesto misional y se puso en camino, pero se paró en la estación misionera del P. Andlauer.

MODESTO ANDLAUER había nacido en Rosheim, Alsacia, el 22 de mayo de 1847. Entró en la Compañía de Jesús en St. Acheul el 5 de octubre de 1872. Fue ordenado sacerdote en Francia en 1876 y marchó a China en 1882, entregándose a su tarea misional con gran dedicación en la misión de Wuyi. Era modesto y humilde, una persona de gran vida interior.

Fueron canonizados el 1 de octubre de 2000.

20 de junio

A) MARTIROLOGIO

1 La conmemoración de San Metodio († 312), obispo de Olimpo y mártir

2 En Laon (Neustria), San Goban o Gobain († 670), presbítero y ermitaño *

3 En el monasterio de Santiago de Foggia, en Apulia, San Juan de Matera († 1139), abad **

4 En el monasterio de Modingen (Baviera), Beata Margarita Ebner († 1351), virgen, monja dominica *

5 En Dublín (Irlanda), la pasión del Beato Dermicio O'Hurley († 1584), obispo, mártir bajo el reinado de Isabel I **

6. En Dublín (Irlanda), la conmemoración de la Beata Margarita Ball († 1584), viuda y mártir, muerta en la cárcel en fecha desconocida y conmemorada hoy *.

7. En Nagasaki (Japón), beatos Francisco Pacheco, presbítero, y ocho compañeros: Baltasar de Torres y Juan Bautista Zola, presbíteros, Pedro Rinsei, Vicente Kaun, Juan Kisaku, Pablo Kinsuke, Miguel Tozo y Gaspar Sadamatsu († 1626), todos ellos religiosos de la Compañía de Jesús *.

8. En Londres (Inglaterra), beatos Tomás Whitbread y sus compañeros Guillermo Harcourt, Juan Fenwich, Juan Gavan y Antonio Turner († 1679), todos ellos presbíteros y religiosos jesuitas, mártires bajo el reinado de Carlos II *.

B) Biografías extensas

SAN JUAN DE MATERA
Abad († 1139)

San Juan de Matera nació probablemente el año 1070 en la provincia de Matera (Italia) y murió en Foggia el 20 de junio de 1139. Pertenece al grupo de santos reformadores del monacato del siglo XII en la Italia meridional. Se formó con los monjes basilios que se habían establecido en la pequeña isla de San Pedro, frente a la ciudad de Tarento, pasando luego a ser ermitaño en diversos lugares del sur de Italia: Calabria, Sicilia y Ginosa. Vivió por mucho tiempo en el más absoluto retiro y en una penitencia rígida, aunque a lo largo de su vida tuvo que experimentar etapas de vida comunitaria e incluso de predicación.

Tras unos años de vida solitaria en dicha isla de San Pedro, vuelve a su patria y se establece en Ginosa, cerca de Matera. Fue entonces cuando su tipo de vida y su fuerte personalidad hacen que se le junten algunos discípulos y para ellos abre un monasterio. Comienza para él una serie de problemas de no fácil solución, el primero de los cuales fue una acusación de hurto, lo que le llevó incluso a la cárcel. Solucionado este problema continúa su vida itinerante y se encamina hacia la ciudad de Capua. Allí, durante un tiempo, vive con otro santo, San Guillermo de Verceli, que comenzaba un nuevo tipo de vida monástica en Montevergine. Tras un tiempo de experiencia en este monacato tiene la idea de dirigirse a Tierra Santa, pero antes se detiene en la ciudad de Bari donde se comienza a predicar para ele-

var el nivel religioso de sus gentes. Nuevamente es acusado, en esta ocasión, de enseñar doctrinas falsas y peligrosas, pero logró demostrar su plena ortodoxia y partió de nuevo hacia Ginosa a observar la evolución de los discípulos que allí había dejado. Tras un tiempo de estabilidad, y ahora movido por su devoción al arcángel Miguel, se dirige al Monte Gargano, al santuario que allí hay dedicado al arcángel y donde se detiene por un tiempo. Siente más fuerte que nunca la llamada a la soledad y al silencio y, en el año 1129, se establece en Pulsano, un lugar no lejos del Monte Gargano, donde erige un monasterio dedicado a la Santísima Virgen María. Los seis miembros que inicialmente lo poblaron, muy pronto pasan a ser unos sesenta y de ese modo surge la congregación de Pulsano.

La norma de vida era la Regla de San Benito en su interpretación más rígida: los monjes lo tenían todo en común; caminaban descalzos, practicaban durísimas penitencias, se alimentaban del trabajo de los campos y de las limosnas que recibían; vestían un tosco sayal y un escapulario negro. No obstante, los monjes tenían una buena formación y cuidaban mucho todo lo relacionado con los estudios.

Sin depender de la reforma de San Romualdo en la Camáldula, ni de la de San Bruno en la Cartuja, a San Juan de Matera y a la congregación benedictina de Pulsano hay que enmarcarlos dentro de este momento de renovación monástica. Como característica propia, la congregación benedictina de Pulsano tuvo un cierto carácter ermitaño. Junto al monasterio se excavaban grutas en la roca, normalmente en lugares de difícil acceso, donde los monjes se retiraban a llevar vida de oración y contemplación.

Aunque en un principio la obra de San Juan de Matera estaba pensada para monjes, no tardaron en unirse algunas mujeres que querían ponerse bajo su dirección y carisma, por lo que se abrieron dos monasterios femeninos con el mismo ideal que el de los monjes.

No se conocen escritos del santo, por lo que no es fácil conocer su espiritualidad ni la regla de vida de la que parte; únicamente por sus discípulos podemos conseguir algo de su fuerte personalidad y de su duro carácter para la ascesis y la mortifica-

ción. A ello se unía un gran amor por las almas a las que quería salvar, lo que le llevó a abandonar la soledad y hacerse predicador ambulante. También llegó a tener un fuerte atractivo por la pobreza absoluta, imponiéndola a sus discípulos para contrastar con la prosperidad de algunos monasterios medievales. Anticipaba así en unos siglos algunos de los ideales que después impondrían los mendicantes.

Murió en Foggia tras diez años continuos de gobierno abacial, en el monasterio de Santiago, el año de 1139. Fue sepultado en Pulsano, pero en el 1830 su cuerpo fue trasladado a la catedral de Matera.

Su sucesor fue el Beato Jordán († 1145), que sería el gran impulsor de la congregación. Sobre todo, estableció el principio de dependencia de todos los monasterios del abad de Pulsano. Durante el gobierno del Beato Joel la congregación alcanzó el mayor desarrollo: los monasterios eran numerosos en muchas partes de la Italia central y meridional, especialmente en la Toscana, entre ellos se hicieron célebres los de San Pedro de Vallebona, cerca de Chieti, de San Miguel de Guamo, cerca de Lucca, y de San Miguel del Orticaia, cerca de Pisa.

En el año 1177, el papa Alejandro III, que viajaba a la ciudad de Benevento, consagró la iglesia de Santa María de Pulsano y con una bula puso bajo la protección de la Santa Sede la congregación de Pulsano.

JUAN JAVIER FLORES ARCAS, OSB

Bibliografía

LECCISOTTI, T., «Nell'ottavo centenario di un apostolo dell'Italia meridionale»: *Convivium* 2 (1939) 341-353.

MATTEI-CERASOLI, L., *La congregazione benedettina degli eremiti pulsanesi. Cenni storici* (Badia de Cava 1938).

PECCI, A., *Vita sancti Johannis a Mathera abatis* (Putignano 1938).

LOS MÁRTIRES INGLESES

(† s. XVI)

Cuando se habla de los mártires ingleses, se entiende aquellos héroes, sacerdotes y seglares, hombres y mujeres, que die-

ron sus vidas durante la Reforma en Inglaterra, en un esfuerzo supremo para conservar la fe, la misa y los sacramentos en aquella isla.

Para entender mejor lo que les llevó a la muerte por su religión será menester hacer un pequeño resumen de la historia de aquella Reforma tal como se desarrolló en Inglaterra. Es decir, es necesario comprender el origen, naturaleza y tendencias de la causa en que perdieron la vida. Si no, nunca podremos comprender por qué se les acusó de traición, por qué fueron tan vanas las acusaciones lanzadas contra ellos y por qué fueron aceptadas dichas acusaciones tantas veces juntamente con pruebas ridículas contra su causa delante de los tribunales.

El protestantismo no logró tener éxito en Inglaterra hasta el reinado de Eduardo VI. Todo lo contrario, al rey Enrique VIII le fue concedido por el Papa el título de defensor de la fe por sus escritos contra aquella herejía. Sin embargo, la semilla de la separación entre Inglaterra y la Iglesia católica había sido sembrada hacía años, puesto que el poder de la Corona y el del monarca habían aumentado mucho desde las guerras de las Rosas, de tal manera que la Iglesia en Inglaterra llegó a ser un instrumento más en las manos del rey. Por tanto, cuando Enrique VIII decidió casarse con Ana Bolena, divorciándose de su legítima esposa, Catalina de Aragón, pocas fueron las voces que se levantaron en contra, si dejamos aparte las de Tomás Moro y Juan Fisher. Así llegó el cisma; pero todavía no había entrado la herejía.

El protestantismo empezó su trabajo nefasto en el reinado del joven Eduardo VI, introduciéndose primero entre los ministros del rey y, más tarde, apoderándose, sin mucha oposición, de las grandes ciudades, tanto como de los condados del este del país. Cuando llegó al trono la reina María, hija legítima de Enrique VIII y Catalina de Aragón, defensora de la verdadera religión y ferviente católica, el protestantismo tenía mucha fuerza en todo el país. Por esta razón, el renacimiento del catolicismo durante su reinado duró muy poco, escasamente cuatro años desde su proclamación oficial hecha por el Parlamento.

Después de la muerte de María heredó el trono Isabel I, en el año 1558, y ésta, olvidando enseguida su solemne promesa de mantener en el reino la fe católica, se rodeó de consejeros y

ministros protestantes, de los cuales Guillermo Cecil puede considerarse el jefe y prototipo. Entonces empezó la verdadera lucha entre la herejía y las fuerzas de la Contrarreforma, tanto, que la mayoría de los mártires fueron ejecutados durante estos años, siendo relativamente pocos los que murieron durante el período de Carlos I, Jaime I y el protector Cromwell. Sin embargo, la persecución no empezó de una manera abierta y violenta, debido a que Isabel I y sus ministros habían condenado de forma rotunda las ejecuciones de protestantes durante el reinado de María y sería demasiado ingenuo lanzarse enseguida, a su vez, a asesinar a los católicos.

Así, por lo menos, pensó Cecil, el primer ministro de Isabel. Primero sería necesario consolidar la posición del protestantismo y preparar el terreno. Esto se hizo con dos leyes, el «Decreto de supremacía» y el «Acta de uniformidad», en el año 1559. Con estos decretos se planteó un grave problema que hasta entonces no había surgido, y por tanto, frente a él los mismos católicos se encontraron desconcertados.

Antes se había discutido mucho la relación entre el poder de la Iglesia y el del Estado, siendo mantenido firme el derecho de la Iglesia de nombrar a los obispos y de concederles sus poderes jurisdiccionales, mientras el Estado había conseguido en Inglaterra el derecho de exigir contribuciones del clero y de juzgarles. Ahora se planteó un problema muy distinto, puesto que el rey se declaró monarca no solamente en cuanto a las cosas civiles del país, sino también de las espirituales y religiosas dentro de su reino. Algunos de sus súbditos —la mayoría— resolvieron el problema aceptando con sumisión los decretos reales, viendo en ellos solamente los deseos del rey de enriquecerse mediante una confiscación de los bienes de la Iglesia en el país, especialmente de los grandes monasterios. Otros, y al principio fueron muy pocos, dieron su vida antes de ceder al monarca lo que consideraban una prerrogativa del romano pontífice. Es decir, éstos vieron en el problema su aspecto teológico, mientras los otros no vieron más que el aspecto político-social. Pero vamos a continuar con nuestra historia.

El levantamiento en el norte de Inglaterra en el año 1569, por motivos puramente religiosos, hizo a Cecil cambiar su política, y

desde entonces la persecución de los católicos fue más dura, tanto que, en el año 1570, el papa San Pío V excomulgó a la reina Isabel. En seguida Cecil tomó su revancha. Identificando el protestantismo con el espíritu nacional, empezó a calificar de traidores a todos los que propagaron las noticias de la sentencia papal, a todos los sacerdotes que continuaron en la verdadera fe, juntamente con los que les ayudaran con dinero y les hospedaran en sus casas. Pero, al mismo tiempo, había empezado aquel movimiento espiritual que llamamos la Contrarreforma.

La sentencia papal lanzada contra la reina hizo que muchos católicos «abrieran los ojos» y se marcharan de Inglaterra al extranjero, formándose así verdaderas colonias en muchos países con estos jóvenes dispuestos a dar su vida para conservar la fe en Inglaterra. En 1565 el cardenal Allen abrió su famoso seminario en Douai, mandando desde allí los primeros misioneros en el año 1574. Un poco más tarde abrió otro seminario en Roma, en 1578, y en 1589 otro en Valladolid. Tanto el de Roma como el de Valladolid perduraron durante mucho tiempo y continuaron con su trabajo de educar y mandar sacerdotes a todas partes de Inglaterra. Tanto como la oposición, la resistencia de los católicos se había endurecido. La persecución continuó bastantes años todavía, hasta el fin del gobierno del protector Cromwell; pero llegó a su punto más feroz después del decreto del año 1585 contra la misa y los sacerdotes.

Según este decreto todos los sacerdotes de la isla tendrían que salir de ella en un plazo de cuarenta días; el mero hecho de ser sacerdotes era un acto de traición a la nación; los que estaban estudiando en seminarios fuera del país tendrían que volver a él dentro de un período de seis meses y prestar un juramento de fidelidad a la reina como cabeza de la nación y de la Iglesia. Los que rehusaron cumplir estas condiciones fueron declarados traidores, juntamente con todos los que les ayudaron en cualquier forma. Les esperaba la pena de muerte.

Ésta, en general, fue la situación política y religiosa de aquellos tiempos. Ahora examinemos con más detalle la vida de aquellos gloriosos mártires y su muerte.

Al terminarse la persecución, 316 personas habían dado su vida para conservar los restos de la fe en Inglaterra. De éstas, 79

fueron seglares y 237 sacerdotes, de los cuales 85 eran religiosos de distintas Órdenes, entre ellas jesuitas, dominicos, benedictinos y franciscanos. Al leer estas cifras nuestra primera reacción es: ¿por qué fueron tan pocos? La contestación a esta pregunta no es sencilla, pero podemos resumirla diciendo que, al principio, no se vio claramente el peligro que encerró el cisma en tiempos de Enrique VIII, siendo solamente cincuenta los que murieron por la fe durante su reinado. Pero entre ellos encontramos aquellos dos santos, Santo Tomás Moro y San Juan Fisher, obispo de Rochester y gran defensor de la reina Catalina de Aragón. Además, la supresión de los monasterios y la flaqueza de los obispos en tiempos de Enrique planteó un problema para los fieles y para los sacerdotes. No tuvieron más remedio que seguir el ejemplo de sus obispos. En tiempos de Isabel I, como hemos indicado, se endureció la resistencia, pero ya era demasiado tarde para conseguir la completa conversión de la isla. Sin embargo, tenemos que decir que, si hoy día la misa se celebra en Inglaterra y si hay un elevado número de católicos fervorosos allí, este hecho es debido, en gran parte, al sacrificio de aquellos católicos que murieron entre 1535 y 1679.

No podemos escribir aquí las vidas de cada uno de los mártires, puesto que no disponemos de espacio suficiente para ello. Por tanto, los vamos a dividir en dos grupos: los seglares y los sacerdotes. Entre los seglares encontramos de todas las clases sociales, desde lo más alto hasta lo más bajo, desde un canciller del reino hasta un simple obrero. Entre ellos hay tres mujeres. Cada uno dio su vida en circunstancias muy distintas, pero todos murieron por la misma causa: su fe. Entre ellos se destaca, tanto por su carácter como por las circunstancias de su muerte, el canciller Santo Tomás Moro. Íntimo compañero y amigo del rey Enrique VIII, abogado distinguido, de mucha cultura general, amigo de Erasmo, cariñoso padre de familia, era un hombre muy simpático, tenía buen humor y, además, era un católico fervoroso. Cuando vio que no era compatible con su religión aceptar el juramento de sumisión a Enrique como cabeza de la Iglesia en Inglaterra, presentó su dimisión, tratando de vivir una vida tranquila en su casa sin más complicaciones. Pero, por fin, fue arrestado e interrogado en la Torre de Londres. A todos los

esfuerzos para convencerle de que debía prestar el juramento contestó sencillamente que no podía reconciliarlo con su conciencia. Cuando su propia mujer añadió sus esfuerzos a los de sus amigos, le contestó: «¿Cuántos años crees que podía vivir en mi casa?». «Por lo menos veinte, porque no eres viejo», le dijo ella. «Muy mala ganga, puesto que quieres que cambie por veinte años toda la eternidad». Murió después de quince meses en la cárcel. Su catolicismo se demuestra en la pequeña obra *Diálogo en tiempos de tribulación,* que escribió en la cárcel; mientras su buen humor se reveló en los últimos momentos de su vida, cuando, al agachar la cabeza sobre la madera para recibir el hachazo, dijo, quitando su barba de la madera: «Dejadme quitar la barba de aquí; ésa no ha cometido ninguna traición».

La mayoría de los otros seglares murieron porque ayudaron a los sacerdotes en su trabajo como misioneros, ocultándoles en sus casas, preparándoles escondites donde podían refugiarse con sus hábitos y con todo lo que podía demostrar que se había celebrado misa en aquel lugar. Entre ellos encontramos a tres mujeres. Una, Ana Line, fue condenada por tener sacerdotes en su casa. Antes de ser ahorcada dijo a la muchedumbre: «Me han condenado por recibir en mi casa a sacerdotes. Ojalá donde recibí uno pudiera haber recibido a miles y no me arrepiento por lo que he hecho». Las últimas palabras de Margarita Clitheroe fueron: «Este camino al cielo es tan corto como cualquier otro». Margarita Ward perdió la vida porque llevó en una cesta la cuerda con que se escapó de la cárcel el padre Watson, sabiendo que, de ser descubierta, nada la podría salvar de la horca. Los jueces hicieron lo posible para que prometiese ir a la iglesia protestante, pero su contestación fue sencilla y clara: «Eso no me lo permite la conciencia».

La vida de los sacerdotes es más fácil de describir por la semejanza que existe entre ellas.

Se educaron en seminarios y colegios en el extranjero (en España había tres: Valladolid, Madrid y Sevilla), cursando los años de filosofía y teología. Después de ordenarse marchaban a Inglaterra, disfrazados de comerciantes, soldados, criados, etc., sabiendo que la muerte les acechaba a cada paso. Algunos fueron hechos prisioneros nada más llegar, mientras otros con-

siguieron pasar muchos años inadvertidos, sin despertar las sospechas de las autoridades civiles. Pero, más tarde o más temprano, para todos llegó el momento de la prueba. Generalmente debido a informes de algún traidor o espía, los guardias les buscaban, encontrándoles a veces cuando estaban celebrando misa o escondidos con sus hábitos sacerdotales en una casa. Encadenados, pasaban un período indefinido en la cárcel, donde eran interrogados repetidas veces para conseguir las pruebas necesarias contra ellos y los nombres de aquellos que les habían dado alojamiento o ayuda, tanto como los sitios donde habían celebrado la misa. Pero, fieles a su fe y su vocación, en ningún caso revelaban datos importantes, por lo que eran sometidos a la tortura para conseguir por la fuerza lo que no quisieron decir libremente. Esta tortura fue tan dura a veces que, al llegar al juicio público, había que dejarles sentar, porque no tenían fuerza bastante para mantenerse de pie. Las condiciones en la cárcel eran tan miserables que algunos murieron allí sin llegar a la horca. Un alumno del colegio inglés de Valladolid fue traicionado por su propio padre, quien, después de la muerte de su hijo en la cárcel, rehusó darle entierro cristiano.

Después del interrogatorio oficial venían las disputas con los pastores protestantes, quienes trataban de conseguir la apostasía de los misioneros mediante sus argumentos, sin éxito, saliendo vencidos por la sabiduría y la paciencia de los mártires, debidamente preparados durante sus estudios para este momento. Luego venía el juicio, del cual sabemos todos los detalles pues los documentos oficiales y deposiciones se encuentran en los archivos del Estado todavía. Un estudio de estos documentos nos revela que la causa principal fue siempre religiosa, disfrazada bajo acusación de traición. Los documentos del juicio de San Edmundo Campion, uno de los más renombrados mártires de la Compañía de Jesús, también demuestran la insuficiencia de las pruebas admitidas por el juez, tanto como el truco principal que utilizaron los jueces para conseguir la condena cuando otras pruebas les fallaron.

Este método consistió en una serie de preguntas tales como las siguientes: «¿Aceptaría usted la libertad, tanto para usted como para su Iglesia, si esto fuese posible?». Dada la contesta-

ción afirmativa, el juez continuó: «¿La aceptaría de manos de una fuerza papal? En caso de una invasión de este reino por las fuerzas papales, ¿qué debe hacer un buen católico?». Como ningún católico de aquellos tiempos podía dar una contestación satisfactoria a estas preguntas, no había dificultad en condenarles como traidores al reino. Campion denunció con toda su elocuencia la injusticia de este truco en su juicio.

Después de la sentencia condenatoria les dejaban en la cárcel unos días más, sacándoles solamente para llevarles a la horca atados a una especie de trineo arrastrado por un caballo, siendo acompañados siempre por el pastor protestante que iba discutiendo con ellos, sin duda para que no tuviesen oportunidad para hablar con amigos o rezar en paz. Al llegar al sitio de su martirio les quitaban la ropa y les dejaban solamente la camisa, así facilitaban el cumplimiento de los últimos detalles de la sentencia brutal. Ataban la cuerda al palo y el mártir subía las escaleras de la horca. La gente alrededor esperaba un discurso del condenado, y muchos de los mártires aprovechaban esta ocasión para hacer su última predicación de la verdadera fe a la gente ignorante que les rodeaba. Después de rezar una oración, sin miedo alguno y muchas veces con visible alegría, se preparaban para el supremo sacrificio. Quitando las escaleras o el carro debajo de sus pies, el verdugo les dejaba congestionarse hasta casi perder el conocimiento. En este momento les echaba al suelo, donde les quitaban las entrañas y el corazón. A muy pocos, como favor especial, les dejaron en la horca hasta morir, y la mayoría tuvieron bastantes fuerzas para elevar una última oración al cielo en el momento de quitarles el corazón. Luego les cortaban la cabeza y les descuartizaban con el fin de exponer sus restos en un lugar público.

Así murieron por su fe, sabiendo que otros vendrían detrás de ellos para continuar su trabajo. En efecto, los estudiantes, todavía en sus colegios en el extranjero, al recibir las noticias del martirio solían acudir a la capilla para cantar el *Te Deum* y la Salve. En el colegio de Valladolid esta ceremonia tenía lugar delante de una estatua de la Virgen mutilada por las tropas inglesas durante el saqueo de Cádiz. Como siempre, de la sangre de los mártires brotó una resistencia cada día más fuerte y más eficaz.

España puede tener el merecido orgullo de haber dado refugio a muchos de aquellos sacerdotes, puesto que el colegio de Valladolid cuenta entre sus alumnos de aquellos tiempos veintitrés mártires, diecinueve de ellos ya beatificados por la Iglesia. El país tendrá su recompensa por ese acto de generosidad y verdadero espíritu católico.

Quizá sea verdad que la resistencia a la Reforma fue menos dura y eficaz en Inglaterra que en otros países de Europa; pero también es cierto que el heroísmo de los pocos que lucharon tanto, perdiendo sus vidas por la causa de la fe, es un ejemplo, no solamente para los católicos ingleses, sino también para el mundo entero. De aquellos esfuerzos y de aquella sangre ha brotado la fe de nuevo en la isla, tanto que podemos afirmar que no fue derramada en vano. Lo mismo se dirá de todos los mártires de la santa Iglesia, y mientras existan hombres y mujeres que estén dispuestos a sacrificar todo, incluso sus vidas, por la causa de la verdad, aquella verdad triunfará sobre todos los obstáculos y todos los perseguidores.

DAVID LIONEL GREENSTOCK

Bibliografía

BURTON, E. H. - POLLEN, J. H (eds.), *Lives of english martyrs.* Second series: *The martyrs declared venerable.* I: *1583-1888* (Londres 1914).
CAMM, B , *Lives of the english martyrs,* 2 vols. (Londres 1915).
— ID (ed.), *The english martyrs Papers from the Summer School of Catholic Studies held at Cambridge, july 28-august 6 1928* (Cambridge 1929).
CHALLONER, R., *Memoirs of missionary priests, as well secular as regular and of other catholics, of both sexes, that have suffered death in England, on religious accounts, from the year of our Lord 1577 to 1684,* 2 vols. (Londres 1741-1742; nueva ed. 1964).
HENSON, E. (ed.), *Registers of the english college at Valladolid, 1589-1862* (Valladolid 1930).
• Actualización:
MORRIS, J., SI, *The english martyrs* (Londres 1960).
MCNEILL, CH., art. en *The Catholic Encyclopedia,* I (Londres 1907); cf. www.enciclopediacatolica.com/1/irlandeses htm

BEATO DERMICIO O'HURLEY

Obispo y mártir († 1584)

Irlanda ha estado sojuzgada durante siglos por la corona inglesa hasta que en pleno siglo XX la mayor parte de la isla consi-

guió formalizarse como república independiente. Irlanda, al depender de la corona británica, hubo de padecer sometimiento también religioso, porque al separarse la corona inglesa de la comunión con Roma y el resto de la catolicidad en el siglo XVI, la pretensión fue arrastrar también a Irlanda por su camino rupturista. La resistencia a esta novedad religiosa impuesta por Enrique VIII no pudo menos que crear mártires en Irlanda como los creó en la Gran Bretaña. El *Martirologio romano* recoge la memoria de estos testigos de la fe, puesto que algunos ya han sido canonizados o beatificados por la Iglesia.

Uno de esos testigos de la fe que sellaron con su sangre la fidelidad al Primado de Pedro y la tradición católica fue el obispo Dermicio O'Hurley, que con otros dieciséis mártires fue colocado en los altares por el papa Juan Pablo II el 27 de septiembre de 1992. Su historia es la historia de una entrega y una fidelidad.

Dermot, castellanizado Dermicio, O'Hurley nació en Emly, condado de Tipperary, Irlanda, hacia el año 1530. Su padre, Guillermo, era agente del conde de Desmond y su madre se llamaba Honora O'Brien. Era todavía un niño cuando su familia se trasladó a vivir en Lickadoon, en el condado de Limerick, y es probable que Dermicio hiciera sus primeros estudios en la escuela catedralicia de Emly, cuyo obispo también tenía el apellido O'Hurley. Y esto es prácticamente todo lo que sabemos de la infancia de Dermicio. Era ya un espigado adolescente cuando marchó a estudiar a Lovaina.

Consta que en 1551 se gradúa en artes en el «Paedagogium Lilia» y que ocho años más tarde ya estaba dando clases de filosofía en este colegio, y se sabe que tuvieron mucho éxito sus comentarios en el aula a Aristóteles. Al mismo tiempo que enseñaba, y ello no dejaría de serle arduo, estudió la carrera de Derecho, llegando a graduarse como doctor in utroque iure. Este grado de doctor hizo posible su nombramiento como decano en la Facultad de Derecho de Lovaina. Tras pasar quince años de su vida en esta ciudad, se trasladó a Reims, en cuya Universidad obtuvo cátedra de Derecho, que le fue asignada por el arzobispo Luis de Guisa, fundador de la Universidad. Aquí estuvo cuatro años hasta que, parece que en 1570, dejó Reims y se fue a Roma.

¿Qué hizo Dermicio en Roma? Parece que aquí también fue profesor, y así se deduce de unos versos que le dedicaron cuando, nombrado ya arzobispo, dejaba Roma por Irlanda, pero no queda traza documental de la actividad romana de Dermicio. Se diría más tarde que en Roma fue miembro del Santo Oficio, pero de ello no queda prueba documental alguna. Lo que sí es cierto es que debió acreditarse como persona de la confianza de la Iglesia durante los once años de su estancia en la Ciudad Eterna, ya que en 1581 el papa Gregorio XIII le proponía aceptase el arzobispado de Cashel. Dermicio no era ni siquiera clérigo, no había recibido ni la tonsura clerical. Era un profesor seglar, al que de pronto y de golpe se le elevaba al episcopado. Es claro que al papa debieron presentárselo como el hombre idóneo y que la curia papal estaría de acuerdo.

Un breve pontificio le facultaba para recibir en pocos días todas las órdenes, menores y mayores, hasta el sacerdocio. Con este aval pudo recibir la tonsura y luego las cuatro órdenes menores y las tres mayores entre el 29 de julio y el 13 de agosto de 1581. Y de esta forma el ya sacerdote Dermicio O'Hurley fue preconizado en el consistorio secreto del 11 de septiembre de 1581 como nuevo arzobispo metropolitano de Cashel, alegándose que en él se veían unidas la piedad y la doctrina. Recibida la consagración episcopal, el Papa le impuso el palio el 27 de noviembre del mismo año.

En el verano del año siguiente ya ha dejado Roma y ha vuelto a Reims, donde ha hecho entrega de una cantidad de dinero procedente del Colegio Inglés de Roma al Dr. William Allen fundador del seminario misionero inglés de Douai, trasladado luego a Reims. Y aquí en Reims cayó enfermo y hubo de esperar un año antes de comenzar los preparativos para su viaje de vuelta a Irlanda. Se eligió como puerto de partida el de Le Croisic, en la boca del Loira, y pareció más discreto y apartado que el de Nantes. Se tomó la decisión de que el puerto de desembarque fuera Holmpatrick, en la vecindad de Skerries, condado de Dublín, que pareció un sitio seguro y además no estaba bajo la jurisdicción de la corporación de Dublín y era de propiedad privada. Se acordó además que el breve papal y los demás documentos comprometedores no los llevaría consigo sino que se le

encargaría su traslado a Irlanda a un mercader de Wexford. No contaron con un suceso inesperado, y es que el barco de Wexford fue interceptado por unos piratas. El dossier con las letras de su consagración y demás documentos vino a poder de los jueces de Dublín. Todo indica que ya las autoridades conocían la llegada de Dermicio a Irlanda y no solamente por la documentación proporcionada por los piratas sino por información facilitada por los espías. Por otro lado no parece que supiera Dermicio en qué mal momento político llegaba a su isla.

Porque había una verdadera situación de crisis en la misma en aquel año 1583. Se trataba de los coletazos de la llamada rebelión de Munster que venía de 1579 y se extendía por toda Irlanda. La disidencia era extensa y grave, y no era exactamente esta situación la mejor para la llegada de un nuevo arzobispo católico. Una vez desembarcado en Skerries, O'Hurley fue saludado por el sacerdote John Dillon que lo acompañó a Drogheda y se alojó con él en una hostería. No pasó inadvertido y las autoridades de Dublín fueron avisadas de su presencia. Alguien de Drogheda le puso en aviso, y entonces Dermicio se marchó a Slane, cuyo barón supo de su venida, y le permitió empezar sus actividades. Las autoridades conocieron además la presencia de O'Hurley en Meath por la visita de Sir Robert Dillon, justicia mayor de litigios comunes, a su primo el barón de Slane, con el cual había estado el arzobispo. Dillon informó a Dublín y de aquí le vino al barón el requerimiento de facilitar el arresto del prelado. Hubo que presionarlo, pero por fin Slane se avino. El arzobispo se había ido a Carrick-on-Suir, del condado de Tipperary. Slane mandó por él y le pidió que lo acompañara a Dublín para poder justificarse de una acusación de traición. El arzobispo estuvo de acuerdo y no había hecho más que llegar —comienzos de octubre de 1583— cuando fue arrestado y detenido, primero en la prisión de Kilkenny y luego en el castillo de Dublín.

Se decidió su interrogatorio, que tuvo lugar entre el 8 y el 20 de octubre, y estuvo a cargo de Edward Waterhouse, que era el miembro más antiguo del Concejo Privado Irlandés, siguiendo las instrucciones dadas por los Lores de Justicia Loftus y Wallop. Como el resultado de este interrogatorio fue poco satis-

factorio, se escribió al secretario de Estado de la reina Isabel, pidiéndole instrucciones. Éste, sir Francis Walsingham, contestó que aunque fuera mediante tortura había que lograr que O'Hurley reconociera sus actividades contra la Reina. Desde Dublín los jueces contestaron a su vez que carecían de los necesarios instrumentos de tortura y sugerían que el preso fuese llevado a Londres e interrogado y torturado allí. No se aceptó esta sugerencia y se insistió en que fuera el preso interrogado y torturado hasta que reconociera cuanto había hecho contra cualquiera de los dominios de la Reina. Intentaron en Dublín que dijera cuanto se quería de él sin apelar a la tortura, pero como las declaraciones de O'Hurley no gustaban, se apeló por fin a torturarlo. El 7 de mayo de 1584 se enviaba a Walsingham el texto de las declaraciones del arzobispo hechas bajo la tortura, y en las que él repitió que respecto a las actividades que se le achacaban no tenía nada que decir. Ya no se le torturó más.

Los lores de justicia habían exigido la detención de O'Hurley por tener la sospecha y casi certeza de que estaba implicado en la rebelión de Munster y en las conspiraciones del vizconde Baltinglass y William Nugent, las ramificaciones de las cuales continuaban molestando a la administración dublinesa. Creían igualmente que había una conspiración internacional contra el reino inglés, liderada por Roma, de donde O'Hurley venía. Pero los interrogatorios bajo tortura dejaron claro que O'Hurley nada tenía que ver con todo esto y que era inocente de todos los cargos, y se dieron cuenta de que esta inocencia quedaría patente en un juicio público. Pensaron entonces que tenía que ser juzgado por la ley marcial, evitando con ello un juicio público, lo que pudiera decir el jurado, la autodefensa pública del acusado, etc., y así se lo dijeron a Walsingham, proponiendo una ejecución por el delito de traición cometida en el extranjero. Walsingham consultó con la Reina y contestó que prefería un juicio público por la ley común pero que autorizaba la ejecución por la ley marcial. Fue por este procedimiento como fue el prelado condenado a muerte.

La ejecución se fijó para el 20 de junio de 1584. Muy temprano al arzobispo se le hizo salir por la puerta trasera del castillo y fue llevado a Hoggin Green para ser colgado en un patíbu-

lo. Casualmente había allí algunos ciudadanos que habían ido a un *match* de arqueros. Al preso se le permitió hablar y protestó su inocencia y señaló su convicción de que su ejecución se debía solamente a su condición de ministro de la fe católica, lo que confirma lo que se había dicho ya durante su arresto y era que se le había propuesto al detenido prelado el cambio de religión como medio de salvarse. Con paciencia y mansedumbre encomendó su alma a la misericordia de Dios. Fue ahorcado, pero a lo que parece no descuartizado, y cuando la noticia se supo en Dublín algunas señoras fueron por su cadáver y le dieron sepultura en el oratorio de San Kevin, al parecer con la colaboración de William Fitzsimon que lo logró cuando ya estaba en un ataúd para ser llevado a un enterramiento secreto.

La comunidad cristiana siempre lo tuvo por mártir y, perseverando en los siglos esta fama, se llegó a la causa de beatificación que fue introducida en 1915.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

AAS 84 (1992) 391s.

CONGREGATION FOR THE CAUSES OF SAINTS. Diocese of Dublin, *Cause for the beatification and canonization of the Servants of God Dermot O'Hurley, archbishop, and companions, who died in Ireland in defence of the catholic faith, 1579-1654* (Roma 1988).

O'MORTHUILE, S., *A martyred archbishop of Cashel: Dr. Dermot O'Hurley, 1519-1584* (Dublín 1935).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN GOBÁN

Presbítero y ermitaño († 670)

Gobán o Gobain era irlandés de nacimiento. En Inglaterra se hizo discípulo de San Fusco o Fusey, bajo el cual se hizo monje en Burgh-Castle, en Suffolk. Lo siguió a Francia, y, ya ordenado presbítero, se decidió por la vida solitaria, adentrándose en una gran selva junto al Oise. Según la tradición, fue asesinado por unos bárbaros y de él tomó aquel lugar el nombre de St.

Gobain, pero el nuevo *Martirologio* no menciona su asesinato ni le da el tradicional título de mártir.

BEATA MARGARITA EBNER

Virgen y monja († 1351)

Nace en la población de Donauwörth en el seno de una familia acomodada el año 1291, aproximadamente. Educada cristianamente, sintió muy joven la vocación religiosa y pudo entrar a los 15 años en el convento de monjas dominicas de Mödingen, junto al Danubio, en la diócesis de Augsburgo.

En este monasterio profesó los votos religiosos y permaneció toda su vida, con excepción de una temporada que por causa de la guerra hubo de volver a casa con su madre y hermanos, regresando luego al monasterio. Llevaba una vida de gran mortificación y piedad y hubo de padecer enfermedades físicas así como pruebas interiores. La ayudó mucho su director espiritual, el sacerdote Enrique de Nördlingen, que la animó a escribir su diario, por el que puede verse la vida humilde, devota y caritativa de la religiosa. La tuvieron en gran estima y en unión de oración muchos de los que se llamaban a sí mismos «los amigos de Dios» y que se hallaban en Alemania y Suiza. Muerta el 20 de junio de 1351, su culto fue confirmado el 24 de febrero de 1979.

BEATA MARGARITA BALL

Viuda y mártir († 1584)

Margarita Ball no se sabe qué día del año 1584 pasó desde este mundo al Padre. Pero como el día de hoy fue el martirio del Beato Dermicio O'Hurley y este santo obispo encabeza el grupo de mártires irlandeses beatificados el 27 de septiembre de 1992, en el que está incluida Margarita, el *Martirologio romano* incluye su memoria en el día de hoy.

Margarita Bermingham debió nacer el año 1515, poco más o menos, hija de Nicolás Bermingham de Corballis, en la baronía de Skreen, condado de Meath, en Irlanda, y de su esposa

Catalina, hija de Richard de La Hide, de Drogheda. Tendría unos quince años cuando en 1530 se casó con Bartolomé Ball, natural de Balrothery, en el condado de Dublín, y que fue «bailiff» de Dublín entre octubre de 1541 y octubre de 1542 y «mayor» de la ciudad entre 1553 y 1554. Bartolomé Ball murió al cabo de 38 años de matrimonio, en los cuales tuvo con Margarita nada menos que veinte hijos, pero de los cuales solamente sobrevivieron cinco, tres hijos y dos hijas.

Cuando en 1568 se quedó viuda, Margarita pensó emplear su tiempo en alguna buena obra, y así ella, una respetable señora de Dublín, se decidió a abrir en su casa una escuela donde ofrecer educación y formación a los niños y jóvenes procedentes de familias católicas, las cuales, muy pronto, le mandaron alumnos de todos los rincones del país. La instrucción, la buena educación y la piedad que ella les transmitía acreditaron a los ojos de los padres y de los propios jóvenes la institución de Margarita. Ella no tenía inconveniente, corriendo riesgos, en acoger sacerdotes católicos en su casa, pero a finales de los años 1570 fue denunciada y, registrada su casa, hallaron a un sacerdote diciendo misa, por lo que Margarita fue a parar a la cárcel, de la que salió pronto con la ayuda del dinero y de algunas personas influyentes. Pero no salió escarmentada, pues continuó su labor educativa y apostólica.

El problema lo tuvo en su propia casa. Cuatro de sus hijos siguieron siendo católicos, pero el mayor, Walter, era un protestante decidido y llevaba a mal las amonestaciones de su madre para que se hiciera católico. La cosa se agrió al extremo de que Walter arrestó a su propia madre, la llevó por las calles de la ciudad en un zarzo y la metió en prisión. Seguramente se la acusó de recusar el «Acta de uniformidad». El hecho es que permaneció en la cárcel, donde padeció tanto que su salud se resquebrajó y vino a morir en ella, como queda dicho, en un día no sabido del año 1584.

BEATOS FRANCISCO PACHECO, BALTASAR DE TORRES, JUAN BAUTISTA ZOLA, PEDRO RINSEI, VICENTE KAUN, JUAN KISAKU, PABLO KINSUKE, MIGUEL TOZO, GASPAR SADAMATSU

Religiosos y mártires († 1626)

Aunque el rey de Arima, Japón, no puso en vigor inicialmente los decretos imperiales de 1616 contra el cristianismo sino que, disimulando, dejó seguir clandestinamente con su apostolado a los misioneros, en su ida a la corte imperial en 1625 al oír qué trato se daba en otros sitios a los cristianos, se asustó de su propia tolerancia y desde la corte dio orden de que empezara en su reino la persecución anticristiana, como así se hizo. Por medio de un apóstata se tuvo noticias de los misioneros y de los cristianos y comenzaron las redadas, la primera de las cuales fue el 18 de diciembre de 1625.

Ese día fue apresado el P. Francisco Pacheco, provincial de la Compañía de Jesús y vicario general de la diócesis, que había fijado su residencia en el puerto de Cochinotzu, hospedándose en casa de unos sinceros cristianos. Arrestado junto con un grupo de cristianos, fueron todos ellos llevados a dos embarcaciones. Cuatro días más tarde fueron arrestados el P. Juan Bautista Zola, también jesuita, y otro grupo de cristianos. Todos fueron encerrados en la fortaleza de Ximabara, donde comenzaron a pasar frío y otras penalidades, hasta que llegó orden de que se les diera buen trato. El 15 de marzo de 1626 hubo la tercera redada, en la que, mientras decía misa, cayó preso el P. Baltasar de Torres, igualmente de la Compañía de Jesús, y lo llevaron a una prisión tipo jaula.

El día 17 de junio las autoridades revisaron las causas seguidas contra los misioneros y sus compañeros y decidieron que debían ser quemados vivos, lo que tuvo lugar en Nagasaki el día 20 siguiente. Damos algunos datos de los mártires de aquel día, todos ellos religiosos jesuitas:

FRANCISCO PACHECO nació en Ponte de Lima, Portugal, el año 1565 en el seno de una noble familia. Llevado de su gran espiritualidad, muy joven hizo el voto de ser mártir y cuando era estudiante en Lisboa y vio a cuatro japoneses que volvían de Roma de visitar al Papa, porque eran católicos, decidió dedicar-

se a las misiones del Japón. Con ese deseo entró en la Compañía de Jesús el 1 de enero de 1586. Hechos los votos religiosos y los estudios, se ordenó sacerdote y la superioridad accedió a su deseo y lo envió a Japón, donde llegó en 1604. Conoció primero la libertad religiosa y en su ámbito hizo un fecundo apostolado y luego pasó por numerosos avatares cuando se desató la persecución. Tuvo que pasar más de un año en un escondite, del que salía sólo por las noches.

BALTASAR DE TORRES había nacido en Granada, España, el 14 de diciembre de 1563 en el seno de una noble familia. Pasa de niño a Ocaña, de donde su padre fue gobernador, y estudia en el colegio que la Compañía de Jesús tenía en aquella población, donde le vino su vocación religiosa. Ingresó a los 16 años en el noviciado de Navalcarnero. Hechos los votos, estudió filosofía en el colegio de Huete y fue destinado al de Cuenca como maestro de gramática. Luego pasó a Alcalá para estudiar teología y le fue aceptado su ofrecimiento de ir a las misiones. Ordenado ya de diácono, con los tres japoneses que volvían de Roma, marchó a Oriente y ordenado sacerdote entró por fin en Japón el año 1600. Trabajó en Meaco, Osaka, Canga, Noto y Zu con mucho fruto espiritual. Cuando llegó la persecución de 1614 se quedó clandestinamente en el Japón hasta que fue arrestado y sometido a juicio para pasar de ahí al martirio.

JUAN BAUTISTA ZOLA nació en Brescia, Italia, en 1575. Ingresó en su juventud en la Compañía de Jesús y, habiéndose ofrecido para las misiones, pasó primero a la India en 1602 y dos años más tarde al Japón. En 1614 se quedó de forma clandestina en el reino de Arima donde continuó su trabajo apostólico. Pidió a dos compañeros jesuitas —que fueron martirizados antes que él— que intercedieran ante Dios para que le fuera concedida la gracia del martirio, y ellos se lo prometieron por carta.

PEDRO RINSEI era natural de Arima y se había criado con los jesuitas desde pequeño, convirtiéndose en su colaborador y acompañante, sobresaliendo como debelador del paganismo.

VICENTE KAUN era un coreano que con 13 años marchó al Japón, donde conoció el cristianismo y se convirtió, criándose

con los jesuitas. Fue un insigne colaborador de los misioneros y catequista, poniendo al servicio del evangelio su conocimiento del coreano, el japonés y el chino.

JUAN KISAKU era natural de Cochinotzu y había sobresalido como notable catequista y compañero de los misioneros, con los que se había criado y de quienes no quiso separarse cuando con ellos fue arrestado y pudo obtener la libertad.

PABLO KINSUKE era también de Arima y compañero del P. Provincial en las tareas apostólicas, estando muy preparado en su labor catequística.

MIGUEL TOZO era, igualmente, del Estado de Arima y había acompañado a los jesuitas en sus tareas apostólicas, siendo apresado cuando ayudaba al P. Torres.

GASPAR SADAMATSU, natural del Estado de Omura, era un hombre culto y versado en la religión del país. Durante cuarenta años ejerció su labor apostólica y catequética.

Todos estos mártires japoneses eran hermanos de la Compañía de Jesús, en la que habían hecho los votos religiosos. Fueron beatificados el 7 de julio de 1867.

BEATOS TOMÁS WHITBREAD, GUILLERMO HARCOURT, JUAN FENWICH, JUAN GAVAN, ANTONIO TURNER

Presbíteros y mártires († 1679)

En Londres, la capital inglesa, en la plaza de Tyburn, donde tantos mártires habían dado su sangre por la fe católica, fueron ajusticiados el día 20 de junio de 1679 cinco sacerdotes jesuitas acusados de conspiración y traición, que en realidad no morían por otra causa que la de su sacerdocio ejercido en Inglaterra y su fe católica. A los cinco los había acusado Titus Oates de conspirar contra el rey, promover su destitución o su muerte y querer cambiar por la fuerza la religión del país. No se presentaron pruebas que pudieran hacer creíble tan falsa acusación, pero en el clima de la Inglaterra de entonces la acusación prosperó y los acusados, entre ellos estos jesuitas, terminaron su vida terrena en el cadalso.

TOMÁS WHITBREAD, llamado también Harcourt, había dado motivo de odio personal a Titus Oates cuando, estando en Flandes, pidió éste ingresar en la Compañía y Tomás, entonces provincial, se negó rotundamente a admitirlo, pero en realidad Oates no odiaba solamente a este religioso sino a toda la Compañía de Jesús.

GUILLERMO HARCOURT para poder pasar inadvertido había usado en Inglaterra también los apellidos de Barrow y Warring. Su actividad había sido conocida por el Consejo real, que no había dudado en tildarlo de traidor por ejercer el ministerio sacerdotal en Inglaterra.

JUAN FENWICK también había usado el apellido de Caldwell. Fue arrestado a media noche y llevado a la cárcel de Newgate donde pasó dos meses de prisión antes de ser llevado a juicio y acusado de traidor. Como no pudo probarse su conspiración, se le mandó a la prisión nuevamente junto con Tomás Whitbread hasta que, posteriormente, se les renovó la acusación y la falta de pruebas no fue motivo para esquivar la condena a muerte.

JUAN GAVAN, acusado y condenado por participar en la falsa conspiración delatada por Oates, parece que ya muerto fue objeto de una segunda acusación: la de haber dicho que la reina podía lícitamente atentar contra el rey por las infidelidades de éste.

ANTONIO TURNER no fue detenido sino que al conocer que se había levantado esta nueva persecución anticatólica, llevado del deseo del martirio, marchó a Londres y se presentó al juez al que declaró ser jesuita y sacerdote, lo que le acarreó prisión, juicio y condena a muerte. No puede alegarse la voluntariedad de su presentación al juez para negar la verdad de su martirio. Otros mártires anteriores ya lo habían hecho.

Estos mártires fueron beatificados el 22 de noviembre de 1987.

21 de junio

A) MARTIROLOGIO

1. La memoria de San Luis Gonzaga († 1591), religioso de la Compañía de Jesús **.
2. En Gaël (Bretaña Menor), San Meveno o Meen († s. VI), abad *.
3. En la provincia de Evreux (Neustria), San Leutfrido o Leufroy († 738), abad *.
4. En Bourges (Aquitania), San Radulfo o Raúl († 866), obispo *.
5. En Huesca, San Ramón († 1126), obispo de Roda y Barbastro **.
6. En Londres (Inglaterra), San Juan Rigby († 1600), mártir bajo el reinado de Isabel I *.
7. En Rochefort (Francia), Beato Santiago Morelle Dupas († 1794), presbítero y mártir *.
8. En Zapotlanejo (México), San José Isabel Flores († 1927), presbítero y mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN LUIS GONZAGA
Religioso († 1591)

Fue Luis Gonzaga el mayor de los ocho hijos nacidos del matrimonio de Ferrante Gonzaga, marqueses de Castellón y condes de Tanasentena. Su nacimiento fue grandemente celebrado en la casa solariega de Castellón, a corta distancia de Villafranca y Solferino.

Lo que había de ser aquel pequeñuelo decíalo su entusiasmo por las armas ya desde la edad de cuatro años. Cubierta la cabeza con un pequeño morrión, defendido el pecho con garbosa coraza, lanza en la mano y espadín en la cintura, gozaba de pasar revista de parada al ejército de su padre.

Al disparar en Casale de Monferrato pesado arcabuz quemóse el rostro. Más tarde robó pólvora a los soldados del marqués y cargó temerariamente un cañón, cuya cureña, al retroceder por la reacción del disparo, estuvo a punto de aplastar al precoz artillerito.

En el campamento aprendió a repetir vergonzosas palabrotas que su ayo tuvo prontamente que corregir. El recuerdo de estas que él llamó toda su vida sus faltas le ofreció, de mayor, constante ocasión de humillarse ante Dios.

Descorazonóse el marqués al volver de su expedición a Túnez, cuando encontró a Luis demasiado dado a las cosas piadosas. Para poner coto al dominio que creía excesivo de la ascética en el corazón de su primogénito decidió enviarle a Florencia con Rodolfo, su segundo hijo, para que el atrayente fausto de la corte de los Médicis le curara.

Fue allí donde, en la iglesia de los servitas, ofreció con voto su pureza a la reina de la celeste corte y recibió de ella el don de conservarla intacta en sí y en otros. Su misión universal de guardián de la pureza en la juventud tiene allí su raíz. En los medios de defensa y preservación de la virtud angélica va tan adelante como pocos santos.

Se ha dicho que tanta precaución espiritual logró ensimismarle y convertirle en un misántropo. En contra de tal afirmación ofrecemos pruebas. Las numerosas cartas que en estas fechas escribía a su madre, doña Marta, demuestran con qué ilusión asistía a las corridas en el mismo palco del duque. Sus descripciones tan extraordinariamente minuciosas en los detalles son inexplicables si no gozara vivamente con la asistencia a tales espectáculos.

Fue más adelante, en Mantua, donde comenzó a sentir los primeros amagos del mal de piedra, que sería un filón más que su sabia técnica espiritual explotaría en orden a lo eterno.

Vuelto a Castellón, y en la intimidad de la vida familiar, empezó a escalar las cumbres de la unión con Dios. Horas pasaría extasiado en oración. Los criados atisbaban detrás de las puertas sus ratos de ocio a lo divino, puestos sus brazos en cruz y las rodillas sobre el frío mármol, los ojos en el crucifijo.

Pero no era su piedad pasiva y no más. Ya entonces enseñaba el catecismo a los pobres y atendía con sus visitas y limosnas a los menesterosos.

San Carlos Borromeo, cuando se encarga de prepararle para tomar por primera vez el pan de los ángeles, queda maravillado al descubrir tan honda contemplación y un espíritu de mortificación tan varonil en cuerpo todavía tan joven.

De nuevo preocupado por las inclinaciones que estimaba demasiado espirituales de Luis, don Ferrante, gobernador entonces de Monferrato, le conduce a Casale para que, bajo su inmediata vigilancia, tome más alegre parte en torneos, festivales, bailes, juegos y paradas militares, tanto a pie como a caballo. Las conversaciones con caballeros y damas conseguirían alejar del corazón de su primogénito, pensaba él, su demasiada inclinación al trato con Dios.

Nada logró don Ferrante, ya que fue allí donde el ángel de la pureza formuló su decidido propósito de abrazar la vida religiosa, aunque sin decidir todavía en qué instituto. Allí visitaba a los padres capuchinos, el santuario de la Crea y a los padres barnabitas.

No creyó prudente, con todo, manifestar nada a su padre todavía; pero la decisión de abandonar el mundo fue para él desde este momento definitiva e irrevocable.

Al volver de Casale a Monferrato la proporción de sus penitencias aterró a su padre. Tres veces por semana se disciplinaba hasta derramar sangre. Fabricóse él mismo un cilicio con las estrellitas de las espuelas para los corceles y metía bajo sus sábanas astillas de madera para mejor martirizarse. Aquí también Luis cumplía una misión de ejemplaridad que había de arrastrar eficazmente a lo mejor de la juventud durante siglos.

No paró el marqués hasta conducirle a Madrid, la corte más poderosa del mundo entonces, donde esperaba que sus esplendores habían de hacer entrar en razón al fervoroso Luis. Trasladóse a bordo de una galera de Juan Andrés Doria.

Ofreció la ocasión soñada la invitación por parte de la emperatriz de Austria, hija del emperador Carlos V, viuda de Maximiliano II, a la marquesa de Castellón de que la acompañase como dama de honor. De sus cinco hijos, Luis y Rodolfo fueron escogidos para pajes de honor del príncipe Diego, hijo de Felipe II.

Placeres, honores, seducciones y glorias no lograron doblar la convencida y férrea voluntad de Luis, de modo que renunciara a su ideal de total entrega a Dios.

Si un día Luis forzará las puertas de una casa religiosa no habrá sido porque la suave brisa llevara allí su barca sin luchar con temporales.

Cierto que desde entonces le ayudará la mano en su timón de Nuestra Señora del Buen Consejo, quien el 15 de agosto de 1583, desde su altar, le invita claramente a ingresar en la Compañía de Jesús. Esta devota imagen que se veneraba en la iglesia imperial, hoy catedral, pereció abrasada en julio de 1936.

Ya antes había sopesado las razones que podían doblar su voluntad, en la indecisión de qué instituto abrazar, a favor de la Orden de Ignacio. Dos de ellas más le vencían: la una, su celo por la salvación de las almas; la otra, el encontrar en ella cerrado el camino para cualquier dignidad eclesiástica.

Apenas tuvo decidido el extremo con su confesor, comunicólo a su piadosa madre, quien, lejos de desanimarle, se propuso ayudarle mediando con don Ferrante. No era fácil alcanzar la victoria sobre un carácter tan tesonero como el del marqués, y menos después de haber concebido ilusiones tan numerosas sobre cuánto le había de ayudar su primogénito. Al primer intento de razonar su decisión no logró el joven Gonzaga sino verse arrojado coléricamente de su presencia.

Pasado algún tiempo creyó el marqués buen camino para el logro de sus ilusiones, sin quebrar totalmente las de Luis, invitarle a que se contentase con entrar en una Orden religiosa que admitiera dignidades eclesiásticas. Con ello no cerraba la puerta a los triunfos humanos que esperaba de las maravillosas cualidades que todos descubrían en el primero de sus ocho hijos.

La respuesta de Luis fue clara y terminante:

> «Padre —contestó—, si yo ambicionara honores conservaría el marquesado que Dios, por ser yo el primogénito, me ha dado, y no dejaría lo cierto por lo que no podré apetecer ya en esta vocación. Deseo entrar en la Compañía de Jesús porque, entre otras cosas, me aleja de tales dignidades».

Nada pudo, ayudando a don Ferrante, su primo fray Francisco Gonzaga, ministro general de los franciscanos, quien, de paso en aquellos días por Madrid, intentó, pero sin éxito, que tomara su sobrino ruta más a gusto del marqués. Es más: convencido de la divina vocación de Luis, aseguró a don Ferrante que el llamamiento de lo alto era tan claro que nadie debía imprudentemente oponérsele. Ello ayudó a lograr del orgulloso

pero siempre cristiano Gonzaga la promesa de que daría pronto su autorización para la entrada en la religión que Luis ansiaba.

Cuando llegó el momento de cumplir la promesa dada, don Ferrante pensó que, enviándole a Mantua, Ferrara, Parma y Turín, Luis cambiaría sus fervorosos propósitos. Pero todo fue inútil.

Tampoco lograron domar aquella voluntad hercúlea personalidades movidas por el marqués con el mismo fin. Ni un muy eximio religioso, ni el arcipreste de Castellón, ni un devoto prelado lograron que cediese un palmo en su intento.

Al fin pudieron sobre la energía del marqués las muchas manchas de sangre sobre el pavimento de la alcoba de su primogénito, señales de sus penitencias.

Siguiéronse los numerosos expedientes para la renuncia del marquesado a favor de Rodolfo.

Con todo, hubo de partir Luis para Milán, donde durante ocho meses, con diecisiete años de edad, resolvería difíciles negocios de su padre con tal diplomacia que el marqués volvió de nuevo a la carga, aduciendo su avanzada edad, la inexperiencia de Rodolfo, la libertad que estaba decidido a concederle para cuanto se refiriese a su bien espiritual, y, sobre todo, el bien de todo género que podría hacer a manos llenas con el peso de su categoría social y su espiritual ejemplo.

Largo sería referir con detalle las muchas batallas que todavía ofrecería don Ferrante a Luis. Decíale que en partiendo dejaría de llamarle hijo, que, estando él herido en el lecho, terminaba de arrancarle la vida, y así de muchas maneras. Nada pudo contra la coraza de Luis, quien, entre lágrimas, defendía el castillo de un corazón enamorado de altos ideales.

Cuando el primogénito de los Gonzaga entraba en el noviciado de San Andrés de Roma, el marqués escribía al general, padre Claudio Aquaviva:

> «Hago saber a vuestra señoría reverendísima que le entrego lo que más quiero en este mundo y la mayor esperanza que tenía para la conservación de esta mi casa...».

De las industrias que ama la Compañía de Jesús en la formación de sus hijos, las preferencias de Luis recayeron en cuanto fuera especialmente humillante. Su categoría social y represen-

tación política ofrecían abundante orgullo que poder valientemente pisar por amor de lo eterno.

Luis manifestó la profundidad de su talento también entre los jesuitas. Muestra de ello fue el haber sido escogido por los superiores para sostener, conforme a la costumbre de entonces, la defensa en acto público de las tesis íntegras de la universal filosofía en presencia de tres cardenales y con general aplauso.

A la muerte de don Ferrante recurrió doña Marta a los superiores para que Luis acudiera a poner paz entre el duque de Mantua y el hermano de Luis, Rodolfo, a propósito del Estado de Solferino. Logrólo a satisfacción de ambos.

Llevó también entonces a feliz término asunto más delicado. Habíase visto obligada doña Marta a abandonar su palacio, porque Rodolfo vivía en él con Elena Aliprandi, con general escándalo. Luis averiguó que en secreto estaban unidos en legítimo matrimonio y obligó a Rodolfo a que lo hiciera público, alejando de su ánimo los temores que había concebido de que este matrimonio sería desaprobado por los suyos.

La caridad que ardía en el corazón de Luis le había de llevar al martirio en forma juvenil, arengadora para su seguimiento de la juventud perezosa. Pasando horas y días junto a la cabecera de los apestados que inundaron Roma en el año 1591; cargando sobre sus débiles hombros sus agotados cuerpos; queriendo atender a cuantos necesitaban en aquellos angustiosos días de su maternal solicitud, le prendió en sus garras la enfermedad que terminó consumiéndole. Su amor a la Eucaristía le hizo concebir la idea de alcanzar del cielo su muerte para la fiesta del Corpus. El cielo casi se lo concedió, ya que murió en la madrugada del viernes siguiente.

De él dijo en su visión Santa María Magdalena de Pazzis: «Asaeteó con dardos de amor al corazón del Verbo».

El águila valiente de los Gonzaga podía ya desde entonces mecerse con un nuevo vuelo sobre las verdes llanuras de Castiglione sin amedrentarse de superar las altas colinas que les dan sombra.

Doña Marta podría pronto dejar la airosa torre desde donde, melancólica, contemplaba la riente planicie del marquesado,

para acudir a la beatificación en Roma de aquel Luis que la tierra, el papado y el cielo consideraban como la más galana joya de la brillante dinastía de los Gonzaga.

Durante días repicarían como reinas las campanas de Castiglione, se prolongarían los banquetes entre viejos tapices, los cañones atronarían el aire y las fuentes manarían néctar para los servidores del marquesado.

Los pórticos renacentistas de la antigua mansión señorial sentiríanse orgullosos de haber visto pasar bajo sus piedras a aquel que llevaba al linaje Gonzaga a las máximas alturas de la gloria.

La ciudad apellidada al par alcázar, santuario y jardín ofrecía para su alcázar un capitán de la juventud; para su santuario, un santo inconfundible, y para su jardín, una flor cuyo aroma de pureza embalsamaría ambientes hasta entonces de repulsiva corrupción y podredumbre.

Si Luis ha pasado de moda para algunos sectores ¿no será quizá que para ellos no tienen sentido las armas de la fe, la aureola de la santidad y, sobre todo, la azucena de la pureza?

JOSÉ LUIS DÍEZ O'NEILL, SI

Bibliografía

Act SS. Boll., 21 de junio: Numerosos documentos del proceso de beatificación.
CEPARI, V., *Vida de San Luis Gonzaga, modelo y patrón de la juventud cristiana* (París 1891).
— *Vida del bienaventurado San Luis Gonzaga, de la Compañía de Jesús* (Barcelona 1868).
DAURIGNAC, J. M. S., *Histoire de Saint Louis Gonzague, prince du Saint-Empire, novice de la Compagnie de Jésus* (París ⁷1889).
DELPIERRE, E. - NOCHE, A., *Saint Louis de Gonzague et la renaissance italienne* (Le Puy 1945).
MARTINDALE, C. C., *The vocation of Aloysius Gonzaga* (Londres 1927).
• Actualización:
LUIS GONZAGA (SAN), *Lettere e scritti* (Roma 1990, nueva ed.).
PAPÁSOGLI, G., *El rebelde por Dios. Luis Gonzaga príncipe heredero del Sacro Romano Imperio* (Salamanca 1977).
TORAL PEÑARANDA, C., *San Luis Gonzaga* (Madrid 1979).

SAN RAMÓN DE RODA
Obispo († 1126)

El santo patrono de la diócesis de Barbastro-Monzón es un testigo de la santidad pastoral que, a lo largo de la historia, ha brillado en la Iglesia sobre todo en épocas cruciales y difíciles para la grey del Señor. A Ramón (o Raimundo, según la versión más latina de este antropónimo germánico) le tocó vivir en tiempos difíciles, en tierras de frontera, entre luchas de cruzada y en medio de fuertes disputas por apetencias de poder, civil, político y eclesiástico. Metido en todo este atormentado torbellino de enfrentamientos y ambiciones, el santo obispo Ramón mantuvo su fidelidad a la vocación y a la misión recibidas. Fue, ante todo, hombre religioso, consagrado en la vida claustral al servicio de Dios en el seguimiento de la perfección evangélica y al servicio de sus hermanos, a quienes, como pastor, proporcionó la educación en la fe, la entrega de su celo episcopal, la paz en medio de dificultades temporales de todo orden y hasta la fruición de un arte bello y aleccionador que ambientara y estimulara la celebración de los misterios de la fe.

Ramón Guillermo era su nombre de pila. Nació en el sur de Francia, en Durban, diócesis de Couserans, en la segunda mitad del siglo XI, hijo de una familia que le educó en la fe, le abrió la mente a la cultura y le orientó hacia la profesión militar. Pero el joven prefirió la vida religiosa al manejo de las armas. Su piedad y su ansia de perfección cristiana le inclinaron a abrazar la consagración total a Dios y al servicio pastoral de sus hermanos en la fe, siguiendo la vocación y estilo de vida de los canónigos regulares de San Antonino de Fredoles, canónica de las cercanías de la ciudad de Tolosa de Languedoc. En 1101 los canónigos de San Saturnino de Tolosa lo eligieron prior, atraídos por la fama de sus virtudes. Esta célebre iglesia canonical en el camino de Santiago vio desplegarse el celo del nuevo prior de acuerdo con la vocación a la perfección cristiana y a la dedicación a la cura pastoral de los fieles. Desde Tolosa la fama de santidad pastoral del prior Ramón se difundió rápidamente más allá de los Pirineos, en tierras aragonesas, metidas de lleno entonces en las gestas de la reconquista de las tierras hispanas para la Cristiandad, poniendo fin a la ocupación musulmana.

En 1104 el obispo San Poncio renunció a la mitra de Roda-Barbastro. Roda tenía catedral desde el año 956; sufrió la violencia de una incursión islámica, capitaneada por Abd al-Malik, en 1006, y tuvo que ser restaurada a partir de 1010. La ciudad de Barbastro fue conquistada en 1064 bajo el signo de cruzada, promulgada por el papa Alejandro II, la primera conquista de ejércitos cristianos bajo el signo de la cruz y tutelada por la suprema autoridad de la Iglesia que concedió gracias espirituales a los combatientes, preludio de las sucesivas cruzadas sobre Tierra Santa. La toma de la ciudad fue llevada a cabo por una coalición de ejércitos: el pontificio, el normando, el del duque de Aquitania, el aragonés capitaneado por Sancho Ramírez y los catalanes del conde Ermengol de Urgell y del obispo de Vic. Un año después volvió a ser tomada por el ejército del rey musulmán de Zaragoza Al-Muqtadir, pero en 1101 pasó definitivamente al reino cristiano de Aragón. En este año el papa Pascual II, a petición del rey Pedro I de Aragón, amplió la diócesis de Roda con la ciudad definitivamente conquistada.

Para restablecer el culto y la vida cristiana en la ciudad reconquistada, llegaron canónigos regulares de San Gil de Provenza. Fueron éstos quienes llevaron a la ciudad noticias de la santidad del prior de San Saturnino de Tolosa. Tras la sede vacante por la renuncia del obispo Poncio, el 5 de octubre de 1104, Ramón fue elegido obispo de Roda-Barbastro, con el beneplácito del rey Alfonso I de Aragón, y consagrado en la catedral de Barbastro por el arzobispo Bernardo de Toledo y Esteban de Huesca. En 1110 el obispo Ramón trasladó la sede episcopal a Barbastro.

El reino de Aragón, bajo el reinado de Alfonso el Batallador, vivía entonces un momento de gran expansión territorial a costa de las conquistas a los moros. Pero las tierras, pueblos y ciudades recién conquistados presentaban obstáculos de todo tipo a la labor pastoral. El culto divino, ocupación primera en la vocación de los canónigos regulares, y por ende del nuevo obispo, tenía que ser restablecido en su pureza y esplendor tras años de dominación islámica. Tenían que arrancarse del pueblo supersticiones y otros restos de antiguas prácticas religiosas, mientras soplaban vientos de extrañas doctrinas y cundía por

doquier la ignorancia. La convivencia civil estaba erizada de enormes dificultades por enfrentamientos entre bandos, ambiciones de todo tipo, en una población abigarrada de procedencias distintas debido a la repoblación por gentes de las comarcas de Ribagorza y Sobrarbe, mientras la violencia generada por la persistencia de la guerra se adueñaba con frecuencia de los antiguos y nuevos pobladores. Musulmanes que habían permanecido tras la reconquista cristiana instalados en situaciones acomodadas, judíos emprendedores que manejaban los hilos de la economía, ricos hombres y caballeros instalados en posiciones de privilegio, todo formaba una sociedad abigarrada, con rivalidades insuperables entre los diversos grupos que se disputaban el poder político y económico, mientras estallaban odios sin cuento. En medio de todo este cúmulo de contratiempos y hostilidades, el obispo Ramón tuvo que ejercer su misión de pastor solícito, de pacificador, de promotor del culto litúrgico y de la catequesis tanto en las ciudades episcopales de Roda y Barbastro como en las feligresías dispersas por montes y campos.

Pero la ambición, los odios y las rivalidades salpicaron también a la Iglesia y a su jerarquía. San Ramón tuvo que sufrir en carne propia y en su ministerio espiritual la ambición de obispos vecinos, que le discutían límites diocesanos y derechos de propiedad. Así, en 1116-1117, el obispo Esteban de Huesca expulsó con sus tropas, violentamente, de Barbastro, ciudad que él pretendía para su diócesis, a San Ramón, quien tuvo que refugiarse en la primitiva sede de Roda de Isábena. El obispo de Urgell, Odón, pretendía también recuperar territorios de la jurisdicción de Ramón. Aunque el papa dictaminó a favor del santo obispo, sus contrincantes no acataron la decisión pontificia.

Mérito singular de San Ramón en la historia de la diócesis y en la historia del arte románico fue la edificación y decoración de nuevas iglesias. En esta obra, el prelado supo rodearse de óptimos artistas que dejaron huella de su religiosidad y de su sublime arte en las iglesias del Valle de Boí, entonces pertenecientes a la diócesis de Roda. Resplandece sobre todo aún el arte del maestro de Sant Climent de Taüll, decorador de un pequeño

ábside de la catedral de Roda de Isábena y de la citada iglesia de Sant Climent de Boí, templos consagrados, juntamente con Santa María de Boí, por San Ramón los días 10 y 11 de diciembre de 1123. Para nuestra admiración quedan estas creaciones románicas del *Pantocrátor,* de protagonistas y escenas de la historia de la salvación, que ofrecieron a las asambleas celebrantes del siglo XII y presentan aún a las actuales la visualización del misterio de nuestra fe, actualizado en la liturgia que nos acerca la presencia del Señor y nos hace vivir la historia santa en la vivencia de la celebración.

El obispo Ramón era amante de la paz y huía de toda participación en actos de violencia. No obstante se unió al rey Alfonso el Batallador en una excursión para socorrer a los cristianos mozárabes en las tierras de Murcia, Almería y Córdoba, que por entonces sufrían la intolerancia de fanáticas tribus almorávides, llegadas de África.

A su regreso a Aragón, el santo prelado enfermó en la ciudad de Huesca y murió el 21 de junio de 1126. Ramón no había podido volver a su ciudad episcopal de Barbastro; por eso los canónigos de Roda trasladaron los restos de su insigne obispo a su catedral.

Para las generaciones futuras de la Iglesia en Barbastro, la figura de San Ramón de Roda permanecerá siempre nimbada con la aureola de un pastor pacífico en medio de los conflictos de la guerra y de las ambiciones terrenas, como el restaurador de una cristiandad que iba rehaciéndose en medio del esplendor del arte románico y de las tinieblas que pesan sobre una convivencia difícil, donde el discípulo de Cristo tiene que ser luz y sal, levadura del Reino de Dios, que es paz y justicia, verdad y caridad fraterna.

Consta su culto desde 1140. En la catedral de Roda se le dedicó un magnífico mausoleo en 1170, que guarda sus reliquias. En 1595 el obispo de Barbastro, don Miguel de Cercito, lo declaró patrón de la diócesis, que desde 1191 rezaba oficio propio del santo obispo.

PERE-JOAN LLABRÉS Y MARTORELL

Bibliografía

Acta sanctorum, Junii, t.IV cols.125-135.

Bibliotheca sanctorum. XI: *Ragenfreda-Stefano* (Roma 1968) cols.24-25.

DURÁN GUDIOL, A., «La santa Sede y los obispados de Huesca y Roda en la primera mitad del siglo XII»: *Antologica Annua* 13 (1965) 55-85.

IGLESIAS COSTA, M., «Ramón de Roda», en C. LEONARDI - A. RICCARDI - G. ZARRI (dirs.), *Diccionario de los Santos,* II (Madrid 2000) 1964-1965.

LÓPEZ NOVOA, S., *Historia de la ciudad de Barbastro y descripción geográfico-histórica de su diócesis* (Barbastro 1861).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN MEVENO

Abad († s. VI)

Meveno o Maine o Mewan o Meen era galés, y acompañado de San Austolo siguió a San Sansón, primero a Cornualles y luego a Dol en Bretaña, donde fundó el monasterio de Saint-Méon en la selva de Broceliande, donde vivió santamente y donde murió a edad muy avanzada, teniendo más tarde un amplio culto popular en toda la región.

SAN LEUTFRIDO

Abad († 738)

Leutfrido o Leufredo o Leufroy nació en la región de Evreux en el seno de una noble familia, hizo sus estudios en Chartres y luego volvió a su tierra, donde fue maestro de niños y adolescentes. Pero sentía la llamada a la vida religiosa y por ello dejó su casa. Primero llevó vida de recluso en Varenne, luego recibió en Ruán el hábito religioso de manos de San Sidonio y años más tarde volvió a Evreux y fundó el monasterio de La-Croix-Saint-Ouen. Ingresaron en él muchos monjes. Al lado del monasterio fundó un asilo para pobres y, cuando hacía cerca de cincuenta años que gobernaba santamente su monasterio, murió el 21 de junio de 738.

SAN RADULFO
Obispo († 866)

Radulfo o Raúl, y también Rodolfo, nace de familia noble en Cahors a comienzos del siglo IX. Profesó como monje de un monasterio cuyo nombre se ignora y llegó a abad del mismo. En 840 fue elegido arzobispo de Bourges.

Al año siguiente convocó un concilio en Bourges donde se depuso al arzobispo de Reims al que se acusaba de haber impuesto injustamente penitencia pública a Ludovico Pío. Asistió a los sínodos de Meaux (845), Savonnières (859), Tuzey (880) y Pitres (862), concilios todos ellos convocados por Carlos el Calvo con el fin de que la Iglesia apoyara la política real, de la que Radulfo era ardiente partidario. En 855 consagró rey en Aquisgran al príncipe Carlos.

Radulfo fue un buen obispo, amante de la disciplina eclesiástica. Publicó la *Instrucción pastoral* con muy oportunas normas sobre la liturgia y la vida del clero y la comunidad cristiana. Estuvo en correspondencia con el papa San Nicolás I. Construyó la iglesia catedral de Bourges, dedicada a San Esteban, y fundó varios monasterios en su diócesis. Murió el 21 de junio de 866 y tuvo muy pronto culto popular como santo.

SAN JUAN RIGBY
Mártir († 1600)

Nace en Harrock Hall hacia el año 1570 en el seno de una familia católica. Llegado a la juventud se colocó como criado de una familia protestante y para no ser denunciado iba con ella a los cultos protestantes. Se arrepiente de ello y deja su colocación. Pasa entonces a servir a la familia Huddleston, que era católica.

Su martirio se debió a que se ofreció a servir de testigo de la enfermedad de los miembros de la familia, enfermedad alegada para justificar su ausencia de los cultos reformados. Uno de los comisarios sospechó de cuál era en realidad la religión del criado y comenzó a hacerle preguntas de las que dedujo que él tampoco iba a la iglesia protestante. Igualmente averiguó que él no

hacía el juramento de acatamiento a la supremacía religiosa de la reina. Entonces fue arrestado y enviado a la cárcel de Newgate donde se le encadenó. San Juan Rigby afirmó que sus cadenas le parecían más hermosas que el collar del Lord Mayor, y dio una propina al que lo había encadenado.

El juez lo llamó varias veces y le prometió la libertad si aceptaba la supremacía religiosa de la soberana e iba a la iglesia protestante. Pero Juan se negó. Llevado a juicio, el jurado lo halló culpable, y el acusado dio gracias a Dios, y ofreció su perdón al juez y al jurado. Impactado por la mansedumbre del reo, el juez decretó un receso de tres meses para la ejecución de la sentencia, pero a los tres meses el juez que sucedió al anterior era más severo y lo llamó a su presencia. Al llegar ante él, las cadenas se cayeron solas de sus manos. El guardia volvió a ponérselas más apretadas y seguras, pero volvieron a caérsele, lo que llenó de asombro a los presentes. El juez informó a Juan de que, pese a estar ya condenado a muerte, sería perdonado y puesto en libertad si se decidía a asistir a los cultos de la iglesia protestante. El joven alegó que su conciencia no se lo permitía. La sentencia fue entonces confirmada y Juan llevado al patíbulo el 21 de junio de 1600. Le permitieron hablar y dijo que él no había cometido delito alguno y que moría sólo por ser católico. El verdugo tiró de la soga y Juan colgó unos instantes, siendo bajado cuando ni siquiera había perdido el conocimiento. Y entonces se dispusieron a descuartizarlo estando él vivo y consciente. Dijo a los verdugos: «Dios os perdone. Señor Jesús, recibe mi espíritu». Y fue descuartizado bárbaramente según era costumbre. Fue canonizado el 25 de octubre de 1970.

BEATO SANTIAGO MORELLE DUPAS

Presbítero y mártir († 1794)

Jacques Morelle Dupas nació el 10 de noviembre de 1754 en Ruffec, diócesis entonces de Poitiers. Habiendo decidido su vocación sacerdotal y hechos los estudios, se ordenó sacerdote y fue destinado como vicario a su parroquia natal, donde ejerció el ministerio pacíficamente hasta que llegó la hora de la Revolución. Igual que su párroco, prestó el juramento de acatamiento

a la constitución civil del clero, pero no sin declarar que entendía que la Asamblea no se había metido en el terreno estrictamente espiritual y que de todos modos quería seguir fiel a la Iglesia. Esta prestación del juramento le permitió seguir en la parroquia, pero su manifiesta fidelidad a la Iglesia le trajo problemas y terminó por ser arrestado y llevado a la cárcel de la Visitación en Poitiers. En marzo de 1794 es sentenciado a la deportación y en abril llevado a Rochefort, donde después de ser registrado es embarcado primero en Le Borée, pasando seguidamente a Les Deux Associés donde murió, debido a las privaciones y miserias, el 21 de junio de 1794. Era un sacerdote digno, serio y duro consigo mismo pero lleno de caridad hacia los demás, modesto y honesto. Fue beatificado el 1 de octubre de 1995.

SAN JOSÉ ISABEL FLORES VARELA

Presbítero y mártir († 1927)

Era natural de San Juan Bautista de Teúl de González Ortega, México, donde nació el 20 de noviembre de 1866. Con once años ingresó en el seminario de Guadalajara, en el que fue un alumno modelo. Se ordenó sacerdote el 26 de julio de 1896, siendo destinado sucesivamente a capellanías de las parroquias de Teocaltiche y Zapotlanejo, en la que, salvo una breve temporada, permanecería hasta su muerte. Su capellanía era la de Matatlán.

Ejerció una buena labor, restaurando las iglesias de su capellanía, fomentando las asociaciones de fieles y combatiendo el alcoholismo y llamando a todos a una intensa vida cristiana. Cuando se suprimió el culto público, pasó a la clandestinidad y continuó atendiendo pastoralmente a sus fieles en la medida en que le era posible. Se dirigía a un rancho a celebrar la misa cuando fue detenido. Llevado a Zapotlanejo, se le propuso la libertad a cambio de reconocer las leyes de control sobre la Iglesia, a lo que se negó. Todas las tentativas para liberarlo fueron inútiles.

Llevado al cementerio de la población por un pelotón de soldados, pidió que si alguno de los soldados había sido bauti-

zado por él se abstuviera de disparar. Entonces uno de los soldados se negó por haber recibido el bautismo de sus manos y fue inmediatamente fusilado. Cuando fueron a matar al sacerdote se encasquillaron las armas y por ello uno de los soldados lo degolló con su machete. Fue canonizado el 21 de mayo de 2000.

22 de junio

A) MARTIROLOGIO

1. San Paulino († 431), obispo de Nola **.
2. Santos Juan Fisher, obispo, y Tomás Moro († 1535), mártires bajo el reinado de Enrique VIII **.
3. En Roma, la conmemoración de San Flavio Clemente († 96), mártir *.
4. En Verulam (Gran Bretaña), San Albano († s. III), mártir *.
5. En Caerleon-upon-Usk (Gran Bretaña), santos Julio y Aarón († s. IV), mártires *.
6. En Doliche (Siria), San Eusebio († 379), obispo de Samosata y mártir *.
7. La conmemoración de San Nicetas († 414), obispo de Remesiana *.
8. En Roma, Beato Inocencio V († 1276), religioso dominico y papa *.
9. En Laval (Francia), Beata María Lhuillier († 1794), virgen y mártir, de las Hospitalarias de la Misericordia *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN PAULINO DE NOLA
Obispo († 431)

Difícilmente habrá habido ningún santo que haya hecho tantos esfuerzos para ocultarse y pasar inadvertido como San Paulino de Nola; mas, por el contrario, apenas se encontrará hombre ninguno que haya sido tan celebrado como él. En efecto, los santos más eminentes de la Iglesia, San Ambrosio, San

Jerónimo, San Agustín y San Gregorio Magno, le dedicaron los mayores elogios. Por otra parte, San Paulino de Nola presenta en su vida y en todo el aspecto de su santidad un conjunto de matices y circunstancias que le hacen particularmente agradable y atractivo.

Nacido en Burdeos hacia el año 353, sus padres eran romanos, pertenecientes a la más elevada nobleza, tal vez de la familia de los Anicios, que disfrutaba de abundantes riquezas en Italia, las Galias y España. Conforme al rango de su nacimiento, su educación fue esmerada y completa, y el año 378, contando veinticinco de edad y siendo ya cónsul, tomó por esposa a la dama española Teresa, a la que otros la llaman Terasia, rica en bienes de este mundo, pero más rica todavía por sus cualidades morales, que la convierten en digna compañera de Paulino. Tanto sobresalió Paulino por su tacto en el desempeño de los asuntos públicos que el emperador Valentiniano le puso al frente del gobierno de Roma en el cargo de prefecto de la ciudad. Pero, después de desempeñar por corto tiempo este cargo, se vio precisado, por una serie de importantes negocios, a recorrer durante quince años diversos territorios de Italia, las Galias y España.

Estas ocupaciones y los correspondientes viajes fueron los medios de que se sirvió la Providencia para transformar por completo su espíritu. En ellos tuvo ocasión de hablar con San Ambrosio, San Agustín y otras personas eminentes, y estuvo en Alcalá de Henares y en otras poblaciones de España. El espectáculo de la tumba de San Félix en Nola conmovió profundamente su interior. Por otro lado, el influjo callado y constante de su esposa Teresa fue completando la transformación lenta de su alma; pero, sobre todo, encontrándose en Burdeos el año 389, su obispo San Delfín acabó de convencerlo, y, habiendo recibido ese mismo año el bautismo, se retiró a Barcelona. Allí, pues, comenzó a poner en práctica la resolución que había tomado de renunciar a todos los honores y riquezas con que profusamente le brindaba el mundo y entregarse absolutamente al servicio de Dios en la soledad.

Este primer retiro de Barcelona constituye el principio y la base de la transformación fundamental de Paulino. El antiguo cónsul y prefecto de Roma, el hombre cargado de riquezas y

honores, se convierte en el servidor perfecto de Cristo en la más completa soledad. En 390 se inicia con toda eficacia la renuncia de sus inmensas riquezas en beneficio de los pobres. La muerte de un hijo, a los ocho días de nacer, rompe las últimas esperanzas en este mundo. Su esposa Teresa es su mejor consejera y su mejor sostén en la vida ascética a que Paulino se entrega. Barcelona tiene la gloria de haber proporcionado a Paulino el ambiente que él necesitaba para realizar esta sublime transformación. A los cuatro años el cambio era completo y Paulino recibe en el año 393, en Barcelona, la ordenación sacerdotal.

Una vez se vio libre del peso de todas sus riquezas y honores, y adornado con la dignidad de sacerdote de Cristo, quiso realizar su antiguo ideal de retirarse definitivamente a Nola, junto al sepulcro de San Félix, para vivir allí el resto de su vida. Con esta intención, pues, se dirigió con su fiel compañera Teresa a Milán, donde se encontró con San Ambrosio, quien le puso a sus eclesiásticos como ejemplo viviente de santidad cristiana y sacerdotal y de renuncia del mundo. Por esto no tiene nada de inverosímil la noticia, transmitida por algún historiador, de que trató de retenerlo para que fuera su sucesor. En Roma fue objeto de grandes agasajos y extraordinarias muestras de regocijo de parte del pueblo y la nobleza, que conocían sus grandes cualidades del tiempo de su prefectura. En cambio, parece que, de parte del clero y aun del romano pontífice, observó algunas señales de recelo, debidas, sin duda, al hecho de haber recibido la ordenación sacerdotal sin observar las normas canónicas. Él mismo se hace eco de estos recelos; pero debe observarse que aquello no dependió de él, sino del obispo que lo ordenó.

Esto mismo contribuyó a confirmarle en la decisión ya tomada de retirarse a Nola, y, en efecto, allá se dirigió con su esposa Teresa. Cuando él fue gobernador de la Campania había hecho construir un edificio para acoger en él a los peregrinos pobres. Es uno de los más antiguos ejemplos de hospicios cristianos. Pues bien, junto a este hospicio hizo arreglar ahora unas sencillas celdas, que constituyeron aquella especie de monasterio donde vivió el resto de su vida. A su lado se fueron acomodando algunos compañeros que se ofrecieron a imitarle en aquel género de vida solitaria. En cuanto a su santa esposa Te-

resa, vivía en lugar separado, pero, según parece, hacía los oficios de ama de casa, siendo para él en todo momento el mejor estímulo en su vida de perfección.

Su vida en este retiro fue la de un solitario, vida de entrega absoluta a Dios, vida de continencia voluntaria con el consentimiento de su esposa, vida de oración y penitencia. Su alimento era sumamente frugal. Alimentábase de un pan especial, más basto y ordinario que el que comúnmente se usaba, y si bebía un poco de vino era porque se lo impusieron como necesario a su salud. Un lado muy interesante de la vida de retiro de Paulino en Nola es que cultivó en ella sus aficiones de poeta, componiendo en este tiempo aquellas obras poéticas que nos lo presentan como uno de los mejores vates cristianos de la antigüedad. Así, cada año, dedicaba con la mayor devoción un himno al patrono de la población, el mártir San Félix. De este modo los trece *Poemas natalicios,* dedicados a San Félix, constituyen el mejor tesoro poético de San Paulino de Nola que se nos ha conservado.

El nuevo género de vida de San Paulino, como suele ocurrir en casos semejantes, fue objeto de los más opuestos comentarios. Algunos de los paganos, numerosos todavía en Roma, entre ellos su propio antiguo maestro Ausona, se indignaron ante el nuevo giro de la vida de Paulino, considerándolo como una extravagancia. Según su apreciación, era una gran pérdida para la sociedad romana, puesto que, con sus cualidades extraordinarias, hubiera podido prestarle grandes servicios. Ahora, en cambio, en su vida solitaria, sepultaba e inutilizaba todas estas dotes naturales.

Pero el juicio de los hombres verdaderamente grandes fue muy diverso. En efecto, fue en verdad universal el coro de aprobación y alabanza que se elevó en torno a Paulino de parte de las más grandes figuras cristianas en que tanto abundaba la Iglesia en aquel tiempo. El gran obispo de Tours, San Martín, tan popular en toda la Iglesia, que gozaba entonces de su mayor prestigio, lo proponía a sus discípulos como modelo de desprecio de las grandezas del mundo y de perfección cristiana. San Ambrosio de Milán, el gran maestro del Occidente, lo proponía como un prodigio de grandeza de alma. San Agustín, el mayor

prodigio intelectual de todos los tiempos y buen conocedor de los atractivos del mundo, trabó íntima amistad con Paulino y le enviaba a algunos de sus mejores discípulos para que aprendieran la verdadera virtud cristiana. El papa San Anastasio (398-401), apenas elevado al solio pontificio, escribió un gran elogio suyo a todos los obispos de la Campania, y, en cierta ocasión en que Paulino fue a Roma para asistir a la fiesta de San Pedro, le acogió con toda clase de distinciones. San Jerónimo fue uno de sus principales admiradores y panegiristas.

En medio de este coro general de estima y alabanza la única voz que disonaba era la propia de San Paulino. Como verdaderamente humilde, en las respuestas que dirigía a los que se dirigían a él con las más expresivas muestras de aprecio y reverencia da bien a entender el bajo concepto que tenía de sí mismo. Cuando su íntimo amigo Septimio Severo le suplicó que le mandara su retrato, juzgó esta petición poco menos que como una locura. Por otra parte, es admirable su firmeza y perseverancia en el género de vida comenzado. Bien persuadido de que no está el mérito en comenzar una vida de perfección y sacrificio, sino en perseverar en ella hasta el fin, no solamente no desmereció en sus austeridades y en el ejercicio de todas las virtudes, sino que más bien fue adelantando en todas ellas, en todo lo cual uno de sus mejores estímulos fue su fiel esposa Teresa.

Por todo esto no es de sorprender que los habitantes de Nola le eligieran como obispo. En realidad no se conoce ni el tiempo ni la manera como fue elegido. Pero sí el hecho de que fue elevado a esta cátedra episcopal y que murió siendo obispo de Nola. Seguramente ocurrió esta elección el año 409, a la muerte del obispo de la ciudad. Así pues, vivió como obispo de ella unos veintidós años. Precisamente entonces, en 410, los visigodos, capitaneados por Alarico, se apoderaron de Roma y poco después de Nola. A este tiempo, según refiere San Gregorio Magno, pertenece el sublime acto realizado por Paulino, cuando, para ayudar y consolar a una pobre viuda, se quedó en lugar de un hijo suyo, prisionero de los vándalos en África; pero éstos, admirados de tal heroísmo, le devolvieron en un navío cargado de víveres y de buen número de otros prisioneros.

En esta forma continuó Paulino su vida hasta el año 431, en que murió. Uno de sus últimos actos fue la ornamentación de la basílica dedicada a San Félix. Enterrado en ella, al lado de este santo, tan estimado por él, fue bien pronto más venerado que el mismo titular de la Iglesia, y de una semejante veneración le hizo bien pronto objeto toda la cristiandad.

BERNARDINO LLORCA, SI

Bibliografía

Act SS Boll, 22 de junio· Diversos documentos biograficos
AMMAN, E., «Paulin de Nole», en A. VACANT - E. MANGENOT - E. AMANN, *et al.* (dirs.), *Dictionnaire de théologie catholique.* XII/1: *Paul-Philopald* (Paris 1933).
BAUDRILLART, A., *S. Paulin, évêque de Nole* (Paris 1905)
FABRE, P , *Saint Paulin de Nole et l'amitié chrétienne* (París 1949).
LABRIOLLE, P. DE, *La correspondance d'Ausone et de Paulin* (París 1910)
— *Histoire de la littérature latine chretienne* (París ^{2}1924).
LAGRANGE, F., *Histoire de Saint Paulin de Nole,* 2 vols. (París ^{2}1882).
LECLERCQ, H., «Nole», en F CABROL - H LECLERCQ (dirs), *Dictionnaire d'archéologie chretienne et de liturgie.* XII/2: *Noirmoutier-Orvieto* (París).
PAULINO DE NOLA (SAN), *Sancti Pontii Meropii Paulini Nolani opera.* Ed. G. de Hartel, 2 vols (Corpus scriptorum ecclesiasticorum latinorum, 29, 30; Viena 1894; nueva ed 1999)
— *Obras:* PL 61.
TILLEMONT, L. S DE, *Mémoires pour servir à l'histoire ecclesiastique des six premiers siecles...,* XIV.
URANIUS, *Carta sobre la muerte de San Paulino:* PL 53,866s.
• Actualización:
D'ONOFRIO, A., *Vita popolare di S. Paolino da Nola schiavo per amore* (Roma 1980).
KASPRZAK, D., *Il pensiero sociale di Paolino da Nola* (Roma 1999)
PEÑA, R. (ed.), «Fe y vida en la predicación de los Padres de la Iglesia: Cromacio de Aquileya y Paulino de Nola»: *Cuadernos Monásticos* 29 (1994) n.108-111.
RUGGIERO, A. - CROUZEL, H. - SANTANIELLO, G., *Paolino di Nola. Momenti della sua vita e delle sue opere* (Nola 1983).

SAN JUAN FISHER

Obispo y mártir († 1535)

Juan Fisher, el hijo de un modesto mercero de Beverley, en el condado de York, llega con catorce años a la universidad de Cambridge. Al punto se adivina la fecundidad de su porvenir académico. Hay en el muchacho talento para la especulación y enteriza superioridad moral. Con ello se encaramará desahogadamente por la doble escala intelectual y administrativa. Y así a

los grados sucesivos de bachiller, maestro y doctor en teología acompañan paralelamente las dignidades de master de su colegio mayor *(Michaelhouse)* y de vicecanciller de la universidad. Pero más importante y existencialmente decisiva iba a ser otra elevación otorgada a Fisher, por privilegio, a la edad de veintidós años: la consagración sacerdotal, que sellaría irrevocablemente su trágico y luminoso destino. A partir de este momento el sacerdote y el universitario se hermanan y condicionan en Fisher de por vida.

La madre del rey Enrique VII, viuda por tercera vez, cansada ya de una vida de azares palaciegos junto a tres monarcas, opta por «colocar» el resto de sus días bajo la dirección del brillante académico y sacerdote de indiscutida hondura espiritual, Juan Fisher. Este encuentro no sólo había de resultar ganancioso para el alma de lady Margaret, sino que debía repercutir fértilmente en el desenvolvimiento de la universidad, en la que la noble dama decide invertir gran parte de su fortuna. Dos nuevas cátedras de teología con el nombre de su fundadora, lady Margaret, aparecen en Oxford y Cambridge, esta última regentada, naturalmente, por Fisher. Dos nuevos *Colleges* —de Cristo y de San Juan— van a surgir en Cambridge bajo la tenaz dirección del joven eclesiástico, que, a la edad de treinta y cinco años, es nombrado canciller de la universidad y en noviembre de este mismo 1504 obispo de Rochester

Fisher se aplica infatigable a la doble tarea. Su labor pastoral en la diócesis no se reduce a una lejana supervisión simbólica, sino que entra a fondo en los problemas de su clero y alcanza personalmente a los menesterosos. Pero, profundamente percatado de la importancia, religiosa y apostólica en última instancia, del saber científico, urge desde su puesto de canciller la seriedad de los estudios. Recuerda con verguenza la universidad de sus tiempos de estudiante, con una biblioteca de solo 300 volúmenes y sin enseñanza alguna de griego y hebreo. En adelante estas lenguas sabias se integrarán en los programas universitarios y el propio Fisher, rozando los cincuenta años de edad, comenzará a familiarizarse con sus gramáticas, supliendo así la deficiencia y estimulando a otros con su ejemplo. Nunca debía abandonar la dedicación al estudio. La riqueza de citas conteni-

das en sus obras da cuenta de su contacto personal con la espléndida biblioteca, una de las más selectas de su tiempo, que pacientemente fue reuniendo en su palacio, para legarla más tarde a la universidad.

Sus producciones no son las de un *dilettante* de la cultura, sino instrumentos rigurosos de sus preocupaciones sacerdotales. Entre sus primeras inquietudes estaba la serpeante difusión de la recién nacida herejía luterana. Y así cuatro obras le colocan a la vanguardia de la apologética antiprotestante. La defensa del sacerdocio y la de la eucaristía, contra Ecolampadio, suscitan dos nuevas obras a su pluma. Los escasos sermones que de él nos quedan —entre ellos las oraciones fúnebres de Enrique VII y de lady Margaret— son, sí, piezas clásicas de la elocuencia sagrada de su época, pero al mismo tiempo modelos de austeridad y espíritu sinceramente religioso. Su prestigio intelectual contaba con el indiscutible apoyo de una vida santa, parca en el descanso y recia en la penitencia; despegada de ataduras terrenas, con la meditación insistente de la muerte que una calavera le ponía de continuo ante los ojos. Santo Tomás Moro pudo decir de él que «era un hombre ilustre, no sólo por la vastedad de su erudición, sino mucho más por la pureza de su vida», y Erasmo —amigo suyo y por él invitado a las cátedras de Cambridge— sostenía que no había en el país «hombre más culto ni obispo más santo».

Juan Fisher sintió siempre con gran agudeza los problemas de la Iglesia. Nos quedan páginas suyas cargadas de preocupación. Su plegaria es:

> «Señor, pon en tu Iglesia fuertes y poderosos pilares, capaces de sufrir y soportar grandes trabajos —vigilia, pobreza, sed, hambre, frío y calor—, que no teman las amenazas de los príncipes, la persecución ni la muerte...».

Así quería a los demás, como lo manifestó su acre censura de la relajación del clero en el sínodo convocado por el cardenal Wolsey en 1508. Pero, sobre todo, conforme a este ideal configuraba su propia vida.

Cuando Enrique VIII alega la nulidad de su matrimonio con Catalina de Aragón, la palabra de Fisher, desconocedora del temor a los príncipes, salta valiente en defensa de su validez

e indisolubilidad recordando a sus adversarios que ya Juan el Bautista murió en similar conflicto con la irritación de un monarca. Más adelante, en su condición de miembro de la Cámara de los Lores, arremete contra ciertas medidas anticlericales o hace añadir una cláusula fatalmente restrictiva al nombramiento de Enrique VIII como Cabeza de la Iglesia en Inglaterra. Una tal firmeza, en el punto mismo en que otros colegas se doblaban a la voluntad regia, tenía que arrastrar sobre sí la persecución: cárcel por dos veces, intentos anónimos de asesinato, calumnias para complicarle en el asunto de una visionaria... Por fin llegará la prueba decisiva: el «juramento de supremacía», que viene indirectamente a reconocer la potestad de Enrique VIII sobre la Iglesia de Inglaterra, independizándola de Roma. Juan Fisher y Tomás Moro se niegan en redondo a prestar tal juramento. ¿Que otros lo hacen? Fisher responde a Cromwell: «A ellos debe salvarles su conciencia; a mí, la mía».

Fiel al imperativo de su conciencia, rectamente ajustada a la ley de Dios, Fisher ingresa prisionero en la Torre de Londres. Se le despoja de su título episcopal y Rochester queda declarada sede vacante. El papa Paulo III no se intimida y envía al agotado cautivo el capelo de cardenal. Ante esto Enrique VIII pierde el control de sus palabras: «Ese capelo se lo pondrá sobre los hombros, porque lo que es cabeza no ha de tenerla para recibirlo». El 17 de junio de 1535 es condenado a muerte. Lloran algunos jueces, pero nadie osa doblegar la voluntad del furioso monarca.

El sueño del cardenal en la víspera de la ejecución es sereno, más prolongado incluso que de costumbre. ¿Por qué alterarse? Para el camino del cadalso no olvida protegerse del frío con una esclavina de piel, como si fuera de paseo. El libro de los Evangelios será su compañero en este camino último. Semicadáver ya por el ayuno y los sufrimientos, el anciano sube las gradas del patíbulo. Las postreras palabras del famoso orador anuncian que va a morir por Cristo y su Iglesia, y suplican una oración de la muchedumbre expectante, a fin de que él persevere firme en este trance decisivo. No le resta sino entonar el *Te Deum,* mientras el hacha, de un solo golpe, pone punto final al sufrimiento. La cabeza, cuyo corte ascético y mirada profunda nos ha con-

servado el lápiz de Holbein, sube a lo alto de un palo, como lección de escarmiento, para los transeúntes del Puente de Londres, hasta que, quince días más tarde, otra cabeza, egregia también de santidad y martirio, venga a ocupar su puesto: la del canciller Tomás Moro.

Como siglos antes Tomás, arzobispo de Canterbury, víctima de la pasión de un rey Enrique, vuelve Juan Fisher a rubricar en tierra inglesa los derechos de Dios y de su Iglesia con el más hermoso y fecundo sello del cristianismo: a costa de su vida.

JORGE BLAJOT, SI

Bibliografía

BENIANS, E. A., *John Fisher. A lecture delivered in the hall of St. John's College on the occasion of the quartercentenary celebration by Queens', Christ's, St. John's and Trinity colleges* (Cambridge 1935).

BRIDGETT, T. E., *Life of Blessed John Fisher, Bishop of Rochester, Cardinal of the Holy Roman Church and Martyr under Henry VIII* (Londres ^{3}1902).

CONSTANT, G., *La Réforme en Angleterre,* I (París 1930).

DELCOURT, J., *Deux saints anglais* (París 1935).

DELLA CIOPPA, G., *I santi martiri Giovanni card. Fisher e Tommaso More* (Isola del Liri 1935).

HALL, R., *The life of Fisher.* Transcribed from mss. Harleian 6382 by R. Bayner (Londres 1921; nueva ed. 2001).

JANELLE, P., *L'Angleterre catholique à la veille du schisme* (París 1935).

LLANOS Y TORRIGLIA, F. DE, *El divorcio de Catalina de Aragón, San Juan Fisher y Santo Tomás Moro* (Madrid 1935).

MCCANN, P., *A valiant Bishop against a ruthless king. The life of St. John Fisher* (Londres 1938).

«Vita»: *Analecta Bollandiana* 10 (1981); 12 (1983).

WILBY, M. N., *The story of Blessed John Fisher* (Londres 1929).

• Actualización:

BRADSHAW, B. - DUFFY, E. (eds.), *Humanism, reform and the Reformation. The career of bishop John Fisher* (Cambridge 1989).

REX, R., *The theology of John Fisher* (Cambridge 1991).

ROUSCHAUSSE, J., *La vie et l'oeuvre de John Fisher, évêque de Rochester, 1469-1535* (Nieuwkoop 1972).

SANTO TOMÁS MORO

Mártir († 1535)

En 1516 se publica la traducción del Nuevo Testamento y la *Institución del príncipe cristiano,* de Erasmo; *el Orlando furioso,* de Ariosto; la traducción de la *Epístola a los romanos,* primera obra

importante de Lutero, y la *Utopía,* de Tomás Moro. Unos meses después, ya en 1517, aparecerá también la otra gran obra ético-política de Erasmo, junto con la *Institutio:* la *Querela pacis.* Dos años antes Maquiavelo había escrito *El Príncipe.* Se trata, pues, de un momento intelectualmente decisivo en medio del desbordamiento de entusiasmo y de embriaguez creacional que caracterizan al siglo renacentista. Incluso parecen darse cita simbólicamente, en tan heterogéneos acontecimientos literarios, las mismas tres fuerzas colosales en cuyo conflicto vital consiste la época misma del Renacimiento: el humanismo católico, la Reforma protestante y el espíritu y la dialéctica extracristianos de la modernidad.

Los sociólogos nos desvelarán después los procesos desarrollados por las fuerzas y estructuras sociales que en esa época están bullendo. Weber, Sombart o Gómez Arboleya reconstruirán todo ese período configurador de la aventura histórica triunfante del burgués occidental. Paganización, secularización. Ruptura con el orden feudal y con todo un período histórico agotado-formal, esteticista, turbio ya de poderío y de desprestigio del cristianismo. Quiebra de la cristiandad y aparición de fuerzas creadoras decisivas no cristianas y descristianizadoras. Individualismo y racionalismo. Aparición de poderes temporales centrados en sí mismos y racionalizadores del orbe humano: Estado moderno y capitalismo. Florecimiento y cristalización entrecruzados de las naciones modernas y del sistema capitalista, en su vigorosa época juvenil: en las repúblicas mercantiles italianas; en la vida suntuosa y epicúrea —de difícil financiación— de la corte pontificia; en la Alemania de los Függer, forjadora de las empresas, los negocios y el comercio germanos; en los Países Bajos, especialmente en la Holanda que ya se configura, primera nación cuya vida colectiva se presenta impregnada del espíritu capitalista; en la Francia, que aún se resiste perezosamente a secundar la acción audaz de sus primeros grandes empresarios; en la Inglaterra que está atravesando la que se ha calificado de «edad heroica del capitalismo inglés».

En ese momento, en 1516, Moro tiene treinta y ocho años, faltan trece todavía para que Enrique VIII le nombre canciller de Inglaterra. Cuatro años después, en 1533, el monarca esta-

blece la tiranía y provoca el cisma. Dos años más, y la cabeza de Moro rodará en el patíbulo. Pero en la *Utopía* se ha alcanzado ya la plenitud intelectual del gran humanista inglés. En la *Utopía* Moro centra todo su esfuerzo en un objetivo único: tomar el Evangelio, confrontarlo con la injusta sociedad de su tiempo, formular contra ella una denuncia airada y poner frente a tal situación el cuadro de lo que debía ser una sociedad inspirada íntegramente en la concepción evangélica de la vida. Luego, como hombre de acción, tratará de realizar lo único que a él le resulta viable: contener en lo posible el libertinaje político de los déspotas, neutralizando con su prestigio bien ganado el asesoramiento tradicional, complaciente y abyecto, de los dignatarios cortesanos. A unos y a otros, a déspotas y a nobles, hace en este sentido duras alusiones en su obra. Pero es más importante detenernos algo en la crítica de una situación económica en la que Moro nos declara hasta qué punto el lujo palaciego y la codicia del incipiente capitalismo lanero y textil están llevando al pueblo a la miseria.

> «Vuestras ovejas, que tan mansas eran y que solían alimentarse con tan poco, han comenzado a mostrarse ahora, según se cuenta, de tal modo voraces e indómitas que se comen a los propios hombres y devastan y arrasan las casas, los campos y las aldeas».
>
> «[...] los nobles y señores, y hasta algunos abades, santos varones, no contentos con los frutos y rentas anuales que sus antepasados acostumbraban a sacar de sus predios, ni bastándoles el vivir ociosa y espléndidamente sin favorecer en absoluto al Estado, antes bien perjudicándolo, no dejan nada para el cultivo y todo lo acotan para pastos; derriban las casas, destruyen los pueblos, y si dejan el templo es para estabulizar sus ovejas; pareciéndoles poco el suelo desperdiciado en viveros y dehesas para caza. Esos excelentes varones convierten en desierto cuanto hay habitado y cultivado por doquier».
>
> «Y para que uno solo de esos ogros, azote insaciable y cruel de su patria, pueda circundar de una empalizada algunos miles de yugadas, arrojan a sus colonos de las suyas, los despojan por el engaño o por la fuerza, o les obligan a venderlas, hartos ya de vejaciones. Y así emigran de cualquier manera esos infelices...».

La referencia aún podría ser bastante más extensa, con precisas alusiones de Moro a la conducta antisocial del oligopolio de la lana y de la carne, y a la cruel mecánica alcista en la forma-

ción de los precios. Así, hasta parar en la amarga conclusión a que le lleva el análisis del estado de su patria: «[...] la malvada codicia de unos pocos arrastrará a la ruina vuestra isla, que, precisamente por esta riqueza, parecía ser tan feliz». Pero los párrafos transcritos han bastado para dejarnos sin disimulos ante la personalidad intelectual de Moro. Al menos, ante esa parte decisiva que en su espíritu juegan la pasión por la justicia y la mentalidad ya indiscutiblemente objetiva, positiva, científica, de su enfrentamiento con los problemas sociales; actitudes que nos van a servir de clave para interpretar los aparentes juegos de fantasía con que las circunstancias le obligan a revestir su pensamiento; actitudes, por otra parte, que le llevarán al enfrentamiento, como subraya Mesnard, «nada menos que con la monarquía inglesa y con el sistema económico-social que se le muestra estrechamente ligado».

Hay otros rasgos salientes, que no pueden silenciarse en la semblanza de Tomás Moro. Bouyer nos habla de su figura:

> «La más bella del Renacimiento católico, porque es la de un hombre de acción más que de un pensador [...] Su vida y su muerte son el más elocuente testimonio de la vitalidad del catolicismo humanista, penetrado por el espíritu de este Renacimiento, cuyo corifeo sigue siendo Erasmo».

Erasmo, su amigo admirado y venerado, promotor de cuanto de valiosa herencia humanista ofrece el catolicismo en tan turbulenta y dramática época, que nos dejará la entrañable evocación de la vida familiar de Moro, llena de sensibilidad, de afecto, de acierto pedagógico, discurriendo dichosamente en el jardín de la casa de Chelsea, junto al Támesis. Su decidida militancia humanista, que le llevará a cultivar los grandes temas de su tiempo, como lo hizo en su estudio sobre la impresionante figura de Pico de la Mirandola, o a concebir la vocación política como mero ejercicio del sentido cristiano del deber, hasta el extremo de acometer la empresa de dejar su testimonio insobornable de integridad como gobernante en un país que «desde 1422 hasta 1509», «en la fatídica galería de monstruos que va de Enrique VI a Enrique VIII» (Mesnard), había vivido un drama sangriento interminable que había de terminar por devorarle también a él mismo.

Pero el aspecto más valioso de su obra intelectual, transida de reiterados giros de *humour* sajón y de ironía universal, es, sin duda, el legado imperecedero que nos aporta como filósofo político y pensador cristiano. Su obra se centra en este aspecto en el ataque a los principios viciosos cuya extirpación consideraba *único remedio capaz de devolver la salud a la sociedad de su* tiempo. Estos dos principios permanentes de la corrupción política eran, a su juicio, la monarquía y la propiedad. Y a este fin,

> «Para conmover a los espiritus rebeldes a la especulacion filo sofica, para forzar a los conservadores a evacuar posiciones en las que la critica no tiene cabida, Moro ha dedicado cinco años a construir un mundo ideal, verdadero espejo de justicia y de prosperi dad, mundo en el que, a partir de entonces, esta invitado a penetrar el lector de todo pais y de toda epoca» (Mesnard)

Por mi parte pienso que, no obstante ser Erasmo quien, en uno de los rasgos más permanentes de su obra intelectual y espiritual, sitúa doctrinalmente el problema de la evangelización de la política, a Moro es a quien corresponde hasta ahora la significación de figura máxima en cuanto a la respuesta dada al mismo por los cristianos de todos los tiempos

No podemos en esta ocasión acometer un estudio exhaustivo de la filosofía política de Moro, en cuanto discípulo y testigo del Evangelio Pero desconocen en absoluto lo que él representa en la economia del plan divino sobre el género humano quienes hacen un deliberado alarde de ignorancia acerca de la magnitud trascendental de su concepción política Concepción a la altura de la cual él supo estar, sin duda, con el testimonio de una vida ejemplar como padre y esposo, como sabio, como gober nante, como mártir Y ello en un trance en el que la organización eclesiástica de su patria, comenzando por un episcopado cobarde, a excepción del obispo Fisher, su compañero de cadalso, se hunde en la abyección ante el tirano Sin embargo, ese testimonio de su vida no es lícito que pueda servir a nadie para intentar escamotear la importancia intrínseca de una aportación filosófica, cuyo autor mismo juzga con estas palabras:

> «Si hay que silenciar como insolito y absurdo cuanto las perversas costumbres de los hombres han hecho parecer extraño, habria que disimular entre los cristianos muchas cosas enseñadas por Cristo, cuando el, por el contrario, prohibio que se ocultasen y

mando incluso predicar las que susurro al oido de sus discipulos, pues la mayor parte de esas palabras son tan ajenas a las actuales costumbres como lo fue mi discurso»

Precisamente desde esta perspectiva hay que enfocar los aspectos fundamentales de la teoría política de Moro· la construccion de una republica ideal y el ataque a la monarquía y a la propiedad privada. Este último aspecto, que es el más radical de su pensamiento, emerge constantemente del texto de la *Utopía.*

«Dondequiera que exista la propiedad privada y se mida todo por el dinero —nos dira Moro por boca de Rafael Hytlodeo, el descubridor portugues que le sirve para expresar sin demasiado riesgo sus energicos juicios—, sera dificil lograr que el Estado obre justa y acertadamente, a no ser que pienses que es obrar con justicia el permitir que lo mejor vaya a parar a manos de los peores, y que se vive felizmente alli donde todo se halla repartido entre unos pocos que, mientras los demas perecen de miseria, disfrutan de la mayor prosperidad»

Pero esto no era una novedad en el cristianismo. Es la misma voz con que en el siglo IV habían clamado varonilmente los Padres de la Iglesia. Por ejemplo, Lactancio.

«Dios nos dio la tierra en comun, no para que una avaricia irri tante y despiadada se alzase con todo, sino para que los hombres viviesen en comunidad y nadie estuviera falto »

Por ejemplo, Crisóstomo·

«Cuando tratamos de poseer algo en particular trayendo continuamente en la boca las insipidas palabras "mio" y "tuyo", entonces es cuando surgen las luchas fratricidas, envidias y rencores Asi, pues, la posesion en comun es mas natural que la propiedad privada»

Por ejemplo, Ambrosio·

«[] Tu te apropias para ti solo lo que se ha dado para comun utili dad de todos La tierra no pertenece exclusivamente a los ricos, es patrimonio de todos, y, sin embargo, son muchos mas los que no usan de lo suyo que los que usan de ello» «La avaricia fue la causa de haberse repartido entre pocos las posesiones»

Y los mismos conceptos en Clemente Romano, en Basilio, en Jerónimo, en Agustín. Son los conceptos sobre los que Moro afirma que la igualdad de bienes, unico camino para la salud pú-

blica, es casi incompatible con la propiedad privada; mientras que la república perfecta sólo podrá edificarse sobre la base de la comunión de bienes entre los hombres. Temas ambos que constituyen, respectivamente, el núcleo de la primera y segunda partes de la *Utopía.*

Y todavía distaba más esta doctrina de ser una novedad en la revelación bíblica, desde el Génesis hasta el Apocalipsis, en el conjunto global del libro dictado por Dios a los hombres. A partir del momento mismo de la creación Yahvé entrega a los hombres la tierra en común: «[...] Los bendijo y les dijo: Sed fecundos, multiplicaos, llenad la tierra y sometedla; dominad sobre la Tierra» (Gén 1,28). Y luego ya, sin cesar, la sed colectiva de justicia que sube de la tierra, con clamor de milenios: la expectación de las generaciones por la ciudad en que los hombres «construirán casas que habitarán; plantarán viñas cuyos frutos comerán. No edificarán para que habite otro, ni plantarán para que otro lo consuma» (Is 65,21.22); «Éste es el nombre que tendrá la Ciudad: "Yahvé-nuestra-justicia"» (Jer 33,16). «Son nuevos cielos y una nueva tierra lo que esperamos —según su promesa—, donde habitará la justicia» (2 Pe 3,13). Esperanza de que Dios nos permita al fin construir una tierra en que reine la justicia y la paz, que culmina en el *Apocalipsis:* «Después vi un cielo nuevo, una tierra nueva —el primer cielo, en efecto, y la primera tierra han desaparecido, y ya no hay mar—. Y vi la Ciudad Santa, Jerusalén nueva, que descendía del cielo, de donde Dios; se había embellecido, como una joven casada radiante ante su esposo. Oí entonces una voz clamar, desde el trono: "Ved la morada de Dios con los hombres. Él tendrá su morada con ellos; ellos serán su pueblo y él, Dios-con-ellos, será su Dios. Él enjugará toda lágrima de sus ojos; de muerte, ya no habrá nada; de llanto, grito y pena, nada habrá ya, porque el antiguo mundo se ha ido"» (Ap 21,1-4).

El Evangelio rezuma esta misma conciencia profunda de la vida. La Iglesia primitiva también. Igual la época de los Padres. El pensamiento medieval, en sus líneas de conjunto, está lejos de romper con este legado. Lo que hace Moro es darle expresión moderna. Quizá demasiado moderna, demasiado arraigada en lo que empezaba a ser ya la modernidad, el Occidente. A la

concepción de la vida que es peculiar del hombre ibero, por ejemplo, le puede resultar demasiado comunista la república utopiana. La ética natural misma podría tomar noticia mucho más directa entre los iberos de la concepción evangélica de la vida, respecto a lo que pudieron lograrlo los ahistóricos pobladores de *Utopía.* Buena muestra son de estas afirmaciones nuestras tanto el humanismo ibero de los siglos XVI y XVII, en lo que tiene de no-europeo y de no-contrarreformista, sino de Reforma católica española, como las grandes empresas utópicas de evangelización y civilización acometidas en Indias por los grandes misioneros —exponentes de una conciencia colectiva— que se llamaron Vasco de Quiroga, Zumárraga, Junípero Serra, o los jesuitas paraguayos. Pero eso no altera la significación crucial de la *Utopía* en la cultura humana y en el cristianismo. En realidad, si es grande la obra de Dios en Moro, tomándole para testigo suyo en la lucha por la justicia sobre la tierra, a costa del supremo sacrificio, la obra de Moro en Dios supone un punto culminante de ese mismo drama visto desde abajo, desde la perspectiva terrestre de la historia. Hasta ahora supone, sencillamente, la aportación más valiosa de los cristianos a la sangrienta expectación de la humanidad por una sociedad justa y fraterna.

Pero lo cierto es que, a partir de Moro, los cristianos no habíamos vuelto a decirle al pueblo oprimido y explotado las grandes palabras encendidas de cólera y esperanza. Batida duramente la Iglesia por el burgués triunfante, fueron las generaciones católicas desvirtuándose y contagiándose en no pequeña medida de racionalismo y de formalismo jurídico y estético durante los siglos modernos. Parecieron incluso perder la fe en que «el fermento cristiano ha comenzado apenas a transformar las instituciones colectivas de la humanidad...; (en) que no estamos más que al comienzo de las victorias de la verdad evangélica a través de la historia, y (en) que así, sirviéndola, el cristiano trabaja eficazmente, al mismo tiempo que por su propia salud, por la salud de toda la familia humana». Y así las grandes ansias de las multitudes obreras de nuestro tiempo, su sacrificio, su combate, su inmensa y ruda energía creadora, no los han encauzado ya héroes cristianos, sino héroes y pastores brotados por

millares al margen de la Iglesia. Saint-Simon, Proudhon, Bakunin, Kropotkin, Marx, Sorel, Anselmo Lorenzo, Costa, Pablo Iglesias, Lenin y tantos otros teóricos y jefes del movimiento obrero occidental o soviético, o del movimiento revolucionario ibérico, tuvieron que formarse marginalmente al cristianismo, porque hacía doscientos años que yacía sepultada en el olvido, entre los cristianos, aquella filosofía de liberación del pueblo que Moro había sabido llevar a su expresión más audaz.

Pero el cristianismo guarda en sus senos una vitalidad inmensa. La gigantesca experiencia del hombre moderno ha empezado a tocar ya sus propios límites. Y es ahora, cuando esta vasta hazaña creativa presenta ya su entera dimensión, cuando al cristianismo le empieza a ser posible acometer la empresa de evangelizarla. Ahora, cuando ante los ojos apagados de los burgueses se han mostrado viables ya varias utopías siniestras, está más próxima que nunca la realización en el tiempo de la utopía cristiana. Y es ahora cuando el cristianismo puede entrar de nuevo en las entrañas del pueblo. En la medida en que los cristianos volvamos a ofrecer a ese mismo pueblo —debatiéndonos contra la injusticia que nos asedia, codo con codo con el ejército de los que sufren, en la misma línea espiritual de Tomás Moro— los artesanos de paz y los luchadores perseguidos que necesitan para ser libres los hambrientos y sedientos de justicia.

El camino, quizá ya el camino final hacia la ciudad justa, vuelve a verse claro cuando el hombre actual se lava los ojos con ese ideal ético de la humanidad que Jesús nos traza en su discurso evangélico, y al que la humanidad se acerca progresiva y trabajosamente en el tiempo:

> «Felices los pobres en espíritu [...], los dulces [...], los afligidos, los hambrientos y sedientos de justicia [...], los misericordiosos [...], los corazones puros [...], los artesanos de paz [...], los perseguidos por la justicia. Porque suyo es el reino de los cielos» (Mt 5,3-10).

El 31 de octubre de 2000, Juan Pablo II lo nombró patrono de los gobernantes y políticos.

MANUEL LIZCANO

Bibliografía

BOUYER, L., *Autour d'Érasme. Études sur le christianisme des humanistes catholiques* (París 1955).
CHAMBERS, R. W., *L'Apocalypse de Saint Jean, vision chrétienne de l'histoire* (París 1943).
MESNARD, P., *L'essor de la philosophie politique au XVI^e siècle* (París 1952).
PALACIO, J. M.ª, *Enquiridion sobre la propiedad. Concepto cristiano del derecho de propiedad y del uso de las riquezas* (Madrid 1935), espec. c.3: «Santos Padres».
La Sainte Bible. Versión de la Escuela Bíblica de Jerusalén (París 1956).
TOMÁS MORO (STO.), *Utopías del Renacimiento.* Primera traducción española en versión directa por A. Millares Carlo (México 1941).
• Actualización:
AAS XCIII (2001) p.76.
ACKROYD, P., *The life of Thomas More* (Londres 1999).
NIGG, W., *Thomas More ou la conscience d'un saint. Essai biographique* (París 1979).
RODRÍGUEZ SANTIDRIÁN, P., *Vida de Santo Tomás Moro* (Madrid 1997).
SURTZ, E. - HEXTER, J. H. (eds.), *The complete works of St. Thomas More* (Londres 1979s).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN FLAVIO CLEMENTE
Mártir († 96)

Flavio Clemente, miembro de la ilustre familia romana de los Flavios, era hijo de Flavio Sabino, hermano del emperador Vespasiano. Casado con su pariente Flavia Domitila, tuvo con ella siete hijos. Y el año 95 fue promovido a la dignidad de cónsul de Roma.

Su martirio se produjo en la persecución de Domiciano, ante el cual, además, su familia había perdido el favor. La acusación contra él fue de ateísmo, como se solía llamar al cristianismo por su negativa a adorar a los dioses. Su martirio fue el año 96.

SAN ALBANO
Mártir († s. III)

Albano pasa por ser el protomártir de la Gran Bretaña ya que su muerte es la primera, que se sepa, en la isla debida a la profesión del cristianismo. Hay que esperar al siglo VI para hallar por escrito la tradición relativa a él. Según ésta, Albano era

un romano-británico que vivía en Verulamium (hoy St. Albans) y que, aún no bautizado, se entregó a sí mismo, cambiando los vestidos, por un clérigo huésped, del cual había aprendido la doctrina cristiana; acusado de ser cristiano, profesó la fe y se mantuvo firme en medio de amenazas y torturas hasta morir decapitado. Cuando se escribe esta tradición ya se ha añadido a la narración original que hay de fondo la presencia de hechos sobrenaturales. En el sitio donde se decía haber tenido lugar el martirio, Holmhurst Hill, se le dedicó una iglesia y luego surgió allí una abadía. La tradición sobre este santo se ha prestado a diferentes debates entre los estudiosos ingleses que, naturalmente, han mostrado siempre mucho interés en este tema.

SANTOS JULIO Y AARÓN

Mártires († 303)

Julio y Aarón pasan por ser dos mártires romano-británicos. Desde muy antiguo se les supone martirizados en tiempos de Diocleciano, y así lo dice el actual *Martirologio romano,* a lo que se ha objetado que no queda constancia de que los decretos anticristianos de este emperador se pusieran en ejecución en Gran Bretaña. Pero, de todos modos, de lo que no hay duda es de que su culto es muy antiguo y de que su martirio se situaba en Caerleon-upon-Usk, en el Monmouthshire.

SAN EUSEBIO DE SAMOSATA

Obispo y mártir († 379)

Ya era obispo de Samosata en Siria cuando el patriarca Melecio fue elegido para la sede antioquena (360), sin duda, con el apoyo fervoroso de Eusebio. Aunque se le tenía por arriano, en realidad era ortodoxo y lo demostró en cuanto tuvo oportunidad. Su estrecha amistad con San Basilio fue claro índice de esta ortodoxia, y en las cartas que se conservan del santo Doctor dirigidas a Eusebio se puede ver la identidad de doctrina entre ambos prelados.

En 374 el emperador Valente lo exilió a Tracia a causa de su ortodoxia. Cuatro años más tarde, muerto el emperador, pudo

volver a su sede, donde la mayoría de los fieles se habían negado a comulgar con el obispo sustituto que era arriano y que el pueblo tuvo por intruso. Comenzó entonces su gira en defensa de la ortodoxia, propiciando la elección de obispos fieles a la verdadera fe. Pero a su llegada a Doliche, una mujer arriana le arrojó un ladrillo a la cabeza que le causó tal herida que falleció, no sin antes perdonar a su agresora. Era el 22 de junio de 379.

SAN NICETAS DE REMESIANA

Obispo († 414)

Nicetas fue durante medio siglo obispo de Remesiana en la Dacia, actualmente Bela Palenka en Serbia. Su ciudad estaba situada entre Oriente y Occidente. Políticamente pertenecía al imperio bizantino pero eclesiásticamente era del patriarcado de Roma, y era por ello un sitio de encuentro entre culturas. Debió comenzar su episcopado en torno al año 366.

Íntimo amigo de San Paulino de Nola, sabemos por este santo que Nicetas viajó a Roma donde se acreditó por su sabiduría y virtudes, y también viajó a Nola a visitar el sepulcro de San Félix, siendo acogido por el todavía sacerdote Paulino. Por él sabemos, igualmente, la gran labor evangelizadora que Nicetas llevaba a cabo y que desbordaba con mucho los límites de su diócesis. La suya era una labor evangelizadora y civilizadora, difundiendo el espíritu romano. El año 402 volvió a Nola para celebrar con la iglesia local la fiesta de San Félix. Escribió obras catequéticas y pastorales, de las cuales algunas han llegado a nosotros y que ya en la antigüedad recibieron elogios.

En el elogio del nuevo *Martirologio romano* se dice que lo alabó en un poema San Paulino de Nola y que supo llevar el evangelio a gente bárbara y que les enseñó a cantar a Cristo con mentalidad romana. Murió el año 414.

BEATO INOCENCIO V
Papa († 1276)

Su nombre de bautismo era Pedro y por su lugar de nacimiento, Tarentaise-en-Forez, se le llamó Pedro de Tarantasia. Nació hacia 1224. Muy joven sintió la vocación religiosa e ingresó en la Orden de Predicadores, donde se distinguió muy pronto por sus altas dotes de talento e inteligencia. Completados sus estudios y alcanzado el doctorado, fue profesor en La Sorbona al mismo tiempo que lo era Santo Tomás de Aquino, compañero de Orden y amigo suyo.

Con el Doctor Angélico fue parte del equipo de cinco religiosos que en 1259 recibió el encargo de organizar el plan de estudios en la Orden, plan que ha sido durante siglos el esquema del *curriculum studiorum* de la Orden de Predicadores. Escribió excelentes comentarios a las Cartas de San Pablo así como a las *Sentencias* de Pedro Lombardo, siendo sin duda muy estimadas sus obras por los estudiantes de su tiempo y por sus contemporáneos.

Por dos veces fue elegido provincial de la Orden en Francia y, como tal, visitó todos los conventos de la misma, haciendo viajes a pie y mostrando un gran espíritu de pobreza evangélica y fortaleza. Al ser llamado Santo Tomás a la curia romana, le sucede en el encargo de enseñar en París, pero el papa Gregorio X le nombra en 1272 arzobispo de Lyón y al año siguiente cardenal obispo de Ostia. Hay que señalar que el papa Gregorio X había sido alumno suyo y por ello lo conocía bien.

Naturalmente, estuvo presente en el II Concilio de Lyón (1274) y tomó parte activa en él, siendo mérito suyo haber sabido expresar la doctrina latina de forma comprensible a los orientales. Como en pleno concilio falleció San Buenaventura, también cardenal, se le encomendó a Pedro la oración fúnebre del santo. Terminado el concilio, fue liberado de su cargo de arzobispo de Lyón y regresó a Italia con el papa y los cardenales, sucediendo que, a poco de llegar, fallecía el santo pontífice, en Arezzo el 10 de enero de 1276, a quien igualmente la Iglesia venera en los altares.

Reunidos los cardenales para darle sucesor a Gregorio, todos los votos recayeron en Pedro (21 de enero de 1276), que

tomó el nombre de Inocencio V y fue el primer papa dominico de la historia. Marchó a Roma y su principal interés estuvo en la confirmación y consolidación de la unión con los orientales conseguida en Lyón. Se ha dicho de él que cayó en Roma bajo la influencia de Carlos de Anjou. De todos modos no tuvo tiempo de realizar ninguna labor especial pues el clima de Roma le sentó mal, contrajo unas fiebres y falleció santamente el 22 de junio de 1276. Tenido por santo a lo largo de los siglos, su culto fue confirmado el 14 de marzo de 1898.

BEATA MARÍA LHUILLIER

Virgen y mártir († 1794)

María Lhuillier nació el 18 de noviembre de 1744 en Arquenay, Francia, en el seno de una familia modesta y religiosa. Perdió a sus padres cuando era muy pequeña y una pariente suya la llevó consigo y la crió. Llegada a la adolescencia trabajó en el campo de esta pariente. Unos años más tarde sintió la vocación religiosa e ingresó en la congregación de Hermanas Hospitalarias de la Misericordia de Jesús, en el Hospital de San Julián de la población de Château-Gontier.

Para consolidar su vocación religiosa, hubo de superar numerosas dificultades, procedentes sobre todo de su escasa salud. Pero, finalmente, el 13 de octubre de 1778 pudo pronunciar su profesión religiosa, recibiendo el nombre de sor Santa Mónica. Fue una religiosa ejemplar, que cumplía con exactitud las reglas y obligaciones de su estado religioso.

Llegada la Revolución, el 22 de junio de 1790 fue interrogada, con las demás religiosas, sobre si deseaba dejar el monasterio, a lo que contestó que su voluntad era permanecer en el mismo y llevar la vida de monja que había llevado hasta entonces. De momento pudieron las hermanas seguir en su casa pero el 19 de febrero de 1794 se les intimó con la orden de prestar el juramento llamado de «libertad-igualdad». Sor Santa Mónica fue llevada con otras religiosas al antiguo convento de las ursulinas, convertido en cárcel. Aquí las religiosas quisieron llevar una vida regular en cuanto les era posible, pero el 11 de abril sor Santa Mónica hubo de comparecer ante el tribunal municipal

acusada de haber robado al hospital, ya que había dado a ciertas personas ropas del mismo con la intención de que las devolvieran a las monjas si alguna vez volvían al mismo. Tras la sesión pública del juicio, es enviada a la cárcel y el 20 de abril, por orden del mismo tribunal, debe comparecer ante la Comisión revolucionaria de Laval bajo la acusación del dicho robo, que decían indicaba un deseo y voluntad de la acusada de volver al antiguo régimen y ser, por tanto, conspiración contra la República. Enviada a la cárcel de Laval el 9 de junio de 1794, dio ejemplo de paciencia, caridad y de todas las virtudes.

Compareció ante la dicha Comisión revolucionaria el 21 de junio de 1794, se le preguntó por las señaladas prendas y si quería la restitución del antiguo régimen y si pensaba prestar el juramento pedido, a lo que dijo que no. Entonces fue condenada a muerte «por haber atentado contra la soberanía del pueblo y propiciado el restablecimiento de la realeza y haberse coaligado con todos los fanáticos para obrar la contrarrevolución por su negativa formal a reconocer a la República, y por haber robado al hospital de Château-Gontier algunos efectos y ropas de uso de los sacerdotes y religiosos, con intención de conservarlos hasta la vuelta de unos y otros, y de haberlo hecho con propósito contrarrevolucionario». Cuando la sierva de Dios oyó esta sentencia de muerte dio gracias a Dios.

Cuando la llevaban al suplicio, volvieron a pedirle por tercera vez que prestara el citado juramento, pero ella dijo que no. Y así llegó al patíbulo y fue guillotinada. Fue beatificada el 19 de junio de 1955.

23 de junio

A) MARTIROLOGIO

1. La conmemoración de muchos santos mártires de Nicomedia bajo el imperio de Diocleciano († s. IV).

2. En el monasterio de Ely, en Anglia oriental (Inglaterra), Santa Ediltrudis o Eteldreda († 679), abadesa *.

3. En Vannes (Bretaña Menor), San Bilio († 913), obispo y mártir.

4. En Pavía (Lombardía), Beato Lanfranco († 1194), obispo.
5. En Onhaigne (Hainaut), San Valhero († 1199), presbítero y mártir.
6. En Oignies (Hainaut), Beata María († 1213), viuda *.
7. En Orvieto (Toscana), Beato Tomás Corsini († 1343), religioso servita.
8. En el monasterio de Valmanente, en el Piceno (Italia), Beato Pedro Santiago de Pésaro († 1496), presbítero, de la Orden de Ermitaños de San Agustín *.
9. En Londres (Inglaterra), Santo Tomás Garnet († 1608), presbítero, de la Compañía de Jesús, mártir bajo el reinado de Jacobo I *.
10. En Turín, San José Cafasso († 1860), presbítero **.
11. En Alatri (Italia), Beata María Rafaela (Santina) Cimatti († 1945), virgen, fundadora de la Congregación de Hermanas de la Misericordia **.

B) Biografías extensas

SAN JOSÉ CAFASSO
Presbítero († 1860)

En la trama biográfica de San José Cafasso no se echa de ver nada deslumbrador o complicado. Nacido el 15 de enero de 1811 en el seno de una familia profundamente cristiana, en Castelnuovo d'Asti —hoy Castelnuovo Don Bosco—, pareció predestinado ya desde los primeros años al ministerio sacerdotal. Niño dócil y piadoso, aficionado cual ninguno a la casa y a la iglesia, acabó por merecer el apelativo de *santetto.* En su juventud mantuvo fiel sus propósitos de bondad, recogimiento y oración, conservando el fulgor de la inocencia y el vivísimo anhelo de consagrarse a Dios. Lo hizo el 1 de julio de 1827, vistiendo con gran ilusión el hábito talar. Juan Bosco, a la sazón un muchacho de doce años, le vio por primera vez aquel mismo año con ocasión de una fiesta popular: ya entonces tuvo la impresión de haber encontrado un santo. Vivaracho como era, se ofreció a acompañar al seminarista para visitar los espectáculos de la ciudad. Años más tarde resonaban todavía intactas en los oídos de Don Bosco las palabras de respuesta del ejemplar seminarista:

> «Querido amigo, las diversiones de los sacerdotes son las funciones de la Iglesia; cuanto más devotamente se celebran tanto

> más gustan. Nuestras novedades son las prácticas religiosas siempre renovadas y dignas, por tanto, de frecuentarse con la mayor diligencia».

Para persuadir al joven, que no parecía del todo convencido, añadió sonriendo:

> «Quien abraza el estado eclesiástico se vende al Señor; de ahí que nada hay en este mundo que le atraiga si no es la mayor gloria de Dios y el bien de las almas».

He ahí una respuesta que da la talla del hombre.

Fiel a tales convicciones que inspiraban sus propósitos, pasó de los estudios de filosofía a los de teología, coronándolos finalmente con la ordenación sacerdotal el 21 de septiembre de 1833.

Ya sacerdote, rehusando ofertas tentadoras de diversos párrocos que se lo disputaban, no satisfecho con su formación espiritual y teológica, y libre, por otra parte, de preocupaciones económicas, prefirió continuar su preparación pastoral en el «Convitto» eclesiástico de San Francisco de Asís, de Turín, fundado precisamente para esos fines el año 1817, gracias al interés y acción coordinada de dos figuras altamente representativas en el clero piamontés de aquel entonces: el siervo de Dios Pío Brunone Lanteri y el teólogo Luis María Fortunato Guala, que ocupaba a la sazón el cargo de rector.

La divina Providencia velaba sobre sus pasos: aquel «Convitto» escogido por Cafasso como palestra de perfeccionamiento sacerdotal acabaría por ser su campo de apostolado más fecundo y el centro de su delicadísima misión hasta el fin de sus días. No tardó en destacarse a la vez que la solidez de su cultura teológica su madurez ascética. Por lo que muy pronto ocupó allí mismo la cátedra de maestro: primero como auxiliar, luego como suplente del teólogo Guala en sus clases, sobre todo de teología moral, y, finalmente, sucediéndole en su cargo de rector a su muerte, acaecida en 1848.

Esta tarea de perfeccionamiento y renovación del joven clero piamontés constituye el más alto timbre de gloria de nuestro santo. Labor nada fácil: resentíase aún la vida religiosa del Piamonte, en medida no despreciable, del influjo de una situación

madura en la segunda mitad del siglo XVIII y cristalizada en una práctica severa en plano pastoral y sacramental, que no excluía la inspiración de corrientes jansenistas del tiempo. Dejábanse sentir a la vez tendencias regalistas de volumen no despreciable. En uno y otro campo batalló victorioso San José Cafasso en su empresa de renovación, siguiendo las huellas de sus predecesores Lanteri y Guala, a la luz de la doctrina de San Alfonso María de Ligorio. Sintetizan con exactitud y autoridad la postura de nuestro santo las apreciaciones de Su Santidad Pío XI con ocasión del decreto *De tuto* para la beatificación de Cafasso el 1 de noviembre de 1924:

> «Bien presto logro Cafasso sentar plaza de maestro en las filas del joven clero, inflamado de caridad y radiante de sanísimas ideas, dispuesto a oponer a los males del tiempo los oportunos remedios Contra el jansenismo alzaba un espíritu de suave confianza en la divina bondad, frente al rigorismo colocaba una actitud de justa facilidad y bondad paterna en el ejercicio del ministerio, desbancaba, en fin, el regalismo, con una dignidad soberana y una conciencia respetuosa para con las leyes justas y las autoridades legítimas, sin claudicar jamas, antes bien dominada y conducida por la perfecta observancia de los derechos de Dios y de las almas, por la devo cion inviolable a la Santa Sede y al Pontífice Supremo y por el amor filial a la Santa Madre Iglesia»

Gracias a esta labor suya nuestro santo procuró a la Iglesia un plantel de sacerdotes que habían de fructificar presto en parroquias, seminarios, institutos religiosos, escuelas públicas, alcanzando muchos de ellos neta fama de santidad. Brilla con fulgores vivísimos la figura de San Juan Bosco, con quien Cafasso fue pródigo en extremo, pues a lo que ofrecía a los demás añadió su consejo iluminado, su palabra de aliento, su óbolo material incluso en los momentos críticos de la fundación de su obra prodigiosa.

Pero la misión apostólica y sacerdotal de nuestro santo no se agotaba en el recinto del «Convitto» ni en la educación del clero. Desde su morada, su actividad benéfica, inspirada en un ardentísimo celo por las almas, se irradiaba en todo el ambiente circundante. San Juan Bosco destaca en la biografía de su maestro varias facetas de su múltiple actividad: padre de los pobres, consejero de los vacilantes, consolador de los enfer-

mos, auxilio de los agonizantes, alivio de los encarcelados, salud de los condenados a muerte. Dos calificativos merecen subrayarse entre ellos.

No había cárcel en Turín cerrada a la caridad del santo. Amaba a los desgraciados allí recluidos y no acertaba a dejar aquellos lugares en que se le antojaba ver sufrir a Cristo más que en ningún otro. Los condenados a muerte, en particular, le requerían para tenerlo a su lado como ángel de consuelo en el momento del suplicio... Dios premió su efusión de caridad sincera: a pesar de que entre los sesenta y ocho condenados a pena capital, que a lo largo de más de veinte años hubo de asistir, encontrara auténticos monstruos de maldad, no hubo uno solo que resistiera a la gracia: todos se convirtieron, llegando en más de una ocasión a signos inequívocos de extraordinario arrepentimiento. Conocido ese misterioso influjo que ejercía para con esos pobrecitos condenados, fue muy solicitado en varias ciudades del Piamonte en ocasiones análogas. De ahí el mote popular con que se le conocía de «padre de las horcas». No deja de ser un título de gloria para quien había logrado convertir un horrible instrumento de muerte en auténtico medio de salvación y de vida eterna.

«Consejero de los inciertos» lo apellida Don Bosco. Otros prefieren calificarlo «oráculo del laicado y del clero». Efectivamente, de todos los rincones del Piamonte corrían a él gentes de toda clase y condición, ansiosos de su consulta y su consejo. Seglares y clérigos —incluso prelados y obispos—, doctos e ignorantes, abogados, militares, nobles y plebeyos, católicos fervientes, fríos en piedad y aun alejados de la práctica religiosa..., todos le hacían compañía en la calle, le consultaban en su cuarto de estudio, se le acercaban en la iglesia en largas e interminables horas de confesionario. No rechazaba jamás a ninguno. Aunque extenuado de tanta fatiga y cargado de preocupaciones gravísimas, sabía tratar a todos con idéntica cordialidad. Y todos tenían la persuasión de recibir de sus labios una palabra que, limpia de toda pasión humana, traía consigo el sello inequívoco de la verdad divina, admirablemente ajustada a las necesidades de cada cual.

El maestro, el consejero, el confesor, el predicador dejaba a las claras en el ejercicio de su ministerio las líneas maestras de

su espiritualidad. Se la ve práctico-pastoral, sencilla y discreta, enraizada en los más sólidos y genuinos filones de la espiritualidad católica de todos los tiempos y, en particular, de San Ignacio, de San Francisco de Sales, y de San Alfonso María de Ligorio. Sin cejar jamás en la tensión a metas ideales —pues sencillez para él no significa pobreza y menos aún raquitismo de vida interior—, nuestro santo se preocupaba ante todo de asegurar a las almas lo estrictamente indispensable, es decir, el desarrollo completo de la vida cristiana, acentuando con trazos muy vivos el fin de esta vida, el valor del tiempo, la salvación del alma, la lucha contra el pecado, la necesidad de la gracia, las verdades eternas, el despego del mundo, la frecuencia de los sacramentos... Pero todo ello en un clima de bondad, de sano optimismo, de insinuante moderación. Se explica así que recalcara la facilidad de obtener la perfección a través de la práctica de las cosas pequeñas, puesta al alcance de la mano de todo el mundo; que hiciera resaltar la belleza de la religión, concebida como un ejercicio de amor hacia un Dios de bondad y de misericordia infinitas, y que, sin descuidar las verdades esenciales, pusiera el acento sobre todo en las más agradables y atrayentes y que, por ser tales, son capaces de engendrar una serena expansión del espíritu hacia su Dios. La piedad, revestida de formas simpáticas, resultaba agradable y, en su escuela, pasaba a ser una fuente perenne de alegría cristiana. Tendía directamente a la unión con Dios. Esquivaba el peligro de anquilosarse en prácticas y gestos exteriores, para insistir en la urgencia de cumplir con exactitud el propio deber entendido como servicio de Dios que ha de realizarse con intención de agradarle y procurarle mayor gloria. La misma mortificación, dirigida preferentemente al interior, más bien que al aspecto corporal, tiende a destacar la dimensión positiva que encierra la renuncia, su aspecto más amable, en cuanto que se la enfoca como liberación del amor y unificación más completa con Dios.

Sonó para Cafasso la hora suprema el 23 de junio de 1860, sin haber alcanzado los cincuenta años, pero agotado por un incesante trabajo apostólico cuyo motor fueron los que él llamara sus tres amores: Jesús Sacramentado, María Santísima y el Papa. Fue realidad gozosa para él un presentimiento suyo consignado en su testamento espiritual:

«Non già morte, ma dolce somno
sarà per te, o anima mia,
se morendo, t'asiste Gesù,
se sperando, t'abbraccia Maria».

La fama de santidad que lo acompañó durante su vida y a la hora de su muerte obtuvo presto la contraseña del milagro y, más tarde, la ratificación solemne de la Iglesia: el 3 de mayo de 1925 Pío XI le declaró beato; el 22 de junio de 1947 Pío XII le incluyó en el catálogo de los santos.

GIUSEPPE USSEGLIO, SDB

Bibliografía

ACCORNERO, F., *La dottrina spirituale di San Giuseppe Cafasso* (Asti 1958).
GIUSEPPE CAFASSO (SAN), *Sacre missioni al popolo* (Turín 1923); nueva ed.: *Missioni al popolo. Meditazioni,* a cura di P. A. Gramaglia (Cantalupa 2002).
— *Esercizi spirituali al clero* (Alba 1955).
GRAZIOLI, A., *La pratica dei confessori nello spirito di San Giuseppe Cafasso* (Asti ^{3}1953).
JUAN BOSCO (SAN), *Biografía del sacerdote Giuseppe Cafasso. Esposta in due ragionamenti funebri* (Turín 1860).
NICOLIS DE ROBILANT, L., *Vita del venerabile Giuseppe Cafasso, confondatore del convitto eccles. di Torino,* 2 vols. (Turín 1912).
SALOTTI, C., *La perla del clero italiano. Il Beato Giuseppe Cafasso* (Turín 1925).
• Actualización:
BARRA, G., *San Giuseppe Cafasso* (Turín 1960).
MUGNAI, L., *San Giuseppe Cafasso. Prete torinese* (Siena 1972).

BEATA MARÍA RAFAELA (SANTINA) CIMATTI

Virgen y fundadora († 1945)

María Rafaela nació el 6 de junio de 1861 cerca de Faenza, a unos 130 km de Florencia, en una población llamada Celle. Allí podemos contemplar todos los recuerdos de la fundadora de la Congregación de las Hermanas de la Misericordia para la atención a los enfermos. Sus padres se llamaban Santiago Cimatti y Rosa Pasi. Eran pobres, pero tenían mucha fe. Era una familia maravillosa donde reinaba el amor, el trabajo y la fe en Dios. María Rafaela nació el mismo año en que Víctor Manuel se proclamaba rey de Italia.

Durante su vida sucedieron tres cosas muy importantes que influyeron en la vida de la beata: la unificación de Italia (1861), el Concilio Vaticano I (1870) y la II Guerra Mundial (1939-1945).

El 17 de marzo de 1861, Víctor Manuel se proclamó rey de Italia y empezaron las negociaciones con la Santa Sede para que se reconociera la nueva situación política que se estaba creando en el país.

Esta hermosa nación estaba compuesta por diversos estados independientes que guerreaban muchas veces entre sí. Uno de esos estados era el Vaticano. Cuando los italianos se propusieron unificar el país, se encontraron con la dificultad de que el Papa no quería perder autonomía; no consentía que los Estados Pontificios (Estados de toda la Iglesia católica) quedaran en el futuro como una provincia más del Estado italiano. Como en esto no cedía, pasó mucho tiempo. Después de grandes dificultades, reinando Pío XI, se llegó el 11 de febrero de 1929 al siguiente resultado:

— Italia reconoce la soberanía de la Santa Sede en el campo internacional como atributo inherente a su naturaleza, en conformidad con su tradición y con las exigencias de su misión en el mundo.

— Italia reconoce a la Santa Sede la plena propiedad y la exclusiva y absoluta potestad y jurisdicción soberana sobre el Vaticano, tal como está actualmente constituido, con todas sus pertenencias y dotaciones.

— Italia, que considera sagrada e inviolable la persona del Sumo Pontífice, declara punibles los atentados contra la misma con las mismas penas establecidas para los atentados contra la persona del rey.

— Italia reconoce a la Santa Sede plena propiedad de las basílicas patriarcales de San Juan de Letrán, de Santa María la Mayor y de San Pablo, con los edificios anejos.

— Italia reconoce a la Santa Sede la plena propiedad del palacio pontificio de Castel Gandolfo con todas las dotaciones, pertenencias y dependencias.

— Los tesoros artísticos y científicos existentes en la Ciudad del Vaticano y en el palacio Lateranense estarán libres a los

estudiosos y visitantes; quedando, sin embargo, reservada a la Santa Sede plena libertad de regular el acceso al público.

Durante este tiempo, Rafaela iba creciendo en edad y virtud. A los nueve años se enteró de que la Iglesia estaba celebrando un concilio. Los que hemos pasado por esa misma experiencia, sabemos que es un hecho que no se puede olvidar nunca. ¿Cómo se desarrollaron los hechos durante su infancia y juventud?

El Concilio Vaticano I empezó con mucha tensión en la Iglesia. Los defensores de la libertad del Papa eran mayoría; los partidarios de la libertad de los obispos, minoría. Y no faltaba quien afirmaba —Dölinger en un periódico de Berlín— que «no sólo la autoridad pontificia, sino también la episcopal, se reduce a un simple mandato del pueblo».

Hubo 89 congregaciones, eran discusiones entre las personas encargadas de los diversos temas, y 4 sesiones solemnes donde se aprobaron los acuerdos de las distintas comisiones. El 28 de diciembre de 1869 se celebró la primera discusión sobre «la fe». Aquello era un alboroto. En el Vaticano no había altavoces; había que hacerse oír a gritos. A los dos días se devuelve el esquema sobre la fe, «no para reformarlo, sino para enterrarlo». A los tres meses se presenta un nuevo esquema mejor aceptado, aunque, como tiene algunas frases ofensivas para los protestantes, ocasiona un gran revuelo. El 24 de abril de 1870 fue aprobado el documento *Dei filius* que contenía la doctrina sobre la fe.

Hubo otras discusiones que no ocasionaron tanto alboroto. Por ejemplo, en torno a los deberes y derechos de los obispos, vicarios, sacerdotes, cardenales y la curia. Otra, sobre la jurisdicción inmediata y universal del Papa sobre toda la Iglesia. Otra, sobre la reforma de los orientales unidos a Roma. Pero donde se aglutinaron todos los problemas fue en el tema de la infalibilidad del Papa. La discusión duró tres semanas seguidas. Lo peor no era lo que estaba sucediendo dentro de la sala conciliar, sino que el tema trascendió a todos los gobiernos y a la prensa.

El 16 de julio de 1870, cuando estaba todo preparado para la sesión general, estalla la guerra franco-prusiana. Ése fue el motivo que aceleró la marcha del concilio con el fin de dejarlo

para mejor ocasión. Así, el 18 de julio de 1870, se presentaron en la sala 535 obispos, todos menos dos firman aceptando la infalibilidad de Papa. Estos dos, antes de marchar, se adhirieron a la mayoría.

Los 55 obispos que la víspera se habían marchado de Roma se fueron adhiriendo también a la propuesta del «sí». El 8 de agosto de 1870 se publicaron los decretos del Concilio sobre la infalibilidad papal. El Concilio quedaba suspendido, no terminado, hasta mejores días.

Pero la discusión había sido tan fuerte que quedaron algunos grupos de católicos que no estaban conformes con las decisiones tomadas. Eran los llamados «Viejos católicos». A los católicos que se habían adherido a la doctrina de la infalibilidad papal, se les llamó los «Nuevos católicos». Los gobiernos alemanes se pusieron del lado de los «Viejos católicos». Cada vez se iban sintiendo más alejados de Roma y estuvieron a punto de formar una iglesia nacional aparte. Fue pasando el tiempo, las aguas se fueron calmando y, en 1919, en Alemania, no había más que un obispo opositor, con 58 eclesiásticos y 20.000 fieles.

Fue durante este tiempo cuando María Rafaela empezó a despuntar. El año 1882, con 21 años, comenzó una obra parroquial para la instrucción de las jóvenes. Mal estaba la educación de la juventud en todo el mundo, por lo que en esa época la Iglesia creó numerosas congregaciones para atender a este sector de la sociedad. Brotaban como hongos, allí donde hubiera una necesidad. María Rafaela fue una de estas impulsoras.

Tardó algún tiempo en crear su propia obra porque tuvo necesidad de atender a su madre, viuda y pobre. Y, antes de empezar a cuidar a otras personas, se vio en la obligación de atender a su propia familia.

En 1889, con 28 años, empieza su trabajo con los enfermos. Hace los votos perpetuos en 1905 y se dedica a cuidar enfermos con toda la fuerza de su vocación ardorosa.

Se dice de ella que empleaba amor de Dios, oración, sacrificio y humildad en el cuidado a los enfermos. Vivió en sus carnes aquellas palabras de Jesús: «Lo que hicisteis a uno de estos pequeños, a mí me lo hicisteis».

Era madre, hermana, amiga y consejera de todos sus enfermos. Y extendía su cariño a todas las personas que los cuidaban, como médicos o enfermeras. Ésta fue su vocación y éstos fueron los años en que más caridad desarrolló en favor de los enfermos.

En aquellos años reinaba en Italia un gran espíritu evangelizador y misionero. En 1919, un sacerdote de la diócesis de Vitoria, D. Ángel Sagarmínaga, pronunciaba en el seminario un discurso de inauguración de curso con el tema de las misiones y citaba el fervor misionero en Italia. Ésta es la «Unión misional del clero de Italia». Hoy es un hecho con su revista, con sus consejos generales y diocesanos.

Miro su sello, su distintivo, y diviso la caridad amplia, universal que todo lo invade y en todo se compenetra; estudio su organización y admiro la sencillez y grandeza fusionadas en admirable consorcio; contemplo los instrumentos de que se vale la institución, el personal escogido, y veo que es el más apto, el mismo que Cristo Señor Nuestro eligió para este fin, la predicación del evangelio; y observad que lo coloca en su puesto, en las trincheras, en su trabajo propio y casi exclusivo.

Medito su programa y lo encuentro práctico, real, eficacísimo; y en la bendición especialísima de Su Santidad Benedicto XV, en la aprobación y adhesión de casi todos los obispos de Italia, en la rapidez con que rebasando las fronteras italianas (ha llegado hasta Holanda en donde va tomando honda y firme raigambre), y en las circunstancias que rodeaban su nacimiento, veo la mano de Dios, que, como siempre en la historia de los cataclismos, se complace en fortificar nuestra fe probándonos con los hechos sus palabras: *et portae inferi non praevalebunt adversus eam.*

Me figuro a las misiones caminando en el mar revuelto del mundo, demonio y carne, caminando hacia Jesús que las llama, pero al estallar la tempestad que acaba de alejarse, al sentirse sumergir en las airadas olas que se levantan amenazadoras, rompen en aquella exclamación de San Pedro: *Domine, salvum me fac!* («Salvadme, Señor, que perezco»). Y el Señor, extendiendo su mano, le dice: «Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste?». Ésta es sin duda la mano del Señor: la «Unión misional del clero de Italia».

Respecto a la Segunda Guerra Mundial, Hitler dio su primer paso con la invasión de Polonia el 1 de septiembre de 1939. El mundo se partió en dos: los que estaban con él y los que estaban enfrente. También hubo algunos que se declararon neutrales. Italia tenía entonces como jefe a Benito Mussolini. Una famosa revista de historia dice de él lo siguiente:

> «Benito Mussolini (1883-1945). El dictador italiano, llamado "Il Duce", había tomado el poder en 1922, durante la "marcha sobre Roma". Propenso siempre a las bravatas y la fanfarronería, dejó de ser una figura dominante en el plano internacional para convertirse en un bufón y un títere.
>
> La declaración de guerra por parte de Italia (10 de junio de 1940), fue el preludio de una sucesión de humillantes derrotas. Italia no estaba preparada para la guerra, pero la posición del propio Mussolini no corrió peligro hasta 1943.
>
> El 19 de julio, tras las invasiones aliadas de Sicilia, el consejo supremo fascista aprobó, en una reunión, una moción para alejarlo del poder. Encarcelado, Mussolini sólo fue rescatado para presidir un gobierno títere de los alemanes en el norte. Con el derrumbamiento del poderío alemán, fue capturado y ejecutado sumariamente».

En resumidas cuentas, la historia de Italia en la Segunda Guerra Mundial se ciñe a los siguientes vergonzosos datos:

Al principio fue un aliado tardío de los alemanes. Participó en la campaña francesa y más tarde en la invasión de la URSS; pero tuvo tales desastres en las campañas de Grecia y del Norte de África, que Hitler decidió borrarla del mapa bélico. Los alemanes tuvieron que entrar en estos dos frentes porque sus aliados italianos abandonaban uno tras otro los combates. Y el gran dictador se enfadó tanto, que en adelante los trató como sometidos al dominio alemán.

Tras la caída de Mussolini, en julio de 1943, hubo un cambio de posiciones en las alturas políticas italianas y Hitler ocupó gran parte de Italia. En ese momento, las provincias del norte de Italia estuvieron expuestas a las mismas brutalidades que el resto de los países ocupados por los alemanes.

En esta situación, los aliados siguieron la guerra para conquistar Italia entera. Italia, tan llena de montañas y bosques, era un terreno propicio para la guerra de guerrillas.

Por eso, los aliados tardaron en solucionar el fin de la guerra. Los alemanes se escondían detrás de cualquier pedrusco,

donde quizá había una ermita románica o una ruina romana. Montecasino quedó hecho papilla por la entrada de uno y otro ejército. La guerra fue horrible.

Cuando llegó el año 1940, María Rafaela, con 79 años, estaba dedicada con especial fervor a la oración y adoración de Jesús en la Eucaristía. Era mayor. Tenía derecho y necesidad de descansar, y estaba en oración continua.

Pero al llegar la guerra, se dio cuenta de que no eran días de estar en contemplaciones místicas, cuando tenía tantos heridos delante de su casa. Y volvió de nuevo a servir a los enfermos, ayudando a los soldados heridos.

Al mes siguiente de suicidarse Hitler, el día de su boda, murió María Rafaela (23 de junio de 1945), terminada ya la guerra. Su fama de santidad se fue extendiendo por toda Italia. Su obispo inició el proceso de beatificación en 1962; al año siguiente se declaran sus virtudes en grado heroico. En 1970 ocurre el milagro de un niño enfermo que se cura por su intercesión. En 1989 se declara la validez del milagro. El papa Juan Pablo II la beatifica el 12 de mayo de 1996. Su fiesta se celebra el 23 de junio.

FÉLIX NÚÑEZ URIBE

Bibliografía

AAS 89 (1997) 12-14.
LLORCA, B., SI - GARCÍA VILLOSLADA, R., SI - LABOA, J. M.ª, *Historia de la Iglesia católica.* IV: *Edad Moderna* (Madrid ⁴2001) 493s; 496s.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTA EDILTRUDIS
Abadesa († 679)

Ediltrudis o Eteldreda o Aethelthryth o Audrey es una de las más veneradas santas sajonas y a su nombre han sido dedicadas numerosas iglesias. Hija del rey Ana, de los anglos del este, y hermana de varias santas, casó varias veces pero la tradición quiere que nunca consumara sus matrimonios y permaneciese virgen.

Por orden de sus padres casó siendo muy joven con Tonbert, príncipe de Fen, el cual murió poco después. Luego casó con Egfrido, hijo del rey de Nortumbria, quien no estaba conforme con los propósitos virginales de su esposa, pero ésta fue apoyada por San Wilfrido, y entonces su esposo la repudió, oportunidad que ella aprovechó para tomar el velo religioso. Marchó a la isla de Ely, donde luego de vivir una temporada de retiro, fundó un doble monasterio a cuyo frente estuvo hasta su muerte. Austera y muy religiosa, después del canto de maitines permanecía en la iglesia en oración el resto de la noche. Murió el 23 de junio del año 679.

BEATA MARÍA DE OIGNIES

Viuda († 1213)

Nació en Nivelles, Brabante, en 1177, y muestra desde pequeña una gran inclinación a la piedad. Casada a los 14 años con Juan, un hombre sinceramente religioso, al principio vivieron su matrimonio normalmente pero luego decidieron guardar castidad y dedicarse a la obra de misericordia de atender a los leprosos.

Se despojaron de sus bienes y los distribuyeron entre los pobres. Otras piadosas mujeres la ayudaban en su tarea de atender a los enfermos. Llevaba ya doce años en esta obra de caridad cuando se sintió llamada a llevar una vida de contemplación, acompañada de otras mujeres piadosas, para lo cual tuvo la licencia de su marido. Se situó en Oignies, junto al convento agustino, en el que asistía a los oficios divinos y prestaba servicios como sacristana. Mucha gente acudía allí para visitarla y pedirle orientación y consejo. Se dice de ella que tuvo el don de lágrimas. Murió el 23 de junio de 1213.

BEATO PEDRO SANTIAGO DE PÉSARO

Presbítero († 1496)

Nació en Pésaro en la primera mitad del siglo XV y muy joven ingresa en la Orden de San Agustín, donde profesa los vo-

tos religiosos y, hechos los estudios, se ordena sacerdote. Enseñó en el estudio agustino de Florencia, luego pasó a Rímini como regente del estudio (1482) y posteriormente a Perugia como director de los estudiantes. En 1491 fue elegido provincial de la provincia Picena. Retirado al convento de Valmanente, junto a Pésaro, allí murió el 23 de junio de 1496. Su culto fue confirmado el 27 de septiembre de 1848.

SANTO TOMÁS GARNET

Presbítero y mártir († 1608)

Tomás Garnet nació en Southward en el seno de una familia católica en 1574. Luego de haber servido como paje al Conde Arundel fue enviado, en 1594, al nuevo Colegio de St. Omer en los Países Bajos, y dos años más tarde pasó al Colegio de Valladolid, regentado por los jesuitas. Ordenado sacerdote en 1599, fue enviado ese mismo año a la misión inglesa y pudo trabajar apostólicamente durante seis años yendo de un sitio a otro con tanta cautela como fortaleza espiritual.

En 1604 le pidió a su tío, el P. Enrique Garnet, provincial de la Compañía de Jesús, que lo admitiera en la misma ya que pensaba que nadie como los jesuitas eran tan adictos a la verdadera Iglesia. Pero antes de marchar al continente para hacer el noviciado, estalló el asunto de la conspiración de la pólvora. Tomás fue arrestado, encerrado en la Torre de Londres y retenido allí durante nueve meses. En la Torre contrajo una fuerte ciática. El parentesco con su tío no le favoreció. Sometido a numerosos interrogatorios, no lograron de él ninguna confesión contra los demás católicos. Le enviaron una falsa carta de su tío comprometiéndolo pero él negó su autenticidad. No pudieron hallar ninguna evidencia contra él y entonces fue condenado al destierro.

Hizo entonces el noviciado en la Compañía de Jesús y en 1607 fue de nuevo enviado a Inglaterra. Trabajaba con celo en Warwickshire cuando recibió una llamada de los católicos de Cornualles para que los visitara. Un sacerdote traidor lo delató, siendo arrestado y llevado a Gatehouse, en Londres. Se le insistió en el juicio para que prestara el juramento de supremacía

pero él pidió que en su lugar se le permitiera jurar fidelidad al rey en conformidad con la ley natural y la ley de la verdadera Iglesia de Cristo. No se lo admitieron y lo condenaron a muerte, no por causas religiosas, le dijeron, sino por negarle lealtad al rey. Él respondió que el rey había mandado que si algún sacerdote volvía a Inglaterra, que fuera muerto. Pues bien, él daba su cuerpo al César y su alma a Dios. Llevado el 23 de junio de 1608 a la plaza de Tyburn, donde había mil personas reunidas, perdonó en alta voz a cuantos habían intervenido en su arresto y condena y comenzó a rezar. Recitó el padrenuestro, el avemaría y el credo, y estaba recitando el *Veni Creator* cuando fue ahorcado. Fue canonizado el 25 de octubre de 1970.

24 de junio

A) MARTIROLOGIO

1. Solemnidad de la Natividad de San Juan Bautista, precursor del Señor **.
2. En Roma, en la Vía Salaria antigua, los santos Juan y Festo, mártires (fecha desconocida).
3. En Autún (Galia Lugdunense), San Simplicio († 375), obispo *.
4. En Creteil, junto a París, el martirio de los santos Agoardo, Agliberto y muchos otros († s. V-VI).
5. En Malinas (Brabante), San Rumoldo o Rombauld († 775), ermitaño y mártir *.
6. En Lobbes (Austrasia), San Teodulfo († 776), obispo y abad.
7. En Nantes (Bretaña Menor), San Gohardo († 843), obispo y mártir.
8. En Vestervig (Dinamarca), San Teodgaro († 1065), presbítero *.
9. En Sicuani (China), San José Yuan Zaide († 1817), presbítero y mártir *.
10. En Guadalajara (México), Beata María Guadalupe García Zavala († 1963), virgen, cofundadora de la Congregación de Siervas de Santa Margarita María y los Pobres **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

NATIVIDAD DE SAN JUAN BAUTISTA

Es primavera, y, sobre la alta serranía, Nazaret abre su caserío blanco, como lirio enorme, a la tierna caricia del sol. Caen las aguas de nieve, con juvenil travesura, entre las quebradas del monte. Los almendros apuntan estremecidos sus yemas, y se percibe un murmullo caliente cuando rompen, con ímpetu, a la vida. Un perfume antiguo de hornos se mezcla a la liturgia del incienso y cubre los sembrados como una bendición anticipada. ¿Quién oyó el cantar de las tórtolas, entre las dos luces tranquilas de la sobretarde? Pues parece que el rey Salomón, turbado de muchos amores, suspira, escondido entre el verde fresco de los jardines, su llamada impaciente: «Ya pasó el invierno, amada mía. Ven, mi paloma, que anidaste sobre las piedras, ven». Y de la corola opulenta de ese lirio nazaretano salta la Doncella María, como un prodigio de hermosura. Hay, en el aire de oro, un reguero de palabras del buen Dios, y la brisa pequeña simula aún el roce inocente de las alas del arcángel. Ya fue la Encarnación. Con la docilidad sencilla de una esclava creyó el fausto mensaje. Y en el otro lirio celeste y cerrado —el seno de la siempre Virgen— se hace carne la deidad del Verbo. Pero aquel signo increíble de la prima Isabel, fértil y anciana, la empuja, con su cosquilleo femenino y curioso, hacia Ain Karim, mientras las augustas modulaciones del *Magnificat* se asoman a la ternura del labio. Todo su camino trasciende a un profundo misterio. Atraviesa la llanada de Esdrelón, ahora exuberante y pacífica; pero en estos mismos campos Israel cortó los laureles de sus grandes victorias y la cizaña negra de sus declinaciones. Y parece que las sombras del crepúsculo reaniman, en la soledad de sus sepulcros, a todos los viejos caudillos, que alzan sus trofeos y sus laudes al paso de la Virgen de la Promesa. Sube alegre las montañas de Samaría y percibe aún los ecos de aquellos pactos que hizo Yahvé con los patriarcas, y el recuerdo de anchas bendiciones. Y, al fin, la Judea la recibe en la solemne liturgia de su sacerdocio, y convoca a todos los profetas muertos para que se gocen en los días de la plenitud, cuando los montes destilen pura miel y se hermanen el cordero con el lobo. ¡Toda

la historia del Pueblo de Dios se asoma para verla pasar, y la acompaña, cantando un salterio de amorosa bienvenida!

Las cuatro jornadas de viaje —iba, según San Lucas, con mucha presteza, por el más corto camino— dieron en Ain Karim, donde los primos tienen una casita de recreo para los días de verano. Zacarías permanece mudo desde aquel sofoco que le produjo la presencia del arcángel Gabriel, cuando ofrecía el incienso ritual en el Santuario. Era como una llama de oro encendido que le hablaba así: «No temas, porque ya ha sido oída tu oración. Tu mujer te dará un hijo a quien pondrás de nombre Juan». Y precisamente su boca muda habla como signo visible del milagro.

De pronto rompe, en la modorra del mediodía, una voz de saludo: «¡La paz sea con vosotros!». Y se despierta el paisaje, sobresaltado con un revuelo de palomas y un murmullo en todas las flores del huerto. Sale impaciente Zacarías, porque anda nervioso desde la visitación celeste, y se queda suspenso, con los brazos tendidos. ¿Cómo, ahora, la prima de Nazaret? Y la estrecha con enorme dulzura, porque, en el recreo del alma, presiente ya los días de salud para su pueblo, mientras por la barba temblona le caen lágrimas dulces, como las perlas que el rocío pone estas madrugadas de abril en el verdor de los campos. A las puertas de la casa aparece Isabel, radiante. ¿Porque le dan de cara los rayos del sol? No. Es toda ella un divino reverbero, llena del Santo Espíritu, que es luz. Está en trance, como ardiendo. Y más que hablar, grita la profecía de su saludo: «Bendita tú entre todas las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre». Y así queda, sobre el aire inmóvil, que es más azul y más risueño, la primera avemaría de la historia, iniciada, en la eternidad, por la misma boca del Padre. Se turba la Virgen con el recibimiento de los primos, porque es muy humilde. Y entonces su palabra serena, en un susurro enamorado, prorrumpe a cantar sus alabanzas al Altísimo, porque la hizo grande con su poder y le colmó el seno de fecundidad y de maravilla. Oíd: *Magnificat anima mea Dominum...*

El grupo deliciosamente enlazado de los tres busca refrigerio y reposo dentro de la casita, que tiene al mediodía tendido un parral de sombras y un encanto de aguas en los surtidores, que lloran la frescura de su luz sobre los nardos. ¿Quedó allí

María hasta el nacimiento de Juan? La teología de Nuestra Señora nos lo aclara. Ved. Las gracias que acaba de recibir en la Encarnación —añadidas a las de su plenitud original— la han introducido en un orden de vida sobrenatural eminente. La hipóstasis del Verbo en su carne le confiere el título de coparental de las divinas personas. Es realmente hija del Padre, madre de su Verbo y esposa del Santo Espíritu, del amor que la sombreaba en Nazaret. Pero no hay que olvidar la cooperación que presta María a este lujo de dones y de privilegios. En el plano de los merecimientos personales funciona sin la traba de las pasiones rebeldes que a todos los hombres nos afligen. Y, así, el Angélico nos asegura que, con la caridad, crecían en su alma, a la vez, como los cinco dedos de nuestra mano, las virtudes, dones y méritos, en una progresión incalculable. La caridad, pues, la indujo a permanecer en Ain Karim, junto a la prima necesitada, hasta el jubiloso alumbramiento del Bautista: sin que estimemos en contra las razones de un pudor fuera de tono al interpretar como ya acabados esos «cerca de tres meses» que San Lucas asigna al misterio de la visitación de la Virgen.

Y corre la primavera, embalsamada por los dulces coloquios de aquellas dos madres del milagro, en una íntima comunión de corazones y de ofrendas al Altísimo. ¡Cuántas veces recontaría Isabel que el niño saltó en el seno, santificado por la visita de la doncella! Y mientras preparaban las dos los pañales del alumbramiento, el cielo se hacía blanco de tan azul y transparente; y agobiaba el aire, desde los arenales de Judá; y el equinoccio del estío venía, ardiente y solemne —el sol como una custodia de fuego—, para el desfile festival de la vida, en el triunfo del amor. Pues, con el gozo y las zozobras de vísperas, decidieron volverse a la casa solariega para que el niño naciese dentro de la misma raíz troncal.

«Y se cumplió el tiempo de dar a luz Isabel y tuvo un hijo. Los vecinos y los parientes conocieron que el Señor había tenido misericordia con ella y la felicitaban». Nos parece demasiado desnuda la narración que el evangelista pone a un suceso tan extraordinario. El arcángel había dicho a Zacarías: «Será para ti de mucho gozo y alegría, y los hombres se regocijarán con su nacimiento». Ain Karim es un poblado reducido, como

una ancha familia, con los júbilos, las preocupaciones y las penas comunes. Pues el suceso que las gentes esperaban con angustiosa curiosidad conmovería a toda la aldea, un poco enajenada en su rutina gris. Sí. La noticia corre en la boca de las comadres, con añadiduras y aspavientos; se mandan mensajeros a las cercanías, y toda la casa desborda de familiares y de aldeanos. «¡Ya dio a luz Isabel!», y la agobian de parabienes y de sencillas ofrendas —tortas crujientes, corderos recentales, alguna que otra tela recamada de oro— y una buenaventura común para la felicidad del recién nacido. Yo pienso que María, un poco alejada del ruidoso entusiasmo, cortaría en el huerto una brazada de rosas de sangre, para coronar, como un augurio, aquella vida pequeña que debía dar testimonio de su propio Hijo.

El evangelista nos refiere, con más riqueza de detalles, la circuncisión, doble ceremonia que se celebraba a los ocho días del nacimiento para imponer al varón israelita el nombre y para ingresarle, con todos los deberes y derechos, religiosos y civiles, en la comunidad. Seguramente los sacerdotes, compañeros del padre, se encargarían del rito, aunque entre las clases humildes lo practicaba también el padre de la criatura. Y entonces el milagro. Aunque mudo, Zacarías comunicó de alguna manera a Isabel los detalles de la visión angélica del Templo y el dato precioso del nombre que el mensajero del Señor le traía. Por eso Lucas nos dice que la madre se adelanta y exige: «Se llamará Juan». Hubo forcejeo entre los parientes, «porque nadie hay en tu parentela que lleve ese nombre»; y, acaso, porque desearían ofrecer a Zacarías, imponiéndole el suyo, el consuelo de verse renovado en la varonía del hijo. Pero él pide las tablas enceradas y, a punzón, escribe: «Juan es su nombre», en el mismo instante se suelta su lengua, comienza a hablar rectamente, entre la maravilla de los familiares, y en grandes transportes proféticos dicta su oración del *Benedictus,* majestuosa, agradecida como para ser rezada, de rodillas, por la liturgia de la iglesia, pregonando todo el poder del Señor.

Antes de los dos años es conducido el pequeño Juan al desierto, para salvarle de la degollina de Herodes. Y asombra que le dejen de por vida allí, según la tradición de los Santos Padres,

porque estos hijos tardíos suelen ser mimosamente amados de los suyos. Pero Lucas es muy concreto cuando nos asegura: «Crecía y se fortalecía, en las estepas, hasta su manifestación a Israel». Los sensacionales descubrimientos del desierto de Judá en la primavera de 1947 nos aclaran esta juventud, escondida hasta ahora en el misterio de las suposiciones gratuitas. Las excavaciones de Qumrán demuestran que allí existió un gran cenobio, donde la secta de los esenios se consagraba a una vida común de oraciones y de ayunos. Pues los padres del Bautista le entregarían a estas gentes piadosas, para defenderle de los matarifes de Herodes y para asegurar una educación fuerte entre aquellos hombres expertos y ejemplares. Tenemos razones para pensar así. Cuando le llegue el gran trance de su profetismo será fiel a la llamada. Entonces, rompiendo con la vida común monástica, será un disidente de Qumrán, pero sin despojarse de un género de vida que ha hecho, en él, naturaleza. No es ninguna coincidencia que las prácticas del «bautismo de inmersión», corrientes entre los monjes esenios, las imponga Juan a los pecadores como penitencia pública: que se defina como la «Voz que clama», porque en los días de su entrenamiento aprendió muy bien aquella primera «regla» del cenobio de Qumrán:

> «Todos los que vengan de la comunidad de Israel sepan que se han separado de la ciudad de los hombres para vivir en el desierto y escuchar al Señor, como está escrito: En el desierto oíd su voz y preparad, en las estepas, un camino para encontrarle».

Casan, pues, demasiado los temas y los ritos de Qumrán con el modo y las predicaciones del Bautista.

Pero no es un profeta del montón. Lucas le introduce en su evangelio con una solemnidad inusitada, escoltado por todas las jerarquías, religiosas y civiles, reinantes entonces en Israel. Impresiona la majestad del cortejo: Tiberio César, Poncio Pilato, Herodes, Filipo y Lisanias, Anás y Caifás: y todos con la pompa de sus poderes imperiales, políticos y sacerdotales, para atestiguar sencillamente esto: «En el desierto vino la palabra de Dios sobre Juan, el hijo de Zacarías». Sí. Más que profeta, es el precursor del Mesías. En el prólogo del cuarto Evangelio el otro Juan le confiere toda su excelsa dimensión teológica:

> «Hubo un hombre, por nombre Juan, enviado de Dios. Vino como testigo para testificar sobre la Luz, a fin de que, por él, todos creyesen; él no era la Luz, sino testigo de la Luz». Aquí el evangelista zanja, sin apelaciones, la peligrosa polémica que, a lo largo de los dos primeros siglos, inquietó la ortodoxia de las comunidades cristianas, cuando los discípulos esenios de Juan predicaban que su maestro fue la Luz verdadera y que su bautismo perdonaba los pecados en las inmersiones del río Jordán. No. Pero los elogios que tributa a su ministerio, como «testigo de la Luz», están en la misma línea eminente de aquellas palabras de Cristo: «Entre los hombres nacidos de mujer, ninguno mayor que este Juan».

Se explica el enorme impacto que su profetismo alcanza en la conciencia de Israel. Parece misterioso el declive del pueblo elegido, porque, en lo humano, sería muy difícil explicar cómo, de aquellos esplendores de la monarquía de David, ya no queda nada: vacías sus instituciones jurídicas y religiosas; el pueblo, «como ovejas que no tuvieran pastor», y todo Israel, una pequeña y difícil provincia del dominio augusto de Roma. Entonces se desatan las fugas hasta el maravillosismo —es la hora turbia de todas las extravagancias intelectuales y morales, de visiones mágicas y alucinaciones colectivas—, buscando cada hombre que su vecino le salve. Este clima psicológico explica bien el falso concepto israelita sobre el mesianismo.

Entonces aparece Juan en su desierto y choca. Es el profeta de fuego, árido y airado, la piel batida de intemperies y de soles, una cintura de penitencia que le desgarra la carne poca, y una luz infinita en la mirada profunda e irresistible. ¡Qué duro contraste! Los rectores religiosos eran de aquella catadura aristocrática que permitió al levita y al sacerdote pasar junto al pobre judío, robado de los ladrones en Jericó, sin oír los lamentos helados de su agonía. Los poderes civiles, envilecidos en obsequio del invasor. Y un clasismo de pena, que permitía a todos los epulones sentarse a los convites de la carne y del vino mientras los lázaros morían en la soledad de su hambre y de su lepra. ¿No ha de chocar, de imponerse, la tremenda desnudez del Bautista? Un runrún invade, desde el desierto, toda Palestina. «Yahvé se ha compadecido de su pueblo suscitando un salvador, un nuevo profeta». ¿Acaso Elías o el Ungido? Y cuando aquellas vastedades del Jordán se pueblan de patriarcas, de rameras, de soldados y de publicanos, la sinagoga de Jerusalén

se ve obligada a intervenir con justas razones, porque tenía recibida del Altísimo la encomienda de guardar incólumes las prácticas.

El diálogo que en su evangelio nos transfiere San Juan es hábil, duro, diplomático. Van a interrogar al Bautista sobre su persona, su vida, sus ministerios; pero en el paisaje de estas indagaciones la diana aterradora y verdadera es el Cristo. Juan, a quien sus jueces estiman sólo como un inculto visionario, centra con fina sabiduría el estado de la cuestión y se adelanta en la respuesta: «¡Yo no soy el Cristo!».

Porque no es la Luz, tampoco es el Cristo, ni Elías, ni el profeta, ni aun un hombre, con los atributos y resortes a su personalidad correspondientes. Es sólo la Voz que clama, que flagela, que purifica. Es el precursor.

Cuando la embajada descubra sus vergonzosas intenciones —la competencia material de su bautismo, que resta ofrendas al gazofilacio del Templo— Juan tranquiliza sus temores, pero les envuelve en una conminación impresionante. «Yo bautizo en el agua. En medio de vosotros está quien no conocéis. El que viene después de mí, a quien no soy digno de desatar el calzado». Y este colofón del Bautista sí da que pensar. Desconocer a Jesucristo cuando está en medio de nosotros. Ignoramos, o conocemos con enormes lagunas, las doctrinas evangélicas, el ciclo dogmático, el magisterio del Papa. Su misma persona divina, viviente en la Eucaristía, en la miseria de los hambrientos, en la orfandad de los hogares, en las llagas de los desamparados, no nos impresiona con su mensaje, aunque nos hable con palabras auténticas de fuego, con esa luz eterna que llevan en la frente sus enviados. Es el signo, que preside las vidas dramáticas de todos los precursores. Tienen el destino de sembrar con su sangre sin ver la granazón gozosa de las espigas ni recoger en los graneros la gloria de la sementera. Precisamente porque el Bautista es un hombre entero, veraz, fiel a su misión de adelantado, Herodes le encarcelará en aquel castillo de Maqueronte, a orillas del mar Muerto, donde él quema su vida en los altares de la lujuria más arrastrada y monstruosa. Morirá. Su cabeza sangrante sobre el disco de oro que le trae el verdugo, como último ludibrio, queda trenzada a los pies impuros de Salomé, la bailarina.

Pero entonces, con la palma de su sangre, triunfa en la gloria de Dios este Juan Profeta, precursor del Mesías, amigo del Esposo, «el más grande entre los hombres nacidos de mujer».

FERMÍN YZURDIAGA LORCA

Bibliografía

Arts. en A. VACANT - E. MANGENOT - E. AMANN, *et al.* (dirs.), *Dictionnaire de théologie catholique.* 6/2: *Ghezzi-Hizler* (París 1947); F. CABROL - H. LECLERCQ (dirs.), *Dictionnaire d'archéologie chrétienne et de liturgie.* 7/2: *Iona-Jubilus* (París); *Dictionnaire de la Bible,* 3 (París 1903).

BUZY, D., SCJ, *Saint Jean-Baptiste. Études historiques et critiques* (París 1932).

DU CANGE (CHARLES DU FRESNE), sieur, *Traité historique du chef de S. Jean Baptiste, contenant une discussion exacte de ce que les auteurs anciens et modernes en ont écrit, et particulièrement de ses trois inventions* (París 1665).

MILIK, J. T., *Dix ans de découvertes dans le désert de Juda* (París 1957).

TORRES, A., SI, *Lecciones sacras sobre los Santos Evangelios.* I: *La infancia del Señor (Curso de 1922-1923)* (Cádiz 1943).

STEINMANN, J., *Saint Jean-Baptiste et la spiritualité du désert* (París 1955).

• Actualización:

CÁRDENAS, R. M., *San Juan Bautista, una historia deslumbrante* (Buenos Aires 1984).

DAUTREY, P. - SONRIER, M.-A., *Saint Jean-Baptiste, prophète et missionnaire* (Chaumont 1990).

GALLEGO, S., *San Juan Bautista* (El Prat de Llobregat 1996).

«San Juan Bautista (24 de junio)», en J. SENDÍN BLÁZQUEZ, *Santos de leyenda, leyendas de santos* (Madrid 2000) 149-158.

BEATA MARÍA GUADALUPE GARCÍA ZAVALA

Virgen († 1963)

Mientras este libro estaba en la imprenta, se ha producido la beatificación de una insigne sierva de Dios que colaboró a dar vida a una nueva congregación religiosa y en su larga vida de 85 años dio ejemplo admirable de verdadera virtud cristiana. Se trata de la Beata María Guadalupe García Zavala, cofundadora de la Congregación de Siervas de Santa Margarita María y de los Pobres. Para no dejar a los lectores sin alguna noticia de esta nueva beata nos hemos apresurado a dedicarle unas páginas en este tomo del *Año cristiano.*

Anastasia Guadalupe García Zavala nació en Zapopán, en el estado de Jalisco, en la República de México, el 27 de abril de 1878. Era la suya una familia cristiana, de buena posición económica, pues don Fortino, su padre, era comerciante de objetos

religiosos frente a la Basílica de Nuestra Señora de Zapopán y tenía medios desahogados de vida. Era tía suya la venerable sierva de Dios María Librada del Sagrado Corazón de Jesús Orozco Santa Cruz, que fundó la Congregación de Hermanas Franciscanas de Nuestra Señora del Refugio, muerta el 20 de marzo de 1926, y cuyas virtudes heroicas han sido reconocidas por la Iglesia el 18 de diciembre de 2000. Esta tía suya la preparó a la primera comunión y ya pudo comprobar cuán receptiva era la niña de la enseñanza cristiana que se le transmitía y cómo tenía un espíritu de verdadera piedad. En su casa era muy querida, la llamaban familiarmente Lupita, y frecuentaba la vecina basílica, aprovechándose mucho de los actos de culto a los que concurría y naciendo en ella una grande y sólida devoción a la Santísima Virgen María.

Su familia se trasladó a la ciudad de Guadalajara, donde discurriría en adelante la vida de Lupita. Llegada a la juventud, Lupita era una joven simpática y alegre, sencilla y transparente en su trato, y de manifiesta belleza física. Sus cualidades atrajeron la atención de un joven, Gustavo Arreola, con el que ella formalizó relaciones prematrimoniales, llegando ambos novios a prometerse formalmente. Tenía Lupita 23 años. Ella con otras compañeras participaba en las Conferencias de San Vicente de Paúl y con ellas hacía la obra de caridad de atender al hospital de Santa Margarita María de Alacoque, y en la práctica de esta obra caritativa tuvo la inspiración de que el Señor no la llamaba en verdad a la vida del matrimonio sino que la llamaba a dedicarse por completo al servicio de los enfermos. Ella era también miembro de la Asociación de Hijas de María, que la habían elegido su presidenta. Como dicho sentimiento de consagrarse a Dios y a los enfermos se apoderaba poco a poco de su corazón, ella decidió hacerle una consulta clara a su director espiritual, ya que quería tener la seguridad de que esos sentimientos provenían de Dios. Y sucedió que al expresarle sus sentimientos al sacerdote, éste le dijo que él por su parte también estaba pensando en la necesidad de crear una nueva congregación religiosa que se hiciera cargo del hospital para el mejor y más esmerado servicio de los enfermos. Y entonces invitó a Lupita a romper su compromiso matrimonial y a decirle al joven prome-

tido que no lo dejaba por otra razón que la de preferir consagrarse al servicio de Dios y de los enfermos. Su director espiritual era el padre Cipriano Íñiguez Martín del Campo († 1931), que era a su vez el director del citado hospital.

Y así fue como entre director y dirigida dieron comienzo a una nueva congregación. Eligieron como nombre el de Siervas porque querían expresar que toda la congregación nacía con un neto espíritu de servicio; tomaban como titular a Santa Margarita María de Alacoque, la confidente del Sagrado Corazón de Jesús, a la que estaba dedicado el hospital en el que iban a prestar sus servicios, y añadieron la expresión «de los Pobres», porque ellos serían los destinatarios directos de su labor. Era el año 1901. Se juntaron otras jóvenes que con ella comenzaron a prepararse para la vida religiosa, sirviendo desde el comienzo en el hospital. Lupita comenzó así, dejada la casa de su familia y superada la oposición paterna, a prestar el oficio de enfermera, sin importarle tirarse al suelo para fregar los suelos de las enfermerías y procurando prestar el mejor servicio que era posible. Desde el principio el fundador le encomendó a ella guiar a las demás jóvenes en el camino de la vida religiosa. El 13 de octubre de 1901 comenzaba la vida religiosa del grupo. El 8 de diciembre de 1901 emitió los votos privados, ya que la naciente congregación aún no tenía aprobación oficial diocesana, aunque sí licencia para vivir en comunidad al modo de una congregación religiosa. Al frente de la misma fue puesta Lupita que tomó el nombre de Madre María Guadalupe, bien que todos la conocieran como Madre Lupita.

Desde el principio en el seno de la comunidad florecieron las virtudes religiosas: la pobreza, la humildad, la caridad fraterna, la obediencia de corazón y la santa unión necesaria para la consolidación de la obra. Madre Lupita iba por delante en todas las virtudes y su ejemplo servía de estímulo a las demás compañeras.

El hospital tenía muchas carencias y llegó un momento en que éstas se volvieron demasiadas. Por ello Madre Lupita solicitó licencia al director para poder mendigar por las calles a fin de recoger limosnas con las que subvenir a las necesidades del hospital. El P. Director accedió y tanto la Madre como otras varias

hermanas se lanzaron a pedir por las casas a todos los que llevados de buen corazón quisieran colaborar en la obra de mantener un hospital para el servicio de enfermos pobres. Esta postulación callejera duró varios años hasta que los problemas del hospital pudieron atenderse por otros medios. Pero Madre Lupita y sus hermanas dieron el testimonio que era necesario dar y salieron espiritualmente robustecidas de la experiencia.

La realidad sociopolítica de la nación mejicana en los años que van de 1911 a 1936 es bien conocida. Hubo una auténtica persecución religiosa que llegó a su clímax con la presidencia de Plutarco Elías Calles, debiendo incluso suspenderse el culto público y siendo asesinados numerosos sacerdotes y religiosos. En ese clima la Madre Lupita no se vino atrás de su obra, más aún, logró ampliarla. Arriesgando su propia vida, escondió en el hospital a numerosos sacerdotes, entre ellos al arzobispo de Guadalajara, mons. Francisco Orozco Jiménez. Y su caridad se vio que no hacía distinción entre personas, pues atendió a los mismos soldados que perseguían a los sacerdotes, abriéndoles el hospital para darles alimentos y curarles sus heridas.

En Guadalajara logró el amor de las gentes, queriéndola lo mismo la clase rica que los pobres. Y lo mismo sucedió en los demás sitios en donde ella logró fundar alguna de las once casas que pudo abrir en vida. El 13 de octubre de 1961, al cumplirse los sesenta años de su vida religiosa, la congregación, erigida como tal por el arzobispo de Guadalajara en 1935, año en que la Madre María Guadalupe emitió su profesión religiosa perpetua (que privadamente había hecho en 1924), festejó la efeméride con gran alegría, recibiendo Madre Lupita el merecido homenaje de sus hijas y de sus amigos. Ya para entonces estaba muy enferma, luego de haber tenido buena salud la mayor parte de su vida, pues había enfermado en 1957, sobrellevando con gran entrega a la voluntad de Dios su ancianidad y su enfermedad y siendo para todos un estímulo continuo de vida cristiana. Murió en Guadalajara el 24 de junio de 1963.

Como expresa el decreto que reconoce sus virtudes heroicas, ella puso su esperanza en Dios y en su providencia, y despegada de las cosas terrenas, puso los ojos en la vida eterna,

preparándose para ella recorriendo el camino de la misericordia y la caridad y desempeñando con gran responsabilidad sus deberes con Dios, con la Iglesia, con su congregación y con los pobres. Fue fuerte, paciente, perseverante en la fidelidad a sus compromisos de vida e, incluso, siendo ya anciana llevó adelante el régimen de su congregación pues ésta jamás quiso tener otra superiora general mientras ella viviera. Dio un continuo ejemplo de cumplimiento de los votos y de las constituciones de la congregación y tuvo una exquisita obediencia para con la jerarquía de la Iglesia.

La fama de santidad que la acompañaba en vida, la siguió después de muerta. En 1984-1986 se instruyó el proceso diocesano en orden a su beatificación en el arzobispado de Guadalajara, siendo declarado válido el proceso el 15 de marzo de 1991. El 1 de julio de 2000 el Papa reconocía sus virtudes heroicas. El 20 de diciembre de 2003 se aprobaba un milagro obtenido por su intercesión, y el 25 de abril de 2004 el Santo Padre Juan Pablo II ha procedido a inscribirla en la lista de los bienaventurados en solemne ceremonia celebrada en la plaza de San Pedro.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

AAS 93 (2001) 31-32.
Bibliotheca sanctorum. Seconda appendice (Roma 2000) col.530.
L'Osservatore Romano (23-4-2004) 8.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN SIMPLICIO DE AUTÚN
Obispo († 375)

La tradición sobre San Simplicio es que estaba casado pero vivía en castidad perfecta con su mujer y hacía numerosas obras de caridad, por lo que fue elegido obispo de Autún a la muerte del obispo Egemonio. Misionó con gran celo por toda la región y se cuentan de él varios milagros para la afirmación del cristia-

nismo y la defensa de su propia virtud. Se calcula el año 375 como el de su muerte. Habla de él San Gregorio de Tours.

SAN RUMOLDO

Ermitaño y mártir († 775)

Según la tradición, Rumoldo era escocés y luego de una peregrinación a Roma se estableció en Mechelen, cuyos condes le hospedaron. Él rogó a Dios diera descendencia a sus bienhechores y el Señor escuchó su plegaria. Evangelizó aquella zona y luego llevó vida eremítica hasta que fue asesinado por unos ladrones. Se ha dicho también que había construido un monasterio.

SAN TEODGARO

Presbítero († 1065)

Se le tiene por un sacerdote anglosajón que evangelizó en el territorio de la diócesis de Vendyssel, Dinamarca, de la que fue constituido patrono, donde construyó la primera iglesia de madera y donde fue como párroco de los fieles cristianos, atribuyéndosele en vida y en muerte muchos milagros y teniendo en la baja Edad Media culto en toda Jutlandia.

SAN JOSÉ YUAN ZAIDE

Presbítero y mártir († 1817)

Era sacerdote diocesano de la Misión de Su-Tchuen. Había nacido en 1765 en el seno de una familia pagana en la ciudad de Pe-Choui-Hien. Acertó a escuchar a mons. G. Dufresse y se sintió atraído por el cristianismo. Se bautizó y edificó a todos en su empeño por vivir con profundidad la vida cristiana.

El mismo santo obispo lo preparó para el sacerdocio, al que se sentía llamado, y lo ordenó sacerdote, siendo enviado, sucesivamente, a varios distritos donde ejerció con celo el ministerio sacerdotal.

Llegada la persecución del emperador Kia-Kin, fue arrestado en agosto de 1816. Se le quería sacar los nombres y paraderos de los demás misioneros europeos y de los sacerdotes cristianos, pero él no delató a ninguno. Se le sometió a interrogatorios de diversos géneros. Compareció a juicio revestido de los ornamentos sacerdotales, exaltó allí su fe cristiana y su ministerio sacerdotal y explicó el significado de la plegaria evangélica: «Venga a nosotros tu reino». Fue condenado al estrangulamiento pero se tardó tiempo en ejecutar esta sentencia, por lo que el mártir permaneció en prisión hasta el 24 de junio de 1817. El día de la ejecución fue orando en voz alta y exhortando a los cristianos que estaban entre la multitud a ser fieles a Cristo. Fue canonizado el 1 de octubre de 2000.

25 de junio

A) Martirologio

1. En Turín (Liguria), San Máximo († 423), primer obispo de la ciudad.

2. La conmemoración de San Próspero de Aquitania († 463), monje **.

3. En Regio (Emilia), San Próspero († s. V-VI), obispo.

4. En Maurienne (Saboya), Santa Tigridis o Tygris († s. VI), virgen.

5. En Rossmarkie (Escocia), San Moloc o Lugaidh († 572), obispo.

6. En Jaca (España), Santa Orosia o Eurosia († 714), virgen y mártir *.

7. En Egmond (Frisia), San Adalberto († s. VIII), diácono y abad *.

8. En la Bretaña Menor, San Salomón († 874), rey y mártir *.

9. En Guglieto, junto a Nusco (Campania), San Guillermo († 1142), abad *.

10. En la cartuja de Reposoir (Saboya), Beato Juan de España († 1160), monje, que escribió las constituciones de las monjas cartujas *.

11. En Marienwerder (Prusia), Beata Dorotea de Montau († 1394), viuda *.

12. En Nam Dinh (Tonkín), santos Domingo Henares, obispo, de la Orden de Predicadores, y Francisco Minh Chieu († 1838), mártires **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN PRÓSPERO DE AQUITANIA
Monje († 463)

Es bien poco lo que conocemos sobre la vida de San Próspero de Aquitania. En la historia de la Iglesia se nos presenta como un gran luchador contra los semipelagianos y como el gran defensor de San Agustín y su doctrina sobre la gracia. Así, pues, su figura nos es conocida más bien por sus escritos y por la polémica que mantiene en ellos contra estos herejes o heretizantes. Sin embargo a través de todas estas luchas en defensa de la verdad aparece suficientemente su acrisolada virtud y su férrea perseverancia.

Según el testimonio del historiador Gennadio, Próspero era natural de Aquitania y, de hecho, es siempre designado como *Próspero de Aquitania.* Nacido, pues, a fines del siglo IV, recibió una formación literaria y religiosa muy completa, como apareció luego en las grandes controversias en que tomó parte activísima. Ya en su primera juventud frecuentó, según parece, el monasterio de San Víctor de Marsella, donde tanta fama gozaba en este tiempo su célebre abad Juan Casiano († 435), y en este tiempo debió componer uno de los primeros escritos que llevan su nombre. Titúlase *Poema de un esposo a su esposa,* y, si bien algunos críticos niegan que fuera suyo, ciertamente tiene un sentido profundamente cristiano. De él han deducido los autores que Próspero estaba casado. Ciertamente no era eclesiástico y se mantuvo siempre en el estado seglar.

El poema ofrece una excelente meditación sobre las miserias de este mundo, de donde se deduce que deben despreciarse los honores, las riquezas y todos los placeres terrenos y poner la esperanza únicamente en Dios. Tal es la primera obra que, si es realmente de Próspero de Aquitania, nos lo presentaría como un cantor sublime de la vida ascética y de retiro del mundo, a la que tantos se entregaban entonces en los desiertos del Oriente, y que tanto comenzaba a cundir en el Occidente. La estancia de Próspero en el monasterio de San Víctor, uno de los centros más típicos del monacato occidental, sería un buen indicio de la paternidad de Próspero sobre esta obra.

Son realmente deliciosas y de gran valor ascético algunas reflexiones que se hacen en dicho poema.

> «¿Qué sufrimiento puedo yo rechazar —se dice en él—, teniendo la esperanza de tantos bienes como la bondad de Dios me prepara? ¿Qué cosa me podrá separar de Él? Si se me encierra en un oscuro calabozo y se me carga de cadenas, yo podré siempre, a pesar de todo, elevar mi espíritu a Dios. No puedo temer el destierro, pues el mundo entero es la morada de todos los hombres. Podrán someterme a sufrir hambre corporal. Pero yo me preocupo muy poco de ello. La palabra de Dios será mi alimento. Pero esta fuerza no me vendrá de mí mismo. Sois Vos, oh Jesús, quien ponéis en mi boca estas palabras y me concederéis la gracia para cumplirlas. De mí mismo no puedo prometerme absolutamente nada. Toda mi esperanza está puesta en Vos. Vos nos mandáis luchar y Vos nos hacéis vencer».

Empapado, pues, en estos sentimientos e ideas dirige a su esposa estas humildes expresiones:

> «Procurad reprimirme si el orgullo me levanta. Sed mi consuelo en medio de mis penalidades. Démonos mutuamente el ejemplo de una vida santa, verdaderamente cristiana. Cumplid conmigo los deberes que yo estoy obligado a cumplir con vos. Velad por quien está obligado a velar por vos. Levantadme si caigo. Esforzaos por levantaros cuando yo os advierta de una falta. No nos contentemos de formar los dos un solo cuerpo; seamos también una sola alma».

Pero lo que más caracteriza toda la obra y actividad de San Próspero de Aquitania y pone bien de manifiesto la santidad de su vida y los profundos sentimientos cristianos que le animaban son las enconadas luchas que tuvo que mantener a partir del año 426 en defensa de la gracia y de la doctrina de San Agustín contra los semipelagianos.

A principios del siglo V se había presentado Pelagio con la halagadora doctrina de que el hombre, con sus propias fuerzas y sin necesidad de ningún auxilio sobrenatural, podía evitar todos los pecados y obrar el bien, realizando toda clase de obras sobrenaturales. Frente a esta concepción, que ha sido designada como la soberbia pelagiana, se levantó San Agustín y, con todo el peso de su poderosa inteligencia, propuso con toda claridad y defendió con toda evidencia la doctrina de la gracia interna sobrenatural y enteramente necesaria para toda obra buena. Por

todo ello San Agustín mereció justamente el dictado de *Doctor de la gracia.* Los concilios por él dirigidos en Cartago, entre 416 y 418, condenaron decididamente los diversos puntos contrarios a la doctrina fundamental católica sobre la gracia. Todas estas decisiones, al ser adoptadas posteriormente por los papas, adquirieron el carácter de doctrina oficial de la Iglesia. En este primer estadio de las discusiones sobre la gracia, según parece, Próspero no tuvo intervención ninguna, pero se hallaba al lado de San Agustín y se compenetró con él en la más profunda estima de la ayuda sobrenatural de Dios y de su más absoluta necesidad en toda obra sobrenatural del hombre. Precisamente esta íntima convicción es la que late en los sentimientos del poema anteriormente citado y que debió componerse por este tiempo.

Pero no todos se dieron por satisfechos con la doctrina de San Agustín sobre la necesidad absoluta y general de la gracia interior para todos los actos sobrenaturalmente buenos y meritorios del hombre; no a todos gustaban los principios por él establecidos acerca del poder absoluto de Dios sobre todas las obras y, por consiguiente, sobre la predestinación del hombre. Así, pues, en el sur de Francia, y particularmente en el monasterio de San Víctor de Marsella, se levantaron algunos monjes, a cuya cabeza iba el bien conocido escritor y teólogo Juan Casiano, quienes admitían la doctrina general, proclamada contra los pelagianos, pero afirmaban que Dios «no ha podido dejar al hombre en la impotencia de querer y obrar el bien». Sostenían, pues, estos monjes marselleses que debía depender del hombre la primera elección, el primer impulso hacia el bien, el primer acto bueno o sobrenatural, lo que ellos designaban como *initium fidei.* Sólo así, decían, se puede explicar, por una parte, la verdadera libertad humana en la elección del bien o del mal, y, por otra, la voluntad verdaderamente universal de Dios de que se salven todos los hombres. Dios ofrece, según esa concepción, indistintamente a todos los hombres los auxilios necesarios y suficientes para salvarse. El que unos se salven y otros no, esto depende exclusivamente del hombre.

Con esta doctrina, que, a semejanza de la de Pelagio, tanto halaga la soberbia humana, atrajeron los monjes marselleses a muchos incautos; mas, por poco que se examine, se ve fácil-

mente que es un pelagianismo disimulado o vergonzante, pues si el auxilio sobrenatural de la gracia divina es necesario para elevar sobrenaturalmente cualquiera obra, lo es también para la primera. La razón es la misma para ésta que para todas las demás. El primero, pues, que cayó plenamente en la cuenta del verdadero peligro latente en esta doctrina fue Próspero de Aquitania, quien se hallaba precisamente entonces en la Provenza. Por esto él fue quien informó detenidamente a San Agustín sobre aquella corriente, que entonces se designó como *doctrina de los marselleses* o de las Galias. El apelativo de *semipelagianismo* no se le dio hasta el siglo XVI, en que se renovaron las grandes discusiones sobre la gracia.

Así lo hizo, en efecto, San Próspero en una célebre carta, escrita en 428, en la que expone a San Agustín las objeciones que se ponían a su doctrina y le suplica les dé la debida orientación en tan delicada materia. Como se deduce de esta carta, la única que se ha conservado, parece que ya anteriormente le había enviado algunas otras sobre el mismo asunto. Rápidamente comprendió San Agustín todo el alcance de esta ideología y su estrecho parentesco con la pelagiana. Así, pues, aunque ya de avanzada edad, compuso a fines del 428 y principios del 429 dos de sus obras básicas: *Sobre el don de la perseverancia* y *De la predestinación de los santos.* En ellas expone abiertamente la opinión católica, contraria por completo a la de los marselleses o semipelagianos.

Naturalmente, esto no satisfizo a los monjes de San Víctor de Marsella. Tanto Casiano como sus discípulos continuaron aferrados a sus opiniones; mas, por el respeto que les merecía la autoridad de San Agustín, no quisieron, mientras él vivió, oponérsele abiertamente. Pero no tuvieron que esperar mucho tiempo. Muerto San Agustín el año siguiente, 430, volvieron a la carga, haciendo propaganda de sus ideas. Al exponer la doctrina de San Agustín exageraban algunos de sus puntos, insistiendo principalmente en que su doctrina no era compatible con la libertad humana. Ésta, repetían, sólo puede salvarse si se admite que el hombre puede, con solas sus propias fuerzas, determinarse hacia el bien, es decir, si puede poner, sin ayuda sobrenatural, el *initium fidei.*

En momentos tan críticos entra plenamente en actividad San Próspero de Aquitania, a cuyo lado aparece constantemente otro laico semejante a él, llamado Hilario. Imbuido plenamente en la ideología de San Agustín, que era la ortodoxa católica, y sintiéndose sinceramente representante de la misma, Próspero compuso una serie de obras que constituyen el núcleo principal de sus producciones literarias. En realidad, después de las de San Agustín, son, indudablemente, las mejores que se escribieron sobre la gracia a lo largo de toda esta controversia. Con ellas se ha podido afirmar con razón que, aunque laico, San Próspero de Aquitania completó lo que sobre ella había escrito San Agustín.

Su principal intención iba dirigida contra Juan Casiano, quien gozaba de un prestigio extraordinario y en sus célebres *Colaciones* enseñaba expresamente que Dios esperaba el primer movimiento de la voluntad del hombre para darle entonces la gracia sobrenatural, con la cual pudiera seguir realizando obras meritorias. Toda esta doctrina la refutó maravillosamente San Próspero en su opúsculo *Contra el autor de las «Colaciones».* Aparte otros tres opúsculos, en los que refutaba las objeciones de los obispos galos y exponía otros puntos fundamentales, sus trabajos principales fueron, ante todo, una epístola titulada *Sobre la gracia y el libre albedrío,* donde, basándose en toda la concepción de San Agustín, trataba de armonizar debidamente la gracia sobrenatural y la absoluta dependencia de Dios con el libre albedrío del hombre. Asimismo compuso un célebre poema, titulado *De los ingratos,* donde en mil dos hexámetros trata de probar que no hay cosa que denote mayor ingratitud que el creer que poseen por sí mismos y con su libre albedrío lo que sólo nos viene de la misericordia y de la omnipotencia del Salvador.

Mas como su calidad de laicos restaba autoridad a las refutaciones de Próspero de Aquitania y su amigo Hilario, se dirigieron ambos a Roma, con el objeto de invocar la intervención del romano pontífice. Tal fue la ocasión de la primera intervención pontificia en las controversias de los monjes galos o marselleses. Como los tiros de éstos iban dirigidos contra San Agustín, que gozaba de una autoridad general e indiscutible, no costó mucho a Próspero mover al Papa a tomar su defensa. Goberna-

ba entonces la Iglesia el papa San Celestino I (422-432), bien avezado a las cuestiones teológicas. Así, pues, en un escrito dirigido a los obispos de las Galias expuso la verdadera doctrina católica, ensalzando en particular a San Agustín y exhortando a todos a la verdadera sumisión al magisterio de la Iglesia.

Con esto se llegó al punto culminante en toda esta controversia. Como el Papa no definía ninguna cuestión y sólo recomendaba el respeto a la autoridad de San Agustín, continuaron las discusiones durante los decenios siguientes, aun después de la muerte de Casiano, ocurrida en 435. Del lado de éste se pusieron, entre otros, Gennadio de Marsella, Fausto de Riez y San Vicente de Lerins.

Contra todos ellos continuaron batallando con nuevos escritos Hilario y sobre todo Próspero de Aquitania. Todavía hacia el 450 publicó la obra titulada *La vocación de todos los gentiles,* donde suavizaba un tanto algunos puntos de la doctrina de San Agustín, pero manteniendo la más estricta ortodoxia.

Este espíritu estrictamente eclesiástico y ortodoxo de Próspero de Aquitania, su tenacidad en la defensa de la doctrina de San Agustín, es decir, la sobrenaturalidad más absoluta de la gracia, y juntamente su vida íntima, señalada por la práctica de todas las virtudes cristianas, todo ello movió al nuevo papa San León Magno (440-461) a llamarle a Roma y tomarle como secretario particular suyo. Así nos lo comunica expresamente el historiador Gennadio, nada simpatizante con sus ideas. Él mismo insinúa la idea de que, con su extraordinaria erudición, fue desde entonces el mejor auxiliar de este gran Papa en la redacción de sus cartas y de sus principales obras. Indudablemente, pues, constituye esto una de las principales glorias de San Próspero de Aquitania. Sus eximias virtudes y su defensa constante de la ortodoxia católica recibían de esta manera la debida recompensa.

Así, pues, como secretario particular del papa San León, San Próspero colaboraría con él en la redacción de la célebre *Epístola dogmática,* dirigida por San León Magno a la Iglesia de Oriente, donde tan magistralmente se expone el misterio de la Encarnación, declarando contra Nestorio la unión personal, y contra Eutiques y los monofisitas las dos naturalezas en Cristo. En

todo caso han observado los más sagaces críticos que, si se atiende al estilo de la epístola, se ve en ella más bien la mano de San León. De un modo semejante debió ayudar al santo Papa en la respuesta y solución a las cuestiones que le llegaban de todas las partes del mundo.

En esta forma se desarrolló la última etapa de su vida, en la cual compuso todavía una especie de «historia», designada con el título de *Crónica de San Próspero.* Sobre la fecha de su muerte no tenemos noticia ninguna, sino que debió ocurrir después del año 455, puesto que la *Crónica* llega hasta esta fecha. La fama de su virtud y de sus méritos como gran defensor de la fe ortodoxa fue constantemente en aumento después de su muerte.

San Próspero de Aquitania no debe ser confundido con *San Próspero de Riez* ni con otro *San Próspero, obispo de Reggio.*

BERNARDINO LLORCA, SI

Bibliografía

BARDY, G., «Prosper d'Aquitaine», en A. VACANT - E. MANGENOT - E. AMANN, *et al.* (dirs.), *Dictionnaire de théologie catholique.* 13/1: *Préexistence-Puy* (París 1936).

MORIN, G., Art. en *Revue Bénédictine* 12 (1895) 241s.

PLINVAL, G. DE, *Prosper d'Aquitaine, interprète de Saint Augustin* (París 1958).

Prosper d'Aquitaine Opera: PL 51.

TILLEMONT, L. S. DE, *Mémoires pour servir à l'histoire ecclésiastique des six premiers siècles...,* XVI (Venecia).

VALENTIN, L., *Saint Prosper d'Aquitaine. Étude sur la littérature latine ecclésiastique au V^e siècle en Gaule* (París 1900).

Véanse en general *Historias de la Iglesia,* donde se trata del «Pelagianismo» y «Semipelagianismo». Cf. B. LLORCA, SI - R. GARCÍA VILLOSLADA, SI - J. M.ª LABOA, *Historia de la Iglesia católica,* I: *Edad Antigua. La Iglesia en el mundo grecorromano* (Madrid ⁸2001) 509-521.

SANTO DOMINGO HENARES

Obispo y mártir († 1838)

El día 19 de junio de 1988, Juan Pablo II canonizaba a una verdadera pléyade de santos del Vietnam, altamente representativa de la legión de mártires que regaron con su sangre aquellas difíciles tierras de misión en el largo período que va desde la primera persecución, iniciada en 1620, hasta el año 1862 en que el rey Tu-Duc, tras una intervención de Francia, sancionó el

principio de libertad religiosa para todos sus súbditos. En la impresionante lista de canonizados figuran ocho obispos, cincuenta presbíteros y cincuenta y nueve seglares. De ellos, noventa y seis son nativos del Vietnam, once españoles y diez franceses. Pertenecen, casi a partes iguales, a los Vicariatos apostólicos encomendados a los dominicos españoles y a la Sociedad de Misiones Extranjeras de París.

Encabezan la lista de los ocho obispos (todos ellos dominicos españoles excepto el francés Esteban Teodoro Cuenot) Santo Domingo Henares y San Clemente Ignacio Delgado: fueron los primeros en recibir la palma del martirio y los primeros también en ser beatificados, ya en 1900, por el papa León XIII.

Los setenta y dos años de vida de Santo Domingo Henares están divididos a partes iguales por la consagración episcopal: fue ordenado obispo a los treinta y seis años y fue decapitado treinta y seis años después.

Nació en Baena, diócesis de Córdoba, el 19 de diciembre de 1765 en el seno de una familia muy humilde. A los 17 años recibió el hábito de Santo Domingo en el convento de Santa Cruz de Granada. Parece que obtuvo la admisión después de mucho insistir. En 1783 hizo la profesión religiosa. Recién profeso, y sólo iniciados los estudios teológicos, manifestó voluntad decidida de ser misionero. El ambiente apostólico del convento de Santa Cruz debía de ser muy bueno porque otros compañeros manifestaron el mismo deseo. Los dominicos ya contaban en España, y siguen contando, con la provincia del Santo Rosario que mira a las misiones en el Extremo Oriente. A ella se incorporó el joven dominico profeso del convento de Granada. Partió de Cádiz en septiembre de 1785 rumbo a Puerto Rico, Cuba, México y Filipinas, donde desembarcó el 9 de julio de 1786.

La Universidad de Santo Tomás de Manila, regida por los dominicos, estaba en todo su esplendor. En ella concluyó sus estudios al mismo tiempo que impartía clases de humanidades. El 20 de septiembre de 1789 recibió la ordenación sacerdotal e inmediatamente fue destinado a las Misiones de Tonkín (hoy al norte de Vietnam). Llegó el 28 de octubre de 1790 junto con San Clemente Ignacio Delgado y otros dos padres dominicos.

Uno de sus primeros cargos en la misión fue el de rector del seminario para sacerdotes indígenas establecido en Tiên-Chu, cargo en el que permaneció hasta 1798 en que fue nombrado vicario-provincial por el Capítulo de la Orden. Al fallecer el vicario apostólico Fr. Feliciano Alonso, le sucedió San Clemente Ignacio, que ya era su obispo-coadjutor con derecho de sucesión. Inmediatamente designó a Fr. Domingo para vicario general. Los tiempos eran difíciles y cargados de malos presagios. San Clemente Ignacio procuró inmediatamente contar con su propio obispo coadjutor: el 9 de septiembre de 1800 obtenía del papa Pío VII para nuestro Santo Domingo Henares el nombramiento con el título episcopal de Fez. La ordenación episcopal se retardó hasta el 9 de enero de 1803; tuvo lugar en Phunhay.

Con sólo cuatro años de diferencia de edad, la labor pastoral de ambos santos transcurre en colaboración íntima hasta la muerte. Vidas largas de casi cincuenta años de apostolado misionero, convirtiendo a muchos paganos, erigiendo parroquias, formando y ordenando a numerosos sacerdotes indígenas, siempre escapando de perseguidores y delatores, en clima de evidente hostilidad.

Causó admiración la rapidez con que aprendió la lengua de los nativos y, más aún, su afabilidad no sólo con los conversos sino incluso con los mandarines, que con harto pesar se veían obligados a proceder contra él.

Tratándose de un mártir, lo que más importó para los procesos de su beatificación y canonización fue documentar debidamente los datos de su persecución y muerte. Cuando el sanguinario rey de Tonkín, Minh-Manh, inició la persecución contra los cristianos, decidió, ante todo, acabar con los misioneros fijándose directamente en los pastores más sobresalientes de la grey: Delgado, Henares, Hermosilla, Ximeno. Nuestro Santo Domingo Henares, ya rebasados los setenta años, anduvo errante, huyendo de aquí para allá de los soldados que le buscaban por los diversos poblados. El 9 de junio de 1838 creyó ponerse a salvo con el fiel catequista Francisco Chieu en una pobre embarcación, pero los vientos fueron contrarios y tuvieron que volver a tierra. Hallaron refugio en la casita del pescador

cristiano Nghiêm. Pronto se enteró el prefecto del poblado Bat-Phang. Se puso en contacto con él, fingiéndose su amigo, e inmediatamente lo traicionó. Los mandarines lo arrestaron junto con los mencionados Chieu y Nghiêm.

Todo sucedió con rapidez. El 11 de junio fue conducido a Nam Dinh junto con sus dos compañeros. A él, seguramente por la debilidad de la vejez, lo conducían encerrado en una jaula, seguido de sus compañeros que iban a pie cargados de cadenas. Nada más llegar fue condenado a muerte. Lo decapitaron el día 25 del mismo mes de junio. Coronaba así con el martirio cuarenta y nueve años de actividad misionera. Dos semanas después los cristianos tomaron su cuerpo y le dieron sepultura en Luc Thuy Ha. Para mejor asegurar su posesión buscaron luego un lugar más seguro, trasladándolo a Bin-Ciu.

San Jerónimo Hermosilla, uno de los ocho obispos mártires canonizados, sólo tenía 38 años, y también fue decapitado veintitrés años después. Dejó escrito el siguiente elogio de Santo Domingo Henares:

> «Pureza extrema de vida, celo insaciable por la salvación de las almas, sed ardiente del martirio, evangélicamente pobre para sí mismo y prodigiosamente generoso con los necesitados».

JOSÉ M.ª DÍAZ FERNÁNDEZ

Bibliografía

BERTUCCI, S. M., «Henares, Domenico», en *Bibliotheca sanctorum,* VI (Roma 1996) 189-190.

DOMINGO HENARES (STO.), *Epistolario* (Salamanca 1998).

OCIO, H. - NEIRA, E., *Misioneros dominicos en el Extremo Oriente* (Manila 2000).

PUEBLA PEDROSA, C. *et al., Testigos de la fe en Oriente. Mártires dominicos de Japón, China y Vietnam* (Madrid 1987).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTA OROSIA DE JACA

Virgen y mártir († 714)

Santa Orosia o Eurosia es la patrona de Jaca, donde su fiesta se celebra con rango de solemnidad. El 1 de mayo de 1902 el

papa León XIII confirmó el culto inmemorial que en la diócesis se le venía dando, siendo uno de los santos más antiguos cuyo culto ha sido objeto de expresa confirmación oficial. Varias diócesis del sur de Francia también la celebran y consta su culto en iglesias del norte de Italia, e incluso hay una iglesia en Roma dedicada a San Felipe y Santa Eurosia.

La tradición quiere que fuera una joven doncella de los Pirineos y que, en la entrada de los moros en la Península, fuera hostigada por uno de ellos que la mató en la cueva donde la joven se había refugiado. Advertido un pastor por un ángel, hizo sonar las campanas y acudió entonces el clero a llevarse el santo cuerpo.

SAN ADALBERTO

Diácono († 740)

Adalberto era natural de Nortumbria, quizás de familia real, y fue monje en Rathmelgisi. Más tarde, en 690, sería uno de los monjes que acompañaron a San Wilibrordo en su obra evangelizadora en Frisia.

Sobresalió por su amabilidad y humildad. Su trabajo fue especialmente en torno a Egmond, consiguiendo numerosas conversiones. Su humildad le impidió ascender al sacerdocio y así se quedó en el grado de diácono. Wilibrordo lo hizo archidiácono de Utrecht. En Egmond fue erigida una abadía benedictina bajo la advocación de San Adalberto en el siglo X y, con el tiempo, allí han vuelto los benedictinos de la Congregación de Solesmes, teniendo el nuevo monasterio a nuestro santo como titular.

SAN SALOMÓN

Mártir († 874)

Salomón fue rey de Bretaña a partir del año 857 y no llegó al poder de forma limpia. Era primo de Erispoé, sucesor de Nominoé, primer rey de Bretaña. Gracias a la protección franca, Salomón logra para sí el gobierno de una parte importante del

reino y siguiendo adelante en su ambición, urde una conspiración contra el rey, que es asesinado, y ello hace posible su ascenso al trono.

Una vez en el trono quiso afianzar su poder, logra extender considerablemente el territorio de su reino y quiere ser un buen rey. Procuró una buena organización del país y una administración adecuada de la justicia. Mostró sentimientos religiosos y se preocupó por la Iglesia, fomentando la erección de varias sedes episcopales y protegiendo los monasterios.

Parece que, movido por los remordimientos de conciencia sobre la forma de su ascenso al trono, estableció en 873 un consejo de regencia y abdicó de la corona, pero ya era tarde para impedir el progreso del partido formado contra él y que había logrado apoderarse de su propio hijo. Buscó el rey refugio en el monasterio de Plélan, pero, viendo que allí no estaba seguro, pasó a Landernau, y estando en una iglesia de Elorn lo alcanzaron sus enemigos. Él se puso en sus manos y éstos no dudaron en asesinarlo, era el 25 de junio de 874. Inmediatamente, este asesinato fue visto por el pueblo como un martirio, pues se fijó más en el buen gobierno del rey que en su sangriento acceso al poder. Su culto comenzó enseguida y se prolongó a lo largo de los siglos.

SAN GUILLERMO
Abad († 1142)

Guillermo nace en Vercelli el año 1085 y queda huérfano muy joven, encargándose de él unos parientes que le proporcionaron una excelente y cristiana educación. Desde muy joven se consolidan en él los sentimientos de piedad y religión, deseando llevar una vida retirada y austera. A los 14 años decide irse como peregrino a Compostela, llevando en el cuerpo puestas dos planchas de hierro. Luego se fue a vivir al Monte Solicoli como ermitaño, pero cuando vio que acudían a él muchas personas y que cobraba fama de taumaturgo decidió irse con San Juan de Matera a Basilicata, siéndole muy edificante la amistad con este santo.

Posteriormente se establece en Monte Virgiliano, entre Nola y Benevento, para llevar allí una vida eremítica, pero no tardaron en juntársele sacerdotes y seglares que querían ser dirigidos por él en la vida religiosa. Decidió entonces formar una comunidad monástica y erigió un monasterio en honor de la Virgen María que le dio al monte el nombre de Montevergine. Le dio a la comunidad una regla muy austera, que siguió siempre fielmente, pero cuando un buen número de monjes —entre ellos San Juan de Matera— le pidió un régimen más suave, abandonó el monasterio y procedió a una nueva fundación. Las dificultades de ésta obligaron a ambos santos a separarse y Guillermo fundó el monasterio de Monte Cognato en Basilicata, que sería el primero de una serie de nuevos monasterios que fundaría más tarde, entre ellos uno femenino. Roger II, el rey normando de Nápoles y Sicilia, lo llamó a su corte para beneficiarse de sus consejos, pero no todos en la corte veían con buenos ojos la influencia de un monje en los asuntos políticos. Guillermo se retiró de la corte pero el rey puso bajo su dirección otros muchos monasterios de su reino. Murió en el monasterio de Guglietto el 25 de junio de 1142. Su congregación de Montevergine se asoció luego, adoptando su regla, a la Orden benedictina pero conservando su hábito blanco.

BEATO JUAN DE ESPAÑA

Presbítero († 1160)

Llamado Juan de España por su origen español, nació en Almansa, reino de León, el año 1123 en el seno de una familia de clase media. Luego de haber estudiado gramática en su pueblo natal, sus padres le dieron algún dinero para que marchara a Francia con otro compañero y buscara un buen lugar de estudios. Éste fue Arlés, donde estudió filosofía, que completó a los 16 años. Pero ya antes se le había acabado el dinero que le dieran sus padres y una familia noble lo había acogido.

Se planteó su futuro y decidió consultarlo con un monje basilio de gran prestigio, siendo el resultado su ingreso en esta Orden, pero cuando vio que querían elegirlo prior pese a su juventud y, además, oyó hablar de la Cartuja, se decidió a pedir

entrada en la Cartuja de Montrieux. Hecho el noviciado y la profesión religiosa, se preparó para el sacerdocio, que recibió con verdadera unción, y se dispuso a vivir la vida oculta y profunda de los cartujos. Su primer cargo en la comunidad fue el de sacristán, y todos admiraron en él la estricta observancia religiosa y el afán que ponía en hacerlo todo bien. Apenas pasados siete años de su ingreso en el monasterio fue elegido prior. Acometió la restauración del edificio y pudo verse, también, el concepto tan exacto y perfecto que tenía de lo que debía ser la vida cartujana, concepto que intentó infundir en todos los monjes de su comunidad.

Las monjas del monasterio de Prebayon, sabedoras de la ciencia espiritual del prior de Montrieux, se dirigieron al prior de la Cartuja de Grenoble, general de la Orden, que era entonces San Antelmo, y le pidieron que se encomendara a Juan la acomodación al sexo femenino de las llamadas «Costumbres de Dom Guigo» por las que se regía la Cartuja, ya que ellas deseaban poder ser monjas cartujas. Aceptada la petición, hizo Juan la solicitada acomodación y comenzó así la rama femenina de la Cartuja.

Tuvo problemas su monasterio con un poderoso vecino que, ambicionando tierras del convento y no aviniéndose a ello el prior, intentó indisponerlo con la comunidad, cosa que no logró, pasando a hacer cuanto daño podía al monasterio. Ante ello y para evitar males mayores, Juan se retiró del monasterio y con algunos religiosos se fue a la «Gran Cartuja», donde San Antelmo lo recibió, y de allí pasó a la fundación de la Cartuja llamada del *Reposoir* en el valle del Béol (1151). Edificó el monasterio y comenzó en él una vida de gran regularidad y santidad seguida por todos los monjes, sobresaliendo Juan como prior. En esta casa pudo llevar la vida propia de los cartujos hasta su muerte el 25 de junio de 1160. Su culto fue confirmado por el papa Pío IX el 14 de julio de 1864.

BEATA DOROTEA DE MONTAU
Viuda († 1394)

La patrona de Prusia pasó el último año de su vida como reclusa y emparedada en la catedral de Marienwerder, a donde había llegado el año 1391, cuando enviudó.

Había contraído matrimonio en 1364 con el militar Adalberto, persona rica y piadosa, pero de carácter áspero, que no siempre trató bien a su esposa y le hizo difícil la vida. Ella, persona de gran vida interior a la que el Señor favorecía con carismas místicos, soportó con gran humildad, paciencia y fortaleza los malos humores de su marido hasta que éste se dio cuenta de la santidad de su esposa y mejoró el trato que le daba. Más aún, decidió con ella guardar continencia a partir de 1380 y la acompañó en sus peregrinaciones, una de ellas a Roma, que marcó fuertemente el alma de Dorotea.

Cuando se quedó viuda dejó su pueblo de Montau, donde había nacido el 6 de febrero de 1347, y se estableció en la citada ciudad de Marienwerder. Aquí tomó como director y confidente al P. Juan de Marienwerder, de la Orden teutónica, quien puso por escrito las confidencias de Dorotea acerca de su vida interior y su doctrina espiritual, lo que se publicaría después de su muerte para edificación de muchos. Murió el 25 de junio de 1394, y su culto fue confirmado el 9 de enero de 1976.

26 de junio

A) MARTIROLOGIO

1. En Roma, la conmemoración de los santos Juan y Pablo, a quienes está dedicada una basílica en el Monte Celio († s. IV) **.
2. En Trento (Véneto), San Vigilio († 405), obispo *.
3. En Nola (Campania), San Deodato o Diosdado († 405), obispo, sucesor de San Paulino.
4. En Poitiers (Aquitania), San Majencio († 515), abad.
5. En Tesalónica (Macedonia), San David († 540), ermitaño.
6. En Valenciennes (Austrasia), santos Salvio, obispo, y compañeros († 768), mártires.

7. En Córdoba, San Pelayo († 925), adolescente y mártir **.

8. En Belley (Saboya), San Antelmo († 1178), obispo, monje cartujo *.

9. En Rochefort (Francia), Beato Raimundo Petiniaud de Jourgnac († 1794), presbítero y mártir *.

10. En Cambrai (Francia), beatas María Magdalena Fontaine, Francisca Lanel, Teresa Fantou y Juana Gérard († 1794), vírgenes y mártires, de la Compañía de las Hijas de la Caridad **.

11. En Qianshengzhuang (China), San José Ma Taishun († 1900), médico, catequista y mártir *.

12. En Jalisco (Guadalajara), México, San José María Robles († 1927), presbítero y mártir, fundador de la Congregación de Hermanas del Corazón de Jesús Sacramentado **.

13. En la selva de Birok, junto a Stradch (Ucrania), beatos Nicolás Konrad, presbítero, y Vladimiro Pryjma († 1941), mártires *.

14. En Sykhiv (Ucrania), Beato Andrés Iscak († 1941), presbítero y mártir *.

15. En Roma, San Josemaría Escrivá de Balaguer († 1975), presbítero, fundador del Opus Dei y la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz **.

16. En Treviso (Italia), Beato Andrés Jacinto Longhin († 1936), obispo, de la Orden de Hermanos Menores Capuchinos *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SANTOS JUAN Y PABLO

Mártires († s. IV)

Los peregrinos medievales que llegaban a Roma a venerar los sepulcros de los mártires empezaban preguntando por la basílica de los santos Juan y Pablo en el monte Celio. Era de rigor comenzar por ella el recorrido de los santuarios romanos. Era la única iglesia erigida sobre tumba de mártires dentro del recinto de la ciudad. Los demás mártires habían sido enterrados en las afueras, por aquella ley de las Doce Tablas que prohibía la sepultura en el interior de la ciudad.

> «Dios, que había rodeado a Roma con una gloriosa corona de tumbas de mártires —cantaba un prefacio antiguo—, quiso esconder en las entrañas mismas de la ciudad los miembros victoriosos de los Santos Juan y Pablo».

El itinerario-guía, que orientaba a los peregrinos a través de los santos lugares, advertía, además, que la basílica que guarda-

ba tan preciadas reliquias era «la propia casa de los mártires, convertida en iglesia después de su martirio».

A pocos metros del Coliseo arrancaba un suave repecho, el *Clivus Scauri,* que les llevaba rápidamente al espacioso atrio que abría sus pórticos delante de la basílica.

Debía de ser muy fuerte la emoción de los peregrinos al poner los pies en la «casa de los mártires».

En torno a la figura de aquellos mártires, y con retazos de procedencia diversa, el tiempo había tejido, ya para el año 500, una leyenda sugestiva. Resulta difícil, hoy, señalar el núcleo de verdad que acaso contenga la leyenda y separar el filón de la escoria que le cubre. No faltan en ella, ciertamente, incongruencias y contradicciones históricas. Por eso la mayor parte de los críticos se inclinan hoy a negar todo crédito a las actas que nos refieren el martirio de Juan y Pablo. Pero está la voz de los monumentos, que nos cuentan a su manera, con su lenguaje de piedra y de pinturas, la historia de unos mártires que no pueden ser sino los mismos que la leyenda desfiguró.

Según las *Actas,* Juan y Pablo fueron oficiales del ejército, acaso legionarios de la famosa legión Jovia. Pasaron luego a la corte, como gentiles hombres de cámara al servicio del emperador Constantino y, más tarde, de su hijo Constancio. La hija de Constantino les dejó en herencia cuantiosas riquezas. Cuando Juliano ocupó el trono imperial e hizo pública su apostasía, los dos oficiales palatinos, fervientes cristianos, abandonaron la corte en señal de protesta y se retiraron a su casa del Celio, en Roma.

Conocemos hoy perfectamente las características de la casa a que alude la tradición. Excavaciones realizadas bajo el pavimento de la basílica celimontiana nos han revelado la disposición interior de aquella casa romana y gran parte de su decoración. Se trataba de un inmueble de vastas proporciones, que ocupaba una superficie de 2.250 metros cuadrados y treinta metros de fachada. En el monte Celio, famoso en aquel entonces por la suntuosidad de sus edificios, la grandiosa «casa de los mártires» encajaba perfectamente.

Encontramos en ella la misma distribución y el mismo gusto por la decoración que distinguían a las casas patricias roma-

nas. La parte noble del edificio, destinada a habitaciones de los señores y de sus huéspedes, con sus amplias salas lujosamente decoradas con estatuas, revestimiento de mármoles, mosaicos y grandes pinturas murales, contrasta con la estrechez de los dormitorios de los esclavos. Muy espaciosas las salas de baño. En las bodegas se han desenterrado gran número de ánforas, cántaros y otras vasijas donde se guardaban las provisiones de la casa. Dos de las ánforas llevan grabado el monograma de Cristo. Trece aposentos conservan todavía, mejor o peor, la decoración antigua. No serán obras de arte, pero denotan un gusto bastante depurado. Los temas mitológicos se combinan con paisajes y motivos ornamentales. Allí puede contemplarse el cuadro más grande que se conserva de la Roma antigua, pintado al fresco, sin que el color haya perdido todavía su viveza. Representa a Proserpina que vuelve del averno, acompañada de Ceres y de Baco. Una mano cristiana, en el siglo IV, extendió sobre la escena una capa de estuco. En otra sala, pintados al encáustico, diez efebos de tamaño natural, poco menos que desnudos y tocados con guirnaldas, sostienen con gracia un festón de hojas, mientras pavos reales, cisnes y otras aves se mueven entre sus pies y gran número de pájaros revolotean sobre su cabeza. Completa la decoración de la sala una inmensa cepa, que cubre la parte superior y toda la bóveda, y en cuyas volutas se encaraman geniecillos desnudos que van recogiendo racimos.

No faltan en la casa de Celio pinturas de inspiración cristiana, que demuestran que sus moradores, en el siglo IV, eran cristianos. En una de las salas, en medio de figuras de apóstoles y escenas alegóricas de vida pastoril, se levanta espléndida la Orante, vestida de dalmática amarilla, con un velo verde sobre la cabeza y los brazos extendidos en actitud de oración.

Una escalera de piedra ponía en comunicación la planta baja con los pisos superiores. La casa alcanzaba una altura de quince metros. Desde sus amplios ventanales podía gozarse de uno de los espectáculos más maravillosos de Roma. A pocos metros extendía sus grandes arcos de travertino el templo erigido en honor del emperador Claudio. Más allá, el Coliseo, los templos y edificios públicos del Palatino, del Foro y del Capitolio y las

termas de Trajano y de Tito desplegaban al sol sus mármoles fulgurantes. Y, por encima de edificios y murallas, la mirada se perdía en las líneas onduladas de las colinas del Lacio y en los anchurosos horizontes del mar.

En aquella casa esperaban pasar Juan y Pablo los últimos años de su vida. Pero bien pronto empezaron a llegar noticias alarmantes de la actitud hostil del nuevo emperador. Su odio se ensañaba particularmente con los que habían servido más de cerca a su predecesor. Era, además, conocida su codicia del dinero. Trataba de apoderarse, por todos los medios, de las riquezas de los cristianos. En carta a Scévola escribía él mismo con ironía que la admirable ley de los cristianos quiere que sean éstos exonerados de las cosas de aquí abajo, a fin de «estar más ágiles para subir al cielo», y que por eso se dedicaba él a facilitarles el viaje despojándoles de sus bienes. Cuidaba mucho el Apóstata de que los cristianos fueran condenados siempre como enemigos públicos, sin que en la sentencia se reflejaran los motivos verdaderos.

No tardó en llegar a oídos del emperador la noticia de que Juan y Pablo socorrían todos los días en su casa del Celio a una turba de cristianos pobres, a cuenta de las riquezas que habían heredado de la hija de Constantino. Hízoles llamar a la corte repetidas veces con promesas lisonjeras. Mas ellos se negaron a servir a un emperador renegado que perseguía a los cristianos. Juliano pasó entonces de las promesas a las amenazas. Les conminó con la muerte como a enemigos públicos si en el plazo de diez días no renunciaban a su fe cristiana y volvían a los oficios de la corte.

Juan y Pablo se dispusieron a morir por Cristo. Como primera medida distribuyeron todas sus riquezas entre los pobres y se entregaron a obras de religión y piedad. Pasados los diez días de plazo, a la hora de cenar, se presentó en la casa del Celio Terenciano, capitán de cohorte, con un puñado de soldados. Dicen las *Actas* que encontró a nuestros héroes en oración. En nombre del emperador les instó por última vez a adorar una pequeña estatua de Júpiter que traía consigo. Era la estatua que los legionarios de la legión Jovia veneraban en sus cuarteles. Juan y Pablo se negaron resueltamente.

Al filo de la medianoche Terenciano los hizo decapitar en un rincón oscuro de la misma casa. Y, para evitar que fueran luego venerados como mártires, mandó abrir una zanja a toda prisa en el fondo de uno de los corredores, debajo de la escalera principal. Allí ocultaron los cadáveres. Ocurría esto en la noche del 26 al 27 de junio del año 362.

A la mañana siguiente Terenciano hizo correr en Roma la voz de que Juan y Pablo habían salido de la ciudad, desterrados por orden del emperador.

Exactamente un año más tarde, el mismo día y a la misma hora en que caían al suelo las cabezas de nuestros mártires, moría asesinado en Maronsa, cerca de Bagdad, Juliano el Apóstata. En Roma un grupo de posesos, entre ellos el hijo único de Terenciano, comenzaron a revelar a voz en cuello la muerte de Juan y Pablo. Terenciano se vio obligado a indicar el lugar del enterramiento y los detalles del glorioso martirio.

Las *Actas* terminan con la historia de la transformación de la «casa de los mártires» en iglesia, por obra de los senadores Bizante y Pammaquio. Bizante es un personaje poco conocido en la historia de Roma. Sería él, probablemente, quien abrió al culto parte de la casa del monte Celio, después de convertir la planta baja en un pequeño santuario. Levantó un tabique frente al lugar de la sepultura, para protegerla de la devoción indiscreta de los visitantes. Pero dejó abiertas unas pequeñas ventanas o *fenestrellae,* para que los devotos pudieran contemplar la tumba y tocarla con retazos y otros objetos, que luego conservarían como preciadas reliquias. Decoró las paredes de aquel sagrado recinto con pinturas alusivas a los mártires. En el puesto de honor mandó pintar la figura de uno de ellos, en actitud de paz, a la entrada del paraíso, y a sus pies, venerándole, dos fieles postrados en tierra. Entre otras composiciones, dos escenas de martirio llaman poderosamente la atención. Una de ellas nos muestra a tres personajes, dos varones y una mujer, en el momento de ser conducidos a la presencia del juez, bajo la vigilancia de dos guardianes. La otra nos hace asistir a la ejecución de los mártires. Están los tres personajes de rodillas, los ojos vendados y las manos atadas a la espalda, esperando con la cabeza inclinada el golpe de la espada. El verdugo está detrás de ellos y, junto a él, otro personaje que pare-

ce estar presidiendo la escena. Es ésta una de las más antiguas y más dramáticas escenas de martirio que se conservan.

El pequeño santuario fue muy visitado por los devotos. Algunos dejaron en las paredes sus nombres y sus ruegos grabados con punta de hierro. La afluencia de visitantes fue creciendo y bien pronto aquel santuario resultó insuficiente. Decidióse erigir en aquel mismo lugar un santuario digno de la celebridad de que gozaban ya los santos mártires Juan y Pablo.

Costeó las obras el senador Pammaquio, personaje muy conocido en la Roma de fines del siglo IV. Pertenecía a la noble familia de los Furios. Fue amigo de San Jerónimo. Estudiaron juntos en Roma y se profesaron toda la vida mutuo afecto. San Paulino de Nola y San Agustín alabaron en sendas cartas la fe y piedad de Pammaquio. Solía éste acudir al Senado en hábito de monje. Se hizo célebre, sobre todo, por sus obras de caridad. Distribuyó íntegramente entre los pobres la herencia que le dejara su mujer Paulina. Fundó en Ostia el famoso *xenodochium,* abierto a los peregrinos que llegaban a Roma por mar.

La basílica que levantó en el Celio hizo también honor a su munificencia. Fueron abatidos los tabiques interiores de los dos pisos superiores. Se rellenó de escombros toda la planta baja, a excepción *del locus martyrii.* Y sobre veinticuatro columnas de granito negro apoyaron la espaciosa nave, bañada en la cálida luz que tamizaban setenta ventanas convenientemente distribuidas. Los itinerarios medievales la señalaban como «basílica grande y muy hermosa». El pavimento y parte de los muros estaban revestidos de mármol blanco. A derecha e izquierda, a lo largo de toda la nave central, se sucedían escenas del Antiguo y Nuevo Testamento, que cantaban el triunfo del culto del Dios verdadero sobre el culto pagano. Aquellos cuadros reflejaban las preocupaciones de una época que acababa de asistir al fracaso de la última tentativa de restaurar el paganismo. Pero eran, al mismo tiempo, un elogio a los héroes de la fe, que con su martirio aseguraron la victoria del cristianismo.

La basílica de los santos Juan y Pablo representa en Roma, que tantos monumentos singulares atesora, un ejemplar único de continuidad. Podemos seguir allí las transformaciones sucesivas de un palacio pagano del siglo II que, al abrazar sus due-

ños el cristianismo, se convierte en morada cristiana. La sangre de los mártires hizo de ella centro de peregrinación. Fue primero un humilde santuario, que la afluencia siempre creciente de devotos obligó a transformar en una basílica toda reluciente de mármoles y mosaicos. Cada generación ha ido dejando después en aquellos muros el testimonio de su piedad.

Sin preocuparse excesivamente del signo de interrogación que la crítica ha puesto, con razón, a los detalles que nos suministran las Actas, el pueblo cristiano seguirá venerando, en el monte Celio, a los mártires, cuyos nombres recuerda la Iglesia romana todos los días en el canon de la misa, entre los testigos más gloriosos de nuestra fe.

IGNACIO OÑATIBIA

Bibliografía

Act. SS. Boll., 26 de junio: Diversos documentos y estudios.
FRANCHI DE CAVALIERI, P., *Nuove note agiografiche* (Roma 1902), espec.: «Di un probabile fonte della leggenda dei santi Giovanni e Paolo», 53s.
— *Note agiografiche. Fascicolo 5.°* (Roma 1915), espec.: «Del testo della Passio SS. Iohannis et Pauli», 43s.
GASDIA, V. E., *La casa pagano-cristiana del Celio* (Roma 1937).
GERMANO DI S. STANISLAO, *La casa Celimontana dei SS. Martiri Giovanni e Paolo* (Roma 1894).
GIOACCHINO DE SANCTIS, CP, *Santi Giovanni e Paolo. Martiri Celimontani* (Roma 1962).
ORTOLANI, S., *SS. Giovanni e Paolo* (Roma ²1925).

SAN PELAYO

Adolescente mártir († 925)

Aunque no consta el año de su nacimiento éste se sitúa en la parte final del año 911 o a inicios del 912. Sobre el lugar donde nació, aunque no existe una opinión unánime, la tradición pone su cuna en Albeos, una pequeña feligresía en la provincia de Pontevedra perteneciente a la diócesis de Tui, donde existió un monasterio de monjas benedictinas en las tierras familiares de los padres de Pelayo, pasando en el siglo XV al de San Pelayo de Antealtares de Santiago de Compostela.

No contamos con datos exactos sobre los padres de este muchacho, y es probable que perteneciera a una familia enno-

blecida con amplias posesiones, y estrechamente relacionada con la corte leonesa, interviniendo en asuntos políticos de la época. Hermogio, hermano de su padre, fue obispo de Oporto hasta el año 915, y luego de Tui, hasta su renuncia en los años 925-926. Este prelado tuvo una influencia decisiva en la vida del joven, llevando el cuidado de su primera educación.

Cristianado como Pelagius, nombre latino, de él procede el nombre de Pelayo, tradicionalmente común en la Edad Media. Teniendo en cuenta su posterior proceder, tuvo que recibir una esmerada formación en la doctrina cristiana, bajo la atenta mirada del prelado. Pero mientras el niño crecía y se desarrollaba las guerras se sucedían. A lo largo del siglo X los reinos cristianos del norte de España y los moros de Al Ándalus se enfrentaron en múltiples ocasiones. En la campaña del 917 los árabes fueron derrotados en San Esteban de Gormaz (Soria), y Abderramán III con señalado deseo de venganza organizó en 920 un gran ejército, enfrentándose con los cristianos en Valdejunquera (Navarra), a quienes venció, llevándose prisioneros como rehenes a Córdoba. Entre los cautivos se hallaban Hermogio, tío de Pelayo, obispo de Tui, que había apoyado a Ordoño II, Dulcidio, obispo de Salamanca, y otros nobles.

Una vez en Córdoba, los funcionarios del emir le proponen a Hermogio la liberación a cambio de un fuerte rescate. El obispo envió emisarios a su tierra para recabar lo que exigían los moros. Para tratar de su liberación llegó a Córdoba su hermano, acompañado de Pelayo, niño aún de diez años.

> «Ajustado el rescate del prelado, fue parte del contrato que el obispo enviase a Córdoba unos cautivos que los moros pedían. La fianza para la seguridad de la promesa fue el niño S. Pelayo, que entró en la cárcel para librar al tío».

Al no poder cumplir todas las condiciones impuestas por los moros, el tío y el padre deciden ir a sus tierras para completar las exigencias del rescate, quedando como garantía del cumplimiento Pelayo, quien permanece en Córdoba como rehén. La llegada del niño a la capital andaluza y la partida de sus parientes pueden situarse hacia finales del año 921 o comienzos del 922. Pelayo tiene unos diez años, y permanecerá en la cárcel tres años y medio. ¿Cómo no rescató al niño una familia distinguida

e influyente? Nada sabemos al respecto, pero pudo influir la inestable situación política del reino leonés en la década del 920.

Lo cierto es que durante estos tres años y medio Pelayo conservó la fe, afianzándose su personalidad en un ambiente tan hostil. La divina Providencia condujo su infantil decisión hacia la perfección por el martirio cruel y desalmado, alcanzando la santidad en la cárcel. Allí se fue fraguando su personalidad moral, mientras su cuerpo experimentaba un señalado desarrollo físico, convirtiéndose en un atractivo muchacho, dotado de una despierta inteligencia, esperando un rescate que, a su pesar, no llegó nunca.

Es bien conocido el esplendor de la corte cordobesa del califa, con soberbios palacios y refinados jardines, donde la sensualidad se ofrecía sin inhibición, con numerosos jóvenes bien parecidos y eunucos de ambiguo papel, sirviendo al placer de los poderosos. En estas condiciones renunciar a la fe cristiana era muy rentable, pues el renegado tenía abierto un camino fácil para ascender socialmente. Al abandonar la fe se convertían en un ejemplo y obtenían cargos de confianza en la corte, quedando vinculados al sultán con agradecida fidelidad. Llegaron a oídos del rey moro las cualidades morales y buen aspecto de este joven prisionero, sobre todo la hermosura que le atribuían, ordenando que lo trajesen ante su presencia. Adecuadamente vestido lo introducen en la estancia delante del sultán, quien admira su gallarda figura, su gracia, su juventud, y al momento decide que renuncie a su fe para así convertirse en paje de su corte. Le ofrece la libertad, magníficos obsequios, cargos importantes:

> «Muchacho, te otorgaré grandes honores, si niegas a Cristo y reconoces a Mahoma como profeta verdadero».

La respuesta del joven admira a los presentes:

> «¡Oh, rey! Tú eres muy poderoso, pero yo soy cristiano, y Cristo es eterno, no tiene fin, en cambio lo que me ofreces se acaba y desaparece un día».

Este rechazo motivó un renovado esfuerzo del emir deseando halagarle de nuevo, pero el muchacho se resiste valientemen-

te, resultando vana la persistencia en doblegarlo. «Suéltame perro, ¿crees que soy un ninfo?». Enfurecido, el sultán ordena que sus criados le persuadan para que apostate de la fe. Pelayo regresa a la prisión, donde intentan convencerle, inútilmente. El muchacho ni renuncia a su fe ni se deja convencer por las promesas futuras. Por su pertinaz osadía se intentará obtener por la fuerza lo que no se consigue con halagos. Quieren quebrantar su cuerpo a golpes, descoyuntando sus articulaciones, pero él sigue repitiendo: «Soy y seré cristiano». Este inexplicable fracaso decide al emir a ordenar una injusta sentencia, para que sirva de escarmiento: que su cuerpo sea despedazado y sus miembros sean arrojados al Guadalquivir. Golpeado sin piedad en el conocido como «Campo de los mártires», murió el 26 de junio del año 925, mártir de la fe y de la pureza, a los trece años y medio de edad. Su cuerpo, destrozado con inusitada crueldad, fue lanzado al Guadalquivir. Recogidos sus restos por los cristianos, fueron enterrados en la iglesia de San Ginés. Su cabeza, recuperada más tarde, fue llevada al templo de San Cipriano.

Sus torturadores veían en este joven un despreciable cautivo cristiano, osado y desobediente, pero Pelayo no ofendió a nadie ni desobedeció ninguna ley, bien al contrario, fue fiel a la fe cristiana y no consintió en entregarse al mal. Empleó toda su energía en defender su conciencia y la dignidad de su cuerpo, templo del Espíritu Santo. Raguel, un sacerdote cordobés, recogiendo declaraciones de testigos presenciales del martirio, redactó en torno al año 960 la *Passio Sancti Pelagii,* la primera «pasión» de San Pelayo, resaltando que el joven mártir había tenido como maestro suyo a San Pablo, siempre atento a velar por la fidelidad a la doctrina, perseverante en la oración y capaz de compartir los sufrimientos de Cristo sin desfallecer en medio de las tribulaciones. Y así él, como San Pablo, consumó su vida en el martirio. He aquí un admirable testimonio en defensa de la fe. Pelayo murió por confesar valientemente a Cristo, por defender su castidad como signo de su entrega al amor verdadero, y venció en todo, pese a su debilidad de adolescente, confiado en el poder de Dios, su único valedor. Actitud valiente y decidida de quien se resiste al mal moral, aun a costa de perder la propia vida.

De este relato se conservan cuatro antiquísimas copias, alguna de ellas muy próxima al original. Unos veinte años más tarde (ca. 980), Roswita, una monja del monasterio de Gandersheim (Sajonia), recogiendo narraciones de un cordobés comerciante o diplomático que anduvo por aquellas tierras germánicas, escribió una biografía, un poema épico, que prueba el interés que el martirio de este joven despertó en lejanos países.

El sublime ejemplo de este joven fue conservado por la comunidad mozárabe de Córdoba como estímulo de la fe, siendo venerado como mártir de Cristo de inmediato también en León. El conocimiento de este triste suceso ocasionó la renuncia de Hermogio a la sede tudense, retirándose al monasterio por él fundado en Alabrugia (Portugal), entonces territorio de su diócesis, en donde murió santamente. En el año 933, ocho años después del martirio, tenía construido en La Rioja un templo en su honor. En 945 se menciona a Pelayo como Santo, siendo declarado en 947 segundo patrón de la ciudad portuguesa de Coimbra.

El año 959 el rey Sancho el Gordo acudió a Córdoba para que los médicos del sultán le tratasen de la obesidad que padecía. Restablecido, al año siguiente regresó a León, donde a instancias de su hermana Elvira, envió una embajada a Alhakén II, hijo de Abderramán III, pidiendo el cuerpo del santo mártir. Obtenidas las reliquias, ordenó construir en León una iglesia en su honor como honrosa sepultura, pero cuando estas preciadas reliquias llegan a la capital leonesa (967) reinaba Ramiro III, hijo de Sancho el Gordo, pues éste había fallecido. A finales del siglo X, temiendo las devastadoras *razzias* de Almanzor, Bermudo II de León decide trasladar los restos de San Pelayo al monasterio benedictino de Oviedo, a donde llegan el año 994. Desde este momento el venerado mártir comienza a compartir titularidad en este cenobio junto con San Juan Bautista, convirtiéndose en residencia de infantas y lugar de enterramiento de la dinastía leonesa. Prevaleció, por tanto, el nombre del niño mártir, San Pelayo, y sus moradoras pronto recibieron coloquialmente el nombre de las *Pelayas*.

El año 1053 Fernando I de León con su esposa Sancha llegó a Oviedo acompañado de la corte, para honrar el cuerpo de San

Pelayo, promoviendo el traslado de sus veneradas reliquias a una capilla del templo y la restauración de la residencia monacal, convirtiendo el monasterio de San Pelayo en el corazón del núcleo urbano de la ciudad.

En 1585 don Antonio Mauricio de Pazos, obispo de Córdoba y oriundo de Galicia, fundó el colegio de San Pelayo, honrando de este modo a su paisano en el mismo lugar donde se martirizó al santo, justo frente a la puerta del palacio episcopal. Actualmente en dicho edificio se halla el seminario. San Pelayo también es titular del Seminario de Tui.

Ante la progresiva demanda de reliquias del mártir que se extraían de la urna en donde se hallaban, la comunidad benedictina elevó preces a la Santa Sede, suplicando prohibiese la apertura de dicho relicario y extracción de reliquias bajo pena de excomunión que, finalmente, obtuvo el 16 de abril de 1804.

Al conmemorarse en 1925 el milenario del martirio de San Pelayo, las autoridades civiles y religiosas de Tui organizaron unas solemnes y grandiosas fiestas, solicitando una reliquia del santo a las monjas ovetenses. Informados del preceptivo permiso de la Santa Sede y alcanzado éste, obtuvieron una insigne reliquia del mártir que fue depositada en el relicario de la catedral tudense «pues el cuerpo del Santo Pelayo, que debió ser rico tesoro de esta ciudad, por circunstancias de los tiempos, es joya inestimable de la ciudad de Oviedo».

Durante las amargas jornadas de la «Revolución de Asturias», en octubre de 1934, los milicianos ocuparon este singular monasterio, destacando su estratégica situación, desde donde se enfrentaron a las tropas gubernamentales. Por este motivo el edificio fue objeto de un intenso bombardeo, durante el cual fue incendiado. En acertada previsión de los consabidos desastres las monjas se trasladaron al convento de las Salesas, donde permanecieron hasta 1936, salvaguardando el cuerpo de San Pelayo y el archivo monacal. Al producirse la Guerra Civil el edificio de las «salesas» se habilitó como hospital, siendo acogidas las benedictinas ovetenses en el monasterio de Santa María de Carbajal de León, hasta su regreso en 1939 a Oviedo. La iglesia actual fue consagrada en 1954.

El templo erigido en su honor en la capital cordobesa posee una insigne reliquia suya traída en 1762 desde Oviedo. El nom-

bre de San Pelayo o San Payo está muy extendido en la toponimia gallega.

ANDRÉS DE SALES FERRI CHULIO

Bibliografía

HERNÁNDEZ MATÍAS, A., *El Milenario del Martirio de San Pelayo y la Ciudad de Tui* (Tui 1994).

Martyrologium Romanum, o.c., p.335.

Real Monasterio de San Pelayo. Monjas benedictinas (Oviedo 1994).

VIVES, J., «Pelagio», en Q. ALDEA VAQUERO - T. MARÍN MARTÍNEZ - J. VIVES GALETI (dirs.), *Diccionario de historia eclesiástica de España,* III (Madrid 1973) 1954.

BEATAS MARÍA MAGDALENA FONTAINE, FRANCISCA LANEL, TERESA FANTOU Y JUANA GÉRARD

Vírgenes y mártires († 1794)

En la plaza de armas de Cambrai el día 26 de junio de 1794 fueron guillotinadas cuatro Hijas de la Caridad, procedentes de Arras, donde la tiranía revolucionaria no se atrevió a sacrificarlas por miedo a la opinión pública.

María Magdalena Fontaine había nacido en Etrépagny, diócesis de Evieux, el 22 de abril de 1723. Al llegar a la juventud se sintió inclinada a dedicar su vida a Dios y a los pobres y formalizó su ingreso en la Compañía de las Hijas de la Caridad, fundada por San Vicente de Paúl, entrando como postulante en Hébécourt en 1747, y pasando al año siguiente, el 9 de julio, al noviciado en la Casa madre de París. Una vez que se le dio el hábito, a comienzos de 1749 se la envió a Rebais, diócesis de Meaux, al hospital de los Santos Roque y Margarita, cuya dirección estaba confiada a las Hijas de la Caridad. De esta casa era nombrada hermana sirviente, es decir superiora, en 1788 y a lo largo de los años ejerció su servicio con plena dedicación y entrega, y en medio de no pocas dificultades. Porque los cirujanos estaban en contra de las hermanas ya que decían que éstas, haciéndoles curas gratuitas a los enfermos, les quitaban clientela. Igualmente opusieron dificultades al servicio de las hermanas los administradores del hospital, que querían actuar como due-

ños absolutos de la institución, mientras que las hermanas insistían en que era prevalente el bien de los enfermos. De 1762 a 1764 se habían negado a pagar el sueldo de las hermanas y estas dificultades habían hecho que de 1757 a 1766, en que entró como sirviente sor María Magdalena, se hubieran sucedido seis superioras. Cuando en enero de este último año entró sor María Magdalena las dificultades siguieron. Ella se apoyó en el párroco, que estaba a favor de las hermanas, y en dos administradores del llamado Hôtel-Dieu, los cuales venían protestando indignados contra la conducta de los administradores. Llegó el asunto al obispo de Meaux, el cual se puso al habla con el arzobispo de Tours, al que como abad de Rebais le correspondía juzgar el caso, y éste dio plena razón a las hermanas e impuso silencio a quienes estaban contra ellas. Los superiores de las hermanas, es decir la superiora general de la Compañía de las Hijas de la Caridad y el superior de la Congregación de la Misión, ofrecieron la retirada de las hermanas por el bien de la paz, pero al final se decidió que las hermanas no se retiraran aunque sí se le daría otro cargo a sor María Magdalena, que fue nombrada en 1776 superiora de la Casa de la Caridad en Arras, casa muy querida por las hermanas por ser fundación del propio San Vicente de Paúl, y que tenía fama de funcionar muy bien.

Contaba la comunidad con seis hermanas, y sor María Magdalena con su acostumbrada dedicación se puso al frente de la casa. El obispo de Arras hizo donación a las hermanas en 1779 del terreno para una nueva casa y ésta fue efectivamente construida y se instalaron en ella las hermanas en 1782. Aquí continuaron ellas su labor a favor de los enfermos y los pobres.

Y aquí estaban cuando llegó la Revolución.

María Francisca Pelagia Lanel nació en Eu, diócesis de Ruán, el 24 de abril de 1745. Hecho el postulantado, ella entró en el seminario noviciado de las Hijas de la Caridad en Eu el 10 de abril de 1764. Sabía leer, un poco escribir, hilar y hacer encajes. Tomó el hábito el 25 de enero de 1765 y fue enviada al mes siguiente a Cambrai. Aquí pronunciaría sus primeros votos en 1769, siendo enseguida destinada a Arras, sin que se sepa la fecha exacta del traslado.

Teresa Magdalena Fantou nació el 29 de julio de 1747 en Miniac-Morvan, entonces diócesis de Dol en Bretaña. Hizo el postulantado en Plouer (Côtes du Nord) y fue recibida en el seminario de París el 28 de noviembre de 1771. Pasó por las casas de Ham, Chauny, Cambrai y finalmente Arras.

Juana Gérard nació en Cumières, diócesis de Verdun, el 23 de octubre de 1752. Sus padres eran propietarios de unas tierras y llevaban además una finca de unas religiosas de Verdun. Al morir su madre en 1774, ella hubo de hacerse cargo de su casa, cuidando de su padre y de sus cuatro hermanos menores. Era una joven trabajadora y piadosa que se dedicó con generosidad al cuidado de los suyos. Pedida en matrimonio, ella rehusó, pese a ser un matrimonio ventajoso, porque ya había decidido en su corazón dedicarse a Dios y a los pobres. Obtenida la licencia paterna, entró en el postulantado de las Hijas de la Caridad de Verdun (1776) y pasó al seminario de París el 17 de septiembre de ese mismo año. En abril de 1777 fue enviada a la casa de Arras, donde quedaría hasta su arresto.

Éstas eran las hermanas que subirían las escaleras del cadalso y con su sangre testimoniarían a Cristo. La casa en la que estaban destinadas se ocupaba de tres obras fundamentales de caridad: el dispensario donde se atendía a los enfermos, la visita de los pobres a domicilio y la escuela gratuita de niñas. Además de las hermanas señaladas, al tiempo de la Revolución estaban también destinadas en la casa las hermanas: María Rosa Micheau, nacida el 27 de febrero de 1751; Juana Fabre, nacida el 25 de junio de 1761 y Renata Francisca Coutaucheau, nacida el 19 de junio de 1767.

Cuando llegó la Revolución, se aconsejó a las tres últimas hermanas que dejaran la comunidad y velaran por su seguridad; las dos primeras se quedaron en Arras pero cuando llegó la hora del arresto se marcharon, dejaron Francia y se refugiaron en Polonia. La Hermana Coutaucheau marchó con su familia.

Pese a los sucesos revolucionarios, las hermanas continuaron prestando sus acostumbrados servicios, pero en 1793 ya no tuvieron que dar cuenta de sus recetas y gastos al obispado de Arras sino a la administración municipal, representada por el administrador Effroy, cuentas que serían clausuradas y firmadas

por el dicho administrador y la hermana Fontaine el mismo día del arresto de las hermanas, es decir el 14 de febrero de 1794. Desde julio de 1793 se llamaba a las hermanas en las cuentas «las así llamadas Hijas de la Caridad», pero en diciembre de ese mismo año ya se las llama «las ciudadanas que dirigen la Casa de la Caridad». Y la superiora debe firmar como Magdalena Fontaine, sin el apelativo de hermana. Parece que fue en julio de 1793 cuando se las obligó a dejar el hábito religioso, sin que por ello se las impidiera continuar ejerciendo sus servicios.

Aunque desde el 14 de agosto de 1792 se había mandado y los decretos de la Convención del 3 de octubre de 1793 y del 29 de diciembre del mismo año obligaban también a las hermanas, como servidoras de una institución pública, a prestar el juramento de libertad-igualdad, las hermanas no se ofrecieron en ningún momento a prestarlo. Llenas de caridad y de fe ellas continuaron ejercitando su ministerio a favor de los enfermos y los pobres con la misma entrega y generosa dedicación con que lo habían hecho hasta entonces. La gente del pueblo se dio cuenta de la difícil situación de las hermanas y de su ejemplar conducta, y se dice que las limosnas a ellas fueron en los años 1793 y 1794 antes de su arresto más abundantes que en los años anteriores. Algunas personas se dirigieron a ellas y les dijeron se dieran cuenta de que estaban en peligro, pues cualquier día la represalia contra ellas y su manifiesta actitud religiosa podría ser muy fuerte, y se les ofreció ayuda para dejar Arras e intentar buscar la frontera y ponerse a salvo. Pero ellas contestaron que jamás abandonarían voluntariamente a sus pobres, a los que querían tanto como eran queridas por ellos. La hermana Fontaine, viendo sin embargo que las dos hermanas Fabre y Micheau no tenían suficiente fortaleza para enfrentarse a la prisión y la muerte, las requirió a abandonar la comunidad y buscar su salvación. Como queda dicho, gracias a esta discreta conducta de sor Magdalena, ambas hermanas pudieron huir oportunamente. Hay que decir que, pese a no haber prestado el juramento, sor Magdalena logró que se les pagara a las hermanas sus sueldos hasta el momento mismo de su arresto. El 24 de Brumario del año II (14 de noviembre de 1793) los administradores Deleville y Lefets y el procurador síndico Leroy, encar-

gados de averiguar si el personal de los hospitales de Arras habían prestado el juramento, levantaron acta de que nuestras mártires no habían hecho el juramento y además se negaban a hacerlo. Al día siguiente, insistiendo sobre el mismo tema, se tomó nota de lo que sucedía:

> «Nosotros las hemos interpelado sobre el punto de saber si ellas habían prestado el juramento exigido por la ley; todas ellas nos han respondido que no habían prestado el tal juramento. Luego de esta declaración nosotros hemos recorrido los diferentes sitios de la casa y hemos comprobado que existen cuadros relativos a la religión católica y al feudalismo; hemos dado orden al ecónomo de hacer desaparecer estos signos reprobados y avisar al ciudadano Doncre, pintor, que venga a la casa para llevarse los mismos».

En otro documento de ese mismo día se califica a las hermanas de «llenas de un fanatismo indignante». Como resultado se nombró un director de la casa, un médico, un cirujano, un boticario y una costurera; pero aun así, las hermanas continuaron humildemente prestando sus servicios, hasta que sin previo aviso ni ulterior amenaza el directorio decidió el arresto de las hermanas el 14 de febrero de 1794, como queda dicho.

Declaradas presas, las hermanas fueron llevadas de una cárcel a otra, no perdiendo nunca la serenidad y el ánimo. Fueron llevadas primero a la prisión de la Abadía, luego a la de la Providencia y luego a la de la calle de Les Baudets, de donde ya no saldrían sino para el juicio y posterior ejecución en Cambrai. Ellas en todas estas cárceles se comportaron como ángeles de piedad y consuelo. Y así pudo verse también camino de Cambrai y por las calles de esta población hasta el cadalso. Ellas daban ánimo a sus compañeros de prisión, pudo la hermana Fantou escribir desde la prisión a su familia mostrando un gran ánimo, y todas se mostraban absolutamente sumisas a la voluntad divina y felices de sufrir por Cristo. Así lo contaron personas que habían estado presas con ellas, como madame Cartier. El 4 de abril fueron interrogadas por dos miembros del Comité de vigilancia y revolucionario de Arras. Las hermanas volvieron a negarse a prestar el juramento. A continuación de este interrogatorio es cuando fueron llevadas a la cárcel de la calle de Les Baudets.

El día 25 de junio, a las diez de la noche, llegó orden del acusador público del tribunal revolucionario de Cambrai para que las hermanas fueran llevadas a esta población y comparecieran ante el tribunal. La conducción se hizo enseguida con abundante guardia. Llegadas a Cambrai se las condujo directamente a la cárcel, pero estaba ésta tan llena de presos que no había sitio para ellas, y entonces fueron llevadas al edificio del seminario donde el tribunal tenía su sede. Ellas habían llegado a Cambrai a las ocho y media de la mañana. Comparecen ante el tribunal y hay para ellas una sola pregunta: si están dispuestas a prestar el juramento. Contestan las cuatro que no. Les dice el juez que es preciso hacerlo para la salvación de la República. Responden ellas que su conciencia no les permite prestarlo. Comenzó seguidamente una deliberación del tribunal y ellas se pusieron a rezar sus rosarios. Entonces Daillet les dijo que dejaran sus rosarios, que no iban a servir para salvarlas, y prestaran el juramento, que eso sí que las salvaría. No podemos, contestó sor Magdalena. No tememos la muerte, dijeron las demás. Entonces Darthé les quitó los rosarios y se los puso en la cabeza a cada una como si fueran una corona. Y fueron condenadas a muerte y se dispuso su ejecución enseguida.

Las hermanas salieron llenas de gozo hacia el patíbulo. Entonaban las letanías de Nuestra Señora. Una de ellas vio algunos llorar a su paso, y les dijo: «No lloréis, por la guillotina vamos al Paraíso». Llegaron a la plaza y vieron las mártires la guillotina preparada. Al llegar junto a ella se pusieron de rodillas y se recogieron en oración. Luego, una tras otra, mansamente subieron al cadalso y colocaron sus cabezas en el sitio designado. Fueron siendo sacrificadas. La última que subió fue sor Magdalena. Ésta hizo señal de querer hablar y dijo en voz alta:

> «Cristianos, escuchadme. Nosotras somos las últimas víctimas. Mañana la persecución habrá cesado, el cadalso será destruido y los altares de Jesús se levantarán gloriosos...».

Seguidamente cayó su cabeza. La multitud estaba muda y expectante, porque el silencio era bajo el régimen del Terror la única protesta posible. Los cuerpos de las venerables mártires fueron enterrados en una fosa común. Hay que decir que un dolor que sin duda llegaría muy hondo al corazón de las hermanas fue

el ver que un sacerdote apóstata tuvo parte tan importante en la persecución religiosa de Arras que acabó con sus vidas.

Fueron beatificadas el 13 de junio de 1920 por el papa Benedicto XV.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

AAS 17 (1925) 234-238.
Art. en *Bibliotheca sanctorum,* I: *A-Ans* (Roma 1961) cols.468-469.
MISERMONT, L., *Les Filles de la Charité d'Arras* (Cambrai-París 1901).
SACRA RITUUM CONGREGATIONE, «Cameracen». Beatificationis seu declarationis martyrii ven. servarum Dei Mariae Magdalenae Fontaine et trium sociarum eius ex Instituto Puellarum Caritatis S. Vincentii a Paulo... (Roma 1916).

SAN JOSÉ MARÍA ROBLES

Presbítero, fundador y mártir († 1927)

José María Robles Hurtado nació en Mascota, diócesis de Tepic, estado mexicano de Jalisco, el 3 de mayo de 1888, de Antonio y Petronila, un matrimonio tan cristiano como ejemplar. El mismo día fue bautizado en la parroquia de Mascota. Recibió la confirmación antes de cumplir sus ocho años, el 10 de marzo de 1896, de manos del obispo Ignacio Macedo. Justamente en ese mismo año hizo su primera comunión en una capilla que había en el rancho Yerbabuena de su mismo pueblo natal. Cursó sus estudios primarios en la escuela comarcal dirigida por el sacerdote Mariano Ruiz.

A sus doce años notó los primeros indicios de su vocación sacerdotal durante una misión popular predicada en su parroquia y, en ese mismo año de 1900, ingresó en el Seminario conciliar de Guadalajara. En él, ya desde adolescente, compaginó su educación humana y académica —sacando muy buenas notas— con su formación espiritual.

Sus formadores y compañeros atestiguaron de él una actitud respetuosa y obediente, fraterna y amigable con todos. Era de temperamento sereno y de carácter pacífico. En las prácticas de espiritualidad destacaba por su devoción profunda al Sagrado Corazón de Jesús y su amor entrañable a la Santísima Virgen

María. Su piedad era muy honda y se esforzaba por sacrificarse no sólo en el cumplimiento del deber sino también con mortificaciones voluntarias. En esos años comulgaba diariamente y se confesaba con asiduidad. Ya desde los primeros años mostró un deseo pastoral y evangelizador muy grande, pues en sus vacaciones se dedicaba a instruir en el catecismo a los campesinos de los ranchos vecinos y, a la vez, les comunicaba su amor a Jesucristo y a la Madre de Dios. En uno de ellos, el rancho del Agostadero, incluso construyó una pequeña capilla donde congregaba a la gente para dar las catequesis. Cuando aún era seminarista fue invitado ocasionalmente por el obispo de Tehuantepec a trabajar en su diócesis.

Bien pronto, en 1904 a sus dieciséis años de edad, recibió la tonsura clerical y, en esa ocasión, escribió desde el Seminario una carta a su madre en la que le comunicaba su deseo de entregarse por entero al sacerdocio y al ministerio sacerdotal y, así, le manifestaba una firme convicción sobre su vocación. Oraba constantemente y, desde la recepción del subdiaconado, se alegró de poder recitar la *Liturgia de las Horas* no sólo por obligación sino también por servirle de fuente espiritual.

El 27 de noviembre de 1911 fue ordenado diácono y el 22 de marzo de 1913, poco antes de cumplir veinticinco años, fue ordenado presbítero en la capital de la archidiócesis por el mismo arzobispo de Guadalajara, don Francisco Orozco y Jiménez. Diez días después, el 2 de abril, cantó misa en la iglesia de su parroquia natal.

En 1914 fue enviado a su casa, por causa de la revolución, pero el 18 de abril de 1916 ya recibió el primer destino pastoral: de vicario parroquial en Nochistlán, estado de Zacatecas, donde era párroco don Román Adame.

En esta parroquia se inició en el ministerio presbiteral de la palabra, del culto y la santificación, y del cuidado pastoral. Era buen predicador, pasaba muchas horas en el confesionario, celebraba la Misa y los demás sacramentos con una unción contagiosa y se preocupaba de los pobres y necesitados hasta el punto de fundar un hospital. Algunos de sus compañeros, al ver cómo difundía la devoción al Corazón de Cristo, cariñosamente le llamaban «el loco del Corazón de Jesús». Los fieles le veían

ante el Sagrario de la iglesia durante largas horas diarias de adoración y meditación. Por eso mucha gente ya lo tenía por santo y, al ser sacerdote tan joven y tan fervoroso, lo estimaba por encima de su párroco, quien no se llegó a molestar por eso, sino todo lo contrario, quiso ayudar —en lo que él podía— al neosacerdote para que creciera en el ejercicio del ministerio; a su vez, el aprecio de la gente tampoco hacía creerse a José María mejor que nadie, pues no se avergonzaba de mostrar una actitud dócil, de total adhesión y afecto fraterno a su propio párroco. El obispo diocesano en 1917 le encargó atender un «preseminario» establecido en esa parroquia, llamado «Seminario auxiliar».

Don José María había recibido de Dios, tiempo atrás, la inspiración de fundar un instituto religioso femenino. Allí mismo, con permiso escrito —de fecha 9 de diciembre de 1918— del arzobispo de Guadalajara, quien le había ordenado presbítero, lo fundó el 27 del mismo mes, para que las hermanas que ingresaran en él se dedicaran al culto del Corazón de Jesús y al ejercicio de la caridad para con los enfermos y necesitados. Entonces les dio el nombre de «víctimas del corazón eucarístico de Jesús». Esta Congregación religiosa recibiría más adelante, en 1933, la aprobación diocesana y, en 1963, la aprobación pontificia, denominándose desde entonces y en la actualidad «Hermanas del Corazón de Jesús Sacramentado».

Fue, pues, a sus treinta años —y sólo cinco de sacerdote— fundador de un instituto de vida religiosa. Para las hermanas era un verdadero maestro del espíritu, pues sabía conjugar la firmeza en la dirección espiritual y la suavidad en la corrección para animarlas a la santidad con la sabiduría de Dios, como lo muestran sus escritos, infundiéndoles sus dos grandes amores: al Corazón de Cristo y a la Virgen María.

El 19 de diciembre de 1920 fue enviado como párroco interino a Tecolotlán, en el mismo estado de Jalisco, recibiendo poco más tarde, el 24 de enero de 1921, el nombramiento de «vicario foráneo» de la misma parroquia. También en ella desarrolló un fecundo ministerio sacerdotal.

Atendía apostólicamente a toda la gente, a las asociaciones católicas de la parroquia, a la escuela parroquial que estaba re-

gentada ya por sus religiosas; se preocupó de la pastoral con los obreros; y, en medio de su apostolado incansable, aún tuvo tiempo para escribir distintas obras con el fin de fundamentar el carisma, la espiritualidad y la misión de las religiosas por él fundadas.

Le habían tocado tiempos duros y difíciles —que se venían arrastrando todo un siglo— de persecución a la Iglesia y de marcado anticlericalismo, algo más suaves en el tiempo de su formación sacerdotal pero totalmente convulsos en los sólo catorce años de vida en los que pudo vivir su entrega ministerial.

Hay que explicar que ya en 1821, cuando México se constituyó en República y se redactó y aprobó la Constitución de 1824, uno de los problemas más espinosos fue determinar las relaciones entre Estado e Iglesia. Ésta tendría que sufrir indeciblemente, desde entonces, a causa de las tensiones originadas por la misma legislación, primero a costa de la lucha entre liberales y conservadores, después por las leyes de Reforma aparecidas desde 1833, luego por la nueva Constitución de 1857 y la interpretación y aplicación de las leyes por los gobiernos durante otros veinte años más. Los derechos de la Iglesia y de la libertad religiosa, en referencia con el clero, la enseñanza y las propiedades, estaban siempre amenazados, en peligro continuo y en riesgo constante, y simultáneamente, la seguridad de las personas.

Desde 1877 a 1911 el general Porfirio Díaz intentó una «reconciliación nacional», dejando a salvo los principios constitucionales pero mostrando tolerancia hacia la Iglesia como institución y también a las personas individuales, tanto eclesiásticos como laicos católicos. Fue éste un tiempo de reorganización de las diócesis, de construcción de nuevos templos y de libertad relativa aunque vigilada. En 1903 se celebró un congreso en Puebla en el que los católicos tomaron mayor conciencia sobre el compromiso público de su fe. Sirvió, por tanto, para que muchos católicos promovieran su presencia e influencia en los sindicatos y en la vida pública, incluso con la fundación de un partido católico nacional. Éste era el ambiente de la juventud y formación sacerdotal de José María en el seminario.

Pero en 1911, antes de su ordenación sacerdotal, comenzó una época de inestabilidad política y social, por causa de los enfrentamientos entre Madero y Huerta y, después, entre los «constitucionalistas» anticlericales, de Carranza, y los llamados «rebeldes», capitaneados por Zapata y Pancho Villa, quienes estaban más próximos al pueblo y no mostraban hostilidad contra la Iglesia.

La insurrección armada de Carranza de 1913, el mismo año de la ordenación sacerdotal de don José María, además de alcanzar el poder pretendió oponerse a la Iglesia dejando que los extremistas la persiguieran violentamente con incendios, profanaciones y destrucciones de iglesias, atentando contra conventos de religiosas y encarcelando a sacerdotes y religiosos. Por el contrario, en los territorios bajo el control de Zapata había paz y Villa era también contrario a perseguir a la Iglesia.

En 1917 Carranza promulgó una revisión de la constitución de 1857 en la que no se reconocía personalidad jurídica a la Iglesia y, en consecuencia, se le negaba capacidad de poseer bienes; a los eclesiásticos se les imponían algunas prohibiciones, como ejercer la enseñanza, el periodismo o editar publicaciones; se fijaba un número de sacerdotes por comarca, que tenían además que ser mexicanos de nacimiento; y se prohibían partidos que tuvieran filiación o inspiración cristiana. No había posibilidad de apelación ante instancia alguna pues no existían relaciones diplomáticas entre México y la Santa Sede. Incluso se dio decreto de expulsión al propio arzobispo de Guadalajara, mons. Orozco, y esto originó la protesta de muchos católicos fieles. No obstante, entre 1919 y 1920 pudieron volver a México algunos obispos que habían sido expulsados; a cambio se les pedía, como condición, una actitud comprensiva para llegar a una reconciliación nacional.

Asesinado Carranza y elegido Obregón, desde 1920 a 1924 no hubo un enfrentamiento abierto entre Estado e Iglesia, pero tampoco dejaron de existir provocaciones. Los católicos participaban masivamente, como reacción espectacular y pacífica, en impresionantes ceremonias religiosas. En 1924 se celebró el primer Congreso eucarístico nacional, que llenó de alegría, de consuelo y fortaleza a don José María Robles.

Cuando en 1924 fue elegido Plutarco Elías Calles como presidente de la República, de quien era públicamente conocida su relación con el protestantismo norteamericano y con la masonería, se acusó entonces a mons. Orozco de inmiscuirse en política y éste, por el bien de la paz, tuvo que emprender un viaje a Italia durante un año. El gobierno hubiera deseado entonces que surgiera una «iglesia nacional», separada de Roma, y para ello favoreció algunos conatos que nunca prendieron en el pueblo.

En 1926 la «ley Calles», como una reforma del código penal, prohibió a la Iglesia cualquier actividad que no estuviera bajo control directo de las autoridades civiles e impedía a los sacerdotes ejercer el culto público en los templos, bajo penas muy severas. Como signo de protesta, y con la autorización de Pío XI, el episcopado estableció en una carta colectiva que el primer domingo de agosto no se celebrara misa alguna. A esta decisión se adhirieron todos los sacerdotes y fieles.

A los pocos meses de este recrudecimiento de la persecución violenta gubernamental hacia la Iglesia, brotó una actitud popular de rebeldía armada contra esa situación establecida por el gobierno. Así nació el movimiento de los «cristeros», llamados de este modo porque celebraban con gran solemnidad la fiesta de Cristo Rey, recientemente establecida por el mismo Papa en 1925 para toda la Iglesia universal, y fijada entonces para el último domingo de octubre. Ese movimiento popular de los cristeros estaba integrado por labradores, obreros, mineros y artesanos sin mucha cultura pero con mucho sentimiento religioso. Su lucha armada se mezclaba además contra una extraña reforma rural del gobierno que, pretendiendo evitar los latifundios, enfrentaba a pequeños propietarios —aunque fueran modestos— con los nuevos propietarios a quienes el mismo gobierno había repartido las tierras. Esta lucha ideológica y social, con el fuerte componente de persecución religiosa y la reacción violenta que originaba, enfrentaba al ejército contra los cristeros, y viceversa.

El episcopado se mostró siempre de modo pacífico y mayoritariamente se mantuvo firme en sus convicciones y manifestaciones de no violencia, pero no tenía capacidad de oponerse a la

espontaneidad con que había surgido aquel movimiento de los cristeros, al margen de sus propios propósitos, que además comprometía su magisterio evangélico sobre la paz y el perdón.

Don José María comulgaba enteramente con las orientaciones de su obispo diocesano y de todo el episcopado. Enseguida se vio perseguido por la política del presidente Calles, que era especialmente dura en Jalisco. El arzobispo de Guadalajara, mons. Orozco, dejó en libertad a todos los sacerdotes de su presbiterio para elegir entre quedarse en las propias parroquias o concentrarse en las grandes poblaciones. El párroco Robles optó por quedarse en su parroquia y, tomando las debidas precauciones, siguió ejerciendo el ministerio durante todo el año 1926.

Cuando comenzó la rebelión armada de los cristeros, en la que él nunca tomó parte alguna, su presencia en el pueblo se vio dificultada, teniendo que ocultarse en diversos lugares, viviendo en la clandestinidad y ejerciendo el ministerio de modo prudente y como podía. Aun así, al haberse suspendido el culto público había puesto, como signo visible de la consagración de su parroquia al Sagrado Corazón de Jesús, una cruz en La Loma, y esto a los gubernamentales les pareció una provocación, quienes emprendieron ya desde entonces la búsqueda y captura estrechándole cada vez más el cerco. En este tiempo mantuvo su temple firme y sereno y, cuando sus hermanos trataron de persuadirlo para que abandonara su parroquia y se concentrase con otros sacerdotes en Guadalajara, él respondió: «Un pastor no abandona nunca a sus ovejas».

Quienes, en estos meses, estuvieron cerca de él aseguran cómo celebraba diariamente la Eucaristía, dedicaba sus horas a la oración y al estudio, haciendo mortificación y penitencia por la situación que atravesaba la Iglesia y por los feligreses y ciudadanos de su pueblo. Descansaba pintando estampas, entre ellas la imagen del Corazón de Jesús, que había centrado siempre su ministerio y su vida, y escribiendo poesías espirituales. Daba palabras de aliento a quienes se preocupaban por su situación o a quienes también temían la persecución religiosa. A pesar de los pesares se mantenía con el don de la fortaleza y con la gracia de la alegría que da la confianza en Dios.

El 9 de febrero de 1927 una señorita se presentó en casa de la familia Brambila Agraz solicitándole que escondiera en su casa a don José María. Cuando él se trasladó a este escondite dijo: «Ahora sí, de aquí, a la libertad o al martirio», y seguía, desde allí, velando por mantener vivo el espíritu cristiano en su parroquia. Por eso, los soldados gubernamentales, que iban tras su rastro desde tiempo atrás registrando distintas casas en las que podría haberse ocultado, por fin lo encontraron en la casa de la familia Brambila y fue apresado en la madrugada del 25 de junio de 1927 por un pelotón comandado por el teniente Calderón. Justamente el día 24 anterior don José María había escrito en el margen de una estampa: «Renovación de mi esclavitud e irrevocable entrega al Corazón de Jesús, por María, mi Madre y Señora».

Cuando llegaron los soldados, José María Robles se disponía a celebrar la misa. Fue él mismo quien les abrió la puerta, con serenidad admirable, se mostró amable y prudente, y se dejó conducir dócilmente por ellos, quienes lo llevaron al cuartel de los agraristas, que se había establecido en casa del señor Ignacio Gómez. Algunos de sus feligreses de Tecolotlán hicieron una tentativa para liberarlo por medios legales, apelando al «derecho de amparo». Mientras tanto, don José María compartió con sus guardianes la comida que le había llevado la gente de su pueblo. Pero los intentos de liberarlo de la prisión segura y de la muerte, sospechada inminente, no resultaron. Algunas mujeres intentaron hablar con él, pero tan sólo consiguieron que uno de sus vigilantes les entregara el *Breviario* de su párroco en el que descubrieron este texto suyo, premonitorio de su martirio:

«Quiero amar tu corazón,
Jesús mío, con delirio;
quiero amarte con pasión,
quiero amarte hasta el Martirio...
con el alma te bendigo
mi Sagrado Corazón;
dime: ¿Se llega el instante
de feliz y eterna unión?
Tiéndeme, Jesús, los brazos,
pues tu "pequeñito" soy;
de ellos, al seguro amparo,

a donde ordenes, voy [...]
al amparo de mi Madre
y de su cuenta corriendo
yo, su "pequeño" del alma,
vuelvo a sus brazos sonriendo.
Un Padre, espera a sus hijos,
a todos, allá en el Cielo».

El general del cuartel de Sayula, Ferreira, instó al regimiento de Tecolotlán a que procediera con energía contra el sacerdote dando orden, que llegó a las diez de la noche, de que se matara inmediatamente a don José María. Como el «derecho de amparo» de la justicia federal lo protegía en Tecolotlán, a la media noche del mismo 25 de junio lo sacaron de la prisión y lo llevaron por el camino que lleva a Ameca, atravesando el rancho de Quila, que pertenecía a la jurisdicción de su propia parroquia pero estaba ya fuera de la jurisdicción civil del poblado. En medio de la oscuridad de la noche y por un camino tortuoso llevaban al sacerdote atado con cuerdas y a pie. Como pidió a sus guardianes que tuvieran paciencia con él, puesto que le resultaba difícil caminar, le ofrecieron subir sobre un caballo.

Después de cuatro horas de camino por el mismo rancho de Quila, se detuvieron y lo desmontaron de la cabalgadura, situándolo junto a un roble. Don José María comprendió enseguida que había llegado su hora. Pidió unos minutos y se arrodilló para rezar, dio luego la bendición a su parroquia, y en voz alta perdonó e incluso bendijo a sus verdugos. Para evitarles que tuvieran que recriminarse a sí mismos aquella acción, él mismo tomó la soga, la besó y se la puso al cuello. Sin juicio alguno, ni civil ni militar, en la madrugada del día 26 de junio, lo ahorcaron. Una vez muerto, lo descolgaron y lo abandonaron en tierra, avisando a los empleados de una carbonera vecina que allí había un cadáver. Algunos vinieron enseguida para sepultarlo en la misma carbonera sin haber reconocido que era el párroco. Cuando los feligreses de Quila se enteraron de que era el cadáver de su párroco de Tecolotlán, acudieron a la carbonera para exhumar su cuerpo y lo condujeron, cubierto de flores, a una sepultura en el cementerio del rancho de Quila.

El 26 de junio de 1932, con autorización del obispo auxiliar de Guadalajara, mons. José Garibi Rivera, que había sido con-

discípulo de San José María Robles, sus restos fueron trasladados desde Quila al Templo expiatorio de Guadalajara.

Fue beatificado el día 22 de noviembre de 1992 por el papa Juan Pablo II, quien lo canonizó el 21 de mayo del año jubilar 2000.

Sus reliquias se encuentran en el noviciado de las Hermanas del Corazón de Jesús Sacramentado, en Guadalajara (México).

JOAQUÍN MARTÍN ABAD

Bibliografía

«Breve de beatificación»: *AAS* 85 (1993) 313-316.
CONFERENCIA EPISCOPAL MEXICANA, *Mártires de la Iglesia de México* (México 1991).
CONGREGATIO PRO CAUSIS SANCTORUM, *Positio super martyrio. Christophori Magallanes et XXIV sociorum,* I (Roma 1992).
LÓPEZ BELTRÁN, L., *La persecución religiosa en México* (México 1987).
MEYER, J., *La cristiana,* 3 vols. (México 1973-1974).
RICCARDI, A., *Il secolo del martirio, i cristiani nel novecento* (Milán 2000) 318s.

SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER

Presbítero y fundador († 1975)

Muchos miles de personas le llaman «el padre» porque, sobre todo, supo querer. A Dios y a los hombres. El Señor le hacía sentir la ternura en el corazón.

> «De pocas cosas —decía— puedo ponerme de ejemplo. Y, sin embargo, en medio de todas mis miserias personales, pienso que puedo ponerme como ejemplo de hombre que sabe querer. Desearía, con un corazón de padre y de madre, llevar todo sobre mis hombros...».

El segundo entre seis hijos, de los que sólo sobrevivirían tres, nació en Barbastro, Huesca, el 9 de enero de 1902, de D. José Escrivá y Corzán, hombre íntegro y sinceramente piadoso, propietario de un negocio textil, y de D.ª M.ª Dolores Albás y Blanc, prototipo de la mujer fuerte y hacendosa de la Biblia. A los cuatro días recibió el bautismo, y le impusieron los nombres de José María (que él siempre fundió en uno solo), Julián, Mariano (pseudónimo que usó en no pocas ocasiones por amor a la Virgen). Con tres meses y medio, el 23 de abril, recibió la confirmación.

El niño era un pimpollo que hacía las delicias de sus papás, pero a los dos años contrajo una gravísima enfermedad infecciosa que los médicos diagnosticaron incurable. Para salvar la preciosa vida del retoño, su madre prometió a la Virgen peregrinar con él y con su esposo a la ermita de Nuestra Señora de Torreciudad, muy venerada en la región del Somontano aragonés. El pequeño curó precisamente en la noche en que los facultativos habían pronosticado su muerte, y D.ª Dolores cumplió su manda. Años más tarde, repetiría con frecuencia a su hijo: «Para algo grande te ha dejado en este mundo la Virgen, porque estabas más muerto que vivo».

Creció Josemaría como un niño muy despierto, sociable y lleno de alegría, pero a veces algo caprichosillo, o vergonzoso con las visitas. «La vergüenza, para pecar», le decía su madre en tales casos, forjando así su recia personalidad. De sus padres aprendía la sólida piedad que siempre le gustó seguir viviendo con matices tiernamente infantiles, y en su hogar respiró, sobre todo, el amor a Jesús Sacramentado y a la Santísima Virgen. Desde los tres años asistió al parvulario de las Hijas de la Caridad de Barbastro y, desde los siete, al colegio de los escolapios. Con uno de aquellos religiosos, preparado Josemaría por su madre, hizo su primera confesión a los seis o siete años. El simpático P. Enrique le puso como penitencia al pequeñuelo: «Dirás a mamá que te dé un huevo frito». Le encantó a Josemaría, que aún lo recordaba a distancia de 60 años.

Para su primera comunión, que hizo en el décimo aniversario de su confirmación, el 23 de abril de 1912, le preparó otro calasancio, quien le enseñó la fórmula de la comunión espiritual que Josemaría iba a rezar millones de veces y a propagar por el mundo entero:

> «Yo quisiera, Señor, recibiros, con aquella pureza, humildad y devoción con que os recibió vuestra Santísima Madre; con el espíritu y fervor de los santos».

Sus compañeros de estudios primarios y bachillerato le recordarán como un chico educado, de carácter abierto, estudioso y reflexivo, talentudo y hondamente piadoso. Eran años en que Josemaría se dormía rezando el Rosario, para desagraviar por las faltas de otros colegiales...

Entre 1910 y 1913 la muerte de las tres hermanas menores sembró de dolor la familia. Pero D.ª Dolores nunca temió por la vida de Josemaría: estaba ofrecido a la Virgen. Poco después, en 1914, quebró el negocio de su padre, que, arruinándose totalmente, no dejó de comportarse como un caballero cristiano, con una serenidad y elegancia espiritual que supusieron una auténtica lección para el casi adolescente Josemaría. Mientras soportaba en silencio las humillaciones de sus compañeros de colegio, él se sentía lleno de un orgullo santo por la entereza de su padre en medio de la tribulación. Para salir a flote, D. José pudo conseguir un nuevo trabajo en Logroño, adonde la familia Escrivá se trasladó en 1915, llamando enseguida la atención de sus nuevas amistades por la crianza y distinción con que se conducían y por su testimonio de caridad generosa y oculta, de fe recia sin ostentaciones, y de abundante fortaleza en la prueba. Josemaría recordará más tarde:

> «Así preparó el Señor mi alma, con esos ejemplos empapados de dignidad cristiana y de heroísmo escondido, siempre subrayados por una sonrisa...».

Ya metido en sus trece años, Josemaría prosiguió sus estudios de bachillerato en el Instituto Nacional de Logroño. Era un chico «de los que no se tuercen por nada», que, además del estudio de las asignaturas, se revelaba como un lector impenitente, que devoraba la historia y los clásicos, de los que aprende, imprimiéndole un sello muy personal, la limpidez y donaire que ha de verter en sus escritos.

Son crudos los inviernos riojanos. Asomaba el año 1918, y Logroño parecía querer esconderse bajo un espeso manto de nieve sobre la que se hundían, profundas, las huellas de un carmelita descalzo que pasaba frente a la casa de Josemaría, justo cuando él salía a la calle. Aquello fue un aldabonazo para su corazón; «barruntos del amor», lo llamará el joven, entendiendo que el Señor quiere de él algo muy concreto, aunque hasta dentro de diez años no se le desvele. Ahora, a sus dieciséis, trata de buscar la voluntad de Dios comulgando a diario, confesando con frecuencia y llevando una exigente dirección espiritual. Al fin, le parece ver claro: él, que pensaba estudiar arquitectura, se decide a ser sacerdote. Su padre lloró al recibir la noticia, pero

no sólo no se opuso, sino que facilitó a Josemaría el contacto con sacerdotes beneméritos que le pudieran orientar bien, y le aconsejó que, si podía, estudiara también, con el tiempo, una carrera civil, encargo que el hijo no olvidará.

Agradecido Josemaría al desprendimiento de sus progenitores, y comprendiendo que su resolución truncaba los planes de aquéllos sobre él para rehacer con su ayuda el patrimonio familiar, rezó con fervor para que Dios les enviara otro hijo varón. Efectivamente, el 28 de febrero de 1919 nacía el pequeño Santiago, que venía a ser el báculo de la vejez de estos buenísimos padres, y la prueba de que la plegaria confiada de Josemaría era escuchada por Dios, lo que confirmaba su vocación al sacerdocio. Él, deseando conocer más y mejor la voluntad de Dios, oraba con insistencia como el ciego Bartimeo: *Domine, ut videam!*

Terminados sus estudios de bachillerato con brillantes resultados, Josemaría se matricula como alumno externo en el seminario de Logroño, en octubre de 1918. Empezó a destacarse enseguida, no sólo por su porte elegante —chaqueta azul, con cuello alto y lazo—, sino sobre todo por su carácter agradable y risueño, siempre dispuesto a lo que le mandasen, por su inquietud apostólica y su inclinación a la oración. Tras el primer curso de teología, se trasladó al seminario de San Francisco de Paula (vulgo San Carlos), en Zaragoza, para completar sus estudios en la Universidad Pontificia de San Valero y San Braulio, donde siguió distinguiéndose por su amor al sacerdocio, su cultura y educación, su limpieza exterior y corrección en el vestir, su buen humor y naturalidad, su respeto y bondad para con superiores y compañeros. Tanta soltura tenía para escribir epigramas como para moverse con el cilicio sin ser notado. De aquellos años dirá más tarde:

> «Sucedieron muchas cosas duras, tremendas [...] Eran hachazos de Dios Nuestro Señor con el fin de preparar —de ese árbol— la viga que iba a servir, a pesar de su debilidad, para hacer su Obra. Yo, casi sin darme cuenta, repetía: "Domine, ut videam!, Domine, ut sit!". No sabía lo que era, pero seguía adelante, adelante, sin corresponder plenamente a la bondad de Dios, esperando lo que más tarde habría de recibir: una colección de gracias, una detrás de otra, que no sabría cómo calificar, y que llamaba operativas, porque de tal manera dominaban mi voluntad que casi no tenía que

> hacer esfuerzo. Adelante, sin cosas raras, trabajando sólo con mediana intensidad [...] Fueron los años de Zaragoza».

Ciertamente, Josemaría pasaba muchas horas —algunas por la noche— ante el sagrario, en una tribuna del presbiterio de la iglesia de San Carlos, gritando en silencio: «¡Señor, Señora [...] que vea!».

En 1922, el cardenal arzobispo de Zaragoza, Soldevila y Romero (que un año después sería asesinado por un comando anarquista), nombró a Escrivá inspector del seminario, para lo cual le adelantó la tonsura al 28 de septiembre de ese año. A sus veinte, don Josemaría, ya todo un clérigo, se estrenaba como forjador de sacerdotes. De su mezcla de firmeza y suavidad, que llegará a hacerse proverbial, nos cuentan:

> «Su mera presencia, siempre atrayente y simpática, contenía a los más indisciplinados; una sencilla sonrisa, acogedora, asomaba por sus labios cuando observaba en sus seminaristas algún acto edificante; una mirada discreta, penetrante, triste a veces, y muy compasiva, reprimía a los más díscolos».

El 17 de diciembre de 1922, el obispo auxiliar don Miguel de los Santos Díaz Gómara, le confirió las órdenes menores del ostiariado y lectorado; y el 21 del mismo mes, el exorcistado y acolitado. En junio de 1923 terminó —con las máximas calificaciones— cuarto de teología; y en junio de 1924, los cursos monográficos del quinto año para el doctorado, aunque no podría leer la tesis hasta 1955, en la Universidad Lateranense de Roma.

También en 1923, con la anuencia de sus superiores, inició la carrera de derecho en la Universidad civil de Zaragoza, dedicándose al estudio de la abogacía durante el verano, cuando terminaban los cursos escolares del seminario. En aquella época aumenta su devoción a la Virgen del Pilar, que le habían inculcado sus padres desde niño, como buen baturrico. La visitaba diariamente en su Basílica para pedirle lo que había grabado con un punzón en la base de una sencilla imagencita: «Domina, ut sit!, que sea de mí lo que Dios quiere que sea». Medio siglo más tarde escribirá de la Virgen:

> «La sigo tratando con amor filial. Con la misma fe con que la invocaba por aquellos tiempos, en torno a los años veinte, cuando el Señor me hacía barruntar lo que esperaba de mí».

El 27 de noviembre de 1924 murió repentinamente su padre, don José, «con una santidad que invadía a toda la familia». Josemaría aceptó la noticia con asombrosa serenidad y, viéndose ahora el cabeza de familia, arregló el traslado de su madre y hermanos a Zaragoza, donde el 20 de diciembre recibió el diaconado conferido por mons. Díaz Gómara, quien le ordenó presbítero el 28 de marzo de 1925 en la iglesia de San Carlos. El día 30 celebró en la santa capilla del Pilar su primera misa por el eterno descanso de su padre.

A los tres días de su ordenación sacerdotal fue destinado como regente auxiliar de la parroquia de Perdiguera, pueblecito de 870 habitantes, cercano a Zaragoza, donde permaneció apenas dos meses, en los que tuvo tiempo para visitar a todas las familias. Repartía su jornada entre la oración y el estudio, el confesonario, la santa misa, el Rosario por la tarde, hora santa los jueves, catequesis de niños y adultos, visitas y comuniones a enfermos.

El 18 de mayo de 1925 regresó a Zaragoza para hacerse cargo de una capellanía en la iglesia de San Pedro Nolasco y atención a familias humildes, catequesis en barrios pobres... Dando clases particulares ayudaba al sustento de su familia y por la noche continuaba sus estudios de Derecho, hasta completar la licenciatura en enero de 1927. Con el fin de cursar el doctorado, pidió permiso al arzobispo, D. Rigoberto Doménech, para trasladarse a Madrid. Allí se estableció en una residencia sacerdotal que las Damas Apostólicas de D.ª Luz Casanova tenían en la calle Larra. Don Josemaría se hizo cargo de una de las labores asistenciales que llevaba esta institución: la capellanía del Patronato de enfermos, en la calle Santa Engracia, donde se dio generosamente: visitó más de 4.000 enfermos y logró que los más difíciles recibieran los sacramentos, administró casi 500 extremaunciones, bendijo 800 matrimonios, confirió más de 100 bautismos, dedicó muchos miles de horas a confesar, en las barriadas más pobres de Madrid, a niños a los que «había que empezar limpiándoles la nariz antes de limpiarles un poco aquellas pobres almas».

En la festividad de los Santos Ángeles Custodios de 1928, mientras hacía ejercicios espirituales en la residencia de los PP.

Paúles de la calle García de Paredes, *vio* claramente lo que Dios le pedía, desde aquellos primeros *barruntos:* que dedicara su vida entera a promover, en servicio de la Iglesia, una tarea espiritual, a la que más tarde llamará Opus Dei, cuyo espíritu «recoge la realidad hermosísima —olvidada durante siglos por muchos cristianos— de que cualquier trabajo digno y noble en lo humano puede convertirse en un quehacer divino». Algo que, como señalaría a la muerte de Escrivá el cardenal Marcelo González Martín, siendo «tan sencillo y tan evangélico, estaba prácticamente olvidado». Por eso, algunos consideraron a don Josemaría un soñador o un loco, aunque a él no le gustaba ser fundador de nada y buscaba una obra parecida a la que Dios le pedía a él, ya existente, para pedir en ella la admisión, como el último miembro. Pero nada tenía que ver con lo que el Señor quería, aunque él sólo tenía, por ahora, «veintiséis años, la gracia de Dios y buen humor: nada más». Decía que, al servirse de él, Dios escribía con la pata de la mesa, para lucirse más.

La capilla del Patronato de enfermos y la iglesia de Santa Isabel fueron testigos mudos de sus largas horas de oración nocturna, suplicando luz de lo Alto. Intensificó sus penitencias y ayunos y aumentó su trabajo entre pobres y desvalidos. Pedía sin cesar oraciones por *su intención,* sobre todo a los sacerdotes y a los enfermos. Entretanto, y aunque necesitaba con urgencia incardinarse en la diócesis de Madrid, declinó ofertas muy ventajosas, como la posibilidad de ser capellán de Palacio, o director de la casa del consiliario de Acción Católica. Él continuaba atendiendo a niños necesitados, y desplegando su celo infatigable en el Hospital del Rey, en el Hospital General y en el de la Princesa.

Celebrando misa en casa de la marquesa de Onteiro, madre de Luz Rodríguez Casanova, el 14 de febrero de 1930, Josemaría, contra su inclinación natural, comprendió que en el naciente Opus Dei también debían caber las mujeres. Sólo con veintiocho, pedía al Señor «ochenta años de gravedad»: los necesitaba para trabajar en la nueva labor con prudencia y fortaleza. Una de las primeras «conquistas» para su obra fue un antiguo compañero de estudios en Logroño, el joven ingeniero Isidoro Zorzano, que moriría en olor de santidad en 1943.

En abril de 1931 había sido proclamada la II República española, despiadadamente anticlerical. En otoño cesó Escrivá como capellán del Patronato de enfermos para pasar a serlo de las Agustinas Recoletas dependientes del Patronato de Santa Isabel, del que, en 1934, fue nombrado rector. Eran años en los que Dios le hacía sentir fuerte y dulcemente el inefable misterio de la filiación divina y la necesidad apostólica de poner a Cristo en la entraña de todas las actividades humanas. Los hombres y mujeres del Opus Dei han de ser, con naturalidad, por la oración, mortificación y trabajo, «contemplativos en medio del mundo». Don Josemaría veía, más y más, agrandarse su campo apostólico: hospitales, capillas, oficinas, centros de trabajo, la calle, la universidad, el parque del Retiro, la chocolatería «El Sotanillo», cercana a la Puerta de Alcalá. Su círculo de hijos espirituales se extendía, su dedicación a los pobres y su evangelización en los barrios extremos se intensificaban, porque ahora le ayudaban «sus chicos»: Pedro Casciaro, Luis Gordón, Álvaro del Portillo, Juan Jiménez Vargas, y otros jóvenes espléndidos, iban engrosando las filas del Opus Dei.

En diciembre de 1933, don Josemaría logró abrir, en un entresuelo de Luchana 33, la Academia DYA: Derecho y Arquitectura (en la mente del fundador, también «Dios y Audacia»...). Allí acudirían a estudiar numerosos universitarios, que también recibían formación doctrinal. Era una labor apostólica del Opus Dei, con los rasgos propios de todas las que vendrían después: planteamiento jurídico civil, ambiente de hogar alegre, formación cristiana, dimensión apostólica, respeto a la libertad. Al trasladarse el centro en 1934 a Ferraz 50, ya como residencia de estudiantes, se pudo instalar un año después —merced a la «ayuda económica» de San José— el Oratorio con el reservado, ante la ilusión casi infantil de don Josemaría. A partir de aquel 31 de marzo de 1935, la modesta capillita estaría llena de jóvenes haciendo oración mental, lo que entonces no era corriente. Les había enseñado aquel que ya todos comenzaban a llamar, espontáneamente, «el padre». Al pie del Sagrario, y en el palenque de un trabajo serio y concienzudo, se forjaban para ser, como quería el fundador, «sembradores de paz y de alegría por todo el mundo».

Las condiciones en que desarrolla Escrivá su trabajo agotador en la residencia son de extrema pobreza. Su salud no es buena... Por entonces escribe sus libros *Santo Rosario* y *Consideraciones espirituales* (en 1939 ampliado y publicado como *Camino,* una de las obras de espiritualidad más difundidas).

A comienzos de 1936 la Obra comenzó su expansión fuera de Madrid, con el proyecto de Valencia y los preparativos para salir a París. Pero todo se suspendió por el estallido de la Guerra Civil, el 18 de julio, con su sangrienta persecución de todo lo sagrado por parte de los republicanos. Como tantos miles de sacerdotes y religiosos, perseguidos como alimañas por los revolucionarios marxistas, don Josemaría se vio obligado a prescindir de su querida sotana y a buscar refugio. A pesar del peligro que corría —murieron mártires más de 7.000 eclesiásticos en una contienda que fue, desde el primer día, una auténtica Cruzada en la que se decidía la supervivencia de la Iglesia en España—, él siguió desarrollando su ministerio sacerdotal. Pero cualquier sacerdote comprometía con su presencia a quien le daba alojamiento... En octubre, Escrivá pudo esconderse en una pequeña clínica psiquiátrica de Chamartín de la Rosa, donde —lo que era un privilegio entonces— pudo celebrar casi a diario durante cinco meses. En marzo de 1937 se trasladó a la Legación de Honduras, con su hermano Santiago y cuatro miembros del Opus Dei. Los seis ocuparon una habitación de diez metros cuadrados. El padre, que mantenía con su fervor el del grupo, y escribía y visitaba a los miembros de la Obra, llevándoles la comunión en una pitillera, llegó a perder cuarenta kilos. Su vida corría peligro, y sus hijos le insistían en que saliera de la zona roja atravesando los Pirineos por Andorra. En octubre de 1937 marchó a Valencia, y de allí a Barcelona, desde donde, el 19 de noviembre, con una expedición clandestina, emprendió la marcha, a través de altas montañas y desfiladeros abruptos.

El 2 de diciembre llegó a Andorra, y de allí pasó a Lourdes y Pamplona. A comienzos de 1938, el fundador del Opus Dei fijó su residencia en Burgos y reanudó su actividad apostólica por toda la España nacional, en medio de una situación de enorme estrechez y preparó por entonces su tesis doctoral.

Acabada la guerra en 1939, comenzó un movimiento imparable por toda la Península Ibérica, viajando desde Madrid a las grandes capitales, durante los fines de semana, para extender su Obra, y atender a las numerosas vocaciones que surgían. En esta época predicó incontables tandas de Ejercicios al clero de diversas diócesis y a comunidades religiosas, a las que decía: «Sois el tesoro de la Iglesia».

Por aquellos años se desataron con singular virulencia ataques y calumnias contra el Opus Dei y su fundador, a veces debidos a la incomprensión de gente con buena intención que no entendía ese camino de santificación en el mundo. Llegaron a acusarles, incluso, de masones. Don Josemaría, que nunca se presentaba como víctima —aunque sufría por la ofensa de Dios que esto representaba—, preguntaba con gracia algunas noches: «¿Desde dónde nos insultarán mañana?». Pero el obispo de Madrid-Alcalá, mons. Eijo-Garay, que estaba con Escrivá, quiso aprobar la Obra como Pía Unión, el día de San José de 1941.

El 14 de febrero de 1943, celebrando misa, «vio» la solución canónica para que pudieran ordenarse sacerdotes de la Obra, e incluso el nombre y el sello de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz, que recibió el *nihil obstat* de la Santa Sede para su erección diocesana el 11 de octubre del mismo año. El 25 de junio de 1944 fueron ordenados los tres primeros: Álvaro del Portillo, José María Hernández de Garnica y José Luis Múzquiz.

En 1945 ya existían centros de la Obra en Madrid, Barcelona, Valencia, Bilbao, Sevilla, Granada, Zaragoza, Valladolid y Santiago de Compostela. En 1946, se establecieron en Portugal, Inglaterra e Italia; en 1947, en Francia e Irlanda.

En 1947 la Santa Sede aprobaba el Opus Dei, aunque con un marco jurídico no conforme aún a los deseos del fundador. (Éstos no se verían realizados hasta después de su muerte, con la creación de una prelatura personal.) Ese mismo año solicitaban su admisión en la Obra las primeras personas casadas, y don Josemaría recibía del Papa el nombramiento de «Prelado doméstico de Su Santidad». También en 1947 se trasladó a vivir a Roma. En 1948 erigió el colegio romano de la Santa Cruz, para la formación de miembros del Opus Dei de todo el

mundo, y en 1953 el colegio romano de Santa María, para mujeres.

En 1949 la Obra se establece en México y Estados Unidos, y en 1950 en Chile y Argentina. En la fiesta del Corazón de Jesús de este año, Pío XII concedía la aprobación definitiva al Opus Dei. A partir de entonces, la expansión de la Obra constituyó una realidad en los cinco continentes, pero su desarrollo se impulsaba, como quería el padre, «en Roma y desde Roma». Desde la Ciudad Eterna, Escrivá, casi encerrado en Villa Tevere, promovió y dirigió toda clase de actividades apostólicas, recibió a innumerables personas de toda raza y condición, alentó a muchos hombres de Iglesia...

El centro de su jornada, de intenso trabajo, era la santa misa, que celebraba con extraordinaria piedad, jalonando el resto de las horas con rápidas y frecuentes visitas al Santísimo y obsequios espirituales a Santa María. Su devoción a la Virgen era tan recia como tierna. A ella consagró la Obra en Loreto, el 15 de agosto de 1951. De 1953 a 1960, llenó de avemarías y canciones las carreteras de Europa —en su expresión—, viajando incansablemente para impulsar la marcha de los apostolados o para extender el Opus Dei a nuevas naciones. Soñaba los apostolados de la Obra como «un mar sin orillas», con ámbitos muy diversos en que debían caber gentes de toda procedencia, cultura, clase social, edad e incluso religión.

Fue el alma de la creación de las universidades de Navarra, en España, y Piura, en Perú, nación en la que, en 1957, al Opus Dei le fue encomendada por la Santa Sede la Prelatura de Yauyos, en una zona paupérrima de los Andes, carente por completo entonces de asistencia sacerdotal y medios materiales. Inspirados por el padre, surgieron por todo el mundo colegios y centros de enseñanza superior, y numerosas «Escuelas del hogar», como centros de formación y residencias para proporcionar a las empleadas del hogar, a un tiempo, formación espiritual y humana, y preparación profesional y cultural.

Monseñor Escrivá de Balaguer recibió los nombramientos de consultor de la S. Congregación de Seminarios y Universidades y miembro de la Pontificia Academia de Teología (1957); y consultor de la Comisión Pontificia para la interpretación au-

téntica del CIC (1961). Durante el Concilio Vaticano II, cientos de padres conciliares, peritos, teólogos y canonistas acudieron a la vía de Bruno Buozzi para consultar con Escrivá los más diversos asuntos. Por su parte, previendo las interpretaciones desviadas o la incorrecta aplicación de los decretos conciliares —como en tantos lamentables casos sucedió—, él rezó e hizo rezar mucho para que el Concilio dejara bien patente la incontestable autoridad del Papa, y reafirmase la unidad de los obispos con el Santo Padre, «en estos momentos de deslealtad».

El Concilio vino a confirmar, con su magisterio solemne, aspectos fundamentales de la espiritualidad de Escrivá, proyectados en su Obra, tales como la llamada universal a la santidad, el trabajo profesional como medio de santificación, la vocación al apostolado de todos los fieles laicos, que tienen verdadera alma sacerdotal; la santa misa como centro y raíz de la vida interior, etc.

En sus últimos años, parece que Dios quiso compensar a Josemaría Escrivá de las persecuciones y maledicencias de que había sido objeto durante tanto tiempo, honrándole ya en esta tierra. Y así, en 1960 fue nombrado Doctor «honoris causa» por la Universidad de Zaragoza, en la que él, tras ordenarse sacerdote en la ciudad del Ebro, había estudiado Derecho; e hijo adoptivo de Pamplona, en medio de un júbilo popular tal, que llamó la atención del prelado navarro, Enrique Delgado, y del Nuncio Antoniutti. Parecidas escenas se repitieron cuatro años después, presidiendo los actos académicos como Gran Canciller de la Universidad de Navarra y la I Asamblea de amigos de la Universidad. En 1965 el papa Pablo VI inauguró solemnemente los edificios del centro ELIS (Educazione, Lavoro, Istruzione, Sport), construido por el Opus Dei en la periferia romana para la enseñanza media y formación profesional de jóvenes y obreros. En 1966 Escrivá fue nombrado hijo adoptivo de Barcelona, ciudad en la que, años atrás, su Obra había sido objeto de enconadas persecuciones. En 1967 el fundador volvió a Pamplona, y 40.000 personas asistieron a una misa celebrada por él en el campus de la universidad, el 8 de octubre. En ella pronunció la homilía «Amar al mundo apasionadamente», resumen de su predicación sobre la santificación de la vida ordinaria, que aparecería publicada en 1973, con otras homilías, en su

libro *Es Cristo que pasa.* Otro libro póstumo, *Amigos de Dios,* dio a la luz en 1977 dieciocho homilías más.

A partir de 1967, y hasta 1975, año de su muerte, el Padre emprendió una larga serie de viajes por el mundo —entreverados de peregrinaciones marianas: Loreto, Fátima, Guadalupe de México, el Pilar, Torreciudad...— para dirigir catequesis a grandes grupos de personas. Durante aquellos días pasaba la jornada dedicado por entero a predicar, aconsejar, y atender, sin concederse reposo, a gentes de toda condición. Así, en 1970 prolongó durante más de un mes su estancia en México y recibió a millares de personas de toda América. A la Virgen de Guadalupe, con quien pasó largas horas en su santuario, le rezó entonces así:

> «Señora nuestra, ahora te traigo —no tengo otra cosa— espinas, las que llevo en mi corazón; pero estoy seguro de que por Ti se convertirán en rosas. Haz que en nuestros corazones cuajen a lo largo de todo el año rosas pequeñas, las de la vida ordinaria, corrientes, pero llenas del perfume del sacrificio y del amor...».

En el invierno de 1972 Escrivá recorrió España y Portugal y unas 150.000 personas pudieron escuchar su predicación. No se explicaba su resistencia sino porque le sostenía el amor de Dios y el celo por las almas. En 1974 se lanzó a un nuevo viaje por América, en tierras de Brasil, Argentina, Chile, Perú, Ecuador y Venezuela. Habló, casi diariamente, a miles de personas (estando, algunos días, con fiebre alta y una grave afección pulmonar), y visitó los santuarios marianos de La Aparecida y Luján. Tras un paréntesis en Roma, pasó el mes de febrero de 1975 en Venezuela y Guatemala, donde cayó otra vez enfermo como consecuencia de aquellas jornadas agotadoras. En mayo volvió a España para visitar las obras del santuario de Torreciudad, junto a su Barbastro natal, en fase final de construcción.

Desde 1956, movido por su deseo de reavivar el culto a esta advocación mariana, el Padre promovió el ambicioso proyecto de este gran santuario, financiado con aportaciones económicas provenientes de todo el mundo. Al verlo prácticamente terminado —él mismo consagró el altar mayor y quiso «estrenar» la capilla de las confesiones—, exclamó: «Sólo los locos del Opus

Dei hacemos esto, y estamos muy contentos de ser locos... ¡Qué bien se va a rezar aquí!».

El fundador partió de regreso a Roma el 26 de mayo de 1975. Nadie suponía que sólo le quedaba un mes de vida. El 26 de junio, después de hacer la oración y celebrar misa bien temprano, como todos los días salió, rezando el Rosario, hacia Castelgandolfo, para dirigir una charla a las alumnas del colegio romano de Santa María. Tuvo que interrumpir la plática por sentirse indispuesto y, acompañado de sus fieles Álvaro del Portillo, Javier Echevarría y Javier Cotelo, regresó sereno a Roma. Como siempre, al entrar en Villa Tevere saludó, lo primero, al Señor de la casa, en el oratorio. Subió al despacho y, según hacía cada vez que entraba, dirigió una mirada de cariño filial a un cuadro de la Virgen de Guadalupe. Sería su última mirada a la Virgen antes de verla cara a cara. Víctima de un paro cardíaco, se desplomó en el suelo, mientras acudían, corriendo, Echevarría y Álvaro del Portillo, quien le absolvió y administró la unción de enfermos, llorando como un niño. El padre había muerto como quería, «sin dar la lata». Como había predicho en Jaltepec (México): «Quisiera morir así: mirando a la Virgen Santísima y que ella me entregase una flor»...

Incontables personas, desde purpurados a amas de casa, rezaron ante su cadáver, cuyo rostro transmitía una paz sobrenatural. El papa Pablo VI manifestó inmediatamente su dolor por la noticia. La misa exequial, de carácter íntimo, tuvo lugar el 27 de junio en la cripta del oratorio de Villa Tevere. El funeral público del día siguiente, en la Basílica romana de San Eugenio de Valle Giulia, a la que asistieron las más altas autoridades civiles y eclesiásticas, fue una conmovedora manifestación de duelo de miles de personas.

Tras un rápido proceso, *el padre,* como reza en su lápida sepulcral y le llaman multitudes ingentes, fue beatificado el 17 de mayo de 1992 y canonizado el 6 de octubre de 2002, en el centenario de su nacimiento. Ambas ceremonias, presididas por Su Santidad Juan Pablo II en la Plaza de San Pedro del Vaticano, asombraron a Roma y al mundo porque la muchedumbre asistente —en los dos casos sobrepasó las 300.000 personas— ofreció un magnífico ejemplo de orden, silencio y fervor, a la

vez que invadió la Ciudad Eterna con la alegría de los hijos de Dios, como quería San Josemaría Escrivá.

ALBERTO JOSÉ GONZÁLEZ CHAVES

Bibliografía

BERGLAR, P., *Opus Dei* (Madrid 1989).
BERNAL, S., *Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer* (Madrid 1980).
CEJAS, J. M., *Amigos del fundador del Opus Dei* (Madrid 1992).
GONDRAD, F., *Al paso de Dios* (Madrid 1985).
PORTILLO, A. DEL, *Entrevista sobre el fundador del Opus Dei* (Madrid 1993).
SECO, L. J., *La herencia de Mons. Escrivá de Balaguer* (Madrid 1986).
URBANO, P., *El hombre de Villa Tevere* (Barcelona 1995).
VÁZQUEZ DE PRADA, A., *El fundador del Opus Dei*, I-II (Madrid 2002).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN VIGILIO DE TRENTO

Obispo y mártir († 405)

Era natural y ciudadano de Trento y miembro de una familia acomodada que le pudo costear estudios en Atenas. Sus buenas cualidades y su magnífica preparación lo acreditaron a los ojos de la comunidad cristiana de su ciudad natal que lo eligió obispo cuando no tenía aún los treinta años.

Al llegar a obispo se encontró con que todavía eran abundantes los paganos en su zona, y muchos de ellos casaban con cristianas o viceversa, lo que ponía en peligro la transmisión de la fe a las nuevas generaciones, y por ello él insistiría, por consejo de San Ambrosio de Milán, en que las personas cristianas tomaran cónyuge de su misma religión. Cuidó igualmente de que la comunidad cristiana viviera con sinceridad el cristianismo, al que procuró atraer, con notable éxito, a los muchos paganos que, como queda dicho, aún había en su diócesis. Para ayudarlo en esta tarea evangelizadora San Ambrosio le envió tres ayudantes que en su tarea hallaron el martirio, que Vigilio contó al sucesor de San Ambrosio, San Simpliciano, así como a San Juan Crisóstomo, quizás conocido suyo en su tiempo de estudiante (395).

Él, a su vez, encontraría el martirio en su afán por acabar con el paganismo y cristianizar a todos los habitantes de su región. Estaba en el valle de Rendena predicando el evangelio y hablando de la fatuidad de los ídolos cuando con sus propias manos derribó la estatua de Saturno, el protector de los agricultores. Los paganos, airados de este hecho, se abalanzaron contra él y lo mataron a pedradas.

SAN ANTELMO DE BELLEY
Obispo († 1178)

Antelmo nació en Chignin, junto a Chambery, en el seno de una familia noble saboyana. Sintiendo la vocación sacerdotal, ingresó en las filas del clero y se ordenó de sacerdote, logrando una canonjía en Ginebra, de cuya iglesia llegó a ser el preboste. Era un sacerdote ejemplar y amante de la reforma de la Iglesia.

Pero, visitando a unos parientes que tenía en la Cartuja, se sintió impactado por la vida santa del monasterio y decidió hacerse cartujo, ingresando en la de Portes en 1137. No había acabado su noviciado cuando fue trasladado a la Gran Cartuja, la casa madre de la Orden en Grenoble. No habían pasado sino dos años cuando, al dimitir del priorato Hugo I, Antelmo fue elegido para sucederle y hubo de hacer frente a numerosos problemas, entre ellos la reconstrucción de edificios arruinados, volver a la primitiva observancia, conjuntar todas las casas de la Orden entre sí y convocar el primer capítulo general. Dio encargo al Beato Juan de España para que adaptara las costumbres cartujanas a las monjas y surgiera así la rama femenina de la Orden. Al cabo de doce años de priorato, presentó la renuncia, y se disponía a vivir la vida solitaria propia de los monjes cuando fue llamado a hacerse cargo del priorato de Portes. Él procuró establecer la más estricta observancia del modo de vida cartujano en un monasterio que parecía apartarse un poco de él. Pasados dos años, volvió a Grenoble.

Cuando vio que por influencia de Federico Barbarroja se creaba un antipapa en la persona de Víctor IV, Antelmo hizo cuanto pudo por mantener a los monjes y a los fieles en la obediencia de Alejandro III. Y esta conducta valerosa incitó al di-

cho papa Alejandro a nombrarlo obispo de Belley. No quería Antelmo, pero el pontífice insistió, y por ello Antelmo fue consagrado obispo el 8 de septiembre de 1163.

Como obispo procuró la reforma de la Iglesia en la línea gregoriana: insistió en el celibato del clero, en los derechos de la Iglesia frente a la intromisión del poder secular, en la guarda de la disciplina eclesiástica. El papa lo desautorizó levantando la excomunión a uno que él había excomulgado, y entonces dejó la diócesis y se retiró a Portes, pero los fieles insistieron ante él en que volviera y así lo hizo. El papa no se enfadó por la firmeza de Antelmo. Fue un obispo celoso de la causa de los pobres, a los que ayudaba cuanto podía, y daba el ejemplo de vivir con simplicidad y austeridad monacal, pasando temporadas en la Cartuja para robustecer su espíritu. Murió en Belley el 26 de junio de 1178.

BEATO RAIMUNDO PETINIAUD DE JOURGNAC

Presbítero y mártir († 1794)

Nació en Limoges el 3 de enero de 1747 en el seno de una religiosa familia, tres de cuyos hijos llegarían a ser sacerdotes. Optó por el sacerdocio y se doctoró en la Sorbona, obteniendo en 1767 una canonjía en la catedral de Limoges. En 1780 se le dio el cargo de *sochantre* y poco después el de *chantre*. En 1785 el obispo de la diócesis, mons. D'Argentré, lo nombró su vicario general. Era también oficial de la diócesis y arcediano de Limoges. En la casa cural de San Mauricio él vivió habitualmente con sus dos hermanos sacerdotes, Juan José y Juan Bautista.

Llegada la Revolución, se negó a jurar la constitución civil del clero y fue expulsado de sus cargos. Se refugió en Riom, diócesis de Clermont. Cuando salió la ley de deportación de los no juramentados, él creyó que se libraría de la deportación a causa de su mal estado de salud, y por ello se presentó a las autoridades del departamento de Puy-de-Dôme. Conducido a Limoges el 8 de marzo de 1794, primero intentaron condenarlo a muerte como emigrado vuelto, pero, finalmente, la pena fue de deportación, decretada contra él tras deliberación el 13 de marzo. El día 29 salía hacia Rochefort en el segundo envío, estando

ya el día 13 de abril a bordo del Borée cuando se le hizo el habitual registro. De ahí pasó a Les Deux Associés, cuyas condiciones no pudo resistir su débil salud, falleciendo el 26 de junio de 1794 y siendo enterrado en la isla de Aix. Sintiéndose morir llamó a sus compañeros en torno a sí, les recordó algunos pasajes de la Escritura apropiados para su situación y les dijo que la muerte en aquellas circunstancias era una ganancia, puesto que era tan dura la vida que les hacían llevar. Moría en la esperanza de que los sufrimientos terrenos se convertirían en gloria eterna junto a Dios y que Cristo los resucitaría finalmente para convertir nuestro cuerpo débil en un cuerpo glorioso como el suyo. Fue beatificado el 1 de octubre de 1995.

SAN JOSÉ MA TAISHUN

Catequista y mártir († 1900)

Cristiano distinguido de la comunidad cristiana china, de la que era catequista. Era médico de profesión y vivía en el poblado de Tsien-Cheng-Tchoang. Cuando supo de la revolución bóxer y su odio al cristianismo, se refugió en la casa de un amigo pagano, el cual le insistió mucho en que salvara su vida renegando de la fe o al menos aparentara que renegaba, pero que se diera cuenta del peligro que corría de no hacerlo. José temió que la insistencia de su amigo, llena de la mejor voluntad de salvarlo, pudiera debilitar su fe y entonces decidió dejar la casa donde se hospedaba y comenzó a ir de un sitio a otro.

Fue finalmente apresado y llevado a su pueblo, donde confesó firmemente la fe y fue condenado a muerte. Llevado al lugar del suplicio, pidió unos instantes para poder hacer oración y estando haciéndola fue masacrado. Era el 26 de junio de 1900. Tenía sesenta años. Fue canonizado el 1 de octubre de 2000.

BEATOS NICOLÁS KONRAD Y VLADIMIRO PRYJMA

Mártires († 1941)

El párroco de Stradch, en la archieparquía de Lvov, fue llamado el 26 de junio de 1941 a administrar los sacramentos a

una mujer que estaba enferma. El cantor o *sochantre* de la parroquia decidió acompañar al sacerdote. Era el tiempo en que se retiraban las tropas soviéticas por la llegada de los alemanes. Los rusos hallaron al párroco y a su acompañante y decidieron fusilarlos en el bosque de Birok.

El párroco se llamaba Nicolás (Mykola) Konrad. Había nacido en Strusiv, región de Ternopol, el 16 de mayo de 1876. Se licenció en filosofía y teología e hizo los estudios de posgrado en la Academia de Santo Tomás de Aquino. Recibió la ordenación sacerdotal en 1899, incardinado en la archieparquía de Lvov, y luego de enseñar religión en las escuelas ucranianas y húngaras, fue designado párroco de Stradch, donde ejerció con fruto su ministerio sacerdotal.

El seglar se llamaba Vladimiro Pryjma. Había nacido el 17 de julio de 1906 en la propia Stradch. En 1931 casó con María Stojko y tuvo con ella cuatro hijos. Era *sochantre* de la parroquia y cumplía con sus deberes familiares y profesionales.

Fueron beatificados el 27 de junio de 2001.

BEATO ANDRÉS ISCAK

Presbítero y mártir († 1941)

Nació el 23 de octubre de 1887 en Mykolaiv, región de Lvov. Hizo los estudios de filosofía y teología en Innsbruck y se ordenó sacerdote en 1914, incardinándose a la archieparquía de Lvov. Prefecto en el seminario de Lvov, pasó luego a la Academia teológica como profesor. En 1930 fue a Roma y frecuentó las aulas del Pontificio Instituto Oriental. Vuelto a su patria, fue nombrado párroco de Sykhiv, en la región de Lvov, donde desempeñó ejemplarmente su ministerio en circunstancias muy difíciles por la ocupación soviética del territorio. Cuando las tropas soviéticas se retiraban ante el avance de las tropas alemanas decidieron fusilar a este párroco celoso y fiel, el 26 de junio de 1941. Fue beatificado el 27 de junio de 2001.

BEATO ANDRÉS JACINTO LONGHIN
Obispo († 1936)

Nació el 23 de noviembre de 1863 en Fiumicello de Campodarsego, diócesis de Padua, en Italia, en una religiosa familia de campesinos. En el bautismo se le puso Jacinto Buenaventura. Educado cristianamente por su familia, ésta le autorizó a seguir su temprana vocación religiosa y a los 16 años ingresaba en el noviciado de la Orden capuchina, tomando el nombre de fray Andrés de Campodarsego. Estudia primero en Padua y luego hace los estudios de teología en Venecia, siendo ordenado sacerdote el 19 de junio de 1886.

Los dieciocho primeros años de su sacerdocio hubo de emplearlos, por obediencia, en la formación de los religiosos jóvenes, de los que era director espiritual y profesor, lo que hizo con gran competencia, dedicación y fruto. En 1902 fue elegido provincial de su Orden en Venecia, y como tal hubo de tratar con el futuro San Pío X que le hizo diferentes encargos ministeriales para su diócesis.

Llegado Pío X a la sede papal, eligió personalmente al provincial capuchino para la diócesis de Treviso, y lo hizo consagrar obispo en Roma por manos del cardenal secretario de Estado, monseñor Rafael Merry del Val. Tomó posesión de la diócesis el 6 de agosto de 1904 y se dedicó enseguida a la visita pastoral, que le llevó cinco años y le permitió conocer muy bien las necesidades pastorales de su comunidad. Al cabo de la visita convocó un sínodo diocesano, queriendo que todas las orientaciones papales se incorporaran a la vida de la diócesis.

Reformó el seminario diocesano en su plan de estudios y su formación espiritual. Promovió los ejercicios espirituales y la formación permanente de los sacerdotes. Al estallar la primera guerra mundial, su diócesis padeció mucho por estar en la línea del frente y sufrir bombardeos destructores. Más de cincuenta parroquias sufrieron sus efectos. El obispo permaneció en su puesto e instó a los sacerdotes a que hicieran lo mismo. Impulsó la asistencia a los soldados, los enfermos y los pobres.

En los duros años que siguieron a la guerra, comenzó una segunda visita a la diócesis y no cesó de predicar la paz y la jus-

ticia. En 1926 comenzó la tercera visita pastoral, y recibió por entonces el encargo papal de visitador apostólico de las diócesis de Padua y Údine para tratar de llevar a ellas la paz y la concordia. Llegada la época fascista hubo de padecer mucho, y se mostró fuerte y firme, sin ceder a halagos ni amenazas. Eran evidentes a todos sus insignes virtudes, su espíritu genuinamente franciscano, su voluntad de servicio, su austeridad de vida y su inmensa caridad con todos. Empezó a perder sus facultades mentales y lo soportó con gran paciencia. Murió el 26 de junio de 1936. Fue beatificado el 20 de octubre de 2002.

27 de junio

A) MARTIROLOGIO

1. San Cirilo († 444), obispo de Alejandría y doctor de la Iglesia **.
2. En Cartago, Santa Gudenas († 203), mártir.
3. En Córdoba, San Zoilo († 303), mártir *.
4. En Constantinopla, San Sansón († 560), presbítero *.
5. En Castro Chinon (Galia Turonense), San Juan († s. VI), presbítero *.
6. En Milán (Lombardía), San Arialdo († 1066), diácono y mártir *.
7. En Nam-Dinh (Tonkín), Santo Tomás Toan († 1840), catequista y mártir *.
8. En Friburgo (Suiza), Beata Margarita Bays († 1879), virgen **.
9. En Moulins (Francia), Beata Luisa Teresa Montaignac de Chauvance († 1885), virgen, fundadora de la Pía Unión de Oblatas del Sagrado Corazón de Jesús **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN CIRILO DE ALEJANDRÍA

Obispo y doctor de la Iglesia († 444)

San Cirilo Alejandrino es uno de los Santos Padres más celebrados de la Iglesia oriental antigua.

Fue, durante treinta y dos años, patriarca de Alejandría, ciudad en que confluían la ciencia del paganismo, del judaísmo y

del cristianismo. Ciudad puesta al frente de todo el Egipto en lo político y en lo eclesiástico. Su actividad literaria coincide con el siglo de oro de la literatura patrística.

En la historia eclesiástica su nombre va vinculado al Concilio de Éfeso, tercero ecuménico, y en la defensa de la fe brilla como lumbrera rutilante en la magna controversia nestoriana. Su doctrina cristológica y las estrechas relaciones eclesiásticas que le unieron con la cátedra romana le hicieron acreedor de la simpatía y veneración de la Iglesia universal.

Nació San Cirilo, según parece, en la misma ciudad de Alejandría. Era sobrino del prepotente patriarca Teófilo, que rigió los destinos de aquella iglesia madre entre los años 385-412 y se hizo famoso por su enconada lucha con San Juan Crisóstomo, patriarca de Constantinopla.

De posición social acomodada y cristiana, recibiría esmerada educación según las tradiciones más puras de la antiquísima iglesia alejandrina y frecuentaría, en su juventud, las aulas de la escuela que fundara San Panteno e ilustraron Clemente, Orígenes, Dídimo el Ciego y el gran Atanasio.

Los escritos transmitidos y su actividad pastoral nos obligan a imaginarlo dedicado de lleno a su formación sacerdotal y preparación intelectual en los últimos años del glorioso siglo IV, cuando las sedes eclesiásticas principales ostentaban figuras luminosas en ciencia y santidad, como San Ambrosio de Milán, San Dámaso en Roma, San Cirilo de Jerusalén, San Gregorio de Nisa y San Juan Crisóstomo en Constantinopla.

Las bibliotecas de la ciudad del Nilo le ofrecerían tesoros manuscritos abundantes de las Sagradas Escrituras. La difícil convivencia de judíos, paganos y cristianos le estimularía a la futura defensa del pueblo cristiano contra los enemigos exteriores. La herencia antiarriana de San Atanasio se le metería en la médula de su formación dogmática y le pondría en guardia ante las innovaciones dogmáticas. Y, sobre todo, la influyente proximidad de su tío, el patriarca Teófilo, se dejaría sentir en su formación clerical, y el mismo gobierno de la gran metrópoli le iría capacitando para las futuras tareas de régimen eclesiástico, al tiempo que le daban oportunidad para aprender a evitar los defectos que registraba la actuación de Teófilo y que estarían completamente ausentes del gobierno de San Cirilo.

El año 412 ocupaba la cátedra alejandrina como patriarca y cabeza de todas las iglesias del Egipto romano.

Desde aquella fecha tres etapas distintas definen su inmensa actividad patriarcal: desde el año 412 al 428, de tareas inmediatas en la sede propia; desde 428 al 431, ocupado intensamente en la lucha contra Nestorio, y desde 431 al 444, dedicado a defender y consolidar la paz eclesiástica en el Oriente cristiano.

Apenas había tomado Cirilo las riendas del gobierno, cuando tuvo que actuar contra los novacianos y los judíos, por las grandes molestias que inferían a los cristianos. Los primeros se vieron obligados a dejar sus iglesias, y los segundos, tuvieron que salir de la ciudad mientras sus sinagogas eran convertidas en templos cristianos. Tales triunfos los obtenía el patriarca a pesar de la reluctancia y oposición de Orestes, gobernador civil de todo el Egipto.

El año 417 la paz entre Alejandría y Constantinopla, rota por la contienda de Teófilo contra San Juan Crisóstomo, estaba totalmente restablecida: el patriarca constantinopolitano figuraba ya en los dípticos alejandrinos.

Un año después el papa Zósimo le comunicaba, por carta particular, la condenación romana del pelagianismo.

Y cada año, por deber pastoral y siguiendo la usanza antigua de su iglesia, dirigía Cirilo su homilía pascual a todos los obispos sufragáneos y a todos sus diocesanos. Veintinueve homilías son las que se nos han conservado, correspondientes a los años 414-442. En ellas el pastor del Egipto anunciaba el ayuno cuaresmal, fijaba la fecha de la pascua y exponía con profundidad la grandeza de la condición humana, la necesidad de austeridad y mortificación para obtener la victoria evangélica, acompañando reprensiones oportunas y exhortaciones de aliento.

La vida, pues, de Cirilo, aunque cargada de múltiples tareas cotidianas, aún no se había desbordado en aras del interés general de la Iglesia universal. En Alejandría se vivía en paz. Los sacerdotes pastoreaban espiritualmente la grey bajo las orientaciones y ejemplo de su jerarca. La comunidad florecía en virtudes. Los obispos egipcios seguían las directrices de la metrópoli. Y los monjes del desierto gozaban de quietud solitaria y espiritual, sembrados acá y allá de las riberas del gran río.

Cirilo, eso sí, vivía intercomunicado con el exterior. De Roma, de Antioquía y de Constantinopla recibía, casi a diario, noticias de actualidad eclesiástica. Y estaba, sobre todo, en guardia ante los derroteros dogmáticos que podría tomar lo que llamaba «el dualismo antioqueno», que comprometía la unidad del Dios-hombre.

El año 428 llegaron de Constantinopla noticias alarmantes. Sus fieles representantes en la ciudad del Bósforo le anunciaron que Nestorio, patriarca de la capital del Imperio oriental, había escrito y hablado públicamente contra la unidad del Verbo encarnado y contra la maternidad divina de María. Inmediatamente Cirilo, en la homilía pascual del 429, declaraba la doctrina ortodoxa comprometida indicando el error y callando el hereje:

> «No un hombre corriente —decía— es el engendrado por María; sino el mismo Hijo de Dios hecho carne, y por ello María es de verdad madre del Señor y madre de Dios».

El error seguía extendiéndose. Los escritos y doctrinas de Nestorio estaban penetrando en la república monacal de su patriarcado. Informado Cirilo por los mismos solitarios de la perturbación espiritual que iba naciendo entre los monjes, se propuso, con diligencia y profundidad, atajar los perniciosos efectos de tal propaganda. Escribió, con esta ocasión, una carta dogmática a los monjes probando por la Sagrada Escritura y la tradición que a María le pertenece con todo derecho el título de *Theotokos* o Madre de Dios. Dos ejemplares envió a Constantinopla, aún sin declarar al autor de la doctrina.

Ofendido Nestorio en su soberbia y no queriendo retractar, Cirilo no dudó en dirigirse personalmente a él, diciéndole:

> «Los fieles y obispo de Roma, Celestino, se hallan muy escandalizados. Conceded, os ruego, a María el título de Theotokos. No es doctrina nueva la que os pido profesar; es la creencia de todos los Padres ortodoxos».

Nestorio respondió con calumnias. Y Cirilo contrapuso una segunda carta con la exposición detallada del dogma cristológico. Fue inútil. Nestorio abundó en insultos y siguió contumaz.

Entonces el celo apostólico y la caridad del patriarca alejandrino encontraron otro camino: el de los intermediarios. Escri-

bió varias cartas: al obispo centenario Acacio de Berea, para que utilizara su venerabilidad ante Nestorio; al emperador Teodosio II, para prevenirle de las sutilezas dogmáticas de su patriarca, a las princesas Arcadia y Marina, y a las mismas emperatrices Pulqueria y Eudoxia, con la misma finalidad.

De Roma, a donde había escrito Nestorio, el papa Celestino pedía información a Cirilo, a quien tenía por celoso e instruido.

Éste no quería desorbitar los acontecimientos. Pretendía curar el mal reducido a sus orígenes. Pero, convencido de la imposibilidad, no regateó información: en la primavera del 430 salió su diácono Posidonio para Roma equipado con una relación-informe de todo lo sucedido, con un conmonitorio-resumen de los principales puntos nestorianos, con los escritos de Cirilo dirigidos a los monjes, a Nestorio, a la casa imperial y, parece, con los Cinco libros contra Nestorio.

La respuesta de Roma no podía esperarse más favorable. Un sínodo romano declaraba heterodoxas las doctrinas nestorianas y, por voluntad expresa del Pontífice, Cirilo quedaba comisionado para notificar a Nestorio la decisión, conminándole la excomunión si en el término de diez días no retractaba sus errores.

Pero Cirilo quería rematar el golpe. Con la luz de Roma delante, reunió a sus obispos, redactó una carta sinodal y formuló los doce anatematismos clásicos, que debería suscribir Nestorio para quedar plenamente purgado de sus errores.

Y ahora saltó un acontecimiento inesperado. El emperador convocaba concilio general para junio del año 431 en la ciudad de Éfeso. ¿Qué haría Cirilo? ¿Sería cuestión de revisar las decisiones romanas y alejandrinas? Consultado el papa Celestino, se puso en camino para Éfeso.

Allí tuvo que echar mano de toda su prepotencia dogmática, eclesiástica y diplomática. Sin el auxilio poderoso de los legados romanos, que no habían llegado a Éfeso, y con la ausencia intencionada de los obispos antioquenos, que, reprobando la doctrina nestoriana, no querían condenar personalmente a Nestorio, Cirilo obtuvo la condenación de la herejía y del heresiarca, aunque a costa de tres meses de arresto imperial y la enemistad con el patriarcado de Antioquía. Desde entonces la Iglesia uni-

versal reconoció en Cirilo Alejandrino al artífice del tercer concilio ecuménico.

En lo que le resta de vida, desde 431 a 444, una preocupación de paz eclesiástica dominará toda su actividad. Paz con el patriarcado de Constantinopla, paz interior de su iglesia, paz con los orientales de Antioquía y paz, nunca interrumpida, con la cátedra de Pedro.

Apenas volvió a su sede, el año 431, envía «letras de comunión» al nuevo patriarca de Constantinopla, Máximo, sucesor de Nestorio.

A los antioquenos, que le pedían abandonara sus anatematismos, les dio una gran lección de humildad y celo auténtico, contestándoles:

> «Estoy pronto a perdonar las injurias de Éfeso, a rechazar de corazón el arrianismo y apolinarismo, a reconocer el símbolo de Nicea [...]; pero no puedo sacrificar los anatematismos, porque sería sacrificar la fe, condenar el concilio de Éfeso y justificar a Nestorio».

En cambio, el año 433, cuando Alejandría y Antioquía firmaron el «Símbolo de unión», Cirilo tuvo prisa por escribir su epístola *Laetentur Coeli* y anunciar gozoso la paz al papa Sixto III, a Máximo de Constantinopla y a otros obispos significados.

Entre sus mismos súbditos tuvo que sufrir a algunos extremistas que tenían por claudicación la unión verificada y trajeron dolor a su corazón de pastor bueno. Ante ellos se esforzó continuamente por justificar la paz y la ortodoxia del «Símbolo de unión».

Finalmente, pidiendo sus fervientes seguidores que condenara públicamente, como había hecho con Nestorio, a Diodoro de Tarso y Teodoro de Mopsuestia, respondió que no debía «condenar a los obispos que habían muerto en comunión con la santa Iglesia».

Pasó Cirilo a mejor vida el año 444 y la Iglesia universal le veneró y venera como el santo de la maternidad divina de María.

JOSÉ SÁNCHEZ VAQUERO

Bibliografía

EBERLE, A., *Die Mariologie des heiligen Cyrillus von Alexandrien* (Friburgo 1921).
HEBENSPERGER, J. N., *Die Denkwelt des Hl. Cyrill von Alexandrien eine Analyse ihres philosophischen Ertrags* (Augsburgo 1927).
MAHÉ, J., «Cyrille d'Alexandrie», en A. VACANT - E. MANGENOT - E. AMANN, *et al.* (dirs.), *Dictionnaire de théologie catholique.* III/2: *Constantinople-Czepanski* (París 1908) 2476-2527.
Obras: PG 68-77; *Sancti Cyrilli Alexandrini opera omnia.* Ed. crítica por P. E. Pusey, 7 vols. (Oxford 1868-1877).
Obras de patrología como: B. ALTANER, *Patrología* (Madrid ^{5}1962); O. BARDENHEWER, *Patrologie,* 3 vols. (Roma 1908); L. DUCHESNE, *Histoire ancienne de l'Église,* III (París ^{5}1929).
REHRMANN, A., *Die Christologie des hl. Cyrillus von Alexandrien systematisch dargestellt* (Hildesheim 1902).
TILLEMONT, L. S. DE, *Mémoires pour servir à l'histoire ecclésiastique des six premiers siècles...,* XIV (Venecia) 267s.

BEATA MARGARITA BAYS
Virgen († 1879)

Margarita Bays fue una piadosa y apostólica campesina, seglar, costurera, catequista, modelo de vida cristiana sencilla y entregada al trabajo y a la parroquia. Se tomó en serio su carisma de bautizada y se dedicó a hacer obras buenas en la Iglesia. Ellas fueron el camino de su admirable santidad y el motivo de que la Iglesia reconociera su elevado valor testimonial.

Miembro de la Tercera Orden Seglar de San Francisco, realizó un apostolado admirable en quienes acudían a escuchar sus consejos. Modelo de vida espiritual y de oración, recibió de Dios signos misteriosos de la pasión de Cristo, que la fueron haciendo cada vez más influyente en medio de las gentes que venían a solicitar sus consejos, sus plegarias y sus ayudas morales y espirituales. En su sencillez estuvo su fortaleza.

Había nacido en La Pierraz, parroquia de Siviriez (Friburgo, en Suiza), localidad de Chavannes-les-Forts, el 8 de septiembre de 1815. Sus padres, Pierre-Antoine y Marie-Joséphine Morel, eran agricultores modestos y excelentes cristianos. Ella fue la segunda hija del matrimonio, que fue bendecido por Dios con tres niños y tres niñas.

Asistió a la escuela local durante corto tiempo, entre dos y tres años. Su cultura quedó en la sencillez de las niñas de su en-

torno, que pronto habían de dedicarse a las tareas del hogar y a la práctica de sus sencillas devociones de humildes aldeanas. Desde su más tierna juventud manifestó un raro don de oración, que la impulsaba a pasar horas enteras ante el sagrario y, sobre todo, a mantener largas sesiones de contemplación en su mismo hogar familiar. La agradaban las peregrinaciones a lugares de piedad, que eran frecuentes en su entorno parroquial Por eso siempre se la veía en ellos devota y recogida.

A los 15 años sus padres la orientaron a aprender el oficio de modista o costurera, para preparar su situación en la vida, ya que sus propiedades no llegaban para todos los hijos. Fue el oficio que ejerció a domicilio y en las familias vecinas, el cual le reportaba algunos dones o salarios de los que había de vivir modesta y humildemente Pasó su vida entera en la familia, dedicada a las tareas domésticas y esa profesión de costurera, que la permitía hablar de Dios a las gentes que reclamaban sus servicios o que acudían a su hogar con algunos encargos. En su entorno siempre había una atmósfera de buen humor y de paz, incluso cuando se casó su hermano mayor y tuvo que soportar la hostilidad de su cuñada, que la reñía sin cesar por el tiempo que pasaba en oración.

Desde muy joven recibió como don del Espíritu Santo un intenso amor a la oración contemplativa. De muy pequeña, dejaba a menudo los juegos infantiles y los amigos para retirarse a un rincón de la casa para orar. Cuando creció, su vida espiritual se hizo más intensa, pero también se incrementó su dedicación a los compromisos apostólicos en la parroquia, donde encontró su santificación. Y fue en ella donde, por designios misteriosos de Dios, comenzó a ser regalada con determinadas gracias y dones místicos para ella inexplicables, pero que recibía con humildad y exponía a su director, el párroco del lugar.

En 1860 fue aceptada para formar parte de la Tercera Orden de San Francisco. Mantuvo estrechas relaciones con una abadía local, llamada «De la hija de Dios», en la que una de sus dirigidas o muchachas educadas a su lado había entrado como religiosa. Pero no consta que ella se sintiera «tentada» a pedir la admisión, aunque la espiritualidad franciscana constituía el eje de su vida interior.

En la parroquia fue modelo de laica comprometida. Disponible para todo, lo mismo servía a los enfermos que reclamaban ayuda que enseñaba el catecismo a los niños, tarea en la que se sentía muy entusiasmada por sus grandes deseos de hablar de Dios y de inculcar la piedad y las virtudes a los demás. Los sacerdotes del templo sabían que podían en cualquier momento solicitar su ayuda, que se adelantaba a tener el altar siempre limpio y bello y que, si ella estaba cerca, todo se conservaba en orden y diligentemente preparado para los actos de culto.

A los niños de sus catequesis les llama «los predilectos de Dios». Les enseñaba el catecismo de acuerdo con su edad. Cuando crecían, les trazaba planes de vida cristiana. En las dificultades y tentaciones se adelantaba con una intuición misteriosa para señalarles los mejores caminos. El ascendiente que ejercía ante sus pequeños o en sus jóvenes tenía algo de excepcional. El manantial de su influencia estaba en su reputación de mujer santa. Todos sospechaban que era Dios quien la inspiraba soluciones a todos los problemas en sus largas horas de conversación celestial.

Su atención prioritaria estaba en la preparación de los sacramentos, sobre todo el de la primera comunión de los jovencitos, cuando la hora de la iniciación eucarística llegaba. Y también se sentía muy preparada para preparar al matrimonio a las muchachas de la parroquia que se acercaban a tan festivo y espiritual acontecimiento. Los pobres y los enfermos hallaban en ella una amiga fiel, llena de bondad y siempre dispuesta a la compañía y a la ayuda durante el día y durante la noche.

Tenía 35 años cuando le sobrevino un cáncer en el intestino, que los médicos no lograron detener. Margarita pidió a la Virgen que le cambiase estos dolores por otros que le permitieran participar más directamente en la pasión de Cristo. El 8 de diciembre de 1854, en el momento en que el papa Pío IX proclamaba en Roma el dogma de la Inmaculada Concepción, sintió que el cáncer se curaba milagrosamente, atribuyendo tal don a la Inmaculada Concepción. Sin embargo, había pedido a Dios poder seguir con su apostolado en la parroquia.

Al mismo tiempo, cinco llagas aparecieron en su cuerpo, en el costado, en las dos manos y en los dos pies. Sin ninguna ex-

plicación para estos fenómenos, los aceptó con humildad. Al mismo tiempo, fue consciente de que su oración se hacía más pura y que con mayor frecuencia caía en éxtasis divinos que escapaban del todo a su voluntad. Aquellos éxtasis se hacían más intensos los viernes, mientras revivía en el espíritu y en el cuerpo los sufrimientos de Jesús, desde Getsemaní hasta el Calvario. Ocultó aquello en cuanto pudo a los ojos de los curiosos. Pero, a petición del párroco que la dirigía espiritualmente, el médico local procedió a aplicarla determinados remedios para que las llagas se curaran, sin poder conseguirlo en ningún momento.

En 1873 trabajó con afán en el Apostolado de la buena prensa. Se debió a las prohibiciones procedentes del gobierno que procedían de la gran campaña del ministro Bismarck contra la Iglesia católica y que se conoció como la del *Kulturkampf*. Los sacerdotes de la parroquia, sobre todo el canónigo José Schorderet, dirigente del clero de Friburgo, trabajaron activamente en la promoción de la prensa católica para enfrentarse con los movimientos de los librepensadores y contrarrestar la persecución ideológica que reflejaba el movimiento germano. Ella se empeñó en la difusión de publicaciones católicas que salieran al paso de las calumnias de las autoridades alemanas. Se dedicó a la extensión de las publicaciones preparadas, aunque estuviera en peligro de contravenir las leyes impías y adversas a los sentimientos cristianos del pueblo y corriera el riesgo de ser denunciada ante la policía.

Su insistente inquietud apostólica se resumía en una de sus frecuentes preguntas: «¿Qué podemos hacer para que todos amen más al Señor?». En los últimos años de su vida el dolor de sus misteriosas llagas, o estigmas, se hizo más intenso, pero lo soportó sin un lamento, abandonándose totalmente a la voluntad del Señor.

Murió, según su deseo, el viernes de la fiesta del Sagrado Corazón, 27 de junio de 1879, a las tres de la tarde. Sus últimas palabras fueron una jaculatoria al Corazón divino que la había comunicado su amor y había sido el centro de su vida durante los 64 años de su existencia terrena. Su sepulcro quedó instalado en la iglesia de Siviriez. Y su misma casa familiar se transfor-

mó en un santuario visitado por los peregrinos que acudían a La Pierraz, para solicitar su intercesión.

Todos sus conocidos quedaron persuadidos de que una santa había pasado por su lado. Fue un sentimiento que perduró durante años e incluso ha llegado hasta nuestros días. Todos entendieron que su espiritualidad había sido una respuesta sencilla y eficaz a las dificultades del momento. Sus devotos quisieron iniciar su proceso de beatificación y se pensó en recoger recuerdos y testimonios sobre la originalidad de su vida y la realidad de sus virtudes, para que un día sirvieran a este objetivo. Con todo, no todos estuvieron de acuerdo; y determinadas desconfianzas de las autoridades religiosas frenaron durante medio siglo su proceso. Sin embargo, la voz del pueblo pudo más que las razones de las autoridades. El 30 de junio de 1927 se inició oficialmente el proceso canónico. Se aceleró en 1953 y el decreto de la heroicidad de sus virtudes fue publicado en Roma en 1940.

Su sepulcro, que nunca careció de flores y de personas piadosas que allí rezaban, vio cómo las visitas se hicieron frecuentes de cristianos sencillos de Suiza, de Francia, de Italia y de Alemania. Las peregrinaciones no cesaban a la parroquia en Siviriez y a su casa de Pierraz. Un escritor se preguntaba en una revista:

> «¿Quiénes son esas gentes que acuden con tanta fe al sepulcro de una pobre campesina?».

Y Jean-Paul Conus, presidente de la Fundación Margarita Bays, se lo explicaba así:

> «Son las gentes buenas que acuden en busca de ayudas para su fe, esa fe que no dan los sabios del mundo y que se halla en el testimonio de una hija humilde del pueblo, la cual señala el camino del Evangelio y de la confianza en Dios. Por eso van allí y piden la curación de un hijo enfermo, la solución de un problema grave, el consuelo en una angustia».

Fue beatificada por Juan Pablo II el 29 de octubre de 1995 con otras dos heroicas mujeres: María Teresa Scherer y María Bernarda Bütler. Ese día el Papa decía de ella:

> «Fue una mujer muy sencilla, con una vida común, en la que cada uno de nosotros puede verse reflejado. No realizó cosas ex-

traordinarias, y, sin embargo, su existencia fue una larga marcha silenciosa por el camino de la santidad. En la Eucaristía, cumbre de su jornada, Cristo era su alimento y su fuerza. A través de la meditación de los misterios del Salvador, en particular del misterio de la pasión, llegó a la unión transformadora con Dios. Algunos de sus contemporáneos consideraban que sus largos momentos de oración eran tiempo perdido. Pero, cuanto más intensa era su oración, tanto más se acercaba a Dios y más se consagraba al servicio de sus hermanos Porque sólo el que ora conoce verdaderamente a Dios y, escuchando el corazón de Dios, también está cercano al corazón del mundo. Descubrimos así el puesto tan importante que ocupa la oración en la vida seglar».

PEDRO CHICO GONZALEZ, FSC

Bibliografía

JUAN PABLO II, «[Homiliae] in Vaticana basilica habita, ob decretos beatis Mariae Theresiae Scherer, Mariae Bernardae Butler, Margaritae Bays, Sanctorum caelitum honores [Die 29 octobris 1995]» *AAS* 88 (1996) 633-638, 692-694.

LOUP, R., *Marguerite Bays* (Friburgo 1980)

CONUS, H , *Positio super virtutibus* (Roma 1986)

BEATA LUISA TERESA MONTAIGNAC DE CHAUVANCE

Virgen y fundadora († 1885)

Estalló a la vida en un escenario de moda.

De moda por obra y gracia de la novedad turística, de la insistente presencia británica. Una presencia joven, nacida en los albores del siglo XIX y pionera en la estima de la franja litoral de Normandía, en la margen acuática continental —los isleños, temporalmente desplazados, contagiarían a los franceses la afición a la playa; el entusiasmo por las caricias de las juguetonas olas y las zambullidas marítimas—. Era un despertado y creciente interés nacional.

De moda también el escenario gracias a la influyente atracción artística, paralela a la estival riada humana. Coincidentes en Deauville, en Honfleur y en Trouville, preferentemente, los pinceles de afamados paisajistas galos, británicos, norteamericanos y holandeses. Maestros de la elegancia coloreando telas en perfecta armonía, olas mansas o enfurecidas, impresionantes

acantilados, arenales, auroras, ocasos, gaviotas, navíos... Todos —particularmente, en representación indígena, Boudin, Courbet y Monet— firmantes de admirables y admiradas marinas que popularizaron y han inmortalizado la húmeda y verde geografía norteña gala; histórica, famosa por sus catedrales, castillos y abadías; abierta al mar. Turistas y obras pictóricas, pues, centrando atención y curiosidad.

Aún más. En acertada correspondencia, el favor del tren. Estirado el ferrocarril hacia el litoral atlántico; inicialmente de París a Rouen. En 1843. Veinte años más tarde llegaría hasta Deauville...

De moda, en definitiva, a partir del primer cuarto del siglo decimonono, las playas, las estaciones balnearias, los centros de recreo normandos...

En escena la protagonista: Luisa Teresa de Montaignac de Chauvance.

Venida al mundo en El Havre, muy avanzada la primavera —concretamente, el día 14 de mayo— de 1820.

En la conocida ciudad portuaria, donde el Atlántico engulle las aguas fluviales del Sena, nace, se desarrolla y mama la profunda religiosidad familiar, compartida por una auténtica bendición de frutos matrimoniales. En definitiva, creciendo en el amor a Dios y a los hombres. Así hasta los diez años.

En 1830 viene la separación hogareña; todo, porque una tía madrina, caritativamente interesada en aligerar las responsabilidades y las multiplicadas preocupaciones paternas, se lleva a la niña a París. Carga así con su cuidado y su educación, sin escatimar dedicación, entusiasmo ni medios. Quiere una formación sólida para ella —humana y espiritualmente—, nada de simple barniz.

Una formación que tendrá molde jesuítico, ofrecido por el conocido monasterio parisino de la congregación de Nuestra Señora, que fue pionero en la celebración popular del «mes de junio». Centro de irradiación de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús que se le pegaría a la muchacha, viviéndola hasta el enamoramiento.

Una dedicación fuera de lo común, una entrega apasionada, formalizada en fecha 8 de septiembre de 1843, cuando contaba

con veintitrés años. Precisamente cuando son más comunes otros enamoramientos.

Amar, amar, amar...

Luisa Teresa aspiraba a más. Insatisfecha con la aportación personal, pretendía y perseguía que otros también la acompañaran en la correspondencia generosa.

Hiriente en su alma el lamento divino a Santa Margarita María de Alacoque:

> «He aquí el corazón que tanto ha amado a los hombres y que no recibe de ellos más que olvido y menosprecio...».

Veinteañera y apóstol. Apóstol, moldeada y fortalecida con el paladeo constante de la Palabra de Dios, particularmente a través del Evangelio y de los salmos. Y con la frecuencia sacramental eucarística. Confesaría: «Desde mi primera comunión he permanecido siempre bajo la acción divina».

Admirablemente fiel...

Juan Pablo II en la homilía de la misa de beatificación, el 4 de noviembre de 1990, destacaría:

> «Hija de la Iglesia y mujer en la Iglesia, quiso "servir al Señor, servir a la Iglesia, lo que es lo mismo" [...] en estrecha comunión con su obispo, los sacerdotes de su parroquia y los fieles laicos».

En extremo servicial. Generosamente...

En 1848 abandona París y fija su residencia en Montluçon, a orillas del Chier, en el corazón de Francia. París es París y el Borbonesado es el Borbonesado, dos realidades muy distintas: la metropolitana y la rural.

Comprensiblemente, sorprende tanto a Luisa Teresa y le lastima el alma la miseria de las iglesias que va conociendo. Torres parroquiales aldeanas que invitan a los campesinos a las celebraciones festivas y a las devociones y les alertan ante el inminente riesgo de granizos y rayos.

Le duelen las construcciones visiblemente descuidadas, clamando reparación; los campanarios poco menos que desmoronándose, los tejados permitiendo filtraciones lluviosas, las bóvedas húmedas y despintadas, múltiples carencias interiores. Empresa ardua enfrentarse al problema. Pero ella tiene agallas y no le teme a la aventura.

En marcha la decisión. Con el consiguiente sumado entusiasmo de un puñado de valientes que la acompañan, asociados para atender a la conservación y el mantenimiento de los edificios de culto rurales. Pero la hiere, también, la soledad de los sagrarios aún más, muchísimo más, que el desmoronamiento de los muros y la pobreza de los edificios. Por eso, al compás de la atención material a los templos, gasta energías y tiempo impulsando el espíritu reparador al que ha consagrado toda su vida.

Promueve así el Apostolado de la oración, y la devoción mariana, y... En definitiva, se mete de lleno, con entusiasmo, en la propagación de la religiosidad popular, de una piedad sin complicaciones, al alcance de la gente sencilla. En el estímulo del espíritu cristiano parroquial...

De Montluçon «salta» ochenta kilómetros y se domicilia en Moulins, también en la geografía del Borbonesado. Moulins, con bellos monumentos, en la época romana fue *Boia Gergovia,* en la Edad Media *Molinae* y en el siglo XV residencia de los Borbón y capital del ducado.

Moulins conocerá, además de la devoción sagradocorazonista de Luisa Teresa, las nuevas inquietudes apostólicas de la normanda con educación parisina, centradas ahora en la atención a la infancia necesitada, para la que, en 1850, con la protección de mons. Dreux-Brézé, logra un orfanato. Por supuesto, también se muestra solícita con los desheredados, con los que poco o nada tienen.

Y en Moulins madurará, estructurará y tornará realidad un empeño y una iniciativa engendrada por su tía madrina, fallecida prematuramente. Era la «Obra de la Adoración», asociación de mujeres cristianas reparadoras que nació en 1854.

Designios divinos. Sorprendentemente, casi a renglón seguido, en el mismo año, la debilidad de la carne hizo aparición en la joven naturaleza femenina que había engendrado la nueva institución. Es la purificación...

Enferma ella, pero sin rendirse al dolor y a las consecuentes privaciones y carencias. Lejos de hundirse moralmente, aún más estimulada. Apóstol desde la cama, donde la enfermedad la ha amarrado; en comunicación epistolar constante propagando su ideal; despertando, estimulando, mimando, orientando vocacio-

nes seguidoras. En Francia y más allá, hasta la estructuración de la Pía Unión de las Oblatas del Sagrado Corazón.

Inmovilizada. Pero con las riendas de la fundación en la mano, como quieren sus hijas espirituales.

Apostolado parroquial completo: propagandista de las devociones al Sagrado Corazón de Jesús, a la Virgen María; amor a la oración, espíritu reparador; caritativa con los templos necesitados y con los pobres. Y enamorada del sacerdocio.

Amor desbordado merecedor de referencia en la mentada homilía pontificia:

> «Al final del reciente Sínodo de los obispos, consagrado al importante tema de la formación de los sacerdotes, conviene evocar, en la circunstancia solemne de este día, la solicitud que tuvo Luisa Teresa por contribuir a la expansión de las vocaciones sacerdotales. Para responder a las necesidades de la Iglesia de entonces trató de formar jóvenes abiertos a la llamada de Dios y les dio una instrucción sólida para ayudarles a responderle»

La Iglesia lo ha respaldado canónicamente con el reconocimiento de la heroicidad cristiana de Luisa Teresa Montaignac Chauvance, beatificada en fecha 4 de noviembre de 1990.

JACINTO PERAIRE FERRER

Bibliografía

Art. en *Bibliotheca sanctorum* IX. *Masabaki Ozanam* (Roma 1967).
L'Osservatore Romano (2 y 9-11-1990).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN ZOILO DE CÓRDOBA
Mártir († 303)

La nueva redacción del *Martirologio romano* ha optado por omitir que Zoilo tuviera compañeros en su martirio, bien que el anterior *Martirologio* le asignara diecinueve. Este número variaba en otros martirologios y es completamente ignorado en otros. El criterio más seguro es que Zoilo fuera mártir en solitario.

Por el poeta Prudencio consta que ya entonces era venerado como mártir de Córdoba, y figura, igualmente, el 27 de junio en

el *Martirologio jeronimiano.* En el epítome del Cerratense consta la antigua tradición relativa a él: era de familia acomodada y educado desde niño en la religión cristiana. Era joven cuando fue denunciado como cristiano y llevado ante el presidente, el cual, no pudiendo convencerle de que renegara de Cristo, lo condenó a la pena capital. La liturgia mozárabe se hace eco de la edad juvenil del santo llamándole *puer,* adolescente. Se dice de él que, enterrado en un cementerio pagano, se perdió la noticia de sus restos hasta que su paradero le fue revelado al obispo Agapio que procedió a su solemne traslación. Usuardo, en su *Martirologio,* refiere la invención de las reliquias por revelación al obispo Agapio. El calendario de Racemundo, año 961, señala que el 4 de noviembre es la traslación de las reliquias de San Zoilo desde el sepulcro en Cris hasta la iglesia de los Tiracios. En el siglo XI el cuerpo de San Zoilo fue trasladado al monasterio benedictino de Carrión de los Condes (Palencia), donde recibió culto hasta la «desamortización». Fue luego este monasterio casa jesuita y luego pasó al clero diocesano.

SAN SANSÓN EL HOSPITALARIO

Presbítero († 560)

La vida de este santo discurrió primero en Roma y luego en Constantinopla. Nació hacia el año 490 en Roma, en una familia acomodada de sangre imperial, y allí estudió medicina. Mientras vivieron sus padres, vivió con ellos y ejerció su carrera de médico, pero a favor de los pobres, hacia quienes tenía los mejores sentimientos de caridad. Muertos sus padres, decidió vender todos sus bienes y dárselos a los pobres para hacerse él mismo pobre por Cristo y dio la libertad a todos los esclavos de su casa.

Entonces marchó a Constantinopla, donde decidió acoger a los enfermos y pobres en su propia casa convirtiéndola en hospital y asilo, casa que se dice que salvó milagrosamente de un incendio sucedido cuando la sedición de Nika el año 532. Acreditado por sus virtudes, le propuso el patriarca Menas que se ordenara sacerdote, lo que aceptó Sansón, y de manos del obispo recibió el orden de presbítero, continuando con sus obras de

caridad y misericordia. Enfermo el emperador Justiniano I de mucha gravedad, llamó a Sansón para que lo tratara y el humilde sacerdote consiguió la curación del augusto enfermo. Justiniano, agradecido, amplió magníficamente la casa de misericordia de Sansón. En ella y atendiendo a pobres y enfermos perseveró el santo sacerdote el resto de su vida hasta su muerte en 560. La Iglesia oriental lo veneró enseguida como santo y Baronio introdujo su nombre en el *Martirologio romano,* que en la nueva edición lo conserva. Estamos ante el caso de un sacerdote diocesano, pues Sansón nunca fue monje. Algunos han discutido que Sansón viviera en el siglo VI, pareciéndoles que su muerte fue anterior al año 500, negando por tanto la relación de Sansón con Justiniano I y con Menas, pero de todos modos hay acuerdo en que fue el fundador del hospital o xenodoco de Constantinopla y que su vida estuvo dedicada a los pobres y enfermos.

SAN JUAN DE CASTRO CHINON

Ermitaño (s. VI)

Juan era bretón y fue a establecerse como ermitaño a Chinon, entre Tours y Saumur. Aquí adquirió fama de santo y también de sabio, acudiendo muchas personas a dirigirse espiritualmente con él y consultarle sus asuntos.

Una de estas personas que acudieron a él fue Santa Radegunda, la esposa del rey Clotario I, que había huido de su esposo a causa de su conducta brutal y asesina, temiendo que dirigiera contra ella su violencia. Llegado el mensajero de la reina, Juan pasó la noche en oración y a la mañana siguiente le contestó que dijera a la reina que no usaría el rey de violencia contra ella. En efecto, Radegunda, consagrada diaconisa por San Medardo, pudo fundar el Monasterio de la Santa Cruz en Poitiers y vivir allí en paz muchos años.

Juan vivió muchos años santamente en su retiro, dando alto ejemplo de espiritualidad y sirviendo con sus consejos a la comunidad cristiana. Habla de él San Gregorio de Tours.

SAN ARIALDO
Diácono y mártir († 1066)

Arialdo nace en Cucciago, Como, poco después del año 1000 en una familia hidalga, y es destinado por sus padres a la carrera eclesiástica. Es seguro que hizo estudios superiores, pero no se sabe dónde, y que en el curso de ellos se adscribió al movimiento de reforma radical que culminaría con Gregorio VII y que por ello se le ha llamado gregoriano.

Era ya una persona adulta, de no menos de cuarenta años, cuando el arzobispo de Milán, Guido de Velate († 1071), lo ordenó diácono y le encargó de su capilla, al tiempo que lo nombraba profesor de la escuela catedralicia de Santa María para jóvenes aspirantes a la vida clerical. En la iglesia de Milán se había convertido en costumbre generalizada la praxis de ordenar a hombres casados y se defendía esta práctica como legítima costumbre del clero ambrosiano. Obviamente chocaba con el movimiento de reforma al que pertenecía Arialdo y que quería a todo trance imponer el celibato clerical, llamando concubinato al matrimonio de los ordenados. Arialdo no tuvo empacho alguno en predicar abierta y ardorosamente contra esta praxis y clamar por su abolición inmediata. El éxito de su predicación fue muy escaso.

Tuvo entonces lugar la fundación de la Pataria, con la intervención de Anselmo de Baggio, más tarde papa Alejandro II, del propio Arialdo, de Erlembaldo y Landulfo Cotta y de otros ciudadanos que, mezclando religión con política, querían imponer, por un lado, la reforma y, por otro, oponerse al Imperio y al feudalismo. Cuando, consagrado ya Anselmo obispo de Luca, quiso la Pataria imponer a los clérigos el juramento de la continencia perfecta, los obispos de la provincia lombarda excomulgaron a Arialdo y a Landulfo, los cuales recurrieron a Roma, que los absolvió y se logró que el arzobispo Guido se comprometiera a promover la reforma en Milán. Arialdo, mientras tanto, había fundado una comunidad de canónigos regulares en la que se había integrado y que le sirvió de fondo religioso a su actuación.

Elegido papa Anselmo el 1 de octubre de 1061, la Pataria se sintió sumamente alentada y enfervorizada, y la situación de

malestar y enfrentamientos en Milán creció constantemente, hasta que el día de Pentecostés de 1066, rebelado el arzobispo contra la excomunión papal, hubo Arialdo de dejar Milán y ponerse en camino hacia Roma. Pero en el viaje es hecho prisionero y conducido al castillo de Angera y de ahí llevado a uno de los islotes del Lago Mayor, donde fue asesinado el 27 de junio de dicho año 1066. Sus partidarios enseguida le dieron culto como a mártir. El culto inmemorial fue confirmado por San Pío X el 13 de julio de 1904.

SANTO TOMÁS TOAN
Mártir († 1840)

Éste es un santo vietnamita, natural de Can Phan, donde nace hacia 1768. Prestaba servicios en el distrito misional de Trung-Linh como catequista y como procurador, y era fervoroso miembro de la Orden Tercera de Santo Domingo.

Fue denunciado como cristiano por un médico y arrestado el 16 de diciembre de 1839 y llevado a la cárcel de Nam-Dinh. No compareció a juicio inmediatamente, pero fue repetidamente torturado para recabar su apostasía. Se mantuvo firme y confesó la fe. Comparece por fin ante el gobernador en abril de 1840 y, al no lograrse su apostasía, es encerrado en una celda estrechísima junto con dos renegados. Éstos se dedicaron a procurar que también Tomás renegase, debiendo oír de ambos sujetos continuas obscenidades y blasfemias y soportar de ellos un continuo trato humillante. Le hacían ver, además, que la salvación de los dos apóstatas dependía de su propia apostasía. Debilitado y hundido moralmente, dijo que obedecería al gobernador. Entonces lo sacaron de la celda inmunda en que estaba y lo llevaron a otra, donde encontró preso al religioso Santo Domingo Tranh y recuperó el valor. Se arrepintió de su debilidad, se confesó con el sacerdote y cuando fue llevado al gobernador se negó a pisar la cruz y volvió a confesar la fe. Nuevamente torturado, las torturas fueron en vano. Llevado a la cárcel y abandonado en ella, murió de miseria, sed y hambre el 27 de junio de 1840. Fue canonizado el 19 de junio de 1988.

28 de junio

A) MARTIROLOGIO

1. La memoria de San Ireneo († 202), obispo de Lyón y mártir **.
2. En Alejandría de Egipto, los santos mártires Plutarco, Sereno, Heráclides, catecúmeno, Herón, neófito, otro Sereno, Heraides, catecúmena, Potamiena y Marcela, su madre († 202), discípulos de Orígenes.
3. En Roma, el papa San Pablo I († 767) **.
4. En Córdoba, San Argimiro († 856), monje y mártir *.
5. En Hasungen (Westfalia), San Heimerado († 1019), presbítero y ermitaño *.
6. En Londres (Inglaterra), San Juan Southworth († 1654), presbítero y mártir **.
7. En Lóvere (Italia), Santa Vicenta Gerosa († 1847), virgen, fundadora de las Hermanas de la Caridad junto con Santa Bartolomea Capitanio (cuya memoria se celebra el 26 de julio) **.
8. En Wang-La-Kia (China), santas Lucía Wang Cheng, María Fan Kun, María Qi Yu y María Zheng Xu († 1900), vírgenes y mártires *.
9. En Jieshuiwang (China), Santa María Du Zhaozhi († 1900), mártir *.
10. En Drohobych (Ucrania), beatos Severiano Baranyk y Joaquín Senkivskyj († 1941), presbíteros, de la Orden de San Josafat, mártires *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN IRENEO DE LYÓN

Obispo y mártir († 202)

Nos conserva recuerdos de su infancia el mismo San Ireneo en una carta suya escrita hacia el año 190 a un compañero de su niñez, Florino. Es un bello relato, lleno de vida y verdad. El antiguo condiscípulo se había afiliado a una secta gnóstica y el santo trata de atraerle al buen camino.

> «No te enseñaron estas doctrinas, oh Florino, los ancianos que nos precedieron, los que habían sido discípulos de los apóstoles. Te recuerdo, siendo yo niño, en el Asia inferior, junto a Policarpo. Brillabas tú entonces en la corte imperial y querías también hacerte querer de Policarpo. Recuerdo las cosas de entonces mejor que las recientes, tal vez porque lo que aprendimos de niños parece que va acompañándonos y afianzándose en nosotros según pasan los años. Podría señalar el sitio en que se sentaba Policarpo para ense-

ñar, detallar sus entradas y salidas, su modo de vida, los rasgos de su fisonomía y las palabras que dirigía a las muchedumbres Podría reproducir lo que nos contaba de su trato con Juan y los demas que vieron al Señor, y como repetía sus mismas palabras, lo que del Señor les había oído, de sus milagros, de sus palabras, como lo habían visto y oído, ellos que vieron al Verbo de vida Todo esto lo repetía Policarpo, y siempre sus palabras estaban de acuerdo con las Escrituras Yo oía esto con toda el alma y no lo anotaba por escrito porque me quedaba grabado en el corazón y lo voy pensando y repensando, por la gracia de Dios, cada día»

«En la presencia del Señor podría yo ahora asegurar que aquel bienaventurado anciano, si oyera lo que tu enseñas, exclamaría, tapandose los oídos "¡Señor! ¡A que tiempos me has dejado llegar! ¡Que tenga que sufrir esto!" Y seguramente huiría del lugar donde, de pie o sentado, oyese tales palabras»

Con estas suyas Ireneo nos confía lo más hondo de su intimidad. Ha recibido la enseñanza, y se ha familiarizado con la presencia de Cristo junto a quien lo recibió de los que con él convivieron; él es plenamente de Cristo; no puede sufrir que Cristo sea deformado por vanas especulaciones. Las palabras de Jesús, sus acciones salvadoras, sus milagros, tal como las recibió, en toda su autenticidad, son desde su niñez alimento de su espíritu, por la gracia de Dios las va repitiendo cada día; es desde niño cristiano de constante oración. Seguramente por ello son sus escritos tan densos, sus palabras tan llenas de significado

Poco más tarde, cuando Ireneo podía contar unos quince años, hacia el 155, hubo de grabarse en él otro recuerdo, no menos vivo y fecundo. La Iglesia vivía incesantemente amenazada; las leyes persecutorias se mantenían en vigor, aunque hubiera algún periodo de calma, aun los edictos de Adriano y Antonino Pío reprobando los procesos en los que las turbas acusaban tumultuariamente a los cristianos, y que a veces se alegan como mitigaciones de los primitivos edictos, no siempre tenían cabal cumplimiento. Ciertamente, no se observaron en el caso de San Policarpo.

Los gentiles y judíos de Esmirna, no contentos con el suplicio de once cristianos que se les ofreció en el circo, reclaman al anciano obispo. Éste confiesa valerosamente a Cristo y es condenado a la hoguera, para la que buscan diligentemente leña las turbas. Se presiente la presencia emocionada de cristianos entre los espectadores del suplicio, ellos están a punto para pedir in-

mediatamente los sagrados despojos, y conservan los detalles del martirio, la serena dignidad del santo anciano, la postrera oración de perdón, paz y entrega. Entre estos cristianos no había de faltar el adolescente que seguía embebecido por las enseñanzas del santo obispo.

Durante veinte largos años se nos hace muy borrosa la figura de Ireneo, aunque por sus escritos podemos colegir con gran seguridad una prolongada estancia en Roma. Su peregrinar de Esmirna a Lyón le fue confirmando en la fidelidad con que se conservaba la tradición apostólica en las Iglesias que recorría; pero hubo también de apreciar el pulular oscuro de jefecillos de sectas diversas, hinchados de vanidad. Volvemos a encontrarle en Lyón en 177 al lado de un grupo excepcional de mártires. Son cerca de cincuenta y los preside el anciano obispo Potino, también oriundo de Asia Menor y discípulo de San Policarpo. Desde la cárcel escriben una carta preciosa dirigida a las Iglesias de Roma, Asia y Frigia; el documento es de lo más hermoso que conservamos de los tiempos martiriales; ellos ven la muerte con sencillez, sin jactancia, como lo que corresponde a cristianos que lo son de veras; en espera del suplicio se preocupan de la perturbación que causa en la Iglesia universal la falsa profecía de Montano, y quieren prevenir. Ireneo trabajaba hacía tiempo al lado de su anciano compatriota el obispo Potino, que le había ordenado presbítero de la iglesia de Lyón. No había sido capturado y lo aprovechan los mártires para que lleve su carta a Roma. En ella le dedican un cumplido elogio.

Mientras su legación en Roma, muere Potino, acabado de sufrimientos en la cárcel; los otros cincuenta van sucumbiendo a diversos suplicios.

Al regresar de Roma recae en él el peso de restaurar la iglesia lionense. Contaría Ireneo, al ser promovido al episcopado, unos cuarenta años.

La labor que se le encomendaba era muy dura. Eran los albores de aquella cristiandad, y el martirio de aquellos cincuenta cristianos tenía que dejar sus filas notablemente menguadas; pero el martirio, lejos de dificultar la propagación de la fe, resultó su mejor ayuda; la sangre de los mártires fue siempre semilla de cristianos. San Ireneo vio crecer su grey de manera maravi-

llosa. Aunque no conocemos bien la organización de la Iglesia en las Galias en esta segunda mitad del siglo II, parece seguro que no había por entonces en aquellos contornos más sede episcopal que la de Lyón; pronto comprobamos la existencia de otras cristiandades; Lyón se había convertido en un pujante centro de irradiación en un área bastante extensa. San Ireneo gobernaba estas nacientes comunidades, ya que el nacimiento de nuevas sedes episcopales en esta parte de las Galias parece bastante más tardío; desde luego, posterior al martirio de San Ireneo. Podemos, pues, dar por seguro que su vida se empleó en frecuentes viajes de misión y organización. Cada una de estas nuevas comunidades cristianas va rindiendo su tributo de martirio; San Alejandro, San Epipodio, San Marcelo, San Valentín y San Sinforiano serían, seguramente, discípulos de San Ireneo en Chalons, Tournus y Autun. La inscripción sepulcral de Pectorio en Autun, hermosa profesión de fe eucarística, puede considerarse como un eco de la predicación de Ireneo.

Los viajes apostólicos del santo hubieron de llegar hasta el *límes* o confín del Imperio, pues él mismo nos da noticia por primera vez de que la predicación cristiana ha llegado más allá de las fronteras y de que empiezan a entrar en la Iglesia gentes de estirpe germánica: los *bárbaros.*

Toda esta actividad se desarrolla sin que remita nunca la persecución, en pobreza y peligro; tiene que ser obra casi personal del obispo, pues aún los presbíteros no han empezado a hacerse cargo de comunidades aisladas; es el obispo el único que celebra la sagrada liturgia, admite al bautismo y prepara para el mismo durante el catecumenado, y es también el que recibe a los pecadores a penitencia y reconciliación.

No poseemos grandes detalles acerca de esta actividad, que, no obstante, podemos apreciar en su impresionante conjunto. Conocemos, en cambio, su labor como maestro, y ello nos revela otro aspecto de máximo interés.

A todas las dificultades que hubo de vencer se sumó para él la más dura y dolorosa, pues la causaban las defecciones de los mismos cristianos. Aun en el seno de las cristiandades heroicas de los años de las persecuciones no faltó a la Iglesia el desgarramiento interno de la herejía. Ésta se presentaba bajo una forma

cuya sugestión no comprendemos hoy bien, pero cuyo peligro efectivo fue considerabilísimo. La Iglesia venció el peligro gracias a su inquebrantable adhesión a la enseñanza recibida, conservada con inalterable firmeza por los obispos. El cristianismo, sin este esfuerzo y fidelidad, se hubiera transformado en un pobre sistema no muy lejano de las sectas oscuras de inspiración maniquea que más o menos ha sobrevivido. Claro que esto no podía ocurrir, y el Señor preparó los remedios por caminos, por cierto, bien distintos a los que a cualquiera se le hubieran ocurrido. El vario complejo de desviaciones con que se enfrentó San Ireneo se denomina gnosticismo. La gnosis pretende ser un conocimiento más razonable de la religión, patrimonio de un grupo selecto de iniciados. Ya antes de Cristo la gnosis había tratado de encontrar un substrato racional a los cultos paganos. Se trató de emplear el mismo procedimiento con la enseñanza cristiana. Los intentos son varios e inconexos, denominados por sus iniciadores: Basílides, Marcos Valentín, Marción. Tema común a todos suele ser el del origen del mal, que se atribuye a un principio poco menos que divino. Este principio para algunos es el Yahvé del Antiguo Testamento, distinto del Dios de Jesús.

San Ireneo había conocido algunos de estos sistemas en vida de San Policarpo; desde entonces no ceja en desenmascararlos y hacer ver que nada tienen que ver con la enseñanza cristiana, aunque lo afecten.

Conservamos una obra de San Ireneo que recoge su actividad como maestro; su título es *Manifestación y refutación de la falsa gnosis,* aunque se la conoce más corrientemente con el de *Adversus haereses.*

Frente a la varia y confusa proliferación de especulaciones, Ireneo mantiene la integridad de la enseñanza de Jesús, tal como la han conservado las Iglesias, por una tradición no interrumpida y de acuerdo con las Santas Escrituras. Entre las diversas Iglesias hay una a la que se acude siempre con seguridad, la de Roma, «la más grande, la más antigua, por todos conocida, fundada por los gloriosos apóstoles Pedro y Pablo». «Con esta Iglesia, a causa de su superior preeminencia, es preciso que concuerden todas las demás que existen en el mundo, ya que los

cristianos de los diversos países han recibido de ella la tradición apostólica».

La argumentación de Ireneo y su práctica eran los buenos frente a la gnosis; una discusión en el mismo terreno de sus corifeos habría sido inútil. La verdadera enseñanza es la del que el Padre envió y Él confió a su Iglesia.

En esta obra de San Ireneo, y en otra de propósitos en gran parte catequéticos, *Demostración de la verdad apostólica,* se pueden espigar tesoros de enseñanza y piedad. Se considera a Ireneo como el primer teólogo de la Iglesia: lo que más sugestiona en sus escritos es su fuerza de testimonio de la continuidad de la doctrina de la Iglesia; no sólo hacia el pasado, sino principalmente hacia el porvenir, hacia nosotros. Leyendo sus escritos encontramos nuestra fe de hoy, en los términos que hoy empleamos: la seguridad de que son los mismos que aquel muchacho escuchaba de los labios de Policarpo en los recuerdos directos de los que vieron y oyeron al Señor.

Es Ireneo el primero que da a la Virgen Santísima el título de *causa salutis:* causa de nuestra salvación; lo bebió en buena fuente.

Aún nos ha conservado Eusebio de Cesarea, con un hermoso fragmento de otra carta de Ireneo, un rasgo más de su carácter, que relaciona con su nombre, de resonancias pacificadoras. El papa Víctor, un tanto impacientado por no lograr el acuerdo de las iglesias de Oriente sobre la fecha de la celebración de la Pascua, llegó a pensar en excluirlas de su comunión. Ireneo escribe entonces al Papa, en nombre de los fieles a quienes gobernaba en las Galias. Afirma, desde luego, que debía guardarse la costumbre romana y celebrarse en domingo el misterio de la Resurrección del Señor; pero exhorta respetuosamente al Papa a no excomulgar iglesias enteras por su fidelidad a una vieja tradición. «Si hay diferencias en la observancia del ayuno, la fe, con todo, es la misma». Es honra también del papa Víctor haber escuchado la advertencia del obispo de Lyón.

La vida laboriosa y santa de San Ireneo termina con el martirio. No sabemos cómo ni cuándo; sin duda en tiempos de Septimio Severo, muy a principios del siglo III. Verosímilmente se encuadran los días del santo entre los años 140 y 202.

Figura muy familiar a teólogos e historiadores, era poco conocida del pueblo fiel fuera de Francia. El papa Benedicto XV hizo una obra de justicia al extender su fiesta a la Iglesia universal. Las lecciones del oficio que adoptó el *Breviario romano* son un ejemplo de concisa y piadosa exactitud.

JOSÉ LÓPEZ ORTIZ, OSA

Bibliografía

DUFOURCQ, A., *Saint Irénee* (París 1905).
FREPPEL, C.-E., *Saint Irénée et l'éloquence chrétienne dans la Gaule pendant les deux premiers siècles* (París 1861).
HARWEY, W. W., *Sancti Irenaei episcopi lugdunensis libri quinque,* 2 vols. (Cambridge 1949).
LEBRETON, J., SI, *Histoire du dogme de la Trinite.* II: *De Saint Clément à Saint Irenée* (París ^{2}1928).
LECLERCQ, H., Art. en F. CABROL - H. LECLERCQ (dirs.), *Dictionnaire d'archeologie chrétienne et de liturgie.* VII/2: *Iona-Jubilus* (París).
Obras: PG 7 (Ed. de R. MASSUET, París 1710; Venecia 1734).
RUIZ BUENO, D., *Actas de los mártires* (Madrid ^{5}2003) 317s.
— *Padres apostólicos* (Madrid 1950) 672s, nueva ed.: *Padres apostólicos y apologistas griegos (s. II)* (Madrid 2002) 507s.
«San Ireneo», en A. FLICHE - V. MARTIN (dirs.), *Historia de la Iglesia.* II: *La Iglesia en la penumbra* (Valencia 1976) 73-93
VERNET, F., Art. en A. VACANT - E. MANGENOT - E. AMANN, *et al.* (dirs.), *Dictionnaire de théologie catholique.* VII/2: *Impanation-Irvingiens* (París 1927) 2394-2533.
• Actualización:
GRASSI, A , *Vita di S. Ireneo di Lione* (Siena 1993).

SAN PABLO I
Papa († 767)

Nació en Roma. Su padre se llamaba Constancio. Desde su juventud estuvo al servicio de la sede apostólica. Siendo ya diácono, el papa Esteban II, su hermano, le envió como legado a tratar diversos asuntos con Desiderio, el nuevo rey de los longobardos.

El 29 de mayo de 757 moría el papa Esteban II. Pablo estuvo junto a él en el Laterano, atendiéndole en su enfermedad. «Al volver de la ceremonia fúnebre, celebrada en San Pedro, la facción que le apoyaba le aclamó como sucesor de Esteban». Ha llegado hasta nosotros una carta de Pablo, anunciando a

Pipino, rey de los francos, la muerte de su hermano Esteban y la elección a sucederle que había recaído sobre él. Se llamará Pablo I. Fue consagrado el 29 de mayo, al mes y dos días de la muerte de su antecesor y hermano, Esteban II. Su pontificado (757-767) estuvo surcado por grandes dificultades de tipo político temporal y religioso. Los historiadores de la Iglesia puntualizan:

> «El joven Estado pontificio era excesivamente débil para poder defenderse de dos poderosos enemigos, que, a pesar de sus antiguos antagonismos, no dudaban en unirse contra el recién llegado».

Tuvo que habérselas con el emperador de Bizancio, Constantino V, que por resentimiento contra Roma llegó, incluso, a formar alianza con sus antiguos enemigos, los lombardos, y a plantear otras cuestiones enojosas. Pablo I recurre a la corte de los francos para que le ayuden a «consolidar el pequeño estado pontificio», rectificando sus fronteras, y es en una carta «del senado y del pueblo romano» donde se formula esta petición «al gran vencedor Pipino, rey de los francos y patricio de romanos».

Las amenazas e intrigas de Desiderio, rey de los lombardos, eran constantes. En un momento dado se acercó a Roma para negociar, pero no se logró nada positivo en cuanto a modificaciones fronterizas, como exigía el Papa. Más adelante, Pablo I, ayudado por Pipino, logró algunas promesas de rectificación en las fronteras por parte de Desiderio. Quedaba claro en todas estas tractativas que el Papa «no renunciaba al sueño de realizar un gran Estado italiano que abarcase toda la parte central de la península, del que él era soberano». Las promesas de Desiderio no sólo no se cumplían sino que llegó a enviar «sus tropas para depredar en territorio pontificio». Requerido a cambiar de actitud, había respondido con una carta insolente y llena de amenazas, que el papa consideró un deber transmitir a Pipino. Pablo imploró de rodillas la protección del monarca. Al fin, el papa hubo de «renunciar provisionalmente a las grandiosas esperanzas que, tanto él como su hermano, habían llegado a concebir». Y en un tira y afloja se fue llegando a lo que se ha llamado un *modus vivendi* y un cierto entendimiento con el reino lombardo.

Dejando a un lado este aspecto político en el que Pablo I tuvo que moverse, lo que más interesa es su actividad religiosa.

La lucha iconoclasta acapara su atención y le preocupa seriamente. En el sínodo constantinopolitano de 754 se habían pronunciado los asistentes claramente contra el culto a las imágenes. A este sínodo no habían asistido ni patriarcas ni legados pontificios del papa Esteban II. La persecución iconoclasta no se calmaba sino que más bien se había reactivado. Testigos y víctimas de ella eran muchos monjes ortodoxos. Expulsados de Oriente llegaron a Italia buscando refugio y amparo. Pablo I los recibió en Roma con toda solicitud y les asignó un monasterio que él mismo mandó construir en su casa paterna en honor de San Esteban I, papa y mártir, y de San Silvestre. Allí se acomodaron estos monjes griegos, entregándose a la vida contemplativa y a las celebraciones litúrgicas en su propia lengua. La llegada de estos refugiados era muy fuerte y el papa envió sus legados a Constantinopla, pidiendo que cesara la persecución. Legados pontificios ante los emperadores Constantino V y León IV, trataron de que se restablecieran «a su antiguo estado de veneración las muy santas imágenes de Nuestro Señor, de su santa Madre y de los santos». Parece que el emperador, para hacer más complicadas las negociaciones, amenaza con suscitar temas más difíciles de tipo dogmático-trinitario. El papa en todo este tiempo mantiene gran correspondencia con Pipino, a quien tiene lo más informado que puede y le previene contra las maquinaciones de los griegos y de sus embajadas en Francia.

En la Pascua de 767 se celebra un sínodo en Gentilly. En documentos del tiempo se dice «un sínodo grande entre romanos y griegos acerca de la Santísima Trinidad y de las imágenes de los santos». El tema debatido acerca del misterio de la Santísima Trinidad se puede conjeturar que versaría sobre la fórmula del Credo, sobre el *filioque.*

Fue Pipino quien reunió el sínodo en Gentilly; por este motivo y por otras de sus actuaciones se ha dicho que la concordia entre Pablo I y Pipino se reveló beneficiosa también para las cuestiones religiosas.

Pablo I enfermó en junio de 767. Había ido huyendo de los grandes calores del centro de la urbe y se había hospedado en el

monasterio cercano a la basílica de San Pablo Extramuros. En los días de su enfermedad se estaba urdiendo ya una auténtica conspiración. Los ánimos de muchos estaban enfurecidos contra el papa por su mano dura en el gobierno «y no se hablaba de otra cosa que no fuera cómo ayudar a éste a morir lo más pronto posible». Y allí, en el monasterio al que se había retirado, entregó su alma a Dios el 28 de junio del mencionado año de 767. Había ocupado la sede de San Pedro durante diez años.

En el llamado *Liber pontificalis* se le encomia por sus virtudes, por su caridad para con los pobres y desvalidos, por la amistad y palabras y gestos de consuelo con que trataba a los encarcelados.

También habla el mismo *Liber pontificalis* de los traslados solemnísimos que hizo de cuerpos de mártires y santos desde las catacumbas y cementerios de los alrededores de Roma a las iglesias de la ciudad. Hizo también obras en la basílica Vaticana con la capilla de Santa Petronila, etc.

No oculta el *Liber pontificalis* las vejaciones ejercidas por los «inicuos satélites» del papa, que él mismo trataba de atenuar. En un juicio de valor dado por un historiador moderno se reconoce que Pablo I «continuó con perseverancia y tenacidad la obra comenzada por su hermano Esteban II. El joven Estado pontificio parecía estar haciéndose consistente. El papado, al final del reinado, desembarazado de sus más graves preocupaciones temporales, volvió a interesarse de nuevo en los grandes asuntos religiosos». La realidad es que las ocupaciones y preocupaciones de orden temporal mediatizaban la entrega más plena a lo espiritual. Pablo I hubo de santificarse atendiendo a las cuestiones que se presentaban en ambos campos. ¡Cosas de los tiempos; y no hay que sacarlas de su contexto histórico!

La conspiración o complot del duque Toto que se andaba urdiendo ya durante la enfermedad del papa siguió adelante y, estando todavía Pablo I de cuerpo presente, se llegó a la usurpación del trono pontificio por Constantino, simple laico, y hermano de Toto. Las terribles represalias que se siguieron hablan claro de la ambición de Toto y de los suyos y de la falta de moderación de los contrarios. Un verdadero desastre hasta que se pudo llegar a la elección legítima del sucesor de Pablo I en la persona de Esteban III.

Los restos mortales de Pablo I fueron depositados primero en la basílica de San Pablo y tres años después trasladados a la basílica Vaticana.

JOSÉ VICENTE RODRÍGUEZ, OCD

Bibliografía

BAUMONT, M., «Le pontificat de Paul 1er»: *Mélanges d'Archéologie et d'Histoire* 47 (1930) 7-24.

DUCHESNE, L. (ed.), *Liber pontificalis,* I (París 1886) 463-467.

FLICHE, A. - MARTIN, V. (dirs.), *Historia de la Iglesia.* VI: *Los carolingios* (Valencia 1975) 14-29.

RABIKAUSKAS, P., «Paolo I, papa», en *Bibliotheca sanctorum.* X: *Pabai-Rafols* (Roma 1968) cols.283-285.

SAN JUAN SOUTHWORTH

Presbítero y mártir († 1654)

El 28 de junio de 1654, bajo el régimen de Oliver Cromwell, era martirizado en el cadalso de Tyburn, a las afueras de Londres, el sacerdote secular Juan Southworth, nacido en 1592 en Samlesbury, en la región de Lancashire. Es uno de los cuarenta mártires de Inglaterra y Gales, canonizados por Pablo VI el 25 de octubre de 1970, que aceptaron su muerte —como glosa la homilía de santificación— «con un gozo espiritual y una caridad admirable y radiante». Todos, incluido San Juan Southworth, quisieron ser y fueron leales a su patria, reconocieron el poder real en lo tocante al orden civil y político, pero el verdadero drama —según apunta el papa Montini— se desencadenó cuando su lealtad a la autoridad civil entró en conflicto con su fidelidad a Dios y a su conciencia:

> «situados ante la alternativa de permanecer firmes en su fe y, en consecuencia, morir por ella, o bien, salvar la vida renegando de la primera, con una fuerza verdaderamente sobrenatural optaron por Dios y afrontaron gozosamente el martirio».

Aunque el arzobispo de Canterbury, Dr. Ramsey, había manifestado que esta canonización no favorecía la amistad ecuménica, se disiparon al fin las dudas y decidió enviar un represen-

tante suyo a la ceremonia de la basílica de San Pedro. El Papa no quiso obviar el problema y tras afirmar que los mártires «han contribuido a la conservación de la fe católica» en Gran Bretaña, deseó que su sangre fuera «capaz de curar la gran herida infligida a la Iglesia de Dios a causa de la separación de la Iglesia anglicana de la Iglesia católica».

La biografía de San Juan Southworth es la historia de una inquebrantable fidelidad y de una reiterada persecución; por lo que está llena de entrega pastoral y de reclusiones, de ejercicio caritativo y de exilios, de una aceptación de la cruz con todas las consecuencias. El propio mártir, el día de su muerte, predicó al pie del patíbulo su mejor sermón contando el pormenor de su conciencia, las altas y profundas razones y convicciones que habían movido el compromiso cristiano de su vida.

Nacido en el seno de una familia católica y económicamente rica, que vio mermada su fortuna por las frecuentes multas que tuvo que afrontar por su fidelidad al catolicismo, se vio obligado a salir de las fronteras de la isla para emprender sus estudios eclesiásticos. Había cumplido ya 21 años cuando ingresó el 14 de julio de 1613 en el Colegio Inglés de Douai, ciudad francesa bastante próxima al Canal de la Mancha. Allí recibiría la ordenación sacerdotal el sábado de gloria de 1618 y cantaría su primera misa al día siguiente, 15 de abril, en la capilla del colegio. Después de unas primeras correrías apostólicas por Inglaterra, comenzó a pensar que tal vez estaba llamado a la vida monástica, de tal manera que decidió ingresar en una comunidad benedictina francesa a poco de celebrar el primer aniversario de su ordenación, el 28 de abril de 1619. Que no le gustó la vida conventual o no le probó la experiencia parece evidente, pues antes de que terminase el año ya había abandonado la orden y, una vez reanudada su vida como sacerdote diocesano, lo tenemos cruzando el Canal, de regreso a Inglaterra, el 13 de diciembre de 1619.

Durante tres años y medio vive y trabaja apostólicamente en la isla, pero vuelve de nuevo al continente en 1624 y permanece en Bruselas como capellán de un convento de benedictinas inglesas. Al amparo de una más favorable situación política, se marcha a Inglaterra durante el reinado de Carlos I y desarrolla

su ministerio pastoral en su comarca natal de Lancashire, donde lo detienen, procesan y sentencian a muerte en 1627, aunque la circunstancia de estar casado el rey con una princesa católica le salvó a él y a otros de la ejecución. No se libró, sin embargo, del rigor de la prisión en el castillo de Lancaster, donde convivió con otro de los cuarenta mártires canonizados con él, el jesuita Edmundo Arrowsmith, de cuya muerte, el 28 de agosto de 1628, fue testigo desde la ventana de su celda, y a quien le dio la absolución.

San Juan Southworth permaneció recluido, entre el castillo de Lancaster y la Torre de Londres, hasta que en la primavera de 1630, mediante los buenos oficios del embajador francés Chateauneuf, se le conmutó la pena de muerte —a él y a otros compañeros sacerdotes— por el exilio. Evidentemente la gestión del diplomático resolvía que el lugar de destierro fuera en territorio de Francia. Y allí se fue, mas no por demasiado tiempo, ya que unos meses después, sin temor alguno a ser encarcelado, regresa a Inglaterra dispuesto a ejercer una labor sacerdotal eminentemente samaritana, al lado de numerosas familias católicas afectadas por la peste, acompañando y socorriendo, ofreciendo un apoyo material y espiritual lleno de riesgos. En este tajo caritativo se encontró en 1636 con otro de sus compañeros mártires de canonización, el jesuita Enrique Morse.

Esta labor caritativa del santo afianzaba la fe católica de numerosas familias y también suscitaba la admiración y el acercamiento de algunos anglicanos. Cundió este comportamiento, y no faltaron las denuncias de proselitismo por parte de ciertos pastores. Se elevaron quejas al Gobierno, porque —decían— con la disculpa de la ayuda material a los necesitados, los sacerdotes trataban de ganárselos para el catolicismo. La denuncia tuvo su efecto, Juan Southworth fue detenido y recluido en la cárcel de Gatehouse, pero logró enviar a la reina Enriqueta María un *memorial* explicando que «había visitado a algunos enfermos de peste, tal y como diariamente hacía desde el principio de la epidemia, socorriéndolos, así como a otros que ya estaban a punto de morir de hambre, con limosnas concedidas por Vuestra Majestad y por otras personas caritativas». Contaba cómo un teniente de cura de Westminster lo vio salir de una

casa contaminada, lo denunció y por orden de Sir Dudley Carlton, del Consejo privado de Su Majestad, fue encarcelado.

> «Sírvase —le dice el suplicante a la reina— manifestar a Su Majestad que, al haber actuado con el único fin de salvar a los pobres de la muerte, lo que estimó es que no constituiría perjuicio alguno ni para Su Majestad ni para el Estado, y rogar a Su Majestad tenga a bien permitir que vuelva entre sus amigos con el fin de no perecer él mismo en la cárcel, por lo que el suplicante se considerara obligado, como de hecho ya se obliga, a orar siempre por ambas Majestades»

El resultado de la súplica fue la excarcelación inmediata.

No pararon aquí las persecuciones, incluso fue víctima de un aprovechado que abrió por su cuenta una cárcel e hizo redadas de sacerdotes católicos que recluía en sus mazmorras particulares y entregaba al Gobierno a cambio de apetecibles recompensas. Eso fue lo que hizo Francis Newton —así se llamaba— con Southworth. Lo detuvo y entregó al Gobierno el 28 de noviembre de 1637, que lo encerró en Gatehouse, pero pagando una fianza quedó en libertad y reanudó con renovado celo sus tareas pastorales. Todavía en dos ocasiones más se vio entre las rejas de la cárcel, en agosto y en diciembre de 1640, aunque por intervención del Secretario de Estado del Rey Carlos I, Francis Windebank, que no ocultaba sus simpatías por el catolicismo y acabó abrazando la fe de Roma, fue puesto en libertad y ya durante un largo tiempo de 14 años ejerció su cura de almas sin grandes sobresaltos.

Fue, sin embargo, en la primavera de 1654, bajo el poder de Oliver Cromwell, cuando le detuvieron de manera definitiva. Le juzgó en Old Bailey un tribunal presidido por un sargento. No tenían pruebas irrefutables de que Juan Southworth fuera sacerdote, pero cuando se lo preguntaron directamente a él, no hizo sino reconocerlo. Tras esta confesión lo condenaron a muerte por traidor y sacerdote; y pese a que los embajadores de España y Portugal intercedieron ante el Lord Protector solicitando la conmutación de su pena, el Consejo se opuso rotundamente

Espero con serenidad el día de la ejecución, que tuvo lugar en el árbol de Tyburn, víspera de la fiesta de San Pedro de 1654.

Llovía con fuerza en aquellos momentos, mas no faltaron testigos del martirio, unos por curiosidad morbosa y algunos otros para acompañarle en aquel trance. Cuando estaba al pie del cadalso pidió, y se le permitió, pronunciar unas palabras dirigidas a todos los presentes. Fue un largo parlamento cuyo texto fue contado por uno de los testigos en una carta enviada al obispo Challoner, quien posteriormente lo difundió.

Tras referirse a la «buena gente» que escuchaba y presentarse como nacido en Lancashire, hizo la siguiente confesión:

> «Es la tercera vez que me arrestan, y ahora, a punto de morir, quisiera testimoniar y profesar abiertamente esa fe por la que padezco. Y aunque poco es el tiempo que me queda, espero suplir la insuficiencia de mis palabras con mi sangre, que deseo con toda mi voluntad derramar hasta la última gota por mi fe. Jamás fue mi intención, ni al venir a Inglaterra ni al ejercer en ella, atentar contra el gobierno temporal. Mis legítimos superiores me enviaron a enseñar la fe de Cristo, no a mezclarme en asuntos temporales [...] Procuré tan sólo cumplir con mi obligación y desempeñar mi deber salvando mi alma y las almas de otros. Esto, y sólo esto, es lo que procuré realizar con mis escasas facultades. Me había encargado hacerlo aquel a quien nuestro Salvador, en la persona de su antecesor San Pedro, otorgó el poder de enviar a otros a difundir su fe. Por esta santa causa, por ella muero, y no por traición alguna a las leyes. Mi fe y la obediencia a mis superiores constituyen toda la traición que se me imputa; mejor dicho, muero por la ley de Cristo, que ninguna ley humana, cualquiera que sea su autor, puede contrariar o contradecir. La ley de Cristo me ordenó obedecer a esos superiores y a esa Iglesia diciéndome que quien los escucha lo escucha a él. A esa Iglesia y a sus superiores he obedecido, y por obedecerles muero. Ésta es la lección que siempre he deseado aprender: la misma que ahora vengo a poner en práctica muriendo y que me enseñó nuestro bendito Salvador con su doctrina y con su ejemplo a un tiempo [...] Para seguir su santa doctrina e imitar su santa muerte, gustoso padezco yo ahora, y considero este patíbulo como su misma cruz, que abrazo jubiloso para seguir a mi amado Salvador. Mi fe es mi crimen; el cumplimiento de mi deber el motivo de mi condena [...] Antaño se pretendió que la libertad de conciencia no constituyera motivo de enfrentamiento, por lo que razonablemente se propuso que todos los naturales que se comportaran como súbditos obedientes y leales debían disfrutar de ella. Así las cosas, ¿por qué si se conducen y rigen según conciencia con arreglo a la fe recibida de sus antepasados habrían de verse implicados más que los demás en una culpa general, cuando precisamente su propia rectitud constituye la auténtica razón que absuelve a los demás y los hace inocentes?».

Al parecer, los oficiales que le habían permitido hablar le apremiaban a que acabase Entonces, Juan Southworth pidió a todos los católicos que asistían al suplicio que rezaran por él y con él.

> «Con las manos elevadas al cielo y los ojos dulcemente cerrados —escribió el testigo— espero el momento de su ejecución, que en seguida llegó, y afrontó la muerte con tranquilidad imposible, entregando santamente su alma a ese Dios que tanto lo amaba, que por el murió y por el que murió»

Una vez ahorcado y posteriormente descuartizado, el embajador español Fliento de Cárdenas se hizo con el cuerpo pagando 40 chelines al verdugo, lo envió al Colegio Inglés de Douai en Francia y al mismo tiempo puso en conocimiento del papa Alejandro VII el martirio. Fue tan edificante la muerte que uno de los asistentes, William Carles, quiso tomar el relevo del mártir, se hizo jesuita y se ocupó de la cura de almas en Inglaterra hasta su muerte.

Los restos del mártir enviados por el embajador español a Douai fueron enterrados en el colegio inglés donde había cursado sus estudios eclesiásticos, en la capilla en que había celebrado su primera misa. Cuando llegaron los tiempos de la Revolución Francesa y por cautela se cerró el colegio, se ocultaron los despojos de tal modo que se les perdió la pista. Sólo en 1927, dos años antes de que fuera beatificado por Pío XI, al derribar el viejo edificio que había sido vendido, se encontró una caja que contenía restos humanos y, examinados, coincidían con los de un varón martirizado como Juan Southworth. Estas reliquias, guardadas dentro de una estatua yacente convertida en relicario, se veneran hoy en la catedral de Westminster, en el corazón de Londres, «como uno de los tesoros más preciados —son palabras de Pablo VI en la canonización— de esta isla de santos».

JOSE ANTONIO CARRO CELADA

Bibliografía

AAS 64 (1972) 259 260
Ecclesia (1970) n 1477, p 18-20, (1970) n 1516, p 7 9
L'Osservatore Romano (24 10 1970) 5, (26/27 10-1970) 1 2
REPETTO BETES, J L, *Santoral del clero secular* (Madrid 2000) 96-98
WHITFIELD, J L, *Blessed John Southworth* (Londres 1965)

SANTAS VICENTA GEROSA Y BARTOLOMEA CAPITANIO

Vírgenes y fundadoras († 1847, 1833)

He aquí dos almas gemelas en santidad, en el lugar de cuna y muerte, en la fundación de un mismo Instituto religioso y hasta en su misma canonización, proclamada a la par en la fiesta de la Ascensión del Año Santo 1950 por Su Santidad Pío XII.

Ambas santas son hijas de un mismo pueblo: Lóvere. Pocos paisajes hay más singularmente envidiables en el norte de Italia que el que corona el marco luminoso de esa villa recostada a lo largo de la orilla del Sebino, que desciende de los majestuosos Alpes del Bergamasco, al norte de la Lombardía. Es el 13 de enero de 1807 cuando viene al mundo Bartolomea Capitanio, en el seno de un hogar de mediana condición, elegida por Dios para resplandecer sobre las ruinas morales y sociales acumuladas al principio del 800 por el nefasto influjo de la Revolución Francesa y el jansenismo, como faro de caridad.

Mas, tanto Bartolomea como Vicenta Gerosa —anterior en nacimiento (29 de octubre de 1784)— serán desde sus primeros años como flores entre espinas. En sus hogares no reina la paz ni la armonía doméstica. El padre de Bartolomea, comerciante de comestibles, era demasiado aficionado a la bebida, lo que provocaba en casa turbaciones, disgustos, gritos y lágrimas de la paciente esposa y buena madre cristiana; la cual decidió, para alejar a la inocente criatura de tales escenas, recluir a la muchacha en el pensionado de monjas clarisas de Lóvere, una vez reinstalado su monasterio tras el huracán napoleónico.

En cuanto al hogar de Vicenta Gerosa, su padre, Juan Antonio, era poco inteligente y práctico para los negocios de pieles, y su madre, Jaimina Macario, bastante inepta para las tareas domésticas, todo lo cual originaba continuos roces y mutuas incomprensiones de carácter. A los diecisiete años murió su padre, y entonces su madre, rechazada por sus parientes y tíos, que estaban en buena posición, tuvo que huir de casa e ir a mendigar, con gran pena de la hija, a la que sus tíos no quisieron soltar de su lado. En 1814, cuando Vicenta iba ya por los treinta años, moría su madre.

Volvamos ahora los ojos a Bartolomea, acogida a los once años al monasterio de clarisas de Lóvere. Cuando la maestra, sor Francisca Parpani, le abría sus puertas, poco pensaba que adquiría una joya preciosa, la que luego ella misma había de llamar orgullosamente la *ragazza d'oro* (joven de oro) Era, sí, la edificación de todos. Soportaba las molestias, castigos y aun golpes de sus compañeras en silencio. La maestra la probó con humillaciones, que sabía sobrellevar sin molestarse. «La humildad, la abnegación y la oración me han de santificar», decía ella misma.

Ya aquí, en el pensionado de las clarisas, aparece como confesor y director espiritual D. Angelo Bosio, que fue puesto por la divina Providencia al lado de Bartolomea como su guía, consejero y ángel tutelar de su gran empresa apostólica. Preclaro en virtud y de certera intuición, quedará indeleblemente grabada su figura en los anales del Instituto de las Hermanas de la Caridad, de la que fue su inspirador, su animador y su definitivo sostén. Él intuyó con sagacidad de santo el fondo inmenso de aquella joven, y la ayudó en el camino de la perfección hasta llegar a la meta propuesta.

Mas, entretanto, su madre añoraba a la hija querida. Dos veces llamó a las puertas del pensionado para reclamarla. A la segunda vez, en 1823, Bartolomea, con los encantos de sus dieciséis años, pero más aún con los de su formación espiritual cabe aquellos santos muros, tuvo que regresar al hogar con cierta pena Conocía la diferencia del remanso de paz del monasterio y la agitación de su casa paterna, a causa del mal ejemplo del padre; pero también aquí vio una gran oportunidad de conducir a su progenitor al buen camino. En efecto, para apartarle del vicio iba ella en su busca por tabernas y mesones, y con sus zalamerías y buenas mañas le convencía a seguirla para casa. Poco a poco el lobo se trocó en cordero, y en siete años la santidad de Bartolomea logró su cometido. El padre moría en 1831 en la paz del Señor, después de haber vivido días tranquilos en la armonía familiar.

Entretanto Bartolomea no se ceñía al apostolado doméstico. Con ser mucho, no habría sido nada para su espíritu dinámico y emprendedor. El párroco de Lóvere le había propuesto sacar el título de maestra para consagrarse a la enseñanza. Pare-

cióle acertada la idea, y así cursó los estudios necesarios para ello hasta obtener el diploma en Bérgamo; pero la enseñanza a los pobres era sólo una parte de su vasto programa. Día tras día confió sus planes a su confesor Dom Bosio. Ella quería abarcar toda clase de obras de misericordia corporal y espiritual.

Su corazón compasivo se estremecía ante tantas necesidades de alma y cuerpo, pero su director quería ver una mayor madurez en su dirigida, y así aguardó hasta seis años —que le parecieron eternos—, al cabo de los cuales la autorizó, con la venia del prelado, monseñor Nava, para echar los primeros cimientos del Instituto religioso con la creación de un hospital a base de sus propias rentas, y del que ella fue su directora. Con el hospital nació también la idea del Instituto de las Hermanas de la Caridad, inspirándose en las reglas del Instituto que había fundado San Vicente de Paúl. Pero ella sola no podía dar un paso. Mas, ¿quién se pondría a su lado en tamaña empresa?

Fue entonces cuando D. Bosio, que conocía a Catalina Gerosa —la que luego cambiaría su nombre en religión por el de *Vicenta*—, puso en contacto con Bartolomea a aquella mujer de cuarenta años, alma sencilla y humilde, desprovista de cultura, pero instruida con las luces del Señor en las cosas de Dios, y muy conocida en Lóvere también por sus generosas obras de misericordia, dada su mayor holgura económica como heredera del pingüe patrimonio de sus ricos tíos.

Después de algunas dificultades por causas familiares, las dos almas entraron en contacto mutuo, y, compenetradas con el plan de un Instituto religioso de caridad, con el dinero de sus respectivos patrimonios compraron la casa *De Gaya,* el 12 de marzo de 1832. El 21 de noviembre del mismo año emitían sus votos religiosos de pobreza, castidad, obediencia y caridad, obligándose a ofrecerse a sí mismas y sus bienes en servicio de los pobres. Así quedaba fundada la Obra en aquel pequeño nido, al que todos llamarían «conventito» para distinguirlo del convento de las clarisas. Bartolomea organizó el orfanato, la escuela y las congregaciones, dedicando algunas horas del día al hospital, y Vicenta, aunque designada superiora a pesar suyo, asumió las tareas más penosas de la casa, del huerto, de la cocina y asistencia a las huerfanitas y a los enfermos. Careciendo

aún de capilla, de buena mañanita corrían a la iglesia de San Gregorio a practicar allí sus devociones y rezos.

La obra estaba en marcha. Cada día eran más las escolares y huerfanitas acogidas. Todo iba muy bien; pero he aquí que el Señor quería para sí a Bartolomea, flor lozana de virtud, a los veintiséis años tan sólo, tras unas fiebres malignas que habían de llevarla al sepulcro en cuatro meses. Resignada se dispuso a bien morir, consolando a su compañera y prometiendo ayudarla en el Instituto desde el cielo, más que si estuviera en la tierra, y que el Instituto duraría por los siglos de los siglos. Todo lo contrario, empero, parecía humanamente; muerta ella, diríase que desaparecía la obra. Así, al menos, lo creían las gentes de Lóvere, que lloraron unánimemente su muerte; mas los caminos de Dios son muy distintos.

Hasta Vicenta pensó en volver al retiro de su hogar; pero Dom Bosio, aquel director espiritual de ambas almas, logró convencerla haciéndole ver claramente la voluntad divina. Ella debía continuar y perpetuar su empresa. Obedeció dócilmente. Al poco tiempo centenares de fervorosas doncellas llamaban a las puertas del «conventito» para enrolarse en sus filas. Elegida superiora general, presidió durante su vida la toma de hábito de 243 religiosas y fundó 24 comunidades por toda Italia. Se palpaba la promesa de Bartolomea en su lecho de muerte. Cuando Vicenta Gerosa dormía en la paz del Señor el 29 de julio de 1847, a los sesenta y tres años de edad, rica en méritos y en virtudes, el Instituto de las Hermanas de la Caridad quedaba consolidado y agrandado.

Si miramos el cuadro estadístico del Instituto hoy en día —1966—, es realmente impresionante. Sólo en Italia hay 566 comunidades. En misiones de infieles (Bengala, China, etc.) hay setenta. En total, las religiosas son 8.665. No hay obra de misericordia que no caiga dentro del campo apostólico y caritativo del Instituto, desde los asilos, hospitales, enfermerías, orfanatos, leproserías y casas para viudas hasta los reformatorios y cárceles de mujeres, escuelas, colegios, cocinas económicas, comedores de obreras, etc., etc.

LUIS SANZ BURATA

Bibliografía

Santa Bartolomea Capitanio e Santa Vincenza Gerosa, fondatrice delle Suore di Carità di Lóvere (Milán 1950).

PIO XI, «Litterae apostolicae quibus Ven. Dei Famula Bartholomaea Capitanio Beata renunciatur»: *AAS* 18 (1926) 267-271.

— «Litterae apostolicae quibus Ven. Dei Famula Vincenta Gerosa Beata renunciatur»: *AAS* 25 (1933) 300-303.

PIO XII, «Acta Pii PP. XII: In sollemni canonizatione Beatarum virginum Bartholomaeae Mariae Capitanio et Catharinae Vincentiae Gerosa Homilia»: *AAS* 32 (1950) 4-17.

• Actualización:

CARRARO, M. - MASCOTTI, A., *L'Istituto delle Sante Bartolomea Capitanio e Vincenza Gerosa* (Milán 1987-1996).

LUBICH, G. - LAZZARIN, P., *Vincenza Gerosa la «scura» della carità* (Roma 1982).

PREVEDELLO, M. A., *Santa Bartolomea Capitanio, fundadora de las Hermanas de la Caridad* (Buenos Aires 1958)

SUORE DI CARITÀ DELLE S. BARTOLOMEA CAPITANIO E VINCENZA GEROSA, *Un istituto tutto fondato sulla carità. Regola di vita delle Suore di Carità delle sante B. Capitanio e V. Gerosa* (Milán 1975).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN ARGIMIRO

Monje y mártir († 856)

Argimiro era natural de Cabra, nacido en el seno de una familia de raza árabe y religión musulmana. Había ejercido el cargo de censor en Córdoba, y cuando dejó este cargo se convirtió al cristianismo y se retiró a vivir en un monasterio, donde alcanzó la ancianidad.

Antiguos correligionarios suyos le oyeron decir que el islam era una religión falsa y que Jesucristo era Dios verdadero, y entonces lo denunciaron como blasfemo. Detenido e invitado a volver al islam, no lo consiguieron ni halagos ni amenazas, por lo que fue encarcelado. Llevado a juicio, perseveró en la confesión de la fe y fue condenado a muerte. El 28 de junio de 856 fue arrojado a un ergástulo y muerto a espada. Días más tarde los cristianos lograban hacerse con su cuerpo y enterrarlo en la basílica de San Acisclo. Cuenta su historia San Eulogio de Córdoba.

SAN HEIMERADO
Presbítero y ermitaño († 1019)

Se le ha llamado a este santo excéntrico y vagabundo, y ya a sus contemporáneos les resultó extraño. Algunos captaron la santidad que había debajo de su forma original de conducirse, mientras que otros se resistían a pensar que fuera efectivamente un hombre de Dios. La Iglesia ha zanjado la cuestión y hoy lo tiene en su *Martirologio* oficial.

Nació en Suabia en el seno de una familia de siervos de un señor, cuya esposa apreció en el muchacho buenas cualidades y lo apoyó para que llegara al sacerdocio y se convirtiera en su capellán. Pero aquel puesto tranquilo y quieto no era el suyo y él mismo obtuvo permiso para poder dejarlo y seguir su inclinación. Se dedicó a hacer peregrinaciones, viviendo de limosnas y compartiendo las que recibía con otras personas pobres. Fue a Roma y luego a Jerusalén, y luego anduvo por Alemania, de una parte a otra, hasta que pidió lo alojaran en el monasterio de Hersfeld y, efectivamente, se le dio alojamiento. Pero no parece que llegara a pedir el hábito ni a convertirse en monje, y él mismo con su extraña conducta se procuró que terminaran finalmente por despedirlo, de lo que él no dejó de quejarse.

Volvió a su vida errante y en el curso de ella un párroco de Detmond, en Westfalia, lo acogió y le permitió celebrar en una iglesia cerrada hasta entonces. Tuvo éxito y los fieles comenzaron a irse con él y abandonar la parroquia, lo que no gustó al párroco, que, como era frecuente en los pueblos alemanes, compaginaba sacerdocio con matrimonio, lo que no dejó de serle reprochado por Heimerado. Hubo de volver a su vida errante y cosechó en ella numerosos desprecios y malos tratos, no siendo comprendido ni siquiera por personas santas, como Santa Cunegunda o San Meinverco de Paderborn. Finalmente se retiró a llevar vida eremítica en la zona boscosa donde hoy está la ciudad de Wolfhagen y allí vivió con gran pobreza y austeridad, entregado a la divina contemplación. Muerto en 1019, su tumba fue objeto de culto popular, pensando los fieles que todas sus extravagancias habían sido voluntarias para conseguir que lo despreciasen y humillasen, como cuando, por ejemplo,

San Juan de Dios se hizo el loco para ser tratado por humildad como demente.

SANTAS LUCÍA WANG CHENG, MARÍA FAN KUN, MARÍA QI YU Y MARÍA ZHENG XU

Vírgenes y mártires († 1900)

Estas cuatro jóvenes chinas habían sido criadas en el orfanato católico de Wang-La-Kia y eran fervorosas cristianas.

El 24 de junio de 1900 una banda de boxers asaltó el orfanato, destruyó la iglesia y mató a numerosas personas del establecimiento. Estas jovencitas huyeron, pero en su huida fueron a parar a manos de unos soldados que las llevaron a Yinn-Fachoang, donde quedaron bajo la custodia de un capitán que puso sus ojos en Lucía. Ésta tenía 18 años y el capitán quería que apostatara para poder hacerla su esposa. La familia que las hospedaba las presionó fuertemente para que las cuatro apostataran pero no lo lograron, pues sostenidas por Lucía, las otras, pese a tener 16, 15 y 11 años respectivamente, resistieron halagos y amenazas. Pero unos días más tarde, una banda rival de boxers asaltó el pueblo y se llevó a las jovencitas a las cercanías de Wang-La-Kia, donde primero las hirieron con lanzas y picas y luego las decapitaron. Las jóvenes, cuando vieron que iban a ser sacrificadas, se cogieron de las manos y se dedicaron a rezar, y así en oración recibieron la muerte. Fueron canonizadas el 1 de octubre de 2000.

SANTA MARÍA DU ZHAOZHI

Madre de familia y mártir († 1900)

María Du Zhaozhi había nacido en 1849 y era una cristiana fervorosa, casada y madre de familia, que había tenido la alegría de que uno de sus hijos llegara a sacerdote y pudiera ella verlo celebrando la santa misa.

Llegada la persecución bóxer, primero huyó, pero luego volvió a su casa siendo localizada como cristiana por los boxers, los cuales exigieron de ella que apostatara de la fe, a lo que ella

se negó con toda fortaleza, siendo seguidamente decapitada. Esto ocurrió en el poblado de Vang-Kia-Tien (Jieshuiwang), provincia de Hebei, el 28 de junio de 1900. Fue canonizada el 1 de octubre de 2000.

BEATOS SEVERIANO BARANYK Y JOAQUÍN SENKIVSKYJ

Presbíteros y mártires († 1941)

Cuando las tropas alemanas llegaron el 29 de junio de 1941 a la ciudad ucraniana de Drohobych, recién evacuada por las tropas soviéticas, se hallaron con que los presos de la cárcel habían sido asesinados. Entre estos presos eliminados estaban dos sacerdotes, y el motivo de su encarcelamiento no había sido otro que el de su condición de ministros de la Iglesia católica.

El primero de ellos, SEVERIANO BARANYK, había nacido el 18 de julio de 1889, y, sintiendo la vocación religiosa, había ingresado en la Orden basiliana de San Josafat el 16 de mayo de 1905, profesando el 16 de mayo de 1907, prosiguiendo luego sus estudios hasta su ordenación sacerdotal el 14 de febrero de 1915. Ejerció primero el ministerio en Zhovka y pasó luego como superior al monasterio de Drohobych. Cuando en 1939 llegaron las tropas soviéticas, el P. Severiano permaneció en su puesto atendiendo a los fieles. Arrestado el 26 de junio de 1941, fue encerrado en la cárcel de la ciudad y al día siguiente o al otro masacrado.

El segundo de ellos, JOAQUÍN SENKIVSKYJ, había nacido el 2 de julio de 1896 en Velyki (Ternopol). Luego de estudiar en el seminario, se ordenó sacerdote el 4 de diciembre de 1921, y posteriormente, sintiendo la vocación religiosa, empezó el noviciado en la Orden Basiliana de San Josafat el 10 de julio de 1923, donde haría la profesión religiosa. Ejerció el ministerio pastoral en Krasnopucha (1925-1927), y pasó luego como docente a Lavriv (1927-1931). Pasó entonces al monasterio de Lvov y en 1939 al de Drohobych. Encarcelado el 26 de junio de 1941 por los soviéticos, al entrar las tropas nazis fue hallado su cuerpo muerto en la cárcel.

Fueron beatificados el 27 de junio de 2001.

29 de junio

A) MARTIROLOGIO

1. La solemnidad de los santos apóstoles Pedro y Pablo († 67) **.
2. En Génova (Liguria), San Siro († 330), que es venerado como obispo.
3. En Narni (Umbría), San Casio († 558), obispo *.
4. En Gurk (Carintia), Santa Emma († 1045), viuda *.
5. En Xiaoluyi (China), santos Pablo Wu Juan y su hijo Juan Bautista Wu Mantang y su sobrino Pablo Wu Wanshu († 1900), mártires *.
6. En Dujiadun (China), santas María Du Tianshi y su hija Magdalena Du Fengju († 1900), mártires *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN PEDRO
Apóstol († 67)

El buen Simón de Betsaida, bronco y tierno como una ola del mar de su patria, fogoso y sencillo como un mílite de las legiones romanas, es una de las figuras más humanas y más encantadoras que desfilaron por la órbita divina del Evangelio de Jesús de Nazaret. Con su barca y sus llaves, con sus dichos y sus hechos, con sus pecados y sus lágrimas, la personalidad histórica de San Pedro encuadra a todo el apostolado de los Doce y atrae por su fe ardiente y por su cálido humanismo la simpatía y el amor de todas las generaciones cristianas.

Ignoramos el año exacto del nacimiento de San Pedro, pero sí sabemos que nació en Betsaida, una aldea campesina y marinera tendida en la ribera occidental del lago Tiberíades, donde vivía con su esposa dedicado a las tareas salobres de la pesca. Su nombre de pila era el de Simón, y fue el mismo Jesucristo quien, en su primer encuentro con este pescador, le impuso el nuevo nombre de Cefas, que significa «Pedro» o «piedra». El evangelista San Juan nos narra el primer encuentro de Jesús con San Pedro con la santa simplicidad de estas palabras: «Andrés halla primero a su hermano Simón y le dice: Hemos hallado al

Mesías. Llevóle a Jesús. Poniendo en él los ojos, dijo Jesús: Tú eres Simón, hijo de Juan; tú te llamarás Cefas» (Jn 1,41-42). Jamás olvidaría Pedro de Betsaida esa mirada y esa delicadeza exquisita de Jesús. Tiempo adelante, el porvenir nos daría la clave y el sentido de este cambio de nombre y confirmaría el vaticinio de Jesús de Nazaret.

A pesar del laconismo biográfico del Evangelio, en sus páginas encontramos datos más que suficientes para formarnos una idea clara y cabal de la fisonomía moral del apóstol San Pedro. Vehemente y francote por temperamento, un poco o muchos pocos presuntuosillo, transparente y casi infantil en la manifestación de sus espontáneas y más íntimas reacciones psicológicas, encontramos en la veta de sus valores morales un alma bella, un gran corazón, una lealtad, una generosidad, unas calidades humanas tan entrañables y subyugantes que aún hoy, a distancia de siglos, la fragancia de su recuerdo perdura y atrae la simpatía y la confianza de las generaciones cristianas.

Al primer llamamiento vocacional de Jesús, el corazón de Pedro, abierto siempre a todo lo grande y generoso, abandona todo lo que tenía. Poco, ciertamente; pero todo lo deja por seguir a Cristo con la confianza de un niño, el ardor de un soldado. Algo especial vio Jesús en la humanidad cálida y abierta del antiguo pescador de Betsaida, cuando, por un acto de su misericordiosa predilección, le elige para la misión de «pescador de hombres» (Lc 5,11), para ser la piedra fundamental de la Iglesia (Mt 16,18) y cabeza suprema de los doce apóstoles y de toda la cristiandad (Jn 21,15-17). Para ser el predilecto entre los tres apóstoles predilectos de Cristo, otorgándole la promesa y la garantía de una asistencia especial, a fin de que su fe no vacilara y confortara la de sus hermanos (Lc 22,31).

Así fue, en efecto. A las puertas de Cesarea de Filipo, Cristo le promete el primado universal y supremo sobre toda la Iglesia; y más tarde, en el candor intacto de una mañana primaveral, junto a la orilla del Tiberíades, Cristo, ya resucitado, cumple esta promesa al conferirle el poder de apacentar a las ovejas y a los corderos de su grey. Aquella promesa fue el premio a la fe de San Pedro, y su cumplimiento fue realizado ante las pruebas de amor de Pedro hacia el Maestro y Pastor de todos los pastores.

La fe ardiente y el amor profundo de Pedro a Jesús constituyen los trazos más destacados de su semblanza y de su vida toda. Basta evocar el recuerdo de estos pasajes evangélicos y de la vida de Pedro: su confesión en Cesarea de Filipo, su actitud después del discurso anunciador de la institución de la Eucaristía, en el lavatorio de los pies de los apóstoles en el Cenáculo, en el prendimiento de Jesús en el huerto de los Olivos, en las lágrimas amargas que empezó a derramar después de la caída de sus tres negaciones, en su carrera madrugadora hacia el sepulcro de José de Arimatea, en su lanzamiento al agua y entrega total de la pesca milagrosa para llegar pronto y obedecer sin regateos al Maestro, en la escena romana del *Quo vadis?,* en el testimonio y en la forma de su martirio.

Amor que fue siempre correspondido, y con predilección, por Jesucristo, como se transparenta —entre otras ocasiones— en el encargo expreso que las piadosas mujeres recibieron del ángel en el alba de la mañana de la Resurrección: «Decid a sus discípulos y a Pedro...» (Mc 16,7). A Pedro, concreta, particular y principalmente: Tal vez el pobre San Pedro seguiría llorando amargamente su triple negación, sin que sus lágrimas pudieran borrar de la retina de sus ojos el reflejo de aquella dulce mirada de Jesús en el patio hebreo de la casa de Caifás. Tal vez, replegado en el regazo contrito de su dolor y de su cobardía, no se atreviera a acercarse al buen Jesús; sin embargo, Jesús le seguía amando y mantenía su promesa de levantar sobre Pedro el edificio colosal de la Iglesia católica.

Frente a los prejuicios sectarios y a las interpretaciones torcidas en torno a la designación de Pedro como jefe y maestro supremo y universal de la Iglesia, ahí están los documentos históricos del Evangelio y la actuación primacial de San Pedro en la vida interna y externa de la Iglesia. Los pasajes del capítulo 16 del evangelio de San Mateo y del capítulo 21 del evangelio de San Juan son tan claros que, ante su claridad solar, algunos debeladores del primado de San Pedro no tienen otra salida que el negar la autenticidad histórica de esos pasajes evangélicos. En conformidad con su sentido actuó siempre San Pedro, y todos los cristianos vieron en esta conducta la puesta en práctica de sus poderes, concedidos por Cristo y simbolizados en la entre-

ga de las llaves del reino de los cielos al antiguo pescador de Betsaida.

Efectivamente, fue San Pedro quien anatematiza al primer heresiarca Simón Mago; quien recibe en Joppe la ilustración de Cristo en orden a la universalidad de la joven Iglesia y marcha a Cesarea a convertir al centurión romano Cornelio; quien preside y define la actitud dogmática de la Iglesia en el concilio de Jerusalén; quien propone a los fieles la elección del sustituto del traidor Judas en el colegio apostólico; quien en el día augural de Pentecostés se levanta, en nombre de todos, para arengar a la multitud y exponer la doctrina y el mensaje divino de Jesús; quien es consultado y obedecido por San Pablo, quien anuncia el castigo a Ananías y a Tafita, y es citado y ocupa siempre el primer lugar. Todos acuden a Pedro, y Pedro acude a todas partes, dejando con sólo la sombra de su cuerpo una estela de milagros, y abriendo con su palabra horizontes de luz, de unidad, de universalidad y de paz.

Esta posición y esta influencia de San Pedro dentro y fuera de la Iglesia fue el origen de su encarcelamiento en Jerusalén y de su sentencia de muerte dada por Herodes Agripa, el nieto de aquel Herodes degollador de los niños inocentes y sobrino de Herodes Antipas, el asesino del Bautista y burlador de Cristo en los días de la Pasión. El odio contra la naciente Iglesia se centraba ya en su primera cabeza visible, en San Pedro. La pluma de Lucas nos lo afirma en el libro de los Hechos de los Apóstoles, al decir: «Y entendiendo (Herodes Agripa) ser grato a los judíos, siguió adelante prendiendo también a Pedro» (Hch 12,3). Esta narración bíblica del prendimiento y liberación de San Pedro por un ángel, horas antes de la ejecución de la sentencia de su muerte, es todo un poema, una de las páginas más bellas, más emotivas, más realistas y de más fino sentido psicológico de la literatura universal al servicio de la verdad histórica.

Libertado por el ángel, Pedro salió de Jerusalén. El libro de los Hechos de los Apóstoles, después de la escena encantadora y realísima ocurrida en «la casa de María, la madre de Juan, apellidado Marcos», añade: «Y, partiendo de allí, se fue a otro lugar» (12,17). ¿Cuál es este lugar? ¿Adónde se dirigieron los pasos peregrinos de San Pedro recién liberado? ¿A Roma? ¿A Cesarea?

¿A Antioquía? Con certeza histórica no lo sabemos. Lo cierto es que a San Pedro volvemos a encontrarle en Antioquía; que una antigua tradición afirma que San Pedro fue el primer obispo de Antioquía; que la Iglesia admite y confirma esta tradición con la institución litúrgica de la fiesta de la Cátedra de San Pedro (cf. *Año cristiano. Febrero,* p.467) en Antioquía; que Eusebio, en su *Historia eclesiástica,* nos dice que Evodio fue el segundo obispo de Antioquía y sucedió a San Pedro. ¿Fue a raíz de su milagrosa liberación de la cárcel de Jerusalén cuando Pedro fue por primera vez a Antioquía? ¿Había ido anteriormente, hacia el año 36-37, después de la muerte del protomártir San Esteban, a fundar la primera cristiandad antioquena? Tampoco podemos contestar con certeza a estas preguntas, ni ofrece gran interés a los lectores la exposición de los últimos resultados de la investigación histórica acerca de estos detalles marginales en la gran trayectoria de la vida del apóstol San Pedro.

Más importancia teológica e histórica presenta y encierra el incidente de Antioquía aludido por San Pablo en su Carta a los Gálatas (2,11). Tiempos eran aquéllos en los que, por una parte, las formas de expresión del viejo culto judaico estaban más concretadas que en la nueva religión cristiana, y, por otra parte, los judíos cristianos de Jerusalén —especialmente los de procedencia farisea— abrigaban la ilusión de esperar en la joven Iglesia un simple florecimiento espiritualista y más lozano de la antigua sinagoga mosaica. Por ello, algunos judíos cristianos defendían que el mundo de la gentilidad sólo podía entrar en la Iglesia de Cristo pasando previamente por el Jordán de la circuncisión y la observancia total de la Ley de Moisés.

El problema era de fondo, no sólo de forma y de rito. Porque obligar a la circuncisión a los gentiles, y a la observancia de los ritos mosaicos, equivalía a reducir la Iglesia de Cristo a la estrechez nacionalista de la vieja sinagoga, a negar la universalidad de la redención por los méritos de Cristo, a hacer del cristianismo universal y universalista una religión de raza.

El aspecto dogmático y religioso de esta cuestión había sido ya resuelto, hacia el año 50, en el concilio de Jerusalén, al definir la no obligatoriedad de la circuncisión y de la observancia de la ley mosaica, y precisamente se había zanjado por la autoridad

de San Pedro. Mas, en la práctica, seguían algunos judíos cristianos absteniéndose en las comidas de los manjares impuros según la ordenanza y el rito de la Ley de Moisés. Efectivamente, desde el punto de vista dogmático y teológico la cuestión estaba resuelta en el plano del pensamiento; pero la continuidad de su planteamiento, aun en el plano del rito y de la práctica, seguía presentando serios y graves peligros para la desviación doctrinal en torno a la unidad y universalidad de la Iglesia. El incidente ocurrido en Antioquía entre Pedro y Pablo fue originado por las condescendencias del gran corazón de San Pedro en el terreno de las conveniencias prácticas de la prudencia, no de los principios doctrinales de la Iglesia. San Pablo no era un hombre de medias tintas ni de términos medios, y en la condescendencia del corazón de San Pedro vio «una simulación» —así la califica— que en el orden de las conductas podría, por orgullo de raza, dar pretextos para seguir manteniendo, dentro de la catolicidad de la Iglesia, un muro de separación entre judíos y gentiles, como en el templo de Jerusalén. San Pablo no transigía ante estas condescendencias rituales de San Pedro, y el Espíritu Santo, que, por encima de todas las flaquezas, dirige a la Iglesia de Dios, facilitó los caminos a la expansión ecuménica del cristianismo. El muro que en el templo de Jerusalén separaba a los gentiles y judíos fue derrumbado para siempre. Sobre sus escombros y sus ruinas se levantan hoy, abiertas y campeadoras, las columnas berninianas de la gran plaza romana, precisamente, de San Pedro.

La fantasía novelera de la Escuela de Tubinga se atrevió un día a lanzar por el mundo la especie de una oposición dogmática y de una indisciplina jerárquica entre ambos príncipes de la Iglesia. Hoy la misma crítica histórica contemporánea ha echado por tierra tal imputación. Pedro y Pablo, figuras cimeras de la Iglesia, almas hermanadas por una misma fe y un mismo amor, sellaron con la sangre del martirio sus nombres y sus vidas bajo los cielos de Roma. Por encima de sus distintos temperamentos, un mismo credo, un mismo amor, un mismo ideal les unió en el combate y en la muerte, emparejando sus personas tan íntimamente, que ya desde los primeros tiempos de la Iglesia aparecen juntos en el medallón de las catacumbas de Santa

Domitila y en el más antiguo aún sarcófago de Junio Baso, hallado en la cripta del Vaticano.

Si los enemigos de la Iglesia han gastado tanta tinta en combatir la institución misma del Primado, mayores aún son sus ataques contra el hecho histórico-dogmático del Primado de Pedro y de sus sucesores en la cátedra de Roma. Frente a la claridad que brota de los documentos históricos en favor de las tesis católicas, se empeñan en afirmar que, tanto la institución del Primado en la Iglesia como su encarnación en la persona de Pedro y en el obispo de Roma, son productos puramente naturales de un proceso evolutivo histórico.

Ni el Evangelio ni la Iglesia temen a la verdad, y ahí están las realidades históricas proclamando la verdad católica en relación con el Primado de Pedro y de sus sucesores los papas. La Iglesia había de desarrollarse como el grano de mostaza y perpetuarse a través de los siglos. La indefectibilidad de la Iglesia exige una autoridad indefectible también, y para ello Cristo la cimentó en la piedra, en Cefas, en Pedro, y contra esa piedra ni han prevalecido ni prevalecerán las puertas del infierno. Dos mil años de historia vienen confirmando esta realidad, garantizada por la promesa de Cristo Dios (Mt 16,18).

La estancia de San Pedro en Roma, su pontificado romano y su martirio en la Ciudad Eterna son hechos históricos hoy admitidos por todos los historiadores responsables y de buena fe. El mismo Harnack, nada sospechoso, llega a afirmar «que no merece el nombre de historiador el que se atreve a poner en duda esta verdad». La fecha de la misma llegada y la duración de la estancia de San Pedro en Roma son hoy cuestiones aún por dilucidar, así como la fecha exacta de su martirio en tiempos de Nerón.

¿Fue San Pedro el primer sembrador de la semilla evangélica en Roma? ¿Fueron los romanos residentes en Jerusalén en el día de Pentecostés, a quienes alude el libro de los Hechos de los Apóstoles (2,10) y convertidos a la fe de Cristo por el discurso de San Pedro? ¿Fueron los judíos dispersos de Jerusalén los que, con motivo de la persecución de Herodes Agripa, se alejaron hasta Roma y fundaron el primer núcleo de la cristiandad romana entre la numerosa colonia judía del *Trastevere?* Nada

sabemos con certeza histórica sobre estas interrogaciones tan sugerentes.

El hecho cierto es que Pedro estuvo en Roma y que fue su primer obispo. Desde Roma escribió su primera carta a los fieles del Ponto, Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia, fechada en Babilonia (5,13), nombre simbólico universalmente interpretado por Roma, la ciudad pagana sucesora o representante de la antigua Babilonia. Los testimonios de Clemente Romano, tercer sucesor de San Pedro en el pontificado romano; de Ignacio de Antioquía, en su epístola dirigida a los romanos; de San Ireneo, en su tratado *Adversus haereses,* y recientemente las últimas excavaciones realizadas en la cripta de la basílica Vaticana, demuestran hasta la evidencia la estancia de San Pedro, su pontificado y el ejercicio de su jurisdicción primacial en Roma y en toda la Iglesia.

Roma y San Pedro son dos términos plenos de grandeza histórica, que se asocian espontáneamente en la inteligencia y en el corazón de todos los cristianos. Según una antiquísima tradición, el pontificado romano de San Pedro duró veinticinco años: *Annos Petri non videbis.* Esta tradición viene a confirmar la opinión de los que afirman que la primera llegada de San Pedro a Roma aconteció hacia el año 42, y su martirio hacia el año 67. En efecto, el martirio de San Pedro ocurrió entre estas dos fechas extremas: entre el año 64, fecha del gran incendio de Roma, y el año 68, fecha de la muerte de Nerón. San Juan en su evangelio nos legó estas palabras de Jesucristo a San Pedro: «En verdad, en verdad te digo: Cuando eras más joven tú mismo te ceñías y andabas adonde querías; mas cuando hayas envejecido extenderás tus manos y otro te ceñirá y te llevará donde tú no quieras» (21,18-19). Era una alusión delicada al martirio del apóstol.

En el verano del año 64 un gran incendio devastó gran parte de la ciudad de Roma. Mientras ocurría la gran catástrofe, Nerón —según escribe Tácito en sus *Anales*— cantaba en su teatro privado su poema acerca de la ruina de Troya, aspirando a la gloria de fundar una ciudad nueva que llevase su nombre. Esta actitud de Nerón dio ocasión al rumor popular de que el incendio de Roma había sido provocado por el propio emperador; Nerón acusó entonces a los cristianos como causantes y

provocadores del incendio de Roma, y comenzó su sanguinaria persecución contra la Iglesia. Torrentes de sangre cristiana corrieron por el circo, por las cárceles, por las afueras de Roma. La leyenda, flor de la historia, ha recogido la escena enternecedora del *Quo vadis,* que la piedad y el arte cristiano nos recuerdan en la devota capilla romana del *Quo vadis,* erigida en el lugar donde Jesús se apareció a San Pedro, cuando huía de Roma despavorido por la persecución neroniana. Pedro pregunta al Maestro: «Señor, ¿adónde vas?», y el Señor le responde: «A Roma, para ser otra vez crucificado». Pedro comprende la significación y el alcance de este dulce reproche de Jesús, y retorna a la ciudad de su martirio.

Pronto es apresado por los esbirros de Nerón. El peregrino cristiano visita en Roma con profunda veneración la célebre cárcel Mamertina, donde fue preso San Pedro, y donde convirtió y bautizó a sus mismos carceleros, Proceso y Martiniano, futuros mártires de la fe cristiana.

Poco tiempo después el gran apóstol San Pedro moría clavado en la cruz, como su Maestro; pero, en conformidad con su propio deseo, cabeza abajo, dándonos con esta actitud una gran prueba de su humildad y de su amor a Cristo Jesús. Su sangre cayó cerca del obelisco de Nerón, en la colina vaticana, donde se levantó la antigua basílica Constantiniana y hoy se alza la gran basílica que lleva su nombre.

La tumba del gran apóstol San Pedro se yergue bajo la bóveda grandiosa del Bramante, el monumento más hermoso del orbe. Ante el altar de la confesión y de la tumba del apóstol arrodillémonos con veneración, y, a semejanza del viejo pescador de Betsaida, volvamos nuestro espíritu hacia Cristo Redentor, para repetir el eco de la fe y de la plegaria de San Pedro: «Tú eres Cristo, el Hijo del Dios viviente».

La Iglesia celebra con los máximos honores de su liturgia la fiesta de San Pedro en el mismo día que la fiesta de San Pablo. Ellos fueron, y serán siempre, los «Príncipes de los apóstoles». Así los ha apellidado la Iglesia, así los invoca la fe y el arte de las generaciones cristianas.

PEDRO CANTERO CUADRADO

Bibliografía

AIGRAIN, R., *Saint Pierre* (París 1938).
AMBROGGI, P. DE, *S. Pietro Apostolo* (Milán 1946).
BENSON, M., *Saint-Pierre et les origines de la primaute romaine* (Ginebra 1929).
FILLION, L. C., *Saint Pierre* (París ^{5}1925).
FOUARD, C., *Saint Pierre* (París ^{15}1928).
IVEN, C., *Saint Pierre* (París 1950).
KIRSCHBUM, E., SI, *La tumba de San Pedro y las catacumbas romanas* (Madrid 1954).
— *Die Graber der Apostelfursten* (Frankfurt 1957).
THILS, G., *L'enseignement de St. Pierre* (París 1946).
Véanse las *Historias de la Iglesia* y otras obras similares.
WALSH, T., *San Pedro el Apóstol* (Madrid 1951).
• Actualización:
ALDAZÁBAL, J., *San Pedro, discípulo de Jesús* (Barcelona 1995).
MASTRACCO, G., *Recenti studi e notizie di indole biografica e cronologica sul principe degli apostoli San Pietro papa e martire e de l'apostolo delle genti San Paolo* (Sulmona 1972).
MOCCIARO, G., *Lo Spirito Santo e il vero teologo. Pietro l'apostolo degli ebrei, Paolo l'apostolo dei non ebrei* (Palermo ^{2}2000).

SAN PABLO
Apóstol († 67)

Hacia el año 18 de nuestra era, un joven de poco más de quince años, judío de raza, de la tribu de Benjamín, llamado Saúl (o Saulo), dejaba su ciudad natal de Tarso de Cilicia y se hacía a la mar rumbo a Jerusalén. De una manera en parte imaginaria en parte real, llevaba consigo cinco acompañantes invisibles cuya síntesis constituía la personalidad del joven viajero.

El primer compañero de viaje era un *ciudadano romano.* Saúl era súbdito de aquel gran Imperio; tenía, además, el derecho de ciudadanía por nacimiento y sabía acogerse, si había lugar, a las prerrogativas que este título le confería. Junto al ciudadano romano había en Saúl un *griego.* Se expresaba en esta lengua, que era la que se hablaba en Tarso, con corrección y con agilidad. Estaba acostumbrado a oír fragmentos de los poetas helénicos, a hablar de las competiciones atléticas en el estadio y a contemplar el esplendor externo y la belleza de formas de aquella cultura deslumbradora. El tercer viandante invisible era un *obrero.* «El que no enseña a su hijo un oficio le hace ladrón», se decía entre los judíos. Y el padre de Saúl, aunque era, al parecer, un acomodado comerciante de paños, quiso que su hijo aprendiera

desde muy joven el oficio de tejedor de lonas para tiendas de campaña. De la imaginaria comitiva formaba parte también un *fariseo.* Fariseo e hijo de fariseos era Saúl, y, como tal, pegado hasta lo inverosímil a las tradiciones de sus mayores, capaz de recorrer el cielo y la tierra para hacer un prosélito, de dura cerviz en sus empresas para no ceder ante los obstáculos, anhelante por la venida del Mesías liberador del yugo extranjero y guardador de la Ley hasta en sus mínimos detalles externos. El último acompañante de Saulo era un sincero y afanoso *buscador de la verdad.* Ya junto a los rabinos tarsenses la había buscado en la lectura de la *Torá* (Ley) primero, y luego en el estudio de la *Mishnáh* (tradición oral). Pero su alma anhelaba un conocimiento mayor de la suprema verdad, que es Dios, y su palabra revelada.

Ése era justamente el motivo de su viaje. Al emprenderlo no soñaba en otra cosa que en poder oír las doctas explicaciones del prestigioso Gamaliel, jefe de la escuela de Hillel, miembro destacado del Sanedrín y rabino famoso entre los famosos. Varios años pasó en aquella escuela, rival de la de Schammai, estudiando la *Haggada,* esto es, el dogma e historia del Antiguo Testamento. Al cabo de aquel tiempo la Escritura no tenía secretos para él. La sabía en gran parte de memoria, no sólo en el original hebreo, sino también según la versión griega de los *Setenta.* Años más tarde, cuando en sus viajes no le era dado llevar consigo los voluminosos rollos sagrados, podría citar de memoria con facilidad textos y más textos de la Ley.

No sabemos a punto fijo qué hizo y adónde fue Saulo cuando terminó sus estudios en Jerusalén. Parece indiscutible que no estaba en Palestina durante los años del ministerio público de Cristo, a quien, por consiguiente, no pudo conocer antes de su ascensión. Pero sí sabemos que, cuando tenía unos treinta años de edad, Saulo volvía a estar en la Ciudad Santa, si bien no en calidad de estudiante, sino como fariseo exaltado al rojo vivo.

Un día, estando en la sinagoga de los de Cilicia, cuando oyó que el diácono Esteban, después de un discurso, a su juicio, indignante, terminaba llamando a los judíos «duros de cerviz e incircuncisos de corazón», y proclamando Mesías a un crucificado, herido por el escándalo de la cruz, cerró sus puños «lleno de

rabia» y «rechinó de dientes contra él» con los demás fariseos asistentes. Y cuando, al poco rato, el vehemente diácono moría apedreado, Saulo animaba a los improvisados verdugos y custodiaba sus vestiduras. A partir de aquel momento, «respirando amenazas de muerte» contra todos los cristianos, se dedicaba a buscarlos en sus propias casas para hacerlos encarcelar.

Con todo, los días de aquel ofuscado fariseo que vivía en el alma de Saulo y la tiranizaba estaban contados. Camino de Damasco, iba a morir ahogado por una impetuosa catarata de gracia divina. Y, al morir el fariseo, nacería para la Iglesia y la historia el gran Apóstol. Los demás estratos del alma paulina quedaron intactos, si bien perfeccionados por la gracia. A lo largo de su densa vida volverán a aparecer uno tras otro, aunque en orden inverso y sustituyendo al fariseo muerto el apóstol vivo.

Saulo seguía siendo un buscador de la verdad. Pero no ya de aquella verdad pequeña y estrecha compuesta de mil fragmentos diminutos de verdad de que se componía la doctrina de los fariseos, sino de la verdad infinita, de la verdad hecha hombre en aquel que dijo: «Yo soy la verdad».

En efecto. Terminada su estancia junto a aquel judío llamado Judas que le hospedó en su casa de la calle Recta de Damasco, Saúl, sin pedir consejo a la carne ni a la sangre, se marchó a Arabia. Allí, lejos de la persecución de sus antiguos correligionarios, tendría recogimiento, soledad y paz para ahondar en aquella Verdad que había encontrado, reflexionando, meditando y orando. Allí llegaría a su plenitud la gran metamorfosis espiritual del alma de Saulo: Cristo, el blanco de sus odios más cordiales, acabaría siendo el ideal total de su vida; el fariseo estrecho y rencoroso dejaría paso al apóstol generoso y anhelante. Todo esto fue realizándose lenta y silenciosamente en aquel retiro espiritual de casi tres años de duración que Saulo hizo en Arabia, acaso en las laderas del Sinaí, y en el que abundarían las ilustraciones interiores y las comunicaciones de Dios.

Pero esa búsqueda afanosa de luz no había terminado. La verdad tenía sobre la tierra un oráculo; Cristo había dejado en el mundo un vicario. Y Saulo, haciendo escala en Damasco, de donde tuvo que huir de noche descolgado por la muralla en una

espuerta, fue a Jerusalén, en la que a la sazón se encontraba Pedro, el antiguo pescador de Galilea.

Desde el primer momento quiso unirse a los cristianos, pero éstos huían de él. ¿No sería aquélla una conversión simulada, una hábil estratagema para conocer mejor los secretos de la cristiandad naciente y ahogarla en su cuna? La mayoría así lo sospechaba. Pero Dios puso pronto en contacto con él a Bernabé, hombre que calaba hondo en los espíritus y vio en Saulo un alma privilegiada. Presentó el neoconverso a Cefas y le contó lo sucedido. Éste le invitó con amorosa insistencia a que se quedara con él en casa de la hospitalaria María, la madre de Marcos, el futuro evangelista, sobrino de Bernabé. Allí estuvo Saúl quince días bebiendo a boca llena la verdad en aquella nueva fuente que Dios ponía en su camino: la primitiva tradición cristiana llegaba hasta él por la boca más autorizada, la del pastor primero de la cristiandad.

Y empezó Saulo en Jerusalén a dar testimonio de la verdad. Pero su predicación, en vez de provocar conversiones, levantó tempestades. A los pocos días los judíos resolvieron quitarle de en medio dándole muerte, como un día a Esteban. Amargado con este fracaso, fue un día al Templo, donde, estando en oración, tuvo un éxtasis:

—Date prisa y sal pronto de Jerusalén... —le decía el Señor.

—Pero si ellos saben que yo era el que perseguía y encarcelaba...

—Vete pronto, porque yo quiero enviarte a naciones lejanas.

Ante la inminencia del peligro los cristianos de Jerusalén, para salvarle la vida, «llevaron a Saúl hasta Cesarea y de allí lo enviaron a Tarso», seguramente por vía marítima. Unos cinco años estuvo esta vez en su ciudad natal. ¿Qué hacía allí entretanto? Esperar sin desasosiego la hora de su apostolado y, mientras esperaba, continuar llenándose de la verdad que había encontrado.

La llamada de Dios no se hizo esperar. Un día se presentó en Tarso Bernabé. Iba a buscar a Saulo para llevárselo consigo a Antioquía. Saulo accedió y por espacio de un año estuvo junto a Bernabé instruyendo a la pujante cristiandad antioquena, que iba a ser durante algún tiempo el centro de la joven Iglesia. En

efecto. La persecución de Herodes Agripa había hecho desaparecer de Jerusalén a los directores de aquélla. Santiago cayó al filo de la espada; Pedro, liberado milagrosamente de la cárcel, salió también de la ciudad deicida y se dirigió a otro lugar, probablemente a Roma. Juan Marcos se marchó a Antioquía.

Un día estaba reunida la cristiandad de esta ciudad y, «mientras celebraban la liturgia en honor del Señor y guardaban los ayunos, dijo el Espíritu Santo, por boca de uno de los que tenían dones carismáticos: Segregadme a Bernabé y a Saulo para la obra a que los tengo llamados». La hora había sonado definitivamente. El vaso de elección se iba a derramar sobre los gentiles. Por eso los ancianos de aquella comunidad, después de orar y ayunar, les impusieron las manos y les dieron el abrazo de despedida. Y empezaron los viajes apostólicos de Saulo. En el primero, junto con Bernabé, visitó la isla de Chipre y luego, desembarcando en Panfilia, evangelizó algunas ciudades del Asia Menor y regresó a Antioquía, pero con un nombre nuevo: Pablo. Desde que en esta primera correría convirtió en Pafos al procónsul Sergio Paulo no volvió a usar su nombre antiguo. En el segundo y tercer viaje no sólo evangelizó el Asia Menor, sino que llegó a Europa. Su celo impetuoso no le dejaba reposar. En todas partes empezaba predicando a los judíos para hacer oír luego su palabra a los gentiles. Su apostolado le originaba por doquier persecuciones y peligros. Él mismo hace un recuento de ellos cuando en el tercer viaje escribe desde Macedonia su Segunda carta a los Corintios:

> «Cinco veces —dice— recibí de los judíos cuarenta azotes menos uno. Tres veces fui azotado con varas, una vez fui apedreado, tres veces padecí naufragio, un día y una noche pasé en los abismos del mar; muchas veces en viajes me vi en peligros de ríos, peligros de ladrones, peligros de los de mi linaje, peligros de los gentiles, peligros en la ciudad, peligros en el desierto, peligros en el mar, peligros en los falsos hermanos, trabajos y miserias en prolongadas vigilias, en hambre y sed, en ayunos frecuentes, en frío y desnudez; esto sin hablar de otras cosas, de mis cuidados de cada día, de la preocupación por todas las iglesias. ¿Quién desfallece que yo no desfallezca? ¿Quién se escandaliza que yo no me abrase?».

Pero en medio de todos estos afanes Pablo «estaba lleno de consuelo y rebosaba gozo en todas sus tribulaciones». Es que

llevaba a Cristo en su alma y tenía al mundo bajo sus pies; es que «su vida para él era Cristo y morir para él era un negocio»; es que se sentía «clavado en la cruz con Cristo hasta el punto de que ya no era él propiamente el que vivía, sino que era Cristo el que vivía en él».

Durante aquellos ministerios Pablo sabía rebajarse a otros más humildes menesteres. Aquel oficio de tejedor que había aprendido en Tarso le dio en más de una ocasión el medio de ganarse el sustento sin ser gravoso a nadie. Cuando en su segundo viaje llegó a Corinto, al encontrarse allí con el judío Áquila que había salido de Roma a consecuencia del decreto dado por Claudio, se unió a él «porque era del mismo oficio, y se quedó en su casa y trabajaban juntos en la fabricación de lonas». En el trabajo manual encontraba Pablo no sólo su sustento, sino una fuente de recursos para obras de caridad. Por eso, años más tarde, estando en Éfeso, pudo decir en presencia de toda la asamblea, mostrando al mismo tiempo sus manos encallecidas:

> «No he codiciado plata, oro ni vestido de nadie. Vosotros sabéis que a mis necesidades y a las de los que me acompañaban han suministrado estas manos. En todo os he dado ejemplo, mostrándoos cómo trabajando así socorráis a los necesitados, recordando las palabras del Señor, Jesús, que él mismo dijo: "Mejor es dar que recibir"».

Más duro había sido, ciertamente, el acento con que nuestro apóstol tejedor había dicho en su carta a los fieles de Tesalónica, para reprimir su ociosidad y vagancia: «El que no quiere trabajar, que no coma».

Nadie crea que, por estar encallecidas las manos de Pablo por el áspero contacto de los pelos de cabra con que fabricaba sus lonas, se había embotado la sutil penetración de su inteligencia, desarrollada en el ambiente de la cultura helenística. En su segundo viaje Pablo fue a la cuna y emporio de aquella refinada civilización, la sabia Atenas. Allí, al oírle algunos filósofos estoicos y epicúreos, le llevaron al Areópago para que les expusiese su doctrina. Ante aquella doctísima asamblea Pablo, con gran serenidad y aplomo, «puesto en pie», pronunció un discurso modelo de fina habilidad y prueba de su honda cultura helénica.

> «Atenienses —les dijo—, veo que sois sobremanera religiosos, porque, al pasar y contemplar los objetos de vuestro culto, he hallado un altar en el que está escrito: "Al Dios desconocido". Pues ese que sin conocerlo veneráis es el que yo os anuncio. El Dios que hizo el mundo y todas las cosas que hay en él, ése, siendo señor del cielo y de la tierra, no habita en templos hechos por mano de hombre [...] Él hizo de uno todo el linaje humano para poblar toda la haz de la tierra [...], para que busquen a Dios y le hallen, que no está lejos de nosotros, porque "en él vivimos, nos movemos y existimos", como alguno de vuestros poetas ha dicho: "Porque somos linaje suyo" [...]».

Después de esta alusión a un hexámetro del poema *Minos,* de Epiménides, y de la cita del verso del poema *Fenómenos,* de Arato, pasó a impugnar la idolatría, y hubiera seguido exponiendo en una segunda parte la revelación de Dios por medio de Jesucristo, cuya misión, dijo, «quedaba acreditada ante todos por su resurrección de entre los muertos», si la mayoría de sus oyentes no hubieran tomado a risa sus últimas palabras sobre la resurrección. Ante esta actitud Pablo abandonó el Areópago; pero no había sido del todo baldía la siembra: «Dionisio el Areopagita, una mujer de nombre Dámaris y otros más» creyeron en las palabras de Pablo y le siguieron.

Pablo adoctrinó con insistencia las tierras de Grecia y Macedonia con su palabra ardiente. Además, Corinto, Filipos y Tesalónica fueron destinatarias de cinco hermosas cartas que, como las restantes, sin excluir las dirigidas a los hebreos y a los romanos, estaban redactadas en un griego que, si no es el de Platón, o Jenofonte, o de los aticistas de su tiempo, no es tampoco inferior al que usaban por entonces generalmente las personas cultas.

Terminada su tercera misión, Pablo vuelve a Jerusalén. Estaba un día orando en el Templo cuando sus enemigos, al reconocerle, promovieron un tumulto contra él. Un centurión romano con sus soldados le encadena. El populacho vocifera pidiendo su muerte. El tribuno manda que le introduzcan en el cuartel y le azoten.

> —¿Os es lícito azotar a un ciudadano romano sin juzgarlo? —pregunta Pablo.
>
> —¿Eres tú romano? —inquiere a su vez, temeroso, el tribuno.
>
> —Sí —contesta lacónicamente el apóstol.

—Yo adquirí esta ciudadanía por una gran suma —dice, admirado, el tribuno.

—Pues yo —prosigue Pablo sin altanería, pero con noble dignidad— la tengo por nacimiento.

Aquella vez la reclamación produjo su efecto. Pablo no fue azotado. Pero días más tarde, ante una conjuración de cuarenta judíos que habían jurado no comer ni beber hasta que mataran al apóstol, fue trasladado a Cesarea, donde permaneció unos dos años. Un día el procurador Festo, queriendo congraciarse con los judíos, dijo a Pablo:

—¿Quieres subir a Jerusalén y allí ser juzgado?

—Estoy ante el tribunal del César; en él debo ser juzgado [...] A él apelo.

—¿Has apelado al César? Al César irás —dijo Festo para terminar.

Y al César fue. Custodiado por un centurión llamado Julio embarcó en Cesarea, y, tras una penosa navegación en la cual volvió a conocer los horrores de las tempestades marítimas, llegó por fin a Roma. Pablo veía cumplido uno de sus más vehementes deseos. En Roma permitieron a Pablo morar en casa propia con un soldado que le custodiaba, entretanto fallaban su causa, facilidad que el apóstol aprovechó para evangelizar y escribir: seis de sus epístolas, la mitad, fueron escritas en Roma.

Por fin se dictó para él sentencia absolutoria. Pablo quedaba libre para poder realizar otro sueño dorado de su vida: llegar a España, el último confín de Occidente, y predicar también en ella a Cristo crucificado. Ya en la carta que escribió desde Corinto a los romanos les manifestaba este deseo: «Espero veros cuando vaya a España y ser allá encaminado por vosotros». Roma era entonces para el indomable ímpetu de Pablo no una meta, sino un punto de partida. Y así se realizó: el gran apóstol vino a España. Acaso desembarcó en la imperial Tarraco, ciudad en la que una tradición venerable asegura la estancia y predicación del tarsense. A pocos metros del lugar donde se escriben estas líneas, sobre una roca que de generación en generación se señala como lugar de las predicaciones paulinas, una capilla románica dedicada al apóstol es argumento pétreo de este hecho histórico.

De todas formas, la estancia de Pablo en nuestra tierra no pudo ser muy larga. El año 67 de nuestra era, y después de haber realizado un viaje a Oriente, volvía a estar en Roma cargado de cadenas. ¿Dónde y cuándo había sido apresado? A esta pregunta no se puede contestar sino con hipótesis. Lo cierto es que antes de que acabase el año 67 Pablo había llegado a su ocaso. Aquel sediento buscador de la verdad, aquel apóstol insaciable, aquel tejedor de lonas, aquel griego sutil, aquel ciudadano romano, caía al filo de la espada junto al tercer miliario de la Via Ostiense.

Sobre su tumba hubieran podido servir de epitafio aquellas palabras que, próximo ya a su fin, había escrito en su última carta a Timoteo:

> «He combatido el buen combate.
> He terminado mi carrera.
> He guardado mi fe.
> He recibido la corona de justicia».

LAUREANO CASTÁN LACOMA

Bibliografía

ALLO, E. B., *Paul, apôtre de Jésus-Christ* (París 1946).
BOVER, J. M., *Las epístolas de San Pablo,* 2 vols. (Barcelona 1940).
— *La teología de San Pablo* (Madrid 1952).
CONTINI, G., *Paolo di Tarso, apostolo delle genti* (Albi 1940).
BEAUFYS, J., *Saint Paul* (Bruselas ^{2}1940).
DELATTE, P., *Les épîtres de Saint Paul* (Tours 1928-1929).
FOUARD, *Saint Paul,* 2 vols. (París 1908-1909).
GIORDANI, I., *Saint Paul, apostle and martyr* (Nueva York 1946).
GLORIEUX, P., *Pablo, apóstol de Cristo* (San Sebastián 1942).
GONZÁLEZ RUIZ, J. M.ª, *San Pablo al día* (Barcelona 1956).
HOLZNER, J., *San Pablo, heraldo de Cristo* (Barcelona 1956).
PENNA, D. A., *San Paolo* (Roma 1946).
PEREZ DE URBEL, J., OSB, *San Pablo, apóstol de las gentes* (Madrid 1941).
PRAT, F., *Saint Paul* (París 1902).
— *La teología de San Pablo,* 2 vols. (México 1947).
RICCIOTTI, G., *Paolo Apostolo* (Roma 1946).
SENCOURT, R., *St. Paul. Envoyé de grâce* (París 1948).
• Actualización:
BARBAGLIO, G., *Pablo de Tarso y los orígenes cristianos* (Salamanca 1997).
GNILKA, J., *Pablo de Tarso, apóstol y testigo* (Barcelona 1998).
GONZÁLEZ RUIZ, J. M.ª, *El evangelio de Pablo* (Santander 1988).
PENNA, R., *L'apostolo Paolo. Studi di esegesi e teologia* (Milán 1991).
— *Un cristianismo posible. Pablo de Tarso* (Madrid 1992).
SALAS FERRAGUT, A., *Pablo de Tarso* (Madrid 1994).

C) BIOGRAFIAS BREVES

SAN CASIO DE NARNI

Obispo († 558)

Nos habla de el en términos muy elogiosos San Gregorio Magno en sus *Diálogos,* y nos dice que era un celoso pastor, amante de su clero y de su pueblo y muy abnegado en la causa de los pobres, a los que iban a parar sus haberes y limosnas. Él iba a Roma cada año por la fiesta de los Santos Pedro y Pablo, cuyos sepulcros veneraba devotamente, y fue en un día de esta fiesta y estando en Roma cuando murió, dejando dicho que quería ser enterrado junto a su predecesor, el obispo Juvenal.

SANTA EMMA

Viuda († 1045)

Emma fue la esposa del conde Guillermo de Sann, del que enviudó el año 1015, dejándole un hijo que moriría posteriormente en una batalla. Viuda, sin hijos y muy rica, decidió dedicar su tiempo y su dinero a la causa de la religión y de los pobres, y comenzó a sobresalir por sus abundantísimas limosnas así como por su espíritu de piedad y devoción.

Puso manos a la fundación de dos monasterios, el masculino de Admont, que no se inauguraría sino después de su muerte, y el femenino de Gurk, que se abrió en vida de la fundadora, siendo su iglesia consagrada el 15 de agosto de 1043. Se dice que la propia Emma tomó el velo religioso en el mismo monasterio. Su muerte fue en 1045. Su culto fue confirmado el 5 de enero de 1938.

SANTOS PABLO WU JUAN, JUAN BAUTISTA WU MANTANG Y PABLO WU WANSHU

Mártires († 1900)

El 29 de junio de 1900 los boxers asesinaban en Xiaoluyi, provincia de Hebei, en China, a los santos Pablo Wu Juan, a su

hijo Juan Bautista Wu Mantang y a su sobrino Pablo Wu Wanshu El primero tenía 62 años, el segundo 17 años y el tercero 16 Los cristianos de su pueblo, cuando supieron la llegada de los boxers, se fueron al bosque cercano, pero allí acudieron los bandoleros y fueron matando a los cristianos conforme los encontraban Juan Bautista huía junto con un amigo pagano y cuando ambos fueron apresados, el pagano alegó que no era cristiano para salvar su vida, y Juan Bautista, en cambio, dijo que era cristiano, lo que le valió ser asesinado en el acto. Su padre y su primo estaban bien escondidos, pero cuando el muchacho vio a los boxers salió huyendo; lo cogieron los bandidos y lo mataron. Visto lo cual, salió también el tío, confesó su cristianismo y fue masacrado. Los tres han sido canonizados el 1 de octubre de 2000.

SANTAS MARÍA DU TIANSHI Y MAGDALENA DU FENGJU
Mártires († 1900)

Magdalena era hija de María y ambas eran fervorosas cristianas La madre tenía 42 años y la hija tenía 19 Fueron masacradas en el poblado de Dujiadun, China, el 19 de junio de 1900 por una banda de boxers que habían llegado al pueblo buscando cristianos Ellas corrieron a esconderse en un cañaveral, pero allí fueron localizadas y asesinadas mientras confesaban la fe, y aún no había muerto la joven cuando la echaron a la fosa. Fueron canonizadas el 1 de octubre de 2000

30 de junio

A) MARTIROLOGIO

1 Los Santos Protomártires de la Iglesia Romana († 64 67) **
2 En Alejandría de Egipto, San Basílides († 202), mártir
3 En Limoges (Aquitania), San Marcial († 250), obispo

4. En Le Mans (Neustria), San Bertrán o Berticrammo († 623), obispo.

5. En Salzburgo, Santa Erentrudis († 718), primera abadesa de Nonnberg *.

6. En Salanigo, junto a Vicenza (Italia), San Teobaldo o Thibaut de Champagne († 1066), presbítero y ermitaño *.

7. En Nyitra, junto a los Montes Cárpatos, San Ladislao († 1095), rey de Hungría **.

8. En Bamberg (Baviera), San Otón († 1139), obispo **.

9. En Osnabrück (Sajonia), San Adolfo († 1224), obispo, monje cisterciense *.

10. En Londres (Inglaterra), Beato Felipe Powell († 1646), presbítero, de la Orden de San Benito, mártir bajo el reinado de Carlos I *.

11. En Nápoles (Campania), Beato Jenaro María Sarnelli († 1744), presbítero, de la Congregación del Santísimo Redentor **.

12. En Hai Duong (Tonkín), San Vicente Do Yen († 1838), presbítero, de la Orden de Predicadores, mártir *.

13. En Chendun (China), santos Raimundo Li Quanzhen y Pedro Li Quanhui († 1900), mártires *.

14. En Lvov (Ucrania), Beato Zenón Kovalyk († 1941), presbítero y mártir, de la Congregación del Santísimo Redentor, cuyo martirio sucedió en un día desconocido del mes de junio *.

15. En Winnipeg (Canadá), Beato Basilio Velyckovskyj († 1973), obispo de la Iglesia grecocatólica ucraniana y mártir *.

B) Biografías extensas

PROTOMÁRTIRES DE LA IGLESIA ROMANA
(† 64-67)

No tenemos la lista de sus nombres, que sería larguísima, aunque ciertamente distaría de alcanzar el número redondo de 10.000 que llegó a señalar algún autor. Pero está el hecho cierto, testificado con riqueza de matices por el acreditado historiador Tácito, pagano y, por lo mismo, nada sospechoso. Nos acredita el hecho, pormenorizándolo ampliamente, sin omitir motivaciones ni reacciones subsiguientes, pero no nos ofrece un solo nombre de los cristianos sacrificados en la persecución de Nerón, ni siquiera los de San Pedro y San Pablo, los únicos conservados en la memoria viva de la Iglesia, que los celebra conjuntamente el 29 de junio.

Ha venido repitiéndose que en esta celebración ya iba implícita la memoria de todos los cristianos martirizados durante la primera persecución. Pero era más que conveniente una conmemoración explícita, que afortunadamente ya se da, y en el día más oportuno: el 30 de junio, que sigue al de la solemnidad de San Pedro y San Pablo.

En tres decenios de vida de la Iglesia, los cristianos ya se hacían notar en Roma. Ante ellos, la actitud popular más generalizada fue de hostilidad. Tertuliano formula de modo sugerente el odio a la Iglesia registrado desde sus inicios: «En cuanto la Verdad entró en el mundo, con su sola presencia levantó el odio y la hostilidad». Los historiadores tratan de escudriñar las causas más profundas de este odio que tan patente se hizo en la Roma de Nerón. ¿Fueron las sinagogas «semillero de persecuciones», como quiere el mismo Tertuliano? Parece más certero y, desde luego más oportuno, reparar en los que tenían motivos para sentirse económicamente amenazados: los que vivían del culto pagano y de lo que éste implicaba, los adivinos, astrólogos, maestros de escuela y filósofos. Por otro lado, la vida misteriosa de los mismos cristianos, siempre ausentes de los templos paganos, lógico es que provocara cierta curiosidad hostil. Desconcertante, además, resultaba desde el principio la expansión de la nueva doctrina, que constituía por sí misma un desafío a la moral de los paganos. Cundía el odio, deseoso de ensañamiento. La calumnia estaba servida, y presagiaba lo peor.

La ocasión vino dada al producirse en julio del año 64 el gran incendio en el que quedó enteramente devastada una gran parte de Roma. ¿Incendio casual? ¿Eliminación mediante el fuego de viejas edificaciones, en aras de un gran proyecto urbano? ¿Determinación demencial de Nerón para procurarse un espectáculo único que él mismo presencia mientras pulsa las cuerdas de su lira? Parece que el pueblo pensó en el emperador, y el modo más eficaz de alejar toda sospecha fue echar la culpa a la *secta cristiana* tan desprestigiada y calumniada. Tácito dice expresamente que el emperador, para acabar definitivamente con las sospechas del vulgo, «sometió a proceso y castigó con penas atrocísimas a aquellos que, odiados por sus pervertidas costumbres, el vulgo denominaba cristianos». Y no deja de sorprender-

se ante la reacción del público, que, aun creyéndolos culpables y merecedores de castigo, admiró su serenidad, compadeciéndose ante crueldades tan desproporcionadas.

La afirmación de Tácito no da pie para pensar que Nerón promulgara una ley persecutoria en toda regla: pudo limitarse a una instrucción a los tribunales para que los cristianos fueran juzgados como delincuentes en toda regla. Y fue bastante para que, según el mismo Tácito, los mártires de Nerón formaran una multitud incalculable. El mismo historiador no se queda corto en describir diversas formas de martirio, obradas bajo la acusación genérica de reos de odio al género humano: unos recubiertos de pieles de animales para ser devorados por las fieras, otros clavados en cruz, otros convertidos en antorchas vivientes que iluminaban por las noches los viales de los jardines neronianos porque así lo quería el mismo emperador que disfrutaba del macabro espectáculo, unas veces cómodamente sentado en un trono o mezclado con las turbas o luciendo su destreza como auriga a la luz de aquellas antorchas vivientes.

El papa San Clemente recoge el recuerdo vivo de estos martirios, obrados *propter zelum et invidiam* y hasta nos regala con los nombres de dos mujeres, «Danaidi y Dirci, que, tras horribles ultrajes, alcanzaron la meta segura del camino de la fe consiguiendo ellas, tan débiles corporalmente, el premio definitivo». La persecución no se limitó al año del incendio, sino que se prolongó hasta la muerte de Nerón el año 67. Se señala como lugar del martirio el circo construido por Calígula llamado luego circo neroniano, en los antiguos huertos de Agripina, madre de Calígula, en la falda meridional de la colina vaticana, de donde partían las vías Aurelia, Cornelia y Triunfal.

El culto a los mártires de esta persecución iba implícito, como queda dicho, en el tributado a San Pedro y a San Pablo, pero no hay especial mención de ellos ni en los calendarios ni en martirologios antiguos. Baronio fue el primero en introducirlos en el *Martirologio romano,* fijando una especial conmemoración el 23 de junio, tal vez movido por un hecho milagroso que acababa de suceder. Un distinguido personaje solicitó de San Pío V alguna reliquia insigne. El santo le ofreció un poco de tierra extraída del subsuelo del Vaticano. Ante el desencanto del

solicitante, el pontífice le hizo ver cómo estaba empapada de sangre fresca.

En las excavaciones practicadas en 1626, en el pontificado de Urbano VIII, para levantar el baldaquino de Bernini, aparecieron sepulturas con huesos calcinados que obligaron a pensar en los primeros mártires. Pero su fiesta sólo comenzó a celebrarse en 1904 en la iglesia de Santa María in Camposanto, la antigua *Schola francorum* fundada por Carlomagno. Enseguida se extendió a toda la diócesis de Roma, y desde 1964 cuentan estos mártires con iglesia titular en la Via Aurelia antigua.

Es hermosa la inscripción que desde el 27 de julio de 1923 figura en uno de los muros de Camposanto. Traducida al castellano dice así:

> Este lugar, en otro tiempo palacio y circo de Nerón,
> hoy faro de luz para el mundo,
> lo regaron con su sangre,
> bajo el mandato de San Pedro,
> los primeros mártires romanos
> que aquí llegaron en multitud ingente
> para ofrecer a Cristo
> las palmas del triunfo nuevo.

JOSÉ M.ª DÍAZ FERNÁNDEZ

Bibliografía

ANTONELLI, F., «I protomartiri romani», en I. CECCHETTI, *Roma nobilis. L'idea, la missione, le memorie, il destino di Roma* (Roma 1952) 301-306.
BALBONI, D., «Protomartiri romani», en *Bibliotheca sanctorum.* X· *Pabai-Rafols* (Roma ²1990) cols.1224-1227.
COEN, A., *La persecuzione neroniana dei cristiani* (Florencia 1901).
PIRRO, A., *Tacito e le persecuzione neroniane dei cristiani* (Salerno 1911).
SEMERIA, G., *Il primo sangue cristiano* (Roma ²1907)

SAN LADISLAO DE HUNGRÍA
Rey († 1095)

A la muerte de San Esteban, primer rey de Hungría, le sucedió su sobrino Pedro, quien, no contando con el beneplácito de sus paisanos por su despotismo, fue destronado, aunque volvió a recuperar el trono gracias a la ayuda prestada por Enrique III,

emperador de Alemania. Repuesto en el trono, acabó por enemistarse con sus súbditos, que, finalmente, lo destronaron, accediendo al gobierno Andrés I en el año 1046. Al no contar con descendencia directa, el mencionado monarca nombró como heredero a su hermano Bela, aunque el posterior nacimiento de su hijo Salomón hizo cambiar los planes previstos por Andrés I. La animosidad entre ambos hermanos llegó al extremo de tener que marchar Bela a tierras polacas —huyendo de la persecución por rivalidades dinásticas— donde en tiempos del rey San Esteban había contraído matrimonio con la princesa Riska, hija de Mieczyslaw, rey de Polonia. Fruto de este matrimonio fueron dos hijos: Geza y Ladislao, este último nacido en Polonia en torno al año 1040.

Los dos vástagos recibieron una esmerada educación, distinguiéndose Ladislao, según antiguas tradiciones, por su acendrada caridad y rectas costumbres.

La reconocida animosidad existente entre Bela y su hermano Andrés I se puso de manifiesto en numerosas ocasiones. En 1047 Bela regresó a Hungría, donde permaneció doce años, aunque en 1059 tuvo que huir de nuevo con su familia a Polonia en donde solicitó la ayuda de Boleslao II para enfrentarse al ejército de Andrés I, quien, a su vez, encontró colaboración en Enrique IV, emperador de Alemania. Obtenida la victoria, Bela I se proclamó rey de Hungría el año 1060, despreciando los derechos de Salomón, hijo de su hermano, legítimo heredero. A la muerte de Bela I, Ladislao prefirió que fuera su primo Salomón el nuevo rey, reponiéndole en su legítimo derecho que le había sido arrebatado por Bela I. Se distinguió por su bravura y heroísmo legendario en las batallas contra los tártaros, destacando la espléndida victoria obtenida en Kerlés contra los uzis (1068) y en el asedio a Belgrado (1072).

El reinado de Salomón fue especialmente contradictorio, pues a pesar de estas victorias su carácter despótico y cruel concitó en contra suya las iras de su pueblo. Además, su declarada animadversión en contra de Ladislao llevó a éste a solicitar la ayuda de Otón de Moravia para defenderse, logrando vencer al ejército de su primo en la batalla de Mogyoród el año 1074. Tampoco en esta ocasión Ladislao accedió al trono pues se lo

ofreció a su hermano mayor Geza I, quien falleció a los tres años de reinado, quedando así vacante de nuevo el trono hungarés. Las dotes de gobierno demostradas por Ladislao en tantas guerras y circunstancias movieron al clero y notables del reino a ofrecerle el trono de Hungría el año 1077, que, finalmente, aceptó.

Dispuesto a restaurar la pacífica convivencia con su primo Salomón para lograr la pacificación del reino, le ofreció una dignidad y respetables rentas para su mantenimiento; éste rechazó la propuesta y organizó una conspiración contra la vida del nuevo monarca. Descubierto este plan y detenido Salomón, fue recluido en la fortaleza de Visegrad, en donde se encontraba sepultado el rey Esteban; pero fue liberado y se retiró a tierras del litoral adriático, en donde tiempo después falleció.

En 1083, Ladislao consiguió que se canonizase a San Esteban, primer rey de Hungría, y a su hijo, San Emerico, restableció el culto religioso en su reino, y promovió la vida religiosa según la doctrina de la Iglesia, para lograr un estado cristiano. Dos años más tarde (1085) venció a las tropas cumanas del príncipe Kutesk que habían invadido Hungría instigados por Salomón, su primo, venciéndoles totalmente en 1091. Extendió los confines del reino hacia el suroeste, iniciando una potente política imperial frente a Croacia y Eslovenia. Ocupó la primera entre 1089-90, y donde fundó el obispado de Zagreb. Llamado por su hermana Elena, viuda del rey Zvonimir de Croacia, desplegó su ejército navegando por el río Una y ocupó el reino croata, encargando del gobierno a su sobrino Almos. La ocupación de Croacia influyó muchísimo en su acercamiento a la Santa Sede, pues Urbano II no aceptaba las pretensiones de Ladislao I sobre esta nación, donde Almos, lugarteniente real en el país conquistado, se vio obligado a recurrir al apoyo del emperador Enrique IV para enfrentarse a los ataques de los bizantinos y el *doge* Vital Faliero. La reconciliación de Ladislao I con el emperador Enrique IV el año 1091 fue un éxito del papa Urbano II y, siguiendo la voluntad del papado, Ladislao I dejó de inmiscuirse en los asuntos croatas.

En la corte de Poszony, hoy Bratislava (Eslovaquia), se entregó a la práctica de las más heroicas virtudes, destacando,

sobre todo, en su caridad inagotable y la sobriedad de sus costumbres. Su acendrado espíritu religioso le movió a organizar sabiamente el joven reino de Hungría, limitando la influencia de los príncipes, emprendiendo la reconstrucción de templos y dotándolos de espléndidos beneficios. Tan conocidas eran su atenta caridad y entrega a los ideales evangélicos que era de gran fama este elogio: «No sirve más que para fundar hospitales, erigir iglesias y socorrer a los pobres». Fundó diversos monasterios, como el de Somogyvár para los monjes franceses de Saint-Gilles, creando así una base para la influencia cultural francesa en Hungría. Ordenó la construcción, probablemente por maestros italianos, de las catedrales de Nagyvarad y Gyulafehérvár (Transilvania), y la no menos célebre basílica de Nuestra Señora de Waradín (Rumanía), excelente monumento de piedad hacia la Madre de Dios. En el Sínodo de Szaboles celebrado en 1092, que él mismo presidió, animó al clero a renovar la vida religiosa de su país según la reforma gregoriana, que fue asimilada lentamente.

Conquistó a los bárbaros la Dalmacia, arrojó a los hunos que asolaban las tierras húngaras y venció a los polacos y bohemios. El año 1095 Pedro el Eremita predicó por Europa la organización de la primera Cruzada para reconquistar los Santos Lugares del poder de los moros. En esta ocasión los reyes de España, Francia e Inglaterra le instaron para que se encargase del ejército cristiano, aceptando de buen grado. El papa Urbano II había solicitado, desde el Concilio de Clermont en donde se hallaba, que los príncipes cristianos llevasen a cabo esta magnífica empresa. Ladislao se distinguió por su solicitud en reunir medios necesarios para ello y llevar a buen término la obra proyectada. Una nueva insurrección de los bohemios alteró sus planes, debiendo enfrentarse a ellos. En este intervalo cayó gravemente enfermo, muriendo el día 29 de julio del año 1095 en Nyitra (Eslovaquia), siendo enterrado en Nagyvarad, aunque posteriormente sus restos se condujeron a la magnífica iglesia basilical de Nuestra Señora de Waradín. Según testimonia su leyenda, fue proclamado santo el año 1192, celebrándose su fiesta el 27 de junio, día en que se hizo una traslación de sus reliquias. En este singular acontecimiento refieren las crónicas que

tuvo lugar un manifiesto milagro que contribuyó especialmente a extender su culto. Según los relatos, una madre agobiada por haber parido una criatura afectada por una terrible deformidad corporal acudió al sepulcro del monarca pidiéndole la curación de su querido hijo, obteniendo de inmediato la sanación de aquel cuerpo deforme.

El culto a San Ladislao es muy popular en Hungría, donde cuenta con numerosos templos erigidos en su honor, así como en las naciones vecinas. Es aclamado Patrono de Transilvania, surgiendo rápidamente numerosas leyendas que fueron motivo predilecto de la poesía húngara hasta el siglo XVIII. Su culto se desarrolló profusamente como ejemplar y real caballero, señalado con singular valor y heroica fortaleza, que mereció el título de padre de huérfanos por su distinguida caridad. Las artes plásticas lo efigian siempre con un estandarte nacional en una mano y la espada en la otra, memoria de su intrepidez y la protección dispensada a su patria, o alzando una iglesia en sus manos, como alusión a las muchas que hizo edificar para la gloria de Dios.

ANDRÉS DE SALES FERRI CHULIO

Bibliografía

Martyrologium romanum, o.c., p.342.
El santo de cada día. III: *Mayo-Junio* (Zaragoza 1947) 583-591.

SAN OTÓN DE BAMBERG
Obispo († 1139)

Otón nació en Suabia (Alemania) el año 1063. Tenía 11 años cuando subió al pontificado Gregorio VII. La familia de Otón era noble, aun así, cuando el chico quedó huérfano de padre y madre se vio en la necesidad de tener que trabajar. Alternó sus ocupaciones con estudios de filosofía y ciencias humanas. Para ganarse la vida, salió de Alemania y se colocó en Polonia. Poco a poco se estableció y fundó una escuela que le dio mucho prestigio y buenas ganancias. Es decir, se situó en la vida, dentro de una familia noble, pero a base de mucho esfuerzo.

Cuando ya era sacerdote, el emperador Enrique IV le pidió que acompañara a su hermana Judit a la boda que iba a celebrar con Boleslao III, duque de Polonia. Y así lo hizo. Al morir la princesa, Otón volvió a Alemania y allí el emperador le nombró su canciller.

Ya hemos nombrado al papa Gregorio VII y al emperador Enrique IV. Entre ambos hubo fuertes enfrentamientos, que. afectaron a Otón al encontrarse en medio de ellos. En aquel ambiente de luchas terribles, estar a bien con los dos era una suerte harto difícil de conseguir.

El ambiente de lucha consistía en que, al pasar de los años, el emperador (y muchos reyes) se tomaron la libertad de nombrar obispos por su cuenta, como si la Iglesia y la catedral fueran propiedad particular de ellos.

A eso se le llama investidura laica, y tenía varios inconvenientes serios que el Papa quería solucionar. El primero era que los episcopados se compraban; los obispos eran, pues, simoníacos. Esta simonía llevaba consigo el peligro de que cualquiera, independientemente de su idoneidad, pudiera ser obispo; se conseguía el episcopado sencillamente porque se había comprado la mitra y el anillo de obispo. Y cuando el obispo carecía de integridad humana y cristiana, todo el clero resultaba semejante a él; de ahí que proliferara el concubinato entre muchos curas y frailes. Lo cual terminaba siendo desastroso.

Había que solucionar aquella situación, y por eso, Gregorio VII, en cuanto subió al pontificado, se aplicó a poner en su sitio tanto a la Iglesia como al Estado. Al año siguiente de ser elegido emprende la reforma del clero denunciando el concubinato y la simonía. El emperador se pone de su parte. Pero muchos obispos y curas se enfrentan al Papa, ante el temor de perder su cómoda situación. El enfrentamiento fue muy fuerte.

Al año siguiente (1075) el Papa excomulga a cinco consejeros reales y a algunos obispos. Y prohíbe bajo excomunión la investidura laica. Pero Enrique IV acoge a esos cinco excomulgados y sigue haciendo investiduras laicas. Era la primera vez en que se veían enfrentados al Papa y al Emperador.

El Papa le envía unos legados, unos ministros intermediarios para arreglar el problema dialogando. Pero Enrique los des-

precia, llegando, incluso, a calumniar y deponer al Papa. Gregorio VII, por su parte, reacciona excomulgando al Emperador. Era la primera vez que se daba un caso así en la historia. Todo esto sucedió, a velocidad de vértigo, en el transcurso de un año.

El Papa excomulga al Emperador, lo depone, y dice que sus súbditos están libres del juramento de fidelidad que tenían hecho a Enrique. Y para terminar, depone y excomulga a todos los obispos nombrados anteriormente por la autoridad imperial. Para que todo quede cerrado y bien cerrado, publicó unos estatutos, algunos de cuales decían así:

— Sólo el Papa puede deponer o absolver a los obispos.

— Sólo él puede establecer nuevas leyes, reunir nuevos pueblos o parroquias, hacer de una colegiata una abadía o viceversa, dividir un obispado rico y juntar obispados pobres.

— Que su nombre es el único que se recita en las iglesias.

— Que tiene facultad de deponer a los emperadores.

— Que tiene facultad de trasladar a los obispos cuando la necesidad lo reclame.

— Que puede ordenar a un clérigo de cualquier iglesia.

— Que ningún sínodo, sin su mandato, puede llamarse general.

— Que tiene poder para deponer y absolver a los obispos, sin reunir asamblea sinodal.

— Que puede desligar a los súbditos del juramento de fidelidad prestado a los inicuos.

Ante estos hechos, el Emperador no se rinde, depone a Gregorio VII y escribe cosas horrendas contra él. Pero en eso no fue seguido por sus súbditos. Éstos dijeron que si el Papa no le levantaba la excomunión, dejarían al emperador. Esta actitud es difícil de comprender para nosotros, pero la excomunión era muy grave en aquellos tiempos. El Papa tenía tal poder, que la gente entendía que cuando alguien era excomulgado, no podía ser emperador.

Ante esta situación, Enrique, a pesar de su orgullo, decidió reconciliarse con el Papa, pues de otra forma se jugaba el trono de Alemania. Y dispuso entablar un diálogo en Augsburgo el día de la Purificación de Nuestra Señora del año 1077. Los hechos se producían muy rápidamente.

Para estas fechas, Otón tenía 15 años. Pero no era un chiquillo y comprendía bien lo que ocurría a su alrededor.

Al acercarse el 2 de febrero de 1077, Gregorio iba camino de Augsburgo. Pero al llegar a Mantua, se entera de que Enrique está en Italia. Para evitar este encuentro, se detuvo en la fortaleza de una buena amiga suya, la condesa Matilde de Tuscia, en Canosa. Y allí permaneció hasta ver qué pasaba. Enterado de ello el Emperador, acudió a Canosa a pedir perdón.

Gregorio tuvo a Enrique a sus pies, a la puerta de su casa, en el duro invierno, en plena calle. Y lo tuvo allí tres días y tres noches. Al cabo de ese tiempo, y gracias a la intercesión de Matilde, Gregorio recibió al Emperador y le concedió un amplio perdón. Este hecho de Canosa ha pasado a la historia como una de las escenas más duras de la vida de la Iglesia. Un emperador, en lágrimas, esperando día y noche el perdón del Papa.

El perdón llegó, pero las cosas siguieron igual o peor. Los nobles alemanes, descontentos con esta situación tan embarazosa, enfadados con la postura de su obstinado emperador, lo destituyen y ponen en su lugar a Rodolfo de Suabia.

Ante tan gran conflicto, los dos supuestos emperadores acuden al Papa, pero éste se mantiene neutral y se niega a entrar en ese lío político. Enrique, que creyó que tras su perdón el Pontífice se mantendría siempre a su lado, exigió de éste un reconocimiento para él, amenazando que, si no era así, pondría un antipapa al frente de la Iglesia.

Gregorio VII, en el sínodo cuaresmal de 1080, hace tres cosas de gran trascendencia. Lanza la segunda excomunión a Enrique; lo depone de su puesto y reconoce como emperador a Rodolfo de Suabia. Nuestro amigo Otón tenía entonces 18 años y ya empezaba a pensar con su propia cabeza.

Enrique, amigo de Otón, reúne en la fiesta de Pentecostés de ese mismo año, 1080, en Maguncia, una asamblea de obispos. Y realiza otras tres acciones: depone a Gregorio, coloca en su lugar al antipapa Clemente III, y deja herido en una batalla a Rodolfo de Suabia. Después, se dirige a Italia en enero de 1081 para que el nuevo papa, de fabricación propia, le corone emperador.

Llegada la fiesta de Pentecostés de ese año, y al ver Enrique que no puede entrar en Roma porque nadie lo acepta, planta en

pleno campo una tienda de campaña y hace que Clemente III le corone emperador. Tras ello asedió Roma. Tres años duró el asedio, entrando por fin en Roma en 1084 y deponiendo al papa Gregorio. El Papa tuvo que refugiarse en el castillo de Santangelo.

Grandes amonestaciones le hizo Otón al emperador por la persecución que hacía al Papa. En aquella época, Otón era un noble que se había ganado la simpatía del Emperador. Y se tomaba la libertad de expresarle su disconformidad. Otón tenía tales dotes de suavidad y persuasión que Enrique no se enfadaba nunca. Por fin el Emperador abandona Roma; el Papa va a Montecasino y después a Salerno. Allí vivirá en el exilio.

A finales de 1084 el Papa excomulga de nuevo al emperador y a Clemente III. Y el 5 de mayo de 1085 se muere pronunciando unas famosas palabras: «Amé la justicia y odié la iniquidad; por eso muero en el exilio». Otón tenía entonces veintitrés años de edad. Veinte años después Enrique le nombró obispo de Bamberg, Alemania; tres años más tarde muere el Emperador y ese mismo año el papa Pascual II le concede el episcopado.

Él estaba deseando arreglar su situación, pues comprendía que no se podía aprovechar del nombramiento civil dado por el emperador. Una vez reconocido obispo por el Papa, se dedicó con toda su alma a su labor pastoral como obispo.

Boleslao IV, duque de Polonia, conquista Pomerania (Alemania) y encarga a Otón la evangelización de aquella zona. Más tarde, Wratoslao II, duque de Pomerania Superior, recibe el bautismo con todos sus súbditos en 1124. Sin duda, la evangelización de toda aquella región fue obra de Otón.

Además de esta labor evangelizadora, Otón seguía intentando reconciliar a los dos bandos, el del Emperador y el del Papa, entre los que se encontraba a medio camino, lo que le creaba una difícil situación. No obstante, cumplió su papel lo mejor que pudo.

El año 1122, cuando Otón tenía 60 años, se celebró el Concordato de Worms. Fue una reunión para decidir acuerdos que afectaban a las regiones alemanas. Nuestro obispo tuvo allí una gloriosa intervención; se notó su presencia y su poder de persuasión. En él se determinó:

En favor de la Iglesia: los obispos y abades serán elegidos libremente y consagrados con igual libertad. En favor del Emperador (Enrique V): que pueda estar presente en la elección de los prelados; que en caso de elección controvertida, podría auxiliar a la parte más sana. Era un paso muy grande para arreglar el conflicto de las investiduras.

Luego vino el I Concilio de Letrán. Otón estuvo presente. Allí se ajustaron más los decretos, que se extendieron, además, a toda la Iglesia (1123). Otón contaba entonces 61 años.

A la edad de 77 años, lleno de méritos por sus muchos trabajos en favor de la paz y la evangelización, murió el 30 de junio de 1139. El papa Clemente III lo canonizó en 1189. La urna que guarda sus restos se conserva en Hannover, en el tesoro del Elector.

FÉLIX NÚÑEZ URIBE

Bibliografía

Biblioteca sanctorum, IX, 1316.
Historia de la Iglesia Católica BAC, tomo II p.104 y 370-385.
El magisterio de la Iglesia (Denzinger) p.359-367.

BEATO JENARO MARÍA SARNELLI

Presbítero († 1744)

> «Oigo algunas veces de los principios de las Órdenes decir que, como eran los cimientos, hacía el Señor mayores mercedes a aquellos santos nuestros pasados. Y es ansí, mas siempre habían de mirar que son cimientos de los que están por venir».

Estas palabras de Santa Teresa de Jesús en el libro de las *Fundaciones* (c.4, n.6) podrían ser aplicables al Beato Jenaro María Sarnelli, porque su vida, de extraordinario fervor, se desarrolla en los comienzos de una nueva Congregación religiosa, la del Santísimo Redentor, o Redentoristas. Fue compañero y amigo del fundador, San Alfonso María de Ligorio, a quien apoyó decididamente en momentos difíciles y con quien colaboró en los trabajos iniciales facilitando algunas fundaciones y siendo un extraordinario predicador, un misionero en el sentido más auténtico de la palabra, un verdadero evangelizador de toda clase

de personas, especialmente de la gente sencilla de los campos y de las ciudades, para lo cual estaba naciendo la nueva fundación. Y, a quienes recordamos hoy a este beato, nos sirve también la reflexión de la Santa de Ávila, porque traer al presente a estos santos primeros pone en evidencia que, cada uno en nuestra propia vocación, somos «cimientos de los que están por venir. Porque si ahora, los que vivimos, no hubiésemos caído de lo que hicieron los pasados, y los que viniesen después de nosotros hiciesen otro tanto, siempre estaría firme el edificio».

Perteneciente a la nobleza napolitana, muy culto —ejerció la abogacía antes de ser sacerdote, estudió Sagrada Escritura y Teología y escribió una veintena de libros—, Jenaro María Sarnelli dedicó su vida y actividad a evangelizar a nobles y a plebeyos, a burgueses y a mendigos; a los enfermos, a los niños de la calle, a los campesinos, a los olvidados de todos. Su predicación estuvo sustentada por el asiduo ejercicio de la oración, y también por la gran fragilidad física, que le requirió un sacrificio constante. Así, su vida, que sólo alcanzó los 42 años de edad, fue el auténtico testimonio que dio eficacia evangélica, entonces y después, a sus palabras y a su actuación.

Sus contemporáneos captaron enseguida su honda densidad espiritual y su acierto en discernir la necesidad urgente, de modo que supo estar donde y como le requería la vocación recibida de Dios. Así lo ponen de manifiesto sus primeros biógrafos, como San Alfonso María de Ligorio, que escribió pronto la vida del compañero y amigo: *Ristretto della vita e virtù del Servo di Dio D. Gennaro M. Sarnelli, della Congregazione del Ssmo. Redentore* (1752). Y también uno de los primeros redentoristas, el P. Giuseppe Landi: *Vita del P. D. Gennaro M. Sarnelli, della Congregazione del Ssmo. Redentore* (1782). Ambas biografías son fuente de primer orden porque pertenecen a cualificadísimos autores que conocieron y quisieron al beato, y que pusieron por escrito lo que ellos mismos habían visto y oído.

Jenaro María Sarnelli nació en Nápoles (Italia) el 12 de septiembre de 1702. Era el quinto de los ocho hijos de los Barones de Ciorani, Ángel Sarnelli de Bracigliano y Catalina Rosa Schioppa, que habían contraído matrimonio en 1697. Pertenecían a la nobleza napolitana y vivían en alta posición social y

económica. El padre era abogado y, lo mismo que su esposa, muy buen cristiano. Gozaban de óptima fama en la ciudad.

Fue bautizado el 14 de septiembre, a los dos días de nacer, y le impusieron los nombres de Jenaro María Francisco José Roque. El primero, porque en aquellos días se celebraba la novena de San Jenaro, protector principal de la ciudad de Nápoles, y María porque estaban dentro de la octava de la Natividad de Nuestra Señora. Los otros nombres, por sus familiares.

De pequeño recibió la formación que correspondía a su alcurnia, y fue educado en la práctica de la religión cristiana, igual que sus hermanos. De ellos, Juan, mayor que él, fue jesuita; Andrés, que le seguía en edad, un ejemplar sacerdote diocesano que también ayudó a San Alfonso María en los trabajos fundacionales de la Congregación del Stmo. Redentor poniendo a disposición suya algunas posesiones; y otro, que era capitán del ejército, renunció a la milicia por virtud.

La infancia y juventud de Jenaro María transcurrieron en la ciudad de Nápoles o en el feudo paterno de Ciorani (Salerno), donde solía trasladarse la familia en el verano. Sus biógrafos lo describen muy inclinado a la piedad y a las virtudes cristianas desde pequeño, cariñoso con todos y fácil para pedir perdón si provocaba algún enfado en los demás.

Cuando contaba 14 años de edad, a raíz de la beatificación de San Juan Francisco de Regis, de la Compañía de Jesús, llamado «el apóstol de los pobres», sintió deseos de hacerse jesuita. El padre, aunque sin oponerse a la posible vocación, lo disuadió de momento: ya había dado un hijo a la Compañía y consideraba que Jenaro era demasiado joven para tomar tal decisión. Le aconsejó que estudiara jurisprudencia, y así lo hizo, licenciándose en 1722, con veinte años de edad, en Derecho civil y eclesiástico.

Durante seis años ejerció su carrera de leyes, igual que el padre, siendo el abogado de los duques de Cirifalco y de las Salinas Reales. Refiriéndose a estos años, el P. Landi narra:

> «En medio de estas ocupaciones no dejaba la misa cada mañana, ni la oración mental, de la cual estaba tan enamorado que, en los ratos libres, se iba a la Iglesia de San Francisco Javier. Si llegaba alguno a buscarlo y no estaba en casa, los criados, que conocían sus costumbres, solían decir: Id a San Francisco Javier y allí lo encontraréis».

Mientras ejercía su profesión se inscribió en la «Congregación de los caballeros togados y doctores» que tenían los Sacerdotes Píos Operarios en San Nicolás. Entre las reglas de esta congregación figuraba la de visitar los lunes a los enfermos del Hospital de incurables, obligación que Jenaro María cumplió fielmente desde el comienzo. Para él fue decisiva esta actividad, a la que se dedicó cada vez más asiduamente, y en la que descubrió la llamada del Señor. Escribe el P. Landi:

> «Solía ir a servir más veces a la semana a los enfermos del Hospital de los Incurables en Nápoles y solía decir que allí se veía como circundado de la luz de Dios. El hospital, como él decía, le servía de continua meditación y salía de allí consolado en el espíritu y lleno de Dios. En este lugar fue llamado por el Señor a dejar el mundo y las grandezas del siglo. En efecto, con el consejo de su Padre espiritual, resolvió dejar los tribunales y el oficio de abogado —que era también el del señor Barón, su padre— y hacerse sacerdote para atender solamente al servicio divino. Por eso, una vez que tomó el hábito eclesiástico, se separó totalmente de las cosas del mundo, dando como limosna a los pobres el dinero que tenía reservado e incluso sus vestidos de seglar, y se dedicó a una vida toda de Dios, gastando desde entonces todos sus días en la oración y en el estudio de las ciencias necesarias a un Sacerdote, y también en obras de caridad para con el prójimo».

Convertido en seminarista de la Iglesia napolitana en 1728, con 26 años de edad, permaneció al principio en la casa de sus padres, que acogieron muy favorablemente su decisión, incardinado por el cardenal Pignatelli en la parroquia de Santa Ana del Palacio, donde había sido bautizado. Ese mismo año comenzó con San Alfonso María de Ligorio —a quien conoció en el Hospital de incurables— las llamadas «capillas vespertinas», o del atardecer, como actividad apostólica de la «Congregación de los caballeros togados y doctores». Empezaron reuniendo a los niños y a los pobres de las calles de Nápoles, primero en lugares públicos, luego en casas privadas y, finalmente, por deseo del cardenal-arzobispo, en diversas iglesias o capillas de la ciudad.

En 1729 llegó a Nápoles Mateo Ripa, misionero de China, para fundar la «Congregación de la Sagrada Familia», destinada a formar sacerdotes que se dedicaran luego a la evangelización de aquel país. Lo inició con algunos chinos llegados de Roma, y Jenaro María Sarnelli fue uno de los primeros napolitanos que

se acercaron a esta fundación, dejando la opulenta casa familiar y yéndose a vivir muy austeramente con ellos. Su ejemplo animó a otros jóvenes que lo imitaron, entre ellos su amigo Alfonso María de Ligorio, que ya era sacerdote.

La vida de San Alfonso escrita por el P. Antonio María Tannoia, su compañero y discípulo, insiste en la pobreza y austeridad del «Colegio de los chinos» fundado por Mateo Ripa, lo cual le da pie para alabar su espíritu de penitencia. Lo mismo afirma de Jenaro María, añadiendo que allí se dedicó éste con gran intensidad al estudio de la Sagrada Escritura y de la teología, especialmente a través de Santo Tomás. Continuó también con sus visitas al Hospital de incurables y comenzó a ejercitarse en el ministerio instruyendo a niños y jóvenes, sobre todo a los más pobres y abandonados, a quienes salía a buscar a las afueras y a los pueblos de Nápoles. Fue importante esta actividad —la preferida por San Alfonso María— porque orientó su vida posterior.

Después de pasar un año con la comunidad de los padres chinos, en abril de 1730, regresó a la casa de su familia. Continuó atendiendo a los niños de la calle, sobre todo a los que se veían obligados a trabajar al servicio de los ancianos del hospicio de San Jenaro *extra muros* y de los condenados a las galeras recluidos en el Hospital de la dársena. Sus primeros biógrafos recuerdan que los reunía en una habitación de la casa de sus padres, se ocupaba de ellos, les daba de comer, les lavaba y les enseñaba la doctrina cristiana.

Para comprender el alcance de su actuación —y la de San Alfonso María de Ligorio— hay que tener en cuenta el contexto napolitano de entonces, donde convivían, socialmente muy distanciadas, la alta y nutrida nobleza, dueña de los recursos económicos y del poder, y la numerosa, pobre y analfabeta plebe, que cultivaba los campos de sus señores o malvivía de sus oficios, muchas veces en total indigencia y abandono, con una religiosidad más ligada a la superstición, a la emotividad o a costumbres ancestrales, que al cristianismo que decían practicar. A ellos de dedicó por completo el Beato Jenaro María Sarnelli.

Después de haber percibido en sí esta llamada, el tiempo de su formación para el sacerdocio fue también para Jenaro de amistad y de apostolado con Alfonso María de Ligorio, ya que

seguían con las «capillas vespertinas», obra continuada por Sarnelli cuando en 1732 San Alfonso dejó el Colegio chino y marchó a la ciudad de Scala (Salerno, diócesis de Amalfi) para fundar la que había de ser «Congregación del Santísimo Redentor». Además, en 1731, Jenaro María se había hecho miembro de la «Congregación de las Misiones Apostólicas», o «De Propaganda», que perseguían la misma finalidad de evangelización del pueblo sencillo.

Después de haberle sido conferidas las órdenes menores, el 8 de julio de 1732, sábado después de Pentecostés, el Beato Sarnelli fue ordenado presbítero por el cardenal-arzobispo Francisco Pignatelli, que enseguida le envió como «Delegado para la doctrina cristiana» a la parroquia de los Santos Francisco y Mateo, en el corazón de uno de los barrios más populosos y de peor fama de Nápoles.

Allí Sarnelli tomó amplia conciencia de la plaga de la prostitución, difundida especialmente entre las niñas y, sin abandonar las otras actividades, inició una ferviente campaña de recuperación y prevención, para ayudar a salir de ella a las mujeres obligadas a vivir en esa degradación moral.

San Alfonso María de Ligorio, después de su intensa actividad apostólica en Nápoles, donde, como hemos dicho, entabló amistad y promovió actividades con Jenaro María, el 9 de noviembre de 1732 daba inicio en Scala a la entonces llamada Congregación del Santísimo Salvador, después del Santísimo Redentor (Redentoristas), dedicada a evangelizar a la población pobre y abandonada de los suburbios, los campos y los pueblos.

Pero mientras San Alfonso fundaba el primer colegio de la congregación en un local proporcionado por el obispo mons. Santoro, se desató en Nápoles una intensa oleada de críticas contra él. Buen conocedor de la obra que Alfonso estaba iniciando y de las actitudes que le movían a ello, y completamente compenetrado con su actividad y con su espíritu, D. Jenaro María Sarnelli se apresuró a defenderlo, afirmando que San Alfonso no estaba siendo movido por la ambición, ni por ilusiones vanas, sino que procedía después de haber orado mucho y de haber pedido consejo a personas sabias y prudentes. Es más, con el deseo de apoyarlo, en junio de 1733 se trasladó

a Scala para encontrarse con él, que, además, estaba pasando un duro momento, ya que acababa de ser abandonado por la mayoría de sus primeros compañeros a causa de la Regla que él deseaba para la nueva congregación. Fue de gran consuelo para San Alfonso la cercanía y apoyo de Sarnelli, que, una vez allí, colaboró con él en una importante misión llevada a cabo en Ravello.

Durante la predicación, en los diálogos con el santo, Jenaro María tomó aún mayor conciencia del valor evangélico del carisma de la nueva fundación y, vuelto a Nápoles, continuó defendiendo el naciente Instituto de las críticas y acusaciones injustas que le hacían los hermanos de las Misiones apostólicas. Además, hasta tal punto se sintió compenetrado con la naciente obra, que a finales de julio del mismo año 1733 decidió adherirse al proyecto alfonsiano, solicitando pertenecer a la Congregación del Santísimo Salvador. Lo narra así el mismo San Alfonso:

> «Deseando la mayor perfección, con el consentimiento de su Padre espiritual, que fue el conocido Siervo de Dios P. Manulio, de la Compañía de Jesús, se retiró a la Congregación del Stmo. Salvador, entonces nuevamente erigida en la Ciudad de Scala desde el año 1732 bajo la protección de Mons. Falcoia, Obispo de Castellmare, y allí vivió más años continuamente, para la edificación común. Pero por razón de su salud deteriorada, y también para atender las importantes obras que tenía entre manos para librar a las jóvenes de la prostitución, como diré después, lo cual necesitaba de su presencia en Nápoles, también con consejo de su Director (porque hay que decir que todo lo que hacía lo realizaba con el consejo de su Padre espiritual) fue necesario trasladarse a Nápoles. Desde allí, de cuando en cuando, según se lo permitía su salud, no dejaba de acudir a Scala para ayudar a los Padres en sus Misiones, y en los otros trabajos apostólicos, en los cuales se ejercitaba continuamente en Nápoles ayudando al prójimo. Tanto era así que fue considerado apto para el trabajo pastoral en su diócesis por el Emmo. Arzobispo de Nápoles Cardenal Spinelli, y a este empeño se dedicó después durante años, hasta el final de su vida, con el provecho que se sabe, y con la satisfacción de este celosísimo Pastor».

Los primeros biógrafos de Sarnelli detallan cómo, conociendo que San Alfonso estaba fundando una congregación para el bien de los campesinos que vivían olvidados de todos en casas aisladas o en pueblos pequeños, y que los congregantes

llevarían una exigente vida religiosa, no sólo amó y defendió el Instituto, sino que, como hemos dicho, decidió inscribirse en él. Aunque su director espiritual reconoció enseguida la llamada de Dios, pensó que era necesaria mucha oración para llevarla a cabo y así se lo comunicó a Sarnelli. Éste, no obstante, escribió enseguida —julio de 1733— a San Alfonso, pidiéndole ser de los suyos, aunque le advertía que pensara bien si debía admitirle, por ser de tan frágil salud y tan indigno.

San Alfonso gozó intensamente con la resolución del amigo y le respondió aceptándole. Unas semanas después recibía nueva carta de Sarnelli, quien, asegurado en su vocación, le manifestaba que deseaba entrar en la naciente congregación y cumplir el fin principal de la misma: evangelizar a los pobres y abandonados y «regenerar el mundo mediante la educación y la instrucción de los niños», y de este modo complacer a Dios y hacerse santo. Y añadía:

> «Yo os suplico a V R y a todos esos Padres tan buenos que, cuando en el sacrificio de la Misa pongais ese poquito de hostia en el caliz, metais alli mi corazon y receis a Jesucristo que me saque hasta la ultima gota del veneno del amor propio»

Tanto gozó San Alfonso con esta decisión que no pudo dejar de comunicársela a un sacerdote amigo, D. José Cerchia, diciéndole: «Nuestro D. Jenaro ya viene», y le exhortaba a seguir su ejemplo. Así, el Beato Jenaro María Sarnelli ingresó en la Congregación del Santísimo Redentor en la antigua ciudad de Scala, donde San Alfonso María de Ligorio la estaba fundando. No existía todavía una Regla aprobada —la primera es de 1749, cinco años después de la muerte de Sarnelli—, pero su vida fervorosa y su incesante trabajo de evangelización contribuyó, sin duda, a fortalecer y dar densidad espiritual a este nuevo carisma.

Cuando D. Jenaro María hubo de regresar a Nápoles, apoyado por su hermano Andrés, sacerdote, pidió a su padre que permitiera a San Alfonso instalarse en el feudo familiar de Ciorani y fundar en él una casa de misioneros redentoristas, y que le diera medios para ello. Obtuvieron, en efecto, que el padre le cediera un edificio construido por él, con amplio jardín, y pusiera a su disposición el dinero suficiente para convertirlo en

convento y fundar una iglesia. Y el Barón consintió además que, mientras se hacían las obras, se utilizase para las misiones una gran sala de su palacio y la iglesia anexa, llamada de Santa Sofía. Además, D. Andrés Sarnelli dio a San Alfonso unas viñas que había heredado para ayudar en los gastos.

El padre colaboró también económicamente en la fundación de la casa redentorista de Villa degli Schiavi, donde Jenaro María predicó una gran misión de cuaresma. Recuerdan las crónicas antiguas el esfuerzo y el tiempo que dedicaba a evangelizar y a confesar.

También cuentan las crónicas que explicaba la palabra de Dios con mucho celo y oía las confesiones de los fieles con grandísimo fruto para ellos. Cuando llegaba, decía la gente: «Vamos a escuchar al Santo que predica». Lo hacía con tanto celo y unción que quienes lo oían enseguida se sentían movidos a confesarse. En los trabajos de su ministerio era incansable, no obstante su mala salud, y en las misiones confesaba todo el día, excepto el tiempo de la prédica y el de una sencilla comida tomada normalmente en la sacristía, o un poco de chocolate, o uvas pasas con pan. A quienes le reprochaban que se cuidaba muy poco siendo físicamente tan frágil, respondía enseguida que, si hubiera querido trabajar con salud, no habría predicado ni escrito libros piadosos.

Hasta abril de 1736 se dedicó a las misiones populares tan sin ahorrar esfuerzos que casi le cuestan la vida. Y cuando no podía misionar por los campos y pueblos por su frágil salud, solía decir que predicaría «hasta el día del juicio» mediante los libros que pensaba escribir. San Alfonso María de Ligorio lo narra de este modo:

> «Su celo por el bien de las almas le llevó a grandes fatigas y a grandes gastos para editar sus libros. En ellos, sólo con ver el espíritu con que los escribió y, especialmente, las materias que eligió para tratar, se percibe que tenía un gran deseo de santificar a todo el mundo. Imprimió primero *El mundo santificado,* que verdaderamente se puede decir que ha santificado a todo el mundo; publicó un libro entero contra el vicio de la blasfemia; imprimió un tratado del respeto que se debe a la Iglesia; publicó un librito sobre la obligación de los padres y las madres de educar a sus hijos, publicó otro libro sobre la guía de las almas espirituales, titulado *La discreción de los espíritus;* otro libro publicado por él con mucha fatiga,

porque lo compuso en medio de los dolores de la agonía, fue el del *Cristiano iluminado* Y otros libros que citare después»

Se percibe, pues, su celo en las obras que se proponía hacer, algunas de las cuales, después de comenzadas, las ha dejado sin concluir, como un tratado sobre la ayuda a las almas del purgatorio y otro sobre el modo de agradar a Dios en las flagelaciones públicas Otro devotísimo libro de selectas reflexiones devotas para todos los días del año y, además, todos los libros que tenía en su mente escribir, como uno con sermones sobre María para cada sábado y para todas sus novenas; otro con meditaciones sobre María; un libro de instrucción catequística, y otros En resumen: todos sus libros los compuso con el deseo de ayudar a las almas, incluso después de su muerte, y cuando estaba muriendo dijo al canónigo Sersale· «Señor canónigo, yo quiero predicar hasta el día del juicio».

Algo restablecido físicamente después de su intensa actividad misionera, para su curación más completa fue obligado a establecerse en Nápoles, con la autorización del obispo Falcoia y de San Alfonso. Vuelto a la casa paterna, no se separó, sin embargo, de la congregación redentorista, reuniéndose con los hermanos cada vez que San Alfonso lo llamaba para el apostolado de las misiones.

En la capital volvió a tomar el ritmo de vida anterior a su ingreso en la congregación, dedicando los años que median entre 1736 y 1741 a la publicación de gran parte de sus escritos; a las campañas para la rehabilitación de las prostitutas y contra el abuso de la blasfemia, y a la difusión entre los laicos del pueblo de Dios de la práctica de la oración mental. «Apóstol santo de Nápoles», le llamaba la gente.

Es de notar que en 1741, preparando la visita a la diócesis del cardenal-arzobispo Spinelli, programó y participó en una gran misión en los pueblos y caseríos de los alrededores de Nápoles, espiritualmente muy abandonados. D. Jenaro María pidió al cardenal que la dirección de esta misión fuera confiada a San Alfonso María de Ligorio y a los redentoristas. Así fue hasta el comienzo del verano de 1742, porque San Alfonso hubo de dejar la campaña misionera para regresar a Ciorani. Sarnelli, para ayudar una vez más al amigo en este otro momento difícil, ce-

dió al deseo del cardenal, aceptando sustituirle en el encargo. Guió la misión hasta septiembre del año siguiente, cuando, ya extenuado y sin fuerzas, tuvo que renunciar a ello. A pesar de todo siguió predicando hasta el mes de abril, cuando, ya agotado, regresó a Nápoles, donde murió el 30 de junio de 1744, a los 42 años de edad, en casa de su hermano Domingo. Lo narra de esta manera el P. Landi:

> «Después en Nápoles, además de la obra de las prostitutas, sobre lo que compuso un libro bastante docto, se dedicaba tan completamente y con tanto celo a ayudar a las almas que el Emmo. Cardenal Spinelli, entonces Arzobispo de Nápoles, habiendo llamado al P. Alfonso de Ligorio, Rector Mayor de nuestra Congregación, para venir a cultivar con sus compañeros a través de las Misiones los caseríos de su diócesis, quiso expresamente que uno de sus compañeros fuera el P. D. Jenaro María. Les asignó para ello una habitación permanente en las dependencias del Casal de S. Iorio, en el lugar llamado S. Agnello, con la finalidad de andar girando por otros caseríos de Nápoles a expensas del Emmo. Cardenal Arzobispo. Y como el susodicho P. D. Alfonso hubo de marcharse de la Diócesis de Nápoles por asuntos de su Congregación, el Cardenal dejó el encargo de todas las Misiones de los caseríos de Nápoles al mismo P. Jenaro María, el cual continuó la obra comenzada junto con el señor D. Mateo Testa, excelente misionero, después dignísimo Arzobispo de Reggio y hoy Capellán Mayor del Rey de Nápoles Fernando IV. Y así, siguió ocupándose activamente en estas Misiones, con inmenso provecho de los pueblos hasta su bienaventurada muerte, que le llegó pocos años después en Nápoles, con gran tristeza no sólo del Emmo. Arzobispo, sino de toda la ciudad, que lloró la muerte de un obrero tan grande de la viña del Señor diciendo, como hoy se dice, que él solo valía por diez Misioneros».

San Alfonso María de Ligorio, en la breve biografía del Beato Sarnelli, describe detalladamente su muerte. Éstos son algunos de los párrafos del amplio relato:

> «Pero hablemos de su última enfermedad y dichosa muerte. Él hizo su última Misión en Polisipo, consumido por las fatigas y las penurias. Retirado de esta Misión a S. Aniello, se agudizaron sus dolores de tal manera que dejó sus acostumbrados y continuos afanes, incluso no confió en poder celebrar la Misa, signo conocido por todos de que estaba cercana su muerte, porque nunca la había querido dejar, como dije antes. Un día, que se quiso esforzar en decir la Misa, se desvaneció sobre el altar.

Agravandose en la enfermedad, se retiró a Nápoles, a casa de su hermano, donde estuvo enfermo un mes y algunos días mas, siempre creciendo en los dolores, y sin dejar nunca su oración Y como todavía duraba su desolación, buscaba consuelo en los Siervos de Dios que iban a visitarlo [. .].

Quince días antes de morir, se acostó para no levantarse más. En este tiempo el Señor le quiso aligerar la cruz de las miserias de la vida y comenzó a gozar en adelante de una gran paz y, quitándosele cualquier otra preocupación, se encendió en él un gran deseo de unirse con Dios en la Patria Santa. Tanto que, al decirle un criado de su padre que esperase en Dios, que se pusiera bien y que se levantara, respondió. ¡Oh! Si pudiera gritar, gritaría ahora mismo, mi única consolación es pensar que he de morir, ¿y tú me hablas de levantarme?

En este tiempo demostró qué grandes habían sido sus sufrimientos y su caridad, pues mientras padecía dolores insufribles, teniendo necesidad de continua asistencia, compadecía al criado que lo servía. Y cuando tenía que pedir alguna cosa, decía a un Hermano de la Congregación del Stmo. Redentor que le envió el Superior de la misma para asistir a este Hermano tan amado y estimado: Hermano, ten paciencia por amor a Jesucristo, porque ya me queda poco tiempo. En este tiempo dio todas las cosas que le quedaban [...].

Una vez se oyó decir de un Hermano que le asistió en su última enfermedad estas afectuosas palabras con Dios· Padre mío, heme aquí. Ya la criatura vuelve al Creador, el hijo vuelve al Padre. Señor, si os place, suspiro por ir a veros cara a cara, pero no quiero ni morir ni vivir, quiero sólo lo que Vos queráis. Vos sabéis que cuanto he hecho, cuanto he pensado, todo ha sido para gloria vuestra. Estas últimas palabras, dichas por un moribundo en ese momento supremo de la verdad, testifican que verdaderamente él actuó según lo que estaba diciendo [...].

El médico lo visitó en la mañana del martes 30 de junio hacia las 14 horas y, cuando se fue, dijo· ahora quiero entrar en una dulce agonía [..] El hermano, viendo que se acercaba la hora, mandó llamar a un Sacerdote, y éste empezó a sugerirle algún sentimiento sobre Dios. Pero él le interrumpió diciendo: Déjame hablar a mí, y comenzó a hacer dulces coloquios con Dios, que casi no se entendían porque iba perdiendo las fuerzas y la palabra

Entrando en agonía, los Hermanos de la Congregación que lo asistían le pidieron la bendición y él, alzando la mano, los bendijo Duró la agonía una media hora, y durante este tiempo, teniendo entre sus manos un Crucifijo, no dejaba de besarlo cada poco. Recibió la absolución y plácidamente expiró hacia las 16 horas del martes 30 de junio de 1744, a la edad de 42 años, la antevíspera de la Visitación de María, como él había siempre deseado en vida: morir durante una novena de María».

El P. Tannoia, en la *Vida de S. Alfonso,* se refiere al sentimiento que le produjo la muerte del P. Sarnelli:

> «Si Alfonso fue consolado por este éxito (había obtenido del Rey poder construir una casa con iglesia en Pagani), Dios, que con la cruz quería hacerle un gran Santo, lo visitó quitándole al excelente P. Jenaro M. Sarnelli, una de las piedras angulares de su naciente Congregación. Entregó este buen Padre su hermosa alma a Dios el 30 de junio de 1744, siendo llorado por todos los buenos, después de haber soportado infinitos trabajos por la gloria de Dios y de haber estado muchas más veces en peligro de perder la vida [...] Si muy sensible fue para Alfonso esta pérdida, se consoló con la firme esperanza de haber ganado en el Cielo un solícito protector del bien de la trabajada Congregación. Tenemos una vida de Sarnelli escrita en síntesis por el mismo Alfonso».

El gran misionero Jenaro M. Sarnelli fue sepultado inicialmente en la iglesia napolitana de María Auxiliadora y en 1894 su cuerpo se trasladó a la iglesia redentorista de San Alfonso y San Antonio de Tarsia. Desde el 25 de octubre de 1994 sus restos son venerados en la iglesia de Ciorani, el que fue feudo de sus padres.

Con gran fama de santidad ya en vida, su causa de canonización comenzó en 1861 en la diócesis de Nápoles. La primera fase quedó concluida en 1874 con el decreto de introducción de la causa en la Sagrada Congregación de Ritos de Roma. El proceso apostólico se desarrolló desde 1878 a 1881, y el 2 de diciembre de 1906 el papa San Pío X lo proclamó Venerable, decretando la heroicidad de su virtud. Ha sido beatificado en Roma por Juan Pablo II el 12 de mayo de 1996.

MARÍA ENCARNACIÓN GONZÁLEZ RODRÍGUEZ

Bibliografía

CHIOVARO, F. (ed.), *Storia della Congregazione del Santisimo Redentore.* I/I: *Le origini (1732-1793)* (Roma 1993).

FERRERO, F., *El Beato Jenaro M.ª Sarnelli. Misionero redentorista apóstol de Nápoles (1702-1744)* (Madrid 1996).

LONDOÑO, N., *Un excluido entre los excluidos. Notas sobre la obra moral de Jenaro Sarnelli.* (Servicio Informativo Redentorista, Bogotá, 1 de septiembre de 1995).

MARRAZZO, A., *Documentazione bio-bibliografica su Gennaro Maria Sarnelli* (Roma 1995).

SARNATARO, S., *La catechesi a Napoli negli anni del Card. Giusseppe Spinelli (1734-1754)* (Nápoles 1989).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTA ERENTRUDIS DE NONNBERG

Abadesa († 718)

Nacida en la Francia occidental, acudió a la llamada de su tío San Ruperto, obispo de Salzburgo. Este santo prelado había fundado un monasterio femenino en Nonnberg y deseaba una persona de su confianza al frente del mismo, a fin de que secundara con claridad los criterios que él tenía sobre lo que debe ser la vida conventual. Por ello, conociendo las cualidades de su sobrina, la llamó y la puso al frente del monasterio como abadesa.

Erentrudis fue digna completamente de la confianza que el obispo ponía en ella, pues supo darle al monasterio el clima de regularidad monástica y espíritu de oración que ella misma vivía, y acogiendo los deseos apostólicos del santo prelado admitió en el monasterio jóvenes educandas en las que infundió un sincero espíritu cristiano, devolviéndolas al mundo para ser excelentes esposas y madres de familia y surgiendo también entre ellas las vocaciones monásticas. Erentrudis murió poco tiempo después de su tío, el 30 de junio del año 718, según parece, y desde el principio recibió culto en la iglesia de Salzburgo.

SAN TEOBALDO

Presbítero y ermitaño († 1066)

Teobaldo o Thibaut era hijo del conde Arnoldo de Champagne y de su esposa Gisela, y nació en Brie el año 1017. Educado cristianamente en el seno de su casa y destinado inicialmente a la vida militar, leyó con admiración la vida de los Padres del desierto y cobró el deseo de imitarlos. Entusiasmado con sus ejemplos, hizo privadamente el voto de abandonar el mundo y dedicarse a la vida de austeridad y contemplación, sirviendo solamente a Dios. Cuando su padre le propuso marchar al frente de un cuerpo de tropas, Teobaldo se sinceró con su padre y le contó su voto, y el padre le dio su licencia para poder vivir en conformidad con él.

Entonces, acompañado de su amigo Gautier, que compartía con él el mismo ideal, marchó al monasterio de Saint-Remi en Reims, donde ambos abandonaron sus vestidos suntuosos y se vistieron como mendigos y mendigando para subsistir se fueron a la selva de Pettingen en Luxemburgo, donde construyeron dos celdas y se dedicaron a la contemplación. Echaban peonadas durante el día para las familias de los poblados cercanos y de su trabajo vivían en la pobreza de sus chozas, simultaneando el trabajo y la plegaria. A la caída de la tarde los dos recitaban el oficio divino. Su conducta atrajo sobre ellos la atención de los fieles que comenzaron a estimar su vida pobre y piadosa, y ellos como no deseaban ser estimados ni tenidos por buenos decidieron hacer la peregrinación a Santiago de Compostela, a Roma y a otros santuarios, viviendo de limosnas y padeciendo con alegría la pobreza y las privaciones. En Salanigo, junto a Vicenza, hallaron una iglesia en ruinas y decidieron quedarse a vivir en ella, lo que hicieron, muriendo Gautier al cabo de dos años. En su lugar Teobaldo aceptó algunos compañeros que compartieran su género de vida, y el obispo de Vicenza entendió que nadie más digno del carácter sacerdotal que Teobaldo y le propuso ordenarse de presbítero. Accedió el santo ermitaño, entendiendo que así podría dirigir mejor a sus compañeros.

Sus padres, que lo echaban mucho de menos y que nada sabían de él desde el comienzo de sus peregrinaciones, vinieron por fin a saber que el santo y famoso ermitaño de Salanigo era su hijo y fueron a visitarlo, admirándose de la vida de austeridad y penitencia que su hijo vivía. Su madre le suplicó le concediera licencia para vivir ella también como anacoreta en una celda cercana a la de su hijo y su comunidad, y allí vivió hasta su muerte.

Pero Teobaldo contrajo una enfermedad de la piel parecida a la lepra y se dio cuenta de que no viviría mucho. Llamó al abad del monasterio camaldulense, del que había recibido el hábito que llevaba, y le pidió lo admitiera en la Orden y le permitiera hacer la profesión monástica, como así hizo. Recibidos los santos sacramentos y luego de encomendar al abad camaldulense a su madre y sus discípulos, pasó al Padre el 30 de junio de 1066. El papa Alejandro II lo canonizó seis años más tarde, en 1073.

SAN ADOLFO DE OSNABRÜCK
Obispo († 1224)

Adolfo nació el año 1185 en el seno de la noble familia de los condes de Tecklemburg en Westfalia. Destinado a la vida eclesiástica, recibió muy joven la tonsura y fue agregado al clero diocesano de Colonia. Luego obtuvo una canonjía en la catedral. Era un joven puro y piadoso.

Un día visitó el monasterio cisterciense de Altenkamp y se quedó maravillado de la observancia regular y de la vida santa de los monjes, y entonces pidió licencia para quedarse un tiempo con los monjes y poder observar el día a día de su vida. Por fin decidió dejar su canonjía y hacerse monje, emitiendo oportunamente la profesión monástica.

No llevaba muchos años en el monasterio cuando le llegó su elección para obispo de Osnabrück. Él no aspiraba a ninguna dignidad y recibió el nombramiento como la llamada a un servicio pastoral que Dios quería de él. Siguió llevando la vida austera y simple del monasterio, y su corazón fue tocado por la presencia en la diócesis de muchos pobres y de enfermos no cuidados, y decidió volcar en ellos su solicitud, de forma que una parte sustancial de las rentas episcopales iba a parar a la atención de los pobres y enfermos, que bendecían la caridad eficaz del prelado. Se preocupó no poco de la vida religiosa, exigiendo que todos los monasterios de su jurisdicción vivieran en conformidad con la Regla y logró que efectivamente mejorara no poco la regularidad conventual en su diócesis. No tenía cuarenta años cuando el Señor lo llamó a su reino el 30 de junio de 1224. Enseguida tuvo culto popular como santo.

BEATO FELIPE POWELL
Presbítero y mártir († 1646)

Su apellido era Powell o Powel y su nacimiento se fija el año 1594 en la población de Trallwng, junto a Brecor. Sus primeros estudios los hizo en Abergavenny y a los 16 años marcha a Londres a estudiar derecho, siendo su profesor el futuro benedictino Agustín Baker. Por motivos de algunos asuntos pasó a

Douai tres años más tarde y aquí conoció a los benedictinos del monasterio de San Gregorio, que le impactaron. Hizo los estudios en Lovaina y se ordenó sacerdote en 1618. Al año siguiente profesaba como benedictino.

En 1622 estaba de vuelta como misionero en Inglaterra usando el apellido de Morgan. Su trabajo apostólico se desarrolló en Devon, Somerset y Cornualles con la relativa tranquilidad con que fue posible a los católicos vivir bajo el reinado de Carlos I. Pero llegada la guerra civil y el ascenso de Cromwell y el parlamento puritano, la persecución arreció contra los católicos. Felipe se unió a las fuerzas monárquicas y fue capellán en el ejército del general Goring durante varios meses. Iba en barco hacia Gales cuando fue reconocido y denunciado como católico, siendo arrestado. Llevado a Penarth e interrogado, reconoció su condición de sacerdote católico. Llevado a Londres, padeció el calabozo del King's Bench donde pasó muchas privaciones y hubo de dormir en el suelo, lo que le produjo una pleuresía. Llevado a juicio, se negó a reconocer la legitimidad de un tribunal que obedecía a un Parlamento rebelde y negó que las leyes anticatólicas pudieran aplicarse a quienes iban por mar. De todos modos fue condenado a muerte. Los propios jueces pidieron para él un aplazamiento de la ejecución, pero el Parlamento no estuvo de acuerdo. Murió dando pruebas de gran firmeza y espiritualidad. Su ejecución tuvo lugar en Tyburn el 30 de junio de 1646. Fue beatificado el 15 de diciembre de 1929.

SAN VICENTE DO YEN

Presbítero y mártir († 1838)

Nace en el seno de una familia cristiana el año 1764 en el poblado vietnamita de Tra-Lu. Recibido y educado en la llamada «Casa de Dios», San Clemente Ignacio Delgado lo ordenó sacerdote en 1798. Surgida aquel mismo año la persecución, cuando ya estaba dedicado a la cura de almas, fue denunciado y arrestado en 1799 y pasó a la cárcel con la canga al cuello. Un mes más tarde los fieles lograron su libertad dando por él una suma de dinero. Continuó su labor apostólica hasta que finalmente decidió ingresar en la Orden de Predicadores. Fue recibi-

do como miembro de la comunidad de Manila y emitió su profesión religiosa el 22 de julio de 1808.

Adornado de extraordinarias cualidades morales, era amado de sus feligreses que veían en él un ángel de Dios. Su parroquia era la de Ke Sat, donde logró ampliar y fortalecer la comunidad cristiana y hacer verdaderamente una cristiandad ejemplar. Llegada la persecución de Minh-Mang y luego de que los cristianos tuvieran que destruir con sus manos la iglesia y la casa de la misión (1832), se dieron trazas de tener oculto al sacerdote nada menos que durante seis años. Años en los que no se derramó sangre cristiana en el Tonkín oriental. Pero cuando el gobernador fue llamado al orden por el emperador, la persecución se hizo muy espesa. Los fieles de Ke Sat supieron de una inmediata búsqueda en el pueblo y dirigieron al sacerdote a Thua y luego a Bong, queriendo también librar de problemas a sus fieles. Pero aquí fue rápidamente localizado, arrestado, cargado de cadenas y de una canga y enviado a Hai Duong el 8 de junio de 1838. El día 11 fue interrogado por el tribunal. Uno le invitó a que diera respuestas ambiguas, como que era médico (de las almas) y que pisara un círculo mientras los jueces creían que pisaba una cruz. Se negó el mártir a cualquier engaño. Declaró ser sacerdote y estar pronto a morir por la fe. Su declaración se envió a la corte y de allí vino la condena a muerte. Mientras llegaba la condena, estuvo en la cárcel haciendo oración y recibiendo a los fieles que venían a visitarlo. Llegada la condena el día 30, ese mismo día fue llevado al suplicio, siendo decapitado. Fue canonizado el 19 de junio de 1988.

SANTOS RAIMUNDO LI QUANZHEN Y PEDRO LI QUANHUI

Mártires († 1900)

Raimundo tenía, en 1900, cuarenta y cinco años y estaba muy feliz de tener un hijo sacerdote. Era un cristiano chino que vivía su fe con intensidad y daba buen ejemplo a todos por su magnífica conducta evangélica.

Cuando el 30 de junio de 1900 vio venir a los boxers, tomó en sus brazos a su pequeña hija Magdalena y se escondió en un

cañaveral. Aquí le hallaron los bandidos y para forzarlo a la apostasía le quitaron la niña y la mataron ante sus ojos. A continuación lo condujeron por la fuerza a la pagoda y le exigieron que adorara a los dioses, pero él se negó firmemente. Entonces, le cortaron una oreja y le hicieron quemaduras en la espalda, pero no por ello apostató. Sacado fuera de la pagoda, fue rematado a golpes de espada y de lanza.

Pedro era su hermano, nacido en 1837 y de más edad, por tanto, que Raimundo. Intentó también a la llegada de los boxers esconderse en un cañaveral, pero fue descubierto y llevado también a la pagoda para que adorara a los dioses, a lo que se negó con energía. Lo llevaron entonces frente a su casa, donde vivían sus ancianos padres, y como insistía en manifestarse cristiano, allí fue asesinado a golpes de lanza.

Ambos fueron canonizados el 1 de octubre de 2000.

BEATO ZENÓN KOVALYK

Presbítero y mártir († 1941)

Al retirarse las tropas soviéticas por el avance de las tropas alemanas, fueron asesinados por los soviéticos los presos de la prisión de Bryghidki, en Lvov. Uno de los que fueron encontrados muertos en uno de los calabozos fue el sacerdote redentorista Zenón Kovalyk.

Había nacido el 18 de agosto de 1903 en Ivachiv Horisnyl, en la región de Ternopol. Decidido por la vida religiosa, ingresó en su juventud en la Congregación del Santísimo Redentor, en la que profesó el 28 de agosto de 1926. Prosiguió los estudios eclesiásticos y se ordenó sacerdote el 9 de agosto de 1932, ejerciendo desde entonces provechosamente su ministerio. Como a tantos otros religiosos, le tocó también a él ser arrestado en la madrugada del 21 de diciembre de 1940 y llevado a la citada cárcel, donde pasó seis meses de dura prisión, llevada por el religioso con paciencia y fe. Fue beatificado el 27 de junio de 2001.

BEATO BASILIO VELYCKOVSKYJ
Obispo y mártir († 1973)

Este obispo de la Iglesia greco-católica ucraniana clandestina ha sido reconocido como mártir por cuanto, a la hora de ponerlo en libertad, los soviéticos le inyectaron una sustancia desconocida que lo enfermó y al cabo de cuatro años de sufrimientos lo condujo a la muerte.

Había nacido el 1 de junio de 1903 en Stanislaviv (hoy Ivano Frankvisk). Sintiendo la vocación religiosa ingresó en 1925 en la Congregación del Santísimo Redentor, en la que hizo la profesión religiosa y los pertinentes estudios, ordenándose de sacerdote. Ejerció con provecho su ministerio misionero en Volyn a lo largo de siete años y en 1942 fue nombrado superior de la casa de su congregación en Ternopol. Aquí estaba cuando, acusado de actividades contra el Estado, fue arrestado y encarcelado el 11 de abril de 1945, siendo condenado en el juicio a diez años de detención en el campo de concentración de Vorkuta en Siberia. Allí pasó dichos años, siendo puesto en libertad en 1955. Volvió a Lvov y estando allí le llegó el nombramiento clandestino de obispo, pero, dadas las terribles condiciones de persecución religiosa en que se estaba, no pudo ser consagrado obispo hasta 1973.

Sus actividades apostólicas volvieron a hacerlo odioso a los ojos del régimen dictatorial existente y fue nuevamente detenido, acusado de organizar estudios teológicos secretos en Ternopol. Fue condenado a tres años de exilio y antes de ser puesto en libertad, el 27 de enero de 1972, le pusieron la indicada inyección. Murió en Winnipeg, Canadá, el 30 de junio de 1973. Fue beatificado el 26 de junio de 2001.

FIESTAS MOVIBLES

JESUCRISTO, SUMO Y ETERNO SACERDOTE

Jueves después de Pentecostés

«Tu es Sacerdos in aeternum, secundum ordinem Melquisedech...» (Sal 109).

Cristo significa «ungido». Ungido por el Padre, con el perfume del Espíritu Santo derramado en su humanidad sacratísima para que con Él «salpique» y embalsame también las almas de sus hermanos los hombres. Por eso Cristo es esencialmente sacerdote. Por eso el sacerdocio es el ser de su propio Ser. Porque, por y desde la encarnación, en cuanto verdadero Dios y hombre verdadero, no ha sido ni un instante no sacerdote. La encarnación, acto en virtud del cual el Verbo se hace hombre, da a Jesucristo, no concomitante, sino sustancialmente, el sacerdocio, eterno y sumo, absoluto y ontológico, inseparable de su personalidad de Salvador y Redentor, Hermano de los hombres pecadores, por los cuales, inmolado en la Cruz y en la Eucaristía, no cesa de interceder ante el Padre.

Éstas, y otras muchas que no traemos aquí ahora, son reflexiones del siervo de Dios don José María García Lahiguera, el ejemplar prelado, primero obispo auxiliar de Madrid, después residencial de Huelva y por último arzobispo de Valencia. A él tenemos que referirnos, ineluctablemente, al hablar de esta fiesta litúrgica, aún muy reciente y, tal vez por eso, no tan arraigada y profundizada como sería de desear. Porque fue este varón de Dios, modelo de sacerdotes y obispos, quien, repitiendo incesantemente el grito que llevaba entrañado en el alma, *¡santidad sacerdotal!,* trabajó con denuedo por la institución de esta fiesta, sobre todo en España, y también en la Iglesia universal.

El siglo XX ha sido, no cabe duda, el siglo del sacerdocio católico. Con el magisterio de los sumos pontífices y, de una manera especialísima, con el Concilio Vaticano II, se ha perfilado con más nitidez que nunca la figura del ministro de Cristo y su obligación intrínseca de tender a una muy alta santidad. Y, por lo mismo, se ha dado a la espiritualidad cristiana una marcada orientación cristológico-sacerdotal, con la consiguiente y exuberante floración de aplicaciones prácticas que trae consigo la vivencia sacerdotal de la consagración bautismal. Desde esta angulatura, los fieles no sólo veneran al sacerdote ministro porque ven en él la presencialización de Jesucristo, sino que se contemplan a sí mismos con una suerte de misteriosa y humilde reverencia, al comprender que pueden y deben, ellos también, ofrecer sus cuerpos *como hostia santa, agradable a Dios,* y que éste es el *culto razonable* que, unidos a Jesús eucaristía, han de tributar a la Trinidad beatísima.

Esto será para el pueblo de Dios la más cabal imitación del ejemplo del «mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús, que se entregó a sí mismo para redención de todos» (1 Tim 2,5).

Ciertamente, sólo el sacerdocio de Cristo puede ser el paradigma del ministerio sacerdotal, en razón de las características específicas que lo convierten en único, aunque no se puede perder de vista su relación con el sacerdocio de Israel, en que los sacerdotes comienzan por ser los que *hablan en nombre de Dios,* y pasan después a constituirse en *los hombres del santuario.* Y como entre las ceremonias del culto sobresalía el sacrificio expiatorio, asumen el papel de *sacrificadores.* Eran, además, los encargados de velar por la *pureza ritual* y de impartir la *bendición,* mediante la que se establecía una relación entre la persona bendecida y Dios. Toda la organización del culto sacerdotal antiguo se fundamenta sobre la idea de *santidad,* en la convicción de que es preciso ser santo (no tanto opuesto a imperfecto moralmente cuanto a profano) para acercarse a Dios. Esto explica la separación ritual, la *consagración.*

El sacerdocio tenía entre los judíos un papel preponderante, tanto religioso como político, según se refleja en el libro de los Hechos. Aunque los profetas criticaban la actuación de los

sacerdotes, sin embargo proclamaban su estabilidad y esperaban un Mesías-sacerdote, también en los tiempos de Jesús. Pero Él no pertenecía a ninguna familia sacerdotal judía —era de la tribu de Judá—, y su actividad se situaba más en la línea de los profetas y maestros, no aludiendo apenas en su predicación al culto y la función sacerdotal. Los sumos sacerdotes aparecen en los evangelios —especialmente en Juan— como los responsables principales de la pasión de Jesús, con los otros miembros del Sanedrín. Lo fueron también del arresto de Pedro y Juan (cf. Hch 4,1s), de todos los apóstoles (cf. Hch 5,17s), del mandato dado a Saulo de perseguir a los cristianos (cf. Hch 22,5; 26,12), y de las vejaciones de Pablo tras su conversión (cf. Hch 22,30; 23,14). El libro de los Hechos no presenta a los sacerdotes en el ejercicio de sus funciones cultuales, sino como jefes religiosos del pueblo.

Pero Jesús no se había opuesto al papel del sacerdocio levítico. Cuando cura al leproso, le manda mostrarse a los sacerdotes para que reconozcan su curación. Además, se somete al impuesto del templo. Si fustiga la tolerancia de las autoridades religiosas con los vendedores y cambistas es para mostrar así su gran respeto al templo como lugar de oración. Para Cristo, la misericordia con el prójimo debe estar por encima de una observancia escrupulosa de las prescripciones de la Ley y del culto. A imitación de Jesús, los primeros cristianos judíos no rompieron con la religión de sus padres, sino que continuaron frecuentando el templo, ajustando a esa liturgia los ritos y prácticas de los que Jesús era el iniciador (Hch 2,42.46).

Cristo, por una parte, reconoce en los sacerdotes, en el templo y en el culto levítico una disposición providencial preparatoria y, por otra, anuncia su derogación y superación por el nuevo culto que su pasión va a instaurar, por medio de su propio cuerpo y por su verdadero sacerdocio. Él es sacerdote de una manera radicalmente nueva y, aunque no se llame nunca sacerdote, tiene conciencia de serlo, por la tarea sacrificial, redentora y reveladora que asume como enviado de Dios.

Por más que sólo se dé a Cristo el título de sacerdote en la Carta a los Hebreos, hay otros textos que, hablando de su sacrificio, nos descubren su naturaleza sacerdotal, tales como la

fórmula de 1 Cor 5,7: «Nuestra Pascua, Cristo, ha sido inmolado»; las menciones de su Sangre (cf. Mc 14,24; Rom 3,5; 5,9; Ef 1,7; 2,3); las fórmulas en que describe su muerte —«Él se entregó por nosotros»—, ligadas a la figura del siervo sufriente (cf. Jn 6,51; 10,11.15; Lc 22,19; Mc 10,45); la designación joánica: «He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo» (Jn 1,19). Jesús es víctima de propiciación, sacrificio por el pecado del mundo entero, y este sacrificio es la ofrenda que él hace de sí mismo, y que expresa mediante la imagen del Buen Pastor, relacionada con la del Siervo de Yahvé. El don de su vida por su rebaño, en obediencia al mandato del Padre, es el culmen de toda su obra. En su misión, todo está dominado por un amor verdaderamente «pastoral» y por un amor infinito a su Padre. El sacerdocio de Cristo no es sólo una función que abarque aspectos de su vida, sino la vida entera, aunque haya un momento culminante como el de la ofrenda en la cruz.

La Carta a los Hebreos proclama que nosotros, los cristianos, tenemos un *sacerdote eminente,* más aún, un *sumo sacerdote.* Y ese sacerdote es «Jesús, el Hijo de Dios» (Heb 4,14), el «sumo sacerdote de los bienes futuros» (Heb 9,11). Hasta treinta veces le llama así el autor de la epístola. Jesús es el sumo sacerdote no según el orden de Aarón sino «según el orden de Melquisedec» (Heb 7,11). Este sacerdote-rey que ha bendecido al patriarca Abrahán (cf. Gén 14,18-20; Sal 109,4) —lo que indica su preeminencia con relación a la raza judía—, es un extranjero y, por tanto, su sacerdocio no pertenece al levítico, ya que ni siquiera tiene un origen judío. Pero la carta, además, al reconocer en el silencio del relato bíblico sobre el origen de Melquisedec la ausencia de una ascendencia humana (cf. Heb 7,3), le confiere una dimensión eterna, asemejado al Hijo de Dios, asegurando así la eternidad de su sacerdocio: *permanece sacerdote para siempre.* Cristo Resucitado es Cristo sacerdote eterno, Hijo de Dios y hermano de los hombres, en el sentido más estricto del término, especialmente en el sufrimiento y en el destino mortal.

La descripción que el autor de Hebreos hace del Sumo Sacerdote (cf. Heb 5,1-10) comprende tres elementos. El primero señala la doble relación del sumo sacerdote con los hombres y con Dios, añadiendo la función sacrificial de expiación:

«Todo sumo sacerdote es tomado de entre los hombres y puesto a favor de los hombres en lo que se refiere a Dios, para ofrecer dones y sacrificios por los pecados». El segundo subraya la relación con los hombres, evidenciando también la función expiatoria: «Puede sentir compasión hacia los ignorantes y extraviados, por estar también él envuelto en flaqueza. Y a causa de esta misma flaqueza debe ofrecer por los pecados propios igual que por los del pueblo». El tercero vuelve sobre las relaciones con Dios: «Nadie se arroga tal dignidad, sino el llamado por Dios, lo mismo que Aarón». Aplicar a Cristo esta descripción evoca sobre todo su pasión, como una *oración* y una *ofrenda, escuchada y aceptada.*

Más abajo abunda la Carta en que el nuevo sacerdocio se establece, no según la ley, sino según la fuerza de una vida imperecedera, con carácter eterno e inmutable, a la manera de Melquisedec. Así se dibuja la perfección del nuevo sacerdote celestial «que nos convenía: santo, inocente, incontaminado, separado de los pecadores, encumbrado sobre los cielos, que no necesita ofrecer sacrificios cada día, primero por sus pecados propios como aquellos sumos sacerdotes, luego por los del pueblo, porque lo hizo de una vez para siempre, ofreciéndose a sí mismo» (cf. Heb 7,26-28).

Tal expresión, «se ofreció a sí mismo», repetida en Heb 9,14, implica una ofrenda personal de Cristo que la diferencia del sacrificio del Antiguo Testamento, cuyos sacrificios aparecen como simples prefiguraciones del único verdadero. Se presenta así la muerte de Cristo como expiación, sacrificio de alianza y condición para la entrada en vigor de un testamento, que trae consigo la abolición del pecado.

Cristo es el perfecto sumo sacerdote porque, superando la etapa de los ritos exteriores, incapaces de purificar las conciencias, se ofreció a sí mismo *en el Espíritu Eterno,* y derramando su sangre, obtuvo la transformación sacrificial de su propia humanidad, que se convirtió en *la tienda más perfecta,* adaptada al verdadero santuario (cf. Heb 9,11-14). Superando la primera alianza, imperfecta y tradicional por la impotencia de sus ritos (cf. Heb 8,7-13), Cristo, gracias a la eficacia irreversible de su muerte, se transformó en el Mediador de una alianza con validez to-

tal y eterna (cf. Heb 9,15-23); y superando también el tiempo del culto terreno, meramente figurativo, estableció una comunicación perfecta entre el hombre y Dios (cf. Heb 9,24-28). Por esto, el autor de la epístola no usa una metáfora cuando aplica a Cristo el título de sumo sacerdote y a su pasión el nombre de sacrificio. Su perspectiva es la contraria: es en el Antiguo Testamento donde el sacrificio y el sacerdocio se tomaban en sentido metafórico, ya que se aplicaban a una figura simbólica impotente.

La Carta a los Hebreos insiste en el papel de víctima vivido por Cristo durante toda su vida en la tierra y sobre su actividad de sacerdote una vez franqueado el acceso al cielo. El lazo entre ambos momentos puede concebirse de este modo: el Sumo Pontífice vertió su sangre en la tierra como un acto pleno de amor, lo que le permitió entrar en el *Sancta Sanctorum* con el sacerdocio eterno de quien posee una vida imperecedera, por su Resurrección gloriosa. En nombre de su único sacrificio, Hostia viva pero eternamente ofrecida, Cristo, por su presencia misma en el cielo, es una interpelación permanente en nuestro favor. No se trata de un sacrificio del cielo que sucedería al de la tierra, sino de un solo sacrificio, siempre actual porque es el mismo estado de Cristo Resucitado ofreciéndose al Padre por nosotros, y continuado también en la tierra en virtud de la ofrenda eucarística del Señor.

Sacrificio, culto, mediación, alianza, ofrenda y templo son, pues, conceptos transformados por Cristo, «sacerdote de un nuevo orden» (Heb 8,1-2), que ha hecho de sus sacerdotes «servidores de una nueva alianza» (2 Cor 3,6). En la persona de Jesús se produce un misterioso intercambio entre Dios y los hombres, no sólo el *mirabile commercium* entre su divinidad y nuestra humanidad, sino el que se da entre su riqueza y nuestra pobreza, entre su fuerza y nuestra debilidad, entre su plenitud y nuestra nada, por el asombroso anonadamiento de Quien «se despojó de sí mismo, tomando nuestra condición de siervo, haciéndose semejante a los hombres..., obedeciendo hasta la muerte, y muerte de cruz» (Flp 2,7-8). En Él se ha dado el intercambio de nuestro pecado con su justicia (cf. 2 Cor 5,21). Su Rostro macilento en la cruz nos devuelve la imagen de nuestro

pecado. Así traduce San Agustín esta verdad en una hermosa plegaria que en sus *Confesiones* dirige al Padre Eterno:

> «El verdadero mediador, a quien por tu secreta misericordia revelaste a los humildes y lo enviaste para que con su ejemplo aprendiesen la misma humildad, aquel mediador entre Dios y los hombres, el Hombre Cristo Jesus, aparecio entre los pecadores mortales justo inmortal, mortal con los hombres, justo con Dios Porque en tanto es mediador en cuanto hombre, pues en cuanto Verbo no puede ser intermediario, por ser igual a Dios, Dios en Dios y juntamente con El un solo Dios»
>
> «¡Oh, como nos amaste, Padre bueno, que no perdonaste a tu Hijo unico, sino que lo entregaste por nosotros, impios! ¡Oh, como nos amaste, haciendose por nosotros, quien no tenia por usurpacion ser igual a Dios, obediente hasta la muerte de cruz, siendo el unico libre entre los muertos! Por nosotros se hizo ante ti vencedor y victima, y por eso vencedor, por ser victima, por nosotros sacerdote y sacrificio ante ti, y por eso sacerdote, por ser sacrificio, haciendonos para ti de esclavos, hijos, y naciendo de ti para servirnos a nosotros»

Ésta es, por otra parte, la definicion tomista de Cristo mediador en la *Suma teologica* (III, q.26 a 1):

> «La labor del Mediador consiste propiamente en unirse a aquellos entre los cuales ejerce esta funcion, pues los extremos se juntan en el medio Pero el unir de una manera perfecta a los hombres con Dios compete ciertamente a Cristo, pues por Cristo son reconciliados los hombres con Dios, segun se dice en la carta a los Corintios "Dios estaba en Cristo reconciliando el mundo consigo" Por tanto, solo Cristo es el perfecto Mediador entre Dios y los hombres, por cuanto reconcilio con su muerte al genero humano con Dios»

Ahora bien, ¿cuál es el testimonio de Jesús sobre su sacerdocio? Porque es en Cristo donde hay que descubrir los rasgos distintivos del sacerdocio ministerial, toda vez que en Él se encuentra el origen y manantial de este sacerdocio, no solamente a título de una institución de la cual es fundador, sino, sobre todo, por la formación inaugural e ideal del sacerdocio en su persona Se puede decir que el sacerdocio ha tomado cuerpo en Él antes de tomar cuerpo en la Iglesia. La Iglesia vive de Cristo, y el sacerdocio de la Iglesia encuentra en Cristo su principio y sus rasgos característicos Por tanto, no es alejandose de la voluntad institucional de Cristo como se puede constituir un sacerdocio

más conforme con la finalidad de la Iglesia y más eficaz. Muchos proyectos recientes de sacerdocio están guiados, de hecho, por esta convicción de que podemos, en nuestra época, forjar un ministerio sacerdotal diferente del que se ha ejercido en la Iglesia hasta el presente y que reivindica un vínculo histórico con Cristo por medio de una sucesión apostólica. Se critica este vínculo y se pretende para la Iglesia de hoy un nuevo sacerdocio cuando, en realidad, la Iglesia no tiene la libertad de apartarse de la voluntad de su divino fundador. Si la libertad creadora del teólogo se separa de la creación del sacerdocio nuevo hecha por Cristo, deja de formar un pensamiento auténticamente teológico, apoyado sobre la revelación y la tradición. Si el sacerdote es representante de Cristo y si ejerce algunos poderes en su nombre, es que el mismo Jesús lo ha decidido así.

Hay que notar que la ausencia de vocabulario sacerdotal en boca de Jesús es conforme con su costumbre de evitar definirse por títulos, así como no se autodenomina expresamente Mesías o Cristo, Señor, Hijo de Dios, Verbo hecho carne, Redentor, por su deseo de no reducir a fórmulas la revelación de su identidad personal, y su voluntad de provocar un esfuerzo de reflexión en sus discípulos. Jesús busca presentarse a la humanidad como un misterio que ninguna fórmula puede expresar en plenitud. Además, evita atribuirse un sacerdocio semejante al sacerdocio judío de su época, del que le separa no sólo el carácter hereditario, sino la idea de un sacerdocio que no se satisface en sí mismo, que no busca su interés y su honor, cargando un yugo sobre el pueblo.

Jesús manifiesta su intención de conformarse a la ley, y su respeto por la función sacerdotal: «Ve a presentarte al sacerdote...» (Mc 1,44). No se presenta como un revolucionario que contesta la organización institucional del judaísmo, pero reprueba un legalismo que sirve para justificar omisiones clamorosas en el amor debido al prójimo (cf. Lc 10,31-32). La posición de Jesús frente al sacerdocio judío, esencialmente ligado al culto del templo, aparece en la declaración: «Aquí hay uno mayor que el templo» (Mt 12,6), reivindicando sobre el templo una autoridad mayor a la existente. «Destruid este templo y en tres días lo reedificaré» (Jn 2,19). Su resurrección es la edificación de

un nuevo Templo, de un nuevo sacerdocio, no como un servicio cultual ligado a un edificio, sino como una comunidad alimentada por la vida del salvador triunfante.

La de Jesús es una santidad ontológica, por el misterio de la Encarnación. Él es «aquel a quien el Padre ha consagrado y enviado al mundo» (Jn 10,36). Esta consagración encuentra su acabamiento en el sacrificio redentor, del que es fruto precioso la Resurrección.

Por otra parte, también se presenta Cristo como pastor, sabiendo que se atribuye a sí mismo una cualidad que conviene a Dios, pero que este privilegio único no le impide compartir con otros, de manera soberana, su misión y su poder de pastor. Jesús, Buen Pastor, hace lo que Yahvé no había podido realizar en su trascendencia divina: dar su vida por sus ovejas. En esta novedad aparece el sacerdocio del pastor. Para ser sacerdote, es necesario ser hombre. La misión pastoral no es el ejercicio del poder que se busca a sí mismo; la autoridad sobre el rebaño se ejerce como el sacrificio del pastor que tiene por objeto la vida más abundante de las ovejas, porque «el Hijo del Hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida en rescate por muchos» (Mc 10,45; Mt 20,28). Si el sacerdote es el hombre que sirve a Dios, Cristo Sacerdote es el Hijo de Dios que sirve a los hombres. La misión de enseñar (cf. Lc 18-19), es su primera tarea de pastor. Y en cuanto al nuevo culto, por la comida eucarística el pastor cumple su misión de comunicación de la vida.

Así pues, y recapitulando, Cristo Jesús es sacerdote, no como Dios, sino como hombre, pues el mediador debe ser un intermediario entre Dios y los hombres y, con este título, inferior a Dios. Sin embargo, nadie puede estar más unido a Dios que el alma santa de Cristo. La santidad de Jesús, puro de toda falta original o personal, es innata, sustancial e increada. Él es la santidad misma, su humanidad está santificada por el Verbo que la posee íntimamente y para siempre. Los actos sacerdotales de Jesús, que proceden de su inteligencia y voluntad humanas, tenían en la tierra un valor meritorio y satisfactorio infinito, por provenir de la personalidad divina del Hijo de Dios. Así, por su alma humana, el Verbo Encarnado no cesa de interceder por nosotros.

No se puede concebir un sacerdote que esté más íntima e indisolublemente unido a Dios. Además, Nuestro Señor, en tanto que cabeza de la Iglesia, recibió la plenitud de gracia creada, que debe desbordar sobre nosotros, y el poder de excelencia para instituir los sacramentos, con la fuerza de producir y aumentar la vida divina, y para instituir un sacerdocio indefectible hasta el fin del mundo, sacerdocio que es una participación del suyo.

Él es «el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo» (Jn 1,29) por su sacrificio perfecto. Si el pecado continúa, no es porque la virtud de este sacrificio sea insuficiente, como la de los sacrificios de la antigua ley, sino porque, a menudo, los hombres no quieren recibir sus frutos.

El sacerdocio de Cristo no puede ser más perfecto en razón de la unión del sacerdote y de la víctima y de la dignidad de ésta. Jesús no podía ofrecer por nosotros a su Padre otra víctima que Él mismo. Imagen de Cristo, el joven Isaac se había dejado ofrecer en sacrificio; Jesús se ofrece Él mismo cuando se le crucifica. Esta purísima víctima tiene un valor infinito, pues es el cuerpo del Verbo de Dios que, desgarrado, clavado sobre la cruz, derrama toda su sangre. Jesús es víctima hasta en su alma, totalmente sumergida en el dolor y en el abandono universal: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?». Es la inmolación completa, el holocausto total en reparación de la soberbia de la vida, de la concupiscencia de la carne y la de los ojos.

De Cristo, *Cabeza del Cuerpo, de la Iglesia,* fluyen a nosotros, incesantemente, los frutos del sacrificio de la cruz, la vida de la gracia; y por Él nuestras oraciones suben hasta Dios unidas a la suya en el momento de la misa, que perpetúa en sustancia el sacrificio de la cruz. Él, que ha satisfecho y merecido por todos los hombres, continúa rogando por nosotros, y su humanidad sacratísima, como el instrumento unido siempre a su divinidad, nos comunica todas las gracias que recibimos.

Tenemos la impresión, al terminar de redactar estas líneas, de no haber sabido sino balbucir torpemente algunos conceptos, que reflejan con más penumbra que luz la riqueza inconmensurable de esta festividad de la cual tratamos. Porque hablar de Cristo sumo y eterno sacerdote es hablar del centro de la

mediación personal que es y ejerce Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, a través de su misterio pascual, que introduce a la humanidad en la comunión plena con Dios. Hablar, pues, de los cristianos como «sacerdotes» es hablar de su existencia bautismal como oblación por Cristo, con Él y en Él. Y hablar de los presbíteros y obispos como «sacerdotes ministros» es hablar de la realización sacramental de la mediación de Cristo, en la proclamación de la Palabra de Dios, la ofrenda del santo sacrificio y el pastoreo del rebaño de Cristo, Buen Pastor, a quien sus ministros deben transparentar. Lo que es tanto como decir el triple oficio sacerdotal: *munus sanctificandi, munus docendi, munus regendi.*

Tiene, pues, la celebración de esta fiesta litúrgica una incidencia directa en la que, a no dudarlo, ha de ser intención primordial en la plegaria de nuestras comunidades: la santificación de los sacerdotes. Así lo entendió el venerable prelado, espejo de sacerdotes santos, don José M.ª García Lahiguera, que consumió no pocas energías en procurar que la fiesta que hoy nos hace gozar tuviera carta de ciudadanía en el año litúrgico.

Conociendo la iniciativa del P. Mario Venturini, fundador de la Congregación sacerdotal de los Hijos del Corazón de Jesús, de Trento, don José María, ya en 1948, escribe al entonces obispo auxiliar de Madrid, don Casimiro Morcillo, proponiéndole la sugerencia de no sólo celebrar, sino *instituir* de modo oficial en la diócesis el *Dies sanctificationis sacerdotalis.* De hecho, este día se estableció, celebrándose por primera vez en la capilla del Seminario madrileño el 23 de junio de 1950, octava, aquel año, del Sagrado Corazón. Mons. Lahiguera, ya obispo auxiliar preconizado, dirigió su ardiente palabra a los sacerdotes congregados concluyendo con un punto de examen que se grabó en el alma de todos los asistentes: «Si no somos santos, ¿por qué somos sacerdotes? Y si somos sacerdotes, ¿por qué no somos santos?». Posteriormente, Lahiguera conseguía de Roma la gracia de que sus religiosas Oblatas pudieran celebrar cada año el 25 de abril —fecha de la fundación— la fiesta de Cristo sacerdote, con misa propia.

Entretanto, el referido P. Venturini hacía gestiones cerca de Pío XII proponiendo el establecimiento del «día de la santificación sacerdotal» y que fuera, a la vez, «fiesta de Cristo Sacerdo-

te», concitando ambas celebraciones la mirada de los fieles en el misterio del sacerdocio de Cristo. Para la Iglesia universal tomaría la delantera la fiesta litúrgica, retrasándose la «jornada para la santificación del clero» a la llamada de Juan Pablo II, recogiendo en su *Carta a los sacerdotes,* del Jueves Santo de 1995, la propuesta anterior de la Congregación del Clero. La Conferencia Episcopal Española, en 1996, determina que se pueda celebrar, según la decisión de los respectivos ordinarios, bien el día de San Juan de Ávila, patrono del clero secular español, bien en la fiesta de Cristo Sacerdote, bien en la solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús.

Ante la favorable acogida de aquellas primeras celebraciones, don José M.ª no ceja en su empeño y propone a don Leopoldo Eijo y Garay, obispo-patriarca de Madrid-Alcalá, recabar de todos los prelados, cabildos catedralicios y parroquiales, seminarios, órdenes religiosas, institutos seculares y asociaciones de fieles de España, adherirse a una súplica a la Santa Sede pidiendo la institución de la fiesta. El resultado fue un entusiasta plebiscito. El 8 de septiembre de 1956, don José M.ª, en nombre del Sr. Patriarca y adjuntando las preces de éste al Santo Padre, escribe al cardenal prefecto de la Sagrada Congregación de Ritos·

> «La concesion de tal gracia nos llenaria a todos de gozo, incluso a los simples fieles [] Metida ya en el alma de todos ellos la doctrina del sacerdocio, sintiendo en si mismos como llaga viva el problema de las vocaciones sacerdotales, cooperando, en fin, con generosidad desinteresada en el asunto del seminario, la fiesta liturgica de Cristo Sumo y Eterno Sacerdote vendria a colmar en ellos el fervor profundo y afectuoso respeto que sienten hacia todo lo que es participacion del divino y santo sacerdocio de Jesucristo»

Ante la dilación de la respuesta por parte de Roma, mons. Lahiguera insiste en 1959 y más tarde, con motivo del Concilio Vaticano II. Él mismo hará resonar su voz en medio de los padres conciliares para, al intervenir en la sesión en que se trata del esquema «de sacerdotes», decir, paladinamente:

> «Permitaseme proponer un monumento liturgico de este Concilio, a saber, la fiesta universal de Jesucristo, Sumo y Eterno Sacerdote, por la cual Cristo sacerdote, como fuente de toda la vida sobrenatural, sea reconocido, nuestra participación de su sacerdocio —seamos obispos o presbiteros— se haga cada vez más instru-

mento para comunicar al pueblo de Dios esta vida sobrenatural; y, de este modo, se pueda manifestar Cristo Maestro y fuente de nuestra santidad sacerdotal y, a la vez, de la santificación y salvación de todo el mundo».

En 1970 aparece una *Instrucción sobre liturgia* que permite solicitar del Dicasterio correspondiente el rezo de la Liturgia de las Horas propio de Cristo Sacerdote. Don José M.ª se pone manos a la obra y, ayudado de la R. M. M.ª del Carmen Hidalgo de Caviedes, fundadora con él de las Oblatas de Cristo Sacerdote, compone los textos litúrgicos que en septiembre de 1971 entrega para su aprobación al cardenal Tabera, prefecto de la Congregación para el Culto Divino. Dichos textos fueron aprobados, también para las diócesis e institutos que los pidieran, el 22 de diciembre del mismo año. Don José M.ª, entonces, ya arzobispo de Valencia, envía los textos de misa y oficio recién aprobados a todos los prelados españoles invitándoles a solicitar la fiesta para España, a la que ya se había adelantado Argentina. La comisión permanente de la Conferencia Episcopal estimó oportuno, para elevar las preces a Roma de manera oficial, aguardar a la siguiente Asamblea Plenaria, en la cual, asombrosamente, se canceló el asunto sin dar explicaciones. Informada del *incidente* la Congregación de Ritos, respondió en carta del 23 de febrero de 1973 instando a que los obispos españoles llegasen al acuerdo de introducir la fiesta en el calendario litúrgico nacional. Por fin, la Plenaria de la Conferencia, en sesión del 5 de julio de 1973, aprobó la determinación de elevar la petición a la Santa Sede en una votación casi unánime —sólo tres votos negativos—, a la que había precedido una alocución de don José M.ª («guiada por el Espíritu Santo», dirá él, y entusiásticamente aplaudida por los obispos) sobre el sentido y suma conveniencia de la fiesta. Ésta se fijó para la fecha insinuada por la Congregación romana: el jueves siguiente a Pentecostés, y quedó definitivamente aprobada por Roma para la nación española el 22 de agosto de 1973.

Pero el empeño de don José M.ª iba más allá, y así, en octubre de 1976 escribe a todos los obispos de América Central, del Sur y de México invitándoles a solicitar de la Sagrada Congregación la institución de la fiesta en la Iglesia universal, propuesta a la que se adhirieron noventa y ocho prelados. Y aún más, en

1984, ya obispo dimisionario, dirige a S S. Juan Pablo II una hermosa carta en la que sugiere al Santo Padre, como algo muy hermoso, «que en la clausura del Año santo de la Redención resuene la voz del Vicario de Cristo exaltando a Cristo Sacerdote al instaurar su fiesta en la Iglesia universal». Esta carta pasó al «oportuno estudio» de la Congregación para los Sacramentos y el Culto Divino.

En España, la fiesta fue arraigando progresivamente en el ámbito de vivencia sacerdotal De ciencia propia sabemos citar, y no nos resistimos a hacerlo, el ejemplo de la archidiócesis toledana, en la cual, distribuyéndose la celebración en varios puntos estratégicos de su amplia geografía, no sólo sus numerosos y ejemplares sacerdotes (jóvenes en su mayoría), sino también los fieles participan en las solemnes y nutridas concelebraciones eucarísticas en honor de Jesucristo sumo y eterno sacerdote. Llenos de emoción hemos oído muchas veces al que ocupó durante veintitrés fecundísimos años la «silla primada», el cardenal don Marcelo González Martín, realzar el significado de este día, y aún nos parece escuchar su verbo cálido y vibrante enardeciendo a sus sacerdotes y haciendo a éstos enamorarse más y más de su sagrada misión, participación asombrosa del sacerdocio único de Jesucristo. Porque esta fiesta —sírvannos las palabras de tan venerable prelado para cerrar la presente reflexión—,

> «[] es un estímulo para fomentar en todos los sacerdotes que po seen el sacerdocio ministerial y en todo el Pueblo de Dios, que también es pueblo sacerdotal, el sentido de amor y confianza en Jesucristo y, a la vez, de seguridad»

ALBERTO JOSE GONZÁLEZ CHAVES

Bibliografía

GALOT, J , *Sacerdote en nombre de Cristo* (Toledo 1990)
GARRIGOU-LAGRANGE, R , *El Salvador* (Madrid 1977)
MARMION, C , *Jesucristo, vida del alma* (Pamplona 1993)
OBLATAS DE CRISTO SACERDOTE, *Don Jose Maria Garcia Lahiguera* (Madrid 2002)
PONCE CUELLAR, M , *Llamados a servir* (Barcelona 2001)
SESBOÜE, B , *Jesucristo, el unico Mediador* (Salamanca 1990)
VANHOYE, A , *El mensaje de la Carta a los Hebreos* (Estella 1990)
— *Sacerdotes antiguos, sacerdote nuevo, segun el Nuevo Testamento* (Salamanca 1984)

SOLEMNIDAD DEL SANTÍSIMO CUERPO Y SANGRE DE CRISTO

Domingo siguiente a la Santísima Trinidad

Una de las solemnidades más populares del año litúrgico es sin lugar a dudas esta del Corpus Christi, solemnidad que desde la Edad Media ha hecho rivalizar a pueblos y ciudades en el ornato y el culto al Santísimo Sacramento, convirtiéndose ella misma en una extraordinaria explosión de fe y de piedad. Solemnidad en la que además se dan cita el arte, con mayúsculas, de la más rica orfebrería, y la magnificencia litúrgica y procesional, junto al colorido de las más variadas tradiciones locales o de los adornos florales que engalanan las calles, y todo ello acompasado casi siempre por cantos de tipo eminentemente popular. Delicada amalgama de devoción y exquisitez artística, de sentimientos que impregnan el fondo del alma creyente y de emociones que emergen y se palpan a flor de piel. Hermosa mezcolanza de lo popular y lo teológico, de lo divino y lo humano, cincelada por la diestra mano de grandes maestros orfebres como Arfe y secularmente cantada con los elegantes versos de Santo Tomás de Aquino.

Solemnidad del Santísimo cuerpo y sangre de Cristo, tal como se la denomina desde la reforma litúrgica del Vaticano II, dedicada por entero a la Eucaristía, destinada a la exaltación del Santísimo Sacramento, a la contemplación de ese misterio de amor por el que Cristo Jesús se hace pan vivo bajado del cielo, y a la adoración de su persona, de su ser divino y humano, siempre presente y a su vez oculto en el pan y en el vino, en un sencillo trozo de pan y en un poco de vino, que por la acción del Espíritu se convierten en su cuerpo entregado y en su sangre derramada, en la sangre que sella la nueva y definitiva alianza de Dios con el hombre, y cuyo efecto más inmediato es el perdón de los pecados.

Fiesta de la Eucaristía como tal, y complementaria de la del Jueves Santo en la que principalmente se conmemora su institución, aunque ciertamente ambas parten de un mismo acontecimiento: la cena del Señor, la cena de la Nueva Pascua, en la que el sacerdote es a la vez su propia víctima y el pastor aparece como manso cordero, en la que el rey toma la condición de siervo y el mismísimo Dios se hace pecado. La contradicción y el disparate, vistos desde lo humano, ya no pueden ser más reales.

Jesús sentado a la mesa con sus discípulos inaugura la Pascua Nueva, su Pascua, en la que ya no se conmemorará la liberación del pueblo hebreo, su salida de Egipto, pues a partir de ahora se recordará y celebrará que Dios ha hecho por fin una alianza eternamente duradera con toda la humanidad, llamada a constituir el nuevo Israel, una alianza sellada con un único y definitivo sacrificio, tan eficaz, que es por ello irrepetible, aunque a la vez sea actualizado y realizado diariamente sobre la mesa del altar. Ahora el pan y el vino ya no recordarán aquella memorable noche en que Yahvé Dios sacó de la esclavitud a los hijos de Abraham. Desde ahora serán el cuerpo y la sangre de su Hijo Jesucristo, con los que en adelante se revivirá sacramentalmente su misterio pascual y con los que se proclamará su muerte en cruz hasta que él vuelva.

Sacrificio y sacramento, realidad y signo, presencia y misterio. Cena pascual y banquete escatológico. Comida de Jesús con y para los pecadores, en la que él mismo es el alimento, el manjar más enjundioso, el cordero más sabroso, el pan de vida, el maná de la inmortalidad:

> «Yo soy el pan de la vida Vuestros padres comieron en el desierto el maná y murieron, este es el pan que baja del cielo para que el hombre coma de él y no muera Yo soy el pan vivo bajado del cielo el que coma de este pan vivirá para siempre Y el pan que yo dare es mi carne para la vida del mundo» (Jn 6,48-51)

Sacrificio, sacramento y banquete de Eucaristía, es decir de acción de gracias y también de comunión, de común-unión entre todos nosotros, que comemos un mismo pan y bebemos de un mismo cáliz, entre todos nosotros que nos sentamos alrededor de la misma mesa y compartimos un mismo alimento, anti-

cipando así el banquete definitivo del Reino. Común-unión, porque este pan del cielo nos hace vivir a todos en Cristo y a él en cada uno de nosotros: «El que come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él» (Jn 6,56). Común-unión porque todos pasamos a formar un solo pan, donde ya es imposible distinguir los granos de trigo, y un solo vino donde los granos licuados del racimo ya no pueden separarse. Común-unión porque todos nos transformamos en el mismo manjar que comemos, en ese mismo y único cuerpo de Cristo que somos y recibimos, tal y como expresa San Agustín en estas significativas palabras:

> «Lo que está sobre la mesa del Señor es símbolo de vosotros mismos, y lo que recibís es vuestro misterio». «Vosotros sois eso mismo que recibís [...] y lo suscribís al responder: amén. Eso que veis es el sacramento de la unidad».

Sacramento y misterio de común-unión que surge (se realiza y celebra) en el seno de la Iglesia-comunidad, pero que además es él quien crea (configura) esa misma Iglesia-comunidad-cuerpo de Cristo.

Sacramento, preludio y anticipación del misterio pascual, en la cena del Jueves Santo. Sacramento y memorial en el altar. Sacramento que es a la vez anuncio de muerte y proclamación de resurrección. Cuerpo entregado y sangre derramada en la cruz, y presencia real del Cristo vivo que vuelve a darse a conocer, como en Emaús, en la fracción del pan.

Corpus Christi, fiesta del cuerpo y de la sangre, fiesta del sacramento por el cual el sacrificio es a la vez banquete y la mesa se hace misa. Fiesta de la presencia real del Señor, que no se agota con la celebración eucarística, pues él se queda, Jesús permanece en ese pan blanco e inmaculado reservado en el sagrario, como el amigo que después de habernos invitado a comer nos insta a seguir con él en una larga e íntima sobremesa. Pero sobre todo quiere quedarse para poder llevar su amor y su consuelo hasta el lecho del enfermo o del anciano, para que quienes no pudieron asistir a la fiesta, participen de ella en su propia casa.

Solemnidad del Corpus, que tiene su origen primero y principal en el mandato de Jesús: «Haced esto en memoria

mía» (1 Cor 11,24). Mandato celosamente cumplido por los discípulos y por aquellas primeras comunidades apostólicas, que se reunían en las casas para la fracción del pan y que lo tenían todo en común, practicando así la comunión como regla de vida. Mandato guardado y transmitido sucesivamente desde el cristianismo más incipiente a la Iglesia de todos los tiempos, tal como ya lo atestigua San Pablo en ese memorable texto de 1 Cor 11,23s: «Porque yo he recibido una tradición que procede del Señor y que a mi vez os he transmitido: Que el Señor Jesús, la noche en que iban a entregarlo tomó pan...».

Cierto que este crucial mandato de Jesús se fue difundiendo y transmitiendo entre las sucesivas generaciones de cristianos, quienes desde la teología y la liturgia lo fueron enriqueciendo, pero habrían de pasar muchos años, siglos incluso, hasta que el culto externo al Santísimo Sacramento fuera una realidad, tal cual hoy la vivimos. Habrían de pasar las épocas de las controversias cristológicas, habrían de aparecer los grandes heresiarcas, siempre en pugna con las más insignes figuras de la apologética y del dogma, para llegar así a la Edad Media donde religión y sociedad se funden en una misma cosa y donde todo adquiere un carácter eminentemente teocrático. Y fue en esta época cuando se vio la necesidad teológica y pastoral de exponer dignamente el Sacramento Eucarístico a la pública veneración de los fieles.

A lo largo de los primeros siglos del cristianismo, lo mismo que todavía ocurre hoy en las Iglesias de Oriente, el Santísimo quedaba reservado después de la misa en un lugar retirado, sin más, para distribuirlo después entre los enfermos y moribundos. Lo cual no obsta para afirmar que la Eucaristía ocupó siempre un destacadísimo lugar en la vida de la Iglesia, tal como lo atestigua el sucesivo enriquecimiento litúrgico de que fueron objeto las celebraciones. Tuvieron que surgir, entre otras, las formulaciones heréticas de Berengario de Tours y sus seguidores, que negaban el dogma de la transubstanciación, y no veían del todo clara la presencia real del Señor en el Sacramento, para que la Iglesia romana viera la necesidad de reservar el Santísimo en un lugar digno y visible, siempre al alcance de los fieles, donde se le pudiera tributar el honor y la reverencia que a tan sacro-

santo e innegable misterio le corresponden. Pero además, junto a esta motivación puramente apologética, podemos hablar también de otros motivos de orden más bien canónicos, pues quedando la Eucaristía depositada en un sitio asequible a todos, los penitentes, que no tenían acceso a ella, podrían al menos adorarla y contemplarla.

Así, poco a poco el culto eucarístico fuera de la misa fue tomando cada vez más auge, hasta alcanzar las grandes muestras devocionales y artísticas del barroco, concediendo una mayor importancia al descendimiento de la divina majestad a la forma, mientras que otros aspectos eucarísticos, anteriormente más significativos, ahora quedaban marginados. Pero aun con todo faltaba algo, faltaba una fiesta que viniera a solemnizar y a celebrar el sacramento eucarístico por sí mismo, es decir sin los aditamentos que la liturgia y el fervor popular propios de la Semana Santa habían añadido al día de su institución. Y esa fiesta sería la del Corpus Christi, la cual va a surgir por expreso deseo del Señor, pasando a incluirse en el elenco de las grandes celebraciones cristológicas.

Y una vez más iba a ser una mujer la confidente de Jesús, la persona escogida para dar a conocer este deseo suyo, como mujer que había sido la primera testigo de que estaba vivo: María Magdalena, y como lo serán también las dos almas elegidas por él para desvelar al mundo los misterios más profundos de su amoroso corazón: Gertrudis de Helfta y Margarita María de Alacoque. Otra mujer, otra santa: una monja belga conocida como Juliana de Monte Cornillón, por el monasterio agustiniano en el que había profesado, situado en las cercanías de la ciudad de Lieja. Un monasterio dúplice, es decir formado por dos comunidades, una masculina y otra femenina, que aunque independientes entre sí y en edificios separados, compartían la misma espiritualidad y un idéntico estilo de vida, cantando juntas las divinas alabanzas en la iglesia que les era común, y ejerciendo una caritativa labor hospitalaria.

Desde muy niña venía sintiendo Juliana una gran devoción al Santísimo Sacramento, que la llevaba a pasar largas horas al pie del sagrario, en silenciosa y profunda oración, contemplando el Misterio y experimentando las ternuras y gracias de que

era objeto por parte de Jesús. Muy joven todavía, en 1208, cuando apenas contaba los dieciséis años, pero habiendo vestido ya los hábitos monacales, fue objeto de una singular y no menos extraña visión: ante sus ojos apareció un luminosísimo disco blanco, cual si se tratara de la luna llena, al que parecía faltarle una parte, pues uno de sus lados se veía completamente obscurecido.

Y así, por espacio de dos años esta insólita imagen fue repitiéndosele una y otra vez a nuestra piadosa y joven monja, hasta que por fin le fue desvelado el secreto que la misma encerraba: aquella resplandeciente luna representaba la Iglesia, la cual carecía en su ciclo litúrgico de una solemnidad dedicada al Santísimo Sacramento, una fiesta que año tras año viniera a honrar solemnemente la Eucaristía y su memorable institución, puesto que el Jueves Santo quedaba un tanto ensombrecido por el ambiente de tristeza y de penitencia con el que entonces se vivía la Semana Santa. Una fiesta por otra parte muy necesaria, para ensalzar al sacramento eucarístico, y contrarrestar así el pernicioso influjo que determinadas ideas heréticas estaban ejerciendo sobre el pueblo fiel. Únicamente cuando esta nueva solemnidad fuese una realidad, la Iglesia simbolizada en aquel luminoso disco blanco brillaría con todo su esplendor.

Conocido ya por Juliana el significado de aquella asombrosa visión, que en un principio había tomado por figuración diabólica, comunicóle el Señor que era ella la elegida para dar a conocer este ardiente deseo suyo, y a su vez, que debía ser la primera en llevarlo a cabo, es decir en celebrar la nueva fiesta eucarística. Aunque hubieron de pasar algo más de veinte años para que todo esto comenzara muy lentamente a hacerse realidad, pues, fruto de una humildad mal entendida por parte de la santa, creyóse indigna de hablar con nadie acerca de lo que había visto y de todo cuanto Jesús le había comunicado.

Así, durante cuatro lustros Juliana mantuvo silencio sobre aquellas revelaciones, que guardó escrupulosamente en su corazón, cual si se tratara de un inexpugnable secreto, hasta que pasado aquel tiempo puso en conocimiento de las mismas a dos personas de su máxima confianza, quienes la condujeron hasta Juan de Lausana, canónigo de la colegiata de San Martín de Lie-

ja y hombre de probada virtud, para que él expusiera todo aquello a los más eminentes teólogos que pudieran juzgar en la materia. Y así se hizo. El venerable clérigo consultó la delicada cuestión a varios expertos en las ciencias sagradas, dos de los cuales, Hugo de San Caro y Santiago Pantaleón, contribuirían muy eficazmente a hacer realidad la futura fiesta del Corpus. Hugo, siendo cardenal de Santa Sabina y legado pontificio en Alemania, fue uno de los primeros en celebrarla con la mayor solemnidad, además de imponerla en su legación, mediante un documento expedido el 29 de diciembre de 1253. Y su compañero, tras haber llegado al solio pontificio en 1261 con el nombre de Urbano IV.

Realizadas pues estas consultas y apoyada por el favorable parecer de los teólogos, Juliana no perdió más tiempo, encargando a Juan, prior de la comunidad masculina de Monte Cornillón, que redactara el oficio divino de la nueva fiesta, haciéndolo aprobar posteriormente por el obispo de Lieja, Roberto de Torote, el cual miraba también con entusiasmo todo aquello. Aunque en el resto de la clerecía local no eran todos del mismo parecer por considerar inútiles los deseos de nuestra santa.

Pronto, como siempre suele ocurrir, los más reticentes a cualquier innovación comenzaron a tachar a Juliana de visionaria, ganándose así acérrimos enemigos, aunque esto no supuso obstáculo alguno para que, dadas sus virtudes y cualidades, fuera elegida priora poco antes de 1240.

Mujer de probada santidad, no ahorró esfuerzos a la hora de elevar el nivel de observancia en Monte Cornillón, lo cual no hizo sino aumentar la hostilidad de la que ya era objeto por parte de sus contrarios, máxime tras la muerte de su valedor el obispo Roberto. Y tanto fue así, que optó voluntariamente por un exilio que, aunque muy doloroso, veía igualmente necesario. Finalmente, y tras haber hallado refugio en distintas comunidades de monjas bernardas, acabó vistiendo como ellas la cogulla blanca del Císter, bajo cuya obediencia moriría en Fosses el 5 de abril de 1258.

Entre tanto, Roberto de Torote había convocado un sínodo diocesano en 1246, a fin de instituir en su obispado la fiesta del Santísimo Sacramento, fijándola en el jueves siguiente a la octa-

va de Pentecostés, pero como la muerte le sobrevino inesperadamente el 16 de octubre de aquel mismo año, fueron los canónigos de San Martín quienes en cumplimiento de lo establecido la celebraron por vez primera en 1247.

Los deseos que Jesús había revelado a Juliana estaban siendo ya realidad, pero todavía quedaba dar el paso definitivo y más importante: la implantación de la fiesta del Santísimo Sacramento a nivel de toda la Iglesia, un paso que tampoco sería fácil ni llegaría con la rapidez que la santa y sus afectos hubieran deseado. Tendrían que pasar diecisiete años para que tal aspiración se tradujera en algo tangible. ¡Lástima que Juliana ya hubiese muerto para aquellas fechas!

Acontecimiento singular entre quienes habían cogido el testigo a la confidente del Señor fue la elevación al pontificado en 1261, con el nombre de Urbano IV, del teólogo Santiago Pantaleón, uno de los primeros en estudiar el contenido de las revelaciones y en mostrarse favorable a las mismas.

Los seguidores de Juliana habían logrado atraer para su causa a un mayor número de personas, instando a su vez al obispo Enrique de Gueldres a dirigirse personalmente al nuevo pontífice, pues confiaban en que, conocedor como estaba de la cuestión, daría los pasos definitivos para extender la fiesta del Santísimo Sacramento a toda la Iglesia. Y estaban en lo cierto, pues el 8 de septiembre de 1264, Urbano IV emitía la bula *Transiturus,* por la que ordenaba la celebración anual de la fiesta del Corpus Christi. Aunque en la firma de este importante documento, había contribuido igualmente y de manera decisiva un milagro acaecido en la población italiana de Bolsena.

Hallábase un sacerdote celebrando misa en la iglesia de Santa Cristina de Bolsena, cuando se vio atormentado por fuertes dudas acerca de la presencia real del Señor en la Eucaristía, sin que por ello dejara la celebración, pero poco antes de la comunión pudo contemplar entre sus manos un conmovedor milagro que venía a confirmarle en la fe de la Iglesia. Al partir la forma, ésta se transformó en carne viva y comenzó a derramar sangre en abundancia. Conmocionado y sin poder finalizar la misa, envolvió en el corporal la carnosa y ensangrentada hostia, retirándose a la sacristía.

Muy pronto Urbano IV tuvo conocimiento del suceso, pues se encontraba en Orvieto, ciudad situada no muy lejos de Bolsena. Por suerte acompañaban al pontífice las dos grandes lumbreras de su tiempo en las ciencias sagradas: Tomás de Aquino y Buenaventura, los cuales se trasladaron al lugar del milagro para dar fe de lo sucedido. Posteriormente y con todo el boato imaginable, rodeado de la mayor reverencia y veneración, el papa hizo trasladar procesionalmente el corporal ensangrentado con la milagrosa forma hasta Orvieto. Y habiendo salido a su encuentro, acompañado de toda su corte, él mismo lo llevó solemne y triunfalmente hasta la catedral, entre largas filas de niños que, como los de Jerusalén, salían a recibir al Señor con palmas y ramos de olivo.

Este extraordinario prodigio había venido, pues, a ser el detonante que definitivamente empujara a la Sede Apostólica a establecer la fiesta del Corpus Christi, con el fin de honrar y venerar solemnemente al Santísimo Sacramento y de aumentar la fe y la devoción en la presencia real de Jesús en la Eucaristía, dado el ambiente que, como ya dijimos, envolvía al Jueves Santo, sobrecargado además con otras celebraciones.

Por fin se había instituido ya un día dedicado expresamente al Santísimo Sacramento, pero ahora hacía falta darle cuerpo, y el mismo papa Urbano no ahorró esfuerzos para solemnizarlo. Lo primero de todo iba a ser la composición de otro oficio divino, pues el de Lieja le parecía pobre. Un Oficio que destacara por su calidad teológica y poética, pero que además exaltara la piedad y moviera los corazones de cuantos lo rezaran y cantaran en el transcurso de los siglos, y que por lo tanto estuviera a la altura de lo que quería fuese la fiesta del Corpus. Había que poner enseguida manos a la obra, y para ello volvió a llamar a los dos grandes maestros Tomás de Aquino y Buenaventura, adalides en la ciencia teológica, pero sobre todo hombres de Dios, hombres de espíritu recio, curtidos por la vida religiosa mendicante de oración y de pobreza.

Fijada una fecha, se hallaban ambos nuevamente en presencia del papa, cada uno con su respectivo oficio divino ya compuesto. Designado primeramente el aquinate, comenzó a leer cuanto había escrito, siendo la admiración de quienes allí se en-

contraban, y en especial de su querido colega, que, en un gesto de santa humildad, rasgó sus papeles por considerar que su trabajo no valía nada en comparación a lo que estaba oyendo. Mas si los delicados versos del sabio dominico han servido siglo tras siglo para honrar al augusto sacramento, no le honra menos la noble postura del humilde hijo de San Francisco, aunque merced a ella la posteridad se haya visto privada de aquel inédito oficio que sin lugar a dudas sería también de una calidad más que sublime.

Parecía que los deseos manifestados por el Señor a la monja de Monte Cornillón eran ya una realidad, pero habrían de venir nuevos contratiempos originados tras la muerte de Urbano IV el 2 de octubre de aquel mismo año, 1264, pues las consiguientes luchas en las que se vio envuelto el papado volvieron a retrasar la celebración universal de la fiesta del Corpus. Fue el papa Clemente V quien, traspasadas las fronteras del siglo XIV, tomó de nuevo cartas en el asunto reasumiendo todo cuanto ya se había hecho y presentándolo al concilio general de Viena de 1311, a la vez que publicaba un nuevo decreto en el que expresamente recogía la bula *Transiturus*. Pero aún tendría que llegar su sucesor, Juan XXII, para llevar a la práctica el contenido de estos señalados documentos en 1318. Y finalmente Martín V y Eugenio IV serán quienes terminen de engarzar, cual hábiles orfebres del culto divino, la solemnidad del Corpus Christi en el calendario litúrgico, enriqueciéndola con generosas indulgencias.

Así en pocos años la nueva solemnidad dedicada al Santísimo Sacramento se fue extendiendo por toda la Iglesia de Occidente, aunque no en todos los países a la vez, siendo los primeros, después de Bélgica, su lugar de procedencia, Alemania, España e Inglaterra. La primera festividad del Corpus celebrada en suelo español tuvo lugar en Barcelona en 1319, pasando poco después a otras poblaciones de la Corona de Aragón, para llegar con posterioridad al resto de la Península.

Esta solemnidad, como hemos visto, es propia únicamente de la Iglesia de rito latino, pero en Oriente existe también una fiesta dedicada al Santísimo Sacramento, que queda reflejada en los calendarios rutenos, coptos, sirios, melquitas y armenios.

Hasta aquí los largos y nada fáciles prolegómenos de esta entrañable solemnidad del Corpus que, con el correr del tiempo, y sobre todo a partir de la Contrarreforma, se convertiría en una de las fiestas más señaladas del año litúrgico, pues el Concilio de Trento había ratificado las doctrinas tradicionales de la transubstanciación y de la presencia real de Jesús en el Sacramento Eucarístico. Pero por encima de cualquier formulación dogmática y de la propia liturgia, han sido las procesiones las que le han dado al Corpus su gran popularidad, por haberse convertido en el elemento más característico de cuantos concurren en su celebración, haciendo de ella un gran acicate para la piedad de los fieles.

La costumbre de sacar al Santísimo por las calles no procede directamente de las revelaciones hechas a Santa Juliana, pues salvo alguna excepción, tal práctica no da comienzo hasta el siglo siguiente. ¿Pero cuándo? Pues exactamente no se sabe, lo mismo que tampoco su lugar de origen, aunque la referencia más antigua hay que fecharla el año 1279 en la ciudad alemana de Colonia, seguida muy probablemente de España (en Cataluña), Francia, Inglaterra y Roma, lugares en los que fue apareciendo sucesivamente durante la primera mitad del siglo XIV.

De la misma forma es imposible precisar de cuándo data el uso de la custodia u ostensorio, pues en un principio el Santísimo era llevado cubierto y dentro de una píxide, tal como se sacaba ya hacia el siglo XI en algunos lugares acompañando las procesiones del Domingo de Ramos y del Domingo de Pascua.

Los papas Martín V y Eugenio IV fueron los primeros en conceder indulgencias a quienes asistían a estas procesiones, por medio de sendas constituciones del 26 de mayo de 1429 y del mismo día de 1433, respectivamente. Pero fue en la época de la Contrarreforma cuando las procesiones del Corpus adquirieron mayor auge, dada la importancia que les concedió el Concilio de Trento en su Decreto sobre la Eucaristía, de 1551. Y gracias a ello, han contribuido poderosamente desde entonces a aquilatar la fe de los corazones y a exaltar como nadie la devoción eucarística, dado el ambiente de fervor, el colorido, el arte, y todas esas tradiciones tan variadas, que secularmente se

han ido sumando en las procesiones de pueblos y ciudades, especialmente a todo lo largo y ancho de la geografía española.

Hablar del Corpus en España, es hacer una obligada referencia a Toledo, con su magnífica custodia de Arfe y su emblemática procesión; a Granada, con sus recuerdos de los Reyes Católicos; a Sevilla, con sus seises; a Madrid, con el Santísimo sacado antaño en carroza real y desde la capilla de palacio; a Barcelona, con su célebre procesión de 1535, en la cual participó el emperador Carlos llevando una de las varas del palio, como ya lo había hecho Alfonso V el Magnánimo en 1424. Obligada referencia también a otras poblaciones más pequeñas, como por ejemplo Sitges (Barcelona), con sus artísticas alfombras florales; Daroca (Zaragoza), sacando a la calle sus sagrados corporales fruto de un milagro parecido al de Bolsena; o por citar alguna más, la localidad toledana de Camuñas, cuya procesión tiene aires de auto sacramental, al estilo de aquellos que Lope, Tirso y Calderón dedicaron al misterio eucarístico.

Simbólica tradición que tiene su origen en las procesiones del Corpus, es la de las comparsas de gigantes y cabezudos. Grotescas figuras de cartón piedra, que representan a los reyes y poderosos de este mundo, y a las distintas razas de la tierra, todos en actitud de adoración y rindiendo pleitesía al Santísimo Sacramento, o que personalizan a la idolatría, los vicios, errores y poderes maléficos, que huyen ante la omnipotencia de Jesús Sacramentado.

Y junto a todo esto de signo netamente popular está también y principalmente lo litúrgico, que con toda solemnidad nos mete de lleno en la misma entraña de la fiesta, que nos introduce en este misterio de la presencia real de Jesús en la Eucaristía, que nos lleva no sólo a celebrar la institución del augusto sacramento y a dar gracias por él, sino a celebrar al propio Jesús hecho pan de vida, que como alimento imperecedero permanece entre nosotros, y que en su afán de cristificarnos, de configurarnos cada vez más a él, nos da la posibilidad de entrar en comunión con él y de establecer desde él la común-unión de toda la humanidad.

Lógicamente esta solemnidad del Corpus, lo mismo que el resto de las fiestas del año litúrgico, no se ha celebrado siempre

de la misma manera, pero dado que sus orígenes no van más lejos de la Edad Media, como ya hemos visto, y que únicamente pertenece al ámbito de la Iglesia latina, no podemos hablar de grandes cambios litúrgicos a lo largo de su historia, salvo los que introdujo la reforma propiciada por el Concilio Vaticano II.

De entrada, y como novedades más importantes a primera vista, hay que hablar del propio nombre de la fiesta, la cual pasó a denominarse Solemnidad del santísimo cuerpo y sangre de Cristo, en lugar del tradicional y popular Corpus Christi, así como del cambio de la fecha de su celebración, pues en distintos países ha pasado del jueves siguiente a la Trinidad, al domingo inmediatamente posterior, evitando así su posible desaparición. Pero, como se ve, no se trata de cambios ciertamente sustanciales, pues en definitiva se sigue celebrando lo mismo que antes: la Eucaristía como sacramento del cuerpo entregado y de la sangre derramada del Señor. Y aunque hasta la reforma conciliar existió una fiesta dedicada a la preciosísima sangre de Cristo, ésta no puede ponerse ni mucho menos en paralelo con el Corpus, pues nunca tuvo su entidad ni llegó tampoco a gozar de su popularidad.

Quizá haya que hablar más bien de un cambio de orientación en la celebración del Corpus, propiciado por distintos documentos eucarísticos del magisterio postconciliar, como por ejemplo la instrucción *Eucharisticum mysterium,* o el *Ritual de la sagrada comunión y del culto de la Eucaristía fuera de la misa,* los cuales nos recuerdan que la presencia del Señor en la Eucaristía es consecuencia, y por tanto no puede disociarse, del memorial-sacrificio realizado en la misa, insistiendo a la vez en que el fin principal de la reserva eucarística es la administración de la comunión a los enfermos y sobre todo del viático a los moribundos, mientras que la comunión de los fieles y la adoración son fines secundarios.

Actualmente la Solemnidad del santísimo cuerpo y sangre de Cristo ofrece a lo largo de los tres ciclos litúrgicos —lo mismo en las lecturas que en las oraciones y en los dos prefacios— un precioso y estructurado resumen de lo que es la Eucaristía: banquete del Señor, sacrificio de la nueva alianza, y memorial del misterio pascual de Jesús y acción de gracias.

Así, en el ciclo A todo se centra en la Eucaristía como banquete del Señor, en el que él mismo se nos da en comida y bebida de salvación, como bien expresa el evangelio (Jn 6,51-58), tomado del discurso del pan de vida de San Juan: «Mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida» (v 55).

La Eucaristía, en contraposición al maná del desierto es alimento de inmortalidad (cf. Jn 6,49-50), aunque, por otra parte, en él tiene un clarísimo precedente, como recuerda la primera lectura (Dt 8,2-3 14-16). El maná fue enviado por Dios para alimentar al pueblo que tras su liberación caminaba hacia la tierra de promisión. Y en la Eucaristía, es el propio Señor que nos ha redimido quien se nos da en comida para nuestra peregrinación hacia la Jerusalén celeste.

Pero además, como nos recuerda San Pablo en la segunda lectura (1 Cor 10,16-17), por ser el mismo Cristo nuestro alimento —pan de vida y cáliz de acción de gracias—, pasamos todos a entrar en comunión con él, de tal forma que quienes comemos de su mismo y único pan, formemos también un solo cuerpo: el suyo.

El ciclo B, en cambio, pone como telón de fondo la Pascua Sacramental de Jesús, su Sacrificio de la nueva alianza. Y de ahí esa primera lectura (Éx 24,3-8) cuyo epicentro es la alianza de Dios con su pueblo, sellada mediante la sangre de animales: «Ésta es la sangre de la alianza que hace el Señor con vosotros...» (v.8).

Por su parte el pasaje evangélico (Mc 14,12-16.22-26), en el que Marcos nos narra la cena pascual del Señor, establece un claro paralelismo con el relato anterior, pues mediante la sangre de Jesús, Dios instituye una alianza nueva y universal: «Ésta es mi sangre, sangre de la alianza derramada por todos» (v.24). Y ésta es la verdadera alianza, la que ciertamente tiene poder efectivo para perdonar los pecados, en tanto que Cristo, su único y eterno Sacerdote, «no usa sangre de machos cabríos ni de becerros, sino la suya propia», tal como leemos en la segunda lectura (Heb 9,11-15).

Un nuevo sacrificio, para una nueva Pascua que, inaugurada por Jesús, se renueva y actualiza sacramentalmente sobre la mesa del altar.

En el ciclo C, la Eucaristía aparece bajo el aspecto de memorial y acción de gracias, como bien refleja la segunda lectura (1 Cor 11,23-26), la cual constituye el relato escrito más antiguo sobre la institución eucarística. En este texto, San Pablo hace hincapié en el mandato de Jesús: «Haced esto en memoria mía» (v.24), sobre el que insiste una segunda vez: «Por eso, cada vez que comáis de este pan y bebáis de la copa, proclamáis la muerte del Señor hasta que vuelva» (v.26).

Pero esta acción de Jesús sobre el pan y el vino, que siglo tras siglo ha venido renovándose en memoria suya, no es exclusiva del momento de la Cena, pues la vemos ya, aunque en otro contexto, en la multiplicación de los panes (Lc 9,11-17), que este último ciclo proclama como lectura evangélica. En ambos textos, Jesús, puesto en oración, parte y reparte el pan. Sin lugar a dudas debía de ser un gesto suyo muy característico, pues gracias a él se dará a conocer a los discípulos de Emaús.

Y en la primera lectura (Gén 14,18-20) se nos presenta un antiquísimo precedente de la cena del Señor: la ofrenda del sacerdote Melquisedec, la cual es así mismo preludio del sacrificio y del sacerdocio de Jesús: «Melquisedec, rey de Salem, ofreció pan y vino» (v.18).

Finalmente, otro aspecto importante de la solemnidad del Corpus es la celebración del «Día de la caridad», que partiendo del gran amor de Jesús tan maravillosamente expresado en el Sacramento Eucarístico, nos invita a dar pleno cumplimiento al mandamiento nuevo, el cual procede también de la misma cena del Señor. Un amor, una caridad y un servicio que la Iglesia está llamada a desplegar esencialmente entre los más pobres, dando así respuesta a dos grandes mandatos de Jesús al respecto, los cuales han de ser igualmente renovados como memorial vivo y actualizado de su entrega: «...Pues si yo, el Maestro y el Señor, os he lavado los pies, vosotros debéis lavaros los pies unos a otros: os he dado ejemplo para que lo que yo he hecho con vosotros, vosotros también lo hagáis» (Jn 13,14-15). «Os aseguro que cada vez que lo hicisteis con uno de estos mis humildes hermanos, conmigo lo hicisteis» (Mt 25,40). Dos mandatos que, como se ve, van en la misma línea del memorial eucarístico:

«Haced esto en memoria mía» (1 Cor 11,24). O mejor aún, que quedan englobados en él.

RAMÓN LUIS M.ª MAÑAS, OSB

Bibliografía

GUÉRANGER, P., *El año litúrgico,* IV (Burgos 1955).
HERMAND, M. X., «Juliana de Cornillón», en C. LEONARDI - A. RICCARDI - G. ZARRI (dirs.), *Diccionario de los Santos,* II (Madrid 2000) 1417-1418.
LÓPEZ MARTÍN, J., *El año litúrgico* (Madrid 1997).
MARTÍNEZ GARCÍA, F., *La fracción del pan de la comunidad* (Barcelona 1999).
NOCENT, A., *Celebrar a Jesucristo: El año litúrgico.* V: *Tiempo ordinario* (Santander 1979).
Ritual de la sagrada comunión y del culto de la Eucaristía fuera de la misa (Madrid 1974).

SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

Viernes después de la Semana del Corpus Christi

La expresión «Sagrado Corazón» designa ante todo el corazón de carne de Jesús, que bate dentro de su pecho humano-divino. Centro y agente principal de la circulación de la sangre, el corazón irradia como el sol sobre todo el organismo humano. *Primum movens, ultimum moriens,* cuando se mueve hay vida, cuando se para hay muerte. En Cristo el corazón está unido sustancialmente a la segunda persona de la Santísima Trinidad. Es el Corazón de Dios. En la cruz fue traspasado por la lanza; el Señor quiso mostrárselo así a Santa Margarita María: «Descubriéndose el Corazón, me dijo: He aquí el Corazón que tanto ha amado a los hombres».

Pero la expresión «Sagrado Corazón», designa no sólo al corazón de carne de Jesús, sino también su amor, del que el corazón de carne es el símbolo natural.

El corazón de carne de Jesús no es una reliquia fría y muerta, sino algo caliente y vivo; es el corazón de un hombre; es también el corazón de Dios. Ha sido una costumbre muy extendida designar a Jesús como «el Sagrado Corazón». En el lenguaje corriente la palabra «corazón» se emplea a veces para designar a una persona; cuando se dice por ejemplo: «Tiene un gran corazón» o «¡Qué corazón tiene!», estamos hablando de una persona, no de un órgano corporal. Estas expresiones son tan naturales que Santa Margarita habla de Jesús empleando su nombre o la expresión «Sagrado Corazón». Pero se han necesitado siglos para poder expresarse así. El Sagrado Corazón es siempre Jesús, pero Jesús no es siempre el Sagrado Corazón, pues los dos nombres no son sinónimos. El Sagrado Corazón es siempre Jesús, porque tal expresión designa siempre el nombre del Verbo encarnado; mas el nombre de Jesús no siempre expresa, en la persona del Verbo encarnado, el amor de caridad que proyecta siempre y necesariamente el nombre de «Sagrado Corazón».

El corazón de carne, en la devoción al Sagrado Corazón, no es sólo el símbolo del amor, sino la expresión global de todos los sentimientos humanos. En el corazón, como el más noble y el principal órgano, es donde residen todos los sentimientos y afectos sensibles de Jesucristo, como el amor, el celo, la obediencia, las aspiraciones, sus gozos, las tristezas, es como el principio y la sede de todos los afectos y de todas las virtudes del «Dios hecho hombre», y para ciertos autores, el corazón de carne les recuerda toda la vida interior, toda el alma de Jesús. Y con razón. Nuestra vida afectiva y nuestra condición moral están estrechamente unidas, están íntimamente ligadas al corazón Podemos, pues, decir: el Sagrado Corazón es Jesús que nos presenta su corazón de carne como símbolo de su amor y de toda su vida moral, de su «interior». La visión de Santa Margarita, en junio de 1675, encarna, por así decirlo, esta idea; y las imágenes, los cuadros, las estatuas que en ella se inspiran son innumerables. Jesús, se ha osado escribir, está ahí, no como él mismo, sino para mostrar su corazón de carne con todo lo que ello simboliza y todo lo que evoca El corazón de carne no es tampoco el objeto principal, porque la devoción es para toda la persona, pero él aparece como el objeto primero, el objeto directo que ve la devoción. Sin corazón, la devoción no existiría.

La bula *Miserentissimus Redemptor* (1928), la misa y el oficio aprobado en 1929 (y que subsisten hasta ahora) expresan el último y solemne pensamiento de la Iglesia sobre el objeto y el principio de la devoción al Sagrado Corazón, y muestra el sentido del término «Sagrado Corazón», en el culto litúrgico. Y no es menos interesante la parte que el mismo Pío XI quiso tener en su composición. Se podrá comprender y practicar individualmente esta gran devoción de otra manera; pero ahí esta cómo la ha comprendido y la comprende la Iglesia por la palabra y el magisterio de Pío XI.

La colecta tradicional de la misa del Sagrado Corazón expresa claramente la idea:

> «Oh Dios que en el Corazon de tu Hijo, herido por nuestros pecados, has depositado infinitos tesoros de caridad, te pedimos que al rendirle el homenaje de nuestro amor, le ofrezcamos una cumplida reparacion»

La devoción al Corazón de Jesús en la liturgia de la Iglesia es, pues, la devoción a «los tesoros infinitos de la caridad divina» contemplada en el corazón de carne herido por nuestras ofensas. Esta visión nos debe mover a rendir al divino corazón el homenaje de nuestra devoción y de nuestra piedad y movernos también a ofrecerle nuestra reparación por los ultrajes cometidos contra él. Después de haber expuesto brevemente el deber de consagrarse al Corazón de Jesús —deber recordado por el mismo Jesús a Santa Margarita—, el Papa, en la bula citada, insiste sobre el deber de la reparación. Y recuerda las palabras de Jesús en junio de 1675:

> «Este Corazón —dijo Jesús— que tanto ha amado a los hombres, y que ha hecho tantos beneficios a todos, no sólo no ha recibido ni siquiera algún agradecimiento, sino que ha sido olvidado, despreciado y ultrajado hasta por aquellos que por su cargo deberían amarlo más».

Y para hacer esa «reparación» agradable a Dios, pero insuficiente por sí misma, los devotos del Sagrado Corazón la deben unir a la reparación infinita de Cristo Salvador; la bula señala como medios de expiación los mismos que son recomendados por Jesús a Margarita: la comunión reparadora y la hora santa.

Esta manera de concebir la devoción, añade el papa, es aquella que mejor se adapta a lo que sabemos de sus orígenes, de su naturaleza, de su propia virtud, como de sus prácticas. La devoción al Corazón de Jesús, desde que fue aprobada en 1765 por Clemente XIII, penetrando muy poco a poco, pero triunfalmente, en la liturgia, se ha presentado a los fieles como la devoción al corazón de carne de Jesús, símbolo de su amor por los hombres, amor desconocido que reclama el homenaje de su devoción, de su piedad y de sus reparaciones.

Antes de ser autorizada por Roma, la devoción fue practicada desde el siglo XII al XVII por algunas almas y por algunas congregaciones religiosas aprobadas por los obispos en Alemania, en los Países Bajos, en Francia, en Italia, en Polonia, en España, en Siria, en China, en América; pero después de las revelaciones de Paray-le-Monial, y el decreto de la Congregación de Ritos del 26 de enero de 1765, se extendió por la Iglesia entera.

Parece útil, incluso necesario, cuando se habla de la devoción al Sagrado Corazón, precisar si la miramos desde el punto de vista del dogma o de la historia. La idea de la historia está siempre conforme a la idea del dogma, pero la idea del dogma es mucho más amplia que la de la historia; los hechos no cambian la doctrina, sólo manifiestan cómo la Iglesia ha interpretado y vivido oficialmente esta doctrina.

Un breve repaso a la historia nos pone en conocimiento de muchos detalles concernientes a la devoción al Corazón de Cristo, mucho antes de las conocidas revelaciones hechas a Santa Margarita María de Alacoque.

Podemos decir que la devoción al Corazón de Cristo se ignora en los primeros diez siglos de la historia de la Iglesia. Porque no hay devoción al Sagrado Corazón hasta que no aparece el corazón de carne de Jesús. Uno de los primeros en acercarse es el benedictino San Anselmo (1033?-1109). El abad de Bec y arzobispo de Canterbury en sus ardientes meditaciones en *De passione Christi* exclama:

> Dulcis Jesus in inclinatione capitis et morte, dulcis in extensione brachiorum, dulcis in apertione lateris («¡Oh Jesús, qué amoroso estás con tu cabeza caída en la muerte, con tus brazos extendidos, con tu pecho abierto!»).

Anselmo explica cada manifestación de la divina pasión y al llegar al costado de Cristo dice:

> Apertio siquidem illa revelavit nobis divitias bonitatis suae, caritatem, scilicet Cordis sui erga nos («Aquella herida abierta nos ha revelado las riquezas de su bondad, a saber, el amor de su Corazón para con nosotros»).

Es probable que el término *Cordis* se deba traducir más bien como «alma»; pero ya tenemos el costado abierto y de él brota la gracia, la bondad de un corazón traspasado. Ciertamente San Anselmo ha «interiorizado» a Jesús en la literatura cristiana, como San Agustín lo hizo con «Dios». Así «interiorizado», Jesús es ya el Sagrado Corazón. Se lo debemos a San Anselmo.

San Bernardo dice en una ocasión:

> Patet arcanum cordis per foramina corporis, patent viscera misericordiae («Por la herida abierta se ve el misterio del corazón, se ven sus entrañas de misericordia»).

Ya antes había dicho: «La lanza traspasó el alma y le tocó el Corazón». La llaga del costado manifiesta el misterio del Corazón, la herida del costado ha sido abierta por la lanza. Es, pues, en el corazón de carne en donde Bernardo contempla el gran misterio del amor: *Magnum illud pietatis sacramentum,* las profundidades de las divinas misericordias, *viscera misericordiae.* Cuando Bernardo escribe esta frase en su admirable discurso 61 sobre el Cantar de los Cantares, ¿pensaba en rendir culto al Corazón de Cristo? Es poco probable; él pensaba sobre todo en Jesús; pero al leer a Bernardo no se puede menos de pensar que intuyó el misterio del Corazón de Cristo.

El abad de Igny, Guillermo de Saint-Thierry, Gilberto de Holanda y otros autores de la época bernardina, inmersos en la cálida atmósfera de apasionado amor por Jesucristo creada por Bernardo, adivinan o entrevén el corazón traspasado de Jesús, símbolo del amor misericordioso del Redentor; para ellos, como para Hugo de San Víctor, el abad Ruperto y otros, la devoción al corazón de Cristo es la devoción al corazón herido de Jesús, símbolo del amor redentor para con los hombres. Lo encuentran en la meditación de la pasión, aunque no sabemos cómo vivieron y desarrollaron esa devoción.

En el siglo XIII empiezan las revelaciones a las almas privilegiadas. Ahora es el mismo Cristo quien da a conocer estos aspectos de su amor. Santa Lutgarda de Auwières († 1246) es la primera en poner su boca en la llaga sangrante del costado de Jesús para beber de las delicias de la fuente de la salvación. En Helftad, Santa Gertrudis, después de haber recibido los estigmas, después de haber sentido cómo un rayo proveniente del corazón divino de Cristo atravesaba el suyo, mete la mano en el corazón sagrado de Jesús y la retira enjoyada con siete anillos de oro. Su amiga Matilde es también una privilegiada del amor divino. Ambas han visto al corazón de carne en su realidad divina y humana. El corazón se manifiesta también, y sobre todo, a través de diferentes símbolos que expresan sus virtudes: lira, lámpara, incensario, copa de oro, fuente inagotable, lugar de descanso, tesoro de infinita riqueza. Mediador entre Dios y los hombres, adora, alaba, rinde gracias; unidas a ese canto divino, las voces humanas llegan a ser armoniosas. Para las dos grandes

místicas benedictinas el corazón de carne de Jesús es el glorioso símbolo del amor y de los sentimientos del Verbo encarnado por su Padre y por los hombres. La devoción desde sus inicios toma de ellas la cálida luz de un radiante mediodía. Los doctores franciscanos y dominicos aprobarán sus revelaciones y, sin embargo, muy pronto se las echa en el olvido hasta que, en el siglo XVI, se las vuelva a recuperar y a releer con admiración, aunque su devoción por el Corazón de Cristo pasará desapercibida.

Nacida benedictina, pronto encontramos esta devoción entre los franciscanos. Y no viene del exterior sino que nace, como en Bernardo y Gertrudis, de la misma fuente, es decir, mediante la meditación de la pasión del Señor y por las gracias sobrenaturales concedidas por el Señor a sus privilegiados. San Francisco de Asís, el estigmatizado de la Alvernia, y el mismo San Antonio de Padua la intuyeron, pero fue San Buenaventura el que ciertamente la encontró:

> «Puesto que nos hemos podido acercar al dulcísimo Corazon de Jesus, en el que se puede vivir tan felizmente, no nos alejemos de el a la ligera [] Nos acercaremos a ti, oh Jesus, el recuerdo de tu Corazon nos llenara de gozo, la perla preciosa de tu Corazon, oh buen Jesus, la hemos encontrado al cruzar el campo de tu cuerpo [] Oh Jesus, perforaron tu costado para que tuviesemos una puerta [] La verdadera razon, el gran motivo de esa herida en tu Corazon, es hacernos comprender, por esa llaga visible, el lugar invisible de tu amor»

Santa Margarita de Cortona († 1297) pegó también sus labios sobre la herida del costado para entrar en los secretos de la divina ternura, Santa Ángela de Foligno († 1309) bebió de la sangre caliente que manaba del costado y quedó purificada. Las siguieron otros muchos. Bernardino de Siena († 1444), el apóstol del nombre de Jesús, un día de Viernes Santo exclamaba:

> «Vayamos al Corazón de Jesus, Corazon profundo, Corazon secreto, Corazon que nada olvida, Corazon que lo sabe todo, Corazón que ama, Corazon que arde de amor La fuerza del amor ha abierto la puerta, entremos amando como Jesus, penetremos en el secreto divino escondido desde toda la eternidad La herida del costado deja ver el templo eterno de la eterna felicidad»

Son palabras de fuego que nos hablan del influjo de la devoción del alma de Bernardino, que, al cantarla con tales acentos,

hacía derramar raudales de lágrimas en todos los que las escuchaban.

En el siglo XIV también los alemanes intuyeron esta devoción; Enrique de Suso y Taulero, y muchas monjas contemplativas anidadas en monasterios a las orillas del Rhin, encuentran en el recuerdo de la pasión del Señor, en el campo de los sufrimientos divinos, un tesoro escondido, el corazón herido de amor, en el que el agua purifica y la sangre nutre. No obstante, a veces, la rudeza germánica, aunque suavizada bajo la caricia de la Iglesia romana, guarda como una impronta salvaje que asusta y hace arrugar el ceño a los latinos... Hay muchos más, según recientes investigaciones, y se podrían añadir muchos nombres, pero en todos hallamos las mismas o parecidas consideraciones y expresiones. Su devoción no tiene, sin embargo, ningún tipo de signos externos, imágenes que la representen, a no ser el Crucificado; el corazón de carne llegará más tarde. Devoción privada, individual, no tiene fórmulas para expresarse en actos externos. Apenas se conocen oraciones salvo el *Summi Regis Cor aveto,* muy extendida en el siglo XIV. En las orillas del Rhin florecen muchas oraciones, algunas magníficas, pero son muy personales y no logran imponerse ni extenderse.

Ya Ludolfo el Cartujo en una gran obra suya sobre la *Vida de Jesús* escribió hermosas páginas sobre el Corazón de Jesús, en donde entra atrevidamente: «Oh Jesús, al abrir tu corazón, has abierto a tus elegidos la puerta de la vida». Meditado este libro muchos años en más de doscientas cartujas de toda Europa, e impreso a finales del siglo XV, ha ayudado a los hijos de San Bruno a conocer y a amar el Corazón de Jesús. Otro cartujo, Lanspergio († 1539) en su *Pharetra divini amoris,* considerado como el primer devocionario, describe cómo, por la herida del costado, se penetra en el corazón abierto por el amor y la lanza; ora al corazón traspasado de Jesús, el corazón amantísimo de Jesús: «Oh dulcísimo Jesús... te ofrezco mi corazón, únelo al tuyo». Lanspergio quiere que los devotos del Sagrado Corazón tengan en sus celdas una imagen del corazón de carne, o las cinco llagas; su vista, dice, multiplica los actos de amor. Conviene besar esas imágenes y persuadirse que así se pone los labios sobre el divino corazón. La imagen del Sagrado Corazón que se

veneraba en la Cartuja de Colonia en tiempos de Lanspergio, recuerda, más que las cinco llagas del Salvador, la herida del costado; es un Corazón de carne, el de Jesús ciertamente, herido por la lanza, en medio de una cruz y colocado entre las llagas de las manos y los pies. Así, pues, la devoción al Corazón de Jesús ha estado desde sus inicios ligada, unida o mezclada con la devoción a las cinco llagas. No cabe duda que Lanspergio trabajó mucho y bien entre sus hermanos y amigos, en vida y en muerte, por la devoción al Corazón de Jesús, incluso sacando a luz los escritos de Santa Gertrudis para preparar su primera impresión —hecha, tras su muerte, por su discípulo Thierry Loher—. Desconocemos cómo se desarrolló su apostolado. Es, sin embargo, verosímil que su impronta llegase hasta San Pedro Canisio y otros devotos de la región de Colonia

El abad benedictino Luis de Blois (Ludovico Blosio) también trabajó por esta devoción al calor de la obra de Santa Gertrudis; la leyó doce veces en un mismo año Sus pensamientos, sus sentimientos, las mismas palabras de la santa las hace suyas. *Mellifluus,* el término de Bernardo o Gertrudis, recoge todo su joven y gozoso anhelo, y retorna una y otra vez a su pluma, así como los *Salve* y los *Ave* de la gran Gertrudis.

Luis de Blois, los devotos del siglo XVI, benedictinos, dominicos, cartujos, sacerdotes seculares y laicos, los jesuitas (San Francisco de Borja, P. Canisio, Rodolfo Aquaviva, Pacheco y Anchieta que, al parecer, levantó en Guaropary la primera iglesia en honor del Corazón de Jesús, y que ciertamente compuso en 1562 una oración en su honor), son los apóstoles que en Europa y en los países de misión adoran ya al Corazón de Jesús. Le entregan amor por amor, quieren vivir en él y dejarse absorber por él. Todos ellos exclaman con Luis de Blois:

> O dulce lumen animae meae [] Aplica me divino Cordi tuo et in fruitionem vernanticum amaenitatum immerge Eia amor sua vissime, Deus meus, vora et prorsus consume pulvisculum sub stantiae meae («Oh dulce luz de mi alma Uneme a tu divino Corazon y sumérgeme en el disfrute primaveral de tus delicias ¡Ea, amor gustosisimo, mi Dios, absorbe y consume totalmente a esta pobre criatura!»)

Los tiempos que les siguieron no añadirán nada esencial a estas ideas, a estos fervores, a estas plegarias, pero la devoción

al Corazón de Jesús se separa de la devoción a la pasión y de las cinco llagas; tomará un ser y un camino propio. Reunirá a los fieles en unas prácticas comunes y muchos superiores y fundadores religiosos la expondrán e implantarán entre sus hijos, en espera de que Jesús mismo le haga donación de ella a Santa Margarita María, y por ella a toda la Iglesia.

En este repaso general es difícil atender al progreso «internacional» e histórico posterior a lo ya dicho... Comentemos brevemente que de Alemania y los Países Bajos pasa la devoción a Francia, en donde, otra vez, las monjas benedictinas serán las pioneras de esta devoción. La hallamos en los monasterios de Montmartre, Val de Grâce, y La Benissons Dieu. Aparece la devoción también entre las hijas de Santa Ángela de Mérici, y en San Francisco de Sales y en sus hijas, que, sin saberlo, preparan el acontecimiento de Paray-le-Monial. Santa Luisa de Marillac, con San Vicente de Paúl, quiere que en el escudo de las Hijas de la Caridad aparezca un gran Corazón de Jesús en llamas. Y el jesuita P. Druzbicki († 1662) compone el primer oficio del Corazón de Jesús, seguido de nueve meditaciones, obras maestras del amor y de la ciencia teológica. En fin, la devoción se va extendiendo, pero sólo aisladamente, casi de forma individual, alma por alma, corazón por corazón.

Un franciscano, el P. José (conocidísimo en Francia por ser consejero del cardenal Richelieu), funda desde Poitiers la Congregación de las Benedictinas del Monte Calvario en 1617 que también van a ser las primeras en dar, como Congregación, culto público al Sagrado Corazón. Y cuando muere en 1638, ya son dieciséis monasterios. El P. José exige a sus hijas no sólo la devoción interior sino la práctica exterior y comunitaria. Se hace a través de la meditación diaria ante Cristo crucificado y cada viernes mediante el Ejercicio del Calvario: las religiosas deben meditar ante la llaga abierta por la lanza en el costado de Cristo; y cada sábado, durante todo el día, una religiosa de cada diez debe hacer el Ejercicio de «Los dolores de María» y rezar a la Virgen que la introduzca en el Corazón de su Hijo para vivir su vida y consumirse de amor. Ésta es ya una devoción tradicional, aunque todavía enlazada con la pasión y no tiene signos externos concretos. Lo original de las benedictinas del P. José es

que esta devoción es ya permanente y comunitaria y ya no se puede olvidar ni abandonar.

Con San Juan Eudes se repite lo mismo Impone a sus dos congregaciones la devoción al Corazón de Jesús; y todas sus iglesias y capillas deben estar consagradas al Sagrado Corazón y cada día deberán recitar la oración·

> Benedictum sit Cor amantissimum et dulcissimum nomen Domini nostri Jesu Christi in aeternum et ultra («¡Bendito seas, Corazon amantisimo y tu dulcisimo nombre de nuestro Señor Jesucristo por siempre y mas alla!»)

San Juan Eudes entra en la corriente devocional que ya hemos explicado, pero en Jesús distingue tres corazones, el de carne, el espiritual y el divino Juan Eudes habla de los dos últimos y no parece que en sus obras haya desarrollado algo más profundamente esta devoción. Sin embargo, gracias a su predicación y apostolado se gana en el culto litúrgico un gran esplendor. Es el primero en obtener la aprobación episcopal de un oficio y también de una misa del Sagrado Corazón. La antífona de entrada de esta misa (1672) dice así

> Gaudeamus omnes in Domino, diem festum celebrantes, in honorem Cordis amantissimi Redemptoris nostri Jesu Christi, cuius amorem adorant seraphim psallentes in unum Ecce cuius imperium manet in aeternum («Alegremonos todos en el Señor al celebrar este dia de fiesta en honor del amantisimo Corazon del Redentor, nuestro Señor Jesucristo, cuyo amor adoran los serafines al unisono he aqui aquel cuyo imperio permanece para siempre»)

Y después de todo este largo y fecundo trayecto, llegamos ahora a Santa Margarita María de Alacoque La visitandina de Paray-le-Monial dará a la devoción todo un carácter especial —amor desconocido, que pide un amor reparador— que la Iglesia se encargará de establecer en un primer término en la liturgia y que se marcará decisivamente en la bula *Miserentissimus Redemptor.* Con ello se establece oficialmente en la Iglesia una devoción universal y las palabras de una religiosa han hecho posible esto. Santa Margarita no encontró «su devoción», sino que le fue revelada El Señor lo ha revelado y apoyado por el dogma, la devoción al Sagrado Corazón se sostiene por sí misma,

ya que ha sido el mismo Jesús el que ha manifestado cómo comprenderla y practicarla.

En junio de 1675, quizá el día 16, durante la octava del Corpus, el Señor se apareció a Santa Margarita y descubriéndole su corazón le dijo:

> «He aquí el corazón que tanto ha amado a los hombres, que no ha ahorrado nada hasta agotarse y consumirse para demostrarles su amor; y como reconocimiento de todo ello no recibo de la mayoría sino ingratitudes que manifiestan en las irreverencias, en los sacrilegios, en las frías indiferencias, y en los desprecios que se tiene para conmigo en este Sacramento del amor. Pero lo que más siento de todo, es que son los corazones que me están consagrados los que así se comportan. Por ese motivo te pido que el primer viernes después de la octava del Corpus sea celebrada una fiesta particular para honrar mi corazón, comulgando en ese día y haciendo honrosa reparación como compensación de las indignidades que el sacramento recibe mientras está expuesto sobre el altar».

El gesto, las palabras son elocuentes. Con el gesto se designa el corazón de carne que late en el divino pecho del Salvador. Las palabras explican el gesto: ese corazón que late es el símbolo del amor de Jesús por los hombres; ese amor de Jesús por los hombres es un amor ultrajado e ignorado; ese amor desconocido es el que está pidiendo una honrosa reparación; la reparación se manifestará por la institución de una fiesta en honor del Sagrado Corazón, el viernes siguiente a la octava del Corpus, y en ese día hay que comulgar. La cosa está clara, límpida, como todo lo divino. La devoción al divino corazón solicitada a Santa Margarita, y por ella a la Iglesia, es una devoción al corazón de carne, símbolo del amor de Jesucristo a los hombres. Se puede pensar otras cosas de esta devoción, pero Jesús pide que se comprenda y se practique tal como se lo dijo a la monja de Paray-le-Monial. De hecho la Iglesia lo entendió bien y así se hizo.

Santa Margarita se admiraba de ver al Señor dirigirse a ella y de confiarle tal misión: «Tú eres una pobre inocente, ¿pero acaso no sabes que yo me sirvo de las personas más débiles para confundir a los fuertes?». Sin embargo el Señor le dijo a Margarita que solicitase la ayuda de San Claudio de la Colombière. El jesuita aceptó el reto y desde 1675 hasta su muerte en 1682 trabajó discretamente pero sin descanso en todo lo que pudo, y allí por donde pasó, Paray, Londres, Lyón. En sus conferencias, en

sus cartas, en sus entrevistas trató de exponer a todos la voluntad del Señor y que prácticamente él solo conocía. En el libro *Retiro espiritual,* impreso en 1684, se deja entrever las revelaciones de 1675. Santa Margarita comienza su apostolado en 1685 entre sus propias hermanas de Paray-le-Monial y en la casa de las salesas de Dijon, entre sus propios hermanos en Semur, y con otros padres jesuitas. A su muerte en 1690, caen todos los velos y se empieza a hablar claro; entonces aparecen opúsculos, misas, oficios, letanías, etc. Del libro del P. Croiset, *La devoción al Corazón de nuestro Señor Jesucristo,* se editan miles de copias. Lo propagan los ciento cincuenta monasterios de las salesas por toda Europa y llega incluso a China y América.

La devoción particular (en cierto modo «individualmente») avanzaba, pero no así la que podríamos llamar oficiosa. A lo largo de casi dos siglos, se dieron unas veces pasos adelante y otras pasos hacia atrás. Los objetivos de los propagandistas no siempre fueron escuchados ni comprendidos. A veces no se explicaron bien, y otras veces en las esferas eclesiásticas no estaba el terreno preparado; las ideas contrastadas no llegaban a hacer luz. Algunos obispos dieron permiso para celebrar de algún modo la fiesta en el día señalado por la revelación a Santa Margarita. Hubo, pues, éxitos y pruebas muy duras en este camino. Ya al principio, el 19 de mayo de 1693, por un breve de Inocencio XII, se otorgaba indulgencia plenaria a los que comulgasen en una iglesia de salesas el viernes siguiente a la octava del Corpus. Esto fue mal interpretado, pues algunos pensaron que era ya aprobar la fiesta y se convirtió en una fuente de discusiones y disgustos, cuando no de represalias en algunos ambientes religiosos y diocesanos. En este punto no hace falta ni comentar la orquestación polémica y batalladora de los profanos y enemigos de la Iglesia: desde los jansenistas hasta los ateos, agnósticos y librepensadores de la «época de las luces».

Algunos años después, la reina de Inglaterra, en el exilio por ser católica, que siendo Duquesa de York estuvo bajo la dirección del P. de la Colombière, solicitó del Papa la institución de la fiesta. Pero la Congregación de Ritos (Culto), después de un gran debate, contestó: *Non expedire* («No parece conveniente»). Aunque el Papa permitió que, en ese día, en los conventos de la Visitación se pudiera celebrar la misa de «las cinco llagas».

Entrados en el siglo XVIII, se ganan más y más adeptos; en Marsella se hace un voto de la ciudad al Sagrado Corazón para verse libres de la peste. En algunas diócesis los obispos instituyen la fiesta. En el primer cuarto de siglo, el P. General de los Jesuitas, P. Gallifett, cree llegado el momento de que Roma instituya la fiesta o permita la misa a toda la Iglesia y solicita la ayuda de todos los conventos de la Visitación y sobre todo del rey de España Felipe V, el primer Borbón. Pero Roma vuelve a rehusar. Tendrá que pasar casi un siglo, exactamente 90 años, desde las revelaciones, para que Roma, en 1765, permita a Polonia el oficio, misa y letanías al Sagrado Corazón.

Con esta ocasión, y por primera vez, aparece el pensamiento de Roma acerca de lo que piensa la Iglesia «oficial» de esta devoción, y como sucede, en su reserva y prudencia, sólo acepta lo que en general ya saben y practican todos: *Nil amplius quam ampliari cultum iam institutum.* Es decir, sólo acepta aquel culto que ya está establecido y que el abogado de la causa, Alegiani, ha expuesto. La Sagrada Congregación entiende la fiesta como un renovar, simbólicamente, el memorial del divino amor que ha llevado al Hijo de Dios hasta tomar la naturaleza humana. Y el símbolo de carne es el Corazón del Hombre-Dios. Pero en esta comprensión, así como en los textos de culto aprobados, no aparece nada referente a la reparación debida a ese «corazón ignorado y ultrajado». Se ha dado un paso pero todavía no se ha desplegado oficialmente todo el contenido de la revelación.

Mientras tanto sigue imparable, y a pesar de los pesares externos e internos de la Iglesia, el despliegue universal de la devoción. En Francia, sobre todo, aparecen los primeros mártires de la devoción al Sagrado Corazón. Soldados y civiles «vendeanos» son asesinados y muertos por el mero hecho de llevar al pecho una «salvaguardia» o pequeño trozo de tela en el que se ha bordado la imagen de un Corazón y que durante estos años se ha hecho muy popular. Por esta época empiezan a fundarse congregaciones religiosas que ostentan en su título una dedicación explícita al Sagrado Corazón y cuya eclosión alcanzará su mayor expansión en el siglo XIX. Son cerca de las cuarenta congregaciones, entre las de hombres y mujeres, las que se fundan en el siglo XIX y en las que se hace alusión explícita al Corazón

de Jesús, e incluso aparece el término «Reparador(a)». Y aparte de esto, la mayoría de las órdenes y congregaciones, hasta las más antiguas, se consagran al Sagrado Corazón, como es el caso de la Congregación Benedictina de Solesmes, a la que Dom Guéranger consagró al Sagrado Corazón, consagración que se repite todos los años y en todos los monasterios, y de alguna manera todos los primeros viernes de mes, hasta el día de hoy.

Finalmente el 25 de agosto de 1856, casi doscientos años después, Roma extendía a toda la Iglesia, con rango de *Memoria obligatoria* —como diríamos hoy—, la fiesta del Sagrado Corazón, rango que León XIII elevará a «fiesta» en 1889 y finalmente, pero ya en el siglo XX, Pío XI la constituirá en «solemnidad», en 1929.

La religión cristiana, religión de amor, amor de Dios a los hombres, amor de los hombres hacia Dios, encuentra su más alta significación y realización en la Encarnación del Verbo. Dios, por amor, da su Hijo a los hombres. El Hijo único, Verbo encarnado, vive sobre la tierra una vida de amor y su Corazón de carne es el símbolo natural. Siempre la Iglesia ha amado a su Redentor, siempre sus hijos, los rescatados del amor, han amado al que fue crucificado por su amor. Y al menos desde el siglo XV el amor de los hombres hacia su Redentor se ha «encarnado» en la devoción al Sagrado Corazón. El culto al Sagrado Corazón es más que una devoción, es toda la religión en aquello que es más esencial, más eficaz, más elevado; es todo el Evangelio, que puede resumirse en dos palabras: *Dilexit, diliges* («Amó, amarás»).

No cabe duda de que hoy la fiesta está ahí; pero parece que un velo de silencio se extiende, en general, sobre esta devoción a finales del siglo XX y comienzos del XXI; ¿acaso Cristo, en su amor, vuelve a ser «ignorado y ultrajado» principalmente por los que le están consagrados? El Espíritu que rige y dirige la Iglesia tiene que suscitar y renovar en ella ese amor y hacer comprender que, en el amor, la «reparación» es esencial y obligatoria.

LUIS M. PÉREZ SUÁREZ, OSB

Bibliografía

HAMÓN, A., *Dictionnaire de spiritualité ascétique et mystique.* II: *Cabasilas-Cyrille de Scythopolis* (París 1953) cols.1024-1046.

LEAL, J., SJ, *Año cristiano* (Madrid 1946) 608-611.

INMACULADO CORAZÓN DE MARÍA

Segundo sábado después de Pentecostés

Cuando el maestresala probó el vino milagroso que la bendición de Jesús regalaba a los felices novios de Caná, exclamó admirado, dirigiéndose al esposo: «Has reservado el buen vino hasta ahora...».

La devoción al Inmaculado Corazón de María es este buen vino que el esposo, Jesucristo, tenía en reserva para su Iglesia hasta la hora actual. Aunque María ha sido objeto del especialísimo amor y veneración de la Iglesia desde los primeros tiempos, había tal vez en este culto más admiración que intimidad. Se ensalzaba la altísima dignidad, las gracias y privilegios de María, sin atreverse a penetrar en el santuario de todas ellas: su corazón.

Ha sido precisa una llamada expresa de la misma Santísima Señora para alentarnos a dar este paso. El mensaje de Fátima es una invitación apremiante a la intimidad de su corazón. El cardenal patriarca de Lisboa lo considera como «una revelación del Corazón Inmaculado de María al mundo actual». Y afirma categóricamente que «la salvación del mundo —en esta hora trágica de la historia— ha sido confiada por Dios al Inmaculado Corazón de María» *(A Voz,* 18-9-1946).

Por su parte, Pío XII nos invita a arrojarnos en los brazos de María, «seguros de encontrar en su amantísimo corazón [...] el puerto seguro en medio de las tempestades que por todas partes nos apremian» *(Oración Año Mariano).*

Al hablar del Corazón de María entendemos:

— Su corazón físico, el que latía en su pecho durante su vida mortal y ahora en el cielo.

— El conjunto de afectos, cualidades y virtudes que constituyen su «vida interior».

— Su persona misma, considerada en su más noble aspecto: el amor.

En todos los tiempos, en el lenguaje usual, la palabra «corazón» ha sido tomada como símbolo de la vida interior del hombre y aun de la misma persona considerada en su vida afectiva La Sagrada Escritura da comúnmente al término «corazón» este carácter simbólico De este modo, a través del corazón físico de María veneramos su vida interior y su misma persona por la suprema razón de su dignidad inmensa de Madre de Dios.

La maternidad divina de María es la raíz y la causa de todas las gracias que adornan su corazón

> «De su maternidad divina —dice Pío XII en la *Fulgens corona*—, como de arcana y purísima fuente, parecen derivar todos los privilegios y gracias que tan excelentemente adornaron su alma y su vida»

Predestinada a tan altísima misión, la infinita sabiduría de Dios no podía dejar de prevenirla con gracias adecuadas que le permitieran asumirla dignamente. Gracias tan excepcionales, que Santo Tomás afirma que, por ser Madre de Dios, la Santísima Virgen tiene cierta dignidad infinita.

Y esta maternidad excelsa, que coloca a María por encima de todas las criaturas, se realizó en su Corazón Inmaculado antes que en sus purísimas entrañas. «Al Verbo que dio a luz según la carne, lo concibió primeramente según la fe en su Corazón», afirman los Santos Padres. Por la fe y el amor, por la pureza, sumisión y humildad de su corazón, María mereció llevar en su seno al Hijo de Dios.

Madre de Cristo-cabeza por su corazón, es, también por su corazón, madre del cuerpo de Cristo, la Iglesia. Nos concibió al mismo tiempo que a Jesús al dar su consentimiento a la embajada del ángel. Libremente y por amor, aceptando de corazón ser madre del Cristo total. Y, por los dolores de su corazón, nos dio a luz al pie de la cruz de su Primogénito, mereciéndonos así, juntamente con él, la gracia redentora que ahora nos llega por su mediación.

Si todo corazón de madre es ya una cristalización admirable del amor de Dios, ¿qué será el corazón de María destinado a la más augusta maternidad? No es preciso que la teología nos lo enseñe: la intuición del pueblo fiel le ha atribuido siempre una tal plenitud de gracias y dones como para agotar la munificencia

de un Dios. Todos los adjetivos se nos quedan cortos y descoloridos cuando se trata de definir el corazón de María. Después de haber dicho que es inmaculado, bondadoso, santo, humildísimo, rebosante de caridad, misericordiosísimo, tenemos la impresión de no haber dicho nada.

Imposible detenernos aquí, ni tan siquiera someramente, en la contemplación de todas y cada una de las incontables riquezas de este Corazón. Pero, puesto que la maternidad divina para la que ha sido expresamente creado es «la fuente de que dimanan todas sus excelencias», podemos lógicamente concluir que en la cualidad maternal de su corazón las hallaremos compendiadas todas.

María posee un auténtico corazón de madre. Con más exactitud cabría decir que todo corazón de madre es una copia, más o menos feliz, del de María. Y nos encanta hallar plena confirmación de esta verdad adivinada por nuestro instinto filial en las páginas del Evangelio. En dos breves rasgos, San Lucas y San Juan nos dan el perfil inconfundiblemente materno del corazón de María.

San Lucas tiene una frase que nunca le agradeceremos bastante. Por dos veces —tras el relato de la primera infancia de Jesús y, después, al cerrar el breve capítulo de su adolescencia— repite, ponderativo: «Y María guardaba todas estas cosas en su corazón».

En tan pocas palabras el evangelista de Nuestra Señora acaba de decirnos lo que más nos importaba saber: que en el Corazón de María tenemos un corazón de madre. Que María posee en grado sumo una cualidad específicamente maternal: la memoria fiel del corazón. El niño que un día fuimos continúa viviendo siempre en el corazón de nuestra madre: en él quedaron grabados los más nimios detalles de nuestra infancia. Ésta es la condición que San Lucas hace resaltar, por dos veces, en el corazón de María. Teniendo en cuenta la estricta sobriedad de los evangelios, esta insistencia es significativa: es que debe importarnos mucho la fidelidad de su corazón.

A todos nos habrá entristecido alguna vez el pensamiento de que no podremos ver en el cielo a Jesús Niño, ya que es a Cristo adulto a quien contemplaremos allí glorificado. La infan-

cia de Jesús ¿será, pues, para nosotros, un bien definitivamente perdido? No, porque, por fortuna, «María guardaba todas estas cosas en su corazón». La gracia torpe y encantadora de los primeros pasos del Niño, y aquel modo tan suyo, único, de decir «madre»; los hoyuelos que se le formaban en las mejillas al reír, sus deliciosos dientecitos de leche, y aquella asombrosa mirada de un Dios en unos ojos de niño..., todas estas cosas son las que guardaba y guarda todavía fielmente para nosotros el corazón maternal de María. Éste es el Evangelio íntimo que no conocemos y que ella nos reserva para el cielo.

Y junto a la infancia de Jesús, ella guarda también la nuestra, la de todos sus hijos. Nuestra niñez tan breve, tan pronto marchita, tan escasamente graciosa en todos sentidos. Y lo poco —nunca será mucho— que hayamos sabido vivir, ya adultos, con alma de niño, con limpia intención. En María lo hallaremos todo intacto. Podemos confiarle ahora nuestros menudos tesoros, como hacen los chiquillos con las bolas o los cromos ganados en la última partida: «Toma, madre, guárdame esto...». Está en buenas manos. Nada se perderá de lo que hayamos confiado a su custodia. Tal vez no lo reconozcamos siquiera cuando nos lo devuelva: el contacto de su corazón lo habrá embellecido.

San Juan, en la escena de las bodas de Caná, nos revela otro rasgo exquisitamente maternal del corazón de María: su atenta solicitud por los demás. Un corazón maternal es un corazón atento: nada de cuanto atañe al hijo puede pasarle desapercibido. Es vigilante, nunca se distrae; presiente las angustias del hijo, las adivina. Cuando la madre desaparece de nuestra vida hacemos de pronto un doloroso descubrimiento: el de la absoluta indiferencia del universo. De pronto caemos en la cuenta de nuestra insignificancia, de cuán poco interesantes somos para los demás. La presencia siempre atenta de la madre nos lo había ocultado hasta entonces.

En Caná el corazón maternal de María despliega su vigilante cuidado en favor de unos extraños —parientes lejanos a lo sumo— para remediar una situación embarazosa, sí, pero sin consecuencias graves. Para demostrarnos que a ella, en verdad, nada humano puede serle extraño y que nadie queda excluido de su celosa ternura. Nuestros pequeños fallos y ridículos des-

cuidos, lo mismo que nuestras enormes culpas y tremendas angustias, todo, absolutamente todo, es objeto de sus desvelos, de su preocupación. «No tienen vino», le dice a su Hijo. Todos están distraídos, nadie se ha dado cuenta. Sólo Ella. Jesús parece lejano, indiferente. Tal vez está hablando del reino de Dios y de la necesidad de buscarlo ante todo y por encima de todo. «¿Vino? Bueno, Madre, esto no es cosa nuestra...». Pero los ojos de María insisten en silencio, las ánforas están preparadas: «Haced cuanto él os diga...», y el milagro, por fin, florece. La solicitud maternal de María ha conseguido su primera victoria.

Y continúa consiguiéndolas. Su táctica no ha variado: constante vigilancia, mediación oportuna, súplica insistente. El corazón de María se desvive por sus hijos.

Así hacen las madres. De ella lo han aprendido.

Quizá empecemos ahora a entender en qué debe consistir nuestra devoción al corazón de María. No se trata de añadir uno más a la lista de nuestros ejercicios de piedad. No se trata de practicar los cinco primeros sábados de mes, ni de ir en peregrinación a Fátima, ni de recitar cierta fórmula de consagración. Todo esto está muy bien. Pero nuestra devoción ha de consistir en algo más que en una reiteración de actos externos. Ha de ser una corriente vital de corazón a Corazón que penetre, informe y reforme todo nuestro ser. A su materna ternura sólo se puede corresponder con filial cariño. Su solicitud reclama nuestra confianza; su fidelidad exige la nuestra.

Saber, como San Estanislao de Kostka, vivir de este solo pensamiento: «La Madre de Dios es mi madre». Sentir sobre nosotros la constante vigilancia de su mirada, inquieta, solícita, atenta, saborear la certeza de saber que nos lleva continuamente en su Corazón como niños que no han nacido todavía... Y no angustiarse por nada: «La Madre de Dios es mi madre». ¿Qué puede ocurrirnos que no sea bueno, maravillosamente bueno?

Todas nuestras desdichas provienen de que hemos crecido demasiado... y hemos imaginado, ya tan mayores, poder prescindir de la Madre.

Es hora ya de volver al regazo materno. El corazón de María nos espera.

DOLORES GÜELL

Bibliografía

Allons au coeur de Marie. Manuel de la garde d'honneur du coeur de Marie (Besançon ²1938).
GAUDERON, J., CSM, *Le très Saint Coeur de Marie* (París).
ROSCHINI, O. S. M., «S. Antonio Maria Claret e la devozione al C. I. di Maria»: *Ephemerides Mariologiae* 9 (1959).
TORRES, I., CMF, *El corazón de María habló a un sacerdote* (Madrid 1957).
• Actualización:
FRATERNITÉ SALVE REGINA, *Bulletin consacré aux Saints Coeurs unis de Jésus et de Marie* (Le Fréchou 1979-1984).
GIRABAL, J. M.ª, *Inmaculado corazón de María* (El Prat de Llobregat 1998).
JUBERÍAS, F., *El corazón de María, tabernáculo de la Trinidad* (Madrid 1982).

APÉNDICE

2 de junio

SANTOS GERMÁN, PAULINO, JUSTO Y SICIO

Mártires († s. IV)

En la llamada *Arca de los Santos Mártires* se conservan en Gerona las reliquias de los santos Germán, Paulino, Justo y Sicio, mártires. Es una obra escultórica del primer gótico, anterior a 1350 y encargada por el obispo Arnau de Mont-rodon. En la Liturgia de las Horas del día 2 de junio para celebrar su memoria, como libre, se dice:

> «La tradición de la Iglesia gerundense venera este grupo de mártires como originarios de esta ciudad, cuyos nombres aparecen ya en el Martirologio Jeronimiano. La fecha de su festividad que se celebraba el jueves inmediatamente posterior a la Octava de Pentecostés, y también el 8 de junio, ha quedado fijada en el Calendario actual el 2 de junio».

A esta breve información podemos añadir la que proporciona dom Alexandre Olivar, OSB, monje de Montserrat, comentando el nuevo santoral litúrgico de Cataluña. Y por él podemos ver el escaso fundamento histórico de la atribución a Gerona de estos mártires, pero que tienen sin duda una larga veneración de siglos en aquella ciudad, motivo suficiente para conservar allí su memoria litúrgica. Los nombres de estos santos —puntualiza dom Alexandre— ya aparecen en el *Martirologio jeronimiano* el día 31 de mayo, pero no como grupo sino cada uno por su parte. Examinados los distintos manuscritos que se conservan de este *Martirologio* se comprueba variación en los nombres: Justo como Víctor o Victurio, que da lugar a Justurio, y Sicio como Isicio o Isticio. Sobre el sitio de su martirio, dice dom Alexandre, parece que Germán y Justo son africanos, mientras Paulino y Sicio parecen ser antioquenos. No se saben más datos de estos santos.

¿Cómo fue su conexión con Gerona? Se maneja la hipótesis de que la expresión *in civitate eorumdem,* referida a los mártires Germán y Justo, se leyera *in civitate Gerunda,* y que esto dio opción a que se les hicieran unas actas, se leyeran en Gerona, en el oficio divino del 31 de mayo, ya en el siglo XIV, y se les tuvieran por gerundenses. El obispo Andreu Bertrán trasladó en 1420 su fiesta al lunes inmediato posterior a la Octava de Pentecostés.

(NB. Agradecemos a D. Joan Baburés i Noguer, Delegado de Pastoral Litúrgica del Obispado de Gerona, haya querido enviarnos datos y bibliografía).

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

Litúrgia de les Hores segons el Ritu Romá (Barcelona 1977) 1177.
FÁBREGA, A. - GROS, M. S. - OLIVAR, A., *El nou santoral litúrgic de Catalunya* (Barcelona 1973).

SAN JUAN DE ORTEGA
Presbítero († 1163)

Juan nace en Quintana de Ortuño (Burgos) hacia el año 1080 y recibe en su casa una adecuada educación cristiana. Llegado a la juventud, siente el deseo de consagrarse a Dios y, habiendo oído la santa vida y caritativas obras de Santo Domingo de la Calzada, acude a ponerse bajo su dirección. Va madurando en la vida espiritual y su maestro le aconseja se ordene de sacerdote, lo que hace, muerto ya Santo Domingo, hacia el año 1112.

Seguidamente pone en práctica su propósito de peregrinar a Roma y Tierra Santa y para ello se embarca en la costa levantina española. Este viaje le resultaría inolvidable, no sólo por los fuertes sentimientos religiosos experimentados en las tumbas apostólicas y en el santo sepulcro sino también porque estuvo a punto de perecer en un naufragio en medio de una terrible tempestad, peligro en el que Juan invocó a San Nicolás de Bari y a quien atribuyó su salvación.

Una vez vuelto de su peregrinación se decide a llevar vida solitaria en un lugar llamado Ortega, en los Montes de Oca, junto a la ruta de los peregrinos a Santiago de Compostela. Y

aquí su caridad le lleva a ponerse al servicio de los peregrinos. Construye para ellos una ermita dedicada a San Nicolás. Muy pronto su vida se convierte en imán para otras almas que también quieren consagrarse a Dios en aquella soledad, entre las cuales están dos sobrinos suyos. Y entonces se decide a crear un convento que pone bajo la regla de San Agustín. El papa Inocencio II en 1138 le concederá el privilegio de la exención. Por su parte la reina doña Urraca fundó un hospital para peregrinos en las cercanías, y su hijo el rey Alfonso VII rogó a Juan que se hiciera cargo de él, como en efecto hizo; y así, tanto él como sus religiosos se dedicaron con mucha caridad a atender a los peregrinos en lo material y en lo espiritual.

San Juan de Ortega pasa también a la historia como el propulsor de la construcción de sendos puentes en Logroño y Nájera que facilitaron enormemente el paso de los miles de peregrinos que transitaban por aquellas tierras en dirección a Compostela. Tanto el rey Alfonso VII como su hijo Sancho III favorecieron con mucho interés el monasterio y el hospital.

Juan de Ortega vivió rodeado de gran fama de santidad, atribuyéndole el pueblo numerosos milagros, hasta su santa muerte el 2 de junio de 1163, y tuvo muy pronto culto como santo en la diócesis de Burgos. Su monasterio fue habitado desde el siglo XV hasta la desamortización por frailes jerónimos. En un extremo del puente edificado por el santo en Logroño se edificó en su honor una ermita, la cual desapareció en una gran crecida del Ebro el año 1775, en la que las aguas se llevaron la imagen del santo, la cual apareció en la Dehesa de Varea, de donde fue llevada a una iglesia. La ciudad hizo entonces un voto al santo.

Como queda dicho, celebran su memoria las diócesis de Burgos y Calahorra-La Calzada-Logroño, pero su nombre no figura en el *Martirologio romano.*

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

Santos de La Rioja. Colección de semblanzas biográficas (Logroño 1962).
Acta sanctorum. Iunii I (Venecia 1738) 260-263.
Bibliotheca sanctorum, t.VI, cols.858-859.

SAN DICTINO
Obispo de Astorga († ca.420)

Lo más notable de este obispo astorgano del siglo IV-V es su sincera conversión de la herejía priscilianista que había propagado fervorosamente durante la primera etapa de su vida, junto con su padre Simposio, que le precedió en ello.

Estaban entonces las comunidades cristianas de estas tierras sacudidas por la herejía de Prisciliano. Predicador ardiente de una ascética muy rigurosa, comenzó éste su actividad hacia el año 370-375 en el sur de España, y logró muchos adeptos sobre todo entre las mujeres.

A los priscilianistas se les acusaba de una mezcla de maniqueísmo y gnosticismo. No hay duda de que rozaban la herejía y despreciaban el matrimonio; ayunando los domingos, en Navidad y en Pascua, negaban la Encarnación y la Resurrección.

Pronto se le unieron dos obispos: Instancio y Salviano; pero se le opusieron otros dos: Hidacio de Mérida e Itacio de Ossonoba (Algarve).

Un concilio celebrado en Zaragoza a fines del 380 condenó las ideas de Prisciliano y sus adeptos pero sin tomar medidas disciplinarias contra las personas.

La respuesta de los obispos Instancio y Salviano fue consagrar a Prisciliano como Obispo de Ávila.

Entonces Hidacio e Itacio obtuvieron de Graciano un decreto de exilio contra los maniqueos, que aprovecharon contra Prisciliano y sus seguidores. Huyeron éstos a Aquitania y después a Roma y Milán, buscando el apoyo de San Dámaso y San Ambrosio.

De momento consiguieron la revocación del decreto y pudieron regresar a España Prisciliano e Instancio, Salviano ya había muerto. Hidacio le denunció de nuevo.

La herejía tuvo en las tierras asturicenses una especial virulencia con un gran número de seguidores. Entre ellos, el obispo Simposio y su hijo Dictino, a quien ordenó presbítero muy joven, se distinguieron por su entusiasmo a favor de los priscilianistas. En particular, Dictino, que poseía brillantes cualidades que le ganaron la predilección del pueblo, hasta el punto de que esos grupos simpatizantes solicitaron a Simposio que consagra-

ra obispo a su propio hijo y lo asociara en el gobierno pastoral de la diócesis.

La actividad de Dictino fue intensa e influyente dentro y fuera del territorio diocesano, principalmente por medio de sus escritos. No han llegado a nosotros ni siquiera los títulos, tal vez por la expurgación practicada más tarde, sobre todo en el Concilio Bracarense del 572.

Pero sabemos de uno llamado *Libra,* rebatido nada menos que por San Agustín de Hipona en su *Contra mendacium* (ep.119), después de haber sido denunciada la obra por Consencio, Obispo de Baleares.

La influencia nociva de esos escritos se prolongó incluso después de su conversión y su muerte, como lo testifica la queja de San León Magno en la carta que envió al obispo de Astorga, Toribio, en el año 447.

La confusión creada por los priscilianistas en las comunidades cristianas provocó las denuncias a los emperadores Graciano y Máximo, el Usurpador. Y, después del Concilio de Burdeos (384), Prisciliano, que no quiso acudir, fue condenado a muerte por inmoralidad y práctica de la magia, en Tréveris, donde residía el emperador Máximo.

No pudieron evitar esta lamentable ejecución los esfuerzos de San Martín de Tours y de San Ambrosio de Milán. Fue la primera vez que se dio ese paso que tantas amarguras produjo en el futuro: tribunales civiles sentenciando causas religiosas...

En España perduró el movimiento de Prisciliano, difundido y arraigado en el pueblo con los himnos y las costumbres culturales.

Pero en la vida de Dictino y de su padre Simposio, iba a llegar la hora de Dios, la conversión sincera y profunda. Fue en el Concilio de Toledo convocado en el mes de septiembre del año 400. Asistieron numerosos obispos de la Península. Allí confesaron padre e hijo sus errores, abjuraron solemnemente de ellos y recuperaron la ortodoxia:

> «Oídme, sacerdotes óptimos y corregidme en todo. Yo condeno en mí mismo el haber dicho que era una misma la naturaleza de Dios y la del hombre. No solamente os pido corrección sino que condeno cuanto dictó mi presunción; y en mis escritos todo lo desecho sin exceptuar más que el nombre de Dios».

Vuelto a la diócesis, después de esta verdadera y humilde confesión, fue su labor pastoral tan fecunda como había sido la sementera de sus errores.

Cinco siglos después de su muerte, el santo obispo Fortis, sucesor suyo, en un diploma del 929 le llama «santísimo, gloriosísimo y poderoso pastor».

Junto a la iglesia parroquial de Santa Colomba de Puerta de Rey, en Astorga, se conservan las ruinas de un monasterio que lleva el nombre de San Dictino. Fue fundación suya y se puede considerar como un precedente del monacato.

Allí vivió los últimos años con sus presbíteros, y más tarde comenzó a llevar su nombre. Hasta la desamortización del siglo XIX fue convento de Frailes Predicadores, hijos de Santo Domingo. De esta etapa quedan obras artísticas y libros litúrgicos en el Museo de la Catedral. Y muchos documentos en el Archivo Histórico Nacional de Madrid.

No sabemos cuánto tiempo duró su pontificado. Se supone que falleció el 24 de julio, *circa* 420. Pero su fiesta se celebra en la Iglesia particular de Astorga el 2 de junio. Su culto es inmemorial y se refleja en los calendarios y en los oficios propios. En 1635 se hicieron las gestiones oficiales para obtener la aprobación de Roma.

En 1733 el Cabildo lo colocó entre los patronos con la categoría litúrgica correspondiente y signos de fiesta en los cantos del oficio. La iconografía es abundante en la catedral, con la mitra, el báculo y el libro que alude a sus escritos. Se repite su efigie en las puertas, en el trascoro y en la sacristía, junto a San Genadio. También figura en la galería de retratos del Obispado. En algunas representaciones aparece echando al fuego sus libros heréticos, recordando su conversión y la abjuración de sus errores.

BERNARDO VELADO GRAÑA

Bibliografía

FLÓREZ, E., *España Sagrada,* VI, 96-112; XVI, 75-89.
GARCÍA VILLADA, Z., *Historia Eclesiástica de España,* I/2.ª (Madrid 1929ss) 91-145.
RODRÍGUEZ LÓPEZ, P., *Episcopologio Asturicense,* I (Astorga 1906).
GONZÁLEZ GARCÍA, M. A., «Dictino de Astorga», en *Diccionario de Santos* (San Pablo, Madrid 2000) 617s.

27 de junio

NUESTRA SEÑORA DEL PERPETUO SOCORRO

Pocos casos hay en la historia de la Iglesia de difusión tan rápida y universal de una devoción mariana como es la del culto al famoso cuadro de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro.

Era el día 23 de junio del año 1867, domínica infraoctava del Corpus, cuando, en la iglesia de padres redentoristas de Roma, el decano del Capítulo Vaticano, patriarca de Constantinopla (después cardenal), daba comienzo a la ceremonia de coronación de la imagen de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro. Con anterioridad, el día 12 de mayo del mismo año, habían aprobado por unanimidad los capitulares el proyecto de coronación, declarando en público decreto que dicho cuadro reunía todas las condiciones para tal honor: antiquísimo culto de más de tres siglos y fama de muy milagroso. Se señaló para la litúrgica conmemoración de aquella fiesta la domínica que precede a la Natividad de San Juan Bautista. En la actualidad se celebra el 27 de junio en el calendario universal de la Iglesia.

¿Cuál es la historia de este cuadro, desde entonces tan celebrado en las cinco partes del mundo?

Precisamente uno de los diputados por el Cabildo Vaticano para la coronación era Pedro Wenzel, subprefecto después del Archivo Secreto Vaticano, quien, años andando, en 1903 comunicó a un padre redentorista, investigador del origen de este cuadro por bibliotecas y archivos vaticanos, un interesante documento manuscrito que constituía la fuente primaria para la historia de la venerada imagen. Hallábase el documento en un códice manuscrito de Franciscus Turrigius (siglo XVI). También se hallaron dos relaciones del mismo en la obra manuscrita en veintiséis grandes volúmenes de Io. Antonius Brusius (siglo XVII) sobre antigüedades sacras de Roma. El documento primitivo, escrito en pergamino, fijo en una tabla, estaba colocado en el cancel que cerraba el altar mayor de la iglesia de San Mateo *in Merulana.* Ambos autores copiaron el original, que, por ser largo, lo resumiremos aquí.

Un comerciante de Creta robó de una iglesia el cuadro milagroso y se dio a la mar, ocultando el cuadro entre las mercancías. Sobrevino una tempestad y todos, sin saber del cuadro, invocaban a la Virgen. Serenóse el mar y tomaron puerto. Un año después el comerciante, con el cuadro, llegaba a Roma. Enfermó el cretense y un amigo romano se lo llevó a su casa. En el trance de la muerte el cretense contó al romano el robo del cuadro, sin honor entre sus mercancías, rogándole que lo colocase en una iglesia donde se le diera culto. Lo prometió el romano. Muerto el mercader, hallaron, en efecto, el cuadro, mas la mujer del piadoso amigo persuadió a su marido a quedarse con el cuadro, reteniéndolo nueve meses. La Virgen, en una visión, dijo al romano que no hiciera tal, sino que lo colocara en lugar más decente. No obedeció. Volvió la Virgen segunda y tercera vez, amenazándole entonces con una mala muerte si no lo ponía en una iglesia. Temió el romano y rogó a su mujer que regalara el cuadro a alguna iglesia. Negóse ella con muchas razones y el marido se conformó. La Virgen volvió a hablar al romano: «Te avisé, te amenacé, no has querido obedecer. Tendrás que salir tú primero, para salir yo después en busca de lugar más honorable». Y se murió el romano. Se apareció la Virgen a una hija suya de seis años y le dijo: «Avisa a tu madre y a tu tío, y diles que Santa María del Perpetuo Socorro quiere que la saquéis de casa si no queréis morir todos muy pronto». Contó la niña, temió la madre, que había tenido la misma visión, y se determinó a obedecer. Pero en esto, una vecina, enterada de lo ocurrido, la decide con muchas y poco piadosas razones a que no lo haga. Volvió la vecina a casa, pero enfermó de peste. Entonces invocó a la Virgen y se curó. Volvió la Virgen a la niña para que dijese a su madre que quería ser llevada a cierta iglesia llamada de San Mateo, entre Santa María la Mayor y San Juan de Letrán. Obedeció la madre y, avisando a los frailes agustinos que llevaban aquella iglesia, con acompañamiento de todo el clero y pueblo fue trasladado el cuadro y el mismo día de la traslación hizo el primer milagro.

La fecha de la traslación fue el 27 de marzo de 1499, reinando Alejandro VI, y la data del documento fue entre la fecha anterior y el año 1503, en que murió dicho Papa. Brusius decía que la letra y el color denunciaban la fecha.

Quedó allí la imagen durante tres siglos (1499-1798). Las tropas de Napoleón ocuparon Roma y, entre otras iglesias, derribaron la de San Mateo. Los agustinos irlandeses que la regentaban se pasaron con el cuadro a la próxima iglesia de San Eusebio y, de allí, a la de Santa María *in Posterula.* En el año 1855 tomaba el hábito de redentorista el joven Miguel Marchi. De niño había sido monaguillo en la casi extinta comunidad de

agustinos, custodios del cuadro que ignoraban. Pero un lego, fray Agustín Orsetti, muy viejo, que había conocido el culto y los milagros de la Virgen olvidada, decía con frecuencia al monaguillo: «Sábetelo bien, Miguelito. La Virgen de San Mateo la tenemos en el oratorio. No lo olvides [...] ¡Era muy milagrosa!». Y no lo olvidó. Enterado el superior general de los padres redentoristas, reverendísimo padre Nicolás Maurón, se presentó con el padre Marchi a Pío IX. Le refirió el caso del milagroso cuadro, su paradero, ser voluntad de la Virgen exponerla al culto entre San Juan de Letrán y Santa María la Mayor, término que coincidía precisamente con el solar de los redentoristas. Acogió Pío IX las súplicas y pocos días después, por billete escrito de propio puño, ordenó (11 de diciembre de 1865) al cardenal prefecto de la Propaganda gestionase la entrega del cuadro a los padres redentoristas. Así se hizo.

El día 26 de abril de 1866 recorrió el cuadro de nuevo las calles de Roma. Al año siguiente, como dijimos al principio, fue coronado por el Cabildo Vaticano. Desde entonces no ha cesado su devoción de recorrer aldeas y ciudades de las cinco partes del mundo con gran fruto espiritual de conversiones.

El cardenal Francisco Ehrle, SI, decía a un padre redentorista: «No hay Virgen romana más documentada que la Virgen del Perpetuo Socorro».

Descripción del cuadro.—Su tamaño es de 53 por 41,5 centímetros. Está pintado al temple y en nogal. Fue restaurado por el artista polaco Novodny en 1866. La Virgen viste túnica roja, *peplos* o manto azul marino con vueltas verdes y esclavina. El *quecrífalos,* redecilla o pañuelo verde, le recoge el cabello. El Niño viste túnica verde con cinturón púrpura y manto marrón claro. A la derecha de la figura San Miguel, túnica jacinto, manto y paño de honor verdes. A la izquierda, San Gabriel, túnica, manto y paño de honor jacinto. Todos los personajes nimbados. Los pliegues de los paños van acusados con reflejos de oro. El fondo es oro. Los personajes llevan sus nombres en abreviaturas griegas: Jesús-Cristo, Madre de Dios, el arcángel Miguel, el arcángel Gabriel. Los trazos sobre las letras son signos ortográficos y de abreviación.

Composición del cuadro.—No es una simple imagen o retrato de María. Es una escena, una especie de cuadro de género. Para

ello no basta que haya en la escena varios personajes. Es preciso que el pedazo de vida que allí se vive encadene y relacione a los personajes unos con otros, no con inscripciones o guiones, sino con el gesto, la mirada, el sentido. Es un momento simbólico de la vida de María. Su momento feliz es interrumpido por una visión terrible: la Pasión, cuyos instrumentos presentan los ángeles al Niño. Éste vuelve la mirada consternado hacia la aparición. Con el movimiento brusco de terror contrae el pie izquierdo y la sandalia se le desprende. Las manecitas se aferran al pulgar de la Madre. Por eso la llaman a veces los rusos la *Virgen del pulgar (Taletskaia Bojia Mater).* La mirada de la Virgen trasciende el cuadro y pasa al espectador.

Escuela y fecha.—La flexibilidad de la escena denota la presencia del realismo italiano. Sin embargo, la técnica es bizantina. Su dibujo es más rígido que el de sus contemporáneos italianos, tiene más de calco que de inspiración personal. No es un cuadro hecho en Italia como sus congéneres de Cimabue, Bernabé de Módena y Botticelli. Es un cuadro bizantino con influencias italianas. La isla de Creta era entonces colonia veneciana. Un ejemplar de nuestro cuadro está firmado por Andreas Rico de Candía (siglo XV). El nuestro parece más antiguo que sus similares esparcidos por Italia. Kondakof y Muratof, disintiendo a veces, convienen en la inspiración italiana y lo atribuyen a la escuela ruso-bizantina de Novgorod, entre los siglos XIV y XV. En Rusia las *Metsnaia ikona* (imágenes de asiento) o *Poklonnaia ikona* (imágenes grandes) estaban fijas en el Iconostasio. Las Vírgenes de la Pasión (nuestro cuadro) eran imágenes de la devoción íntima y se llamaban *Domovaia* (imagen doméstica) o *Molennaia ikona* (imagen pequeña).

Los papas han tenido siempre particular devoción al cuadro de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro. Pío IX lo regaló a los católicos de Zitomir (Rusia), que le pedían una de las Vírgenes más veneradas en Roma. León XIII se la dio a los misioneros de la Asunción que partían para Bulgaria. San Pío X la regaló a la emperatriz abisinia Taitú. Benedicto XV la tenía sobre su trono; para el 50 aniversario de la exposición al culto del prodigioso cuadro acuñó, a sus expensas, una medalla conmemorativa con su busto y la imagen del Perpetuo Socorro. Pío XI la puso

en el escudo de la misión pontificia para socorrer a los niños hambrientos de Rusia. Hoy se la considera como símbolo de enlace entre la Iglesia romana y las Iglesias orientales disidentes, para la unión. Es cosa menos que interminable enumerar las naciones y centros en que a la Virgen del Perpetuo Socorro se le tributa culto especial. Baste decir que se halla extendida su devoción por las cinco partes del mundo. Sólo destacaremos las formas más significativas de este culto.

Existe la Archicofradía de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro, de la que Pío IX quiso ser el primer archicofrade, encabezando las listas. También lo fue Alfonso XIII, cuya curación, en una gripe infantil, se atribuyó a una estampa de la Virgen colocada en su cuna. La Archicofradía tiene una sección especial: la «Súplica perpetua», por la que los socios se comprometen a orar media hora todos los meses ante el cuadro. Está también en plena vitalidad la visita domiciliaria por medio de capillas portátiles. En muchos países extranjeros existe la novena perpetua, sobre todo en los pueblos anglosajones, originaria de los Estados Unidos, que celebra una función religiosa como de media hora un día a la semana, durante todo el año. Pero esa función se repite, como en San Luis (Estados Unidos), once veces por día, para dar entrada a las oleadas de devotos. Éstos, en la iglesia de Boston, no bajan de 20.000 el día semanal de la novena. El centro de Manila es asombroso. En Baclarán, barrio de la capital, se ha construido una iglesia con capacidad para 12.000 personas. En los días de novena perpetua el municipio organiza servicio especial de tranvías y autobuses, con un promedio de 60.000 asistentes en los siete ejercicios al día. El delegado apostólico, monseñor Panico, decía: «La Novena Perpetua es la gracia más grande que Dios ha dado a Filipinas después de su conversión al cristianismo». A estas novenas perpetuas asisten muchos no católicos. El padre Juan Herat, oblato de María Inmaculada, decía que, en su parroquia de Colombo, asistían los miércoles de la novena 30.000 personas entre católicos, hindúes, budistas, mahometanos, parsis y protestantes. Francia, Italia, Bélgica, Holanda, Alemania, Inglaterra la tienen en la mayor parte de sus iglesias. Son cientos de miles los lugares misionados adonde se ha llevado el cuadro y su devoción. Varios

cientos de miles suman los ejemplares de las revistas de su nombre. Los altares erigidos en su honor son innumerables. Un cronista extranjero contaba por el año 1916 unos 1.200 altares sólo en pueblos de Andalucía. En España, además de la devoción privada que todo español conoce, tiene esta Virgen el homenaje de instituciones públicas de que es ella patrona, así: Sanidad militar, Colegios médicos, Beneficencia municipal de Madrid, en el Ministerio de la Gobernación, Asociación Mutua de Socorros, el Seguro Español, Mutualidad de Peritos del Ministerio de Agricultura, Ministerio de Hacienda. En México y en las naciones de Centro y Sudamérica florece la devoción en prácticas piadosas y frutos de bendición, como en cualquier nación europea.

No basta la distancia remota de los pueblos para limitar su devoción. A principios de siglo unos misioneros austriacos, en misión rodante por el Transiberiano, llevaron el cuadro desde Moscú a Vladivostok. En África lo presentan al culto los misioneros del Alto Níger (franceses), del Congo (belgas), de África del Sur (ingleses). También en Oceanía los misioneros de Nueva Guinea. Siete catedrales de Australia y Nueva Zelanda celebran la Novena Perpetua. En Newcastle (Oceanía) cinco estaciones radiofónicas comerciales transmiten la Novena Perpetua. En 1948 el padre Henry, oblato de María Inmaculada, llevaba el cuadro al Polo Norte, a la península de Boothia.

Como se ve, esta devoción tiene un marcado carácter universalista, con un fruto abundante de conversiones.

RODRIGO BAYÓN, CSSR

Bibliografía

BRESCIANI, E., CSSR, *Cent storici sull'antica Imagine della Madonna del Perpetuo Soccorso* (Roma 1866).
D'ORAZIO, B. - BUSCHI, E., CSSR, *La Madonna del Perpetuo Soccorso. Storia della sacra immagine e del suo culto nel mondo* (Verona 1953).
El Perpetuo Socorro. Revista mensual religiosa (Madrid 1899).
FREAN, W., CSSR, *Star of the Sea over Creta* (Sydney 1949).
HENZE, C. M., CSSR, *Mater de Perpetuo Succursu* (Roma 1926).
— *Ausführliche Gesch. des Muttergottesbildes der immerwahrenden Hilfe* (Roma 1939).
RAMOS, T., CSSR, *Nuestra Señora del Perpetuo Socorro* (Madrid ^{4}1952).
• Actualización:
SARABIA, R., *Novena del milagro a Nuestra Señora del Perpetuo Socorro* (Madrid ^{10}1978).
La Madonna del Perpetuo Soccorso. L'immagine, le grazie, le chiese (Isola del Liri 1998).

CALENDARIO ESPAÑOL

MEMORIAS QUE CELEBRAN LAS DIÓCESIS ESPAÑOLAS

Día 1	En Burgos y Tarazona, San Íñigo de Oña, abad.
	En Ciudad Real, Beato Fernando de Ayala, presbítero y mártir
Día 2	En Astorga, San Dictino, obispo.
	En Burgos, Calahorra-La Calzada-Logroño, San Juan de Ortega, presbítero.
	En Gerona, santos Germán, Paulino, Justo y Sicio, mártires
Día 3	En Asidonia-Jerez y Sevilla, San Juan Grande, religioso.
Día 5	En Córdoba, San Sancho, mártir.
Día 7	En Sevilla, santos Pedro, presbítero, y Wistremundo, monje, martires
	En Huelva, San Walabonso, mártir.
Día 9	En Tenerife, Beato José Anchieta, presbítero
Día 11	En Tortosa, Santa María Rosa Molas y Vallvé, virgen.
Día 12	En Salamanca y León, San Juan de Sahagún, presbítero
	En Guadix-Baza, San Fándila, presbítero y mártir.
Día 14	En Córdoba, santos Anastasio, presbítero, Félix y Digna, martires.
	En Sevilla y Asidonia-Jerez, Beato Diego José de Cádiz, presbítero.
Día 15	En Córdoba, Santa Benilde, mártir.
Día 16	En Burgos, santos Quirico y Julita, mártires.
	En Madrid, Santa María Micaela del Santísimo Sacramento, virgen.
Día 18	En Málaga, santos Ciriaco y Paula, mártires.
Día 19	En Zaragoza, San Lamberto, mártir.
Día 20	En Plasencia, Cartagena y Sevilla, Santa Florentina, virgen.
Día 21	En Barbastro-Monzón y Lleida, San Ramón de Roda, obispo.
Día 22	En Barcelona, San Paulino de Nola, obispo
Día 25	En Jaca, Santa Orosia, virgen y mártir
Día 26	En Tuy-Vigo, San Pelayo, martir.
	En Barbastro, Madrid, Pamplona, Tudela y Zaragoza, San Josemaría Escrivá de Balaguer, presbítero.
Día 27	En Córdoba y Palencia, San Zoilo, mártir.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

1. **Santos y beatos**

Aarón, San († s. IV), día 22, 547.
Abraham, San († ca.480), día 15, 394.
Adalberto, San († s. VIII), día 25, 591.
Adolfo de Osnabrück, San († 1224), día 30, 734.
Adolfo Ludigo Mkasa, San († 1886), día 3, 58-65.
Agustín Phan Viet Huy, San († 1839), día 13, 351.
Albano, San († s. III), día 22, 546-547.
Albina de Lyón, Sta. († 177), día 2, 47-52.
Aleidis, Sta. († 1250), día 11, 306-307.
Alejandro de Lyón, San († 177), día 2, 47-52.
Alejandro, San († 823), día 6, 148-149.
Alonso Navarrete, Bto. († 1617), día 1, 39-40.
Amando de Burdeos, San († 431), día 18, 469-470.
Ambrosio Kibuka, San († 1886), día 3, 58-65.
Amós, San († s. VIII a.C.), día 15, 367-375.
Ana de San Bartolomé, Bta. († 1626), día 7, 153-159.
Ana María Taïgi, Bta. († 1837), día 9, 234-241.
Anastasio de Córdoba, San († 853), día 14, 365-366.
Anatolio Kiriggwajjo, San († 1886), día 3, 58-65.
Andrés Caccioli, Bto. († 1254), día 3, 94.
Andrés Iscak, Bto. († 1941), día 26, 641.
Andrés Jacinto Longhin, Bto. († 1936), día 26, 642-643.
Andrés Tuong, San († 1862), día 16, 423-425.
Aníbal María de Francia, San († 1927), día 1, 29-37.
Antelmo de Belley, San († 1178), día 26, 638-639.
Antonia de Lyón, Sta. († 177), día 2, 47-52.
Antonio Constante Auriel, Bto. († 1794), día 16, 423.
Antonio de Padua, San († 1231), día 13, 333-341.
Antonio María Gianelli, San († 1846), día 7, 159-161.
Antonio Turner, Bto. († 1679), día 20, 511-512.
Antonio Zawistowski, Bto. († 1942), día 4, 114-115.
Apolonio de Lyón, San († 177), día 2, 47-52.
Aquiles Kiwanuka, San († 1886), día 3, 58-65.
Argimiro, San († 856), día 28, 683.
Arialdo, San († 1066), día 27, 661-662.
Aristeo de Lyón, San († 177), día 2, 47-52.
Asclibíades de Lyón, San († 177), día 2, 47-52.

Atalo de Lyón, San († 177), día 2, 47-52.
Aureliano de Arlés, San († 551), día 16, 421-422.
Ausona de Lyón, Sta. († 177), día 2, 47-52.
Aventino, San († 732), día 13, 350.

Baltasar de Torres, Bto. († 1626), día 20, 509-511.
Bárbara Cui Lianzhi, Sta. († 1900), día 15, 397.
Bardón de Maguncia, Bto. († 1051), día 11, 305-306.
Bartolomea Capitanio, Sta. († 1833), día 28, 679-683.
Basilio Velyckovskyj, Bto. († 1973), día 30, 738.
Benilde, Sta. († 853), día 15, 395.
Benón de Meissen, San († 1106), día 16, 398-403.
Bernabé, San (apóstol) († s. I), día 11, 262-270.
Bernardo de Menthon, San († 1081), día 15, 375-379.
Bertrando de Aquileya, Bto. († 1350), día 6, 149-150.
Besarión, San († s. IV), día 6, 148.
Biblis de Lyón, San († 177), día 2, 47-52.
Blandina de Lyón, Sta. († 177), día 2, 47-52.
Bogumilo de Gniezno, San († 1182) día 10, 244-247.
Bonifacio, San († 755), día 5, 115-122.
Bruno Seronuma, San († 1886), día 3, 58-65.

Calogero, San († s. V), día 18, 470.
Carlos Lwanga, San († 1886), día 3, 58-65.
Carlos Renato Collas du Bignon, Bto. († 1794), día 3, 95-96.
Casio de Narni, San († 558), día 29, 705.
Cecardo de Luni, San († 860), día 16, 422.
Ciriaco, San († s. IV), día 18, 468-469.
Cirilo de Alejandría, San († 444), día 27, 643-649.
Clotilde, Sta. († 545), día 3, 91.
Coemgeno, San († 618), día 3, 92.
Colmán, San († s. VI), día 7, 171.
Columba, San († 597), día 9, 217-225.
Columcille: cf. Columba, San.
Commino de Lyón, San († 177), día 2, 47-52.
Cornelio de Lyón, San († 177), día 2, 47-52.
Cuarcia de Lyón, Sta. († 177), día 2, 47-52.

Dermicio O'Hurley, Bto. († 1584), día 20, 501-506.
Dictino, San († ca.420), día 2, 792-794.
Diego José Oddi, Bto. († 1919), día 3, 97.
Digna de Córdoba, Sta. († 853), día 14, 365-366.
Domingo Henares, Sto. († 1838), día 25, 587-590.
Domingo Huyen, Sto. († 1862), día 5, 127.
Domingo Mao, Sto. († 1862), día 16, 423-425.
Domingo Nguyen, Sto. († 1862), día 16, 423-425.
Domingo Nhi, Sto. († 1862), día 16, 423-425.
Domingo Ninh, Sto. († 1862), día 2, 56-57.
Domingo Toai, Sto. († 1862), día 5, 127.
Domna de Lyón, Sta. († 177), día 2, 47-52.

Dorotea de Montau, Bta. († 1394), día 25, 595.

Edíltrudis, Sta. († 679), día 23, 563-564.
Eduardo Poppe, Bto. († 1924), día 10, 252-258.
Efrén Siro, San (ca.373), día 9, 211-217.
Eliseo, San (s. IX VIII a.C.), día 14, 352-361.
Emilia de Lyón, Sta. († 177), día 2, 47-52.
Emilia de Lyón (otra), Sta. († 177), día 2, 47-52.
Emma, Sta. († 1045), día 29, 705.
Enrique de Balzano, Bto. († 1315), día 10, 260.
Erentrudis de Nonnberg, Sta. († 718), día 30, 732.
Eskil, San († 1080), día 12, 328-329.
Estanislao Starowieyski, Bto. († 1941), día 4, 114-115.
Eugenio I (papa), San († 657), día 2, 52-53.
Eulogio de Alejandría, San († 607), día 13, 348-349.
Eusebio de Samosata, San († 379), día 22, 547-548.

Fándila, San († 853), día 13, 341-345.
Felipe Papon, Bto († 1794), día 17, 447-449.
Felipe Powell, Bto. († 1646), día 30, 734-735.
Felipe Smaldone, Bto († 1923), día 4, 107-111.
Félix de Córdoba, San († 853), día 14, 365-366.
Fernando de San José Ayala, Bto. († 1617), día 1, 39-40.
Filomeno de Lyón, San († 177), día 2, 47-52.
Flavio Clemente, San († 96), día 22, 546.
Florida Cevoli, Bta. († 1767), día 12, 330-331.
Fortunato de Nápoles, San († s. IV), día 14, 364-365.
Francisca Lanel, Bta. († 1794), día 26, 608-614.
Francisco Caracciolo, San († 1608) día 4, 98-106.
Francisco Ingleby, Bto. († 1586), día 3, 95.
Francisco Pacheco, Bto. († 1626), día 20, 509-511.
Franco, San († 1270), día 5, 126.

Gaspar Bertoni, San († 1853), día 12, 309-316.
Gaspar Sadamatsu, Bto. († 1626), día 20, 509-511.
Geminiano de Lyón, San († 177), día 2, 47-52.
Gemino de Lyón, San († 177), día 2, 47-52.
Gerardo de Claraval, Bto. († 1138), día 13, 350-351.
Gerlando, Bto. († 1279), día 19, 487.
Germán de Gerona, San († s. IV), día 2, 789-790.
Germana Cousin, Sta. († 1601), día 15, 380-385.
Gervasio, San († s. II), día 19, 486-487.
Gobán, San († 670), día 20, 506.
Grata de Lyón, Sta. († 177), día 2, 47-52.
Gregorio Barbarigo, San († 1697), día 18, 459-467.
Gualterio, San († s. XIII), día 4, 112-113.
Gualterio Pierson, Bto. († 1537), día 10, 260-261.
Guido de Cortona, Bto. († 1245), día 12, 329.

Guillermo Exmew, Bto. († 1535), día 19, 488.
Guillermo Fitzherbert, San († 1154), día 8, 182-189.
Guillermo Greenwood, Bto. († 1537), día 6, 151.
Guillermo Harcourt, Bto. († 1679), día 20, 511-512.
Guillermo, San († 1142), día 25, 592-593.
Gyavira, San († 1886), día 3, 58-65.

Habencio, San († 851), día 7, 172.
Heimerado, San († 1019), día 28, 684.
Helpis de Lyón, San († 177), día 2, 47-52.
Hipacio, San († 446), día 17, 446.
Hosanna Andreasi, Bta. († 1505), día 18, 455-459.
Hunfredo Middlemore, Bto. († 1535), día 19, 488.

Inocencio Guz, Bto. († 1940), día 6, 152-153.
Inocencio V (papa), Bto. († 1276), día 22, 549-550.
Íñigo, San († 1068), día 1, 10-17.
Ireneo de Lyón, San († 202), día 28, 663-669.
Isaac de Córdoba, San († 851), día 3, 92-93.
Isabel de Schonau, Sta. († 1165), día 18, 450-455.
Isfrido, San († 1204), día 15, 395.
Isto de Lyón, San († 177), día 2, 47-52.
Itamar de Rochester, San († ca.656), día 10, 259.

Jamnica de Lyón, Sta. († 177), día 2, 47-52.
Jenaro María Sarnelli, Bto. († 1744), día 30, 719-731.
Jeremías de Córdoba, San († 851), día 7, 172.
Joaquín Senkivskyj, Bto. († 1941), día 28, 686.
José Cafasso, San († 1860), día 23, 552-557.
José de Anchieta, Bto. († 1597), día 9, 225-234.
José Imbert, Bto. († 1794), día 9, 242-243.
José Isabel Flores, San († 1927), día 21, 527-528.
José Ma Taishun, San († 1900), día 26, 640.
José María Robles, San († 1927), día 26, 614-623.
José Tuc, San († 1862), día 1, 41-42.
José Yuan Zaide, San († 1817), día 24, 579-580.
Josemaría Escrivá de Balaguer, San († 1975), día 26, 623-637
Juan Bautista Scalabrini, Bto. († 1905), día 1, 24-29.
Juan Bautista Vernoy de Montjournal, Bto. († 1794), día 1, 41.
Juan Bautista Wu Mantang, San († 1900), día 29, 705-706.
Juan Bautista Zola, Bto. († 1626), día 20, 509-511.
Juan Bautista, San, día 24, 567-574.
Juan Davy, Bto. († 1537), día 8, 208-209.
Juan de Castro Chinon, San († s. VI), día 27, 660.
Juan de España, Bto. († 1160), día 25, 593-594.
Juan de Matera, San († 1139), día 20, 491-493.
Juan de Ortega, San († 1163), día 2, 790-791.
Juan de Sahagún, San († 1479), día 11, 270-277.
Juan Dominici, Bto. († 1420), día 10, 247-251.

Juan Fenwich, Bto († 1679), día 20, 511-512.
Juan Fisher, San († 1535), día 22, 533-537
Juan Gavan, Bto. († 1679), dia 20, 511-512
Juan Grande, San († 1600), día 3, 65-75
Juan Kisaku, Bto. († 1626), día 20, 509-511.
Juan Pelingotto, Bto († 1304), día 1, 17-24.
Juan Rigby, San († 1600), día 21, 525-526.
Juan Southworth, San († 1654), día 28, 673-678.
Juan Storey, Bto († 1571), día 1, 37-39.
Juan XXIII (papa), Bto. († 1963), día 3, 75-91.
Juan, San († s IV), día 26, 596-602.
Juana Gérard, Bta († 1794), día 26, 608-614
Julia de Lyón, Sta († 177), día 2, 47-52.
Julia de Lyón (otra), Sta († 177), día 2, 47-52.
Juliana Falconieri, Sta. († 1341), día 19, 482-486.
Julio de Lyón, San († 177), día 2, 47-52.
Julio, San († s. IV), día 22, 547.
Julita, Sta. († 304), día 16, 421.
Justa de Lyón, Sta. († 177), día 2, 47-52.
Justino, San († 166), día 1, 4-10.
Justo de Gerona, San († s. IV), día 2, 789-790.

Kizito, San († 1886), día 3, 58-65.

Ladislao de Hungría, San († 1095), día 30, 710-714.
Lamberto, San († s. VIII), día 19, 478-482.
Landerico de París, San († ca.660), día 10, 259.
León III (papa), San († 816), día 12, 327-328.
León Tanaka, Bto. († 1617), día 1, 39-40
Leutfrido, San († 738), día 21, 524.
Lorenzo de Villamagna, Bto. († 1535), día 6, 150-151.
Lorenzo María de San Francisco Javier Salvi, Bto. († 1856), día 12, 316-320.
Lucas Banabakintu, San († 1886), día 3, 58-65
Lucas Vu Van Loan, San († 1840), día 5, 127.
Lucía Wang Cheng, Sta. († 1900), día 28, 685.
Luis Gonzaga, San († 1591), día 21, 513-519.
Luis María Palazzolo, Bto. († 1886), día 15, 385-394.
Luisa Teresa Montaignac de Chauvance, Bta. († 1885), día 27, 654-658.
Lutgarda de Auwières, Sta. († 1246), día 16, 403-412.

Macario de Lyón, San († 177), día 2, 47-52.
Magdalena Du Fengju, Sta. († 1900), día 29, 706.
Marcelino Champagnat, San († 1840), día 6, 136-142.
Marcelino, San († ca.304), día 2, 43-46.
Margarita Ball, Bta. († 1584), día 20, 507-508
Margarita Bays, Bta. († 1879), día 27, 649-654
Margarita Ebner, Bta. († 1351), día 20, 507.

María Cándida de la Eucaristía Barba, Bta. († 1949), día 12, 331-332.
María de Oignies, Bta. († 1213), día 23, 564.
María del Corazón de Jesús Schinnà, Bta. († 1910), día 11, 292-304.
María del Divino Corazón Droste zu Vischering, Bta. († 1899), día 8, 195-199.
María Du Tianshi, Sta. († 1900), día 29, 706.
María Du Zhaozhi, Sta. († 1900), día 28, 685-686.
María Fan Kun, Sta. († 1900), día 28, 685.
María Guadalupe García Zavala, Bta. († 1963), día 24, 574-578.
María Lhuillier, Bta. († 1794), día 22, 550-551.
María Magdalena Fontaine, Bta. († 1794), día 26, 608-614.
María Qi Yu, Sta. († 1900), día 28, 685.
María Rafaela (Santina) Cimatti, Bta. († 1945), día 23, 557-563.
María Rosa de los Dolores Molas, Sta. († 1876), día 11, 277-288.
María Teresa Chiramel Mankidiyan, Bta. († 1926) día 8, 199-208.
María Teresa de Soubiran, Bta. († 1889), día 7, 161-171.
María Teresa Scherer, Bta. († 1888), día 16, 412-420.
María Zheng Xu, Sta. († 1900), día 28, 685.
Mariana Biernacka, Bta. († 1943), día 13, 345-348.
Mártires de Lyón, Stos. († 177), día 2, 47-52.
Mártires de Uganda, Stos. († 1886), día 3, 58-65.
Materna de Lyón, Sta. († 177), día 2, 47-52.
Maturo de Lyón, San († 177), día 2, 47-52.
Máximo de Nápoles, San († s. IV), día 11, 304-305.
Mbaya Tuzinde, San († 1886), día 3, 58-65.
Medardo, San († 560), día 8, 174-181.
Mercedes María de Jesús Molina, Bta. († 1883), día 12, 320-326.
Metodio de Constantinopla, San († 847), día 14, 361-364.
Metrófanes, San († 325), día 4, 111-112.
Meveno, San († s. VI), día 21, 524.
Mgagga, San († 1886), día 3, 58-65.
Miguel Tozo, Bto. († 1626), día 20, 509-511.
Miguelina Metelli, Bta. († 1356), día 19, 487.
Modesto Andlauer, San († 1900), día 19, 489-490.
Morando, San († 1113), día 3, 93.
Mukasa Kiriwanvu, San († 1886), día 3, 58-65.

Nicéforo de Constantinopla, San († 829), día 2, 53-55.
Nicetas de Remesiana, San († 414), día 22, 548.
Nicolás Bui Duc The, San († 1839), día 13, 351.
Nicolás de Gesturi, Bto. (Juan A. S. Medda) († 1958), día 8, 210.
Nicolás Konrad, Bto. († 1941), día 26, 640-641.
Norberto, San († 1134), día 6, 129-136.

Octubre de Lyón, San († 177), día 2, 47-52.
Onofre, San († 400), día 12, 326.
Optato de Milevi, San († 387) día 4, 112.

Orosia de Jaca, Sta. († 714), día 25, 590-591.
Otón de Bamberg, San († 1139), día 30, 714-719.

Pablo (apóstol), San († 67), día 29, 696-704.
Pablo Burali, Bto. († 1578), día 17, 438-445.
Pablo I (papa), San († 767), día 28, 669-673.
Pablo Kinsuke, Bto. († 1626), día 20, 509-511.
Pablo Wu Juan, San († 1900), día 29, 705-706.
Pablo Wu Wanshu, San († 1900), día 29, 705-706.
Pablo, San († s. IV), día 26, 596-602.
Pacífico Ramati, Bto. († 1482), día 4, 113.
Parisio, San († 1267), día 11, 307-308.
Paula Frassinetti, Sta. († 1882), día 11, 288-291.
Paula, Sta. († s. IV), día 18, 468-469.
Paulino de Gerona, San († s. IV), día 2, 789-790.
Paulino de Nola, San († 431), día 22, 528-533.
Pedro, San († ca.304), día 2, 43-46.
Pedro (apóstol), San († 67), día 29, 687-696.
Pedro Da, San († 1862), día 17, 449.
Pedro de Écija, San († 851), día 7, 172.
Pedro Dong, San († 1862), día 3, 96.
Pedro Dung, San († 1862), día 6, 151-152.
Pedro Gambacorta, Bto. († 1435), día 17, 429-438.
Pedro Li Quanhui, San († 1900), día 30, 736-737.
Pedro Rinsei, Bto. († 1626), día 20, 509-511.
Pedro Santiago de Pésaro, Bto. († 1496), día 23, 564-565.
Pedro Snow, Bto. († 1598), día 15, 396.
Pedro Thuan, San († 1862), día 6, 151-152.
Pelayo, San († 925), día 26, 602-608.
Plácido, Bto. († 1248), día 12, 329-330.
Pompeya de Lyón, Sta. († 177), día 2, 47-52.
Pompeya de Lyón (otra), Sta. († 177), día 2, 47-52.
Póntico de Lyón, San († 177), día 2, 47-52.
Potamia de Lyón, Sta. († 177), día 2, 47-52.
Potino de Lyón, San († 177), día 2, 47-52.
Primo de Lyón, San († 177), día 2, 47-52.
Próspero de Aquitania, San († 463), día 25, 581-587.
Protasio, San († s. II), día 19, 486-487.
Protomártires de la Iglesia Romana, Stos. († 64-67), día 30, 707-710.

Quirico, San († 304), día 16, 421.

Radulfo, San († 866), día 21, 525.
Rafael Guízar Valencia, Bto. († 1938), día 6, 143-148.
Ragneberto, San († 680), día 13, 349.
Raimundo Li Quanzhen, San († 1900), día 30, 736-737.
Raimundo Peyriaud de Jourgnac, Bto. († 1794), día 26, 639-640.
Rainerio de Pisa, San († 1160), día 17, 446-447.

Ramón de Roda, San († 1126), día 21, 520-524.
Remberto, San († 888), día 11, 305
Remigio Isoré, San († 1900), día 19, 489-490.
Ricardo de Andria, San († s. XII), día 9, 241.
Roberto de Newminster, San († 1159) día 7, 173.
Roberto Salt, Bto. († 1537), día 9, 242.
Rodana de Lyón, Sta. († 177), día 2, 47-52.
Rodolfo Grimston, Bto. († 1598), día 15, 396.
Romualdo, San († 1027), día 19, 471-477.
Rumoldo, San († 775), día 24, 579.

Sabiniano, San († 851), día 7, 172
Sadoc, Bto. († 1260), día 2, 55-56.
Salomón, San († 874), día 25, 591-592.
Sancho, San († 851), día 5, 122-126.
Sansón el Hospitalario, San († 560), día 27, 659-660.
Santiago Berthieu, Bto. († 1896), día 8, 189-195.
Santiago Buzabalhao, San († 1886), día 3, 58-65.
Santiago Morelle Dupas, Bto. († 1794), día 21, 526-527.
Santos de Lyón, San († 177), día 2, 47-52.
Sebastián Newgate, Bto. († 1535), día 19, 488.
Severiano Baranyk, Bto. († 1941), día 28, 686.
Sicio de Gerona, San († s. IV), día 2, 789-790.
Silvio de Lyon, San († 177), día 2, 47-52.
Simplicio de Autún, San († 375), día 24, 578-579.
Teobaldo, Bto. († 1150), día 1, 37.
Teobaldo, San († 1066), día 30, 732-733.
Teodgaro, San († 1065), día 24, 579.
Teresa de Portugal, Sta. († 1250), día 17, 426-429.
Teresa Fantou, Bta. († 1794), día 26, 608-614
Tito de Lyón, San († 177), día 2, 47-52
Tomás Garnet, Sto. († 1608), día 23, 565-566.
Tomás Green, Bto. († 1537), día 10, 260-261.
Tomás Moro, Sto. († 1535), día 22, 537-546.
Tomás Reding, Bto. († 1537), día 16, 422.
Tomás Scryven, Bto. († 1537), día 15, 396.
Tomás Toan, Sto. († 1840), día 27, 662.
Tomás Whitbread, Bto. († 1679), día 20, 511-512.
Tomás Woodhouse, Bto. († 1573), día 19, 488-489.
Trófima de Lyón, Sta. († 177), día 2, 47-52.

Ulpio de Lyón, San († 177), día 2, 47-52.

Vecio Epagato de Lyón, San († 177), día 2, 47-52.
Vicenta Gerosa, Sta († 1847), día 28, 679-683.
Vicente Do Yen, San († 1838), día 30, 735-736.
Vicente Duong, San († 1862), día 6, 151-152.
Vicente Kaun, Bto. († 1626), día 20, 509-511

Vicente Tuong, San († 1862), día 16, 423-425.
Vigilio de Trento, San († 405), día 26, 637-638.
Violante de Polonia, Bta. († 1298), día 11, 308-309.
Vital de Lyón, San († 177), día 2, 47-52.
Vladimiro Pryjma, Bto. († 1941), día 26, 640-641.

Walabonso, San († 851), día 7, 172.
Wistremundo, San († 851), día 7, 172.

Zacarías de Lyón, San († 177), día 2, 47-52.
Zenón Kovalyk, Bto. († 1941), día 30, 737.
Zoilo de Córdoba, San († 303), día 27, 658-659.
Zósimo de Lyón, San († 177), día 2, 47-52.
Zótico de Lyón, San († 177), día 2, 47-52.

2. **Colaboradores**

Arnaldich, L. 262-270 333-341.

Bayón, R. 795-800.
Blajot, J. 533-537.
Breydy, M. 211-217.

Cantero Cuadrado, P. 687-695.
Capánaga, V. 270-276.
Carro Celada, J. A. 24-29 455-459 673-678.
Castán Lacoma, L. 696-704.
Chico González, P. 199-208 320-326 649-654.
Cortés, H. 136-142.

Díaz Fernández, J. M. 309-315 587-590 707-710.
Díez O'Neill, J. L. 513-519.

Echeverría, L. de 58-65 375-379 478-482.

Ferri Chulio, A. de S. 189-195 602-608 710-714.
Flores Arcas, J. J. 159-161 450-455 491-493.

Gago, J. L. 247-251.
González Chaves, A. J. 277-287 623-637 739-752.
González Rodríguez, M.ª E. 292-304 719-731.
Greenstock, D. L. 493-501.
Gregorio de Jesús Crucificado 153-158.
Güell, D. 783-787.

Krynen, J. 380-385.

Langa, P. 161-170 412-420 429-437.
Lizcano, M. 537-545.
Llabrés y Martorell, P.-J. 107-111 316-320 520-523.
Llorca, B. 115-122 471-477 482-486 528-533 581-587.
López Ortiz, J. 663-669

Mañas, R. L. M.ª 753-768.
Martín Abad, J. 252-258 459-467 614-623.
Muñoz Alonso, A. 4-10.

Núñez Uribe, F. 17-23 557-563 714-719.

Oñatibia, I. 596-602.
Ordóñez, V. 10-17.
Ortega, J. L. 75-90.

Peraire Ferrer, J. 225-234 385-394 654-658.
Pérez Suárez, L. M. 29-36 182-188 217-225 244-247 398-403 403-412 769-782.
Portero, L. 234-241.

Repetto Betes, J. L. 37-42 52-57 65-74 91-97 111-115 122-126 126-128 148-153 171-173 195-199 208-210 241-243 259-261 304-309 326-332 345-348 348-352 364-366 394-397 421-425 446-449 468-470 486-490 501-506 506-512 524-528 546-551 563-566 574-578 578-580 590-595 608-614 637-643 658-662 683-686 705-706 732-738 789-790 790-791.
Riber, L. 47-52.
Rodríguez, J. V. 288-291 341-344 669-673.
Rullán Ferrer, P. A. 438-445.

Sánchez Aliseda, C. 98-106 174-181.
Sánchez Vaquero, J. 643-648.
Sanz Burata, L. 679-682.
Sendín Blázquez, J. 43-46 361-364 426-429.

Usseglio, G. 552-557.

Velado Graña, B. 143-147 352-361 367-375 792-794.

Yzurdiaga Lorca, F. 129-136 567-574.

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR ESTE VOLUMEN DE «AÑO CRISTIANO. JUNIO», DE LA BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS, EL DÍA 29 DE JUNIO DEL AÑO 2004, FESTIVIDAD DE SAN PEDRO Y SAN PABLO, APÓSTOLES, EN LOS TALLERES DE SOCIEDAD ANÓNIMA DE FOTOCOMPOSICIÓN, TALISIO, 9. MADRID

LAUS DEO VIRGINIQUE MATRI